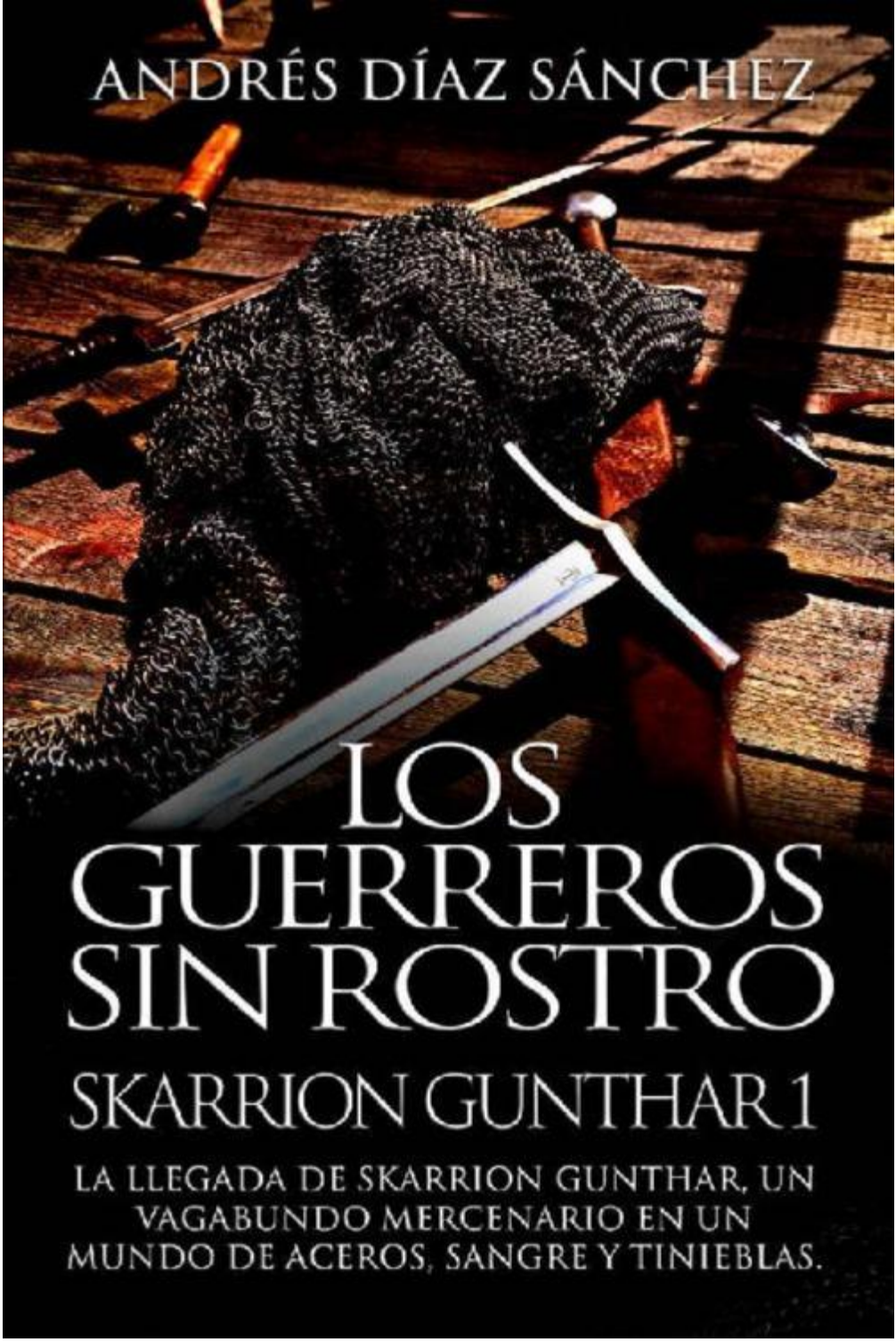
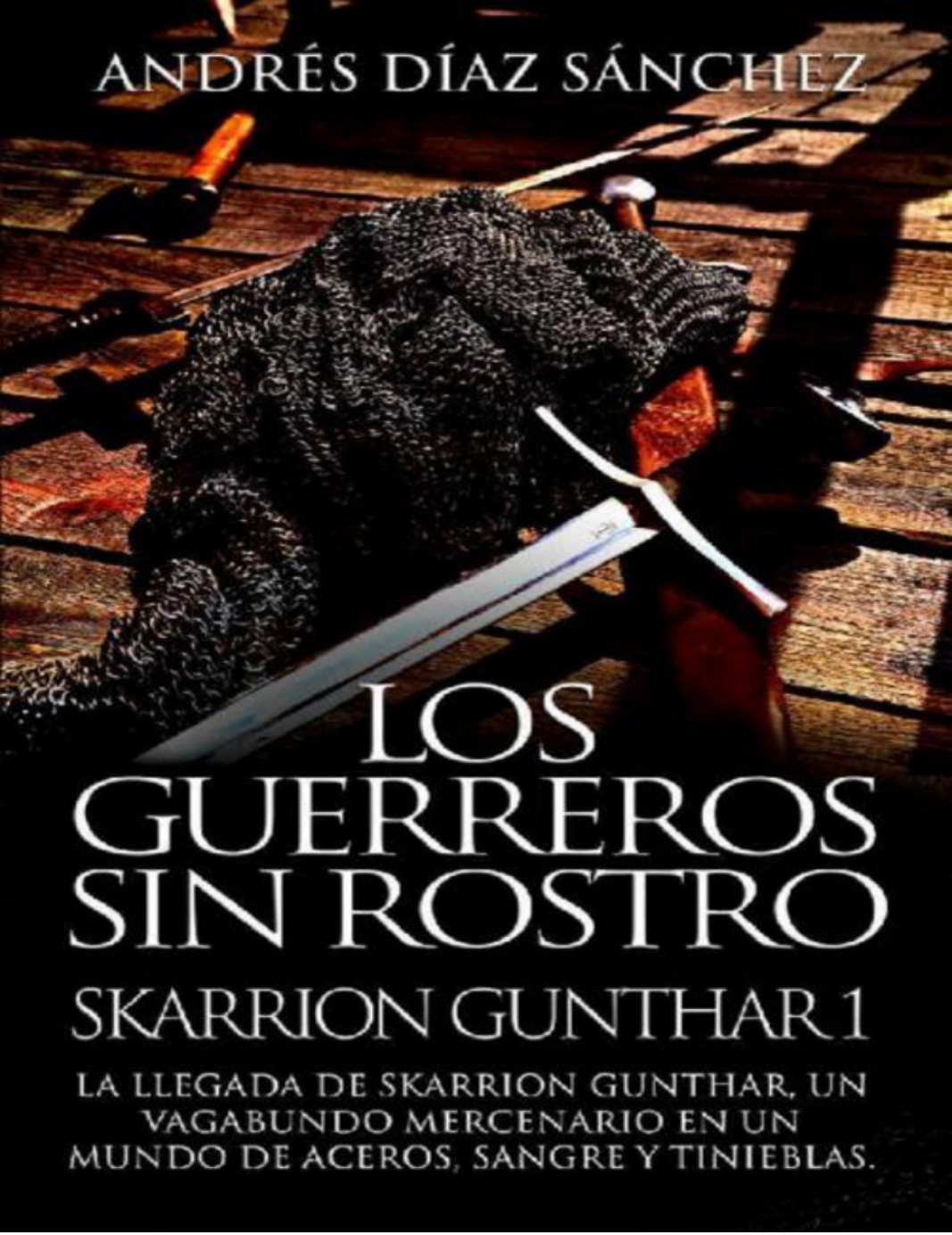

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ
LOS GUERREROS SIN ROSTRO
SKARRION GUNTHAR 1
LA LLEGADA DE SKARRION GUNTHAR, UN VAGABUNDO MERCENARIO EN UN MUNDO DE ACEROS, SANGRE Y TINIEBLAS.


ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ
LOS GUERREROS SIN ROSTRO
SKARRION GUNTHAR 1
LA LLEGADA DE SKARRION GUNTHAR, UN VAGABUNDO MERCENARIO EN UN MUNDO DE ACEROS, SANGRE Y TINIEBLAS.

ANDRÉS DÍAZ SANCHEZ

LOS GUERREROS SIN ROSTRO

SKARRION GUNTHAR 1

© 2019 Andrés Díaz Sánchez
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A la memoria de Robert Ervin Howard

MAR LENTO
DESIERTOS BLANCOS
MAR DE LOS HIELOS
TUNDRA
UÁN
SHAKARK
DOLLBRAKK
RASHENKA
ARARIA
ATARIA
MAR DEL SOL
NOCTUMBRIA
BOCA DEL LOBO
ARRIT
ELI
ZEIHN
TERYABA
KALENDA
CRANTIA
TIRAN
MAR MEDIO
PAISH
MAR DEL PROFETA
RAZHULL
EGOT
IMYARIA
ABIHI
ILBARI
ISHANKI
CLANA
TIERRAS DEL SILENCIO
COLMILLOS DEL DIOS
ISLANA
MAR BLANCO
LUKUMBIA
ZANDI
MAR DE LAS TORMENTAS
MAR DEL ORO
GRAN AZUL
OCÉANO DORADO
OCÉANO FINAL

ÍNDICE

LOS GUERREROS SIN ROSTRO

1. ENCUENTRO EN EL DESIERTO
2. AWAZ
3. MISTERIOS NOCTURNOS
4. EL POZO
5. LOS GUERREROS SIN ROSTRO
6. LAS CINCO ROCAS
7. ZUADAR EL MAGNÍFICO
8. LA VENGANZA DE DOS GUERREROS

LA LEY DEL HACHA

EL SEÑOR DEL PAÍS VERDE

AMOR Y GUERRA

HIJOS DE LA GUERRA

EL COBARDE

NOTA DEL AUTOR

SOBRE EL AUTOR

LOS GUERREROS SIN ROSTRO

1. ENCUENTRO EN EL DESIERTO

La arena ardía bajo el sol imyario, el aire temblaba a causa del calor y las dunas subían y bajaban como el lomo de una serpiente amarillenta e interminable. En aquella frontera difusa nacía el Sah Ah Marawi, *el Gran Desierto*, el *Desierto de la Condenación*, como lo llamaban razhullis y paishtios, *el Laberinto de las Dunas* para imyarios y abhlios. La inmensidad arenosa y dorada daba fin a la civilización y, a pesar de la soberanía oficial imyaria, el país se convertía en tierra de nadie. En esta desolación las caravanas debían guardarse de las hordas adoradoras del Profeta Paisharem, integradas por hombres que se consideraban libres y que eran enemigos de los califas norteños. Los guerreros del desierto llevaban a cabo una guerra santa particular y aseguraban que Paisharem derramaría gotas de su gloria infinita sobre las almas de los caídos en combate. Los luchadores, por tanto, no temían a la muerte, pero sí a la misma idea del miedo, pues no solo sus enemigos, sino también los desertores, serían por igual arrojados al infierno de los infieles. Aquellos tribales hacían la guerra contra Imyaria, Abhli, Razhull, Paish y cualquier fuerza o poder que osara adentrarse en el que consideraban *su* desierto.

Y el desierto, como si le diera la bienvenida a toda esa muerte, se mostraba majestuoso en su monotonía brutal y demoledora. Arena, arena, siempre arena. Y sol. El aire temblaba, como si alumbrara columnas de fuego invisible, y el desierto ondulaba y emitía un canto antiguo y profundo, imposible de oír, pero capaz de penetrar poco a poco en el ánimo del viajero:

…Venid a mí, hombrecitos, venid… Adentraos en mi seno ardiente y morid en él… Dejad que mis dedos de tierra os acaricien hasta que salgan al aire vuestros huesos… Sentid mis labios de fuego, recorred la piel ondulante de mis dunas… Postraos, alzad extraños altares, elevad oraciones a dioses nacidos de la locura, librad guerras feroces… Pues al final mi abrazo deshará todos vuestros anhelos y de vosotros solo quedará una osamenta descarnada, y luego polvo… Y por último… Arena…

Y el desierto dorado y rojizo seguía cantando, atrayendo, fascinando, enamorando, y, por último… Asesinando.

Una figura sobre un camello osó romper la quietud.

Era un hombre alto y corpulento, vestido con una túnica de color crema, larga hasta los muslos, y unos calzones amplios y cómodos, blanquecinos, ceñidos por un cinto grueso, que se introducían en las botas de cuero pardo. Un turbante amarillento cubría su cabeza, dejando escapar matas desordenadas de cabello rubio, hasta rozar la nuca. No era un hombre del sur, sino un extraño de ojos azules y pelo broncíneo. Su rostro rasurado, muy moreno, y tan curtido como el cuero avejentado, mostraba líneas rectas y agraciadas, pero severas. De la cintura pendía una cimitarra envainada y a la silla quedaban aseguradas una lanza corta, un hacha de una sola hoja y un escudo redondo, compuesto por capas de cuero y metal.

Solo un temerario se atrevería a hollar las rojas extensiones del Profeta. Y sin embargo, aquel forastero parecía conducirse con serenidad y despreocupación.

Un temblor recorrió el lomo del camello y el hombre lo frenó sin violencia. El animal se agitó de nuevo y emitió un bufido ronco y temeroso.

—Quieto, muchacho —dijo su dueño, en lengua imyaria, deformada por un acento extraño, septentrional. Miró en derredor, descubriendo solo dunas y más dunas—. ¿Qué has notado?

Dirigió la montura, cada vez más nerviosa, hacia una loma, para atisbar mejor el horizonte.

Al llegar al pie de la elevación descubrió que en lo alto había una figura de oscuridad, como emergida de la propia arena. El camello se volvió loco y su dueño hubo de emplear toda su voluntad para dominarlo. Consiguió taparle los ojos con un pañuelo de seda rojo, pero la bestia se revolvía aterrorizada, a pesar de ser una montura de guerra, curtida en no pocas escaramuzas. Su amo también se asustó al descubrir qué era en realidad aquella silueta de la duna. Se trataba de un jinete, montado encima no de un caballo o un camello, sino sobre un lagarto gigante. Aquel reptil mediría ocho pasos desde la cola al hocico y era alto como un toro. Sobre el monstruo había, perfectamente colocados y atados, una silla, arneses y arreos. El hombre que dominaba las riendas de la criatura vestía túnica negra y una capucha y un pañuelo también oscuros ocultaban su rostro. Una espada curva pendía de su cadera, tenía un escudo en su brazo izquierdo y en la mano diestra empuñaba una lanza de cinco brazos de largo.

El jinete soltó las bridas del monstruo y bajaron ambos por la falda de arena, con lentitud. Los ojos del lagarto estaban clavados en el camello y su lengua viperina latigueaba en el aire.

El camello, aunque ciego, bramó otra vez, enloquecido por el terror.

—¡Cálmate! —gritó su dueño.

Hizo retroceder al animal y ató sus mandíbulas con un cabo, para evitar mordiscos. Desmontó de un salto, sin soltar las riendas, tiró de ellas y el animal cayó sobre sus rodillas delanteras. Su amo ya tenía preparada otra cuerda, que pasó alrededor de las patas, atándolas y asegurándolas con un nudo. Sujeta de tal modo, la bestia ya no podría escapar, pero aun así se revolvió en el suelo. El forastero tomó la lanza y el escudo y colgó el hacha a su espalda. Ya que el camello no le serviría de ayuda, habría de pelear a pie contra aquel extraño jinete… Si es que al final se producía la lucha.

El hombre de negro llegó a la base de la duna y frenó a su lagarto. La bestia quedó quieta, abrió la boca escamosa, mostrando dos hileras de colmillos espeluznantes, y emitió un siseo ronco. No debía resultar fácil controlar a esta criatura y el extranjero rubio admiró la voluntad de su jinete.

Tres hombres más, vestidos de igual manera y montados sobre otros tantos lagartos monstruosos, aparecieron desde diferentes direcciones. Se movieron sin prisa, rodeándolo, observándolo desde cierta distancia, sumidos siempre en el silencio.

A pesar del espanto que le producían aquellos reptiles, el extranjero se mantenía erguido y quieto, con la base de la lanza apoyada en la arena. Clavó sus ojos en los del hombre que le pareció el líder, el que había visto primero, sobre la gran duna.

—¡Loado sea el Profeta! —dijo, en lengua imyaria—. Mi nombre es Skarrion Gunthar y mi patria es el país de Shakark, muy lejos al norte, más allá del Mar Medio. Soy un viajero que se dirige al oasis de Awaz y mis intenciones son pacíficas y honradas. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Podéis ayudarme?

Los últimos tres se miraron entre sí y miraron al líder, que no había separado la mirada del extranjero. Se volvió hacia uno de sus hombres y asintió con la cabeza. El sicario levantó la lanza, apuntando a Skarrion, y alzó el escudo hasta la altura de los ojos. Del interior de la capucha escapó un grito agudo y vibrante, sin duda un aullido de guerra.

—¡Malditos seáis! —gritó Skarrion—. ¡Repito que vengo en paz!

El jinete oscuro aflojó las riendas y clavó las espuelas de los estribos en los costados del reptil. La criatura emitió un chillido y se lanzó a la carrera, levantando con sus patas nubecillas de polvo. En menos de diez latidos recorrió los veinte pasos que le separaban de

Skarrion. Dirigió su lanza con destreza y su rival la esquivó de milagro, provocando que la punta metálica resbalara sobre el escudo y levantara esquirlas de metal. El extranjero rubio no podía alcanzar al hombre ni al reptil con su lanza, mucho más corta, así que se alejó lo más que pudo, esquivando una dentellada del monstruo. Siguió corriendo, escuchando las carcajadas de otro jinete negro, que contemplaba con diversión sus dificultades.

Cuando estuvo lo bastante lejos como para preparar otra embestida, el atacante se detuvo, hizo dar la vuelta al lagarto y levantó su lanza.

Skarrion cayó de rodillas sobre la arena. Temblaba y sollozaba, mirando con terror a su enemigo. El jinete clavó espuelas. El rubio unió sus manos y le gritó súplicas en imyario y abhlio. Quien riera antes, ahora se carcajeaba. La cara del norteño se había transformado en una máscara de miedo y sudor, mientras el lagarto continuaba acercándosele a la carrera, abriendo ya las fauces y mostrando sus colmillos. Su amo se inclinó hacia delante, bajando el escudo y apuntando con la pica.

Skarrion se levantó y arrojó la lanza. Tan rápido fue el movimiento que el jinete no tuvo tiempo de reaccionar, cogido por sorpresa. La moharra se clavó en el pecho y el herido aulló, perdió la compostura, giró y cayó por un costado de la silla, tensando las riendas. Su lagarto se volvió, siseando y bufando, y la cabeza encapuchada dio contra el cuello escamoso. Perdido el control de la bestia, el reptil lo mordió y lo arrancó de la silla. Sus colmillos partieron en dos el torso, entre chasquidos húmedos, y engulló la mitad superior del que fuera su dueño. Las piernas cayeron al suelo y el monstruo las tragó de un bocado, sin masticar.

Los tres jinetes, los compañeros del muerto, permanecían aún en el mismo lugar, frenando unas monturas nerviosas y hambrientas a causa de toda esa sangre derramada. Las risas habían desaparecido.

El lagarto sin dueño miraba a Skarrion, que permanecía quieto, a una distancia prudencial. En el buche, la comida formaba un bulto que ondulaba con lentitud. Empezó a acercarse al extranjero, poco a poco, agachando la cabeza y mostrando los colmillos. Skarrion también retrocedía, caminando despacio; sin detenerse ni apartar la mirada de la criatura que pronto lo atacaría, agarró el hacha y ató al mango una larga cuerda, que enrolló a lo largo de su brazo derecho. Soltó tres codos de cuerda e hizo girar el arma sobre su cabeza.

El lagarto quedó hipnotizado por el zumbido grave y profundo del acero y por aquel círculo brillante, provocado por el sol sobre la hoja. Skarrion soltó tres codos más, al mismo tiempo que lanzaba el arma.

El hacha golpeó al lagarto en el costado, levantando escamas y sangre, y el monstruo siseó y se revolvió con furia. Skarrion dio varios

tirones de la cuerda, hasta recuperar el hacha. El reptil se lanzó hacia su enemigo, quien hizo girar de nuevo la hoja. Hirió al monstruo en el hocico y el lagarto retrocedió, soltando rugidos, espuma y sangre.

Skarrion continuaba haciendo girar el hacha, cuyo zumbido cortaba el silencio en tajos silbantes. El reptil daba vueltas alrededor del hombre, pues ahora temía acercarse a él.

El animal saltó hacia delante y de inmediato retrocedió, golpeando con la poderosa cola en el suelo, lanzando una lluvia de arena sobre Skarrion. El shakark levantó los brazos en un gesto instintivo y dejó caer el hacha. El astuto animal se le vino encima como una sombra emergente del polvo. Skarrion vio acercarse los colmillos rojizos y levantó el escudo. La bocaza se cerró, destrozándolo, pero el hombre aún tuvo tiempo de liberar el brazo y saltar hacia atrás. El escudo ya no era más que una masa sin forma que el lagarto escupió. Skarrion desenvainó la cimitarra y tiró del hacha, devolviéndola a su mano. El lagarto atacó otra vez y su presa no pudo esquivar aquella mole de músculos y escamas. Skarrion sintió un rayo de dolor en su costado cuando los colmillos del reptil lo atraparon y lo alzaron del suelo, pero hundió la espada bajo el gaznate del monstruo y descargó el hacha en sus fosas nasales. El ser rugió, soltándolo. Skarrion fue al suelo y rodó, tratando de huir. Una pata del lagarto cayó sobre él, aplastándole el pecho y reteniéndolo en la tierra. El hombre resopló, con los ojos enloquecidos por la furia y el miedo, y volvió a hundir la cimitarra en la tierna carne bajo la cabeza escamosa. El lagarto atrasó la boca, pero arañó y abrió surcos en la carne de su enemigo. Skarrion retorció el acero en la herida, abriéndola más y más. La empuñadura estaba bañada en sangre y saliva y el arma escapó de los dedos cuando el monstruo agitó el cuello. El arma salió de la herida y cayó en la arena. El humano golpeó con el hacha una pata, casi cercenándola, y la criatura retrocedió, dejándolo libre.

Skarrion consiguió levantarse, empapado de sangre, tanto la suya como la de la bestia enemiga. En lugar de huir fue hacia el lagarto y abrazó sus mandíbulas, obligándole a cerrarlas. Sin soltarlas, levantó la mano diestra y hundió el hacha en la testa del animal, entre los dos ojos. Era un cráneo duro y además estaba recubierto por escamas gruesas, así que no alcanzó el cerebro, pero el lagarto se revolvió dolorido, arrancando tiras de pellejo a su rival. Skarrion, haciendo caso omiso del sufrimiento, su rostro convertido en el de un loco, pasó la cuerda alrededor del hocico varias veces y la tensó, con tanta fuerza que el monstruo ya no lograría abrir las fauces.

Soltó el cabo enrollado en su brazo y se separó del reptil, retrocediendo a los trompicones. El lagarto lo atacó e intentó morderle, pero la cuerda se lo impedía, así que la criatura solo consiguió golpearlo con el hocico. Skarrion retrocedió, esquivó otra

embestida, se agachó y tomó la espada caída en la arena. Descargó un tajo tras otro, abriendo nuevas heridas en el hocico. El monstruo se revolvió y lo golpeó con la cola, lanzándolo a la tierra. Allí quedó, tirado, demasiado débil como para levantarse.

Desde el suelo, veía al lagarto intentar sacarse la cuerda del hocico. Si se hubiera relajado el cabo habría resbalado sobre la sangre y caído por sí solo, pero cuanto más intentaba abrir las fauces más se tensaba la soga y más se encallaba en los cortes. Además, al tironear de la cuerda las garras abrían nuevas heridas y agrandaban las antiguas. Bajo el hacha encallada en el cráneo continuaba manando la sangre, que regaba su rostro demoníaco, metiéndosele en los ojos y cegándolos. La impotencia y el sufrimiento trastornaban al monstruo de manera indecible, hasta el punto de que comenzó a dar vueltas sobre sí mismo.

Quedó quieto. Parecía que le hubieran clavado al suelo, como una efigie oscura y húmeda, pero al fin se desplomó sobre su panza. Trató de levantarse y no lo consiguió. Respiraba con debilidad y salían burbujas rosadas por las fosas nasales. Había perdido demasiada sangre. Miraba hacia un lado y otro, intentando ver a través del líquido escarlata que nublaba sus ojos. Levantó una garra hacia la coronilla y tocó el hacha, arañándola con sus garras. Aquella extremidad siguió suspendida en el aire durante muchos latidos. Cayó.

Skarrion consiguió levantarse. Miraba a sus tres silenciosos espectadores y se preguntaba con cuál de ellos debería luchar ahora… ¿Jugarían con él, lo torturarían o se limitarían a ensartarlo de una vez por todas?

—El oasis de Awaz queda a tres días de camino, siempre hacia el sureste —dijo el líder, en imyario—. Que el Profeta te guarde.

—Que el Profeta… te guarde —jadeó Skarrion.

Los tres jinetes se marcharon, sin hablar entre ellos ni mirar hacia atrás.

Skarrion caminó hacia su camello, aún atado y nervioso. Necesitaba trapos para vendar sus heridas, y agua. Los tres días siguientes iban a ser duros.

2. AWAZ

Cuando Skarrion llegó a Awaz se encontraba casi restablecido. Era un hombre fuerte y sus heridas cicatrizaban con rapidez, y además la alimentación basada en la carne del lagarto gigante había hecho milagros.

Ante él se extendía el oasis de Awaz. Aún formaba parte del territorio imyario, pero era el último bastión civilizado dentro de los desiertos y sus grandes yermos, en los cuales imperaba el código de las tribus guerreras.

En Awaz se vendían e intercambiaban miles de artículos procedentes del norte, de los grandes zocos de Jarum Ahta, Shabere o Zulam, ciudades en las que la ley y el orden todavía eran fuertes. Por el sur, sin embargo, solo quedaban oasis bárbaros como Las Cinco Rocas, Sammuri o Wakuh. Había poco comercio con estos puntos, en el límite con el salvajismo.

No era Awaz una ciudad de edificios y los pocos existentes eran templos donde se oraba al Dios del Sur y su profeta Paisharem. Una masa abigarrada de tiendas de todos los tamaños se levantaba alrededor del gran lago bordeado por palmeras, en el centro del oasis. Visto desde lejos, el lugar parecía una red de cuadrados alegres y coloridos, entre los que pululaba la muchedumbre de hombres y bestias de carga.

Skarrion había entrado en Awaz montado sobre su camello. Al ser un punto de paso de mercaderes, los centinelas no le pusieron dificultades. Marchaba con lentitud por las vías de tierra dura, orilladas por tiendas, observándolo todo. Era día laborable y la ciudad rebosaba de comerciantes, guerreros, esclavos, mujeres libres de rostro cubierto por el velo y mercenarios y matones que ofrecían sus espadas al mejor postor. Como todo viajero, el primer lugar que le interesaba visitar era una posada.

Un anciano macilento y encorvado se abrió paso a empujones entre aquel bullicio y se interpuso en su camino.

Su rostro alargado estaba surcado por arrugas, como si fuera una uva pasa y renegrida, con dos ojos arteros, una nariz curva y filosa y una barba gris cayendo en bucles espesos, hasta el pecho aplastado. Vestía ropa cara, pero gastada por el uso; no obstante, del cuero que ceñía su cintura pendía un saquito de monedas que tintineaban con cada uno de sus movimientos. Por las insignias de su túnica se le reconocía como un ayudante de los sacerdotes. Skarrion ya conocía a

este tipo de individuos; ayudaban en los templos y estaban muy bien pagados, y quien osara llevarles la contraria recibiría un buen puñado de maldiciones, por lo que el pueblo llano, siempre supersticioso, no los molestaba y satisfacía todos sus caprichos. Eran personajes astutos y perversos que utilizaban la fe del populacho para alimentar su bolsillo y su vanidad.

Miró a Skarrion con maldad y desprecio. El norteño ya había topado antes con alguno de estos hombres, que podían predisponer a la multitud en contra de quien se les antojara, así que decidió mostrarse diplomático.

—Que el Profeta te acompañe —dijo Skarrion—. Permíteme pasar, buen hombre.

—¡No blasfemes, extranjero! —exclamó el viejo. Miró en derredor, arrasando con sus ojos a los curiosos que se iban congregando en el lugar—. ¡Este hombre solo puede ser un *djinn* del desierto! ¡Mirad sus ojos y su cabello! ¡Mirad sus ropas! —Las heridas de Skarrion ya estaban cicatrizando, pero aún vestía con harapos, los restos de la túnica que el lagarto gigante había hecho trizas—. O peor aún, ¡es un infiel! ¡Reclamo sus bienes y lo quiero como esclavo!

Skarrion sabía que en las naciones donde se veneraba a Paisharem un infiel valía menos que un perro y carecía de cualquier derecho o protección legal. Un creyente podría, por tanto, hacer cuanto se le antojara con él, desde escupirle hasta apalearlo. Las normas eran más flexibles en el norte, donde abundaban los comerciantes y mercenarios llegados del Mar Medio, pero en el sur los imyarios endurecían su corazón y se aferraban a las viejas y severas tradiciones.

Skarrion sintió la tentación de acabar con el viejo de un puñetazo, pero decidió intentar una solución más pacífica.

—No soy infiel —dijo—. Hace dos años vi la luz del Profeta y me convertí en Larim, el puerto principal de Imyaria. Todos los días rezo mirando hacia el este y ofrezco donaciones a los sacerdotes de los templos.

Muchos asintieron en silencio, ahora más predispuestos hacia él.

—¡Miente! —gritó el viejo—. ¡Es un blasfemo y un infiel asqueroso! ¡Habremos de llamar a los jueces!

—No hará falta, Abdullah. Los jueces ya están aquí.

Tres hombres de aspecto marcial, vestidos con túnicas oscuras, se abrieron paso entre el gentío, que con humildad se apartó a su paso. Eran jueces, el brazo del poder en el oasis. Ejercían el papel de guardia, milicia y autoridad civil, así que escuchaban las versiones en los altercados y decidían la sentencia, ejecutada en ocasiones al instante, ya que también eran verdugos. Nadie les llevaría la contraria, pues solo rendían cuentas al jefe sacerdotal de la región y al juez supremo de cada oasis. De sus caderas pendían sables de hoja curva.

Eran luchadores magníficos y expertos en las leyes y preceptos que daban forma a la religión del Profeta.

—¡Alabado sea Saz, juez mayor de este oasis! —Abdullah sonreía de oreja a oreja—. ¡Tenemos aquí a un infiel mentiroso y blasfemo! ¡Reclamo mi derecho como creyente a tomar su camello, armas y dinero y a convertirlo en mi esclavo!

—Si se demuestra que es un infiel tendrás lo que pides —respondió el juez Saz—. Tú, extranjero, ¿cómo te llamas y qué tienes que decir al respecto?

Skarrion bajó de un salto del camello y agachó con respeto la cabeza.

—Que el Profeta te guarde, juez. Mi nombre es Skarrion Gunthar, soy guerrero y pongo mi espada al servicio del Profeta. Busco trabajo como protector de caravanas o como guardaespaldas de algún señor poderoso.

—¡No puede probar que es un creyente, juez! —exclamó Abdullah.

—Lo soy —replicó el extranjero—. Y cumplo con mis obligaciones.

—¿Sí? ¡Entonces recita las cincuenta y ocho oraciones del Profeta!

La muchedumbre contuvo el aliento, pues muy pocos conocían todas las oraciones, cada una superior a las cincuenta palabras. Era obligatorio poder orarlas de corrido, pero la mayoría solo recordaba las cinco primeras, las que se pronunciaban en el templo.

—Recítalas —ordenó el juez—. Así demostrarás que no has mentido. En caso contrario, Abdullah tendrá derecho a hacer de ti cuanto desee.

Skarrion comenzó a orar con voz alta y clara. No se equivocó en una sola palabra, sorprendiendo a todos los presentes, sobre todo a Abdullah, que al oírlo enrojeció de ira y frustración.

Cuando iba por la sexta oración el juez lo detuvo con una mano.

—Es suficiente. Has demostrado tu fe y puedes seguir tu camino. Y tú, Abdullah, vuelve al templo y no importunes más.

El viejo bajó la cabeza, gruñendo por lo bajo.

—No es suficiente —dijo Skarrion—. Hoy, aquí, he sido injuriado sin motivo. Exijo treinta monedas de oro del llamado Abdullah como retribución.

La muchedumbre soltó un coro de exclamaciones, sorprendida ante aquella audacia.

El juez contuvo con su mano al ya vociferante Abdullah.

—Extranjero, ya has limpiado tu nombre. Te aconsejo seguir tu camino y no buscar más problemas.

—Exijo que se celebre la prueba de la fe —dijo Skarrion.

Sonaron nuevas exclamaciones de sorpresa y admiración. La prueba de la fe consistía en meter el brazo desnudo dentro de aceite o agua hirvientes; aquel de los dos litigantes con mayor fe sería el

último en extraerlo. Todo creyente tenía derecho a pedir en último extremo este juicio sagrado, pues se decía que en él el juez era el propio Dios y que por tanto su decisión resultaba inapelable.

—Si Abdullah rehúsa someterse a la prueba de la fe —siguió Skarrion—, me quedaré con las treinta monedas y perdonaré su agravio. Si no lo hace, meteremos los brazos en el aceite y Dios decidirá.

—Está bien —concedió Saz—. Tienes derecho a pedir la prueba de la fe.

Abdullah había palidecido.

—Pero… juez Saz…

—Cállate. O aceptas el desafío o entregas el dinero.

El viejo quedó indeciso, mirando hacia un lado y otro y bisbiseando cálculos por entre las barbas.

Otro juez dio las órdenes pertinentes y al cabo de poco dos esclavos trajeron la olla, confiscada de una taberna cercana. El recipiente había estado sobre el fogón y su aceite aún chisporroteaba. El caldero soltaba una humareda espesa y sofocante y en la superficie flotaban unos pocos trozos de carne abrasada, retorcida y negruzca. Los esclavos agarraban la olla protegiendo sus manos con toallas, pero cuando la dejaron en tierra sacudieron los dedos doloridos y tiraron al suelo aquellos trapos.

Skarrion se remangó la túnica hasta el codo y se acercó al recipiente.

—¡Vamos, Abdullah! —ordenó el juez Saz.

El anciano también subió su manga y acercó el brazo escuálido y tembloroso al líquido abrasador, separando el rostro a causa del calor que desprendía.

—Aún puedes salvar tu brazo, Abdullah —dijo Skarrion—. Yo no temo escaldarme la piel —mintió—, pues mis músculos son fuertes y pronto se regenerarán… Pero lo más probable es que a ti el aceite te corroa y te fría, y saques de la marmita tan solo unos pocos huesos recubiertos de pellejo, como si fuera la pata cocida de un pollo. Quizá jamás puedas volver a usar la mano, así que piénsalo, Abdullah, imagina ese dolor insoportable, esas largas noches de sufrimiento, a pesar de cuanta pomada puedas untar sobre la carne renegrida y el muñón inservible que fuera tu mano diestra… Son solo treinta monedas a cambio de tu brazo y tu mano… Piénsalo bien.

—¡Que empiece la prueba! —ordenó Saz.

Skarrion acercó los dedos al aceite, mirando aún al anciano, sometiéndolo con sus ojos. El viejo temblaba sin control y la boca se le abría poco a poco, en un mudo grito de espanto. Los ojos también empezaban a desorbitarse, rodeados de sudor. Su mano ya avanzaba hacia el borde metálico, envuelta en vapores ardientes, igual que una

garra inquieta y trémula… Poco a poco, muy poco a poco…

Pero retiró el brazo y dio dos pasos hacia atrás, abatido.

—¡Se ha retirado! —proclamó Skarrion—. ¡Lo habéis visto! Reclamo mis treinta monedas de oro.

—Dáselas —ordenó el juez a Abdullah.

La muchedumbre vitoreaba al extranjero y dirigía pullas al viejo avaro, que no debía ser muy querido por las gentes sencillas de Awaz. Abdullah entregó con aire miserable la cantidad convenida y el extranjero introdujo el dinero en su bolsa. Cabizbajo, Abdullah se escabulló entre la multitud.

Saz metió sus pulgares bajo el cinturón y le dirigió a Skarrion una mirada severa.

—Espero que no causes más problemas, Skarrion Gunthar. La paciencia de los jueces tiene un límite.

—Perdonadme si he turbado la paz del oasis. No volveré a hacerlo. Que el Profeta te guarde.

—Que el Profeta te guarde.

Los jueces se marcharon y Skarrion, con treinta monedas de oro en su antes vacío bolsillo, también se fue. Acabada la diversión, el gentío empezó a dispersarse, rumbo a sus quehaceres cotidianos.

Usando el dinero recién obtenido, Skarrion se aseó en una de las pocas y caras casas de baño de Awaz. También cortó su cabello, largo a causa del viaje, para frenar el avance de los piojos; había descubierto con los años que cuanto menos pelo tenía y más cuidaba la higiene, mejor se desenvolvía en la vida cotidiana e incluso en el combate. Pero no rasuró su cara, pues en aquellos lugares era costumbre que los hombres lucieran barba; no obstante, la dejó recortada, lo justo para cubrir la mandíbula y las mejillas. Compró una túnica nueva, de color crema, y tiró los jirones de la antigua. Tampoco tuvo dificultades para encontrar una tienda donde sirvieran comida y bebida. Ató el camello a un poste junto a la entrada y entró en el establecimiento, tomando asiento cerca de la calle para vigilar que no le robaran su animal.

La taberna era espaciosa y se componía de una sola estancia, soportada por columnas de madera que llegaban hasta el techo de lona de la tienda. En el centro, una espléndida bailarina ejecutaba la danza del vientre y un grupo concurrido y alegre de espectadores la rodeaban, dando palmas al ritmo de la música rápida y vibrante y de los diminutos platillos que la muchacha llevaba en sus dedos. Otros clientes charlaban, comían y bebían, sentados sobre cojines aislados o alrededor de mesas bajas, y también fumaban de sus pipas conectadas a braseros metálicos, en los cuales se quemaban hierbas olorosas. Las camareras, de curvas sinuosas y muy ligeras de ropa, deambulaban de aquí para allá, sirviendo guisos y licores, y unas cuantas prostitutas

agasajaban y cerraban negocios de cama con los más pudientes. A excepción de las rameras, el resto de las mujeres del local llevaban el rostro tapado por un velo espeso, incluida la vibrante y ágil bailarina.

Skarrion llamó a una moza y pidió una jarra de licor de dátil y un plato de cordero asado. Miró con intensidad a la muchacha, que llevaba cubierto el rostro por un velo azul. El forastero no pudo averiguar si bajo aquella gasa la muchacha sonreía como consecuencia de su escrutinio o simplemente le ignoraba. Ella se mostraba amable, pero no más que con el resto de los clientes. Se fue y volvió al cabo de poco, con lo que le habían pedido. No pudo evitar contonear las caderas y arreglarse el pelo al marcharse, sabiendo que él la observaba. Skarrion sonrió para sí, pensando que, sobre la arena o la nieve, los hombres y las mujeres eran, en el fondo, iguales.

Se entretuvo contemplando a la maravillosa bailarina rodeada de aduladores, que danzaba como una serpiente de piel suave y bronceada, cubierta apenas por pañuelos vaporosos y coloridos, arropada por las melodías bárbaras y exóticas. Ella ni siquiera había reparado en él, pero Skarrion no la perdía de vista mientras devoraba el cordero asado.

Un negro enorme, ataviado con un chaleco sencillo y abierto, sin botones ni cordeles, con calzones largos de seda, botas de cuero, y portando una cimitarra pesada al cinto, se acercó a su mesita. Tenía el cráneo rasurado y la barba de rigor, aunque recortada y cuidada, pues parecía un hombre elegante dentro de sus posibilidades, alguien que daba importancia a su aspecto. Su sonrisa se abría de oreja a oreja, mostrando la blancura de los dientes y abombando aún más una cara ancha, oscura y lustrosa. A pesar de que parecía de risa fácil, su complexión invitaba al respeto y hasta al temor, pues era alto y fornido, de movimientos resueltos y flexibles.

—Que el Profeta te acompañe —saludó—. ¿Me permites sentarme a tu lado, extranjero?

—Que el Profeta te acompañe. Por supuesto, acomódate en ese cojín. Te lo agradezco porque un poco de charla me vendrá bien. Come y bebe lo que quieras, que corre de mi cuenta. Mi nombre es Skarrion Gunthar.

El recién llegado se sentó en un segundo cojín, al otro lado de la mesa baja, y tomó un trago de la jarra que Skarrion le ofreció.

—Gracias, extranjero. Me llamo Camuglweze Izlembwaye, pero ante la impericia de vuestros labios he descubierto que es mejor presentarme simplemente como *Camu*. Estaba ahí afuera cuando ese viejo avaro de Abdullah trató de humillarte y salió él mismo con el rabo entre las patas. ¿De verdad conoces de memoria las cincuenta y ocho oraciones del Profeta? Estamos en confianza, me lo puedes decir porque yo no llego a la quinta.

—No, solo sé recitar hasta la número once. Hace un año, en Mahtah, el mayor puerto de Paish, compartí aventuras y borracheras con un mercenario muy fanático. El muy hijo del diablo no hacía más que recitarlas todas cuando bebía e incluso las gritaba al luchar, así que terminé por aprenderme unas cuantas y desde entonces me han acompañado como una cantinela desagradable, y aún no las he podido sacar de mi cabeza.

—¡Ya lo imaginaba!

Camu rio con fuerza y Skarrion sintió una espontánea corriente de simpatía hacia aquel tipo.

—Antes te vi echar fuera a un mercader borracho y gritón —dijo Skarrion.

—Trabajo para Zafir, el dueño de esta tienda. Cuando hay problemas los mozos de seguridad, seis en total, nos encargamos de patear culos y restablecer el orden.

—Estoy seguro de que sois auténticos profesionales.

—De esto quería hablar contigo. Hay un puesto libre entre mis compañeros, pues uno de los nuestros robó dinero a Zafir y los jueces le cortaron las manos y lo arrojaron al desierto. Tú pareces un hombre fuerte y puedes ocupar su lugar. Se vive bien siendo mozo de esta tienda: sueldo holgado, comida y bebida gratis, diversión… He empleado mi espada en muchos lugares desde que salí de Ishanki y me quedo con este trabajo, te lo aseguro. Me gusta la vida fácil.

—Estudiaré tu oferta, amigo Camu. También yo he sido mercenario, pero busco descanso durante un tiempo. Hablaré con Zafir.

—No te arrepentirás.

Camu llamó a una camarera en concreto, haciendo una uve con dos dedos de la mano derecha.

La muchacha trajo dos nuevas jarras de licor de dátil.

—Ahora invito yo —dijo el ishankita.

Cuando se acercó la muchacha, Camu le dio un pellizco en la nalga derecha. Ella chilló y rio. Acarició con una mano la rasurada coronilla y la gruesa espalda, antes de marcharse.

—Vaya, iba a intentar conquistarla, pero creo que es terreno reservado —se lamentó Skarrion.

Camu soltó una risotada.

—Busca a otra chica, gallo de pelea. Seraz y yo nos entendemos bien. Me ha costado vencer su resistencia, pero ahora no puede vivir sin mí.

—¿Y la bailarina? —preguntó Skarrion, mirando aquella belleza danzante, siempre rodeada de aduladores.

—Muy difícil es esa misión: esquiva, orgullosa y selectiva. No pertenece a nadie y aparta a los numerosos pretendientes de su

camino con desprecio.

—Seguiré tu consejo y buscare a otra.

Hubo un tumulto, protagonizado por dos mercaderes borrachos.

—Tengo que dejarte —se excusó Camu.

—Por supuesto. Es tu trabajo.

El negro se levantó y llegó hasta el par de borrachos, que ya estaban a punto de llegar a las manos. Los agarró por el cuello y se los llevó a trompicones, hacia la salida.

Skarrion bebió un sorbo y miró en derredor. La bailarina terminó su actuación e hizo una reverencia hacia su público, que aplaudió con fuerza. Ella se alejó hacia un extremo del salón, sin hacer caso de los comentarios de los hombres que se le acercaban. Ya sabían todos cómo las gastaban los encargados de la seguridad de la taberna, así que nadie se mostró impertinente con ella. Skarrion estuvo tentado de levantarse e intentar conquistar a esa mujer, pero recordó la advertencia de Camu y sacudió la cabeza.

Reparó en dos camareras ociosas que charlaban juntas. Ninguna de ellas era Seraz, así que decidió pasar al ataque.

Se les acerco con la jarra en la mano y se presentó, mirándolas con intensidad de arriba abajo y sonriendo como un lobo. Ellas charlaron con él durante un tiempo, pero, a pesar de sus coqueteos de mujer, acabaron marchándose en busca de otros asuntos.

El norteño volvió malhumorado a su mesa baja. No tenía ganas de pagar por una mujer, así que para matar el tiempo se dedicó a beber el licor de su jarra, decidiendo que más tarde iría a ver a Zafir, el dueño del establecimiento. Echó de menos la agradable charla de Camu, pero al parecer el ishankita estaba ocupado en algún otro menester.

—No ha habido suerte, ¿verdad?

Skarrion se volvió hacia su derecha y vio a una soberbia mujer de cabello negro y brillante, algo rizado, que caía sobre la espalda de curvas suaves. Estaba cubierta por el velo del rostro, un chaleco de gasa vaporosa y un largo pañuelo atado a la cintura, bajo el ombligo, que caía entre sus ingles y nalgas, dejando los muslos aceitunados al desnudo. Llevaba pulseras plateadas en tobillos y muñecas y anillos coloreados en los dedos; aquellas joyas parecían brillar aún más, al contraste con el pelo y la piel morenas.

Se trataba de la bailarina. Skarrion la miró con intensidad.

—No, no ha habido suerte. Hasta ahora.

Supo que ella era muy consciente de su atractivo e imaginó que quizás hubiera sojuzgado y manejado a hombres fuertes y orgullosos con sus armas de mujer. Sus ojos de color negro quemaban como ascuas incandescentes, con el brillo de las muchachas atrevidas y desafiantes. Skarrion se preguntó si de veras estaba interesada en él o

solo deseaba jugar con este nuevo desconocido para después dejarlo plantado, como a un idiota más.

Juguemos, pues, decidió.

Agarró a la mujer por las muñecas y tiró de ella hacia abajo. Ella chilló, desorbitando los ojos, y cayó sobre los muslos del hombre. Allí quedó sentada, aún sorprendida, como una niña sobre un ogro. Skarrion le pasó los brazos alrededor de la cintura, ciñéndola con firmeza, y la miró a los ojos con una sonrisa desvergonzada.

—Eres un insolente —dijo ella—. Debería llamar a Zafir para que sus hombres te echaran a patadas del local.

—Hazlo. Sin embargo, me iría por mi propio pie, pues no deseo enemistarme con Camu, uno de los muchachos que se encargan del orden. Además, yo también espero emplearme en esta tienda como mozo de seguridad.

—¿Aquí?

Skarrion creyó percibir un brillo de interés en sus ojos. Pero, tapada por el velo espeso, resultaba imposible descubrir sus facciones.

—Así lo espero. Sospecho que Zafir no se arrepentirá si me contrata. Soy un buen trabajador.

—Eso tendrás que demostrarlo.

—Mi nombre es Skarrion Gunthar. ¿Cuál es el tuyo?

Ella lo miró con desprecio.

—¿Por qué habría dárselo a un vagabundo miserable?

Era una mujer muy bella, pero Skarrion Gunthar se había enfrentado con éxito a hombres y bestias temibles, había soportado esfuerzos y penurias y gozado de muchas victorias, así que no estaba dispuesto a que nadie le tomara el pelo.

Soltó a la chica, dejándola libre. Su rostro cobró seriedad.

—Lárgate —dijo—. Estoy perdiendo el tiempo contigo.

Ella lo miró, sorprendida.

—He dicho que te vayas —repitió él—. Vuelve a tus danzas y tus admiradores.

La muchacha le pasó los brazos sobre el ancho cuello y su voz sonó más dulce:

—Perdóname si te he ofendido, Skarrion Gunthar. Prometo no volver a hacerlo. Mi nombre es Zeyala, pero yo no soy de aquí. Nací en el oasis de las Cinco Rocas.

Él bebió un trago de la jarra.

—¿Y cuál es tu historia? —preguntó.

—Hace cinco años —continuó la joven—, mi familia murió y tuve que marcharme al norte. Llegué así hasta Awaz, donde empecé sirviendo como camarera. Pero tenía aptitudes para el baile, así que cambié un puesto por otro y ahora vivo con mucha más comodidad. Zafir me recogió de la calle y se portó conmigo como un padre, no me

prostituyó ni quiso abusar de mí, como antes ya intentaran otros. Tengo una tienda solo para mí, puedo comprar joyas y sedas y darme un baño cada tres noches, lo que significa todo un lujo, viviendo en el desierto. Yo decido quién ve mi rostro y quién no. Eso es algo que pocas chicas consiguen en Awaz.

Skarrion bebió otro sorbo de la jarra.

—Skarrion Gunthar, por favor —dijo ella—, vuelve a pasar otra vez tus brazos por mi cintura. Te he dicho que sentía haberte ofendido.

Él hizo lo que le pedía Zeyala, ciñéndola de nuevo, y la sonrisa felina volvió a su rostro ancho y barbudo. Ella miraba con fascinación su cabello rubio y lo acarició con los dedos.

—Nunca había visto un pelo como este, tan dorado, ni unos ojos del color del cielo.

—Es algo muy corriente en Shakark, el lugar donde nací.

—¿Dónde está?

—Muy al norte, más allá de Imyaria y Razhull, más allá del Mar Medio.

Zeyala abrió mucho sus ojos negros como la noche.

—¡Esas son tierras de infieles! Los sacerdotes dicen que el mundo acaba en el Mar Medio.

—Pues continúa, te lo aseguro. Yo lo he recorrido.

—Pareces un guerrero antes que un mercader.

—Estás en lo cierto. He viajado por la oscura Noctumbria. He luchado en las nieves de Rashenka, y también contra los dollbrakkios, en sus bosques cargados de pesadillas. He batallado a favor y en contra de la gloriosa Kalenda. Surqué el Mar Medio y combatí a sus piratas. Me las he visto con los cultos demoníacos de Zeihn… En fin, he vivido tantas y tan peligrosas aventuras que hasta a mí me cuesta aceptar que no hayan sido producidas por la locura de alguna gran borrachera.

—¡Oh, vamos! —protestó la chica—. Muchos hombres han tratado de conquistarme narrando mil hazañas imaginarias. ¿Por qué habría de creer las tuyas?

Skarrion se encogió de hombros.

—Puedes considerarlas falsas si eso te place. Son verídicas, pero no tengo forma alguna de probarlo. Sin embargo, yo sé que ocurrieron y eso es lo que realmente me importa.

Ella lo miró de forma enigmática.

—Eres extraño, Skarrion Gunthar. Muchos habrían mordido el polvo tras hablarme de la forma en que tú lo haces. Y sin embargo, hay algo en ti que me atrae.

Se fueron acercando hasta que él tocó su velo con los labios.

—Cierra los ojos, por favor —susurró ella.

Él así lo hizo. Zeyala levantó el velo y se besaron. Skarrion hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y sintió aquel fuego tan conocido. La apretó contra él, sintiendo la sonrisa de la joven contra su boca. Ella metió sus manos bajo la túnica, acariciando los duros músculos de la espalda, el pecho y la nuca. Sus dedos femeninos palparon las cicatrices y, asustada, se echó hacia atrás y bajó el velo. Abrió la túnica de Skarrion de un tirón, descubriendo las costras, los surcos rojizos de los costados y el abdomen.

—¡Que el Profeta me guarde! —exclamó—. ¡Estas heridas son espantosas! ¡Y recientes!

Skarrion sonrió y se encogió de hombros, como restándole importancia.

—Tuve un encuentro hace tres días con unos bandidos del desierto.

—Yo te las curaré.

—Eran cuatro hombres vestidos de negro y estaban embozados, de tal manera que no pude ver sus rostros. Pero lo más increíble es que montaban sobre lagartos gigantes.

—Estás mintiendo.

—No. Ocurrió así, de veras, ¡te lo juro! Me enfrenté a uno de ellos y lo maté, pero enseguida tuve que pelear contra su lagarto gigante. Durante esa segunda batalla, que también gané, el monstruo me regaló estas cicatrices que has visto y unas cuantas más. Fue un mal asunto, pues estuve a un paso de la muerte. Lo más curioso de todo es que los otros tres bandidos no me atacaron, sino que me perdonaron la vida, dejándome marchar…

Los ojos de Zeyala se endurecieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Skarrion.

Ella lo miraba en silencio. En sus ojos brillaban fuegos de cólera que se convirtieron en puntas de diamante, rodeadas de negrura.

—Te dejaron marchar —susurró la mujer—. Te perdonaron la vida.

—Sí. He de reconocer que en cierto modo eran gente noble, pues otros no me hubieran permitido vivir para contarlo.

La muchacha se levantó, le quitó la jarra de las manos y derramó su contenido sobre la cabeza rubia. Por último, dejó caer el recipiente al suelo con un movimiento despectivo.

Zeyala se alejó, altiva, con paso firme y rápido. Skarrion bufaba y se apartaba del rostro el líquido dulzón, sin entender qué demonios había pasado, mirando como un estúpido aquellas caderas que se contoneaban con fuerza al andar y que se alejaban más y más, hasta perderse entre el gentío de la taberna.

Tras un momento de completo estupor, pensó con ira amarga que la mala suerte le había elegido a él como presa del día.

Se limpió el cabello y se levantó del cojín, maldiciendo a todas las mujeres del mundo.

No mucho después hablaba con Zafir, el dueño del local, un tipo orondo y simpático que no cesaba de sonreír y de gastar bromas ligeras. Fue incapaz de reprimir un comentario sarcástico acerca del olor a licor de dátil de los shakarks. A pesar de su aire jovial y afable, Skarrion vio en sus ojos un brillo astuto que podía tornarse peligroso, y decidió que tras aquella fachada simplona se ocultaba un carácter fuerte. No debía resultar fácil hacer prosperar los negocios en un oasis como Awaz, la frontera entre la civilización del norte y la barbarie del sur.

El dueño de la tienda de bebidas lo contrató por cincuenta días, y si en ese tiempo demostraba su competencia el acuerdo se alargaría. Skarrion ya era el nuevo mozo de seguridad.

Cuando dejó a Zafir era noche cerrada, la tienda se vaciaba de clientes y las camareras limpiaban el local. Skarrion buscó con la vista a Zeyala, sin resultado. Vio a Camu y a Seraz en un rincón oscuro, besándose y jugueteando, y les deseó para sus adentros una buena noche.

Apesadumbrado, buscó un lugar apartado donde echarse a dormir.

Al cabo de una clepsidra, una voz tronadora a su espalda le sacó de su descanso:

—¡Me han dicho que en tu país las muchachas vierten la bebida sobre los chicos que les gustan!

Camu soltó una carcajada. A pesar de todo, Skarrion no pudo evitar sonreír.

—No puedo entenderlo —dijo—. En cuanto le conté mi encuentro con esos encapuchados montados en lagartos gigantes, se transformó por completo.

—¿Los caris? ¿Te has enfrentado a los caris y aún sigues vivo?

—Vaya, así que se llaman *caris*… Sí, lo cierto es que maté a uno y a su montura. El resto, aun cuando pudieran haberme hecho pedazos, me permitieron marchar, e incluso me indicaron la dirección correcta para llegar a este oasis.

—¿Un cari te habló? —casi gritó Camu.

—¡Sí, demonios! En imyario, me señaló la dirección correcta, ya te lo dije antes.

—Te respetan, amigo mío. Los caris no hablan con nadie que no sea de los suyos. O mejor dicho, solo dirigen la palabra a quienes consideran sus iguales… Y eso es difícil de lograr.

—Háblame de ellos.

—Bueno, tampoco sé mucho sobre el tema. Entre las tribus del desierto, es la más poderosa, fiera y audaz. Se cuentan leyendas terribles acerca de ellos. Masacran a sus enemigos, los exterminan sin compasión, y se proclaman a sí mismos los dueños del desierto y únicos y auténticos guardianes de los dictados del Profeta. Además,

odian a muerte la civilización y todo lo que ella trae. Los califas del norte comienzan a temerlos, pero nadie desea hacerles frente de una vez por todas. Muchos rumorean que están preparando una invasión para conquistar todo el desierto… De hecho, aquí en Awaz hay mucho temor, pues se recela sobre un próximo ataque cari.

—Tenéis buenas defensas, pues aquí hay más de ochocientos guerreros, entre jueces y mercenarios. Y se pueden pedir refuerzos a las ciudades del norte.

—Amigo, no conoces a los caris. Dicen que son *djinns*, demonios del desierto. Siempre llevan la cara cubierta y solo la muestran cuando entran en combate. La leyenda cuenta que contemplar el rostro de un cari es tan espantoso como sufrir tu peor pesadilla, y que se te aparecerá en sueños una y otra vez, si es que por algún milagro sobrevives a su encuentro. Además, ya has comprobado en tus propias carnes el poder de sus monturas. Uno solo de esos lagartos monstruosos puede despedazar con facilidad a cinco guerreros.

—Te creo.

—El que toparas con cuatro de ellos tan al norte es una señal de alarma. Antes, limitaban su presencia a los territorios del sur, pero hace ya unos cinco años que comenzaron a subir, atacando y conquistando varios oasis civilizados, como Las Cinco Rocas o Sammuri…

—Un momento —interrumpió Skarrion—. Zeyala me dijo que ella vivía con su familia en Las Cinco Rocas.

—En efecto, vivía allí con su hermano mayor, pues los dos eran huérfanos. Los caris atacaron el oasis y mataron o esclavizaron a sus habitantes, pero Zeyala pudo escapar. Su hermano no tuvo tanta suerte; se lo llevaron al desierto, junto a otros cientos de prisioneros, para ejecutarlo.

Skarrion se tocó el pelo, aún pegajoso a causa del licor de dátil.

—Eso explica muchas cosas… —dijo.

—Sí, explica muchas cosas. Pero es mejor que sigamos charlando en algún establecimiento que cierre más tarde.

—¿No pasarás la noche con Seraz? —preguntó Skarrion.

Camu resopló con fastidio.

—Dice que hoy está cansada. Ya sabes cómo son las mujeres.

—¿Y qué haremos ahora?

—¿Ahora? Buscar un lugar abierto y emborracharnos, por supuesto.

Skarrion sonrió.

—Por supuesto.

3. MISTERIOS NOCTURNOS

En los días siguientes la vida resultó cómoda para Skarrion Gunthar.

Por las mañanas no había mucho trabajo en el establecimiento de Zafir, pero a la hora del almuerzo se llenaba de mercaderes, sobre todo dueños y tratantes de caravanas que discutían precios y condiciones de compra al calor de un guiso y una taza de té. Solían ser gentes amables y astutas que no daban problemas y se deleitaban, tras el cierre de un trato, contemplando el baile de Zeyala y sus compañeras bailarinas.

A media tarde comenzaban a llegar matones y guardias de caravana, buscando diversión para llenar su tiempo libre. Tomaban mucho licor de dátil, vino imyario y cerveza paishtia. Los veteranos, perros viejos de la guerra, ya tenían templado el ánimo y no buscaban jaleo, aunque tampoco lo rehuían si se les provocaba. En contraste, los hombres de armas jóvenes tenían un carácter fogoso que se encendía aún más cuando lo regaban con alcohol. Ellos eran los que más problemas causaban. Pero si bien solían estallar peleas, ya fuera solo entre ellos o involucrando a algún que otro mercader, o si molestaban a las bailarinas y camareras, no eran en el fondo malos muchachos y Skarrion no les guardaba rencor, ya que él mismo había sido como ellos en su mocedad. Pero esta melancolía no le impedía propinarles sus puñetazos en el hígado o sus patadas en la entrepierna, ni tampoco agarrarlos por el cuello y los calzones para acto seguido lanzarlos por los aires, fuera del local.

Más peligrosos eran los tribales del desierto. Todos los evitaban, pues eran orgullosos y poco amigos de las bromas, así como rápidos en desenvainar el cuchillo y el sable. No se mezclaban con las gentes de Awaz y las miraban con desprecio, pues les consideraban invasores de sus tierras. Skarrion no deseaba tener disputas con aquellos individuos hoscos, solitarios y altivos, pero tampoco eso iba a impedirle echarlos a puntapiés o disminuir su altura en una cabeza, si se llegara a tales extremos.

Sin embargo, por la taberna —y en todo Awaz— no aparecía un solo cari.

Al caer el sol, la tienda de Zafir se llenaba de gente bulliciosa en busca de diversiones nocturnas. Era una multitud que tras el duro trabajo del día pedía vino y licor de dátil, que reía, cantaba, charlaba a voces y aplaudía a las bailarinas, siendo Zeyala quien más ovaciones recibía. Tras el cierre, y cuando Camu no visitaba a la atractiva Seraz,

Skarrion y él vagabundeaban de un extremo a otro del oasis. Las gentes respetables se apartaban de su camino, pues aquellos dos barbianes de hombros anchos y puños rápidos, y además en estado de embriaguez, podían resultar muy peligrosos para la salud.

—Tú no viniste a Awaz por casualidad, ¿verdad? —preguntó Camu a Skarrion, una noche en que los dos estaban, como de costumbre, bastante borrachos.

—¡No, amigo mío! Me dirijo hacia el sur, hasta el extremo del mundo… ¡A ese país llamado Lukumbia! ¿Has oído hablar de él? ¡Es el paraíso sobre la tierra, donde los aventureros cogen del suelo puñados de diamantes!

—¡Y donde las fieras te devoran y los altos guerreros de ébano te someten a las torturas más horribles! —añadió Camu, en el mismo tono apasionado y ostentoso.

—¡No temo a hombres ni a bestias! Tú eres ishankita… ¿Qué sabes de Lukumbia?

—Lo que cuentan las leyendas, que allí abundan el oro y las piedras preciosas, que la belleza de sus bosques, cascadas y praderas arrebata el aliento, y que los peligros la convierten en un perfecto destino para los locos y los suicidas…

Soltó un eructo brutal y continuó, ahora en tono reflexivo:

—Yo nací en el norte de Ishanki y me marché pronto de mi poblado, donde solo me esperaba una vida de caza, escaramuzas contra aldeas rivales y una familia de niños chillones.

—¿Me acompañarías al sur? Podríamos enriquecernos los dos, en Lukumbia.

Camu rechazó con las manos, sonriendo.

—No, no, no… No estoy tan loco como tú.

»Para llegar a Lukumbia primero tendrías que cruzar Ishanki, un hervidero de tribus feroces en cuyo seno, como poco, serías despellejado vivo. Créeme, me he criado entre ellos y he visto cómo torturan a los extranjeros. Después habrías de atravesar las Tierras del Silencio, el desierto más cruel del mundo, ante el cual este en que nos encontramos es un vergel. En el caso improbable de que salieras con vida de allí, tendrías que escalar Los Colmillos del Dios o buscar un paso que los cruzara. Dentro de esta cordillera sufrirías el acoso de las aves gigantes del hielo y de los gorilas de la nieve, y aún no he mencionado la presencia constante del frío y los vientos, que son puñetazo y cuchillada para la piel. Después, si lograras arrastrar tus huesos hasta Lukumbia, los míticos guerreros de ébano y los grandes saurios de la jungla terminarían con lo que quedara de ti, y quizás de manera poco rápida.

»No, amigo, mío, quédate con tu Lukumbia, yo prefiero unos labios femeninos y una jarra de…

—¡Silencio! —susurró Skarrion. Su borrachera parecía haberse esfumado entre dos latidos, pues tenía la mirada limpia y afilada—. No te vuelvas, pero creo que alguien nos sigue. Acabo de oír pasos apresurados.

Camu obedeció. No cambió sus maneras ni su postura, pero relajó el cuerpo, preparándose para el combate.

—Sigamos andando como si nada ocurriera —dijo Skarrion, entre dientes—. Nos separaremos, contaremos hasta diez y correremos de vuelta por donde vinimos, para atrapar a quien nos esté siguiendo.

Camu le echó una mirada intensa y asintió.

Continuaron andando durante un trecho, armando gran escándalo, sin volverse nunca hacia atrás. Se despidieron a gritos y cada uno partió en distinta dirección.

A la de diez, Skarrion dio media vuelta y echó a correr, descubriendo enseguida una figura oscura y un poco agachada junto a una de las lonas que orillaban la calle. El extraño se escabulló tras una tienda, moviéndose con agilidad.

—¡Camu! ¡Está allí!

—¡No lo veo! —gritó el ishankita, que ya corría tras Skarrion.

El shakark dobló a toda velocidad la esquina y distinguió entre las tinieblas la sombra alta y delgada, vestida con una túnica corta, calzones largos y anchos y botas de un material indefinido, todo ello de color negro. La cabeza también estaba cubierta por un pañuelo y un turbante oscuros y las manos estaban envueltas en manoplas negras. Incluso la funda de la espada curva, colgante de la cintura y asida por el puño diestro, para no causar ruido al moverse, estaba envainada en un cuero de tonos apagados. Aquel fugitivo que se confundía con la noche no era más que un pedazo de negrura, escabulléndose y mezclándose con el resto de grises y oscuros de las calles de la ciudad de tiendas.

Skarrion lo seguía con rapidez. La luz débil de unos pocos hornillos y el contraste de la sombra contra las lonas hacían posible detectar al corredor, pero si aquella presa consiguiera salir del oasis resultaría imposible atraparla en la noche cerrada del desierto. El shakark aminoraba distancias y casi lo agarró, pero aquel tipo era escurridizo como una culebra y logró esquivarlo.

Camu, tras haber dado un astuto rodeo, salió al paso del fugitivo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

El embozado desenvainó su espada y trazó un arco fugaz, pero Camu la esquivó echándose a un lado y la hoja solo cortó un pliegue de su chaleco. El extraño pasó como un rayo negro, casi saltando por encima de él, y desapareció tras una tienda.

Skarrion llegó junto a Camu, que ya se levantaba del suelo.

—¿Estás bien?

—¡Sí! ¡No te detengas! ¡Síguelo!

Skarrion así lo hizo, pero el hombre de negro se había esfumado. Buscó entre las tiendas más cercanas, pero al final comprendió que ya no lo iban a encontrar.

—Maldito sea… —gruñó, tras reunirse con Camu—. Ha escapado. ¿Por qué nos seguía?

—No lo sé.

—Vestía igual que los hombres que me atacaron hace unos diez días en el desierto, aquellos que montaban sobre lagartos gigantes.

—En efecto —dijo Camu—. Era un cari.

La madrugada les halló sentados a los lados de una mesa, en la tienda de Zafir, tomando la suave cerveza paishtia para pasar la resaca.

—No sé qué se le ha perdido a un cari aquí, en Awaz —dijo Camu.

—Yo tampoco. Además, ese nos seguía a nosotros, en concreto. ¿Qué se propondría?

—Demasiados misterios. De cualquier manera, si lo encontraran lo llevarían al Pozo de los Desesperados.

—¿El Pozo de los Desesperados? ¿Qué es eso?

—Había olvidado que eres nuevo aquí. Te lo contaré.

»En este oasis es costumbre arrojar a los blasfemos y malhechores reincidentes al Pozo. Se trata de un agujero enorme en el desierto, a más de tres clepsidras de Awaz, cegado por una plancha de madera. Cuando los jueces han reunido el suficiente número de condenados los llevan hasta allí y los lanzan al Pozo. Lo cierran, suenan unos alaridos horribles y, cuando lo abran más tarde, solo encontrarán carne desgarrada, huesos quebrados y pellejo reseco. Solo los jueces y los sacerdotes saben qué se esconde en el fondo del Pozo.

—En Awaz no se andan por las ramas a la hora de impartir castigos.

—En efecto. Por eso es mejor estar siempre del lado de la ley.

Se les acercó Zafir, que acababa de abrir el establecimiento. Mostraba como siempre un aspecto elegante, así como el aire afable y socarrón de costumbre.

—¿Qué hacen mis dos mejores mozos de seguridad despiertos a estas horas? —les dijo—. Normalmente he de mandar algún esclavo a levantaros y el pobre vuelve con la cabeza abombada por algún chichón, ¡y además enojado!

Camu le contó la extraña aventura de la noche.

—¿Un cari? —dijo Zafir—. ¿Aquí, en Awaz? ¡Que el Sagrado Profeta nos ampare! ¡Si esos salvajes se pasean por las calles de nuestro oasis, cualquier cosa puede suceder!

El mercader se alejó murmurando para sí, alarmado y disgustado.

Pero el sobresalto no le impediría ocuparse de sus obligaciones cotidianas.

—Zafir tiene motivos para sentir miedo —dijo Skarrion—. Si los caris atacasen Awaz, sus primeras víctimas serían los ricos comerciantes como él.

—Cierto —concedió Camu.

El resto del día transcurrió sin incidentes.

Skarrion aún continuaba atacado de mala suerte en cuanto a las mujeres, pues las camareras seguían rechazándolo, aunque se mostraban zalameras y divertidas y no le negaban la conversación. Por el contrario, Zeyala ni siquiera lo miraba. Skarrion la contemplaba al bailar y se decía que no doblaría la rodilla ante ella. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa de que los caris hubieran matado a su hermano, pero a él le hubiesen perdonado la vida.

A mediodía llegó al oasis una caravana más grande de lo normal, propiedad de un tal Amid de Abhli.

Los mozos de carga, camelleros, mercenarios y vendedores se alojaron en la tienda de Zafir y las mercaderías que traían se guardaron en un pabellón que hacía las veces de almacén, anejo al de la taberna. Las cajas, averiguó Skarrion, estaban llenas de sables, lanzas, hachas, escudos, arcos y aljabas a rebosar de flechas. El destino era el Fuerte Lawi, al este de Awaz. Se trataba de una avanzadilla sureña del gran califa abhlio y desde allí se vigilaba un sector amplio, en la frontera entre la civilización y las hordas del desierto. El propósito de Amid era vender las armas a la guarnición de Fuerte Lawi.

Amid y Zafir, viejos amigos, se saludaron a grandes voces y se abrazaron con fuerza.

Aquella noche, tras cerrar la tienda al público, Zafir invitó a sus empleados y a los de Amid a una celebración privada. La fiesta transcurrió entre bromas y risas, si bien Skarrion enseguida desconfió de Amid; un instinto primitivo le advertía acerca de su mirada esquiva y astuta y aquel comportamiento amable, capaz de enmascarar un carácter despiadado. Pero no tenía ningún motivo real de queja y, aunque trató poco con el comerciante, lo hizo de manera educada.

Zeyala y otras bailarinas danzaron para ellos. Como de costumbre, ella ni siquiera miró a Skarrion y él sintió su ira crecer. La muchacha provocaba a todos los hombres menos al shakark, que se limitaba a beber de su jarra y mirarla de vez en cuando con ojos como ascuas ardientes.

Bebieron tanto que la pesadez los asaltó allí mismo. Las bailarinas y las camareras se retiraron a sus pabellones y los mozos de Amid y

Zafir pronto empezaron a roncar, tirados aquí y allá, sobre los cojines o sobre el mismo suelo.

Skarrion sufría un sueño inquieto y esquivo y al fin despertó mareado, con un sabor extraño en la boca. Ya otras veces habían intentado drogarlo y su fuerte organismo le advertía de la trampa. Tambaleándose, pasó entre los cuerpos inconscientes hasta salir de la tienda. Ya en el exterior, se metió dos dedos en la garganta y vomitó a chorros el alcohol ingerido y los últimos restos del narcótico.

Más despejado, pero aún débil, empezó a rodear con sigilo la tienda de bebidas.

Hubo de esconderse tras un ángulo de la lona, pues vio a un subordinado de Amid montando guardia a la entrada del pabellón donde se alojaba Zafir. Las lámparas del interior estaban encendidas. El shakark podía haberlo dejado correr, pero estaba furioso. Habían intentado drogarlo y sospechaba que Amid, y quizás también Zafir, tenían que ver con el asunto.

Fue fácil llegar hasta el confiado y somnoliento centinela y hacerle perder el conocimiento, descargando un golpe con el canto de la mano en su nuca. Lo escondió en un rincón, lo desnudó y se puso sus ropas, encima de las suyas. Cubrió su cabello con el turbante y alzando el pañuelo hasta las ojeras ocultó su rostro.

Se acercó a la tienda, introduciéndose bajo la primera lona, y con lentitud y mucho cuidado rajó un pedazo del fuerte tejido, para así poder espiar el interior.

Allí dentro estaban reunidos Zafir, Amid y dos caris, estos enfundados en sus túnicas, calzones y botas de color negro, con el turbante y el pañuelo cubriendo y tapando su cabeza, salvo los ojos. Los cuatro estaban sentados sobre cojines, con las piernas cruzadas, pero había un quinto hombre que estaba de rodillas, al lado de uno de los dos caris. Era delgado y mostraba un aire de sumisión. Su única vestimenta era un taparrabos miserable y una argolla rodeaba su cuello. Esta argolla había sido introducida dentro del último eslabón de una cadena metálica, cuyo extremo agarraba un cari. Skarrion comprendió que aquel esclavo era propiedad de los dos tribales. Desde donde se encontraba, no podía oír más que murmullos ininteligibles. Zafir se mantenía al margen de la conversación, pero Amid sí hablaba con los caris, quienes contestaban al esclavo, que a su vez transmitía las palabras a Amid. Skarrion recordó lo que contara Camu acerca de los caris: ellos solo dirigían la palabra a quienes consideraban sus iguales y por tanto se valían de un esclavo, un simple instrumento, para comunicarse con Amid, a quien tenían como inferior.

El mercader gesticulaba con viveza, quizás regateando, a la manera de los comerciantes del desierto. Se levantó y extrajo de una caja cercana varias espadas relucientes, sin duda importadas del norte, de

un acero mejor que el común usado en el desierto. Los caris tomaron las armas, sopesándolas, y por medio del esclavo siguieron discutiendo, hasta que se llegó al acuerdo. Zafir les sirvió a todos el té de la concordia, para sellar el trato.

Skarrion reconoció por su figura y movimientos a uno de los dos caris: estaba seguro de que ese hombre era quien les había seguido a Camu y a él, la noche anterior.

Dicho tribal se volvió, como si hubiera notado la intensidad de su mirada. Se levantó y lo señaló con el índice derecho.

Skarrion gruñó un juramento y emergió a la noche. Echó a correr hacia la tienda de bebidas de Zafir, quitándose a los trompicones las ropas del guardián inconsciente y arrojándolas lo más lejos posible. Ahora estaba vestido con las propias, que conservara debajo, pero el turbante y el pañuelo seguían ocultando el cabello y la cara.

Dos hombres de Amid lo perseguían a la carrera, sin emitir voz alguna, con las espadas y los cuchillos desenvainados. Skarrion dobló una esquina y se metió en la tienda de bebidas. Allí dentro se despojó del pañuelo y el turbante y se tumbó entre los otros durmientes de la sala, cubriéndose con una manta y medio tapándose la cabeza con un cojín. Tirado boca abajo, unió sus falsos ronquidos al coro general.

Sus perseguidores entraron y anduvieron por entre los hombres drogados, estudiándolos con mucha atención. Skarrion permanecía inmóvil, controlando a duras penas su respiración apresurada. Los dos sicarios de Amid pasaron junto a él, pero no se detuvieron. La persecución había transcurrido en la oscuridad de la noche cerrada y no habían tenido apenas tiempo de ver su figura con atención; con suerte, no le reconocerían entre todos esos hombres dormidos.

Algunos inconscientes, sufriendo de sueño ligero, se agitaron y uno estuvo a punto de despertar cuando el pie de uno de los hombres de Amid rozó su espalda. Los dos intrusos decidieron ser prudentes y se marcharon del pabellón.

Skarrion soltó el aire en un largo jadeo de alivio. Llegó hasta Camu y lo zarandeó y lo abofeteó, sin resultados. Skarrion pensó que la droga debía ser poderosa para que su compañero no volviera en sí ni por las malas. Y por si eso fuera poco, Camu había bebido por tres, como de costumbre.

Todo su cuerpo se tensó, como alertado por un sexto sentido. Al volverse vio a Harim, un mozo de seguridad de Zafir, venir hacia él con paso rápido. Empuñaba una maza de madera y Skarrion intentó esquivar el golpe, pero Harim era rápido y estaba muy despierto, mientras que él aún adolecía de cierta debilidad. El arma impactó en la frente de Skarrion, que sintió el mundo desaparecer durante un solo instante. Se revolvió desde el suelo y logró patear a su rival en la boca, haciéndole tragar dos dientes. Zabir, otro empleado de

seguridad, llegó por su espalda y golpeó su cabeza con una tetera de latón. Skarrion sintió un estallido de dolor en su cráneo y el vértigo le hizo caer otra vez, mientras sus miembros perdían las fuerzas. Zabir le golpeó a conciencia, hasta que la tetera quedó deformada.

Skarrion estaba ya en el seno de una negrura infinita.

Despertó en una celda rocosa, oscura y mugrienta. Tenía los tobillos, las muñecas y el cuello rodeados de grilletes, y estos a su vez estaban unidos con cadenas al suelo y la pared. El lugar estaba vacío, a excepción de Skarrion y de una rata que lo miraba con curiosidad. Había una puerta de madera de aspecto muy sólido y resistente y un ventanuco cegado por una plancha también de madera.

Skarrion probó las cadenas y los grilletes, comprobando que no podría arrancar aquellas del muro ni tampoco soltarse de estos. Se sobrepuso al dolor de cabeza bestial y gritó:

—¡Carcelero! ¡Quiero hablar con un juez! ¡Ahora!

Siguió dando voces y armó tal escándalo que al cabo de poco sonó un crujido de cerrojos y la puerta se abrió.

Entraron dos jueces. Uno era Saz, a quien recordaba del altercado con el viejo Abdullah. El otro, más joven, de ojos duros y gesto cruel, empuñaba un látigo corto en su mano derecha.

—Si no dejas de molestar acabaremos contigo ahora mismo, en esta celda —advirtió el juez Saz.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Skarrion.

—¡Bien lo sabes, ladrón! —escupió el más joven.

Saz le frenó con un gesto de la mano y habló sin perder la calma:

—Tal vez te hayas vuelto loco y no recuerdes nada, así que voy a refrescar tu memoria… Dos de los hombres de Zafir, Harim y Zabir, te vieron robar anoche monedas y joyas en la tienda de bebidas, mientras los demás dormían, y cuando te echaron en cara el delito los atacaste. Ellos te redujeron a golpes y llamaron a Zafir, quien nos avisó y nos contó lo sucedido. Y por si aún quedaba alguna duda, encontramos en tus alforjas otros objetos robados y echados en falta por Zafir.

Skarrion sonrió sin alegría y dijo:

—Zafir es astuto. Toda esa historia es una sarta de falsedades. Me ha tendido una trampa. Os contare la verdad:

»Ayer por la noche drogaron a todos los hombres de la tienda de bebidas para no molestar a Zafir mientras él trataba ciertos… *asuntos*. Yo pude librarme de los efectos de la droga y descubrí a Zafir y Amid haciendo tratos con dos caris. Amid venderá a los caris el cargamento de armas cuyo destino se supone que es el Fuerte Lawi. Con tales aceros, mejores que los vuestros, lo más probable es que los caris

ataquen este oasis… Yo mismo los vi regatear con Amid el precio de las armas.

»Cuando volví a la tienda de bebidas me hice el dormido, pero Harim y Zabir no habían sido drogados, porque sin duda Zafir les tenía al corriente de sus operaciones ilegales. Ellos dos me redujeron a golpes y más tarde se inventaron toda esa historia del robo, y para probarla colocaron alhajas y monedas de Zafir en mis alforjas… Estoy seguro de que Amid es el cerebro de la trama. Debéis detenerlo antes de que su caravana salga de aquí, pues en el desierto entregará sus armas a los caris. Y también tenéis que encarcelar a Zafir, Harim y Zabir e interrogarlos a todos.

—Zafir nos advirtió que inventarías patrañas fantásticas y levantarías calumnias vergonzosas contra él —repuso el juez Saz—. Solo por tratar de manchar la reputación de un miembro respetable de esta comunidad merecerías un duro castigo… Pero también has injuriado a Amid, el hermano de mi padre, que siempre ha contribuido con sus donaciones al fortalecimiento de la institución de los jueces. Ese buen hombre lleva sus armas para venderlas, a bajo precio, no lo olvides, a los soldados de Fuerte Lawi. Pensaba cortarte las manos como a un vulgar ladrón, pero ahora te condeno al Pozo de los Desesperados, donde sufrirás un final aún más horrendo.

—Escúchame, juez Saz —dijo Skarrion—. Quizás Amid haya colaborado en el pasado con los jueces, cuando le convino, pero ahora las tribus del sur ganan poder día a día y él vuelve a arrimarse a la mejor sombra.

—¡Silencio, asqueroso extranjero! —bramó el juez más joven.

Desenrolló su látigo y con él fustigó al cautivo. El cuero trazó un profundo surco rojizo en el pecho y el hombro de Skarrion, que aulló y se lanzó contra su agresor como una fiera enloquecida; pero las cadenas lo frenaron de manera dolorosa y retrocedió hasta dar con la espalda en la pared.

Jadeante, miró al juez con ojos asesinos.

—Si vuelves a golpearme te haré tragar ese látigo. Lo juro.

El juez más joven azotó dos veces más a Skarrion, que se revolvía y se protegía con los brazos, rabioso, dolorido e impotente. Ya tenía tres nuevas líneas sangrantes, en la espalda y los muslos, cuando Saz habló de nuevo:

—Déjalo, Mald. Ya tendrá tiempo de sufrir en el Pozo de los Desesperados.

—Como ordenes —respondió el tal Mald.

Skarrion hizo un esfuerzo para recobrar la calma y miró a Saz.

—¡Escúchame! Creo que eres un hombre razonable, así que te prevengo: si no detienes a Amid, Awaz pronto será atacado por los caris. Quizás este oasis sea tan solo el primer paso y después la lucha

llegue hasta las ciudades del norte… Ahora es el momento de cortar de raíz ese peligro.

—Vámonos, Mald —dijo Saz—. No perderé más tiempo escuchando a este loco.

—¡Espera! —gritó Skarrion—. ¡Déjame hablar al menos con Camu, el mozo de Zafir!

—No se te permite tener comunicación con nadie —contestó Saz.

—Por favor, dile que se vaya de Awaz lo antes posible y que se lleve con él a Seraz y a Zeyala, la bailarina.

—¡Pobre loco miserable! —escupió Mald—. No mezcles a la gente honrada en tus sucios manejos. Por supuesto, no les transmitiremos esos mensajes ridículos. Un ladrón no merece más que la muerte.

El shakark clavó su mirada en él.

Los dos jueces salieron de la celda y cerraron el portón. Skarrion quedó solo de nuevo, temblando de rabia e impotencia.

4. EL POZO

Tres días pasaron hasta que fue sacado de la prisión.

Solo había comido pan duro y agua, así que se le veía más pálido y delgado. Aun así, cuando lo unieron a la cadena de los condenados su figura resaltaba sobre las otras, pues mientras que los demás caminaban encorvados y cansinos, él lo hacía erguido, con la barbilla alta y los ojos helados y severos.

Las celdas estaban ubicadas en un pequeño monte rocoso, a varias leguas de Awaz, así que los reos emergieron directamente al desierto. Solo llevaban puesta una túnica corta de estameña, con la capucha bajada, y un cinto de cuero agrietado. Tenían las manos encadenadas y cada uno estaba unido al siguiente por los tobillos y el cuello. Bajo el sol abrasador, la arena hacia arder los pies desnudos y no pasó mucho tiempo antes de que algunos condenados sollozaran por culpa del dolor. El hierro de los grilletes pronto se calentó tanto que se adhería a la piel, así que los cautivos procuraban mover lo menos posible el cuello, para que el metal solo tocara la carne ya cubierta de ampollas.

Cinco jueces escoltaban a los diez presos. Mald estaba a cargo del látigo y repartía golpes sin cesar. Se ensañó con Skarrion, que soportaba estoico los azotes, haciendo rechinar sus dientes, aunque sin proferir un solo grito. Al cabo de poco, la sangre escapaba por los surcos rojizos y la túnica se veía escarlata y hecha jirones. Cuando el juez comprendió que sus esfuerzos resultarían inútiles le dejó en paz y se ocupó del siguiente cautivo, hasta obligarlo a arrodillarse y suplicar piedad entre lágrimas.

Dirigiendo la marcha, sobre un camello, iba el juez Saz. Ni siquiera miraba a sus cautivos, pues para aquel hombre severo e inflexible, dedicado en cuerpo y alma a mantener la ley, esos diez reos, esos diez desgraciados que habían violado las normas, no eran más que escoria que eliminar y por último olvidar.

Aquella marcha terrible se prolongó durante más de una clepsidra, hasta que al fin llegaron a una zona del desierto donde la arena fina daba paso a una planicie de tierra seca y compacta.

Skarrion vio que se acercaban a una superficie redonda de madera, cuyo radio superaba los diez pasos. Parecía la tapadera gigantesca de un sumidero abierto en la llanura. Cerca de la plancha circular había una rueda inmensa, paralela al plano del suelo y unida a él por un eje grueso de madera. Un quinteto de esclavos estaba encadenado al

artefacto. Sus fuertes manos reposaban sobre otros cinco maderos, las prolongaciones de los radios de la rueda.

Una muchedumbre de curiosos estaba ya congregándose para contemplar la escena, siempre desde una distancia prudencial. Skarrion distinguió entre ellos a Camu, que lo miraba en silencio, amargado y colérico. El ishankita le saludó con la mano y Skarrion le devolvió el gesto, agradecido. Comprendió que su amigo no se había creído la historia oficial. También descubrió a la bailarina Zeyala. La muchacha, siempre con el velo sobre el rostro, miraba a Skarrion con unos ojos húmedos, llenos de miedo y tristeza. El shakark le lanzó un beso, sonriendo, y ella le saludó débilmente con la mano.

Los jueces quitaron los grilletes a los reos. Aunque liberados de las cadenas, no tendría sentido intentar huir, pues había arqueros que los acribillarían en pocos latidos. Uno de los presos cayó al suelo, sin fuerzas. Otro le ayudó a levantarse.

Saz dio la orden. Los esclavos empujaron y la rueda giró, haciendo sonar un coro de crujidos. La superficie circular se deslizó poco a poco por una gran ranura del suelo, hasta desaparecer del todo. Ahora, la tierra estaba abierta en una boca inmensa que bostezaba, un agujero de negrura.

El juez Mald se acercó a los cautivos, meneando el látigo y haciéndolo restallar en el aire alguna que otra vez. Sonreía con diversión y maldad; al parecer, todo esto le resultaba placentero.

—Preparaos para morir, desgraciados. Por vuestros crímenes se os va a condenar a un final horrible… ¡Sí, un final horrible!

Lejos, el viejo Abdullah reía a gritos y lanzaba maldiciones a los condenados.

Mald se acercó a Skarrion.

—Vas a sufrir mucho allí abajo antes de morir, sucio extranjero.

—Te equivocas —respondió Skarrion—. Voy a escapar de ese pozo, te buscaré y te haré comer el látigo, como prometí.

Mald lo miró con ojos desorbitados.

—¿Nunca has probado el cuero, juez Mald? —prosiguió Skarrion —. Los crantianos han llegado a mascar y tragarse las botas y los cinturones en épocas de hambre y afirman que no tiene un sabor demasiado malo. Tu látigo rezuma la sangre y el sudor de muchos inocentes, así que no necesitarás echarle sal. Quizás incluso a tu paladar le resulte agradable.

—¡Silencio! —rugió el juez.

—Ve preparando la salsa o las especias, como gustes, y haz hueco en el estómago, porque no coceré ni ablandaré el cuero antes de hacértelo comer.

Tembloroso de ira, Mald levantó el arma de la discordia, pero en ese momento estalló la voz de Saz:

—¡Retrocede, Mald! ¡No perdamos más tiempo! ¡Que los reos caigan al Pozo!

El joven juez obedeció y retrocedió, sin apartar la mirada de Skarrion.

—¡Vas a arder en los abismos del infierno! —gritó.

—Hasta pronto, Mald —respondió Skarrion.

El shakark se volvió hacia el gentío y buscó en él, hasta que sus ojos encontraron a Zafir. El mercader lo miraba, impasible.

—Hasta Pronto, Zafir —dijo Skarrion.

Los jueces golpearon con el látigo y la lanza, obligando a andar a los desdichados, hasta que todos ellos desaparecieron en el Pozo.

Skarrion saltó adentro y relajó el cuerpo mientras caía; tras cuatro latidos de flotar en vacío aterrizó sobre los pies, rodando al instante para minimizar el impacto. Aun así, sintió una vibración dolorosa en las plantas que duró unos instantes agónicos. Pero no tenía lesionados los tobillos. Otros, al tensar el cuerpo por miedo al golpe, se habían roto los huesos y ahora aullaban de dolor.

Allí abajo reinaba la pestilencia, un hedor en el que se mezclaba la putrefacción dulzona de los muertos y cierta acritud que resultaba indefinible y que provocaba una repulsión inmediata. Sonó otra vez el crujido de los engranajes y la tapadera se deslizó, sumiendo el pozo, poco a poco, en una tiniebla profunda. Skarrion tuvo tiempo de descubrir en torno a él un suelo de tierra y piedras y una pared circular, sólida y compacta, sobre la que había, a ras del suelo, tres agujeros de un pie de altura y dos pasos de ancho. También vio unas pocas osamentas, esparcidas aquí y allá, y la mitad de un cadáver en avanzado estado de corrupción.

Aún no estaba totalmente cerrado el Pozo cuando le llegaron, procedentes del exterior, exclamaciones de asombro. Skarrion miró hacia arriba y vio un objeto brillar a la luz de la mañana. Cayó tres pasos a su derecha.

—¿Quién lo ha tirado? —Skarrion reconoció la voz chillona de Abdullah—. ¿Quién ha sido? ¡Herejes! ¡Traición!

El shakark fue hasta el sable curvo y afilado y lo tomó.

—Gracias, Camu —dijo.

Se sentía más seguro empuñando el acero.

Cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, quince latidos más tarde, la oscuridad del Pozo no le parecía tan hermética, hasta el punto de poder distinguir las sombras de los otros nueve reos.

Gritaban, corrían de un lado a otro, rezaban a su dios… Uno incluso se abrazó a las piernas de Skarrion.

—¡Sálvanos, extranjero!

—¡Aparta, mamarracho! —contestó el shakark.

Lo alejó de una patada y su víctima se marchó a cuatro patas,

lloriqueando. Skarrion se acercó a la pared y comenzó a tantearla con las manos, buscando huecos y ranuras por los que iniciar la escalada.

Oyó un chillido horrorizado, coreado por muchos otros gritos de miedo e incredulidad. Se volvió y buscó entre las sombras, hasta verlo él también.

Por uno de los agujeros de la pared emergía un monstruo que caminaba sobre seis patas. Su cola se alzaba, arqueada y amenazante, con un aguijón puntiagudo en el extremo. De la cabeza globular nacían dos pinzas enormes y curvas que chasqueaban al abrirse y cerrarse. Aquel ser resultaba muy parecido a un escorpión común… Pero era tan grande como un tigre de la lejana Zeihn.

El coro de aullidos se repitió. Otro escorpión, aún mayor que el primero, tenía ya entre sus pinzas a uno de los condenados. El aguijón latigueó, se clavó en el vientre del hombre e inoculó su veneno.

Del tercer agujero salió otro monstruo, semejante a los dos anteriores. Corrió hasta un desgraciado que oraba a su dios y le golpeó con su cola velocísima. El hombre se desplomó, agarrándose el cuello húmedo y brillante. La criatura cayó sobre él, agitando las patas, y lo remató cortándole la yugular con las pinzas.

Skarrion seguía quieto, con la espalda pegada a la pared, lleno de espanto, esforzándose para no perder lo que le quedaba de cordura. Los otros hombres corrían y gritaban y los escorpiones gigantes les picaban con sus colas cuando pasaban cerca, para enseguida rematarlos con las pinzas. Aquellos monstruos llevaban a cabo la masacre con tranquilidad, de manera fría y sistemática.

Cada uno tenía sobre la cabeza cuatro largas antenas, pero no había ojos en sus rostros blancuzcos y esféricos. Quizás fuesen ciegos, pues al fin y al cabo vivían en la penumbra. Aquellos largos apéndices de la testa se agitaban con frenesí en todas direcciones, tal vez detectando las vibraciones del sonido e incluso el calor de los cuerpos que los rodeaban. Tal vez fueran sus principales órganos sensoriales.

Uno de los tres escorpiones se acercó a un hombre muerto y le abrió el vientre con las pinzas. Se colocó sobre el cadáver y expulsó por un orificio al extremo de la panza una esfera blanquecina, tan grande como la cabeza de un niño. Skarrion contemplaba alucinado la escena y el asco lo golpeó con una intensidad casi física al comprender el significado de lo que estaba viendo: aquel ser había puesto un huevo dentro de un cuerpo humano; quizás el vástago necesitara el calor de la carne y la sangre para madurar y después emerger al exterior.

Saliendo del estupor a duras penas, Skarrion metió la espada entre el cinto y la cadera y comenzó la escalada. No encontraba casi dificultades, puesto que la pared era rugosa y además estaba llena de huecos y agujeros.

Aún no había llegado a la mitad del camino cuando miró hacia abajo y vio que todos los hombres se encontraban ya muertos o a punto de morir, como sombras grises, tiradas en el fondo del pozo. Dos escorpiones estaban devorando los cadáveres y podía oír con nitidez los chasquidos de sus pinzas al cortar y desgarrar la carne. El tercer monstruo permanecía muy quieto, moviendo sus antenas de manera frenética. Echó a correr hacia el sector de la pared por el que Skarrion escalaba. Lo había detectado.

El shakark llegó al techo de madera y buscó algún hueco por el que poder pasar su cuerpo, hasta llegar al exterior. No lo encontró, pero se dio cuenta de que podría romper la pared de tierra si la golpeaba fuerte. Comenzó a picar en ella con el sable; su intención era abrir un agujero junto al borde de la enorme tapa del pozo para deslizarse y escapar por el boquete. Estaba sujeto al muro por una mano y los pies, mientras que el brazo libre golpeaba con el acero y abría un surco creciente en la tierra dura. Sentía todos sus músculos en tensión y el sudor le empapaba la cabeza, el pecho y los costados.

Miró hacia abajo y reprimió un grito de horror. El escorpión ascendía por la pared, clavando sus patas en ella de manera cuidadosa y eficaz. Skarrion redobló los esfuerzos y un rayo de luz penetró en el Pozo, bañando su rostro. El fino haz también dio en la testa de la criatura, que se revolvió, como atacada por un dolor agudo, y se apartó hacia la derecha para esquivar el rayo de sol. Skarrion comprendió que la luz hería a estos seres subterráneos.

Volvió a cavar. Ahora el agujero hacia el exterior era grande como un puño. La tierra se le pegaba a la túnica, el rostro y el pelo húmedos y formaba costras de barro.

Ya eran tres los escorpiones que subían en su busca. De algún modo habían comprendido que no se trataba de una víctima indefensa y unían sus fuerzas, dejando el banquete para más tarde. Pero el agujero era aún más pequeño que la cabeza de Skarrion, que soltó un gemido al comprender que no le daría tiempo a escapar.

Descubrió que el techo de madera aparecía surcado por un entramado de vigas, de las cuales él podría colgarse.

Así lo hizo, tras meter la espada entre el cinto y la túnica, pasando de un madero a otro como lo haría un mono ishankita a través de la selva.

Los escorpiones evitaron el único haz de luz del pozo, llegaron hasta la madera y hundieron en ella sus patas poderosas, como si fueran garfios. Así sujetos, avanzaban sobre el techo como si fuese un suelo invertido. Pronto alcanzarían a su víctima.

Skarrion llegó al centro de la superficie circular, donde quedó quieto. No sabía cuánto tiempo más aguantaría así colgado, pero estaba dispuesto a sacar la espada y luchar, aun a pesar de saber que

toda resistencia no sería otra cosa que un mero aplazamiento del fin. Los escorpiones ya se le acercaban, irguiendo las colas, preparándose para lanzarlas hacia delante, pincharle con sus extremos agudos e inyectarle su veneno.

La madera sobre Skarrion crujió. Miró hacia arriba y al fijarse en ella distinguió riachuelos de pequeños insectos que resbalaban por sus brazos, su cara y su garganta, atrapados en las franjas de sudor. Termitas. Sonó un nuevo chasquido. La madera estaba podrida. Skarrion se balanceó sobre la viga, se levantó flexionando los brazos y se dejó caer, tirando de ella hacia abajo con todo el peso de su cuerpo. Estalló otro crujido, ahora más violento, y una nube de polvo alcanzó su cara, provocándole una fuerte tos. Los escorpiones se detuvieron, como extrañados. Skarrion levantó las piernas y afirmó los pies en la madera, a ambos lados de la viga que agarraba. Tiró de ella hacia abajo con los brazos y empujó hacia arriba con las piernas. Un escorpión tomó la iniciativa y se le aproximó, atrasando la cola para golpear, como si fuera un látigo.

Sonó un crujido lento, bestial, y luego un estallido quejumbroso. La viga y una enorme sección del techo se rompió en decenas de trozos y cayó hasta el fondo, y Skarrion también descendió, entre una nube de polvo, astillas y termitas.

El golpe contra el suelo le arrancó el aliento, pero el miedo le daba energías, así que se levantó, mareado y tambaleante, y palpó sus brazos y piernas, constatando que no tenía nada roto. Maldijo su mala suerte. Él quería haberse quedado arriba para escapar por el agujero, pero calculó mal la fuerza empleada en romper el techo y por tanto había caído junto a la madera destrozada.

Arriba, sobre su cabeza, había un agujero irregular de unos dos pasos de anchura. La luz del sol que entraba por él le cegó durante unos instantes y se cubrió los ojos con una mano.

Escuchó un golpe sordo. El escorpión ya estaba en el suelo, frente a él. Tres pasos a su espalda el segundo de los tres monstruos aterrizaba sobre las patas, sin sufrir daño alguno. El último, a imitación de los otros, se soltó del techo, dio la vuelta en el vacío y cayó al fondo del pozo, dispuesto para acabar con aquella presa tan escurridiza.

Skarrion, de pie y empuñando el sable, permanecía dentro del amplio círculo luminoso que los escorpiones no osaban penetrar. Aun así, sus largas colas se replegaban, dispuestas para atacar en cualquier instante. El shakark se sabía perdido. Quizás pudiera parar un ataque o dos con el acero, pero tarde o temprano alguno de esos tres aguijones rápidos e impredecibles lo alcanzaría.

Uno de sus talones tropezó con un bulto. Lo miró y vio que se trataba de un cadáver humano, al borde mismo del círculo de luz solar. Los escorpiones se detuvieron y quedaron inmóviles. Tan solo

las antenas se movían, ahora a velocidad vertiginosa. Skarrion los observó con extrañeza y se preguntó por qué no lo atacaban de una vez por todas.

Reconoció el cadáver: era aquel hombre sobre el que uno de los tres escorpiones pusiera su huevo.

Se agachó y rebuscó entre los intestinos del muerto con la punta de la espada, hasta encontrar la esfera blancuzca. La tomó con una mano. Rezumaba sangre y un líquido claro y cremoso, y su envuelta translúcida dejaba ver un pequeño escorpión embrionario. Bañado por la luz, el huevo vibraba con un rumor sordo.

Los escorpiones seguían inmóviles, pero sus antenas continuaban moviéndose a una velocidad aún mayor. Uno de los tres corrió hacia Skarrion, dispuesto a salvar el huevo antes de que el hombre o la luz del sol lo dañaran de manera irreversible. El shakark alzó el sable y pinchó con suavidad la esfera, provocando que temblase con más energía. El escorpión se detuvo. Skarrion imaginó que aquellos seres se comunicaban con su vástago mediante vibraciones que él no podía captar, recogidas por las antenas de la cabeza. Hundió la punta un poco más y el huevo palpitó aún más fuerte. El escorpión gigante retrocedió unos pasos. Skarrion se maravilló. Aquellos seres gozaban de inteligencia.

Se movió hacia la pared, sin separar el sable del huevo. Los escorpiones lo seguían a distancia, con lentitud. El shakark casi podía percibir su odio y su miedo. Metió el huevo en la capucha de la túnica y comenzó la escalada. Los monstruos también subieron, aunque sin atreverse a iniciar el ataque definitivo. Llegó al techo de madera y pasó de una viga a otra, llegando por fin al agujero del centro. Las bestias comprendieron que pretendía huir por allí y se movieron a mayor velocidad. Uno del trío avanzó con tanto ímpetu que el techo podrido sobre él se rompió y cayó de nuevo al fondo.

Skarrion salió.

Afuera ya no había nadie, los espectadores y los jueces se habían marchado y la planicie de tierra mostraba su desnudez habitual. El hombre se alejó con rapidez de la superficie de madera, pues ya un escorpión emergía a la luz y corría hacia él, a pesar de que el calor y el fulgor de la mañana debían herirlo de manera casi insoportable. Era el que había puesto el huevo. La criatura se suicidaría con tal de recuperar a su hijo.

Skarrion continuó huyendo, con el huevo entre sus dos manos. El escorpión estaba acostumbrado tan solo a la oscuridad y al frescor del subsuelo y por fin se derrumbó sobre la panza. Skarrion se detuvo y contempló su agonía. La criatura agitaba con debilidad las pinzas y soltaba una baba viscosa por la boca. Las antenas se movieron con mayor lentitud, hasta caer y quedar inmóviles, como el resto del

cuerpo.

Skarrion miró el huevo. Bajo el sol poderoso ya no vibraba. Lo dejó caer.

Echó a andar hacia Awaz.

Camu bebía su segunda jarra de licor de dátil, solo y deprimido, en una tienda de bebidas que no era la de Zafir.

Apuró el recipiente, pagó a la camarera y salió. Las estrellas brillaban con fuerza en el cielo y la noche lo envolvía como un manto fresco y limpio. Echó a andar por la vía solitaria, orillada por pabellones que ondulaban bajo la brisa.

Se le acercó un encapuchado, vestido con harapos mugrientos. No llevaba calzones ni botas y tenía los pies sucios y enrojecidos, casi en carne viva.

—Lárgate —dijo Camu—. No te daré limosna.

El desconocido sacó de entre sus ropajes un sable curvo.

—Creo que es tuyo.

Camu cogió el arma, boquiabierto. Desde el interior de la capucha dos ojos azules fulguraban y una fiera sonrisa de labios despellejados se abrió con lentitud, en un rostro curtido por el viento y bronceado por el sol.

—¡Maldito hijo de los demonios! —rugió Camu. Los dos se abrazaron y aquella sonrisa enorme volvió a aflorar en el rostro ancho y negro—. ¿Qué hace falta para matarte, bastardo de pelo amarillo?

—Un batallón de mujeres lujuriosas. Eso no podría resistirlo ni yo. Vamos a un lugar seguro, pues he de hablar contigo. Pero antes, entra en esa taberna y trae un barril de cerveza. No te demores porque tengo la garganta en carne viva. Caminar toda la tarde bajo el sol del desierto provoca una sed horrible.

—Por supuesto. Espérame en aquel callejón oscuro.

Skarrion así lo hizo.

Camu volvió con un barrilito sobre el hombro derecho, un puñado de toallas limpias y empapadas colgando del brazo izquierdo y una bandeja con carne humeante. Skarrion bebió un trago largo del barril, tosió y vomitó y siguió consumiendo la bebida, ahora de manera más sosegada. Se desnudó y se quitó la mugre del cuerpo con las toallas, hasta quedar razonablemente limpio. Cuando las tiró al suelo estaban negras y en ellas había quedado la arena, la sangre y el sudor. Skarrion lucía por todo el cuerpo un entramado de surcos ahora secos, producidos por el látigo de Mald. Camu también había traído ropa impecable: una túnica, calzones largos, botas y un cinto. Y una buena cimitarra, que Skarrion desenvainó, estudió, quedando satisfecho, guardó en la funda y por último colgó de su cadera. Ya vestido y

aseado, comenzó a devorar la carne estofada.

—Nunca pensé que un maldito infiel me caería tan simpático —dijo el ishankita.

—Tú también eres un infiel —contestó Skarrion, con la boca llena.

—Claro que sí. Aunque voy al templo, reniego en la intimidad del profeta Paisharem, su estúpido dios y sus ridículas normas. Pero uno ha de guardar las apariencias si no quiere acabar empalado. Ahora, cuéntame cómo escapaste del Pozo y qué diablos ocurre en Awaz.

Skarrion le reveló todo lo que sabía acerca de Amid, Zafir y su trato con los caris, sin omitir detalle alguno. También le explicó la trampa que el mercader le había tendido y narró su encuentro con los escorpiones gigantes.

Cuando hubo terminado, y tras un tiempo de sorpresa y reflexión, Camu se acarició la barbilla, frunciendo el ceño con inquietud.

—Si tus suposiciones son correctas Awaz se convertirá pronto en un lugar muy peligroso. Con muchas y buenas armas, los caris no reprimirán sus ataques, así que debemos irnos enseguida.

—Tú lo has dicho. Supongo que las ciudades costeras de Imyaria o Razhull serán un lugar seguro.

—Creo poder convencer a Seraz de que venga. Planeamos formar una familia. Pondré un negocio y viviré junto a ella hasta que seamos viejos y barrigones y al fin se nos lleve la muerte de una vez por todas.

Skarrion soltó una carcajada.

—¡Vaya, el león de Ishanki sojuzgado por la gacela imyaria! Os deseo una dicha sin fin, a los dos.

Camu le guiñó un ojo.

—Deberías buscar tu propia gacela. Quizás Zeyala.

—¡No! Esa mujer me aborrece. Aun así, no quiero que esté aquí cuando ataquen los caris. La voy a sacar de Awaz, aunque tenga que arrastrarla por los pelos.

—Está bien. Iré a buscar a Seraz y traeré unos cuantos animales de carga. Tú sigue aquí y no te muevas. Nos marcharemos antes de que el sol asome por el este.

Skarrion asintió. Pero decidió en su fuero interno que él se retrasaría unas clepsidras más en el oasis, dejando que Camu, Seraz y Zeyala tomaran la delantera hacia el norte. Tenía que resolver algunos asuntos con ciertos ciudadanos respetables de Awaz… No era hombre que olvidara ni perdonara los agravios cometidos contra su persona. Sobre todo los injustos.

Camu volvió, junto a una mujer que caminaba a su lado. Estaba vestida con una túnica que llegaba hasta los tobillos y tenía la capucha subida. Skarrion se puso en pie.

—Has traído a Seraz —dijo.

La mujer dejó caer su capucha. El velo cubría la mitad de su rostro

de mujer libre, pero Skarrion no podría dejar de reconocer jamás aquellos ojos negros y brillantes, tan hermosos como dos joyas oscuras.

Era Zeyala.

—¡Estás loco! —susurró Skarrion a Camu—. ¡Te dije que me odia! ¡Me delatará a los jueces!

—Convéncele tú de que no lo haga —respondió Camu, con una sonrisa pícara y un guiño—. Voy a buscar a Seraz.

El ishankita se marchó. Skarrion y Zeyala quedaron solos, frente a frente. La mujer lo miraba con ojos fulgurantes. A pesar del velo, o quizás debido al misterio que provocaba, le pareció a Skarrion más hermosa que nunca.

—No dejaré que me denuncies a los jueces —dijo él.

—Tal vez debiera hacerlo —respondió ella—. Pero no podría.

Skarrion se le acercó y le ciñó la cintura con los brazos. Zeyala no se resistió.

—Ya que me odias, no tengo nada que perder —dijo el shakark.

Levantó el velo y la besó. Ella no se resistió y cuando Skarrion la apretó aún más contra él, la mujer se abandonó con pasión. Su lengua, sus piernas, sus manos, todo su cuerpo femenino respondía de manera positiva.

Cuando se separaron, Zeyala tenía los ojos brillantes y dulces.

—Debería odiarte… —susurró—. Quiero odiarte. Pero cuando te echaron al Pozo y lo cerraron sentí que algo dentro de mí se rompía. Y cuando, hace un rato, Camu me dijo que habías vuelto y estabas aquí, aún vivo… Antes de poder controlarme ya corría hacia el callejón… Tuve que reprimirme para no echarme en tus brazos nada más verte.

Skarrion no respondió. Tenía clavados sus ojos en los de ella, y permanecieron los dos así, inmóviles, como hechizados, durante muchos latidos. Zeyala comenzó a quitarse las sujeciones sobre las orejas, para apartar el velo de su rostro.

—Quiero que *me veas*. Pocos hombres lo han conseguido. Muy pocos.

Dejó caer la tela sedosa y los ojos de Skarrion se abrieron desmesurados al contemplar tanta belleza. El rostro de Zeyala era de líneas perfectas, finas y elegantes, con unos pómulos salientes pero suaves, una boca muy roja, hecha para sonreír y ser besada, la nariz recta, algo respingona, y una barbilla de contorno adorable que desembocaba en un cuello delicioso. Ella alzó la cabeza con orgullo, brillantes los ojos, como iluminados por un fuego interno. Skarrion la devoraba con los ojos.

—¿Soy hermosa? —preguntó.

—Eres muy bella —respondió él.

—Sin duda soy la mujer más bella de Awaz.

—Eres la mujer más bella de toda Imyaria, de todo el desierto, de todo el maldito continente.

Zeyala sonrió, llena de placer. Entrecerró los ojos y posó sus labios en los de Skarrion, quien la atrapó en un fuerte abrazo. La besó con pasión, sintiendo hervir todo su cuerpo, y también el de la mujer que tenía en su poder.

Camu llegó a la carrera.

—¡Zafir se ha marchado! —exclamó—. Tampoco he visto a Harim ni a Zabir. Sus camellos se han esfumado y el cofre donde guardaba las riquezas está ahora abierto y vacío. Nadie sabe nada de ellos, pero sin duda se han ido hace muy poco, porque esta tarde estaban en la tienda de bebidas, a la vista de todos. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—Que los caris atacarán Awaz esta noche o mañana por la mañana —dijo Skarrion—. Ensilla tres camellos y llévate a Seraz y a Zeyala.

—¿Y tú? —preguntó la bailarina.

—Tengo asuntos pendientes con algunas gentes de Awaz y pienso solventarlos antes de irme. He de cumplir un juramento hecho a cierto juez.

Zeyala abrió la boca para protestar, pero Skarrion la calló con un beso profundo.

—No te preocupes por mí, hermosa mía —dijo—. Enseguida os alcanzaré. No tendré más que seguir vuestras huellas.

Estalló una algarabía de chillidos agudos y vibrantes y el trotar, el rugir y el sisear de lo que parecían grandes bestias.

—¡Ese es el grito de guerra de los caris! —exclamó Skarrion.

Los tres echaron a correr. Salieron de la calleja y subieron a un claro entre los pabellones, donde el suelo de tierra dura se elevaba hasta formar un altozano yermo y desnudo. Desde allí pudieron distinguir la masa de jinetes montados sobre feroces lagartos gigantes, armados con escudos y largas picas, que habían venido desde el sur. La vanguardia ya arrasaba las primeras tiendas y de allí provenía aquel fragor espantoso. Skarrion supuso que habían ido acercándose durante las clepsidras anteriores, con sigilo, amparados por la oscuridad. Sin duda, los centinelas y los vigías en las afueras de Awaz estarían tirados ahora en la arena, con el cuello cortado. Los caris solo se habían dado a conocer en el último momento, cuando su cercanía extrema hacía imposible repelerlos con éxito.

Skarrion pensó que Awaz estaba sentenciado.

5. LOS GUERREROS SIN ROSTRO

—¡Han venido antes de lo que esperábamos! —exclamó el shakark—. Tendré que dejar los juramentos para otro día… ¡Camu, busca a Seraz y trae provisiones! Nosotros ensillaremos los camellos.

Camu asintió y echó a correr hacia la tienda donde dormía la camarera. Skarrion y Zeyala corrieron, cogidos de la mano, y llegaron hasta un grupo de camellos, atados a los postes ante la entrada de una tienda enorme.

El estrépito ya era ensordecedor: voces de pánico y sufrimiento, crepitar de llamas, rugidos pavorosos, el crujir de las tiendas al derrumbarse… Y sobre todo ello, como un coro fantasmagórico, el ululante grito de guerra cari. Las gentes salían de las tiendas medio desnudas, como una marea frenética que corría en todas direcciones, tratando de alejarse de sus verdugos, sin saber muy bien aún qué estaba ocurriendo. Mujeres, niños, hombres y ancianos llenaban las calles. Los jueces desnudaban sus armas, dispuestos a defender el oasis, pero la confusión y el desorden cundían entre las filas de los guerreros awazis, volviéndolos ineficaces. El fuego de las tiendas incendiadas brillaba contra la negrura de la noche y los caballos y los camellos tiraban de las cuerdas que los sujetaban a los postes, pateaban las paredes de los establos, coceaban y pisoteaban a sus dueños.

La riada de personas alcanzó a Skarrion y Zeyala, separándolos antes de poder siquiera ensillar sus monturas. El shakark llamó a gritos a la chica, pero su voz quedó ahogada en el maremagno de chillidos e imprecaciones. La mujer desapareció entre la marabunta humana, una muchedumbre que aplastaba a los caídos sin compasión, como un animal gigantesco, ciego y loco.

Aparecieron los caris, montados sobre unos lagartos que destrozaban con sus garras y dientes a todo el que se interponía en su camino de muerte. Al calor de la batalla, los jinetes del desierto se habían quitado el pañuelo y el turbante y mostraban sus rostros legendarios.

Al ver sus caras, Skarrion sintió que el horror paralizaba su cuerpo y helaba su mente. Los rostros de los invasores eran tan rojos y oscuros como la sangre, brillantes, arrugados, estriados y retorcidos, igual que el cuero reseco. Estaban iluminados por una furia vesánica que desorbitaba aquellos ojos furibundos, surcados de venas rosadas. Al contemplar las fauces de pesadilla, obscenas e hipnóticas, Skarrion

comprendió por qué se consideraba a los caris *djinns* del desierto. Estas criaturas malsanas no podían ser hombres, sino diablos vomitados desde el infierno, un infierno cuyas hordas se extendían ahora por la tierra.

Los civiles de Awaz caían de rodillas al ver los rostros de color bermellón, perdían el coraje y el horror y la incredulidad los inmovilizaba o les volvía histéricos. Curtidos guerreros soltaban sus armas y rezaban al Profeta, mientras que las mujeres libres y las esclavas chillaban hasta desgañitarse. Los caris no tenían compasión y dejaban que sus lagartos devorasen a sus víctimas, o las ensartaban en las lanzas, o las abrían en canal con sus hachas mientras un regocijo salvaje deformaba aún más sus caras grotescas.

Skarrion comprendió por qué eran tan terribles aquellos rostros, tan repulsivos y espeluznantes. Y sintió que las fuerzas volvían a sus miembros. Agarró un hacha y un escudo abandonados por el suelo y se aprestó para la batalla.

—¡Luchad, hombres de Awaz! —aulló—. ¡No son demonios! ¡Sus rostros carecen de carne! ¡Son hombres como nosotros, pero les han quitado la piel y muestran al descubierto los músculos y los tendones!

Pero los guerreros y los comerciantes corrían enloquecidos o se arrodillaban implorando ayuda a su dios, dejándose matar. Skarrion llegó hasta un grupo de jueces que rezaban entre gemidos y sollozos y los levantó a patadas.

—¡Pelead por vuestra gente, cobardes!

—¡No podemos! —exclamó uno—. ¡Son demonios! ¡Mira sus caras!

—¡O lucháis contra ellos o contra mí! —gritó el shakark.

Hizo silbar su hacha a un palmo de un juez, que, asustado, empuñó su espada y se lanzó contra un cari que montaba sobre un lagarto gigantesco. El juez corría a ciegas, con el acero apuntado hacia el frente, en un ataque irracional y suicida. Su enemigo se limitó a ensartarlo con la lanza y el monstruo lo atrapó entre sus fauces y lo partió en dos de un mordisco.

—¡Imbéciles! —rugió Skarrion—. ¡Yo os enseñaré!

Corrió hacia un cari a pie, que en esos momentos estaba a punto de atravesar con su espada a un anciano aterrorizado. Skarrion descargó su arma, cortando el brazo, y el segundo hachazo atravesó el pecho del guerrero. Otro cari, este montado sobre un lagarto gigante, había visto la lucha e hizo dar la vuelta a su animal para acto seguido cargar contra el extranjero rubio, pero Skarrion le arrojó el hacha, que se hundió hasta el mango entre los dos ojos del reptil, matándolo al instante. La bestia se desplomó, y con ella su jinete. Skarrion llegó hasta él y con el borde del escudo le golpeó repetidas veces, aplastándole el cráneo y el cerebro.

Algunos jueces, y también muchos civiles awazis, al verlo pelear

comprendieron que sus enemigos no eran invencibles y que podían matarlos si se les atacaba con decisión. Comenzaron a enfrentarse a los caris, pero lo hicieron de manera desorganizada, así que la mayoría fueron asesinados por los lagartos gigantes y solo unos pocos lograron derrotar a sus oponentes.

Empapado de sudor y sangre, Skarrion vio acercarse al juez Saz. El magistrado empuñaba un sable escarlata y, como él, se había decidido por la lucha y no por el terror. Repartía órdenes y patadas entre sus hombres, que empezaban a temerle más a él que a los caris.

—¡Coged arcos! —gritaba Saz—. ¡Mantenedlos a raya a fuerza de flechas incendiarias! ¡Esos lagartos temen el fuego! ¡Vamos!

Estalló un tumulto de cuerpos que corrían y de alaridos de terror cuando un puñado de caris, montados sobre sus bestias de guerra, se abrieron paso entre la muchedumbre allí reunida, pisoteando y haciendo pedazos al lento y al torpe. El juez agarró una pica tirada en el suelo y echó a correr hacia el enemigo más cercano.

—¡Morid como hombres, gentes de Awaz! —aulló—. ¡Por el Profeta! ¡Por Dios!

Ensartó en la lanza al cari, que cayó sobre un costado de la silla. El lagarto gigante se revolvió y mordió a su jinete, lo decapitó y tironeó del cuerpo descabezado, hasta sacárselo de encima y arrojarlo por los aires, como a un muñeco sangrante. Un segundo cari se acercó a Saz, su reptil mordió el escudo y el juez cayó al suelo por culpa del empujón, interponiendo entre el monstruo y él los restos destrozados del escudo, que la bestia continuaba rompiendo con sus dientes. El ser alzó una de sus garras para descargar un golpe capaz de abrirle en canal.

Skarrion llegó a la carrera, armado de nuevo con el hacha, ascendió sobre una pila de fardos y barriles y desde aquella altura saltó, con un rugido más propio de una alimaña que de un hombre. Cayó sobre el cari, formando un barullo de brazos, piernas y manos. Pero el shakark se incorporó antes que su enemigo y lo destrozó a hachazos. A horcajadas sobre la montura, también a ella le asestó sus brutales golpes. El monstruo se revolvió y abrió la boca para morderlo, exhalando un bramido cavernoso y haciendo volar hilachas de sangre… Y Saz aprovechó ese momento para pinchar y rajar el vientre bajo el que se hallaba. Los intestinos de la bestia bañaron al juez y el monstruo se desplomó, muy débil. Skarrion le abrió el cuello y la columna vertebral de un último hachazo. Salpicado y pegajoso, bajó de la silla y tomó la mano que le tendía Saz. Tiró de él con todas sus fuerzas y ayudó a escapar al juez del peso enorme que lo aplastaba.

Saz se puso de inmediato en pie, aunque aún luchaba contra el mareo, empapado de pies a cabeza en sangre de lagarto. La vorágine

de la batalla se había llevado a los caris lejos de allí, hacia lugares donde hubiera más enemigos que eliminar. Saz se volvió en derredor, observando el caos y la destrucción que imperaba en su oasis. Cerró los puños, tensando todo el cuerpo. Al contraste del fulgor de las llamas parecía una estatua tallada en piedra oscura, erigida para representar la ira y la amargura en toda su pureza. Agarró un nuevo escudo y otra espada. Skarrion y él intercambiaron una mirada y echaron a andar, en busca de nuevos frentes donde emplear sus energías.

Y al fin, el milagro sucedió. Un grupo de veinte personas de todos los oficios y clases sociales, incluso esclavos y mendigos, se habían unido para enfrentarse, con cierto éxito, a los invasores. Les ayudaban una avanzadilla de jueces liderados por Saz. Muchos hombres habían comprendido que el fuego era su mejor arma contra los reptiles gigantes y les disparaban flechas incendiarias, provocando la muerte o la huida de los monstruos.

Los jinetes decidieron por tanto abandonar sus monturas y se enzarzaron en una batalla campal contra aquel núcleo de resistencia, compuesto por unas gentes que habían visto morir a sus seres amados. Los caris eran brutales, pero los awazis luchaban impulsados por la sed de venganza y una rabiosa desesperación. Una marea de rostros enloquecidos, de acero, carne y sangre, anegó la vía como una riada sucia e imparable. A uno y otro bando acudían sin cesar nuevos luchadores. La tierra se cubrió de cadáveres, sobre los que proseguía la lucha.

Skarrion y Saz, tras vencer en un nuevo y peligroso combate contra dos caris y un lagarto, se hallaron metidos en una calleja cuyos pabellones estaban salpicados de llamas. Allí, se encontraban separados por el momento de la lucha. Durante unos instantes les pudo el agotamiento físico y nervioso y se miraron mientras buscaban aire que llevarse a los pulmones.

Ambos jadeaban y Skarrion aún tenía desorbitados sus ojos azules.

—Parece que las gentes de Awaz comienzan a reaccionar —dijo, con voz ronca y vibrante.

Saz tenía el semblante tenso, como cincelado en hierro. Parecía muy cansado y envejecido.

—Sí, al fin responden. Pero la lucha está perdida. Mira a tu alrededor, aquí y allá… Los caris nos superan en número y tienen mejores armas y mejor preparación. Actúan con brutalidad, pero de manera organizada, mientras que nosotros damos palos de ciego. Y donde no hay llamas sus lagartos gigantes nos hacen pedazos y nos devoran.

Calló, con la mirada fija en una de las lonas de la calleja. Se volvió hacia Skarrion.

—Seremos exterminados en unas pocas clepsidras, antes de que llegue el alba.

Skarrion no respondió. Saz miró hacia la salida de la calleja y contempló, entre gruesas hilachas de humo negruzco, la destrucción de su oasis.

—Debo buscar a unos amigos —dijo Skarrion—. Tengo que sacarlos de Awaz. Ven conmigo. Aquí ya está todo perdido.

—No puedo. He de quedarme. Mientras un solo hombre pueda empuñar una espada no habrá acabado la resistencia en este oasis.

—¿Qué razón justifica quedarse aquí y morir? —preguntó Skarrion.

—Soy un juez de Awaz —fue la respuesta.

Skarrion lo miró con gravedad.

—Discúlpame. Te he ofendido. Te deseo buena suerte, juez Saz. Que el Profeta te acompañe.

El awazi se volvió y clavó sus ojos en los de Skarrion. El shakark vio en su mirada vejez, orgullo y derrota.

—Que el Profeta te acompañe —respondió Saz.

Se volvió y echó a caminar, decidido y enérgico, hacia lo más crudo de la lucha, allá donde habría que avanzar entre enemigos y cadáveres, empuñando su espada embadurnada de rojo, impartiendo órdenes con voz ronca pero tronante a los pocos jueces aún vivos. Skarrion lo miró en silencio, hasta que desapareció de vista. También él echó a andar, aunque en distinta dirección.

Al cabo de poco, se encontraba en una zona relativamente tranquila del oasis, llamando a gritos a Zeyala.

Había atado una antorcha al extremo de una lanza y cuando algún lagarto se le acercaba lo pinchaba con la punta incandescente y el reptil terminaba por irse, en busca de presas más fáciles. Pero no encontró muchos de esos monstruos, pues sus amos, sabiendo que ante las llamas se volvían ingobernables, los habían llevado a zonas donde no había fuego.

Caminó por calles salpicadas de cadáveres. Iluminados por el incendio, con las sombras y las luces bailando sobre sus rostros sin vida, los cuerpos adoptaban tintes fantasmagóricos. Los caris buscaban siempre lugares donde aún quedaran enemigos vivos a los que exterminar, así que aquel sembrado de muerte parecía un lugar seguro. El shakark daba la vuelta a los muertos, deseando no hallar el rostro de Camu, Seraz o Zeyala. Se dio cuenta de que había pocas mujeres entre los caídos, pues los caris preferían encadenarlas y subirlas a los carros del saqueo, rumbo a una vida de esclavitud.

Al doblar un pabellón descubrió a tres caris a pie, rematando a los moribundos con sus sables y hachas. Lo vieron. Skarrion enarboló el hacha y el escudo y echó a andar hacia el trío, y los caris también

fueron por él. En el encontronazo inicial Skarrion mató a uno, pero los otros dos de inmediato empezaron a hostigarlo con saña. El shakark sabía defenderse con el escudo y el hacha como gato panza arriba; entre sus manos, el hacha imyaria era un instrumento de destrucción, capaz de hacer pedazos protecciones, brazos y piernas.

Pronto solo quedó en pie uno del trío. En su rostro brillante y rojizo los músculos al descubierto se tensaban y endurecían de manera fascinante, como finas cuerdas. Aquellos tendones parecían más oscuros de lo normal, ajados y curtidos por el calor, la sequedad y la arena de las planicies.

—Tú mataste a Yobar, mi amigo —dijo el cari.

—Hoy he matado a muchos de los tuyos.

—No fue hoy.

Skarrion abrió mucho sus ojos, comprendiendo.

—Tú eras uno de los cuatro que me atacó en el desierto.

—Sí. Tú mataste a mi amigo y su jhibar.

—Los jhibares son esos lagartos que os sirven de montura —dijo Skarrion.

—En efecto. Conocía a Yobar desde hacía años. Nuestros mayores nos quitaron el pellejo el mismo día. Era mi hermano de guerra. Y tú lo mataste. Hace seis días, te seguí por las calles de Awaz para coserte a cuchilladas en la oscuridad, pero tu amigo de piel negra y tú me descubristeis y hube de huir para no echar a perder nuestra misión.

—También estabas en la tienda donde vive Zafir, cinco noches atrás, junto a otro cari y un esclavo, tratando el precio de las armas que al final comprasteis a Amid.

—Así es. Deseaba tu muerte con todo mi ser… Pero en el desierto, nuestro líder, Zuadar el Magnífico, no nos permitió acabar contigo. Te vio vencer, solo, a Yobar y a su montura. Y te perdonó. Él ama el coraje y por eso lo hizo. Incluso te habló.

—Tú también me hablas.

—Los caris solo dirigimos la palabra a quien lo merece, a quien consideramos un igual, aunque sea nuestro enemigo. Fuiste el primero que se defendió en el ataque de esta noche. Tú y ese juez.

—Saz.

—No importa su nombre. Se ha convertido en otro cadáver, como tú.

—Es extraño, cómo se cruzan las vidas de los hombres.

—Sí. Es extraño. Luchemos.

Cerró contra Skarrion y los dos se enzarzaron en un combate rabioso. Durante unos instantes parecieron igualados, furia contra furia, habilidad contra habilidad… Pero la destreza o la casualidad favorecieron al shakark, pues hubo un rápido intercambio de golpes y el hacha hendió el estómago del cari, que cayó al suelo con los

intestinos escapando por la herida.

Skarrion se plantó ante él, dispuesto para rematarlo.

—No importa… —dijo el cari—. No importa que yo muera, porque… Porque Zuadar conducirá mi pueblo a la gloria. El desierto será libre. Sí, Zuadar lo hará. El Profeta nos acompaña… Mátame rápido, extranjero de ojos azules… No quiero morir poco a poco, desangrándome.

—Que el Profeta te guarde.

Skarrion alzó el hacha y descargó el golpe.

Cansado, envejecido, siguió buscando a sus seres amados entre los muertos alumbrados por las llamas dispersas y ondulantes.

Al volver la cabeza de un cadáver echado boca abajo, descubrió el rostro del juez Mald, aquel que con tanta saña lo azotara, en el camino hacia el Pozo de los Desesperados. El cuerpo abrió los ojos y Skarrion retrocedió espantado, levantando el hacha.

—¡Eres tú! —exclamó Mald. Se levantó y mirando en derredor—. ¡El extranjero! ¿Ya se han ido esos tres caris?

—¡Te has hecho pasar por muerto! —dijo Skarrion.

—Sí. Me oculté cuando llegaron los invasores y me embadurné con la sangre de estos desgraciados, para que nadie se fijara en mí. Tal vez aún pueda huir del oasis…

—¿Huir? —gruñó Skarrion—. ¿Por qué no estás con tu líder, el juez Saz, defendiendo el oasis?

—¡El oasis está perdido! ¡No estoy dispuesto a suicidarme!

—¡Pero eres un juez y tienes una responsabilidad que cumplir! Deberías buscar a Saz; él dirige la resistencia.

—¡No estoy loco! —protestó Mald— Si ellos quieren morir, que mueran. Yo saldré con vida de este infierno.

—¿Y tus obligaciones como juez? ¡Juraste defender Awaz hasta la muerte! ¡Mientras no hubo peligro disfrutaste del poder que te proporcionaba el cargo, pero cuando las cosas se ponen feas te escondes!

Mald apartó la vista, impaciente, como si tratara con un niño grande. Skarrion compuso una mueca de repugnancia. Aquel individuo estaba tan podrido que ni siquiera se avergonzaba de sus actos. El shakark lo agarró por el cuello de la túnica y se lo llevó a trompicones.

—¡Bah! —espetó Skarrion—. ¡Quizás ni siquiera le serías de utilidad a tus compañeros! ¡Tal vez nunca hayas peleado contra otro hombre en igualdad de condiciones!

—¡Suéltame! —gritó Mald.

Sin soltarlo, Skarrion puso el hacha entre los dos.

—Si no te callas te degüello.

Mald cerró la boca de golpe.

—¿Conoces a Camu, a Seraz y a Zeyala, de la tienda de Zafir? —preguntó Skarrion. Mald asintió—. ¡Entonces, búscalos entre los cadáveres!

Lo arrojó sobre los muertos y entre los dos continuaron aquella tarea macabra. Skarrion se irguió y echó una mirada en torno a él, comprobando que el incendio era más violento en el sur del oasis, y que en el oeste y el norte aún había focos de lucha, donde Saz estaría liderando las últimas defensas. El shakark apretó los labios y volvió a rebuscar entre los cuerpos sin vida.

Entraron en una nueva calle, también salpicada de muertos. Skarrion y Mald oyeron un tintineo lejano de espadas.

—¡Ven conmigo!

Aunque a regañadientes, Mald prefirió no contradecir a Skarrion y obedeció. Doblaron varias tiendas lamidas por las llamas y salieron a una avenida amplia, cercada por pabellones humeantes. Allí, Camu peleaba contra dos caris. En el suelo, junto al ishankita, había un cari con la garganta abierta. Skarrion corrió hacia la lucha y del primer hachazo partió la espalda de otro cari. Camu rio al verlo y juntos se enfrentaron al último enemigo, un joven luchador. Negándose a huir, se les enfrentó presentando batalla. Al cabo de poco yacía sobre un charco oscuro.

Camu y Skarrion se abrazaron y, pasada la alegría del reencuentro, el shakark le contó en pocas palabras lo ocurrido desde la última vez que se separaran.

—Los caris se llevaron a Zeyala y a Seraz, junto al resto de las mujeres del oasis, a las carretas de esclavos —le dijo Camu—. Intenté perseguirlos, pero me vi enzarzado en varios combates y los perdí de vista. No obstante, tuve tiempo de apreciar que la caravana con nuestras mujeres se dirigía hacia el sur. Ya deben estar en el desierto. Quizás con camellos lográsemos darles alcance, pero esos reptiles monstruosos los han devorado a todos.

Skarrion escuchó un susurro de pisadas y se volvió, descubriendo a Mald agazapado tras unos bultos, a punto de huir. Llegó hasta él a paso rápido y lo sacó de su escondite de un tirón.

—Con el látigo eras muy valiente, arrancándole la piel a los condenados, pero aquí enseguida buscas una madriguera donde meter el hocico.

—¡Escuchadme! —imploró Mald—. Sé dónde están las riquezas de los jueces… Si me seguís protegiendo de los caris las tomaremos y huiremos de Awaz. Será fácil, porque ahora ya nadie se preocupará de custodiar ese dinero. Y en el norte disfrutaremos de él. ¿Qué me decís?

Camu no contestó. Miraba a Mald con asco.

—Veo que aún llevas ese látigo —dijo Skarrion—. Dámelo.

Mald se levantó y le entregó el látigo. Skarrion lo desenrolló,

comprobando que el cuero era fino y tenía casi un brazo de largo. Se lo tendió al juez.

—Come.

Mald abrió mucho los ojos. Retrocedió un paso. Dos. Skarrion lo agarró del cuello y Mald comenzó a chillar de terror. Suplicaba piedad, pero olvidaba que el shakark había jurado, allá en la celda, y tras advertírselo, que le haría tragar el látigo si volvía a golpearlo con él.

Skarrion lanzó a Mald contra el suelo, ante un impasible y silencioso Camu. El norteño se acercó a una tina llena de aceite, junto a una tienda de comidas abandonada, metió el látigo en el recipiente y lo sacó brillante y resbaladizo. Volvió hasta Mald y lo dejó en sus manos.

—Ahora podrás engullir mejor. Trágalo.

Mald se postró de rodillas, sollozando.

—¡Por favor, ten compasión de…!

—¡No me gusta repetir lo que ya he dicho! —atajó Skarrion— ¡Trágalo!

Alzó el hacha sobre su cabeza, con los ojos cargados de asesinato. Mald palideció a la sombra de la hoja teñida de rojo. Aterrorizado, se metió el mango del látigo en la boca y comenzó a obedecer. Tosió y vomitó.

—¡Trágalo! —ordenó Skarrion.

Mald soltó un gañido de espanto. Sollozaba y sufría temblores y hasta convulsiones, pero se esforzó. El mango estrecho bajaba ya por el esófago. Camu observaba impasible la escena, alejado unos dos pasos de Skarrion.

—Si te relajas pasará mejor —advirtió el shakark—. Hazlo rápido porque mi amigo y yo tenemos asuntos que atender.

Tragado el asa, el fino cuerpo del látigo entró con más facilidad. Aun así, las arcadas atacaban de vez en cuando a Mald, cuya cara se contraía a causa del asco y el dolor. Después de unos momentos largos y angustiosos, la finísima punta de cuero desapareció entre los labios de su devorador, que ya se retorcía por el suelo, agarrándose el estómago, ahora abultado.

—Mátame… —musitó Mald—. El dolor… es insoportable…

—Recuerda a todos los pobres desdichados a los que azotaste. Recuerda cómo se arrodillaban a tus pies y te suplicaban perdón. Tú te reías de ellos y volvías a fustigarlos a pesar de que se humillaban más, más y más. Recuerda a los que, exhaustos, cayeron muertos bajo el cuero. Recuerda todo eso y pídele ayuda a tu dios, porque yo no te la daré.

Abandonaron a Mald.

El juez empezó a arrastrarse hacia un puñal cercano. Usándolo,

acabaría con aquellos sufrimientos insoportables.

Al alba, Skarrion y Camu salieron del oasis y se internaron en el desierto. Pero antes, se volvieron y echaron una última ojeada hacia el norte, donde aún había llamas y hombres que resistían y luchaban. Allí caería el juez Saz, junto a los últimos awazis. Morirían empuñando el acero.

Los primeros rayos del sol encontraron a los dos hombres siguiendo las huellas de la caravana de esclavos. El rastro los llevaba hacia el sureste, a lo más hondo del Laberinto de las Dunas.

Al cabo de pocas clepsidras sintieron el calor cayendo a plomo sobre sus cabezas, pero no disminuyeron el ritmo. Cada uno llevaba un pellejo con agua y una bolsa con provisiones. Se detuvieron una sola vez, a la sombra de una gran roca, para tomar un poco de bebida y alimentos.

Camu le dijo a su compañero de fatigas:

—Y cuando encontremos la caravana, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —contestó Skarrion—. Improvisar, como siempre. Sin duda, habrán dejado un destacamento en Awaz para cuidar de su nueva conquista y exterminar a los últimos resistentes. Mientras, el resto llevan las esclavas al cuartel general, para que Zuadar, su líder, elija a las más bellas.

—¿Zuadar?

—Sí. Es el jefe de todos ellos. Me lo dijo el cari que nos siguió aquella noche, en Awaz. Ya te conté mi encuentro con ese salvaje, hace pocas clepsidras… *Él conducirá mi pueblo a la gloria*; esas fueron sus palabras.

—Qué casualidad. El hermano de Zeyala, aquel que se llevaron los caris cuando arrasaron Las Cinco Rocas, hace unos cinco años, también se llamaba Zuadar.

Skarrion miró a Camu.

—¿Zeyala vio cómo lo mataban?

—No. Según le contó a Seraz, y esta a mí, los caris condujeron a su hermano, que tendría unos veinticinco años, a un lugar del desierto cercano a la batalla… Un lugar donde se supone que iban a ejecutar a todos los prisioneros masculinos.

Skarrion frunció el ceño y bebió un trago de agua. Se levantó.

—Vámonos —dijo—. Hay que seguir.

6. LAS CINCO ROCAS

Al cabo de tres días de marcha todavía no habían descubierto la caravana, pero las huellas de carros y jhibares eran más nítidas, lo que indicaba que estaban acortando distancias.

Sin embargo, tenían que racionar el agua y la comida al máximo porque les quedaban pocas provisiones. Debían hallar pronto la caravana y robarles a los caris bebidas y alimentos, antes de que los mataran la sed y el hambre.

Al quinto día de persecución no les quedaban alimentos. Los pellejos tenían muy poca agua y ellos a veces se mareaban y empezaban a delirar. Tomaban pocos tragos, pero aquel breve momento en que podían beber les resultaba dulcísimo. Por si eso fuera poco, el hambre corroía sus estómagos, transformándolos en leones rugientes.

Cuando uno desfallecía y empezaba a ver espejismos el otro lo sostenía y le devolvía la consciencia. No hablaban casi nada, pues debían ahorrar al máximo las energías y la saliva era un bien tan escaso que no podían malgastarlo en frases sin sentido. Además, pronunciar unas pocas palabras era un tormento para sus gargantas resecas.

En la madrugada del séptimo día, y siguiendo siempre las huellas de la caravana, encontraron a un cari.

El hombre del desierto parecía descansar del viaje, sentado sobre una manta, a la sombra de una duna gigantesca. Quizá se había rezagado respecto a la caravana y confiaba en alcanzarla tan pronto como se pusiera en marcha.

No había ningún otro cari en cientos de pasos a la redonda.

A una distancia respetable del guerrero del desierto se encontraba su jhibar, atado a una roca tan grande que ni siquiera el monstruo la podría mover. El lagarto estaba sentado sobre sus cuatro extremidades, disfrutando de los rayos de sol, calurosos incluso en ese momento tan temprano de la mañana.

Skarrion y Camu estaban agazapados tras una duna de las cercanías y espiaban con ojos alucinados al guerrero del desierto. El cari asaba en una fogata grandes pedazos de carne y de vez en cuando tomaba un trago de un pequeño barril junto a sus pies. A los espías se les llenó la boca de saliva —o algo parecido y pastoso—; jadeaban mientras sus ojos estaban clavados en la carne y el barril, pues la brisa hacía llegar hasta sus narices el olor de los tasajos humeantes. Aquel

aroma era un tormento exquisito.

Haciendo esfuerzos a cada paso para no correr como locos hacia el cari, se le acercaron dando un rodeo, arrastrándose sobre la arena y subiendo por la cara contraria a la de la duna que le daba sombra. El jhibar olió a los intrusos y gruñó y se revolvió, sin poder escapar de la cuerda que rodeaba su cuello. El cari increpó a su animal, se acercó a un saco tirado a su espalda y sacó de él un trozo de carne cruda. Lo arrojó y el monstruo lo atrapó en el aire. Después de engullirlo, se quedó más tranquilo.

Skarrion y Camu llegaron a la cúspide de la elevación y se lanzaron a la carrera por el lado contrario, empuñando el sable y el hacha. Sus rostros quemados por el sol estaban deformados por un rictus de furia, y de avidez por el agua y la carne. El cari los vio y desenvainó su acero, pero él era el único obstáculo que se interponía entre aquellos dos salvajes enloquecidos y aquel barril con bebida. En otra ocasión, Skarrion y Camu habrían tenido el suficiente control sobre sí mismos como para dejarlo con vida y después interrogarlo. En otra ocasión.

Tras acabar con el cari, el shakark y el ishankita se lanzaron sobre el almuerzo aún caliente, devorándolo como alimañas, y bebieron el agua del barrilito.

Sin embargo, aquel refrigerio no les satisfizo del todo y sin pensarlo dos veces atacaron el saco que guardaba la comida del jhibar, extrayendo de él mazacotes rojizos y húmedos. Al cabo de poco ya los asaban y acto seguido se los comían. El reptil se revolvía y rugía con enfado, mientras contemplaba la injusticia que suponía el robo de sus alimentos. Pero no podía liberarse de la cuerda, así que su enojo era inútil. Camu le lanzó un hueso mondado para que se callara y el lagarto gigante lo tragó sin masticar.

Skarrion se preguntó si entre la carne del jhibar no habría trozos humanos. Al fin y al cabo, los caris entregaban el cuerpo de los enemigos muertos a sus monturas… Se encogió de hombros, pues ya se habían comido toda esa carne y, de cualquier manera, les supo muy bien.

A pesar de haberse hartado, sus organismos rápidos y sometidos a los rigores del desierto enseguida recuperaron la ligereza. De nuevo notaban los músculos llenos de potencia.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Skarrion.

—Seguiremos el rastro de la caravana —respondió Camu—, llegaremos a Las Cinco Rocas, que es sin duda su destino, entraremos en secreto y sin que nos vean en el oasis, liberaremos a Seraz y a Zeyala y todos juntos huiremos hacia el norte.

Skarrion se cruzó de brazos, asintió y sonrió, mordaz.

—¡Un plan maravilloso!

—¿Tienes tú uno mejor?

El shakark miró al cari muerto y luego al jhibar, que aún gruñía de hambre y enojo.

—Sí —respondió—. Lo tengo. Uno de nosotros vestirá las ropas de este cari y llevará al otro atado como si fuera un esclavo de Awaz. Una vez en Las Cinco Rocas el impostor podrá averiguar dónde se encuentran ellas y la mejor manera de sacarlas con vida del oasis.

Camu se rascó pensativo el cráneo rasurado.

—Es un plan desesperado, pero algo más concreto que el mío. Quizás funcione. De acuerdo, yo vestiré las ropas del cari y te llevaré como si fueses mi esclavo.

—¿Por qué tú?

—¿Dónde se ha visto un cari con ojos azules y pelo rubio?

—¿Y dónde se ha visto un cari de piel negra?

—La capucha y el pañuelo taparán mi rostro y me cubriré las manos con guantes, como algunos caris acostumbran a hacer.

—Yo ocultaré mi cabello mediante el turbante y sobre los ojos colocaré un velo oscuro, pues he visto en Awaz algunos caris de tal guisa. Mi piel está tan quemada y tostada como la de cualquier hombre del desierto y el pañuelo esconderá el resto. Además, el impostor deberá llegar a Las Cinco Rocas montado sobre el jhibar.

Camu miró a la bestia, que los observaba con rencor. El ishankita sonrió y meneó la cabeza.

—Te cedo el honor. Ni por todo el oro del Gran Templo Paishtio me acercaría a ese monstruo.

—De acuerdo.

Skarrion comenzó a desnudar al cari.

—¿Qué haces? —preguntó Camu.

—Lo convenido. Me disfrazaré y domaré al monstruo. He visto cómo los manejaban en Awaz y creo que yo también puedo hacerlo.

Camu lo observaba hacer, boquiabierto. Skarrion pronto estuvo vestido con la túnica corta, los calzones, el turbante, el pañuelo y las botas negras. Aquel cari sin duda habría participado en la batalla de Awaz, así que los tajos de la espada de Camu y del hacha de Skarrion no resultarían sospechosos, ya que podrían ser atribuidos a una hoja que cortó la tela y no logró herir a su dueño de gravedad. También se colocó el cinto y limpió de arena y metió en su funda la espada del cari. Por fortuna, el muerto había sido alto y corpulento, así que sus ropas le sentaban bien.

Skarrion cogió el cadáver por un tobillo y una muñeca.

—¿Qué demonios haces ahora? —preguntó Camu.

—Sería un suicidio acercarse a un jhibar hambriento, y puesto que ya no queda más carne en el saco…

Dio vueltas sobre sí mismo, haciendo girar también al cari, y lo

soltó. El cuerpo voló unos pasos y dio contra el suelo, junto al jhibar. Camu desvió la vista para no ver cómo el monstruo destrozaba y engullía el cadáver, pero Skarrion clavó la mirada en el monstruo, en pie y cruzado de brazos. La bestia también lo observaba mientras comía. Ahora el reptil sabía quién le había dado el alimento.

—¡Eres un malnacido de ojos azules! —gruñó Camu—. Tendríamos que haber enterrado a ese hombre. Si hay un infierno, ¡allá irás de cabeza!

—Solo soy un pobre infiel —respondió Skarrion, sin separar la mirada del jhibar.

Cuando el lagarto terminó su pitanza parecía mucho más tranquilo e incluso se lamía el hocico y las patas con aire satisfecho.

Skarrion llegó hasta las pertenencias del cari primero asesinado y por último devorado y encontró el látigo común a todos los jinetes de jhibares. Había visto a los invasores de Awaz azotar a sus monturas cuando se mostraban díscolas. Siempre los golpeaban en la coronilla, donde las escamas tomaban un color rojizo y parecían menos gruesas, pues quizás fuese la zona más sensible en la cabeza del lagarto.

Echó a andar hacia el jhibar con paso firme y seguro, sin dejar de mirar al ser a los ojos.

—¡No vayas, por favor! —suplicó Camu.

Skarrion continuó avanzando, sin dar muestras de miedo. Pero el jhibar levantó la cabeza, enseñando los colmillos en una mueca hostil, y atrasó el cuerpo, como si estuviera dispuesto a atacar. A pesar del atuendo y la comida proporcionada, sabía que aquel hombre no era su jinete.

Skarrion golpeó con el látigo la coronilla de la bestia y el monstruo rugió y retrocedió. Aquel acobardamiento debía tratarse sin duda de una reacción adquirida durante su cautiverio.

—¡No me gruñas! —gritó el shakark—. ¡Soy tu dueño y vas a obedecer todas mis órdenes! ¡Soy quien decidirá si vives o mueres y si comes o pasas hambre! ¡Cuando te ordene avanzar avanzarás y cuando te ordene detenerte te detendrás! ¡Vas a aprender a temerme!

El jhibar lo miró de reojo y volvió a mostrar los dientes.

—¡He dicho que no me gruñas! —gritó Skarrion.

Obsequió al animal tres nuevos latigazos, consiguiendo que el monstruo retrocediera de nuevo.

Había odio, pero también miedo, en los ojos de la criatura.

El hombre dio un paso más hacia el jhibar, que abrió la boca.

—¡Silencio! —ordenó Skarrion.

Volvió a fustigarlo en la cabeza, esta vez cinco veces. El lagarto bufó y retrocedió hasta que su grupa tocó la roca a la que estaba atado.

Skarrion echó de nuevo a andar, alzando el látigo para que lo viera

la bestia. Aquella criatura ya no osaba abrir sus fauces y agachaba la cabeza, con la vista temerosa y enojada aún clavada en el hombre.

Sin dar muestras de vacilación, Skarrion llegó hasta el costado del monstruo y le dio una palmada en el cuello escamoso. El ser volvió su cabeza, pero cuando Skarrion alzó el látigo el lagarto se agachó con docilidad.

La montura tenía la silla y los arreos colocados, así que Skarrion saltó encima y agarró las riendas, cuyos extremos se introducían en las comisuras de la boca monstruosa. Cada arreo terminaba en un clavo que perforaba la mejilla del ser. Supuso que al tirar de la brida el clavo haría daño al jhibar, que se volvería de inmediato en la dirección del tirón.

Probó fortuna moviendo con suavidad la cincha, hacia la derecha. Sintió la vibración bajo la silla y el animal volvió la cabeza en la dirección indicada. Skarrion metió los pies en los estribos. Cada uno de ellos comunicaba con un gancho afilado cuya punta pincharía, si el jinete efectuaba la debida presión, la fuerte piel de la panza. Esas eran las espuelas y su misión consistía en impulsar al lagarto a moverse, ya fuera al paso o al galope.

Skarrion sonrió y soltó un poco más las riendas.

Aquel ser no era un animal de carga o de compañía, sino una criatura que podría ser sometida, pero jamás domada por completo. Nunca olvidaría sus instintos salvajes, los mismos que hacían de él una criatura valiosa para la guerra. Así pues, cuando su jinete se relajó, el jhibar volvió la cabeza hacia la derecha e intentó morderlo.

El shakark vio venir los enormes colmillos y el pánico atravesó su ser. Sus reflejos lo salvaron, al tirar con vigor de las riendas hacia la izquierda. El monstruo, herido en ese lado de la boca, se volvió sin poder evitarlo, pero, aprovechando el nuevo giro, las fauces se acercaron otra vez al jinete, ahora por el flanco siniestro. Skarrion tiró hacia la derecha, ya con menos energía, atajando el ataque del monstruo.

Sin embargo, el jhibar saltó sobre las patas traseras, dispuesto a lanzar a Skarrion por los aires. El shakark apretó las rodillas contra la silla y logró mantenerse en ella, aunque a punto estuvo de salir disparado como un muñeco. La cola del lagarto se levantó y se enroscó en el cuerpo de su nuevo amo, apretando y apretando. Skarrion sintió que le faltaba el aire, mientras que una presión brutal amenazaba con quebrarle la espalda. Sus brazos todavía seguían libres, por lo que tiró de las riendas. El jhibar siseó y chilló por el dolor, reculó la cabeza y se levantó sobre las patas traseras, arañando con sus zarpas delanteras el aire y soltando un alarido escalofriante. Pero la cola aún aprisionaba el torso de Skarrion, cuya vista comenzaba a nublarse.

Vio venir a Camu con el hacha en la mano, pero negó con la cabeza.

—¡No intervengas! —gritó—. ¡No me ayudes!

El ishankita se detuvo, preocupado y confundido. Su compañero de aventuras consiguió levantar el látigo y azotó la sensible coronilla del jhibar. La presión de la cola disminuyó y Skarrion golpeó la cabeza del monstruo con todas sus fuerzas, una y otra vez. El animal trataba de escapar del castigo, pero Skarrion sujetaba con una mano las riendas, impidiéndole moverse con libertad, mientras que la otra fustigaba sin compasión su coronilla. El ser desenroscó la cola y hundió la boca en la arena, como queriendo esconderse y desaparecer, tragado por el desierto.

Skarrion dejó de golpear. Comenzaba a recuperar la respiración y no creía tener ninguna costilla rota, pero le dolía todo el cuerpo. Su montura seguía inmóvil, pero, ahora que nadie la azotaba, osó levantar la cabeza. Skarrion comprendió que si soltaba del todo las riendas el animal atacaría. Siempre debería ejercer una presión, leve pero firme. Se prometió que nunca volvería a bajar la guardia cuando se tratara de un jhibar.

—¡Tendrías que matarlo! —gritó Camu—. ¡Es un ser maligno!

Skarrion acarició la coronilla del jhibar, rojiza y amoratada, aunque libre de cortes o heridas, y el lagarto pareció relajarse. Su nuevo amo sonrió. Camu se equivocaba. Aquel animal se limitaba a seguir los instintos que la vida le había dado y por tanto no podía evitar ser esquivo, salvaje y brutal. Debía comportarse de tal modo para conservarse entero, dentro del implacable orden marcado por la naturaleza. Era menos pérfido y siniestro que los hombres, capaces de traicionar a amigos y hermanos, romper promesas, robar a crédulos e inocentes y hacer sufrir sin motivo, por puro placer malsano, a otros congéneres más débiles.

—Eres el tipo más valiente o loco que he conocido —dijo Camu.

Skarrion no contestó. Suspiró, como si pudiera sacarse todo el sufrimiento y el cansancio junto al aire de sus pulmones. Con una daga cortó la cuerda que unía el lagarto a la roca.

Cuando vio el monstruo ya libre, Camu retrocedió lleno de espanto.

Y aunque no apartaba la vista del ishankita, el jhibar siguió inmóvil. Skarrion soltó las riendas con cuidado y picó espuelas, sin mucha energía. El reptil avanzó unos pasos, hasta que su nuevo dueño sujetó las bridas y el animal se detuvo.

—¡Vámonos, Camu! —gritó Skarrion—. ¡Nuestras mujeres nos esperan!

Al cabo de tres clepsidras avistaron el oasis.

Se detuvieron en cuanto lo distinguieron por entre el horizonte amarillento del desierto, y luego se acercaron poco a poco, escondidos tras los arbustos y las piedras. Subieron por una alta duna y desde allí, con cuidado para no ser descubiertos, lo observaron con atención.

Las Cinco Rocas era quizás el doble de grande que Awaz, pero no tan bello y vistoso, ya que las tiendas tenían un monocorde tono blanco y gris. Awaz tenía una finalidad comercial, pero Las Cinco Rocas era un emplazamiento guerrero, protegido por una empalizada de troncos, por encima de la cual podían verse las cúpulas y las puntas de los pabellones, y sus estandartes.

En las afueras del oasis había unas cuadras gigantescas, casi los únicos edificios del lugar, como cajas de madera oscura. En su interior estaban los jhibares, alejados de las gentes de Las Cinco Rocas. Nadie pasearía uno de ellos por las calles porque el bullicio prendería fuego a su instinto asesino y se transformaría en una bestia casi indomable. Al jhibar no debía tratársele como a un camello o un caballo, no servía como bestia de carga o exhibición, sino para la caza y la batalla. Cuando se le sacaba de su jaula era para que luchara y matara bajo el control de su dueño, y si el amo no sabía o no lograba ejercer su voluntad sobre él, el propio jhibar lo destruiría a la menor oportunidad.

Camu y Skarrion avistaron también unos corrales espaciosos, limitados por vallas, donde se guardaban los esclavos aún no vendidos. La inmensa mayoría eran mujeres, pero había unos pocos varones de aspecto suave y agraciado. A todos, masculinos o femeninos, les obligaban a permanecer sentados o de rodillas, o los conducían a golpes de látigo al establo correspondiente, donde esperarían, como ganado, a los tasadores, quienes decidirían su destino. Los ejemplares bellos terminarían en los harenes y los menos atractivos en las diferentes tiendas, donde se les encomendarían trabajos sucios y esforzados.

Skarrion y Camu abandonaron con precaución su escondite. El shakark montó de un salto en el jhibar y miró a su amigo.

—Ahora deberás comportarte como un auténtico esclavo, así que anúdate esta cuerda a la garganta; yo sostendré el otro extremo. Abandona tu habitual aire altivo, pues te has convertido en un hombre derrotado y por tanto has de andar con la cabeza baja, siempre temeroso de tu señor.

—Me parece que te estás tomando esta mentira demasiado en serio.

Camu entregó las armas a Skarrion y se colocó la cuerda alrededor del cuello.

—Recuerda que lo hacemos por el bien de Seraz y Zeyala —dijo

Skarrion—. Cuando te enojes piensa en tu mujer y no seas egoísta, pues ellas dos tienen que estar sufriendo mucho más que tú. Y si no te gusta el papel, ponte mis ropas y sube al jhibar.

Camu gruñó por lo bajo, pero no aceptó el cambio de papeles. Aún temía demasiado al lagarto gigante.

Llegaron a las puertas del poderoso y fortificado oasis y un joven centinela saludó a Skarrion en imyario, la lengua del desierto. El shakark se había puesto en la cara un velo denso y oscuro que enmascaraba el color de sus ojos, y que le permitía —aunque empobrecida y nublada— la visión.

Además, llevaba el pañuelo subido hasta las ojeras y tenía bien calado el turbante.

—Que el Profeta te acompañe —devolvió Skarrion el saludo, imitando el acento del sur.

—¿Vienes de Awaz? —preguntó el centinela—. ¡Me hubiera gustado luchar en esa batalla!

—Fue una gran victoria. Allí capturé a este hombre. —Señaló a Camu con la lanza y el ishankita hizo un esfuerzo para controlarse—. Lo convertiré en mi esclavo.

—Estás en tu derecho —contestó el centinela—, pero antes debes hablar con algún tasador de esclavos para que lo incluya en el censo de bestias humanas. Ya sabes lo escrupulosos que se muestran al respecto.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En los corrales de esclavos, en el este, cerca de la Travesía Roja. Sin embargo, debes dejar tu jhibar al cuidador.

—Por supuesto —replicó Skarrion—. ¿Crees que no sé cómo funcionan las cosas aquí?

El centinela frunció el ceño.

—No pretendía decir eso, guerrero.

—No importa, muchacho. Comprendo que ser centinela es muy aburrido, pero pronto participarás en una batalla y ganarás un pedazo de gloria. ¡Lo veo en tus ojos!

—¡Gracias, guerrero! —Bajo el pañuelo, aquel chico sin duda sonreía. Se volvió hacia lo alto— . ¡Abrid las puertas!

—Que el Profeta te acompañe —se despidió Skarrion.

—Que el Profeta te acompañe.

Restalló un coro de crujidos y chasquidos, mientras desde el otro lado sacaban las trancas; las hojas de madera y acero giraron con lentitud. Skarrion y Camu entraron en Las Cinco Rocas.

Enseguida se les acercó un muchacho con el rostro despellejado. En la cadera tenía una cimitarra envainada, pero empuñaba una vara delgada y larga en la mano diestra. Skarrion reprimió un estremecimiento al contemplar la faz sin piel, con los músculos y

tendones al descubierto, duros como la roca, ajados por el sol, la sequedad y el calor, y sin embargo flexibles. El chico saludó al shakark. Al hablar, esos músculos faciales se deslizaron y tensaron como serpientes diminutas. Skarrion le devolvió el saludo.

—Cuida de mi jhibar —dijo el norteño.

Acabó de bajar de la montura y le tendió las riendas.

—Ese es mi cometido, guerrero —respondió el chico.

Cuando agarró las bridas el lagarto comenzó a gruñir, pero el joven le propinó un golpe con la vara en el cráneo y el jhibar gruñó con aire desgraciado y agachó la cabeza.

—Búscalo aquí, guerrero.

Entregó a Skarrion una plaquita de madera con dos números, en los caracteres cursivos propios de Imyaria. El shakark sospechó que corresponderían al establo y la cuadra.

—Gracias.

Skarrion le dio la despedida de rigor, el joven se la devolvió y acto seguido se fue con el jhibar, manejándolo con tanta seguridad como quien tira de un perrito faldero.

—El cuidador de jhibares… —musitó Camu—. No es más que un muchacho.

Skarrion estaba tan asombrado como él.

—Desde luego, a estas gentes no les falta valor.

Se internaron en las calles del oasis, zambulléndose entre el gentío. Skarrion llevaba a Camu cogido por la cuerda que acababa en su cuello y el ishankita caminaba dos pasos tras el shakark, malhumorado.

Notaron enseguida que todo en este oasis hablaba acerca de un carácter práctico y sobrio, un lugar donde se veían armas por doquier. Los hombres de Las Cinco Rocas mostraban las espadas, las lanzas y las hachas con orgullo, pues vivían y morían por la ley del acero, y mantenían el porte altivo y la actitud distante y algo agresiva propia de los que hacen la guerra por vocación. El lugar hervía de túnicas, calzones, botas, pañuelos y turbantes de tela cómoda y resistente. Abundaba el negro, a veces salpicado de unos grises, castaños y rojos siempre en tonos oscuros, pues los caris preferían la noche para atacar y se consideraban a sí mismos depredadores nocturnos. Los hombres eran altos, delgados y anchos de hombros, de movimientos secos y decididos. Las mujeres estaban cubiertas por faldas cortas, calzones y chalecos gaseosos y el sempiterno velo en la cara. En agudo contraste con los varones, sus ropas ligeras brillaban en tonos alegres.

Había muchos esclavos, desnudos o medio desnudos, con collares de hierro al cuello, que portaban fardos, ropas, cestos, jarras y tinajas, y la mayor parte pertenecían al género femenino. Dado que tanto los hombres como las mujeres podían ejecutar las labores domésticas, los

caris preferían restringir al máximo el número de sirvientes masculinos, evitando así la posibilidad de una rebelión. Las esclavas no cubrían su rostro con el velo y por tanto algunas parecían muy desgraciadas, porque para una mujer del desierto no había mayor humillación que exponer sus facciones a las miradas de la muchedumbre. Las muchachas preferirían ser desnudadas en público, conservando el velo, que verse despojadas de él, pero con la ropa puesta. Desde que alcanzaba la mayoría de edad, a los catorce años, el rostro de una mujer libre solo podía ser contemplado por su esposo o su amante. Solo ella decidía cuándo mostrar sus facciones y aquello constituía una fuente de poder para las mujeres libres, quienes jugaban con el deseo y el misterio que provocaba su belleza escondida. Sin embargo, los esclavos no tenían ningún derecho, así que las sirvientas estaban obligadas a exponer todo su cuerpo ante cualquier varón libre que deseara mirarlas.

Nadie importunó a Skarrion. Al contrario, muchos hombres le saludaban corteses y él les devolvía las atenciones. Observó enseguida que casi todos los jóvenes llevaban descubierto el rostro descarnado, al parecer con orgullo. Pero lo más sorprendente era que las muchachas libres, ninguna de ellas despellejada, e incluso las más bellas, hablaban y coqueteaban con ellos sin mostrar un ápice de repulsión. Por el contrario, las mujeres del oasis se mostraban despectivas con los esclavos o los pocos extranjeros libres cuyos rostros conservaban la piel, aunque gozaran de gran apostura. Skarrion comprendió que mostrar la faz en carne viva era una característica exclusiva de los luchadores, quizás provocada en la pubertad, tras una hazaña valerosa. Al tratarse de una sociedad que se nutría y desarrollaba mediante la guerra, sería un símbolo de aceptación, propio de quienes protegían a la comunidad de sus enemigos, la engrandecían mediante victorias e incluso estaban dispuestos a morir por ella.

Y si bien muchos hombres maduros lucían orgullosos sus rostros sin piel y cosidos a cicatrices, otros tantos lo llevaban cubierto, ya fuese por capricho o porque ya no tenían nada que demostrar ni aparentar.

Skarrion y Camu caminaron hacia el este, intentando orientarse en aquel laberinto de calles entre pabellones Al cabo de poco tiempo se encontraban en una vía cuyo suelo polvoriento estaba pintado de color bermellón. Aquella debía ser la Travesía Roja, que conduciría a los corrales donde se guardaban los esclavos.

El corazón de Skarrion dio un vuelco cuando vio acercarse a Zafir y Amid, acompañados de cinco guardaespaldas, ninguno de ellos cari. Y descubrió que entre los subordinados se hallaban Harim y Zabir. Los caris se apartaban para abrirles paso, pero lo hacían con altivez, sin

ocultar su animadversión.

Zafir, Harim y Zabir se detuvieron de golpe, observando a Skarrion y a Camu con estupor. El shakark se dijo que todo estaba perdido, pues habían sido descubiertos. ¿Qué muerte lenta y atroz reservarían los feroces guerreros del desierto a dos extraños infiltrados en su inexpugnable oasis?

—Que el Profeta te acompañe —saludó Zafir—. Te compro el esclavo. Pagaré lo que me pidas, pues soy un hombre muy rico.

Skarrion recordó que su rostro, sus ojos y su cabello estaban tapados y por ello Zafir no le había reconocido. De hecho, comprendió, el mercader lo tomaba por un simple cari que volvía de Awaz con un prisionero, uno más entre muchos. El shakark tragó saliva, controlando su nerviosismo, y se dirigió hacia Camu, haciendo un esfuerzo para enronquecer la voz:

—Dile a este extranjero que no estás en venta.

El shakark había recordado que los caris solo dirigían la palabra a sus iguales, a quienes consideraban dignos de ello.

Zafir enrojeció a causa de la humillación.

—¡Vamos, díselo! —apremió Skarrion.

Algunos caris aplaudieron el comportamiento de Skarrion, ya que ellos tampoco dirigirían la palabra a Zafir y su cuadrilla.

Camu parpadeó y se dirigió hacia Zafir:

—Mi amo dice que no estoy en venta.

—¡Eres muy osado, guerrero! —le dijo Zafir a Skarrion—. No sabes a quién has agraviado. Conozco a Zuadar y me encargaré de que acabes recogiendo estiércol de jhibar, desde el alba hasta el amanecer. Pero olvidaré este insulto si me vendes a tu esclavo por… digamos… cien monedas de oro.

Aquella era una cantidad exagerada, pues con ella podrían comprarse veinte como el ishankita. Skarrion se volvió hacia Camu.

—Dile a este extranjero que se aparte de mi camino. Su presencia, y la de quienes lo acompañan, está ensuciando el suelo de este oasis. Dile también que Zuadar, nuestro líder, trata con ellos solo porque necesita armas, y que jamás un auténtico cari como Zuadar podría llegar a ser amigo de semejante escoria.

Amid, Zafir y los suyos enrojecieron de furia. Se escucharon nuevos aplausos y vítores procedentes del público.

—¿Cómo te atreves? —bufó Amid.

Llevó el puño a la espada. Sus secuaces se adelantaron y desenvainaron las armas.

Pero alrededor, los hasta ahora pacíficos observadores desnudaron también sus sables y descubrieron además los rostros despellejados, señal inequívoca de que estaban dispuestos a luchar hasta la muerte.

—Gracias, amigos, pero puedo despachar a estos gusanos yo solo

—dijo Skarrion a los caris, quienes asintieron con aire sombrío.

—¡Guardad las armas! —ordenó Zafir a sus secuaces.

Tanto los dos comerciantes como sus matones habían palidecido, rodeados como estaban por todos esos hombres sanguinarios. Zafir sonrió, nervioso.

—No nos entretengamos más con estos locos. ¡Vámonos! Pero no olvidaré esta afrenta.

Skarrion se volvió hacia el ya divertido Camu.

—Dile al extranjero que si vuelvo a verlo abriré en canal su vientre, y que deseo que el Profeta le depare todo tipo de males, a él y a sus descendientes, si aún es capaz de concebirlos.

Zafir palideció, pero no osó replicar, mientras el gentío estallaba en risas. Camu sonrió de oreja a oreja y le transmitió el mensaje. Pero después el rostro se le tiñó de odio y siguió hablando, por su propia cuenta y riesgo:

—Aún no he olvidado tu traición, Zafir. Awaz cayó por tu sed de oro. Lo pagarás caro, te lo prometo. Juro que me vengaré de ti.

El mercader le señaló con el índice.

—Pronto estarás en mi poder, ishankita, a pesar de lo que diga tu amo. Y me aseguraré también de conseguir a Seraz, esa furcia con la que te entendías. Mis hombres y yo gozaremos mucho con ella y tú lo contemplarás todo, encadenado como una alimaña. Abusaremos de ella, sí, hasta matarla de dolor… O de placer.

Los ojos de Camu se desorbitaron, todos sus músculos quedaron tensos como cables y una vena azulada cruzó su sien. Pero, haciendo un esfuerzo de voluntad, se contuvo para no lanzarse sobre el comerciante. Sin embargo, se dio el gusto de escupirle en la cara.

Zafir alzó la mano para pegarle, pero se encontró con la espada de Skarrion pinchando su papada.

—Si tocas a mi esclavo te mato aquí mismo —advirtió.

Rojo de ira, limpiándose la saliva con la manga de su túnica, Zafir retrocedió unos pasos.

—¡Eh! —gritó uno entre el público—. ¿Lo habéis visto? ¡El esclavo escupió al extranjero!

Los caris rugían sus carcajadas.

—¡Vámonos! —ordenó Zafir a los suyos.

Se escabulleron, sin responder a las burlas de la muchedumbre. Una mujer les lanzó un tomate del cesto que portaba sobre la cabeza y el fruto alcanzó a Harim en la mejilla, lo que provocó una nueva tormenta de risotadas. Harim se volvió furibundo, mientras se limpiaba el jugo del rostro, pero eso no hizo más que acrecentar el jolgorio de los espectadores e incluso sus amenazas, así que torció la cabeza y siguió andando.

Uno de los hombres del público, con severas cicatrices en su cara

despellejada, se acercó hasta Skarrion.

—Que el Profeta te guarde, guerrero —saludó—. Has tratado bien a esos chacales, que no deberían mancillar Las Cinco Rocas con su presencia. Si no fuese porque necesitamos sus armas…

—Que el Profeta te guarde a ti también —respondió Skarrion—. Me he limitado a contestarles como debe hacerlo un auténtico cari.

—¿Cuál es tu nombre? Yo me llamo Zafra. Luchaste en Awaz, ¿verdad?

—Ni nombre es Ayán. Sí, amigo Zafra, de Awaz vengo. Allí me apoderé de este esclavo, al cual utilizaré como mozo de carga. Aunque peleó con valor y destreza, no tuvo ninguna oportunidad contra mí.

Camu le miró con ánimo asesino.

—Deberías azotarlo —dijo Zafra—. Hay que domarlo porque se nota que aún tiene orgullo y eso no es conveniente en un esclavo. Por ejemplo, le habló al extranjero sin tu permiso. Pero hay que reconocer que es gracioso. Lo de escupirle a ese malnacido fue una idea excelente.

—Llevas razón. Compraré un buen látigo para que aprenda modales. Es un poco desobediente, pero lo educaré enseguida.

Camu cerró con fuerza los puños, obligándose a clavar la vista en el suelo.

—¿Por qué llevas ese velo, Ayán? —preguntó Zafra.

—Oh… El velo. En Awaz, un guerrero de cabellos rubios y ojos azules me lanzó una antorcha a la cara. La aparté, pero las chispas alcanzaron mis ojos y resultaron heridos. Desde entonces la luz del sol me molesta y he de cubrirlos con un trozo de tela oscura para mitigar el dolor.

—¡Vaya! Has debido sufrir mucho en tu viaje de vuelta, a través del desierto. Ahora que lo dices, yo también recuerdo a ese guerrero rubio. Mató a muchos de los nuestros, ese maldito bastardo…

—Hay que reconocer que era un luchador poderoso, un hombre de habilidad y coraje. Y tenía un porte magnífico, todo hay que decirlo.

—¡Bah! Era un hijo de furcia sarnosa. Que el Profeta haga caer todas las maldiciones y las plagas sobre él, sobre sus familiares y hasta sus descendientes. Ojalá haya muerto de forma lenta y deshonrosa allá en Awaz, pues solo eso merecía el muy malnacido.

Zafra escupió al suelo y Skarrion enmudeció, rígido. Se volvió hacia Camu.

—¿Y tú de qué te ríes, esclavo? —exclamó.

Camu reprimió su hilaridad a duras penas.

—Este guerrero tiene razón, amo —repuso—. Aquel hombre del norte, aunque parecía diestro, era en realidad bastante torpe. Incluso se le veía patizambo y remolón, y todos los combates los ganaba gracias a que tenía demasiada buena suerte. Y tampoco era tan

valeroso, pues yo le vi correr igual que un gato con el rabo en llamas. Además parecía tonto, tenía la cara tan fea como la de un babuino enojado y…

—¡Silencio, esclavo! —ordenó Skarrion—. ¡Ya te enseñaré modales con la ayuda de un látigo! ¡Y deja de sonreír!

Zafra puso una mano sobre el hombro de Skarrion.

—Vamos a tomar unos tragos, Ayán, y así podremos charlar acerca de Awaz y otros asuntos.

—Gracias, pero ahora debo hablar con el tasador de esclavos y buscar un curandero, pues aún me duelen los ojos.

—Bien. ¡Pero no dejes de venir después! Estaré con unos amigos en la tienda de bebidas de Haruf.

—No dudes que iré a buscarte en cuanto pueda.

Se despidieron y Skarrion y Camu continuaron andando por la Travesía Roja, rumbo a los establos de los esclavos.

—Así que vas a enseñarme modales, ¿eh? —gruñó el ishankita.

—Vamos, no te enojes. Había que disimular. Piensa en tu bella dama y reconoce que debemos continuar con la farsa para recuperar a nuestras mujeres.

—Odio este lugar.

—Tampoco es tan malo. Incluso encuentro divertido el papel de impostor.

—Claro, tú no eres el que está atado por el cuello.

Skarrion señaló con el índice hacia el gentío bullicioso delante de ellos.

—¡Mira! ¡Esos deben ser los corrales de los esclavos!

Se apresuraron, abriéndose paso casi a empujones entre la maraña de esclavos, vendedores, compradores y simples curiosos. Pasaron junto a tarimas donde las mujeres recién capturadas eran desnudadas sin compasión y obligadas a exhibirse ante los pujadores. Las muchachas sollozaban y suplicaban su libertad, pero los vendedores tenían tanta piedad con ellas como la que sentirían ante un camello remolón. También, aunque en menor número, había estrados donde se enseñaban muchachos desnudos, tan asustados como sus compañeras femeninas. Estalló el tumulto cuando un joven esclavo saltó sobre el público y comenzó a repartir golpes, llegando a romper el cuello de un pujador. Por último, logró sustraer un cuchillo de su funda y cuando los guerreros lo rodearon se lo clavó en el corazón. Había preferido la libertad infinita de la muerte a la muerte en vida de la esclavitud.

Skarrion y Camu buscaron angustiados entre las mujeres cargadas de cadenas, pero no encontraron a Seraz ni a Zeyala. No sabían si podrían contener sus aceros si vieran a alguna de ellas expuesta sobre la tarima.

Descubrieron a un hombre con el rostro despellejado que se movía

entre un grupo de esclavas llorosas. No vestía una túnica de guerra, sino otra distinta, destinada a usos civiles. Y aun así, de su cadera pendía una cimitarra envainada. Palpaba con aire profesional los miembros de las cautivas, sus cabellos, pechos, cinturas y nalgas, y también observaba los dientes, los ojos y el pelo. Todas sus conclusiones las iba apuntando con un carboncillo en una tablilla de madera. Era un tasador. Él decidía el precio de puja inicial en las subastas y la clase de tarea que desempeñaría el esclavo, y además lo apuntaba en el censo local o lo borraba en caso de defunción o, cosa rara, liberación.

Skarrion le saludó y el funcionario le devolvió la cortesía con aire distraído.

—Tasador, ¿dónde están las mujeres que trajeron de Awaz?

El hombre apretaba los muslos y los brazos de una joven encadenada y aterrorizada.

—Las más bellas han sido llevadas, todas, al harén de Zuadar —respondió—. El resto, menos atractivas, están en el corral número cuarenta y tres, esperando a que llegue el tasador correspondiente y prepare la subasta.

—¿Aún no ha sido vendida ninguna?

—Ya te he dicho que no, guerrero. O se las han llevado al harén de Zuadar o se encuentran en el establo número cuarenta y tres.

—Gracias —respondió Skarrion, en tono seco.

Camu y él encontraron el establo número cuarenta y tres. Allí, sobre el suelo polvoriento, desnudas, como ganado, estaban las mujeres menos agraciadas de Awaz, destinadas a labores de limpieza o de cocina. Los dos se metieron dentro, al igual que muchos otros curiosos, y buscaron a Seraz y Zeyala. Algunas reconocieron a Camu y miraron con tristeza la cuerda que rodeaba su cuello.

Tras media mañana de indagaciones llegaron a la conclusión frustrante de que allí no encontrarían a sus mujeres.

—Deben estar en el harén de Zuadar —dijo Camu.

Skarrion preguntó a un transeúnte por la situación del serrallo de Zuadar. El hombre lo miró como si fuese tonto y contestó que junto al Palacio de Zuadar, en el centro del oasis.

Andando con premura, Skarrion y Camu llegaron hasta las cercanías del punto señalado y encontraron una pradera de hierba sobre la que había unos pocos pabellones. Pero lo más impresionante del lugar era un gran lago de aguas límpidas y azules bajo el cielo despejado, en cuyas orillas de arena fina verdeaban arbustos de hojas grandes y alargadas. A la derecha del estanque se erguía un bosquecillo de palmeras.

En el centro de la pradera de hierba permanecían, desafiando al tiempo, las Cinco Rocas. Era un quinteto de monolitos negros casi

perfectos, formando un círculo de diez pasos de diámetro. Cada una tenía quince pies de altura, dos pasos de ancho y medio de grosor, y sus superficies estaban llenas de unas inscripciones grabadas con un cuidado exquisito. Según la leyenda, siete siglos atrás, cuando el profeta Paisharem efectuaba su peregrinación hacia el este, encontró las piedras así dispuestas, como si fueran un regalo del cielo. Escribió en ellas, a cincel y martillo, las leyes de su religión y muchos de los preceptos sagrados recogidos en las cincuenta y ocho oraciones. Y ordenó a un grupo de fieles levantar un asentamiento civilizado alrededor de los monolitos. Tal era el origen del oasis de Las Cinco Rocas.

Skarrion y Camu divisaron, allende la pradera y el estanque, un pabellón gigantesco de color azul oscuro, capaz de albergar sin dificultades a más de quinientas personas. Estaba rodeado de jardines preciosos, adornados con fuentes rumorosas y estatuas de héroes y guerreros al servicio del Profeta. Y entre las efigies caminaban unos guerreros más altos que la media entre los caris, armados con escudo, lanza y cimitarra. Vestían de color púrpura en lugar del negro habitual y todos llevaban al descubierto el rostro descarnado.

Camu señaló con el dedo un pabellón próximo al palacio, más pequeño, de colores rosa y verde, en tonos suaves. Distinguieron mujeres en sus cercanías, todas muy atractivas, que parecían ociosas, aunque tristes.

—Ese debe ser el harén de Zuadar —dijo Camu.

Skarrion asintió.

—Entraremos en él esta noche y rescataremos a nuestras mujeres.

Skarrion volvió a asentir.

7. ZUADAR EL MAGNÍFICO

Pasaron la tarde observando con detenimiento el palacio y la tienda del harén, elaborando planes y desechándolos uno tras otro, hasta que al final se decidieron por el que les pareció menos descabellado.

Al caer la oscuridad Camu encontró un lugar solitario donde ponerse un traje negro, que Skarrion le había comprado en un bazar del zoco. Por fin, el ishankita se deshizo con rabia de la cuerda en torno a su garganta.

Como dos figuras en medio de la oscuridad general, se acercaron sigilosos a la tienda del harén, por la zona que juzgaron menos vigilada. Arrastrándose, conteniendo la respiración, avanzando con lentitud extrema, llegaron hasta los lindes del jardín fragante, vacío a esas alturas de la noche. Los guardias marchaban en parejas y pasaban de vez en cuando por allí, haciendo la ronda. Parecían relajados y charlaban en voz baja.

Como dos gatos acechando a la víctima, Camu y Skarrion se acercaron a los centinelas. Aquellos guardias podían ser avezados y eficientes, pero llevaban muchos días de inactividad y su sentido del combate estaba mermado. Además, no esperaban ninguna sorpresa, pues al fin y al cabo era inconcebible que alguien en su sano juicio osara meterse en las propiedades de Zuadar. En contraste, las últimas aventuras y peligros habían aguzado al máximo las habilidades del shakark y el ishankita; y, por si eso fuera poco, se jugaban en aquel lance la vida de las mujeres amadas; tal apuesta afilaba sobremanera sus aptitudes.

Ágiles y silenciosos, cayeron sobre los guardias, les taparon la boca y les clavaron el acero en la nuca. Los desnudaron y vistieron sus ropas, alzando el pañuelo para ocultar el rostro. Por último, escondieron los cadáveres.

Skarrion y Camu pasaron arrastrándose bajo la primera carpa del pabellón harén, pero hubieron de cavar en el suelo de tierra arenosa y esforzarse para salvar la segunda y la tercera.

Tuvieron acceso a una sala enorme, alumbrada con suavidad por hornillos y lamparitas, una estancia adornada con estatuas, telas, plantas y flores fragantes. No parecía un lugar de guerreros, pues gozaba de hermosura y delicadeza, la excepción dentro de la sobriedad reinante en Las Cinco Rocas. Sobre cojines dormían desperdigadas más de cuarenta mujeres jóvenes, desnudas o cubiertas por gasas diáfanas. Sus cuerpos resultaban encantadores y sensuales,

sus brillantes cabellos se desparramaban bajo las cabezas y los rostros desprovistos de velo, sumidos en la inocencia del sueño, tenían un aire angelical.

Camu y Skarrion sufrieron cierto mareo. Tanta belleza femenina, el tenue olor de los cuerpos calientes y perfumados, los murmullos y gemidos que emitían en sueños, sus lánguidos movimientos mientras cambiaban de posición al dormir… Todo ello causaba un efecto hipnótico en aquellos dos hombres toscos y salvajes y excitaba sus sentidos en una agonía dulce. Casi les parecía haber entrado en un jardín embriagador, lleno de flores de carne caliente y cabellos sedosos.

—He muerto y estoy en el paraíso —susurró Skarrion.

Camu tragó saliva, sin poder apartar la vista de las maravillosas huríes.

—Debemos buscar a Seraz y a Zeyala —murmuró—. Vamos.

Comenzaron a pasar entre las muchachas, observando con atención sus rostros dormidos. Caminaban de puntillas, temiendo que en cualquier momento alguna despertara y chillase al verlos. Con sumo cuidado volvían la cabeza de las que reposaban boca abajo, pero las jóvenes parecían gozar de un sueño profundo y ninguna despertaba. Skarrion no pudo evitar sonreír al oír algunos ronquidos.

El shakark llamó con la mano a Camu, que se le acercó saltando entre las bellezas, como un gato enorme y oscuro.

Seraz dormía a los pies de Skarrion. Su cuerpo esbelto estaba cubierto por un chaleco y una falda corta, abierta en los costados para insinuar la curva de sus muslos, y ambas prendas habían sido hechas con una seda fina y anaranjada. Su rostro moreno estaba maquillado de manera exquisita y el cabello de rizos oscuros se desparramaba con dulzura sobre una mejilla y los pechos. Al verla, Camu exhaló un jadeo y la besó y la abrazó, apretándola contra sí. Pero la chica no despertaba. El hombre, asustado, la zarandeó varias veces. Abrió los ojos femeninos con los dedos, comprobando que las pupilas no se movían.

—Está drogada —afirmó.

—Eso explica por qué ninguna ha despertado —dijo Skarrion—. Las han narcotizado. Quizá sean nuevas y, hasta que se acostumbren a esta vida, llorarán y se lamentarán día y noche. Drogadas, se aseguran de que no molesten mientras los hombres descansan.

Camu miró desesperado a la chica. Skarrion recorrió con los ojos la sala.

—Espera aquí —dijo.

Se marchó, dando saltos entre las bellas durmientes, y llegó a una mesa baja y ancha en la que había muchos frascos de cristal de variadas formas, llenos de líquidos incoloros o tintados. Los abrió uno

a uno, oliéndolos.

Volvió con un recipiente alargado.

—Al ver esos frascos de vidrio se me ocurrió que contendrían perfumes y colonias —le dijo a Camu—. Este es el de olor más fuerte y quizás consiga despertarla.

Destapó el recipiente y lo colocó bajo la nariz de Seraz, que se agitó y frunció el ceño. Abrió los ojos y Camu le tapó la boca. La joven lo miró con sorpresa mayúscula y el ishankita le sonrió. Ella parpadeó varias veces, incrédula. Sus ojos rezumaron lágrimas y lo abrazó desesperada, sollozando sin control, besándolo, loca de felicidad. Estremecida, se aferraba a Camu como si tuviera miedo de perderlo si lo soltaba. El ishankita continuaba sonriéndole.

—¡No estás muerto! —jadeó la chica—. ¡Por fin ha terminado esta pesadilla!

Camu se limpió las lágrimas para que no las viera Skarrion, que vigilaba mientras ellos dos se comían con los ojos. Seraz también abrazó a Skarrion y lo colmó de gracias, pero enseguida volvió a los brazos de Camu, de los cuales no quería despegarse.

—¿Dónde está Zeyala? —preguntó Skarrion—. ¿La has visto?

—Sí —contestó ella—. La trajeron con nosotras, pero no se encuentra aquí, pues se la llevaron a los aposentos de Zuadar. Lo más probable es que la use esta noche para su placer…

Seraz enmudeció, arrepentida por su falta de tacto, al ver la expresión de estupor y luego de furia helada en el rostro de Skarrion.

—Si eso ha ocurrido lo mataré —dijo el norteño.

Llevó la mano a la empuñadura de la cimitarra, pero Camu le cogió del brazo.

—No seas necio, Skarrion. No cuando estamos tan cerca del final. Hemos de buscar los aposentos de Zuadar y rescatar a Zeyala, y después ya encontraremos la manera de escapar del oasis. Para que salga bien debemos mantener la cabeza fría, así que no lo eches todo a perder por un arrebato.

Skarrion endureció el mentón, pero al fin soltó un suspiro y se relajó.

—Llevas razón, amigo. —Se volvió hacia Seraz—. ¿Sabes cómo llegar a los aposentos de Zuadar?

—Sí, creo que puedo recordar el camino. Nos llevaron a todas ante él para comprobar si éramos de su gusto y eligió solo a Zeyala. Lo primero que debemos hacer es salir del serrallo y entrar en su palacio.

—Descríbeme el camino y luego marchaos los dos, cuanto antes. Esperadme en la pradera, cerca de las Rocas, sin hacer ninguna tontería. Si no he vuelto en la madrugada idos de aquí y no volváis jamás para buscarme.

—No —contradijo Camu—. Yo te acompañaré.

—Y yo —afirmó Seraz.

—De ninguna manera —replicó Camu—. Nos esperarás donde él ha dicho, escondida y disfrazada, como si fueras una mujer libre.

—No me separaré de ti —dijo la chica—. Además, me necesitáis para guiaros por el palacio, hasta los aposentos de Zuadar.

—¿Estáis locos los dos? —Skarrion frunció el ceño—. ¿Vais a poner en peligro vuestra felicidad, vuestro futuro?

—Te acompañaré, maldito infiel, lo quieras o no —dijo Camu, con una sonrisa. Pero se volvió con aire severo hacia Seraz—. Y tú…

—Yo voy con vosotros. Es mi última palabra.

Camu apretó los dientes. Ella también. El ishankita resopló como un toro, pero los ojos de la muchacha se endurecieron hasta convertirse en dos gemas oscuras.

—Está bien —bufó el ishankita—. Vendrás con nosotros.

Seraz sonrió de oreja a oreja y le propinó un sonoro beso en la mejilla.

Skarrion se levantó.

—Pues bien, pareja de tontos, si vamos a ir juntos lo mejor será empezar cuanto antes. Los caris que custodian los jardines pronto descubrirán a los dos guardias muertos.

Cuando salieron la noche se había cerrado del todo y la oscuridad era aún más espesa. Convertidos en sombras, se arrastraron hasta la tienda palacio de Zuadar. Seraz había cubierto su cuerpo con una cortina oscura, robada del harén, y mostró una habilidad sorprendente para moverse en silencio.

Ya comenzaban a buscar un lugar por donde entrar en el pabellón cuando oyeron un silbido largo y agudo. En pocos latidos surgieron hombres armados de todas partes y rodearon a las tres figuras. Skarrion y Camu desenvainaron sus cimitarras y Seraz, asustada, se cobijó tras ellos.

—¡Vamos, bastardos! —rugió el shakark—. ¡Cuantos más vengáis más matare antes de morir!

Unos treinta luchadores ya los rodeaban, pero llegó una decena más, armados con arcos y flechas, y estos últimos apuntaron hacia el trío. El que parecía líder de todos ellos, un guerrero alto y corpulento, de ojos severos y rostro descarnado, sobre el cual brillaban pálidas cicatrices de guerra, les gritó:

—¿Qué necesidad hay de luchar cuando podemos acribillaros a flechazos?

Skarrion sonrió apretando los dientes.

—Quizás pueda llegar hasta vosotros y matar a unos cuantos, antes de que las flechas acaben conmigo.

—Los proyectiles alcanzarían a la chica y sería culpa tuya —respondió el cari—. Luchad y moriréis todos. Rendíos y Zuadar decidirá qué hacer con vosotros.

Skarrion y Camu se miraron. Tiraron las armas, amargados y rabiosos.

El líder de los guerreros sonrió al trío, dibujando una mueca sin alegría en aquel rostro espeluznante.

—¿Creéis que la Guardia de Zuadar está compuesta por idiotas? Descubrimos a nuestros compañeros muertos y vigilamos el lugar. Cuando por fin os vimos os rodeamos en silencio, hasta estar seguros de que no escaparíais. ¡Atadlos!

Los guardias se abalanzaron sobre los rebeldes y propinaron una lluvia de puñetazos y patadas a Camu y Skarrion, quienes se resistieron e hicieron volar algunos dientes. Pero el número venció y por fin los tiraron al suelo, donde fueron maniatados. En cuanto a Seraz, la agarraron por los cabellos y la arrojaron a tierra. No tardó en ser también atada.

El capitán de la guardia acercó su cara brillante, sobre la que culebreaban los fuertes y rojizos tendones, a la de Skarrion.

—Habéis matado a dos de mis hombres. Zuadar no es compasivo con sus enemigos.

—Yo tampoco —respondió el shakark.

El cari le dio un puñetazo y Skarrion cayó otra vez al suelo. Del labio partido brotó la sangre, que manchó su barbilla y su pecho.

Cogieron al trío con manos enérgicas y los llevaron, entre empujones y tropiezos, a través de los pasillos del pabellón que era el palacio. Las paredes eran lonas duras, pero estaban adornadas con tapices de terciopelo, en los que habían sido bordadas escenas de guerra e imágenes del profeta Paisharem. Llegaron a una sala enorme, adornada con panoplias de armas bellas y poderosas, cuyos astiles y puños estaban forjados en plata y bronce y adornados con brillantes y rubíes.

En el centro había dos tronos de oro. Sobre el izquierdo estaba sentada una mujer con la cara cubierta por el velo. Su hermoso cuerpo vestía una túnica ajustada de color crema, sin mangas, una prenda que realzaba su figura y dejaba libres sus piernas exquisitas. Lucía collares y pulseras plateadas, con engaste de piedras preciosas, y su cabello negro resplandecía a la luz de los candiles de aceite. Los ojos se le abrieron desmesurados al ver al trío de rebeldes.

Junto a ella, sentado en la otra butaca dorada, había un hombre. Su túnica, pantalones y botas eran de cuero negro; una cimitarra envainada, de puño broncíneo, reposaba sobre sus muslos. Tenía el rostro despellejado hasta el comienzo del cabello y su pelo era corto y duro, negro y brillante.

No parecía muy alto ni corpulento, pero había poder en él, un aura de fuerza en torno a su figura. Sus ojos de hierro negro taladraron a cada uno de los cautivos, empezando por Skarrion. El norteño intentó mantenerle la mirada, pero el hombre del trono dorado poseía tal voluntad que el prisionero sintió las garras del dominio hundiéndose en su alma. La garganta se le secó y, sin poder evitarlo, agachó la cabeza. Aquel cari también sojuzgó con su mirada a Camu y a Seraz.

—¡Arrodillaos ante Zuadar el Magnífico! —ordenó el capitán de la guardia.

Los soldados empujaron a los cautivos y les obligaron a doblar las rodillas hasta que dieron contra el suelo; bajaron a la fuerza sus cabezas y aplastaron sus frentes contra la alfombra.

Skarrion miró por el rabillo del ojo a la mujer junto a Zuadar. No quería reconocerla, pues aún guardaba la esperanza de que bajo ese velo no se hallara el rostro que una vez contemplara y que le quitara la respiración.

—Erguid al rubio —dijo Zuadar, sin moverse del trono, con una voz serena y grave, bajo la cual dormía un gran poder.

El capitán cogió del cabello a Skarrion y tiró hacia atrás, obligándole a mirar hacia delante. El shakark apretó los dientes, pero no gritó.

—Di tu nombre y saluda a Zuadar, infiel asqueroso —ordenó el líder de la guardia.

—Me llamo Skarrion Gunthar. Soy un shakark. Te saludo, Zuadar. Que el Profeta te maldiga.

—¡Bastardo! —rugió el capitán.

Abofeteó dos veces el rostro de Skarrion, provocando que la brecha amoratada en los labios se abriera más y que la sangre volviera a resbalar por la barbilla y la nuez. El shakark sonrió, sin apartar la vista de Zuadar.

—Que el Profeta te maldiga por toda la eternidad, Zuadar, y que maldiga a todos tus hijos.

Aquella era la provocación más ofensiva que se le podía hacer a un creyente.

El capitán desenvainó su cimitarra y apoyó la hoja en la garganta del prisionero. La mujer junto a Zuadar jadeó y sus ojos se llenaron de terror.

—¡No! —gritó.

Pero el verdugo solo se detuvo cuando Zuadar alzó su mano.

—No lo mates, Suali. Aún no. Deseo hablar con él.

El capitán envainó el arma.

Skarrion miró con fuerza a la mujer.

—Veo que no has perdido el tiempo, Zeyala. De bailarina en una tienda de bebidas a la concubina favorita del gran conquistador… No

es un mal cambio.

Ella palideció y por sus ojos cruzó un rayo de sufrimiento, como si le hubieran clavado un cuchillo.

—No es como piensas, Skarrion Gunthar. He de explicarte…

Zuadar pronunció las palabras con lentitud:

—No explicarás nada.

Su voz tranquila e imperiosa, como todo lo demás en él, provocaba la sumisión de cuantos le rodeaban.

Zeyala lo miró y tembló, sin atreverse a replicar.

—Vete —ordenó Zuadar, sin apartar la vista de Skarrion.

Tras unos instantes de indecisión, ella se levantó del trono. Miró a Skarrion, pero el shakark apartó la vista. La muchacha desapareció por una puerta lateral.

—Capitán Suali, llévate al negro y a la chica a los calabozos y déjame solo con el extranjero rubio.

—Como ordenes, gran Zuadar —respondió Suali.

Hizo una seña a sus soldados, que levantaron a los dos cautivos a la fuerza. Camu se resistió con furia y recibió un puñetazo en el abdomen que lo dobló en dos.

—¿Qué harás con ellos? —preguntó Skarrion.

—Los decapitarán mañana —respondió Zuadar.

—¡Déjanos, al menos, esperar la muerte en el mismo calabozo! —pidió Seraz.

—No.

—¡Eres un malnacido sin entrañas! —bramó Camu, mientras se lo llevaban a trompicones, tosiendo y jadeando.

Skarrion miró al ishankita y le sonrió.

—Ten valor, amigo —dijo—. Saldremos pronto de aquí.

Pero Camu no sonrió esta vez.

—Adiós, Skarrion Gunthar —se despidió—. Ha sido un placer y un honor haberte conocido.

Los sacaron de la sala y cerraron la puerta de lona.

Skarrion y Zuadar estaban solos.

El shakark miró al cari. Se levantó y ahondó en sus ojos.

—No me gusta estar atado.

Zuadar dejó la cimitarra en el trono de su izquierda. Abandonó el suyo y caminó hacia una de las paredes del salón. Sus movimientos eran flexibles y su cuerpo transmitía una sensación de fuerza contenida. Tomó un hacha magnífica de su panoplia y señaló una mesa baja de hierro negro.

—Pon las muñecas ahí.

Skarrion vaciló durante unos instantes, pero al final llegó a la mesa y obedeció la orden. Zuadar levantó el hacha como si se tratara de un palito y de un golpe seco y veloz cortó la cuerda. La hoja había pasado

a menos de un dedo del brazo. Una persona nerviosa habría desmembrado al cautivo.

Zuadar cortó el resto de las cuerdas con el hacha y Skarrion recobró la libertad de movimientos. En los ojos del shakark había fuego y astucia mientras se restregaba las muñecas. En cambio, el líder de los caris se mostraba tranquilo y despreocupado, mientras devolvía el hacha a su panoplia.

—Sentiría mucho que intentaras reducirme y utilizarme como rehén —dijo Zuadar—, porque tendría que matarte y no podría charlar contigo.

Skarrion tensó el cuerpo, como si hubiera recibido una bofetada, pero una leve sonrisa afloró a sus labios, se relajó y se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano. Zuadar cogió dos cojines de un montón y los lanzó al suelo

—Me agrada comprobar que eres un hombre razonable. Siéntate.

Skarrion lo hizo, con la espalda recta y las piernas cruzadas.

—¿Te apetece un té? —preguntó Zuadar.

—Prefiero bebidas más fuertes, pero mi garganta reseca lo agradecerá.

Zuadar se acercó a una mesita cercana y tomó dos tazas de plata. Junto a ellas había una tetera del mismo metal, así que llenó los recipientes y le dio uno a Skarrion. Se sentó frente a él en el otro cojín, taladrando al shakark con la mirada. Skarrion hizo un esfuerzo y continuó inmóvil, pero no pudo aguantar el escrutinio de esos temibles ojos durante mucho más tiempo, así que sonrió, irónico.

—Vaya… El gran Zuadar baja de su trono y se sienta en el suelo, como el resto de los mortales.

—El que te consideren un semidiós al principio resulta agradable, pero a la larga termina por aburrir. De vez en cuando se echa de menos poder mirar de frente a alguien que no asiente con fervor si le digo que el sol sale por el oeste o que la luna aparecerá en la madrugada y desaparecerá al anochecer. Se llega a añorar una mirada rencorosa, una discusión acalorada, una voz no sumisa…

Los dos bebieron. Skarrion apuró su taza y Zuadar la volvió a llenar.

—Así que no eres tan inexpugnable como se cuenta —dijo Skarrion.

—Yo no he dicho eso. Soy invencible e inexpugnable, pero me agrada charlar con quien no piensa igual, aunque esté equivocado. Para unir a todas las tribus del desierto, que durante siglos han combatido entre sí, y lanzarlas hacia un objetivo común de manera ordenada y eficaz, y eso en menos de seis años, hay que ser invencible e inexpugnable.

—Compruebo que el Profeta no te ha dotado de mucha humildad.

Zuadar sonrió, como si el comentario le divirtiera.

—Tu impertinencia resulta entretenida. Tú y yo somos muy parecidos y en cierto modo me recuerdas a mí mismo, en otro tiempo…

Su mirada pareció elevarse hacia el pasado.

—Cuando los caris atacaron Las Cinco Rocas, hace cinco años, en lugar de pasarme a cuchillo me vendieron a un mercader con el que ellos tenían tratos. Mi comprador me preguntó qué sabía hacer y le escupí en la cara y le pregunté si mis habilidades eran de su agrado.

Skarrion sonrió sin alegría y volvió a beber de la taza. No dijo nada. Zuadar prosiguió:

—Conseguí cincuenta latigazos, que administraron por toda mi anatomía, y diez días de incomunicación en una caja de madera de paso y medio de lado, donde solo me alimentaban con lo que los perros desechaban y donde tenía que beber el agua de fregar. ¿Has dormido alguna vez sobre tus propios vómitos y heces? No es agradable. Estuve dos meses aquejado de dolores de estómago y en mi espalda aún se puede ver un surco rojizo, fruto de un latigazo especialmente feroz.

»Pero creo que, a pesar de todos los sufrimientos inútiles que provocó mi respuesta, la volvería a dar. Uno no puede evitar ser como es.

—Yo me hubiera lanzado sobre ese hombre y habría tratado de asesinarlo con mis propias manos —contestó Skarrion—. Hubiera luchado contra quien se me pusiera por delante, hasta que me mataran de una vez por todas. De no acabar ellos conmigo, me suicidaría antes que ser un esclavo.

—Yo elegí otra opción. Escapar.

Zuadar tomó un nuevo sorbo de la taza, saboreando la bebida y el silencio. Dijo:

—Me costó medio año, y ocurrió cuando viajaba con mi amo en una caravana, entre el oasis de Wakuh y el de Aoun. Los guardias y los esclavos me vieron huir a la carrera y no trataron de detenerme, pues aquella era una zona inhabitable. Supongo que pensaron que el propio desierto les haría el trabajo sucio.

Hizo una pausa para tomar un trago y luego respiró con fuerza.

—Pero sobreviví. El desierto no acabó conmigo. Caminé durante clepsidras bajo el sol, con una idea que atormentaba mi cerebro y a la que no podía dar forma. Sentía que se trataba de algo grande, algo que me superaba por completo, la chispa que haría estallar todo lo que dormía en mi interior…

Zuadar miró a Skarrion, pero como su interlocutor permanecía en silencio, siguió hablando:

—Siempre había presentido que era diferente a los demás. Ya

desde pequeño sobresalía en todos los juegos y me aplicaba al estudio de la Historia y los escritos sagrados con un fervor que sorprendía a mis mayores. Mi sed de conocimientos no tenía fin, algo indefinible me impulsaba a indagar y buscar todo lo que desconocía. Aquel día, solo en el desierto, sospeché que mi existencia estaba llegando al punto de inflexión a partir del cual ascendería hacia el más alto de los destinos.

»Fue una dura prueba de fuego. Caminé sin rumbo fijo durante días. El sol calentaba mi cabeza y mi sangre y la arena ardiente me llagó los pies desnudos, hasta dejarlos en carne viva. Se me agrietó la piel y la sed me volvió medio loco; vi espejismos e incluso llegué a beber arena tomándola por agua, vomitándola de inmediato, entre convulsiones.

»Una fría noche, quizás la quinta o la sexta en aquel desierto, caí sin fuerzas, medio helado a causa del frío acuchillador, me arrodillé y recé a Dios como jamás lo había hecho antes.

—Yo nunca rezo a mis dioses —dijo Skarrion—. Ellos se divierten con los hombres igual que si fuéramos muñecos, favoreciendo a unos y perjudicando a otros a su capricho. Los de mi tierra pocas veces rezamos. Los maldecimos o los invocamos, pero no les rezamos.

—Cuando estás solo en el desierto, cuando el calor amenaza con asfixiarte y por la noche el frío congela tus huesos, cuando la soledad de las dunas aprieta tus sienes y el silencio te aplasta… Entonces es necesario arrodillarse y pensar que hay un ser superior, alguien capaz de protegerte y ayudarte en medio de toda esa inmensidad. Si no rezas es fácil que te vuelvas loco. Por eso las gentes del desierto necesitan a Dios.

Skarrion quedó callado. Zuadar tomó un trago de su taza y levantó una ceja, pensativo.

—Recé y recé —siguió contando—, pidiéndole a Dios una señal definitiva o una muerte rápida…

»Y cuando amaneció, sentí que mi mente se aclaraba. Toda la cruel y majestuosa belleza del desierto se apoderó de mí… Comprendí que el desierto es una entidad viva, un ser dotado de espíritu y de carácter, capaz de robarle el corazón a los hombres.

»Y descubrí a Dios, lo sentí como nunca lo había sentido, en mis venas y en mis músculos. Entendí por fin, tras tantos años, el porqué de nuestra existencia.

Hizo una pausa. Skarrion seguía mirándolo, efectuando la muda pregunta.

—El único sentido es la fuerza —siguió Zuadar—. La fuerza nos da vida y la debilidad nos la arrebata. —Se tocó la sien y el corazón y después cerró el puño con lentitud—. La fuerza aquí. Aquí. Y aquí. Está dentro de nosotros, es lo que nos impide rendirnos ante la

adversidad, lo que nos impulsa y nos hace posible soportar el calor, la sed, el ataque de los enemigos y la desesperación más tenebrosa. La voluntad. La voluntad lo es todo.

»El futuro se me apareció con perfecta claridad: todas las tribus salvajes e independientes, blanco fácil de las naciones del norte, unidas en un solo ejército invencible. Echaríamos a los extraños e invasores de nuestro mundo y tomaríamos por el fuego y el acero los campos y las ciudades, como una ola imparable. Excepto el Profeta, otros lo habían intentado en el pasado y fracasaron, pero yo sentí que podía conseguirlo. Porque Dios y el desierto me habían dado la fuerza, la voluntad para hacerlo.

»Me levante y eché a andar, a pesar de que mis piernas temblaban y el aire caliente hería mi garganta rasposa e inflamada. Vi buitres en el cielo, esperando mi muerte. Me tiré sobre la arena y quede inmóvil, y cuando un carroñero se posó sobre mi cuerpo ya estaba preparado, me revolví y logré apresarlo con las manos. A pesar de que sus garras y su pico laceraban mi carne, rompí su cuello y bebí su sangre, aplacando la sed. Luego lo desplumé y lo devoré crudo, recuperando las energías que el desierto, en su sabiduría infinita, tomó de mí. Y recé de nuevo, dándole gracias a Dios.

»Eché a andar de nuevo, ahora lleno de esperanza. Si lograba llegar a los Montes Arnath, en el sur, quizá sobreviviera.

»Y lo conseguí, durmiendo durante el día en zanjas que debía cavar con mis propios dedos, en cuyo interior la sombra tornaba soportable el bochorno, y caminando en la noche fresca. Lo logré hallando casi de milagro arañas y alacranes con los que alimentarme, como si Dios no permitiese mi final. Lo hice, pues encontré al fin unas siluetas rocosas y oscuras que rompían la monotonía del horizonte amarillento.

»Con mis últimas fuerzas alcancé la sombra de los taludes y me adentré en sus pasos estrechos. Descubrí hierbajos entre las piedras, desenterré sus raíces y las chupé. Pronto encontré un pequeño caudal, un hilo de agua que discurría por un cauce seco, y bebí con deleite. Y recé.

»Seguí mi camino por entre las paredes de roca, hasta que oí sonidos que me aterrorizaron: un rugido bestial, acompañado también de alaridos humanos.

»Siguiendo la dirección de los sonidos, hallé a un mercader, sin duda extraviado en las montañas, que se enfrentaba a un jhibar. Me escondí tras unas piedras antes de que me vieran.

»Nunca había visto uno de estos lagartos gigantes, aunque sabía de ellos gracias a los cuentos de los viejos. Ahora tenía uno ahí delante. El monstruo estaba destrozando el camello del mercader, que desenvainó su espada. Era un hombre valiente y lo admiré, pero aquella criatura lo hizo pedazos y lo devoró.

»Me hallaba escondido contra el viento y por eso la bestia no captó mi olor. Eso me permitió observarlo, fascinado por su poder, su fiereza y su agilidad, y se me ocurrió que un ejército de hombres montados sobre tales criaturas sería invencible. Por entonces, en el desierto se cabalgaba sobre caballos o camellos, pues ni siquiera los caris osaban buscar a los jhibares. En ese momento, decidí que yo me apoderaría de uno y que lo domaría.

»Cuando el monstruo estuvo satisfecho se marchó del cañón. Había escupido los correajes del camello casi sin masticarlos, así que me acerqué a ellos y los aproveché para hacer arreos y cuerdas. También recogí las armas del mercader.

»Durante días vigilé a ese jhibar solitario. Estudiaba su forma de moverse, sus costumbres, su carácter, su manera de cazar, sus instintos… Empezaba ya a intuir cómo reaccionaría ante determinados estímulos y cuáles serían también sus puntos débiles.

»Una tarde me enfrenté a él y durante la primera clepsidra lo mantuve a raya, fustigándolo sin compasión, obligándolo a retroceder y cortando uno tras otro sus ataques. A pesar de su corpulencia y su agresividad, estas bestias sienten un miedo atávico hacia el látigo que golpea su sensible cráneo. Aprovechándome de ello, lo arrinconé contra un muro y poco a poco me fui acercando. Las siguientes clepsidras fueron las más difíciles de toda mi vida. Siempre bajo la amenaza de mi fusta, le coloqué encima, como pude, las riendas del camello, y acabé sojuzgándolo a pesar de todos los esfuerzos y los trucos que empleó para matarme.

»Mediante la astucia, la decisión y la persistencia conseguí que me temiese y obedeciera, y con todo, pasé dos días sin atreverme a dormir, pues estaba seguro de que el animal aprovecharía cualquier distracción para destruirme. Una vez sojuzgada su voluntad por la mía, me aceptó como su amo natural, tal y como nosotros admitimos la superioridad de Dios.

»Viajé sobre el lomo de aquella bestia, atravesando las montañas de Arnath, siempre hacia el este. Nos alimentábamos de ratones, serpientes e incluso de jhibares viejos o torpes. Más tarde aprendí que en las manadas los individuos vencidos en las peleas entre machos son expulsados de la comunidad. De hecho, mi propio jhibar era un proscrito de un grupo que deambulaba por el Arnath sureño. Así pues, cuando encontrábamos a otros jhibares solitarios los atacábamos siempre de la misma manera: él atraía a la presa hasta un paso estrecho, desde lo alto yo arrojaba peñascos que la herían y mi compañero escamoso la remataba con facilidad. Los jhibares son bestias astutas y aplican las artes del engaño en la lucha y la consecución de alimentos. Muy prácticos, no sienten escrúpulos a la hora de comerse a un congénere cuando les aprieta el hambre. Este

extraño canibalismo, sospecho, es una sabia medida de la Naturaleza, pues en un entorno tan hostil como el suyo parece conveniente no desechar ninguna posible captura, ni siquiera de la propia especie. Después de cazar a nuestra víctima, él y yo nos alimentábamos de su carne. El jhibar quizás me apreciara a su modo, pues yo le facilitaba la captura de sus presas, las mismas que sin mi ayuda le darían muchas más dificultades.

»Llegué a un poblado cari del este, en un valle entre las montañas, montado sobre mi jhibar. Al verme, muchos salieron corriendo y otros cargaron contra mí con espadas en la mano, pero solté las riendas de mi montura y el monstruo despedazó a los agresores. Con aire altivo y sin bajar del animal, llegué a la cabaña del jefe y me presenté como un enviado del Profeta. Le advertí que si no me entregaban el liderazgo de la horda y acataban todas mis órdenes sin protesta, ordenaría a mi ejército de jhibares atacar el poblado y devorar a todos sus habitantes.

»Ellos sentían pánico hacia estos reptiles, pues muchos de los suyos habían muerto entre sus colmillos. Al verme controlando a uno de ellos me tomaron por un semidiós, así que aceptaron mis condiciones de inmediato.

»Los caris eran una tribu más del desierto, aguerrida, pero no muy poderosa. Ni siquiera tenían los rostros despellejados. Yo tenía mucho trabajo por delante.

»Los meses siguientes fueron terribles, pues los llevé hasta el fondo de las montañas con el fin de capturar y domar al mayor número posible de jhibares solitarios. Les enseñé cómo hacerlo y ellos lograron vencer sus temores. Aunque muchos murieron en el intento, los más hábiles conseguimos dominar a cuarenta de aquellos reptiles, que llevamos al poblado y encerramos en establos creados para tal cometido, separándolos unos de otros para que no se mataran entre ellos.

»Adiestré a los guerreros en todas las artes bélicas que había estudiado en mi juventud, pues tenía el propósito de convertir aquella horda agresiva pero indisciplinada en una fuerza dotada de orden y eficacia.

»Cuando lo creí conveniente, y montados en nuestros jhibares, atacamos a una tribu de larais, enemigos acérrimos de los caris. Nuestro triunfo fue absoluto. Ni siquiera tuvimos que combatir, pues los jhibares provocaron la huida de nuestros enemigos y los pocos que osaron levantar su espada fueron devorados por las bestias. Los caris vitoreaban mi nombre, exultantes de felicidad. Querían ejecutar a todos los hombres vencidos, esclavizar a sus mujeres y saquear e incendiar las chozas, como era costumbre entre las hordas victoriosas del desierto. Pero yo se le prohibí. Perdoné la vida de los guerreros y

respeté sus propiedades y mujeres, pero solo a cambio de que me juraran fidelidad. Agradecidos, los larais acataron mis condiciones sin protesta alguna. De esta manera yo conseguía multiplicar por dos los beneficios, tanto en riquezas como en soldados, asegurándome de paso el respeto y la lealtad de los guerreros recién obtenidos.

»Durante un año seguí actuando de acuerdo con esta estrategia de conquista y unión de tribus rivales. A menudo ganábamos las batallas antes de librarlas, pues nuestra fama nos precedía y la simple visión de los jhibares aterrorizaba a poblados enteros, que bajaban sus aceros y nos entregaban el botín antes de que rebasáramos sus empalizadas. Las mujeres y las propiedades siempre eran respetadas y los guerreros me juraban un servicio incondicional. Al fin y al cabo, a la larga este cambio les suponía mayores beneficios, pues los tribales aman la lucha y la victoria y siguen sin vacilaciones al líder que se las ofrece una y otra vez.

»Continuamos cazando y domando jhibares y anexionándonos nuevas hordas y tribus, y cuando sentí que ya éramos lo bastante fuertes comenzamos a atacar las caravanas que procedían del norte, pues no estaba dispuesto a consentir la intrusión de extranjeros en mi tierra. En el desierto estaba gestándose el nacimiento de una nación y sus hombres, antes dispersos en clanes enemigos, comenzaban a tomar conciencia de unidad.

»Y a pesar de todo, a pesar de la combinación temible de jhibares y hombres, yo comprendía que no éramos tan poderosos como para iniciar una guerra abierta contra los grandes oasis y las ciudades de Imyaria, Abhli, Razhull y Paish. Estas potencias, aunque enemigas unas de otras, se unirían ante la amenaza común y acabarían por aplastarnos sin piedad. Necesitaba un arma superior que garantizase nuestra victoria.

»La solución me la dio un anciano con el cual yo charlaba una noche, por simple diversión. Me contó que, siglos atrás, los primeros caris se despellejaban el rostro para causar pánico entre sus enemigos, quienes al verlos huían aterrorizados.

»Comprendí cuál sería el arma definitiva: el miedo. Si lograba llenar de pavor los corazones de mis rivales, los destrozaría una y otra vez. El norte no lucharía contra hombres, sino contra *djinns*, demonios sin rostro cuya faz levantaría olas de pánico e histeria. Vestiríamos de negro y atacaríamos de noche, como sombras, seríamos criaturas impredecibles y fugaces y golpearíamos duro y rápido, sin dejar pensar al enemigo, para después desaparecer en la oscuridad. Estaríamos en todas partes y en ninguna.

»Aquella noche me despellejé el rostro yo mismo, ante un espejo. Tuve que emborracharme para calmar el dolor, y aun así casi me desmayaba cada pocos momentos. Cuando el trabajo estuvo hecho

vendé mi rostro y los curanderos, pensando que había perdido el juicio, me trataron con sumo cuidado, usando hierbas y pociones que no permitieran ni la más mínima cicatriz, y que endurecieran el rostro en carne viva para ser capaz de soportar el frío, el calor y el polvo del desierto.

»Al quitarme las vendas y mirarme en el espejo casi grité de espanto, horror y repugnancia. Y eso me agradó. Antes era un hombre, pero eso pertenecía al pasado, pues me había convertido en un demonio capaz de asustar hasta al guerrero más valeroso. Si yo, sabiendo a qué era debida mi nueva deformidad, sentí repulsión al verme reflejado, ¡cuán grande sería el pavor que helaría los corazones de quienes no me conocían! Me presenté por sorpresa ante mis oficiales y aullaron como mujeres al verme. Las huríes de mi serrallo soltaron alaridos y huyeron a la carrera. Yo reí a carcajadas.

»Promulgué la orden de que el rostro de todo guerrero que hubiera participado en alguna batalla tenía que ser despellejado. Al principio hubo descontento, pero pronto una cara sin piel era una señal de valor, lo que más aman los hombres del desierto, así que en poco tiempo empezaron a mostrar sus músculos faciales sin pudor alguno, y los jóvenes deseaban llevar a cabo gestas heroicas para ser descarnados ellos también.

»Mis ejércitos vestían de negro y atacaban al caer la noche. Los enemigos huían al ver a los jhibares y aquellos pocos que persistían en la defensa caían al suelo aterrorizados cuando los míos desnudaban sus rostros. Las victorias eran aplastantes y el precio en bajas, mínimo.

»Pero solo hasta hace poco decidí atacar Awaz. Una cosa es Las Cinco Rocas y otra Awaz, porque Awaz marca la frontera entre la barbarie del desierto y la civilización del norte; su agresión constituye una declaración de guerra abierta contra Imyaria, a la que apoyarán Abhli, Razhull y Paish cuando mis hordas se extiendan por todo el desierto y caigan sobre sus ciudades y oasis.

—He estado en Mahtah, Eiallah y otras grandes ciudades del Mar Medio —dijo Skarrion—. Sus ejércitos son mayores que el tuyo. ¿De veras crees poder vencerlos?

—Has visto solo una pequeña parte de mis efectivos. Mis tropas se extienden de oeste a este, atacando puntos estratégicos, como Fuerte Lawi, donde se supone que deberían estar las armas del mercader Amid, ahora en manos de mis hombres. Pero Fuerte Lawi cayó ayer. No llevamos a cabo una guerra abierta, sino ataques rápidos, fugaces, mortíferos, elevando poco a poco la línea fronteriza de nuestros dominios. Las grandes naciones solo saben combatir mediante demostraciones de fuerza, enviando ejércitos gigantescos con el objetivo de aplastar y escarmentar a los rebeldes. Pero eso no sirve en el desierto, donde un huracán de arena puede tragarse un

destacamento de mil hombres. Nosotros pelearemos en nuestro terreno, en el cual ellos son grandes pero torpes. Los conduciremos donde deseemos, los hostigaremos aquí y allá, echaremos a perder sus provisiones y separaremos sus fuerzas, desmoralizándolos. Y el desierto acabará el trabajo sucio.

»Aumentamos nuestro número día a día. Los pueblos más irreductibles se nos han unido ya y tengo líderes muy capaces que reclutan ejércitos mercenarios de guerreros negros de Ishanki. Allí, los sacerdotes trabajan de manera incansable para convertir a hordas enteras de salvajes y lanzarlos a la guerra santa, *mi* guerra santa, porque seré yo quien los acaudille. En el norte, y gracias a un sistema de propaganda ágil y efectivo, los jóvenes de las ciudades civilizadas huyen de sus casas y viajan hacia el sur, buscándonos. Decenas de ellos se nos unen cada semana, bravos que lucharán hasta el último aliento, porque mi gente y mi guerra representan la pureza de nuestra religión. La civilización ha maleado y suavizado muchos de los preceptos del Profeta, así que los tradicionalistas nos aman y apoyan, pues ven en nosotros una vuelta a los orígenes. Muchos sacerdotes del norte instigan a sus fieles a nuestro favor y gracias a sus prédicas estamos adquiriendo proporciones casi míticas.

»Y a pesar de todo, aún actuamos en la sombra, preparados siempre para saltar en el momento preciso. La manzana civilizada está podrida por dentro y la corrupción de los califas y los generales hará posible una incompetencia que nos favorecerá en el instante adecuado. Tengo ya espías informando de todos sus actos y mis agentes en la sombra llevarán a cabo asesinatos y golpes de mano que debilitarán y confundirán al enemigo.

»Todos estos factores allanarán el camino de nuestra subida al poder.

Zuadar calló. Skarrion permaneció en silencio durante mucho tiempo, buceando en sus ojos de hierro oscuro.

—Lo conseguirás —dijo el shakark.

—Por supuesto.

—¿Por qué me has contado todo esto? ¿Por qué no ejecutarme sin más? ¿Es que deseas regodearte con el relato de tus logros?

Zuadar sonrió.

—No. Te lo he contado porque quiero que te unas a mí.

Skarrion parpadeó, sorprendido.

Zuadar dijo:

—Lo decidí, y aunque no me diera cuenta hasta tiempo después, cuando mataste tú solo a uno de mis hombres y su montura, hace semanas, en el desierto. Yo era el líder de esos cuatro jinetes solitarios, el que te perdonó la vida y te indicó la dirección de Awaz. En aquellos momentos estaba inspeccionando los territorios alrededor del oasis,

preparando el ataque.

»Conozco a los hombres, sobre todo a los hombres de armas. Sé quiénes valen solo para la línea de vanguardia y quiénes sirven para decidir, decidir de forma correcta y mantener su decisión hasta el momento de cambiarla por otra más idónea. Necesito soldados llenos de coraje, pero han de ser conducidos por hombres con capacidad estratégica y sangre fría. Tú serás uno de estos líderes.

—No siempre me he comportado de forma reflexiva —replicó Skarrion— y me he dejado llevar también por los impulsos, sobre todo en mi juventud. Pero cuando vences a menudo a la muerte te vuelves más cauto.

—Sobra decir que, de apoyarme, conseguirás los máximos honores… Piensa en ello: invasiones y victorias, aventuras, peligros… Y la adoración de tus hombres. También tendrás todo tipo de riquezas materiales, y si lo deseas gozarás de las mujeres más bonitas y deliciosas. Las que viste en mi harén son solo aperitivos y hay beldades aún más bellas, que obedecerán con gusto todos tus anhelos, que se desvivirán por atenderte, pues aman la fuerza de los conquistadores, tan femeninas y hermosas como flores de primavera. Y por supuesto, también tendrás a Zeyala.

Skarrion lo miró con enojo.

—¿Qué hay entre vosotros dos?

Zuadar soltó una carcajada.

—Solo besos en la mejilla, porque Zeyala es mi hermana. Fuimos separados en la juventud, cuando los primitivos caris atacaron Las Cinco Rocas. Yo tenía veinticinco años y ella veintiuno, y ahora volvemos a estar unidos… Como hermanos. Quiero que gobierne junto a mí. Es una mujer inteligente y firme que sabrá suavizar algunos aspectos demasiado rudos de mi imperio… Siempre bajo mi supervisión, claro está.

Hizo una pausa y miró a Skarrion con fuerza.

—Zeyala te quiere —dijo—. Lo he descubierto al observar sus reacciones cuando casi te degolló el capitán Suali, hace pocos momentos. Y seguro que a ti ella también te importa.

—Sospeché que erais hermanos, pero hasta ahora no he podido confirmarlo —Skarrion entrecerró los ojos—. ¿Y qué ocurrirá cuando tu invasión llegue hasta el Mar Medio? ¿Lo cruzaréis y subiréis hasta las naciones del continente del norte?

—Sí. No hay límites y la ola llegará tan lejos como sea necesario. En los terrenos sometidos dejaré líderes locales, firmes e inteligentes, pero en la punta de lanza siempre cabalgará Zuadar.

—¿Y si llegáis a Shakark, la tierra donde nací? ¿También la saquearíais?

—Pondré en tus manos ese asunto para que seas tú quien convenza

a tus compatriotas de que la mejor opción, la única, será rendirse. Respetaré sus costumbres y su religión, pero tendrán que entregarme tributos y hordas de guerreros.

—Olvídate de eso porque nunca lo harán. Son gentes orgullosas que morirán combatiendo antes que ser conquistadas.

El rostro de Zuadar se endureció.

—Entonces arrasaré tu país a sangre y fuego y lo dominaré por la violencia, hasta cazar y exterminar al último de los insumisos.

Skarrion guardó silencio. Zuadar se levantó del cojín.

—Ven —dijo—. Quiero mostrarte algo.

Skarrion lo siguió. Subieron por una escalera lujosa y atravesaron varios niveles cuyo suelo estaba compuesto de sólidas planchas sobre un entramado de vigas y columnas, todo ello de madera.

En el tercer piso, Zuadar llevó a su invitado hasta un balcón de madera, orillado por paredes de lona impenetrable. Bajo la luz de los primeros rayos de sol contemplaron los exquisitos patios y jardines del palacio y el harén, la pradera salpicada de palmeras, las cinco rocas sagradas, el lago, rojo y brillante bajo la aurora, el conglomerado de calles y tiendas entre las cuales caminaban soñolientos unos pocos soldados y trabajadores, los corrales de esclavos y, más lejos aún, al borde del oasis, los establos grandiosos en cuyo interior descansaban los jhibares.

Después del oasis solo había desierto. Rojizo, poderoso, inacabable… El balcón estaba orientado hacia el este, así que pudieron disfrutar en silencio de la salida del sol, una esfera incandescente sobre el mar de dunas. La arena tenía el color de la sangre y sobre ella flotaban difusos los primeros rayos de luz. Aquel desierto parecía ondular como una seda al viento o como el lomo de una bestia dormida.

—Es un panorama impresionante —dijo Skarrion.

—Es el desierto —contestó Zuadar—. ¿Has visto qué hermoso es? Me ha robado el corazón; si estoy mucho tiempo lejos de él siento el pecho atravesado por un dolor sordo y tenaz.

Miró a Skarrion.

—¿Comprendes por qué hago todo esto? —preguntó Zuadar—. Quiero mantener puro el desierto, no quiero que se llene de mercaderes y traficantes y caravanas y vendedores, no quiero que levanten feas ciudades de edificios cuadrados en sus oasis ni que la civilización corrompa nuestra religión y nuestra cultura.

Skarrion lo escuchaba en silencio, mirando el horizonte, aún hechizado por la hermosura del paisaje.

Zuadar le señaló un patio cercano y allá abajo vieron a varios muchachos en el suelo de baldosas, sentados, con las piernas cruzadas y la espalda recta. Alrededor de cada chico había un guerrero

veterano, sin rostro, que manipulaba la faz de su pupilo con finos cuchillos. El pecho y las piernas de cada joven aparecían empapados de sangre, que también manchaba el suelo. El shakark abrió mucho los ojos al comprender que los muchachos estaban siendo despojados de la piel de la cara.

—Se han ganado el derecho —dijo Zuadar—. Han superado las pruebas y están en la edad correspondiente. En esta madrugada dejarán de ser niños y se convertirán en hombres. Un guerrero veterano corta su piel y la desecha, marcándolos para siempre y convirtiéndolos en luchadores de por vida. Ninguno defraudará sus colores e ideas, pues antes de hacerlo preferirían morir.

—¿Cómo pueden soportarlo?

—Fíjate en ese. —Zuadar señaló a uno de los jóvenes y Skarrion lo miró con detenimiento—. Tiembla. No puede evitar que caigan las lágrimas, pero levanta la cabeza para derramar las menos posibles. Quizás pierda el sentido a causa de este tormento indecible, pero de su boca no saldrá queja alguna. Y en dos días, cuando le quiten los vendajes y vea su rostro reflejado en un espejo, verá una cara llena de rabia, pues se habrá convertido en un *djinn*, un demonio, y buscará una espada y anhelará una lucha, una victoria… ¡Esos son los hombres que yo quiero! Ese muchacho era hijo de un próspero comerciante de Shipur, en Abhli. Vivía una existencia cómoda y próspera, tenía un padre responsable y una madre que lo quería. Su futuro estaba asegurado y al cabo de unos años gozaría de un empleo boyante y una mujer que le daría hijos fuertes…

»Pero oyó hablar de nosotros y en su interior sintió la llamada, la misma que impulsa al lobo a abandonar su jaula, olvidando comodidades y seguridad para volver al monte, sabiendo que tendrá que luchar para sobrevivir, día tras día. Ese chico llegó como voluntario, lleno de dudas y remordimientos, pero en cuanto empuñó su primera espada y mató a su primer enemigo su vida anterior desapareció, y con ella los escrúpulos que le quedaban. Ahora es un bárbaro que toma cuanto quiere sin pedir permiso ni perdón. Vive en el peligro, sabiendo que tal vez mañana esté muerto, y cada instante de su vida es intenso. Buscará las experiencias más excitantes, la sangre y la victoria, se emborrachará y yacerá con mujeres, luchará como una bestia contra los enemigos que se crucen en su sendero, quizás dé la vida por un compañero o este la entregue por él… Endurecerá su corazón y fortalecerá su voluntad. Participará en juegos y rituales crueles y violentos y saboreará la cercanía de la muerte.

»Yo le he dado lo que de verdad, en el fondo de su alma, ya deseaba. No luchará por mí, sino por sí mismo.

Skarrion observó a Zuadar. El líder permanecía sereno, pero sus ojos llameaban con un fuego abrasador. Recordó a Zeyala y decidió

que aquellos dos hermanos robaban los corazones de los hombres, cada uno a su manera. Ambos eran conquistadores puros.

La mirada del shakark se posó en los lejanos corrales de esclavos, llenos de miseria y sufrimiento.

—Deberías acabar con la esclavitud —dijo.

—La esclavitud es algo tan viejo como el hombre, pues el mundo se divide en amos y esclavos. Quien nace para esclavizar sufrirá si no cumple con ese destino y quien nace para ser esclavo debe llevar el yugo y la cadena.

—Tú fuiste un esclavo.

—En efecto, pero yo escupí a mi amo al rostro y logré escapar, y de no haberlo conseguido esa vez lo hubiera intentado otra y otra, hasta triunfar o perecer en el empeño. Tú mismo dijiste que antes de acatar la ley de la cadena matarías a tantos como pudieras y luego te quitarías la vida. He tenido esclavos y esclavas que han intentado fugarse, matarme a mí o a ellos mismos. Y quienes persistieron obtuvieron la libertad de mis propias manos, porque respeto el valor.

»Pero los hay que aceptan la cadena, que odian a su amo pero no encuentran el coraje para hacerle frente. Muchos incluso acaban adorándolo y amándolo con fervor y están dispuestos a satisfacer todos sus caprichos, pasando por encima de su orgullo. Descubren las delicias de la sumisión, sabiendo que han nacido para ser esclavos; soportan y gozan el destino que la Naturaleza les ha impuesto.

Skarrion seguía mirando los corrales de los esclavos.

—Hay quien prefiere vivir libre y dejar que los demás también lo sean —respondió.

Zuadar sonrió y los músculos de su rostro culebrearon.

—Buena contestación. Yo te garantizo que cuando luches al mando de mis tropas podrás ausentarte cuando lo desees, siempre que no te vayas durante el transcurso de una campaña o batalla, cosa que estoy seguro de que no harás.

—Aún no he dicho que sí.

—Pero sé que lo estás pensando, que la idea de una vida gloriosa, hecha a tu medida, comienza a entrar en tu mente y en tu corazón.

—¿Dejarías libre a Camu y a Seraz?

—Sí. Les permitiría escapar y llegar a las ciudades del norte. Más no puedo prometer.

—¿Y si no aceptara tu oferta me dejarías vivir?

—Daría la orden de que te ejecutaran. Has matado a muchos de mis guerreros y has entrado en mi oasis, mi harén y mi palacio como un impostor. Eres un enemigo.

—Comprendo.

—Aunque te negaras a aceptar mi ofrecimiento, tendría que agradecerte estos momentos que hemos pasado juntos. No puedo

conversar con mis seguidores, pues ellos no me tratan como un hombre junto al cual se pueda tomar vino y charlar en una taberna. Me consideran un dios y obedecen todas mis órdenes, sí, pero no me escuchan. Tú sí lo has hecho. No estás de acuerdo en todo conmigo, pero me escuchas, y sé que me entiendes. Para mí esta noche ha sido muy grata, te lo aseguro.

Skarrion volvió a mirar el desierto. Quedó así mucho tiempo, inmóvil bajo la aurora.

Se volvió hacia su anfitrión.

—Dame una espada —dijo—. No acepto tu ofrecimiento y quiero morir peleando.

Zuadar lo contempló, impasible. Se dirigió a una pared de lona dentro de la sala. Allí había una panoplia con dos bellos sables cruzados. Tomó uno y lanzó el otro a Skarrion, que lo agarró al vuelo por el puño.

—Es una lástima —dijo Zuadar—. Acaricié la esperanza de que aceptaras. Tenía que intentarlo.

Skarrion avanzó y atacó al líder. Si lograba tomarlo como rehén tal vez sus amigos fueran liberados y pudieran escapar del oasis. De no conseguirlo, esperaba matar a Zuadar y a tantos caris como pudiera antes de morir. En todo caso, le hubiera gustado volver a besar los labios de Zeyala. El canto del acero llenó el salón. Zuadar había parado su golpe con una firmeza y una serenidad pasmosas.

En la sala entraron cinco guerreros de la guardia, con las espadas desnudas.

—Os prohíbo intervenir —ordenó Zuadar—. Si yo muero, ejecutadlo de manera rápida.

Los guardias, aunque nerviosos y preocupados, acataron su mandato. Otros quince más entraron en tropel, pero se detuvieron cuando la orden les fue transmitida.

Skarrion y Zuadar intercambiaron más golpes. Los dos eran unos espadachines magníficos, pero Zuadar, como los mejores, mostraba una economía de movimientos, una tranquilidad y una eficacia superlativas. Skarrion atacaba con saña y brío, comprendiendo que había dado con la horma de su bota. Zuadar, y aunque el sudor del cuero cabelludo perlaba su faz sin piel, se limitaba a esquivar y detener los tajos y las estocadas.

Los ojos de Zuadar se llenaron de una rabia dura como el diamante y contraatacó. Los dos hombres quedaron separados por un remolino plateado y el fragor del acero llenó la estancia, una tormenta de estallidos capaz de ensordecer oídos menos acostumbrados, y bajo él se percibía un coro de jadeos metálicos.

Zuadar efectuó una serie de golpes encadenados y la espada de Skarrion voló por los aires, lejos de su dueño. El shakark se lanzó a

manos desnudas contra Zuadar, pero el líder del desierto lo recibió con un tirón de la muñeca y un experto giro de cintura y Skarrion cayó al suelo. Encontró la punta de un sable pinchando su garganta.

—¡Mátame! —gritó—. Has vencido. Acaba de una vez.

—No —contestó Zuadar—. ¡Guardias, atadlo! ¡Lo quiero con vida!

—¡Mátame!

Skarrion cogió con sus manos la hoja del sable, atrayéndolo hacia sí, pero Zuadar lo retiró con rapidez y el filo trazó un surco rojo en cada palma. Se apartó y los hombres cayeron sobre Skarrion. A golpes, lo redujeron y lo dejaron inconsciente.

8. LA VENGANZA DE DOS GUERREROS

Media clepsidra después, el shakark yacía en un calabozo solitario, hediondo y oscuro, con las manos vendadas, y unas cadenas inexpugnables unían sus tobillos, cuello y muñecas a la pared húmeda y rocosa.

Un guardián cari abrió la puerta y le arrojó pan seco y un odre cerrado que contenía agua.

—¡Eh, tú! —llamó al guardia— ¿Cuándo me ejecutarán?

El cari le miró con desprecio y se marchó.

—¡Zuadar es un bastardo hijo de mil padres! —gritó el prisionero.

Nadie le contestó. Asqueado, comenzó a masticar el pan duro.

Al cabo de una miserable eternidad, la puerta se abrió de nuevo.

En la entrada apareció una figura femenina, cubierta por un manto de terciopelo y con la capucha alzada. Penetró en la estancia mientras Skarrion la miraba de hito en hito, sin comprender. Ella cerró la puerta y se le acercó con un manojo de llaves entre sus manos. Al arrodillarse junto al preso, Skarrion echó hacia atrás la capucha y le arrancó el velo del rostro. Era Zeyala. Los dos se miraron durante muchos latidos. Skarrion la besó y ella lo abrazó, respondiendo con la misma pasión. Al cabo de poco, los besos fueron tornándose más dulces y con un esfuerzo de voluntad separaron sus bocas. Él acariciaba sus cabellos negros y sedosos, sonriendo mientras ella le liberaba utilizando una llave, de las muchas pertenecientes al manojo.

—Nos iremos los dos lejos de aquí —decía él, mientras lamía el lóbulo de la oreja y los bucles finos y perfumados—. Quizás a Razhull, o incluso Zeihn. Te encantaría ese extraño país.

Ella no respondió. Ya en pie, le tomó de la mano y salieron a un pasillo de piedra desierto.

—¿No hay guardias? —preguntó Skarrion.

—No.

La chica guiando, recorrieron un pequeño laberinto de túneles, hasta subir unas escaleras y dar con una trampilla. Tras abrirla emergieron a un jardín cercano al harén. Era de noche y el lugar estaba desierto, a excepción de ellos dos y de Camu y Seraz, que se encontraban a su vez escondidos, tras un macizo de flores.

Los dos guerreros sonrieron, sin emitir palabra alguna, y se abrazaron con fuerza. Skarrion también abrazó a Seraz, que estaba radiante de alegría.

—Poneos esto y vayámonos de una vez por todas —susurró Zeyala.

Les dio a los hombres dos negras vestimentas caris. Mientras los cuatro caminaban agachados tras setos y matorrales, y ante la muda pregunta de Camu, Skarrion le contó en voz baja el episodio con Zuadar, así como esta fuga nocturna. A su vez, Camu susurró:

—Me separaron de Seraz y me encadenaron en un calabozo. Zeyala vino a liberarme y de igual modo que a ti me sacó al jardín, donde ya me esperaba Seraz, quien te contará una historia semejante.

—Es extraño que no haya centinelas —dijo Skarrion.

—A caballo regalado… —contestó el ishankita.

Atravesaron la pradera de hierba junto al oasis y recorrieron las calles vacías, dirigiéndose siempre hacia el este. Su aspecto no daba pie a sospechas, pues parecían dos simples guerreros acompañados de sus mujeres.

Llegaron a los límites del oasis, allá donde se levantaban los establos de los jhibares. Zeyala los llevó a una plazoleta, en la cual un guerrero de rostro cubierto estaba esperándolos, al cuidado de cuatro camellos pertrechados para un viaje largo. Al verlo, Skarrion y Camu llevaron las manos hacia los aceros.

—No hay peligro —les tranquilizó Zeyala—. Es un hombre de confianza.

El cari no dijo nada y se alejó hasta una prudente distancia, vigilando por si aparecía algún transeúnte nocturno. Camu y Seraz montaron en sus camellos, pero Skarrion buscó en el fondo del calzón, hasta encontrar la tablita con los números del establo y la cuadra, y se la dio a Zeyala.

—Dile a tu cari que traiga este jhibar.

—¡Estás loco! —exclamó ella.

—Hazlo, pues quiero marcharme de aquí a lomos de esa bestia.

Tras una discusión breve y airada, durante la cual Skarrion se negó a montar en el camello, Zeyala, furiosa, hizo lo que le habían pedido.

El cari volvió rápido, trayendo el jhibar que Skarrion tan bien conocía. El norteño sintió una mezcla de miedo y excitación al contemplar al animal y se le acercó empuñando el látigo. Pero la bestia lo reconoció y se mantuvo quieta mientras Skarrion subía a la silla. Bajo el pañuelo, Skarrion reprimió una carcajada de gozo.

—¡Ahora sí podemos irnos! —susurró.

Salieron de Las Cinco Rojas por un portón secundario y Skarrion supuso que, ahora gozando de suficiente poder, Zeyala habría ordenado la relajación de la guardia también en aquel puesto. Se internaron en el desierto en dirección noreste, sin encontrarse con ningún cari. Skarrion marchaba algo alejado de los otros cuatro, pues el jhibar miraba con ojos codiciosos a los camellos y estos a su vez se ponían histéricos si la bestia se les acercaba.

Marchaban sin prisa ni pausa, a pesar de las protestas de Skarrion,

que deseaba acelerar el paso y poner la máxima distancia posible entre Las Cinco Rocas y ellos. Pero Zeyala, la guía del grupo, le aseguró una y otra vez que no había peligro.

En la madrugada levantaron dos pabellones a la sombra de una roca gigantesca. Skarrion ya había asegurado su jhibar con una cuerda al talud, así que se metió en una de las tiendas, junto a Zeyala. Camu y Seraz ocuparon la otra. Cada pareja disfrutaría bebiendo, comiendo, charlando, haciendo el amor y durmiendo hasta la noche, mientras el cari hacía la guardia. Cuando las temperaturas fueran ya soportables, retomarían el camino.

Tras varias clepsidras, y en la tienda de Skarrion y Zeyala, los dos estaban desnudos y abrazados sobre una gran manta, saciados sus cuerpos, y charlaban, bebiendo de vez en cuando un vino dulce.

Skarrion miró a Zeyala con gravedad.

—No es casual que nadie nos haya seguido, ¿verdad, Zeyala? —preguntó—. Toda esta fuga ha resultado demasiado fácil.

Zeyala tomó un sorbo del cuenco de barro, saboreándolo con delicia antes de tragar.

—Zuadar permitió que os liberara. Está al tanto de esta huida.

—Maldito sea ese astuto intrigante… —Skarrion no pudo evitar sonreír, pero enseguida frunció el ceño—. Él dijo que me mataría si no me unía a su causa.

—¿Seguro? Recuérdalo bien, porque es imposible que te haya prometido una cosa y haga otra. Mi hermano es hombre de palabra.

—Cierto… Dijo que *ordenaría* mi ejecución, y sin duda la ordenó. Pero escapamos antes de que se obedeciera ese mandato.

—Yo fui a verlo y le supliqué que os dejara con vida. Se negó repetidas veces, pero al final murmuró algo acerca de que los guardias por estas fechas se comportaban de forma descuidada y que por tanto sería posible y hasta fácil que algunos presos escaparan de Las Cinco Rocas. Salí entristecida de la sala, pero de pronto comprendí el sentido de ese comentario. Corrí a los calabozos y los encontré vacíos de guardianes. Además, las llaves estaban en el suelo y era imposible no verlas. Apareció un cari, el mismo que monta guardia ahí fuera, y me contó que, casualmente, había aparecido por allí esa noche. También casualmente, nació en Awaz, aunque hacía muy poco que fue raptado de una caravana e integrado en la sociedad cari. Recordando su procedencia, me ayudaría a sacaros a vosotros, supervivientes al fin y al cabo de una batalla en Awaz.

—Cuántas casualidades… —repuso Skarrion, irónico.

—Demasiadas. Zuadar quería que escapases, e incluso creo que te aprecia. En cierto modo, os parecéis.

—¿Y por qué no me dejó él marchar del oasis? Nos habríamos despedido como amigos.

—No podía hacer eso porque tú has matado a algunos de sus hombres y has rechazado su oferta. Eres un enemigo y como líder político y guerrero de los caris le es ya imposible perdonarte. Pero como hombre, lo ha hecho.

—Comprendo. Tu hermano alcanzará sus objetivos. Lo he visto en sus ojos.

—Siempre ha sido así, desde niño. Su voluntad acababa imponiéndose a las de quienes le rodeaban, pues no ha nacido para ocupar segundos puestos.

La muchacha se volvió y rebuscó entre sus pertenencias. Volvió con su amante y le mostró un anillo con un sello dorado. En él aparecía un diminuto rostro sin piel, la faz de un cari.

—Este es el emblema secreto de Zuadar —dijo la chica—. Póntelo. Solo los caris lo conocen, así que podrás viajar sin problemas a través de las tierras ocupadas por ellos. Camu y Seraz tienen otros dos.

Skarrion se puso el anillo en su dedo.

—Gracias —dijo. Miró a la mujer con ojos brillantes—. Ven conmigo, Zeyala… ¡Ven! Te mostraré el anochecer en las llanuras de Razhull, navegaremos sobre las aguas del Mar Medio, contemplarás las montañas de piedra de Crantia, cabalgarás las inacabables praderas ararias, descubrirás la nieve en Rashenka, así como las ciudades majestuosas de Kalenda y Tirán, las cumbres noctumbrias y dollbrakkias, los fiordos de mi natal Shakark… Y también viajaremos hacia el sur, atravesando desiertos y montañas, y conquistaremos la mítica Lukumbia. Tenemos todo un mundo que descubrir y disfrutar.

Ella le acarició el rostro y sonrió, pero sus ojos estaban tristes.

—¿Cuánto tiempo estarías conmigo, Skarrion? ¿Cuánto duraría nuestra dicha? ¿Medio año? ¿Uno? ¿Dos?

Él bajó la mirada.

—No puedo prometer nada, pues mi vida es como una rueda que no cesa de dar vueltas y rodar. He nacido para viajar, para internarme en un paraje desconocido sin saber qué ocurrirá en una clepsidra o un día, si me enfrentaré a hombres, bestias o a los desafíos de la Naturaleza. Aunque quisiera, no podría cambiar mi forma de ser.

—Pero yo sí quiero estabilidad. Sí, sería maravilloso viajar juntos, pero llegaría un momento en que desearía parar, tener mi propio hogar, niños correteando a mi alrededor y un hombre junto a mí. Aunque te amo, tú no puedes darme eso. Si quisieras… Si quisieras quedarte en Las Cinco Rocas conmigo… Eso es lo que de veras me gustaría. Tú lucharías junto a mi hermano si tal fuera tu deseo; mandarías sobre muchos hombres valientes y gozarías de aventuras. Y estaríamos juntos.

—No puedo hacerlo. No duraría mucho y al final sería peor. Tengo que seguir viajando.

Zeyala suspiró.

—¿Qué harás tú? —preguntó Skarrion.

—Seguiré junto a mi hermano, claro está. ¿Dónde podría ir ahora? Quizás me permita gobernar algunas de las tierras conquistadas. Él se ocupará de los aspectos militares y yo trataré de hacerlo con los civiles. Echaré de menos bailar, pero me acostumbraré a una vida sosegada. Espero ser una buena gobernante.

—Estoy seguro de que desempeñarás esa tarea a la perfección.

—Gracias.

Ella le dio un beso.

Skarrion pareció recordar algo y su rostro se ensombreció.

—¿Qué sabes de Amid y Zafir?

—Partieron ayer de Las Cinco Rocas con el oro que les entregó mi hermano a cambio de las armas. Tienen un salvoconducto, así que ningún cari les hará daño, y por tanto viajan seguros hacia el noreste. Pero no nos llevan mucha ventaja. Estoy segura de que a lo sumo en tres días cruzarán los montes Dayahar.

—He oído hablar de ellos —contestó Skarrion—. Es un buen lugar para preparar una emboscada y aún tengo cuentas pendientes con esos malnacidos.

—Los alcanzarías en poco tiempo, ya que ellos van cargados y nosotros no.

—Cierto. Quiero cruzar espadas con Harim y Zabir, pues aún recuerdo los golpes a traición que me propinaron en la cabeza.

Zeyala lo abrazó.

—Los hombres sois todos unas bestias sin sentido… —susurró dulcemente. Le besó con lentitud—. Pero aún quedan tres días…

—Tres días…

Los aprovecharon.

Los montes Dayahar parecían una pequeña línea de dientes romos, como el fragmento de una quijada gigantesca, destrozada y medio enterrada en el desierto. Dentro, Dayahar se abría en cientos de grietas, recovecos y cañones, como si esos dientes monstruosos hubieran sufrido una podredumbre que los roía con tenacidad, a lo largo de los milenios.

En el interior de uno de esos pasos estrechos y lóbregos, la sombra de sus paredes caía sobre una pequeña comitiva, refrescando los cuellos calientes y sudorosos. Estaba compuesta por diecisiete hombres, montados en camellos y acompañados de cinco animales de carga, que llevaban las provisiones y unas alforjas, enormes y abultadas, de cuero duro. El grupo marchaba tranquilo a través de un túnel estrecho entre las dos fachadas rojizas. Excepto Zafir, Amid,

Zabir y Harim, el resto eran mercenarios del norte imyario. Y no había ningún cari entre ellos.

Amid marchaba junto a Zafir, a la cabeza de la comitiva, y parecía nervioso, hasta el punto de mirar cada dos por tres en todas direcciones, buscando enemigos entre los taludes.

—Cuanto antes abandonemos estos pasos traicioneros, mejor —dijo.

Zafir mostró una sonrisa burlona.

—No te preocupes tanto, amigo mío, porque tenemos un salvoconducto con el sello de Zuadar; si algún cari intentase atacarnos, con solo mostrárselo se detendría y nos dejaría paso libre. Además, aquí no vamos a encontrar soldados de Imyaria ni de Abhli. No hay de qué temer.

—Aun así, detesto este lugar. Tengo una mala corazonada.

—Eres demasiado receloso, mi buen Amid. ¡Disfruta del triunfo! Pronto podrás gozar de ese oro que guardan nuestras alforjas.

Aquel comentario suscitó una sonrisa soñadora en Amid, una mueca que hizo añicos su hosquedad.

—Invertiré en barcos —dijo—. Lanzaré una flotilla entre Paish y Zeihn, en el Mar del Profeta, y obtendré unos beneficios muy suculentos gracias al transporte de mercaderías. Por supuesto, habré de dotar a estas naves con suficientes hombres de armas…

—En estos tiempos inciertos todos los capitanes ejercen de vez en cuando la piratería.

Amid le devolvió la sonrisa de astucia que su amigo le había tendido.

—Yo también iré a Paish, al norte —dijo Zafir—. Allí hay futuro para el negocio de los esclavos, sobre todo procedentes de Zeihn: mujeres de belleza exótica y hombres delgados pero fuertes como toros. No sería mala idea que tú y yo nos uniéramos en un negocio de captura, transporte y venta de esclavos.

—Umm… —Amid se acarició la barba, sonriendo especulativo—. Déjame pensarlo.

Estalló un crujido que procedía de las alturas y todos alzaron las cabezas. Cayó una lluvia de peñascos y rocas que aplastaron a cinco hombres y sus camellos, en la retaguardia. El caos de los gritos doloridos y los impactos rocosos contra la carne era horrible, espantoso.

Los camellos se agitaban histéricos y sus jinetes a duras penas lograban sujetarlos. La polvareda producida por la avalancha cubrió a todos los hombres.

—¡El oro! —chilló Zafir—. ¡Proteged el oro!

—¡Pegaos a las paredes del cañón! —rugió Amid, imponiendo su voz sobre el estrépito. A pesar de dedicarse en los últimos tiempos a la

mercadería, su pasado era turbulento y tenía experiencia guerrera—. ¡Avanzad hacia el final de la cañada, pero sin apartaros de la roca! ¡Colocad flechas en los arcos y en cuanto veáis cualquier cosa que se mueva allá arriba, disparad!

Obedecieron sus órdenes mientras el polvo empezaba a asentarse en el suelo del paso. Las voces de los hombres, sus pasos apresurados, el tintinear de los metales y los gruñidos de temor de los camellos… Todos esos sonidos adquirían un tinte metálico entre las paredes de la garganta.

Cayó una nueva lluvia de piedras, la más pequeña tan grande como el tronco de un hombre, que provocó el fin de tres mercenarios más y también de sus camellos. Los arqueros buscaban a sus enemigos mientras escapaban a paso rápido, casi a la carrera, pero el polvo les impedía ver y los pocos que disparaban sus flechas lo hacían sin precisión.

—¡Tenemos un salvoconducto de Zuadar! —chilló Zafir—. ¡Gozamos de la protección de Zuadar!

—¡Cállate, imbécil! —Amid le cogió del pescuezo y le obligó a pegarse a la pared de piedra—. ¡Estás delatando nuestra posición!

Un mercenario aulló, con una flecha clavada en su pecho. Otro hombre cometió la imprudencia de abandonar su escondite y una flecha se hundió en su cráneo.

—¡Por el Infierno! —bramó Amid, mirando hacia las alturas, intentando ver algo más que sombras difusas entre el polvo—. Es una emboscada perfecta; nosotros no podemos verlos pero ellos sí distinguen nuestras figuras. Tal vez nos metamos en una segunda trampa, pero hay que seguir adelante. Estos muros no nos ofrecen ya ninguna protección. ¡Corred! ¡Corred por vuestras vidas!

Los siete supervivientes, de aquel grupo original de diecisiete, corrieron entre juramentos y trompicones, tirando de sus camellos cargados de oro. Dos flechas más cayeron y murió otro hombre, ensartado en una pierna y la espalda.

Sonó un rugido espantoso y todos pudieron oír los pasos apresurados de unas patas que no eran ni de un caballo ni tampoco de un camello.

—¡Es un jhibar! —exclamó Amid—. ¡Y se nos acerca!

Una figura monstruosa emergió del polvo y las piedras. Se trataba en verdad de un lagarto titánico y sobre él montaba un cari alto, delgado y ancho de hombros, que llevaba el cráneo y la cara cubiertos por un turbante y un pañuelo y estaba armado con un escudo y un hacha imyaria.

Zafir chilló con voz aguda y se escondió tras Harim y Zabir, que desenvainaron sus aceros. Los dos últimos mercenarios dispararon sus flechas, pero el pánico les impidió pensar con claridad y apuntaron al

jinete; este era siempre el objetivo del arquero que perdía el control y no caía en la cuenta de que el hombre suele protegerse mejor a sí mismo que a su cabalgadura; así pues, las saetas dieron contra el escudo y ahí quedaron clavadas. El guerrero soltó las riendas y la bestia dio un salto y cayó sobre los dos guerreros. A uno lo partió en tres trozos con sus garras y a su compañero lo rompió a mordiscos.

Harim cargó de manera casi suicida con su lanza, pero la punta del arma dio contra el escudo del tribal; la moharra resbaló en el metal y la madera, y su dueño trastabilló. El cari aprovechó para alzarse sobre la silla y bajar girando la cadera, lanzando un hachazo que hendió el cráneo de Harim y lo envió al polvo. Zabir dio la vuelta y echó a correr. Una flecha, y luego otra, lo derribaron y le robaron la vida.

Frente al cari y su jhibar ya solo quedaba Amid, con una maza claveteada en la mano diestra y el escudo en el antebrazo izquierdo, dispuesto para pelear.

—¡Cobarde! —increpó—. ¿Temes bajar de esa bestia y luchar como un hombre?

El tribal no dijo nada, pero abandonó de un salto la silla. Ahora que ya no estaba bajo el dominio de su amo, el jhibar comenzó a devorar los cadáveres.

El cari llegó hasta Amid repartiendo hachazos, pero el escudo del mercader los detuvo uno tras otro, rajándose y saltando en astillas la madera con cada impacto. Amid, que a pesar de su edad tenía aún mucha fuerza y energía, contestó con dos mazazos tremendos, pues ahora le tocaba a él avanzar y a su enemigo retroceder; el primero lo detuvo el escudo y el segundo el hacha. Ambos quedaron inmóviles durante un instante, trabados por los astiles de sus armas y empujándose con los escudos, pero giraron uno en torno al otro y se separaron, para volver a enzarzarse a golpes, en un combate tan fiero y salvaje que los escudos quedaron desgarrados y marcados por bollos, y fueron por fin arrojados al suelo. Ahora los dos manejaban sus armas a dos manos, jadeando y mirándose con odio.

Amid atacó, pero su arma voló sobre la cabeza del cari, que se había agachado y apartado hacia la izquierda. El embozado respondió con un revés, pero Amid interpuso su arma, cortando la trayectoria del golpe en su punto medio, y los astiles chocaron una vez más. Amid retrocedió un paso, solo para coger impulso y volver hacia delante, pateando el estómago de su enemigo, que resopló y se retiró dos pasos, doblado en dos. La maza hendió el aire mientras Amid soltaba una alarido de furia, pero el cari dio un paso lateral y la cabeza claveteada de hierro pasó a un palmo de su cara y golpeó la tierra, desequilibrando durante un solo latido a su dueño. Ya el hacha descendía, y antes de que Amid pudiera esquivarla o interponer su maza, la hoja partió el costado del mercader y salió por entre sus

costillas entre hilachas sangrientas. El cari levantó de nuevo su arma, alzando goterones oscuros que salpicaron a ambos, y lo decapitó. El cuerpo de Amid estuvo unos latidos en pie, sostenido por dos piernas que se doblaban poco a poco, mientras la cabeza chocaba con el suelo, daba un par de vueltas y quedaba por último inmóvil.

El cadáver descabezado se desplomó.

Apareció en el paso rocoso un segundo cari, que llevaba también el cráneo y la cara tapados. Agarraba a Zafir por la nuca y lo traía medio agachado y a los tropiezos. El mercader le insultaba y soltaba juramentos e imprecaciones, pero entre aquellas muestras de ira también se oían sollozos de temor. Su captor iba armado con un arco largo y un carcaj lleno de flechas.

—¡Mira lo que he encontrado! —exclamó el cari—. ¡Un miserable que pretendía escapar!

Arrojó a Zafir al polvo. El mercader se irguió hasta quedar de rodillas y contempló al guerrero que tenía delante: una figura oscura cuyas manos agarraban con fuerza el hacha teñida de rojo. Vio el cadáver decapitado de Amid y sus ojos se abrieron como platos. Buscó entre sus ropas con prisa y torpeza y extrajo un pergamino arrugado.

—¡No podéis hacerme nada! —aulló, ahora más enfurecido que aterrado—. ¡Mirad esto! ¡Está firmado por Zuadar, vuestro líder! ¡Cuando sepa de este ataque os hará empalar! ¡Exijo una retribución y una escolta hasta los límites del desierto!

—Hiciste un buen trabajo allá arriba —dijo el del hacha, sin prestar atención a Zafir.

—Gracias —respondió el arquero—. Tú también te portaste bien, aquí abajo.

—¡Tengo un salvoconducto! —vociferó Zafir.

El jhibar parecía ensimismado en el hombre que estaba desgarrando y masticando, pero alzó la cabeza monstruosa al oír los chillidos de Zafir. El mercader palideció.

—¡Sigue ahí! —ordenó al lagarto el cari que empuñaba el hacha—. ¡No te muevas! ¡Quieto!

El animal torció el morro, pero bajó la cabeza y volvió a ocuparse de su pitanza.

El hachero se acercó al hombre arrodillado y le arrebató el pergamino.

—¡Al fin entras en razón, imbécil! —aulló Zafir—. ¡Léelo!

—Es cierto —murmuró el cari—. Está firmado por Zuadar.

Se lo tendió a su compañero, que estudió el pergamino arrugado y polvoriento.

—Parece que no miente.

Zafir sonrió, furioso y triunfal.

—¡Ahora, tenéis el deber de obedecerme y protegerme!

El cari que llevaba el arco rompió con toda tranquilidad el pergamino, convirtiéndolo en pedacitos que arrojó al suelo. Zafir miró los trozos, lleno de incredulidad. Pero su estupor alcanzó nuevas cotas cuando los caris bajaron sus pañuelos, dejando al descubierto los rostros de Skarrion y de Camu.

Una clepsidra después, Camu arrojó al mercader sobre el suelo de tierra seca y compacta, bajo el cielo implacable del desierto.

—Te dejaremos aquí, de cara al sol —dijo el ishankita. Extrajo de una bolsa que colgaba de su cintura cuatro clavos gruesos y largos y un mazo de hierro. En el cielo planeaban los carroñeros, dibujando círculos —. Si el calor no te mata lo harán los buitres. Te aseguro que les suplicarás a gritos la muerte.

—¡Por favor, tened piedad! —sollozó Zafir, por enésima vez.

—¿Crees que deberíamos mostrar compasión hacia él? —preguntó el ishankita.

—¿Por qué? —preguntó a su vez Skarrion.

Camu miró al prisionero lloroso y arrodillado.

—Está bien, voy a tener piedad.

Le tendió a Zafir una espada. El propio Camu tenía un cuchillo enorme en su funda y Skarrion aún empuñaba el hacha a dos manos. Lejos, el jhibar dormitaba con placer bajo el sol abrasador.

Camu dijo:

—Toma este acero y lucha como un hombre, Zafir. Tendrás un final rápido.

El mercader lo miró confundido, como si no entendiera qué estaba diciendo el ishankita. Observó a sus dos enemigos y palideció.

—¡Os daré mucho oro si me soltáis! —exclamó.

—Lo sospechaba —dijo Camu.

Guardó la espada en su funda.

—¡Todo el oro de las alforjas! —chilló Zafir—. ¡Os lo daré!

—No hace falta que nos lo des —repuso Camu—. Ya lo hemos cogido.

—¡Soy un hombre muy rico! ¡Tengo propiedades y depósitos secretos de piedras preciosas y diamantes en Abhli, Razhull e Imyaria! ¡Podréis iros a vuestras tierras con sacos llenos de dinero! ¡Sed razonables! ¿Por qué no olvidarlo todo?

—Gracias a tu traición murieron muchos hombres valientes en Awaz —dijo Skarrion—. Muchas mujeres perdieron su libertad y muchos niños y ancianos acabaron devorados por los lagartos gigantes. ¿Tú puedes olvidar todo eso, Camu? Yo no puedo.

—Yo tampoco.

—¡No fui yo! —protestó Zafir—. ¡Fueron los caris!

—Tú les vendiste las armas y luego huiste de Awaz, abandonando a los tuyos —dijo Skarrion—. Los caris son sanguinarios, sí, pero jamás apuñalarían por la espalda a sus amigos.

—¡Basta de tanta charla! —dijo Camu—. ¡Ya le hemos dado su oportunidad a este malnacido y la ha desaprovechado!

Abofeteó a su víctima con tal fuerza que lo envió otra vez al suelo. Extendió sin miramientos sus brazos, mientras Skarrion hacía lo mismo con sus piernas.

Zafir gritó cuando el clavo traspasó su mano, hundiéndose en la tierra dura. De un segundo martillazo, Camu terminó de afirmar la escarpia en el suelo. El cautivo gritó hasta desgañitarse, pero Skarrion ya sujetaba el segundo brazo, y el ishankita clavó otra vez. También lo clavó por los tobillos.

Ahora Zafir estaba en el suelo, extendido cuan largo era, abierto de piernas y brazos, como un aspa humana. Jadeaba con rapidez, farfullando sus gemidos, sin poder creer que este dolor fuese real.

Camu lo miraba sin pestañear. Había algo salvaje en sus ojos negros.

—Te hubiera matado con rapidez… —dijo—. Pero en Las Cinco Rocas insultaste a mi mujer y me prometiste abusar de ella hasta la muerte, delante de mis ojos. Y sé que lo hubieras hecho.

—¡No…! —lloriqueó Zafir—. ¡No!

—Sí. Entonces yo te juré que me vengaría por tu traición a Awaz, y por esas palabras. Como ves, ahora que tengo la oportunidad también yo soy capaz de cumplir mis compromisos.

—Piedad…

—Recuerda lo que me dijiste en Las Cinco Rocas. Querías esclavizarme y me habrías arrancado el pellejo a latigazos. ¿Habrías tenido tú piedad de Seraz o de mí tras ponernos el collar de hierro en el cuello? ¿Habrías tenido piedad de él?

Señaló a Skarrion, que contemplaba la escena en silencio. Su rostro era una puerta cerrada.

—En mi país tenemos un dicho —dijo el shakark—: *Vive como traidor, muere como traidor*.

Camu miraba a Zafir, contemplaba su dolor, su impotencia, su desesperación, su rabia, su ira, su dolor y su miedo. El ishankita soltó una carcajada brutal.

—¡Qué gran placer, la venganza! —exclamó.

Skarrion observó a Zafir, que se había olvidado ya de sus manos y sus pies doloridos y miraba con pavor el cielo lleno de buitres.

—Hemos de irnos, Camu.

El ishankita asintió en silencio. Skarrion y él echaron a andar hacia sus respectivas cabalgaduras, haciendo oídos sordos a las promesas, las súplicas y las maldiciones de Zafir.

El primer buitre bajó, describiendo círculos, extendiendo las patas y mostrando sus garras ganchudas.

Tras una semana en el desierto —Zuadar no toleraría una tregua mayor—, Skarrion se despidió de Camu, Seraz y Zeyala.

—Cuando pases por las capitales de Razhull, Crantia o Tirán, pregunta por Camu, el tratante de pollos —dijo el ishankita.

—¡Pollos! —exclamó Skarrion, y soltó una carcajada.

—Sí. ¡Será un buen negocio! Cuídate, maldito loco de pelo amarillo… ¿Hacia dónde irás?

—Tengo el anillo de Zuadar, así que puedo moverme a través de sus líneas. Supongo que tarde o temprano continuaré mi camino hacia Lukumbia.

—¡Qué cabezota eres!

—Algún día adornaré tus pollos con collares de diamantes.

—Tal vez. Y yo te recordaré lo que es beber.

Skarrion rio. Se volvió hacia Seraz y señaló con el dedo pulgar a Camu.

—Cuídalo —dijo a la muchacha—. Y no lo trates con delicadeza. Un poco de mano dura no le vendrá mal.

—Por supuesto —respondió Seraz—. Vamos a tener cinco hijos, por lo menos.

—¡Esta mujer va a acabar conmigo! —protestó Camu, y ella le pellizcó en el costado.

Skarrion abrazó a Seraz. Camu y él estrecharon sus antebrazos, mirándose fijamente uno al otro.

—Maldito bastardo loco, jamás te olvidaré —dijo Camu.

—Hemos bebido y hemos luchado juntos —contestó Skarrion—. Adiós, amigo mío.

—Adiós, amigo mío.

Se abrazaron durante mucho tiempo, con fuerza.

Skarrion contempló a la pareja marcharse, montados ambos sobre dos camellos enormes y seguidos por otro más bajo, cargado con los fardos del camino. El norteño deseó a Camu y a Seraz toda la felicidad del mundo. La merecían.

Se volvió hacia Zeyala y vio que ella trataba de sonreír, sin éxito.

—Cuando te conocí eras una muchacha esquiva y orgullosa —dijo Skarrion—, pero te has convertido en una mujer dulce, fuerte y sabia.

—Creo que no podré olvidarte —replicó ella, con lágrimas en los ojos.

—Yo tampoco podré olvidarte —respondió él.

Al cabo de poco, Skarrion estaba solo de nuevo, con un camello y también con su jhibar, al que despojó de las riendas y de la silla. El lagarto lo miró, algo confundido.

—Eres libre —dijo Skarrion—. Vuelve con los tuyos.

El monstruo torció la cabeza. Vaciló durante unos instantes y después trotó hacia el oeste, a las Arnath, el hogar de su manada. Aquel mínimo momento de duda era la mayor muestra de afecto que una criatura como aquella podía permitirse hacia ese hombre.

Cuando el jhibar desapareció, Skarrion montó en su camello, que ahora estaba mucho más tranquilo.

Por la mente de Skarrion pasaron rostros y situaciones…

Vio con los ojos de la memoria al viejo Abdullah, increpándolo. Al juez Saz, con el rostro iluminado por las llamas de Awaz. A Zafir, mirándolo impasible justo antes de que Skarrion bajara al Pozo de los Desesperados, y clavado en la tierra, bajo el sol, gimiendo y gritando. Al juez Mald, furioso mientras administraba latigazos y convertido en un niño aterrorizado, escondido tras unos barriles. A los caris, con su alegría demoniaca brillando en sus caras espantosas. A Amid en el paso de las Arnath, enfrentándose a él con un escudo y una maza, y vociferando. A Camu, borracho junto a él, en las calles de Awaz, desfallecido en el desierto, poderoso a la hora del combate, alegre y tronador cuando soltaba sus carcajadas; su fiel amigo Camu… A su jhibar, que le proporcionó tanta alegría y satisfacción cuando consiguió domarlo. Recordó también al severo y terrible Zuadar. El mundo pronto temblaría ante ese nombre. Y se le apareció Zeyala, bailando desdeñosa y sensual ante él, furibunda cuando le derramó encima el licor de dátil, mimosa entre sus brazos, bella, bellísima, increíblemente bella cuando apartó su velo, mostrando un rostro dulce y vulnerable, llena de pánico en las calles ardientes de Awaz, con esos negros y soberbios ojos desorbitados, apasionada entre las pieles de la tienda, bajo él…

Y sintió un agudo dolor en el pecho.

Pero la línea del horizonte le esperaba.

LA LEY DEL HACHA

Tres días después del ataque a un barco mercante noctumbrio, una tormenta había llevado la nave pirata shakark *Trueno* a las aguas heladas del norte lejano, y ni la fuerza de los remos ni las velas extendidas pudieron vencer el empuje de la galerna. Cuando hubo pasado un día tras el vendaval, Rajkunar, un guerrero que decía poseer el don de la *visión*, exclamó que fue el mismo Asmund, Dios del Relámpago, quien impulsó el *Trueno* hacia el norte para aumentar la fuerza y el coraje de sus hijos shakarks, o bien matarlos de una vez por todas en este nuevo lance. Los más osados de la tripulación acogieron sus palabras con júbilo, pues les gustaban los desafíos, pero otros, por el contrario, mandaron callar al Visionario.

Olaf Gunthar, llamado por sus hombres *Rompecráneos* o *Mirada de Hielo*, mandó poner rumbo al sur. Había consultado a Darrak, el timonel, hombre sabio en lo relativo a la mar, y ambos llegaron a la conclusión de que la tormenta los había llevado muy al noreste, quizás a las cercanías de las tierras árticas. Los más supersticiosos pidieron a Olaf que inmolara, echándolo al agua, alguno de los corderos salados de la bodega en honor a Darjor, dios del mar, pues decían que así obtendrían su favor divino. Olaf no hizo caso de tales miedos y decidió guardar la carne para sus hombres. Muchos criticaron al capitán, pero ninguno expresó tales pensamientos en voz alta. Aunque a veces lo llamaran *Olaf el Loco*, todos amaban demasiado su pellejo como para decírselo a la cara.

También se cuidaban de soltar tales comentarios en presencia del joven Skarrion, hijo de Olaf. El muchacho tenía solo quince años, pero la durísima, cruel vida de aquellas gentes guerreras lo había ajado incluso más que al resto de los jóvenes de su tierra, quizás porque, a diferencia de otros, él no remoloneaba ni trataba de esconderse cuando Olaf anunciaba una nueva campaña de saqueo. Su hermano mayor se había quedado en las extensas propiedades del viejo Gunthar, administrándolas e imponiendo en ellas la Ley del Hacha, única que Olaf respetaba. En cambio, Skarrion sentía, como su padre, pasión por los viajes. Pero si bien Olaf limitaba sus vagabundeos al elemento marino, Skarrion deseaba viajar por tierra hacia el sur. Quería ver lo que había no solo fuera de Shakark, sino también lo que había en Noctumbria, Arrit, Dollbrakk, Rashenka y los países del sur lejano; quería explorar ese mundo desconocido y tomar cuanto deseara de él, ya fuese de buenos modos o por la fuerza. Era un

muchacho alto, musculoso, ágil y veloz. Había crecido con rapidez y ya sobrepasaba a algunos veteranos en coraje y habilidades guerreras. Olaf sentía un orgullo secreto hacia él, pero jamás lo reconocería en voz alta; es más, en el barco el viejo pirata trataba al joven con dureza y no le dedicaba una sola palabra cariñosa. Ni siquiera se dirigía a él como a un hijo, pues lo consideraba como otro cualquiera de sus hombres, y por tanto Skarrion hacía los trabajos más sucios y extenuantes, y Olaf le ordenaba batallar en la vanguardia. Esto, lejos de provocar el rencor del mozo, había forjado en su interior una tenaz resolución de demostrar a su padre que él también era un Gunthar. Por tanto, jamás se quejaba, aceptaba sin rechistar todas las tareas impuestas, trabajaba el doble que los otros y alzaba el primero la espada cuando se trataba de combatir. El muchacho miraba a Olaf con ojos desafiantes, como pidiendo pelea, y aquel marino viejo y poderoso, de cuerpo ancho y cubierto de arrugas y cicatrices, permanecía impasible aunque regocijado por dentro, comprendiendo que su hijo más pequeño sería en el futuro un auténtico líder. Era solo cuestión de tiempo que tal carácter saliera a la luz.

En los días que siguieron a la tormenta el frío, un helor brutal y cruel que hundía sus colmillos afilados en la carne de los marinos, volvía cada movimiento un suplicio, cada noche un desafío contra el sueño eterno y cada respiración una cuchillada en los pulmones. Aquellos hombres rudos se cubrían con pieles y aun así no podían dejar de temblar.

Por el contrario, Olaf se paseaba de proa a popa con los brazos y el torso al descubierto. Su piel cobraba un tono azulado y la escarcha colgaba de la barba gris, pero el capitán jamás emitía un solo quejido mientras ayudaba en las tareas comunes o ladraba sus órdenes. Miraba con desprecio a los hombres abrigados, quienes, lo aborrecieran o no, le profesaban un respeto que a veces rayaba el fervor.

Durante una de aquellas crudas y heladas noches, Skarrion estaba jugando a las tabas con un compañero, Sighall el Orejudo. Cosa extraña, no podían dormir y pasaban las horas apostando sus pocas pertenencias, ganándolas y perdiéndolas sucesivamente.

No lejos, un trío de marineros estaban enfrascados en una conversación, mientras masticaban y sorbían una cerveza convertida en hielo granizado. Eran vagos cuando llegaba el momento de trabajar, pero rápidos para la lucha y el beber; eran además jactanciosos y avaros, quizás lo peor de la tripulación. Eran los hermanos Ennar: Bae, Glikkur y Arlur. No habían reparado en la cercanía de Skarrion y Sighall, por lo que hablaban en voz demasiado alta acerca de cosas que deberían ser calladas:

—Ese loco nos matará a todos —decía Bae, el mayor.

—El viejo se niega a complacer a los dioses —respondió Glikkur, el

hermano pequeño—. Nos llevará a la perdición. Debería rendirle sacrificios a Darjor; por ejemplo, sacrificar a Karrark, el más anciano de la tripulación, o al gordo Baluk, pues al fin y al cabo no sirven para otra cosa que comer, dormir y fregar la cubierta.

—¡Nos congelaremos todos por culpa del Viejo Loco! —exclamó Arlur.

—¿De quién habláis? —sonó una voz, a sus espaldas.

Se volvieron y descubrieron a Skarrion en pie, mirándolos, con el rostro severo y los ojos brillando como ascuas de hoguera. Junto a él estaba Sighall el Orejudo, cruzado de brazos y muy serio. Como siempre que se encolerizaba, sus enormes pabellones auditivos se habían llenado de sangre y estaban teñidos de rojo.

Los Ennar se levantaron. Miraron a Skarrion con arrogancia.

—¿Es que acaso te dedicas a espiar las conversaciones de los demás, como las viejas? —espetó Bae.

—No he podido dejar de oír vuestros gruñidos —respondió Skarrion—. Repito: ¿a quién llamabais *viejo loco*?

Los Ennar vacilaron, pues, aunque nunca se habían batido con Skarrion, temían su ira; y más miedo les daba su padre, sospechando su reacción cuando se enterase de que lo habían insultado. Pero eran orgullosos, así que no demostraron sus preocupaciones y mostraron un aire chulesco y enérgico.

—Vuelve con tus juegos, muchachito, y no molestes a los hombres hechos y derechos —respondió Glikkur—. No es asunto tuyo.

Skarrion llevó una mano a la empuñadura de su cuchillo y su rostro se volvió siniestro.

—Me vais a decir ahora a quién llamabais *viejo loco* porque de lo contrario os abriré en canal, aquí mismo.

Sighall era amigo de Skarrion, así que también llevó su mano al puñal. Aunque parco en palabras, el muchacho no se demoraba en los hechos. Bae ya se devanaba los sesos buscando una solución diplomática que mantuviera intacto el honor de los Ennar, pero Glikkur, el más joven e impetuoso de los tres, estalló de una vez por todas:

—¡Llamamos *viejo loco* al viejo loco de tu padre! ¡Es un necio y nos conducirá a todos a la muerte!

Los ojos de Skarrion se desorbitaron y desenvainó su cuchillo, cosa que también hizo su amigo el Orejudo. Los dos se lanzaron sobre el trío de hermanos, quienes igualmente desnudaron sus hojas. Hubo un remolino de aceros, golpes, jadeos y gritos, y los hombres que dormían en las cercanías despertaron y separaron a los contendientes. El joven Skarrion se revolvía y pataleaba como una fiera entre los brazos de sus captores, e incluso hubieron de arrebatarle el cuchillo para que no causara mayores daños. Sighall yacía en el suelo, con el estómago

cosido a puñaladas. Algunos contaron más tarde que Bae lo había agarrado por la espalda, inmovilizándolo, para que Arlur lo despachara a placer. El Orejudo se arrastraba sobre su propia sangre, sin esperanzas de sobrevivir, y con voz entrecortada pidió a alguien que acabara con su suplicio. Klarr Lengua de Trapo se ofreció para tan triste tarea. Dejaron al moribundo musitar un canto al dios Kor y su hijo Asmund y luego Klarr levantó su cabeza de un tirón de los cabellos y le rajó la garganta, matándolo de una vez por todas.

Bae y Arlur parecían ilesos, pero no ocurría lo mismo con el impetuoso Glikkur, que sangraba por un corte leve aunque aparatoso en el antebrazo derecho.

Olaf llegó y fue informado de todo el asunto.

—Así que me habéis llamado *viejo loco*, ¿eh? —Miró a los Ennar con sus ojos azules y glaciales. Los hermanos palidecieron como espectros y sus labios temblaron, pero no osaron hablar. El rostro de Olaf se endureció—. ¡La Ley del Hacha decidirá! ¡Puesto que he sido insultado, lucharé contra los tres!

Los observadores lo ovacionaron. Olaf casi sonreía y los Ennar, por el contrario, parecían muy preocupados e inquietos.

—¡No! —Olaf se volvió hacia Skarrion y el muchacho se le enfrentó—. ¡Seré yo quien luche contra ellos! ¡Han matado a Sighall, que era mi amigo, y tengo derecho a vengarme!

Se oyeron voces de apoyo.

—El joven Skarrion lleva parte de razón —dijo Olaf a su público—, pero primero he sido yo el insultado y agraviado, así que es cosa mía solucionar el entuerto. La pelea dará comienzo ahora mismo, en cubierta. El hacha decidirá.

Los Ennar, blancos como la nieve, no contestaron.

—¡Tengo derecho a combatir! —repitió Skarrion—. ¡He de ser yo quien lo haga!

Olaf lo miró alzando una ceja, sin poder reprimir una sonrisa.

—Está bien, joven Skarrion. Si yo caigo en el combate tú me sucederás, hasta ganar la pelea o seguirme al otro mundo.

Muchos murmuraron comentarios divertidos, pues… ¿Quién sería capaz de derrotar con el hacha a Olaf *Rompecráneos* Gunthar? Skarrion no tuvo otro remedio que serenarse, aunque por dentro rumiara su malhumor. Salieron todos. La noche era cerrada y un manto negro y ominoso cubría el mundo. El mar, en su oscuridad insondable, brillaba suavemente al subir y bajar con las olas. Se colocaron antorchas sobre la cubierta y sus llamas iluminaron de manera fantasmagórica los rostros de los hombres, alargando y retorciendo las sombras de sus facciones. El barco oscilaba con docilidad, pues las velas habían sido arriadas y el viento se deshacía en rachas espaciadas y débiles. Aun así, el frío era terrible y hacía temblar los labios azulados. Por encima

del siseo marino sonaba un concierto de gemidos entrecortados y el castañeteo de los dientes inquietos. Los hombres se arrebujaban bajo sus pieles. El aliento se transformaba en nubecillas de vapor helado, como si el alma estuviera escapando de aquellos cuerpos ateridos, y en las barbas se formaban colmillos de escarcha.

Olaf Gunthar agarró el hacha de guerra de una sola hoja que le tendió Ribun el Armero. Era un arma pesada y contundente y estaba tan afilada que cortaría en dos un pelo, con suavidad. Tres hachas más, tan espléndidas como aquella, fueron entregadas a los Ennar. Los dos mayores estaban algo cabizbajos, pero el joven e impulsivo Glikkur se removía y hacía zumbar el arma de un lado a otro, como si sufriera un exceso de energías que solo podría descargar en el combate.

La Ley del Hacha era sencilla: el que sobrevivía al combate llevaba la razón. Pero solo se emplearía el hacha, y si uno de los litigantes la perdía debería continuar luchando sin armas, mientras que el contrario no tenía por qué abandonar la suya. Si un contendiente intentaba huir o se rendía su rival podía perdonarle, o matarlo. La Ley del Hacha no se aplicaba con frecuencia, pues aunque amigos del jaleo, los shakarks raramente peleaban entre ellos hasta el final. Las disputas solían arreglarse a puñetazo limpio o mediante la *lucha de osos*, una especie de combate en el cual solo podían aplicarse sobre el rival agarrones y proyecciones, dentro de un círculo pintado en el suelo; tras aquellas peleas *amistosas* los contendientes se emborracharían hasta el desvanecimiento y a la mañana siguiente, recordasen o no lo sucedido, reanudarían su amistad. Pero los Ennar no eran shakarks puros, pues tenían antepasados extranjeros… Unos murmuraban que su ascendencia era dollbrakkia y otros afirmaban que corría sangre noctumbria por sus venas. Era célebre la animadversión y hasta el odio entre estos dos pueblos y los shakarks, y por si eso fuera poco, el carácter de los Ennar se diferenciaba del de sus compañeros en que eran esquivos, traidores, tacaños y amigos de lo ajeno. Aunque no probados, pesaban sobre ellos unos cuantos delitos menores contra la tripulación. No parecía raro, pues, que nadie les tuviera aprecio, y por ello no se escucharon protestas cuando Olaf propuso la Ley del Hacha.

Rajkunar el Visionario fue hasta el centro de la cubierta y entonó una loa a Kor y Asmund, los dioses guerreros, y otra para Darjor, Señor del Mar. No había acabado aún de bendecir la pelea cuando Olaf, que no creía en divinidades ni demonios, teniéndose por hombre práctico y además poco paciente, lo apartó a un lado con brusquedad.

—¡Empecemos! —Miró a los Ennar—. ¿Quién será el primero?

Los hermanos se miraron entre sí.

Arlur, el mediano, tomó la iniciativa y avanzó hacia Olaf, temeroso

en principio, orgulloso y despectivo poco después. Aunque vestía pieles gruesas, no conseguía acabar con el castañeteo de sus dientes. Olaf lo observó con desprecio y se deshizo de su capa, quedando desnudo de cadera para arriba. El frío volvió palidísimo su torso ancho y fornido, cuyos pliegues de grasa ocultaban unos músculos de hierro. Aquel guerrero de pelo cano y faz arrugada miró a su rival con ojos desorbitados, alzando con arrogancia el pecho y la barbilla. Ni siquiera temblaba, así que la tripulación aplaudió y vitoreó la entereza del viejo Rompecráneos. Los dos contendientes se acercaron, girando uno alrededor del otro, con los cuerpos un poco doblados y agarrando a dos manos el hacha. El público se había transformado en una jauría: alzaban los puños, aullaban maldiciones, insultos y ánimos, silbaban y hasta entonaban cantos guerreros. Nada les parecía mejor a estos saqueadores del mar que un combate recio y sangriento, aunque algunos prefiriesen no participar en él. Alguien había subido a cubierta el cadáver de Sighall el Orejudo y lo colocaron en primera fila, sostenido por dos hombres, Sigmund Caramarcada y Frar Treintadedos. De niño, a Sigmund le marcaron el signo del ladrón con hierros al rojo vivo en la frente, y Frar lucía un collar cuyas cuentas eran en realidad dedos pulgares de la mano derecha, procedentes de aquellos a quienes él había dado muerte. Muchos de estos pulgares estaban medio podridos y llenos de gusanos, por lo que el hedor de Frar resultaba casi insoportable. Aun así, él se mostraba muy orgulloso de su colección y no se los quitaba de encima ni siquiera cuando se revolcaba con las esclavas. Era el único de la tripulación que no echaba pestes de aquel frío tan cruel, pues las bajas temperaturas ayudaban a conservar intactas sus preciadas adquisiciones. Sigmund y Frar hablaban de vez en cuando con Sighall, manteniendo abiertos los ojos del cadáver y su rostro orientado hacia el centro de la cubierta; si el espíritu del Orejudo aún no había abandonado su cuerpo físico, resultaría imperdonable que se perdiera aquel espectáculo. Muchos alabaron la idea de Caramarcada y Treintadedos, sobre todo Rajkunar el Visionario.

Olaf se acercó hasta Arlur y golpeó de revés con el hacha, con un fuerte giro de cadera. Las hojas chocaron, el crujido metálico resonó en la noche cerrada y el público aclamó con un solo grito, como ocurriría siempre que los metales volvieran a encontrarse. Alrededor de los luchadores había una neblina tenue, el vapor helado que surgía de sus gargantas, y casi podían oírse, por entre las exclamaciones del público, sus jadeos y gruñidos. Arlur había perdido ya cualquier miedo, una vez arrojado al infierno de la batalla, y Olaf rugía como una alimaña al asestar cada golpe. Su rostro estaba contraído por la furia y su *mirada helada* resultaba más penetrante que de costumbre. Una racha de aire cortante levantó su melena gris y él la apartó de su

rostro con un ademán distraído. La ventolera agitó las llamas de las antorchas y las sombras se alargaron y danzaron sobre las tablas. Olaf y Arlur lanzaban golpe tras golpe y sus metales restallaban a un volumen tan alto que los tímpanos sufrían oyéndolos. De los choques más violentos brotaban chispas y ya los filos se abrían en pequeños mordiscos. Cuando las armas quedaban trabadas y sus dueños reducían distancias se lanzaban puntapiés, rodillazos, codazos y hasta cabezazos. Gracias a uno de estos Olaf había partido los labios de su rival y Arlur sangraba y se limpiaba de vez en cuando con el dorso de la mano. Los astiles de cada hacha eran largos y se podía golpear con sus extremos inferiores. Aprovechando un intercambio de trallazos así lo hizo Olaf: empleando el borde romo y forrado de hierro, lanzó un revés ascendente que rompió la mandíbula de Arlur. El Ennar se tambaleó, Olaf retrocedió un paso y alzó el hacha a dos manos, como un leñador a punto de partir un bloque de madera. El arma descendió con toda la fuerza y la velocidad que era capaz de imprimir su poderoso dueño y la hoja penetró hasta la cadera derecha, atravesando músculos y huesos. Olaf apoyó un pie en el pecho de Arlur y tiró del acero, sacándolo así de la rajadura. Arlur se tambaleó, soltando chorros de sangre humeante. Medio cuerpo se le desprendió, sujeto a la cintura por tiras de carne, y dio contra el suelo antes que la otra mitad.

La muchedumbre estalló en gritos tumultuosos, aullando hasta desgañitarse a favor del ganador. El viejo Rompecráneos estaba cansado, el frío le acuchillaba la garganta y un sudor que pronto se helaría abrillantaba su piel; pero sonrió y abrió los brazos, sosteniendo aún en la diestra el hacha asesina, cuya sangre caía en goterones sobre el cabello canoso. Y, cosa extraña en él, que se jactaba de no creer en dioses, se agarró la muñeca derecha haciendo el signo del martillo, símbolo de victoria de Asmund, Señor de las Tormentas. Los shakarks más piadosos rugieron de placer y también ellos hicieron el signo del martillo.

Bae, el mayor de los Ennar, habló al oído de Glikkur. El hermano pequeño asintió, atrasó su brazo derecho y lanzó el hacha cuando Olaf estaba todavía de espaldas a él. La hoja se clavó en la espalda de Mirada Helada con tal fuerza que todos escucharon el impacto sordo, y el viejo Gunthar avanzó un paso sobre las puntas de los pies antes de caer al suelo, con el arma enemiga hundida entre un hombro y un omoplato. Se arrastró, trató de levantarse y se desplomó de nuevo, quedando inmóvil, echando sangre como un cerdo en el día de la matanza.

Hubo un silencio sepulcral. Antes de que los hombres reaccionaran, Bae llegó hasta Olaf y alzó los brazos en gesto victorioso.

—¡Hemos ganado! —gritó— ¡Los Ennar hemos triunfado!

—¡Con malas artes! —gritó Darrak, el timonel, buen amigo de Olaf —. ¡Traición vil y espantosa!

Estalló un vocerío insoportable, pues muchos exigían al juicioso Ribun que repartiera las espadas. Se hablaba de desollar vivos a los Ennar, cortarles los brazos y las piernas y luego tirarlos al mar, o simplemente ahorcarlos del mástil.

Bae, que era astuto y tenía el don de la palabra, logró imponer su voz sobre el caos generalizado:

—¡Olaf aceptó pelear contra nosotros tres, pero no especificó las condiciones! ¡Debiera haberse mantenido alerta todo el tiempo y no bajar la guardia! ¡Nosotros aprovechamos la oportunidad que él nos dio!

—¡Fue ilegal! —aulló Treintadedos, sin soltar el cadáver de Sighall el Orejudo.

Muchos asintieron a voces, pero Bae miró desafiante a Treintadedos.

—¡La única ley de esta lucha era la Ley del Hacha! ¡Olaf Gunthar vivió y murió según dicha ley! ¿Qué problema hay? ¿Qué puedes objetar a eso?

Frar se rascó la cabeza, pensativo y malhumorado.

—No lo sé. Solo sé que lo que ha hecho tu hermano Glikkur está mal.

—¡Ja! —bufó Bae—. ¡Valientes argumentos! ¿Quién sabe lo que está bien o está mal? ¡Solo los dioses lo saben! ¡La Ley del Hacha se ha cumplido! ¿Qué tienes tú que decir, Rajkunar?

El Visionario era una especie de intermediario entre los dioses y los hombres, así que muchos callaron con respeto cuando el viejo pirata habló, con voz grave y semblante serio:

—Mi corazón no desea darte la razón, Bae Ennar… Pero las costumbres no pueden ser ignoradas. Debo admitir con rabia y pena que tu voluntad ha de prevalecer.

Bae alzó los brazos.

—Por tanto yo, o mejor dicho, mi hermano Glikkur, es el nuevo capitán del barco, ¡por derecho de sangre derramada en un combate legal!

Pocos expresaron alegría y muchos su descontento, pero no se rebelaron, pues La Ley del Hacha era un juicio de los dioses y los dioses no podían equivocarse. Sin embargo, el viejo Rompecráneos se negaba a morir y comenzó a arrastrarse sobre su propia sangre. Bae alzó el hacha con una mano, sonriente y desdeñoso, dispuesto a descargar el golpe final.

Algo zumbó en el aire y una nueva hacha segó la muñeca del Ennar. Mano y arma volaron por los aires y rebotaron sobre las tablas

de la cubierta. Bae miró su muñón rojo, más asombrado que dolorido. De la multitud salió Skarrion Gunthar. Sus ojos azules mostraban un brillo asesino y muchos dijeron después que en ellos descubrieron la misma mirada helada de su padre.

—¡Yo he lanzado el hacha, Bae Ennar! ¡Igual que hizo tu hermano Glikkur, momentos antes, contra mi padre! ¡También yo sé aprovechar las oportunidades que me ofrece el contrario! ¡Pero ya está bien de hablar! ¡Convenimos en que si Olaf caía yo proseguiría el combate!

Los piratas habían olvidado al joven Skarrion, pero ahora el público estalló en voces que apoyaban al muchacho.

Bae retrocedió horrorizado, metiéndose el brazo cortado bajo la axila y tratando de contener la hemorragia. Skarrion se acercó a su padre y le arrancó el hacha del cuerpo, tomándola a dos manos. Señaló al manco con el acero teñido de rojo.

—La diferencia entre vosotros, los Ennar, y nosotros, los Gunthar, es que preferimos matar mientras miramos a los ojos al enemigo, y no por la espalda, a traición. Solo por eso te he cortado la mano y no el cuello. ¡Coge tu hacha y defiéndete!

Hubo más gritos de aprobación, pero el joven se volvió hacia sus admiradores con semblante severo.

—¡Que alguien se lleve a Olaf y vende su herida! ¡Es un buey fuerte y quizá salga de esta!

Así lo hicieron, dos hombres llamados Ivar y Erkund.

Skarrion quedó frente a los dos últimos Ennar. Bae se había vendado el muñón con un lienzo que le dio su hermano, cortando así, de manera imperfecta, la hemorragia. La pérdida de sangre lo tornaba débil y mareoso, pero su zurda aferró con vigor el hacha que le prestaron. Los dos hermanos se acercaron a Skarrion, como lobos acechando a una presa. El joven Gunthar no era tonto y giraba dando pasos laterales, procurando que Bae y Glikkur se molestaran entre sí. Pero los Ennar eran más veteranos y quizás también más fuertes. A pesar de la simpatía depositada en Skarrion, nadie dudaba del resultado final.

Bae atacó dando golpes encadenados. Los ejecutaba con la mano zurda, pero con tal habilidad que eran todos muy peligrosos. Skarrion los esquivó o paró, retrocediendo, como intimidado. El hacha de Bae consiguió rozarle el hombro y el Ennar sonrió. Siguió hostigando, pues Skarrion continuaba escapando con torpeza. Cuando Bae se acercó demasiado a su enemigo el joven Gunthar se agachó y se lanzó hacia delante con un golpe bajo. Más pequeño que el enorme Bae, pasó bajo sus brazos y el hacha partió una rodilla. Skarrion se levantó y hundió la hoja en la entrepierna, provocando un alarido de su contrario. Skarrion no se separó de él, sino que hizo girar el hacha entre sus manos hasta tomarla como una escoba y lanzó un tajo ascendente y

diagonal, rajando el abdomen. Antes de que Bae cayera, dio un paso hacia atrás, el hacha voló entre sus manos y se hundió en el cuello enemigo. Bae era ya un cadáver cuando su rostro tocó las tablas.

Skarrion lo miró con ojos desorbitados, salpicado de sangre. La muchedumbre alababa a gritos su pericia. Pero él no se confió, como hiciera su padre, pues Glikkur ya se le venía encima, tan furioso como un toro bravo. El Ennar arrojaba golpes brutales y Skarrion se encontró esquivándolos y rechazándolos con el hacha lo mejor que podía. Glikkur soltaba jadeos metálicos y con cada respiración lanzaba un tajo. No dejaba pensar a Skarrion, que trataba de mantener el equilibrio sobre el suelo embadurnado de sangre. Retrocedió hasta que su espalda chocó con el mástil, se agachó y Glikkur hundió su arma en la madera, rozando la cabeza del muchacho, plantó un pie en el mástil, tiró con rabia y sacó el acero de la tajadura. Skarrion había librado un combate más que Glikkur, por lo que su cansancio era mayor. Aun así, tiraba de coraje para enfrentarse al último de los Ennar. Glikkur parecía enloquecido, soltaba espuma por la boca y sus gruñidos eran vibrantes y cavernosos. Los dos golpeaban, esquivaban y paraban mientras sus seguidores les aclamaban y aplaudían. Dado lo bien que estaban peleando, el ganador sería encumbrado al puesto de capitán del barco, sin duda alguna. Aquellos piratas adoraban el valor y el coraje sobre todas las demás cosas, hacían de tales virtudes el eje en torno al cual giraban sus vidas y solo admitirían como líder al más fuerte de la manada.

Despertó un viento furioso que hizo oscilar la cubierta. Muchos cayeron al suelo o se abrazaron al compañero más próximo. A Frar y Sigmund se les escapó el cadáver de Sighall y el Orejudo fue a parar a las aguas heladas. De tal modo, recibió su entierro marino. A pesar de todo, Skarrion y Glikkur se negaban a caer. Sus pies se deslizaban en el suelo incierto y oscilante y mantenían el equilibrio a duras penas. Resbalaban, caían sobre una rodilla, se levantaban o se inclinaban hacia delante o atrás, sin dejar nunca de combatir. Sus hachas mostraban mordeduras espeluznantes en aquellos filos que ya parecían dentados. Hubo un momento en que ambos golpearon con todas sus energías y las armas se encontraron en el punto de la trayectoria donde la fuerza y la velocidad alcanzaban sus cotas máximas. Al chocar, estalló un crujido espantoso y las hojas saltaron en pedazos. Los contendientes arrojaron las armas rotas, se miraron durante un latido, gruñendo como alimañas, perdida la cordura, y saltaron uno sobre el otro. Ahora se golpeaban con puños, rodillas, cabeza y codos, se mordían, se empujaban y aplastaban como osos enredados en una liza mortal. Los piratas jamás habían presenciado una bronca semejante y enloquecían de alegría y admiración. Muchos rezaban a Asmund y a su colérico padre Kor, implorándoles un barco que

asaltar, del cual no habrían dejado nadie con vida, tan ardiente en aquellos momentos era su ansia de lucha. A pesar del frío, la sangre ardía en sus arterias como lava de volcán.

Tras un intercambio de puñetazos Glikkur cayó al suelo y allí quedó, inmóvil, con los ojos en blanco. Se acercaron varios hombres y palparon su cuello. Fue Rajkunar el Visionario quien, con voz grave, proclamó la muerte del Ennar. Al parecer un golpe, o quizás el efecto combinado de muchos, había provocado su fin. La sien derecha del caído estaba hinchada y brillante, como si bajo la piel hubiera un huevo violáceo.

Skarrion tenía la boca, los pómulos y las cejas abiertos y amoratados y estaba cubierto de hematomas. Se miró como anonadado los nudillos sin piel, con el blanco de los huesos asomando entre el rojo de la sangre. Comprendió que había vencido. Los piratas se le echaron encima, lo abrazaron y le palmearon tan fuerte en la espalda y los hombros que estuvieron a punto de tirarlo al suelo. Frar Treintadedos lo subió sobre sus hombros. Todos proclamaban a gritos el nombre del nuevo capitán. A la luz de las antorchas, sumergidos en la noche infinita, los shakarks celebraban el triunfo de su hijo predilecto, como un coro de niños revoltosos o un rebaño de duendes y trolls. Pero Skarrion negó varias veces con la cabeza y dijo que, si su padre aún seguía vivo, solo al viejo Rompecráneos le correspondía el mando de la nave. Muchos no entendieron por qué rehusaba tal cargo, pero los más veteranos asintieron con respeto.

Llevaron a Skarrion hasta la cama improvisada donde reposaba Olaf. Al viejo pirata le habían limpiado y vendado la rajadura y ya no parecía tan fácil que se le escapara el alma por la herida. Gracias a que Glikkur, aunque duro combatiente, era un mal lanzador, el hacha no había alcanzado el corazón ni los pulmones. Aun así, antes de vendar hubieron de sujetar el hombro al cuerpo, pues casi todo el brazo parecía correr el peligro de desprenderse, sostenido solo por gruesas tiras de carne y músculo. El viejo, tan lleno de vitalidad como estaba, logró abrir sus ojos, acuosos y brillantes debido a la enorme cantidad de alcohol que le habían obligado a beber para aguantar el sufrimiento. Skarrion lo miró y comprendió que su padre se recuperaría. Tal vez tardara dos meses en levantarse del catre y seis en manejar la espada, pero este viejo y duro shakark aún tenía mucha guerra que darle al mundo.

—He vencido, Olaf —le dijo Skarrion—. Los tres Ennar están muertos. Sigues siendo el capitán del *Trueno*.

Olaf miró al muchacho con ojos en los que destellaban gemas diminutas y, cosa extraña, sus labios dibujaron una sonrisa.

Lo que ocurrió a continuación fue relatado de diferentes maneras, pero Olaf musitó algo, a un volumen demasiado bajo como para

resultar inteligibles. Muchos dijeron que había dicho algo así como *magnífico, bien* o *enhorabuena*, pero unos pocos, entre ellos Rajkunar el Visionario, sostendrían que allí, delante de todos sus hombres, en el barco pirata que gobernaba con mano de hierro, el viejo Rompecráneos musitó las palabras *hijo mío*, vibrando en ellas un poso de afecto y respeto. Por supuesto, esta última versión fue desmentida por el propio Olaf. Nadie supo qué oyó o creyó oír Skarrion, porque abrió mucho sus ojos, incrédulo, y la impresión del momento y la debilidad de los combates se aliaron para hacerle perder el sentido.

Cuando ya levantaban del suelo al muchacho inerte y le daban bofetones y aguardiente para que recobrara la consciencia, se escuchó la voz clara y vibrante del vigía:

—¡Tierra a la vista!

Excepto Olaf, Skarrion y los hombres que los cuidaban, todos se apelotonaron en la proa. Se felicitaron y rieron y los hubo que incluso danzaron sobre aquella cubierta helada, salpicada de agua, sal y sangre. En la lejanía había una lengua tenue, una sombra más densa que el cielo nocturno, sobresaliendo débilmente por encima del horizonte marino. Era la punta norteña de Shakark.

EL SEÑOR DEL PAÍS VERDE

Aquella tarde, el frío de las montañas obligaba a los cazadores a arrebujarse bajo sus pellizas y mantos y acercar las manos a la fogata. Se hallaban en un claro entre las elevaciones boscosas de una pequeña cordillera, así que al mirar alrededor podían contemplar un paisaje titánico, hermoso y salvaje: laderas bruscas, cubiertas de un manto verde y brillante de helechos y ramaje, del cual emergían árboles altos de troncos negros y marmóreos; caídas verticales de roca y desfiladeros grisáceos, sobre alguno de los cuales resbalaba una lengua de agua blanquísima, como la trenza de una doncella gigante.

Los cinco tramperos llevaban recorriendo esta región desde hacía tres días, pues allí había abundante caza en forma de lobos, ciervos y osos. Pero el lugar tenía sus riesgos, pues se acercaba a la frontera sureña del territorio urtz, donde las hordas de aquellos salvajes velludos y achaparrados aplastaban cualquier intromisión, numerosa o aislada, en sus territorios. Además, se decía que en la oscuridad de los bosques del norte moraba el legendario pueblo de los espectros, que con encantamientos atraían y sometían a los exploradores incautos. También se hablaba de gnomos y trolls, así como de criaturas a mitad de camino entre el animal y el hombre… Pocos osarían entrar en unos parajes tan agrestes y siniestros.

En aquellos momentos, Corm Atur, un noctumbrio de las tierras del oeste, se levantó de su lugar junto a la hoguera y llegó hasta una roca enorme, redonda y surcada de caprichosas arrugas y oquedades. Este hombre, al igual que sus otros compañeros cazadores, vestía pieles crudas, ante y cuero. Llevaba barba y melena pardas, revueltas y espesas, que solo dejaban ver de su rostro los labios finos, la nariz afilada y aguileña, los pómulos salientes y los ojos de color castaño oscuro. Alto, delgado y recio, tenía treinta dos años y era el mayor del grupo.

Corm Atur palmeó la gran roca.

—Os aseguro que esta piedra primero fue un troll. ¿No veis el contorno de la gruesa nariz? Y esta oquedad corresponde a un ojo. Sin duda le sorprendió la luz del día y se hizo una bola, como es costumbre en ellos cuando se vuelven de piedra.

Daenir, un joven noctumbrio del norte, se llevó una mano al cuchillo colgante de su cinto. Las greñas de color rojizo dejaban ver mejillas hinchadas y pecosas, ojos saltones y verdes, nariz aplastada y labios bulbosos. Más bajo que Corm Atur, propenso a la gordura, de

espaldas anchas y piernas y brazos gruesos y duros, corría con agilidad y luchaba con la ferocidad de un lobo.

—¿Y hemos dormido junto a un troll? —exclamó, indignado—. ¿Por qué no nos avisaste antes, Corm Atur?

El aludido alzó una mano, de manera solemne. Cualquiera de sus gestos resultaba dramático, pero de ningún modo presuntuoso, pues aquella era su natural forma de ser.

—Guarda cuidado, Daenir. Una vez que el troll se hace piedra, no vuelve a revivir jamás.

Otro de los presentes se llamaba Cu Chain y era un noctumbrio de aspecto parecido a Corm Atur, pues habían nacido y se habían criado en la misma región. Como diferencia, Cu Chain era más bajo y corpulento.

—Además —dijo—, no deberías sentir miedo de los trolls, Daenir. Todos sabemos que tu verdadero padre fue uno de ellos, pues una noche visitó a tu madre para engendrarte. ¡Tus rasgos lo confirman!

El grupo estalló en carcajadas.

—Es peor ser el hijo de una serpiente —replicó Daenir—, como en tu caso, Cu Chain. Las culebras buscan lugares calientes donde dormir y la noche en que fuiste engendrado una entró en la cabaña de tus padres.

Hubo más risas. Corm Atur aplaudió la ocurrencia y entró en la batalla dialéctica, insultando a varios ascendentes del árbol genealógico de sus compañeros. También participó Grakkur, un dolbrakkio risueño pero combativo, de greñas castañas y ojos grises, delgado y fibroso, que había recorrido varios países y contaba unas historias tan fantásticas que a veces resultaba imposible no dudar de su veracidad.

Skarrion Gunthar no se sumó a la competición de insultos; contemplaba a sus cuatro compañeros con hosquedad y cierta confusión. No comprendía a los noctumbrios, a quienes les gustaba inventar unas falacias horripilantes sobre las madres de sus amigos. La primera noche que pasó con ellos, y en uno de tales certámenes de insultos, Daenir se burló de la madre de Skarrion, que se levantó y le asestó un puñetazo en la mejilla. Se sorprendió al descubrir el escándalo y el enojo de sus compañeros, pues él no se había enfadado y solo quería entrar en el juego a su manera: para los shakarks la pelea era un pasatiempo que muchos chicos de su tierra practicaban a menudo, con causa o sin ella, a veces simplemente porque se aburrían. Muchos shakarks feos lo eran porque sus rostros habían terminado deformados a causa de los muchos golpes recibidos. *Antes se rompe un yunque de hierro que una testa shakark*, solía decirse.

A partir de esa noche no volvieron a insultarlo, de manera amigable o áspera, y él tampoco participó en tales juegos.

Otros muchos usos extranjeros sorprendían al joven shakark. Por ejemplo, un día vio a Grakkur, el dolbrakkio, sacar de su faltriquera una especie de palito con una cazoleta en un extremo. Metió unas hierbas en la cazoleta y las quemó. Se metió entre los labios el otro extremo, lo chupó... ¡y echó humo por la boca! Skarrion se levantó del suelo con los ojos desorbitados, pensando que su compañero estaba quemándose por dentro. Sin embargo, Grakkur sonreía con placer mientras soltaba más humo. Skarrion abrió su cantimplora y derramó agua sobre la cabeza del dolbrakkio, obligándole además a tragar el líquido helado. Grakkur lo apartó de un empujón, enfurecido, y comenzó a secarse.

—¿Estás bien? —preguntó Skarrion—. ¡Te abrasabas por dentro! ¡Echabas humo por la boca!

—¡Estaba fumando, estúpido! —bramó Grakkur—. ¿Nunca has visto una pipa?

Acercó a Skarrion el objeto de la discordia y el shakark lo escudriñó, sin tocarlo, receloso.

Corm Atur, Daenir y Cu Chain reían a mandíbula batiente.

—Se mete tabaco en la cazoleta —explicó Grakkur, malhumorado—, se quema y luego se aspira el humo. Deberías probarlo, muchacho, es muy placentero.

—No puede ser bueno —sentenció Skarrion—. Yo he estado cerca de algún incendio y aspirar su humo solo provoca toses, mareo, arcadas e incluso la muerte.

—¡Este es otro tipo de humo! —gritó el dolbrakkio.

—¡El humo siempre es humo! —protestó Skarrion.

Sus tres compañeros no podían contener las carcajadas.

—¡No! —exclamó Grakkur, fuera de sí. Intentó calmarse—. Huele, muchacho, pues a pesar del agua aún conserva su aroma.

Acercó la pipa a Skarrion, quien abrió mucho los ojos y de un manotazo la apartó. El instrumento voló y cayó por un precipicio.

—¡Mi pipa! —chilló Grakkur, agarrándose la cabeza—. ¡La he perdido!

Corm Atur, Daenir y Cu Chain se agarraban el vientre, con el rostro bañado en lágrimas.

Skarrion fue hasta la hoguera, sacó un tizón incandescente y humeante y se lo tendió a Grakkur, con una sonrisa, sin asomo de burla o mala voluntad.

—Toma, aquí tienes una nueva, mejor, más grande. Métetela en la boca, chúpala y vuelve a echar el humo.

Grakkur lo miró, incapaz de hablar, con los puños crispados. Skarrion se la tendió de nuevo.

—¡Déjalo, Grakkur! —jadeó Cu Chain, entre carcajadas—. ¡Es un shakark!

El dolbrakkio gruñó algo ininteligible, dio la vuelta y se fue a pasear para calmarse, farfullando maldiciones y reniegos.

Skarrion le vio irse, confundido. Luego miró al resto de cazadores, que ya comenzaban a tranquilizarse. Tiró el tizón a la hoguera y también él se alejó para caminar y tal vez cazar una pieza y olvidarse de todos aquellos locos.

No volvió a empapar a Grakkur, pero cuando el dollbrakkio fumaba lo observaba con mucha atención. Al fin, acabó acostumbrándose a esa costumbre tan rara, aunque siempre se negó a ponerla en práctica.

Ahora, junto al troll de piedra, y tras la violenta batalla de insultos —en la que no participó el joven Gunthar—, los cinco cazadores cayeron en uno de los muchos silencios a los que estaban habituados, cada uno con la mirada clavada en las llamas de la hoguera y perdido en sus propios pensamientos. Eran gentes sencillas y prácticas que odiaban la charlatanería y callaban cuando no había nada que decir. Aquellos silencios, arropados por el susurro de la brisa, el grito de un pájaro o el murmullo de una cascada, eran un placer, sobre todo para Skarrion, muchacho parco en palabras y rápido en hechos.

Siguieron así durante mucho tiempo.

Cu Chain se acarició la barba con aire adusto.

—Es bueno vivir entre árboles y piedras —dijo.

Lo miraron con interés. Corm Atur asintió; era el más veterano, así que todos aprobaron el comentario de Cu Chain.

—En las ciudades del sur —intervino Grakkur— las gentes se pasan al menos la mitad del día entre las cuatro paredes de una casa.

Chupaba su pipa y exhalaba nubecillas de humo, afirmando en silencio con la cabeza, ceñudo. Los demás aguzaron el oído, pues el dolbrakkio sin duda se disponía a contarles cosas extrañas e interesantes acerca de sus muchos viajes. Skarrion esperaba ansioso las descripciones de lugares desconocidos que, se dijo, él también llegaría a visitar.

—Por ejemplo —continuó Grakkur—, en Kalenda, la ciudad más grande del mundo, hay plazas donde ciertos individuos hablan a quienes desean escucharles. A veces no les atiende nadie, pero de todos modos ellos siguen parloteando.

—¿Y qué dicen? —preguntó Daenir.

—Oh, hablan de todo… Aunque no suelen criticar a los poderosos, pues se pueden encontrar con cuatro matones que los muelan a palos o les acuchillen. Muchos sueltan discursos sobre los dioses y la religión.

—¿Por qué? —preguntó Cu Chain.

—No lo sé. Es extraño, pero les gusta hablar sin cesar. Y lo más raro es que hay gente que les escucha con atención… Muchos de esos

parlanchines deben ser también magos, porque si atiendes a sus discursos sientes que la cabeza te da vueltas y durante el resto del día no puedes dejar de pensar en lo que te contaron, aunque no tenga ningún sentido. A mí me ha ocurrido y os juro que su maleficio es capaz de quitarle a uno hasta las ganas de comer.

—¡Qué hechiceros tan peligrosos! —exclamó Corm Atur—. ¿Y a qué se dedican, además de hablar?

—A nada más. Se llaman a sí mismos *filósofos* y hay hombres ricos que les pagan solo por oírlos.

—¿Ganan dinero solo por hablar? —preguntó Cu Chain.

—¡Mucho más de lo que tú y yo veremos en toda nuestra vida! Lo más curioso ocurre cuando discuten dos filósofos de diferentes ideas… ¡Pueden estar hablando sin parar desde el alba hasta el ocaso!

—¡Qué horror! —dijo Skarrion, a quien la sola idea de oír a alguien hablar durante tanto tiempo le provocaba dolor de cabeza.

—Y nadie sabe nunca, al final, quién lleva la razón —señaló Grakkur.

—Es fácil saber quién lleva la razón cuando se discute —dijo Skarrion—: se sacan las armas y el que sobrevive la tiene. El destino siempre se inclina por el más fuerte, y el destino nunca se equivoca.

—Lo que dices es cierto —siguió Grakkur—, pero estos hombres parlotean y discuten hasta que cae la noche, y de pronto se van a sus casas. Al día siguiente vuelven a hablar y a porfiar y nadie sabrá nunca quién está en lo cierto y quién equivocado, aunque cada uno de estos oradores está muy convencido de tener la verdad de su parte.

—¡Sin hechos no hay verdades que valgan! —sentenció Corm Atur, y todos asintieron.

Grakkur expulsó otro aro de humo y siguió contando:

—Una vez oí a un filósofo decir que la felicidad solo se consigue mediante la contención sexual.

—¡Qué tontería! —espetó Daenir—. ¿De verdad les pagan por decir esas cosas?

Skarrion intervino:

—En el norte de Shakark hay una comunidad de piratas, los marinos de Moj, que también practican esa costumbre: dedican su vida tan solo al acero, la sangre, la conquista y el pillaje y no permiten la entrada de mujeres en su isla, la Isla de Moj. Son temibles, los más duros entre los duros.

—Eso es comprensible hasta cierto punto —dijo Grakkur—, pero este filósofo kalendano también es frugal en el comer y el beber. Es más, rechaza el oro que sus simpatizantes le regalan y vive dentro de un barril, comiendo pan duro, bebiendo el agua de la lluvia y vistiéndose solo con aire.

—Está loco —aseveró Corm Atur—. Y más loco está el que lo

escucha.

—¿Hay guerras en los países civilizados? —preguntó Skarrion.

—Oh, sí —contestó Grakkur—. Constantemente se la hacen unos a otros. Sus ejércitos son fantásticos y en los asedios utilizan enormes catapultas, ballestas gigantes y torres de asalto.

—¿Vaya, menos mal! ¡Comenzaba a pensar que no eran hombres, sino espectros enloquecidos con una envoltura carnal!

—Pero no todos van al campo de batalla. Hay muchos que prefieren y alaban la paz.

—Cobardes —gruñó Daenir.

—Es más, una gran cantidad de padres educan a sus hijos para ser pacíficos y los tienen metidos en escuelas durante casi todo el día.

—¿No les permiten manejar la espada? —preguntó Skarrion.

Grakkur meneó la cabeza.

—¿Ni montar a caballo? ¿Ni tirar con arco?

—Nada de eso. De hecho, les reprenden y les castigan cuando se meten en trifulcas callejeras.

—¡Qué padres tan monstruosos! —dijo Skarrion, escandalizado—. ¡Deben odiar mucho a sus hijos!

—Ellos dicen quererlos.

—Un padre que no enseña a su hijo el manejo del cuchillo o el hacha no es un buen padre —afirmó Corm Atur.

Todos asintieron, encantados de tener un compañero tan juicioso, pues Corm Atur hablaba poco, pero cuando lo hacía decía cosas muy lógicas.

Cu Chain se levantó.

—Estoy harto de oíros parlotear sin sentido. Si nos ponemos en marcha ahora mismo llegaremos a esas cañadas de allá antes del anochecer. —Señaló unas elevaciones de tierra y roca, cubiertas de un manto verdoso y espeso—. Estoy seguro de que allí encontraremos cuevas, y una gruta es mejor para dormir que un claro del bosque.

Corm Atur se levantó también.

—Pienso igual. Además, parece un terreno más salvaje que este en que nos hallamos y seguramente allí encontraremos lobos y osos.

—Y quizá urtzs —añadió Daenir.

—No es probable —rebatió Grakkur—. No suelen bajar hasta tierras tan sureñas.

—Siempre hay alguna banda más temeraria que las otras —intervino Skarrion.

—De cualquier modo, si hay urtzs serán pocos —dijo Cu Chain—. Y además, con ellos o sin ellos, tenemos que conseguir pieles o volveremos a Sherenir, Bemoth y las demás aldeas con los sacos vacíos. Estos últimos días ha habido poca suerte y tenemos que llenarlos.

Asintieron, y eso pareció acabar con la discusión. Los cazadores, capaces de adentrarse en extensiones peligrosas y desconocidas, cambiaban las pieles en las aldeas por armas, provisiones, cerveza o vino, y mujeres bonitas. En cada poblado solían tener una o dos esposas y un puñado de hijos, buenos para el fortalecimiento de la comunidad. Pero visitaban raramente a sus familias, pues aquellos hombres, nómadas por naturaleza, no soportaban durante muchos días el vivir bajo un techo de lona o madera y siempre acababan huyendo de nuevo a la espesura, en busca de los riesgos, aventuras e incomodidades que otros con gusto rechazaban.

Apagaron el fuego y tuvieron buen cuidado de ocultar todo rastro de su presencia, más por costumbre que por una auténtica esperanza de poder despistar a los urtzs, hábiles y escurridizos en aquellas tierras montañosas.

Partieron, siguiendo la dirección indicada por Cu Chain. Al cabo de poco, subían una empinada ladera boscosa, clareada a veces por lagunas de roca gris.

—¡Mirad!

Daenir señaló hacia el norte, a la zona de cuevas y vegetación que era el objetivo del grupo. Al menos a ciento cincuenta pasos de distancia, distinguieron una bola parda y oscura que se movía entre helechos esmeraldinos y oscuros troncos de árbol. Era un oso.

—¡Qué magnífico ejemplar! —exclamó Corm Atur.

—Es un macho adulto —dijo Cu Chain—, y muy grande. Con su piel llenaríamos tres sacos.

—¡Vamos por él! —apremió Corm Atur.

Desde aquella distancia las flechas resultarían inútiles y ellos lo sabían, así que debían acercársele a pie, procurando siempre tener el viento en contra para que no los olfateara. El oso se metió entre una maraña de arbustos y desapareció de vista.

Los hombres, acicateados por el deseo de la caza, lo siguieron con rapidez y destreza.

Pronto llegaron a la zona donde lo vieran por primera vez. Llevaban el arco en la mano y el carcaj abierto; si el oso los atacaba deberían acabar con él a flechazos, porque era casi imposible matar a una de tales bestias con el cuchillo o el hacha. El rastro de excrementos, cortezas de árbol arañadas y huellas de pezuña era claro y casi no hacía falta mirar el suelo o escudriñar la vegetación para descubrir más pistas; el olor del animal era tan denso y penetrante que simplemente husmeando en el aire podía adivinarse el recorrido de la criatura.

La noche se acercaba poco a poco. Ellos querían cazar al oso antes de que las sombras se espesaran, así que no perdieron el tiempo preparando trampas para lobos, conejos y zorros. La suerte continuaba

favoreciéndolos, pues aún tenían la brisa en contra, de tal modo que podían oler al titán peludo, pero este a ellos no.

El rastro los llevó al fondo de un extenso valle tapizado por una selva de árboles frondosos, con troncos oscuros y marmóreos, y de helechos brillantes cuyas hojas llegaban a la cintura. Para un hombre de ciudad resultaría imposible moverse en tales lugares sin causar un ruido estrepitoso, pero ellos, por el contrario, avanzaban en silencio y con rapidez, mirando, oliendo y escuchando con atención.

Cu Chain se detuvo y alzó la mano derecha, lo que provocó que todos lo miraran intrigados. El noctumbrio empezó a olisquear el aire, como un perro lebrel. Muchas veces el menor sonido, en un bosque donde se ocultaban mil peligros letales, era una invitación para la señora muerte, así que entre los cazadores se utilizaba un sistema de signos hechos con las manos y los brazos. Cu Chain señaló hacia el norte e hizo el signo que correspondía a la palabra *urtzs*. Aquel hombre era especialmente sensible con su nariz y ninguno dejó de creerle, a pesar de que no se veía ningún urtz en aquel mar de troncos y vegetación que se perdía en la lejanía.

Cu Chain abrió mucho los ojos y olisqueó con ansiedad. Hizo con las manos la señal que correspondía a la palabra *mujer*.

Los otros cazadores levantaron sus cejas, sorprendidos. Conocían a Cu Chain y sabían que podía distinguir a un hombre de una mujer por el simple olor corporal, así que se le acercaron cuando les llamó con un dedo.

—Se trata de urtzs que llevan a una mujer —susurró—. Sospecho que son una partida de como mucho nueve sujetos y que se encuentran a unos quinientos pasos de este lugar.

—¿Nos habrán olido ellos también? —preguntó Grakkur, en voz baja.

—Imposible —respondió Corm Atur—. El viento va hacia el sureste, así que no les puede llegar nuestro aroma. Cu Chain, ¿la mujer es urtz?

—No, su olor no es tan denso como el de las hembras urtzs.

—Podríamos raptarla para venderla en alguna aldea del sur —propuso Daenir—. Sacaríamos más beneficios que con las pieles de oso.

—Además, hace mucho que no pruebo a una mujer —dijo Corm Atur— y es deber sagrado de todo buen noctumbrio traer al mundo el máximo número posible de hijos fuertes y sanos.

—Cierto, compañero —dijo Cu Chain—. Sería imperdonable que la dejáramos escapar.

—Pero… perderemos al oso —aventuró Skarrion.

Quería desviar la conversación hacia otros temas, pues, aunque se había acostado ya con varias mujeres, nunca violó a ninguna, y si

capturaban a la que llevaban esos urtzs sus compañeros sin duda la iban a forzar, poniéndole a él en un embarazoso compromiso.

—Cazaremos al oso después de conseguir a la hembra —dijo Daenir—. Por ese entonces el rastro aún seguirá fresco.

—Las mujeres hacen mucho ruido —dijo Skarrion—. Alertará al animal.

—La ataremos y amordazaremos para que no monte escándalo y uno de nosotros la vigilará mientras el resto parte en busca del oso —propuso Grakkur.

—Si actuamos con rapidez la mujer y el oso serán nuestros antes de la noche —dijo Corm Atur.

Skarrion remoloneó, pero sus compañeros asintieron, muy complacidos.

—¡Debemos apresurarnos! —apremió Cu Chain—. ¡Estoy perdiendo el olor de los urtzs!

Encabezó la marcha, ahora hacia el norte. Ninguno soltó el arco ni la flecha y además abrieron las fundas de sus largos y pesados cuchillos de monte, el equivalente boscoso de una espada corta civilizada.

El sol ya comenzaba a morir y las sombras se alargaban con lentitud. La luz que filtraba el enramado era rojiza y la vegetación de helechos y arbustos de color esmeralda brillante se tornaba más espesa. Los cazadores atravesaban el bosque como grandes felinos, sin que sus zapatillas de piel emitieran apenas un susurro al pisar sobre la tierra y las hierbas.

Entremezcladas con los mil y un sonidos propios de la floresta, oyeron palabras que aún parecían distantes. Pero al cabo de poco las reconocieron como voces urtzs, roncas y guturales, aunque también joviales y alegres. Sus dueños armaban mucho alboroto al atravesar el boscaje, lo que indicaba su exceso de confianza.

Los cazadores se agacharon y se embadurnaron el rostro y las manos con una mezcla de tierra húmeda y pulpa de hojas verdes. Ahora ya avanzaban casi a rastras o en cuclillas, de manera lenta pero segura.

Descubrieron una banda de ocho urtzs que estaban de espaldas a ellos. Eran todos bajos y peludos, la frontera entre el hombre y la bestia, fornidos, vestidos con pieles sin curtir, tan sucios que a veces no se distinguía dónde acababa la carne y comenzaba la pelliza o el taparrabos. Había una figura algo más alta que caminaba en el centro del círculo y producía un agudo contraste; se trataba de una mujer blanca, desnuda, de cabello rizado y castaño que le caía casi hasta las nalgas. Tenía un cuerpo flexible, de curvas bellas y rotundas, espalda ancha y piernas fuertes, aunque no masculinas. La llevaban atada por el cuello y las muñecas y caminaba en silencio, cabizbaja. De vez en

cuando tiraban de la cuerda y la mujer gemía o gritaba. Un urtz joven se le acercó y le acarició la entrepierna, y ella se apartó con horror. Pero el líder del grupo, un urtz viejo, musculoso y barbudo, increpó al muchacho y le golpeó con brutalidad, alejándolo de la prisionera. Sin duda no actuaba movido por la compasión, sino para no demorar el viaje, pues querría llegar lo antes posible a la aldea a la que todos ellos pertenecerían.

El grupo de Corm Atur miraba a la cautiva con pupilas dilatadas y lujuriosas. El veterano noctumbrio les indicó por señas que se dividieran, pues ya tenían planificada su táctica: rodearían en una media luna al grupo de urtzs, no poniéndose jamás a favor del viento, y en un momento concreto se alzarían todos a la vez y los acribillarían a flechazos. Cada uno tenía ya elegido su objetivo y la posición que ocuparía al disparar las flechas. Dos ululatos de lechuza serían la señal para el ataque. No podían dejar escapar vivo a ningún urtz, pues si el superviviente avisaba a sus compañeros del poblado ellos estarían prácticamente perdidos. Convinieron además en no utilizar flechas envenenadas, por si en la refriega alguna alcanzaba a la cautiva. Había que apuntar a la frente, la nuca, las orejas o la garganta para matar al objetivo del primer flechazo, dado que un urtz herido era el doble de temible que un urtz indemne: como los osos, el dolor los enfurecía hasta enloquecerlos.

Los hombres de Corm Atur se separaron. Skarrion se dirigiría hacia el norte, por lo cual debía efectuar un largo rodeo, para así colocarse a la derecha del grupo urtz. Avanzaba a rastras, como un reptil, haciendo apenas ruido. Su corazón galopaba igual que un caballo desbocado y sentía las pulsaciones en la garganta y las sienes. Solo podía ver helechos y arbustos a su alrededor, pero cuando levantó con cuidado la cabeza por encima del manto verdoso descubrió a los urtzs, a la izquierda de su posición. Había tenido éxito en su acercamiento.

Ahora podía apreciar mejor el perfil de la mujer. No estaba gorda y sus pechos rotundos eran bellísimos. Al fijarse en su rostro sintió que se le cortaba el aliento, pues no se trataba de una tosca aldeana noctumbria; su belleza parecía la de una diosa de los bosques. El joven sintió miedo: ¿y si era en realidad un hada o, peor aún, una deidad colérica? Pero desechó enseguida ese temor, pues no tendría mucho poder cuando la habían capturado los urtzs.

Avanzó a rastras unos pasos más y se detuvo sobre un lugar satisfactorio. Moviéndose con lentitud extrema, puso un pie y una rodilla en tierra y siguió agachado.

Como esperaba, oyó la señal de Corm Atur: dos ululatos de lechuza.

Se levantó, con la flecha ya dispuesta en el arco. Vio alzarse, veinte pasos más allá de los urtzs, a Grakkur y a Cu Chain. Por el sur, Corm

Atur y Daenir sin duda estarían haciendo lo mismo, pero Skarrion no tenía tiempo para comprobarlo. Todos ellos tendrían a punto el arco y la flecha.

Un urtz señaló a Cu Chain y abrió mucho los ojos. Algo silbó y le atravesó el cuello desde la nuca a la garganta, con tal fuerza que la saeta salió del cuerpo y se perdió entre el follaje.

Skarrion retuvo el aire y soltó la cuerda. Dos flechas más volaron. La del shakark alcanzó al urtz en la coronilla, sonó un crujido cuando la saeta rompió el cráneo y la punta apareció por la frente, como un cuerno diminuto. Los otros dos proyectiles dieron en sus respectivos blancos: uno entró por una oreja y emergió por la otra y el segundo alcanzó la tráquea. Este último herido quiso gritar, pero escupió sangre y cayó. El objetivo de Daenir se volvió hacia un lado y la flecha le traspasó la mejilla desde el labio a la oreja. El herido aulló y dos flechas más, una de Skarrion y otra de Corm Atur, se hundieron en la caja torácica.

Los tres urtzs restantes echaron a correr. No llevaban escudos, pues este grupo era de caza y no de guerra. Se movían con fluidez entre los troncos y los arbustos. Uno trotaba y saltaba en dirección a Daenir, alzando su cuchillo de piedra y aullando con furia. El joven noctumbrio no perdió la calma; colocó una flecha en el arco, apuntó y disparó. El proyectil desapareció por la boca del urtz, levantó hilachas de sangre y se perdió en la espesura. Dos latidos después tres flechas más golpeaban el cuerpo peludo, sacudido como si le estuvieran dando martillazos; una atravesó los pulmones, otra se clavó en un muslo y la última se hundió en la nuca, saliendo la punta por entre los labios y la nariz. El urtz acribillado se desplomó.

El penúltimo urtz corría, tirando de la cuerda de la prisionera. Era el mismo que la había acariciado rudamente y sin duda no quería dejar ese trofeo en manos de sus enemigos; era una decisión poco inteligente que provocaría su muerte. La mujer cayó al suelo, tosiendo de manera agónica, mientras la cuerda laceraba su garganta. Una flecha atravesó el pecho del joven urtz, oyó un silbido tenso y el segundo proyectil se hundió en el ojo derecho, llegando al cerebro y matándolo al instante.

El líder urtz, único superviviente del grupo, había huido como una liebre en cuanto empezó el ataque. A pesar de su edad se movía con agilidad y rapidez y casi volaba sobre la maleza, como un jirón pardo y negruzco. Era astuto, pues quebraba su trayectoria cada dos pasos, avanzando en zigzag. Gracias a tales maniobras las flechas de Cu Chain solo consiguieron rozarle.

—¡Daenir! ¡Grakkur! ¡Cu Chain! —llamó Corm Atur—. ¡Quedaos con la mujer! ¡Skarrion y yo cogeremos al urtz!

El noctumbrio había tomado la decisión correcta, pues el shakark y

él eran los más rápidos del grupo y no podían permitir que el urtz llegara a su aldea y reclutara una horda vengativa.

Dejaron los arcos y Skarrion y él emprendieron la persecución. Eran hombres fuertes, altos y delgados, de músculos duros y potentes, y sus piernas los impulsaban con velocidad a través de la maraña vegetal. No sería difícil seguirle la pista al urtz, pues aún distinguían el vaivén de los arbustos apartados en su camino.

Lo descubrieron veinte pasos por delante, un cuerpo fugaz que subía y bajaba a medida que lo hacía el terreno. Sus perseguidores se abrieron a ambos lados de la presa para impedirle escapar torciendo inesperadamente hacia un lado u otro. Skarrion lo vio mirar hacia atrás durante un latido, para redoblar después la velocidad de su carrera. El shakark jadeaba, sintiendo pinchazos en los pulmones. Tenía los ojos clavados en el urtz, convertido ahora en el centro del mundo, y el dolor no le importaba, pues por nada del mundo iba a permitirle huir.

Gruñó e imprimió mayor potencia a sus piernas. Se acercó al urtz, tan solo a cinco pasos. Sintió la euforia del triunfo y un chorro de energía se extendió desde el centro de su pecho, encrespando el vello corporal. El salvaje torció a la derecha y se metió en una masa de arbustos. No importaba, no escaparía. Skarrion atravesó la maleza.

Cayó.

Tras la vegetación el terreno bajaba en abrupta pendiente, de tal modo que la masa de arbustos ocultaba aquella ladera brusca y repentina. Aún pudo el joven mirar hacia arriba mientras se deslizaba sobre la hojarasca y la tierra húmeda, para ver al urtz en la cúspide de la elevación, agarrado a una enorme raíz aérea. Había conducido a su perseguidor a una trampa.

Pero Corm Atur no repetiría el error. El noctumbrio emergió de la espesura y se abalanzó sobre el urtz, pues se había acercado con más cuidado durante los últimos pasos, tras oír el grito alarmado de su compañero shakark. Cogido por sorpresa, el urtz se revolvió, pero el noctumbrio le asestó puñaladas con su cuchillo, en el costado. El salvaje gritó y cayó por la cuesta, arrastrando en su caída también a Corm Atur. Los dos bajaban por la empinada pendiente, rodando uno sobre el otro. Sus cuerpos atravesaban arbustos y tuvieron la suerte de no chocar con un árbol que les rompiera todos los huesos.

Veinte pies abajo, Skarrion daba con la base de la ladera, un terreno casi llano de tierra dura, musgo y helechos. El shakark sufría dolores y algo de mareo, pero se levantó, justo a tiempo de ver cómo la maraña de brazos y piernas que eran Corm Atur y el urtz chocaba con el suelo.

También ellos dos se levantaron enseguida. Se separaron unos pasos, así que Corm Atur y Skarrion aprovecharon la pausa para

rodear al urtz, que ya no podría escapar. El hombrecillo mostraba feas heridas en el torso y los costados, pero aun así parecía peligroso, una alimaña sucia y ensangrentada, una fiera antes que un ser humano. Sus ojos se desorbitaron y enseñó los dientes, gruñendo amenazador. Sacó de su funda un cuchillo largo y siguió dando vueltas, enfrentado a sus dos enemigos, que ya empuñaban sus armas y lo estudiaban en silencio.

Skarrion atacó y el urtz paró el golpe, sonando un trallazo cuando chocaron las dos hojas. El salvaje era más bajo que su contrincante, así que se agachó y se lanzó hacia delante. Su cabeza dio en el estómago de Skarrion y el shakark se vio alzado del suelo y proyectado por el aire durante un paso, aterrizando sobre las nalgas. El urtz alzó su cuchillo para matarlo y el joven cazador lo vio venir como una masa negruzca y rojiza, en cuyo núcleo brillaban unos ojos asesinos.

Skarrion rodó sobre un costado y el cuchillo se clavó en la tierra, junto a su espalda. El urtz continuó hostigando y el shakark trató de levantarse, pero su rival no se lo permitió: clavó una rodilla en el antebrazo del nórdico y su diestra aferró la otra muñeca, inmovilizándolo. Levantó el arma, dispuesto a asestar el golpe definitivo.

Sonó lo que parecía un martillazo húmedo y el urtz tembló. Skarrion vio algo metálico que salía por su gaznate y que goteaba un líquido oscuro. Era el cuchillo de Corm Atur. El noctumbrio apartó al muerto de un empujón y miró gravemente a Skarrion.

—Te he salvado la vida —dijo Corm Atur.

Skarrion lo miró, aún atontado por la vorágine de sensaciones. Trató de levantarse, pero Corm Atur apoyó la planta de un pie en su pecho y lo devolvió a la tierra. Skarrion quiso atacarlo, pero el dolor que nacía de su abdomen, allá donde el urtz hundiera su cabeza, lo debilitaba. Sintió náuseas.

—Dilo: *me debes la vida* —ordenó Corm Atur, sereno, glacial, peligroso.

—Fue durante el transcurso de una pelea —protestó Skarrion.

Tosió, a punto de vomitar.

—Dilo.

—Está bien —gruñó el muchacho, deseando levantarse y descansar de una vez por todas—. Te debo la vida.

Corm Atur sonrió y las arrugas de su rostro curtido y veterano culebrearon como gusanillos.

—Muy bien, muchacho. Lo has hecho muy bien.

Le ayudó a levantarse. Recogieron sus armas y subieron la cuesta.

En el camino de regreso marchaban sumidos en un silencio espeso, mientras se sacaban de la piel las astillas y las espinas clavadas durante la persecución y el combate. Skarrion se maldijo a sí mismo

por ceder ante el noctumbrio, pues ahora estaba en deuda con él. Echó una mirada hacia Corm Atur, que andaba con decisión y con la barbilla alta, como de costumbre.

Llegaron hasta sus compañeros. Las flechas ya estaban limpias de sangre y tierra y volvieron a sus estuches. La prisionera estaba tumbada en el suelo, boca abajo, atada de pies y manos y amordazada. Los miraba a todos con sus azules ojos desorbitados, llenos de terror.

—No la hemos tocado, Corm Atur —dijo Cu Chain—. Tú eres el líder del grupo.

Corm Atur sonrió.

—Muy bien. Yo seré el primero.

Se acuclilló junto a la joven y ella empezó a agitarse, víctima del pánico. No era tonta y sabía lo que aquellos hombres iban a hacerle.

—No te causaré ningún dolor innecesario si te portas bien —le dijo Corm Atur. Se volvió hacia sus compañeros—. ¿Habla noctumbrio?

—No —respondió Grakkur—, y tampoco contesta al dollbrakkio, ni al dialecto urtz. Nos preguntábamos de dónde puede haber salido.

Corm Atur puso dos dedos bajo la barbilla de la joven y ella comenzó a llorar en silencio.

—Aún hay rabia en sus ojos —dijo el noctumbrio—. Empezad con ella y así ya estará domada cuando la coja yo. Se hará por orden de edad: de mayor a menor.

Daenir, el más joven después de Skarrion, gruñó un juramento, pero Grakkur sonrió de oreja a oreja.

El shakark paseaba de un lado para otro, nervioso, y cuando el dolbrakkio comenzaba a quitarse el faldellín de pieles, estalló:

—¡Deberíamos buscar al oso, ahora! ¡Pronto anochecerá!

—Quedan por lo menos dos clepsidras de luz —contestó Cu Chain—, así que aún hay tiempo. Ten calma, muchacho.

Pero Skarrion no podía quitarse de la cabeza los gemidos horrorizados de la chica mientras el dolbrakkio se le acercaba, sonriendo lujurioso.

Antes de poder decidirlo conscientemente, el shakark se interpuso entre Grakkur y ella.

—¡No lo harás! —exclamó.

Todos, incluida la chica, lo miraron estupefactos.

Fue Daenir quien rompió el silencio:

—¿Qué has dicho?

—Respeta el turno, jovencito —dijo Corm Atur, mientras se aplicaba un emplasto de hojas sobre un corte leve en el hombro derecho. Sonrió—. Ya sabemos que los shakarks tenéis la sangre caliente, pero el primero será Grakkur.

—¡Ya lo has oído, mozalbete rubio! —exclamó el dolbrakkio—. ¡Apártate!

Skarrion desenvainó su cuchillo.

—Mataré a todo el que se acerque a ella.

El silencio que siguió fue denso, ominoso.

Daenir, Corm Atur y Cu Chain se levantaron de un salto y Grakkur retrocedió, mirando el arma desenvainada.

—¿Qué demonios te pasa? —dijo Daenir, furioso.

—La caída te ha vuelto loco, Skarrion —dijo Corm Atur—. No hagas tonterías. Somos compañeros.

—¡No! —bramó Skarrion—. ¡Os la compro! Os entregaré mis pieles durante un año, sí, eso haré. A partir de ahora pasa a ser de mi propiedad.

—¡Inaceptable! —rugió Grakkur, que también desenvainó su cuchillo—. ¡No tienes derecho a impedir que la tome!

—¡Hago lo que quiero!

—Pero… —dijo Cu Chain—. ¿Por qué te opones a que disfrutemos de ella? ¡La hemos ganado por las armas, así que es nuestra propiedad!

Skarrion lo miró con ojos fulgurantes, sin saber qué responder. Ya desde niño le había disgustado el trato que muchos de los guerreros de su tierra daban a las prisioneras. Se dijo que era un estúpido y que le gustaría pensar como todos ellos y aceptar las cosas tal como estaban…

Pero uno no podía cambiar su naturaleza, así que se volvió y tomó a la chica por una axila, levantándola de un tirón. Ella gimió y lo miró con sus ojos azulísimos, muy espantada. El joven le acercó su cuchillo y la mujer se envaró.

—¡No la mates! —ordenó Corm Atur.

—No la mataré —contestó Skarrion.

Cortó las cuerdas que ataban a la prisionera y la soltó, mientras los demás lo miraban sin poder creer lo que estaban viendo. Ella se arrancó la mordaza e intentó andar, pero tenía los pies torpes y amoratados a causa del deficiente riego sanguíneo, así que cayó a tierra.

—¡Corre! —ordenó Skarrion. La chica lo miró, sin entender, y él la vio como un animalillo asustado y confuso—. ¡Vete, huye lo más lejos posible!

La muchacha se levantó y escapó a la carrera. Grakkur se lanzó en su persecución, pero Skarrion se cruzó en su camino y los dos hombres lucharon. Hubo un torbellino fugaz de brazos y aceros y el dolbrakkio se desplomó con los pulmones perforados, sangrando por la nariz y el pecho.

Skarrion retrocedió con lentitud. Miró horrorizado a su compañero moribundo, con el que había compartido peligros y aventuras.

—¡Hiérela en la pierna, no la mates! —ordenó Corm Atur.

Daenir ya había tensado el arco. Skarrion se volvió y descubrió a la muchacha corriendo entre el follaje, haciendo gala de una agilidad sorprendente, como si fuera uno más de los animales de la espesura.

El shakark actuó sin pensar: lanzó el cuchillo y el arma se hundió con un impacto sordo en el cuello de Daenir, que soltó la cuerda en el momento del golpe. El proyectil, desviado de su trayectoria, voló lejos de su blanco.

Daenir cayó de rodillas, manando sangre. Trataba de quitarse el acero de la garganta, pero no lo conseguía. Sollozó un gruñido de rabia y miedo y se desplomó, muerto.

Cu Chain rugió y se abalanzó sobre Skarrion. El shakark logró agarrar la muñeca del noctumbrio y los dos rodaron por el suelo de barro y hojas, trabados como osos enloquecidos, gruñendo y jadeando. El shakark hundió la rodilla en la ingle del noctumbrio, que se encogió y soltó el arma; Skarrion intentó quitárselo de encima, pero Cu Chain, recuperándose valientemente, se revolvió sobre él, inmovilizándolo. Skarrion estaba boca abajo y Cu Chain sobre él. La mano y el brazo del noctumbrio aprisionaban el cuello del joven y ya tiraban hacia arriba para romperle las vértebras. El noctumbrio había sido campeón de su poblado en las luchas de suelo y Skarrion se sintió impotente bajo aquel experto que lo tenía atrapado como a un corderillo y empujaba su cuello hacia una posición imposible. El joven resopló y se revolvió, sin éxito. Cu Chain le mantenía inmovilizado y pronto sonaría el crujido fatal, cuando la columna cediera de una vez por todas. Skarrion sentía el corazón desbocado, pero consiguió relajarse y liberar un brazo, que se movió inútil en el aire, tratando de aferrarse a algo. Cuando ya sentía un dolor agudo en la base del cráneo y los tendones del cuello parecían a punto de estallar, sus dedos alcanzaron el rostro del noctumbrio y el pulgar se hundió en un ojo, rompiendo y destrozando el globo ocular.

Cu Chain aulló y se llevó las manos a la cara. Skarrion escapó de la presa, mientras los gritos desgarrados de su enemigo flotaban en el bosque. Se levantó, a tiempo de ver acercarse a Corm Atur. No fue lo bastante rápido y el puño del noctumbrio le alcanzó en el labio superior, partiéndolo. Sintió un ardor helado que se extendía desde la boca y cayó hacia atrás. Corm Atur pateó su abdomen, justo donde el urtz le golpeara con la cabeza. Skarrion perdió el aliento y rodó por el suelo, pero aún pudo oír el siseo que producía un cuchillo al salir de su funda. Se levantó y huyó, corriendo a toda velocidad. El cuchillo de Corm Atur no le había alcanzado solo por un palmo.

Al volverse, Skarrion vio al noctumbrio tomando su arco y colocando una flecha en él. Corm Atur era el mejor tirador del grupo: jamás le había visto fallar. El shakark sintió que el miedo congelaba su mente, pero se obligó a correr en zigzag. Sabía que Corm Atur estaría

calculando en ese momento el lugar preciso donde la flecha lo alcanzaría. Skarrion quebró con mayor violencia, con los pies derrapando sobre el suelo húmedo.

El aire vibró tras él, un latido después de oírse un chasquido seco. Skarrion sintió un roce en un hombro y vio algo alargado desaparecer en la distancia. Hoy, Corm Atur había fallado. Skarrion no le oyó gritar ni gruñir; el noctumbrio se ahorraría los lamentos porque se sabía un buen cazador. Tarde o temprano atraparía a su presa.

Al volverse, Skarrion vio a Corm Atur y Cu Chain, dos puntos lejanos que desaparecieron en el verdor. Podía considerarse afortunado por haber sobrevivido a una pelea mortal contra cuatro veteranos de los bosques.

Continuó corriendo y huyendo, pero al fin se permitió dejar el trote para continuar andando a paso rápido. Sentía el corazón en la garganta y cada pulsación era un trueno en su cabeza. Miró en todas direcciones, pero no vio a sus antiguos compañeros por ninguna parte. Esto no podía tomarse como un indicio de victoria o de seguridad, pues conocía a Corm Atur y sabía que no le dejaría huir. Muertos Daenir y Grakkur, y aunque a Cu Chain le faltara un ojo, el shakark se enfrentaba, tal vez, a los dos mejores rastreadores del país.

Si daba la vuelta y volvía hacia el sur toparía con ellos, pero si se adentraba aún más en el norte penetraría en los bosques de los urtzs, donde le esperaba un final incluso más espantoso. Sabía que era prácticamente imposible llegar vivo a Shakark y se encontraba demasiado al este como para tener esperanzas de encontrar el mar antes de que Corm Atur y Cu Chain lo cazaran. Hacia el este, con fortuna llegaría a la frontera dollbrakkia, tan boscosa como estos mismos parajes. Y había algo de lo que no tenía dudas: fuera donde fuese, los dos noctumbrios no abandonarían la persecución. ¿Cómo podría esquivar o engañar a unos maestros del oficio que conocían todas las tretas? Por si todo eso fuera poco, no tenía arco ni flechas, los había abandonado, confiadamente, en el lugar de los fatídicos hechos… ¿Quién hubiera imaginado que ahora los echaría de menos para utilizarlos precisamente contra sus propios compañeros? Su cuchillo aún seguiría clavado en el cuello de Daenir y no tenía otras armas, ni alimentos. No tenía nada. Además, le dolía el abdomen, donde el urtz, y después Corm Atur, le golpearan. La sangre del labio partido mojaba su paladar y sintió su sabor dulzón y metálico. La escupió. Apretó una hoja contra la boca para frenar la hemorragia.

Todos estos sufrimientos y pesares eran consecuencia de un impulso inmediato, el de salvar a una mujer que ni siquiera conocía, ni había tenido tiempo de agradecérselo… ¿Por qué sería tan estúpido?

Práctico como era, dejó de lamentarse y comenzó a pensar en lo

que hacer a continuación. Decidió seguir hacia el norte, hacia el país de los urtzs, pues sería imposible burlar o engañar a Corm Atur y a Cu Chain. Solo podía confiar en que ellos no se atrevieran a seguirlo a través de aquellas tierras peligrosas y desconocidas, pues la otra alternativa consistía en enfrentarse a los dos cazadores y matarlos o morir él de una vez por todas. Se preguntó si podría tenderles una emboscada, pero enseguida desechó esta posibilidad, pues no trataba con gente confiada y bisoña, sino que estarían ya avisados y preparados para esquivar cualquier trampa.

Además, recordó que él le debía la vida a Corm Atur.

Se detuvo y se llevó las manos a la cabeza. Aún era joven e idealista y la vida todavía no le había vuelto cínico y tramposo, y por ello se supo incapaz de acabar con quien le había librado de la muerte. Recordó que el noctumbrio le obligó a comprometerse en voz alta, lo cual acrecentaba el peso de la deuda. Ante sí tenía un grave dilema moral.

Se consoló pensando que, de cualquiera manera, decidiera lo que decidiese, lo único prioritario era continuar la huida hacia el norte.

Echó a andar de nuevo. Las sombras seguían creciendo a su alrededor y tomó la resolución de no parar en toda la noche, guiándose por la posición de las estrellas que el techo vegetal dejaba entrever. Ni siquiera podía confiar en que sus perseguidores desistieran de seguir el rastro en la oscuridad, pues todos los cazadores del grupo estaban acostumbrados a ella y sus ojos podían discernir sombras sobre sombras, como los de un gato. Siguió adelante, concentrándose para no moverse en círculos.

Fue una de las noches más angustiosas de toda su vida. A menudo se detenía para escudriñar el bosque y escuchar con atención cada crujido y susurro, esperando en cualquier momento el golpe fatal de una flecha noctumbria o urtz. Y los dolores del abdomen y el labio roto, débiles pero persistentes, no facilitaban las cosas.

La madrugada encontró a un joven shakark cansado y ojeroso, pero todavía alerta, porque nunca olvidaba que su vida corría un serio peligro.

La zona seguía siendo boscosa, pero le parecía más agreste y densa. A veces los troncos se acercaban tanto unos a otros que podía tocar dos a la vez si extendía los brazos. No había apenas espacio libre por el que caminar, por lo que tenía que abrirse paso a través de la floresta, espesa, esmeraldina y brillante. Los árboles alcanzaban mayor altura y el techo vegetal se cerraba hasta el punto de que la luz llegaba débil y dispersa. Skarrion se sintió durante unos momentos en el fondo de un mar verdoso y pensó que, si de verdad existían los espectros de los bosques, este debía ser su reino.

Ni Corm Atur ni Cu Chain aparecían por ninguna parte… ¿Y si

hubieran abandonado la caza? No. Decidió no confiar en tal posibilidad.

Siguió caminando hacia el norte, comiendo grandes cantidades de moras que tomaba de los zarzales, estudiando las sombras, vigilando siempre el terreno que pisaban sus pies.

A veces captaba figuras que solo podía discernir por el rabillo del ojo… Y cuando se volvía hacia ellas desaparecían, veloces como pájaros. Algo le decía que no se trataba de urtzs. Escuchó risas, gruñidos y correteos, o tal vez fuera el susurro de la brisa o el paso de algún animal sobre el follaje. Una vez, creyó percibir un cuerpo borroso y levemente humano, fundido con la trama de un zarzal, pero cuando clavó la mirada en él, la figura volvió a ser tan solo espinas y ramaje. Percibía un perfume agreste e irreal que impregnaba cada hoja y cada rama, un aroma que le era desconocido.

Su corazón se le disparó al sospechar que había entrado en el mítico País de los Espectros.

Se volvió, alerta.

Descubrió a la muchacha de piel clara, pelo oscuro y ojos azules que él mismo había liberado primero de los urtzs y luego de sus compañeros cazadores. No la había oído llegar y se preguntó si no se habría materializado en el aire, sin previo aviso. Seguía desnuda y lo miraba con una sonrisa dulce en los labios. Era toda una belleza. El muchacho comprendió que la chica ya no tenía miedo. Ahora, estaban en su mundo.

—Gracias —dijo ella. Su voz era grave, pero femenina. No hablaba ningún idioma conocido y sin embargo Skarrion entendía sus palabras —. Gracias por salvarme ayer de esos hombres, y dejarme huir.

—¿Quién eres? —preguntó Skarrion.

—Soy la princesa Yeanar, hija de Atroch, Señor del País Verde.

—El País de los Espectros.

Ella rio, y a Skarrion su carcajada le pareció deliciosa.

—Así lo llaman los de fuera.

Se acercó a Skarrion, que retrocedió un paso, asustado.

—No temas —dijo Yeanar—. Dame la mano y yo te guiaré. Si mi padre te encuentra no tendrá piedad de ti.

—Tampoco la esperaría de mis compañeros, los que conociste ayer. Me persiguen.

Al recordar aquellos sucesos la sonrisa de Yeanar se atenuó. Pero aún seguía tendiendo su mano y Skarrion decidió tomarla entre sus dedos. La piel de la muchacha era suave y caliente y el joven sintió un deseo repentino de estrecharla entre sus brazos. Se contuvo.

—Ven conmigo —dijo Yeanar—. Yo te llevaré lejos del País Verde, pues tú perteneces al Mundo Exterior, que es feo y maligno. —Sonrió, y el bosque entero pareció cobrar nitidez y brillo en torno a ella—.

Pero tú no eres maligno, como esos otros hombres.

Antes de que Skarrion pudiera responder, ella se volvió, haciendo revolear el cabello, y tiró de su mano.

Caminaron con rapidez, con Yeanar como guía. De vez en cuando, la muchacha se detenía y miraba en todas direcciones, como si alguien oculto los vigilara. Después reanudaba el paso, con la misma vivacidad.

—¿Cómo te capturaron los urtzs? —preguntó Skarrion.

—Fue culpa mía: un exceso de curiosidad, pues salí del País Verde. Mi padre y mis amigos me habían advertido acerca de los peligros del Mundo Exterior, pero yo quería verlo con mis propios ojos, así que me interné en los terrenos de los hombres oscuros… Y me atraparon. Mi padre salió a buscarme, pero no me encontró. Tu grupo me liberó de los hombres oscuros, y tú, a su vez, me liberaste de tus compañeros.

—De mis… antiguos compañeros solo quedan dos, que aún nos buscan. A mí me matarán y a ti te venderán como esclava.

—No durarán mucho en el País Verde. Sus moradores no toleran a los humanos y esa es la razón de que tengas que volver cuanto antes a tu mundo.

Skarrion se detuvo, obligando a la chica a hacer otro tanto.

—Pero tú eres humana… —dijo, mirándola fijamente. Una expresión enigmática velaba el rostro de Yeanar— . ¿O no?

Ella se limitó a tirar de Skarrion, y siguieron andando.

—Mi padre, el Señor Atroch, se encargará de tus compañeros. Y no lo lamentaré por ellos.

Skarrion no respondió, presa de sentimientos contradictorios; aún le debía la vida a Corm Atur y su deber era ayudarlo. Trató de pensar en otras cosas.

—¿Cuáles son los límites del País Verde? —preguntó.

—Es limitado y al mismo tiempo es infinito. —Sonrió y se encogió de hombros—. Es mágico. Una camina desde el Mundo de Exterior y de pronto entra en su interior y se da cuenta, porque percibe la diferencia en la vegetación, en el perfume del aire… Si intentas atravesarlo no escaparás jamás, pero si quieres salir de él no tienes más que dar la vuelta y volver sobre tus pasos. Yo te llevaré hasta los lindes del País Verde y pronto estarás de nuevo en el Mundo Exterior.

»Los hombres oscuros no entran en el País Verde. Temen a sus moradores. Nos temen.

—¿Qué clase de… criaturas vivís en el País de los Espectros…, o País Verde?

Ella lo miró y se detuvo. Los dos casi chocaron, tan cerca uno del otro que Skarrion percibió su dulce olor corporal. Yeanar le puso un dedo sobre los labios.

—No seas tan curioso —dijo, en susurros. Había algo en sus ojos

azules que oscilaba entre la súplica y la amenaza—. Las preguntas incomodan a los espíritus y pueden volverse peligrosos.

Se volvió, golpeando el rostro de Skarrion con su melena, y reanudaron la marcha. Él la seguía, receloso y maravillado.

Siguieron andando. El tiempo parecía doblarse caprichosamente, en extraños bucles. Skarrion se sentía vigilado. En una ocasión miró hacia la derecha y vio entre el follaje un lobo enorme que le mostraba los colmillos. Pero no tenía garras, sino manos, y su rostro peludo casi parecía el de un hombre. Se escabulló entre el ramaje. En otro momento vio, en la bóveda vegetal, un pájaro enorme, un ave depredadora, dado lo afilado de sus garras y su pico. El animal se posó en una gran rama y ya no fue una bestia emplumada, sino un hombre desnudo, delgado y musculoso, de mirada salvaje, que lo estudiaba con sus ojos ambarinos. Desapareció entre las hojas.

Aquellos seres alarmaban al joven, pero sabía que junto a Yeanar estaría seguro. Aun así, cada dos por tres tenía que apartar de su mente las dudas sobre la naturaleza de su bella y misteriosa guía.

Una sensación de alarma golpeó al muchacho en la nuca, un sexto sentido que solo tienen los que dedican su vida al peligro y la violencia. Tiró de Yeanar hacia él y los dos fueron al suelo. Algo cruzó el aire a pocos pasos y se clavó en un árbol. Una flecha.

—¡Vámonos! gritó Skarrion.

Se levantó y de pronto cayó al suelo, sintiendo rigidez en su pierna derecha. Vio la flecha atravesando el muslo y apretó los dientes, dolorido. Se sentó y levantó el miembro herido, que ya soltaba sangre y sentía arder como los fuegos del infierno.

Yeanar lo miró con ojos desorbitados.

—¡Vete! —dijo Skarrion—. Son mis compañeros, que por fin me han encontrado. Te forzarán y luego harán de ti su esclava. ¡Vamos, corre!

Yeanar se volvió hacia todos lados, llena de angustia. Sus ojos se fijaron en un lugar concreto.

La chica estaba mirando a Cu Chain, que se les acercaba tranquilamente, con el arco a medio tensar y con una flecha colocada en él. Su cuenca izquierda estaba cubierta por una venda que daba la vuelta a su cráneo.

—Dile a tu amiguita que la atravesaré si trata de huir. Me debes un ojo, Skarrion.

Corm Atur apareció desde otro punto, también con el arco preparado para disparar. Caminaba con precaución hacia sus presas y no había perdido aquel sincero aire de sobrio dramatismo.

Skarrion partió la flecha clavada en su pierna por el punto en que se unía al músculo femoral. Sin la cola emplumada, podría sacarla.

—Tira de la flecha —ordenó a la chica. Ella lo miró durante

algunos latidos, sin comprender—. ¡Tira de la flecha, maldición!

Yeanar agarró la madera ensangrentada e intentó extraerla. Skarrion sintió el asta deslizarse dentro de su pierna y apretó los dientes para no gritar. Aferró él también la flecha y empleó todas sus fuerzas en la tarea de sacarla de su cuerpo.

El proyectil salió de la herida y por el agujero escapó la sangre, a pequeños borbotones. Skarrion suspiró y jadeó, aliviado, pues la flecha ya estaba fuera. Por fortuna, no había tocado el hueso.

—Muy bien, muchacho —dijo Corm Atur—. Toma, esto te ayudará.

Le arrojó un pellejo de aguardiente, Skarrion lo cogió al vuelo y se lo tiró a la cara. El noctumbrio lo esquivó y su rostro tomó una expresión sombría y colérica.

—La chica te ha sorbido los sesos, shakark —dijo—. Antes de conocerla eras una persona razonable. Estoy tentado de matarla aquí y ahora, para que recuperes de una vez por todas la cordura.

—¡No! —protestó Cu Chain, que volvía hacia ellos con el pellejo de aguardiente—. ¡La hembra nos dará beneficios cuando la vendamos, y aún he de vengarme de él!

—Todo a su tiempo, amigo —dijo Corm Atur—. Con esa pierna herida no podrá hacernos daño, así que nos iremos de aquí cuanto antes, llevándonos a los dos.

—¡No saldréis del País Verde con vida! —exclamó Yeanar.

—Vaya, la pequeña puta sabe hablar —dijo Corm Atur, mirándola con ojos glaciales—. Aunque su idioma no es ninguno que yo conozca… Pero puedo entenderlo. Sospecho que este es el mítico País de los Espectros y tú uno de sus habitantes. Seas una criatura natural o no, nos conducirás al exterior o te rebanaré el pescuezo con mi cuchillo, y entonces veremos si también puedes sangrar.

Skarrion ya se había vendado la herida con jirones arrancados de su túnica corta de estameña, y rodeó y apretó el muslo con otra tira, para contener el riego sanguíneo y dificultar así la hemorragia.

—¡En pie, jovencito! —ordenó Corm Atur—. ¿O acaso no puedes alzarte sobre tus propias piernas?

Skarrion se acercó al árbol más cercano y, apoyándose en el tronco, consiguió levantarse.

—Ahora, ¡camina delante de nosotros!

Skarrion así lo hizo, cojeando. Yeanar fue a su lado para que se apoyase en ella, pero Corm Atur la agarró de un brazo y la apartó del norteño, obligándola a mirarle a los ojos.

—Si te portas mal mataremos a tu héroe salvador —advirtió—. Cu Chain le sacará un ojo y yo mismo le rajaré el pecho y meteré la mano en la herida hasta agarrar su corazón, apretándolo y soltándolo sucesivamente, mientras aún le quede vida. Es una tortura muy

dolorosa, y así tratamos en mi tierra a los traidores. Pero no creas que nos olvidaremos de ti: no te mataremos, y aunque nuestra violencia sobre tu cuerpo será de otro tipo, tampoco será algo rápido. Ni agradable.

Yeanar palideció, pero se soltó con rabia y llegó hasta Skarrion, tomándolo de un brazo.

—Ten fe —susurró al oído del norteño—. Nos salvaremos.

Pero Skarrion se sentía muy desgraciado. Podía intentar matar a Cu Chain, pero no a Corm Atur, a quien le debía la vida. No había olvidado la palabra dada y su razón luchaba contra su idealismo joven y necio.

Cu Chain se colocó en la retaguardia del grupo y Corm Atur a la derecha de los prisioneros, también con el arco ya preparado, mirando en todas direcciones, atento a cualquier posible peligro de aquel mundo extraño. Nadie tenía ganas de hablar.

La mujer los condujo hasta un riachuelo de aguas cristalinas, cubierto por un arco esmeraldino de follaje. Yeanar bebió para demostrar que el agua no estaba envenenada y Corm Atur y Cu Chain también saciaron su sed. Skarrion se desplomó junto a la orilla, exhausto, pues la pierna herida era un tormento. Cuando el shakark ya iba a beber, como los demás, Yeanar le contuvo.

—No —susurró—. Bebe de mis manos.

Skarrion la miró, confundido, pero asintió. Ella unió sus palmas formando un cuenco y él sorbió de ellas con avidez.

Una energía extraña recorrió su organismo y casi gritó cuando sintió unirse las fibras rotas de carne y músculo de su pierna herida. El agujero se había cerrado por sí solo, haciendo desaparecer la hemorragia, todo ello en menos de diez latidos. Ella lo miró con severidad y Skarrion no abrió la boca, comprendiendo que Yeanar no solo era una princesa de aquel reino, sino también una maga.

—¡Sigamos! —ordenó Corm Atur.

Se levantaron. La pierna derecha de Skarrion volvía a encontrarse en perfectas condiciones, llena de fuerza, pero continuó andando con lentitud, fingiendo estar cojo.

La muchacha los llevó a una zona aún más agreste y frondosa, donde la maleza se cerraba de manera casi inexpugnable y los árboles competían por el terreno, hasta el punto de parecer titanes congelados en medio de una batalla.

—Más allá de este muro verdoso está el Mundo de Exterior —dijo Yeanar.

—Tú vendrás con nosotros —dijo Cu Chain.

Corm Atur le calmó con una palmada en el hombro y se volvió hacia la mujer.

—No temas, muchachita, pues una vez en el exterior te soltaremos

y liberaremos también a tu amante.

Yeanar enrojeció al oír el calificativo impuesto a Skarrion y la ira venció al fin al miedo:

—¡No creo que nos sueltes cuando ya no te necesitemos! —exclamó—. ¿Por qué iba a creerte? ¡Es una mentira!

—Puede ser. Pero si no me obedeces os mataremos a los dos aquí mismo y entonces nunca podrás comprobar si digo la verdad o no.

—No duraríais mucho tiempo sin mí en estos bosques —replicó Yeanar—. Las criaturas del País Verde se contienen de atacaros solo por temor a que yo salga herida.

—No me da miedo la muerte —respondió el noctumbrio—. Solo temo llevarme a pocos conmigo cuando llegue el momento.

Su rostro se endureció, levantó el arco y soltó la cuerda.

—¡No! —gritó Skarrion, alzando una mano en un gesto tan instintivo como inútil.

La flecha pasó a dedos del rostro femenino y ella soltó un grito agudo y se envaró.

—La próxima te arrancará el ojo derecho —dijo Corm Atur, colocando otra flecha en el arco—. Estamos perdiendo el tiempo, así que volvamos a caminar, y tú la primera.

La chica obedeció, aún temblorosa. Se abría paso con su agilidad natural por entre la espesura, pues la vegetación casi parecía apartarse por sí misma ante ella. Skarrion la siguió, moviéndose con una torpeza fingida y sufriendo arañazos por todo el cuerpo. Cu Chain iba después y el último era Corm Atur. Las sombras del bosque parecían susurrar y mirarlos amenazadoras desde sus escondites.

Salieron de aquella zona casi infranqueable. Excepto Yeanar, todos estaban sudorosos y magullados y suspiraron con alivio por haberse liberado de la espesura. Ante ellos el terreno descendía de manera abrupta y se abría en un valle profundo, con laderas y barrancos de piedra y tierra dura. Pero sobre todas esas cuestas y fachadas la vegetación escalaba afanosa y tenaz por entre los taludes y las cornisas de roca. Después de aquel gran cuenco el bosque continuaba y se volvía más espeso y oscuro, como si quisiera vengarse por aquella interrupción en su reinado, hasta la línea del horizonte.

—Este gran valle marca la frontera —dijo Yeanar—. Solo tenéis que cruzarlo y entraréis en las tierras de los hombres oscuros.

—Debe referirse a los urtzs —dijo Cu Chain.

—Mejor eso que seguir aquí dentro —repuso Corm Atur—, donde hay trolls y duendes y cosas aún peores.

Hizo un movimiento perentorio con la mano y comenzaron a bajar la pendiente, muy empinada, en la cual se sucedían los taludes de roca desnuda y las lenguas de tierra, salpicada de árboles y maleza.

Oyeron un rugido colérico, brutal.

Se volvieron y vieron, sesenta pies arriba, en la cima de la cuesta por la que estaban bajando, al oso que persiguieran durante el día anterior. Los miraba con unos ojos penetrantes y rabiosos, de color azul. Mostró los colmillos y emitió un nuevo grito cavernoso que inundó el valle entero.

Los tres hombres se habían quedado helados de espanto, pero Yeanar miraba con serenidad a la bestia terrorífica y majestuosa.

—Es mi padre, Atroch, el Señor del País Verde —dijo con orgullo—. Nos ha encontrado.

Sus palabras pasaron desapercibidas para los cazadores, pues aquella mole de músculos, temblorosos bajo el pelaje grueso, ya saltaba de piedra en piedra con una potencia y una agilidad increíbles.

—¡Dispárale, Cu Chain! —ordenó Corm Atur.

Cu Chain tensó el arco y lanzó la flecha, que se hundió en el hombro derecho del monstruo. El animal rugió de dolor, se llevó una zarpa al lugar herido y, de una forma casi imposible, antinatural, cogió la saeta, la extrajo y la arrojó al fondo del barranco.

Cu Chain quedó inmóvil, con la mandíbula caída, en un rictus de pánico y estupor, mientras la orina empapaba sus piernas.

—Vamos a morir todos… —gimió, en un tono suave y agudo, infantil—. Es uno de los dioses primigenios, el Hombre Oso de los cuentos y las leyendas… Es real… Real…

La bestia llegó a él y se alzó sobre dos patas gruesas como troncos de árbol. Medía doce pies de alto y dos pasos de hombro a hombro. Sus ojos azules brillaban con un poder antiguo y espeso. Cu Chain cayó sobre las rodillas, preso de un terror tan absoluto que se confundía con la adoración. Temblando, llorando y sonriendo, levantó sus manos, las unió en un solo puño y musitó con voz entrecortada y aguda una alabanza a la deidad, a la pesadilla, a la leyenda hecha carne y hueso. Atroch levantó una de sus patas delanteras y al golpear desgarró el cuerpo humano con las uñas, largas y filosas como dagas. El cadáver de Cu Chain se desplomó sobre un costado, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

Pero Corm Atur, Skarrion y Yeanar ya estaban corriendo pendiente abajo. El shakark sentía su pierna llena de energía y ya no tenía sentido fingir la cojera, así que no se rezagaba. Llegaron a una zona de taludes y fachadas pétreas donde la maleza raleaba y el terreno se abría en un abismo de al menos cuarenta pies de profundidad. No pudieron hacer otra cosa que caminar en fila de uno, pasando de roca en roca, sobre cornisas estrechas e irregulares.

—¡Ve con tu padre! —dijo Skarrion a Yeanar—. ¡Vuelve a tu mundo!

—¡No! ¡Si te dejo ahora Atroch te matará! ¡Solo yo puedo salvarte!

Skarrion la cogió del brazo y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Por qué lo harías?

—Tú me liberaste ayer de esos hombres, por tanto es justo que ahora te devuelva el favor.

—Quiero hacer algo y quiero hacerlo ahora, cuando aún estoy vivo y junto a ti.

—¿Qué?

La agarró por el talle y la atrajo hacia sí, besándola y bebiendo de sus labios. Yeanar se abandonó y respondió con igual intensidad.

Cuando se separaron, Skarrion sonreía y ella lo miraba con los ojos brillantes y la boca entreabierta. Se volvió para mirar hacia arriba.

—¡Hemos de seguir huyendo!

Le tomó de la mano, entrelazando sus dedos con los de él, y echaron a correr y saltar sobre las rocas.

Dieciséis pies arriba, Corm Atur apuntó con su arco y disparó. La flecha se hundió en la mejilla derecha de Atroch, pero el Señor del País Verde rugió con su voz profunda y mordió y rompió en pedazos el asta, sangrando a borbotones por la herida. Aquel dolor le había enfurecido aún más y bajó como una tromba carnosa y peluda. Corm Atur disparó de nuevo y la flecha esta vez dio en el pecho del ser, pero el monstruo se la arrancó como si fuera una espina.

Hombre y bestia quedaron uno frente al otro. Corm Atur comprendió que solo escaparía de aquella mole lanzándose al abismo, lo que le produciría una muerte instantánea o la rotura de sus miembros, quedando indefenso ante Atroch, su enemigo. El noctumbrio tiró el arco y desenvainó el cuchillo. Sonreía con la alegría desesperada de los condenados y desorbitaba sus ojos de acero oscuro. Se golpeó con los puños el pecho y soltó un alarido. El oso levantó su cuerpo y vociferó también su grito de ira y poder.

Skarrion soltó la mano de Yeanar.

—He de ayudar a Corm Atur —dijo.

—¡Es tu enemigo! —protestó la joven.

—Pero le debo la vida y a pesar de todo tengo que intentar salvarlo.

Empezó a escalar las rocas, desandando lo recorrido.

Atroch anduvo sobre dos patas durante varios pasos. Su sombra cubrió a Corm Atur, que casi se mareó a causa del hedor del monstruo. Un brazo peludo hendió el aire, pero Corm Atur saltó hacia atrás y las garras solo abrieron la roca, dejando surcos profundos en ella.

Skarrion llegó corriendo. Agarró un pedrusco y lo arrojó contra el hombre-oso, que de un manotazo lo envió al fondo del barranco.

—¡No has olvidado tu deuda! —exclamó Corm Atur.

—¡No la he olvidado! —respondió Skarrion.

—¡Entonces muere conmigo!

Atroch cargó contra ellos. Lanzó una tremenda dentellada a Corm Atur y el noctumbrio la esquivó, asestando al mismo tiempo un tajo en el costado izquierdo del ser. Pero durante aquel lance el cazador había perdido el equilibrio, sus pies resbalaron sobre el borde del abismo y cayó al vacío… Y aún pudo aferrarse con una mano a la roca, quedando colgado cuan largo era, como una banderola de carne sobre el lienzo de piedra. Levantó el brazo derecho y apoyó la otra mano en la cornisa, sin soltar el cuchillo. Atroch golpeó con sus zarpas y las garras cortaron y desgarraron los dedos de la mano derecha, hasta los nudillos. Carne y huesos sanguinolentos volaron junto al acero brillante. Corm Atur gritó y bufó y metió la mano chorreante bajo la axila izquierda. Con la izquierda se aferraba a la roca, a punto de soltarse por culpa del cansancio y el dolor. Pronto caería al fondo, a las piedras aguzadas donde como poco se destrozaría los tobillos o las rodillas.

Skarrion se acercó a la espalda anchísima y peluda, pero Atroch se volvió hacia él, con una voz vibrante y pedregosa, regurgitada desde las mismas entrañas. El joven sintió una vaharada de su aliento fétido y caliente y el peso de aquellos dos ojos viejos y malignos.

Sonó la voz de Yeanar. La hija del Señor del País Verde gritaba palabras en un idioma desconocido, incomprensible para los dos hombres. Atroch titubeó, mirando fijamente a su hija con sus ojos helados y azules. La muchacha quizás le estuviera pidiendo el perdón para el joven shakark, o al menos así quiso creerlo Skarrion. El dios oso rugió otra vez y ella calló, pero al momento Yeanar volvió a hablar en su extraña lengua.

Skarrion aprovechó la oportunidad para acercarse a Corm Atur y agarrar su muñeca izquierda. El noctumbrio, pálido y sudoroso, comenzó a subir gracias a los tirones del norteño. Skarrion le miró a los ojos.

—Estamos en paz. ¡Dilo!

Corm Atur asintió, sonriendo con rabia.

—Estamos en paz, muchacho. Ya no me debes nada.

El shakark llevó al noctumbrio a la cornisa y los dos bajaron por el camino estrecho y rocoso que ya antes tomaran Skarrion y Yeanar. Atroch parecía más calmado, pues las palabras de su hija parecían haber hecho efecto. Skarrion se reunió con ella.

—Has de irte, ahora que aún puedes —apremió Yeanar.

—Adiós, mi hermosa muchacha de los bosques —se despidió Skarrion.

Ahora fue ella quien le abrazó y le besó con pasión y dulzura. Atroch rugió enfurecido, pero no hizo nada para interrumpir a la pareja.

Cuando los dos jóvenes separaron sus labios Yeanar sonreía, pero

sus ojos estaban húmedos.

—Adiós, mi hermoso salvador.

Los dos quedaron enganchados por los ojos, en un instante efímero y eterno, pero al final las miradas se rompieron y Skarrion se volvió y echó a andar, montaña abajo.

Llegó junto al noctumbrio, que ya le estaba esperando. Se miraron con agresividad, pero ninguno quería ya combatir.

—Es mejor que nos vayamos de una vez por todas —dijo Corm Atur—, antes de que ese monstruo cambie de parecer.

Skarrion asintió.

Bajaron hasta el fondo del valle, sin que nada ni nadie intentara detenerlos. Y cuando se volvió hacia arriba, Skarrion descubrió en la cúspide de la elevación dos osos, uno gigantesco y otro más pequeño y esbelto, que le seguía con cierta elegancia. El joven shakark estaba seguro de que los dos tenían ojos de color azul.

Los dos cazadores se internaron en el valle y, tras caminar un rato, se detuvieron para descansar. Corm Atur cambió su primer vendaje, comprobando que los muñones de los dedos aún sangraban, pero débilmente.

—No volveré a tirar con arco —dijo, con amargura.

—¿Dejarás de cazar?

—Nada ni nadie tiene lo que hace falta para alejarme de los bosques. Lanzaré el cuchillo o la jabalina o me convertiré en un maestro de las trampas. Los gamos, lobos y osos seguirán temiendo el nombre de Corm Atur de Noctumbria. Y también los urtzs.

—Hablando de ellos… Ahí delante están sus bosques. No tenemos otra alternativa que meternos en ellos, si no queremos volver al País de los Espectros.

Miraron el oscuro y salvaje muro de troncos, ramas y hojas que tenían frente a ellos.

—Toda una hazaña digna de ser narrada, el entrar ahí dentro y salir con vida, ¿verdad, shakark?

—Verdad.

—Pero será una hazaña que cada uno de nosotros llevará a cabo en solitario. A partir de aquí nos separamos.

Corm Atur se levantó. También Skarrion.

—No puedo olvidar a Daenir, ni a Grakkur —dijo el noctumbrio—. Eran buenos amigos míos y tú los mataste. Tampoco podré olvidar al pobre Cu Chain; fue el oso quien lo mandó al infierno, pero se puede decir que tú fuiste el culpable de todo este maldito embrollo. Si tú y yo continuáramos juntos no podría mantener dormido durante mucho tiempo al diablo de la venganza.

—Lo comprendo.

—Buena suerte, Skarrion Gunthar.

—Buena suerte, Corm Atur.

Los dos echaron a andar, Skarrion hacia el noroeste y Corm Atur hacia el noreste. No volverían a verse hasta muchos años después. Pero ese encuentro pertenece a otra historia.

Skarrion cruzó la primera línea de árboles, metiéndose en la oscuridad. Se preguntó si conseguiría sobrevivir a los urtzs o, por el contrario, terminaría en las garras del pueblo más primitivo de toda Noctumbria.

Endureció el mentón, cerró los puños y siguió caminando.

AMOR Y GUERRA

Skarrion Gunthar frenó su caballo, echó una mirada en torno a él y palmeó el cuello bajo las crines, mientras el animal relinchaba y agitaba su cabeza, contento bajo el sol brillante. Se encontraban en una pradera de hierba esmeraldina, salpicada de flores doradas, con algunos árboles de ramaje espeso y aplanado y tronco grueso y oscuro. El cielo se extendía glorioso sobre ellos, infinito y azul, y la brisa traía un frescor tenue y amable que invitaba a respirar con fuerza para deleitarse con sus aromas de campo.

El shakark llevaba puesta una camisola ancha de tela dura, casi una túnica, negruzca y ajada, con las mangas cubriendo hasta el codo, y un faldón que llegaba hasta la mitad del muslo; llevaba calzones anchos y largos y botas de montar, al estilo de las hordas bárbaras del este rashenkano; llevaba muñequeras de cuero en los antebrazos, más como adorno que por algún fin práctico; y un cinto del que pendían, cada arma en su funda, una espada curva de un solo filo y una daga ancha y triangular, perfecta para detener los golpes del enemigo o bien para hurgar entre sus costillas. También guardaba, en el hato con los útiles del vagabundeo, un cuchillo de monte en su funda. Tenía asegurada a la silla un hacha contundente de una sola hoja, con el acero envuelto en gamuza, y de la silla pendían un arco largo, protegido por un estuche rígido de madera y cuero, y una aljaba llena de flechas.

Skarrion aspiró la brisa fresca y saludable, llena del olor a pino, hierba húmeda y amapolas, y sonrió a la existencia misma, contemplando las montañas del sur de Rashenka, altas y majestuosas, con coronas de nieve. Soltó una carcajada sin poder evitarlo, como una criatura natural que gozara de su mera existencia, sintiendo esa felicidad momentánea y caprichosa que, tan pronto como viene, se va.

Se movió al trote, hasta divisar una cabaña de negros troncos. Anejo, había otro edificio grande y sencillo, de cuyo interior escapaban el mugir de las vacas y el gruñir de los cerdos. No pretendía asaltar a unos campesinos, por culpa de ciertos escrúpulos que casaban mal con su vida de mercenario y a los cuales no podía, ni quería, renunciar. Además, poco provecho iba a conseguir, pues aquellas construcciones hablaban acerca de gentes sencillas; poco oro y ninguna joya obtendría de ellos. No le quedaban apenas provisiones para el viaje y decidió comprar los alimentos con el trabajo que pudieran dar sus brazos enérgicos y sus manos callosas.

Un rashenkano robusto, típico labriego del país, salió a recibirlo. Era fornido, de estatura media y algo tripón. Vestía una camisola de estameña, de mangas abolsadas, calzones anchos, ajustados en los tobillos con cuerdas de esparto, y zapatillas de labranza. Un cinto de cuero rodeaba su cintura, bajo el abdomen caído y prominente. En su diestra tenía un hacha de leñador, aún con briznas de madera en el filo, y había cierta amenaza en el vigor con el que la empuñaba. Tenía un rostro rudo y noble, sin ambigüedades, un rostro puro del campo, donde se podía leer como en un libro abierto, con ojos de color azul oscuro que miraban de manera directa, sin pestañear. El mostacho salvaje y pardusco llegaba casi hasta el mentón, pero no tenía barba. Su cabello era corto y punzante, lo que le daba a su cabeza el aspecto de una bola rocosa.

Aquel hombre se sorprendió al ver allí mismo a un forastero de aspecto guerrero, vestido como para atravesar las estepas de oriente, y sin embargo con rasgos septentrionales.

Skarrion levantó su mano derecha con la palma hacia fuera, como gesto de paz, y utilizó la lengua rashenkana, aunque teñida por los acentos recientes del este, y también por los más antiguos de su país natal:

—¡Salud, buen hombre! Mi nombre es Skarrion Gunthar y soy nativo de Shakark. He luchado en las guerras del norte y del oeste, pero ahora ya no busco pendencias. Estoy de paso por estas tierras y necesito comida y alojamiento; no puedo darte mis últimas monedas, así que estoy dispuesto a trabajar en lo que haga falta, y me marcharé en no más de diez días.

Descubrió en las ventanas de la cabaña rostros que lo estudiaban con curiosidad y recelo. Sin duda se trataba de la familia del campesino.

El rashenkano se rascó la cabeza, ahora más sorprendido que desconfiado. Al fin, sonrió.

—Hablas bien el rashenkano, joven extranjero… ¡Sea! ¡Acepto el ofrecimiento! Pareces fuerte y duro, ¡y por todos los dioses que tendrás que serlo para para cortar leña, acarrear agua, marcar terneros y limpiar de boñigas los establos! Mi nombre es Yablosc. Ahora trabajas para mí.

Skarrion cambió la espada por el azadón, el arco por el hacha de cortar leña y las dagas por cubos llenos de pienso, y la única sangre que manchó sus manos fue la de los cerdos que degollaba y descuartizaba.

Yablosc era un granjero típico del sur rashenkano. Tenía en propiedad algunas vacas, gorrinos y pollos, y como capricho personal

trabajaba un pequeño huerto de acelgas. También se dedicaba a la apicultura, con cinco panales que no cesaban de producir cera y miel. Vendía una parte de sus productos en las ferias regionales; vivía sin estreches aunque no fuera rico, gracias a que jamás permanecía ocioso y no cesaba de trabajar, igual que sus abejas, desde la salida a la puesta del sol. Por suerte, los impuestos reales no eran difíciles de pagar en aquella época, así que los campesinos como él podían respirar tranquilos y comer tres veces al día. Había una paz al parecer estable en la nación, pues el monarca de Rashenka protegía a sus súbditos con mano de hierro, los malhechores eran detenidos con rapidez y los verdugos no estaban ociosos. Casi había desaparecido el bandidaje y las incursiones de los jinetes del norte y el este resultaban muy esporádicas, pues los esteparios se dedicaban sobre todo a hostigar las caravanas que procedían de o se dirigían al imperio de Uan.

Yablosc tenía una esposa, Yara, y tres hijas: Renca, Ana y Luba. Renca era la mayor, se había casado dos años atrás con un muchacho de la región y vivía una existencia tranquila en una granja cercana. Ana y Luba, de diecinueve y quince primaveras, aún vivían en el hogar paterno. Eran dos chicas espigadas, altas y esbeltas, pero Ana ya mostraba cuerpo de mujer, con caderas deliciosas y pechos llenos que se pegaban a sus vestidos de niña. Tenía unos ojos vivaces, muy azules, enmarcados por un rostro fino y bello, tonificado por la vida en la montaña. El cabello, que trataba de cuidar a pesar de su vida ruda y campestre, y del que estaba muy orgullosa, le caía sobre la espalda, largo, liso, dorado, sedoso y espeso.

Aquella muchacha pareció encapricharse de Skarrion. No hacía más que rondarlo, observando cada gesto y movimiento del forastero con ojos bien abiertos y brillantes, hasta el punto de que se hicieron compañeros habituales. Él procuraba mantener los límites, pero ella se mostraba juguetona y malévola, a veces niña y a veces mujer, y hacía todo lo posible por traspasarlos. Incluso parecía que los constantes desaires del vagabundo no hacían otra cosa que incitarla y volverla más audaz.

Una mañana, Skarrion se encontraba en la parte trasera del granero, junto a un tocón de madera, cortando leña. Tenía el torso desnudo y brillante a causa del sudor, y los músculos se tensaban y marcaban por el esfuerzo físico.

Alzó el hacha una vez más y descargó el golpe sobre el madero, cortándolo en dos. Ya se quitaba el sudor de la frente con la mano cuando sintió que alguien le vigilaba y se le acercaba en silencio. Llevado por los viejos hábitos, se volvió con brusquedad, agarrando el hacha a dos manos, dispuesto para descargar un nuevo golpe y cortar carne y hueso en lugar de madera.

Ana retrocedió un paso, espantada, reprimiendo un grito, con los ojos abiertos como platos. Al ver que Skarrion se relajaba ella sonrió, amigable y apaciguadora.

—Perdóname si te he asustado —dijo—. Llevo ya un rato observándote y decidí hacerte compañía.

Skarrion era serio y hosco por naturaleza, pero Ana siempre lograba hacerle sonreír.

—¿No deberías estar ordeñando las vacas? —preguntó.

Ella se le acercó, mirándole con unos ojos que ya no eran los de una niña. Vestía uno de sus sencillos trajes largos, que ceñía sus caderas de manera turbadora, y el escote dejaba ver el comienzo del surco entre los senos de mujer. Skarrion se repitió a sí mismo que no quería enemistarse con Yablosc, así que sería mejor contener su naturaleza y dejar en paz a su hija.

Pero ella posó una mano dulce en su antebrazo y sus pechos rozaron el del joven.

—He terminado mis tareas —respondió, mirándole a los ojos, y se encogió de hombros—. Me aburría y decidí venir contigo.

Skarrion se volvió malhumorado, dándole la espalda.

—Bien, ¡pues yo aún no terminé!

Colocó otro leño y lo cortó de un solo golpe, con rabia. Alzó el arma y ella se coló bajo sus brazos y alzó los propios, agarrando con sus manos el borde inferior del arma.

—¡Enséñame a usar el hacha! —exclamó, sonriendo de oreja a oreja, pegándose y casi empujando con el suyo el cuerpo de Skarrion.

Sintió el joven que su corazón se le desbocaba, que la fuerza y el placer inundaban su cuerpo, que la sangre rugía en sus sienes… Y aun así consiguió retroceder un paso.

—Está bien… —accedió, con voz ronca—. Agárralo por el mango, bien fuerte, y no lo sueltes, con una mano cerca del borde inferior y la otra algo más arriba…

Ana volvió a colocarse entre sus brazos, con su espalda y sus nalgas aplastadas contra él, asiendo la dura herramienta por donde le habían indicado.

—Guía tú mis brazos —susurró la muchacha, con voz dulce.

Skarrion olió el pelo de la joven y sintió su carne caliente. Bufó, le arrebató el hacha de las manos y la arrojó con fuerza. El arma voló hasta clavarse en un roble cercano.

—¡Al infierno con el hacha! —gruñó.

Aferró con fuerza a la chica por las caderas y la obligó a volverse. La abrazó, aplastando su cuerpo entre sus brazos. Se besaron con avidez y él sintió contra sus labios la sonrisa triunfal, femenina.

La estancia de Skarrion en el hogar de Yablosc se alargó mucho más de lo que en principio había calculado. Trabajaba por tres hombres, jamás vagueaba y era, a su manera tosca, educado con la familia. Esa rudeza era natural, no ocultaba ningún mal carácter y ellos lo sabían, así que empezaron a tomarle cariño.

Pero ese afecto tan cándido cambiaba su naturaleza cuando se trataba de Ana…

Aquella noche, la muchacha entró en el granero por un ventanuco. Casi no veía nada, por lo que, mientras caminaba despacio sobre la paja, iba tanteando al frente con las manos. Sus dedos toparon con un pecho masculino desnudo, lo acarició con ansia y sonrió. Skarrion la abrazó y se besaron.

—No te habrá visto tu padre, ¿verdad? —susurró él.

—No —respondió ella, de igual manera—. Solo mi hermana Luba conoce estas escapadas nocturnas y sabe que, de chivarse, yo le daría la paliza de su vida. Además, es una tonta romántica y disfruta ayudándonos en lo que puede.

—¡Que los dioses la bendigan! —susurró Skarrion, antes de ceñir aún más la cintura de Ana y apretarla contra su cuerpo.

Bebieron uno del otro. Se tumbaron en la paja y pronto ya estaban haciendo el amor. Skarrion se esforzó para hacerla gozar y Ana pasó de la respiración pesada a los gemidos, a los jadeos y luego a los gritos escandalosos, que provocaron el espanto de Skarrion y le llevaron a taparle la boca.

Cuando estuvieron tumbados uno junto al otro en la oscuridad, desnudos, piel contra piel, secándoseles el sudor, ella le dijo, como tantas otras veces:

—Te quiero, Skarrion.

—También yo te quiero, Ana.

Ella se incorporó sobre un codo y la cadera y le miró con ojos desorbitados, como alarmada. Era la primera vez que su amante pronunciaba esas palabras, tan raras en alguien como él. El chico alzó una ceja, sorprendido. Habían salido solas, como si tuvieran vida, y lo más sorprendente era que resultaban ciertas: realmente la quería.

—Repítelo —ordenó la muchacha.

—¡Maldita sea, claro que te quiero! —exclamó Skarrion, riendo—. ¡Me has cazado, muchacha! ¡Te amo! ¡Sí que te amo!

Ana se le echó encima y le cubrió de besos.

Los padres de la chica se lo tomaron bien, para sorpresa de Skarrion, y les dieron su permiso y sus bendiciones. Ana y él se dirigieron en un amanecer esplendoroso a la Caverna Sagrada, una enorme cueva que la naturaleza había abierto sobre la fachada del pico más alto de la

región. Dentro, los paisanos rendían culto a sus diferentes dioses.

Pasó la pareja ante el altar de Iosk, Señor de la Caza, a cuyos pies reposaban numerosas cabezas de alce y lobo. También observaron el ara de Ravena, diosa de la tierra y las cosechas, a la que se le habían ofrecido barriles llenos de trigo, bayas, nueces y manzanas, en agradecimiento por el buen año que habían tenido los lugareños y como petición de bonanza para el próximo.

Los ojos de Skarrion se fijaron en Yascla, la diosa de la guerra.

Era una estatua enorme de roca oscura que representaba a una mujer de belleza severa y glacial. El contorno de su rostro y de su cuerpo era un cúmulo de ángulos bruscos y aristas filosas y hostiles, capaces de herir la carne y tronchar los huesos. Vestía cota de mallas, calzaba botas de montar y llevaba guanteletes de aspecto metálico. Sus manos agarraban con fuerza el puño de una espada larga, apuntada hacia arriba, perfectamente vertical. La posición del arma mostraba cierta condescendencia, como si fuera a dar su bendición a los valientes que estuvieran dispuestos a morir con su nombre en los labios; pero al mismo tiempo parecía a punto de ser descargada sobre el orante, por puro capricho. Todo en ella era fiereza, solidez, violencia contenida. La diosa de la guerra tenía los ojos desorbitados y sonreía de oreja a oreja, en un gesto ambiguo, tan infantil como demoníaco. Aquella maldad pura y desnuda fascinaba hasta un punto peligroso, cercano a la adoración. La estatua evocaba la locura sangrienta de los campos de barro y cadáveres, el orgullo asesino de los guerreros, sus carcajadas mientras mataban a los enemigos y la crueldad y el desprecio con que trataban a sus víctimas inocentes.

A los pies de Yascla había hachas, mazas, lanzas, escudos, corazas y cascos. Y sus dueños, ya osamentas, reposaban en el interior de ataúdes alrededor del altar y la estatua. Eran los héroes que había parido aquella región, que no siempre fue tan pacífica. Estos señores de la guerra se pudrían en sus féretros, convertidos en nido de gusanos, y los huesos que sustentaran al músculo y al acero se deshacían en polvo y cenizas. Su legado de gloria amarga casi podía sentirse en torno a los ataúdes y las armas.

Los dos ojos sin pupilas de Yascla miraban hacia algún punto frente a ella, pero Skarrion supo que de algún modo la Guerra estaba clavando su mirada en él, hundiendo garfios implacables en su interior, arañando, buceando, buscando… El joven sintió despertar una parte de sí mismo, una parte profunda, oscura, roja y animal, la sintió agitándose y revolviéndose como una bestia enjaulada, lanzándose sobre los barrotes, mordiéndolos con furia.

Skarrion se dio cuenta de que Ana estaba tirando de sus brazos. El shakark revolvió la cabeza, como si despertara de un sueño malsano y arrebatador, y vio a Ana acariciándole el rostro y suspirando aliviada,

como si le hubiera salvado de algún peligro.

Echaron a andar y entraron en la siguiente galería.

Allí, encontraron la estatua del dios del amor. Era un muchacho de rostro hermoso y viril, vestido con una túnica que dejaba ver sus músculos largos y esbeltos. Sonreía amable y gozoso, como invitando a sus seguidores a unírsele en la dicha del querer y ser queridos. Tenía en su diestra una cítara estilizada, cuyas dulces y profundas notas hechizarían día tras día a los enamorados. Todo en él era armonía, placer y paz. Un lago de flores rodeaba su figura.

—Es Van, señor de los amantes —susurró Ana al oído de Skarrion, sonriendo, con estrellas en los ojos—. Es bueno y cariñoso, pero también es el hermano de Yascla, la Guerra. Ambos se odian y lucharán uno contra el otro hasta el final de los tiempos, cada uno intentando hacerse con el corazón de los hombres y utilizando sus propias armas en ese conflicto interminable.

Skarrion miró la estatua, silencioso.

Cogidos de la mano, los muchachos se acercaron al dios del amor, procurando no pisar las flores, hasta colocarse bajo su mirada amable y benevolente. Depositaron el ramo que habían traído como ofrenda y allí mismo, mirándose a los ojos, se juraron uno al otro amor eterno.

Skarrion construyó una cabaña sólida y bonita, acompañada de un granero y un establo. Ana también trabajó mucho y entre ambos, latido tras latido, día tras día, esforzándose en las cosas pequeñas y en las grandes, levantaron su hogar en la zona más bella de las montañas del sur de Rashenka.

Yablosc les dio en préstamo —Skarrion no consintió que fueran regalos— unas vacas y unos cerdos. Al llegar la primavera los animales parieron y con los beneficios la pareja compró más bestias provechosas. Todo marchaba a la perfección, lo cual significaba más trabajo. La pareja casi nunca estaba ociosa, pero cuando gozaban de un poco de tiempo libre lo empleaban haciendo el amor, a veces en el bosque o la pradera.

El estío brillante dio paso al otoño pardo y cobrizo. El invierno cubrió con su manto de plata la fronda y la roca. Las aguas corrieron libres en una nueva primavera y los valles se llenaron de flores ansiosas de vida y de sol, de hierba que se ponía trajes de verdor húmedo.

Skarrion disfrutaba una felicidad desconocida. Era como si durante el último año, y poco a poco, su existencia hubiera ido saliendo de un túnel tenebroso y rojo, lleno de fieras y desafíos, de sangre y violencia, de odio y poder. Las armas se cubrían de polvo en el fondo de un oscuro trastero, pues el guerrero había desaparecido. El mundo le

parecía más nítido y luminoso, cada día que pasaba crecía su amor por Ana y ella le correspondía con igual intensidad. A veces, mientras la abrazaba, la cabeza femenina reposando sobre su pecho, sentía miedo de aquella emoción que se había apoderado de él con una facilidad tan pasmosa. Skarrion Gunthar, que antaño se enfrentara a toda suerte de peligros con una sonrisa de rabia, ahora temía por su corazón, henchido de una fuerza dulce y caliente que le sobrepasaba y le dominaba. De vez en cuando se sorprendía a sí mismo mirando con embeleso las cosas más sencillas, como el fuego del hogar o el correr de un riachuelo, igual que si las viese por primera vez, y agitaba la cabeza y se reprendía en silencio, con una sonrisa pensativa en los labios, para volver a concentrarse en las faenas cotidianas.

Llegó a un punto en el cual, durante la soledad del crepúsculo o el amanecer, rememoraba los tiempos en que fuera un guerrero y, con sorpresa, sentía repulsión hacia las victorias y las matanzas que antaño lo llenaran de una alegría demoníaca. Junto a Ana disfrutaba de la dulzura y la paz. La presencia de su esposa se le había hecho necesaria y sabía que ya no podría vivir sin ella. La aventura y los peligros pertenecían al ayer. Hoy, era otro el que ocupaba su carne y sus huesos.

Al comienzo del otoño, veinte jinetes llegaron a las inmediaciones de su hogar. Eran rashenkanos del este, de las llanuras y las estepas que aún no habían sido pacificadas, y venían armados.

Skarrion sacó del cuarto trastero la espada, el hacha, el arco y la aljaba con flechas. Al empuñar aquellas armas polvorientas recordó momentos del pasado y sintió una extraña turbación. Ordenó a su mujer que se encerrara en la cabaña y, con los aceros en la mano o colgando de su espalda o de su cintura, salió a recibirlos.

Los forasteros vestían de manera bárbara, pieles y telas bastas componían su atuendo, y se adornaban con pendientes, collares, anillos, ajorcas, alhajas y supercherías de plata, bronce e incluso latón, al modo chabacano y ostentoso de quienes viven del pillaje. Mostraban sin disimulo, casi de manera desafiante, sus dagas y sables, todavía envainados.

Detuvieron los caballos ante la casa y el que parecía el líder se destacó del resto, sin bajar de su montura. Era un hijo de las estepas orientales, bajo y nervudo, con las piernas arqueadas a causa de la vida a caballo. Tenía un rostro huesudo y anguloso, de pómulos salientes y mandíbula cuadrada. Sus ojos rasgados, negros y severos, escudriñaron a Skarrion, hasta que de pronto levantó las cejas y tronó una carcajada.

—¡No puedo creer lo que estoy viendo! —exclamó—. Es el fiero

Skarrion Gunthar, *el Asesino Dorado*… ¡convertido en un campesino!

Palmeó con fuerza el muslo y meneó la cabeza, riéndose por lo bajo y abriendo mucho sus ojos incrédulos.

—¡Aún recuerdo cuando cabalgabas a mi lado y saqueabas los carromatos de Dollbrakk e incluso de los bastardos amarillos de Uan! —Se acercó a Skarrion, se inclinó sobre la silla y le tendió la mano derecha—. ¡Déjame estrechar tu brazo, aunque ahora seas un granjero y te hayas dejado crecer la barba!

Skarrion no sonrió ni respondió al saludo. Seguía mirándolo con hostilidad e incluso atrasó la flecha en su arco, aunque sin llegar a apuntarle directamente. En el silencio, todos pudieron percibir el crujido de la madera mientras la cuerda retrocedía poco a poco.

—No te acerques más, Mushin —advirtió—. Ya no soy un demonio de la estepa, así que marchaos todos.

Mushin borró su sonrisa y sus ojos se tiñeron de dureza. Se incorporó en la silla, mirando a Skarrion de una manera que podría helar las brasas de una fogata. Algunos jinetes, enfurecidos por el desaire, comenzaron a desenvainar sus espadas. Esta vez Skarrion sí alzó el arco y les apuntó, ahora con la cuerda atrasada al máximo.

—Sois más que yo —dijo—, pero abatiré al menos a dos con mis flechas y por lo menos a otros dos con la espada y el hacha, antes de que logréis matarme.

Mushin calmó a sus hombres con un gesto de la mano, sin apartar la mirada de él.

—Fuimos tus compañeros de lucha —dijo—, pero ahora nos recibes como a enemigos. A ti es imposible que te dañemos porque un demonio de la estepa jamás alza su sable contra otro, aunque reniegue de sus hermanos y aunque se le retuerzan las entrañas de ira y sed de sangre…

Cerró la boca, como si prefiriese atajar cuanto antes aquella línea de pensamiento. Alzó la barbilla, altivo.

—Necesito tu ayuda, Skarrion de Shakark. Hace poco, en las praderas de oriente, nos enfrentamos a un regimiento militar uanés que nos seguía la pista desde hacía tiempo. Tras la escaramuza, y muy menguados, conseguimos llegar a Rashenka… Y en la frontera les emboscamos otra vez y los exterminamos, del primero al último. Pero a un alto coste. Ya ves cuán pocos quedamos, de los más de cien que éramos en nuestros buenos tiempos. Las nieves se avecinan y no hay comida en nuestros sacos. Préstanos víveres y vendas y nos iremos. Te lo devolveremos todo en la primavera.

—Coged lo que queráis; mi granero está lleno y me sobra la comida… ¡Y luego marchaos cuanto antes y no volváis por aquí!

Mushin atrasó la cabeza, como si le hubieran abofeteado. Skarrion lo conocía y comprendió que aquel hombre jamás le perdonaría este

insulto.

—¡Sea! —Mushin se volvió hacia sus hombres—. ¡Desmontad, gandules, y permitid que el shakark cure vuestras heridas! ¡Recordad esto: fue un demonio de la estepa, como vosotros lo sois ahora, y al primero que levante una mano contra él lo ahorcaré con sus propias entrañas!

Los hombres gruñeron su asentimiento y descabalgaron.

La mayoría pasaron la noche en el granero, pero unos pocos, los heridos, descansaron dentro de la cabaña. Skarrion y Mushin limpiaron, cosieron y vendaron sus tajos y brechas, mientras que Ana les traía de vez en cuando gasas empapadas en ungüentos medicinales y yacijas y palanganas con agua caliente. La mujer veía horrorizada a los dos hombres extraer de entre músculos y huesos esquirlas de metal y pedazos de flecha, de forma serena y concentrada, como si en lugar de trabajar con la carne de seres vivos lo hicieran sobre un pedazo de madera o de arcilla. Pero consiguió sobreponerse al mareo y a las náuseas e incluso ofreció a uno de los heridos, sajado a todo lo largo de la pierna, un caldo que ella misma había preparado.

Aquel fugitivo permanecía impasible, con los labios apretados, mientras Skarrion cosía su herida sin la menor delicadeza. Pero los ojos del bandido llamearon y desnudó con la mirada a la anfitriona mientras ella le daba el cuenco humeante. Hacía mucho tiempo que las gentes de Mushin no estaban con mujeres. Quizás demasiado. Skarrion percibió tal mirada y tiró del hilo con fuerza. El hombre gritó y se le cayó el tazón al suelo, derramando el caldo.

—¡Ve a tu habitación, Ana, y no vuelvas por aquí! —ordenó Skarrion—. ¡Y echa el cerrojo!

Ella le miró con unos ojos muy abiertos y casi huyó del salón, con las miradas de lobo de los forasteros clavadas en su cuerpo.

Mushin bebía de una jarra de cerveza, sentado junto la mesa del salón, con los pies encima de la tabla. Eructó con brutalidad y se limpió el bigote con el dorso de la mano. Le guiñó el ojo a Skarrion y sonrió con lujuria.

—¡Buena hembra te has buscado, desde luego!. Tiene aspecto de ser apetitosa y caliente bajo las mantas. Estas campesinas son unas potras excelentes y da gusto montarlas. Has hecho una gran elección con esa chica, Asesino Dorado.

—¡No me llames así! —dijo Skarrion, aún atento a la herida de su paciente—. Ya no soy uno de los vuestros.

—Pero lo fuiste… Y eso no es fácil de olvidar, ¿eh, granjero?

Skarrion cortó el hilo y mandó la pierna de su paciente al suelo, de un manotazo. El rashenkano gruñó dolorido, pero no hubo más quejas,

como si estuviera acostumbrado a ese tipo de trato. Skarrion se levantó y se encaró con el líder de los diablos de la estepa. Tenía los puños a los lados de la cintura y parecía una efigie metálica.

—Este era el último herido. Ve con tus hombres a dormir al granero.

Mushin le taladró con sus ojos malignos y astutos.

—Háblame con sinceridad, Skarrion… ¿No echas de menos tu vida anterior? ¿No añoras sentir el viento en el rostro, contemplar la estepa virgen ante ti y luchar contra otros hombres? ¿Has olvidado tan pronto el peligro, la sangre, las persecuciones…? ¿La libertad? ¿No te gustaría volver a romper las leyes que encadenan a los tímidos y los débiles?

—No. Ahora soy otro. Lárgate.

Mushin se levantó de la mesa, esbozando una sonrisa de medio lado, tan burlona como cruel.

—Qué mal mientes, Asesino Dorado.

Plantó la jarra en la mesa con un golpe seco y salió de la estancia, acompañado de sus aliviados pero renqueantes secuaces.

Skarrion quedó solo en la habitación. Siguió mucho tiempo en pie, sin moverse, mirando al vacío. Dio un puñetazo en la mesa. Plantó sus manos ella y permaneció inmóvil, mirando la tabla.

—Maldito seas, Mushin… —gruñó—. Maldito seas.

En la madrugada, tal y como el líder del grupo prometiera, los jinetes se marcharon. Skarrion no se despidió de ellos, pero los vio a través de una ventana. Los hombres bromeaban, reían y se pasaban unos a otros los pellejos de cerveza. Actuaban con despreocupación y alegría; todo en ellos era fuerza, orgullo y acción.

Skarrion les vio irse.

Se miró a sí mismo en el tosco vidrio de la ventana. Sus ojos eran ahora más plácidos, habían perdido la agresividad de otros tiempos, y la barba corta y cuidada tapaba sus diminutas cicatrices blanquecinas. Aunque el trabajo montañés mantenía sus músculos en forma, notaba que comenzaban a formarse rollos de grasa en su abdomen, pues atrás habían quedado los tiempos de hambre y penuria. Y, sobre todo, había perdido la altivez desafiante que antaño provocara envidia y hostilidad en otros hombres e interés en ciertas mujeres.

Ana estaba también en la sala, mirándolo. Había tristeza y angustia en sus ojos azules. Al verla así Skarrion le sonrió, cansado, y acarició sus cabellos con un gesto débil.

Salió de la cabaña, dispuesto a cumplir con sus labores diarias.

Aquella misma tarde, y coincidiendo con la llegada de las primeras nieves, la pareja fue a la caverna sagrada para rendir ofrendas a Iosk, Señor de la Caza. En la época del frío no habría problemas con los suministros, pues no faltaban las viandas conservadas en la despensa, pero nunca estaba de más hallarse en buen trato con los dioses del monte y el bosque.

Cuando pasaron cerca del altar de Yascla, la Guerra, Skarrion se detuvo y quedó quieto, como paralizado, contemplando la estatua de piedra negra, rodeada por las armas y los ataúdes con los restos de los luchadores de antaño.

Ana tiró de su brazo, pero él siguió inmóvil.

—¡Vámonos! —exclamó la mujer—. ¡Marchémonos de aquí, por favor!

Skarrion la miró con extrañeza.

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

Ana miraba con ojos desorbitados a la diosa de la guerra.

—¡Es horrible! —gritó la muchacha—. ¡Quiere hacernos daño! ¿No lo ves en sus ojos? ¡Es una criatura perversa y hambrienta! ¡Nunca está saciada! ¡Siempre quiere más!

Skarrion contempló de nuevo a la Señora de las Batallas. De algún modo inexplicable, la mirada de la diosa también le abarcaba a él, se le clavaba con una intensidad espeluznante, como si bajo la piedra hubiera un ser vivo, prisionero, deseoso de escapar de la roca, una entidad que le estuviera llamando, que pronunciara su nombre una y otra vez. Aquellos labios casi parecían ensanchar más y más la sonrisa siniestra.

—¡No la soporto! —jadeó Ana, con los ojos empañados en lágrimas, temblorosa y aterrorizada, al borde de la histeria—. ¿No lo sientes? ¡Quiere atraparte! ¡Quiere herirnos con todas sus fuerzas! ¡Quiere destruirnos!

Como saliendo de un sueño, Skarrion echó a andar, con Ana casi tirando de él. Los dos salieron de la caverna sagrada, tan aturdidos que olvidaron presentar su ofrenda al dios de la caza. Aún notaban, caliente en sus nucas, la mirada hambrienta de la Guerra.

El invierno cayó como un manto de leche y vistió de blanco al valle y a la montaña.

Skarrion salía a cazar casi todos los días, temprano, y al mediodía o la noche su mujer y él comían con placer las piezas que él había conseguido. Aunque Ana había aprendido a tirar con el arco, apenas acompañaba a su hombre cuando Skarrion monteaba en busca de alces o liebres, pues ella prefería el calor y la comodidad del hogar al frío y el ejercicio físico que tanto le gustaban a Skarrion.

Recuperaron el gusto por charlar abrazados sobre las mantas, frente a las llamas del hogar, y Ana se deleitaba escuchando las antiguas aventuras de Skarrion, unas historias que al shakark le iban pareciendo cada vez más nebulosas, como si le hubieran ocurrido a otro, a un héroe de leyendas creado para divertir a los chiquillos. Ya no quedaba en él casi nada de aquel Skarrion tormentoso. Su pasado no era más que un relato lejano e irreal.

Una mañana, Skarrion volvía de una de aquellas expediciones de caza. Había cobrado pocas piezas, tan solo dos conejos, y aunque sentía cierto enojo, se animaba ante la perspectiva de una excursión campestre esa misma tarde, junto a Ana.

Se detuvo al llegar a las inmediaciones de la cabaña. Sobre la nieve había bultos rojos y húmedos. Vio una vaca muerta, con el cuello cortado. Sus ternerillos yacían cerca de la madre, también cadáveres.

El lugar estaba atrapado en una jaula de silencio. Habían desaparecido los gruñidos de los cerdos y el balar de las dos grandes cabras. Tampoco salía humo por la chimenea. La puerta principal de la cabaña había sido arrancada de sus goznes.

Skarrion soltó las presas de caza.

—Ana… ¡Ana!

Sufrió un miedo atroz y echó a correr hacia la casa, hundiendo los pies hasta los tobillos en la nieve, rodeado por una nube de vapor helado. Desenfundó el cuchillo de monte, empuñó el arco y abrió el carcaj pendiente de su cintura.

Se introdujo sin aliento en la cabaña. No había destrozo alguno, salvo la puerta rota. Pero olía a sangre y a muerte.

Ana yacía en el suelo, sobre un charco escarlata y oscuro. Tenía el rostro ceniciento y los ojos medio abiertos, fijos en el techo.

Skarrion la contempló durante muchos latidos. Sintió que el mundo ennegrecía. Sus piernas no lograron sostenerlo y cayó de rodillas, como si le hubieran chupado de golpe todas las energías y los músculos se hubieran convertido en jalea. Pero hizo un esfuerzo para no desmayarse y consiguió aferrarse a la realidad. Sin capacidad para articular un solo pensamiento, con el cerebro frío y embotado, se irguió, vacilante, y caminó hasta la mujer. Se arrodilló y la tomó en sus brazos. La miró, atónito, captando retazos inconexos en lugar de una imagen general. Hasta ese momento, jamás había experimentado un estupor tan brutal, tan avasallador e ineludible.

Sintió que volvía la cordura a su mente y comprendió de un modo lejano, como si fuera otro el que dictara sus pensamientos, que a Ana le habían cortado la garganta, de un solo tajo, limpio y eficiente. El cadáver estaba frío y la piel tenía ya un tono azulado; los miembros

estaban rígidos, como palos de madera. Conservaba sus vestidos intactos y eso indicaba que tal vez ni siquiera tuvo tiempo para luchar: el asesino se limitó a agarrarla y cortarle el cuello, antes de que ella pudiera resistirse. Pero aunque lo hubiese intentado, el resultado habría sido el mismo.

Skarrion conocía las bárbaras costumbres de los demonios de la estepa y supo, observando a su mujer, que no había sido violada. Se limitaron a matarla, a degollarla, como a las vacas del exterior. No habían robado nada. No habían forzado su cuerpo joven y femenino para satisfacer la lujuria de unos hombres sin escrúpulos. No existían motivos comprensibles para matarla…

Salvo la venganza.

La muerte de Ana, fría e ilógica, era el más duro bofetón en el rostro de Skarrion. Quien lo hizo quería que él lo supiera: solo por venganza.

Con ese último pensamiento llegó la culpa, siempre vencedora en el combate contra la razón, pues la habían matado únicamente para hacerle daño a él.

Skarrion permaneció así, arrodillado, con ella en sus brazos, durante mucho tiempo, incapaz de hacer cualquier otra cosa. Sintió una especie de sacudida interna al asimilar de una vez por todas que aquello estaba sucediendo de veras: era real.

Sintió que los ojos se le hinchaban y se le cuajaban de humedad. Todo esto era demasiado insoportable y no pudo contener las lágrimas. Abrazó a Ana y empezó a mecerse hacia delante y atrás, llorando y sorbiéndose las mucosidades, susurrando incoherencias al oído del cadáver, con voz entrecortada, gimiendo de manera suave y doliente, como lo haría un cachorro junto a su madre muerta.

Los atacantes no habían respetado la vida de un solo animal, pero no causaron daños materiales, exceptuando la puerta rota. Skarrion encontró un sable rashenkano clavado sobre un cerdo; si aún le quedaba alguna duda, ahí estaba la firma, para que se enterase de una vez por todas de quién lo había hecho.

El shakark empuñó el arma y la sacó del animal, pero enseguida la dejó caer y retrocedió, asqueado. No tenía fuerzas para vengarse. Incluso le resultaba difícil caminar.

Enterró a su mujer esa misma noche, bajo la nieve y la tierra húmeda y dura, en aquella tierra donde fueron tan felices.

En los días siguientes volvió al trabajo, torpe y aturdido. Buscaba el agotamiento físico para dormirse de inmediato al caer en la cama,

pero no lograba conciliar el sueño y permanecía boca arriba, con los ojos abiertos y enrojecidos, sintiendo un vacío helado y doloroso en el fondo del pecho. A veces, allí, en la cama, deseaba morir… ¿Por qué no? Daría la bienvenida a la mismísima muerte si le tendiera su mano en la oscuridad de la noche. Pero no moría. Tenía que sufrir la tortura.

Una semana después de la tragedia, cuando se sintió con fuerzas, comunicó a los padres de Ana la triste noticia. No omitió ni enmascaró nada porque ellos tenían derecho a saberlo todo. La madre lo miró incrédula, hasta que rompió a llorar, sin atinar a decir nada coherente. Yablosc pasó de la estupefacción a la pena y de ahí a la rabia. El granjero descargó su ira y su dolor sobre Skarrion, pues al fin y al cabo habían sido sus antiguos compañeros de pillaje los asesinos de su niña querida. Le insultó, le deseó el más horrendo de los destinos y lo expulsó de su morada, prohibiéndole volver a pisarla jamás. Skarrion no se defendió de tales acusaciones, pues no tenía ya ganas ni fuerzas. Además, comprendía que Yablosc llevaba razón: era su propio pasado el que había segado la vida de Ana.

Se fue de vuelta a su granja, aplastado por la tristeza y la culpa.

El invierno se desencadenaba duro y cortante, y Skarrion trataba de pegar los pedazos rotos de su existencia cotidiana. Pero seguía viviendo allí donde ambos habían reído, hablado, discutido y hecho el amor, y los recuerdos lo estaban volviendo loco; le roían por dentro, como las termitas a la madera o el ratón al queso.

Comenzó a tener pesadillas. En ellas veía a Mushin y los suyos degollando a su esposa y burlándose de él a carcajadas…

Despertaba empapado en sudor, se levantaba y dirigía sus pasos hacia el cuarto trastero, donde guardaba las antiguas armas de guerra. Pero detenía siempre su avance, como quien ha estado a punto de lanzarse al fondo de un precipicio, fascinado por su hondura y su oscuridad.

Una de aquellas noches, permaneció muy quieto, en pie, mirando con una intensidad aterradora la puerta cerrada del cuarto trastero.

Amaneció. El sol subió alto entre las nubes.

Skarrion se movió, como impulsado por un resorte, andando hacia la puerta del trastero. Rebuscó entre los arcones y tomó su espada, su daga, su hacha, su arco y sus flechas. Se puso los calzones de montar, las botas y las muñequeras de cuero. Limpió las armas, les quitó el óxido y las afiló una y otra vez, hasta que pudieron cortar sin esfuerzo, al roce, un hilo de seda.

Skarrion vio su rostro reflejado en el vidrio y descubrió que aquellos ojos habían perdido la paz. Volvían a ser, como antes, duros y helados, más propios de fiera que de hombre. Sintió odio y asco

hacia sí mismo, pero sintió también un ramalazo de energía y soltó una carcajada enferma, sin alegría alguna.

Ese mismo día fue a la caverna sagrada. Estaba vacía y oscura, así que cogió una de las antorchas, encendió la lumbre y se dirigió sin dilación hacia el altar de Yascla, la diosa de la guerra. El rostro pétreo parecía sonreír aún más, maligno y victorioso. Skarrion arrojó las armas a sus pies, conservando el hacha en el puño, y miró con arrogancia a la Señora de las Batallas.

—¡Guerra! —tronó su voz—. ¡Aquí me tienes!

»He intentado olvidar y he intentado perdonar… Y no puedo. Me es imposible continuar viviendo sin buscar la venganza. El odio me corroe, me está quemando como la llama al pergamino. Empuño de nuevo mis armas. Vuelvo al camino sangriento. Soy fuerte y estoy decidido, pero mis enemigos son demasiados y quiero acabar con todos, sin dejar ni uno solo con vida. No deseo morir sin antes haberlos exterminado, del primero al último. Por eso necesito que me des tu poder y tu energía, tu habilidad, tu astucia, tu decisión, tu firmeza, tu avidez. ¡Te necesito, diosa del odio y la lucha! ¡Ayúdame y juro que a cambio tendrás mi alma! ¡Seré tu guerrero más eficiente!

Permaneció en silencio, pero el vello se le iba encrespando mientras sentía que la Guerra le concedía su bendición.

—¡Aquí tienes mi alma, maldita seas! —rugió Skarrion.

Abrió la mano izquierda y con la hoja del hacha se cortó en la palma. Sonrió, tensando las mandíbulas y respirando con fuerza. Cerró el puño, apretándolo, y por entre los dedos escurrió un fino chorro de oscuridad que salpicó sobre las botas de piedra. Skarrion abofeteó el aire y su sangre voló y manchó la cara sonriente, brillante a la luz de las antorchas.

El shakark sintió que algo bajaba hacia él, algo rápido y voraz, una sombra transparente, un espíritu conquistador. Y sintió una furia que apenas podía ser contenida. Ahora se sentía capaz de exterminar ejércitos con su espada y su hacha y derrumbar montañas con sus puños. Vio el mundo a sus pies, como una pira cuyos maderos eran aceros y músculos, carne y huesos… Y él era la antorcha que iba a prender fuego a toda esa leña.

Le pareció escuchar una carcajada, antigua como el propio tiempo, burlona e hiriente, que contenía el mal más tenebroso. Miró hacia la diosa, que continuaba sonriendo con su alegría eterna y malévola. La carcajada siguió crujiendo y restallando, y era el sonido de los incendios y las espadas que chocaban y los gritos de los heridos y moribundos, y todo ello se mezclaba en un torbellino que llenaba la cabeza de Skarrion y amenazaba con hacerla estallar. Él también se

contagió de aquella locura y desorbitó los ojos y ladró una risa entrecortada, mientras alzaba los brazos y dejaba que la sangre de su mano cayera en su rostro.

Pero la carcajada de la Guerra menguó, hasta desaparecer por entre las grietas y las baldosas, hasta convertirse en el crepitar de la antorcha que Skarrion sostenía y el susurro del viento cortante del exterior.

Se tranquilizó, jadeo tras jadeo, hasta que la frialdad y la cordura volvieron a su mente. Pasó un antebrazo por su cara para limpiarla de sangre y sudor, pero solo consiguió esparcir aún más esa sangre y ese sudor.

Recuperó las armas y salió de la gruta, sus botas restallando sobre el suelo de roca.

Era el lobo más grande de la manada, el macho más fuerte, el que dirigía a los demás en las cacerías. Sus ojos mostraban un gris cristalino y le cubría un pelaje hirsuto, negruzco y pardo, que tapaba sus músculos duros y ágiles, capaces de hacerle volar sobre las piedras y la nieve.

Ahora, lamía la herida de flecha en su cuarto trasero derecho. El astil se había desprendido, pero la punta continuaba dentro del cuerpo, arañando el hueso.

El viento cambió de dirección y trajo un olor que odiaba sobre todas las cosas. El aroma del cazador humano.

Skarrion emergió entre los matorrales. Vestía sus ropas guerreras y empuñaba su arco. Miró a los ojos al lobo herido y la bestia arrugó el hocico, alzando sus belfos negros y brillantes y desnudando los colmillos aguzados y amarillentos. Del fondo de sus tripas salió un gruñido profundo, vibrante, amenazador. Deseaba saltar sobre el enemigo que le había acosado durante días, que lo había separado de su manada y que le había clavado un dardo en su pata trasera.

Skarrion tiró el arco y el carcaj y empuñó el hacha. Respiraba fuerte y el vapor helado escapaba de su boca y su nariz en forma de nubecillas lechosas.

—Ahora estamos solos —dijo, ronca la voz—. Tú tienes tus garras y colmillos y yo tengo mi hacha. Necesito comerme tu corazón de bestia cazadora. Necesito vestir tu piel. Te necesito.

Gritó y saltó sobre la nieve, alzando el arma. El lobo exhaló una tormenta de rugidos metálicos y cargó también. Skarrion asestó un hachazo, pero la bestia lo esquivó con un quiebro ágil e inesperado. Sus zarpas rasgaron la camisola y la tiñeron de rojo, pero el guerrero golpeó de revés con el astil y casi rompió la mandíbula de la bestia. El animal tragó sangre y lanzó una dentellada cercana al cuello de su

rival. Saltó, cayó sobre el humano y ambos rodaron sobre la nieve. Los colmillos se llevaron medio puño de muslo y Skarrion soltó un alarido de rabia y dolor, pero se incorporó sobre las rodillas y descargó un tremendo hachazo que casi partió al lobo en dos. La sangre voló y salpicó la nieve, como rosas brillantes en una tela virginal. Skarrion levantó el hacha y lo hundió en el pecho peludo. El animal rugió una última vez y se desplomó, muerto.

El hombre se levantó, jadeante, con los ojos desorbitados, cosido a zarpazos y mordiscos y manchado de sangre propia y ajena. Sintió que le poseía una ola de atavismo salvaje y caliente y comenzó a reír como un loco, levantando la cabeza hasta que sus ojos encontraron el cielo.

Miró hacia abajo, hacia aquella bestia depredadora cuyo corazón, cuyo espíritu, iba a devorar.

Los hombres de Mushin acampaban en el valle de Ariamsc, una hondonada entre montes, en el extremo sur de Rashenka. En verano era un mar de hierba y flores, pero ahora estaba todo cubierto de nieve. Este paraje no era del gusto de aquellos aventureros, acostumbrados a cabalgar sobre las estepas de oriente, pero la persecución y captura de una pequeña caravana procedente de Talum Ari, la capital de Araria, los había traído hasta este paraje.

Era una mañana brillante. El sol se reflejaba en la nieve, tostando los rostros secos y cuadrados y provocando incluso el sudor. Los caballos rebuscaban en el suelo plateado una hierba dura y escasa. Muchos hombres abandonaban las mantas, desperezándose tras un sueño incómodo. El ambiente era distendido, en las hogueras crujían los excrementos de caballo que alimentaban las llamas y muchos tomaban la primera comida del día: espetones asados de alce y liebre, tostados por fuera y sanguinolentos en el interior. Los hombres maldecían, bromeaban y chupaban con placer la grasa y el jugo que se les escurría por la barbilla.

Quiluc, Abral y Yor estaban sentados alrededor de una fogata, conversando acerca de la actividad del año entrante, entre reniegos, ponderaciones y alguna que otra risa.

Abral, el más viejo de los tres, vio algo extraño sobre la cima de una ladera helada. Por encima del borde blanco asomaba una cabeza de lobo… ¡Y bajo ella había un hombre medio desnudo, cubierto solo por un taparrabos y unas botas de piel cruda, sin curtir! Llevaba además una pelliza también lobuna, que le caía por la espalda a modo de capa corta. Aquel monstruo humano era alto y recio y tenía la piel blanca. De su espalda colgaban una aljaba llena de flechas y un hacha enorme. En la cadera había una espada envainada. Empuñaba un arco y en él tenía ya colocada una flecha. Abral no logró articular palabra

alguna, fascinado por la visión. Había en ella algo tosco y poderoso. Primigenio.

Quiluc y Yor miraron al veterano con extrañeza. Comenzaban a volverse hacia la ladera cuando algo zumbó en el aire. La flecha atravesó el cráneo de Abral con un crujido húmedo, impulsando la cabeza hacia atrás. Yor llevó una mano al sable, pero la segunda flecha se hundió en su ojo derecho, llegando al cerebro y matándolo en el acto.

Quiluc vio al hombre-lobo, que tenía ya otra saeta en el arco y le apuntaba a él. Algo voló hacia sus ojos y Quiluc cayó en la negrura sin fin.

El hombre-lobo se movía con rapidez y precisión. Avanzaba unos pasos, alzaba el arco y mataba. Ocho hombres yacían en el suelo, con otras tantas flechas atravesándoles la garganta o el cráneo. Sonaban gritos de alarma y confusión, pues nadie sabía quiénes les atacaban, ni cuántos eran. Sus enemigos estaban en todas partes y en ninguna.

Mushin salió de su tienda empuñando el sable. A su derecha un hombre se tambaleó, como golpeado por un martillo; una flecha atravesaba su pecho. Mushin se lanzó a la nieve al mismo tiempo que el herido se desplomaba. Unos pasos a su izquierda, un guerrero gritaba rabioso, buscando con la mirada al asesino de sus amigos. Una flecha entró en su boca y salió casi entera por la nuca, con un crujido húmedo y un chorro de vino humano. El rashenkano se desplomó sobre las rodillas, como si un forzudo invisible le hubiera puesto las manos sobre los hombros y lo hubiera empujado hacia el suelo.

Mushin se arrastró hasta el cadáver y se ocultó tras él. Sus hombres corrían de un lado para otro, cegados por el pánico y la furia, sin una estrategia determinada. Veían a sus compañeros caer muertos y la ira les podía. Mushin divisó al hombre-lobo, apareciendo tras una roca negra, coronada por un manto blanco. Le vio disparar y acabar con otro hombre.

—Skarrion… —musitó el líder de los demonios de la estepa.

El hermano de un muerto corrió hacia donde había visto por última vez al asesino. Empuñaba un sable, llevaba embrazado el escudo y aullaba sin cesar, como poseído por los diablos.

—¡No vayas a buscarlo, necio! —gritó Mushin—. ¡Eso es lo que quiere!

El hombre-lobo salió de un nuevo escondite, apuntó y disparó. La flecha atravesó la rodilla del corredor, con un chasquido de huesos rotos. El guerrero gritó y cayó de bruces. Intentó levantarse, pero una segunda flecha destrozó su hombro derecho, y una tercera perforó su cuello. El moribundo emitía gritos que eran a la vez heroicos y patéticos. Consiguió arrastrarse durante unos latidos, echando sangre por la boca, antes de morir.

—¡Agrupaos! —gritó Mushin—. ¡No os disperséis!

Pero ya no podía controlar a sus hombres. El enemigo los atraía y los mataba por separado, no les permitía pensar, atacaba golpeando rápido y duro, desuniéndolos, debilitándolos, exterminándolos de manera fría, metódica.

Solo le quedaban a Mushin cinco guerreros y los vio dirigirse en tropel hacia el hombre-lobo, que había tirado ya su arco y su aljaba. La bestia humana les mostró un racimo compuesto por cuatro cabezas cortadas, las de los centinelas apostados en la noche por los alrededores del campamento. Lanzó las cabezas al aire y tronó una carcajada.

Los cinco rashenkanos avanzaron hacia él, pero estaban enloquecidos por la furia y atacaban sin conciencia de grupo, esgrimiendo hachas y sables. Su objetivo, lejos de retroceder, empuñó con las dos manos el hacha y salió a recibirlos. Verlo causaba pavor. Como el tigre enfrentándose a unos perros de caza, así cerró contra ellos el hombre que vestía pieles de lobo.

El hacha cayó con brutalidad, impulsada por dos brazos enérgicos. La hoja destrozó un escudo, cortando placas de cuero y metal, y el primer rashenkano retrocedió, perdió el equilibrio y hundió una rodilla en la nieve, vencido por la fuerza del golpe. El hombre-lobo retrocedió un paso y golpeó de revés. Esta vez su hacha atravesó la frente y la hoja esparció en el aire sangre y sesos. La criatura demoníaca apartó al muerto de una patada y siguió repartiendo golpes, haciendo trizas cuanto se ponía en su camino. Desvió un sable y desgarró el brazo que lo esgrimía. Rajó a un hombre por el pecho. El salvaje cuyo rostro asomaba por entre los colmillos del lobo apoyó un pie en un hombro del moribundo y sacó el hacha de la tajadura, alzando una llovizna de sangre que bañó su cara y sus hombros. Un hombre normal estaría ya agotado, al luchar con esa arma tan pesada y contundente, pero aquella bestia redobló sus energías, ora riendo y jadeando, ora gruñendo como un auténtico lobo. Destrozó con el hacha a otro adversario, casi partiendo su cadera en dos…

El penúltimo, horrorizado, dio la vuelta y retrocedió cuando vio llegar a la muerte vestida con pieles. Pero tropezó, cayó al suelo y el acero le segó una rodilla y se hundió en su espalda, entre los omoplatos.

El hombre-lobo se enfrentaba al quinto enemigo, sonriendo y desorbitando los ojos en una mueca parecida a la de Yascla, la diosa de la guerra. Mostraba tiznes de rojo en el rostro tenso, envuelto en un aura de vapor helado. El último rival era un muchacho, casi un niño. Soltó el sable y huyó, tropezó y siguió medio a rastras sobre la nieve, mirando con ojos aterrorizados al monstruo que se le venía encima y alzaba un hacha goteante, dispuesto a ejecutarlo sin misericordia.

Aquel jovencísimo demonio de la estepa deseó como nunca vivir, seguir vivo, abrazarse a la madre vida y no soltarse jamás de ella. Aquella cosa horrenda que se le acercaba, avanzando con una decisión atroz, lo sumergía en el pánico y deshacía su orgullo.

—¡No me mates, por favor! —suplicó—. ¡No me mates!

—¡Estás con ellos! —bramó el asesino—. ¡Eres mi enemigo! ¡Participaste en la muerte de mi mujer!

El chico parpadeó muchas veces.

—¡No sé de qué me hablas! —respondió, con el rostro mojado en lágrimas y arrugado por el miedo—. ¡Vengo de una aldea que está cerca de estas tierras y me uní a Mushin ayer! ¡Hoy es el primer día que empuño un arma! ¡Lo juro! ¡Te lo suplico, déjame vivir, por favor!

Skarrion leyó en sus ojos que no mentía.

—¡No importa! —rugió—. ¡Eres mi enemigo y te voy a matar! ¡Arrodíllate y muestra la nuca para que pueda cortarte la cabeza!

El chico desorbitó los ojos, loco de miedo.

—¡No sé lo que te hicieron ellos, pero yo no participé! ¡Soy inocente! ¡No me mates, por favor! —Su voz se quebró, entre sollozos, y solo atinó a gritar tres palabras—: ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

—¡Arrodíllate y muestra la nuca! —ordenó Skarrion, mirándolo de tal forma que el chico obedeció, temblando como un corderillo; con la mente helada, bajó la pelliza y mostró la nuca.

Skarrion levantó el hacha, dispuesto a cortar de un solo tajo. Tenía en sus manos el poder absoluto de aquel ser débil y despreciable. Sintió fuerza y poderío y vomitó una risa gozosa, malévola. Miró al chico, que aún lloraba, estremecido por los espasmos, arrodillado, sumiso y dócil, esperando el golpe… ¡Qué grande y poderoso se sentía el vengador, dueño de la vida y dueño de la muerte!

Permaneció así durante muchos latidos, mientras el fuego se aplacaba en sus ojos. Apretó los dientes, tensó los músculos y lanzó el hacha, que voló hasta incrustarse en el poste de una tienda. El muchacho continuaba en el suelo, esperando la muerte, demasiado temeroso como para osar rebelarse.

—¡Bah! —exclamó Skarrion, con desprecio—. ¡Lárgate!

El mozo alzó la cabeza, sin comprender nada. Skarrion le dio una patada que lo levantó del suelo y el chico por fin reaccionó y echó a correr, desapareciendo enseguida de vista.

Skarrion miró alrededor, malhumorado. El campamento estaba lleno de muertos, por causa de sus flechas o su hacha.

Pero quedaba uno vivo, el auténtico culpable de la carnicería.

—¡Has matado a tus compañeros de la estepa, Asesino Dorado! —gritó Mushin.

El líder caminaba hacia su antaño hermano de armas y ahora

enemigo mortal. Empuñaba un sable y una daga. Se detuvo.

—¡Eres un traidor que ha roto sus juramentos! Tiempo atrás, juraste no levantar tu espada contra un demonio de la estepa. Y hoy has asesinado a mis hombres. ¡Pero todavía quedo yo para vengarlos!

Skarrion desenvainó espada y daga, que destellaron bajo el sol. Sonrió lúgubre, desde el interior de las fauces lobunas.

—Ahora estoy sujeto a juramentos más poderosos —contestó.

—¿Cómo diste con nosotros?

—Os seguí con cautela. Conocía vuestros hábitos y debilidades, vuestras rutas y caminos, y por tanto no quedaba más que elegir el lugar y el momento adecuados. ¡Tú y solo tú has provocado esta masacre! ¿Por qué? ¿Por qué la mataste? ¿Por qué no me dejaste vivir en paz?

—Te he llevado a tu estado natural y genuino, Asesino Dorado. ¿Acaso puede el tigre vestir piel de gamo, dejar de cazar y alimentarse de hierbas? Eras un espectáculo deplorable; daba asco verte convertido en un perrito faldero. Yo sabía que en el fondo no eras más que una alimaña y tenía que devolverte tu libertad. Por eso maté a tu mujer. ¡Deberías estarme agradecido!

Skarrion sintió que desfallecía. Se le apareció el rostro de Ana y sus ojos se empañaron, llenos de dolor.

—¡Has destrozado mi vida solo para satisfacer un capricho! —dijo, asqueado—. ¡Estás loco!

Mushin alzó la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Por supuesto que estoy loco! ¡Es la única forma de conservar la cordura, con esta vida que llevo!

Skarrion se pasó los nudillos por los ojos, limpiándolos, y sonrió de nuevo, con una rabia tenaz y amenazadora.

—Muy bien. Esa vida tuya enloquecida pronto va a terminar. ¡Lucha!

Mushin se le acercó y Skarrion también avanzó, haciendo volar la nieve a cada paso. La espada y el sable chocaron, provocando un clamor espantoso y un ramillete de chispas. Giraron los luchadores mientras el metal volaba entre los dos. Eran espadachines consumados, rápidos y fuertes, así que cualquier hombre no versado en estas lides creería que ejecutaban una especie de baile y no comprendería el juego letal de fintas, amagos, reveses y estocadas, de lances ascendentes y descendentes. El tronar y chirriar de las armas sucedía sin descanso, brutal y ensordecedor, subía y bajaba como las olas de un mar caprichoso…

Skarrion retrocedió y Mushin lo persiguió, pero el shakark lo recibió con una lluvia de golpes que su enemigo a duras penas logró parar o esquivar. Skarrion hundió el pie derecho en un desnivel, traicionero bajo la nieve, perdió el equilibrio y Mushin le clavó el

sable en el costado. La hoja solo encontró carne y músculo, sin tocar las costillas ni tampoco algún órgano vital. Mushin quiso sacar el arma en un movimiento curvo, para así cortar el abdomen y el pecho, pero el norteño retrocedió y el sable emergió recto de la herida. Skarrion rodó sobre la blancura y Mushin pinchó solo nieve. El shakark se levantó y clavó su daga en un muslo, extrayéndola en el acto. El sable y la espada chocaron y rechinaron y resbalaron una sobre la otra, y también quedaron unidas las dagas. Las cuatro armas estaban trabadas por las guardas, dos a dos. Skarrion deshizo el equilibrio de fuerzas con un cabezazo que rompió y aplastó la nariz. Mushin retrocedió golpeando, sangrando a chorros por los orificios nasales, respirando por la boca y parpadeando rápido, con los ojos llenos de lágrimas. Su daga cortó la testa del lobo y partió una oreja puntiaguda en dos, pero no consiguió alcanzar el cráneo humano. Skarrion lo perseguía, dispuesto a aprovechar la ventaja. La hinchazón oscura comenzaba a extenderse por la faz de Mushin y el dolor rugía desde la nariz convertida en puré de carne y hueso. Pero se repuso con valor y aún pudo levantar una pierna y proyectarla hacia delante, clavando el empeine en la boca del estómago. Skarrion jadeó y soltó de golpe el aire de sus pulmones. Gruñendo y aspirando a bocanadas, Skarrion se rehízo y volvió a la carga. Las dagas chocaron, pero sus hermanas mayores encontraron carne: Mushin hundió su sable entre el hombro y el cuello y Skarrion clavó su espada por encima del bigote, partiendo los dientes, abriendo el paladar y atravesando el cerebro.

Quedaron los luchadores quietos durante un instante. Skarrion sacó el arma de la cabeza y el rashenkano se desplomó.

El vencedor se miró a sí mismo. Aún tenía el sable de Mushin clavado en el borde superior izquierdo del pecho, así que arrojó su espada, lo tomó con una mano, por la empuñadura, y tiró con fuerza. El arma salió de manera limpia, arrancándole al herido un grito de dolor. Cayó de rodillas, exhausto. Por el agujero brotó la sangre, a pequeños borbotones, así que puso un puñado de dura nieve en la herida y la apretó con la mano. Aún no lo sabía con seguridad, pero no creía que el arma le hubiera roto algún hueso. También sangraba por el costado, donde aplicó otra bola de nieve. Consiguió levantarse entre jadeos, sintiendo la cabeza pesada y caliente. Sus heridas, aunque aparatosas, no parecían mortales. Pronto las lavaría con agua helada y en las tiendas del campamento encontraría ungüentos, hilo de sutura y vendas. Sobreviviría.

Volvió a mirar en torno a él. Muertos por todas partes. Rojo sobre blanco. Silencio, quebrado por su propia respiración y la brisa fresca de la mañana.

Miró a Mushin. El cadáver yacía boca arriba, con los ojos muy abiertos. Su cabeza reposaba sobre una almohada de nieve oscura.

Skarrion se preguntó dónde estaría ahora su alma… ¿En el infierno de los malvados que aplastan todo lo hermoso y lo inocente que hay en esta vida, los que disfrutan causando tanto dolor innecesario…, o en el paraíso de los guerreros, tras toda una batalla de aceros y valor, y habiendo encontrado el fin en el transcurso de una lucha, empuñando un arma?

¿Y qué le quedaba a él mismo? Ya no tenía una mujer a su lado, no había nadie a quien querer, nadie capaz de suavizar su carácter, nadie que le enseñara de nuevo cómo amar. Le sería imposible volver a su vida de granjero, de eso estaba seguro, ahora que había probado otra vez la sangre y la victoria. Ese pasado reciente y apacible era el de otro hombre. Solo tenía este presente y, ante sí, un futuro incierto. Tendría que volver a luchar para vivir. Tendría que retornar al camino de las batallas, a las penalidades y al riesgo.

Llegó al poste de madera, donde seguía clavado el hacha. Miró el arma con ojos brillantes y amargos. Lo agarró con el brazo sano y de dos tirones lo extrajo de la madera.

Echó a andar hacia la tienda más cercana.

HIJOS DE LA GUERRA

Los cerrojos cedieron y saltaron por los aires, el portón giró y golpeó contra el muro de piedra. Por la entrada violada entraron en tropel los mercenarios, anegando el salón, llevando con ellos una nube de alaridos, imprecaciones, amenazas y reniegos.

Eran una chusma variopinta, con atuendos variados: pellizas, capas, calzas cortas o largas, taparrabos, faldellines, jubones, cotas, chalecos, botas, cascos, yelmos, túnicas, muñequeras, aros, cintas, tahalíes… Y el armamento también era heterogéneo: lanzas, alabardas, hachas de uno o dos filos, espadas cortas, mandobles, sables curvos, cimitarras, mazos de madera o metal, dagas, cuchillos, escudos, rodelas… Aquella turba estaba compuesta en su mayoría por arritios de cabello pardo o pajizo y ojos marrones, pero también había hombres de tez y ojos más claros, con la barba y las greñas doradas o rojizas, procedentes de Rashenka e incluso de Dollbrakk. Y unos pocos, incluso, tenían los ojos rasgados y los pómulos salientes propios de las llanuras ararias. Aquellos rostros estaban contraídos por la furia y el ansia de sangre y botín, las bocas soltaban rugidos y juramentos y los brazos alzaban los escudos y atrasaban el acero, o lo apuntaban hacia delante, preparándose para cortar o estocar.

Skarrion Gunthar, apodado por algunos de sus hombres como *Skarrion el Loco*, tenía el liderazgo de esta horda mercenaria. Su pericia en el manejo de las armas, su ardor a la hora de batallar y una astucia típica de quienes saben aprovechar siempre el terreno y las circunstancias lo habían elevado al rango de capitán de aquella compañía, un puesto solo disponible para el más capacitado, a diferencia de como sucedía en algunos ejércitos regulares, donde venía elegido a veces por el brillo del oro o por un apellido distinguido.

Vestía una túnica de estameña que dejaba las rodillas al aire, y encima de ella una cota de mallas, larga hasta los muslos y las muñecas; también llevaba botas de campaña y un cinto de cuero. Cubría su cabeza con un casco sencillo y romo, con una protección nasal en forma de rectángulo. La mano derecha empuñaba una espada larga y recta y el brazo izquierdo estaba embutido en las sujeciones de un escudo sencillo y circular, con alma de madera y forro de láminas metálicas. Su cabello y barba pajizos mostraban un corte acusado y práctico, pues ya dejó atrás la época de las greñas salvajes e incómodas. Los ojos azules chispeaban indómitos sobre un rostro de líneas rectas, cosido por líneas tenues y pálidas, antiguas cicatrices de

batalla, tan duro y tostado como el cuero expuesto al sol. Aquella cara ancha y barbuda se veía lustrosa por culpa del sudor, y tiznada de la sangre enemiga que su acero había hecho volar durante aquella jornada de lucha.

Señaló con la espada hacia delante.

—¡Vamos, bastardos! —rugió—. ¡Allí tenéis a los enemigos! ¡Destruidlos! ¡A matar y a morir!

Frente a los mercenarios, y tras una muralla de mesas y butacas volcadas, había unos treinta hombres, soldadesca del castillo invadido. Tenían arcos y atrasaban las flechas, haciendo crujir la madera mientras las cuerdas iban retrocediendo más y más.

El oficial que los lideraba era un guerrero alto y corpulento y tenía un rostro ancho y cuadrado, con una nariz aguileña, barba parda bien cuidada y ojos castaños y severos. Vestía de forma parecida a sus soldados: túnica hasta la mano y la rodilla, cota de mallas y cinto. Los calzones de tela dura, parecida a la de la túnica, caían sueltos y resistentes hasta el interior de las botas de cuero. Los colores de aquella vestimenta iban desde el marrón al verde oscuro. El casco era metálico, de cúspide chata y algo curva, con nasal rectangular y una banda de tachones desde la nuca a la frente. Agarraba un escudo circular, con el águila negra sosteniendo una vara de fresno —símbolo de la Casa Creor, a la que servía—, y empuñaba una espada recta y larga, de dos filos. Levantó el acero y su voz restalló sobre los gritos de los mercenarios y el estruendo de la batalla allende los muros de la sala:

—¡Disparad!

Una tormenta de madera y puntas metálicas cayó sobre los invasores. Muchos murieron y se derrumbaron de forma estrepitosa, siendo acto seguido pisoteados por quienes llegaban desde atrás.

Skarrion agachó la cabeza y se protegió con el escudo, que detuvo un par de flechas. Pero otra resbaló sobre las placas de metal y le alcanzó, un poco desviada, en el pecho. La flecha no le atravesó porque la cota de mallas había impedido la penetración, salvándole la vida, pero aun así cayó, atacado de un dolor agudo, como si un mazo le hubiera castigado el torso. Bufó y resopló, se levantó y siguió avanzando casi a la carrera, enloquecido por el deseo de matar. Las flechas golpeaban el escudo, a veces consiguiendo traspasar su dura superficie y quedando clavadas en él, y Skarrion se tambaleaba a causa de las vibraciones, sin detener su paso rápido. Pasando por encima de camaradas muertos, llegó a la empalizada de muebles derrumbados. Como otros mercenarios, ya estaba encaramado sobre las butacas y mesas y desde allí comenzó a asestar golpes de espada.

—¡Atacad! —gritó—. ¡Atacad!

Siguió avanzando a fuerza de golpes. Aunque la cota de mallas o el

casco no permitían la herida, la violencia de sus trallazos rompía costillas, hacía estallar bazos e hígados, quebraba columnas vertebrales y abría fisuras en los pulmones. Dos hombres se desplomaron bajo su furia y Skarrion saltó al otro lado de la barricada, provocando con su peso, y luego con sus incesantes tajos, un embrollo de hombres que se entorpecían unos con otros, que tropezaban o bien seguían en pie, intentando detenerlo.

La jauría mercenaria llegó junto a su capitán, escalando o echando abajo a patadas y empujones la barricada. Los mercenarios se hundieron en la masa de soldados defensores, que respondieron con bravura, sin retroceder. El lugar bullía con un maremagno de hombres que se lanzaban tajos, estocadas y mandobles. Tras muchos latidos de presión tenaz se impuso el empuje de los atacantes, que rompieron las filas de los arritios, arrollándolos y obligándoles a retroceder, aunque sin perder la disciplina ni volver la espalda al invasor.

Skarrion cortó el cuello de un enemigo y el arma levantó un jirón negro y húmedo. Embistió a otro soldado con ese escudo que estaba ya casi hecho trizas, impidiendo al arritio descargar el hachazo y lanzándolo al suelo, y paró un golpe descendente de alabarda que llegaba desde la derecha. Vio, sumido en el mar de empujones y golpes, y por entre la nube de aceros y cascos, al fondo del salón, al capitán de la soldadesca. Aquel hombre retrocedía sin dejar de asestar unos golpes tremendos, que derribaban a sus perseguidores o les obligaban a cubrirse y retroceder. Ya estaba a punto de escapar, por una puertecilla en un rincón de la estancia. Pero Skarrion no estaba dispuesto a permitirlo.

Se abrió paso redoblando esfuerzos, con las mejillas hinchadas de sangre y perladas de sudor. Algunos soldados incluso se apartaban cuando le veían llegar, sin poder reprimir el temor que blanqueaba sus caras y desorbitaba sus ojos. Preferían enfrentarse a cualquier otro mercenario antes que al Loco.

El oficial arritio abrió la puerta, atravesó el umbral y la cerró, pero Skarrion no dio tiempo a su enemigo a atrancarla desde el otro lado, pues ya se había lanzado contra la plancha de madera. La puerta voló en torno a sus bisagras y el shakark pasó a un rellano estrecho y fresco, casi cayéndose por culpa del impulso.

Ante él había una estrecha escalera de caracol, cuyos peldaños de piedra subían hacia otro nivel del castillo. Estaba iluminada por antorchas que arrojaban sombras cambiantes y confusas sobre los bloques de roca. El mercenario escuchó, lejanos, los pasos de su objetivo. Sonrió y echó a correr, saltando los escalones de dos en dos.

—¡Cobarde! —gritó, en tosco arritio—. ¡Un buen líder muere junto a sus hombres!

Skarrion se percató de que los pasos de su presa ya no sonaban

lejanos y además tenían una cadencia demasiado regular. Se agachó cuando la espada apareció tras el siguiente recodo. El acero rozó el casco y rebotó contra el muro curvo. Skarrion se estiró hacia arriba, estocando en dirección al vientre, pero la punta chocó en un escudo. El capitán arritio incrustó el talón de su bota en su mejilla derecha y el mercenario resbaló y rodó durante algunos escalones, gruñendo y jadeando, sin soltar la espada.

—¡Mi lealtad está con mi amo, el duque Quilbates Creor! —gritó el arritio—. ¡Su protección justifica que abandone a mis hombres!

Y echó a correr de nuevo. Skarrion se puso en pie y reanudó la persecución, frotándose el moretón purpúreo que empezaba a formársele en la cara.

—¡Eso es! —masculló—. ¡Llévame hasta tus amos!

La escalera terminó en un recodo amplio, cuyas paredes estaban adornadas con escudos heráldicos, el legado de un pasado glorioso. En el muro más ancho había un portón y el capitán arritio ya había subido la tranca. Empujó la plancha y consiguió meter su figura por el hueco.

Skarrion saltó hacia delante y golpeó con la espada, pero el arritio ya estaba al otro lado del portón y la hoja solo encontró aire. El mercenario también se coló por la abertura.

Sintió el viento contra su rostro, acuchillándole los pulmones con cada inspiración. Ante él había un largo puente de piedra, orillado por dos barandas tocadas de gárgolas siniestras. Se trataba de un paso elevado que unía dos torreones gemelos del castillo, y sobre él ya corría su presa. Skarrion salió como una exhalación tras él.

El día era soleado y frío. Sobre los muretes de roca del puente se distinguía el horizonte pardo y verdoso, las llanuras de Arrit, inacabables por el sur pero moribundas al norte, al chocar con una línea montañosa, baja y gris. Sin aminorar el paso, Skarrion se acercó a una orilla del puente y contempló durante un instante la fortaleza bajo él.

En el patio de armas aún luchaban más de cien hombres. Pero los defensores del castillo estaban sentenciados, porque sobre las murallas había ya tres brechas, provocadas por las piedras de catapulta. Los atacantes cruzaban un foso desecado a causa de la desviación de sus aguas y continuaban entrando a través de las grietas, o mejor dicho derrumbes, en la muralla exterior. Pasaban por encima de sus compañeros muertos, que no hacía mucho habían sido atravesados a flechazos, o desollados vivos por el agua caliente lanzada desde los parapetos. Los establos y los barracones de la soldadesca ardían, vomitando llamas doradas y columnas de humo negro y espeso. Los ejércitos regulares de Arrit y las compañías mercenarias, todos al mando del rey Sacrón IV, y a pesar de la resistencia encarnizada,

habían entrado en el castillo y ahora la lucha se desarrollaba en su fase terminal, pasillo por pasillo, sala por sala, desarmando a los sumisos y exterminando a los irreductibles.

Skarrion dirigió su mirada otra vez hacia el hombre al que perseguía. Aquel capitán ya cerraba una nueva puerta sobre el muro que cortaba el gran puente. Era la entrada de la segunda torre interior, tan ancha e imponente como su hermana gemela.

Tras abrir la puerta, Skarrion entró en un pasillo fresco y oscuro, adornado con tapices y pinturas. En las paredes había cuadros con nobles que lo contemplaban con aire arrogante. El oficial enemigo ya cerraba otra puerta, esta vez de madera fina, con relieves elegantes y delicados de motivos florales y geométricos.

Skarrion la empujó con su hombro, sin éxito. Quedó quieto, al percibir voces procedentes del otro lado. Le pareció oír tres distintas, y entre ellas reconoció el vozarrón jadeante y vigoroso del capitán arritio. La segunda voz era de hombre, pero se alzaba en tonos agudos que expresaban angustia y enojo. Oyó además una voz que le pareció joven y femenina, también alterada. Pero la puerta le impedía entender lo que estaban diciendo.

Skarrion retrocedió un paso, alzó la espada a dos manos y descargó el golpe, haciendo saltar el pomo acerrojado. La puerta se abrió de una patada.

Entró en una estancia grande y lujosa. Vio una mesa central y sobre ella pergaminos que representaban mapas en los que había pasillos, escaleras, salones… Sospechó que aquellos planos se referían a este mismo castillo. Sobre las estanterías, que llegaban hasta el techo, se apilaban libros vetustos, pero había un hueco abierto en la librería y por él Skarrion vio desaparecer un pliegue de vestido femenino. Sonó un crujido insistente y el mueble comenzó a moverse, cerrando la salida secreta.

Skarrion se arrojó hacia allá, estirando su brazo derecho y metiendo la espada en la abertura para que no se cerrara del todo. Logró introducir sus dedos por la rendija, pero enseguida comenzaron a amoratarse, atrapados entre las secciones fija y móvil de la librería. El mercenario plantó sobre aquella un pie y tiró hacia fuera. Su rostro enrojeció hasta volverse brillante, apretó los dientes y entrecerró los ojos. Bufaba como un toro furioso y las venas se le marcaban en la frente igual que cordeles azulados.

Sonó un chasquido seco y metálico y desapareció el rumor del giro de mecanismos internos. Skarrion tiró hacia fuera del mueble y esta vez sí cedió, entre crujidos dolientes. Algo mareado por el esfuerzo, se introdujo por el vano, empuñando su espada con dedos rasguñados y pegajosos a causa de la sangre.

Era una escalera de caracol similar a la de aquella torre que dejara

tan atrás; ahora, sin embargo, la persecución tendría lugar en sentido descendente. No había lámparas ni teas, pero el shakark ya bajaba con premura, poseído por la fiebre de la caza. Casi saltaba sobre los escalones y a veces solo la suerte le libró de dislocarse un tobillo y rodar escaleras abajo.

Tras un breve espacio de jadeos y negrura, llegó a un nivel inferior. Comprendió que había bajado hasta el primer piso del castillo, pues le llegaba, apagado por las paredes de piedra, el estruendo de la lucha en el patio de armas. Ante él había un corredor alto y ancho iluminado por teas, con pinturas que representaban escenas de caza y de guerra. Al fondo, distinguió al oficial a quien había perseguido, junto a un hombre y una mujer vestidos con ropas lujosas.

El mercenario sonrió y se les acercó a los trancos, pero sus presas desaparecieron por un ángulo del pasillo.

Cuando lo dobló, Skarrion percibió un jirón pálido y fugaz y alzó su espada. El hacha de la alabarda picó sobre el acero con un estruendo vibrante, y aunque su arma desvió la hoja del hacha, no pudo evitar que el brazo retrocediera a causa del impacto. Allí estaba el oficial enemigo, que había desechado la espada y empuñaba ahora la alabarda.

Skarrion vio tras el guerrero, y separados de él por una distancia prudencial, al hombre y la mujer que ya viera unos momentos antes. Se abrazaban con espanto mientras contemplaban a los dos luchadores. Ella era una dama joven y muy bella. Tenía piel clara y tersa y un rostro ovalado, casi angelical, pero con unos labios carnosos y sensuales, hechos para ser besados. Los ojos castaños estaban desorbitados y brillantes a causa del horror. Llevaba el pelo azabache recogido en un moño cortesano. Su cuerpo esbelto vestía un traje largo y ajustado de terciopelo verde y escarlata, que caía hasta los tobillos, y calzaba sandalias de color crema.

El hombre a su lado era alto y delgado, rubio, con el cabello largo, peinado en bucles finos y sedosos. Tenía un rostro anguloso y grandes ojos grandes y verdes. No era joven, pero tampoco viejo. Vestía ropas ostentosas que no dejaban lugar a dudas sobre su condición de aristócrata. Temblaba y parecía muy asustado mientras veía luchar a los dos guerreros.

Skarrion lanzó un golpe a dos manos para segarle el abdomen al enemigo, pero el capitán retrocedió de un salto y retrocedió dos pasos. Tenía el rostro tenso y los ojos clavados en su rival, calibrándolo.

—¡Mátalo, Baltor! —chilló el noble—. ¡Te lo ordeno!

El shakark señaló con su espada a quien había hablado, sin bajar la guardia ni despegar los ojos del oficial arritio.

—¿Es este el conde Quilbates, el que ha iniciado la revuelta contra

el rey Sacrón IV? —preguntó, entre jadeos.

—¡En efecto! —respondió el aristócrata—. ¡Destronaré a Sacrón y traeré la justicia perdida a Arrit!

Skarrion no pudo evitar sonreír con sarcasmo. Si aquel petimetre había levantado a un puñado de nobles en armas había sido solo para hacerse con el poder, no para ayudar a la chusma de campesinos y artesanos que explotaba en sus feudos. Aún no había conocido a ningún poderoso que luchara para proteger al pueblo llano, pero todos se arrogaban ese propósito con tal de justificar sus acciones de guerra.

El mercenario dijo:

—Tu castillo ha caído en nuestro poder, Quilbates, y así termina esta rebelión estúpida, condenada desde el principio. Si te entregas llegarás de una pieza ante Sacrón, pero si te obcecas en resistir el rey solo recibirá de ti la cabeza.

—¡Mátalo, Baltor! —repitió el noble, histérico de miedo y rabia.

El oficial se lanzó sobre Skarrion, estocando con la punta de la alabarda. El mercenario apartó el arma y contraatacó. Baltor levantó la alabarda, tomada a dos manos, y el astil detuvo el golpe.

—¡Acaba de una vez con él, patán! —gritó Quilbates, abrazando con fuerza a su compañera.

Ambos siguieron retrocediendo, hasta que sus hombros tocaron el muro.

Los guerreros se separaron de nuevo, con los rostros brillantes a causa de la ira y el sudor.

—¿Por qué no lo has ensartado, Baltor? —chilló Quilbates—. ¡No eres más que un inútil!

Skarrion aprovechó aquella interrupción en la pelea para tomar aire. Sin apartar los ojos del tal Baltor, señaló con un ademán de la cabeza a Quilbates.

—Eres un gran espadachín —dijo—. No permitas que este idiota te insulte.

—¡Silencio, mercenario! —contestó Baltor—. Mi familia ha servido a la suya durante siglos y no puedo romper la tradición.

—Estás loco —dijo Skarrion.

Baltor avanzó y estocó a dos manos, pero Skarrion volvió a parar con su acero, trazando un arco descendente, y la espada picó en el suelo. Baltor hizo girar la alabarda y el arma del shakark quedó atrapada entre el hacha y el astil. Su objetivo era arrancarle el acero, pero Skarrion retrocedió con un paso hacia atrás, dando un tirón y sacando la espada de la trampa. Baltor cerró otra vez, pinchando con la punta y tajando con el hacha. Llevaba la iniciativa y atacaba rápido, intentando arrollar al mercenario, sin dejarle pensar. Pero Skarrion conocía muchos trucos y esquivaba o paraba cada embate.

Cuando llegaron en su lucha hasta cierto rincón de la estancia,

Quilbates sonrió triunfal.

—¡Por fin! —exclamó.

Empujó un ladrillo sobre el muro y sonó un crujido. El suelo desapareció bajo los dos contendientes y se zambulleron en el vacío, gritando más de rabia que de miedo, al saberse víctimas de una trampa. Skarrion se revolvió como un gato en el aire y su antebrazo golpeó contra un poste metálico que sobresalía del muro, y que detuvo su caída. Baltor se le vino encima, golpeándolo como un bulto pesado. El shakark, asido al poste horizontal por el hueco del codo, sintió su espalda estirarse cuando el enemigo se agarró a sus piernas, aún con la alabarda en una mano. Baltor se encaramó sobre Skarrion y le pasó un antebrazo musculoso alrededor del gaznate.

—¡No te sueltes, mercenario, o moriremos los dos! ¡Mira abajo!

Skarrion se dio cuenta de que estaban en un pozo circular muy ancho. El fondo quedaba a unos ocho pies y en él había una veintena de estacas largas y puntiagudas. Atravesaban cadáveres, unas osamentas cubiertas de pellejo.

—¡Agárrate a la viga o tu peso nos hará caer! —gritó Skarrion.

Baltor así lo hizo, tras meter la alabarda entre el cinto y la cadera. A su vez, Skarrion enfundó la espada en la vaina pendiente de su cintura. Lograron auparse a fuerza de brazos y se pusieron en pie sobre la viga metálica, los dos en equilibrio, pues no había en el muro circular oquedades o salientes a los que agarrarse.

Desde arriba les llegó un rechinar de grilletes y poleas. Horrorizados, vieron que el techo del pozo, aquella trampilla inmensa, subía de forma rápida y constante, impulsada por tres grandes rodillos, a modo de bisagras.

Sellada la única fuente de luz, quedaron los dos sumergidos en la oscuridad. El techo estaba demasiado alto; no podrían alcanzarlo ni siquiera subiéndose uno encima del otro. Y en el fondo del pozo les aguardaban las estacas puntiagudas.

En la tiniebla impenetrable, cada uno sentía la presencia del otro, demasiado cercana. Quedaron quietos, sabiendo que el otro estaría agarrando la espada o la alabarda, y pensando lo mismo.

—Podemos seguir luchando —dijo Skarrion—, consiguiendo que ambos quedemos ensartados en esos pinchos de abajo, o podemos tratar de buscar una salida a esta trampa. Decide, arritio.

Baltor permaneció en silencio, tomando y soltando aire con fuerza. Pasaron muchos latidos. Al fin, algo le dijo a Skarrion que el arritio había dejado de estar tenso.

—Oí hablar alguna vez a Quilbates de este pozo —dijo Baltor—. Solía arrojar dentro a quienes le contrariaban o desafiaban. Nunca presencié una de esas ejecuciones, pues no me gustan ese tipo de espectáculos, pero Quilbates solía comentarme, entre risas, que había

una posibilidad de escapar a las estacas.

—La que hemos aprovechado nosotros, agarrándonos a este travesaño metálico. Es la única función posible para esta viga: servir de freno a quienes braceen en el aire mientras caen. De tal modo, unos acaban ensartados en esas estacas y otros no. Un juego macabro.

—Quilbates me confesó otra cosa: los que se libraran de las estacas hallarían un final aún más terrible… Y no creo que se refiriese a una muerte por hambre.

Skarrion miró en derredor, intentando traspasar con sus ojos la negrura. Imposible.

—Por tanto, debe haber una segunda salida del pozo, que llevará a ese final aún más terrible —dijo.

—Puede que sea una puerta o un hueco disimulado, sobre el propio muro…

Baltor era el más cercano a la pared, así que empezó a palparla y presionar sobre los bloques de piedra. Estalló un crujido cuando un guijarro se hundió bajo su mano, y sonó otra vez el rumor de ruedas dentadas. Provenía de la pared frente a la viga, al otro lado del pozo; contuvieron el aliento para oír mejor, con la mirada inútil clavada en la negrura. A juzgar por el ruido, era como si una sección del muro estuviera abriéndose o cerrándose, en ese mismo lugar.

El ruido cesó.

—Allí debe estar la salida que buscábamos —dijo Baltor—. Quizás haya un hueco abierto en la propia pared.

—Pero no podemos ver nada.

—Aun así, tendremos que probar.

—¿Cómo?

—Saltando hacia allí, en medio de esta negrura.

—Si nos hemos equivocado y no hay allí ninguna abertura, chocaremos con el muro y luego nos empalaremos en las estacas.

—Por supuesto. Pero es nuestra única oportunidad y debemos confiar en ella. Y hay que hacerlo pronto. Si realmente se ha abierto allí una salida, sospecho que de un momento a otro comenzará a cerrarse, como ya ocurrió con la trampilla superior. Tal vez haya un reloj de arena o agua que marque el tiempo, antes de que los engranajes vuelvan a ponerse en movimiento.

—Creo que puedo llegar a la abertura, o lo que sea que haya ahí delante, de un salto desde el borde de esta viga. Lo voy a intentar.

—Está bien. Tú eres el que estás más cerca. Suerte, mercenario.

—La necesitaré, en esta oscuridad.

Skarrion le dio la espalda a Baltor. A tenor de las circunstancias, creía poder confiar en aquel hombre, pero un escalofrío recorrió su columna al imaginar lo fácil que le sería al arritio lanzarlo al fondo, de un solo empujón. El shakark se vio a sí mismo ensartado en una

estaca, como pasto para los gusanos y los roedores… Pero se obligó a desechar las dudas y tentar al destino, una vez más.

Fue deslizando las plantas con lentitud, sobre la viga, en equilibrio, adentrándose más y más en la negrura, hasta que llegó al final y ante la punta de la bota solo halló aire. Una corriente de terror subió por su columna vertebral: iba a saltar hacia un vacío de oscuridad perfecta con la esperanza de meterse en alguna oquedad o, al menos, agarrarse a uno de sus bordes, en la pared frente a él. Pero si allí no había otra cosa que roca se estrellaría contra el muro y caería como un pelele. Se había metido en muchas locuras, pero le costaba recordar alguna tan extraña y aterradora como esta. De cualquier modo, ya no tenía sentido dudar o retroceder.

¡Al infierno!, se dijo.

Se balanceó hacia delante y atrás para tomar impulso y saltó, estirándose en el vacío. Sus brazos y su pecho entraron en una abertura, pero el borde de piedra golpeó con fuerza su abdomen y la mitad inferior de su cuerpo quedó colgando en la oscuridad. Se aupó y arrastró, hasta colarse en un pasillo cuadrado, de una altura tan baja que debía permanecer arrodillado en su interior.

—¡Baltor, en efecto, aquí hay una abertura cuadrada! —gritó—. ¡Salta con fuerza, con las manos y la cabeza por delante, y yo te agarraré!

Baltor anduvo con cuidado hasta el borde de la viga.

—¡Te voy a tirar la alabarda! —gritó Baltor—. Me estorbará para saltar.

—¡Al infierno con tu alabarda! ¡Salta de una vez!

—Te la mando: ¡ahí va!

Skarrion soltó un juramento, alargó los brazos y sintió el golpe del largo astil de la alabarda en un brazo. La agarró de milagro y la pasó adentro.

—¡La he cogido! ¡Salta de una maldita vez!

Comenzó a sonar otra vez el rumor de engranajes y la losa que servía de puerta a la abertura empezó a bajar, con lentitud, pero de manera inexorable.

—¡Esto empieza a cerrarse! —gritó Skarrion—. ¡Salta de una vez por todas!

Baltor no lo pensó más y cruzó el vacío de un brinco poderoso. También se estiró, pero no llegó tan lejos como el mercenario, pues solo sus manos tocaron el borde rocoso; Skarrion braceó y tanteó desesperado y le agarró de los nudosos antebrazos, sintiéndose impulsado por el tirón, hasta sacar la cabeza y los hombros por la abertura. Giró el cuello para mirar hacia arriba; por supuesto no vio nada, pero pudo oír el coro de crujidos que señalaba la bajada de la losa hacia su cara. Retrocedió arrastrándose, sin soltar a Baltor, que

también se aferraba a sus codos, hundiendo con fuerza los dedos en la cota, con la energía que da el pánico. Skarrion se puso de rodillas, luego en cuclillas, y tiró hacia atrás, gruñendo por el esfuerzo. Su compañero de infortunio subió y metió medio cuerpo en el corredor. Skarrion consiguió retroceder a duras penas y Baltor arrastró el abdomen sobre el suelo rocoso. La losa arañaba su cota de mallas, rozó el jubón a la altura de las nalgas y también los calzones. Skarrion soltó uno de sus antebrazos, le agarró por el cinto y dio un tirón hacia él, ayudado por el propio arritio, que apoyando las palmas en la piedra se impulsó hacia delante. La losa casi aplastó un tobillo, pero los pies lograron pasar enteros, a duras penas, antes de que se cerrara el hueco.

Sudorosos y jadeantes, se miraron a través de la oscuridad.

—Quiero saber tu nombre —dijo Baltor.

—Skarrion Gunthar, de Shakark. Capitán de los Soldados Libres de Arrit.

—Ahora Baltor Ran, oficial de la Casa Creor, le debe la vida al capitán Skarrion Gunthar de Shakark.

Skarrion asintió. No podían ver nada, pero ambos sabían que estaban mirándose a los ojos.

—Hemos de seguir —dijo el mercenario. Le devolvió la alabarda y se volvió hacia la negrura—. ¿Tienes idea de adónde puede conducir este túnel?

Baltor se pasó la mano por la cara para apartar el sudor que bajaba hasta sus ojos.

—No. Pero sé que los arquitectos del castillo, siglos atrás, llenaron estos subsuelos de mazmorras y catacumbas, así que tal vez nos hayamos metido en un laberinto. Nuestra única alternativa es continuar hacia delante por este pasillo… Y que los dioses nos amparen.

—No confío en los dioses.

Baltor no pudo evitar sonreír.

—Sí, que se vayan al diablo todos los dioses. Pero con ellos o sin ellos, hemos de continuar.

Comenzaron a moverse, a cuatro patas, debido a la poca altura del pasaje. No traían yesca ni pedernal, por lo que sus únicas guías eran los oídos y los dedos, que palpaban con cautela el suelo, el techo y las paredes.

—¿Quién era esa belleza que estaba con Quilbates? —preguntó Skarrion.

—Su prometida, Casandra. Pertenece a otra noble familia arritia, los Curcen. También se sumaron a la revuelta contra Sacrón, pero hay rumores de que fueron vencidos, no hace mucho tiempo.

—La pasada luna llena. Yo mismo participé en la toma de la

fortaleza Curcen. Lucharon duro, pero al final los aplastamos.

—Casandra fue enviada a este castillo antes de la rebelión, pues Quilbates y ella iban a casarse esta misma semana. Era una boda concertada, un matrimonio de conveniencia.

—Tu señor Quilbates parece un necio y un cobarde, pero ella está enamorada de él. Lo he visto en cómo lo abrazaba y lo miraba.

—No hables así de mi señor —advirtió el arritio, en tono cortante.

—Lo defiendes, pero no ha dudado en sacrificarte para escapar. Recuerda que a ti también te arrojó a la trampa.

—Mi lealtad está de su parte. Mi familia, los Ran, han servido a los Creor durante decenios. Es mi deber protegerlo. De quien sea.

Skarrion guardó un silencio que Baltor no rompió.

Al cabo de una breve eternidad, se detuvieron.

—¿Lo notas? —susurró Skarrion.

—Sí. Un olor nauseabundo.

—Orines. Excrementos. Y carroña. Hay un ser vivo allá delante, así que mejor avancemos sin causar el más mínimo ruido.

Desenvainó la espada y Baltor preparó la alabarda para estocar o hachar en cualquier momento. Ambos respiraban con dificultad debido a la pestilencia y contenían sus jadeos, intentando atravesar con sus miradas la negrura, siempre sin éxito.

Captaron una respiración regular, cavernosa y profunda, lo cual hacía pensar que su dueño era un ser muy grande. El miedo hizo galopar sus corazones, pero siguieron avanzando en la oscuridad. Skarrion palpaba hacia delante con los dedos, temiendo que en cualquier momento su mano desapareciera entre dos filas de colmillos.

El techo ganó altura y el pasillo se abrió más, como si fuera el extremo ancho de un embudo. Ya podían ponerse en pie, y aunque sus rodillas crujieron al incorporarse, no pronunciaron un solo quejido…

…Porque en algún lugar frente a ellos había algo vivo y grande, muy grande. Lo supieron por el calor que emergía de ese cuerpo y por el ruido ronco de su respiración. Fuera lo que fuese, estaba durmiendo. Durante unos instantes el miedo les hizo olvidar incluso la pestilencia.

Skarrion sintió una mano en el antebrazo y unos dedos que giraban su hombro. Movió el cuerpo tal y como le indicaba Baltor porque él también podía sentirlo: una corriente de aire fresca y tenue, pero muy perceptible en aquella atmósfera viciada. Debía ser una nueva salida, pues provenía de un lugar distinto al que habían utilizado para entrar allí.

Skarrion y Baltor, sin hablar, sin casi atreverse a respirar, se movieron agachados hacia la corriente de aire. Habrían de pasar cerca de la masa durmiente y tendrían que esforzarse para no hacer ruido.

Comenzaron a moverse, andando despacio, concentrándose en que

cada pisada fuera tan suave como el roce de la seda sobre la seda. Skarrion seguía empuñando desnuda su espada y a su vez Baltor sostenía la alabarda. El suelo era de piedra accidentada y estaba salpicado de pedazos de algo pegajoso y crujiente que olía a sangre y putrefacción. Comprendieron que era la carnaza de que se alimentaba la bestia. La bota del mercenario tropezó con un objeto grande y sólido. Se agachó y lo tocó, descubriendo una cabeza humana, fría y pegajosa, a la que le faltaba la mitad derecha del cráneo, arrancado tal vez de una dentellada. Palpando, Skarrion descubrió que el cadáver desaparecía a la altura del abdomen, como si lo hubiesen agarrado por los brazos y las piernas y lo hubiesen partido por la mitad. Se puso en pie y siguió caminando.

Escucharon unos susurros que se volvían más fuertes por momentos y comprendieron que el ser estaba olisqueando en el aire. Les llegó una vaharada de aire caliente y asqueroso. El monstruo gruñó con voz pastosa y ronca mientras seguía olfateando, cada vez más inquieto en su sueño.

Los hombres quedaron inmóviles. El sudor se les metía en los ojos y bajaba por el surco lumbar, hasta las nalgas. Podían sentir, cada vez más intenso, el calor y el hedor que emanaban del monstruo.

Algo siseó en la negrura, como un pliegue de carne húmeda que se deslizara sobre un cuerpo descomunal. De alguna extraña manera, Skarrion y Baltor comprendieron que la criatura los estaba mirando.

La cosa rugió. Su voz tronadora hacía vibrar los huesos, los pulmones, el estómago. Una masa se alzó. El instinto venció al pánico, Skarrion se tiró al suelo y algo pasó por encima de él. Aulló el shakark, pues tres garras afiladas como cuchillas golpearon su espalda, rechinaron sobre las mallas de la cota e hirieron su muslo izquierdo. De no haberse echado abajo ahora no tendría cabeza.

Baltor avanzó en la oscuridad y estocó. La punta de la alabarda atravesó una piel dura como cuero seco y la criatura chilló de dolor. El capitán retrocedió, sacando el arma, justo a tiempo para esquivar unas zarpas terribles que hubieran hecho trizas su rostro.

Skarrion ya estaba en pie. Lanzaba tajos a dos manos y al fin el acero hendió la carne, con un chasquido húmedo.

—¡Vámonos! —gritó.

Ambos escaparon hacia la salida, tropezando y trastabillando mientras corrían sobre el suelo rugoso y pétreo. Pasaron a través de una hendidura rectangular y, ya dentro de un nuevo túnel, siguieron huyendo, con el infierno de rugidos a sus espaldas.

Al cabo poco, Skarrion gritó:

—¡Detente, Baltor! ¡Escucha!

El arritio también se detuvo. Por encima de sus propios jadeos y de los rugidos de la criatura, podían oír trallazos de metal.

—La bestia está encadenada —dijo Skarrion.

Se miraron, como dos sombras en medio de la oscuridad, y luego volvieron a concentrar su atención en el pasillo precedente. Sonaban los chasquidos de hierro, a intervalos cortos y regulares, cada uno acompañado de un grito ronco y furibundo. Y comenzó a oírse también el crujido de la piedra, mientras empezaba a resquebrajarse.

—Está tirando de sus cadenas —dijo Baltor—. Deben estar unidas a la pared por algún tipo de sujeción, quizás con clavos o con cemento.

—No resistirán mucho: ya se oyen pedazos de piedra cayendo al suelo.

—¡Corramos!

Skarrion asintió y echó a trotar junto a su compañero de aventura. Las heridas de la pierna le dolían de modo espantoso y cada paso era un tormento, pero no soltó un solo gemido, decidido a concentrarse tan solo en la idea de sobrevivir.

El pasillo era ancho y alto, a juzgar por el eco de sus voces. El suelo de roca rugosa provocaba tropiezos, pero pronto pasó a ser llano. Además, ascendía en suave pendiente. Doblaron ángulos rectos traicioneros y, tras superar uno más, descubrieron la luz de unas teas lejanas, colocadas en sujeciones metálicas, sobre ambos muros. El corredor quedaba cegado por una pared de bloques de piedra, y en ese muro había un portón de madera.

Al topar con la luz de las antorchas los ojos de Skarrion y Baltor se resintieron en un principio, pero los dos hombres experimentaron enseguida una felicidad enorme, pues habían escapado por fin del imperio de la oscuridad. Sintieron renacer las energías y el dolor en la pierna de Skarrion se volvió un poco más soportable.

Llegaron al portón, que tenía como único asidero una argolla de hierro macizo. Cogieron el aro, grueso como un puño, y tiraron de él. La madera crujió, pero no se movió. Lo peor era que no había cerradura alguna a la que atacar, y sospecharon que aquella plancha de madera solo podría abrirse desde el otro lado.

Se miraron con angustia.

—Podemos golpear la puerta con la espada y la alabarda —propuso Baltor—. Quizá logremos abrir un agujero en la madera y…

—¡Silencio! —gritó Skarrion.

Podían oírlo: los rugidos se acercaban. Y con ellos venía el movimiento de un cuerpo pesado, sobre patas gruesas que tronaban en el suelo, y un restallar de eslabones metálicos arrastrados en plena carrera.

—Se ha soltado —susurró Skarrion.

La idea de enfrentarse a la bestia les daba pavor, pero la lucha parecía ya inevitable. Los rugidos del ser aumentaban más y más su volumen y su voz cavernosa estaba llena de promesas de muerte.

Ambos atacaron la puerta con la espada y el hacha de la alabarda, haciendo volar pedazos de madera por los aires, gruñendo a causa del esfuerzo. Las armas subían y bajaban veloces, manejadas por dos hombres fuertes y aterrorizados.

Se extendió un rugido brutal a todo lo largo del pasillo. Se volvieron y contemplaron atónitos una masa de pelo y músculos salir por el extremo más oscuro del corredor.

Era un oso, uno de aquellos que vivían en el Alto Arrit, que se habían ganado una fama terrible gracias a su corpulencia y su ferocidad. Se trataba de seres esquivos y tercos y su piel se pagaba a precio de oro, pero solo los cazadores más valientes o locos osarían internarse en los bosques donde estos monstruos reinaban. Incluso había leyendas sobre osos cosidos a flechazos que, llevados por la furia, habían hecho pedazos a muchos hombres, antes de caer muertos.

Este era un ejemplar horrendo y majestuoso. A cuatro patas, su lomo alcanzaba la altura del propio Skarrion, pero alzado de manos habría de agachar la cabeza para no golpearse contra el techo rocoso. Su pelaje hirsuto era de un color que oscilaba desde el pardo al negro, indefinible a causa de la mugre que lo cubría. Las zarpas negruzcas parecían cuchillas curvadas, capaces de desgarrar un tablón grueso y tronchar una viga de madera. Los ojillos brillaban con una maldad insana, la de las bestias enloquecidas por el cautiverio. El hocico estaba arrugado y tenía alzados los belfos espumosos, mostrando dos hileras de dientes, amarillos y rojizos debido a la carroña y la sangre que su lengua no había logrado limpiar. Quizás le hubieran alimentado durante años con carne humana. Un aro de hierro rodeaba el cuello anchísimo y de él pendía una cadena, arrastrada ahora por entre las patas. El último eslabón estaba unido a una argolla metálica, pegada a su vez a una plancha con cuatro largos clavos cónicos, antaño clavados en el cemento.

El monstruo parpadeó muchas veces y bajó la cabeza, gruñendo rabioso, pues la luz dañaba sus retinas sensibles, acostumbradas a una existencia de oscuridades. Olisqueaba sin cesar, pues el olfato era su sentido predominante, capaz de guiarlo hasta esos dos enemigos que lo habían arrancado del sueño y que le pincharon y cortaron con sus armas.

—¡Las antorchas! —gritó Skarrion—. ¡Podemos quemarlo! ¡Ve tú por una y mientras yo lo entretendré!

Baltor no cuestionó la idea, pues podía moverse con mayor agilidad que su compañero, a quien los surcos de la pierna le ardían con cada movimiento. El shakark se desplazó hacia la derecha mientras Baltor corría en dirección contraria, buscando la tea más próxima.

Skarrion gritó e hizo aspavientos para atraer la atención de la bestia. El hedor del monstruo resultaba mareante, pero el mercenario se le acercó y clavó su espada en una zarpa, emergiendo el acero por el dorso peludo. El oso rugió y Skarrion sintió dolor en sus tímpanos. Se echó hacia un lado, sacando el arma de la herida, y aunque tuvo tiempo de esquivar un mordisco la cabeza peluda lo golpeó, lanzándolo contra un muro.

Skarrion golpeó con su espada una y otra vez, en la misma pata. El acero se hundió hasta las guardas y los puños del guerrero se cubrieron de sangre. El oso alzó su otra zarpa y descargó un golpe descendente, pero Skarrion se tiró al suelo y rodó sobre sí mismo. Skarrion se sintió aplastado contra el suelo, pues la bestia le tenía atrapado bajo una pata, y ya alzaba la otra, dispuesto a partirle en dos con sus garras. El norteño no podía escapar. Comprendió que iba a morir.

El monstruo se revolvió, giró sobre sí mismo y retrocedió, dejando en paz a su víctima. Había un nuevo hedor en el aire, el de la carne quemada. Del lomo nacían unas llamas que iban extendiéndose con rapidez sobre la mugre y el pelaje, levantando brazos de humo espeso y muy oscuro. El oso rugió, loco de dolor, y empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Aquel movimiento no hizo otra cosa que dar fuerza a las llamas y el fuego llegó hasta la coronilla y abrasó las orejas. La criatura estaba envuelta en resplandores ígneos y en nubes grises y nauseabundas. Restregó su cuerpo contra el muro de roca, que se manchó de pellejo aceitoso y sangre hervida. Aquello pareció aliviar sus sufrimientos durante unos instantes.

Pero Baltor le atacó de frente. Había atado la antorcha al extremo de la alabarda con su propio cinto y estocó, hundiendo la punta brillante en el abdomen y prendiendo fuego en él. La criatura intentó retroceder. En sus bramidos había un tono dolorido, escalofriante. Baltor volvió a clavar la punta. El oso ya estaba cubierto por lenguas de fuego y levantaba las garras, como una figura brotada de una pesadilla.

Echó a correr hacia el portón. Sus zarpas lo arañaron y sus dientes castigaron la madera. Incluso golpeó la cabeza repetidas veces contra él. Sonó un crujido brutal y al fin la puerta cedió ante su fuerza titánica. La monstruosidad, envuelta en chispas incandescentes, trotó con sus últimas fuerzas, pasando por encima de la barrera derrumbada e internándose en la sala contigua.

Baltor ayudó a Skarrion a levantarse. El shakark se apoyó en el arritio y ambos cruzaron el umbral, penetrando en otra estancia.

Vieron unas caballerizas vacías, con sus paredes de madera hechas pedazos y medio devoradas por las termitas. Había puertas en las paredes, pero estaban cegadas por tablones que dejaban pasar haces

de luz solar. Había también un pilón enorme de cal y ladrillo, conteniendo agua verdosa y hedionda, estancada, que en otros tiempos serviría de abrevadero para los caballos.

A pocos pasos del líquido yacía el oso. De su cuerpo duro y negro brotaban columnas de humo nauseabundo. La criatura aún resplandecía, cubierta de brasas, y persistían unas pocas lenguas de fuego sobre los restos carbonizados. El ser sin duda había percibido el olor del agua desde la otra estancia y, enloquecido por las llamas, luchó hasta echar la puerta abajo. Pero murió antes de alcanzar el precioso líquido, tan cerca de él que una zarpa reposaba junto al abrevadero.

Baltor dejó a Skarrion, que hubo de apoyarse en un muro para no caer. El arritio se agarró el estómago con una mano, inclinó el cuerpo y vomitó. Su compañero de aventura experimentaba mareos, pero resistió las náuseas. Sin embargo, no encontraba fuerzas para moverse. Baltor, tembloroso y muy pálido, tomó uno de sus brazos y lo pasó por encima de sus propios hombros, lo agarró de la cadera contraria y le obligó a andar.

Una de aquellas puertas no estaba acerrojada, así que la empujaron. Subieron por unas escaleras que terminaban en una trampilla. Les llegaron, amortiguadas, voces masculinas y rudas, propias de guerreros. Baltor empujó la trampilla y ambos emergieron a un barracón lleno de mercenarios, muchos de ellos borrachos, rapiñando aquí y allá lo poco de valor que pudieran hallar en estas últimas salas del castillo.

—¡Mirad! —gritó uno—. ¡Es el capitán Skarrion!

—¡Un enemigo lo ha atrapado! —exclamó otro—. ¡Liberémoslo!

Los guerreros se les acercaron y arrancaron a Skarrion de las manos de Baltor.

—No le hagáis daño… —dijo el nórdico—. Me ha salvado… la vida.

Pero ya estaban atando a Baltor sin ningún tipo de miramientos, y propinándole de paso sus patadas y puñetazos.

Skarrion intentó protestar, pero la negrura se lo tragó.

Skarrion carecía de las fuerzas necesarias como para levantarse del jergón.

Las heridas de la pierna no eran graves, pero por ellas había perdido mucho sangre y, lo peor, se infectaron debido a la suciedad en las zarpas del oso. Sufría sueños confusos y alucinaciones, empapado de sudor de la cabeza a los pies, mugía frases ininteligibles y se revolvía sobre las mantas Un hombre menos fuerte hubiera sucumbido a las fiebres, aun a pesar de los cuidados del experto cirujano de

campaña, pero Skarrion se aferró al hilo que lo unía a la vida y no lo soltó jamás, ni siquiera en los peores momentos.

Las heridas purpúreas se abrieron y soltaron el pus cremoso y maligno. El cirujano las limpió y comenzaron a cicatrizar. El capitán de los soldados libres estaba demacrado y ojeroso, pero había salido de peligro.

Días más tarde consiguió ponerse en pie y enseguida volvió a vestir sus atuendos guerreros. Aunque se le veía pálido y descarnado, de nuevo gritaba órdenes a sus hombres; había recuperado el carácter que lo llevara al liderazgo.

Pidió el caballo más rápido del campamento y cabalgó hasta la caravana de prisioneros de la batalla del castillo Creor. Formaban una línea larguísima de hombres humillados y carentes de ilusión. Muchos pasarían a formar parte del ejército de Sacrón IV y otros serían vendidos como esclavos. Por último, el rey ahorcaría a los cabecillas de la revuelta. Su final serviría como escarmiento para quienes pudieran albergar nuevas ideas de rebeldía.

Skarrion buscó, hasta encontrar a Baltor Ran.

El capitán arritio tenía las ropas destrozadas, el cuerpo estaba lleno de hematomas y le habían cargado de grillos y cadenas en las muñecas y los tobillos. A pesar de todo, no había perdido el orgullo y mantenía la cabeza alta y el rostro impasible. Al ver a Skarrion, los dos se miraron durante muchos latidos, en silencio.

El shakark desmontó y caminó a su lado.

—Me salvaste, capitán Baltor Ran —dijo—. Pudiste haberme abandonado allá abajo, junto a esa bestia carbonizada, pero acarreaste conmigo hasta que encontramos a mis hombres, recibiendo tú a cambio solo palizas y cautiverio.

—Te debía una. Mi deuda quedó así saldada.

—Supongo que sospechas ya el tipo de final que te espera. El rey Sacrón perdonará a los soldados, pero no a los oficiales.

—Me aguardan la horca o el hacha del verdugo.

Skarrion miró en derredor, asegurándose de que no había cerca guardias ni prisioneros entrometidos. Dijo, clavando sus ojos en los del arritio y conteniendo el volumen de su voz:

—Arreglaré tu fuga para esta misma noche. Habrá un caballo que te llevará lejos de aquí. No puedo hacer más.

—No puede ser.

—¿Por qué?

Baltor Ran suspiró con fuerza.

—He de morir junto a Quilbates, también preso de los hombres de Sacrón. Tengo que estar con él hasta el final. No me es posible abandonarlo. Mi padre sirvió a su padre en la guerra y mi abuelo a su abuelo. Y así sucesivamente, hasta mis primeros y sus primeros

antepasados… Hay lazos de sangre de por medio, lazos poderosos. Aborrezco a Quilbates, pero he de mantener limpio el nombre de mi casa.

Skarrion agitó la cabeza con impaciencia.

—No tienes por qué seguir ligado a ese necio. Lo ha perdido todo, y tú también.

Baltor lo miró y trató de sonreír, pero le salió una mueca entristecida. Su rostro pareció desnudarse de toda emoción y solo quedó una máscara agotada, y sin embargo llena de dignidad.

—Un hombre no lo ha perdido todo si aún le queda su orgullo.

Skarrion guardó silencio.

—Entiendo —dijo, al fin—. Has vivido con honor y morirás con honor, capitán Baltor Ran. Es más de lo que se puede decir de muchos, entre ellos tu señor Quilbates.

—Él no es mi auténtico señor.

—No te comprendo. ¿Acaso había otro noble por encima de él, liderando la revuelta?

—No se trata de eso. Quilbates es solo una figura, una imagen. Mi dueño es más importante.

—¿Cómo se llama?

—Deber. El deber es mi amo. Y es un amo severo.

Skarrion volvió a asentir. Dijo:

—Aunque no desees escapar, quizás pueda hacer algo por ti, antes de que caigas en manos de los verdugos. Haré lo posible por satisfacer tus últimos deseos.

—Gracias. Pero ahora que se acerca la muerte, prefiero estar solo. Quiero disfrutar de lo más preciado, lo único que tengo ya: mis recuerdos.

Skarrion le ofreció el brazo.

—Fue bueno pelear junto a ti, capitán Baltor Ran.

—Fue bueno, capitán Skarrion.

Se estrecharon con fuerza los antebrazos, sosteniéndose la mirada.

El norteño montó en su caballo y se alejó al trote.

No mucho tiempo después, halló al aristócrata Quilbates, obligado ahora a caminar junto a su propia soldadesca caída en desgracia.

El noble parecía aún más delgado, sus ropas caras estaban cubiertas por el polvo del camino y las botas finas estaban manchadas de barro. La dama Casandra permanecía a su lado, sufriendo las mismas penurias. Al parecer, no quería abandonarlo ni en un momento tan penoso. Aquel aristócrata malcriado de vez en cuando se volvía y culpaba de todas sus desgracias a sus hombres, y hasta a la muchacha que andaba cabizbaja a su diestra, cogida de su brazo. Los soldados no le prestaban atención y ella aguantaba las humillaciones y los insultos en silencio, mirando hacia el suelo con unos ojos

enrojecidos, en los que ya no quedaban lágrimas.

Skarrion contempló al noble, que ora lanzaba improperios a su gente, ora refunfuñaba por lo bajo, lleno de ira y rencor. Quilbates era un ser cobarde y despreciable, pero tenía la lealtad incondicional de un hombre que valía por cien y el amor de una mujer dulce y hermosa. El shakark esbozó una sonrisa llena de amargura y negó con la cabeza, pensando acerca de lo extraña, lo incomprensible que era la condición humana.

Pero apartó a Quilbates, a Casandra y a Baltor Ran de sus pensamientos. Al fin y al cabo, su mente actuaba sobre lo inmediato, lo práctico y lo perecedero. No era un filósofo, sino un luchador. Era tan solo un hijo de la guerra más.

EL COBARDE

En aquellas épocas lejanas, Araria era todavía un país joven y salvaje. Sus praderas se extendían como un mar verdoso y dorado bajo el océano sin fin de los cielos. Un jinete podría adentrarse en ellas durante semanas, sin encontrar vestigio alguno de civilización. Era el imperio de una naturaleza dictatorial que no solo moldeaba las montañas y las llanuras, sino también el carácter de los hombres, volviéndolos salvajes y apasionados al cabalgar y lúgubres y silenciosos al calor de las hogueras, cuando les rodeaba una oscuridad impenetrable que se extendía hasta el fin del universo.

Era un mundo primitivo, apenas habitado, regido por las hordas de la llanura. Las caravanas que iban y venían desde el sofisticado y poderoso Uan necesitaban escolta, a veces incluso pequeños ejércitos, para protegerse de los nómadas siempre hambrientos de seda y oro, que volaban en sus caballos y caían sobre sus víctimas como las hormigas sobre el pastel.

Había pocas ciudades en Araria, pues la gran mayoría de sus desperdigados habitantes solo deseaban como techo el árbol o el cielo. No nacieron para dormir entre cuatro paredes, sino al raso, sufriendo el calor de los veranos y el viento cortante del invierno.

Una de aquellas pocas ciudades era la capital del país: Talum Ari.

Más que un asentamiento residencial, se trataba de un gran cuartel para los soldados del Gran Rey Arario; allí había gente dura y disciplinada, lo suficiente como para pacificar a golpe de sable los lugares más turbulentos del país.

La segunda función de Talum Ari era comercial, pues constituía el principal punto de destino, o de paso, de las caravanas llegadas desde el este, el sur y el oeste. Los mercaderes, los pequeños ejércitos que les servían de escolta o los simples viajeros que surcaban la nación al compás del carro, podían descansar en las posadas de Talum Ari. El hombre se quitaba de encima el polvo del camino y el caballo se libraba de sus riendas, y ambos dormían bajo techo, recuperando fuerzas para proseguir su camino, quizás a la mañana siguiente.

Los mercados de Talum Ari florecían gracias al trasiego de productos llegados de latitudes lejanas y exóticas. En aquellos zocos la muchedumbre gritaba y gesticulaba, regateando entre los puestos rebosantes de mil y una mercaderías: frutas, carnes, sal, especias, dulces y pescados; dagas, escudos, cotas, sillas de montar, lanzas y sables; esclavos de ambos sexos y distintos cometidos; gemas, oro,

plata y bronce; cuero, tela y sedas; licores y vinos; vidrios y porcelanas; maderas, pulpa vegetal, pergamino; perfumes, aceites, hierbas medicinales, narcóticos… Y un sinfín más de productos, mediocres o fascinantes, caprichosos o prácticos.

Varias veces había sufrido Talum Ari el ataque de los jinetes de la llanura, pero sus muros y la dureza de sus guerreros dieron al traste con cada embestida de aquellas hordas libres, que escupían sobre quienes dormían encima de la cama y debajo de la teja.

Eran sobresalientes sus murallas altas y rocosas, y también los palacios donde residían el Gran Rey y su corte, así como los cuarteles de la soldadesca. El resto de la población vivía en una masa apretujada de chozas, chabolas, cabañas y casetas, alzadas sin el menor orden, aquí y allá, dibujando y desdibujando huecos que en ocasiones parecían calles, pero las más de las veces solo eran islas de tierra sucia en aquel océano tumultuoso de cal, barro, tablones, piedras, paja y ladrillo. Sobre este enjambre miserable y caótico, hogar de los truhanes, las prostitutas y los mercaderes venidos a menos, destacaban por su tamaño las tabernas, posadas y lupanares, como troncos gruesos y oscuros emergiendo de un sotobosque espeso y enmarañado.

Cualquier ciudad suele tener zonas poco recomendables y Talum Ari no era una excepción. Así, la taberna El Águila Negra, sita en uno de los peores barrios, era conocida por la baja estofa de su bulliciosa clientela.

El audaz que abriera su portón y entrara toparía primero con una amalgama olorosa, densa y agresiva, un aire viciado por el humo de las lámparas de sebo, las pipas de tabaco dollbrakkio y kalendano y *chue* oriental, y las sartenes y ollas, cuya grasa hervía y chisporroteaba. También golpearía el olfato del recién llegado un hedor a sudor, a caballo y a mula, a cuero reseco y estameña húmeda. En los rincones su nariz sufriría el asalto de una pestilencia ácida, producida por la orina y las defecaciones, y no sería raro que torciera la cabeza a causa del vómito sobre el que dormía algún borracho. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de aserrín, tierra y paja, donde se enlodaban la comida y bebida caídas, el propio barro de las botas y los pies descalzos y, a veces, la sangre.

En el salón del Águila Negra encontraría el viajero una turbamulta fascinante y heterogénea. Casi todas las noches, la clientela no bajaba de ochenta personas: hombres y mujeres que bebían, charlaban, reían y discutían; que fraguaban pactos y traiciones; que se jugaban todas sus pertenencias a una partida de dados de hueso o de cartas de madera fina o pergamino. También había quienes fornicaban en los lugares más oscuros; o quienes roncaban, aovillados bajo las mesas. Esta muchedumbre producía una barahúnda de tintineos de vidrio y

metal, de alaridos, carcajadas, imprecaciones, quejas, parla continua, juramentos, gemidos, reniegos y murmullos.

El viajero podría hacer caso a la sensatez y dar media vuelta para salir de allí lo antes posible… O bien podría bajar por una escalera de madera llena de roturas, con escalones de menos, y bajo la cual una furcia entrada en años estaba siempre dispuesta a complacer a cualquiera allí mismo. El viajero se mezclaría con toda aquella gentuza, chusma y populacho: asaltadores de caravanas, matones de callejón, mercenarios, ladrones, renegados, desertores, vagabundos, barbianes de puñal rápido, pícaros, aristócratas arruinados, fugados de la justicia, proxenetas, traficantes de esclavos, contrabandistas, buscavidas harapientos, alcahuetas, usureros acompañados de guardaespaldas, borrachos sin orgullo que sollozaban por una jarra de vino, asesinos, bailarinas sobre las mesas, que movían su cintura y pisaban montoncitos de monedas, jaleadas por un corro de admiradores, y prostitutas, de edades y experiencia variadas, que cuando no servían la comida y la bebida se guardaban el dinero entre sus ropas, mientras conducían al cliente al cuarto lejano o al rincón tenebroso.

Muchas nacionalidades se daban cita en el salón del Águila Negra: renegados uaneses, delgados y fuertes, amarillos y angulosos, de telas añosas y descoloridas, con armaduras de placas y sables curvos; guerreros crantianos y kalendanos, con ojos y barba negros o castaños; bárbaros rashenkanos o dollbrakkios, de mirada azul y greñas rojas o doradas; jinetes ararios, bravos entre los bravos, bajos y fornidos, de rostro cuadrado, ojos rasgados y pómulos salientes como piedras, con las piernas arqueadas por culpa de pasar casi toda su vida sobre un caballo…

Todas las noches la muerte visitaba el Águila Negra. A veces se mataba en el curso de una porfía y en el calor de la discusión; otras, la Parca llegaba de forma solapada, fruto de una venganza o del pago de unas monedas, cuando la carcajada se transformaba en un grito de sorpresa y dolor, al sentir su presa un cuchillo indiscreto que hurgaba entre sus costillas.

Igual que no faltaba la muerte canallesca y por la espalda, abundaban los desafíos que se lanzaban a la cara del contrario, a veces por los motivos más nimios y estúpidos, como un roce, un empujón, una mirada agresiva o una palabra en mal tono. Otras veces el desafío nacía de una intransigencia en las opiniones, o de la envidia de la fama ajena, o del deseo de la mujer que el otro tenía en sus brazos. Estas peleas individuales ocurrían de forma estipulada, sometida a leyes rígidas, no escritas pero respetadas por la chusma. Los contendientes salían al *callejón de la muerte*, anejo a cualquier taberna de este tipo, unas veces en verdad una calleja oscura, otras un sótano

lleno de ratas, otras un patio o un solar embarrado. Cuando se visitaba el callejón de la muerte era obligatorio emplear los aceros: cuchillo, espada o hacha, y se luchaba hasta el final de uno de los dos contendientes —tampoco era extraño que ambos sucumbieran a causa de las heridas—. Como decían los propios ararios, *es preferible que te maten de un tajo limpio en el corazón que sufrir los golpes sucios y dolorosos de puños o porras*. Era la ley del Todo o Nada, Victoria o Muerte, que tanto agradaba a los jinetes de las hordas libres. Cada país tenía sus costumbres y el extranjero debía acatarlas.

No pocos enfrentamientos estaban protagonizados por duelistas ya famosos, que de continuo eran retados por jóvenes con ganas de probar, a sí mismos y al mundo entero, que eran capaces de superar a los mejores, a gente como Clugar de Araria, Yangc de Uan, Ranor de Rashenka, Skarrion Gunthar de Shakark o Valur de Kalenda: guerreros de renombre, cosidos a cicatrices, gentes recias que se habían pasado media vida tragando sangre y barro en los campos de batalla. Alrededor de ellos solía haber un grupo de curiosos, siempre dispuestos a escuchar los relatos —inflados o no— que los famosos contaban.

Uno de esos guerreros célebres era el tal Skarrion Gunthar de Shakark. Empezó pronto en el turbio asunto de la guerra y pocos le ganaban en viajes y aventuras. Había recorrido ya casi todos los países al norte del Mar Medio, faltándole solo el Imperio de Uan. Como muchos soldados de fortuna, era tan pobre como una rata, pero en determinados momentos de rapiña y botín había guardado en su saco fortunas enteras. Lo poco que tuvo siempre lo gastó en vino, juego y mujeres, pues era de esos que bebían la vida a tragos largos, hasta apurar la copa. Vestía ropas mercenarias, toscas, resistentes, cómodas a fuerza del uso, luciendo la desfachatada mezcla de estilos propia de su casta vagabunda: camisola de seda uanesa, coleto dollbrakkio de cuero, calzones de montar ararios, botas crantianas y cuchillo y sable rashenkanos.

Había tenido el buen olfato de escapar pronto de una guerra que sus amos estaban perdiendo y planeaba dirigirse hacia el lejano sur, por Paish o bien surcando en alguna nave guerrera o mercante el Mar Medio. En su peregrinaje, El Águila Negra era lugar de paso obligado. Y se movía en estos ambientes como pez en el agua. Podría decirse que, debido a su condición de nómada, las posadas, las tabernas y los lupanares eran casi su único hogar.

Su faltriquera no sufría delgadez y por lo tanto gastaba sin cuento: una prostituta bella y esbelta, cubierta por gasas finas, de rostro anguloso, ojos y cabellos negros y labios provocativos, estaba sentada sobre sus muslos; la chica había recibido muchas monedas y por lo tanto se deshacía en atenciones. El shakark masticaba de forma

ruidosa un pedazo de carne asada y trasegaba de una jarra la cerveza local, resbalando las gotas de grasa y bebida sobre la barba corta. Era el centro de un grupo de conocidos o simples curiosos, sentados en bancos o en pie, sosteniendo también vasos y botas, y porfiando de manera acalorada.

—¡Os digo que el *jach* es una de las bebidas más potentes de este mundo! —decía Skarrion.

Muchos que le rodeaban —entre ellos no pocos ararios— asintieron con gravedad, pues el jach era el aguardiente que tomaban las hordas nómadas de las praderas.

—Este shakark lleva razón —intervino Gligec, un veterano de la caballería real araria que había luchado durante muchos años contra el imperio uanés, en la frontera oriental de su país. Era una representación típica del jinete de la pradera: bajo, corpulento, algo tripudo, con las piernas arqueadas de tanto montar a caballo, cabeza redonda y maciza, ojos rasgados y un rostro que parecía de roca—. Una jarra de jach produce un efecto semejante al de la coz de la yegua joven. Sientes que el estómago te da un vuelco en las entrañas y que la garganta es desgarrada por cuchillos ardientes.

—En Uan tenemos un licor, el *biolén*, cuyo exceso produce unas jaquecas descomunales.

El que había dicho esto se llamaba Yangc y era un guerrero uanés que por diversas razones, siempre rumoreadas y nunca confirmadas, cayó en desgracia en su propia tierra, teniendo que dejarla para emplear su espada en otros países.

—No sé cómo será ese mejunje que mencionas —dijo Skarrion, levantando el muslo medio devorado y masticando entre palabra y palabra—, pero te aseguro que el jach es puro fuego.

—Yo puedo soportarlo sin problemas —intervino un jinete joven y de rostro impasible, un hombre perteneciente a las hordas de la llanura, vestido con pieles y cueros sin curtir—. El Cielo me ha dado entrañas de hierro y cabeza de piedra.

Sus compañeros, tres muchachos deseosos de aventuras y que ya habían participado en escaramuzas y combates rápidos, tan típicos entre la gente de las hordas, le felicitaron y le palmearon la espalda.

Skarrion miró al muchacho de lengua rápida, mientras la prostituta le acariciaba el cabello rubio y metía una mano, de forma disimulada, en su bolsa.

—Las palabras son ligeras como el viento, cachorro —dijo Skarrion, apuntándole con el trozo de carne—. ¡Lo que cuentan son los hechos!

—Mi nombre es Qlibar. Y puedo probarlo. Sería capaz de beberme tres jarras seguidas de jach.

—¡Morirías! —gritó Skarrion.

—Puedo conseguirlo.

—Si las tragas ahora mismo, aquí, delante de nosotros, te daré todo mi dinero —retó Skarrion, entrecerrando un ojo—. ¡Esa hazaña lo vale! Pero si mueres en el intento o simplemente no lo consigues, me quedaré con tu caballo y tu sable.

—Es un trato justo.

Skarrion levantó con brusquedad a la muchacha.

—¡Bella Gaquet, flor de la pradera, ve a la barra y vuelve con tres jarras llenas de jach! ¡Que sean grandes!

Sacó un puñado de monedas de su bolsa y las derramó sobre las manos de la muchacha. Gaquet no logró cogerlas todas y algunas cayeron al suelo. Pero las recuperó de manera veloz.

—¡Quédate con la vuelta! —añadió Skarrion, dándole una palmada en el trasero cuando se marchaba. Ella no se quejó, pues se sentía muy feliz: al menos cinco de esas monedas ya eran suyas.

Skarrion rio, pues, como la mayor parte de la clientela de aquella tasca, se entregaba a la fiebre de las apuestas. Ya corrían los comentarios de boca a oído y comenzaban a formarse timbas por la zona. La pasión del juego causaba estragos entre las gentes de mal vivir, y también en no pocos nobles y aristócratas, pues los había que habían perdido toda su fortuna, e incluso al cónyuge y los hijos, en una noche de tabas, dados o fichas de madera o hierro; hombres que se reían ante la muerte derramaban lágrimas de rabia cuando la suerte les era esquiva y se rumoreaba sobre un kalendano que, habiéndolo gastado todo, se apostó a sí mismo y aún estaba tirando del remo en una galera del Mar Medio.

Gaquet volvió con una bandeja cargada con tres enormes jarras de barro y la dejó encima de la mesa. Skarrion cogió uno de los recipiente, lleno hasta el borde de un líquido claro como el agua. Lo olió y su nariz se arrugó con asco.

—¡Esto es el infierno hecho humedad! —aseveró.

—No lo soportaría ni la rata más vieja y dura de Talum Ari —dictaminó Yangc.

—Estoy seguro de que si le acercáramos una antorcha se consumiría en una llamarada —terció Gligec.

—Dádmela —ordenó Qlibar.

Cogió la jarra y sin más dilaciones empezó a tragar. Todos los del grupo estaban sumidos en el silencio mientras contemplaban la nuez del muchacho subir y bajar sin descanso, a velocidad prodigiosa. Los ojos de Qlibar enrojecieron y se llenaron de unas lágrimas que pronto resbalaban por sus mejillas, ya violáceas; además, las arterias del cuello se le marcaron como cables azulados.

Apuró la jarra y la estrelló contra la mesa, entre un coro de aplausos y gritos de admiración. El muchacho no parecía oírlos, pues

se tambaleaba, jadeaba y tenía temblores.

Con mano insegura, jaleado por la concurrencia, agarró la segunda jarra, la llevó hasta los labios y comenzó a beber. Goterones de sudor resbalaron por su frente y la rojez del rostro se tornó escarlata brillante. La mano libre aferraba con fuerza atroz la mesa y sus rodillas temblaban. El ruido de su garganta al tragar parecía elevarse de modo heroico sobre el constante murmullo de voces de la taberna.

Cuando golpeó la jarra contra la mesa, estaba vacía. Los presentes estallaron en vítores. Qlibar se desplomó, pero sus amigos lo sostuvieron y lo pusieron en pie otra vez. Sus ojos estaban inyectados en sangre y de sus labios húmedos salía un gemido a duras penas sojuzgado, mientras se agarraba el estómago con dedos trémulos. Miró la última jarra, llena hasta los topes de jach, llena como los océanos que rodeaban los continentes. Qlibar sufrió una arcada que desorbitó sus ojos, pero contuvo el vómito y recobró la voluntad. Se apoyaba en la mesa para no derrumbarse y sus amigos permanecían a su alrededor, alertas para no dejarlo caer. Alargó la mano y cogió la última jarra. La condujo, torpe e inseguro, hasta los labios.

—¡Por los cuernos del Gran Toro! —bramó Skarrion—. ¡Lo va a hacer!

Qlibar bebió, sostenido por sus amigos. El líquido se le escurría por la comisura de los labios, pero su nuez subía y bajaba y su garganta emitía sonidos guturales y rítmicos.

Dejó caer la jarra vacía al suelo. Los aullidos del público se levantaron como una ola salvaje.

—¡Muy bien, muchacho! —gritó Skarrion, estrechando la mano del inerte Qlibar, que parecía ajeno a cuanto le rodeaba, logrando a duras penas mantener los ojos abiertos—. ¡Quédatelo todo, maldición!

Le dio su faltriquera y un compañero del héroe la recogió antes de que a Qlibar se le cayera de las manos lacias.

Sus ojos se desorbitaron, sufrió una arcada que le dobló por la cintura y todo el jach consumido escapó de su cuerpo en forma de chorros que salían por la boca y la nariz.

—¡Dadle agua, que se va a morir! —gritó un rashenkano.

Alguien trajo un cubo lleno y obligaron al muchacho a meter la cabeza en él, varias veces. Qlibar se apartó a un lado, chorreante, y vomitó otra vez. Jadeaba, pero ahora sus ojos no parecían ya los de un enajenado, pues recobraban poco a poco la cordura. Sobreviviría, a pesar de que en aquellos momentos sus amigos se lo llevaran de allá sosteniéndole a duras penas, con la valiosa faltriquera colgada del cuello.

—¡Y yo que creía haberlo visto todo… ! —exclamó Skarrion.

Gaquet se volvió a sentar sobre sus piernas y acercó los labios a su oído.

—¿No te queda más dinero? —preguntó.

—¡Nada! Ese bribón se llevó hasta mi última moneda. Solo me quedan mi caballo, mi espada, mis ropas, esta cerveza y este muslo de carne Y a ti, preciosa mía.

Gaquet se convirtió en otra mujer, nada cariñosa y sí muy arisca y distante. Se levantó y se arregló el pelo y el vestido.

—Lo siento mucho —dijo—. No te falta atractivo, pero ya no me interesas.

Se dio la vuelta y se alejó. Skarrion la vio irse, frunciendo el ceño, clavada su mirada en la espalda y las nalgas que se contoneaban de forma encantadora.

—Maldita ramera… —gruñó, ronco y malhumorado.

—No te molestes, shakark —le dijo Yangc, intentando reprimir la risa—. Todos tenemos que sobrevivir. Ellas también.

—¡Llevas razón! —contestó Skarrion, hosco.

Y mordió resignado la carne, ya fría.

Un crantiano bajo y bigotudo alzó su copa.

—¡Brindo por ese muchacho arario! —gritó—. Si en este país los guerreros luchan como beben, jamás será conquistado.

—Dices una gran verdad, Cote —afirmó uno de los muchos jóvenes, jinetes de la pradera, que se habían unido al grupo—. A pesar de los malditos uaneses, Araria siempre será libre.

—Debéis andaros con cuidado —advirtió Skarrion—, porque se rumorea que los ejércitos de los Siete Emperadores están a punto de conquistar las provincias orientales de Araria.

—Los recibiremos como se merecen —contestó el muchacho.

—Puede que vuelva con mis compatriotas y participe en esa guerra —dijo Yangc, pensativo—. En Uan soplan nuevos vientos y quizás vuelvan a admitirme entre sus filas. El este de Araria fue nuestro en el pasado y volverá a serlo.

—Uan no ganará en la pradera —repuso el joven jinete—. Nosotros tenemos el Cielo de nuestra parte, así que humillaremos al Imperio uanés. Los uaneses jamás han podido con nosotros y en este caso la historia volverá a repetirse.

—Tienes mala memoria —dijo Yangc—. Muchos de los que antaño fueron vuestros territorios pertenecen ahora a Uan. Volveremos a poseer el este de tu país.

Se hizo el silencio alrededor de los dos, que ya se miraban con hostilidad. La tensión llenaba el ambiente, se retorcía y estiraba como si fuera un ser vivo y atormentado.

—El Imperio no podrá con Araria —repitió el muchacho—. Y estoy dispuesto a defender mis afirmaciones con el acero.

Lejos, la gente continuaba charlando, riendo, gritando… Pero en este grupo el silencio crecía y crecía, volviéndose ominoso.

—Es una aseveración apresurada —repuso Yangc, con voz tranquila y ojos de hierro—. Medita bien antes de hablar. Lo que sale por tu boca puede meterte en problemas…

—Salgamos —contestó el joven.

—Vamos.

Echaron a andar, sin prisa ni pausa, seguidos por muchos curiosos. Gligec, el viejo soldado arario, miró a Skarrion y sacudió la cabeza con aire cansado. Los dos sabían que el chico moriría. Pero así eran las cosas en El Águila Negra.

Skarrion cayó en el silencio. Algunos más también quedaron callados y el resto del grupo se alejó, en busca de nuevas diversiones.

El norteño tiró los restos de carne al suelo y bebió un trago de su cerveza. Su mente comenzó a divagar acerca de mil y un asuntos: la vida, la muerte, las mujeres, el oro, la derrota, la victoria…

Pasado un rato, se encogió de hombros. Gruñendo un reniego entre dientes, alzó su cuerpo de la banqueta y se acercó a Cote y Gligec, que en aquellos momentos jugaban a los dados.

—¿Puedo entrar en la partida? —preguntó.

—¿Tienes con qué apostar? —inquirió Gligec.

—Mi silla de montar puede servir.

—De acuerdo.

Se acuclilló junto a los veteranos y aguardó el turno para lanzar. Al cabo de poco juraba, reía y bramaba como sus compañeros.

Tras la décima tirada, sus ojos se fijaron en un grupo de ararios que acababa de entrar en el salón. Eran muchachos, casi hombres, siempre deseosos de juerga nocturna en la capital, aunque todavía llevasen encima el polvo del camino. Vocingleros, con la estupidez maravillosa de la juventud, casi parecían buscar gresca. Sin embargo, también estaban de buen humor y gritaban y daban golpes en la barra, pidiendo bebida.

Skarrion se concentró en uno de ellos, sin duda el líder del grupo: más alto y fuerte que sus camaradas, su porte y sus movimientos derrochaban la arrogancia propia de los jóvenes campeones, dispuestos a comerse el mundo, sin querer ni poder imaginar que fuese el mundo el que, algún día, se los comiera a ellos. El joven bromeaba con sus compañeros y pellizcaba y soltaba comentarios lujuriosos a las chicas que pasaban por su lado.

Skarrion sonrió, pues estaba contemplando un reflejo de sí mismo, años atrás… La misma actitud beligerante, la misma desenvoltura, la misma arrogancia…

Recordó aquellos días del pasado, tan turbulentos como los del presente, y sin embargo cubiertos por una pátina de ingenuidad. Entonces, todo le parecía más inocente y sencillo. Ahora, sin embargo, su visión estaba teñida por la dictadura de la realidad, destructora de

sueños y ambiciones, y por la maldad que había contemplado en todos estos años, lo bajo, innoble y miserable que había reconocido en tantos hombres. Y también en sí mismo.

El joven arario captó su mirada y se la devolvió. Había en sus ojos negros chispas de antagonismo, de hostilidad espontánea.

Skarrion supo lo que iba a ocurrir. Las consecuencias de aquel cruce de miradas resultaban predecibles.

Y en aquellos precisos instantes, sin poder evitarlo, su memoria cabalgó a través del tiempo. Recordó otra noche, cuando era un mozo en busca de aventura, con muchas menos cicatrices en el cuerpo…

Hacía pocos años que saliera de Shakark, tierra de fiordos y piratas, en busca de parajes remotos y de sensaciones desconocidas. Durante ese periodo había vivido peligros en Noctumbria, y aquella lejana noche reparó en Cuarmug, un burgo importante del sur del país, cercano ya a Arrit.

Cuarmug fue en el pasado un lugar de gentes honradas y trabajadoras, pero las guerras entre los aspirantes al reino del país atrajeron hasta Noctumbria una masa de mercenarios, bandidos y soldados sin patria, convirtiéndose la zona en un punto de paso de muchedumbres armadas, entre Arrit, el turbulento este y el norte erizado en campos de sangre y cadáveres. Muchos espadachines famosos del oeste se daban cita en las tabernas de Cuarmug y había duelos cada velada, en los embarrados callejones, sin que las autoridades locales pudieran o quisieran evitarlos.

Skarrion llegó a Cuarmug en una noche tormentosa. La lluvia empapaba su cuerpo joven, cubierto con tela basta y cuero resistente. Bajó de su montura y se dirigió a la taberna más grande en aquella población.

Cuando estaba a punto de entrar en la tasca dos hombres salieron de ella y pasaron a su lado, casi empujándole. Acarreaban a un hombre muerto, con el abdomen rajado y heridas en el cuello y la espalda, y lo tiraron sin contemplaciones a la calle fangosa. Renegando y limpiándose las manos en la túnica y los calzones, volvieron dentro.

Skarrion quedó allí, quieto, mirando el cadáver, un bulto oscuro e inmóvil, golpeado por la lluvia. Un relámpago iluminó las facciones pálidas del muerto, descubriendo los agujeros sin fondo que eran sus ojos y su boca. Volvió la oscuridad de la noche. Sonó el trueno.

Skarrion entró en la taberna.

Aquel lugar no se diferenciaba en mucho de los antros que tan bien conocería durante los años de vagabundeo que le esperaban: aire viciado por el calor y el sudor que emitían los hombres; borrachos estruendosos o taciturnos; apostadores por doquier; monedas que pasaban de mano en mano; furcias aquí y allá; retos, peleas, vómito y

alcohol, puños en el mango de espadas y cuchillos, traiciones, pactos, amistades, odios… Y coraje, siempre el coraje, ya fuese auténtico o simulado. Porque mostrar debilidad era suicida.

Skarrion se abrió paso como pudo entre el gentío, hasta llegar a la barra. Allí había un camarero corpulento que se rascaba el pelo lleno de piojos. El hombre lo miró de arriba a abajo, con hosquedad.

—¿Qué vas a beber? —espetó, casi gritando para hacerse oír por encima del bullicio.

—¿Quién es el luchador más famoso de la ciudad?

El tabernero lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tienes dinero? —preguntó el hombre, en tono seco y cortante, echando una mirada despectiva a este nuevo guerrero harapiento.

Skarrion rebuscó entre el fondillo de su camisola y calzas, hasta encontrar un cobre, su última moneda. La dejó sobre la madera empapada de vino negruzco.

El tabernero la tomó, observando al mozo con frialdad. Señaló con el dedo.

—Aquel de allí. El de la barba. Ival el teryabano. ¿Qué quieres de él?

—Le retaré a luchar, hasta la muerte. Cuando le venza ganaré fama y gloria.

El tabernero sonrió, sarcástico. Meneó la cabeza mientras los ojos se le llenaban de burla.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Skarrion.

—Vosotros. Sois todos tan graciosos… Entráis uno tras otro en la taberna, directos hacia la espada. Tenéis mucha prisa por morir.

Skarrion quedó en silencio, mirándolo. El tabernero añadió, meneando la cabeza y sonriendo:

—Solo sois cadáveres. Cadáveres que se niegan a quedarse quietos.

El shakark no pudo contestar. Se limitaba a mirar a este hombre, sin poder quitarse de la cabeza la oscuridad insondable en los ojos y la boca del que ahora yacía en el barro. Sintió una opresión helada en el pecho.

—¡Lárgate, idiota! —soltó el tabernero—. Me estás haciendo perder el tiempo.

El hombre se alejó para servir a un borracho que quería más cerveza.

Skarrion permaneció allí un instante más, mirándolo. Se volvió y se internó en la multitud.

Se abría paso a codazos entre el bullicio, con la mirada fija en Ival. El teryabano estaba sentado en un banco, junto a una mesa donde reposaba su jarra. Había hombres hablando a su alrededor, pero él no les hacía caso. Veía acercarse a Skarrion y reconocía su mirada.

Ival vestía ropas de cuero y estameña, las típicas de un guerrero

cuando deja aparte la cota y la coraza. Era bajo y ancho de hombros y sus brazos y piernas se perfilaban gruesos y duros bajo el atuendo. Su barba y cabello blancos estaban recortados de modo severo, militar. Tenía rasgos feos, metálicos, primitivos. Bajo las cejas había un solo ojo azul, frío como el hielo, pero ningún parche ocultaba el vacío repugnante al otro lado de la nariz. Años atrás, y en el transcurso de un combate enconado, un dollbrakkio hundió su pulgar bajo la ceja, aplastando y destrozando el globo ocular. A pesar de ello, Ival mató al dollbrakkio.

Bebió un trago de su cerveza espumosa mientras veía llegar a Skarrion, calibrándolo con su único ojo, sin pronunciar palabra. Ya sabía lo que iba a ocurrir, paso por paso, hasta la culminación sangrienta del ritual.

El shakark se detuvo ante él, sucio y harapiento, todavía empapado de lluvia. Cerraba con fuerza los puños, colgantes a la altura de las caderas. Alrededor de los dos, mozo y veterano, se hizo el silencio. Pero no había asombro ni sorpresa entre los presentes, pues la situación no les era desconocida.

—¿Eres tú Ival de Teryaba, el famoso espadachín?

—En efecto —contestó el tuerto, con una voz ronca y profunda, sin matices.

Skarrion sintió que el vacío del pecho crecía y que el corazón rugía desbocado entre sus sienes. Se oyó a sí mismo decir las siguientes palabras, como si tuvieran vida propia, libres de su voluntad:

—Te reto a un duelo. Cuando mueras, ganaré fama y gloria.

Sin prisa, Ival dejó la jarra de cerveza sobre la mesa y se levantó. No estaba asustado ni ansioso; más bien, parecía un trabajador a quien le han arrancado de su merecido descanso y tuviera que afrontar una labor sucia, odiosa, cansada y desagradable. Una tarea que era mejor empezar cuanto antes, fuera cual fuese su resultado.

—Está bien —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Skarrion Gunthar, de Shakark.

—Vamos fuera, Skarrion de Shakark.

Rodeados de curiosos y apostadores, los duelistas salieron de la taberna.

Ival caminaba delante, sin volverse ni una vez para ver si el joven lo seguía. Anduvo bajo la lluvia y no subió la capucha de su pelliza, indiferente al agua que empapaba su cráneo y su nuca. Llegaron hasta una casa de piedra y se metieron en un soportal muy amplio. Hornillos metálicos, cargados de sebo y aceite, esparcían una luz enfermiza y amarillenta. Los curiosos que les habían seguido murmuraban, como un enjambre de sombras inquietas, pero la lluvia repiqueteaba contra la piedra y el barro y amortiguaba sus voces.

Ival extrajo la espada, acero teryabano recto y brillante, de dos

filos y punta triangular. Skarrion desenfundó su propia espada, un poco más corta y ligera, aunque también recta. Se miraron durante muchos latidos y sin más prólogos avanzaron uno hacia el otro.

Desde el primer, vibrante y ensordecedor choque de las armas, la multitud empezó a gritar, contrayendo sus rostros oscuros, fantasmales bajo la luz de los hornillos, víctimas todos ellos de la rabia, la excitación, la sed de sangre. Los duelistas soltaban sus propios gruñidos y jadeos, que acompañaban a cada uno de los golpes. Eran dos sombras furiosas que avanzaban o retrocedían, que estocaban, paraban o esquivaban, que lanzaban tajos sin pausa. A veces, el relámpago bañaba el lugar con una luz blanca y fría, mostrando la ira de sus rostros, la tensión en sus mandíbulas, el brillo asesino en los ojos, el esfuerzo en los músculos. Después, la oscuridad reinaba de nuevo, solo importunada por aquellos hornillos insignificantes; y al cabo de dos o tres chasquidos de acero contra acero, el cielo parecía romperse con un trueno ronco, profundo, aterrador.

El ímpetu del combate llevó a los contendientes fuera de la arcada y la lluvia los golpeó, empapando sus ropas y tornándolas pesadas, y no contenta con ello, calando hasta los huesos. Los pies resbalaban, alzaban salpicaduras de barro y se hundían en los charcos de los socavones, hasta los tobillos.

Uno de los dos retrocedió un paso y el otro avanzó y hundió el acero en su cuerpo, mientras un relámpago convertía lo negro en blanco. Hubo un gruñido de rabia y dolor y otro de alegría demoníaca. Los dos resbalaron y cayeron mientras el trueno bramaba su enfado. Uno se levantó, tambaleante, y sacó el arma de la vaina de carne y huesos. El segundo quedó de rodillas, con la mano en el pecho, como una excrecencia brotada del fango. Pero se desplomó de bruces, levantando el agua de los charcos y quedando, por fin, inmóvil.

El relámpago mostró a Skarrion Gunthar en pie, jadeante y tembloroso, sosteniendo baja la espada, el agua resbalando a chorros sobre sus cabellos, su piel y su ropa. Contemplaba el cuerpo sin vida de Ival y sus ojos seguían muy abiertos. Todavía quedaba en ellos locura y asesinato. A su alrededor, la muchedumbre se quejaba con amargura, pues la mayoría habían perdido mucho dinero apostando por Ival. Pero unos pocos prefirieron al joven desconocido y ahora saltaban y danzaban, enriquecidos de golpe.

Volvió la oscuridad.

El vencedor apartó a sus admiradores, ya que muchos querían invitarle a beber, pero rehusó, malhumorado, cualquier beneficio que pudiera sacar de este asunto. La lluvia limpiaba sus heridas y la cordura volvía poco a poco a sus ojos. Las sombras fueron dispersándose, pues nadie quería permanecer bajo las cortinas de

agua. Los curiosos volvían a la taberna, deseando calentarse con un vino peleón mientras comentaban la lucha. Dos hombres se acercaron a Ival para desvalijarlo, pero Skarrion saltó sobre ellos con un alarido de rabia y los carroñeros huyeron.

Solo en la noche lluviosa, el triunfador seguía en pie, mirando el bulto sin vida que fue Ival de Teryaba.

Buscaba sin éxito la sensación de gloria. Un calor recorría su espíritu, pero esa no era la gloria, sino tan solo la satisfacción animal del depredador que ha cazado a su víctima. No sentía elevarse su alma mientras miraba aquel cuerpo frío y absurdo, no experimentaba la exaltación de la que hablaban los poetas épicos. Había sido tan solo un combate más, no muy diferente, en el fondo, de otros que ya antes había sostenido. Esforzado, sucio y sangriento. Otra lucha. Otra muerte.

Bajo la lluvia, mirando a su rival sin vida, comprendió que la gloria no se alcanzaba al matar. Matar podía ser un acto vil o valiente, sencillo o complejo, gratuito o necesario. Pero no glorioso. La gloria se alcanzaba al morir.

Envainó la espada. Se acercó hasta Ival, levantó a duras penas el cadáver y se lo echó sobre un hombro, doblando las rodillas a causa del peso. Dio un paso, luego otro. Resbaló y ambos, vivo y muerto, se desplomaron sobre un charco. Skarrion volvió a levantarse, jadeando y gruñendo, cargando con Ival. Tendría que salir de la ciudad, al bosque. Y tendría que cavar la tumba en el fango, a pesar de la lluvia. Porque el shakark no se soportaría en su propio pellejo si no daba sepultura a aquel hombre, si lo abandonaba en la calle, dejando que se pudriese bajo la lluvia de la noche y el sol del día, a merced de los depredadores animales y humanos.

Gruñó por el esfuerzo, pero dio un paso más. Y otro. Y otro…

Todas aquellas imágenes y sensaciones habían pasado entre latidos, nítidas y rápidas.

Pero la memoria detuvo su cabalgada y Skarrion volvió al presente, al Águila Negra de Talum Ari, Araria.

Miraba al joven jinete de las praderas que se le acercaba con los puños bien cerrados y los ojos clavados en él. Cote y Gligec retrocedieron, pues en aquel asunto no tendrían arte ni parte.

—¿Eres tú Skarrion Gunthar, de Shakark? —preguntó el joven.

—Lo soy.

Skarrion no había levantado la mirada del tapete. Lanzó los dados y ganó.

—Se rumorea que eres el mejor espadachín de Araria —dijo el joven—, y quizás incluso de Uan y Kalenda.

—La gente exagera.

—Vamos fuera. Al callejón de la muerte.

El silencio ganó peso.

Skarrion tiró otra vez los dados, aunque ya ni Cote ni Gligec jugaban. Volvió a ganar.

—Hoy no tengo ganas de pelea, muchacho. Búscame otra noche.

El arario abrió mucho los ojos. Una sonrisa despectiva hinchó sus labios.

—Llevas razón —dijo—. La gente exagera sus relatos porque ahora me doy cuenta de que el gran Skarrion Gunthar no es más que un cobarde.

El shakark quedó inmóvil. Levantó la cabeza muy lentamente hacia el muchacho y clavó sus ojos azules en él. Se puso en pie.

—¡Cobarde! —gritó el chico.

Ninguna emoción pasó por el rostro de Skarrion. Pero el muchacho arario retrocedió un paso, sin poder evitarlo.

En los ojos de Skarrion no había ira, ni temor, ni cualquier otro sentimiento. Una tranquilidad absoluta, glacial, flotaba sobre aquellos pedazos de hielo azul. Su joven adversario tragó saliva y sintió que el terror subía por su columna vertebral, como una serpiente helada y pegajosa, e invadía su cráneo, congelando los pensamientos y haciendo trizas la decisión. No había coraje en los ojos de Skarrion. No había odio, ni simpatía. No había más que muerte. Muerte desnuda y descarnada, libre de cualquier efectismo o dramatismo. Eran los ojos del matador profesional, del asesino que mata sin motivos personales, que mata porque es su modo de vida, porque es lo que mejor hace, sean cuales sean el momento y las circunstancias. El que degüella al rival caído de manera eficiente y rápida, con rostro impasible. Aquel a quien le da lo mismo matar que morir, porque siempre ha caminado al lado de la muerte y ha dejado de tenerle miedo. El que mata por inercia. El que ha recorrido un sendero largo y tenebroso y se ha dejado la mitad del alma en él.

El joven arario jadeaba, sin poder apartar la vista de aquel rostro sereno que era una tumba abierta. El terror le tenía fascinado. Comprendía que iba a morir, y él sí tenía miedo de aquel vacío, de la nada, de la disolución absoluta, final. La vida se le apareció como el don más precioso y quería agarrarse a ella con todas sus fuerzas, saborearla y disfrutarla, experimentarla en toda su intensidad.

Pero ante él estaba la muerte, la muerte fría y desapasionada, ante la cual él no era más que otro cuerpo, otra carcasa, otro objetivo sin nombre ni personalidad, sin pasado y sin futuro. La muerte se lo iba a comer.

Algo pareció cambiar en los ojos azules: quizás fue un rayo de tristeza, de cansancio o de vejez. O tal vez fue una ilusión, y aquellos dos pedazos de hierro azul seguían siendo un desierto de emociones.

—No —dijo Skarrion.

El muchacho arario parpadeó, sin comprender.

Skarrion echó a andar y pasó por su lado, casi apartándole con un hombro. Se dirigía hacia la salida del salón. Aún se oían unas pocas risas y conversaciones lejanas, pero la mayor parte de la taberna había quedado hundida en el silencio.

Hubo quienes susurraron, entre sonrisas mezquinas:

…Mirad: el gran Skarrion Gunthar rehúye la pelea…

…Alguien me contó que luchó en guerras sin cuento, que venció a enemigos poderosos. Pero ahora escapa de un simple muchacho…

…Es solo un cobarde; siempre lo dije y nadie me creyó… ¡Un fanfarrón! ¡Un cobarde asqueroso!…

…¡Ja! Todo lo que se cuenta de él es mentira. ¡Vaya un embustero!…

…Ya lo visteis: el mozo le retó y él se ha arrugado como una viejecita. Cualquiera podría vencerle: es todo fachada y nada de coraje…

…No permitáis que se ponga en mi camino porque lo destruiré sin contemplaciones…

Pero nadie intentó detenerlo. Todos esos comentarios desaparecían cuando él pasaba junto a los murmuradores, y al alejarse volvían a renacer, en tono aún más despectivo.

Salió del Águila Negra y cuando la puerta volvió a quedar cerrada los susurros se convirtieron en comentarios explosivos y risas burlonas.

El joven arario contemplaba la puerta por la que había salido Skarrion. Aún estaba inmóvil. La vorágine de emociones en su pecho desaparecía poco a poco, igual que el barco hundiéndose en el mar. Se había convertido en un ser ajeno a las palmadas de sus amigos, que le ensalzaban a voces, que proclamaban una valentía y una decisión sin límites, capaz de hacer huir al mercenario ajado en mil combates. Muchos hombres lo contemplaban con respeto y asentían con admiración callada, o bien levantaban las copas en su honor y alababan su nombre.

Aquel héroe cerró los puños, intentando ocultar el temblor que aún recorría sus manos.

Cote y Gligec, que seguían acuclillados en el suelo, preparando los dados y las monedas para una nueva tirada, lo miraban en silencio, con el rostro serio y con algo indescifrable en sus ojos veteranos. El joven arario apartó la vista de aquellos dos hombres, aquellos dos perros viejos que habían visto de todo y a los que ya nada podía sorprenderles… Sus miradas duras, sabias y tranquilas le resultaban insoportables. Los dos jugadores sonrieron sin alegría y menearon las

cabezas, se olvidaron de él y arrojaron los dados.

El joven arario apartó a los aduladores. Malhumorado, agarró el cuenco más cercano y bebió con avidez, casi con furia, mientras sus mejillas enrojecían más y más por culpa de una vergüenza íntima pero implacable. Deseaba emborracharse y hundirse en el vino, embrutecer su mente y su espíritu, pues quizás así lograría olvidar lo que había descubierto sobre sí mismo, esta noche.

Fuera, el sol comenzaba a salir y pintaba los tejados con sus brochas luminosas, coloreándolos de sangre y miel.

Skarrion se detuvo ante el siempre oscuro callejón de la muerte. Escuchó pasos y las tinieblas regurgitaron la figura de un hombre, que los haces de luz naciente envolvían en un fuego suave y dorado. Yangc limpió su sable en un pañuelo de seda, de manera pausada. Alzó la cabeza y miró a Skarrion. Había severidad en sus ojos.

—Saludos, Skarrion Gunthar —dijo.

—Ha terminado tu duelo con aquel joven que te retó —dijo el shakark.

—Sí. Él pidió luchar y yo he vencido. —Yangc enfundó el sable con un golpe seco—. Sus dioses deben estar satisfechos con él y sin duda le habrán reservado un buen lugar en la Otra Vida.

Skarrion miró hacia la oscuridad del callejón y la oscuridad le devolvió la mirada. Skarrion apartó la suya, sin poder evitarlo. No sabía por qué, pero se sentía viejo. Muy viejo.

—Ojalá que sea así —dijo.

—Ven conmigo a charlar y a beber.

—No. He de irme de esta ciudad. Ahora es demasiado peligrosa para mí.

—Todas las ciudades y todos los caminos son peligrosos. No hay ningún lugar seguro en este mundo.

—Es cierto. No lo hay.

—Que la fortuna te sonría, Skarrion de Shakark.

—Que la fortuna te sonría, Yangc de Uan.

Cada uno siguió su camino.

Skarrion montó en su caballo. El sol subía sobre las casas y las nubes parecían apartarse a su paso, pues el rey de los cielos derrochaba la energía que nace del sueño reparador. Y cuando Skarrion salía por uno de los tres grandes portones de Talum Ari, el sol ya era un disco brillante ante el cual la tierra se postraba, dejando que sus rayos calientes acariciasen la piel perezosa del horizonte.

Skarrion animó a su caballo con un suave chasquido de las riendas y el animal echó a trotar, ganando velocidad a cada latido. Sus pezuñas golpeaban en la llanura como truenos apagados y el frescor

de la mañana lamía el rostro del jinete, cuyas facciones iban perdiendo la aspereza a medida que sus ojos se llenaban con el esplendor de la llanura infinita, el cielo limpio y el sol radiante.

Pensó que aún le quedaban mundos por descubrir. Le esperaban las naciones sureñas; sus peligros y misterios le llamaban. Atrás quedaban, como siempre, las heridas del recuerdo. Las montañas, los mares, las selvas y los desiertos del sur las harían cicatrizar.

NOTA DEL AUTOR

¿Quién es Skarrion Gunthar?

En realidad, yo, que soy su padre literario, no tengo muy claro quién es este personaje y cuál ha de ser, o debería ser, su comportamiento en cada una de sus historias. Esto puede parecer un tópico para cualquier personaje literario, pero en este caso es realmente cierto. Los intentos de planificar su vida o sus historias han sido casi siempre abortados o modificados por el propio personaje, tan espontáneo, independiente y libre en el proceso creativo como en su propia existencia personal. Tiene una fuerte tendencia a hacer lo que quiere y aparecer o desaparecer cuando quiere, al margen de mis dictados o preferencias, y sus aventuras suelen pedir giros o cambios súbitos que por supuesto deben ser atendidos de inmediato. Es uno de esos personajes que parecen escribirse a sí mismos, y para los cuales el autor es simplemente alguien secundario, alguien que pasaba por allí, hasta el punto de que si no estuviera tampoco sería tan grave, pues otro cumpliría esa función. A riesgo de caer en la pedantería y en una perogrullada, Skarrion Gunthar *tiene su propia vida*.

Sí está claro que es un vagabundo mercenario, un aventurero que viaja a través de un mundo violento y salvaje, un mundo en el que impera la ley del acero, con un regusto muy fuerte a la Antigüedad y la Edad Media y con retazos de magia (casi siempre negra), dioses y entidades terribles, y monstruos y bestias que bordean o se salen de los límites de la naturaleza. A nadie se le escapará que el referente literario más claro es el Conan de Robert Ervin Howard. De hecho, me basé en este personaje para crear a Skarrion Gunthar. Había disfrutado mucho con las historias del cimmerio y deseaba crear algo parecido, para disfrutar yo escribiéndolas y, con suerte, hacer disfrutar a alguien más. El nombre del personaje apareció *redondo*, de una sola pieza, directo desde el inconsciente, y me pareció perfecto, sonoro, rotundo, capaz de evocar a los legendarios vikingos, que también me servirían de referente.

A finales de los 90 del pasado siglo escribí los primeros relatos del personaje (algunos de los cuales aparecen en este libro) y lo que semejaba un mero reflejo del Conan howardiano empezó a tomar las riendas y a tener su propio carácter y personalidad; aun pareciéndose a su modelo, se iba distanciando de él, de manera sutil y lenta, pero segura… O al menos, eso me parece a mí. Esos relatos fueron publicados en diferentes fanzines *de los de antaño*, de fotocopias en

DIN A4 y grapa, y hubo unos pocos aficionados a la Fantasía Heroica que reaccionaron de manera muy positiva y a los que les encantó el personaje y sus aventuras (los seguidores de la Fantasía Heroica, o Espada y Brujería, no son un público mayoritario, pero son de los más fieles y apasionados que uno tiene la fortuna de encontrar; y lo sé bien porque yo mismo soy, antes que autor de Fantasía Heroica, lector de Fantasía Heroica). En esos relatos aparece Skarrion en diferentes lugares y entornos, y en diferentes edades de su turbulenta vida, como fotogramas de una gran película, extraídos de manera caprichosa y vistos de manera independiente.

También escribí la novela corta *Los guerreros sin rostro*, que da comienzo al libro que tienes en tus manos. Fue precisamente esta novelita la que envié a Timun Mas, igual que la envié a otras editoriales, en una época en la que los manuscritos se mandaban fotocopiados, encuadernados y por envío postal certificado. Era muy novato y no hice ni envié una presentación en condiciones, no expliqué nada, no mostré la sinopsis ni nada por el estilo: envié el manuscrito a la dirección de la editorial junto a una escueta carta en la que se decía que se ofrecía ese texto para su publicación. Y nada más.

Para mi sorpresa, se pusieron en contacto conmigo, pues querían publicar la obra, pero al ser una novela corta necesitaban material para rellenar el libro. Envié varios relatos cortos del personaje y los aceptaron.

El resultado es el volumen que tienes en tus manos, pues no he añadido ni quitado ningún texto con respecto al original que publicó Timun Mas en el año 2003. Para esta nueva edición del 2019 (autoedición, en realidad) no me hubiera parecido justo cambiar el contenido del libro. Sí he hecho algunas correcciones de estilo que me parecían necesarias, para adaptarlas a ciertos usos que tengo ahora. Aparte de eso, no hay ningún cambio sustancial.

Como ya dije antes, Skarrion tiende a comportarse como le da la gana y suele cambiar lo que había planeado para él en sus relatos y novelas. Por otro lado, detecto muchas otras influencias que le alejan de su modelo y que, por ello, le enriquecen y configuran su estilo propio.

No obstante, hay ciertas cosas que se mantuvieron y se mantendrán: las historias de Skarrion Gunthar son siempre autoconclusivas, sin ningún fatídico *Continuará* (explícito o implícito) al final del texto. No es necesario haber leído las anteriores historias para comprender lo que ocurre en la que uno tiene entre manos; de hecho, no es necesario haber leído ni una sola historia más del personaje, pues los referentes al pasado son mínimos, los justos. Aun así, entre todas forman un conjunto armonioso que constituye la vida

del personaje; de un modo sutil, se apoyan unas a otras. Las historias de Skarrion no siguen un orden cronológico: puede aparecer primero maduro y viejo y luego joven e ingenuo, según le apetezca. Y suelen ocurrir en entornos culturales y naturales distintos: desiertos, selvas, burgos y castillos medievales, civilizaciones que recuerdan a las de la Antigüedad, el occidente conocido o el oriente exótico, el norte helado o el sur tropical, en estepas y llanuras o en mares con sus puertos y sus piratas… Todo ello es fruto del deseo de Skarrion de viajar y de su hambre de horizontes.

Es posible que en sus historias se toquen temas de cierta profundidad y trascendencia; puede haber carga filosófica o política (en realidad, no hay libro que no contenga su propia filosofía, incluso el más llano). Pero sin despreciar estos asuntos, el objetivo primero y fundamental de las historias del personaje es el de entretener al lector, divertirle, hacerle olvidar sus problemas durante unas cuantas horas, para que luego él se olvide a su vez del libro y se ocupe de otros asuntos. Pero esas pocas horas de esparcimiento son lo importante, lo que de veras cuenta. Porque la diversión y la evasión son, por sí mismos, objetivos literarios tan hermosos y nobles como cualquier otro.

Espero que te hayan gustado y entretenido las aventuras de Skarrion Gunthar que acabas de leer, mi estimado y paciente lector. Es mi intención seguir con la publicación de las obras ya editadas del personaje y con otras de nueva creación… Si él, Skarrion Gunthar, me lo permite y tiene ganas.

Y si quieres ayudarle a seguir con sus viajes y aventuras, puedes dejar tu reseña sobre este libro, con tus opiniones y críticas, sean cuales sean. Si lo haces, Skarrion levantará su jarra de cerveza o aguardiente en alguno de esos tugurios oscuros y peligrosos que son su segundo hogar, y brindará por ti.

¡Salve!

SOBRE EL AUTOR

Andrés Díaz Sánchez es un escritor de Fantasía, Terror, Ciencia Ficción y Aventura. Esta es la lista de sus obras publicadas:

LIBROS

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) El camino del acero (2006, Editorial Ábaco. 2010, Equipo Sirius. 2018, autoedición) El Imperio contra Dios (2010, Equipo Sirius. 2018, autoedición) Argar, el hijo del demonio (2013, Dlorean Ediciones) Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) El laberinto del gusano (2016, Ronin Literario) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com. 2019, autoedición) Los siete caballeros (2018, autoedición)

El niño rey (2018, autoedición)

El rey justiciero (2018, autoedición)

El viejo rey (2018, autoedición)

Serie de Skarrion Gunthar

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com. 2019, autoedición)

Trilogía La tormenta y el amanecer

El niño rey (2018, autoedición)

El rey justiciero (2018, autoedición)

El viejo rey (2018, autoedición)

Participación en antologías

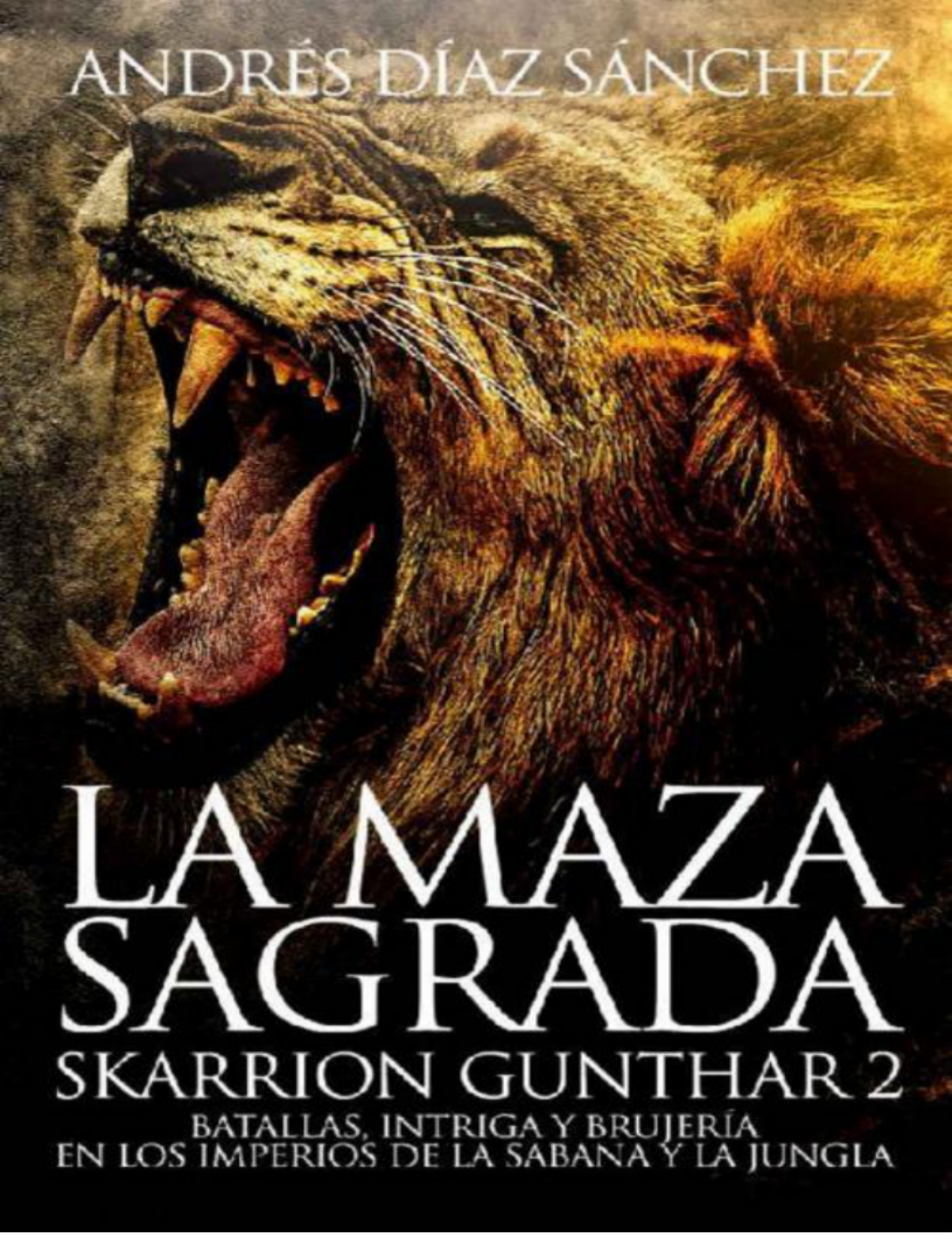
Planeta Neopulp nº. 1 (2015, Dlorean Ediciones): Hierro y huesos nº. 1 (2016, Saco de Huesos)

Calabazas en el trastero: Casas embrujadas (2017, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Distopías (2018, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Libros malditos (2018, Saco de Huesos) Sueños de la Gorgona: Ritos de sangre (2018, Saco de Huesos) Cantos de locura y

horror (2018, Wave Books)

COMICS (guion)

El espartano (2004, Aleta Ediciones)


ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ
LA MAZA SAGRADA
SKARRION GUNTHAR 2
BATALLAS, INTRIGA Y BRUJERÍA
EN LOS IMPERIOS DE LA SABANA Y LA JUNGLA

SERIE SKARRION GUNTHAR 2

LA MAZA SAGRADA

Andrés Díaz Sánchez

© 2019 Andrés Díaz Sánchez

Reservados todos los derechos.

A todos los fieles seguidores de la Fantasía Heroica

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
NOTA DEL AUTOR
SOBRE EL AUTOR

MAR LENTO
DESIERTOS BLANCOS
MAR DE LOS HIELOS
TUNDRA
UÁN
SHAKARK
DOLLBRAKK
RASHENKA
ARARIA
ATARIA
MAR DEL SOL
NOCTUMBRIA
BOCA DEL LOBO
ARRIT
ELI
ZEIHN
TERYABA
KALENDA
CRANTIA
TIRAN
MAR MEDIO
PAISH
MAR DEL PROFETA
RAZHULL
EGOT
IMYARIA
ABIHI
ILBARI
ISHANKI
CLANA
TIERRAS DEL SILENCIO
COLMILLOS DEL DIOS
ISLANA
MAR BLANCO
LUKUMBIA
ZANDI
MAR DE LAS TORMENTAS
MAR DEL ORO
GRAN AZUL
OCÉANO DORADO
OCÉANO FINAL

HACIA ABHLI Y RAZHULL
ULANDI
ISHANKI
NACUS
QUIANUS
ITEMBAS
ARZAWIS
IMPERIO
VALLE DE LAMIANE
MONTE DLOBANE
MANCUMI
LAS DOS MANOS
IMGWAYOS
VALLE DEL DEMONIO
PICO DE NILOBA
ZUNJINI
GINGINDLOVU
KAZELES
UNZA
MESINGA
BARRANCA NEGRA
AOUN
CIÉNAGAS BAYUNES
HACIA LAS TIERRAS DEL SILENCIO.

1

La tarde se arrastraba sobre la sabana ishankita. El sol se había despertado hoy de malhumor y arrojaba una tras otra sus lanzas de fuego invisible. Una brisa suave y caliente lamía y curvaba las hierbas altas y doradas. Las hienas trotaban cansinas, refunfuñando gruñidos, hasta cobijarse bajo la sombra de algún árbol, y las serpientes culebreaban entre las piedras y sus lenguas latigueaban como relámpagos.

El invasor atravesaba la quietud. Era un animal erguido sobre las dos extremidades inferiores, alto, de lomo y hombros anchos y pecho tan amplio como el del gorila. Sus movimientos denotaban una potencia y una agilidad propias de los felinos y su rostro tenía un aire lobuno, con dos ojos de un azul gélido, en contraste con la piel, tan tostada y curtida como un trozo de cuero reseco. Había en ese cuerpo muchas cicatrices y la mayoría eran antiguas y pálidas, pero unas pocas aún mostraban el tinte oscuro de la costra. El cráneo estaba coronado por una cabellera corta y desmañada. Años atrás, aquel pelo fue de un rubio intenso, pero ahora se veía pajizo a causa del sol, los vientos cortantes de las montañas y el salitre de los mares.

Se trataba del animal más peligroso de la sabana, pues además de velocidad, fuerza y voluntad, tenía inteligencia. El depredador supremo. El hombre.

Aquella criatura, que respondía al nombre de Skarrion Gunthar, nació en Shakark, una tierra lejana y arisca, medio cubierta de nieve y rodeada por un mar de hielos. A lo largo de su vagabundeo este animal de la especie humana se había metido en muchos de los rincones más peligrosos del mundo conocido y parte del que no figuraba en los mapas. El peligro y la violencia le rodeaban como un aura invisible y se le adherían igual que una segunda piel.

Vestía una túnica imyaria de tela basta y rasposa, cómoda a fuerza del uso, larga hasta las rodillas y sin mangas. Quizás en su origen fuese de un color claro y homogéneo, pero a causa del polvo y el sudor ahora mostraba tonos indefinibles que iban del negro al pardo. Sobre ella tenía puesto un coselete marrón, con marcas trazadas por el acero. En los brazos nudosos había dos muñequeras, hechas con

bandas de cuero crudo. Calzaba unas botas mugrientas, duras, pero domadas. Llevaba un cinto negruzco y de él pendían tres vainas, una para un cuchillo ishankita, otra para una daga razhulli larga y curva, hecha para hurgar entre las costillas, y la última para una espada abhlia, casi una cimitarra, con guardas de bronce renegridas y un mango coronado por una bola de hierro.

Esta espada perteneció a un mercader de Harun-Ras, una ciudad en el sur de Razhull. Un día, ese hombre se topó con Skarrion en una vía bulliciosa y concurrida. El ricachón se mofó del vagabundo y sin razón alguna le cruzó el rostro con una fusta para azuzar camellos. El extranjero miró con sus ojos glaciales a quien le había agraviado, y también estudió la escolta de quince guardianes que acompañaban al mercader. Muchos de los transeúntes a su vez le observaban con curiosidad, pues aquel cabello pajizo y aquellos ojos celestes eran raros en un país donde el ojo y el pelo eran de un negro o un castaño intensos. Varios soldados se le acercaron, agarrando el puño del sable aún envainado. El vagabundo sonrió y pidió disculpas al mercader, que se carcajeó y le despidió con unos cuantos insultos más. Pero esa misma noche, y aún con el escozor del azote en la cara y en el orgullo, el forastero se introdujo en una mansión y encontró al mercader, muy dormido. Skarrion amordazó y ató a la muchacha, de un modo tan silencioso que no interrumpió el sueño del amo. A él le despertó después, tapando al mismo tiempo su boca con los dedos. Clavó en las pupilas negras y aterrorizadas sus ojos claros y gélidos, mientras pinchaba el cuello rollizo con una daga.

—Seguro que me recuerdas, ¿verdad? —preguntó Skarrion—. Adiós, amigo mío. En el Infierno no hay vagabundos a los que azotar.

Hundió un palmo de acero en la papada y cortó, abriendo la garganta de oreja a oreja. La chica gimió bajo la mordaza, abrió mucho los ojos y por fin se desmayó. El asesino traía un saco y lo llenó con las joyas de aquel dormitorio lujoso, y también se llevó la misma espada que ahora, en la sabana ishankita, colgaba de su cadera. Huyó de la mansión, descolgándose por la fachada como un gato enorme, y salió esa misma noche de la ciudad, sobre el caballo más rápido que el oro pudo conseguir.

Además de tener los aceros, su diestra empuñaba un arco enorme, con la cuerda ya colocada y rozando su antebrazo derecho. El carcaj, sujeto a la espalda por un tahalí, contenía veinte flechas. Un saquito con yesca, pedernal, eslabón, hilo, anzuelo y otros útiles de supervivencia reposaba junto a su cadera izquierda.

Tras el incidente de Harun-Ras, Skarrion viajó hacia el oeste, a Paish. Allí gastó el oro en el juego y en juergas donde no faltaban el vino pesado ni las mujeres ligeras. A veces, hubo de reducir en una cabeza la estatura de algún amante de la riqueza del prójimo. Nada

nuevo.

Una mañana despertó con la cabeza embotada por el licor, tirado sobre el jergón de una posada, junto a una belleza que roncaba y de la que ni siquiera conocía el nombre. Buscó en su bolso y solo halló tres monedas. Decidió que ya estaba harto de la civilización y que iba a retomar su interrumpido viaje hacia el sur más lejano: quería llegar a Lukumbia, el misterioso país en el extremo meridional del mundo, lugar de leyendas, el paraíso sobre la tierra y un mar de diamantes. Pero para llegar a Lukumbia primero debía atravesar Ishanki, el país de llanuras doradas, de montañas y selvas, habitado por hombres de piel tan oscura como el carbón.

Viajó hacia el sureste, dando un buen rodeo para evitar la guerra santa que sostenía Zuadar el Magnífico y sus Guerreros Sin Rostro contra Imyaria, Abhli, Razhull y Paish. No había olvidado su encuentro con aquel hombre astuto, duro e implacable, un tigre en un mundo de lobos, casi dos años atrás. También evitó las costas del Mar del Profeta, plagadas de piratas independientes o bajo patente de corso paishtia o zeihnia, y llenas además de esclavistas que harían de él primer plato para el grillete y postre para la galera. Cuando lo creyó conveniente torció hacia el oeste y se internó en Ishanki.

No tardó en trabar contacto con las tribus de raza negra: huyó de los nacus, luchó junto a los itembas y derramó sangre quianu. Estas tribus vivían del pastoreo y el cultivo del ñame y la banana, pero se hacían la guerra unas a otras, por lo que un mercenario no estaría ocioso entre ellas. Skarrion ganó amigos y enemigos y cierta riqueza, pero deseaba seguir camino hacia el sur, así que abandonó las comunidades septentrionales, no sin antes recibir advertencias sobre los habitantes más peligrosos del continente: los unzas.

El pueblo unza era el más belicoso de todo Ishanki, tanto, que había sojuzgado a las tribus del centro, creando a lo largo de los últimos siglos un imperio. El Imperio unza.

Mucha culpa la tuvo Nombi, el Gran Elefante, un rey que en el pasado reformó todas los mecanismos de poder unza, creando un auténtico estado guerrero y consiguiendo que una sola tribu de Ishanki se impusiera sobre cuantas la rodeaban.

Para empezar, a los varones unzas se les consideraba soldados desde el nacimiento y hasta la muerte, y ya desde niños se les adiestraba en el manejo de la azagaya, el hacha, la maza, el cuchillo y el escudo. Los pueblos sojuzgados proporcionaban la caña, el ñame, la lana, el cuero y la carne, pues los unzas vivían solo para la guerra y consideraban deshonroso cualquier otro oficio. Se contaba que a veces, durante la primera época del poderío unza, Nombi giraba sobre sí mismo con los ojos cerrados, empuñando la lanza, hasta arrojarla con todas sus fuerzas. La dirección que marcara su vuelo era la que

sus tropas tomarían, en busca de otros territorios que invadir. Las leyendas decían que este líder implacable no permitía sobrevivir a sus propias huestes cuando volvían derrotadas, así que los unzas peleaban con el doble de fuerza que sus rivales. Enfrentarse a ellos era luchar contra hombres enloquecidos por la gloria y la matanza.

A pesar de todo, Skarrion oyó rumores sobre el debilitamiento y la decadencia del Imperio unza. No faltaban los comentarios apuntando hacia Nabulama, el emperador actual, un hombre indolente y dubitativo, culpable de que sus ejércitos no se expandieran, sino que permanecieran quietos en las fronteras, sin iniciativa. En consecuencia, los pueblos vasallos se demoraban en el pago de tributos e intrigaban en la sombra, fraguando quizás la unión y la venganza contra sus conquistadores.

Skarrion era cínico respecto a las civilizaciones y los imperios; había pisado unos cuantos a lo largo de su vida azarosa y sabía que, pese al poder y el fasto, todos caían al fin. Los hombres y sus obras, incluso las más grandes y brillantes, eran menos que motas de polvo en su lucha contra el paso del tiempo, que todo lo desintegraba, convirtiendo la realidad en leyenda y ahogando la leyenda en las aguas del olvido.

A pesar de no conocer a esos unzas, Skarrion ya los respetaba, sospechando que sus espíritus estarían hechos de un hierro parecido al empleado para forjar el suyo.

Mientras iba pensando en estos y otros temas, caminaba con paso tranquilo a través de la sabana, relajado, pero no confiado, pues comprendía que a menudo el peligro podía aparecer allá donde menos se esperaba…

…Y ese riesgo, difuso en la mente del forastero, tomaba la forma nítida y concreta de una bestia, un animal, un león que le había seguido durante la última clepsidra, oculto entre la maleza, con la panza pegada al suelo y el hocico contra la brisa.

Este león era un macho, ya muy viejo. En su juventud venció a otros rivales poderosos, fue el amante de hembras sinuosas y el padre de cachorros sanos y fuertes. En aquellas épocas su rugido cavernoso causaba pavor entre las hienas, las gacelas, las cebras e incluso otros felinos; su melena brillaba bajo el sol y sus músculos cubiertos de piel anaranjada le arrojaban con velocidad aterradora en pos del ciervo y el búfalo; sus uñas abrieron la carne de muchas víctimas y sus colmillos incluso se hundieron en el cuerpo de los hombres, aquellos animales erguidos sobre dos patas a los que odiaba y temía, cuyas garras afiladas le habían herido un par de veces en los costados. En el pasado marcó con su orina los límites de su imperio y ningún macho prudente había intentado invadirlo. Los pocos leones que osaron desafiarle recibieron su castigo y huyeron cabizbajos, con el rabo

entre las patas.

Pero ahora el macho era viejo. Las gacelas se le escapaban y aún le dolía cada paso debido a una cornada que semanas atrás le dio un búfalo. También le escocía el lanzazo de un hombre, pues entre el pellejo y las costillas se habían encallado unas pocas esquirlas de metal, y aunque en ocasiones se lamía la cicatriz, no conseguía mitigar del todo el dolor. Comenzaba a caérsele la melena y, para su vergüenza, tenía que huir de los machos más jóvenes, que invadían sus dominios antaño inexpugnables. Su piel espesa y densa ya estaba abriéndose en boquetes, donde campaban a sus anchas las moscas y las pulgas, y la mayor parte del tiempo el hambre horadaba sus entrañas como un cuchillo caprichoso.

Pero aún era fuerte y sobre todo astuto, pues pocos habían alcanzado su edad. Y se creía capaz de apresar a ese hombre extraño, de cabellera amarilla y piel clara.

El león le había seguido con cautela, manteniendo bajas las orejas y muy abiertos los ojos dorados. No asomó su cuerpo ni una sola vez por encima de los arbustos y se arrastraba en silencio, con la paciencia de su estirpe depredadora. La lengua golpeaba el hocico de tanto en tanto, para ahuyentar las moscas que buscaban la humedad de sus belfos. Temía las garras metálicas de los humanos, pero era valiente y prefería morir cazando que humillado por el hambre.

Acortaba distancias. Pronto, saldría del escondite y correría hacia su presa. Una gacela o un ñu tal vez serían capaces de escapar, pero ningún hombre, ni siquiera el más rápido, lograría superarle en la carrera. Clavaba la mirada en las espaldas anchas de su víctima y sentía la boca llena de saliva.

Cuando lo creyó conveniente sacó las uñas, bajó la cabeza hasta que la barbilla peluda rozó el suelo, levantó los cuartos traseros, los meneó, pegó aún más las orejas al cráneo y por fin saltó hacia delante.

Skarrion oyó un siseo en la maleza y el golpeteo de unas patas bajo un cuerpo pesado. Se volvió al tiempo que sacaba una flecha del carcaj y la colocaba en el arco, tensándolo antes de la siguiente inspiración. Descubrió una masa de color rojizo moviéndose veloz, acercándosele, a unos veinte pasos de distancia. En el centro de aquel pelaje ardiente distinguió dos ojos amarillos, en el centro de un rostro hermoso y demoníaco. El morro de la criatura estaba arrugado y bajo los belfos aparecían dos hileras de dientes picudos. Aquel león era enorme, casi tan grande como una yegua, y de su boca brotaba un gruñido cavernoso. Skarrion disparó. La flecha atravesó la melena llameante, interesando una oreja, provocando un bufido de dolor. La criatura meneó con furia la testa, pero no se detuvo. Skarrion disparó otra flecha, que se clavó en la boca del felino, atravesó con un crujido la mandíbula inferior y apareció bajo la barbilla, alcanzando el pecho.

El animal rugió y mordió y partió el proyectil, cuya mitad trasera cayó a tierra. La punta metálica seguía clavada junto a la inserción de una pata, tocando el hueso y obligándole a cojear. Un pedazo del astil continuaba en sus fauces, hiriendo el interior de la boca. Gruñó, soltó rugidos salvajes y escalofriantes y escupió sangre. Pero siguió avanzando. Skarrion no tenía tiempo para lanzar más flechas, así que echó a correr. Sabía que sería inútil enfrentarse, aún armado con espada y daga, a semejante fiera, un ser cuyos colmillos y garras le destrozarían en pocos momentos. Quiso pensar que tal vez la pérdida de sangre y la cojera volverían más lento al monstruo, pero aquel león bravo, aguijado por el hambre y el frenesí de la caza, saltó hacia delante y descargó un zarpazo con la pata delantera derecha. Sus uñas alcanzaron la espalda, haciendo trizas el carcaj y derramando las flechas por los aires. Skarrion oyó una tormenta de rugidos y bufidos ensordecedores a pocos pasos de su espalda y percibió el aliento insoportable del animal. Imprimió mayor potencia a sus piernas y el león herido solo encontró aire al golpear por segunda vez. Los ojos del hombre habían reparado en un árbol tremendo, quizás a cincuenta pasos de distancia, y hacia allá se dirigía, poniendo el alma entera en la carrera, controlando su respiración mientras luchaba contra el pánico. Los gruñidos rabiosos tras él no menguaban; sabía que el león no iba a abandonar la caza. Skarrion había roto a sudar y el líquido salado se le metía en los ojos y las orejas. Notaba los primeros y dolorosos pinchazos en los pulmones y cada inspiración era como una cuchillada en las entrañas. El sol quemaba su cabeza y le obligaba a parpadear y entrecerrar los párpados. La corteza negruzca se le acercaba más y más, más y más…, hasta que por fin entró en la sombra del ramaje, apoyó la punta de un pie en una oquedad y subió con un salto. Los dedos hallaron una rama gruesa y nudosa, que crujió cuando encaramó sobre ella su cuerpo. El tronco tembló cuando el león se aferró al árbol, con un rugido que hacía vibrar los huesos. La bestia saltó y hundió en la corteza las garras, hasta sus inserciones, haciendo volar una nube de virutas. Pero su peso era mayúsculo y cayó bajo una lluvia de polvo y astillas, bufando y gruñendo. La rama de Skarrion se partió justo cuando acababa de alcanzar otra, que parecía una serpiente retorcida y congelada en el aire. Las hojas rozaban su rostro brillante de sudor y se las quitó de encima con una mano. Al mirar hacia abajo vio al león apartar con una garra la rama caída. El animal se preparaba para saltar de nuevo, meneando la grupa, con esos ojos hermosos y diabólicos clavados en él. La faz estaba ennegrecida por la sangre, que chorreaba en hilos gruesos desde una oreja y las fauces. Doblaba la pata delantera derecha; de ella emergía el asta rota de la flecha. Fue un salto magnífico; las garras se hundieron otra vez en el tronco y desde la misma madera

volvió a impulsarse hacia arriba. A Skarrion le dio un vuelco el corazón cuando su enemigo alcanzó la rama serpentina, encaramándose primero con dos patas y subiendo por último todo su corpachón. El león se abría paso entre las hojas, siempre con los ojos dorados clavados en su presa, emitiendo sus gruñidos desde lo más hondo de sus tripas. El hombre escaló con rapidez, abriendo la espesura con las manos y con el arco, mientras que el león iba avanzando con cuidado, lamiéndose cada dos por tres la sangre del morro. La madera crujía bajo el peso de los dos animales, como protestando por aquella intrusión en su hogar. Skarrion llegó a la última rama del follaje, la más elevada, y a pesar de su grosor también empezó soltar chasquidos. El león le seguía, eligiendo con prudencia el punto donde a continuación apoyaría la pata. Skarrion apartó las hojas y miró hacia abajo. Había una caída peligrosa y si se lanzaba al vacío quizá se rompiera un tobillo, los dos, o tal vez sobreviviera más o menos entero al impacto; de cualquier modo, antes de levantarse ya tendría a la bestia en su espalda. Llevó una mano a la empuñadura de su espada, pues no estaba dispuesto a dejarse matar con facilidad, y notó un pinchazo en su codo derecho, causado por… la punta de una flecha. Las garras del león habían destrozado el carcaj y provocaron la pérdida de las flechas, pero no todas, porque quedaba una, prendida entre jirones de tela y cuero. La última. No había soltado el arco y se las había arreglado para escalar empuñándolo; la costumbre, el instinto o la pura casualidad le habían impedido arrojarlo al suelo para huir con más rapidez. Se sentó a horcajadas sobre la rama, intentando guardar el equilibrio. Agarró la flecha y tiró de ella, pero el astil se había enganchado entre los restos del carcaj; soltó un juramento, haciendo volar gotitas de sudor desde los labios. El león ya había alcanzado su rama, que crujía cada dos por tres. Skarrion volvió a tirar de la flecha y al fin logró sacarla del estuche roto. Colocó el proyectil y, reprimiendo a duras penas los temblores, tensó la cuerda. Tomó aire y cerró un ojo, dejando que una gota de sudor resbalara sobre la frente, bajase por la mejilla y se le escurriera por el mentón. La rama soltó un chasquido y sufrió una sacudida: solo un puño de madera la unía a su madre; la vibración sorprendió a Skarrion, pero consiguió que sus dedos no soltaran la cuerda para no errar el tiro. El león se bamboleó, con los ojos muy abiertos, clavados en su trofeo. Skarrion levantó el arco de nuevo, atrasó flecha y cuerda, apretó los labios y disparó. La flecha se hundió en el rostro del felino. El follaje la había desviado, así que no penetró en el cerebro, sino en la boca, y la punta emergió entre los tendones del cuello, sin interesar la columna vertebral. La criatura se revolvió y se transformó en un caos de color anaranjado oscuro que rugía como lo harían todos los diablos del Infierno. A pesar de todo saltó, en un intento último y

desesperado, y Skarrion se agachó tanto que su cuerpo resbaló sobre la rama, quedando sujeto a ella con la mano zurda. Algo pesado y caliente se le echó encima, algo que daba zarpazos. Las garras rasgaron el coselete, lo atravesaron y abrieron la carne de la espalda en dos surcos, desde un omóplato a la cadera. Skarrion profirió un alarido, atravesado por el dolor, pero no soltó la rama. El león se precipitó al vacío y su cuerpo, después de atravesar el follaje, aterrizó sobre sus cuatro patas. Skarrion soltó el arco para sujetarse a la rama con las dos manos. La madera continuaba crujiendo, pero consiguió acercarse poco a poco a la rama madre. La rama pequeña cedió al fin, con un crujido seco, y Skarrion se abrazó a la rama grande mientras la otra caía, provocando un rumor de hojas arrasadas. Se dio el lujo de cerrar los ojos y limitarse a respirar durante muchos latidos, para intentar calmar el trote salvaje de su corazón.

Se obligó a apoyar un pie y después el otro en oquedades, nudos y brotes. El descenso era lento y dificultoso. El dolor de las heridas en su espalda le impedía pensar con claridad. Tras una eternidad, sus botas tocaron suelo firme.

Oyó una respiración ronca y gutural.

Allí estaba el león, bajo el ramaje tronchado, echado en el suelo, vivo aún. Skarrion se acercó a la bestia y los dos se miraron fijamente. El felino le gruñó con hostilidad manteniendo aún las garras desnudas. Se hallaba ante las puertas de la muerte, incapaz de moverse, sobre el barro de su propia sangre. Y ni siquiera entonces se daba por vencido.

Skarrion desenvainó la espada abhlia y la hundió en la cabeza peluda, acabando con su agonía.

—Descansa, viejo rey —dijo.

Limpió la hoja en la melena rojiza, la envainó y se apoyó exhausto en el árbol. Ya podía oír los gritos de los buitres y se maravilló, como siempre, de la rapidez con que olían la muerte. Aunque todavía lejanas, llegaban a paso rápido un grupo de hienas. Skarrion comprendió que si no se marchaba también acabarían comiéndoselo a él.

Se levantó sobre dos piernas temblorosas y recuperó el arco caído. Víctima de un capricho, desnudó la daga razhulli y extrajo de las fauces sanguinolentas del león un colmillo. Limpió el arma con hojas, la enfundó y echó a andar.

Solo cuando estuvo lo bastante lejos de los carroñeros, se detuvo en un claro de la maleza. Se quitó la coraza de cuero, rasgó la parte superior de su túnica y palpó, haciendo caso omiso del dolor, los dos surcos en su espalda. El daño había resultado superficial; si no hubiera llevado el coselete las garras hubieran cortado los músculos, dañando tal vez las costillas y los pulmones. Sacó telas limpias de su pequeña faltriquera y un puñado de pasta hecha con hierbas curativas, que al

ser aplicada sobre los tajos provocaba un escozor intenso y una cicatrización rápida.

Comenzaba a serenarse. Sacó el diente de león y utilizó un puñado de hierba para limpiar los últimos restos de sangre. Era un trofeo hermoso. Con una aguja de metal, utilizada en ocasiones para coserse su propio pellejo, lo horadó con paciencia, teniendo en mente el objetivo de atravesarlo de lado a lado.

El día se desenrollaba mientras él trabajaba. La brisa secaba el sudor de la piel. Los pájaros seguían gritando, lejanos, ocupados en sus propios asuntos. A unos cien pasos de distancia, dos jirafas, una madre y su cría, descansaban a la sombra de un árbol gigantesco. La mayor miraba a Skarrion, quizá preguntándose qué demonios estaría haciendo en su territorio aquel animal extraño de piel tostada y pelo pajizo, y la pequeña parecía juguetear con una rama flexible, que se doblaba una y otra vez bajo los empujones de su morro.

Skarrion pasó por el agujero un largo pedazo de sedal y lo ató tras su nuca. El colmillo reposaba bajo su garganta, al comienzo del pecho.

La jirafa adulta alzó las orejas y echó a correr, seguida por su cría.

Skarrion no se movió. Con lentitud y disimulo, llevó la mano a la espada. La coraza de cuero no estaba lejos, junto a los restos del carcaj destrozado. Maldijo en silencio por no tener más flechas. Parecía tranquilo y relajado, pero escuchaba con una atención total…

Oyó un siseo a su espalda, el susurro tenue de un cuerpo contra la maleza.

Rodó sobre sí mismo, agarró la coraza y se incorporó hasta quedar en cuclillas, protegiéndose la cabeza y el pecho con ella. El venablo picó en el cuero grueso y duro y rebotó, pero su impacto tiró a Skarrion de nuevo contra la tierra. Se levantó desenvainando la espada, brillante bajo el sol, agarrando el coselete como si fuera un escudo improvisado. Echó un vistazo a la lanza que le habían arrojado: un arma larga, de unos cuatro codos desde el extremo del astil hasta la punta. El acero tenía forma de hoja estilizada, con dos filos, y cada uno tenía estrías, así que al atravesar la carne se engancharían en ella, y si la víctima trataba de sacársela desgarraría su cuerpo y provocaría un desastre mayor.

Seis hombres de raza negra salieron de la maleza, frente a él. No eran nacus, itembas o quianus, pues tenían una piel más clara que la de aquellos pueblos del norte. También eran más altos y esbeltos, a pesar de que los hombros eran gruesos y parecían duros como piedras. No había grasa en sus cuerpos delgados y fuertes: eran puro nervio y fibra. Tenían rasgos agraciados y bellos, casi elegantes, pero sus expresiones eran de crueldad y de orgullo: la arrogancia de los conquistadores. Como única vestimenta llevaban un taparrabos, compuesto por un cordel de cáñamo que rodeaba la cintura, sobre el

que habían atado tiras de lana de oveja y colas de buey, cubriendo la entrepierna y las nalgas. Hebras de tejido vegetal y penachos de piel rodeaban sus rodillas, tapando las pantorrillas. En el cráneo llevaban aros de cuero o de pelaje felino. Sus armas eran lanzas como la que le habían arrojado y cuchillos anchos y pesados. No mostraban pinturas ni tocados de guerra y tampoco portaban escudos, así que Skarrion imaginó que se trataba de una expedición de caza.

Tres hombres más salieron de la vegetación, a su espalda. Empuñaban en alto sus venablos, listos para arrojárselos en cualquier momento. Skarrion se maldijo por necio. Le habían rodeado.

Un cazador se distinguía de los otros, ya que parecía más maduro —los demás no superarían los veinticinco años—; su taparrabos estaba hecho solo con tiras de piel de leopardo, como el aro sobre su cabello corto y rizoso. Como sus compañeros, tenía la cara rasurada, pero se había dejado una perilla fina. Sus piernas rebosaban músculo, aunque sin llegar a parecer grotescas. Le faltaban tres dedos, uno de la mano izquierda y dos de la derecha, y había cicatrices en su torso y brazos, quizás hechas no solo por las garras o los colmillos de las bestias sino también por el acero de los hombres. Un tahalí iba de uno de sus hombros a la cadera contraria, sosteniendo una maza de combate, de astil largo, tallado en madera negra y suave, con una bola esférica y metálica, grande como dos puños.

Skarrion supuso que era un guerrero veterano, el líder del grupo, y por tanto le habló a él:

—Vengo en paz. No busco pelea y solo estoy de paso. Pero no me dais miedo, así que si me volvéis a atacar asesinaré a cuantos pueda antes de morir.

Había usado la lengua común a los pueblos ishankitas. Aunque cada uno empleara un dialecto propio, todos hablaban la lengua que Anuar, el Espíritu Supremo, dictara a los auténticos hombres en el Principio de los Tiempos —para los ishankitas solo había hombres auténticos en su país de llanuras, montañas y selvas; fuera de él, solo había *perros con forma humana*—.

Uno de los jóvenes dijo algo al veterano en un dialecto que Skarrion desconocía. El tono, así como los aspavientos que hacía con su lanza, indicaban agresividad. No resultaba difícil entender que deseaba matar al extranjero y que los otros muchachos parecían estar de acuerdo.

Skarrion intervino, hablando solo al que vestía pieles de leopardo, sin dignarse a mirar a su acusador:

—¡Óyeme, guerrero! Tu cachorro tiene agallas, así que déjale luchar contra mí, en combate justo. Si le venzo me marcharé en paz y si gana él, cosa que dudo, pues parece haberse caído hace poco del pecho de su madre, podrá adornar su choza con mi cabeza.

El mozo desorbitó los ojos, furioso, y esta vez se dirigió al líder usando el ishankita común:

—¡Permíteme luchar, Gran Zuani, Siete Dedos! ¡Degollaré a ese perro de piel clara!

Siete Dedos sonreía, observando a Skarrion. Con una mano calmó al joven.

—Eres astuto, Colmillo de León. Pretendes enloquecer a mis chicos y arrancarme la promesa de permitirte ir si les vences. Pero yo te vi matar al viejo león y sé que acabarías con cualquiera de ellos.

Los jóvenes enrojecieron de ira y vergüenza.

—Pelea conmigo —dijo Skarrion— y que los jóvenes me dejen marchar si gano.

—No. Te llevaré ante el emperador y él decidirá, porque es raro encontrar en nuestra tierra a un hombre con el cabello del color del trigo y los ojos celestes como el cielo. Si no tiras las armas te arrojaremos las lanzas antes de que puedas tocarte la nariz; atravesarían tus piernas y te llevaríamos de todos modos ante mi señor, así que decide si quieres caminar o prefieres que te arrastremos, como a un lisiado.

Skarrion permaneció quieto, contemplando la sonrisa del veterano y la hostilidad en los rostros de sus cazadores. Tiró las armas, pero mantuvo alta la barbilla y cruzó los brazos sobre el pecho, pues si había algo que los ishankitas despreciaban era la debilidad y el temor. Mostrar miedo en sus tierras era cavarse uno su propia tumba.

—Mira mis cicatrices, Siete Dedos —dijo Skarrion—. Mira mis brazos y mira mis ojos. No soy ganadero, ni campesino, ni mercader. Soy un matador de hombres. Si tu señor me lleva a sus batallas saldrá ganando con mis servicios.

—Eres astuto, pues haces que una rendición parezca una deferencia hacia mi amo. Ya veremos lo que decide el emperador, pero te advierto que los unzas libramos nosotros mismos nuestras propias guerras y no necesitamos ayuda de ningún perro extranjero.

Skarrion quedó impasible, pero al cabo de poco asintió y sonrió, apretando las mandíbulas.

Siete Dedos se volvió hacia los suyos y les gritó órdenes en el dialecto unza. Un muchacho se hizo cargo de las armas y los útiles de Skarrion, que se quedó solo con su vendaje de la espalda, el cinto, la túnica desastrada, las botas, las muñequeras de cuero y el colmillo de león.

Por gestos le ordenaron caminar y se dispusieron en torno a él formando un rombo: a su izquierda había un hombre, a su derecha otro, tras él dos más y en la delantera iban Siete Dedos y otro cazador. El líder parecía tranquilo y despreocupado, pero los demás parecían muy dispuestos a arrojar sus lanzas sobre el prisionero a la menor

señal de huida. Uno del dúo trasero tiraba de una parihuela hecha con ramaje deshojado. Sobre ella había un leopardo muerto y la cabeza de un ñu, sin duda los trofeos de la cacería. Y cuando este hombre se cansaba le relevaba un compañero.

Cien pasos por delante del grupo apareció un explorador, emergiendo de la maleza. Cien pasos atrás, otro se ocupaba de vigilar la retaguardia.

Skarrion no pensaba en huir, pues comprendía que aquellos jóvenes estaban ansiosos de coserle a lanzazos y no iba a darles la excusa para calmar sus ansias. Siete Dedos era el único que parecía no odiarle, pero al prisionero no le cabía duda de que era el más peligroso de todos. Ninguno le dirigió la palabra y él en respuesta caminaba sereno y altivo, como todos los ishankitas esperaban de los guerreros capturados, sin mirarlos de modo directo, pero vigilándolos, de todos modos.

Pasaron algunas clepsidras y vieron las primeras aldeas unzas, con sus chozas tubulares de tejado cónico y aplastado. Estaban construidas con ladrillos de barro y arcilla y algunas también con grandes piedras, unidas entre sí por alguna especie de cemento. Eran por tanto mucho más fuertes que las de las otras tribus ishankitas, hechas con hierba apelmazada y troncos. Todas las aldeas unzas estaban rodeadas por muros de aspecto pétreo y algunas, incluso, se protegían mediante una segunda muralla exterior, concéntrica a la principal. En caso de ataques con proyectiles incendiarios el fuego sería más fácil de sofocar sobre la roca o el barro seco que sobre la paja y la madera. Además, si un ejército enemigo consiguiera superar los muros exteriores, cada clan o familia podría encerrarse en sus casas y hacerse fuertes en el interior.

Alrededor de las aldeas había campos de labranza, sobre todo de ñame. También había rebaños de ovejas y vacas, sueltas y al cuidado de los pastores, o guardadas en corrales inmensos.

Pero Skarrion notó que ningún pastor o agricultor era unza; esas tareas las realizaban los esclavos itembas, quianus u otros prisioneros, pertenecientes a tribus que Skarrion desconocía. Los trabajadores se distinguían de sus amos por lo más oscuro —casi azulado— de su piel y sus rasgos toscos, en claro contraste con los unzas, de piel marrón y facciones más estilizadas y elegantes. Las mujeres unzas controlaban a los sirvientes, fustigándolos con rabos de búfalo y gritándoles órdenes. A Skarrion no le atraían demasiado las mujeres de raza negra, pero le sorprendió la belleza de las unzas, con sus narices rectas y achatadas en la punta, sus labios finos y sensuales y sus ojos rasgados. También sus jóvenes custodios eran muchachos bien formados, de rasgos aristocráticos y ojos almendrados.

Cerca de cada poblado había compañías de soldados, ejercitándose

al ritmo de los gritos de sus superiores. Skarrion distinguió enseguida dos tipos de luchador. El primer tipo llevaba taparrabos hechos con pieles de leopardo, sus ejercicios consistían sobre todo en carreras, quiebros, rodeos y ataques por la retaguardia y se concentraban en la rapidez y la agilidad de sus movimientos; Siete Dedos debía ser uno de ellos, a juzgar por su taparrabos de leopardo. Skarrion sospechó cómo habría fortalecido esas piernas poderosas. Y el segundo tipo de soldado presentaba un cuerpo más ancho y musculoso, a veces tan grande que daba miedo verlos; vestían taparrabos de piel de toro o búfalo y eran menos veloces, pero más contundentes. Se apiñaban en bloques compactos, capaces de romper y atravesar cualquier vanguardia.

Todos, *Leopardos* o *Toros*, llevaban escudos hechos con cuero endurecido y piel de vaca, de forma ojival, tan grandes que podían cubrir por entero a su dueño cuando se agachaba. Había en ellos dos rectángulos horizontales, cuyos colores debían indicar el cuerpo, la unidad o la agrupación a la que el soldado pertenecía.

Los Leopardos empuñaban azagayas, cuya hoja ocupaba casi la mitad del arma; eran a la vez lanzas y espadas y permitían una esgrima rápida y fulgurante. La parte interna de los escudos guardaba una o dos más de repuesto, o bien un par de cuchillos largos, quizás arrojadizos.

Los Toros usaban lanzas largas, así como mazas y hachas, un armamento contundente destinado a romper la formación enemiga durante el choque frontal.

Skarrion sospechó que la tarea de los Leopardos consistiría en hostigar al rival, golpear duro y huir, o tal vez atraerlo hacia el lugar donde estuvieran esperando los Toros, dispuestos para aplastar al enemigo. También podría ser que los Leopardos, mientras los Toros derrumbaban la vanguardia, rodeasen al enemigo y lo atacaran por los costados y la retaguardia. Tanto unos como otros parecían peligrosos por separado, pero combinados de manera inteligente el efecto sería devastador.

Al cautivo y sus guardianes se les unían los curiosos. Los niños y las viejas increpaban a Skarrion, las mujeres le observaban con curiosidad, los hombres maduros con cierto respeto y los jóvenes con odio.

Siete Dedos no permitió que nadie le tocara o que le lanzasen una sola piedra. Parecía un individuo importante y querido en la comunidad, pues todos, incluso los viejos, le trataban con deferencia y acataban sus órdenes sin protesta alguna. De vez en cuando se le acercaba algún guerrero veterano y charlaban de forma amigable. Skarrion sospechó que no ocuparía un puesto bajo en la jerarquía militar o política de los unzas.

Cuando el sol comenzaba a ponerse vieron una ciudad enorme y Skarrion pensó que podía tratarse de la capital del imperio. Se erguía sobre la cúspide de una montaña seca y dura y estaba protegida por siete murallas concéntricas, la primera al pie de la elevación y la última en su cumbre. Cada una parecía inexpugnable, quizá más que la anterior, y en su fachada había aspilleras por donde los defensores podrían arrojar sus lanzas y cuchillos sobre cualquier ejército invasor. Sobre la última asomaba una cúpula ovalada y blancuzca y Skarrion pensó que debía ser parte del palacio imperial. Al extranjero se le cortó el aliento, pues lo que en un principio pensó que era piedra o madera pulimentada se trataba en realidad de marfil; concentró la vista y descubrió que la cúpula estaba cubierta por cientos de colmillos de elefante, como si fuesen las tejas de una choza gigantesca.

Desvió la mirada para fijarse en el propio monte y sus alrededores.

Abajo, sobre la llanura, se levantaban fortalezas pequeñas y cuadrangulares. De ellas a veces emergían soldados, en solitario o formados en secciones, todos con escudos y azagayas. No se trataba de Leopardos o Toros porque vestían taparrabos de piel de león, y además se habían dejado crecer la melena de manera desmañada y caótica, como la mostraría el propio rey de la sabana. Se entrenaban en el manejo del escudo, la lanza corta y un cuchillo largo y ancho que no debió ser concebido como arma arrojadiza, debido a su pesadez. Sus movimientos eran explosivos y gritaban al ejecutarlos. Causaron espanto y admiración incluso en Skarrion, que había contemplado muchos y muy diferentes ejércitos. Supuso que aquel Cuerpo, los *Leones*, tan cercano a la capital del Imperio, aunaba la velocidad de los Leopardos y la solidez de los Toros y daba a luz una forma de lucha ágil y vigorosa, capaz de decidir la batalla cuando se presentara incierta.

Captores y cautivo llegaron hasta la primera muralla, seguidos de una muchedumbre de curiosos. Un oficial de los Leones saludó a Siete Dedos y entablaron una conversación alegre y animada, sin que Skarrion pudiera entender sus palabras. Sí interpretó con facilidad las miradas que el León de vez en cuando le echaba… Resultaba evidente que aquí los extranjeros no eran bien recibidos.

El oficial León gritó unas órdenes a los centinelas del parapeto en la cumbre de la muralla, quienes a su vez las transmitieron a compañeros más lejanos. Las dos batientes se abrieron. Siete Dedos y el oficial León se despidieran de manera cordial y Skarrion y sus custodios entraron en el nuevo sector. Los soldados de la guardia no permitieron que la muchedumbre les acompañara.

Dentro, había más barracones fortificados y el terreno se volvió ascendente. Recorrieron un camino empedrado que zigzagueaba entre taludes rocosos, subiendo la ladera y cruzando una tras otra sus

murallas. Skarrion se fijó en que la elevación estaba salpicada de peñascos y sobre cada uno había un centinela armado. En las grietas de la roca se habían colocado hornos y teas que alumbraban el recorrido, pues las sombras iban alargándose y espesándose y la luna comenzaba a mostrar su rostro. Skarrion miraba hacia arriba y pensaba que aun cuando un ejército enemigo lograra sobrepasar todas las murallas inferiores de esta falda escarpada, recibiría un alud de piedras arrojadas desde las alturas.

El cielo se convirtió en un manto negro sobre el que brillaba la red de estrellas y la luna en cuarto creciente, y el grupo alcanzó la última muralla. Siete Dedos gritó una orden y las batientes se abrieron con lentitud.

Skarrion vio un gran patio de baldosas cuadradas y pálidas, iluminado por hachones en soportes altos y metálicos. Había guerreros Leones desperdigados aquí y allá, que abandonaron sus conversaciones para observarle con curiosidad y cierto desprecio. Una brisa ligera hacía oscilar las llamas de las antorchas y mecía las greñas de los soldados

Pasada la planicie de baldosas tras la muralla comenzaba el mar de chozas de piedra y barro. Ascendía como un animal de lomo encrespado e irregular, formando diferentes estratos o niveles, hasta el palacio y su cúpula de marfil. Por encima de ella solo había estrellas y negrura.

Siete Dedos clavó la mirada en los ojos de Skarrion y posó la punta de la azagaya en el pecho del prisionero.

—Ahora estás en Mancumi, la capital del Imperio unza —advirtió el Leopardo, usando el ishankita común—. No lo olvides.

Skarrion guardó silencio.

Con un movimiento del arma, Siete Dedos le ordenó volver a caminar.

Surcaron las calles, las plazas y las avenidas, siempre observados por curiosos que asomaban sus rostros por las ventanas y las puertas, y llegaron a las inmediaciones del palacio imperial.

Era una construcción sencilla, pero de dimensiones titánicas. Se trataba en realidad de un gran tubo hecho con bloques de piedra blanca, rodeado por una arcada con columnas forradas con láminas de oro. El enorme soportal estaba bordeado por una escalinata de cincuenta escalones graníticos. El edificio estaba rodeado por un patio de baldosas blancas de piedra pulida.

Sobre ellas había una estatua de hierro negro, como un guardián supremo que cuidara del palacio. Su piel metálica reflejaba con suavidad la luz de las antorchas y las estrellas. Representaba a un guerrero unza musculoso y esbelto, de un tamaño pavoroso: tres hombres formando una torre, pie sobre hombro, no sobrepasarían su

cabeza. El titán llevaba embrazado el escudo y alzaba triunfal una maza de cabeza esférica. Sus pies desnudos pisaban un racimo de guerreros muertos, los enemigos del Imperio unza.

Los ojos de Siete Dedos chispeaban de orgullo.

—Estás viendo a Nombi, el Gran Elefante. El fundador de nuestro imperio. Al principio fue un caudillo más, uno de los miles que pululaban por todo lo ancho y largo de Ishanki… Pero dio rienda suelta a su genio, diseñando una nueva estrategia de combate, consistente en dividir a sus guerreros en tres grupos: rápidos, sólidos y explosivos. Leopardos, Toros y Leones.

»Mientras que sus enemigos se lanzaban como locos al combate, los unzas los atraían, los rodeaban y por último los aplastaban. Entre batalla y batalla ellos vagueaban y se emborrachaban, pero Nombi obligaba a los suyos a adiestrarse bajo el sol hasta verlos caer desfallecidos con la venida de la noche… Día tras día, sin descanso. Y cuando llegaba la hora de la verdad, sus tropas hacían pedazos a las contrarias.

Siete Dedos se volvió y escudriñó el rostro impasible de Skarrion, que seguía observando la estatua. El unza continuó hablando:

—Nombi implantó un Estado guerrero: todo unza varón es soldado desde el nacimiento a la muerte y toda mujer unza debe dar hijos sanos y educarlos en la dureza y la disciplina, para plantar la semilla de la cual tiene que brotar un hombre fuerte y valeroso. Otros pueblos hacen la guerra para conseguir nuevos territorios y después abrazan la paz. Para un unza solo existe la guerra. Nace para la guerra, vive para la guerra y muere en la guerra. Por eso nuestro imperio ocupa más de la mitad de Ishanki, nuestros enemigos huyen cuando nos acercamos a sus poblados y los vasallos se apresuran a pagar los tributos que exige el recaudador imperial.

»Y todo ello se lo debemos a Nombi, el Gran Elefante.

Se volvió hacia Skarrion, estudiándole con sus ojos duros y astutos.

—¿Qué piensas de cuanto te he dicho, extranjero?

—Que es una bonita estatua.

Siete Dedos quedó inmóvil, como si le hubieran abofeteado. Los guardianes se envararon y agarraron con fuerza las lanzas. El Leopardo pareció relajarse, sonrió y soltó una carcajada malévola.

—Eres un valiente o un loco, Colmillo de León.

Skarrion se limitó a sonreír sin alegría.

Siete Dedos, ahora de mejor humor, hizo un nuevo gesto imperativo con la azagaya y echaron a andar otra vez, hacia el Palacio Imperial.

2

Atravesaron el patio, subieron la escalinata y entraron en la arcada de columnas doradas. Se enfrentaron a una gran puerta doble de hierro cuya línea de batientes partía en dos el rostro de un elefante ceñudo, en relieve sobre el metal. Había cuatro Leones custodiándola y cuando Siete Dedos les hizo un señal ellos tiraron de los agarres en el hierro y la faz del paquidermo comenzó a abrirse en dos mitades, de manera lenta y majestuosa.

El grupo recorrió pasillos alumbrados por hornillos y hachones, sobre cuyas paredes brillaban las máscaras de vivos colores talladas en madera, los escudos ornamentados con motivos geométricos y un sinfín de lanzas, azagayas, hachas y mazas de noble aleación.

Llegaron a un salón gigantesco, alumbrado por candiles de oro, con paredes de bloques de piedra pintada de blanco. El techo se encontraba a gran altura y se curvaba con rotundidad, así que debía ser la cara interna de la cúpula de marfil. En la parte derecha el suelo se hundía en una escalinata que bajaba hasta un foso de arena. En la arena habían sido clavados diez postes de madera, dotados de argollas de hierro, tal vez para las muñecas y los tobillos. Aquellas vigas verticales mostraban tiznes y manchas ya secas, de color ocre oscuro.

Ante Skarrion se extendía la planicie circular del salón, de unos ochenta pasos de diámetro, compuesta por baldosas claras y pulidas. En el extremo más lejano una escalinata de mármol subía durante quince escalones y en la cumbre había dos tronos esculpidos en madera fina y barnizada, cuyos brazos eran suaves colmillos de marfil, con las puntas orientadas hacia el suelo. Las butacas señoriales estaban cubiertas con pieles de pantera, león y leopardo, y cada respaldo estaba coronado por una cabeza de elefante tallada en la propia madera. Una de las dos cabezas correspondía a un macho, con los colmillos apuntados hacia el frente y arriba, y la otra representaba a una hembra, más pequeña y estilizada y carente de colmillos.

En el trono masculino estaba sentado el emperador unza.

Llevaba puesto un taparrabos de la mejor piel de búfalo y se adornaba con pulseras, collares y pendientes de oro, plata y piedras preciosas. Para poner la guinda a tanto lujo, su corona era un tocado de plumas de águila. Quizás antaño hubiera sido un luchador fuerte y ágil, pero ahora su pecho y su vientre estaban cubiertos por pliegues y capas de grasa y parecían pellejos llenos de líquido. Un aspecto semejante tenían las piernas y los brazos, donde la gordura había

eclipsado cualquier asomo de músculo. Casi no podían distinguirse sus ojos tristes y pequeños, embutidos entre rollos de carne. Cogía dulces de un cesto sobre una mesita junto al trono y se los metía en la boca, de forma continua. Al verle, Skarrion pensó que el emperador de aquel Estado guerrero podía parecerlo todo antes que un guerrero.

En el trono femenino estaba la emperatriz, una mujer joven y bellísima. Vestía un pañuelo sedoso y violeta que rodeaba su espalda y su cuello y sujetaba sus senos, y una falda corta de tiras de piel de pantera, atadas a los eslabones del cinturón de plata que ceñía su cintura. Lucía anillas doradas en las muñecas y los tobillos, pendientes de zafiros y un tocado de plumas de pavo real, como un abanico negro, salpicado de círculos verdosos. Su cuerpo sería el sueño de cualquier hombre: caderas suaves, pechos llenos y deliciosos, piernas largas, magníficas, y un rostro ovalado de rasgos finos, nariz achatada, ojos de color castaño claro y labios dulces, fogosos, sensuales y descarados, labios para ser mordisqueados y besados una y mil veces. El pelo negro caía tras el tocado en forma de cascada ensortijada y brillante.

Aquella mujer espléndida observó con intensidad al extranjero, como la serpiente clavaría su mirada en el ratón que se dispone a engullir.

A la espalda de la pareja imperial había tres guerreros de alto rango. Aunque veteranos, sus cuerpos todavía eran fuertes y sus rostros hablaban acerca de carácter y sabiduría. Eran un León, un Toro y un Leopardo. Cada uno, supuso Skarrion, sería el líder supremo de su respectivo ejército. Se fijó en el Leopardo, pues un sexto sentido le dijo que era el más peligroso de los tres.

En los límites del salón, junto a las paredes, bullía una muchedumbre de guerreros y cortesanos, acompañados de sus esposas. La entrada del prisionero bárbaro había causado sensación en aquella reunión palaciega. Aunque le miraban con impasibilidad y desprecio, como a cualquier otro cautivo, también había curiosidad en sus ojos, pues el forastero tenía el cabello amarillento y los ojos azules. Habían oído hablar a los viajeros sobre aquel tipo de hombres de piel clara y ojos del color del cielo o el mar, a quienes consideraban por supuesto inferiores a ellos, los ágiles y musculosos ishankitas de hermosa piel oscura, pero hasta el momento no habían contemplado ninguno y por tanto le miraban como se miraría a un raro espécimen animal.

Los captores llevaron su presa ante la escalinata y se arrodillaron, sin osar mirar a la pareja imperial. Skarrion siguió en pie, impasible.

Siete Dedos se levantó y dirigió a sus gobernantes un discurso grave y largo, salpicado de exclamaciones, durante el cual señaló muchas veces a Skarrion con su lanza. La diatriba se llevaba a cabo en lengua unza, así que el extranjero no entendía una sola palabra. Todos

los presentes escuchaban las explicaciones del Leopardo y solo desviaban la vista para fijarse en el extranjero. Cuando Siete Dedos finalizó su perorata se hizo el silencio.

El emperador le contestó con una voz profunda, aunque en tono blando y perezoso. Cogió otra golosina, la engulló, y ordenó a Skarrion que se aproximara con un ademán de su enorme mano derecha.

—Obedece a nuestro señor Nabulama, el Gran Toro —le advirtió Siete Dedos, en ishankita común.

Skarrion se acercó hasta el primer escalón, pero no como un prisionero, sino de manera altiva, y miró al monarca a los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó Nabulama, empleando la lengua común a todas las naciones negras.

—Me llamo Skarrion Gunthar, gran emperador. Soy un viajero que deseaba conocer tus tierras y poner mi brazo a tu servicio. Me dedico a la guerra y lo que he oído acerca de tu pueblo me place, así que me honrarías si permitieses que participara en tus batallas, pues donde hay enemigos que masacrar, hacia allá se dirige mi brazo y mi acero. Si me negaras este placer habría de partir de tu país con el corazón destrozado.

Como sucedía con la gran mayoría de ishankitas, a Nabulama le agradaban ese tipo de declamaciones en tono cortés y épico, así que sonrió, complacido.

—¿De dónde vienes, Esc… —trató de pronunciar el nombre pero abandonó el intento, pues las lenguas shakark e ishankita no se llevaban bien—, aquel a quien Siete Dedos ha llamado *Colmillo de León*?

—Gran Señor Nabulama, provengo de un país en el extremo norte del mundo, llamado *Shakark*. He viajado y he peleado mucho. He surcado mares, escalado montañas y atravesado llanuras. He marchado a la guerra decenas de veces. He lidiado contra bestias fabulosas. Y aun así, para mí el pasado, pasado es, y no reviste importancia. Encaro la vida con la misma intensidad que cuando era un muchacho y no le temo a nada ni a nadie.

Nabulama volvió a sonreír, complacido, pero de un modo cortante la emperatriz habló a Siete Dedos, utilizando la lengua unza. La expresión del emperador se volvió tensa y malhumorada, pero ella le miró con severidad y Nabulama asintió, apesadumbrado. Skarrion sospechó quién mandaba en realidad en el imperio.

—Nara, nuestra amada señora, pregunta por qué no te has arrodillado aún ante ellos —tradujo Siete Dedos—. Y te ordena que lo hagas de inmediato.

Skarrion observó a Nara. La mujer le miraba y sonreía, maligna y encantadora. Señaló el suelo con un dedo y dijo una palabra en unza.

Arrodíllate, pronunció el shakark en su mente.

—No.

—¡Arrodíllate! —gritó Siete Dedos.

—No me arrodillo ante nadie.

Skarrion seguía mirando a la emperatriz, que abrió mucho sus bellos ojos y enrojeció de ira.

Siete Dedos se le acercó y le agarró de un hombro, pero Skarrion se volvió, le estrelló los nudillos en su ojo izquierdo y le envió al suelo de un empujón.

Sintió un jadeo a su espalda, se volvió y vio venir a uno de sus captores. Esquivó su lanza agachándose, pasó bajo los brazos del chico y al subir le hundió la rodilla en la ingle. Dobló la cadera y le asestó un codazo en la cara. El muchacho bufó y se desplomó, como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos.

Algo explotó en el cráneo de Skarrion. Se dio la vuelta y vio a Siete Dedos empuñando la maza que hasta hacía poco colgaba de su cadera. Skarrion cayó de rodillas, sintiendo náuseas y una debilidad que convertía sus músculos en jalea. Las lanzas se levantaron a su alrededor, dispuestas para atravesarle.

El emperador gritó una orden y los guerreros se detuvieron.

Skarrion ya estaba medio recuperado y se lanzó sobre el unza más cercano. Cogido por sorpresa, el joven no pudo evitar que el shakark apartara su lanza con una mano ni esquivar el puñetazo que le envió dos pasos atrás. Ahora, la azagaya estaba en poder del prisionero. Skarrion se agachó y la clavó en el abdomen del muchacho que le había tratado de ensartar, hizo girar la hoja y la extrajo entre goterones de sangre. El herido trastabilló, agarrándose las entrañas. Skarrion dibujó un arco con el arma, haciendo volar la sangre de la hoja, y paró el golpe de otro enemigo. Le arrolló con un hombro, metió su pierna tras la rodilla y siguió empujándole, haciéndole caer de espaldas. Se volvió golpeando de revés y después estocó un par de veces más. Aquellos jóvenes guerreros retrocedieron, intimidados por su furia y su rapidez.

Pero ya venían a la carrera muchos veteranos, Toros, Leones y Leopardos, dando gritos de ira. Por encima de todas las demás voces sonaba la del rey Nabulama, *el Gran Toro*. Al parecer aún deseaba prenderle con vida, pues los atacantes tiraron a un lado sus aceros y empuñaron las mazas.

Skarrion arrojó la lanza sobre un León que se le acercaba. El unza no portaba escudo y se retorció para esquivarla, pero la hoja le atravesó el hombro derecho y el golpe le hizo girar sobre sí mismo antes de caer.

Skarrion profirió un alarido y saltó hacia los agresores, emprendiéndola a puñetazos. Tumbó a un Leopardo y un León, pero la

marea de guerreros le cubrió y sufrió los impactos de las mazas de cabeza esférica, de madera maciza y forrada con cuero o placas de metal retorcido.

Lo agarraron entre cuatro guerreros y a la fuerza le pusieron de rodillas, aplastándole la boca contra las baldosas. Haciendo un esfuerzo supremo, Skarrion levantó la cabeza y el tronco, desorbitando los ojos azules y gruñendo como una alimaña, mientras le chorreaba la sangre por la cara. Dirigió una mirada rabiosa al emperador y a la emperatriz.

Nabulama parecía haber recobrado un hálito de carácter y sus ojos chispeaban mientras veía al bárbaro humillado a sus pies. Los ojos de la emperatriz también fulguraban de satisfacción y sonreía triunfal, contemplando a Skarrion como a una alimaña terca que por fin acaba domada.

Tras los gobernantes, sus tres generales contemplaban impasibles a ese forastero enloquecido. Pero sus ojos también ardían, pues como a todo buen unza, les encantaban este tipo de combates, mejor cuanto más violentos. El general de los Leopardos parecía calibrar al extranjero y se frotaba la barbilla, pensativo.

La maza de Siete Dedos se estrelló en la nuca de Skarrion, que aulló de dolor. Volvieron a aplastar su cara contra el suelo.

—Debiste obedecer, estúpido —gruñó Siete Dedos, agachado junto a él—. De haberte mostrado humilde, el emperador hubiese permitido tu incorporación a nuestras filas en calidad de mercenario. Pero ahora morirás de forma lenta y agónica, por necio. Ya están discutiendo cómo ha de ser tu fin.

Skarrion no respondió. De reojo, vio al emperador y a su esposa hablando con los tres consejeros militares. Amargado, prefirió no entender la lengua unza, porque sin duda los castigos que se dirimían en aquella charla no serían cosa agradable de oír. Notó que Nara llevaba la voz cantante, incluso haciendo callar a su esposo, al León y al Toro. El general Leopardo se mantenía aparte y seguía mirando a Skarrion de forma especulativa.

La discusión finalizó cuando la emperatriz gritó una serie de órdenes que provocaron la alegría entre el público. Skarrion no se hizo ilusiones, pues en todos los países que había visitado a las muchedumbres les encantaban los espectáculos sangrientos.

Lo agarraron del cabello y le obligaron a levantarse. Estaba bien sujeto y le sería imposible escapar. Su cuerpo mostraba decenas de moretones y su boca y nariz sangraban, pero sus ojos aún no habían sido domados.

—Ya se ha decretado el castigo —le dijo Siete Dedos—. Sufrirás, junto al resto de los condenados de esta velada, el juicio de las Damas de la Noche.

Skarrion iba a pedir más explicaciones, pero sus captores le llevaron hasta el foso donde se alzaban los postes verticales, con aquellas manchas que el shakark comprendía ya que eran de sangre seca. Oía a la multitud rugir de placer y se sintió el protagonista de una fiesta cruel y macabra.

Cada poste tenía dos grilletes, unidos a la madera por sendas placas metálicas. Aunque se resistió, introdujeron sus muñecas y los cerraron. Tenía los brazos estirados casi por completo, pues los grilletes quedaban a más de dos palmos por encima de su cabeza. Trató de escurrir las manos bajo el acero, sin resultado, pues los grilletes estaban tan ajustados que casi impedían el riego sanguíneo.

Los guerreros le soltaron y así quedó, encadenado al poste por las muñecas. Frente a él, fuera del foso, se extendían el patio del salón, la escalera real y los tronos, y todo el lugar bullía con las voces excitadas de los asistentes. Clavó su mirada en los emperadores, que conversaban animados, igual que si estuvieran comentando la actuación de un experto bailarín, un luchador exótico o una bestezuela entrenada para ejecutar cabriolas. El general Leopardo aún le miraba en silencio.

Los guerreros que le habían conducido a la arena salieron del foso y quedaron en pie sobre el borde. Llegaron otros, con lanzas y azagayas que repartieron entre sus compañeros. Skarrion sospechó que se habían colocado de tal manera no para impedir que él escapara, sino para no dejar salir a aquello que hubiese después en el foso, aquello a lo que él, con las manos encadenadas al poste, iba a enfrentarse.

La emperatriz se levantó del trono y gritó una serie de órdenes. Los cortesanos aplaudieron y rieron.

Dos guerreros bajaron al foso y se acercaron a Skarrion. El shakark intentó patearles, pero ellos hundieron el asta de sus mazas en el abdomen del preso, que gritó dolorido y se mostró más dócil. Le quitaron el cinto, la túnica y las botas. Ahora estaba desnudo y solo conservaba, de sus pocas posesiones, el colmillo de león. Todos le miraban como a una alimaña, una atracción de feria, pero él levantó la barbilla, despreciándolos en silencio.

Los dos guerreros salieron del foso y tiraron al suelo las ropas del condenado. Siete Dedos se acercó al borde.

—Sufrirás el mismo destino que los criminales de nuestro país. Aquí los traen.

Señaló con su maza hacia un extremo del salón. Allí, se abrieron dos batientes de hierro y entró un grupo abigarrado, formado por Leones que traían, empujándolos y pinchándolos con las azagayas, a dos hombres y una mujer desnudos.

Ella era de edad madura y gemía e imploraba piedad. Otro

condenado, un anciano, mostraba desesperación y lloraba en silencio. El tercer y último delincuente no pasaría de los veinticinco años y a pesar de su triste situación caminaba con orgullo; por su porte y maneras cabía sospechar que se trataba de un guerrero caído en desgracia.

También los llevaron al foso y los sujetaron a otros tres postes, cercanos al de Skarrion. Los rostros de los cuatro condenados estaban orientados hacia los tronos, pero el joven y Skarrion torcieron las cabezas y se mantuvieron la mirada.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó el unza, en ishankita.

—Me llamo Skarrion Gunthar y no quise arrodillarme ante tus emperadores.

—Hiciste bien. Los señores de nuestro país no merecen el trono que ocupan.

—¿Qué palabras son esas? —gritó Siete Dedos.

—¡Bien lo sabes, Leopardo! —contestó el joven guerrero. Habló a gritos para que todos le oyeran—: ¡Nuestro rey Nabulama es un gordo perezoso, sin agallas para emprender una auténtica guerra! ¡Quien de verdad gobierna aquí es esa ramera, su esposa! ¡Yo, Ntombo Lecwgle, nunca he tenido miedo de decir lo que pienso en voz alta y por eso se me condena a una muerte atroz, junto a un bárbaro, un esclavo huido y una ladrona! ¡Si Nombi, el Gran Elefante, nos estuviera mirando desde el Reino de los Espíritus, se sentiría avergonzado de su propio pueblo!

—¡Silencio! —ordenó Siete Dedos.

Ntombo calló, pero sus ojos continuaban hablando. Sus palabras habían llegado mucho más allá del foso, provocando murmullos de escándalo. Pero algunos, los más veteranos, asentían en silencio.

Nara gritó una nueva orden.

—¿Qué ocurrirá ahora, Ntombo? —preguntó Skarrion.

—Vendrán las brujas y nos echarán sus conjuros para que nuestros espíritus no se venguen sobre el pueblo unza. Esas viejas son buenas amigas de nuestra *amada* emperatriz.

Skarrion iba a decir algo, pero estalló una algarabía aguda, espantosa.

Un grupo de ancianas horrendas invadió el salón, provocando que el público callara, vencido por el miedo. Eran mujeres decrépitas, descarnadas, desnudas y medio cubiertas por amuletos y collares de huesos. Se retorcían y sufrían convulsiones, desorbitaban los ojos, hacían girar las pupilas, abrían y cerraban los dedos, como atrapando objetos invisibles del aire… Bramaban, rugían y ladraban, poseídas por la locura o quizás por un ejército de diablos.

En los pueblos ishankitas del norte Skarrion había visto a hechiceras como estas. Vivían apartadas de la sociedad, en el fondo de

grutas y covachas, pero durante las épocas infelices eran llamadas por los reyes para exorcizar y expulsar a los demonios que impedían la buena cosecha, la lluvia o la victoria en la batalla. Dicha *cura* consistía en elegir a una o incluso varias decenas de inocentes —según ellas atraían la mala fortuna a la tribu—, que habrían de ser ejecutados para expulsar el mal de la comunidad.

Las brujas bajaron la escalinata del foso, sin detener su danza macabra y espasmódica. Skarrion y Ntombo parecían más asqueados que asustados, pero los otros dos condenados temblaban y sollozaban, enloquecidos de terror. Una vieja se acercó a Skarrion, que arrugó la nariz a causa del hedor agrio que la acompañaba.

—¡No me toques!

Ella echó espumarajos y agarró su pecho. Skarrion levantó una rodilla y disparó el pie contra el rostro arrugado. La vieja cayó al suelo, pero consiguió recuperarse. Le miró horrorizada, echando sangre por la boca rota, y por último huyó a la carrera. Ninguna otra se le acercó. Ntombo sonrió de manera rabiosa y sonaron algunos golpes de lanza contra el escudo, el aplauso de los guerreros unzas, tan crueles como nobles y ecuánimes ante el valor, incluso cuando venía de un enemigo.

Por fin, las brujas se marcharon. El público suspiró con alivio y volvió a alzarse una oleada de murmullos.

—Ahora traerán a las Damas de la Noche —dijo Ntombo.

—¿Quiénes son? —preguntó Skarrion.

—Pronto las conocerás —respondió el unza, tratando de sojuzgar el temblor en su voz.

Los comentarios y conversaciones disminuyeron. Dos esclavos entraron en el salón; uno movía un pequeño carro con un objeto enorme y cuadrado, tapado por una manta oscura. Este unza tiraba de una cuerda atada al eje y procuraba mantenerse lo más alejado posible de aquello que hubiese bajo la manta. Unos pasos por delante, su compañero hacía rodar un barril.

El del carro lo detuvo cerca del borde del foso y lo hizo girar, de tal modo que el armatoste pronto empezó a bajar las escaleras. El hombre lo manejaba con sumo cuidado, para no volcar lo que escondía el lienzo.

El otro esclavo subió el barril sobre un hombro, bajó hasta la arena y se acercó a los cautivos, aunque manteniéndose a una distancia prudencial. Abrió la tapa superior del tonel, metió las manos en su interior, cogió un puñado de cosas pequeñas y oscuras y las arrojó sobre los presos.

Asqueado, Skarrion se dio cuenta de que tenía el cuerpo y los cabellos salpicados de insectos muertos. Sacudió la cabeza y los pies, pero sus intentos resultaron vanos, pues le seguían echando más de

esos pequeños cadáveres, que se adherían a la piel y al pelo sudorosos.

El dueño del barril lo cerró, lo cargó sobre los hombros y salió del foso con premura.

El hombre del carro levantó la tela con la punta de una lanza y se apartó enseguida. Ahora todos podían ver lo que antes permaneciera oculto: una jaula cuadrada, cuyos barrotes eran varas de madera gruesa, entrelazadas unas con otras mediante cordeles de fibra vegetal.

Al contemplar lo que encerraba la caja, Skarrion sintió que se ahogaba de horror. Tiró de los grilletes, sin resultados. Ntombo intentaba ocultar su miedo, pues sin duda habría contemplado antes este espectáculo, que ahora él mismo protagonizaba. Los otros dos cautivos gritaron y sollozaron, sin poder apartar la mirada de la jaula.

En ella había unas veinte *zaleas*, retorciéndose y correteando unas sobre otras. Las llamaban *Damas de la Noche* porque salían a cazar en el tiempo de oscuridad. Se alimentaban sobre todo de insectos, los mismos que ahora manchaban a los cautivos. La más pequeña era grande como el puño de un guerrero y había dos o tres tan voluminosas como gatos rollizos. Tenían el cuerpo dividido en dos segmentos redondos y aplastados; en el superior se encontraba la cabeza, con los seis ojos negros y las pinzas gruesas y largas. Todo su cuerpo, incluidas las ocho patas, estaba recubierto de vello oscuro. Como un capricho estético de la Naturaleza, sobre el lomo había cuatro manchas grises.

Eran las arañas más grandes y venenosas de todo Ishanki.

—¡Escuchadme, condenados! —gritó Siete Dedos. Ellos consiguieron apartar la mirada de las arañas para prestarle atención —. En castigo por vuestras faltas sufriréis el juicio de las Damas de la Noche. Ellas solo se alimentan de insectos, no de carne humana, así que si permanecéis totalmente quietos devorarán la carroña que tenéis encima y os dejarán en paz. Pero al menor temblor de vuestros cuerpos sentirán miedo y os picarán, cosa que provoca una muerte segura. He de advertiros que también la suerte, y no solo el dominio de vuestro cuerpo, influirá en el juicio de las Damas de la Noche, pues en ocasiones, y sin razón alguna, pican al animal sobre el que corretean, por muy quieto que esté. ¡Que Anuar, el Gran Espíritu, os proteja!

Skarrion y Ntombo volvieron a mirarse.

—Esta no es una muerte noble —dijo el unza, con amargura.

—Mantengamos la sangre fría. Al menos, no vamos a darle a todos esos bastardos el placer de ver cómo nos volvemos locos de terror.

—Llevas razón, extranjero. Si hay que morir moriremos como hombres de verdad, no como alimañas.

Los dos alzaron la barbilla y mostraron un semblante impasible

ante el público ávido de sangre y emociones; pero los ojos de los dos condenados ardían de rabia y odio. Los guerreros al borde del foso y también Siete Dedos los contemplaron en silencio y asintieron con aire lúgubre.

El encargado de la jaula abrió el cerrojo, utilizando la punta de su lanza, y echó a correr.

Giró la puertecilla y las arañas salieron en tromba, correteando sobre la arena. Una huyó escaleras arriba, pero un Toro la atravesó con su lanza. Los soldados del exterior no permitirían que ninguna de ellas escapara del foso.

Dentro, las criaturas peludas comenzaron a devorar los insectos muertos caídos sobre la tierra. Dos zaleas se enzarzaron en una lucha violenta, revolcándose una sobre la otra, golpeándose con unas patas velludas tan gruesas como el pulgar de un hombre adulto. Una atrapó con sus pinzas un miembro de la otra y se lo arrancó. Se inyectaron veneno, pero debían ser inmunes, porque continuaron peleando hasta que la más agresiva arrancó otra pata a su enemiga y le hundió las pinzas entre los ojos, matándola de una vez por todas. Volvió a buscar los insectos del suelo.

Dos treparon sobre el cuerpo de la mujer, que desorbitó los ojos, se retorció y empezó a soltar alaridos. Los comentarios de la muchedumbre ganaron interés y sonaron gritos excitados y divertidos. Las arañas clavaron los aguijones situados entre las dos últimas patas y la cautiva gimió de dolor y se echó a llorar. Este par de arañas y otras más ya estaban engullendo los insectos sobre su piel.

Siete Dedos señaló a la prisionera con su maza y gritó una palabra que el público repitió.

—Culpable —susurró Ntombo.

El joven tensó los músculos cuando vio acercarse a tres Damas de la Noche. Permaneció quieto mientras trepaban por sus piernas, cadera y pecho, comiéndose los insectos que le manchaban. Solo sus pupilas se movían, mirando a las arañas.

Skarrion vio acercarse a dos zaleas. Oyó el grito de dolor cuando el anciano fue picado por las arañas y después escuchó otra vez el *¡Culpable!* en lengua unza. Skarrion pateó a una araña cuando estuvo al alcance de sus pies y el animal voló por el aire, hasta el otro extremo del foso. Sonaron exclamaciones y gritos de admiración.

Iba a hacer lo mismo con la segunda cuando sintió que algo peludo trepaba por su gemelo derecho. Se inmovilizó, a pesar de que el contacto de aquellas patas y el roce del vientre le provocaban oleadas de asco. Notó que la araña subía por su nalga derecha y se detenía en el surco lumbar. Relajó poco a poco los muslos y controló a duras penas la velocidad de su respiración. Estaba bañado en sudor de la cabeza a los pies. Un cúmulo de histeria quería escapar por sus labios

en forma de aullido desgarrado, pero hizo un esfuerzo y logró contenerse.

Otra araña, más pequeña, trepó por su pantorrilla y su muslo y se detuvo sobre la cadera. Skarrion sentía los pinchazos y pellizcos cuando las mandíbulas arrancaban los insectos de la piel sudorosa. La araña de su espalda subió hasta un hombro. Metió una pata y las pinzas dentro de la oreja para llevarse un cadáver diminuto y Skarrion oyó con claridad los chasquidos de sus mandíbulas al triturarlo. Una tercera araña trepó por un costado y pasó sobre su rostro, tocando con las patas los labios, la nariz y las cejas. Se introdujo entre el cabello, apartando las hebras y los mechones con las pinzas y tomando los insectos con rapidez.

Skarrion sentía que su voluntad se rompía poco a poco. Estaba seguro de no poder resistir mucho más aquella prueba, pues todo su ser le exigía de un modo salvaje y desesperado patalear, chillar hasta perder la voz, revolverse y quitarse aquellas criaturas de encima.

Oyó la palabra unza: *¡Culpable!*, y el gemido de Ntombo. Y sintió rabia y amargura por la muerte de aquel joven valiente al que apenas conocía. Sacó fuerzas de flaqueza y siguió inmóvil, mirando a los reyes unzas. Sonaron más murmullos de admiración sincera. Había diez Damas de la Noche sobre su cuerpo, pero él no se movía. Ni siquiera temblaba. Su rostro mostraba severidad, calma, decisión.

Había una araña en el suelo, ante él. Era la más grande, casi tan ancha como su propio pecho. Quizás fuera la reina de las Damas de la Noche y era una monarca cruel, porque cuando atrapaba entre sus pinzas y patas a una súbdita la destrozaba sin miramientos. Se acercó al cuerpo de la mujer envenenada, ya en los estertores, y las zaleas sobre la cautiva huyeron para dejar paso a su hermana mayor.

En el cuerpo de Skarrion casi no quedaban insectos muertos: las arañas se los habían comido. Poco a poco, las Damas de la Noche fueron abandonándolo y los guerreros de alrededor del foso aplaudieron a su manera, golpeando las mazas y la contera de las lanzas contra el suelo.

Siete Dedos gritó una palabra distinta y la multitud la coreó. Skarrion supuso que le habían proclamado inocente y suspiró con alivio, dejando caer el cuerpo, que casi quedó colgando de las cadenas y sus grilletes en las muñecas. Se sentía al borde del agotamiento, vencido por la tensión física y nerviosa.

En la arena, las arañas correteaban o luchaban entre sí y los guerreros del borde del foso mataban a cuantas intentaban saltar fuera.

—Lo has hecho bien, Colmillo de León —dijo Siete Dedos—. Cuando las matemos a todas te soltaremos.

Skarrion se limitó a mirarle, sin fuerzas para responder.

Abrió mucho los ojos.

Por el peso, supo que era la reina de las Damas de la Noche. Estaba subiendo lentamente por su pierna derecha.

Skarrion se inmovilizó, mientras se alzaban las voces del gentío. La araña rodeó su cintura, subió por el abdomen y se detuvo en el pecho. El cautivo se preguntó, al borde de la desesperación, por qué aquel demonio no se marchaba de una vez por todas, pues no quedaban ya insectos sobre su cuerpo.

Sin razón aparente, de modo tal vez caprichoso, la zalea le picó y le inyectó su veneno. Saltó al suelo y escapó a la carrera.

Skarrion bramó una maldición. Empezaba a sentir un dolor pesado en el pecho, donde la araña le había clavado el aguijón. El veneno ardía bajo la piel y, aunque más espeso que la sangre, se abría paso por sus arterias. Se dejó caer, desesperado. Comenzaba a nublársele la vista y le dolía todo el cuerpo. Apoyó la barbilla sobre el pecho, pinchándose con el colmillo de león colgante de la garganta. Y recordó al viejo rey de la sabana. Él no se rindió, ni siquiera cuando yacía en los estertores, a sus pies.

De su garganta emergió una voz ronca que fue transformándose en gruñido profundo y hostil. Curvó las cejas y arrugó la nariz, contrayendo la cara en una mueca de furia vesánica. Lanzó su cuerpo hacia delante y tiró de los grilletes con todas sus fuerzas. Pero no se rompieron. La muchedumbre estaba sorprendida y encantada. Skarrion clavó los empeines en el poste y empujó con las piernas, los brazos, el pecho y los hombros. Su pulso se aceleró y el veneno corrió aún más rápido por sus arterias. Tenía todos los músculos tensos, como cables brillantes de sudor, y sus ojos parecían ranuras de fuego azul.

Sonó un chasquido: las placas que sujetaban los grilletes comenzaban a desprenderse del poste. Escuchó, lejanos, gritos llenos de emoción. El metal le rasguñaba los bordes inferiores de la mano, desgarrando la piel y levantándola en jirones de pellejo y carne. La sangre manó y resbaló por sus antebrazos, chorreando desde los codos. Sonó otro chasquido y un grillete se soltó. El preso giró sobre sí mismo y empezó a tirar del otro, enloquecido y jadeante. La segunda placa también cedió y él cayó de espaldas sobre la arena, aplastando una pequeña araña. Otra se le subió a un muslo y le picó, inyectando más veneno. Skarrion la agarró, la aplastó entre los dedos y la tiró lejos.

Consiguió levantarse a duras penas. Le ardía la cabeza y la notaba pesada, como si estuviera llena de plomo. Sus músculos temblaban. Siete Dedos y sus hombres le miraban con los ojos brillantes por la admiración.

—Dame… un… arma… —ordenó Skarrion, bizqueando y

trastabillando, a punto de desplomarse de una vez por todas—. Dame… un… arma…

Oía el aplauso de los guerreros, que golpeaban el plano de las lanzas contra los escudos. Consiguió dar otro paso. En el siguiente se derrumbó sobre una rodilla. Sobre sus puños temblorosos resbalaba la sangre de las muñecas desgarradas, la misma sangre que se mezclaba con el sudor y que goteaba sobre la arena del foso. Consiguió levantarse, encorvado, casi doblado en dos, a punto de caer una vez más.

—Tengo que dejarte morir, Colmillo de León —dijo Siete Dedos, con gesto impasible—. Esa es la ley.

Skarrion no tenía fuerzas para responder. Consiguió subir un escalón, balanceándose y apretando los dientes. Otro escalón. Levantó la cabeza poco a poco, venciendo la fuerza de unas manos invisibles que la empujaban hacia el suelo, con los músculos del cuello hinchados y llenos de sangre. Pudo oír los rugidos de sorpresa y admiración de esa muchedumbre confusa y remota. Levantó una mano trémula, como una garra retorcida, sangrienta y chorreante, hacia la azagaya que empuñaba el guerrero más cercano…

Y el mundo oscureció ante él.

3

Percibió un hedor asfixiante… Excrementos, podredumbre, humedad malsana…

Abrió los ojos y halló oscuridad.

Oyó un chillido, quizás un roedor. Yacía sobre algo blando y rasposo… ¿Un jergón o una manta rasposa?

Sus manos palparon su propio cuerpo. Estaba desnudo, pero aún conservaba el colmillo de león bajo su garganta. Sentía los miembros agarrotados, como si hubieran sido privados durante clepsidras del riego sanguíneo, e hizo un esfuerzo para contraer y estirar sus músculos, resistiendo el pinchazo de los calambres. Empezó a experimentar cierto vigor físico. Sobre el pecho y el muslo izquierdo palpó dos bultos que escocían al tacto, los lugares donde las arañas le picaran. Sintió hambre. ¿Cuánto tiempo habría estado aquí, en esta oscuridad, con el estómago vacío? Tanteó con las manos en el suelo liso, húmedo y rocoso, hasta hallar un bol de madera cercano al jergón. Contenía una especie de pasta seca. La olió. Metió los dedos y usándolos a modo de cuchara comenzó a engullir. La comida calmó las punzadas de su estómago. Se trataba de una especie de pasta harinosa e insípida, pero sin duda muy nutritiva, porque devolvió la fuerza a sus músculos.

Cuando no quedó nada en el cuenco, sufrió también el asalto de la sed y buscó agua. Descubrió al tacto un charco en el suelo, pero haciendo un esfuerzo de voluntad se abstuvo de beber aquel líquido estancado y maloliente.

Oyó un crujido, quizás un pasador al ser deslizado sobre rieles metálicos, y apareció un rectángulo de claridad frente a él.

En el umbral había un hombre que sostenía una antorcha. A pesar del brillo que hería sus pupilas, Skarrion se obligó a no apartar la mirada.

Era un unza alto y esbelto, de músculos acerados. Solo vestía dos pañuelos blancos, uno en torno a la cintura y el otro perpendicular al primero y anudado sobre este, de tal modo que le cubrían las nalgas y la entrepierna. Tenía el cráneo rasurado y la luz de la llama se reflejaba con suavidad en su cabeza. Su mano derecha empuñaba un hacha de guerra. Por la forma de asirla, tranquila y firme, Skarrion comprendió que sabía manejarla.

—Has despertado —dijo aquel hombre, en ishankita común.

—¿Dónde me encuentro? —graznó Skarrion, y carraspeó para

modular la voz.

—En las mazmorras secretas de mi señora, la emperatriz Nara.

—¿Y quién eres tú?

—Me llamo Bombyane y soy el protector personal de la emperatriz. Soy fuerte y conozco el arte de la lucha, mientras que tú estás debilitado por el hambre y también por los últimos coletazos del veneno en tus venas. Si tratas de huir o atacarme haré uso del hacha. Sígueme.

—Tú mandas.

Skarrion se levantó con lentitud achacosa, Bombyane le señaló el camino con su arma y salieron a un pasillo de roca fría y sucia, con paredes de textura irregular, iluminado por hachones insertados en las grietas de los muros. El corredor se extendía hacia delante y atrás, perdiéndose en ambos sentidos en una tiniebla que las antorchas apenas podían vencer.

Mientras caminaban, Skarrion pudo contemplar mejor el rostro de Bombyane. No tendría más de treinta años y era un hombre apuesto y hermoso, tal vez el sueño de muchas mujeres unzas. Pero en sus ojos había mares de amargura y tristeza.

—¿Cómo es posible que aún esté vivo? —preguntó Skarrion.

—Mi señora ordenó a las brujas apartar tu cuerpo de los otros tres condenados, que fueron arrojados a una fosa, y las hechiceras vertieron en tu boca el antídoto del veneno de las arañas cuando ya empezabas a acercarte al umbral de la muerte. Después se te arrojó a esta mazmorra y yo mismo te obligué a comer mientras languidecías entre fiebres.

—Fuiste muy amable —repuso Skarrion, mordaz.

—Solo porque mi señora así me lo ordenó. No me hubiese disgustado que murieras y te pudrieras con los otros cadáveres, pero hice lo que me mandaron. Aguantaste ocho días en esta mazmorra, sobreviviste y te recuperaste.

—Supongo que el emperador no estará al corriente de los manejos de su esposa con los condenados a muerte.

—Supones bien.

—Alabo la generosidad de tu señora.

—¡Cállate de una vez! —ordenó Bombyane.

El preso obedeció, pues no era el momento de pelear. Aún no.

Recorrieron otros pasillos y túneles, tan lóbregos y oscuros como el primero, hasta llegar a un sector de aquellos subterráneos con celdas selladas con barrotes. En su interior yacían los cadáveres resecos de quienes, supuso Skarrion, alguna vez se opusieron a la voluntad de la emperatriz.

En el fondo de una prisión había una osamenta cuyo aspecto le sorprendió: estaba cubierta con un disfraz estrambótico, hecho de

plumas rojizas y verdosas, pieles de felinos y antílopes y una máscara de madera negra y expresión demoniaca.

—¿Y ese quién es?

—¡Silencio! —fue la respuesta.

Tras rebasar una puerta subieron por una escalera estrecha y muy larga que daba vueltas sobre sí misma, hasta otro pasillo de roca, más ancho, limpio y saludable. Terminaba en un soportal sostenido por columnas de mármol blanco y veteado de gris, con relieves de flores. Y allí había finalmente una puerta de madera negra y brillante. Bombyane empujó una de sus batientes e invitó a Skarrion con su hacha a entrar.

Era un salón amplio y lujoso, con paredes de madera fina y barnizada y adornos florales, salpicados de plumas de avestruz y pavo real. Había una piscina en el centro de la estancia y una puerta doble al fondo, cerrada. El estilo y la decoración decían a las claras que la estancia pertenecía a una mujer.

Les esperaban dos muchachas muy hermosas. Llevaban vestidos de tela fina y gris, largos hasta los tobillos, que dejaban libres los brazos. A pesar de su recato estas prendas tan ceñidas acentuaban la esbeltez de sus cuerpos. Una dejaba el cabello negro y rizado caer suelto sobre la espalda y la otra lo mantenía recogido en forma de dos moños gruesos.

Sus miradas se llenaron de asombro y horror al topar con Skarrion.

Había un espejo de bronce cerca de la entrada y el extranjero se miró en él, comprobando que más parecía una alimaña que un hombre: estaba demacrado, la mugre le cubría de la cabeza a los pies y sobre la boca, las mejillas y el mentón había una barba sucia y apelmazada. Sospechó que también su olor dejaría mucho que desear.

—¡Siyia! ¡Nebani! —llamó Bombyane. Las muchachas salieron de su asombro y se concentraron en el hachero, que les habló en ishankita para que Skarrion también entendiese sus palabras—: Ocupaos del extranjero, pues la emperatriz desea recibirlo en sus aposentos cuanto antes. Lavadlo, afeitadlo, perfumadlo y vestidlo de forma adecuada, y dadle también comida y bebida. ¡No tardéis! Ya sabéis que a la señora no le gusta esperar. Si causa problemas gritad y regresaré de inmediato. ¡Vamos, obedeced!

Las chicas asintieron y Bombyane salió por donde había entrado, echándole a Skarrion una última mirada de advertencia.

Skarrion no dio problemas y permitió que le bañaran y perfumaran, pero se afeitó él mismo porque no permitiría que nadie acercara una cuchilla a su cuello. Trató de hablar con las dos mujeres, pero ellas evitaban la conversación con habilidad, tal vez porque si intimaran con el cautivo podrían ser castigadas por su señora. A pesar de su silencio, Skarrion sospechó que no sería la primera vez que

preparaban a un hombre para la emperatriz. Por otro lado, él no intentó nada con ellas. Comió y bebió mucho y su cuerpo acostumbrado a la vida peligrosa recuperó con rapidez las fuerzas perdidas. Comprendiendo que no quedaba otra cosa que hacer salvo esperar, se echó a dormir y pronto estuvo roncando.

La puerta del aposento imperial se abrió con brusquedad. En el umbral estaba Bombyane.

—¡Extranjero! —rugió.

Skarrion se despertó y se levantó de inmediato, preparado para la lucha, con la mente clara y afilada.

—La emperatriz te llama —dijo Bombyane—. Y no le agrada que le hagan esperar.

—Está bien —dijo Skarrion—. Ya voy, diablos. ¿No me van a dar nada que ponerme?

Solo llevaba una larga tela a guisa de toalla, anudada en la cintura.

Por toda respuesta Bombyane señaló con su hacha el umbral abierto, así que Skarrion se encogió de hombros y echó a andar. Los dos hombres pasaron a la siguiente sala y el sirviente cerró de un portazo.

Ante ellos había una cortina de gasa que dejaba entrever una sala espaciosa, llena de lujos y ornamentos.

Skarrion oyó a una mujer hablar en lengua unza y sospechó que sería la emperatriz. Tenía una voz muy femenina, aunque teñida de cierta dureza. El eunuco abrió la seda y señaló con el hacha hacia delante.

Skarrion entró en una nueva estancia, iluminada por lámparas de aceite cuyo humo escapaba por un sistema de rendijas sobre el techo. La luz de los candiles no era fuerte y las sombras parecían tumbarse suavemente unas sobre otras, en el mármol cremoso. Había un colchón enorme y mullido de tela sedosa, cubierto por una piel de pantera. Sobre ella descansaba con languidez la emperatriz, como si fuese otro felino.

Se había quitado el tocado de plumas y su melena oscura y brillante caía sobre los hombros desnudos. Llevaba puestos pañuelos gaseosos sobre los senos y a modo de falda corta, que dejaba al desnudo aquellas piernas increíbles. Estaba echada sobre un costado, con las dos piernas un poco cruzadas, como serpientes de piel caliente, y su cadera dibujaba una curva rotunda de dulzura y suavidad. Su rostro era muy hermoso y desprendía una sensualidad enloquecedora, pero también una clara amenaza. Aquellos ojos negros y brillantes, calurosos e inteligentes, en los que había de todo menos inocencia, miraban con dureza. Eran los de alguien acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

—¡Vaya…! —dijo, en ishankita común—. Es el extranjero valiente

hasta la locura. Un animal insolente… y hermoso. Quítale ese trapo, Bombyane, para que podamos admirarle mejor.

Bombyane le despojó de la toalla y en la faz de Skarrion no asomó expresión alguna mientras la mujer le contemplaba.

Sonó un gruñido ronco y potente; en un extremo de la sala había un leopardo sujeto por un collar de hierro y una cadena, enganchada a la argolla de una pared. El animal arrugó el morro, levantó los belfos, mostrando los colmillos al extraño, y gruñó de un modo escalofriante.

—Se llama Indumi —dijo Nara—. Tengo la llave de su grillete, así que si no me obedeces, bárbaro, lo soltaré. A mí no me atacaría, pues lo crie desde que nació, pero a ti simplemente te haría pedazos. Espero que tengas cierto temple. Otros hombres no podían dejar de temblar mientras oían gruñir a mi querido Indumi. Su… *impericia* resultaba muy divertida.

Skarrion miró a la fiera y luego a Nara. No contestó.

—Por si eso no te asusta —continuó ella, con voz arrulladora—, detrás de ti está Bombyane, uno de los mejores luchadores del imperio. Ha matado a unos cuantos hombrecillos díscolos, aquí, en esta misma sala. Y aun si vencieras a Bombyane, el palacio está lleno de guardias armados.

Sus ojos se endurecieron, pero la sonrisa no se fue del rostro.

—Una vez, Bombyane me desobedeció. No quiso complacerme porque era testarudo y arrogante. Pero yo le quité ese orgullo: di la orden de que le castraran. Desde entonces es más dócil. ¿Verdad, Bombyane?

El aludido miró hacia el suelo, lleno de ira y vergüenza. Alzó los ojos, impasible. Skarrion vio dolor en ellos.

—Aun así —dijo Nara—, el pobre se ha vuelto loco por mí… ¡Me ama! Pero nunca podrá tenerme de nuevo… —Su rostro se crispó en una expresión de asco y desprecio—. ¡Nunca tomaría a un *medio hombre*!

Los músculos del eunuco se crisparon y el sufrimiento y la amargura de sus ojos cobraron intensidad. Pero continuó impasible.

—Ahora te muestras díscolo, bárbaro —dijo la emperatriz, en tono suave y firme—, pero te acabaré domando, por las buenas o mediante la tortura. Los hombres sois todos unos animales predecibles y os conozco bien. ¿Acaso no me crees?

Skarrion continuó silencioso. Nara se sentó en el borde de la cama.

—¡Bombyane, vete y déjame a solas con el extranjero!

El eunuco tocó el pecho de Skarrion con su hacha.

—Trátala bien, bárbaro o te destrozaré yo mismo.

—Es verdad —dijo Skarrion—. Estás enamorado de ella.

—Trátala bien —repitió el eunuco.

—Guarda cuidado. La trataré tal y como se merece.

Bombyane le miró con dureza durante algunos latidos más, pero no replicó. Atravesó la cortina gaseosa y salió, cerrando de nuevo con un portazo.

La emperatriz y el extranjero quedaron solos.

—Harás todo lo que yo te ordene y tal y como yo te lo ordene —dijo Nara.

—No soy una ramera.

—Serás *mi* ramera. Y si no te esfuerzas por complacerme se te castigará con el látigo o te haré marcar al fuego.

Skarrion quedó inmóvil durante algún tiempo, pero al final dejó caer los hombros. Contempló el cuerpo magnífico de la emperatriz.

—Al parecer, no me queda otra opción que la obediencia absoluta.

Nara rio, alegre, y palmeó el lecho.

—Ven aquí y túmbate, pero no me toques con las manos. Para empezar, te ataré y te usaré como a un juguete. Nunca había usado para mi placer a un hombre de piel clara, así que ahora veremos qué tal te portas. Vamos, ven, bestia hermosa de ojos azules, creo que lo pasaré muy bien contigo.

Skarrion obedeció, sonriendo como un canalla. Nara se tumbó de nuevo, cruzando sus piernas largas y bellas y entrecerrando los ojos. Skarrion apoyó una rodilla en la piel de pantera y ella se incorporó y le acarició el pecho, arañándole suavemente la cara con las uñas de la mano derecha.

—En cierto modo me has decepcionado. La primera vez que te contemplé vi en ti algo animal y cruel que me intrigó. Te creía más difícil, pero ahora comprendo que no eres otra cosa que un cordero con piel de lobo.

Skarrion dejó de sonreír.

Le tapó la boca con una mano y con la otra aferró las dos muñecas, apresándolas entre sus dedos y manteniéndolas inmóviles contra la espalda de la mujer. Ella trató de liberarse, pero Skarrion aplastó sus muslos entre los suyos propios y tiró de las muñecas hacia arriba, logrando que los brazos de Nara se acercaran a una posición innatural. Ella quiso chillar de dolor, pero tenía la boca tapada por aquella manaza. Trató de morderlo, pero Skarrion clavó los dedos en sus mejillas, hasta que los ojos de Nara se llenaron de lágrimas a causa del dolor y ella dejó de forcejear.

Miró a Skarrion y contempló un rostro que desconocía la misericordia. Nara se sintió pequeña y débil, atrapada por aquel loco impredecible; por primera vez desde hacía mucho, sintió miedo.

—Si gritas te mato —advirtió Skarrion.

Soltó la boca de la mujer y la agarró del cuello. Ella abrió los labios para pedir ayuda, pero el hombre aplastó su garganta y a Nara le faltó la respiración y tosió de forma agónica.

—¡No me mates, por favor! —jadeó, con el rostro brillante por las lágrimas.

—No grites.

Los dedos aflojaron su presa, pero no soltaron el cuello de la emperatriz.

—Te van a hacer pedazos por esto —gimió ella, incrédula—. Nunca me han desobedecido ni tratado de esta forma… ¿Acaso no temes a las torturas ni a la muerte?

Skarrion no contestó. Se volvió hacia Indumi. El leopardo se revolvía y paseaba hasta los límites que marcaban su cadena, gruñendo con inquietud. Skarrion miró en derredor, inspeccionando la estancia.

—¿Adónde conduce esa ventana?

Se refería a un gran rectángulo, en una de las cuatro paredes. Estaba tapado por una persiana de tiras de madera que dejaba pasar la luz lunar en forma de haces horizontales.

—Al murallón sur del palacio —respondió Nara—. Pero solo un mono conseguiría descolgarse por su fachada de piedra.

—Yo lo conseguiré.

—Aunque lo lograras, habría patrullas de la guardia por todas partes…

—¿Dónde hay una cuerda o un cordón? —preguntó Skarrion, buscando con la mirada.

—¡Me vas a atar! —exclamó ella, horrorizada.

Skarrion la levantó de la cama, aún sujetándola por las muñecas, pero Nara hubo de agacharse, pues él tiraba de sus brazos hacia arriba. A los traspiés, la llevó hasta un arcón abierto. Por el borde asomaban sedas y telas variadas.

—¡No me mates, por favor! —gimió la emperatriz.

Skarrion la agarró por el pelo y de un tirón la obligó a mirarle a los ojos. Nara hizo un esfuerzo y contuvo el chillido de dolor. Aquel brillo asesino en los ojos de su captor secó su garganta de golpe.

—Cállate.

Nara tembló, asustadísima, pero no dijo nada.

Sin liberarla, Skarrion agarró unas cuantas sedas y ató las muñecas y los brazos de la emperatriz.

—Por favor, suéltame… Escúchame, yo puedo ayudarte, puedo perdonártelo todo si me sueltas. De otro modo, acabarán matándote en cuanto salgas de este palacio.

—Quizás no… —respondió Skarrion, pensativo—. Si logró huir de la ciudad podré escabullirme entre los poblados y los ejércitos… Tal vez llegue hasta territorio nacu o itemba, y de ahí, al norte lejano… ¡Pero estoy hablando demasiado!

Skarrion la agarró del pelo y tapó su boca. La llevó a tirones hasta

la cama, donde la arrojó. La emperatriz se revolvía como una alimaña furiosa, pero él la agarró de un pie, la atrajo hacia sí y le ató los tobillos y los muslos.

Mientras, el leopardo rugía enojado, aunque sin comprender nada de lo que estaba sucediendo.

Skarrion metió en la boca de la emperatriz una bola de seda e hizo una mordaza con un nuevo pañuelo, que anudó en torno a la cabeza. Con otro jirón de aquella tela resistente unió las piernas y la cintura a los tocones de plomo bajo el colchón, las bases de aquella cama. La emperatriz no podía huir, ni gritar, ni siquiera mover un brazo.

Skarrion la dejó allí y agarró un vestido de los muchos en el arcón. Estaba hecho de cuero muy suave, así que consiguió desgarrarlo y anudó un gran pedazo en torno a su cadera desnuda, como un improvisado taparrabos. Lo aseguró con un tahalí, hallado también en el baúl.

Con toda la rapidez posible confeccionó, usando muchas más sedas, una cuerda estrafalaria y multicolor. Nara observaba su quehacer, asesinándole mil veces con la mirada, e Indumi también le contemplaba, con sus ojos amarillos muy abiertos, soltando gruñidos cada dos por tres.

Skarrion no encontró cuchillos ni arma alguna en toda la estancia, así que una vez fuera tendría que valerse contra todo posible enemigo con los puños, la cabeza, los codos, las rodillas y los pies. Subió la persiana y echó un vistazo al exterior, dejando que el aire suave de la noche lamiera su rostro.

Estudió la fachada del palacio. Aunque el edificio tenía forma de tubo, debido a su tamaño gigantesco veía la sección de muro debajo de él como una pared un poco ovalada. La caída sin duda era letal. Vio el falso techo que rodeaba la construcción, sostenido por las columnas de oro. Después, se encontraba la escalinata de cincuenta escalones graníticos. Allí abajo había una pareja de soldados, quizás la guardia nocturna, convertidos por la altura en meros insectos.

Pasado el palacio se extendía Mancumi, la capital, bajando como un laberinto de chozas y cabañas hasta la más inmediata de las siete murallas concéntricas.

Aunque lograra salir del perímetro palaciego, Skarrion tendría que orientarse a través de esas calles y después salvar, uno tras otro, los murallones vigilados por celosos guerreros. Sabía que los unzas eran disciplinados, así que desechó la posibilidad de hallar centinelas dormidos en sus puestos. Por si eso fuera poco, los vigías cubrían toda la falda montañosa, distribuidos de manera aleatoria entre las rocas y las cuevas. Y en la propia sabana se levantaban los barracones cuadrados de los regimientos Leones… Consiguió distinguir el contorno de algunos de esos edificios lejanos, rodeados de chispitas

amarillentas, las hogueras en torno a las cuales los soldados estarían ahora charlando o comiendo.

Si rebasaba todos esos obstáculos le esperaba la llanura salpicada de aldeas y pueblos, una planicie que terminaba por el sur bajo una línea baja y negra.

Parecía una huida imposible, pero había cometido ya tantas locuras en su vida que desechó el miedo y se decidió por la acción.

Volvió dentro de la sala y cogió un pesado pie de brasero, de bronce macizo y más alto que el ancho de la ventana; anudó en su cuerpo tubular la cuerda improvisada. Nara le miraba hacer y ahora su miedo iba convirtiéndose en ira, una cólera glacial que tramaba mil y una venganzas.

Al verla, Skarrion pensó que ahora podrían estar ella y él gozando y sudando sobre las mantas; pero en lugar de ello tendría que descolgarse como un mono por la fachada del palacio. Se arrepintió con cierta amargura de sus locos arrebatos de ira. Pero el mal ya estaba hecho, así que se concentró en lo inmediato, en huir.

Indumi emitió un rugido escalofriante y Skarrion se preguntó cuánto tardaría Bombyane en llegar, extrañado por los bramidos del leopardo.

Alzó la persiana y colocó el tubo broncíneo contra la pared, casi perpendicular a la ventana. Dejó caer la cuerda, que movida por la brisa parecía una serpiente multicolor. Skarrion pasó su cuerpo por el hueco, sin soltar la cuerda improvisada. Su propio peso afirmó el pie de bronce contra la pared; al ser más largo que la altura de la ventana, con mucha suerte ninguno de sus extremos escaparía por el hueco.

Comenzó a descolgarse, esperando en cualquier momento el desgarrón de la tela, la caída y el impacto fatal contra el fondo. Al mirar hacia arriba vio la fachada, subiendo hasta una cornisa enorme. Encima de ella divisó el brillo suave del marfil, la cúpula del palacio; después, solo había un mar de estrellas y la oscuridad infinita.

Descendía veloz, a saltos cortos. Se reprendió por no haberse envuelto los pies en tela o cuero, pues no tardó mucho en despellejarse las plantas y dejar marcas de sangre en la piedra. Miró hacia abajo. La cuerda pronto se acabaría y a él le quedarían al menos cuarenta pies de altura hasta el techo del soportal columnado. La fachada parecía difícil para bajarla a mano, aunque había arrugas y pequeñas grietas donde meter los dedos. Como de costumbre, se dijo que una vez más iba a conseguir lo que se había propuesto, a pesar de todas las dificultades que hubiera de aplastar por el camino.

Al acabarse la cuerda empezó la parte más ardua de la bajada, pues debía introducir la punta de los dedos de las manos y los pies en hendiduras estrechas, apoyando las yemas en salientes diminutos, cortándose a veces. La sangre corría sobre las manos y las muñecas,

obligándole a apretar los dedos contra la piedra para no resbalar y caerse de una vez por todas. Sentía los antebrazos, hombros, muslos y gemelos a punto de estallar

Miró hacia abajo y decidió que iba saltar, pues sus miembros doloridos ya no podían sostenerle. La caída parecía espantosa… ¿Ocho…, diez pies, quizá? Intentó mantener la sangre fría y no dejarse llevar por el miedo, pues sabía que desde cualquier altura la distancia parecía el doble de grande.

Se soltó de la pared. Su corpachón quedó colgado del vacío durante una breve eternidad y aterrizó de pie y relajado. Flexionó las piernas, rodó para minimizar el impacto y quedó tirado sobre la piedra durante muchos latidos, en posición fetal. Todo su cuerpo —en especial las plantas de los pies— vibraba con un dolor agónico. Pero poco a poco fue cesando el sufrimiento y se levantó con cuidado, comprobando que no tenía ningún hueso o articulación dañados. Sentía un zumbido persistente entre las dos orejas, pero podía moverse con naturalidad.

Se arrastró sobre el falso tejado y asomó la cabeza por el borde, descubriendo otra caída, soportable, hasta el nuevo fondo. Después tendría por delante las escaleras graníticas. No vio centinelas, cosa sorprendente porque le parecía imposible que no hubiesen oído el impacto de su cuerpo al aterrizar en la piedra. Pero a veces lo increíble sucedía. Pensó que tal vez los guardianes estuvieran en el interior de la arcada y por eso aún no podía verlos.

No había llegado hasta allí para echarse atrás, así que se descolgó por la cornisa hasta llegar a otra inferior. Volvió a tumbarse y asomar la cabeza. Dentro de la arcada sostenida por las columnas de oro no vio a ningún unza; tampoco los vio en la escalinata ni sus alrededores. El lugar estaba desierto.

Aunque aquello le parecía extraño, se colgó de las manos y se dejó caer. El impacto volvió a arrancarle el aliento, pero no fue tan doloroso como el anterior.

Ahora sí pudo verlos, un guerrero escondido detrás de cada columna. Habían estado inmóviles, esperándole, y Skarrion cayó en su trampa.

Corrieron hacia él. Llevaban puestos taparrabos que no ofrecían distinción alguna, pero por su delgadez y velocidad, parecían Leopardos. No emitieron un solo grito. Sonaron más pisadas veloces y Skarrion vio llegar desde las profundidades del soportal otro grupo de guerreros, los cuales sí llevaban taparrabos y bandas craneales de piel amarilla y negra y penachos blancos en torno a las rodillas. Tanto unos como otros empuñaban mazas con la cabeza envuelta en trapos. Querían reducirle, no matarle.

Skarrion no estaba dispuesto a dejarse atrapar de nuevo. Se lanzó

sobre los primeros que llegaban, abriéndose paso a fuerza de patadas y puñetazos. Sus nudillos ya estaban haciendo volar dientes y fracturando costillas, su frente rompió una nariz y hundió la rodilla en un abdomen. Pero los Leopardos se le echaron encima y le llovieron golpes de maza, hasta que en un momento indeterminado perdió el conocimiento.

4

Sintió agua fría en su cara y despertó de golpe.

Se levantó de un brinco, resoplando, con los puños bien cerrados y las piernas un tanto flexionadas, dispuesto a seguir peleando. Le ardía el cuerpo a causa de los muchos golpes que había recibido, pero estaba alerta y lleno de energía.

No estaba rodeado de enemigos, ni tampoco se encontraba en el exterior del palacio imperial, sino en una sala pequeña, sin muebles ni ornamentos, construida con bloques de piedra gris e iluminada por un hachón sostenido en un asa metálica, introducida a su vez en un hueco de la pared. Había una sola puerta de madera, medio abierta, y fuera se adivinaba un pasillo rocoso. Vio unos pocos guerreros Leopardos en el exterior. Uno de ellos le miró con odio; tenía la mejilla derecha abultada, morada y brillante.

Skarrion se concentró en el otro hombre que había en la pequeña sala, el hombre que en ese momento arrojaba el cubo vacío a un rincón.

Era un Leopardo alto, delgado pero musculoso. Vestía el taparrabos de piel, la banda craneal, penachos de plumas blancas en codos y rodillas y aros dorados en las muñecas y los tobillos. Rondaría los cuarenta años, pero si bien otros unzas de su edad ya criaban grasa, este parecía tan fuerte y ágil como un muchacho en busca de su primer combate. Sus facciones no eran sobresalientes, pero en sus ojos negros había un brillo astuto y peligroso, el de quien ha visto mucho y poco de ello apacible. Sin embargo, su boca parecía bien dispuesta para la sonrisa sardónica, como si gozara de un sentido del humor afilado y mordaz. Todo en él era relajación, pero esa tranquilidad resultaba engañosa, pues se parecía demasiado a la calma de un felino que acechara a su presa.

Skarrion se echó un vistazo a sí mismo. Aún vestía el ya desgarrado taparrabos que él mismo confeccionara en la habitación de la emperatriz y el tahalí de cuero. Estaba sucio de sangre y sudor, tenía los pies y las manos magullados y el cuerpo salpicado de hinchazones oscuras.

Miró a su anfitrión y bajó poco a poco los puños. Pero no los abrió.

—Te recuerdo —dijo—. La noche en que me echaron encima esas grandes arañas venenosas estabas junto al emperador y la emperatriz, así que debes de ser el general supremo de los Leopardos. Noté que me observas con interés.

—Buena memoria —contestó el Leopardo—. Mi nombre es Ntomi Mkte. Y tú eres Skarrion Gunthar, del lejano país de Shakark…, aunque prefiero llamarte *Colmillo de León*. Como verás, yo también tengo buena memoria.

Se sentó frente a Skarrion, en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda recta. Con una mano invitó al extranjero a hacer lo mismo. Skarrion le imitó. Se observaron en silencio.

—Me tendiste una trampa cuando escapaba del palacio —dijo Skarrion—. Sin duda, uno de tus centinelas me vería salir por la ventana y descolgarme, agarrado a esa estúpida escala de seda coloreada.

—Vigilábamos los aposentos de la emperatriz desde hacía días. Mis espías ya me habían dicho que tu cuerpo no fue enterrado en la fosa de los criminales, como sucedió con los otros condenados, y que estabas en poder de las brujas, las cuales a su vez sirven a Nara. Ya antes, cuando se te sometió al juicio de las Damas de la Noche, comprendí que ella en el fondo te deseaba en su lecho. Toda la nación está al corriente de que a Nara le gustan demasiado los hombres; y ella no iba a dejar escapar un bocado exótico.

Skarrion no dijo nada, así que Ntomi continuó:

—Pero también sospeché, al ver tus reacciones en el palacio y comprender que eres de los que no aceptan la cadena con facilidad, que tal vez intentaras algún tipo de locura, como escapar de la emperatriz, así que coloqué centinelas escogidos en torno a la fachada del Palacio Real, así como en los pasillos cercanos a los aposentos de la emperatriz. Vigilaron con paciencia y la espera dio sus frutos.

—Todo un carácter, vuestra emperatriz.

Ntomi soltó una carcajada. Se volvió, aún sonriendo, y gritó algo en lengua unza.

Uno de sus hombres entró. Era el de la mejilla hinchada que viera poco antes. Le echó a Skarrion una mirada venenosa y en respuesta el shakark le sonrió con crueldad. El general Leopardo dijo algo en tono imperativo y al cabo de poco aquel mismo soldado volvía con dos jarras de cerámica, llenas hasta los bordes de cerveza ishankita. Ntomi dio una última orden y el guerrero se marchó y cerró la puerta.

—No es bueno conversar con la garganta seca —dijo el general, volviendo a usar el ishankita común.

—Bebe tú primero de mi jarra, y después de la tuya.

—Eres desconfiado, Colmillo de León.

—Sigo vivo.

Ntomi bebió de las dos jarras y tragó con placer.

—¡Una cerveza estupenda!

Skarrion se metió un buen trago entre pecho y espalda.

—¿No temes que intente huir? —preguntó—. ¿O que te convierta

en mi rehén?

—¿Y adónde irías? ¿Saldrías a ese pasillo para que mis hombres tarde o temprano te ensartaran en sus lanzas? Eso, sin contar que primero tendrías que pasar por encima de mi cadáver y tal cosa te iba a resultar imposible.

—Eso dices tú.

—Te considero impulsivo, quizás algo loco, pero no un simple necio. Deseas vivir y eres un mercenario, así que te ofrezco una misión.

—Sigue hablando.

—Entonces, aceptas.

—Solo he dicho que sigas hablando.

Ntomi sonrió con dureza y bebió de nuevo.

—Te contaré una historia… Hace años, Nabulama, nuestro gobernante, presentaba un aspecto muy distinto del que ahora tiene. Era el más bravo de los Toros, el más bravo de todos los guerreros unzas. Dirigía nuestros ejércitos hacia el enemigo sin compasión y sin dudas, nos ofrecía guerra y victorias y lavábamos con frecuencia nuestras azagayas en sangre.

Tomó otro sorbo, sin apartar la mirada de Skarrion, que a su vez también le estudiaba, impasible. Ntomi siguió hablando:

—Como iba diciendo, el joven rey Nabulama guio a su pueblo por la senda gloriosa de los unzas…

»El Imperio se expandía e incluso hubo quien llamó a Nabulama *el Segundo Nombi*. Además de su inteligencia y decisión, el rey empuñaba la Maza Sagrada, como hicieran los antiguos emperadores, y la blandía en la vanguardia de sus ejércitos, poseído por la furia mágica que da este arma, el arma de los héroes.

»Debo hablarte de la Maza Sagrada… Siete Dedos me contó que viste la estatua de Nombi, el Gran Elefante, el primer emperador de los unzas.

Skarrion recordó la efigie de hierro en la entrada del palacio, representando a un guerrero victorioso, encumbrado sobre los cadáveres de sus enemigos. La figura empuñaba una maza bella y contundente, de cabeza esférica.

Asintió con lentitud.

Ntomi dijo:

—En el pasado remoto , Nombi, el Gran Elefante, nuestro primer emperador, observaba el cielo durante una noche sin nubes. Aquel día su ejército había vencido otra vez y por lo tanto se sentía muy complacido… Las leyendas dicen que esa noche vio caer una estrella, un cuerpo brillante seguido de una estela luminosa, que impactó más allá del horizonte.

»Llevado por el deseo de hacerse con esa estrella caída, Nombi

recorrió las llanuras junto a sus tropas y al fin, muy al oeste, en una tierra triste y yerma, halló un cráter vastísimo, gigantesco, en cuyo fondo encontró un pedazo de metal desconocido, de un tono azulado y suave. Nombi mandó forjar a partir de esta estrella caída un arma. Una maza.

»En el futuro nunca se separaría de ella, pues estaba convencido de que ese arma hacía invencible en la lucha a quien la empuñara.

»Con el correr de los siglos, la Maza pasó de emperador a emperador. Quien la usaba cosechaba victorias y quien la temía y la guardaba sufría derrotas y humillaciones.

»Nuestro actual emperador, Nabulama, también empuñó la Maza y conoció la victoria. Pero aunque fiero en la guerra, se mostraba débil en otros asuntos…

»Una de sus concubinas, una mujer bellísima y ambiciosa, le robó el corazón y le convirtió, aun siendo el hombre más poderoso de Ishanki, en su esclavo. Se llamaba Nara.

»Esta mujer temible influía sobre cada decisión que tomaba nuestro Nabulama, el cual solo prestaba oídos a sus palabras y desechaba las de los consejeros y los amigos. Y por fin se casó con ella, convirtiéndola así en emperatriz. Esto es inusual para las costumbres unzas, puesto que no solo ella misma, sino también todos los hijos de una esposa legal, obtienen el derecho de sucesión. No ocurre así con los hijos de las concubinas, que oficialmente son bastardos sin padre reconocido; pero el gobernante puede elegir de entre estos últimos al que tomará su relevo en el trono. Ahora bien, si existen hijos de una esposa legal, ningún otro tiene derecho al trono.

»Al desposarse con Nara, Nabulama depositaba el poder de la nación en los hijos de esta mujer.

—Sospecho que de tal matrimonio no ha nacido aún ningún niño —intervino Skarrion.

—En efecto. Nabulama ha tenido hijos con sus amantes, pero no con Nara. Puede que la emperatriz sea estéril o bien que, aplicando métodos conocidos por cualquier mujer unza adulta, ponga los medios para no quedar preñada. Creo que se trata de esto último… Parece como si en el fondo Nara odiase a todo nuestro pueblo y deseara estancar la línea real. Si los emperadores no tienen descendientes, tras su muerte habrá guerras civiles a causa del vacío de poder; esas contiendas nos destrozarían, serían una debilidad aprovechable para nuestros muchos enemigos. Es necesario que Nabulama tenga hijos o que se recupere la Maza Sagrada, pues quien la empuñe gobernará sin discusiones sobre los unzas.

—¿Que se recupere? ¿Acaso se ha perdido?

Ntomi asintió y respiró fuerte.

—En efecto, se ha perdido. Una noche entró un espíritu en el

Palacio Real y robó la Maza Sagrada, siempre cercana al rey.

—¿Un espíritu? —se extrañó Skarrion.

—Según el propio Nabulama, era una criatura espectral que se materializó ante él, entre nubes de humo. Tenía piel de ave, felino y antílope, y estaba dotado de vivos colores y de un rostro diabólico. El monstruo le habló en tono profundo, augurándole un destino horrible para el imperio, y Nabulama, que es muy supersticioso, se quedó helado de miedo junto a su esposa, también aterrorizada. El espectro lanzó unos polvos sobre el rey y Nabulama perdió el conocimiento.

»Por la mañana la Maza ya no estaba en su cuarto. Había desaparecido. Nara le contó que el demonio tomó el arma y desapareció en el aire, y que acto seguido ella también perdió el conocimiento.

Skarrion se acarició el mentón, reflexionando.

—¿Conoces las mazmorras donde la emperatriz lleva a sus prisioneros? —preguntó.

—Sé que existen, pero no las conozco. Nara no permite a nadie que no sea de su confianza que las visite, y en mí no confía.

—Estuve metido allí durante ocho días, mientras me recuperaba del veneno de las arañas. Pasado ese tiempo, Bombyane, el eunuco de la emperatriz, me sacó de ellas. Pero en una de las celdas vi un extraño cadáver, ya seco y descarnado. Vestía un disfraz estrafalario, hecho de plumas verdes y rojas, pieles de felinos y antílopes y una máscara demoníaca.

Ntomi le miró impasible, pero sus ojos se abrieron mucho y se incendiaron de cólera.

—Fue un hombre y no un espíritu quien os robó la Maza Sagrada —dijo Skarrion.

—Un hombre al que Nara permitió esa noche la entrada en el cuarto real y al que también facilitó la salida. Todo encaja. A ella le convenía que la Maza desapareciera porque es el símbolo del poder de los unzas.

Skarrion no respondió y Ntomi hizo una mueca de asco y disgusto. Dijo:

—Tras el robo, Nabulama cayó en la desesperanza que aún hoy sufre. Se dedicó todavía más a su mujer, adorándola como un perro en celo. Nara le tiene en un puño y le desprecia delante de todos. Es ella quien de verdad manda en nuestra nación.

»Y nos ha traído la catástrofe, pues desde hace años no nos expandimos y los pueblos que antes se nos sometían comienzan por el contrario a avanzar, preparándose para el ataque definitivo. Sigo pensando que Nara busca la ruina de su propio país. Odia a los unzas y desconozco la razón.

»A su lado, Nabulama se ha transformado en un ser débil, se culpa

a sí mismo de los males que nos aquejan y se muere poco a poco. Nara ha desplegado todas sus artimañas y energías, que no son pocas, y aparta o elimina a todas las concubinas y a sus hijos bastardos. No tolera rivales en su camino hacia el poder absoluto.

»Las brujas son sus únicas amigas. En sus espectáculos diabólicos caen en trance y eligen a los *poseídos por los malos espíritus*; así, Nara puede exterminar a quienes se le oponen. Nadie está a salvo de su maldad.

—Si Nabulama muriese Nara se haría cargo del trono —dijo Skarrion.

—Cierto, pero podría aparecer algún aspirante y se produciría una guerra civil. Tal vez ni siquiera hubiese lucha y la emperatriz fuese destronada sin necesidad de sangre, porque los unzas están hartos de ella y se mantiene arriba solo gracias al peso de nuestras férreas tradiciones y al apoyo incondicional de su esposo.

—¿Quién es el candidato con mayores posibilidades de subir al trono?

—Yo —respondió Ntomi—. Mi red de espías es poderosa y sé que los otros generales se apartarían o incluso me apoyarían. Habría problemas, por su puesto, pero podría solucionarlos con facilidad.

Skarrion clavó su mirada en Ntomi.

—Entonces… ¿Por qué no haces matar al rey para ocupar su puesto?

Los ojos del unza ardieron y su rostro se endureció.

—Nabulama es mi hermano mayor. Nació corpulento y yo esbelto. Se convirtió en Toro y yo en Leopardo. Él es emperador y yo general, pero no levantaré mi acero contra él por mucho que haya cambiado, ni permitiré tampoco que nadie intente acabar con su vida.

—Entiendo. ¿Y qué me dices de matar a Nara?

—Eso mataría también a Nabulama. La ama con locura, de manera enfermiza.

—No es tan extraño. Esa mujer es fascinante, arrebatadora y atractiva hasta la locura, y además tiene una voluntad de hierro. Es como un dulce veneno para cualquier hombre… Bien, así pues, ¿cuál es la solución para tu pueblo?

—He meditado mucho sobre este tema y solo encuentro una salida: recuperar la Maza Sagrada.

Skarrion permaneció callado. Sonrió, artero.

—Y para eso me necesitas a mí. Ahora comprendo por qué estoy vivo.

—Tu mente es ágil, Colmillo de León. Con la Maza de nuevo en sus manos, sospecho que Nabulama recuperaría la fuerza perdida y quizás hasta le abriera los ojos y le hiciese cambiar de parecer respecto a su esposa.

—Depositas muchas esperanzas en un objeto.

—Es el símbolo de los unzas. Empuñándola, Nombi creó un imperio y sus sucesores lo extendieron. Se forjó a partir de una estrella caída y es más, mucho más, que una simple arma. Si la hubieras visto lo entenderías.

—¿Sabes dónde se encuentra?

—Al poco del robo mis informadores en las llanuras del oeste me hablaron acerca de un pequeño grupo de guerreros quianus, y no unzas, que viajaban hacia las fronteras occidentales del Imperio. Nadie pudo tocarlos porque tenían el sello de la emperatriz. Por supuesto, el emperador nada sabía acerca de esta comitiva y yo tampoco se lo comenté. El líder del grupo quianu llevaba un bulto misterioso, no muy grande, cubierto con mantas espesas.

—Ese bulto era la Maza Sagrada.

—Yo también lo creo. Los quianus salieron del Imperio y cruzaron Las Dos Manos, una pequeña pero alta cordillera montañosa. Más allá existe un lugar llamado el Valle del Demonio. Se trata en realidad del cráter provocado por el impacto de la estrella caída, con cuyo metal se forjó la Maza.

»Nombi, por razones que nadie conoce y tras dar forma al Arma, maldijo ese valle y prohibió a todos los unzas entrar en él. Es un paraje sagrado y ninguno de mi pueblo puede pisarlo. Nuestros ejércitos lo evitan y aquellos de nosotros que osaron romper el tabú fueron ejecutados, ellos y sus familias. Se dice que Nombi fue, además de guerrero y estratega, un brujo temible… La mala suerte cae sobre cualquier unza que pise el Valle del Demonio.

Ntomi sonrió con astucia.

—Y ahora dime, Colmillo de León: si tuvieras que esconder el objeto que más aprecian los unzas, ¿dónde lo llevarías?

—Allá donde los unzas no puedan entrar. En ese… Valle del Demonio.

—No eres un necio. Ya lo sospechaba antes y ahora estoy seguro. Los quianus entraron en el Valle del Demonio y a los pocos días salieron de él, pero su líder ya no tenía el bulto envuelto en mantas. En el camino de vuelta a Mancumi un destacamento de guerreros Leones los atacó y los diezmó.

—¿Los enviaste tú?

—Por supuesto que no. Esos quianus tenían el sello de la emperatriz, así que eran intocables. Fue la propia Nara quien mandó a esos Leones porque no le convenía que sus sicarios quianus siguieran vivos. Sabían demasiado.

—Hizo lo mismo que con el *espíritu* que robó la Maza Sagrada —dijo Skarrion—. Quizás a esos hombres también les prometió grandes recompensas por sus servicios, como a él. Pero el pago fue la muerte.

—Así debió ocurrir. Pero mi mano llega a todas partes y uno de tales quianus cayó en las garras de mis hombres antes de ser ejecutado por los Leones. Le torturamos y nos confesó el lugar exacto donde dejaron la Maza: una cueva en un pico muy determinado del Valle del Demonio. La guarida de una bruja.

»La magia de esta hechicera debe ser poderosa porque los habitantes del valle la temen y le ofrecen regalos para mantenerla calmada. Ahora, además, tiene la Maza. Se la conoce por Niloba, *La Que Habla Con La Luna*. El quianu interrogado contó que su cuerpo es hermoso, pero lleva siempre el rostro cubierto por una máscara… La leyenda dice que quien vea su cara enloquecerá de puro horror. Antes de que muriese, obtuvimos del prisionero un mapa que describe la ubicación exacta del cubil de la bruja.

Esta vez fue Skarrion quien sonrió con astucia.

—Ahora entiendo por qué sigo vivo. Tú quieres que yo vaya hasta ese lugar, le quite a la hechicera la Maza Sagrada y después vuelva y te la entregue.

Ntomi no respondió, pero su sonrisa lo dijo todo.

Skarrion frunció el ceño.

—¿Y si ese quianu os hubiese mentido? —dijo—. ¿Y si no existiera la tal Niloba y hubiesen arrojado la Maza, por ejemplo, al fondo de un lago?

—Los unzas conocemos el arte de la tortura y yo mismo presencié el interrogatorio. Además, se le obligó a ingerir ciertas drogas antes de morir, bajo cuyos efectos solo puede contarse la verdad. Te aseguro que ese hombre no mintió.

—¿Por qué no habéis utilizado ya un agente que no sea unza para traeros la Maza? Tenéis muchos vasallos y esclavos itembas, nacus e incluso quianus. Ellos sí pueden entrar en el Valle del Demonio.

—Todos nuestros súbditos nos odian. Sería demasiado peligroso para nosotros, y tentador para ellos, poner el Arma de la Victoria al alcance de un enemigo potencial. La Maza no es importante solo para los unzas; la profecía dice que el pueblo que la tenga ha de ser el dueño de Ishanki. Los unzas lo hemos sido mientras nuestros emperadores la han empuñado y quizás otro pueblo también lo consiguiera de tenerla en su poder. Necesitamos a un extranjero, alguien ajeno a las luchas tribales de nuestro continente.

—Alguien que también puede dársela a vuestros adversarios…

—¿Y qué te ofrecerían? ¿Oro? Los unzas tenemos tesoros que los demás ni siquiera imaginan. Somos los dueños de Ishanki. Paguen lo que paguen, siempre ofreceremos el doble. El triple.

—Ellos no me han agraviado, encerrado ni golpeado como lo habéis hecho vosotros —contestó Skarrion.

El Leopardo pronunció con lentitud las siguientes palabras:

—Si aún estás vivo, Colmillo de León, es solo porque así lo queremos. Porque yo así lo quiero.

Los ojos de Skarrion se endurecieron y de forma instintiva llevó una mano hacia la cadera; pero no tenía espada o puñal. Ntomi sonrió como un lobo.

—Puedes intentar matarme, bárbaro. Si lo consigues hay cincuenta guerreros tras esa puerta. Mátalos y te encontrarás con quinientos más. Destrúyelos y tendrás que luchar contra miles, en su propio terreno. No hay escapatoria.

»Pero si mantienes la cabeza fría te darás cuenta de que mi proposición te enriquecerá. Además, una vez que la hayas cumplido te dejaremos libre. Los unzas somos crueles con quienes se nos oponen, pero ninguno de los nuestros querrá mal para quien nos devuelva la Maza Sagrada. Todo lo contrario: serías una celebridad y como a tal se te trataría. Un maldito héroe.

»Pero si no colaboras con nosotros, simplemente morirás.

Skarrion levantó la barbilla y soltó el aire con fuerza. Logró calmarse, aunque la rabia todavía ardía en sus pupilas. Ntomi tomó un largo sorbo de su cerveza, con tranquilidad, luego dejó el recipiente en el suelo y dijo:

—Estás furioso. Me odias. Bien. Eso no me importa. No pretendo caerte simpático porque tengo un deber con mi pueblo, no contigo. Pero estoy seguro de que no eres estúpido y por tanto no deseas morir. Si me ayudas te haré rico, mercenario.

»Además, y esto lo digo de veras, te hubiese dado empleo en mis filas o te hubiera dejado partir si la emperatriz no hubiese ordenado someterte al juicio de las Damas de la Noche. Pero yo no puedo contradecir en voz alta a la emperatriz y mi lucha debe ser secreta. Al menos, por ahora. Si has de odiar a alguien, no me odies a mí, ni a mi pueblo. Ódiala a ella. Si te sirve de consuelo, yo también la odio.

—Sigue hablando acerca del Valle del Demonio —dijo Skarrion—. Y de esa bruja. Pero recuerda que aún no he aceptado tu proposición.

—Bien. Dado que ese lugar está prohibido para los unzas, nuestros enemigos más testarudos se refugian en sus cercanías y en sus profundidades. Son hordas de rebeldes peligrosos, aunque desorganizados. A quienes de verdad has de temer es a los imgwayos, los comedores de hombres. Antes que seres humanos parecen criaturas simiescas, bestias erguidas sobre dos patas. Devoran a los enemigos e incluso a sus propios muertos, pero la bruja Niloba les infunde tal miedo que no osan entrar en sus dominios.

»Otro pueblo al que debes evitar es el de los kazeles. No se conoce mucho acerca de ellos, salvo que viven en lo más hondo del valle y, aunque también bárbaros, son menos primitivos que los imgwayos. Pero quizás por ello sean más peligrosos.

»Tanto el propio valle como la cordillera de Las Dos Manos están infestados de animales extraños y algunos rumorean que incluso de criaturas sobrenaturales. Es una misión digna solo para alguien rápido, fuerte y astuto. Alguien como tú.

Skarrion guardó silencio y bebió cerveza. Parecía sopesar los pros y los contras del asunto.

—¿Cómo sé que no me matarás después de entregarte la Maza Sagrada? —preguntó al fin.

—No puedes saberlo. Pero mírame a los ojos… ¿crees que podría traicionarte?

Skarrion sonrió, mordaz.

—No me hace falta sondear en tus pupilas. Por supuesto que podrías traicionarme y lo harías sin que te temblara un solo dedo.

Ntomi se llevó una mano al pecho, con dolor fingido.

—¡Me ofendes! —Su expresión se agravó y le señaló con el índice —. ¿Y cómo sé *yo* que no cruzarías la cordillera de Las Dos Manos y el Valle del Demonio y después seguirías tu camino, despreocupándote de la misión? ¿Cómo sé que no te quedarías con la Maza una vez la hubieras recuperado, *olvidándote* de traérnosla?

—Todo depende de lo que me ofrezcas como premio.

—¿Oro? ¿Mujeres? ¿Poder?

—De todo eso ya he tenido un poco en esta vida. Es tentador, pero no suficiente.

—No sé cómo convencerte. Aunque tal vez esto te interese…

Rebuscó en una pequeña bolsa de cuero que colgaba de su taparrabos y sacó algo. Adelantó la mano cerrada y cuando la abrió Skarrion mantuvo el rostro impasible, aunque le traicionase el centelleo en sus ojos. Ntomi tenía en la palma un diamante azulado, tan grande como una uña. En sus diminutas facetas brillaba la luz de la antorcha.

—Es tuyo —dijo Ntomi—. Una pequeña compensación por todo el mal que te ha causado mi pueblo.

Skarrion lo tomó y lo contempló en silencio. Miró a Ntomi.

—¿Dónde lo has conseguido? En Ishanki no hay diamantes y las minas más cercanas se hallan muy al norte, más allá del Mar Medio.

—O en el sur…

—Lukumbia —dijo Skarrion.

Lukumbia, *El Paraíso*, *La Tierra prometida*, el vergel en el extremo meridional del mundo, país legendario que tenía las selvas más lujuriosas y las montañas más altas. Allí, los saurios gigantes hacían huir al elefante y al león. Era la patria de guerreros crueles y poderosos, de piel tan negra como los abismos de la noche, y tan majestuosos como árboles centenarios. Lukumbia era el objetivo y el sueño de todos los aventureros locos. Pero aunque muchos la habían

buscado, pocos entraron en ella y ninguno volvió con vida. Lukumbia, el límite meridional del mundo conocido, estaba rodeada al sur por un mar tormentoso que siempre tenía hambre de barcos, así que solo se podía llegar a ella por tierra. El camino pasaba por Ishanki, por Las Tierras del Silencio, un desierto tan vasto como letal, y por Los Colmillos del Dios, una cadena montañosa con fama de inexpugnable.

Y una vez en Lukumbia quedaban las fieras, los hombres hostiles y las criaturas sobrenaturales vomitadas desde sus rincones oscuros.

Igual que muchos otros aventureros, Skarrion quería pisar Lukumbia y descubrir sus maravillas. Lo deseaba con fuerza.

—¿Cómo obtuviste ese diamante? —preguntó.

—Mi padre nos llevó a Nabulama y a mí, cuando éramos niños, hasta la mítica Lukumbia. Conocía el camino, sabía a qué tribus pedir hospedaje y a cuáles evitar, conocía los senderos entre las montañas, la ruta que llevaba de un oasis a otro en Las Tierras del Silencio y los pasos adecuados de Los Colmillos del Dios…

Señaló el diamante.

—Lo encontré en una caverna de Lukumbia, en su frontera norteña. Desde ese pico contemplamos unas selvas de belleza majestuosa. Y también sentimos miedo, pues vimos unas bestias tremendas entre las copas de los árboles, los saurios gigantes, capaces de hacer temblar el suelo bajo sus patas y de robar el coraje hasta al más bravo.

—Dicen que quien entra allí desea quedarse para siempre.

—No fue nuestro caso. A pesar de la hermosura salvaje de Lukumbia nosotros volvimos al norte, pues ningún unza soporta que le separen de su patria.

»Durante años, los aventureros han llegado a nuestro territorio en busca de esa tierra de leyendas. A unos los matamos y a otros les dejamos pasar para que el desierto se encargue de ellos. Ninguno conocía la ruta correcta. Pero yo sí. Es un secreto de mi familia, bien guardado.

»Si nos devolvieras la Maza Sagrada yo te revelaría ese secreto. Eso te puede dar una idea de la importancia que tiene el Arma para nosotros.

Skarrion miró el diamante durante muchos latidos. Bebió un largo trago de cerveza y clavó sus ojos en Ntomi. Dijo:

—Sigue hablando.

5

Skarrion Gunthar cerró un ojo, tensó el arco y oyó el crujido de la cuerda al ser estirada. La hierba alta estorbaba su visión, pero también le ocultaba de su presa. El antílope bebía agua de una charca. Era un macho adulto, con el lomo pardusco moteado de negro y dos cuernos agudos y retorcidos emergiendo de su delgada cabeza. El sol golpeaba fuerte y Skarrion se había puesto una tira de tela sobre la frente, pero el sudor tenaz la rebasaba, caía sobre sus cejas y se le escurría por entre las pestañas. Pese a todo, permaneció inmóvil.

Se levantó y soltó la cuerda. El antílope alzó la testa cuando la flecha ya atravesaba el aire y se le acercaba como algo confuso y veloz. El proyectil alcanzó su pecho al tiempo que el animal saltaba, provocando una caída estruendosa en la orilla de la laguna. El animal intentó levantarse, pero una segunda flecha le atravesó por las costillas y se rindió a la muerte, chapoteando ya sin fuerzas. El hombre llegaba corriendo, empuñando el cuchillo para desollar.

No lo asó, pues no deseaba hacer fuego. Comenzaba a salir del territorio unza y una línea de humo podría delatar su situación a posibles enemigos. Aplastó a pedradas las tiras de carne para hacerlas asequibles a sus dientes y masticó con vigor, tragando la sangre y el jugo. Estaba acostumbrado a la vida a la intemperie y ya otras veces había comido animales crudos. Aquel antílope era fuerte y parecía sano; confiaba en que no le transmitiera ningún mal. Mientras comía, rodeado por la sabana, experimentó una sensación densa y caliente de salvajismo primitivo y permitió a su alma hundirse en ella.

Tras la comida guardó unas cuantas tajadas de carne en su faltriquera, limpió y afiló las dos flechas ensangrentadas, las metió en el carcaj que colgaba de su espalda y cerró la tapa. No se preocupó por los restos del antílope: los buitres y las hienas lo harían desaparecer.

Aquella noche, tras la conversación que mantuvieran en una discreta sala del Palacio Real de Mancumi, Ntomi le había devuelto el arco, la daga razhulli, la espada abhlia —ambas armas afiladas y aceitadas—, el coselete de cuero duro —habían cerrado las rajaduras producidas por el viejo león— y el cinto. Como su túnica quedó destrozada se le dio un taparrabos de piel de búfalo. Le dieron también un nuevo estuche para las flechas, con capacidad para treinta, de ante y forrado por dentro con cuero duro. Los unzas consideraban deshonroso el arco y sus proyectiles eran las lanzas y los cuchillos

arrojadizos, pero Skarrion no hizo caso de los comentarios despectivos de Ntomi sobre el arco; prefería una vida canallesca a una muerte honrosa y totalmente eludible.

Ntomi le aconsejó no calzar botas ni sandalias porque las llanuras estaban llenas de enemigos ocultos, tanto animales como humanos, y el crujido de la madera o el tejido duro en la tierra seca podía espantar a la presa o atraer al depredador de oído fino. Cuando en la noche no soplaba la más mínima brisa, el restallar de unas botas o sandalias se transmitía con claridad a través de los grandes espacios. Según contó Ntomi, siglos atrás, Nombi, el Gran Elefante, ordenó a sus ejércitos descalzarse para avanzar de manera más rápida y silenciosa.

Al segundo día de marcha Skarrion tenía secas las costras y las llagas y al tercero sus pies se habían endurecido tanto que sobre las plantas podría romper arenisca sin sufrir molestias.

Tenía una faltriquera nueva, que reposaba sobre la cadera derecha y estaba colgaba mediante un tahalí al hombro izquierdo. Dentro había útiles para pescar y hacer fuego, cuerda, lienzos para vendar, aguja e hilo de sutura y otros útiles para la vida del vagabundo.

Ntomi le dio también mapas de las llanuras, montañas y valles que Skarrion debería atravesar, trazados con sangre de cerdo, sobre pellejo seco de cabra.

Llevaba puestas sus queridas muñequeras de cuero duro y en la derecha, y por su parte interior, había una frase escrita en caracteres unzas, uno de los varios lemas secretos de los Leopardos: *Veloz como el viento, astuto como la sombra, afilado como el acero*. El lema era conocido solo por los miembros de este Cuerpo, a quienes en el momento de su inclusión se les obligaba a jurar que jamás lo desvelarían a nadie, ni siquiera a sus familiares y amigos íntimos. Ntomi le había transmitido el lema a Skarrion y por tanto ningún Leopardo le haría daño después de oírselo pronunciar.

Los Toros y los Leones también tenían sus dichos y rezos secretos, que ni el mismo Ntomi conocía, así que Skarrion debería mantenerse alejado de ellos.

En la misma muñequera de cuero y bajo la frase secreta de los Leopardos, había sido escrito el grito de guerra unza: *Matar Hasta Morir*.

Skarrion salió de Mancumi, la capital del imperio, encerrado en un barril en teoría lleno de cerveza, con destino a los barracones Leopardo de las llanuras cercanas a la ciudad. Los toneles fueron subidos a un carro tirado por bueyes. Bajaron la falda montañosa a través de un camino ancho, para los transportes de cierto peso. Cruzó las siete murallas concéntricas y al llegar a la llanura era ya madrugada…

…Y en esos mismos momentos, Bombyane descubría a la

emperatriz, atada y amordazada sobre su lecho. Durante el día siguiente Nara ordenó registrar la ciudad entera y mandó destacamentos guerreros hacia el norte. Skarrion le había dicho, antes de abandonarla, que huiría en tal dirección, pero había decidido mucho antes marchar hacia el sur; estaba seguro de que la emperatriz mordería el anzuelo y creería sus palabras, tomándole por un bárbaro estúpido y confiado.

El carro con toneles de cerveza, tirado por bueyes y escoltado por un grupo de Leopardos, viajó hacia el sur sin sufrir los rigores de ningún control, mientras por el norte se movía cielo y tierra en busca del extranjero.

El barril que ocupaba Skarrion era el más grande y aun así hubo de mantener el cuerpo encogido. Allí encerrado, doblado sobre sí mismo, sufriendo el traqueteo infernal del carro, maldijo en silencio, una y otra vez, a los Leopardos conductores del carro mientras les oía charlar, cantar canciones y trasegar con alegría la cerveza de los otros toneles.

Era de noche cuando el carro se detuvo. Abrieron el barril hueco y Skarrion salió a duras penas, sufriendo dolores intensos mientras desentumecía y estiraba su cuerpo vapuleado. Siete Dedos le sonreía zumbón desde el pescante. Ya no tenía aquel bulto descomunal sobre el ojo izquierdo, producido por el puñetazo que Skarrion le dio antes del juicio de las Damas de la Noche, pues los días se habían encargado de hacerlo desaparecer.

—Un viaje cómodo, ¿verdad, Colmillo de León?

—¿No podías haberme dejado salir antes, maldición? Ahora la luna está alta, así que sin duda hemos viajado durante todo el día y parte de la noche.

—Quizá podríamos haberte soltado hace dos o tres clepsidras… Pero me acordaba cada dos por tres del puñetazo que me diste en el salón real, hace nueve días.

Skarrion le miró con rabia.

—Anda, toma una cerveza. —Siete Dedos le tendió una jarra—. Así apaciguarás tus ánimos.

La sed venció al enojo y Skarrion bebió con placer.

—Lleva cuidado en tu viaje, Colmillo de León —le advirtió Siete Dedos.

Por la mirada que le echaban tanto él como sus hombres, Skarrion comprendió que, aun siendo unzas, famosos por despreciar el miedo, ninguno envidiaba su misión.

Skarrion eructó y le devolvió la jarra, ahora vacía.

—Volveré con vuestra maldita maza —contestó.

—Buena suerte.

—La suerte no existe —respondió Skarrion.

Los unzas alzaron sus cejas y miraron extrañados al loco forastero de piel clara y ojos azules.

Pero él ya se alejaba, andando a paso decidido, penetrando en la sabana nocturna.

Después de aquella noche, y hasta el momento, había caminado durante quince días hacia el este, evitando en lo posible los poblados unzas y sus temibles destacamentos. Aunque era avezado en el juego de viajar con discreción, en tres ocasiones fue descubierto por grupos dispersos de Leopardos. Skarrion no podía contarles que iba en busca de la Maza Sagrada, pero les dijo que el general Ntomi le había enviado en misión secreta hacia las tierras de las tribus bárbaras; por supuesto, desconfiaron, pero les recitó su lema secreto y ese argumento terminó por inclinarles, más que ningún otro, hacia la verdad de sus palabras. Al fin y al cabo, todos en el Imperio unza sabían que Ntomi Mkte no solo era un gran guerrero y general, sino un maestro de espías que tenía un agente en cada aldea y ciudad del Imperio unza…, y quizás este bárbaro fuera uno de ellos.

Cuanto más se acercaba a las fronteras del imperio mayor era el predominio de los Leopardos, en contraste con las pocas y dispersas huestes de los Toros. No había Leones en aquellas tierras lejanas porque su presencia se limitaba a Mancumi y sus alrededores.

La importancia de los Leopardos en los límites del imperio se debía a razones estratégicas: si eran atacados sus destacamentos, más veloces, podrían moverse de una a otra región con más fluidez. Por otro lado, en estas zonas no solían producirse batallas de importancia, sino escaramuzas ocasionales contra los rebeldes que se amparaban en la cordillera de Las Dos Manos. A pesar de que el poder unza había disminuido desde que desapareciera la Maza Sagrada, sus rivales todavía no osaban enfrentárseles en campo abierto. En estos pequeños combates y encontronazos la rapidez y flexibilidad de los Leopardos eran más prácticas que la contundencia y lentitud de los Toros. Además, en la frontera se necesitaban mensajeros veloces, capaces de llevar la información de un puesto al siguiente, hasta la misma capital del imperio si fuera necesario. Cada guerrero Leopardo era capaz de correr durante clepsidras bajo el sol implacable, resistiendo cuando el Toro ya hubiese desfallecido y el León tuviera que detenerse a menudo para descansar.

Skarrion había llegado muy lejos y ya podía contemplar la impresionante cordillera de Las Dos Manos, majestuosa bajo el sol. En algún lugar tras aquellas montañas estaba el Valle del Demonio, el cráter que formó la estrella caída con la que se forjó la Maza Sagrada.

La cordillera adoptaba la caprichosa forma de un par de manos con los dedos estirados, una mostrando la palma y la otra el dorso. Estaba compuesta, desde el sur al norte, por una elevación chata semejante a

un pulgar, después el índice, el medio, el anular y el meñique, estos dos casi iguales de altos; bajaba la línea montañosa de modo brusco y luego ascendía, creando la mano derecha: primero el pulgar tosco, luego un deformado índice picudo, el anular y, separado y muy chato, el meñique. A los costados de la cordillera y también entre algunos de sus dedos había montañitas grises y tímidas, tapizadas de vegetación oscura.

Skarrion se preguntó si bajo aquellas dos manos no estaría enterrado el resto del cuerpo, con los pies del dios sumergidos en el ardiente centro del mundo, o colgantes del abismo sobre los infiernos. Meneó la cabeza para sacarse aquellos temores supersticiosos.

Reanudó el camino, ahora más alerta, pues ya se sabía fuera del peligroso pero aun así predecible Imperio unza.

Viajó durante dos días más por la llanura.

Después, la sabana moría y el terreno iba haciéndose más arisco y pedregoso a medida que ascendía hacia las primeras faldas montañosas. Encontraba bosques a la sombra de las cañadas y dormía bajo los árboles más gruesos, despertando al percibir cualquier ruido sospechoso. El suelo iba combándose en altos y depresiones y tenía que subir y hasta escalar las primeras cuestas empinadas. El viento soplaba ya fresco y a veces abofeteaba su rostro y lo cortaba.

En la tercera jornada sobre terreno montañoso descubrió el poblado.

Había sido construido junto a la ribera de un río pequeño pero de caudal rápido. Cerca, había un bosque denso y oscuro de árboles bajos y gruesos.

La aldea estaba compuesta por unas veinte chozas de barro y troncos, casi todas desmoronadas, rodeadas por una empalizada. La población estaba envuelta en un silencio absoluto. La quietud de la muerte.

Incluso desde su puesto de observación, Skarrion vio cadáveres entre las cabañas, convertidos ya en pellejo y huesos, pues las hienas y los gusanos habían cumplido con su tarea. Algunas casas estaban ennegrecidas por el fuego, pero casi la mitad seguían en pie, con sus puertas cerradas. Por entre las rendijas de las paredes y el techo entraban y salían nubes de moscas, zumbando enérgicas, sintiéndose dueñas y señoras del lugar.

Skarrion puso una flecha en el arco y bajó con sigilo hasta la aldea. Descubrió puntas de azagaya clavadas en la madera de la empalizada, y tiradas por el suelo. No eran del tipo unza. Una vez dentro, vio más lanzas y también toscas mazas de piedra, junto a cráneos aplastados y

hechos pedazos. Skarrion podía adivinar sin dificultades lo ocurrido: en cinco o seis lugares los invasores superaron la empalizada y atacaron con el acero, la piedra y el fuego, tal vez asesinando a todos los habitantes.

Metió la flecha en el carcaj, se pasó el arco por encima de la cabeza y un hombro, desenvainó la daga y empuñó la espada, aunque sin sacarla aún de la funda.

Quedó inmóvil, escuchando con toda su atención. Abrió la puerta de la primera choza, empujándola con el pie de manera suave y controlada. Se apartó para dejar salir la nube de moscas. Skarrion tenía aguante, pero la fetidez que golpeó su nariz le mareó un poco. La peste espesa y dulzona de la putrefacción. Entró en aquellas tinieblas, desgarradas por la luz que filtraban las ventanas cegadas con tablones. Los insectos zumbaban furiosos a su alrededor. El calor era sofocante y rompió a sudar.

Había un cuerpo en el suelo. Parecía un hombre adulto, pero su cara sería irreconocible, aplastada y hecha pedazos quizás por un martillo, una maza o una piedra. Sospechó que en la casa cerrada no habían podido entrar los buitres ni las hienas y solo por eso el muerto aún conservaba la carne, aunque tumefacta y agusanada.

Los unzas abrían la panza de los muertos, fuesen amigos o enemigos. Así, decían, el espíritu podía escapar, libre de las ataduras del cuerpo físico. Si la tripa no era sajada los gases producidos por la descomposición interna la hinchaban y las tradiciones unzas decían que el ánima presionaba contra el abdomen, luchando para huir de su cárcel de carne y huesos. Dejando a un lado la superstición, era más higiénico destripar el cadáver, pues así las flatulencias escapaban con rapidez, acelerando el proceso de la descomposición.

Pero este cadáver no había sido rajado. No le mataron los unzas. Le faltaban una mano y una pierna. Tenía agujeros enormes cerca de las costillas; eran irregulares y no habían sido hechos con un arma cortante. Se agachó y los tocó con la punta de la daga. Parecían más bien dentelladas, pero le pareció que se las habían hecho colmillos más pequeños que los de un felino o un lobo.

Dientes humanos, tal vez.

Skarrion se levantó y miró alrededor, buscando entre las sombras. Descubrió al fondo de la estancia un círculo de piedras y se acercó. Dentro del círculo el suelo mostraba el tizne del fuego. Por entre las brasas secas asomaba una mano cortada… La que le faltaba al cadáver, imaginó Skarrion. Ningún enemigo, de no ser un loco, cortaría la mano de su rival y la echaría a las llamas. Tal vez se tratara de un ritual mágico; o quizás, se le ocurrió, el asesino quisiera reblandecer y tostar la carne, haciéndola así más apetecible para su paladar.

Junto a las piedras había un cuenco de barro con algo oscuro e indefinido en su interior, cubierto por una capa de moscas brillantes y azuladas. Skarrion las espantó y la punta de la daga removió el contenido. En el recipiente estaba el pie del muerto. Mostraba también dentelladas y le faltaban tres dedos.

No necesitaba ver más. Retrocedió, cauteloso.

Ya en el exterior, cerró la puerta, dejándola tal y como la hallara. Miró hacia un lado y otro. El poblacho le rodeaba, desierto, con la inocencia sepulcral de la muerte. Metió la daga en la vaina.

Sin prisa ni pausa reanudó su camino hacia Las Dos Manos, interrumpido por la aldea destruida.

Quizá sus habitantes hubieran venido hasta aquí huyendo de los unzas; tal vez establecieron este campamento más allá de la frontera imperial para no caer en las redes del Imperio, o tal vez pertenecieran a una tribu nómada a la que el lugar convenció como asentamiento más o menos estable. De cualquier modo, sus enemigos destruyeron cualquier esperanza que hubieran depositado en un futuro mejor para ellos y sus familias.

Recordó lo que le dijera Ntomi: el pueblo más peligroso de la cordillera de Las Dos Manos era el de los imgwayos.

Los comedores de hombres.

Y Skarrion estaba metiéndose en sus territorios, del mismo modo que habían osado hacer, tiempo atrás, los habitantes de la aldea destruida.

Siguió viajando durante otros dos días sin sobresaltos ni sorpresas, siguiendo el mapa sencillo pero efectivo de Ntomi, hacia el paso más factible, entre el Pulgar y el Índice izquierdos, casi en el centro de la cadena montañosa.

El terreno era ya siempre ascendente. El verdor casi había desaparecido, sustituido por roca oscura y gris. Sobre las hondonadas brillaban las primeras alfombras de nieve y los charcos de agua cristalizada. A la sombra titánica de las montañas el frío hería la carne y el viento cortante susurraba en los oídos su canción de tristeza y muerte.

Cazó una cabra salvaje. Era un animal de un tamaño respetable y calculó que la carne le duraría hasta cruzar la cordillera. Con aquel alimento en las entrañas se sabía capaz de aguantar el frío, que no le preocupaba porque había nacido en Shakark.

Pero a menudo sentía inquietud y después ira… Sospechaba que alguien estaba siguiéndole.

Quizás fuera un sonido casi imperceptible o tal vez todo lo

contrario, un silencio casi perfecto… O puede que el sexto sentido que le había salvado tantas veces le permitiera sentir miradas aquí y allá, sobre su espalda y su nuca. Se volvía colocando una flecha en la cuerda y estirándola, estudiando cada talud, peñón y roca dispersa, muy quieto, conteniendo la respiración…

Pero allí nunca había nadie.

Empezaba a sospechar cómo debía sentirse el ciervo cuando huía del león o del hombre.

Y malhumorado, continuaba el camino.

Por las noches se resguardaba en cuevas, con un ojo medio abierto y otro cerrado, un estado de duermevela que a un hombre pacífico y sedentario le resultaría imposible mantener.

A pesar de todo, cada amanecer se encontraba más cerca de la ranura entre los dos dedos.

El terreno era cada vez más accidentado. Antes que andar, escalaba y saltaba entre taludes y piedras negruzcas, emulando a esas cabras que le observaban desde la distancia, tal vez con odio, pues una de sus compañeras estaba muerta y atada sobre su hombro izquierdo. Ahora agradecía Skarrion el consejo de Ntomi, ya que sus pies desnudos se habían endurecido como la roca y podía trepar con una facilidad inusitada, desconocida para los que vivían acostumbrados al calzado.

Por fin, encontró una especie de sendero en el que las rocas escaseaban. Culebreaba bajo las lanzas del sol radiante, entre picachos, hasta la gran ranura, el paso montañoso de la cordillera, un buen lugar para una emboscada; pero si abandonaba aquel camino corría el riesgo de perderse en el laberinto de peñas y cantos, o dar mil vueltas que le condujeran al mismo punto de partida.

Empezó a subir por la trocha y al cabo de poco se halló a la sombra fría e impenetrable de los taludes. El viento ligero pero afilado gemía y lloraba con voz ominosa entre las paredes de piedra. Un ave gritó en la distancia. El suelo era irregular y estaba salpicado de cantos, pero aquí y allá había charcos de agua límpida, como espejos empotrados en el suelo; también había alfombras de nieve y barbas de carámbanos picudos en los mentones de piedra. Skarrion imaginó que en la temporada del deshielo este lugar se llenaría del agua gélida de los torrentes.

Lo oyó. Un crujido leve, arriba y a la derecha.

No miró hacia allí. Relajó los hombros y siguió andando con calma. Se acercó a un charco de agua casi helada, dejó el arco y el cadáver de la cabra salvaje a sus pies, se acuclilló y bebió con una mano, de forma lenta. Muy lenta.

Vio el reflejo en el líquido ondulante: un hombre estaba en la cima del talud que arrojaba sombras sobre Skarrion y la charca. Era una silueta oscura, baja, delgada pero musculosa, con pelo abundante en

la cabeza, los brazos y las piernas. Levantaba un mazacote de piedra sobre sus hombros angulosos. Si acertaba el tiro rompería el cráneo de Skarrion. El shakark siguió bebiendo durante un solo instante más.

Se levantó, sacó una flecha, agarró el arco, tensó la cuerda y disparó, todo ello casi en un solo movimiento. La flecha se hundió en el pecho estrecho y musculoso. Skarrion retrocedió, colocando otro proyectil en la cuerda. Sonó un gemido ronco y el enemigo herido dejó caer la roca, que rebotó varias veces en el talud, hasta dar contra la charca, alzando salpicaduras y cristales de hielo. Un instante después le siguió el cuerpo humano, que se estrelló junto a su piedra, haciendo saltar otra vez el líquido y abriéndose la cabeza contra el suelo del charco.

Skarrion aún sujetaba la flecha, con la cuerda tensa y atrasada. Se volvió en todas direcciones, pero no descubrió ningún otro enemigo. Solo quietud y silencio, arropados por el gemido del viento.

Miró al hombre caído, cuya sangre oscurecía el charco. No tenía la piel brillante y casi azulada propia de los quianus, o marrón oscura como la de los unzas, sino de un tono ceniciento, casi gris, allá donde no aparecía cubierta por el vello espeso y rizado. La melena pastosa le caía sobre los hombros y Skarrion no alcanzaba a ver su rostro, bajo el agua. Era una criatura delgada, aunque de músculos duros y marcados como cuerdas.

Skarrion retrocedió, sin soltar el arco ni la flecha, hasta llegar al centro de la cañada, donde se mantuvo quieto, estudiando otra vez cada sombra y cada rincón. No vio nada. No oyó nada.

Pero sabía que aún estaban allí, acechándole, odiándole en silencio.

Echó a andar, sin dejar de mirar en todas direcciones ni separar la flecha del arco.

Avanzada la mañana descubrió a su espalda, aún lejanas, sobre una ladera pétrea, unas veinte figuras antropomorfas. Subían por la cuesta. Hacia él.

Formaban dos líneas, cada una con forma de media luna y compuesta por diez hombres, separada la primera treinta pasos de la siguiente, y cada individuo distanciado unos ocho de su compañero más cercano. Aunque Skarrion pudiera superar la primera línea le quedaría la segunda, y si trataba de huir hacia la izquierda o la derecha se abrirían más por los extremos y también le atraparían. Sería difícil abatirlos a flechazos, pues el terreno era muy accidentado y podían esconderse tan pronto como tensara la cuerda, avanzando después de roca en roca, hasta rodearle y cogerle de una vez por

todas.

No le quedaba otra alternativa que seguir caminando pendiente arriba, aunque sospechaba que eso era lo que querían: le estaban llevando hacia terreno alto, donde sin duda le esperaban más.

Afiló la mirada para contemplar mejor a esos hombres, semejantes al que matara unas clepsidras atrás, en la cañada oscura.

Tenían melenas y barbas largas, narices aplastadas y el ceño y la barbilla muy prominentes. Sus ojos eran pequeños y oscuros y sus rostros estaban llenas de obstinación. Todos estaban desnudos y no se adornaban la piel o los cabellos. Caminaban algo encorvados, lo que acentuaba aún más su aspecto salvaje y animal. Empuñaban mazas de piedra y lascas afiladas; ninguno tenía armas de madera o acero. Aunque lejanos, marchaban sin demoras y reducían distancias de forma lenta pero segura. Skarrion supuso que serían los imgwayos, los devoradores de hombres.

Continuó subiendo, pero decidió apartarse del sendero que hasta ahora había seguido, así que se encaramó sobre un talud y oteó en todas direcciones, sin descubrir más hombres que los veinte de la ladera. Sus enemigos sabían esconderse.

Saltó a otra gran roca, pegada a su vez a una fachada rugosa. La escaló y descubrió sobre la cima una meseta pequeña e irregular. Miró en todas direcciones, mientras el viento secaba el sudor frío de sus sienes. Se sentía cada vez más atrapado y comenzaba a notar el peso del miedo.

Percibió un zumbido suave, se agachó de forma instintiva y la piedra pasó un palmo por encima de su cabeza y se perdió entre las peñas.

Echó a correr en dirección al tirador, que ya era un bulto oscuro y fugaz, saltando de un picacho a otro. Skarrion se detuvo, tensó la cuerda y apuntó, pero su enemigo se había escabullido tras una roca. Soltó un juramento y reanudó la persecución, librando a saltos alturas que empezaban a ser peligrosas. La sombra enemiga llegó al extremo de la meseta de piedra, gris y azulada bajo el sol, y desapareció por el borde.

Skarrion se tumbó, asomó la cabeza y le vio descender, agarrándose a los salientes y las cornisas igual que un mono. En el fondo había otros tres imgwayos, armados con mazas y lascas. Al otro lado de la cañada había otra meseta de piedra, cuya superficie quedaba en un nivel de altura más bajo que la ocupada por él. Las dos estaban separadas por una distancia considerable y la caída era mortal.

Se incorporó hasta quedar con una rodilla en tierra, sobre el borde, apuntándoles. Pero cuando ya iba a soltar la flecha se dio cuenta de que uno de los de abajo sonreía. Oyó un zumbido tras él y, sin soltar

la cuerda, se echó sobre un costado, rodando sobre el suelo pétreo y suave, abierto aquí y allá en arrugas oscuras. La piedra de honda restalló contra el borde, donde estuviera él un latido antes, y cayó al fondo.

Al levantarse descubrió a seis imgwayos en su propia meseta. Se abrían formando un semicírculo y empezaban a rodearle. El hondero ya colocaba otro proyectil. Skarrion se preguntó cómo había podido ser tan necio, pues el salvaje al que había perseguido le había conducido a un lugar del cual no podía huir. Había caído en la encerrona como un auténtico mozalbete sin experiencia.

Los seis imgwayos se le acercaban a paso rápido, pero Skarrion tensó, apuntó y soltó la cuerda. La flecha se hundió con un impacto seco en el pecho del más adelantado, que soltó un gruñido y cayó sobre un hombro y la cadera. Intentó sacarse la flecha, pero al cabo de unos pocos latidos quedó inmóvil bajo el sol.

Skarrion soltó el arco, inútil ya en distancias tan cortas, sacó la daga y la espada y avanzó hacia ellos. Los imgwayos no gritaban, solo proferían jadeos y susurros, pues no resultaría conveniente alzar la voz en las montañas, donde existía el riesgo de acabar sepultado por un alud. Skarrion se llenó de ira y rabia. Hasta aquí había llegado: este era el final de la aventura que era su vida.

Se acercó al primero a pasos rápidos y ágiles. Esquivó su maza, que zumbó junto a la oreja izquierda, y descargó un golpe ascendente, seco y violento; la espada entró bajo el mentón, destrozó boca y cráneo y emergió por la coronilla entre gotas oscuras y pedacitos de cerebro. La sangre cayó a chorros, brillante bajo el sol de aquel día espléndido. Skarrion hundió la daga entre las costillas y sin sacar las armas, gruñendo a causa del esfuerzo, hizo voltear al imgwayo para que pasara sobre su propio muslo. El moribundo se desplomó sobre la espalda y los aceros escaparon de él entre siseos.

Le atacó otro imgwayo y la espada rechinó dolorida al chocar con la lasca. El enemigo se le echó encima, le mordió un hombro y le arranco pellejo y sangre. Skarrion gritó y clavó la daga bajo una axila, sacando la punta por la espalda. Sus dedos volaron sobre el mango, agarrando el arma como si fuera un cuchillo, y cortó hacia abajo, rajando los músculos dorsales. Una ráfaga de viento los abofeteó y se llevó hilachas de sangre.

Otro llegó por detrás, Skarrion se volvió agachándose y hundió la espada en el abdomen cuarteado, mientras la maza cortaba el aire a un palmo de su coronilla. El imgwayo desorbitó los ojos, abrió la boca y emitió un gañido entrecortado. Skarrion le destripó, manchándose de rojo la cabeza y el pecho. Pero el moribundo se revolvió y su rodilla impactó en la mandíbula de Skarrion, que retrocedió, tragándose su propia sangre y sintiendo un zumbido que llenaba su

cráneo. Se tambaleó y logró rehacerse, en busca de más enemigos.

Los tres supervivientes habían retrocedido, intimidados. Apareció uno más, por donde ellos vinieran.

El destripado seguía postrado de rodillas, conteniendo con dificultad sus intestinos y balanceando el cuerpo delante y atrás, como a punto de desplomarse de una vez por todas; musitaba palabras incoherentes mientras se miraba la rajadura espeluznante del abdomen. El herido en la axila retrocedía, torpe y moribundo, a cuatro patas. Otro atacante yacía tendido de bruces, con el cráneo abierto y las costillas rotas. Y el primero de los muertos seguía tirado, boca arriba, con la flecha clavada en el pecho. Sobre todos ellos imperaba el silencio, solo roto por el silbar del viento.

Skarrion se volvió para mirar la otra terraza, tan lejana, y sintió un impacto brutal en la espalda. El dolor latigueó a través de su espina dorsal y llegó al cráneo. La piedra de honda le había alcanzado con fuerza y de no ser por la coraza de cuero le hubiera roto el espinazo. Cayó de rodillas, jadeando, temblando, buscando aire. Durante un latido el mundo ennegreció ante sus ojos, se sobrepuso y recuperó el dominio de sí mismo.

Los imgwayos le observaban, sin moverse. Uno habló con el compañero más próximo, en una lengua gutural que Skarrion desconocía. Hicieron ademanes decididos con la cabeza. Echaron a andar hacia él. Otros siete, recién llegados a la pequeña meseta, contemplaban la escena desde cierta distancia. Uno de ellos reía entre susurros, con voz cascada, como una gallina.

Skarrion se levantó cuando el más adelantado ya se le acercaba empuñando su maza. El shakark vio con nitidez el brillo de sus ojos, el contorno pardusco de unos dientes inmersos en el agujero aún más oscuro que era su boca abierta y los rizos de su melena desordenada, negros contra el azul del cielo. Mediante un paso lateral esquivó su golpe y la piedra picó contra el suelo. La daga se hundió en el abdomen y Skarrion empujó el cuerpo contra el enemigo más cercano.

Un tercero le tiraba tajos con su lasca ancha y larga. Skarrion esquivó dos y detuvo el tercero mediante un revés de la espada. Skarrion cerró contra su enemigo, cortó el antebrazo hasta el hueso y tajó el hombro. El hombre simiesco retrocedió dolorido, pero Skarrion le alcanzó en dos pasos y le clavó la daga bajo el mentón, hasta las guardas, atravesando el cerebro. Su rival puso los ojos en blanco y se desplomó.

Ya nadie reía.

Skarrion buscó al último del trío, el hondero, pero ya había huido en busca de los siete del fondo. Todos esos ojos oscuros destilaban rabia, aunque también cautela. Por el borde, tras ellos, aparecieron cuatro más.

Todos a un tiempo, comenzaron a moverse.

Skarrion los veía acercarse, lentos y precavidos. El hondero preparaba otra piedra; a Skarrion aún le dolía la espalda y no se creía capaz de soportar otro impacto como el de antes. Por su cabeza cruzó la imagen de aquel cadáver en la aldea, al cual los imgwayos se le habían comido una mano y un pie…

Envainó las armas, se volvió, echó a correr hacia el precipicio, profirió un alarido y saltó desde el borde. Abajo, diez imgwayos le contemplaban boquiabiertos, mientras cruzaba el vacío sobre la cañada, estirándose como un gato. Aterrizó sobre el pecho y los brazos, golpeándose contra la arista de la nueva terraza. El impacto le rasguñó la piel de los codos y le arrancó todo el aire de sus pulmones. Sintió sus músculos vibrar de un modo espantoso, pero consiguió aferrarse con los dedos, pegando los antebrazos a la piedra. Tirando de una energía furiosa y helada, se encaramó hasta subir el cuerpo sobre la nueva meseta. Empezó a trotar, mareado y tembloroso, recuperando el resuello sobre la marcha. Saltó entre dos taludes más, separados esta vez por una distancia más pequeña. Mirando alrededor, comprendió que había roto una línea de cazadores, pero estaba seguro de que le esperaban otras, quizás cerrándose ya en torno a él.

No le quedaba otra alternativa que continuar huyendo hacia la cordillera, hacia la brecha entre los dos dedos.

Bajó por una suave pendiente rocosa y subió por otra. Recorrió una cañada a paso rápido, a veces trastabillando sobre el suelo irregular, manchándose cada vez más con la sangre de sus heridas leves, pero aparatosas.

Tenía que salir de aquel laberinto donde sería víctima fácil de los emboscados. Lejos de esta red de gargantas y mesetas, pensó, subiría las últimas cuestas, salpicadas de morrenas y charcos helados, y llegaría a la fachada rocosa. Una vez en ella, desde las alturas podría ver acercarse a sus enemigos. Luego continuaría su fuga o bien se batiría en espacio abierto, no en esta ratonera que ellos conocían como la palma de su mano.

Oyó voces contenidas y por la cañada aparecieron tres imgwayos. Otros, no lejos, les respondieron también en un tono contenido.

Skarrion dio un salto y se encaramó a un saliente. Empezó a escalar la pared del pasillo rocoso. No le parecía un ascenso complicado porque la piedra era rugosa y llena de irregularidades. Los tres le persiguieron, como simios en la roca.

Otra vez estaba sobre una meseta de piedra. Se repetía la misma locura. Jadeante, sudoroso a pesar del frío, siguió huyendo. Solo quedaban otras dos elevaciones chatas y luego llegaría a la empinadísima ladera debajo del Pulgar.

Delante, salieron dos imgwayos de su escondite entre las peñas,

armados con sus mazas. Gruñeron al verle, pero Skarrion alargó la zancada, desenvainó la daga y la espada, saltó por encima de una gran roca, dobló hacia la izquierda y atacó por un costado con el propósito de separarlos. Sus armas gritaron al chocar con la piedra y clavó la daga en un pecho peludo. Ellos eran quizá más fuertes, pero Skarrion dominaba el arte de los aceros. La maza rozó su pelo y la daga entró en el antebrazo que lo manejaba, abriéndolo hasta el codo. Retrocedió un paso y pateó al frente, alejando al enemigo. El imgwayo retrocedió agarrándose el abdomen, pero se rehízo y cerró contra el extranjero, tirando golpes pavorosos, y su maza por fin golpeó el brazo izquierdo de Skarrion, que sintió el dolor vibrando hasta el hombro. No cedió al impulso natural de abrir la mano, perdiendo entonces la daga. Su espada trazó dos curvas veloces en diferentes sentidos, la sangre voló y el imgwayo retrocedió y se desplomó sobre las nalgas, moribundo.

Skarrion volvió a correr, perseguido por los tres de la cañada. De dos saltos libró los últimos taludes, se dejó caer hasta una terraza inferior y de esta al fondo de la cañada.

Al salir de ella vio ante sí el Índice izquierdo, cuya falda ascendía como una pendiente pronunciada que finalizaba al pie de una pared negra y titánica. Su sombra oscurecía el día y tornaba gélido el aire, pero la luz solar se deslizaba a través del paso entre los dos picos como una cuchilla gigantesca y cegadora, bordeada por masas de oscuridad.

Skarrion volvió a trotar sobre las piedras. A cada paso el dolor de la espalda y del brazo izquierdo le hacía gruñir. El aire frío mordía sus pulmones y notaba las punzadas cortantes del cansancio en el costado, atravesándole las entrañas con cada inspiración. Además, la brusquedad de la pendiente prendía fuego en sus muslos.

Vio un grupo de puntos oscuros, una veintena de imgwayos que salían de la mismísima brecha entre los dos dedos. Se volvió y descubrió muchos otros allá abajo, dispuestos en líneas curvas, como las ondas del mar. Quiso el arco, pero lo había tirado antes de saltar sobre aquella primera cañada. En su momento le pareció una buena idea, pues le permitió ganar soltura y agilidad; ahora hubiera dado años de su vida por un arco para mantener a raya a esos salvajes… Si es que le quedaban años o incluso clepsidras de vida, cosa de la que empezaba a dudar.

Torció hacia la derecha, alejándose cada vez más del paso entre las dos montañas. Pero los de arriba no le buscaron en tropel, sino que se abrieron en forma de cono, de manera inteligente.

Andar rápido sobre aquella pendiente estaba agotando sus piernas. A veces tenía que gatear, pisando con fuerza para no resbalar sobre las piedras sueltas y la arenisca de la morrena que estaba atravesando. En cualquier momento aquella lengua de cantos podía deslizarse bajo sus

pies, arrastrándole ladera abajo. Esa posibilidad ya ni le importaba, estaba demasiado concentrado en no desfallecer como para poder imaginar cualquier otro suplicio aún mayor.

Los cazadores de las alturas seguían acercándose. Parecían alegres, enardecidos por la victoria, pero ninguno alzaba la voz. Los más adelantados saltaban y corrían sobre la morrena. Y los de abajo continuaban ascendiendo hacia él. Era imposible escapar.

Las piedras crujieron de manera siniestra; Skarrion sintió la vibración bajo sus pies. Creyó que había tropezado, pero no era así: el suelo *se movía*. Sintió un miedo asfixiante, el de quienes sufren un terremoto, y echó a correr ahora en dirección transversal a la morrena. Ya no temía tanto a los imgwayos como a la avalancha que iba a producirse. Por todos lados se elevaba un mar de chasquidos secos y rumores profundos, la voz de los cantos que empezaban a rodar.

También lo sintieron los imgwayos. Los veteranos dieron la vuelta y retrocedieron con rapidez, pero los más jóvenes estaban cegados por la caza y el triunfo y continuaron saltando y corriendo en pos de su trofeo. Uno cayó al desaparecer el apoyo bajo sus pies; el muchacho intentó levantarse, pero el suelo se desplazaba entre nubes de polvo y una roca grande como su pecho bajó a saltos y le aplastó la cabeza. La marea de piedra se llevó su cuerpo.

Bajo Skarrion, las piedras también se movían. Resbaló y se levantó a duras penas. Pequeñas chinas llegaban botando y le herían el rostro y los hombros, y el polvo era tan espeso que casi no podía ver nada. Oyó gritos de miedo y dolor, pero el rumor de la avalancha se convirtió en un gruñido y luego en un rugido de piedra que se lo tragó todo. Skarrion continuaba avanzando sin saber muy bien cómo, a saltos sobre la lámina de piedras.

El suelo ya no se movía. Había salido de la morrena.

Pero no se detuvo. Los cantos, algunos casi tan grandes como él, rodaban y volaban de manera espectacular, como arrojados ladera abajo por un gigante travieso y cruel que se divirtiera aplastando insectos humanos. El rugido de la montaña era monstruoso y hacía vibrar todos los huesos.

Maltrecho, pero vivo, dejó la avalancha atrás y continuó subiendo, arrastrando los pies y tropezando algunas veces. Los muslos le temblaban y le resultaba casi imposible concentrarse en cualquier otra cosa que no fuera dar un paso y luego otro. Escaló algunas paredes menores y al fin tocó el muro del Índice.

Sus enemigos, los supervivientes de la avalancha de piedras y cantos, se le acercaban por la izquierda, como sombras o espectros entre el polvo. La morrena le había alejado de ellos, pero también le había separado, aún más, del único paso entre las montañas. Trató de

reunir la suficiente energía mental como para planear lo que hacer.

No tuvo tiempo ni para intentarlo porque desde las alturas, por la misma fachada rocosa, bajaba una gigantesca lengua de nieve. Procedía de un sombrero en precario equilibrio sobre salientes y terrazas; la vibración creada por la avalancha de piedras provocaba ahora su deslizamiento lento pero seguro. La masa blanca y brillante se desplomó a unos treinta pasos de Skarrion y hasta él llegó la salpicadura del agua pulverizada. De haberle caído encima hubiera sido aplastado y arrastrado ladera abajo. El impacto provocó una explosión de blancura y brillo, como una nube de polvo difuminado que voló en todas direcciones con un siseo fantasmagórico.

Pegó la espalda contra la pared, aterrado. Vio aterrizar más nieve mezclada con rocas, unos cuarenta pasos a su derecha. En una reacción en cadena, cada avalancha provocaba otras más.

Sonó un rumor cuyo volumen ascendía por momentos. El polvo creado por la morrena comenzaba a depositarse, permitiéndole ver una gran avalancha, una lengua blanca y vastísima, como un chorro de leche que cayera por la fachada del Pulgar y se desparramara de manera lenta y majestuosa sobre la falda pétrea.

Espantado y fascinado, contempló toda aquella agua helada y lejana, capaz de arrasar poblados y ejércitos. Sintió un rayo de desamparo y debilidad, una tristeza que se mezclaba con el miedo… ¿Qué era él, un simple humano, comparado con la Naturaleza inabarcable e indomable? ¿Qué podían hacer el soldado o el emperador contra el maremoto o el huracán? Nada. Tan solo rezar y morir.

Transcurrió mucho tiempo hasta que la nieve dejó de caer. El aire estaba empapado de humedad. No se veía ningún imgwayo sobre el manto brillante. Skarrion imaginó que o habían huido o habían sido aplastados y arrastrados por la blancura.

Skarrion echó a andar hacia el paso entre las montañas, sin despegarse de la pared rocosa, hundiéndose con cada pisada en la nieve, hasta los tobillos e incluso las rodillas. Cuando llegó a la abertura sintió sobre su cuerpo la luz. Había dejado atrás un mundo de sombras y frío y entraba en el reino del sol, el dios supremo al que tantos pueblos sacrificaban animales e incluso personas para ganarse su favor. Los haces brillantes lamieron su cuerpo, llenándole de calor y de fe en la vida.

Caminaba por un sendero natural. El fin de la grieta quedaba todavía lejano, preso entre las dos montañas. Debería tener cuidado para no caer, pues ahora caminaba sobre una cornisa que ascendía sobre la fachada interior del Pulgar. A veces la terraza se estrechaba y se convertía en un resalte en el que solo cabían los pies y a veces era lo bastante ancha como para albergar un carro de bueyes. No eran

raras las excrecencias de roca y algunos taludes que sobresalían de modo pronunciado, así que la cornisa discurría entre codos y revueltas.

Llegó al punto más alto del camino. A partir de ahí la cornisa se ensanchaba y convertía en una especie de senda pedregosa, más segura, aunque siempre bordeando el abismo. La altura iba disminuyendo de forma paulatina y el fondo se elevaba poco a poco en forma de montecillos irregulares, salpicados aquí y allá de arboledas y maleza, a veces colgante de la misma roca; el gris pétreo iba dejando paso poco a poco al marrón de la tierra. Desde aquellas alturas podía contemplar lo que había al otro lado de la cordillera:

El Valle del Demonio, el cráter donde cayese la estrella que dio cuerpo a la Maza Sagrada. El objetivo de su viaje. Era un vergel que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, rodeado por montañas negruzcas que formaban el horizonte del sur. Skarrion trató de imaginar la fuerza con la que debió impactar el astro caído para abrir semejante boquete en este terreno montañoso… Y por supuesto fracasó. Había un lago central y otros cuatro más pequeños en torno a él. Unas pocas elevaciones de roca sobrepasaban casi con humildad el verdor salvaje. La mayor parte del Valle del Demonio era jungla espesa y abigarrada, la patria del gorila, la serpiente, el cocodrilo y la pantera, y también de algunas tribus enemigas de los unzas. En uno de esos picachos cuyas puntas asomaban sobre el mar esmeraldino como uñas sucias, se ocultaba la bruja Niloba, La Que Habla Con La Luna, cuyo rostro provocaba un horror indecible. Ella era la Guardiana de la Maza Sagrada de los unzas y él debía quitársela.

Skarrion sintió una explosión en su cabeza y vio la piedra caer junto a sus pies. Sufrió oleadas de un dolor espeso y mareante y notó el calor húmedo de su propia sangre, que le mojaba el cabello y la nuca. Se le doblaron las rodillas y cayó sobre las manos. Intentó luchar contra la debilidad, pero no consiguió otra cosa que seguir tumbado cuando largo era en el suelo de tierra y piedra.

El imgwayo hondero se le acercaba, caminando sobre la misma cornisa que él había recorrido. Le seguían otros más, cinco o seis, los supervivientes de la avalancha de nieve. El salvaje mostraba una gran sonrisa, inocente en su maldad primitiva, y Skarrion le odió. Habría dado media alma por matarle.

Logró girar la cabeza y puso la otra mejilla en el suelo, para mirar hacia el Valle del Demonio. No podría pisarlo ni por supuesto concluir su misión. Había estado a punto de escapar de los comedores de hombres, pero ellos al final le habían cogido. No se hizo ilusiones acerca del destino horrible que le esperaba.

Cayó en la oscuridad.

6

Antes de abrir los ojos, sintió el frío y la pestilencia. Quizás, fue su primer pensamiento, el Infierno fuese un lugar helado y maloliente. Captó voces guturales y lejanas. Por la cadencia de los sonidos, sus dueños parecían mantener algún tipo de diálogo o conversación, pero a él no le parecían otra cosa que gruñidos y chasquidos. Oyó risas. Pasos. Alguien masticaba y tragaba. Bajo él había una superficie blanda. El frío era espantoso. Luchó contra la marea suave e insistente de frialdad que atravesaba sus músculos y su mente, que le empujaba de nuevo hacia las sombras. Y también contra el mal olor, que contrajo su estómago vacío en una arcada dolorosa.

Levantó la cabeza, abrió los ojos y vio una pared rocosa, quizás de una caverna. Había montones de nieve e incluso pedazos de hielo, aquí y allá.

Vio los cadáveres: hombres, mujeres y niños arracimados sin orden ni concierto, algunos heridos, mutilados. Muchos parecían imgwayos y otros tantos pertenecían a diferentes tribus ishankitas. Skarrion estaba tirado sobre ellos, como uno más. Sufrió un ataque de asco y horror y se revolvió y escapó de la prisión de carne. Fue aquella repugnancia y no el coraje lo que le hizo ponerse a cuatro patas y por fin levantarse sobre dos piernas temblorosas y entumecidas.

Resbalando, a los traspiés, encogido sobre sí mismo, se alejó de la pila de muertos. Palpó su cabeza, que aún zumbaba. La piedra había abierto la piel, pero su cráneo espeso aguantó el impacto; notaba el pelo apelmazado por la sangre. La frialdad de esta caverna de los horrores dificultó el riego sanguíneo y frenó la intensidad de la hemorragia. Además, su propio cabello espeso y desordenado actuó como una especie de emplasto sobre la brecha.

Llevaba aún la coraza, el taparrabos, el cinto, las muñequeras y el colmillo de león, pero no la faltriquera ni el estuche con sus flechas, ni la espada y la daga, ni sus respectivas fundas.

Tembloroso, abrazándose a sí mismo, estudió el lugar con atención. Se encontraba en el fondo de un foso muy ancho, dentro a su vez de una caverna enorme. Las voces llegaban desde arriba y el eco las amplificaba, así que sus dueños debían encontrarse a una distancia considerable. Por cómo sonaban aquellos murmullos lejanos, sospechó que estaban celebrando una animada reunión.

Las paredes del foso estaban escarchadas y parecían casi imposibles de escalar, pero había una escalera labrada en la misma

piedra que ascendía hasta el borde.

Escuchó más pasos y voces masculinas, pero esta vez acercándose. Venció la repugnancia y se escondió tras la pila de muertos.

Dos imgwayos entraron en la caverna, acarreando unos sacos pesados, hechos de fibra vegetal. Hablaban de forma animada y al llegar al borde del foso arrojaron dentro el contenido de sus bolsas: más nieve y trozos de hielo. Uno de ellos bajó por la escalera y comenzó a rebuscar entre los muertos. De vez en cuando consultaba a su compañero, que le señalaba los ejemplares que le parecían más convenientes. Eligieron el cadáver de un hombre joven. No parecía imgwayo, ni unza, ni perteneciente a alguna otra tribu que Skarrion conociera, pero era de raza negra y por tanto ishankita. Llevaba mucho tiempo abajo, así que su piel era gris y azul y estaba rígido. El imgwayo se lo echó sobre un hombro y subió por la escalera hecha a base de huecos en la piedra. Se reunió con su compañero y los dos se marcharon con su mercancía macabra y desaparecieron por la entrada de la caverna.

Skarrion comprendió entonces qué lugar era aquel y para qué servía: la despensa donde los imgwayos guardaban sus alimentos, preservándolos de la putrefacción mediante el frío. Horrorizado y asqueado, se apartó de los muertos, hasta dar con la espalda en la pared helada. A él le habían dado por muerto, o moribundo, y le habían echado junto a los demás. Había sido una suerte que no le remataran porque en ese caso quizás ahora fuera él a quien arrastraran esos dos imgwayos, para servirles de almuerzo o cena.

El frío seguía hiriéndole, como un millón de alfileres invisibles que atravesaban sus músculos, pero llegó hasta la escalera y comenzó a subir. Aunque sus pies descalzos estuvieron a punto de resbalar varias veces sobre la piedra helada, se esforzó para pisar con fuerza y cuidado, controlando el temblor de sus piernas ateridas, y por fin salió del foso.

Medio oculto por un saliente en una pared rocosa, vio que se hallaba en el punto final de una caverna inmensa, un túnel ascendente, iluminado por antorchas colocadas en argollas de piedra. Tras el borde superior de la cuesta distinguía un techo confuso. De aquella lejanía provenía el rumor de voces.

Recorrió el túnel ancho y empinado hasta su cúspide, sobre la cual se tumbó. Pegado al suelo, asomó la cabeza con cautela y descubrió una galería vastísima, iluminada por más antorchas, sobre cuyo fondo más lejano se abría un nuevo umbral, sin puerta o protección alguna, que comunicaba directamente con el exterior, con las estribaciones montañosas y el valle selvático.

La tribu imgwaya estaba reunida en esta cueva. Formaban grupos pequeños en torno a hogueras repartidas aquí y allá, sin orden

aparente. Algunas soltaban humo negruzco, pues sus llamas calentaban la carne humana que era el alimento favorito de la comunidad. No se trataba de una fiesta ni de una celebración, sino de un momento más, quizás anodino, en la vida de los imgwayos. Pero el propio quehacer cotidiano de aquella horda, casi una manada de animales, compuesta por unos setenta individuos, era en sí un caos y un bullicio de voces encontradas. Algunos imgwayos sesteaban sobre el mismo suelo y otros dormían en las paredes, dentro de oquedades enormes, casi nichos. Pero la mayoría estaban despiertos y charlaban, comían, jugaban e incluso fornicaban sin pudor alguno, a la vista de todos. También los había que arrancaban las pulgas a sus compañeros para después comérselas. Los hombres imgwayos causaban una impresión de ferocidad y violencia. Las mujeres gozaban de un aspecto algo menos horrendo que el de sus congéneres masculinos y los niños parecían monos recubiertos de pelo duro.

Estalló un tumulto cuando dos machos se enzarzaron en una pelea. Aquí sí chillaban, lejos de las morrenas y las masas de nieve en equilibrio, y sus aullidos eran ensordecedores. Se atacaban a puñetazos, empujones y mordiscos y nadie hacía nada para separarlos; de hecho, para los demás aquello no parecía nada grave. Uno de los dos peleadores chocó con un individuo en pie, que en esos momentos narraba con grandes aspavientos su relato a un público absorto. Skarrion abrió mucho los ojos al reconocer al orador: era el maldito hondero que le abatió de una pedrada. El pellejo seco que le sirviera de honda estaba anudado en torno a su muñeca derecha y a sus pies reposaba la espada. *Su* espada.

El peleador y el orador cayeron al suelo hechos un revoltijo. El hondero se levantó hecho una furia, agarró el arma de Skarrion, cogiéndola como si fuera una porra, y le amenazó dando alaridos y sacando pecho. El otro cogió una maza cercana, del mismo suelo —las armas debían ser comunales porque estaban tiradas por todas partes, sin dueño aparente—, y cargó contra el hondero, que manejó la espada igual que si fuera un palo. Casi la partió al parar el golpe, pero el filo rebanó la garganta y mató al atacante. El hondero levantó los brazos en gesto triunfal; se pavoneaba de su victoria, daba puntapiés a los dormidos, gritaba a las hembras y hacía huir a muchos jóvenes y algunos adultos.

Agarró por una muñeca al cadáver y sin soltar la espada lo llevó a rastras hacia el fondo de la galería. Allí había un bloque de piedra de contorno rectangular, muy alto, casi cubierto de manchas ocres, ya secas. El hondero dejó al muerto ante el mazacote, metió los dedos en la herida y se embadurnó ambas manos con la sangre. Usándolas a la manera de tinta o pintura, untó la superficie pulida, dibujando círculos y elipses, casi indistinguibles entre la suciedad. Mientras lo

hacía murmuraba palabras en tono grave, como si estuviera rezando.

Una vez presentados los respetos al dios o entidad divina que regía a los imgwayos, el hondero se llevó a rastras el cadáver hacia la posición que ocupaba Skarrion, quizás para echarlo en la despensa helada.

Skarrion se escondió en un recoveco de la pared y desde allí vio acercarse la sombra alta y temblorosa del hondero, que al cabo de poco alcanzó el borde de la cúspide y dejó caer el cadáver por la pendiente. El cuerpo dibujó un rastro oscuro mientras resbalaba, pero se detuvo antes de caer al foso. El imgwayo gruñó con fastidio y bajó para llevar a su sitio el cadáver, de una vez por todas. Aún empuñaba la espada, brillante bajo las antorchas. Skarrion le seguía con el sigilo de una pantera y fue acercándose a su espalda, poco a poco, de manera lenta pero segura, mientras el salvaje agarraba otra vez el cadáver, para tirarlo al pozo. Skarrion cerró el puño y se preparó para golpear.

Skarrion recuperó la espada y miró los dos muertos en el fondo del pozo: el hondero y el que este había traído. Ahora yacían junto a los demás. Metió el arma en la vaina y volvió hacia la gran caverna, subiendo con precaución por la pendiente. De nuevo arriba, tumbado y oculto, comenzó a pensar sobre la mejor forma de huir.

Se fijó en una rampa pegada a la pared derecha, una cornisa ancha, tallada por manos humanas sobre la misma roca, que ascendía hasta un estrato superior de la galería, donde se estabilizaba y se volvía horizontal, convirtiéndose en una especie de terraza. En el muro había una hilera de esos nichos que ya viera antes. Algunos estaban ocupados por durmientes. El saliente continuaba hasta el exterior y doblaba en ángulo recto para continuar después al aire libre, unido a la fachada montañosa. Parecía la única vía de escape.

Se arrastró con mil y una precauciones hasta el comienzo de la rampa y la subió a cuatro patas, como un gato gigante. El gentío de abajo parecía muy ocupado en sus propios asuntos y nadie miraba hacia arriba. Pero un niño muy pequeño, casi una criatura, se volvió hacia él, abrió mucho los ojos y comenzó a chillar. A Skarrion le dio un vuelco el corazón y se tumbó, pegándose lo más posible al suelo. Su delator comenzó a tirar del pelo a la madre, que purgaba de parásitos una espalda masculina, y ella apartó al crío con una mano, molesta. El pequeño no se desanimó y siguió chillando y señalando hacia Skarrion, que le miraba con ojos llenos de angustia, sin atreverse apenas a respirar. La mujer se volvió y le cruzó la cara con el dorso de la mano. Después, volvió con lo suyo. El niño lloriqueó y huyó corriendo, hacia el exterior.

Skarrion suspiró.

Siguió ascendiendo y llegó a la terraza. Ahora se encontraba ya en

una posición muy alta sobre la muchedumbre, a salvo de sus miradas. Pero debía pasar junto a los nichos del muro y rezaba a todos los dioses y sus incontables hijos bastardos para que ninguno de los durmientes despertara en estos momentos. Dentro de cada cubículo no había jergón, manta, paja ni ramaje, así que los imgwayos descansaban sobre la misma roca. Sus ronquidos eran brutales, también los de las mujeres. Algunos tenían la cabeza orientada hacia el fondo, sacando los pies por la entrada, y otros la dejaban reposar cerca del exterior.

Skarrion pasó junto a ellos con lentitud y medio agachado. Cuando alguno se retorcía y resoplaba en sueños se detenía y le miraba con el corazón en un puño. Le ocurrió un par de veces, pero en ningún caso el imgwayo despertó…

…Hasta el último nicho, el más cercano a la salida. Dentro reposaba un macho viejo y gordo que abrió los ojos y los clavó en el intruso. La sorpresa le enmudeció durante unos latidos y Skarrion aprovechó ese lapso para golpearle en el cráneo. El imgwayo se agitó y trató de salir del nicho, débil y mareado, pero el segundo golpe fue con la hoja de la espada y el salvaje volvió a la negrura, para no despertar jamás. Skarrion soltó el aire de los pulmones y devolvió la espada a la funda.

Dobló el recodo y emergió al mundo exterior.

Se encontraba en la cara sur de Las Dos Manos, así que podía contemplar en toda su gloria el Valle del Demonio. El borde de la cornisa bajaba pegado a la montaña y la caída era mortal; el fondo dibujaba un caos pedregoso en el cual aparecían las primeras islas de tierra y sus vegetales esmeraldinos, el entremés de la jungla.

La fachada montañosa estaba llena de rampas como la de Skarrion e incluso vio escaleras toscas, talladas en la propia roca. Las terrazas salían y se introducían en otras cavernas, dentro de las cuales sin duda habría más comunidades de imgwayos. Skarrion contó al menos cincuenta grutas, repartidas entre los diferentes picos, pero debía haber muchas otras fuera de su campo visual. Su mente de mercenario le dijo que a un ejército le sería difícil, si no imposible, tomar por la fuerza aquel panal de cavernas.

Por fortuna, la suya estaba lejos del centro de las montañas, donde la concurrencia era mayor y por tanto sería más difícil la huida. Bajando por el sendero que pisaba acabaría por topar con otra gran cueva. Después, la cornisa se bifurcaba en dos ramales, uno ascendente y el otro descendente. Sobre este descubrió unos cuantos imgwayos armados con mazas, charlando. Si seguía por la red de rampas tarde o temprano le descubrirían.

Miró hacia abajo. La pared era rugosa y en ella abundaban las grietas y los recovecos. Sin duda, un imgwayo podría escalar o

descender por ella sin dificultades. A pesar de su debilidad, Skarrion también podría conseguirlo… O al menos, quiso convencerse de ello.

Envainó la espada y, haciendo caso omiso del hambre, el cansancio y el ardor de sus golpes hinchados de sangre apelmazada, se descolgó por el borde y empezó el descenso.

No fue complicado, pero sí duro.

Pisó la ladera pedregosa y sacudió los miembros acalambrados mientras volvía a caminar. Se movía rápido, pasando de una peña a otra y casi corriendo cuando salía a los espacios abiertos. No había imgwayos en los alrededores; quizás preferían las alturas.

Cuando llegó a los primeros árboles se detuvo para descansar. Una vez quieto el hambre volvió, rabiosa y persistente. Ya no podía controlar aquel vacío que desgarraba sus entrañas. Estaba desfalleciendo, si no comía algo pronto iba a perder el conocimiento y entonces sería presa fácil para los imgwayos o cualquier otro enemigo, humano o no.

Buscó entre las ramas y encontró una especie de moras tan grandes como su propio puño que colgaban en forma de racimos brillantes. No conocía aquella fruta, pero decidió que prefería morir envenenado antes que de hambre. Agarró una y la mordió, comprobando que era carnosa, húmeda y dulce. Sintió un éxtasis maravilloso, pero se obligó a tragar con mesura, dejando pasar algún tiempo entre cada puñado de frutos. Y aunque comió hasta hartarse, sospechó que en poco tiempo volvería a sentir el estómago vacío.

Con la recarga de energías que le había proporcionado el atracón de frutas, trató de averiguar en qué dirección quedaba el picacho de la hechicera Niloba. Los imgwayos le quitaron el mapa, además de la daga. Recordaba haber divisado desde la cordillera el hogar de la bruja, una montaña oscura, estrecha y puntiaguda. Aún podía distinguir por el suroeste la punta del pico, emergiendo sobre el mar verdoso.

Debía aprovechar la luz del día, así que sin más dilaciones se internó en la espesura, a tajos contra la maleza. Era su brazo quien hacía la mayor parte del trabajo, pues tras tantos avatares el arma ya casi no tenía filo. Echó de menos uno de aquellos cuchillos anchos y largos que tan bien abrían la espesura y pensó con tristeza que su espada volvía a sufrir un tratamiento indigno, pues había sido hecha para cortar cuellos, no ramaje.

La jungla ganaba humedad y calor, el suelo estaba cubierto por un estrato de vegetación pútrida y los árboles competían por la luz solar, que atravesaba con dificultad el techo de ramas, hasta que todo quedó sumido en una oscuridad verdosa y profunda. Comprendió que sin ningún punto de referencia terminaría haciendo círculos, así que eligió uno de los árboles de tronco más grueso, envainó la espada y

comenzó a trepar. Ascendía sin prisa, cuidando los apoyos. Los pájaros huían de sus nidos al verle acercarse y los monos le chillaban indignados, antes de escapar saltando de rama en rama. Sintió otra vez los rayos solares sobre su cabeza. Sin mirar hacia abajo para no dejarse impresionar por la altura, se encaramó hasta la copa del árbol, con mucho cuidado al ser la parte menos gruesa del tronco, y sacó medio cuerpo por encima de la espesura.

El sol lucía fuerte, iluminando la selva, convirtiéndola en un mar esmeraldino. Calculó que le quedaban todavía unos quinientos pasos de jungla por delante. Una vez concluidos, el bosque se abría para contener el lago más extenso del valle, que parecía una plancha de vidrio verdosa y oscura. En su orilla occidental se levantaba una aldea de considerable tamaño y Skarrion sospechó que debía pertenecer a los kazeles, la otra tribu del Valle Del Demonio, al parecer menos primitiva que la imgwaya. Pasados el lago y el poblado, volvía a extenderse la selva, durante unos ochocientos pasos, hasta el pico negruzco de la bruja. Después, la jungla continuaba y se daba casi de bruces con la cordillera grisácea y monolítica que cerraba el valle por el oeste.

Skarrion eligió continuar a través del ramaje y no caminando sobre el suelo. Desde las ramas podía asomar la cabeza muchas veces por encima de las copas, para comprobar que no estaba desviándose de la ruta correcta; además, si bajaba tendría que abrirse paso entre la maleza a golpes de espada, haciendo demasiado ruido y dejando un rastro fácil de seguir; y por último, en las alturas tenía más posibilidades de permanecer oculto a los ojos de los hombres y las fieras.

Descendió hasta un nivel inferior, en el cual las ramas eran más gruesas y sólidas y el follaje no entorpecía en exceso sus movimientos. Al principio le resultó complicado moverse sobre un camino tan inestable, pero alguien como él, acostumbrado a habituarse a casi cualquier situación, por imposible que pareciese, pronto estuvo avanzando con cierta naturalidad. La competencia por la luz provocaba una cercanía extrema entre las ramas y a menudo ni siquiera hacía falta saltar para pasar de un árbol a otro. Pero a veces no le quedaba otro remedio que descender para encontrar nuevos asideros, e incluso tuvo que pisar el suelo en varias ocasiones, cuando no halló otro modo de ocupar el siguiente árbol que trepándolo desde la raíz. Subía a las copas cuando lo creía necesario y entonces descubría con satisfacción que estaba realizando un recorrido en zigzag alrededor de la misma recta imaginaria. El gran claro de la selva y su lago se le acercaban poco a poco.

En una ocasión se detuvo sobre una rama para ver lo que estaba ocurriendo en el fondo del bosque. Descubrió un clan de gorilas, como

un grupo de muñecos encorvados y peludos, andando sobre las cuatro manos. Eran diez, de ambos sexos y diferentes edades. Los machos, de panza abultada y hombros pavorosos, lograron infundirle un respeto que se zambullía en el miedo. Cualquier hombre, por muy fuerte que se considerara, acabaría hecho pedazos si se enzarzaba en un combate contra estos simios titánicos. Incluso empuñando el acero, la victoria parecía imposible. Al encontrarse Skarrion en una posición alta no captaron sus efluvios. Silencioso e inmóvil, los observó hasta que desaparecieron de vista.

Su corazón volvió a sufrir un vuelco. Una pantera negra, tan hermosa como letal, pareció materializarse en el ramaje y se le quedó mirando con fijeza desde un árbol demasiado próximo. El animal gruñó amenazador, pero tras unos pocos instantes volvió grupas de forma desdeñosa y huyó con elegancia y agilidad. Sin duda ya conocía —y quizás temía— a los hombres, aunque pocas veces los habría visto entre las ramas de los árboles. Skarrion controló sus temblores y siguió avanzando sobre el terreno elevado.

Vio una serpiente enorme, deslizándose sobre el suelo de hojas húmedas. Solo pudo entrever un brillo fugaz, escamoso y húmedo, pero se dio cuenta de que el reptil era tan grueso como su cabeza y más largo que su propio cuerpo. La criatura desapareció entre la maleza, para alivio de Skarrion.

Y no mucho después vio allá abajo otra pantera, o quizás la misma que ya encontrara antes. El felino caminaba con languidez, ajeno a sus miradas. El suelo se hundió bajo la criatura, arrastrándola consigo. Estalló el siseo de las hojas y el ramaje y una turbamulta de rugidos y bufidos infernales. Algo se agitaba donde la bestia fue engullida; el animal todavía podía moverse, pero tenía el cuerpo atravesado por largas picas de madera, tal vez untadas de veneno.

No tardaron en aparecer los cazadores. Eran cinco hombres altos y fuertes, con taparrabos de fibra vegetal. Empuñaban venablos y tenían también cuchillos enormes, aunque envainados y sujetos a la cintura con tiras de piel. Tres de ellos habían atado al taparrabos un tubo con dardos. La cerbatana les colgaba de un hombro. Se adornaban la cara con rayas verdosas. Antes de abandonar Mancumi, Ntomi le dijo a Skarrion que esta pintura era típica de los cazadores kazeles. Pero si adornaban la piel con rayas blancas irían a la guerra. Se contaba de los kazeles que eran unos luchadores magníficos.

Corrían a través de los arbustos, guiados por los rugidos dolientes de la pantera moribunda. No hablaban, concentrados en su tarea.

Skarrion decidió irse cuanto antes. Sigiloso, pronto los perdió de vista.

Cuando el sol empezaba a esconderse aún no había descendido de las ramas, pero ya estaba en las cercanías del lago oval.

Era una extensión gigantesca de agua verdosa, en cuyas orillas se bañaban las mismas raíces selváticas. Como excepción, por el oeste sus límites formaban una playa suave.

Sobre ella había sido alzada una aldea de cabañas, sin duda la morada de los kazeles. Se extendía como una media luna alrededor del líquido, incluso introduciéndose en él por sus extremos del norte y el sur; allí, las cabañas emergían desde la misma superficie, sostenidas por postes gruesos y altos. Había un embarcadero, y en estos momentos tan avanzados de la tarde arribaban a él decenas de canoas largas y tripudas, cargadas de pesca. Había muchas pequeñas embarcaciones, varadas en la playa.

Los kazeles, hombres negros fuertes, altos y delgados, llevaban la pesca hacia las chozas, y las mujeres y los niños los recibían con estruendo cariñoso y jovial. Además de las redes y los arpones, los pescadores tenían lanzas y cerbatanas, quizás para defenderse de los hipopótamos furiosos o de cualquier otro tipo de bestias que habitaran el lago.

Skarrion siguió observando el trajín de la aldea, durante clepsidras. A medida que el sol iba desapareciendo las gentes del poblado disponían una barrera semicircular de barcas, entrelazadas por un cabo de fibra vegetal, a unas cincuenta brazas de la playa y el embarcadero. Levantaron antorchas sobre las proas y echaron las redes al agua. Los peces acudieron, atraídos por la luz.

Fue una buena pesca.

Era casi noche cerrada y aún quedaban unas pocas canoas sobre el lago. Poco a poco, hasta las últimas regresaron por fin al pueblo.

Ahora había una línea de hombres en las proximidades del agua, bajo antorchas sujetas por pértigas. Los centinelas miraban el lago, como vigilando algún posible peligro que acechase desde sus profundidades y que pudiera emerger en cualquier momento.

Las sombras se volvieron espesas, así que Skarrion buscó una rama ancha sobre la que dormir, o dormitar. Por la mañana buscaría la forma de bordear el lago, evitando el poblado kazele, y continuar su camino en dirección al picacho de la bruja.

Despertó por la noche, cuando una delgada culebra se le estaba enroscando en el tobillo derecho. Esperó hasta tenerla al alcance de la mano, la agarró, apretando su cabeza entre el pulgar y el índice, y la mató. La tiró y volvió a su sufrido estado de duermevela.

Oyó un susurro y despertó otra vez, sin mover un solo músculo. El sol estaba saliendo y entre el follaje pasaban haces de dulzura escarlata que le daban a la selva un aire difuso y onírico.

Volvió a escuchar la voz humana, tenue, susurrante. Era una

lengua desconocida. Llegaba desde algún punto bajo él. No era en realidad uno solo, sino varios hombres, hablando con suavidad. Oyó crujidos en la corteza. Un jadeo apagado.

Estaban trepando por el árbol que él ocupaba.

Skarrion se retorció y gruñó, como si sufriera una pesadilla, mientras llevaba con disimulo la mano a la empuñadura de la espada, y los sonidos cesaron. Permaneció inmóvil durante muchos latidos, esperando. Los susurros y crujidos volvieron. Estaban cerca. Había uno a su espalda, en la inserción de la rama con el tronco, y al menos dos más abajo, aferrados todavía a la corteza.

Se volvió y descubrió un rostro sorprendido, adornado con rayas verdosas. Un talón golpeó la nariz pintada, sonó un chasquido de vértebras rotas y el vapuleado cayó, atravesando con estrépito el follaje.

Skarrion se acuclilló sobre la rama y desenvainó el acero. Un segundo kazele de faz rabiosa se le acercaba, empuñando su cuchillo largo y triangular. Skarrion le reconoció al instante, pues pertenecía al grupo que cazó la pantera. El kazele se puso casi en pie sobre la rama y atacó, emitiendo un grito que espantó a los pájaros y los monos en cincuenta pasos a la redonda. Skarrion detuvo el cuchillo con la espada y los metales rechinaron uno sobre el otro. Dobló el brazo para desviar el arma de su rival y giró la muñeca, haciendo entrar su hoja dentro de la guardia enemiga, y hundiéndola en el estómago cuarteado. El herido gruñó y se lanzó desesperado sobre su asesino, logrando que la espada entrara aún más en su vientre. Cayeron entrelazados. Skarrion se golpeó las nalgas con una rama y pasó un brazo en torno a ella, rasguñándose la piel. No había soltado la espada, que escapó de su prisión humana con un rumor húmedo. El herido se perdió entre la espesura que vibraba, siseaba y crujía. Skarrion oyó más gritos y recordó que en el grupo cazador había cinco hombres, así que aún quedaban tres.

Notó un golpe seco. Tenía un dardo tan largo como su propio antebrazo clavado en la coraza, a la altura de las costillas. El cuero endurecido le había salvado. Se encaramó a la rama, pero sintió un pinchazo en el muslo derecho. Se arrancó este segundo dardo, una aguja muy fina de hueso o madera que tenía la punta embadurnada con una pasta negruzca y pegajosa. Sintió otro picotazo, en el brazo izquierdo. Intentó caminar sobre la rama, pero sus piernas se le doblaron y cayó de bruces. El pecho y el estómago estaban sobre las ramas y los brazos y las piernas colgaban como objetos lacios e inútiles. Soltó la espada, cerró los ojos y una ola oscura se llevó su mente mar adentro.

Su mente iba y venía, sumida en las brumas de un dolor caliente. Veía un bosque y las orillas de un lago antes de volver a caer en una oscuridad que podía durar siglos o latidos. Cuando abría otra vez los ojos se encontraba a sí mismo andando a los traspiés, con las muñecas atadas a la espalda. Estaba desnudo y solo le habían permitido conservar el colmillo de león, colgante de la nuca. Le habían rodeado el cuello con una cuerda, anudada a su vez a otra, de la cual tiraba un kazele. Skarrion sintió la presión en la garganta y cayó de bruces.

El encargado de su custodia llevaba sobre un hombro el cadáver de la pantera y de su espalda colgaban además la cerbatana, el estuche con dardos y un saco de fibra vegetal. Por uno de los bordes del saco asomaban la coraza de cuero y la punta de la espada abhlia, en su vaina.

Skarrion intentó levantarse, pero sentía el cuerpo débil, como un pedazo de carne gelatinosa. Sudaba y estaba mareado. Aún había veneno en su cuerpo. Miró hacia atrás y vio a otros dos cazadores. Cada uno cargaba sobre la espalda un compañero muerto, los mismos que él había eliminado, allá en las ramas.

Alguien le pinchó con una lanza y se levantó. Perdió el sentido, pero antes de caer otra vez en la inconsciencia comprendió que eso no le impediría seguir caminando.

Abrió los ojos y se desplomó sobre las rodillas. Aún estaba atontado y desnudo. Aún le tenían preso. Su cuerpo no respondía como debiera, pero en su mente comenzaban a cristalizar pensamientos dotados de cierta solidez.

El kazele de la pantera se le acercó con una bolsita de cuero. Como había ocurrido ya otras dos veces, obligó al prisionero a abrir la boca y comer una pasta blancuzca, densa y maloliente. Skarrion sintió arcadas, pero le pincharon con la lanza y zarandearon su cabeza, hasta obligarle a tragar. Al cabo de poco notó que su mente se aclaraba. Pensó que quizás le estuviesen administrando en diferentes tomas el antídoto para el veneno, o bien que el veneno perdía por sí mismo, poco a poco, su intensidad. Le querían con vida. Tal vez le llevaran ante sus líderes para ser interrogado, o quisieran darle tormento, haciendo de su tortura y ejecución públicas una fiesta, como suele ocurrir en casi todos los pueblos del mundo, sean bárbaros o civilizados.

Todavía se encontraba demasiado débil como para intentar huir. A pesar de que su mente ya funcionaba de forma correcta, sus miembros aún estaban a muchas leguas de su voluntad.

Otro kazele del grupo, un joven, le agarró de los cabellos y le volvió la cabeza, obligándole a mirarle a los ojos. Estaba enfurecido y gritaba palabras en una lengua incomprensible para Skarrion. Apuntó con el venablo a su compañero muerto, asesinado por la espada

abhlia, y acercó al rostro del shakark la muñequera unza que el extranjero llevara en su antebrazo. La volvió del revés y señaló los caracteres, el lema secreto de los guerreros Leopardos: *Veloz como el viento, astuto como la sombra, afilado como el acero*. Y en la siguiente línea, el grito de batalla imperial: *Matar hasta morir*.

El kazele levantó su lanza. *¡Unza!*, le gritó. *¡Unza!* Skarrion pensó que le iba a matar en aquel mismo instante. Otro kazele, más veterano, agarró del brazo a su compañero y trató de calmarle. Lo mismo hizo quien cargaba con la pantera. Ambos repetían muchas veces una palabra: *Acali*. Skarrion sospechó que tal vez ese fuera el nombre del muchacho colérico. Acali se apaciguó. Bajó el arma, dio la vuelta y arrojó la muñequera al suelo. El que cargaba con la pantera la recogió y la metió en su saco, junto a las otras pertenencias del cautivo.

Skarrion sufrió más tirones de cuerda y le obligaron a caminar de nuevo.

Era mediodía cuando llegaron a una canoa ancha y larga, pintada de negro. La nave estaba varada, atada a un árbol que hundía sus raíces en el lago, con la proa en tierra y la popa en el agua. Los kazeles obligaron a Skarrion a tumbarse dentro de la barca y le echaron encima el cadáver de la pantera. El prisionero sacó la cabeza por entre la cabeza y las patas peludas y malolientes y tomó aire con vigor. Comenzaba a desaparecer el mareo que había debilitado tanto su organismo. Los cazadores soltaron la barca y tomaron del interior unos remos muy largos, puntiagudos en un extremo pero anchos como palas en el otro. Dos kazeles hundieron en el agua los extremos agudos. Al parecer no remaban, sino que clavaban las puntas en el fondo y las empujaban hacia abajo, lanzando al frente la embarcación. El tercer cazador se sentó cerca de Skarrion, sacó de su vaina un cuchillo ancho y pesado y comenzó a afilarlo con una piedra de amolar. De vez en cuando miraba al preso, de un modo tal que hacía innecesarias las palabras de amenaza. Quizás tuvieran interés en mantenerle con vida, pero eso no sería obstáculo para que le golpeasen o hiriesen si intentaba cualquier locura. Con todo, Skarrion agradeció que su vigilante no fuese el tal Acali.

La canoa no surcaba el lago en línea recta, sino que se mantenía siempre cerca de las orillas. Skarrion se preguntó la razón, pues de esta manera tardarían mucho más en llegar al poblado. Además, cerca de los árboles había más hipopótamos y cocodrilos. Miró el brillante y sereno centro del lago. ¿Qué había allí, capaz de atemorizarlos hasta el punto de evitar esa zona por todos los medios? Recordó la línea de centinelas nocturnos alrededor del poblado kazele. Pensó que en realidad habían estado vigilando las aguas… Lo que hubiera en sus profundidades.

Dado que a los kazeles no parecía faltarles el pescado, Skarrion pensó que para ellos la caza era más una afición que una necesidad, y que para practicarla sus captores se habían aventurado lejos de la aldea, adentrándose en el territorio selvático, patria de la pantera, el gorila y la serpiente. Skarrion no vacilaría en matar a estos hombres, pero tampoco podía evitar respetarlos.

Mientras ocurría este viaje acuático, bajo el sol poderoso del mediodía, Skarrion sentía desaparecer la debilidad de sus miembros. No perdía de vista a su guardián, siempre ocupado con su cuchillo, tan afilado ya que podría cortar, rozándolo, un tallo de hierba. De forma recíproca, el guardián tampoco se relajaba un solo momento.

La canoa se acercó a la aldea y Skarrion pudo contemplar con detenimiento el atracadero lleno de barcas, las casas levantadas sobre postes que se hundían en el lago y el conjunto abigarrado de chozas de la playa. Los niños dejaron sus juegos y recibieron a los cazadores con risas y cabriolas. Algunos desorbitaron sus ojos, señalaron a Skarrion y lanzaron gritos de sorpresa. Al cabo de poco, el muelle estaba lleno de personas que observaban con asombro al prisionero.

La multitud no era del todo homogénea… Los viejos se dividían en negros altos y larguiruchos, de rasgos finos y elegantes, o bajos y regordetes, con una cara ancha y tosca. Y la mayoría de los jóvenes integraban en sus caracteres físicos una mezcla de los que sus mayores mostraban. Skarrion imaginó que tal vez los kazeles se formaran a partir de dos o incluso más pueblos distintos, unidos en uno solo por la necesidad.

Los cazadores amarraron la canoa en el atracadero y desembarcaron primero la pantera y luego a Skarrion, que ya podía mantenerse en pie sin temblores ni mareos. Dejaron también sobre las tablas a los dos kazeles muertos. Un par de mujeres se abrieron paso a empujones entre los espectadores, primero sorprendidas y por último consternadas, y cayeron de rodillas junto a los cadáveres, llorándoles a fuerza de gritos y gemidos.

Acali, el que estuviera a punto de alancear a Skarrion, habló a la multitud con palabras llenas de ira, señalando al extranjero y después a los muertos. Se preocupó de repetir muchas veces la palabra *unza*. Cosa lógica, sus oyentes montaron en cólera.

Una de las viudas miró a Skarrion con ojos enloquecidos y se lanzó sobre él, bufando y chillando como una fiera, arañándole en el pecho y los hombros. El cautivo retrocedió y entre dos hombres contuvieron a la mujer y se la llevaron lejos.

Acali se acercó al siempre impasible Skarrion y le siseó unas palabras corrosivas que no necesitaban traducción.

A estas alturas, al prisionero no se le escapaba que su destino entre estas gentes no sería rápido ni indoloro. Se había metido en sus

territorios escondiéndose, como un enemigo, como un ladrón, y había matado a dos miembros de la tribu. No le parecía extraño o injusto que quisieran castigarle, pero ningún sentimiento de culpabilidad enturbiaba su juicio; no le importaban lo más mínimo esos muertos ni el llanto de sus viudas. Lo único que ocupaba su mente en estos momentos era escapar y sobrevivir, o bien llevarse a cuantos pudiera con él, de camino al Infierno.

Lo llevaron a empujones por un pasillo de kazeles furiosos. Skarrion ya se encontraba completamente restablecido y caminaba por su propio pie. Un hombre le increpó y le golpeó en el muslo con un palo y Skarrion gritó y trastabilló. Su agresor iba a repetir el ataque, pero él le pateó la entrepierna con todas sus fuerzas. El kazele abrió mucho los ojos y la boca y retrocedió, encogido sobre sí mismo, engullido por una muchedumbre aullante que se lanzaba ya sin titubeos sobre el cautivo. Skarrion repartió patadas, rodillazos y cabezazos sobre hombres y mujeres. Alguien tiró de la cuerda que rodeaba su cuello y cayó de rodillas, boqueando y tosiendo. Entre muchos hombres armados lograron contener al gentío y le obligaron a levantarse. Aún buscaba aire entre jadeos cuando le obligaron de nuevo a caminar.

Rodeado por guerreros que apartaban a la chusma asesina, le llevaron hasta una plaza circular en la que se alzaba un edificio enorme, de planta rectangular, construido con planchas de madera y con un tejado cónico de paja apelmazada y tejas de barro. Solo había una entrada, cegada por una puerta de una sola pieza, sin tranca ni asideros. Dos guardianes altos y delgados metieron sendas varas por el extremo inferior de la puerta y la impulsaron hacia arriba, haciéndola girar sobre un eje en su extremo superior, a modo de bisagra. Skarrion y sus tres captores entraron, seguidos de ocho hombres, todos ellos vestidos con taparrabos, armados con lanzas y escudos y pintados sus rostros a rayas blancas. El color de los guerreros.

El interior del edificio estaba compuesto por una única sala, muy espaciosa y sin muebles. El espacio vacío estaba interrumpido por las columnas de madera, que soportaban el techo. Imperaba una penumbra suave, rota por los haces solares que pasaban por entre los tablones de las paredes. En el muro del fondo colgaban los únicos adornos, una línea de escudos de diferentes formas y tamaños.

En el centro de la estancia había diez ancianos sin más vestimenta que unos taparrabos. Estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, formando una media luna. Junto a cada uno había un cuenco con polvo inflamable que soltaba una llama delgada y blancuzca y un humo frágil, de aroma dulzón. Todo el lugar estaba impregnado de semejante fragancia, así que Skarrion no pudo evitar inhalarla. Se sintió ligero, como si sus pies flotaran no sobre una

superficie sólida, sino gaseosa. Pero aquella sensación se fue, tan rápido como había llegado. El humo de los polvos ardientes ascendía hasta las vigas del techo y se concentraba en las alturas, dibujando nubecillas caprichosas. Junto a cada cuenco oloroso había otro más, con una especie de ralladura muy fina de color pardusco. De vez en cuando, cada anciano cogía un puñado de esta sustancia, lo metía en su boca y lo masticaba sin prisas, paladeándolo con rostro impasible, para al fin volverse hacia atrás y escupirlo. Skarrion sabía que en Dollbrakk y Noctumbria también se consumían ciertas hierbas aromáticas, en pipa; en Imyaria se tragaba el humo utilizando cañas conectadas a braseros metálicos y había rumores acerca de que el lejano y exótico Uan tenía su propia sustancia embriagadora, llamada *chue*, adictiva y a la larga mortífera, prohibida por las autoridades pero consumida tanto por el pordiosero como por el noble. En Ishanki los comerciantes imyarios trajeron semillas de plantas similares y en las aldeas y ciudades se machacaban y prensaban las hojas, formando una pulpa que era por último picada y triturada, hasta convertirla en un polvo muy fino, cuyos consumidores se metían en la boca, a puñados que mascaban con placer, para luego escupirlos.

Cada anciano tenía rasgos físicos diferenciados. Los había altos y bajos; con tez de un color negro azulado, o marrón suave, e incluso de piel cenicienta; los había velludos o lampiños; de ojos grandes o pequeños, rasgados, almendrados o redondos; con narices rectas, respingonas o chatas en la punta, o bien gruesas y aplastadas.

El anciano que ocupaba el centro del grupo parecía casi un gorila sin pelo, bajo y arrugado, con el pecho grande, la panza fofa, la cabeza esférica y las manos muy grandes. Sus ojos inteligentes, astutos y tranquilos estudiaban al cautivo sin prisa ni pausa.

A Skarrion no le obligaron a arrodillarse y siguió en pie, pero sentía en su espalda las lanzas de los guerreros. A pesar de los moretones y los hilos de sangre que corrían por su rostro, seguía mostrando un talante impasible y dueño de sí mismo, pues nada era tan despreciado en Ishanki como la debilidad y el nerviosismo, sobre todo en un hombre. Skarrion había viajado por medio mundo y en pocos lugares había encontrado tanta templanza ante el miedo y el dolor como entre los pueblos de raza negra.

Acali, el cazador que ya le había mostrado su odio, habló a los ancianos en una lengua que Skarrion desconocía. Señalaba al cautivo y repetía cada dos por tres la palabra *unza*. Los viejos escuchaban al joven con atención serena, aunque de vez en cuando uno de los diez le interrumpía con una pregunta, a la que él respondía con firmeza.

Tras mucho tiempo de narración el orador calló por fin. Estaba sudoroso y jadeante y sus ojos brillaban de ira.

Los ancianos observaron de nuevo a Skarrion, durante mucho

tiempo. El que ocupaba la posición central le lanzó varias frases ininteligibles.

—No hablo vuestro idioma —respondió Skarrion, en ishankita común.

La mayoría quedaron atónitos, pero el anciano del centro sonrió, de una manera en apariencia bondadosa. Solo en apariencia.

—Pero sí conoces la lengua del continente —le dijo—. Solo yo, Angal, el más viejo de la tribu, y dos de mis compañeros —un par de ancianos asintieron en silencio—, la dominamos.

Skarrion no dijo nada. Tras un suspiro, Angal continuó:

—Durante siglos las gentes del Valle del Demonio han vivido aisladas y han desarrollado su propio lengua, al margen de las que hablan las gentes del exterior. Vivimos apartados de todo ese mundo de crueldades y locura y somos felices en este lugar. —No perdió la sonrisa bonachona, pero sus ojos cobraron dureza—. Por esa misma razón, nos disgustan los entrometidos.

—Luego me vais a matar —dijo Skarrion.

La expresión de Angal cobró placidez.

—Claro —respondió.

—Como condenado a muerte, tengo derecho a preguntar y ser respondido.

—La curiosidad no es propia de los cadáveres. Pero no debemos enturbiar el ambiente, así que te concederé ese… *derecho*.

Acali intervino, lanzando lo que parecían reproches al anciano, con voz dura. Angal, desmintiendo su frágil aspecto exterior, le ordenó callar de forma tan cortante y seca que el muchacho no pudo evitar retroceder un paso. El anciano dirigió unas cuantas frases hacia todos los presentes, y después en particular a los tres cazadores. Antes de irse, Acali lanzó a Skarrion una última mirada corrosiva. Los ocho guerreros continuaron en el salón, apuntando al extranjero con sus lanzas.

Angal recuperó su aspecto campechano y cordial. En la conversación que siguió, hablaba en ishankita y otro anciano conocedor de esta lengua traducía sus palabras, y más tarde las de Skarrion, para el resto.

—Extranjero, has de saber que ese muchacho que acaba de salir, Acali, nació entre los ibasu, una tribu del este de Las Dos Manos. Los ibasu y los unzas siempre fueron enemigos y hace unos pocos años las gentes del Imperio arrasaron la aldea de Acali. Los unzas asesinaron a sus padres, pero él consiguió huir junto a unos pocos amigos, cruzó la cordillera, esquivando a los imgwayos, los comedores de hombres, y llegó a nosotros, los kazeles. Hace un momento este joven pidió al consejo de ancianos que le permitiésemos matarte, pues el odio hacia los unzas arde con fuerza en su pecho.

—No soy unza —respondió Skarrion—, como bien puedes ver por el color de mi piel y mis ojos. Y tampoco soy amigo de los unzas.

—Es curioso que digas eso, porque llevabas una muñequera en cuyo revés han sido escritos caracteres unzas.

—Se la robé a uno de ellos tras matarle. Después, me metí en estas selvas.

Angal escupió un salivazo oscuro y se metió otro puñado de polvo marrón en la boca. Masticó fuerte y cloqueó una risa suave y divertida.

—Tienes sangre fría y mientes con facilidad. ¿Podría una araña cruzar el reino de las hormigas rojas? No. De igual modo, nadie puede atravesar el Imperio unza si ellos no se lo permiten. De todo esto surge una sola conclusión razonable: quizás no ames a los unzas, pero trabajas para ellos.

Skarrion se encogió de hombros y aparentó tranquilidad, aunque por dentro era un manojo de nervios y maldecía a este anciano y a todos sus ancestros.

—Puedes creerme o no, pero te digo que solo soy un viajero en busca de la mítica Lukumbia.

—Eres maravilloso, extranjero, y muy divertido. Te diriges hacia Lukumbia, pero en lugar de marchar hacia el sur en línea recta, como sería lo más lógico, te has desviado hacia el oeste. Y también buscando Lukumbia, no has rodeado Las Dos Manos, cosa que haría todo explorador sensato, sino que las atravesaste y luego te metiste en el Valle del Demonio. Interesante… Muy interesante.

Skarrion sintió un escalofrío cuando la voz y los ojos de aquel hombrecito volvieron a endurecerse, sin que la sonrisa se marchara de sus labios.

—Estás equivocándote conmigo, diablo de ojos azules. Cuando yo hablo todos callan. Si clavo mis ojos en alguien ese alguien tiembla. Soy el líder del Consejo de Ancianos del Pueblo Kazele, no un mozo estúpido al que puedas enredar con tus historias.

A Skarrion el silencio se le atragantó en la garganta, pero se obligó a permanecer impasible.

Angal asintió y sonrió solo por un lado de la boca.

—Soy un hombre generoso, así que te sacaré del error; voy a aclarar tu mente confusa y te desvelaré el auténtico motivo por el que te encuentras aquí. Como ya sabrás, y no intentes contradecirme, hace miles de años, Nombi, el primer emperador unza, maldijo este valle, de tal modo que ninguno de los suyos podría pisarlo sin sufrir un destino espantoso.

»Míranos. —Señaló a los otros nueve ancianos—. Somos los últimos descendientes puros de los pueblos golpeados y aplastados por los unzas. Para escapar de la ira del Imperio nos escondimos donde

ellos no podían entrar: en el Valle del Demonio.

»Y de nuestra unión nacieron los kazeles, un pueblo bastardo, la mezcla de todos aquellos a quienes tus amos habían diezmado y sometido.

»Aislados como estamos, solo nosotros, los más viejos, conocemos y valoramos a los unzas en su justa medida. Muchos jóvenes que no han salido nunca del valle los tienen por una leyenda, y entonces salen de estas junglas para ver mundo, como locos que son. Si no los devoran los imgwayos alimentan a las azagayas del Imperio o acaban en sus mercados de esclavos.

Inspiró con fuerza, hinchando su nariz bulbosa. En el silencio restallaban los chasquidos de los dientes de aquellos ancianos. Miró con cierta tristeza despectiva al prisionero.

—Ahora llegamos a ti. Los unzas no pueden entrar en este valle porque para ellos está maldito y por eso envían a un agente extranjero. Ellos te mandaron a ti.

—Aunque todo cuanto dices fuese verdad y esos unzas me usaran para entrar en este valle… ¿Qué conseguiría de vosotros? ¿Acaso yo, uno solo, podría mataros a todos?

Angal se volvió hacia los dos ancianos que también conocían el ishankita y les dijo:

—No traduzcáis lo que diré a continuación.

Los dos viejos asintieron.

Skarrion permaneció inmóvil, pero una voz de alarma saltó en su mente.

—Volveré a llevarte por el camino correcto, extranjero, ya que te empeñas en errar una y otra vez —prosiguió Angal—. Has venido a quitarle la Maza Sagrada a La Que Habla Con La Luna.

Skarrion no dijo nada, pero sintió que el corazón le daba un vuelco.

—La mayoría de los kazeles no lo saben, pero unos pocos… —Angal miró a sus dos compañeros, que asintieron de nuevo, en silencio—. Unos pocos sí conocemos lo que Niloba guarda en el fondo de su picacho.

»Hace años ella misma nos contó, solo a nosotros tres, que unos hombres del pueblo quianu le trajeron la Maza Sagrada. Y nos pidió que guardáramos ese secreto.

»Pero los unzas han debido averiguar al fin dónde se encuentra el Arma de Nombi y te han mandado para recuperarla.

Skarrion se estrujaba los sesos, pero no encontraba salidas.

Angal suspiró con aire grave y apesadumbrado.

—Resultas sorprendente, extranjero, incluso divertido, pero esta conversación inútil no debe prolongarse. Los ancianos decidiremos de qué manera serás ejecutado.

Miró más allá de Skarrion y habló en kazele, sin perder aquel tono sereno y apacible. Levantó una mano fofa y arrugada y sonrió.

Skarrion sintió un trallazo en la nuca y cayó de rodillas.

Antes de que se lo llevaran medio desvanecido pudo contemplar al anciano Angal, masticando su polvo oscuro, tan amable, sus ojos llenos de tanta sabiduría, como si para él todo aquello fuese algo que debía ocurrir exactamente de esta manera y no de ninguna otra, como si cada pieza de la vida encajara de forma perfecta en el esquema de su mente.

Seguía desnudo, pero ahora estaba en el interior de una jaula hecha de barras de madera maciza. La caja se encontraba a su vez en una sala penumbrosa, una choza de suelo terroso. Dos guerreros cubiertos con taparrabos le miraban con indiferencia y conversaban de vez en cuando, en idioma kazele, quizás hablando de él o de cualquier otro asunto que les pareciera interesante. Eran sus guardianes y por todo armamento llevaban una cerbatana y un estuche abierto, con dardos.

En un rincón de la estancia había un cuenco de barro con lonchas de carne asada, medio sumergidas en una pasta de aroma dulzón. A su lado había una jarra con agua que parecía potable.

Los guardianes cruzaron palabras de fastidio que Skarrion no podía entender. Uno, al fin, llegó hasta los recipientes y los llevó a las cercanías de la jaula, dejándolos en el suelo, pegados a los barrotes. El cautivo saltó hacia delante, sacando los brazos entre las varas, atrapó al kazele por una muñeca y le atrajo hacia sí. El guardián se golpeó la cara contra la jaula y aulló. Skarrion apoyó los pies sobre dos barras y continuó tirando del brazo, apretando los dientes, su rostro contraído en una mueca salvaje. El guardián gritaba dolorido y asustado, con la cara aplastada entre los barrotes, intentando sin éxito liberarse. Su hombro comenzó a adoptar una posición innatural, Skarrion se lo quería descoyuntar y tiró aún más fuerte, gruñendo como una alimaña.

El segundo guardián apuntó al prisionero con la cerbatana y disparó. Skarrion sintió un picotazo en el pecho. Sonó un chasquido y los gritos del primer kazele se convirtieron en alaridos. Las fuerzas abandonaron al preso y soltó al guardián, que se alejó, agarrándose el brazo roto. Skarrion intentó levantarse, pero se desplomó sin fuerzas, mientras el mundo giraba a su alrededor. Consiguió a duras penas arrancarse el dardo del pecho y tirarlo a un lado. Luego cerró los ojos, pero en la oscuridad el universo seguía girando.

Despertó. Se arrastró, jadeante y sudoroso, hasta el fondo de la

jaula, donde quedó sentado, con la espalda apoyada en los barrotes. El dolor bajaba poco a poco, como la marea al amanecer. Miró a sus guardianes. A uno ya le conocía, pero el otro era nuevo, el relevo del que tenía el brazo roto. Los dos kazeles le observaban con una mezcla de extrañeza y hostilidad, como se mira a un animal rabioso y enloquecido, capaz de las reacciones más imprevisibles.

Volvieron a colocar los dos cuencos junto a la jaula, empujándolos con las cerbatanas, sin acercarse a los barrotes, y de un último golpe los volcaron sobre la tierra. Apuntaron las cerbatanas hacia Skarrion y le señalaron la comida. Esta vez el prisionero obedeció: comió y bebió, recogiendo la pasta con la punta de los dedos y lamiendo el agua del charquito, como una bestia cautiva, aún sin domesticar.

A través del techo de paja podía ver la subida y la bajada del sol. El día y la noche se perseguían y por fin entrelazaban sus cuerpos y se amaban, con dulzura durante el alba y con pasión en el crepúsculo, para después volver saciados a sus asuntos particulares. Pero todo esto ocurría sin pena ni gloria mientras Skarrion yacía en su jaula. Los alimentos y el agua que de manera regular le suministraban consiguieron devolverle las energías perdidas, pero no intentó escapar ni se dejó llevar otra vez por la cólera, pues aún recordaba el efecto devastador de los dardos envenenados. Por otro lado, si aún estaba vivo era porque le reservaban un final distinto al de esta simple cautividad. Sería entonces, cuando le sacaran, cuando intentaría huir.

Sus guardianes cambiaban de día en día y no le maltrataban. Pero tampoco eran amables. Skarrion sabía que se contenían solo porque se les había ordenado no hacerle daño. No quería más problemas y ni siquiera les habló. Se limitaba a comer y dormir, permitiendo así a su organismo fortalecerse después del tremendo desgaste de la última semana.

El quinto día de cautiverio, Angal entró en la cabaña.

Skarrion le dirigió una mirada de lobo, mientras cogía entre dos uñas un piojo de su barba larga y descuidada. Carraspeó antes de hablar, pues tenía la voz ronca y pastosa tras el silencio de los últimos días.

—¿Qué habéis decidido? —preguntó.

—Dentro de dos noches habrá luna llena y serás sacrificado.

Skarrion miró un buen rato al anciano. Soltó una carcajada. Angal también sonrió, feliz.

—¡Qué gran honor! —gritó Skarrion, mientras su alegría se convertía en rabia y sarcasmo—. ¿Me ofreceréis a alguno de vuestros dioses?

—No. Servirás de alimento al Demonio.

—¿Qué demonio?

—Al Demonio que habita en el Valle del Demonio.

Skarrion guardó silencio mientras la frase reverberaba en su cabeza.

Angal dijo:

—El Demonio duerme en el centro del valle, es decir, en nuestro lago, cuya profundidad desconocemos. Pero saldrá a la superficie para devorarte.

Skarrion comprendió entonces por qué los tres cazadores, cuando le llevaron en la canoa, habían tenido mucho cuidado de no separarse de la orilla.

Angal tomó su bolsita de cuero atada a la cintura, pareció rebuscar en ella con dos dedos y sacó una pastilla oscura y terrosa, que introdujo en su boca. Mientras masticaba, prosiguió:

—Hasta hace unos cinco años, cuando llegó La Que Habla Con La Luna, el Demonio salía cada cuarenta noches de sus profundidades y destrozaba todo lo que encontraba a su paso, hasta el amanecer. Así pues, los kazeles teníamos que vivir en la jungla, lejos del lago.

»Pero una mañana apareció Niloba. Tiene el poder de mandar sobre las bestias y desde esa mañana ha mantenido al Demonio dormido en su cubil. Ella nos enseñó la forma de tranquilizarlo: cuando llega la noche señalada le ofrecemos un sacrificio de sesenta animales y, tras devorarlo, el Demonio vuelve a sus profundidades, sin causarnos ningún daño.

Su voz se tornó un susurro emocionado.

—Algunas noches hemos visto a Niloba cerca del lago. Ella canta y el monstruo se sumerge lentamente, como adormecido. Es algo hermoso y estremecedor. Esa mujer es una gran hechicera, y además benigna, pues no nos trae ningún mal, aunque tampoco se mezcla con nosotros. Permanece recluida en su picacho y los kazeles no la molestamos, salvo para llevarle alimentos. Ella ama la soledad.

Angal soltó un esputo enorme y rebuscó en la bolsita.

—Dejadme morir empuñando el acero —dijo Skarrion—. Es mi última petición. Así deben morir los guerreros en mi tierra.

—Como quieras. Tendrás tu arma cuando te encuentre el Demonio, pero el acero será para él como una brizna de paja.

Skarrion no respondió. Se limitaba a mirar a Angal, quien a su vez le echó un vistazo de arriba abajo con aire despectivo.

—Antes de ofrecerte al Demonio se te lavará de forma conveniente, pues ahora estás demasiado sucio y tal vez ofendieras a su paladar.

Sonrió, como satisfecho de su sentido del humor.

Skarrion no se había podido asear desde hacía mucho tiempo, así que tenía encima una considerable capa de roña y su greñas estaban

pegajosas y apelmazadas.

—Nadie me tocará. Me lavaré yo mismo, solo.

—No —dijo Angal.

Le hizo una seña a un guardián, que introdujo la aguja en la cerbatana. Skarrion se lanzó sobre los barrotes.

—¡Malnacido! —gritó a Angal—. ¡Enfréntate a mí como un hombre, con un arma de verdad!

—Lo haría si tuviera veinte años menos.

Skarrion zarandeó los barrotes, loco de furia, con la cara roja y brillante y los músculos abultados y recorridos de venas. Sonó un crujido al romperse el cruce de dos maderos y se quedó con la barra tronchada en su mano derecha, mirándola sorprendido. Angal y los guardianes le contemplaban atónitos, pero él ya sacaba el cuerpo por el hueco, con dificultad, gruñendo y resoplando, rasguñándose la piel y haciendo brotar la sangre. Angal gritaba órdenes en tono seco y contundente, exhortando a sus hombres a disparar sus dardos.

—¡Te arrancaré la cabeza, bastardo arrugado! —bramó Skarrion—. ¡Dame un cuchillo y te abriré en canal!

Un dardo se clavó en su pecho. Otro.

Esta vez no hubo dolor, solo negrura.

7

Skarrion sintió el azote del agua helada y abrió los ojos. Había muchos rostros ante él, una multitud expectante y silenciosa. Era de noche y a la luz de las antorchas todos aquellos ojos parecían agujeros profundos, aún más oscuros que la piel que los rodeaba.

Sentía un vaivén tenue. Advirtió que estaba en el centro de una balsa gigantesca. Sus maderos quedaban separados unos de otros por un espacio de un palmo y estaban unidos por travesaños superpuestos que los cruzaban, de tal modo que podía verse el agua bajo la gran plataforma. El aire hedía y zumbaba por las nubes de moscas, pues en la balsa había decenas de cadáveres de animales: cerdos, osos hormigueros e incluso felinos, agolpados sobre los tablones de la almadía. Eran el tributo para el Demonio. Sesenta animales. Y uno más, él mismo, Skarrion.

Estaba en pie, atado a un poste vertical en el centro de la balsa. Le dolía la nuca, pues había estado dormido allí mismo, sostenido por cuerdas, con la barbilla caída sobre el pecho. Forcejeó sin éxito contra las cuerdas que rodeaban su torso, muñecas y tobillos. Tenía la mano diestra cerrada sobre el mango de su espada abhlia, reluciente y aceitada, sujeta a sus dedos con tiras de fibra vegetal. Le habían puesto el taparrabos y las muñequeras y la coraza de cuero estaba a sus pies. Sentía el rostro rasurado y todo su cuerpo parecía libre de suciedad.

Angal trepó por una escala y alcanzó el muelle, donde se agolpaba el gentío. Dejó en el suelo el cubo cuya agua había arrojado a la cara del prisionero. De espaldas a Skarrion, alzó los brazos y habló a los suyos, en lengua kazele. El tono era suave, pero a la vez estaba cargado de gravedad y emoción. Debía tratarse de una ceremonia importante para la comunidad.

Acabado el diálogo, Angal dio unas órdenes y diez canoas se acercaron a la balsa. En cada una había siete hombres robustos con remos alargados. Skarrion se dio cuenta de que en ninguna de ellas estaba el vengativo Acali; tampoco le vio entre la muchedumbre.

De cada canoa, tres hombres saltaron a la balsa. En los cuatro picos de la almadía, y en ángulo con la superficie del agua, clavaron otras tantas pértigas, y sobre sus extremos encendieron antorchas. Alrededor de la plataforma recién iluminada el lago empezó a bullir de peces. Veinte kazeles volvieron a sus canoas y otros diez se quedaron sobre la almadía. En la proa había otras argollas metálicas y

los diez hombres ataron en ellas cabos cuyos extremos más lejanos estaban aún amarrados a las canoas. Acabada su tarea en la almadía, y en medio del profundo silencio que impregnaba la escena, también ellos volvieron a sus embarcaciones.

Comenzaron a remar con vigor, arrastrando la plataforma, alejándola poco a poco del embarcadero. Llevaban rayas blancas en la cara, pero sus rostros estaban teñidos de gris y perlados de sudor a causa del miedo, creciente a medida que se adentraban en el lago.

Skarrion también se alejaba del muelle, atado al poste, en el centro de la balsa. La almadía atravesaba la negrura arrastrada por las diez canoas, como una luciérnaga metiéndose en las fauces de la noche. Las cabañas y la selva ya estaban lejos, así como el poblado y sus lucecitas. Parecían un sueño del que Skarrion acabara de despertar. Más allá de las antorchas no alcanzaba a ver nada, pero bajo las tablas del suelo la superficie era una película de oscuridad en la que bullían miles de cabecitas inquietas, atraídas por el resplandor de las llamas.

Los kazeles dejaron de remar. Rápidos y silenciosos, cortaron los cabos que unían las canoas a la balsa y volvieron otra vez a remar, pero en dirección al poblado. Jadeaban a causa del esfuerzo físico y, sobre todo, del miedo.

Solo una barca quedó junto a la almadía. El kazele que la lideraba sujetó la embarcación a la plataforma con un gancho y los seis remeros subieron a la balsa empuñando lanzas. Empezaron a rajar y abrir en canal los cadáveres de los animales. La sangre manaba como los torrentes en el deshielo, se deslizaba por entre las maderas y alcanzaba el agua, provocando más inquietud en los pececillos de la superficie. El líder de la canoa arengaba a sus hombres con voz nerviosa, pues quería terminar cuanto antes. Ellos hacían el trabajo con rapidez, pero a conciencia. Bajo la luz dorada y fantasmal de las antorchas, como espectros vomitados de algún abismo infernal, estaban ensangrentados de la cabeza a los pies.

Los kazeles volvieron a la canoa y saltaron al interior. Bogaron como almas perseguidas por los demonios y desaparecieron en la negrura, llevándose consigo el chapoteo decreciente de los remos en el agua, hasta que ese rumor también desapareció y solo quedó el silencio.

Skarrion miró en torno y bajo él. A la luz de las antorchas, la sangre brillaba y dibujaba figuras huidizas. La balsa estaba rodeada por una extensa mancha que se diluía con lentitud. Imaginó que el Demonio olería el líquido vital y subiría a la superficie, espoleado por el hambre atroz, o simplemente por el placer de un buen banquete.

Dobló la muñeca derecha hasta que la punta de la espada tocó una cuerda que rodeaba su pecho, introdujo un poco más el acero entre la piel y la fibra y el filo empezó a cortar la cuerda. Era un trabajo difícil

y lento durante el cual estaba hiriéndose su propia carne.

Oyó un fuerte chapoteo que se acercaba a la balsa, sin prisa y sin pausa.

Jadeante y angustiado, redobló sus esfuerzos. Ya la espada mordía con saña la cuerda y pronto la cortaría de una vez por todas.

El rumor del agua crecía. Algo más grande que todos aquellos peces estaba acercándose a la balsa.

Skarrion por fin consiguió cortar la cuerda, al precio de un tajo inofensivo pero aparatoso bajo el pezón derecho. Tenía los brazos libres, aunque no las manos, unidas todavía al poste por otra cuerda. Retorció la muñeca y el codo hasta que el dolor le llevó a apretar los dientes, pero consiguió meter la espada entre el cabo y la madera y volvió a cortar.

Lo que se acercaba ya estaba dentro del círculo luminoso que dibujaban las antorchas. Llegó hasta la balsa, subió por el borde y se irguió, permitiendo que la luz de las antorchas lo iluminara por completo.

Era Acali, el joven kazele que tanto odiaba a Skarrion.

Había llegado nadando, con un cuchillo entre los dientes. Su cuerpo chorreaba agua sanguinolenta y se había pintado en la cara las rayas verdes de los cazadores. Quería cobrarse su presa y nadie se la iba a arrebatar, ni siquiera el Demonio del lago. Miraba a Skarrion con ojos enloquecidos y una sonrisa siniestra rompía en dos la tensión de su cara.

—¡Márchate! —gritó Skarrion, en ishankita común—. ¡Todavía podemos escapar! ¡Nadaremos hasta la selva mientras el Demonio se traga esta balsa y su contenido!

Acali ya caminaba entre los cuerpos sangrantes, con el rostro tenso y la mirada febril, clavada en Skarrion. Siseó frases y el cautivo reconoció, de entre todas las palabras, una sola: *unza*. Skarrion comprendió que no serviría de nada tratar de razonar con él. El ansia de venganza había roto el espinazo de su cordura.

La cuerda se rompió y, libres las manos, Skarrion la emprendió a tajos con las ligaduras de sus piernas y tobillos.

Todos los peces debajo y alrededor de la balsa huyeron, se esfumaron por completo. Algo se acercaba. Algo que los había asustado.

Acali gritó y corrió hacia el prisionero, casi resbalando sobre los animales muertos y las tablas ensangrentadas. Skarrion ya estaba libre y decidido a luchar, pero casi se desplomó sobre las rodillas, pues tenía los miembros entumecidos por la falta de riego sanguíneo. Acali se le echó encima y el shakark rodó, esquivando así un cuchillo cuyo filo cortó la madera.

Se levantó y volvió a caer, ahora de espaldas, sobre un cerdo

salvaje. Levantó la espada y detuvo un golpe, con estruendo de aceros en el silencio de la noche. Se apartó a un lado y el cuchillo se hundió en el cuello porcino. Consiguió levantarse y retroceder, agitando unas piernas que poco a poco iban despertando de su letargo.

La barca se inclinó con brusquedad, como si algún cuerpo gigantesco bajo ella hubiese alzado una onda de agua. Skarrion se agarró a un madero y la ola pasó, perdiéndose en la noche.

Acali volvió a atacar y Skarrion le esquivó otra vez, y paró el siguiente golpe con su espada. Resbalaron sobre los maderos y se echaron uno encima del otro, agarrándose por las muñecas, en equilibrio sobre las tablas húmedas. Acali disparó el pie derecho hacia los genitales de Skarrion, pero el extranjero lo detuvo con una rodilla y luego fue adelante y cabeceó, rompiéndole a su enemigo los labios. Volvió a embestir con la cabeza, abriendo un pómulo. Acali trastabilló, pero pateó de nuevo, en el abdomen. Skarrion retrocedió, resoplando y bufando, y arrastrando a su rival. La lucha les había llevado al borde de la almadía y los dos cayeron al agua.

La negrura se los tragó. Aún estaban trabados por las muñecas y siguieron forcejeando y luchando, rodeados de nubes de burbujas y tragando un agua que sabía a hierro por culpa de la sangre. Skarrion retorció su muñeca y cortó con la espada el antebrazo de Acali, que ni siquiera protestó…

…Porque sus ojos desorbitados por el pánico miraban hacia las profundidades.

Los dos oyeron el rumor sordo que llegaba desde abajo. La boca del kazele se abrió en un mudo grito de espanto, Skarrion se volvió y vio algo que subía hacia ellos, una sombra aún más ominosa y profunda que la tiniebla de las aguas. El tamaño de aquella cosa le aturdió durante unos latidos, pero consiguió salir del estupor y braceó y pataleó con la fuerza que da el miedo. El kazele quedó inmóvil, colgando en el abismo de agua, pues el terror se había convertido en una fascinación que le había paralizado, mientras contemplaba algo rojizo abrirse más y más, hasta ocupar todo su campo de visión.

El Demonio lo tragó.

Una superficie escamosa golpeó a Skarrion. Lo único que pudo hacer aquel muñequito humano fue agarrar con tozudez el mango de su acero y girar bajo el agua, impulsado como un pelele. No se atrevía a abrir los ojos, pues sospechaba que si contemplaba de nuevo aquella sombra gigantesca perdería el poco control que aún tenía sobre su cordura. Algo golpeó sus piernas, algo suave por el limo y las plantas pegadas a su superficie de escamas. Quizás fuese una aleta, pero tan grande como cinco cabañas kazeles. Skarrion subió hacia la superficie. Oyó, sofocado por el rumor del agua, el crujido de la balsa al ser rota en pedazos.

Salió a la superficie agitada por las olas y tomó aire con ansia. Alrededor, flotaban animales muertos y trozos desgajados de la plataforma. Más que ver, intuyó un cúmulo caótico de maderos; entre ellos se alzaba el poste al que estuvo atado. Se colocó la espada entre los dientes y nadó, con la cabeza alta para que el arma no le estorbara al bracear. A su espalda continuaba el concierto de crujidos y chasquidos, pero se percibía algo nuevo, el estruendo de una gigantesca boca sin dientes abriéndose y cerrándose. Su imaginación volaba con las alas del terror e imaginó que en esas fauces cabría sin dificultades un barco pesquero imyario. Skarrion hizo un esfuerzo para no volverse y mirar al Demonio. Si lo viera, tal vez el terror acabara de una vez por todas con su cordura.

Las olas producidas por los movimientos del Demonio le arrastraron como a un muñeco flotando en las aguas. Nadó lo mejor que pudo, hasta tocar los maderos desgarrados. Subió a ellos y se aferró al poste. Un milagro más: su coraza de cuero aún estaba allí, entre dos tablas rotas. La agarró con la mano izquierda y mantuvo la espada en la diestra. Se llevó a los labios el colmillo de león.

—¡Dame fuerzas! —susurró, con voz temblorosa.

En la oscuridad, las olas bufaban y siseaban como felinos gigantescos. El Demonio emergió como una pequeña isla, un cúmulo de negrura parido por la superficie agitada. Abrió sus fauces rojas y en ellas entraron más agua, más sangre y más despojos de la balsa. Los cadáveres se deslizaban por su garganta entre cortinas de espuma.

Skarrion temblaba de pánico. Se abrazó al poste de la balsa mientras veía acercarse más y más a la criatura.

Pero antes de tocar la balsa, el Demonio cerró su boca y se sumergió.

Su peso corporal creó una succión de agua y las manos de Skarrion resbalaron, perdiendo su asidero; se separó del poste, arrastrado por la turbulencia. Sintió un dolor punzante en el muslo derecho, donde se le acababa de clavar una larga astilla de madera. La agarró y la extrajo de un tirón, rodeado por miles de burbujas. Ahora, su propia sangre se mezclaba con la del resto de los animales sacrificados.

Cuando el remolino se deshizo pataleó y alcanzó de nuevo la superficie. A pesar de hallarse al borde del agotamiento, el miedo le dio las energías suficientes como para nadar, aunque fuese a duras penas. Casi no sentía el dolor del muslo izquierdo, pero no se le pasaba que el movimiento aceleraba la pérdida de sangre. Esperaba que de un momento a otro algo atrapara su cuerpo y se lo llevara de una vez por todas a las profundidades. Un miedo como pocas veces había sentido le obligó a aumentar sus esfuerzos por llegar a la orilla del lago.

Atrás, sonaba un caos de crujidos y ruidos de succión. Quizás el

Demonio estuviera acabando de comerse los últimos cadáveres y pedazos de balsa. Skarrion consiguió dominar sus emociones y siguió nadando.

Los sonidos cesaron.

El agua subió en una ola gigantesca que arrastró a Skarrion. El Demonio le seguía, le perseguía *a él*, había olido la sangre de su muslo herido y no quería dejar escapar este pequeño y último bocado.

La orilla estaba más cerca y Skarrion nadó poniendo el alma entera en el empeño. Los brazos y las piernas le parecían de plomo y le costaba respirar, pero ya veía los árboles y sus raíces, que se hundían en las aguas agitadas como un puñado de lombrices de madera. Sus rodillas chocaron con el suelo, se levantó y echó a correr, trastabillando, salpicando láminas de agua. Sentía la presencia titánica tras él y una oscuridad insondable, la sombra del Demonio, cayó sobre su cuerpo. La bestia alzaba olas de barro y la maleza aplastada y la inmundicia lodosa golpeaban la espalda de aquel hombrecito asustado.

Skarrion se desplomó sin fuerzas y se agarró a un árbol. Al volverse descubrió una oscuridad que tapaba el cielo nocturno, el lago, la selva, que eclipsaba el universo entero. La boca rojiza se abrió, chorreando cascadas brillantes, y el hombrecito gritó hasta enronquecer y después perder la voz.

El Demonio quedó inmóvil, como una montaña recién salida del fondo del lago. De la cuchillada gigantesca que era su boca seguía cayendo agua, a intervalos regulares, como si la expulsara según marcaban los latidos de su corazón. Un rumor sordo emergía de sus entrañas, mientras sus tripas descomunales tragaban, deglutían, se llenaban de líquido y lo evacuaban.

La boca se cerró con lentitud.

El monstruo se removió y Skarrion distinguió algo parecido a una cola monstruosa y lejana que hacía ondular la superficie del lago. El Demonio retrocedía poco a poco, braza a braza. Su testa iba hundiéndose. La montaña viva retornaba a su lecho, fue alejándose y desapareció del todo, tragada por las aguas del lago.

Skarrion seguía atónito, incapaz de cristalizar un solo pensamiento coherente. El corazón tronaba en sus sienes y su garganta y sus miembros temblaban como si fueran animales con vida propia, pegados a sus articulaciones, libres de su voluntad.

Lo oyó.

Era un canto de mujer, el más hermoso que nunca hubiera podido imaginar… Era la feminidad hecha voz: tenue, delicada, bella hasta lo sublime, fuerte y suave a la vez, melancólica, doliente y exultante… Plata líquida y fuego sólido, seda acerada, terciopelo metálico, pena y gozo y dulzura y poder. Este canto triste y maravilloso había hecho

retroceder al Demonio y estaba rompiendo el duro corazón de Skarrion Gunthar, el asesino, el ladrón, el mercenario, el mentiroso, el ladrón, el sinvergüenza, el canalla sin escrúpulos. Sorprendido hasta la incredulidad, sintió que sus ojos se hinchaban y humedecían. Las lágrimas fluyeron.

Se volvió y vio a la mujer que emergía de la espesura.

Una túnica blanca y gaseosa cubría su cuerpo alto y esbelto, como el sudario de un espectro errante; la túnica dibujaba sus hermosas líneas, su figura voluptuosa y pálida, cercana pero remota, un cáliz de elegancia y deseo. Su pelo negro y ensortijado caía por la espalda, hasta la cintura, y también se desparramaba sobre los hombros delgados y los senos turgentes. Y el rostro permanecía oculto tras una máscara de madera en la que se habían tallado facciones delicadas y femeninas, atrapadas en una expresión serena y grave.

Era Niloba, la hechicera suprema, diosa y dueña del Valle del Demonio. La Que Hablaba Con La Luna.

El dolor y el cansancio tomaron posesión de Skarrion y sus ojos se cerraron.

Despertó entre aromas fragantes y deliciosos.

Yacía sobre hierba suave, fresca y mullida. Al abrir los ojos el mundo sufrió una explosión de colores.

Había flores que dibujaban charcos de alegría y vivacidad, todo ello en el seno de un jardín esmeraldino. Los tallos parduscos y las ramas con hojas en forma de corazón formaban una trama vegetal que no provocaba la angustia de la jungla apretada y abigarrada, sino una tranquilidad y un bienestar que calmaban el espíritu y, de algún modo extraño, lo elevaban.

El vergel estaba dentro de una caverna de piedra gris. A través de una abertura en el techo y parte de un muro entraba la luz solar y por ello no tenía el aspecto lóbrego de las cuevas, sino que estaba bañado en un blanco y un amarillo radiantes.

Se levantó. Estaba desnudo y se sentía descansado y lleno de energías. En la hierba, cerca, encontró el taparrabos de piel, las muñequeras y el cinto, todo ello limpio e incluso lustroso. Pero no vio su espada por ninguna parte.

La herida del muslo había cicatrizado y la costra parecía a punto de caer. Comprendió que habían pasado días desde que perdiera el conocimiento, esa noche fatídica, al oír la voz de la hechicera Niloba.

Se puso el taparrabos, las muñequeras y el cinto. Echó a andar entre los árboles, hasta la abertura por la que entraba la luz. Asomándose al exterior, contempló desde cierta altura el lago y la

selva, que se extendía por el oeste hasta darse de bruces con las paredes de Las Dos Manos.

Siguió explorando el jardín interior y encontró un agujero en el suelo de tierra. Allí empezaba una escalera descendente, iluminada por unas antorchas encajadas en las grietas y oquedades del muro rugoso. En las paredes de la escalera había celosías de madera con zarcillos esmeraldinos y flores delicadas y exóticas.

Bajó por la escalera y llegó a otra galería, mayor que aquella en la cual despertara, pero también llena de vegetación lujuriosa y bella.

Niloba estaba observando y acariciando unos arbustos de hojas sedosas, de colores rosa y blanco.

Vestía una túnica larga y sin mangas, ceñida a su cintura por una cuerda de lino. La prenda tenía un color que fluctuaba entre el azul celeste y el verde marino. El rostro estaba cubierto por una máscara de madera fina, cremosa y pálida, de rasgos femeninos y serenos. La cascada ensortijada caía libre hasta el final de la espalda. En las muñecas había ajorcas de oro y en el cuello cadenitas de plata.

Junto a Niloba había un leopardo y una pantera. En cuanto Skarrion apareció se levantaron y gruñeron con hostilidad.

Niloba se volvió para mirarle y el aventurero descubrió tras aquella máscara dos ojos hermosos de color castaño claro, en los cuales flotaban la melancolía y la sabiduría. La hechicera calmó a las bestias rascándoles entre las orejas y musitándoles dulzuras; los felinos se apaciguaron bajo su mano y volvieron a tumbarse. La pantera observaba a Skarrion con la barbilla peluda sobre una pata y el leopardo se lamía un costado.

—Al fin despertaste, extranjero —dijo Niloba, en ishankita común, con voz profunda y serena—. Has dormido durante seis días. En ellos alimenté tu cuerpo y curé sus heridas y lesiones. Pero tu sueño estaba lleno de inquietudes.

—Te doy las gracias por haberme cuidado. Y también por salvarme del Demonio.

Dio un paso hacia la mujer y la pantera y el leopardo le gruñeron una amenaza. Niloba amonestó a sus animales, hablándoles en una lengua que Skarrion desconocía, y las criaturas se retiraron con el rabo entre las patas, hasta sentarse sobre la hierba, donde acabaron por retozar una sobre la otra, juguetonas.

—¿No me harán pedazos tus animales? —preguntó Skarrion.

—Si hubiese querido matarte ya lo habría hecho, extranjero.

—Hace poco conocí a otra mujer que tenía un leopardo como bestia amaestrada.

Los ojos y la voz de Niloba se endurecieron.

—Nara, la emperatriz unza.

—La conoces

—Sé muchas cosas acerca de ese pueblo y su emperatriz. Ella domina tanto a sus animales como a sus súbditos mediante el miedo. Yo no tengo… *bestias amaestradas*. —Señaló a las fieras y después al jardín que la rodeaba—. Tengo amigos que vienen y se van cuando quieren y me permiten disfrutar de su compañía.

—Entiendes la lengua de las bestias y puedes comunicarte con ellas —dijo Skarrion—. Por eso lograste que el Demonio se marchara.

—No es ningún *demonio*, sino una criatura solitaria a la que todos temen. Sus semejantes se han extinguido y duerme en una cueva profunda, en el fondo del lago, esperando la muerte. Solo emerge cuando el hambre le urge. Solo entonces sale para comer, tomando lo mínimo necesario para volver a su estado de sueño habitual.

—Un ser solitario y triste al que todos temen y adoran —dijo Skarrion—. Como tú.

Niloba clavó su mirada en él y Skarrion intuyó un poder terrible en el interior de aquella mujer. Era lógico que los kazeles la respetaran e incluso reverenciaran.

La hechicera se relajó. Llegó hasta las cercanías de un arbolito esbelto y sinuoso y tomó de una rama, plana como una bandeja rudimentaria, un cuenco de madera con frutas jugosas.

—Quizá quieras comer, extranjero.

Skarrion se le acercó y tomó una especie de naranja sin piel. La mordió y tragó el jugo fresco y dulce.

—Gracias. Mi nombre es Skarrion Gunthar, aunque por estas tierras suelen llamarme Colmillo de León. —Se tocó el colgante.

Niloba devolvió el cuenco de las frutas a su sitio.

—Te vi en mis sueños y visiones: supe que iba a llegar un viajero de piel, cabello y ojos claros.

Miró el colmillo. Tras la máscara, la ira brilló en esos ojos castaños.

—Sospecho que mataste al animal para obtener ese trofeo.

—Si no lo hubiera hecho él me hubiese matado a mí.

—Era una criatura que se regía por instintos vitales irresistibles y por tanto no pudo evitar atacarte, acuciada por el hambre, o temerosa de que un recién llegado le despojara de sus territorios.

—También yo me rijo por mis propios instintos.

—Claro. Te comportas al estilo de los unzas, los gloriosos y crueles unzas, que destruyen todo cuanto hallan a su paso. Quizá seas igual que ellos.

—Quizá —asintió Skarrion, y se encogió de hombros.

Se metió en la boca el último trozo de la fruta.

Niloba pareció enfurecerse aún más, tal vez porque él no había intentado defenderse de la acusación.

—Podría considerarte entonces un asesino, igual que ellos… Igual

que todos cuantos desean conquistar lo que posee el prójimo, robarle sus posesiones… ¡incluso sus mujeres e hijos! Te riges por la violencia y la brutalidad, esas son tus únicas leyes y razones.

—Hay una diferencia entre un asesino y un luchador, pero eso solo puede entenderlo quien pertenece a la casta guerrera, así que es muy probable, y aunque yo no lo sea, que a tus ojos aparezca como un vulgar matarife. Piensa lo que quieras, hermosa hechicera, que no intentaré hacerte cambiar de opinión. Nunca me han importado mucho los juicios de los demás. Para mí la lucha es vida y la vida es lucha. Mi senda es la del acero. No pienso dar explicaciones sobre mis actos y además no tengo por qué.

Ella no contestó. Se limitaba a mirarle, seria y pensativa.

—Hay algo extraño en todo esto —prosiguió Skarrion—. Si ya me conocías por tus visiones y si tan horrible te parezco, no entiendo por qué me salvaste de ese… animal al que me ofrecieron los kazeles. Te lo agradezco de veras, pero no lo entiendo.

—Tampoco yo sé la razón. Mis visiones vienen en los momentos más inesperados y de pronto se van, de la misma manera caprichosa. Solo recuerdo tu figura entre las brumas rojizas del sueño, huyendo de los imgwayos y después cruzando la selva. Llegué a la conclusión de que los kazeles te atraparían y te ofrecerían al ser del lago. Y el resto ya lo conoces.

—¿Te arrepientes de haberme salvado?

—No. —Skarrion adivinó que bajo la máscara Niloba sonreía, aunque sin perder la tristeza de sus bellos ojos castaños—. Me agrada charlar contigo, aunque pensemos de manera tan diferente. Incluso Angal, el hombre más sabio de este valle, se dirige hacia mí entre balbuceos, como si de veras fuese una diosa. Quería encontrar alguien con quien poder hablar de igual a igual, alguien que no me adorara o temiera, alguien incluso capaz de hacerme enfadar, en el seno de una discusión. Hace mucho que nadie me enoja y eso, incluso eso, también se llega a echar de menos. En realidad, tu presencia me place.

—También tú me agradas a mí, extraña mujer… —Skarrion la miró de arriba abajo y sonrió—. Porque, a pesar de tus fantásticos poderes, no cabe duda de que eres toda una mujer.

Los ojos de Niloba se volvieron serios y un instante después chispearon con atrevimiento.

—Hacía también mucho tiempo desde la última vez que alguien me miraba o me hablaba de tal manera… —Iba a decir algo más en el mismo tono, pero pareció recobrar la sobriedad y la voz se tornó grave y dura—: He de dejarte por el momento. Si lo deseas puedes alimentarte de estas frutas. No encontrarás carne muerta en mi morada, sino lo que me regalan mis amigas las plantas. —Miró hacia la pantera y el leopardo—. Yana y Ula se encargarán de que no trates

de huir. No te creo tan necio como para intentar luchar contra las fieras.

—Estás en lo cierto. Pero, ¿por qué no comemos juntos, tú y yo?

Los ojos castaños se endurecieron aún más y se convirtieron en dos pequeñas piedras marrones.

—No debes ver mi rostro. Después del mediodía volveré y seguiremos conversando. Considérate mi invitado.

Skarrion guardó silencio y ella echó a andar. Cuando ya iba a salir de la galería Skarrion la llamó:

—¡Niloba! Devuélveme mi espada.

—¿Acaso pretendes atacarme?

—No soy un necio, sé que uno de tus cánticos me haría pedazos antes de poder levantar un brazo contra ti. Pero la necesito.

—No la necesitas. Aquí no.

—¿Podrías vivir sin tus flores?

Ella dudó durante unos instantes, pero al fin negó con la cabeza, despacio.

—Entonces has de comprender que yo tampoco puedo vivir sin mis armas —dijo Skarrion.

Niloba permaneció callada durante muchos latidos, pero al final asintió. Chasqueó los dedos y al salir de la luminosa caverna Yana, la pantera, la siguió. Ula, el leopardo, permaneció en su sitio, mirando al extranjero, quizás vigilándole.

Al cabo de poco Yana volvió sola, trayendo entre los colmillos la espada envainada. Sin dejar de gruñir sus amenazas, dejó caer el objeto a los pies de Skarrion. Y volvió con Ula.

Skarrion sacó el arma y la inspeccionó. La envainó y la colgó del cinto.

Tomó otra fruta del cuenco y la mordió.

En los siguientes días Skarrion conoció más a fondo el pico donde vivía la hechicera. Era un milagro con grutas y túneles, la mayoría iluminados gracias a boquetes por los que entraba la luz solar. Por si eso fuera poco, y para complacer a su diosa, los kazeles del Valle del Demonio llevaron hasta allí grandes cantidades de tierra fértil y sobre ella Niloba erigió su propia obra de arte, los preciosos y vivaces jardines interiores.

Niloba vivía sola. Aunque se mostraba benévola con sus fieles, no le gustaba recibirlos. Se limitaban a dejarle cada cierto tiempo los alimentos ofrendados y se marchaban con rapidez, para no importunarla. El hermetismo y el distanciamiento aumentaban el ya de por sí considerable respeto —incluso miedo— que le tenían los

kazeles, y por tanto su adoración, al considerarla un ser superior que desdeñaba los asuntos de los hombres.

Niloba enseñó a Skarrion sus árboles y sus flores y también le mostró los animales que llegaban al pico por puro capricho y que se iban también cuando lo deseaban. Él se maravilló al verla tomar de las garras de una peligrosísima hembra gorila a su recién nacido y acunarlo entre sus brazos, para después devolverlo a la madre dócil y serena. La vio con los felinos más feroces como si fueran gatos gigantes. Los cocodrilos dormitaban bajo los haces de sol, sin intentar atacarla cuando pasaba a su lado, y las serpientes se le enroscaban con delicadeza en el cuello, buscando el calor de su piel, para después marcharse en paz. Ningún depredador cazaba dentro de aquel pequeño paraíso de roca y flores, como si solo allí las alimañas respetaran una tregua no escrita, una paz en la guerra por la supervivencia. Fuera, en la jungla, la vida recobraba su dureza y su hostilidad, pero en el santuario de piedra imperaba la armonía y mandaba el reposo.

Incluso Skarrion, que amaba los placeres turbios y vertiginosos de la violencia, se sorprendió a sí mismo cantando en ocasiones las canciones que los pescadores de Shakark entonaban durante las noches interminables del Mar de los Hielos. Entonces, Niloba le tomaba con dulzura de un brazo y apoyaba la cabeza sobre su hombro, y los dos quedaban sumergidos en la paz de aquellos jardines.

Ella le interrogaba sobre sus andanzas y desventuras, sus proezas y también acerca de las mujeres que había conocido. Se interesaba por el mundo exterior y durante clepsidras Skarrion le hablaba acerca de las miserias y las maravillas que había contemplado a lo largo de sus viajes.

Él también se interesó por su pasado, pero ella le respondió con voz cortante:

—El pasado no existe para mí.

Y él no volvió a preguntar.

Una mañana, Niloba le tomó de la mano y le condujo por túneles y escaleras que llevaban a las entrañas de la tierra.

—Ven conmigo, Colmillo de León. Hay algo que quiero enseñarte.

Con una antorcha en la mano, le condujo a una sala subterránea. Allí había un bloque de piedra, una especie de altar tosco y rugoso.

Sobre él, reposaba una maza enorme.

Su mango había sido labrado en madera lustrosa y robusta y estaba coronado por una bola perfecta de metal azulado, grande como dos

puños entrelazados de un herrero.

Los ojos de Niloba brillaban tras la máscara, encendidos por un fulgor salvaje y espectral.

—¡Mírala! Es la Maza Sagrada de los unzas. El símbolo de su poder. Se creó a partir de una estrella caída, que al impactar contra la tierra dio forma a este mismo valle, hace milenios. Nombi, el primer emperador unza, era brujo además de guerrero, así que él mismo forjó la bola de esa maza a partir de la estrella. Antes de llevársela y para construir con ella un imperio conquistador, maldijo el valle y prohibió a todos los unzas del presente y del futuro entrar en él.

Skarrion estaba inmóvil. No podía despegar su mirada de la Maza.

—Es un instrumento de sufrimiento y destrucción —prosiguió la hechicera—. Quien la empuñe sufrirá una locura asesina y se sentirá invadido por energías insanas. Solo pensará en matar, matar y matar. A veces pienso que no fue una estrella lo que cayó en este lugar, sino el corazón de un demonio de los abismos que habitan allende el cielo y el sol, o quizás el alma de un diablo o de un dios de la maldad.

Skarrion miró a Niloba. Las sombras que la antorcha dibujaba en el rostro de madera le quitaron el aliento y le asustaron. Los ojos de la hechicera le contemplaban con una intensidad aterradora, como si pudiera atravesar sus pupilas, llegar al centro de su espíritu y apoderarse de él. Y mientras le taladraba con su mirada, pronunció cada palabra con lentitud:

—Hace dos años, me la trajeron unos mensajeros enviados por la emperatriz Nara. Esa mujer desea el fin de su pueblo. Sin la Maza el Imperio unza morirá poco a poco, agonizará, se derrumbará entre convulsiones y los carroñeros clavarán en él sus dientes y harán bien su trabajo, hasta que del cadáver no quede ni siquiera la huella que dejó al golpear el suelo.

Skarrion parpadeó dos veces, como si estuviera buceando en un sueño confuso y fascinante y las palabras de la hechicera provocaran ecos en su mente. Miró de nuevo la Maza, mientras la voz de Niloba continuaba tejiendo redes espesas en su cerebro:

—Pero si la emperatriz consiguiera su objetivo no sucedería una gran desgracia… ¡Es mejor que desaparezcan los unzas, ese pueblo implacable! ¡Que se hundan en el abismo y el olvido de una vez por todas, para siempre! —La voz cayó y se convirtió en el susurro una mujer entristecida—: Sí, tal vez eso sea lo mejor… Que desaparezcan los unzas.

Skarrion no supo qué decir. Ella le agarró de un brazo, como apoyándose en él. Había perdido la fuerza con la que hablara antes y ahora la sentía temblar contra su piel.

—Marchémonos de esta sala —dijo Niloba—. Vámonos de aquí, cuanto antes.

Y salieron, no sin que antes Skarrion echara una última mirada al objeto que había venido a robar.

No volvieron a las cámaras subterráneas del pico ni mencionaron una sola vez la Maza. Los días transcurrían dulces y serenos, como si vivieran al margen de las miserias del mundo.

Una mañana, los dos estaban ante una cascada cerca de la montaña. Era un lugar brillante y alegre; bajo la espuma había un lago y en sus orillas flotaban nenúfares con flores de color violeta.

Niloba tomó a Skarrion del brazo. Vestía una túnica sin mangas, de un pardo suave y veteado de rosa. La máscara era esta vez de color marrón claro y había sido tallada con una delicadeza sublime. La mujer llevaba lirios sobre su pelo ensortijado y brillante.

—Cántame otra vez esa balada de tu tierra —le dijo.

Skarrion asintió y susurró la canción en el idioma shakark, seco y brusco, tan fuera de lugar en aquel ambiente…

…Era la historia de un marinero que salió una noche en busca de pesca y cuya barca se perdió mar adentro, allá donde flotaban macizos de hielo cristalino. Perdido en un laberinto de cordilleras gélidas y pálidas y bajo la noche inacabable del norte lejano, el frío y el hambre iban matando poco a poco al pescador. Y él pensaba, durante los últimos momentos de esa vida llena de fatigas y pesares, que había olvidado cómo reír. Ya no podía curvar sus labios en una sonrisa porque la soledad y la pobreza se lo habían impedido durante demasiados años. Su cara arrugada y curtida no podía ni siquiera dibujar la más mínima mueca de diversión o regocijo. En esas estaba cuando empezó a salir el sol, acabando así con la noche insondable entre los hielos, una oscuridad que podía durar semanas e incluso meses. La luz se extendió e hizo brillar las montañas de agua helada, que resplandecieron como zafiros y turquesas sobre un mar cuajado de diamantes. Esa fue la última imagen que recogieron sus ojos moribundos…

…La barca del pescador derivó hacia el sur y llegó de nuevo a las costas de Shakark, donde la encontraron sus compañeros. Le hallaron sentado al timón, congelado, rígido y azul, pero en su faz sin vida había quedado inmortalizada una sonrisa serena y gozosa. Antes de morir, y bajo las luces y colores maravillosos de la madrugada polar, el pescador *recordó*.

Al finalizar la balada, Skarrion y Niloba quedaron en silencio, mirando la cascada. Skarrion ciñó su cintura y ella se pegó a él, permitiéndole aspirar el perfume de su cabello. Skarrion la besó en el cuello y Niloba gimió. El hombre la hizo girar hacia él y besó su

garganta, abrazándola con más fuerza. La hechicera se abandonó y él empezó a quitarle la máscara para así poder besarla en los labios, pero Niloba sujetó su máscara y la mantuvo en su rostro. Le empujó con una mano y se apartó de él.

—No… ¡No!

Se levantó y se fue andando con rapidez. Skarrion la siguió, pero Yana, la pantera, se interpuso entre ambos y rugió de un modo escalofriante. Skarrion retrocedió con cara de susto y desenvainó la espada. Al verlos así, Niloba se detuvo.

—¡Déjale, Yana! —ordenó—. Déjale en paz, amiga mía.

El animal se apaciguó, fue hasta la mujer, se puso a dos patas y lamió el rostro de madera. Skarrion las miraba con la espada colgando de la mano, sin saber qué hacer o qué decir. Niloba apartó a Yana con suavidad y la pantera se fue al trote, algo apesadumbrada; pero una mariposa atravesó su campo de visión y saltó y corrió en pos del animalito, con el rabo tieso y los ojos abiertos como platos.

Skarrion y Niloba seguían en pie, inmóviles, mirándose uno al otro.

—Lo has estropeado todo —dijo la hechicera.

—Soy un hombre y tú eres una mujer. Era inevitable.

Hubo un silencio tenso. Skarrion sonrió con amargura e ironía y envainó la espada.

—Llevas razón. Lo he estropeado todo. Absolutamente todo. Lo mejor para los dos es que me marche hacia el sur, a Lukumbia, sin más interrupciones por el camino. Gracias por salvarme la vida y por todos estos días maravillosos de paz y descanso que me has dado. Adiós, Niloba, la hechicera, La Que Habla Con La Luna. La mujer más misteriosa que jamás he conocido.

Ella no respondió.

Skarrion se volvió y echó a andar hacia la salida de la caverna.

—Espera —dijo Niloba—. No te vayas

Ella se le acercó y le abrazó. Los ojos se le encendieron en fuego.

—No te vayas.

Skarrion acerrojó la cintura femenina con sus brazos y la besó en la nuca y en la garganta. Podía oír los suspiros de la mujer bajo la máscara y esta vez Skarrion no intentó quitársela. Pero sí le despojó de la túnica, haciéndola resbalar sobre sus hombros, hasta que yació a los pies de la mujer. Skarrion recorrió con la mirada su cuerpo desnudo, magnífico y arrebatador, rebosante de promesas de placer. La tomó en brazos y la llevó hacia la hierba fresca y mullida, donde ambos se tumbaron.

—No intentes nunca ver mi cara —susurró ella.

Skarrion le besó los pechos, los hombros, la garganta, las orejas, la nuca…

…Y se halló a sí mismo besando también un rostro de madera.

Cuando despertó aún se encontraba en la hierba, arrullado por el rumor de la cascada. Niloba estaba dormida y abrazada a él. Skarrion llevó los dedos hacia la máscara, pero se contuvo.

Con un cuidado exquisito apartó el cuerpo caliente y relajado, que no despertó de su sueño. Skarrion se levantó, se puso el taparrabos y el cinto y tomó su acero.

Volvió a la montaña, encendió una antorcha y echó a andar por los pasillos que conducían a los subterráneos

Contempló la Maza Sagrada, sobre el bloque de piedra.

La miró durante mucho tiempo, inmóvil, respirando fuerte.

Le dio la espalda y salió de la cueva.

Estaba de nuevo frente a la cascada, su jardín y su explanada de hierba. Niloba seguía dormida, tumbada sobre un costado. Skarrion se le acercó, le acarició la espalda y le besó un hombro. Ella se removió y abrió los ojos. Le abrazó, hasta que de nuevo quedaron tumbados uno junto al otro. Tras la máscara, sus ojos resplandecían.

Skarrion apartó la mirada y se alejó de sus manos. Se levantó.

—Ponte la túnica —dijo.

Niloba lo hizo, con tranquilidad.

—Debes saber que soy un ladrón. Vine aquí para robarte la Maza Sagrada. Fui enviado por los unzas que tanto odias. Te he engañado durante todo este tiempo e incluso he yacido contigo, pero no voy a intentar arrebatarte lo que es tuyo. No puedo ni quiero seguir mintiéndote y no creo que me tengas en mucha estima después de oír esta revelación, así que me iré cuanto antes, hoy mismo.

Niloba estaba inmóvil, como una estatua, sin pestañear ni apartar la mirada del extranjero.

Skarrion dijo:

—Tengo que marcharme. Te pido que no envíes contra mí a tus fieras, pues mis códigos me impiden morir sin defenderme y quizás las hiriera de gravedad o acabara con alguna, antes de que me hicieran pedazos. Espero que olvides pronto a ese canalla y embustero llamado Skarrion Gunthar.

En el silencio, roto por el murmullo de la cascada, ninguno de los dos se movió.

—Adiós, Niloba.

—No te vayas aún.

Niloba se levantó, fue hasta él y le abrazó, pegando su cabeza al pecho masculino. Skarrion estaba atónito. No entendía nada de nada. Abrió la boca, pero ella le calló poniéndole un dedo en los labios, y le

tomó de la mano.

—Ven.

Demasiado aturdido como para hacer otra cosa que seguirla, Skarrion se dejó llevar. Volvieron al pico y entraron en la cueva de la Maza.

—Observa con detenimiento —dijo Niloba.

Ceñudo, Skarrion la vio agarrar el Arma. La hechicera la manejaba con facilidad, como si pesara poco. Niloba levantó la Maza sobre su cabeza, dispuesta a descargar un golpe sobre el bloque de piedra.

—¡No! —gritó Skarrion

Dio un paso hacia ella, pero ya era tarde, muy tarde:

La Maza bajó y su cabeza esférica se rompió y se hizo pedazos contra la roca.

Skarrion se acercó a los trocitos esparcidos por el suelo, con los ojos desorbitados y sin poder emitir una sola palabra. Tomó uno de los diminutos fragmentos y lo miró, consternado. Lo acercó a su nariz.

—¡Huele a dulce! —bramó, con una ceja arqueada.

Niloba rio al ver su expresión de incredulidad.

—¡La Maza Sagrada está hecha de azúcar cristalizado! —gritó ella, entre carcajadas.

Tiró el mango sobre su hombro, hacia atrás, y al dar en el suelo sonó a hueco.

Skarrion la miraba con los ojos desorbitados. Miró su mano y chupó el fragmento… ¡Era una golosina!

—No era la auténtica —susurró—. Tú misma hiciste esta copia y me la enseñaste… ¡Sabías que quería robarla!

Niloba se le acercó y le acarició el rostro. Bajo la máscara, sus ojos sonreían.

—Conocía desde el primer momento los verdaderos motivos que te trajeron a mi casa. Sabía que venías para coger la Maza y llevársela de nuevo a los unzas. Incluso hablé con Angal mientras te preparaban para ser ofrecido a la criatura del lago, y él me informó con detenimiento sobre sus sospechas acerca de ti. No hicieron falta, porque yo había llegado ya antes a esa misma conclusión.

»No sé por qué, pero en el último momento te salvé del monstruo. Más tarde, mientras estabas aquí, en la montaña, a veces sentí la tentación de permitir que mis fieras acabasen contigo, pero intuía que no eras tan carente de escrúpulos como te suponían los unzas.… O como tú mismo te suponías.

»Te puse a prueba. Te enseñé una maza falsa. Pudiste intentar robarla y después huir; quién sabe, tal vez lo hubieses logrado.

»Pero no lo hiciste. Dejaste el arma falsa en su sitio y me contaste la verdad. Pasaste la prueba.

Le abrazó y Skarrion besó su cuello.

—Eres muy astuta e intrigante… Quizás demasiado para mí.

Ella soltó una alegre carcajada. Se separó de él y fue hacia una pared de roca.

—Necesito tu espada —dijo.

Skarrion se la dio. Niloba introdujo la punta en una ranura fina, casi imperceptible, y siguió su recorrido, dibujando un cuadro de cinco palmos de lado.

—Ayúdame a sacar esta losa —pidió.

Skarrion hizo palanca con la hoja, con cuidado para no dañarla, y poco a poco fue sacando el falso trozo de piedra, hasta dejarlo caer al suelo con un estruendo que reverberó entre las paredes de la sala.

Había un hueco profundo excavado en el muro, una especie de nicho oscuro y polvoriento. Niloba apartó la inmundicia de su interior y extrajo un objeto más largo que su propio brazo, envuelto en trapos viejos y sucios. La mujer se estremeció cuando lo sujetó con sus dos manos, doblando un poco la espalda a causa del peso.

Skarrion sintió que su vello se erizaba. Aquel objeto oculto por el paño *emitía* poder, un poder crudo y casi palpable.

—Es la auténtica —dijo Niloba, con voz ronca y temblorosa.

Skarrion cerró los dedos sobre el trapo que envolvía el objeto. Sus nudillos blanquearon y se afilaron como piedrecillas y la boca se le secó. Sintió deseos de luchar contra mil enemigos, aplastar sus cabezas y reír mientras pisaba sus cadáveres. La intensidad de aquellas emociones le quitó la respiración. Comenzó a apartar la envoltura.

—¡No! —gritó Niloba—. No la saques. Si la empuñas desnuda te enloquecerá poco a poco, como hizo con Nombi, el Gran Elefante. La Maza Sagrada hizo grandes a los unzas, pero también sacó a la superficie la bestia de su interior. Sacó a flote lo peor de todos ellos.

—Les permitió alcanzar la gloria. Con este arma en mis manos podría conquistar reinos… ¡Imperios!

—Por favor, no lo hagas. No permitas que su voluntad domine tu mente. Contrólate… Mantén el control, Skarrion. Mantenlo.

Skarrion apretó los labios y cerró con fuerza los ojos. Se obligó a respirar con calma. Al cabo de muchos latidos empezó a relajarse. Con renuencia, dejó la Maza envuelta en trapos sobre el altar y retrocedió, sin apartar la mirada de ella.

—Cayó desde los abismos infinitos… —musitó Niloba—. Es un objeto extraño y poderoso que no pertenece a nuestro mundo. Quién sabe qué hay realmente en él…

—No intentaré robártela. Es tuya. Quédate con la Maza.

—No la quiero. Llévasela a los unzas porque les pertenece a ellos, no a mí.

—Sabes que una vez la tengan en su poder recuperarán el poderío de antaño.

—Lo sé.

—Arrasarán, conquistarán y destruirán a quienes se les opongan. Llevarán la guerra y la muerte allá por donde pasen, de igual modo que llevan sus sombras pegadas a sus pies… No creo que hables en serio, tú, que vives rodeada de flores y de paz.

—Sin la Maza los unzas morirán poco a poco. Sus enemigos los humillarán y pisotearán; destruirán toda esa ruda grandeza.

—Eres para mí un enigma incomprensible. —Skarrion la tomó por los hombros y le obligó a mirarle—. Tú odias a los unzas y a todo lo que representan. ¡Te gustaría que desaparecieran!

Niloba tenía los ojos húmedos, pero había fuerza en ellos.

—No. En el fondo amo a los unzas, pues hay belleza en su inflexibilidad, en su valor y su ímpetu. ¿Cómo podría desear la destrucción de mi propio pueblo?

Skarrion abrió mucho los ojos y retrocedió, boquiabierto.

Niloba levantó la barbilla con orgullo y a Skarrion le pareció una mujer nueva y desconocida.

—Yo soy una unza.

Skarrion abrió la boca, pero ella se le acercó y la tapó con una mano.

—No preguntes. Tan solo ámame, extranjero. Hoy te necesito porque quiero olvidar.

Estaban tumbados sobre la hierba, desnudos y abrazados, mirando en silencio la luna y sus estrellas. El aire olía al aroma fresco y suave de las flores. Niloba apoyaba su cabeza en el hombro de Skarrion y la palidez del cielo estrellado resbalaba sobre su máscara. Instantes o siglos después, ella rompió la quietud:

—Tal vez te gustaría escuchar una historia.

—Sí. Me gustaría.

Niloba habló sin separar la cabeza de su amante, con una voz impersonal, desprovista de tonos:

—Hace muchos años existió una niña unza llamada Niala.

»Su padre murió en la guerra y su madre falleció a causa de las fiebres en la época de lluvias, así que esa chica, Niala, creció junto a otros huérfanos en los hogares especiales creados al efecto por los gobernantes del Imperio.

»A pesar de haber perdido a sus padres, Niala tuvo una infancia feliz. La llamaban *Pequeña Flor* porque le gustaba recoger flores de los bosques y jardines y crear con ellas complicados adornos. Y siempre estaba rodeada de amiguitos que deseaban jugar con ella.

»Niala tenía un don especial: podía hablar con los animales y

controlarlos a placer, sin esfuerzo. Las hechiceras intentaron enseñarle sus secretos, pero Niala huyó de aquellas viejas horrendas. Ella siempre iba en busca de los felinos, los lobos y los pájaros; todos ellos la acompañaban en sus correrías por la pradera y la espesura.

»Pasaron los años y Niala se convirtió en una adolescente esbelta y en una joven mujer. Se decía que era la más bonita del poblado y algunos chicos, apuestos guerreros, la cortejaban sin que ella les prestara atención…

Hubo una pausa. Niloba seguía apoyada en el hombro masculino, mirando las estrellas, y Skarrion comprendió que ya no le hablaba a él, sino tal vez a la luna. O a sí misma.

—La fama de su belleza se extendió y llegó incluso a oídos del emperador Nabulama, que por entonces atravesaba la región en que ella vivía, acompañado de sus ejércitos, a la vuelta de una campaña victoriosa.

»Intrigado, el joven gobernante ordenó traer ante sí a la mujer que le habían pintado tan hermosa.

»Niala estaba muy asustada cuando fue llevada a su presencia. Había oído hablar de los emperadores, guerreros de mirada sangrienta que trataban con violencia a sus esclavas y concubinas. Pero aunque Nabulama podía ser en ocasiones severo, no era en el fondo un hombre cruel ni malvado. En aquel tiempo era apuesto, alto y musculoso, lleno de la energía de la juventud triunfal. Sobre sus rodillas reposaba la Maza Sagrada. Nabulama miró con ojos brillantes a la doncella Niala y ordenó que fuera llevada a su palacio.

»Nabulama se sentía fascinado por las mujeres hermosas y en Mancumi sus amantes gozaban de privilegios y de una considerable libertad, para ser amantes del emperador. Cuando volvía de sus guerras llegaba cargado de sedas, oro y joyas que regalaba a las muchachas. Se complacía viéndolas bailar y cantar para él, reía y jugaba con ellas y les hacía el amor sin violencia, pues era de ese tipo de hombres que solo obtiene placer cuando su pareja también lo obtiene.

»A Niala su vida no le parecía en absoluto desgraciada. No estaba enamorada del emperador, pero sentía por él cierto cariño; tenía muchas amigas, otras chicas del harén, y no tenía que hacer el trabajo duro de los campesinos o los artesanos, ni tampoco tenía que obedecer los deseos de un marido mezquino y brutal, ni parir año tras otro. En realidad, Nabulama pocas veces estaba en el palacio, así que Niala casi no tenía que atenderle.

»Así transcurrieron algunos años…

»Un día, trajeron a una chica nueva. Era muy hermosa, pero sus ojos rezumaban odio y sus palabras mordían como la serpiente. No hizo una sola amiga; en realidad, le gustaba molestar y causar daño a

sus compañeras. También se lo hacía a los guardianes y sirvientes, a quienes engatusaba y seducía hasta volverlos locos, para despreciarlos después con una carcajada burlona.

»Esa chica nueva se llamaba Nara y ahora ocupa el trono del Imperio unza.

Skarrion asintió en silencio, sin despegar la mirada de las estrellas.

Niloba no se había movido. Continuó:

—Nara fue ganando poco a poco influencia y poder sobre el emperador. Sabía cómo conquistar y doblegar a los hombres, conocía todas las astucias seductoras de la adulación y el desprecio, y su voluntad era de hierro. Nabulama la convirtió en su favorita y se desentendió de las otras. Eso no les habría molestado, pero el corazón de Nara rebosaba maldad y sentía rencores y temores tan fuertes como injustificados… Las otras mujeres del harén sentían terror hacia ella, y eso a ella le gustaba.

»Consiguió lo que quería y Nabulama la convirtió en su esposa oficial: la emperatriz. Pero eso no la dejó satisfecha; quizás porque pensaba que las demás eran iguales que ella, se aseguró de eliminar a cualquier posible rival. Sus antiguas compañeras, las otras concubinas, comenzaron a desaparecer en manos de las brujas, las únicas *amigas* de Nara. Las muchachas rezaban a Anuar, el Gran Espíritu, para no sufrir el destino incierto de esas jóvenes inocentes, encontradas muertas, algunas con la marca de la tortura en sus cuerpos. Nabulama no hizo nada para impedir aquella injusticia, pues tanto en este asunto como en el resto se dejaba guiar por su nueva esposa, volviéndose cada vez más vago e indeciso.

Hubo una larga pausa. A continuación, la voz sonó más profunda:

—Una noche, las brujas se llevaron también a Niala. Ella gritó y lloró, trató de resistirse y les suplicó piedad, pero aquellas viejas desconocían el significado de la palabra. La condujeron hasta una mazmorra fría y oscura donde se encontraba Nara, esperándola.

»*Niala, tú has sido la flor más bonita del palacio*, le dijo la emperatriz.

»Niala no podía hablar; estaba helada a causa del pavor.

»*Ya no volverás a ser hermosa*, dijo la emperatriz. *Ningún hombre querrá abrazarte y tendrás que vivir entre mendigos y leprosos, o bien te devorarán las fieras… Porque yo te haré un nuevo rostro, pequeña flor*.

»Las brujas sujetaron a Niala, que aullaba, loca de terror, y vertieron sobre su cara, ese rostro envidiado por muchas y que tantos guerreros habían deseado besar, un líquido abrasivo. El dolor le arrancó a Niala la consciencia y la sumergió en el reino de la oscuridad.

»Despertó cubierta con harapos, tirada sobre los charcos de una callejuela. Era noche cerrada y el lugar estaba desierto, pero un

muchacho acertó a pasar por allí y se acercó para prestarle ayuda. Niala sentía dolor y fiebre y estaba muy débil, pero esperaba, como tantas veces ocurriera, que su belleza encandilara al joven y le moviera a la piedad. Sin duda, aquel chico le prestaría su auxilio…

»¡Grande fue su horror cuando, al levantar la cara hacia el joven, él gritó asustado y asqueado y huyó a la carrera! Niala se miró sobre la superficie de un charco… El ácido que las brujas le echaran había quemado y arrugado la piel de su cara, volviéndola grotesca, monstruosa, repugnante.

»Aquella noche la chica lloró en silencio y a gritos, suplicando la muerte al Gran Espíritu. Pero Anuar tampoco le mostró misericordia.

Niloba calló.

La brisa corría con suavidad, llevando el aroma de las flores. Lejos, Ula y Yana jugaban y retozaban sobre la hierba. Sus gruñidos parecían los rumores de un sueño lejano.

Niloba rompió el silencio:

—Niala huyó de Mancumi. Se escondía, pues prefería morir antes que nadie viera de nuevo su faz destrozada. A pesar de sus precauciones, unos pocos vieron su rostro y compusieron muecas de horror y repugnancia; los hubo que incluso se asustaron y echaron a correr, imaginando haberse encontrado con un demonio de formas femeninas y faz repulsiva.

»Abandonó la civilización y se internó en la sabana, donde podía sentirse segura. Aún tenía el don de hablar y dominar a las bestias, así que el león se dejó acariciar por su mano y el elefante la llevó sobre su lomo, evitándole caminar cuando estaba cansada. Las fieras la acompañaban y protegían su vida de los bandidos. Quería huir lejos, muy lejos, así que viajó hacia el oeste, al único lugar prohibido para los unzas: el Valle del Demonio.

»Los imgwayos de Las Dos Manos no la molestaron porque esos caníbales eran poco más que bestias y el poder de Niala también resultó eficaz con ellos. Vivió tranquila en la jungla espesa del Valle del Demonio, rodeada de criaturas que la amaban y la cuidaban. Pero cuando veía reflejado su rostro en cualquier charca o laguna no podía evitar romper a llorar, y seguía haciéndolo durante toda la noche, hasta agotar las lágrimas, a pesar de que los monos hacían cabriolas a su alrededor y los felinos la acariciaban con sus cabezas. Obedeciendo sus órdenes, los imgwayos tallaron para ella una máscara de madera. Y Niala no volvió a llorar.

»Una noche, vio salir al monstruo del lago. Los kazeles huyeron aterrorizados, como siempre habían hecho en tal situación, pero esta vez Niala *cantó* para la criatura y logró que se calmara y volviera a su cubil profundo y oscuro. A partir de entonces los kazeles la adoraron como si fuese una diosa, le ofrecieron todo tipo de regalos y le

construyeron un palacio de roca y flores.

»Y le dieron un nuevo nombre: Niloba, la hechicera, La Que Habla Con La Luna.

Guardó silencio, mientras su mirada seguía volando hacia las estrellas y la luna. Sus ojos castaños estaban serenos. Se volvió para mirarle.

—Ahora conoces mi pasado, Colmillo de León. Pensé que jamás se lo revelaría a nadie, pero te lo he contado a ti. Ya sabes quién es Niloba, la que oculta su cara horrible bajo una máscara de madera. Tal vez ahora ya no desees tocarme.

Skarrion la miró largamente.

—Todos los rostros son máscaras. —Puso la mano abierta en su pecho—. Lo importante es esto, lo que arde aquí, en el interior.

Niloba le miró de forma indescifrable. Skarrion la atrajo y ella se dejó abrazar.

—No me desagrada tocarte, hechicera.

—Pero soy una mujer marcada. Vivo sobre suelo prohibido para mi pueblo y por tanto estoy maldita.

—Una tradición suele volverse necedad cuando han pasado varios siglos desde su creación, muchas veces incluso menos. No has de preocuparte.

—Te marcharás, Colmillo de León, te llevarás la Maza y tendrás la gloria y el poder. Pero yo seguiré aquí, sola. Siempre sola.

—Sí, he de irme. No puedo estar mucho tiempo en un mismo lugar, esa es mi dicha y mi maldición. Pero no tienes por qué continuar siempre aquí, viviendo una vida triste y vacía.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó Niloba, en tono irónico y amargo —. ¿Volver con los unzas?

—¿Acaso no lo deseas?

La mirada de Niloba se clavó en él.

—Lo deseo con toda mi alma.

—Entonces, hazlo.

—Estás loco. Les daría asco.

—No tiene por qué. Pienso que eres muy atractiva.

—¿Y mi rostro?

Skarrion acarició la faz de madera.

—Es bonito.

—Ningún hombre me abrazará jamás.

—¿Y yo qué soy?

Niloba rio, pero enseguida recobró la seriedad.

—¡Para ellos estoy maldita!

—No si les llevas la Maza Sagrada, el poder del Imperio, perdido durante tantos años. Te adorarán. Serás su heroína.

Niloba negó con la cabeza.

—Yo… —La voz se convirtió en un susurro—: Tengo miedo de salir de aquí. Al menos, en este lugar me siento segura.

—También yo siento miedo. Todo lo que respira siente miedo. Morir en vida es dejarse vencer por el miedo, pero vivir significa luchar contra él y vencerlo, aunque al final ganes o pierdas en tu lucha. Lo importante no es la victoria o el fracaso, la vida o la muerte, lo importante es el valor en sí mismo, ese es el auténtico triunfo. Puedes encerrarte en un paraíso falso, puedes esconderte detrás de esa máscara y puedes cargar con tu propia maldición… O puedes mandarlo todo al infierno y hacer lo que tu corazón realmente desee. No le eches la culpa al mundo, ni al pasado, ni al destino, ni a los dioses. Es tu decisión, Niloba. Solo tuya.

—Es fácil hablar.

—Es fácil negarse a escuchar.

Niloba guardó silencio durante muchos latidos. Se levantó y se alejó unos pasos. Se abrazó a sí misma, como pensativa. Estaba magnífica, desnuda y aterciopelada bajo la luz de la luna.

Dio la vuelta y corrió hacia Skarrion, aún tumbado en el suelo. Los ojos de Niloba brillaban, ardientes y salvajes.

—¡Está bien! ¡Vámonos! ¡Ahora!

Skarrion asintió y se levantó. Niloba le besó una mejilla con sus labios de madera.

8

Las estrellas aún brillaban cuando dejaron el picacho.

Niloba vestía una túnica larga y ligera de franjas diagonales y sinuosas, de colores violeta y azul. Skarrion llevaba puesto el taparrabos, el cinto con la espada envainada y sus muñequeras de cuero. Ula y Yana trotaban junto a los dos y sus ojos felinos parecían tristes y sorprendidos.

Niloba había colocado una tablilla de madera junto al altar, en la misma caverna de la montaña donde los kazeles dejaban sus ofrendas. Había escrito en ella, utilizando símbolos kazeles, cuanto deberían hacer para apaciguar al ser del lago: tan solo darle dos decenas de animales muertos cada cierto tiempo. Así aplacarían el hambre del viejo monstruo, que después de comer regresaría a su caverna para echarse a dormir. Algún día, pasados meses, años o siglos, la balsa con la ofrenda de carne y sangre reposaría hasta el amanecer sobre la superficie del lago; entonces, ya no tendrían que temer a la criatura, sumida en el más largo de los sueños.

Niloba no explicó en la tablilla el motivo de su marcha, pero les pidió que la recordaran con cariño y respeto y buscaran por sí mismos las respuestas a sus preguntas, esas mismas preguntas que en sus oraciones tantas veces le habían formulado.

Cuando llegó el amanecer la pareja caminaba a través de la selva, acompañados de Yana y Ula. Ningún animal intentó atacarlos o entorpeció su paso porque el don de la hechicera los volvía dóciles. Niloba parecía conocer o al menos intuir con una certeza sorprendente el camino menos frondoso y abigarrado, así que avanzaban con rapidez y sin esfuerzo.

Al mediodía estaban bajo la sombra occidental de Las Dos Manos.

Niloba besó a sus dos queridos felinos y se despidió de ellos, pero Yana y Ula no se iban; no entendían por qué su ama, su amiga, los echaba de su lado. Al final le hicieron caso y volvieron a la selva, remolones. Niloba los vio alejarse con los ojos llenos de lágrimas.

El guerrero y la hechicera comenzaron el ascenso. La vegetación raleaba y el frío empezó a morder sus carnes. Skarrion dejaba reposar la mano en el puño de la espada y llevaba la Maza Sagrada, envuelta en trapos, sobre el hombro derecho. Todavía recordaba a los imgwayos y su gusto por la carne humana y en su fuero interno lamentaba haber perdido la coraza y la daga en las fauces de la criatura del lago, así como el arco y las flechas en su primera

incursión dentro de aquellas montañas. A pesar de que Niloba le había tranquilizado muchas veces, asegurándole que su don natural les libraría también de cualquier ataque de los imgwayos, Skarrion no se fiaba y estaba alerta, esperando ver aparecer en cualquier momento esos cuerpos sucios y fibrosos.

La Maza ejercía sobre su mente y su espíritu una presión sutil pero insistente. Skarrion a veces sentía deseos de enfrentarse a un enemigo, a los malditos imgwayos, por ejemplo, para descargar sobre ellos su furia. Tal vez los unzas fuesen ya de por sí gentes de naturaleza sanguinaria, pero el arma mágica intensificaba la sed de vino humano.

La pareja se detuvo. Sobre una terraza alta y oscura, frente a ellos, había diez imgwayos armados con porras de piedra y lascas anchas y puntiagudas. Aunque estaban lejos, los viajeros sintieron la intensidad de sus miradas.

Al volverse descubrieron quince más, unos cincuenta pasos ladera abajo. Los imgwayos los habían rodeado en silencio. Una buena estrategia. Skarrion se preguntó cuántos más los acecharían, escondidos tras las rocas.

Skarrion desenvainó la espada, que brilló espléndida bajo el sol. Ella le apaciguó con un gesto de su mano.

—Les convenceré de que se vayan y nos dejen en paz —aseguró.

Antes de que su compañero pudiera responder, echó a andar cuesta arriba.

—¡Te van a matar! —advirtió Skarrion.

—No lo creo.

La hechicera siguió caminando y trepando. Skarrion estuvo tentado de seguirla, pero la decisión que mostraba aquella mujer era tan definitiva que dudó, y al final siguió quieto. Niloba se detuvo, en pie sobre una roca alta.

Y *cantó*.

El viento hizo volar su voz suave y el eco la transmitió a través de las cuestas y las gargantas. Era una tonada profunda, bella y triste, que en aquellas montañas cobraba tintes oníricos. La emoción que contenía subía y bajaba como la marea de los océanos, se alzaba y caía, ganaba fuego y después se volvía tibia y templada…

…Y los imgwayos dejaron caer los hombros. Algunos soltaron también las armas. Sus miradas cobraron estupidez y sus bocas se abrieron mientras contemplaban a la mujer.

Skarrion sintió algo agitándose en su interior, un viento caliente y poderoso que tal vez podría apagar la llama de su espíritu. La voz de Niloba reverberaba dentro de su cabeza, se expandía y multiplicaba en mil ecos fantasmales, silenciando cualquier otro pensamiento. Skarrion sintió deseos de rendirse y dejar su alma volar en brazos de la melodía mágica, como una hoja caída que se entrega al viento del

otoño.

— ¡No! —gritó.

Luchó, primero dubitativo y después con fuerza. La somnolencia disminuyó y se alegró de comprobar que aún era un ser autónomo, con pleno control sobre su mente. Sorprendido, notó que la Maza envuelta en trapos *palpitaba* en su puño, como un ser vivo; o quizás fuera su propia imaginación, que magnificaba el temblor de sus dedos. Sonrió. ¡Qué glorioso sería quitarle el envoltorio, empuñarla y lanzarse contra aquellos hombres primitivos! ¡Un huracán de furia y destrucción!

Pero comprendió que otra vez estaba siendo manejado, ahora de otro modo, y reprimió estos nuevos deseos.

Niloba terminó de cantar, pero el hechizo ya había hecho efecto y los imgwayos permanecían inmóviles, sentados o en pie, musitando palabras incoherentes incluso para ellos mismos.

La hechicera apremió a Skarrion con una mano y él se apresuró. Los ojos de la mujer mostraban tal serenidad que consiguieron asustarle; ella le pareció una entidad divina salida de un mito, con su túnica multicolor, su máscara de rasgos suaves y aquella cascada de negrura que el viento agitaba.

—¿Acaso me temes? —le preguntó Niloba.

—No me gusta la magia. Solo confío en mi brazo y mi acero.

—¡Hombre fuerte! —se burló Niloba—. Te asusta lo que desconoces.

—Tal vez. Por eso, prefiero continuar sumido en la ignorancia.

La hechicera le abrazó.

—No debes temerme a mí. Nunca te haría daño.

—De eso estoy seguro. —El shakark sonrió y se relajó, devolviéndole el abrazo.

—Vamos —dijo Niloba—. Hemos de continuar nuestro camino.

Pasaron cerca de los imgwayos aturdidos y ensimismados. Skarrion no les quitaba el ojo de encima. Por el contrario, Niloba no parecía en modo alguno preocupada.

El sol había rebasado el punto álgido de su viaje cuando llegaron al paso entre el Índice y el Pulgar. El suelo estaba cubierto de nieve y Niloba tiritaba de frío, pero no se quejó en ningún momento. A veces, Skarrion la protegía con sus brazos y ella se pegaba a él, buscando el calor de su cuerpo.

Los imgwayos no les molestaban. A veces aparecían en la distancia, como hombrecitos oscuros con mazas y cuchillos de piedra, pero siempre se quedaban quietos, como si un raro influjo les impidiera

moverse.

Cuando Skarrion y Niloba alcanzaron la cúspide del paso montañoso la hechicera se volvió y contempló por última vez el Valle del Demonio, sus junglas, el gran lago del centro y el pico que durante años fue su hogar.

Tras un largo silencio, tomó a Skarrion de la mano.

—Sigamos —dijo.

Pasaron la noche en una cueva de la falda montañosa y al amanecer reanudaron la marcha. Cuando el sol gobernaba en el centro del cielo ya habían salido de Las Dos Manos y se metieron en los bosquecillos a la sombra de las últimas elevaciones. Por la tarde llegaron a la sabana.

—Esto es tierra de nadie —advirtió Skarrion—. En ella no gobiernan los unzas, sino tribus que les son hostiles. Ya sabes que durante estos tiempos de debilidad no está muy claro quién tiene el poder en las fronteras… Pero viajando hacia el este llegaremos a los territorios seguros del Imperio.

—¿Te reconocerán los unzas como amigo?

—Si son Leopardos, sí, porque he aprendido su lema secreto. Además, traemos la Maza. ¿Puedes seguir controlando a los animales?

—Sin ningún problema. No hay que temer nada de ellos.

—Me alegro por eso, pero sí debemos llevar cuidado con el peor de todos los depredadores: el hombre. —Señaló una zona de hierbas altas —. Marcharemos a través de los lugares que ofrezcan mejor escondite y hablaremos lo menos posible, y entre susurros. Y nada de hacer fuego. Lo que daría por tener mi arco y mis flechas… —Agitó la cabeza—. ¡Bah! El necio se queja y el hábil actúa. ¡Vamos!

Al cabo de poco las hierbas tapaban sus cuerpos casi hasta el cuello. Se movían a través de la espesura y los juncos cercanos a las charcas, a pesar de ser un entorno más incómodo que la llanura libre de maleza.

Skarrion agarró el hombro de Niloba y se agacharon, dejando que los cubriera por completo la maraña de tallos altos y esbeltos.

—¿Lo oyes? —susurró.

Niloba asintió.

Era un rumor, un canto lejano que emitían un número alto aunque indeterminado de gargantas masculinas.

—Quédate aquí —dijo Skarrion—. Voy a ver qué ocurre.

Ella le pidió precaución con los ojos. Skarrion le dio la Maza y se alejó agachado, casi en cuclillas.

Por fortuna, la brisa agitaba las hierbas, así que sus movimientos

pasaban desapercibidos. Se orientó por el sonido del canto y llegó al borde de la espesura. En esa zona el suelo ascendía con suavidad, formando un alto de tierra salpicado de matorrales. Arrastrándose, alcanzó la cúspide. Asomó la cabeza con precaución.

En la llanura, a unos seiscientos pasos de distancia, estaba el ejército del que provenían las voces. Debían ser más de novecientos hombres; quizás incluso superaran el millar. Cantaban a viva voz, sin temor a ser descubiertos. Skarrion forzó la vista y descubrió que vestían harapos y marchaban sin disciplina, sin respetar ninguna formación; parecían más una turba salvaje que un contingente militar civilizado, así que evidentemente no eran unzas. Ellos hubieran llevado sus tocados de plumas y sus taparrabos más vistosos, pues iban hacia la guerra como si se dirigieran a una celebración. Pensó que un grupo tan numeroso como aquel contaría con exploradores encargados de buscar caza y de alertar a los suyos en caso de peligro.

Abandonó la pendiente de tierra y volvió a la espesura, desandando el tenue sendero que abrió en la ida.

Le llegó un olor intenso y una leona le salió al paso, emergiendo de la maleza. Era fuerte y joven, de músculos anaranjados, duros y flexibles. Agachó la cabeza angulosa y los ojos dorados se clavaron en él. Alzó los belfos y gruñó, hasta hacer explotar su voz ronca en un rugido escalofriante. Skarrion llevó una mano a la espada, retrocediendo con lentitud, con los ojos desorbitados y la faz tensa y pálida.

Oyó una voz conocida. Niloba apartó los tallos, acarició el cuello felino y la bestia se relajó, aunque no le quitaba ojo a Skarrion. La enmascarada susurró al animal palabras —si es que eran palabras— en una lengua exótica, mientras le palmeaba la cabeza y le rascaba la nuca. La criatura pasó de los gruñidos a los ronroneos, torció la cabeza como una gata enorme y levantó la cola cuando Niloba le pasó la mano a lo largo del lomo.

—Necesitaba alguien que me protegiese mientras tú no estabas —explicó Niloba.

Skarrion soltó el aire en un largo suspiro de alivio.

—Me parece bien, aunque casi se me sale el corazón por la boca. ¿Le puedes decir a esa bestia que se vaya?

La hechicera se agachó y susurró algo junto a la oreja peluda. La fiera desapareció, a saltos entre la maleza.

—Hemos de irnos —dijo Skarrion—. Hay unos mil guerreros ahí fuera y, aunque no pertenecen a tu pueblo, llevan taparrabos y armas unzas.

Los ojos de Niloba se endurecieron.

—Eso quiere decir que mataron a los unzas que las llevaban, porque los imperiales jamás entregan sus pertrechos sin luchar.

Nombi, el Gran Elefante, prohibió rendirse a sus soldados y desde entonces ningún unza ha conocido el dolor de la derrota, pues prefieren la muerte a volver humillados a sus casas.

—Deben haber atacado un puesto fronterizo… Recuerdo que antes de entrar en territorio unza traté con los arzawis y me atrevería a jurar que ese ejército estaba formado por gentes de esa tribu.

—Pero los arzawis nunca se han opuesto al poder imperial. Son demasiado débiles.

—Quizás ahora tengan aliados.

—¿Quiénes? —preguntó Niloba—. Los quianus son fuertes, pero sus hogares quedan lejos. Lo mismo ocurre con los itembas, los nacus o los bayunes del sur… Ninguno de ellos puede hacerle sombra a Nabulama.

—No pueden hacerle sombra… por separado. Puede que se hayan unido para atacar todos juntos a tu pueblo.

Niloba entrecerró sus ojos, colérica.

—¡Malnacidos! —exclamó—. ¿Cómo se han atrevido a hacer eso?

Skarrion reprimió una sonrisa; a pesar de todo, ella continuaba siendo una unza.

—Tendremos que desviarnos hacia el sureste —dijo—. Los arzawis acabarían descubriéndonos si viajásemos en paralelo a ellos.

—Esos asquerosos se dirigen a Mancumi… —susurró Niloba, pensativa y enojada.

—¿Dónde está la Maza? —preguntó Skarrion, de pronto.

La hechicera pareció despertar de sus lúgubres reflexiones.

—En lugar seguro.

—Bien. Cojámosla y sigamos nuestro camino.

Volvieron a la espesura y Niloba le mostró el Arma, escondida bajo dos grandes piedras y aún envuelta en trapos. Skarrion se la echó al hombro y reanudaron la marcha.

Ahora viajaban hacia el sureste, como propusiera él, alejándose de los arzawis y siempre al amparo de las arboledas y la maleza.

Al cabo de media clepsidra descubrieron en la lejanía a un hombre que caminaba hacia ellos, proveniente del sur.

Corrieron a esconderse tras una gran piedra y desde allí le observaron con atención. Era bajo y musculoso y tenía rasgos brutales. La melena sucia estaba recogida en un moño enorme y había trazado en su rostro y su pecho líneas y símbolos extraños, que tal vez lo señalaran entre los suyos como perteneciente a la casta guerrera, pues en todo Ishanki era normal pintarse cuando se tomaban las armas. Llevaba un hacha de piedra en la mano derecha y en la izquierda empuñaba una lasca que hacía las veces de cuchillo, pero su taparrabos y su escudo eran unzas, los de un Leopardo.

—Es un bayune, un hombre de los pantanos —susurró Niloba—.

Viven en las ciénagas del suroeste. Nos entregan tributos y nos temen.

—Parece que las cosas han cambiado, a juzgar por el escudo y el taparrabos.

—Tal vez los bayunes se hayan sublevado —aventuró Niloba—, igual que los arzawis; quizás hayan atacado los puestos fronterizos de Aoun y Barranca Negra, desde los cuales el Imperio controla su territorio. No sería raro que ese de ahí viniera de uno de esos lugares.

—De cualquier modo, los mensajeros unzas son rápidos y eficientes, así que en pocos días la capital tendrá conocimiento de estos hechos.

—Nabulama enviará un ejército poderoso y los aplastará —gruñó Niloba.

—No estoy tan seguro —dudó Skarrion.

Ella le miró con extrañeza, pero él llevó el índice a los labios. Dejó la Maza en el suelo y agarró una piedra grande como su puño.

El explorador bayune estaba acercándose a la roca que los ocultaba. Miraba en todas direcciones y oteaba el horizonte. Skarrion esperó, y cuando el bayune se dio la vuelta y les dio la espalda se levantó, arrojó el proyectil y acertó en su cabeza. El golpeado cayó sobre las rodillas, con la sangre corriendo por su frente y su nuca. Skarrion corrió hacia el bayune, que gruñía dolorido pero comenzaba a recobrar las energías. Al ver a Skarrion desorbitó los ojos y lanzó un grito de espanto. A pesar de la brecha en la coronilla, se rehízo y atacó. Skarrion esquivó de mala manera un hachazo y una cuchillada con la lasca. No quería matarle y de hecho creyó que con la pedrada sería suficiente, pero el bayune debía tener un cráneo de hierro porque seguía avanzando y lanzando golpes, mientras Skarrion retrocedía a duras penas. Supo que no podría reducir al salvaje, que estaba armado y dispuesto a todo, así que desenvainó la espada y luchó ya no para atrapar vivo al enemigo, sino para salvar su propia vida. Cuando los aceros salen al aire no hay medias tintas, así que el bayune acabó con un corte profundo en un muslo y otro en la garganta. Murió.

Skarrion bramó una maldición, limpió la espada y la envainó. Niloba se le acercó, mirando asustada al bayune.

—¿Está muerto?

—No tuve más remedio que matarle… ¡Y yo quería interrogarle para saber dónde estaban sus compañeros y qué demonios está pasando con esta condenada rebelión!

—No fue culpa tuya, Skarrion.

El shakark miró en derredor.

—Ahora tendremos que ocultarle, y sin perder tiempo. Apostaría el gaznate a que su ejército se acerca desde el sur; seguro que viajan hacia el norte o el oeste. Si no nos damos prisa acabaremos atrapados

entre los arzawis y los bayunes.

—Creo que pronto veremos nuevos ejércitos enemigos, procedentes del norte y el este —auguró Niloba.

—Más razón entonces para apresurarnos.

Skarrion agarró el cadáver por las muñecas y lo arrastró hasta una roca enorme. Los buitres ya planeaban en círculos sobre la zona y el shakark pensó que ellos y sus compañeras las hienas harían desaparecer la prueba del delito con rapidez y eficacia. Dejó el cuerpo entre las piedras y miró a las aves, que ya daban vueltas en el cielo con alegría.

—¡Que os aproveche! —les deseó—. Coméoslo rápido y no dejéis ni los huesos.

Seco y limpió sus manos ensangrentadas con tierra y volvió junto a Niloba. Recuperó la Maza envuelta en trapos y se la echó al hombro.

—Al menos ese bastardo muerto ya no está a la vista de sus compañeros, en la llanura desnuda; pero cuando empiecen a echarle en falta le buscarán por aquí, quizás le encuentren y saldrán en nuestra busca como los perros detrás de la liebre. ¡Vámonos!

Siguieron caminando, ahora directamente hacia el este.

Al anochecer, descubrieron desde unas colinas unos puntos brillantes sobre el horizonte del sur.

—Hogueras —dijo Niloba—. Deben ser los bayunes, porque los unzas no tienen por costumbre encender fuegos en tiempo de guerra para no descubrir su posición al enemigo.

—Sabes mucho de las costumbres guerreras de tu pueblo —dijo Skarrion.

—Porque son mi pueblo.

Skarrion sonrió en la oscuridad, pensando que cuanto más se adentraban en el Imperio más unza se volvía Niloba. Volvió la mirada hacia los puntos de luz.

—Están más adelantados de lo que pensábamos —dijo—. Estoy casi seguro de que el hombre que maté esta mañana era un explorador que recorría el territorio en busca de los mejores lugares de caza. Durante todo el día hemos tenido a ese ejército ante nuestras propias narices…

—Son muchas fogatas —repuso Niloba, preocupada.

Los expertos ojos de mercenario trabajaron bajo la luz de la luna y las estrellas.

—Unos dos mil hombres —dijo.

Niloba le miró con espanto.

—Aprovechemos el tiempo —apremió Skarrion—. Cuanta más

tierra pongamos entre ellos y nosotros, mejor.

Caminaron durante el resto de la noche, siempre en línea recta hacia el este, guiándose por las estrellas. La madrugada los encontró cansados y soñolientos, pero aún quedaban más sobresaltos, pues por oriente el cielo estaba lleno de buitres.

—¿Qué habrá pasado allí? —dijo Skarrion, pensativo—. Me temo lo peor.

—Demasiados carroñeros para una gacela cazada por leones o leopardos —susurró Niloba.

—Cierto. Allí ha habido una masacre hecha por hombres.

Pasaron con sigilo unas pocas colinas bajas, tras las cuales se abría una llanura dorada y pardusca. También la cruzaron y encontraron otra elevación suave, de guijarros y tierra seca. Después el terreno volvía a bajar, hasta estabilizarse en otra planicie.

Y en ella había un poblado unza.

Estaba compuesto por unas doscientas casas bajas de piedra y barro y rodeado por una muralla de piedras unidas con cemento. La puerta del muro yacía en el polvo, derribada. Los buitres y las hienas entraban y salían por el umbral violado, llevando en el pico y entre los dientes jirones de carne sucia y oscura. Había figuras inmóviles, cadáveres, en los alrededores de la pared defensiva. Por sus atavíos, eran unzas y bayunes.

Pero no todas las figuras yacían en la quietud de la muerte. Cerca de la entrada había siete bayunes que charlaban, reían a carcajadas y hasta se tambaleaban, totalmente ebrios. Tres jugaban a pasarse de mano en mano un bulto protegido por telas, que emitía gritos agudos. Niloba gimió y apretó con fuerza el antebrazo de Skarrion, hasta clavarle las uñas, porque se dio cuenta de que aquella pelota improvisada estaba llorando. Era un bebé. Un bayune lo tiró hacia arriba, levantó su lanza y al caer la criatura quedó ensartada en la hoja. El trío estalló en carcajadas.

Otro bayune estaba sobre una mujer, tirada en el suelo y boca arriba. Mientras la violaba, otros tres hombres le animaban a gritos. La víctima no se movía.

Niloba estaba inmóvil, mirando con ojos enrojecidos la escena.

—Quédate aquí —susurró Skarrion—. Voy a llegar hasta ellos dando un rodeo. Aunque son muchos no creo que me den problemas porque están tan borrachos que casi no se sostienen en pie. Además, si les ataco por sorpresa caerán al menos la mitad antes de volverse peligrosos. Intentaré salvar a la mujer, si es que aún está viva.

Ella asintió, como anonadada, mirando aún a los bayunes. Se estremeció, se volvió hacia él y clavó en los ojos azules del hombre sus ojos castaños, hinchados de odio.

—Toma esto. —Le dio la Maza envuelta en trapos y su voz sonó

ronca y dura—: Empúñala con todas tus fuerzas y úsala contra ellos.

Skarrion la miró durante muchos latidos. Cogió la Maza Sagrada y un ramalazo de energía recorrió su cuerpo, a pesar de que el Arma seguía envuelta en trapos. La hechicera le dio también la cuerda de fibra vegetal que rodeaba su cintura y él se la pasó por encima de la cabeza, a modo de primitivo tahalí, capaz de sujetar la Maza a su espalda.

—No dudes en gritar si alguien se te acerca —dijo Skarrion—. Este poblado ha debido ser invadido por una avanzadilla del ejército principal que vimos ayer y pueden quedar muchos enemigos en los alrededores. Si oigo tu llamada regresaré a la carrera.

—Sálvala —exigió Niloba—. Y a ellos, mátalos. No debe quedar ni uno con vida.

Skarrion asintió. Se alejó, medio agachado.

Bajó por la suave falda de la colina, escondiéndose tras montículos, arbustos y rocas. A veces tenía que arrastrarse y entonces el polvo del suelo se le pegaba a los labios y se le metía en las fosas nasales. El sol golpeaba con fuerza y rompió a sudar.

Alcanzó el muro de piedra y le asaltó el hedor dulzón y espeso de la sangre y la muerte. Las moscas danzaban en torno a su cráneo, buscando la humedad de su boca y sus ojos, y cada dos por tres tenía que mover la cabeza para espantarlas. Había dado un buen rodeo, así que ahora tendría que moverse pegado a la muralla hasta dar con el grupo de bayunes en la entrada del poblado. Caminó despacio, pegado a la pared caliente, mientras el tiempo transcurría con una lentitud asfixiante. Le llegó el graznido de un buitre del cielo y los ladridos de algunas hienas, al otro lado del muro. También oía con claridad las risotadas y los gritos de los bayunes. Sentía que estaba ya cerca de ellos, cada vez más cerca. La Maza a su espalda se iba volviendo más y más pesada y se apretaba contra su piel. Casi la imaginaba *gemir*, suplicando ser usada. Resistió la tentación de empuñarla de una vez por todas, pues quería mantener el control sobre sus emociones y pensamientos. El muro describió una curva suave y se detuvo. Vio sus sombras alargadas, deslizándose como culebras danzantes sobre el suelo de tierra caliente y amarillenta. Estaban todos muy próximos unos a otros, tal vez alrededor de la mujer. Skarrion se concentró para extraer en un solo momento toda su energía, todo su vigor combativo. Eran siete y él solo uno. Afiló su mente: tenía que vencerlos y los vencería.

Salió del escondite y pudo verlos sin problemas: ahora los siete formaban un solo grupo alrededor del violador y de su víctima. No tuvo tiempo de fijarse en los detalles antes de pasar entre ellos como un vendaval de acero y muerte. Voló una nubecilla de sangre, una mano y una cabeza, y estalló un griterío cargado de sorpresa, miedo y

dolor. Tres estaban en el suelo, muertos o retorciéndose sobre charcos oscuros que la tierra se tragaba. Uno echó a correr y otro retrocedió, parpadeando muchas veces, como queriendo sacarse de encima las nieblas del alcohol. Skarrion se le acercó en dos pasos y lo destripó de un revés, volviendo con un tajo que le segó la garganta. Un bayune respondió con furia, pero aún estaba mareado, así que Skarrion esquivó sin problemas su ataque y le hundió el metal en el pecho, partiendo en dos el corazón.

El violador seguía moviéndose sobre la mujer, tan borracho que no se había dado cuenta de nada. Skarrion le agarró del mentón y de un tirón lo apartó de su víctima, casi poniéndole de pie, para degollarle y empujarle lo más lejos posible. Echó una mirada al que había huido a la carrera. Su figura se alejaba sobre la llanura. Quizás pudiera alcanzarle corriendo, pero debía atender a la mujer.

Se arrodilló junto a ella, pero se puso en pie de un salto, preparado para luchar, pues acababa de estallar una algarabía de ladridos y gritos desgarrados. Diez hienas perseguían al bayune huido y cayeron sobre él para destrozarle a dentelladas. Aquellos animales no tenían por costumbre ensañarse de tal manera con un ser vivo, y menos un humano. Era cosa de Niloba.

Skarrion volvió con la mujer del suelo y al mirarla comprendió que estaba muerta. Aun así, buscó el pulso. Nada. Como guerrero, había contemplado ya muchas veces los desastres de la guerra, pero estas cosas aún podían afectarle, así que apartó la vista.

Oyó pasos en la tierra. Era Niloba, que llegaba acompañada de sus hienas de colmillos ensangrentados. Skarrion buscó alrededor, encontró unas telas destrozadas, el vestido que le habían arrancado a la mujer del suelo, cubrió el cadáver, tomó el bebé atravesado por la lanza y lo puso también debajo de la tela.

La hechicera miró a Skarrion con unos ojos duros como dos cuentas de acero, tras la máscara femenina e impasible.

—Ya no se puede hacer nada por ella —le dijo él, mientras limpiaba su espada en el taparrabos de un bayune. Niloba empezó a andar hacia la mujer tapada, pero Skarrion se interpuso en su camino —. Es mejor que no lo veas, Niloba.

Niloba echó una mirada al cuerpo tapado y asintió.

—Vengaré a esa madre y a su hijo —prometió.

Skarrion la miró durante unos latidos y tuvo que apartar la vista de esos ojos.

—Tus amigos también ayudaron.

Skarrion señaló a las hienas de pelaje moteado, agolpadas en torno a los cadáveres de los bayunes. Ninguna se acercó a la mujer muerta.

—Era lo justo —contestó Niloba.

—Voy a entrar en el poblado.

—Pueden quedar más bayunes ahí dentro.

—Más a mi favor. Por lo que parece, el grueso del ejército se ha marchado de aquí y es conveniente que acabemos ahora con quienes aún queden dentro de estas murallas, porque de otro modo más tarde podrían seguirnos y darnos problemas. He visto ya muchos saqueos en aldeas y fortalezas y sé cómo actúan los vencedores: se disgregan en grupos pequeños para robar todo lo posible, se creen invencibles tras su victoria, no pueden ni imaginar que alguien pueda hacerles nada, así que se confían y se emborrachan hasta la locura, como estos de aquí. La mayoría se vuelven torpes, cuando no están sin sentido, sobre charcos de vino o cerveza. Además, estos salvajes no parecen guardar disciplina alguna, no están sometidos a una jerarquía de mandos severos y cautos, como los unzas. Tal vez no sea tan descabellado ir en busca de los bayunes que aún queden dentro de la aldea para matarlos, en silencio y por sorpresa. Además, tal vez queden ahí dentro unzas con vida. Posibles aliados.

—Iré contigo —afirmó Niloba.

—¿Podrás soportarlo?

—Creo que sí. Además, controlo a las hienas y a otras bestias que pueden sernos de mucha ayuda. Ya viste lo que hicieron con el bayune huido.

Skarrion asintió.

—Vamos, entonces.

Traspusieron el umbral y se metieron en las calles hediondas y asfixiantes, salpicadas de sangre y cadáveres, invadidas de moscas que zumbaban con regocijo. Niloba no consiguió resistir las arcadas y levantó la máscara lo justo para vomitar. Skarrion se detuvo a esperarla, aunque sin prestarle mucha atención. Sus ojos expertos buscaban figuras acechantes y sus oídos estaban alerta para descubrir el susurro que delatara al emboscado. La Maza latía contra su espalda y no pudo evitar sonreír con gesto lúgubre.

Niloba se le unió, débil y temblorosa, con la máscara colocada en el rostro. Skarrion le echó una larga mirada.

—¿Puedes continuar? —susurró.

—Sí —respondió ella, en voz baja y ronca—. Es esta maldita peste. Resulta difícil de soportar.

—No respires solo por la boca ni te cubras la nariz de ningún modo. Intenta respirar despacio y profundamente, absorbe el olor por mucho que te asquee y al cabo de poco tu nariz se insensibilizará, se embotará y apenas lo notarás. Lo peor que puedes hacer es luchar contra el olor. Acéptalo. Empezarás a soportarlo y al final te olvidarás de él.

—¿Estás seguro?

—He estado en demasiados lugares con gente destripada y sé de lo

que hablo. Venga, adelante.

Echó a andar con sigilo y ella le siguió.

Entraron en la primera cabaña y no encontraron nada con vida, excepto moscas y gusanos. No cambiaron las cosas en cada nueva casa, mientras hacían aquel reconocimiento rápido y silencioso. Los bayunes habían matado a los unzas sin importarles su edad ni su sexo. Las mujeres habían sufrido además otro tipo de violencia, pero en algunos hombres se adivinaban signos de tortura, aunque no sexual, como si se hubieran divertido martiriándolos, antes de asesinarlos de una vez por todas. No obstante, los unzas no mostraron sumisión: dentro de cada choza tuvo lugar una batalla y no era raro que por cada unza muerto hubiese uno, dos y hasta tres cuerpos bayunes. Vieron muchos signos de lucha atroz, durante la cual también las mujeres y los niños habían empuñado las armas.

Oyeron gritos, débiles por la lejanía. Se movieron con mil y una precauciones y llegaron al foco de las voces, un callejón con tres bayunes borrachos, riendo y charlando en su propia lengua tribal. Cerca, yacían los cadáveres de dos mujeres y un muchacho, y desde su escondite Niloba reprimió un gemido de horror al ver lo que habían hecho con ellos.

Pero se rehízo de inmediato y, antes de que Skarrion pudiera detenerla, ladró una serie de órdenes del todo incomprensibles. A su llamada, las hienas de las cercanías acudieron en tropel y se introdujeron en la calleja como una jauría infernal. Los bayunes no pudieron ni siquiera echar a correr antes de que saltaran sobre sus cuellos para desgarrarlos a mordiscos. No tuvieron ni una sola oportunidad.

Skarrion y Niloba se fueron antes de que otros bayunes acudieran a investigar el estrépito de ladridos y dejaron a los animales disfrutando su festín.

Percibieron un nuevo griterío, mucho mayor. La mayoría de las voces expresaban diversión y alegría, pero unas pocas estaban llenas de sufrimiento.

—¡Están torturando a más de los míos! —susurró Niloba.

Echó a correr, acompañada por sus hienas. Skarrion se tragó un reniego y la siguió.

Guiándose por el estrépito de voces, llegaron hasta lo que debía ser la plaza central del poblado, pero se agazaparon al instante tras la esquina de una cabaña y observaron, ocultos, cuanto acontecía en aquel claro en el bosque de casas.

La plaza era circular y tenía un radio de unos veinte pasos. En el centro se levantaba un pozo de piedras unidas con cemento, alrededor del cual quizás hubiera sido construido todo el poblado. En un extremo de la plaza había diez postes de madera, hundidos en el suelo

de tierra dura y dispuestos en línea recta. A cada uno habían sido atados tres prisioneros unzas. Los cautivos tenían las piernas libres, pero el pecho, los brazos y las manos estaban sujetos al madero con cuerdas. Eran todos varones, pues las mujeres y los niños habían sido vejados hasta la muerte. A los varones se les reservaban otros tipos de tortura.

Rodeando los postes había unos treinta bayunes. Bebían la cerveza de los unzas y bramaban carcajadas, tambaleándose como borrachos asquerosos. Habían puesto en el suelo los cadáveres de algunas mujeres de la aldea, a la vista de sus maridos, padres o hijos, ahora atados a los postes. Los bayunes se dedicaban a arrojar lanzas y cuchillos a los unzas atados para probar su puntería, muy mala por culpa del alcohol. Aun así, tres cautivos estaban muertos y sus cuerpos atravesados colgaban de las cuerdas que les unían al poste. Los demás prisioneros, ya estuvieran heridos o solo contusionados, aguardaban su final con amargura. Había más Leopardos que Toros. Eran adolescentes y hombres maduros. La mayoría lloraban o al menos mostraban un aspecto devastado y miserable, pero dos se mantenían impasibles y orgullosos en su derrota. Uno de estos dos era un guerrero viejo y arrugado, pero aún fornido, con no pocas cicatrices. El otro era un unza de mediana edad, alto, delgado y musculoso, que llevaba la cabeza rapada y vestía el taparrabos y la banda craneal de los Leopardos. Un bayune borracho le arrojó su lanza y él no se movió, ni siquiera cuando el arma se clavó un palmo por encima del cráneo rasurado. Les escupió un insulto y los invasores prorrumpieron en carcajadas.

Skarrion se volvió hacia Niloba, que jadeaba y temblaba a causa de la cólera.

—¿Cuánto tardarás en reunir a todas las hienas de los alrededores? —preguntó él.

—Ya vienen. No necesito la voz para *llamarlas*.

A Skarrion ya nada de aquella mujer podría sorprenderle.

—Mira el cielo —dijo Niloba.

Arriba, unos quince buitres dibujaban círculos. Skarrion se volvió al percibir un gruñido ronco y metálico y encontró un grupo de hienas que se les acercaban mostrando los colmillos.

—Venid, hermanas de la muerte —dijo Niloba

Acarició al primer animal, un ejemplar enorme que tenía los ojillos sangrientos clavados en los bayunes de la plaza. Su mirada y la de Niloba no le parecieron a Skarrion muy diferentes.

—Mientras yo esté atacando a los bayunes y los distraiga —susurró Skarrion—, corta las cuerdas de esos condenados. Supongo que tus fieras no se lanzarán sobre mí…

—Guarda cuidado. En estos momentos comparten mis emociones,

así que contra ti no irá dirigido su odio; tampoco matarán a los unzas.

—Es un alivio saberlo. —Skarrion suspiró. Su rostro cobró seriedad —. Ha llegado el momento de usar la Maza.

Niloba le miró con inquietud, pero asintió.

Al apartar los trapos, y a pesar de que el objeto no brillaba, Skarrion se sintió en cierto modo deslumbrado. La empuñó con fuerza y tuvo la extraña idea de que era el Arma quien *le estaba empuñando a él.* Tenía un mango tan largo como su propio brazo y había sido labrado en madera negra y lustrosa, muy sólida. Pero la Maza no pesaba mucho. Ese mango estaba recorrido por símbolos arcanos y místicos y Skarrion pensó que tal vez de veras Nombi tuviera algo de brujo y por ello dotó de hechizos poderosos a su arma predilecta. La bola maciza era tan grande como la mitad de su propio cráneo. El material de que estaba hecha procedía de un astro caído que navegó durante siglos o milenios los océanos del espacio. Un metal que —comprendió— no podría encontrar en su propio mundo. Era de color azul oscuro y la luz del sol parecía penetrar *dentro de él*, haciendo girar y retorcerse en el fondo de la esfera sombras estremecedoras y llamas grisáceas. Era como si la bola albergara un mar diminuto pero profundo, ya que el esplendor atrapado danzaba igual que lo harían las olas en la tormenta. No emitía ningún brillo acerado, sino que parecía *tragarse* todo posible fulgor superficial y hundirlo en sus entrañas. Esta negrura acuosa provocaba un efecto fascinante y turbador, como si además de la luz fuera también capaz de tragarse la voluntad de quien empuñase el Arma. A Skarrion le sorprendió no hallar juntura ni sujeción alguna entre el asta y la bola; pero intuyó que jamás podría separarlos, como si ambas partes permanecieran unidas por sellos mágicos.

Miró a Niloba y se despidieron sin palabras.

Skarrion tomó aire y salió de su escondite, lanzándose a la carrera hacia los bayunes, profiriendo un alarido animal. Sintió la Maza fundirse con sus dedos, sus brazos y el resto de su ser.

Los bayunes le miraron con sorpresa. Algunos incluso levantaron sus armas, pero Skarrion llegó hasta el primero y descargó a dos brazos un golpe ascendente. La bola que no emitía brillos reventó el cráneo, aplastó el cerebro y casi hizo volar la cabeza entera. Skarrion empujó el cuerpo sin vida y siguió avanzando como un huracán, destrozando mandíbulas, pechos, costillas y hombros. Los bayunes caían a su alrededor como el trigo bajo la guadaña.

Las hienas se desparramaron sobre los bayunes como una marea parda y gris, gruñendo y ladrando y haciendo peligrar los tímpanos. Sus colmillos desgarraron la carne y abrieron las venas. La plaza era un caos enloquecedor.

La Maza estaba ensangrentada y la sangre también empapaba los

dedos y tiznaba el torso y el rostro de Skarrion. Sus ojos se habían convertido en dos soles azules y tenía el rostro crispado en una sonrisa burlona y maligna. Había algo demoniaco y ávido en él. Los bayunes se apartaban de este diablo vengador y aquellos que osaban enfrentársele sufrían la ira de un arma capaz de engendrar imperios.

Niloba ya cortaba las ligaduras de los postes. A su alrededor las hienas continuaban ladrando y mordiendo a los bayunes, ya estuvieran vivos o muertos. Algunos animales habían caído durante la lucha, pero eso no frenaba a los que aún peleaban.

Estalló una nueva grita, pues el estrépito de la batalla había atraído al resto de los bayunes, dispersos por la aldea; ahora todos ellos convergían en la plaza.

El gigante calvo ya estaba libre y agitaba sus brazos para reactivar el riego sanguíneo. Su rostro se contrajo en una mueca de ira.

—¡*Cwaze Na Millie*! —rugió.

Era una de las frases unzas cuyo significado Skarrion conocía: *¡Matar Hasta Morir!*

Los unzas arrancaron los aceros con los que casi habían sido ensartados y se lanzaron contra los invasores, gritando el temible *Matar Hasta Morir*. Habían presenciado la tortura y la ejecución de sus mujeres, madres e hijos, así que el padre, el hijo y el amante se arrojaron sobre los asesinos y empezaron a hundir con satisfacción enloquecida sus lanzas en ellos. Algunos unzas siguieron golpeando a los invasores cuando ya hacía tiempo que estaban muertos.

Los bayunes podían ser bestias crueles y sádicas, pero también eran guerreros bravos y curtidos en la lucha, así que hicieron frente a sus enemigos y los unzas también cayeron, golpeados por una maza o un cuchillo de piedra. Las hienas saltaban sobre los salvajes y eran atravesadas en el aire por los venablos, gimiendo y ladrando antes de ir a tierra, donde eran cosidas a lanzadas.

Sonó un grito muy agudo que era en realidad una mezcla de muchos otros. Primero fueron las sombras aladas y luego los cuerpos que las proyectaban: los buitres cayeron sobre los bayunes, pero dejaron en paz a los unzas, a Skarrion y a Niloba.

La hechicera contemplaba la lucha desde el centro de la plaza, rígida, con los ojos muy abiertos tras la máscara impasible.

Las garras hirieron pechos y rompieron costillas y los picos abrieron rostros y espaldas. Los bayunes intentaban quitarse de encima a los buitres, sin éxito. Los salvajes caían al suelo entre alaridos, arropados por mantos de plumas que alzaban ventoleras de polvo.

Todo terminó de pronto, tan rápido como empezara. Ningún bayune se movía. Las azagayas, los colmillos, los picos y las garras los habían matado a todos.

Los unzas contemplaban con satisfacción vengadora a sus enemigos muertos, pero también parecían confusos mientras veían a las hienas y los buitres darse el festín.

El gigante de cabeza rasurada bramó órdenes. Solo quedaban cinco unzas supervivientes: un adolescente, dos adultos, el anciano y él. Todos tenían lanzas y azagayas ensangrentadas.

El líder calvo y el anciano se acercaron a Skarrion. El viejo señaló la Maza con un índice grueso y arrugado.

—*Nombi ni Lubuwga* —dijo, embargado por la emoción.

Su compañero asintió, muy serio, con los ojos brillantes.

Pero clavaron sus miradas en el rostro de Skarrion y empuñaron fuerte las armas, porque en Ishanki todo extranjero era enemigo, con Maza Sagrada o sin ella.

9

Skarrion solo estaba seguro de una cosa: si intentaban quitarle el Arma los mataría a todos, allí mismo.

—Soy vuestro aliado —dijo, en ishankita común—. Y traigo la Maza Sagrada.

—El Imperio aún puede ser salvado de la destrucción… —susurró el viejo, en la misma lengua.

Skarrion frunció el ceño, sin comprender, pero antes de poder responder intervino el guerrero calvo:

—Debería empuñarla un unza, no un extranjero de piel cobriza y ojos del color del cielo.

Dio un paso hacia delante, como para arrebatársela, y Skarrion la agarró a dos manos, dispuesto a partirle la cabeza.

—¡*Sergamca, Cibebi*! —exclamó el anciano, y detuvo a su compañero con una mano firme y decidida. El guerrero calvo se contuvo y el viejo señaló a Skarrion—. La Maza *elige* al portador y por tanto sus razones debe tener para que la lleve este hombre. Disculpa a Cibebi, extranjero. Es impulsivo y ardiente, igual que tú, pero yo soy viejo y he visto tantas cosas que ya nada me sorprende. Prefiero pensar dos veces antes de actuar.

Skarrion asintió. Cruzó una mirada con su posible oponente, el tal Cibebi, que aún estaba receloso, pero había perdido buena parte de su hostilidad. Skarrion comprendió de inmediato que podía ser directo, duro y violento, pero también justo, sin maldad. Era el tipo de hombre que Skarrion respetaba y del cual fácilmente podía hacerse amigo.

El viejo dijo:

—Parece evidente que has venido como aliado y no como enemigo. Peleaste bien contra los bayunes.

—Me llamo Skarrion Gunthar, o… Colmillo de León. —Al oír ese nombre Cibebi relajó su rostro, como recordando algo, y miró al shakark con respeto—. También tú peleaste bien, anciano.

—Deberías haberme visto en mis buenos tiempos —respondió el viejo—. Ahora estoy achacoso y me canso antes, pero aún puedo abrir un par de cabezas. Me llamo Dabulamanci. —Señaló un puñado de cadáveres bayunes, mordisqueados por las hienas y los buitres—. Estos cobardes nos cogieron por sorpresa y nos atacaron en masa, mataron a nuestros hijos y forzaron a nuestras mujeres. Ahora, todos nuestros seres amados pueden descansar en paz a la sombra de Anuar, el Gran Espíritu, pues les hemos dado justa venganza.

—Lamento traeros malas noticias —dijo Skarrion—, pero lo de vuestro poblado pronto se repetirá en muchos otros. Se acercan unos dos mil bayunes más por el suroeste. Quienes os atacaron eran, supongo, una avanzadilla de ese ejército. Y por si eso fuera poco, desde el noroeste llegan muchos cientos de arzawis.

—Esos malnacidos se nos echan encima en nuestro momento de mayor debilidad —se quejó Cibebi, usando de nuevo el ishankita, en deferencia a Skarrion—. Pero la Maza nos devolverá la fuerza. Hemos de llevarla a Mancumi, la capital, y dejar que allí suceda lo que tenga que suceder. Ya que pareces su guardián, te acompañaremos hacia el este.

—Tendréis que hacerlo de todos modos, si no queréis morir aquí, aplastados por los ejércitos que llegan desde el oeste.

—Llevas razón —dijo Dabulamanci—. Debemos llevar el Arma de Nombi a Mancumi… ¡Grande es el poder de la Maza! —Señaló a las hienas y los buitres que ya se atracaban de carne—. ¡Hasta las bestias salvajes han venido a ayudarnos!

—No fue la Maza, sino una mujer. Ella… —En el caos de la batalla había olvidado a su compañera. Abandonó a los dos guerreros y pasó por entre los cadáveres, buscándola—. ¡Niloba!

Estaba arrodillada junto a una hiena y un buitre muertos. Su mano derecha acariciaba el pelo duro y la izquierda rozaba el plumaje negro. Lloraba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Skarrion.

—Sí. Yo no estoy herida. Pero ellos… Mis amigos… —Miró a los animales muertos o malheridos, tirados en el campo de batalla—. Entregaron su vida para ayudarme. En realidad no tenían elección porque les obligué a obedecerme mediante mi poder, llevada por el egoísmo y la sed de venganza.

Skarrion no respondió. La voz de Niloba se volvió profunda, sólida como la piedra:

—No volveré a hacerlo. Juro ante el Espíritu Sagrado que jamás usaré de nuevo a las criaturas de la Naturaleza para satisfacer mis propios caprichos, para alcanzar cualquier objetivo, por mucho que lo desee. Lo juro.

Skarrion imaginó a los unzas ayudados por animales enfurecidos: elefantes, lobos, leones, serpientes, halcones, águilas… Serían invencibles, mucho más de lo que ya lo eran. Y la vida libre y salvaje dejaría de ser libre y salvaje. Pensó que fue sabio poner un poder tan increíble en manos de alguien como Niloba. A veces, los dioses o el destino tomaban las decisiones correctas.

—Nada puedes hacer ya por ellos, Niloba. Tenemos que irnos. Si no, todos moriremos y su sacrificio habrá sido en vano.

Ella asintió, aún apesadumbrada. Skarrion la ayudó a levantarse y

Niloba se apoyó en él, buscando consuelo.

Los cinco unzas se les acercaron.

—¿Quién es esta mujer extraña, Colmillo de León? —preguntó Dabulamanci—. ¿Por qué se esconde tras una máscara?

Ceñudos, todos esperaban la respuesta. Niloba los miró sin pestañear.

—Soy Niloba. La Que Habla Con la Luna.

Los cinco unzas dieron un paso hacia atrás, asustados. El más joven del grupo, un adolescente Leopardo, hizo la señal contra la brujería y otro hombre levantó con hostilidad su azagaya. Cibebi miró a Skarrion y luego a Niloba.

—¡Es una bruja, un demonio con cuerpo de mujer! —exclamó—. ¡Dicen que bajo su máscara hay una cara horrenda, capaz de asustar al más bravo! ¡Es peligrosa! ¡Es un monstruo! ¡Que se vaya!

Niloba los contempló devastada, sin poder hablar. Se llevó una mano a la frente de madera.

—No debería haber dejado el Valle del Demonio… —musitó.

—¡No es Niloba la Bruja! —contestó Skarrion. Apretó los labios a causa del esfuerzo, pero le entregó a ella la Maza y Niloba la cogió, muy sorprendida—. ¡Se llama Niala y es tan unza como cualquiera de vosotros! ¡Pertenece a vuestro pueblo!

—Entonces, ¡doble condenación! —exclamó Cibebi—. Sabemos que vivió en el Valle del Demonio, prohibido a los de nuestra sangre. ¡Está mujer está maldita! ¡Maldita y mil veces maldita!

Niloba jadeó y retrocedió, como si la hubieran empujado.

—¡No! —replico Skarrion, furioso—. Se quedó en el Valle del Demonio porque debía guardar la Maza ¿Quién mejor que un unza para proteger vuestro objeto más sagrado? No está maldita, sino bendecida por vuestro Gran Espíritu. ¡Mirad alrededor, banda de necios! ¿Veis esos animales que os ayudaron en la batalla? ¡Los trajo ella! ¿Acaso pensáis que yo soy el elegido por la Maza? ¡No! ¡La Maza la eligió a ella!

Los unzas la contemplaron con nuevos ojos; el recelo empezaba a retroceder, vencido por el respeto. Niloba se adelantó unos pasos, empuñando fuerte el Arma. Algo cambió en sus ojos, algo que la máscara ocultaba. Había desechado todas sus dudas y su voz fluyó como el agua en el deshielo, clara, fría e imparable:

—El extranjero ha dicho la verdad. Mi nombre es Niala y soy una unza.

Levantó la barbilla, con el orgullo desafiante de los suyos.

Estuvieron un buen rato en silencio, mientras el sol calentaba sus cabezas.

—No sé qué decir… —gruñó al fin Dabulamanci, rascándose la coronilla—. Lo único que tengo claro es que hoy han ocurrido muchas

cosas extrañas… Y que debemos ponernos en camino para llegar cuanto antes a Mancumi.

Llamó al más joven de los cinco supervivientes y le dio órdenes en lengua unza. El chico asintió, cogió una azagaya, se metió en una cabaña y salió con un zurrón colgando del hombro y una cantimplora de barro sujeta al cinto. Echó a correr, controlando el ritmo, hacia el extremo oriental del poblado.

—Sigquebele es el chico más rápido de la aldea y por eso le he mandado a Gingindlovu, la capital de esta región —explicó Dabulamanci a Skarrion—. Allí le pasará el relevo a otro mensajero y este a su vez a otro, hasta que el último llegue a Mancumi. Enviamos corredores nada más empezar el ataque bayune, pero ahora hay noticias mucho más importantes que la caída de una aldea. La Maza ha vuelto.

—Ya hablaremos de todo eso por el camino —dijo Cibebi—. No nos entretengamos más.

Tomaron vituallas y cantimploras y echaron a andar, atravesando el caos de calles ensangrentadas y sembradas de cadáveres. Una vez en la sabana, Cibebi envió por delante a un explorador, un Leopardo llamado Ciqueli. De no estar de vuelta al anochecer, habría problemas por el este.

El grupo quedó reducido a Skarrion, Niloba, Dabulamanci, Cibebi y Manyosi, un guerrero Toro, el último de los cinco unzas supervivientes de la aldea. Caminaban a paso rápido, conversando para olvidar el cansancio, que atacó sobre todo a Niloba, dispuesta a no quejarse aunque se sintiera muy fatigada.

Skarrion relató a Cibebi y Dabulamanci sus peripecias hasta conseguir la Maza, aunque no les dijo que Niloba y él fueron amantes y tampoco les desveló el amargo pasado de la hechicera. La mujer le escuchaba sumida en un silencio extraño, con la Maza sobre uno de sus menudos hombros. No parecía pesarle, como si se hubiera vuelto liviana por arte de magia.

—Eres el tal Colmillo de León —dijo Cibebi—, ese que fue sometido al juicio de las Damas de la Noche.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Skarrion.

Cibebi y Dabulamanci cruzaron una mirada de complicidad y el viejo se llevó aparte a Niloba, pretextando querer conocer más acerca de los imgwayos y los kazeles del Valle del Demonio. A la hechicera no le pasó desapercibida la estratagema, pero consintió.

Ya solos, Cibebi le dijo a Skarrion:

—*Veloz como el viento*…

—*Astuto como la sombra, afilado como el acero*.

—En efecto. —Cibebi asintió—. Conoces el lema secreto de los Leopardos. Hace algún tiempo, el gran Zuani, Siete Dedos, me advirtió

de tu llegada.

Skarrion recordó a Siete Dedos, aquel oficial Leopardo, el primer unza con el que cruzara palabras y, después, puñetazos.

—Dijo que llegaría un extranjero desde el oeste —continuó Cibebi—, trayendo consigo la Maza Sagrada, que hablaría el ishankita, pero no el unza, que respondería al nombre de Colmillo de León y que conocería el lema secreto de los Leopardos. No confiaba mucho en sus palabras, hasta que nos rebelaste tu nombre a Dabulamanci y a mí. Si Siete Dedos me hubiera advertido sobre el color de tus ojos, tu pelo y tu piel te habría identificado al primer golpe de vista.

Skarrion se abstuvo de aclararle que Siete Dedos recibía órdenes de esferas más altas, en concreto del propio Ntomi, general en jefe de los ejércitos Leopardos y hermano del emperador Nabulama.

—Así pues, conoces a Siete Dedos… —comentó.

—Claro, todo líder de región ha tratado con él.

Skarrion levantó las cejas y Cibebi sonrió.

—En efecto, soy el líder de la Región Occidental del Imperio y bajo mi cargo tengo a miles de luchadores, desperdigados entre diferentes guarniciones y aldeas. Los bayunes y los arzawis atacaron estos territorios por sorpresa y casi todos los mensajeros fueron exterminados antes de poder avisar a los centros de población de las cercanías. De esta manera consiguieron tomar el poblado donde me encontraste, sin que yo supiera nada sobre la invasión. Había venido para visitar a mis tres esposas y diez hijos… —Su voz se endureció—. Ahora, están todos muertos. Juro que los bárbaros que atacan nuestro imperio van a pagarlo caro.

Respiró fuerte para sacarse la ira y continuó:

—Siete Dedos me encomendó la misión de escoltar hasta Mancumi al extranjero que traería la Maza, defendiéndole incluso de nuestros propios soldados.

Skarrion frunció el ceño.

—No he entendido tu última frase.

—Siete Dedos sospechaba que ciertos sectores del poder regio no querían la vuelta de la Maza y que podrían intentar apropiársela.

Skarrion pensó en Nara, la emperatriz, pero no dijo nada y dejó que Cibebi siguiera hablando:

—Quizás hubieran sido enviados ejércitos de Toros o incluso Leones para quedarse con la Maza. Los Leopardos tendríamos que defenderla, a ella y a su portador, para dársela a nuestros propios líderes en Mancumi.

—Lucharíais contra vuestros compatriotas —objetó Skarrion.

—La Maza es lo más importante —contestó Cibebi, impasible.

—Sigo sin entender la razón de este ataque masivo contra las fronteras unzas.

—En el poblado me di cuenta de que te extrañó que nos refiriéramos al presente como *nuestra hora de mayor debilidad* y que Dabulamanci, al ver la Maza por primera vez, dijera algo así como que *el Imperio aún puede ser salvado*.

—Sí me pareció raro. Cuando pienso en los unzas la última palabra que se me viene a la cabeza es *debilidad*. Sois tan duros como un bloque de piedra.

—El peligro real no viene de fuera, sino del interior. Nabulama, el emperador, ha muerto.

Skarrion parpadeó. Recordó a ese monarca apático y desgraciado.

—Ocurrió hace una semana —prosiguió Cibebi—. Lo encontraron en su cama, sin heridas ni otras señales de violencia. Su corazón se detuvo. En los últimos tiempos se había convertido en un hombre demasiado corpulento, tanto, que ya casi no podía caminar por su propio pie y debían llevarlo de un lugar a otro en una litera. Lo único que hacía era comer y beber y su cuerpo falló por culpa de los excesos.

—¿Veneno? —aventuró Skarrion.

Cibebi se rascó la barbilla, pensativo.

—Estás sugiriendo que alguien de la corte conspiraba contra el Señor de los Unzas. Es una afirmación peligrosa y deberías ser detenido y encerrado por soltarla con tal desparpajo.

—La emperatriz lo asesinó —dijo Skarrion, mirándole con astucia.

Cibebi meneó la cabeza y lanzó un suspiro.

—Bien… En confianza, yo también pienso que fue Nara. Y como yo, también lo creen las tres cuartas partes del Imperio. A nuestra señora no pareció entristecerle la muerte de Nabulama porque la misma mañana que encontraron muerto a su esposo se proclamó heredera universal del Imperio, la dueña y señora de todos los unzas y de sus posesiones, de este a oeste y de norte a sur.

—¿Cómo reaccionó Ntomi? Es el hermano del emperador.

—No puede hacer nada. Nabulama no dejó descendencia, así que todo el poder pasa directamente a la esposa. Solo cuando Nara muera Ntomi subirá al trono. Es una ley inmutable y debe respetarse a rajatabla… Incluso cuando se sospecha del asesinato del emperador. No sería la primera vez que ocurre: el árbol de la realeza unza fue muchas veces regado con sangre, pues los hijos mataban a los padres y viceversa, o a sus hermanos u otros parientes próximos. Pocas veces un emperador ha muerto de viejo.

—¿Ntomi no tratará de matar a Nara, en público o en secreto?

—Si lo hiciese a la luz del día la ley caería sobre él, así que supongo que estará tramando una venganza en la sombra. Es muy inteligente, pero en primer lugar es un guerrero; no parece tan hábil en cuanto a las intrigas como con las armas.

Skarrion recordó su conversación con el General en Jefe de los Leopardos, que le prometió las indicaciones precisas para llegar hasta Lukumbia a cambio de traerle la Maza. No estaba de acuerdo con Cibebi: Ntomi tenía una habilidad increíble para los asuntos de palacio y si aún no había actuado contra Nara era porque esperaba el momento perfecto para golpear, como la pantera que acecha, escondida, a su víctima. Ntomi podía ser un guerrero, pero era en primer lugar un político. Sonrió con cinismo, pero no dijo nada.

—Además —continuó Cibebi—, existe el problema de los Leones… Este cuerpo de guerreros constituye la Guardia Imperial y están consagrados en cuerpo y alma a defender al emperador, en este caso a la emperatriz. Pueden quererla o no, pero su deber es preservar su vida a toda costa y lo cumplirán, cueste lo que cueste. Su honor lo exige. Son, en último término y aunque todo lo demás falle, los encargados de que la voluntad de Nara sea obedecida.

Cibebi frunció el ceño, pensativo.

—Si, por ejemplo, Ntomi atentara contra ella y fallase, los Leones se lanzarían sobre él, lo detendrían y lo ejecutarían en acto público. Pero nosotros, sus Leopardos, no podríamos consentir que nuestro General en Jefe, por muy culpable que fuese, sufriera tal castigo ignominioso… Ntomi es casi como nuestro padre. Él siempre ha ido en la vanguardia cuando podría haber contemplado la batalla desde una posición cómoda y segura; un líder así provoca la admiración incondicional del soldado. Es duro pero justo, y le apreciamos. Un enfrentamiento entre Leopardos y Leones conduciría a la guerra civil, que nos debilitaría aún más y atraería a nuestros enemigos, como los carroñeros que hostigan a la fiera moribunda.

Skarrion asintió, pensativo. Cibebi volvió a hablar, pero esta vez con asco:

—Existe otro peligro de guerra civil: las brujas.

Skarrion recordó las viejas espantosas del juicio de las Damas de la Noche, cuando fue atado a un poste y sufrió la picadura de las arañas venenosas. Antes de que eso ocurriera, unas hechiceras decrépitas danzaron en torno a los condenados y él incluso llegó a patearle la cara a una porque se atrevió a tocarle.

—En teoría —explico Cibebi—, el cometido de esas viejas es exorcizar los demonios de la corte: *descubren* a las personas poseídas por los diablos y estos desgraciados deben ser ejecutados cuanto antes para acabar con la maldición. En la práctica, ellas son el brazo derecho de Nara; haciendo uso de sus atribuciones religiosas provocan la muerte de todos los que son contrarios a la emperatriz.

»Si Ntomi fuera señalado por las brujas la ley dictaría que ha de morir, pero los Leopardos de todo el Imperio nos rebelaríamos. No creo que Nara se atreviese a lanzar sus hechiceras contra él, pero

nadie puede predecir qué pasa por su mente diabólica.

»De un modo u otro, estamos al borde de una guerra entre padres y hermanos.

—Y mientras, vuestros enemigos se unen para invadiros.

—Así es. Conocen estos hechos y lógicamente no van a desaprovechar su gran oportunidad. Para colmo de males, Nara está haciendo retirar el grueso de las tropas de los puestos fronterizos… ¡como si en realidad quisiera acelerar la destrucción del Imperio!

Skarrion no le dijo que fue ella quien ordenó el robo y la desaparición de la Maza Sagrada. Eso fortalecería la opinión de Cibebi.

—¿Y cuál es la solución para tanto problema? —preguntó.

—La Maza. Su portador gobernará en Mancumi, ya sea un general o un soldado. La Maza Sagrada es el auténtico poder unza; en ella está el espíritu victorioso de Nombi, nuestro primer emperador.

Los dos miraron hacia atrás, hacia Niloba, unos quince pasos a su espalda. Caminaba junto a Dabulamanci y charlaba con él. A la mujer, que aún llevaba el objeto sagrado sobre su hombro derecho, no le pasaron desapercibidas sus miradas.

—La Maza acabará con todas las disputas —le dijo Cibebi a Skarrion—. No puede haber discrepancias mientras el gobernante la empuñe: todos deben obedecerle. En estos momentos la necesitamos más que nunca para acabar con cualquier disensión.

—¿Y si Nara se apoderase de la Maza?

—Tendría que pelear para retenerla. Siete Dedos ordenó que te escoltáramos por si Nara enviaba los suyos hacia acá… Pero aunque Nara la consiguiera, ella, o un campeón que la representase, debería luchar para conservarla…

—¿Cómo es eso?

—Cualquier aspirante a emperador, de cualquier sexo o nivel social, tiene derecho a luchar contra el mandatario en un combate a muerte. El emperador empuñará la Maza y el contrario usará una sola arma, a su elección. El que venza tendrá el poder.

—¿Han ocurrido esas luchas muchas veces? —preguntó Skarrion, con escepticismo.

Cibebi se dio cuenta de su expresión y sonrió con astucia y orgullo.

—Nombi sostuvo más de veinte combates rituales en menos de siete años. No perdió ninguno, pues era un hombre excepcional y además dicen que la Maza vuelve invencible a quien la empuña.

Skarrion levantó las cejas con asombro, pero recordó sus emociones mientras blandiera la Maza contra los bayunes del poblado. Aún se estremecía al recordarlo.

—Después de Nombi —continuó Cibebi— hubo más gobernantes que lucharon para conservarla. Unos lo consiguieron y otros no, y

estos pasaron el relevo del poder a hombres más fuertes. Se dice que la Maza elige por sí misma a su dueño, y no al contrario. Es un objeto mágico y quizás tenga su propia alma, como la tiene cualquier hombre.

—Yo podría ser vuestro emperador si ganara uno de esos combates rituales.

—No te aceptaríamos porque no eres unza.

—Pero Niloba sí, si yo me convirtiese en su campeón y venciese a quien la desafiara.

—Podría ser… —murmuró Cibebi.

—¿Cómo es posible que no se produzca una lucha constante por la Maza? —preguntó Skarrion—. El poder está al alcance de cualquier guerrero osado.

—Pocos quieren convertirse en emperadores —respondió Cibebi.

Skarrion frunció el ceño, pero de pronto comprendió las palabras de Cibebi. Quien empuñara la Maza debería sostener sobre sus hombros el peso de cientos de miles de vidas, hacer frente a las intrigas y traiciones palaciegas, mantener sojuzgados a todos los pueblos vasallos y doblegar a cuantos se rebelaran. Un soldado reía, se emborrachaba y dormía un sueño pesado pero tranquilo. El emperador, en cambio, debía cuidarse de sus propios hijos, su esposa, sus amigos y hermanos. Skarrion ya lo había visto en otros lugares: el gobernante supremo estaba solo, siempre solo, horrible y espantosamente solo. No podía concebir la esperanza de una amistad o un amor sinceros. No podía confiar en nadie. En realidad, había que estar bastante loco para desear el poder, el poder crudo y devastador. Skarrion sabía por propia experiencia que mirar a los ojos de un hombre con tal poder era algo terrible, era como asomarse a un abismo en cuyas tinieblas había cosas confusas que jamás tendrían que salir a la luz. La sociedad unza no castigaba al príncipe que degollaba a su padre, sino que le premiaba con el trono. Por tanto, el padre sería el peor enemigo del hijo, y viceversa. No sería fácil vivir esa vida.

—Si llevamos la Maza a Mancumi —dijo Cibebi— habrá un combate para dirimir quién será el próximo que la empuñe. Y el vencedor tendrá que reunificar y organizar las fuerzas del país y hacer frente a nuestros invasores.

—Lo cual no es ninguna tontería —repuso Skarrion, con una sonrisa mordaz.

—Desde luego. No lo es.

—¿Quién piensas que ganaría?

Cibebi no dudó:

—Ntomi, el señor de los Leopardos. El hermano de Nabulama.

Skarrion no contestó.

Cibebi dejó caer con fuerza su mano sobre el hombro de Skarrion.

—La Maza tiene que llegar a Mancumi.

—Llegará —afirmó Skarrion.

Antes del anochecer volvió Ciqueli, el Leopardo encargado de reconocer el terreno por delante del grupo. Había caminado con rapidez durante clepsidras, sin descansar, y se le veía jadeante y empapado en sudor.

—Si seguimos en línea recta —les dijo, con voz ronca—, hacia Gingindlovu, toparemos con más bayunes. He visto una aldea que sufría el pillaje de unos cuantos centenares. Están delante de nosotros, a unas siete clepsidras a paso rápido.

—Imposible —contradijo Dabulamanci—. Los bayunes están detrás de nosotros, no delante.

—Quizá sea otra avanzadilla de un mismo y gran ejército —aventuró Manyosi, el Toro.

—O tal vez pertenezcan a otro ejército que todavía no hemos visto —intervino Niloba. Todos se volvieron para mirarla—. Puede ser que haya uno más, que sube desde el sur y con el que podemos chocar si continuamos en esta dirección.

—Eso es muy posible —apoyó Ciqueli—. Vi columnas de humo sobre el horizonte del sur. Debían ser poblados importantes, quemados y saqueados por ese nuevo ejército.

Cibebi hizo una mueca de disgusto y preocupación.

—Si es así, estamos atrapados entre los bayunes que vienen desde el suroeste y los que llegan directamente del sur.

—Doblemos hacia el norte —propuso Skarrion.

—Nos daríamos de bruces con los arzawis que dejamos atrás, procedentes del noroeste —contestó Cibebi.

—Entonces vayamos hacia el noreste —repuso Skarrion—. Tal vez aún podamos escapar de toda esta maraña de enemigos; creo que ninguno de estos ejércitos sabe de nuestra existencia ni por supuesto que tienen tan cerca la Maza Sagrada.

—De saberlo —dijo Cibebi—, su primer objetivo cambiaría y ya no sería, como sospecho, Gingindlovu, la capital regional. Todos irían en busca de la Maza.

—Estoy de acuerdo con Colmillo de León —intervino Dabulamanci —; viremos al noreste, aunque nos retrasemos un día más en el camino hacia Gingindlovu.

—Está bien —dijo Cibebi—. Iremos hacia el norte.

—He de reconocer el terreno —dijo Ciqueli.

—Iré yo —repuso Cibebi—. Tu aún estás cansado.

Ciqueli no podía oponerse a una orden directa del jefe militar

regional, así que asintió.

—Ten cuidado —le dijo Dabulamanci a Cibebi.

—Que lo tengan ellos conmigo —repuso Cibebi, con una sonrisa siniestra.

—No mates a ningún explorador —advirtió Skarrion—. Evítalos. Su falta alarmaría a los mandos del ejército.

—No soy ningún novato. Todo esto será un juego de niños. Ahora, solo queda una cosa por hacer. —Cibebi miró a Niloba, que aún llevaba la Maza—. Danos tu permiso para llevar a cabo el cambio de dirección en nuestro viaje.

—¿Mi permiso? —se extrañó ella.

—Tienes la Maza —respondió Dabulamanci, con seriedad—. Gobiernas un imperio y somos tus súbditos, así que todas las decisiones han de ser confirmadas por ti.

Niloba miró el Arma, cuya esfera absorbía la luz solar y la hundía en su propio mar de sombras.

—Tenéis mi permiso.

Cibebi echó a trotar.

—¡Hasta pronto! ¡Volveré antes del alba!

Le despidieron con exclamaciones de aliento y apoyo y su figura fue haciéndose más y más pequeña, hasta desaparecer en la distancia.

—Nosotros no podemos detenernos ahora —dijo Dabulamanci—. Debemos ganar la mayor ventaja posible a nuestros enemigos, así que no habrá descansos y seguiremos andando durante toda la noche. Comeremos sobre la marcha. ¡Andando!

La perspectiva del reposo nocturno se había echado a perder debido a la necesidad de huir, pero al reemprender la caminata nadie se quejó.

Sus sombras se alargaban y espesaban a medida que la noche iba cubriendo el mundo con su manto de tinieblas. El anciano andaba a la cabeza del grupo, imponiendo un ritmo rápido y tenaz. Parecía una figura de hierro a la que hubieran dotado de vida, un ser mitológico capaz de aguantar el cansancio, el hambre y la sed con una entereza de montañas.

Al cabo de algunas clepsidras todos sudaban, también Niloba, a quien el vestido se le pegaba a la piel. Caminaba detrás de Manyosi, el Toro, y ambos parecían los más cansados. Sobre sus cabezas, las estrellas y la luna brillaban en el seno de un cielo tenebroso. El monótono crujido de los pies en la tierra llenaba sus oídos, pero a veces la brisa les traía el rugido de un león o el aullido de un lobo.

Al alba todavía seguían andando y el maldito Dabulamanci no daba señales de cansancio.

Se volvió hacia los otros. Skarrion caminaba junto a Ciqueli; Manyosi y Niloba seguían en la retaguardia, andando con aire

miserable. Ella aún sostenía la Maza sobre el hombro derecho.

—¿Qué os pasa? —gruñó Dabulamanci, con el ceño fruncido—. ¿Es que estáis cansados?

Skarrion sonrió. Aquel viejo de miembros recios y cara de perro estaba dirigiéndolos con mano dura.

—Los Leopardos marchábamos hacia la batalla a la carrera —masculló Dabulamanci, y siguió hablando sin dejar de caminar—: Sí, claro que sí, trotábamos durante clepsidras, ¡y nadie se quejaba!

»Una vez, siendo yo un mozalbete, Engoboci, nuestro general, nos llevó al trote durante todo un día… ¡todo un asqueroso día! Muchos vomitaban sobre sus pechos y piernas, pero ni aun así disminuían el ritmo. Eso sí que fue una dura marcha. ¡Pero claro, eran otros tiempos! Hoy, las mujeres se dedican a cacarear como gallinas y los hombres a beber cerveza y a engordar bajo el sol…. ¡Bah!

—¡Dabulamanci, no tienes piedad! —dijo Skarrion, sonriendo.

—Ciqueli y tú parecéis los únicos con un poco de sangre en las venas. Acompañad a esos dos —señaló a Niloba y Manyosi, aún lejos— y hacedles caminar a vuestro ritmo. Dadles conversación, quizás así puedan olvidar el cansancio.

Siguió caminando, hablando y gruñendo consigo mismo, recordando épocas pasadas, más recias y gloriosas.

Ciqueli acompañó a Manyosi y Skarrion a Niloba. Las dos parejas comenzaron a charlar en voz baja, como mandara Dabulamanci, pues hablar hacía un poco más llevadera la caminata.

—Bebe un trago. —Skarrion le pasó su cantimplora a Niloba y ella se las ingenió para tragar el líquido sin detenerse—. Y come de esto. Te ayudará.

Sacó de su faltriquera un trozo de bollo hecho a base de ñame, cereales y azúcar de caña. Habían cogido muchos de esos pasteles en la aldea destruida: eran muy nutritivos, pero también duros, densos y empalagosos. No obstante, el organismo de Niloba lo agradeció. Skarrion mordió otro de aquellos bizcochos.

—Quizá sería mejor que yo cargase con la Maza —se ofreció.

—Te lo agradezco, pero aún puedo llevarla. Además, en cierto modo me da energías, una fuerza que me impide rendirme.

—Como desees.

Niloba miró con odio al anciano.

—Dabulamanci es un demonio.

Skarrion rio.

—Es todo un personaje, pero hace lo que debe para sacarnos con vida de esta.

—Sí, supongo que sí —resopló Niloba. Sentía las piernas cargadas, como si algún dios malévolo hubiera transformado la carne en plomo, y estaba segura de que si se detenía y se sentaba no podría volver a

levantarse jamás. Miró a Skarrion—. Ayer, ese viejo loco me contó la situación que atraviesa el Imperio. Tenemos que llegar pronto a Gingindlovu y poner la Maza a buen recaudo.

—Así debe ser.

Niloba asintió, con aire soñoliento. No pudo contenerse y tomó más agua de la calabaza de su compañero.

—Tú no has bebido —dijo ella, de pronto.

—Puedo aguantar durante dos o tres clepsidras más. En esta sabana no escasea el agua, pero si se nos acabase deberíamos desviarnos para llenar las cantimploras y perderíamos un tiempo precioso. Aún tenemos el ejército de los arzawis a nuestra espalda y desde el sur vienen los bayunes.

—Espero que no ataquen también por el norte.

Skarrion chasqueó la lengua y oteó el horizonte, preocupado.

—Me pregunto dónde estará Cibebi… Ya debería haber vuelto.

—Ojalá no le haya pasado nada.

—Sospecho que en el peor de los casos habrá *lavado* a conciencia su azagaya antes de morir.

Niloba asintió. Posó su mano derecha sobre el antebrazo masculino.

—Aún no te he agradecido que me defendieras ayer en el poblado, cuando Dabulamanci y Cibebi me acusaron de estar maldita.

—Se supone que soy tu campeón, el que blande la Maza por ti. Además, tú me salvaste la vida en el Valle del Demonio.

Niloba clavó su mirada en él.

—Gracias —dijo.

Él sonrió y le guiñó un ojo.

—A veces… —dijo ella— desearía quitarme esta máscara para poder besarte, Colmillo de León.

—Vamos, no te entristezcas y levanta la barbilla. Si Dabulamanci te viera decaída no cesaría de gruñirte, como un lobo con las tripas vacías.

Pero la mujer no levantó la cabeza, sino que la apoyó en el hombro musculoso y se abrazó a su costado. Los dos siguieron andando, así unidos, en silencio.

La caminata nocturna había sido horrible, pero cuando salió el sol la marcha cobró tintes heroicos. El calor les golpeaba en la cabeza, intenso y machacón, y los churretes de sudor dibujaban franjas en sus rostros y cuellos abotargados. Casi podían imaginar que los haces solares estaban solidificándose sobre sus coronillas y nucas y empujándolas hacía abajo con fuerza. Pero Dabulamanci continuaba moviéndose al mismo ritmo diabólico y los otros le seguían con pesadez, excepto Skarrion y Ciqueli, que estaban cansados, pero se mostraban impasibles.

Niloba seguía apoyada en Skarrion y él le hablaba a menudo para impedir que se durmiera, pues la mujer a veces parecía a punto de quedar traspuesta; y quizás ni siquiera entonces dejara de andar. Ella le respondía con monosílabos y con voz ronca.

Ciqueli y Manyosi, más atrás, entonaban una de esas canciones obscenas, propias de los soldados unzas. El canto narraba las hazañas sexuales de un tal Mibilini, guerrero tan hábil en la lucha como en las mantas. El juego consistía en que cada participante debía inventar una estrofa aún más lujuriosa y depravada que la anterior. En cualquier otro momento habría provocado carcajadas entre quienes la oían, pero ahora los dos hombres mugían la tonada picante y sus ocurrencias no tenían gracia.

Incluso Dabulamanci había dejado de hablar consigo mismo… y esa *sí* era una mala señal. Skarrion y él buscaban a menudo en el horizonte. Su preocupación rozaba la alarma porque no divisaban a Cibebi por ningún lado.

Dabulamanci se detuvo, con la mirada clavada en algún punto sobre la llanura interminable. Cuando se volvió sonreía de oreja a oreja y le brillaban los ojos.

—¡Llega Cibebi!

Pero no fue un solo cuerpo lo que descubrieron al forzar la vista, sino una bullicio de sombras en el amarillo del horizonte. Cibebi no venía solo. Le acompañaban ciento cincuenta unzas, Toros y Leopardos. Llevaban taparrabos de piel, plumas en las pantorrillas y antebrazos, bandas en la frente y pulseras y collares: los adornos unzas en tiempos de guerra. Empuñaban azagayas, hachas y mazas y llevaban en el antebrazo izquierdo el escudo con forma de ojo estilizado. Marchaban hacia la batalla y Cibebi era su líder.

Cibebi abrazó a Dabulamanci; Ciqueli y Manyosi le palmearon la espalda. Skarrion despertó a Niloba, que se había quedado traspuesta nada más sentarse en el suelo. Le dio la Maza a la mujer y sacudió sus propios brazos y piernas para disipar los calambres de sus músculos. Cibebi y él se estrecharon las muñecas y se abrazaron, sonrientes. El unza también abrazó a Niloba, que parecía más animada tras el ligero descanso.

—Nunca haces las cosas a medias, ¿verdad? —le dijo Skarrion a Cibebi, mirando a tanto luchador reunido.

Cibebi tronó una carcajada.

—Llegué a la aldea más cercana y todos estos bravos se me unieron en cuanto oyeron hablar de que habíamos recuperado la Maza. Días atrás, habían mandado a sus mujeres e hijos a Gingindlovu, pero ellos siguieron en sus casas, dispuestos a resistir en sus hogares hasta el final.

—¿Por qué no se marcharon ellos también a Gingindlovu? —

preguntó Skarrion.

Cibebi le miró como se mira a un tonto.

—Los unzas no huyen —respondió.

—Lo había olvidado. —Skarrion sonrió.

Cibebi le miró con aire reprobador. Siguió contando:

—Muchos mensajeros han volado ya entre Gingindlovu y los pueblos más cercanos, pero calculo que unas diez aldeas sufrirán en breve el ataque de los invasores.

—¿No les han enviado refuerzos desde Mancumi? —preguntó Dabulamanci.

—Al parecer, no. La emperatriz lo prohibió. Ella siempre ha dicho que aquí no son necesarios y el grueso de nuestras fuerzas sigue en la capital del Imperio. Es más, no hace mucho ordenó retirar contingentes de esta zona para enviarlos hacia el interior.

—Así pues, nos han dejado solos… —repuso el anciano, en tono lúgubre—. Los enemigos nos aniquilarán. El oeste de nuestra nación ya ha caído.

—No acaban ahí las malas noticias… —prosiguió Cibebi—. Además de los bayunes y los arzawis, se acerca un ejército de quianus por el norte, un millar de hombres, según cuentan los exploradores y mensajeros. Ya han arrasado muchas aldeas a su paso. Creíamos que podríamos escapar, pero en realidad estamos rodeados por todas partes. No hay salida.

Un silencio sepulcral cayó sobre todos ellos. Cibebi se rascó la calva, pensativo.

—Sospecho que esos mil quianus del norte, los tres mil bayunes del sur y suroeste y los mil arzawis del noroeste van a unirse tras acabar con la resistencia en los pequeños poblados, para marchar contra Gingindlovu, también desamparada porque la emperatriz ordenó retirar los ejércitos que la defendían. Una vez tomada la capital de esta región, seguirán hacia Mancumi.

—Cinco mil guerreros son muchos guerreros —dijo Skarrion—, pero por sí solos no podrían conquistar Mancumi. Vi, en las cercanías y dentro de la misma capital, unos ocho o diez mil hombres preparados para la guerra.

—Aún desconocéis toda la gravedad de la situación —contestó Cibebi—. Nuestros enemigos no son estúpidos; según los rumores, los itembas, quianus y nacus han formado otro y aún más grande frente armado, que atacará la capital por el este y formará una pinza junto al gran ejército que tenemos casi encima de nosotros.

—Parece el final… —auguró Ciqueli.

—Todavía tenemos esto. —Niloba levantó la Maza, haciendo que todas las miradas cayeran en la mujer—. No importa lo que ordene Nara porque los unzas se unirán y recuperarán su decisión si luchan

por el Arma de Nombi.

—Es cierto… —Dabulamanci levantó el puño—. ¡Ella tiene razón! Hemos de romper el cerco enemigo y llevar la Maza Sagrada a Gingindlovu, y de ahí a Mancumi. Aún estamos a tiempo de salvar a nuestra nación.

—¿Unos ciento cincuenta hombres contra los mil quianus que tenemos delante? —preguntó Ciqueli, escéptico y amargado—. Además, en cuanto los cuatro mil bayunes y arzawis a nuestras espaldas se enteren de la presencia de la Maza nos perseguirán y nos devorarán.

—¡Hay que conseguirlo! —contestó Dabulamanci, tozudo.

Dos Toros llegaron hasta el grupo. Parecían los líderes de la horda recién llegada.

—Saludos, gran Dabulamanci —dijo, respetuoso, el más veterano. Hablaba en lengua unza, que Manyosi traducía a Skarrion—. Me llamo Siayo y soy el responsable de estos hombres, los guerreros de la aldea de Necuzu. El gran Cibebi nos dijo que traías la Maza.

—Saludos, Siayo Me Necuzu —respondió Dabulamanci—. Es verdad, la Maza viene con nosotros, pero yo no la custodio. Quien la empuña es esta mujer enmascarada que ves aquí.

—¿Una hembra tiene la Maza? —se quejó el otro Toro, un joven alto y fornido.

Niloba le miró con frialdad.

—Así es —repuso, cortante.

—Entonces, se puede luchar por el Arma —afirmó el joven guerrero.

—Como desees —dijo Skarrion, avanzando un paso y cruzando los brazos ante él, con una sonrisa glacial—. La blandiré contra quien quiera apropiársela. Y que gane el mejor.

El joven Toro no se dejó intimidar y los dos hombres altos se miraron con fuerza y tranquilidad, como hacen los peleadores antes del combate.

Siayo se interpuso entre ambos y los separó.

—Perdonad a Sicali, mi hijo mayor. Le embargan el fuego y la impertinencia propios de la mocedad. —Sicali pareció enojarse al oír tal comentario—. Pero es un buen chico y un valiente. —El muchacho se relajó.

—No te inquietes, Siayo. —dijo Dabulamanci—. Todos hemos sido impetuosos en el pasado, pero este no es el momento de luchar entre nosotros. Todos juntos debemos buscar la manera de vencer la barrera que forman los enemigos del Imperio.

—Estamos rodeados por todas partes —respondió Siayo—, así que solo nos queda luchar hasta el fin. Será una buena muerte, si caemos defendiendo la Maza.

—Bonitas palabras —repuso Dabulamanci—, pero ahora están en juego no solo nuestras vidas, sino todo el Imperio, nuestra cultura y nuestra civilización. Tenemos que llevar la Maza a Mancumi para que un nuevo emperador la empuñe, alguien capaz de terminar con las peleas internas y hacer frente con éxito a los invasores.

—Entonces lo mejor será ponernos ya en marcha, hacia el sureste, para pasar bajo los quianus que llegan desde el norte. Es nuestra única opción.

—Seguiremos hablando mientras caminamos —apremió Cibebi. Señaló a Niloba con el índice—. Guardas la Maza, así que debes ir en cabeza. Eres una mujer y esos de ahí son hombres rudos que desprecian al débil, así que no te dejes intimidar. Recuerda que la Maza te ha elegido, tú lideras, y a un líder le está prohibido mostrar indecisión.

—No temas por mí —respondió ella, con voz firme.

Niloba inspiró fuerte para borrar de sí misma cualquier duda. Abandonó el pequeño grupo y caminó hacia los guerreros de la arrasada Necuzu. Skarrion decidió seguirla de cerca, con la mano en el puño de la espada.

Los hombres guardaron un silencio respetuoso ante la Maza y se abrieron para dejarles paso. La mayoría arquearon una ceja, pues era una mujer, y además enmascarada, quien la tenía. Pero Niloba no mostró dilación y la masa armada se abrió como la manteca cortada por el cuchillo caliente. En otro momento y lugar la escena hubiera resultado casi caricaturesca, con todos esos hombres gigantescos y violentos apartándose ante una mujer delgada y pequeña. Pero la situación estaba envuelta en un halo de dignidad; esta era la mejor prueba del poder de la Maza Sagrada sobre los temibles y legendarios unzas.

Aunque impasible, Skarrion sonreía por dentro… Qué lejos quedaba aquella mujer dubitativa, triste y solitaria, la extraña diosa que conociera en el Valle del Demonio, la joven que había sentido suspirar entre sus brazos.

Con Skarrion a su lado y Cibebi, Dabulamanci, Siayo, su hijo Sicali, Manyosi y Ciqueli siguiéndola, la Guardiana de la Maza atravesó el contingente armado y fue hasta la vanguardia. Allí se detuvo un momento, miró al horizonte y, sin volverse para comprobar si la seguían, echó a caminar. Los guerreros marcharon tras ella, entre nubes de comentarios de muy diversa índole.

En menos de una clepsidra ya se les habían unido doscientos hombres más, procedentes de una aldea próxima a Necuzu. Los

mensajeros volaban entre un villorrio y otro, informando sobre la vuelta de la Maza, y los defensores abandonaban el hogar para unirse a quienes traían el símbolo del Imperio. Desde Mangani, Batse, Itienque y otras aldeas fueron llegando más unzas, a decenas y a centenares. Al mediodía eran más de setecientos, Toros y Leopardos. Caminaban en formación y hablaban entre susurros, pues se les había ordenado hacer el menor ruido posible.

Cibebi se acercó a Skarrion con el rostro lleno de preocupación.

—Mira: allí —señaló una colina.

Skarrion descubrió al hombre sobre la cima. Aguzó la vista.

—Parece un bayune.

El espía se marchó. Cibebi envió tres Leopardos a matarle.

—Los exploradores enemigos ya saben de nosotros —dijo Cibebi—. Nos atacarán, pues no se pueden permitir ignorar a tanto guerrero junto. Antes de la noche habrá batalla.

Dabulamanci y Niloba se les unieron.

—Ha vuelto uno de nuestros exploradores —informó la mujer—. Los quianus también conocen nuestra posición y han cambiado la dirección de su avance. Ahora se nos acercan.

—¿Hay posibilidad de escapar, de esquivarlos de algún modo? —preguntó Skarrion.

—No —contestó Dabulamanci—. Aún estamos demasiado lejos de Gingindlovu, el único lugar donde resguardarnos. Son muchos más que nosotros, así que debemos atraerlos hasta una posición que nos convenga y allí tendremos que hacernos fuertes y resistir. Mientras, alguien ha de llevarse la Maza; tendrá que ser rápido e inteligente para esquivar los ejércitos enemigos. Nosotros seremos su cebo y su distracción y los atraeremos para que ese correo lleve la Maza hacia el este. Es un plan loco, casi imposible, pero se trata de la única alternativa si no queremos que el Arma caiga en manos de los bárbaros.

—Un buen lugar al que atraerlos sería el Olobane —dijo Cibebi.

—¿Qué es ese Olobane? —preguntó Skarrion.

—Un monte de cima plana; no queda lejos y en su cúspide podremos defendernos mientras el mensajero lleva la Maza a Mancumi.

—Morirán todos, menos ese mensajero —dijo Skarrion.

—Así ha de ser —contestó Dabulamanci, con un rostro tan impasible que Skarrion guardó silencio.

—El enviado ha de ser rápido y fuerte —terció Niloba—. Es mejor que yo se la ceda a él y que me quede con los del Olobane.

—Pero tú también morirás —dijo Skarrion, con el ceño fruncido.

—Has visto lo que hacen los bayunes con las mujeres capturadas. Prefiero la muerte limpia y rápida del acero.

Skarrion la observó en silencio y asintió con lentitud.

—Quien lleve la Maza tendrá que conocer a la perfección estas tierras. —Dabulamanci miró a Cibebi—. Tiene que ser alguien astuto y hábil para esquivar las avanzadillas y a los exploradores.

—Yo la llevaré —respondió Cibebi.

Nadie se opuso y Niloba le dio el objeto sagrado. Los ojos de Cibebi centellearon al coger la Maza.

—¡Qué fuerza tiene…! —susurró—. La noto y la siento… Parece pulsar, llena de poder, y me pasa ese poder a mí.

—Es una estrella caída —dijo Dabulamanci—. En realidad, ¿qué sabemos de ella? Muy poca cosa. Quizás no sepamos nada. Pero siempre nos ha ayudado y ahora también ha de ayudarnos.

—Duele desprenderse de ella —se quejó Niloba—, pero es necesario.

Cibebi la miró y asintió despacio.

—Gracias por entregármela, Guardiana. No defraudaré a mi pueblo.

Dabulamanci se volvió hacia Skarrion.

—¿Y tú, Colmillo de León? ¿Nos acompañarás en la batalla o buscarás lugares más apacibles? Esto es un asunto de unzas, así que puedes marcharte ahora que aún puedes y buscar tu camino en otros lugares. Nada te ata a nosotros.

Skarrion sonrió con tristeza.

—A estas alturas sería difícil escabullirse de todos esos bayunes, arzawis y quianus. Prefiero quedarme con vosotros y luchar, y que los malditos dioses decidan.

Dabulamanci sonrió con tristeza.

—Es una lástima para ti no haber nacido unza; ese es tu único defecto.

Skarrion soltó una carcajada.

—¡Procuraré vivir con ello! Tú también hubieras encajado bien en Shakark, entre los míos, Gran Dabulamanci.

El viejo abrió mucho los ojos y soltó una carcajada cascada parecida al graznar de un cuervo.

—¡Lo que hay que oír! —exclamó, meneando la cabeza.

—Las bromas están muy bien —intervino Niloba, con voz cortante —, pero ahora tenemos que ocuparnos de las cosas serias.

Skarrion y Dabulamanci se miraron y adoptaron una aire grave.

—Esta mujer lleva razón —dijo el viejo guerrero—. Guardemos las risas para cuando nos bañemos en la sangre de todos esos malnacidos que nos persiguen, en lo alto del Olobane.

Siayo se acercó al grupo, caminando rápido y con cara de preocupación.

—Hay que apresurarse; según los exploradores, los enemigos cada

vez están más cerca.

—El Olobane se encuentra detrás de esas colinas. —Cibebi señaló unas elevaciones chatas y parduscas, hacia el sur—. Si os dais prisa podréis tomarlo antes de que os alcancen los enemigos. Yo iré hacia el sureste, dando un buen rodeo para esquivar a los quianus.

—El territorio estará sembrado de campamentos y exploradores —advirtió Skarrion—. Ocúltate siempre, sobre todo por el día.

—Lo sé, Colmillo de León. Me convertiré en una sombra.

—¡Ten cuidado! —pidió Dabulamanci.

Cibebi y él se abrazaron. Los ojos de los dos brillaban, húmedos.

—No te volveré a ver, Gran Dabulamanci. Anuar te reserva un lugar de honor entre los valientes del cielo.

—Me basta con que allá arriba haya suficiente cerveza. —El anciano sonrió para enmascarar su dolor—. ¡Adiós, Gran Cibebi!

Cibebi asintió, apretando los labios para que no le temblaran. Se despidió de todos en aquel grupo de cabeza y también dijo adiós a muchos amigos que tenía en el regimiento. Los hombres, que poco a poco iban conociendo el cambio de planes, levantaban sus azagayas y lo aclamaban a gritos mientras él se alejaba caminando rápido.

—¡Bueno, ya está bien de charla! —gruñó Dabulamanci—. Ahora, vayamos al Olobane.

—Estás llorando, Dabulamanci —señaló Niloba.

—¡Te equivocas, jovencita! ¡Solo es polvo que se me ha metido bajo las pestañas!

Ella sonrió, pero no dijo nada. Dabulamanci levantó la azagaya y frunció el ceño.

—A partir de ahora no hace falta marchar en silencio. ¡Que esos hijos de mil padres se enteren de hacia dónde vamos! Marcharemos a paso rápido, cantando la canción más depravada que vuestras sucias mentes puedan recordar. ¡Vamos, reunid a la tropa! ¡Quiero hablar con los guerreros!

Los líderes de cada agrupación dispusieron a sus hombres alrededor de él. Era todo un personaje, un viejo lleno de cicatrices, un patriota y un buen compañero de lucha, una especie de alimaña salvaje de otros tiempos, y todos le respetaban y le querían. Subido en un altozano, destacaba sobre aquel mar de cabezas negras con bandas de piel de toro o leopardo a la altura de la frente. Era un hombre pequeño, de espaldas anchas, miembros fibrosos y un estómago abombado por culpa de los excesos con la bebida. Su rostro feo y curtido de ogro llevaba encima la marca profunda del cansancio de los años y de la sabiduría aprendida del modo más doloroso, a través de los mil golpes de la vida.

Sin embargo, aquella figura caricaturesca pareció crecer y quedó rodeada de un halo de fuerza majestuosa. Era Dabulamanci Malque,

veterano de cien batallas, cuyos relatos de guerra provocarían escalofríos en muchos valientes. Cuando habló su voz sonó profunda, grave y clara:

—¡Unzas!

Ellos aguardaban sus palabras, como un mar compuesto de cientos de cabezas, de ojos atentos, de corazones hendidos por la ira de haber perdido su hogar y a sus seres queridos, muchos de ellos vejados y torturados antes de morir. Dabulamanci los contempló con severidad y gritó:

—¡De nuevo recorremos el sendero de la batalla! Hoy, estamos rodeados de enemigos… Quianus por el norte y el este… Arzawis por el oeste… Bayunes por el sur… Es probable que nos maten a todos, pues ellos son muchos… ¡Son demasiados! Pero… ¿Nos echaremos a llorar como niñitas?

Estalló un trueno de voces, una respuesta negativa y rotunda, surgida de setecientas gargantas. Los hombres alzaban las azagayas y clamaban contra el enemigo. Dabulamanci levantó las dos manos, como si fuera un sacerdote supremo, como un dios que se dirigiese a sus adoradores. El silencio fue cayendo otra vez, poco a poco, hasta espesarse.

—¡Haremos lo que mejor sabemos hacer! ¡Destrozar a esos malparidos! ¡Les enseñaremos cómo se lucha! ¡No hemos nacido para defender, sino para conquistar! ¡Vencer y volver a vencer, incluso en el momento de morir! ¡El tímido y el pusilánime son nuestros enemigos! ¡Aplastamos la duda y escupimos al miedo en los ojos! ¡Somos unzas, así que hoy, si morimos en nuestra tierra, ¡lo haremos con honor!

Se extendió un silencio espeso como la brea. Skarrion sonreía. Había vivido momentos parecidos en muchas otras ocasiones, antes de ir a la batalla. No importaba que los poetas civilizados engordaran estos discursos en sus crónicas, ni que los escépticos de vida cómoda fuesen incapaces de comprenderlos. Aún sentía el vello de punta en los brazos cuando los oía, cuando eran sinceros y emergían desde lo más hondo del corazón.

—¡Unzas! —bramó Dabulamanci, con los ojos desorbitados—. ¿Cuál es nuestro lema?

—¡Matar hasta morir! —restalló la muchedumbre, levantando los cuchillos, las lanzas, las hachas y las mazas— ¡Matar hasta morir! ¡Matar hasta morir!

—¡Entonces, no perdamos más tiempo! ¡Basta de cháchara! ¡A matar y a morir, unzas! ¡A matar y a morir!

Así terminó el breve pero efectivo discurso, ante el cual los guerreros rugieron su asentimiento una y otra vez.

10

A pesar del fervor y las ganas de pelea, los unzas se comportaron con disciplina. Los mandos los ordenaron en secciones de cuatro hombres de frente y veinte de profundidad y comenzaron a andar a paso rápido. Cantaban con fuerza, haciendo resonar sus voces a lo largo y ancho de la llanura.

Skarrion le pidió a Niloba que tradujera la canción y ella se negó. A estas alturas el shakark casi entendía la lengua unza y pudo comprender que la letra giraba en torno a una mujer con atributos femeninos titánicos que había visitado todos los barracones del Imperio; se iban narrando una tras otra sus proezas sexuales, practicadas con los soldados de los distintos regimientos, que acababan agotados y destrozados tras conocer a esta destacable mujer. Dabulamanci sí se la tradujo y Skarrion no pudo evitar reírse, por lo sórdido e imaginativo de las estrofas.

El ambiente era festivo; aquellas gentes marchaban hacia la muerte como quien va a una celebración. Parecía increíble, pero la perspectiva de una lucha en masa, mejor cuanto más encarnizada, excitaba a los guerreros unzas, encantados de *lavar sus aceros con la sangre de los enemigos*, aunque eso les costara la vida. Pero a Skarrion esto no le extrañaba. La lucha y la victoria podían ser drogas poderosas y muchos con gusto empeñaban su propio futuro, su existencia, todo lo que tenían, para disfrutar de semejante elixir una y otra vez, hasta quedar por fin tirados sobre un erial de muertos. Bien lo sabía él.

Así, entre marchas y canciones grotescas, en menos de una clepsidra cruzaron las colinas del sur y pudieron contemplar el monte Olobane.

Era una meseta, un bloque gigantesco de roca y tierra dura y compacta, cuyas laderas, no muy empinadas y erizadas de cantos y rocas, podrían subirse con facilidad.

También vieron en la llanura, al noroeste, una línea oscura que se les acercaba con lentitud. Eran los mil guerreros quianus, por ahora diminutos a causa de la distancia. Incluso vistos desde la lejanía, ya se adivinaba su carácter indisciplinado y bullicioso.

En contraste, los unzas mantuvieron el orden de las secciones y no dejaron de marchar a paso rápido, mientras las voces de los líderes restallaban como fustazos.

Cuando ya estaban al pie de la meseta apareció por el sureste una

masa de salvajes. Era el ejército bayune, unos dos mil guerreros sucios y brutales, más parecidos a bestias que a hombres. Muchos llevaban taparrabos y armamento tomados de las aldeas que habían invadido. Habían ensartado en largas picas y postes cadáveres unzas de todas las edades y sexos y los alzaban y mostraban como si fueran estandartes macabros. Sobre los cuerpos sin vida se adivinaban las atrocidades que sufrieron antes de morir.

Al ver los cuerpos empalados muchos guerreros unzas exigieron ir de una vez por todas a matar a los bayunes. Hubo muchos gritos de mandos, revuelo y algunos golpes de vara, se impuso la famosa disciplina unza y los soldados continuaron su caminata hacia el Olobane. Había que atraer al mayor número de enemigos a la meseta para así alejarlos del camino que Cibebi estaba recorriendo; una carga insensata y vengadora no convenía a estos planes. Al cabo de poco, los unzas subían el monte.

En la llanura retumbaban las burlas de los bayunes y los quianus. Si hubieran perseguido de inmediato a los unzas quizás les hubieran impedido tomar la cima de la meseta, pero ambos ejércitos —sobre todo el bayune— se demoraban festejando la supuesta cobardía del enemigo. Alrededor del Olobane los tres mil guerreros insultaban a los unzas, les mostraban a sus compatriotas empalados, vejaban los cadáveres, se pasaban atuendos unzas por la entrepierna, los pisoteaban y orinaban sobre ellos. Muchos estaban borrachos, pues habían traído pellejos y toneles de cerveza robada. Como suele ocurrir cuando corre el alcohol, estallaban peleas aquí y allá, típicas de cualquier taberna de rufianes. Los líderes tenían que imponerse a puñetazos, la única manera que conocían de hacerse obedecer. Incluso hubo una reyerta entre los bayunes y los quianus; la cosa no acabó en batalla campal, pero a punto estuvo, y murieron doce hombres antes de que las aguas volvieran a su cauce. Los dos pueblos aliados no confiaban uno en el otro y parecía seguro que iban a pelear por separado.

Sobre la meseta, la situación era por completo diferente. Los mandos unzas habían dispuesto un círculo exterior de tiradores y cuando un enemigo, envalentonado por la necedad o el alcohol, o ambas cosas, subía por la montaña, una azagaya arrojada con precisión se hundía en su pecho o su abdomen. Dentro del círculo de tiradores los unzas cargaban, arrastraban y hacían rodar piedras y peñascos hasta el borde de la elevación, como hormigas laboriosas. Los lanzarían falda abajo contra los atacantes, en el momento adecuado.

Niloba empuñaba una lanza y un escudo y miraba con asco a la chusma de la llanura.

—No permitas que me atrapen viva —le dijo a Skarrion—. Mátame

antes de que ese momento llegue. Dime que lo harás.

Skarrion asintió, lúgubre.

—Lo haré.

Estaban en el mismo borde de la meseta, así que los bayunes de vista más aguda descubrieron a la mujer. Se corrió la voz entre sus filas y unos quince echaron a correr ladera arriba para atraparla. Ella quedó tensa de horror mientras los veía ascender; la miraban con odio y lujuria y le prometían un destino horrible en su propia lengua. Pero los tiradores arrojaron sus azagayas y cuchillos y los espontáneos rodaron como simples cadáveres, provocando las carcajadas no entre los unzas, sino entre sus propios compañeros borrachos de abajo.

Por el oeste aparecieron otras dos masas armadas: el gran ejército bayune, cuya avanzadilla arrasó el poblado de Cibebi y Dabulamanci, y el ejército arzawi del norte. Se unieron a la muchedumbre de la llanura y pronto estaban también rugiendo carcajadas y prometiendo torturas a los acosados.

Ahora, eran setecientos unzas contra cinco mil enemigos.

—Vamos a morir todos —susurró Niloba.

—Así será —respondió Skarrion.

—Ven conmigo, Colmillo de León.

Le tomó de la mano y se alejaron de la muchedumbre de soldados del borde. Fueron al centro de la meseta, donde no había nadie, y Niloba lo llevó detrás de una enorme roca, a un hueco sombrío. Allí, nadie podría verlos.

—Cierra los ojos —dijo ella.

Skarrion así lo hizo. Notó sobre su boca unos labios dulces y suaves que le besaron con pasión, que recorrieron su rostro y su cuello. Él la abrazó y también bebió de ella.

Notó separarse el cuerpo femenino y cuando abrió los ojos Niloba tenía puesta de nuevo su máscara.

—Adiós —le susurró, con ojos húmedos.

—No dejaré que te atrapen viva. Lo juro. Aunque se me rompa el alma, yo mismo descargaré el golpe, Niloba.

—Niloba ha desaparecido. Ahora, vuelvo a ser la que fui. Llámame Niala.

Skarrion la miró en silencio y acarició la máscara fina y exquisita. Ella tomó con sus manos delgadas la mano fuerte del hombre y la apretó contra sus labios de madera.

—Hemos de volver con los demás —dijo él.

Niloba, la hechicera del Valle del Demonio, había dejado de existir, así que fue Niala, la mujer unza, la Guardiana de la Maza Sagrada, quien asintió y le tomó de la mano. Volvieron a la luz.

Los unzas estaban concentrados en la zona sur del borde rocoso. Estaban sumidos en un silencio pesado que sorprendió a Skarrion y a

Niala. Consiguieron abrirse paso entre los cuerpos, hasta poder ver lo que ya todos estaban viendo.

En claro contraste con la calma tensa de los sitiados, los bayunes de la llanura vociferaban sus carcajadas. Había un hombre gordo y pequeño en la primera fila del ejército invasor que se contoneaba de manera pomposa, agitando un objeto alargado. A Skarrion se le cortó el aliento.

Lo que empuñaba el bayune era la Maza Sagrada.

Aquel caudillo tenía en sus manos la inconfundible Maza del pueblo unza y la mostraba con burla a sus dueños legítimos.

Unos pasos atrás, un guerrero gigantesco, sucio y musculoso, sostenía una gruesa pértiga. En ella estaba empalado el cuerpo roto y sangriento de Cibebi. El héroe muerto agitaba sus brazos y piernas como un pelele, contoneándose de manera patética, al ritmo que marcaba su portador. Miles de bayunes, arzawis y quianus reían y hacían gestos obscenos a los hombres del Olobane.

Casi podían palparse el odio, la ira y la amargura de los unzas. La cólera también inflamó el pecho de Skarrion, que no podía separar la mirada de aquel hombrecito que empuñaba la Maza Sagrada, y de su secuaz corpulento, que sostenía el cadáver atravesado de Cibebi, el líder de los Leopardos de la región oriental del Imperio.

Skarrion se volvió y observó los rostros unzas, como cincelados en hierro. Dabulamanci tenía la mirada clavada en lo que antaño fue el bravo y alegre Cibebi. Las lágrimas hacían brillar sus arrugas.

—Cibebi era un gran guerrero —dijo el shakark.

—Sí. Pero era mejor hijo —respondió Dabulamanci, con voz rota y temblorosa.

Skarrion le miró durante muchos latidos. Agarró fuerte el hombro del anciano, que aún seguía mirando con pena y rabia el cadáver de Cibebi.

Sonaron voces excitadas. Algunos unzas ya comenzaban a apartarse, formando un pasillo libre de hombres.

—¿Qué ocurre? —preguntó Skarrion a un soldado.

—¡Sicali, el hijo de Siayo, va a arrojar su lanza! ¡Es el mejor tirador de toda la región!

Unos quince pasos alejado del borde, Sicali, el joven Toro que a punto estuvo de desafiar a Skarrion por la posesión de la Maza, agarraba una lanza enorme, con una larga moharra en forma de hoja estilizada y puntiaguda. Su rostro brillaba de furia y en sus ojos negros había relámpagos. Estiró las piernas y las distendió. Su rostro quedó tenso y luego impasible, mientras se concentraba en su misión.

Echó a correr. Sus piernas de hierro lo impulsaban hacia delante en zancadas largas y enérgicas, ayudándose también con los brazos y los hombros. Levantó la lanza, al tiempo que de su garganta escapaba un

gruñido ronco y ascendente que se convirtió en un alarido ronco y bestial cuando lanzó el arma, balanceando el cuerpo al borde del precipicio y retrocediendo cuando ya estaba a punto de caer.

El reyezuelo se contoneaba y mostraba la Maza. Se sentía confiado, pues ningún enemigo podría alcanzarle con sus proyectiles, estando tan lejos del monte Olobane… O al menos, eso era lo que él pensaba. El arma de Sicali dibujó una parábola tan baja que casi formaba una línea recta y se hundió en su presa, con tal fuerza que la hoja salió entera, roja y húmeda, entre los omoplatos. El hombrecillo retrocedió unos cuantas pasos, tambaleándose, como si le hubieran dado con un martillo en el pecho, y se desplomó, moribundo.

Los asediados estallaron en vítores y carcajadas rabiosas. Felicitaron a Sicali, que aún tenía la mirada asesina clavada en su víctima y apretaba las mandíbulas, como un lobo que alzase los belfos y mostrara los colmillos.

Siayo, el padre del héroe, se acercó a Dabulamanci. Niala tradujo a Skarrion las palabras de los dos hombres:

—¡Permítenos atacar, Gran Dabulamanci! ¡Bajaremos como una ola hasta la llanura y nos los llevaremos por delante! ¡Los arrasaremos! ¡Nuestra muerte será gloriosa y esos asquerosos recordarán su victoria no con alegría, sino con horror!

—No —respondió el viejo, con los ojos entrecerrados y clavados en los bárbaros—. Si bajáramos en tromba solo destruiríamos a unos mil… Dejemos que suban ellos. Primero, nuestros peñascos los arrollarán y luego nos haremos fuertes aquí. Atacando cuesta arriba pagarán un precio muy alto para tomar la meseta. De esa manera caerán unos cuantos miles más y nuestra sonrisa será más ancha cuando nos llegue la muerte.

—Llevas la razón —contestó Siayo.

Dabulamanci se limpió la cara barrosa de polvo y lágrimas con el dorso de la mano, inspiró y se volvió hacia los hombres.

—¡Unzas! —gritó—. ¡No ataquéis aún! ¡Cantad con todas vuestras fuerzas! ¡Dejaos la voz en el himno sagrado de la batalla! ¡Guardaos las lágrimas y rugid como leones! ¡Que nuestros enemigos sepan de qué material estamos hechos! ¡Nosotros nos reímos del peligro y le escupimos a la muerte en los ojos!

La orden fue transmitida con rapidez y al cabo de poco setecientas gargantas gritaban el himno de guerra del pueblo unza, un canto severo y majestuoso. Skarrion sintió que se le cortaba el aliento, sumido en este mar de voces profundas. Buscó a Niala con la mirada, pero ella esta vez no le traduciría nada porque también cantaba, como los demás, con los ojos brillantes y la cabeza alta. A pesar de no entender las palabras, Skarrion se vio asaltado por imágenes de sangre y dolor, de coraje y valentía, de crueldad y gloria, de soberbia, belleza

y altivez, de sufrimiento, muerte y victoria. Le invadió el odio hacia los enemigos y quedó infectado por la sensación de superioridad imperial unza, una emoción suprema que debía ser pagada con la vida.

El canto de los unzas subía y bajaba como las mareas del océano y ondulando llegó hasta los arzawis, bayunes y quianus, que odiaban con una intensidad atroz cuanto tuviera que ver con el Imperio, con aquellos unzas conquistadores que les habían robado, esclavizado y dominado durante decenios y siglos. Y también sentían algo que les avergonzaba y que jamás se reconocerían a sí mismos: una envidia corrosiva y venenosa, porque ellos habrían hecho lo mismo que los unzas, de ser tan hábiles y disciplinados… O quizás hubieran hecho algo mucho peor. Los bárbaros se removían e insultaban a los unzas acorralados, pero eran voces descoordinadas, mientras que el himno del Imperio sonaba claro y nítido y vencía a la algarabía caótica de la llanura.

Locos de rabia, unos quinientos bayunes echaron por fin a correr hacia la meseta. Le siguieron los dos millares y medio restantes, y acto seguido mil quianus y otros tantos arzawis. Entre todos formaban una mancha que se propagaba sobre la llanura, en medio de una grita espantosa. Los pies desnudos levantaban polvaredas y las pieles de color marrón oscuro, negro azulado y gris ceniciento brillaban por el sudor. Llegaron a la meseta y empezaron a subir, como un enjambre de insectos invadiendo un pastel.

Los unzas aullaron con alegría furiosa: por fin podrían vengarse y lavar sus lanzas en sangre a conciencia, antes de morir.

Pero sus capitanes impartían disciplina a gritos, empujones e incluso golpes de vara. El ejército unza pareció sufrir convulsiones y, aunque unos pocos arrojaron sus pedruscos, la gran mayoría obedeció. Los jóvenes protestaban y los veteranos les respondían aquí y allá:

—¡Aún no, estúpidos! Cuando las laderas estén llenas y cubiertas por esos miserables, cuando los tengamos tan cerca que sea imposible fallar el tiro… ¡Solo entonces arrojaréis las piedras! ¡Así morirán muchos más!

Los mandos lograron contener a los impacientes y los hombres agarraron los proyectiles, pero esperaron.

Un clamor de bestias les llegaba desde abajo. Los invasores ascendían por la piel del Olobane: bayunes de rostros simiescos y cuerpos achaparrados, sucios y hediondos; quianus del norte, de piel muy negra, casi azul, altos y fornidos; y arzawis de piel pintada con ceniza, como osamentas escapadas de sus tumbas… Una marea creciente y enloquecedora de caras, piernas, brazos, plumas, pieles, escudos, lanzas, mazas, hachas y cuchillos.

Arriba, la tensión se retorcía sobre sí misma y parecía a punto de

saltar pedazos de una vez por todas. Cuando los bárbaros estuvieron a unos cincuenta pies de la cumbre, Dabulamanci gritó:

—¡Ahora! ¡Lanzad las piedras!

Los hombres empujaron las rocas, que echaron a rodar pendiente abajo, cada vez más rápido, saltando por los aires y alzando nubes de tierra y arenisca. Cayeron sobre los unzas y empezaron a aplastar cuerpos. El crujido de la piedra se mezcló con el chasquido de los huesos y los alaridos de pánico y dolor. Se formó un barullo infernal, pues las víctimas caían y resbalaban por la cuesta de tierra dura y eran pisoteadas por los compañeros que llegaban desde atrás.

En la cumbre, los unzas reían a carcajadas y aullaban su lema de guerra: *¡Cwaze Na Millie!… ¡Matar hasta morir!*

Se abrieron grietas en la horda invasora. Un cuerpo arrastraba a otro y muchos más eran derribados. La sombra de un peñasco caía sobre un hombre y en el siguiente latido la masa de roca lo convertía en pulpa sanguinolenta e irreconocible, haciendo estallar el cráneo y saltar los sesos al aire, reventando las vísceras, abriendo la carne y destrozando las articulaciones. Los unzas seguían empujando por el borde sus peñascos y cuando se les acababan arrojaban los guijarros y las piedras del suelo.

Skarrion bramó un grito de satisfacción cuando uno de sus proyectiles abrió la cabeza de un arzawi y lo hizo rodar sobre la tierra, siendo pisoteado por otros que le seguían. Cerca, Sicali, el joven Toro que matara al reyezuelo bayune de un soberbio lanzazo, tiraba una piedra tras otra.

Se agotaron los proyectiles y el polvo empezó a asentarse, dejando ver un caos de piedras y cuerpos aplastados, como insectos gigantescos y moribundos que agitaran sus patas.

Lossupervivientes de la masacre podían ser muchas cosas, pero no cobardes, así que reanudaron la subida. Enardecidos ahora por la sed de venganza, aún superaban en miles a los unzas y confiaban en finalizar el día con su aniquilación. La marea subía de nuevo, pasando por encima de sus propios muertos y heridos.

Los defensores del Olobane esperaban, empuñando con fuerza las azagayas y los escudos, apiñados cerca del borde como una muralla de hombres, una empalizada de carne y sangre, de plumas, cuero, madera y aceros orientados hacia el exterior, como las púas del dios de los erizos. Los guerreros unzas habían sido ordenados en círculos concéntricos, separado cada uno del siguiente por unos diez pasos. Cuando los invasores echaran abajo la primera línea defensiva la siguiente avanzaría a la carrera, arrollándolos y arrojándolos por el borde, pasando por encima de sus compañeros muertos si fuera necesario… Así ocurriría una vez tras otra, hasta que sucumbiera el último de los círculos.

Skarrion ya tenía su propio escudo y su azagaya, y Niala también.

—Nos veremos en la Otra Vida —se despidió Skarrion, con los ojos azules brillando como soles de hielo en un rostro de cobre.

Ella le miró con angustia, buscando un valor para el que no había nacido. No le pudo contestar.

Los atacantes llegaron en tromba y dieron contra los escudos, pero los unzas resistieron a pie firme y sus lanzas comenzaron a atravesarlos. Algunos invasores sintieron miedo y quisieron retroceder, pero los de atrás los empujaban, provocando que el acero se hundiera aún más en la carne. Los unzas del borde alzaban y bajaban sus azagayas, pinchando, cortando, haciendo volar hilachas oscuras, golpeando por entre los escudos, sin perder nunca la disciplina. La primera barrera aguantó la embestida, pero los bárbaros seguían llegando y llegando… Rompieron la defensa y todos, rebeldes e imperiales, se apelmazaron en un caos de cuerpos enrojecidos. Los supervivientes de la primera línea retrocedieron sin perderle la cara al enemigo y la segunda línea avanzó, arrolló con sus escudos a los bárbaros y los arrojó por el borde. Ahora había una nueva defensa que superar.

Hubo más embestidas y resistencias, pero en al menos seis lugares distintos la segunda barrera se rompió y los bayunes esta vez sí penetraron, como cuchillos con hojas de acero humano. Estallaron las peleas, individuales y en grupo; los imperiales seguían empujando y clavando sus azagayas asesinas, allí donde no habían sido sobrepasados todavía por el enemigo. Pero la defensa ya estaba rota. La oleada invasora los superó y los salvajes se abrieron paso como un torrente desbocado, pisando sobre vivos y muertos.

A Skarrion se le vino encima un bayune que no paraba de chillar. Hundió el extremo superior del escudo en su garganta y con la azagaya le abrió el costado y le rompió las costillas. A su alrededor todo era una confusión de cabezas, hombros, azagayas, mazas y escudos que se extendía por doquier, como si un dios perverso le hubiera arrojado a un mar sucio y embravecido. No había tiempo para pensar: había una cabeza enemiga y la golpeaba, paraba un tajo con el escudo; empujaban y luchaba para no tropezar, hundía la azagaya en carne, era comprimido por vivos y por muertos que no podían caer, luchaba por cada bocanada de aire y lo tragaba con ansia, parpadeaba para sacarse la sangre y el sudor que le cegaban, sus brazos pesaban como el plomo y estaban siempre ocupados en rajar y romper, en parar y resistir, sentía una mano apretando su tobillo y aplastaba a patadas a quien hubiese debajo, sin tiempo para ver si era un compañero o un rival, luchando de forma desesperada por mantenerse en pie y no dislocarse los tobillos en aquella superficie resbaladiza e irregular, compuesta de barro sangriento, armas caídas y cuerpos que

a veces se negaban a permanecer quietos. Su azagaya se enganchó dentro de un arzawi de rostro ceniciento y trató de mantenerse firme, pero perdió el equilibrio y cayó. Quedó tirado bajo el escudo, que los pies pisaban. Los hombres pasaban por encima de él, caían sobre su escudo, se levantaban. El peso de la muchedumbre le impedía respirar. Sintió un pánico enloquecedor, el que precede al ahogo, así que se revolvió furiosamente, como una serpiente sin cabeza; no supo cómo pudo conseguirlo, pero se alzó de rodillas y luego en pie, levantando por los aires al bayune sobre su escudo. Una lanza le hirió la espalda, entre el cuello y el hombro derecho, y gritó. Una rodilla impactó en su cara y fue al suelo otra vez. Hubo latidos o milenios de confusión y debilidad, y cuando recuperó el control sobre sus miembros y miró en derredor se dio cuenta de que junto a él solo había cadáveres. La muchedumbre había seguido avanzando hacia el centro del monte, se había extendido y había ya espacio suficiente para que los combates se produjeran en grupos aislados de cinco, diez y hasta quince hombres. Hacia el interior de la meseta la vanguardia de los bárbaros chocaba con la última formación de imperiales, que habían formado una especie de cuadro cuyos lados estaban formados por líneas cerradas de escudos, por entre los cuales asomaban las azagayas. Y por el borde del monte seguían subiendo oleadas de guerreros aulladores.

Skarrion sentía la cara entumecida por el rodillazo en la boca, pero al pasarse la lengua comprobó que los dientes estaban en su sitio. Sentía la boca y la garganta llenas de sangre dulzona y metálica y escupió un chorro negruzco. No le preocupaba ese golpe, pero sí la lanzada en la espalda; no creía tener ningún hueso o articulación dañados, pero por la herida continuaba saliendo sangre, sin prisa pero sin pausa. Su mente de guerrero bregado en batallas y combates de todo tipo aplastó el dolor y el mareo, puso una rodilla en tierra y con un gruñido ronco se levantó, sin soltar el escudo ni la azagaya. Buscó con la mirada y halló un pedazo de tela arrancada, húmeda y negra, y se lo anudó con la mayor fuerza posible sobre la herida. La sangre empapó aquella venda desastrosa y de puro milagro restañó la hemorragia. Sentía el brazo derecho entumecido, quizás por algún golpe, o la suma de varios, pero aún podía utilizarlo. Tiró la azagaya y desenvainó la espada.

Echó a andar entre los moribundos y los cadáveres, bajo el sol de justicia. Algunos hombres, de ambos bandos, caminaban como él, igual que muertos en vida, hasta que alguien los remataba de una vez por todas. Ya nada importaba, todo estaba perdido. Incluso le sorprendía lo mucho que estaba tardando la muerte en catapultarle de una vez por todas lejos de aquella gran broma sangrienta.

Caminó hacia el centro de la batalla, donde resistía el último

cuadro de unzas. Sacó fuerzas de alguna caverna del alma y empezó a trotar, pasando entre los invasores. Se maravilló de que los salvajes no le reconocieran como enemigo, pero pensó que tras haber sido arrojado al suelo, pisoteado y herido, debía estar tan embarrado de polvo y sangre que no habría una pulgada de su piel ni de sus cabellos que no estuviera cubierta de roña, así que nadie le distinguiría como unza, bayune o incluso shakark. Mantenía baja la cabeza y se cubría lo más posible con el escudo para que nadie viera sus ojos azules; por otro lado, el rodillazo en la cara le había roto los labios y ahora tendría la boca hinchada y oscura, lo cual le daría un aspecto grotesco. Y a nadie le extrañaría que llevase un escudo unza e incluso una espada del norte lejano, pues los bárbaros se apropiaban en cuanto podían del armamento unza. Vociferando al estilo de los bayunes, medio agachado bajo el escudo, siguió moviéndose entre los enemigos. Una parte alucinada de su mente sonreía con incredulidad, pero como veterano sabía que en las batallas a veces se mezclaban lo absurdo con lo trágico, y todo era asquerosamente real.

Siguió avanzando entre los enemigos, esperando que en cualquier momento le descubrieran y le cosieran a lanzadas. En el cuadro unza, en la primera fila, vio a Sicali, el mejor tirador de lanza de la región. En el brazo izquierdo llevaba un escudo y la mano derecha empuñaba un cuchillo enorme. Skarrion levantó la espada, llamándole, abriéndose paso entre los rebeldes sorprendidos. Sicali reparó en él:

—¡Ven, diablo de ojos azules! —le gritó en lengua ishankita—. ¡Estos malnacidos han matado a mi padre! ¡Han matado a mi padre!

Skarrion se esforzó por llegar hasta sus amigos, pero alguien le hirió en la espalda y gritó y cayó, clavando una rodilla en el suelo, junto al cuadro imperial. Un arzawi levantó su maza para partirle la cabeza, pero una lanza salió disparada entre dos escudos y se hundió en su boca y salió por la nuca, con dientes pegados al acero. Unas manos vigorosas agarraron a Skarrion y dos escudos se abrieron lo justo para dejarle pasar.

Ya en el interior del cuadro, echó a andar hacia el centro, donde estaban los heridos y moribundos. Había poco espacio para moverse y Skarrion se abría paso a tropezones, rozando los cuerpos sudorosos y ensangrentados, buscando y buscando.

La encontró. Empuñaba una lanza enrojecida y aún tenía la máscara, pero sus ropas estaban hechas jirones y tenía cortes en los muslos y los brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó Skarrion, con voz ronca, casi ininteligible.

Niala le miró. Sus ojos oscuros brillaban alocados.

—Uno de ellos se echó encima de mí —dijo, con voz temblorosa—, trató de forzarme, pero yo aún tenía un cuchillo… Aún tenía un

cuchillo… Y le maté. Luego, creo que alguien me cogió de un brazo y me llevaron al centro de la meseta… Aquí dentro.

—Me alegro de verte viva.

—Yo también me alegro de verte.

Skarrion pasó un brazo alrededor de su cuerpo y medio la abrazó. Más allá de todas las cabezas que los rodeaban veía una jauría de rebeldes que trataba de romper el cuadro, estrellándose contra los escudos, empujándolos y golpeándolos, matando y muriendo. Los unzas plantaban con fuerza los pies, sosteniéndose unos a otros para soportar los ataques. La formación unza era zarandeada una y otra vez, pero, cosa increíble, resistía.

Skarrion sabía que los bárbaros camparían a sus anchas por la meseta; deambularían como alimañas entre los cadáveres y matarían a los últimos unzas aislados. Fuera, resonaban las voces victoriosas de los invasores. En el cielo los buitres dibujaban círculos y graznaban con impaciencia.

Skarrion y Niala se acercaron al borde del cuadro y llegaron junto a Sicali. El Toro señaló con su cuchillo a una tropa de bayunes, quizá quinientos, que se les acercaban a paso rápido e incluso a la carrera.

—Es el final —dijo Skarrion.

La masa armada chocó con los escudos y las azagayas, rompiendo el cuadro, que se deshizo entre convulsiones. Skarrion se sintió empujado, comprimido entre todos aquellos hombres. Aún protegía con su escudo a Niala, que gritó con voz aguda. Los unzas caían y pugnaban por levantarse. Skarrion retrocedió a duras penas, junto a Niala.

Sicali se revolvió entre la marea incontenible y empezó a asestar cuchilladas. Dabulamanci también estaba allí y hundió su azagaya en un cuerpo sudoroso y maloliente, pero un escudo le aplastó la cara y fue al suelo.

Les llegó un clamor lejano de miles de voces:

¡Cwaze na millie!… ¡Matar hasta morir!

—¡Son unzas! —gritó Niala—. ¡Unzas!

El lema se les acercaba, haciendo renacer las energías de los últimos imperiales supervivientes. Pero sus enemigos eran muchos y mantenían la presión.

Como todos los del bando imperial, Skarrion estaba rodeado de enemigos. Asestaba golpes con la espada y se defendía a duras penas con el escudo. En la locura del combate Niala se había separado de él y todo sucedía tan rápido que Skarrion no tuvo ni siquiera un latido

para dedicarle a la hechicera. Las puntas de lanza pinchaban en su escudo y pasaban a un palmo de su rostro. Algo impactó en su cabeza, los músculos se transformaron en gelatina, cayó y se golpeó la frente con el suelo. La sangre bañó su cara y se le metió en los ojos. Seguía oyendo el clamor que ya inundaba el universo entero:

¡Matar hasta morir! ¡Matar hasta morir! ¡Matar hasta morir!

Arrodillado, se pasó la mano por los ojos para limpiarlos. Podía ver, aunque de modo borroso… Y el espectáculo le pareció terrible y maravilloso a la vez:

Llegaban refuerzos unzas, subían por el borde de la meseta y se extendían por el Olobane. Los rebeldes intentaban huir, pero sus enemigos imperiales los exterminaban.

—¡Zuani! —gritó alguien—. ¡El Gran Zuani, Siete Dedos, empuña la Maza Sagrada!

Una mano cayó sobre el hombro de Skarrion y al volverse descubrió a Niala, temblorosa, con los ojos húmedos de felicidad tras la máscara. Él consiguió levantarse y se abrazaron. Pero se le doblaron de nuevo las rodillas. Una ola de vértigo se lo llevaba lejos, muy lejos de allí. Un zumbido crecía entre sus orejas y ahogaba los alaridos de victoria de los unzas y también los gritos de espanto de Niala, que intentaba sostener su corpachón vapuleado. Skarrion intentó agarrarse a la consciencia, pero su mente fue catapultada hacia la oscuridad.

11

Creyó despertar, pero en cada ocasión los rostros que le contemplaban parecían difusos y tétricos… ¿Dabulamanci? ¿Siete Dedos? No lo sabía, pues la oscuridad siempre se lo llevaba cuando ya estaba a punto de alcanzar la comprensión. Las imágenes resbalaban unas sobre otras, como ríos de melaza y lodo… Un mar de seres fantasmagóricos, de esqueletos recubiertos de pellejo húmedo, bajo un cielo de coágulos. Gritó. Oyó voces lejanas que intentaban calmarle; entre ellas, una femenina le hablaba con dulzura, pero él no podía entender nada.

—¡Niloba! —gimió Skarrion—. Niala…

El firmamento rojizo se deslizaba en un mar de ondas aceitosas.

Vio gusanos grandes como serpientes que se enroscaban en su cuerpo. Pero huyeron cuando el Demonio emergió del centro del lago. Trató de levantarse y huir, pero unas manos fuertes y heladas lo sujetaron. Sintió dureza en sus labios y tragó un líquido que no le supo a nada.

Temblaba y sudaba y sin embargo tenía frío. La Muerte venía por él. Era una mancha húmeda y oscura, un pedazo de nada… Se le acercaba más y más…

Oyó el rugido cavernoso del león… ¡Ya estaba subiendo el árbol, en su busca! Lo vio incluso cuando se le habían acabado todas las esperanzas. Y buscó, braceando, gritando, gimiendo, revolviéndose, hasta que notó en sus dedos el tacto familiar del colmillo, y de alguna parte brotó una fuerza serena, mientras los ojos felinos y dorados le traspasaban con su silencioso orgullo animal.

Abrió los ojos.

Vio con nitidez exquisita la máscara de madera de Niala, sus ojos preocupados, y a Dabulamanci algo más lejos, con la frente vendada y una expresión de sorpresa en su cara curtida y rugosa. Tras ellos había un techo de barro y paja, paredes, una ventana por la que entraba la luz…

La oscuridad volvió para llevárselo a su cubil profundo. Pero esta vez no hubo pesadillas.

—De los setecientos que defendimos el Olobane solo sobrevivimos

cincuenta —dijo Dabulamanci.

Bebió otro sorbo del cuenco de cerveza que sus viejos pero firmes dedos sostenían. Llevaba el taparrabos de Leopardo, la banda craneal sobre la cabeza vendada y las hilachas de plumón bajo las rodillas. Había unas cuantas cicatrices más en su cuerpo.

Era una sala amplia, con las paredes, el suelo y el techo de ladrillos de adobe. Como ornamento había aquí y allá pieles, máscaras de madera fina y colorida y jarrones esmaltados.

También estaba allí Sicali, el mejor lanzador de la región occidental del Imperio, el hijo del fallecido Siayo. Era un Toro, así que vestía el taparrabos de piel áspera y negruzca. La mano diestra había desaparecido y el antebrazo terminaba en un muñón vendado.

Niala estaba sentada en la cama, junto a Skarrion. Vestía un traje sedoso, largo y ajustado, sin mangas, pintado con los colores del pavo real. Un cinturón metálico, adornado con placas de oro, ceñía sus caderas. Llevaba el brazo derecho vendado, desde el hombro al codo, pero sin cabestrillo. Su pelo caía como una cascada negra y brillante, sano y hermoso. En la máscara de madera había rasgos serenos y estilizados.

Dabulamanci chasqueó la lengua, sonrió de lado y dijo:

—Los últimos defensores de aquella meseta infernal somos unos malditos héroes. —Alzó el cuenco de cerveza, como brindando—. Así nos llaman todos: *Los Héroes del Olobane.*

Skarrion estaba tumbado en la cama, tapado con mantas de lana fina. Devolvió el brindis levantando un plato que contenía pastel de ñame. Tenía la boca llena, así que no pudo contestar.

Había despertado hacía menos de una clepsidra, con la mente despejada y con un hambre y una sed espantosos. Desde aquel primer momento consciente no había hecho otra cosa que comer, beber y oír las explicaciones que Dabulamanci, Niala y Sicali le dieron…

Tras perder el sentido en el Olobane los guerreros vendaron sus heridas y le bajaron a la llanura, y durante los ocho días de marcha hasta Gingindlovu, la capital del oeste, viajó en una litera, inconsciente y con fiebres.

Dabulamanci también hubo de reposar en camilla. Había sufrido un mazazo bayune que le levantó un trozo de cuero cabelludo, pero su duro cráneo resistió y bajo la venda pronto cicatrizó la herida. El resto de sus contusiones y heridas no fueron de gravedad y al cabo de dos noches ya podía tenerse sobre su propio pie

Sicali fue mutilado por un hacha quianu. Sus salvadores lograron contener la hemorragia con torniquetes y vendas y más tarde cauterizaron la herida con hierros al rojo vivo, mientras Sicali mordía un trozo de madera y bufaba, sujeto por cuatro hombres musculosos. Ahora le faltaba la mano derecha, pero por lo demás estaba

perfectamente bien.

Niala también se repuso pronto —sus heridas no eran preocupantes— y viajó por su propio pie, siempre cerca de la litera de Skarrion.

Los aceros que hirieron a Skarrion no afectaron órganos vitales, pero la azagaya que atravesó su hombro debía de estar emponzoñada, o quizás entró suciedad en el corte, pues la herida se infectó de un modo preocupante. Durante todo el viaje en litera sufrió un sueño turbulento y febril. Le cambiaron los vendajes a menudo y aplicaron pomadas medicinales sobre la hinchazón, pero el agujero supuraba una sangre negra y aceitosa que se mezclaba con el sudor. A veces se revolvía con los ojos cerrados, así que no hubo otro remedio que atarle. Muchos pensaron que iba a morir, consumido por la peste que le corroía por dentro. La amputación del brazo habría resultado difícil y arriesgada, por la proximidad de la herida a los pulmones; si la corrupción se extendía más allá de la zona afectada estaría perdido. Hubo quien quiso atar a su mano izquierda una azagaya para que falleciera empuñando el acero, pero Dabulamanci no lo permitió. El anciano, que había estado cerca de él, junto a Niala y Sicali, afirmaba una y otra vez que *el diablo extranjero sobreviviría*.

La quinta noche de viaje Skarrion se retorció como una fiera y hubieron de reforzar sus ataduras y colocarle entre los dientes un trozo de madera envuelto en paño, para que no se mordiera la lengua. Jadeante y sudoroso, con ojos enrojecidos que iban y venían en todas direcciones, farfullaba en un idioma hosco y cortante, el shakark. Consiguió liberar una mano entre las cuerdas y agarrar el colmillo de león que pendía de su cuello, antes de ser atado otra vez.

Durante la siguiente clepsidra fue calmándose poco a poco, hasta caer en un sueño apacible. Le quitaron los vendajes y por la herida salió pus cremoso y abundante: el cuerpo se había purgado a sí mismo y parecía ya fuera de peligro.

Por la mañana bebió la misma leche de cabra y el mismo caldo nutritivo, aunque esta vez sin resistirse ni vomitar nada, y cayó en un sueño profundo y apacible.

Despertó en aquella habitación fresca y soleada, bajo la observación de Niala, Sicali y el Gran Dabulamanci. La mujer y el joven guerrero Toro le felicitaron y sonrieron, pero el anciano se limitó a exclamar, malhumorado:

—¿Lo habéis visto? ¡Os dije que sobreviviría!

Y tomó un trago más de su amada cerveza, de la que solo se alejaba para dormir y luchar.

Skarrion se miró en un espejo de bronce pulido y contempló a un gigantón de complexión ancha, pero muy delgado, casi famélico. Niala le había recortado la barba y el cabello y le había cambiado las vendas, así que al menos estaba limpio. Volvió a la cama, pidió

comida y los sirvientes trajeron bandejas con todo tipo de alimentos… Skarrion comió como una alimaña y ahora, mientras devoraba su tercer pastel de ñame, preguntó:

—¿Qué demonios ocurrió en el Olobane?

—Cuando estábamos a punto de ser masacrados —explicó Sicali—, aparecieron miles de unzas que venían en nuestra ayuda…

—Cinco mil, para ser exactos.

Se volvieron hacia la nueva voz. Su dueño era Ntomi, el Jefe Supremo de los Ejércitos Leopardos. Empuñaba la Maza Sagrada. Le acompañaban el general Zuani, también llamado Siete Dedos, y un guerrero veterano: Ecobe, Señor de los Toros. A pesar de sus altos rangos vestían con sencillez, al estilo cómodo y práctico de los guerreros unzas.

Ntomi no había perdido el mismo aire tranquilo y astuto de cuando hablara con Skarrion. El shakark sabía que aquella serenidad era engañosa, pues tras ella se agazapaba una criatura ambiciosa y tenaz. El general Leopardo sostenía la Maza con seguridad y firmeza, como lo haría un emperador.

Dabulamanci se llevó el puño derecho al pecho y se cuadró ante Ntomi. También lo hizo Sicali, aunque no tuviera mano derecha que cerrar, en cuanto a Ecobe, jefe supremo de los Toros. Niala bajó la cabeza, un acto instintivo ante aquellos hombres de poder. Skarrion se limitó a morder el trozo de pastel de ñame que agarraba y arrancar con los dientes un buen bocado, sin apartar la vista de Ntomi.

—Colmillo de León… —dijo Siete Dedos. Sonreía con sinceridad. Parecía haber olvidado el puñetazo tremendo que Skarrion le diera en el ojo, en el Palacio Real de Mancumi, momentos antes del juicio de las Damas de la Noche—. No hay duda de que siempre te las apañas para estar donde abundan el peligro y la lucha.

Skarrion también sonrió de forma sincera y movió el pastel con la mano, como para quitarle importancia a la situación.

—Les debemos mucho a estos valientes —dijo Ecobe—. Han protegido la Maza y nos la han devuelto. Por lo que a mí respecta… —Puso una mano sobre el hombro derecho de Sicali—. Te nombro a ti, Sicali, hijo del caído y bravo Siayo, Líder de Mil.

Skarrion los miró y recordó que los ejércitos unzas se dividían en conjuntos de mil, estos a su vez en cien, y por último en grupos de veinticinco. Un soldado de la edad de Sicali tardaría años en liderar una centena y por tanto mandar sobre un millar era todo un honor para alguien tan joven.

Sicali no supo qué contestar. Consiguió balbucir unas palabras excitadas de agradecimiento, pero Ecobe le silenció con un gesto.

—No digas nada. Me basta con que a partir de ahora te dediques a adiestrar esa zurda para que arroje la lanza con tanta fuerza y

puntería como lo hacía su compañera, ahora en poder de Anuar. Quiero que el campeón siga siendo un Toro.

—¡Así será, Gran Ecobe! —exclamó Sicali.

—Ahora me toca premiar a mí… —Ntomi se acercó a Dabulamanci y puso la mano en su hombro—. Quiero dar a Dabulamanci, uno de los Leopardos más veteranos, el mando de Mil. Lo mereces, guerrero.

Dabulamanci meneó la cabeza con suavidad.

—No, mi señor, no acepto ese cargo. Lo agradezco, pero no puede ser.

Todos le miraron con sorpresa.

—Soy demasiado mayor —continuó Dabulamanci—. Pronto me llegará *la hora*. Tengo poco tiempo y no quiero pasarlo haciendo planes e ideando estrategias, con el hocico hundido en un revoltijo de mapas… No valgo para esas complicaciones, Gran Ntomi; la cabeza se me calentaría, echaría humo por las orejas y acabaría por estallar como un melón golpeado por un martillo. Prefiero marchar con el resto de los soldados y lavar en sangre la azagaya en el momento del combate, como los demás. Es lo que siempre he hecho, no valgo para otra cosa y he sobrevivido a todo, aunque ahora esté un poco maltrecho… Ya es tarde para que este viejo leopardo aprenda nuevos trucos.

El general le contempló durante muchos latidos, admirado, y soltó una carcajada.

—Juro que te colocaré en la vanguardia, donde más peligro se corra y mayor sea la crudeza del combate. ¡Tú mismo lo has pedido, así que no te quejes!

—Brindo por ello, mi señor.

Dabulamanci alzó el cuenco, ofreciéndoselo, y Ntomi lo tomó y bebió el resto de la cerveza.

—Créeme si te digo que a veces te envidio. Aunque parezca difícil de creer, es más difícil ordenar y planear la batalla que tan solo luchar.

Devolvió el cuenco al viejo, que asentía con aire meditabundo. Dabulamanci se llevó el recipiente a los labios, pero al descubrir que ya no había cerveza frunció el ceño. Sin embargo, no osó protestar.

Ntomi se volvió hacia Niala.

—Niloba, mujer enmascarada y misteriosa… Me han hablado de ti. Guardaste la Maza durante años en un lugar maldito para los unzas y además luchaste en el Olobane. Pídeme lo que quieras.

Ella le miró con firmeza.

—Hace años conocí a una muchacha unza que pasó su infancia en la Región Suroeste del Imperio. Me comentó acerca de una aldea llamada Mesinga. Allí había bosques frondosos y praderas floreadas, brillantes bajo el sol del verano… Quiero vivir en ese lugar.

—Ordenaré que construyan una mansión donde tú desees. No te faltarán lujos ni comodidades y habrá una guardia de cincuenta Leopardos vigilando tu territorio, día y noche. Sospecho que no te sentirás sola; según tengo entendido, las gentes de Mesinga son amables con los recién llegados.

—Sí, es cierto que son muy gentiles —respondió Niala.

—Tu deseo será satisfecho.

Niala levantó la cabeza, como a punto de decir algo más, pero se contuvo. Ntomi alzó una ceja, interrogador.

—¿Quieres decirme alguna otra cosa?

—Debes saber algo, Gran Ntomi.

—Habla.

—En realidad, esa chica de la que te hablé, procedente de Mesinga… era yo. Me llamo Niala y soy unza. Viví en el Valle del Demonio… —Clavó sus ojos en él—. Según nuestras leyes, estoy maldita.

Por la cara de Ntomi pasaron muchas emociones. Al parecer, no conocía aquel *pequeño* detalle. Todos los presentes imaginaron que la condenaría al destierro o la muerte por haber osado romper la prohibición de Nombi, el Gran Elefante, y se prepararon para una escena tan amarga como inevitable.

—¿Ves esta Maza, Niala? —preguntó el líder, con voz dura—. La empuñó nuestro primer emperador y con ella en sus manos lanzó una maldición sobre el Valle del Demonio. Pero ahora soy yo quien tiene el Arma y por eso decido que la maldición no tiene vigencia en ti. Vivirás entre nosotros, como una unza más.

Todos quedaron atónitos. Skarrion le miró con detenimiento y pensó que sería un buen emperador.

Niala jadeó, alegre e incrédula.

—¡Gracias, Gran… !

Pero a Ntomi no le gustaban las alabanzas ni las explosiones emocionales, así que le ordenó callar con una mano.

Se volvió hacia Skarrion Gunthar.

—¿Y tú, Colmillo de León? ¿Qué deseas en premio a tu importantísima contribución para la vuelta de la Maza?

—Mis botas.

Se hizo el silencio. Skarrion se chupó con toda tranquilidad los dedos manchados del ñame que acababa de comer y luego empezó a pelar una banana. Dio un mordisco y levantó una mano para meter prisa.

—¡Vamos, Siete Dedos, haz que me las devuelvan! Supongo que las habréis traído a Gingindlovu. ¡No puedo vivir sin ellas!

Siete Dedos levantó las cejas, bufó algo ininteligible y se quedó tenso e indignado. Skarrion no dio más explicaciones y siguió

comiendo, con el ceño fruncido. Ntomi estaba impasible y Ecobe, Niala y Sicali miraban admirados a aquel extranjero medio loco. Dabulamanci, sin embargo, reía entre dientes. Ntomi sonrió de medio lado y luego empezó a gritar órdenes hacia el pasillo, más allá de la puerta.

Al cabo de poco un esclavo trajo el calzado y se retiró de la estancia, tan discreto como una sombra. Skarrion se limpió los dedos en la manta de lana y palpó sus botas, satisfecho.

Ntomi sonreía con astucia. Le dijo:

—¿Recuerdas aquella extraña petición que me hiciste tras tener aquella conversación en Mancumi, aquel día lejano, antes de que te fueras en busca de la Maza?

—Claro que sí. —Skarrion también sonrió—. Lo recuerdo. Me alegro de que no te olvidaras de esa petición.

—Yo nunca dejo de cumplir mis promesas. Recuerdo que me dijiste que nadie debía limpiarlas ni manosearlas, aunque estuvieran cubiertas de polvo y roña y fueran un nido de gusanos. Y como verás, nadie lo ha hecho. Esas botas huelen que apestan.

—Te agradezco que siguieras mis instrucciones.

—Al principio pensé que sería una más de tus extravagancias y locuras… Pero luego se me ocurrió una idea y me gustaría ponerla en práctica ahora. —Ntomi desenfundó una daga afilada y se le acercó—. ¿Me permites?

Skarrion sonrió de oreja a oreja.

—Eres más listo de lo que imaginaba, Ntomi.

El general palpó toda la superficie del calzado, antes de descubrir el hueco en el tacón; lo abrió con la punta de la daga y extrajo el diamante que regalara a Skarrion, tiempo atrás.

Niala suspiró, admirando la joya, y los demás también se sorprendieron. Pero nadie dijo nada porque no estaba bien visto hablar sin permiso delante de los altos mandos unzas de Leopardos y Toros. Ecobe decidió permanecer callado, atento al curso de los acontecimientos.

—Un buen escondite —dijo Ntomi—. No te las llevaste, así que estabas muy seguro de que volverías para recogerlas.

—Cuando emprendo una misión la termino con éxito o muero en el empeño —repuso Skarrion. Agarró al vuelo el diamante que Ntomi le lanzó—. Qué bonita piedra… No me pondré aún las botas y seguiré llevando los pies descalzos durante algún tiempo más; le he cogido el gusto, como a muchas otras costumbres vuestras. Pero mi ropa tiene que estar limpia, la use o no. Siete Dedos, haz que arreglen y laven estas botas.

—¡No soy tu esclavo! —protestó el aludido.

—Ya lo sé, pero hazlo de todas maneras.

Ntomi rio y Dabulamanci ocultó su sonrisa divertida con una mano. Siete Dedos, muy enfadado, llamó otra vez al sirviente para que se llevara las botas.

—Todo ha acabado bien. —Había un deje irónico en la voz de Skarrion—. Un final muy bonito… Demasiado bonito, ¿verdad, Ntomi?

El general suspiró con pesadumbre.

—Supongo que no te habrán puesto al corriente de la situación real del Imperio.

Skarrion negó con la cabeza y Ntomi prosiguió:

—Los unzas libramos dos guerras: una contra los quianus, arzawis, bayunes, itembas y nacus… Y la segunda y más peligrosa, contra nosotros mismos. Una guerra civil.

—Lo sospechaba —dijo Skarrion—. Una guerra civil entre los partidarios de Nara y los rebeldes que no aceptan su mandato.

—No has perdido sagacidad, Colmillo de León. Así es.

—Antes de oír los problemas del Imperio unza querría saber qué ocurrió en el Olobane. Iba a contármelo Dabulamanci cuando entraste en la sala.

El viejo Leopardo carraspeó y se dirigió respetuoso hacia Ntomi:

—¿Me permites contárselo, gran señor?

—Adelante.

Dabulamanci se volvió hacia Skarrion.

—¿Recuerdas a Sigquebele, aquel muchacho de la aldea arrasada por los bayunes donde nos encontraste?

Skarrion asintió.

—Le encomendamos la misión de transmitir la noticia de la vuelta de la Maza allá por donde fuese…

Ecobe, el líder supremo de los Toros, tomó la palabra:

—Aquel bravo llegó a varias aldeas que los enemigos no habían invadido y de ellas salieron muchos más corredores Leopardos, esparciendo a su vez la noticia, que conocimos en Gingindlovu menos de dos días después.

»Nara no sabía aún nada sobre la vuelta de la Maza y había ordenado dispersar las tropas de esta región: desunidas, no podrían enfrentarse con efectividad a los invasores del oeste. Así pues, en Gingindlovu solo quedaba el Gran Zuani, Siete Dedos, al mando de dos mil Leopardos… —Ecobe miró al aludido, que miró a otro lado y frunció el ceño, un tanto incómodo—. Desobedeciendo las órdenes dictadas por Nara, hizo marchar a sus hombres hacia el Olobane, para protegeros a vosotros y a la Maza. Y se les unieron tres mil guerreros más, Toros y Leopardos, que la emperatriz había dividido entre diferentes aldeas de la región occidental; ellos también desobedecieron a la emperatriz al saber que la Maza había vuelto y

estaba en peligro. —Ecobe volvió a mirar al embarazado Siete Dedos —. Él hizo lo correcto. —El Leopardo sonrió con alivio—. Había que proteger el Arma a cualquier precio, así que lo mejor será que el Gran Zuani te explique cómo os encontró.

Siete Dedos tomó el relevo:

—En efecto, éramos unos cinco mil guerreros: tres mil Leopardos y dos mil Toros. Marchábamos a paso rápido, descansando lo justo para comer, pues casi ni dormimos durante todo aquel trayecto, temiendo siempre llegar demasiado tarde. Gracias a esas prisas nos presentamos en el Olobane justo cuando los enemigos estaban a punto de acabar con vosotros, los sitiados. Corrimos en vuestra ayuda y sorprendimos a los invasores por la retaguardia, sobre las faldas de la meseta. Yo mismo acabé con el reyezuelo bayune que tenía la Maza y me apoderé de ella. Subimos a la cumbre y dimos la muerte a cuantos bayunes, arzawis y quianus encontramos. Muchos trataron de huir, pero fueron exterminados en el monte o abajo en la llanura. No hicimos prisioneros.

—Ese joven mensajero…, ¿cómo se llamaba? —preguntó Skarrion.

—Sigquebele —respondió Dabulamanci.

—Hizo un buen trabajo transmitiendo la noticia.

—Demasiado bueno —dijo Ntomi, con voz pesarosa—. Corrió tan rápido y durante tanto tiempo que cuando llegó a la primera aldea apenas pudo jadear la noticia antes de morir, con el corazón reventado.

Hubo silencio.

—La victoria de un pueblo se cimenta con la sangre y los cuerpos de sus valientes —dijo Ntomi, en tono lúgubre. Skarrion no halló engolamiento ni soberbia en su voz. Lo había dicho con sinceridad.

Ntomi miró a Skarrion.

—Casi mientras se producía la batalla sobre el Olobane, las noticias de la Maza llegaban a Mancumi.

»Las cosas estaban muy tensas en la capital. Ya sabíamos que en el oeste había un invasión de bárbaros y por si eso fuera poco se rumoreaba que llegaba desde oriente otro gran ejército, compuesto por dieciocho mil guerreros itembas, arzawis y nacus. Es más, algunos aseguraban que a este último contingente se le estaban sumando tres mil soldados del territorio bayune suroriental.

»Por desgracia, esas informaciones eran correctas y mientras ahora estamos aquí hablando toda esa masa armada del este penetra en territorio unza, arrasando los puestos fortificados y las aldeas fronterizas. En una o dos semanas tomarán Zunjini, la capital de la Región Oriental, y en otras tantas quizás caiga también Mancumi.

Skarrion recordó aquella gran ciudad sobre una montaña escarpada, protegida por siete murallas concéntricas y también por un

enjambre de Toros, Leopardos y Leones. Muy mal debían estar las cosas cuando Ntomi admitía la posibilidad de perder el corazón del Imperio.

—Deberíais haberles salido al paso cuando ese ejército de dieciocho mil aliados comenzaba a formarse —dijo Skarrion—. Estoy seguro de que tus agentes ya conocían desde mucho tiempo atrás la creación de esa fuerza invasora. Un ataque rápido y contundente habría deshecho a los bárbaros cuando todavía eran débiles.

—En efecto, esa habría sido la actuación lógica de cualquier gobernante con dos dedos de frente. Pero nuestra *amada* emperatriz, mostrando una necedad increíble o una premeditación maligna, no reaccionó a tiempo. Es más, ordenó volver al centro del país a destacamentos fronterizos de vital importancia. Disgrega nuestras huestes, las manda lejos de donde en realidad se las necesita… Está recortando la fuerza y la rapidez de nuestras defensas y nos convierte en un blanco fácil para los invasores…

Ntomi hizo una pausa. Al fin, dijo:

—Al principio me resistía a creerlo, pero ya no tiene sentido negar la realidad. Nuestra propia soberana quiere destruir el Imperio unza.

»Sospecho que se ha aliado con nuestros enemigos para asegurarse un buen futuro entre ellos. Quizá incluso haya establecido un pacto matrimonial; no le resultaría difícil engatusar al jefe rebelde más poderoso y convertirle en una marioneta, igual que hizo con mi hermano Nabulama.

»No puedo comprender sus motivaciones ni lo que quiere conseguir, pero mucho le conviene preocuparse por su propia seguridad, porque si vencen los rebeldes todo acabará para nosotros… El Imperio unza ha provocado muchos odios y no se le permitiría sobrevivir… ni siquiera en el recuerdo; destruirían nuestras ciudades y palacios hasta los cimientos, nos exterminarían, esclavizarían y pisotearían y borrarían nuestra cultura. No solo desapareceríamos nosotros, sino todo nuestro legado.

Sonrió con dureza, agarrando fuerte la Maza.

—Por desgracia, pocos en la corte lo ven tan claro. Los unzas son ante todo soldados y un soldado debe obedecer a la emperatriz sin cuestionar ni una sola de sus órdenes, aunque ello le conduzca a la muerte, incluso aunque les parezcan cosa de locos.

»Debe reconocerse además que Nara sabe mantener la disciplina, pues ha hecho ejecutar a algunos oficiales Leopardos y Toros de los que sospechaba una conspiración contra ella. Tiene la virtud de detectar rápido cualquier conato de rebeldía entre los nuestros y lo aplasta sin dilación. Es una mujer enérgica y decidida. —Sonrió con maldad—. Estoy seguro de que arde en deseos de acabar también con Ecobe y conmigo, pero no se atreve, claro. Esa sería la gota que

colmaría la jarra. Los Leopardos y los Toros se sublevarían en masa si sus generales en jefe fueran asesinados.

—¿Y qué ocurre con el tercer cuerpo de ejército, los Leones? —preguntó Skarrion.

—Más que nadie, ellos deben obedecerla con fidelidad absoluta. Fueron creados como una especie de fuerza de élite, los bravos entre los bravos; son la guardia personal del emperador y le siguen donde quiera que vaya. Pocas veces participan en las batallas, pero cuando lo hacen… Se cuentan historias terribles acerca de la ferocidad de los Leones, sobre todo si peligra la vida del soberano. En sus códigos secretos una de sus obligaciones más importantes es la de obedecer y defender al mandatario… hasta las últimas consecuencias. Hasta el último hombre.

Ntomi hizo una pausa y miró pensativo hacia el suelo. Levantó la cabeza y continuo:

—Así estaban las cosas cuando en Mancumi recibimos la noticia de la vuelta de la Maza. Nara ordenó que no se os ayudara. Afirmaba que todo esto de la Maza solo eran patrañas inventadas por los invasores.

»Pero Ecobe y yo huimos con diez mil guerreros. Ahora somos proscritos y enemigos del poder del Estado. Pero volveríamos a hacerlo mil veces porque la Maza es nuestro único dueño y solo nos debemos al Imperio. No aceptamos la voluntad de la emperatriz.

»Encontramos a Siete Dedos, los oficiales Toro y los cinco mil soldados que os auxiliaran en el Olobane, y a vosotros también, los Héroes del Olobane, cuando veníais todos de vuelta hacia Gingindlovu. Y Siete Dedos me entregó la Maza.

—Ntomi ha de ser el nuevo emperador —dijo Siete Dedos—. Es inteligente, rápido y enérgico y ama a su pueblo. Además, es el hermano de Nabulama, nuestro fallecido señor.

Ecobe asintió con aire y sincero y Skarrion le echó una mirada especulativa. El general de los Toros parecía fuerte y valiente, pero le faltaban el brillo, la inspiración y, quizás, la malicia de Ntomi, que sin duda gobernaría con más habilidad.

—Os habéis olvidado de algo… —apuntó Skarrion, y clavó sus ojos en Ntomi—. Fue Niala quien guardó la Maza desde que se perdiera y también quien la trajo. Ella es su auténtica dueña.

Todos guardaron un silencio más y más tenso.

Ntomi se acercó a la mujer y le ofreció la Maza.

—Tómala. Es tuya si lo deseas. Te la devuelvo.

Niala parpadeó, tan sorprendida como los demás. Impasible, Ntomi seguía ofreciéndole la Maza. Sus ojos negros se hincharon de llamas cuando dijo:

—Con ella en tus manos tendrás el control sobre cientos de miles de personas, dirigirás sus vidas y el peso de su futuro recaerá en tus

hombros. Pero aun antes de que te conviertas en emperatriz, y para asentar tu dominio sobre el Imperio, habrás de enfrentarte a unos veintiún mil enemigos, los invasores de nuestra tierra, conducir a nuestros hermanos a la batalla, elaborar estrategias, contemplar a los tuyos morir por tu propio mandato y alentarlos en sus momentos de desesperación, sin mostrar jamás un atisbo de debilidad, aunque por dentro sientas tu alma desgarrada por el miedo o la culpa.

»Una vez expulsados los bárbaros, tendrás que luchar contra Nara y sus cerca de seis mil Leones, a quienes habrás de aplastar sin contemplaciones. Y no he incluido en la lista de tus tareas la lucha contra otros posibles pretendientes, es decir, todos los que intenten arrebatarte la Maza, en el presente y en el futuro.

»Si no quieres que tu nombre se escuche en el futuro con desprecio, habrás de culminar con éxito todos estos obstáculos y cuantos otros te salgan al paso.

Continuó ofreciendo la Maza.

—Vamos, tómala. Cógela. Es tuya si de verdad lo deseas.

Niala negó con la cabeza.

—Solo quiero una vida tranquila y dichosa.

Ntomi se volvió hacia cada uno de los presentes, alzando el Arma.

—¿Quién quiere la Maza? ¿Alguno se cree capaz de enfrentarse a las intrigas, las traiciones y a los pueblos enemigos? ¿Alguno piensa que puede controlar con mano de hierro a todo un imperio de guerreros impacientes y orgullosos? ¿Queréis tener que matar a vuestros propios hijos por el miedo a que algún día os asesinen por la espalda para arrebatároslo todo? Tal vez os resulte agradable aprender a mirar a los amigos no como a amigos, sino como a posibles adversarios. Vamos, tomad el Arma. Es vuestra si la queréis.

Los miró uno a uno, pero nadie contestó.

Skarrion sonrió. Qué maestría la de Ntomi: había quien conseguía y retenía luchando, pero retener ofreciendo… Aquello sí era un hermoso triunfo. Volvió a pensar que sería un buen emperador.

—Bien. —Ntomi cogió la Maza con las dos manos—. Puesto que yo soy quien empuña el Arma, yo dirigiré la guerra.

Hizo otra pausa y de nuevo le respondió el silencio. Prosiguió:

—He enviado cinco mil soldados a los confines occidentales del Imperio para taponar ese agujero y mantener el control de las fronteras. El ataque rebelde fue sofocado en el Olobane, pero no podemos correr el riesgo de que otras tribus del oeste se reagrupen en un nuevo ejército si se dan cuenta de que nadie vigila esa zona. A su debido tiempo, cuando las aguas se hayan calmado, castigaremos a los bayunes, los arzawis y los quianus como se merecen. —Sonrió con satisfacción cruel—. Van a rodar muchas cabezas cuando acabe esta guerra, os lo aseguro. Les quitaré las ganas de volver a atacarnos.

Se pellizcó la barbilla, pensativo.

—Así pues… Nos quedan unos diez mil soldados aquí, en Gingindlovu. —Levantó la cabeza, como si hubiera tomado una decisión—. Marcharemos con ellos hacia Mancumi.

—Aún tenemos otros quince mil hombres —dijo Ecobe—, Toros y Leopardos, desperdigados sobre el tapiz del Imperio.

—Es cierto. Pero como tú mismo has dicho, están desperdigados, demasiado lejos unos de otros porque Nara se ha preocupado de romper su unidad. Y con nosotros dos fuera de la ley, todos esos guerreros deben sentirse confusos y dudarán entre seguir en sus puestos o romper la ley y unírsenos como proscritos. Pero nos son necesarios para proteger el este de los veinte mil invasores. Tenemos que recuperar su unión, reagruparlos, porque tal como están acabarían destrozados. Debemos formar entre todos un ejército imbatible que vaya en busca de los rebeldes y los aniquile. Los unzas no peleamos a la defensiva; preferimos llevar la iniciativa.

Siete Dedos intervino:

—De cualquier modo, para formar un bloque con todos esos guerreros dispersos de oriente primero tendremos que pasar por Mancumi, la capital, y enfrentarnos a Nara. En Gingindlovu somos diez mil y los Leones de Mancumi suman unos cinco mil. Podemos vencerlos.

—Olvidas que la capital está en lo alto de una montaña —recordó Skarrion— y que además está protegida por siete murallas concéntricas. El sitio sería largo y duro.

—Así es —concedió Ntomi—. Y aunque venciéramos, ¿qué nos quedaría? Un ejército mermado y desgarrado, inútil para defender el este. Además, mientras estuviésemos ocupados en la lucha contra los Leones de Mancumi los rebeldes tendrían tiempo de aplastar a nuestras desordenadas huestes orientales.

—Entonces olvidémonos de Mancumi y vayamos directamente hacia el ejército enemigo —propuso Sicali—. Unamos nuestros diez mil a los quince mil del este y enfrentémonos todos juntos a los veintiún mil rebeldes. Una vez que los hayamos vencido volveremos a Mancumi con el triunfo en la mano.

—No es una mala opción, pero el rodeo para evitar Mancumi y sus alrededores nos haría perder demasiado tiempo. Y no debemos subestimar a Nara. Sin duda, enviará las tropas que aún le sean fieles contra nosotros, para retrasarnos o, peor aún, para aniquilarnos de una vez por todas.

»Por otra parte, no solo quiero parar y hacer retroceder al ejército rebelde, para que en un futuro próximo se reagrupe y vuelva aún más fortalecido. Hay que aplastarlo y hundirlo en la miseria, debemos borrar de sus mentes cualquier esperanza de que los unzas puedan

llegar a ser atacados con posibilidades de éxito. Y para conseguirlo necesito a los Leones de Mancumi. Serían un refuerzo fundamental.

—Entonces, ¿qué haremos, Gran Ntomi? —preguntó Dabulamanci—. ¿Cómo conseguiremos esos Leones sin luchar contra ellos?

—No lo haremos nosotros —Ntomi levantó el Arma—, sino la Maza. —Tras una pausa en la cual le observaron sumidos en un silencio cargado de interés, continuó—: Conozco a Macutela, el General en Jefe de los Leones. No ama a Nara más que yo y la obedece solo porque está sujeto al deber. No es tonto y debe sospechar ya que la emperatriz busca la destrucción de nuestra tierra. Por tanto, Macutela aprovechará cualquier excusa lo bastante razonable como para rebelarse contra Nara.

Miró la Maza y sonrió.

—Esta será su excusa. Según la Ley unza, la Ley de Nombi, quien empuñe la Maza gobierna *de hecho* sobre todo el Imperio. Cuando Macutela me vea con ella se pasará a nuestro bando, el de los proscritos, y nos haremos con sus Leones sin derramar una sola gota de sangre. Derrocaremos a Nara y después marcharemos hacia el este para darle su merecido al ejército invasor.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Skarrion—. ¿Y si pese a todo Macutela permanece fiel a Nara?

La sonrisa astuta de Ntomi desapareció.

—Si eso ocurre aplastaremos a los Leones y conseguiré el trono por la fuerza.

Hubo un silencio tenso. Ntomi dijo:

—Ya están hechos los preparativos. Hoy mismo partiremos hacia la capital. ¿Vendrás con nosotros, Colmillo de León, o reanudarás tu viaje hacia el sur?

—Esta no es mi guerra y por tanto no participaré en ella, salvo que me vea obligado para conservar la vida. Pero quiero ver cómo acaba todo este maldito asunto, así que os acompañaré a Mancumi.

—Eres un mercenario —dijo Ntomi—. Se te pagará bien por tu espada.

Skarrion sonrió con ironía.

—¿Se me pagará bien por las palizas que me dieron los unzas en Mancumi? ¿O por las picaduras de aquellas arañas venenosas, las Damas de la Noche, cuando me ofrecisteis a ellas atado a un poste, como un vulgar delincuente? No, Ntomi, mi trabajo era traer la Maza y lo he llevado a cabo con éxito. Y a su debido tiempo te pediré el pago…

—Que te será entregado de la manera convenida, por supuesto.

Ambos sabían de lo que hablaban: una ruta segura hacia Lukumbia, el país de los diamantes. Los demás no, pero guardaron un cauteloso silencio.

—Claro —dijo Skarrion, con una sonrisa de lado—. Me limitaré a observar. No pelearé para los unzas. No tengo por qué hacerlo.

Excepto Niala, todos los demás se tensaron. Los orgullosos unzas estaban acostumbrados a hablar con dureza, pero no les gustaba recibir su propia medicina.

—Duras palabras, aunque sinceras —dijo Ntomi—. Otro hubiera sido castigado tras pronunciarlas, pero nos has prestado unos servicios muy valiosos y eres uno de los Héroes del Olobane. Se te recompensará con aquello que tú y yo acordamos hace tiempo, y también con oro. Permanece a nuestro lado si te place y contempla desde lejos la batalla. Te aseguro que no vas a aburrirte.

—No es mi guerra —repitió Skarrion.

Ntomi le miró impasible durante unos latidos y luego se volvió hacia los demás, como si diera por concluida su conversación particular con Skarrion.

—Bien, aún nos quedan muchas cosas por hacer. Amigos Ecobe, Dabulamanci y Sicali, acompañadme. —Ellos asintieron de inmediato. Ntomi miró a Niala—. Como antigua Guardiana de la Maza, mujer enmascarada, puedes asistir a las reuniones y opinar en ellas. Tu voz será escuchada.

—Gracias, Gran Ntomi, pero aunque luché en el Olobane, no nací para la guerra. Seguiré aquí, junto a Colmillo de León.

—Como desees. Hasta pronto.

Los guerreros se marcharon y Niala y Skarrion quedaron solos.

El shakark se desembarazó de las mantas. Ya en pie, se estiró como un gato gigante y tomó un taparrabos de lana. En su mano estaba el diamante, que durante tanto tiempo había permanecido oculto dentro de su bota derecha. Lo sopesó, sonriendo. Sonrió a Niala y, a pesar de la máscara, supo que ella también sonreía. Caminó hasta una ventana y contempló el día hermoso y soleado.

Abajo, las calles de Gingindlovu descendían entre casas sencillas pero sólidas y estables, construidas con piedra, barro seco y cal. Había soldados entre ellas y también civiles, muchos de ellos venidos de las aldeas orientales, pues en la capital regional estarían más seguros. No era una ciudad tan grande o lujosa como Mancumi, pero a su propio modo también era magnífica. Gingindlovu igualmente había sido alzada sobre un monte —aunque menos alto que el de Mancumi— y también la protegían murallas concéntricas, en número de cuatro. La falda de tierra descendía entre bosquecillos y grandes rocas, salpicada de cuarteles de la guardia y algunas chozas. Después, en la planicie luchaban la piedra contra la vegetación, pero al final vencía la pradera, que se extendía verde y amarillenta, moteada de arboledas, mesetas y altozanos, hasta un horizonte aplastado bajo el azul del cielo.

Skarrion sintió el cuerpo de Niala, abrazándole. Se volvió y la tomó a su vez por la cintura.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Skarrion, acariciando la fina madera de la máscara.

Ella le miró con fijeza.

—He perdido el *poder*. Ya no puedo hacer que los animales me obedezcan. Todavía los entiendo, pero ahora me rehúyen, como a cualquier otro ser humano.

—¿Por qué ahora ya no tienes esa capacidad?

La mujer tardó muchos latidos en responder, como buscando las palabras precisas.

—Creo que he perdido algún tipo de inocencia y el poder estaba ligado a ella. Ocurrió en el Olobane, pues allí aprendí a matar con mis propias manos, y… disfruté haciéndolo. Una parte de mí, una parte quizá más joven e ingenua, se marchitó en esos momentos. Es como… como si la sangre que derramé y la maldad de la que gocé anulasen mi capacidad de apaciguar a las bestias. Me siento tan vacía… —Levantó la cara—. Pero también soy más dura. Ahora sé que jamás volveré a tener miedo del futuro.

—Todo tiene su precio.

—¿Crees que este ha sido demasiado alto?

—Creo que no tiene sentido lamentarse por lo que ya está hecho. —Skarrion sonrió, como recordando algo gracioso—. Según una leyenda de mi país, cuando los dioses crearon a los seres vivos decidieron poner el pasado de cada uno en su cola. Todos los animales se olvidaban pronto del pasado y por eso aún hoy al moverse agitan la cola con absoluta despreocupación. Pero el hombre no hacía más que dar vueltas sobre sí mismo, buscándose el rabo. Ninguna otra cosa de este mundo le interesaba y obsesionaba más que su propio pasado, así que pasaba el día y la noche dando vueltas y más vueltas, pero el rabo se negaba a quedarse quieto y ondulaba y se retorcía de manera guasona y maligna, escapando siempre de los dedos ansiosos de su dueño. A tales extremos llegó esta situación que los hombres ni siquiera comían o dormían, siempre girando, enloquecidos por su obsesión con el pasado. Caían al suelo por la falta de agua y alimento e incluso moribundos trataban de agarrar y dominar, con sus últimas fuerzas, aquel rabo inquieto, cruel y burlón. Solo cuando morían la cola quedaba al fin inmóvil, pero era ya demasiado tarde para agarrarla y controlarla. Los hombres morían a miles de esta forma tan estúpida y grotesca, así que los dioses sintieron lástima de esos tontos humanos y por tanto chasquearon los dedos y el rabo de nuestros antepasados desapareció. Los hombres dejaron de dar vueltas alrededor de sí mismos y empezaron a concentrarse en buscar comida y cobijo para poder sobrevivir.

»Por eso los animales aún tienen cola y nosotros no. A ellos nunca los verás obcecados en su propio pasado, ya que les trae al fresco. Y jamás encontrarás a un animal que se compadezca de sí mismo, ni siquiera en los momentos de mayor sufrimiento, porque están demasiado ocupados en vivir el presente y sacar el mayor provecho de él. ¿Te ha gustado la historia?

Niala rio.

—Es una historia muy divertida y no hace falta que me sermonees con su significado. Ya lo entendí.

—Me alegro.

—Pero aún queda una pregunta por hacer: si los dioses le quitaron la cola a los hombres, ¿dónde les metieron esta vez su propio pasado?

Skarrion señaló con su índice la frente de madera.

—Ahí dentro. Pero les advirtieron sobre los riesgos de vivir obsesionados por el recuerdo. Unos pocos humanos son inteligentes y obedecen esa advertencia. La gran mayoría, no.

—Intentaré seguirla yo también —contestó Niala.

—Sé que lo harás.

Skarrion le acarició el cuello y ella se abandonó.

—Ahora le puedes pedir a Ntomi cualquier muchacha hermosa… —susurró Niala, dejándose besar en la garganta—. Y aun así, vuelves a abrazar a una mujer que no muestra su rostro.

—No creas… Una mujer enmascarada tiene también su encanto, un encanto morboso…

Niala se apartó, enfurruñada y traviesa.

—¡Eres una bestia! —protestó. Pero sus ojos sonreían—. A mi vez, he de reconocer que acostarse con un diablo de ojos azules y pelo pajizo, cuyo acento parece el de un gorila encolerizado, también tiene un aliciente exótico…

—Pues no perdamos más el tiempo.

Skarrion la tomó en brazos y fue con ella hacia la cama.

Era un día plácido y el sol brillaba piadosamente, sin hacer arder las cabezas, mientras la hierba se mecía al compás de una brisa suave.

Skarrion palpó con satisfacción la coraza de cuero, hecha solo para él, que Ntomi le había dado. No era tan cómoda como la anterior, perdida en el lago del Valle del Demonio, pero le hacía verse de nuevo como un auténtico guerrero, pues siempre procuraba llevar encima alguna cota, un peto u otro tipo de protección corporal, al estilo de los soldados del norte. Sin aquellos atavíos se sentía casi desnudo. También le dieron un nuevo cinto, al cual había asegurado la espada razhulli, filosa y aceitada, hundida ya en su funda. Llevaba un nuevo

taparrabos y otro par de muñequeras hechas con bandas entrelazadas de cuero. No se había calzado aún las botas, que todavía conservaba en lugar seguro: caminaría descalzo, como el resto de los guerreros. En el pecho descansaba el colmillo de león.

Junto a Skarrion estaban Dabulamanci, con sus mejores galas castrenses, y Niala, que llevaba uno de sus bellos y cómodos vestidos.

Tras ellos estaban los casi cincuenta guerreros supervivientes del Olobane, mutilados o con nuevas cicatrices, algunas espeluznantes. Pero altivos y soberbios.

No se encontraba entre ellos Sicali porque el joven Toro estaba algo más lejos, al mando de sus mil guerreros. Habían sido dispuestos en veinte secciones cuadradas de cincuenta miembros y esperaban inmóviles y en pie, armados con sus mazas, escudos, lanzas, hachas y azagayas. Desde donde Skarrion se encontraba solo podía ver el tocado de plumas de un Sicali tan inmóvil como sus soldados.

Además de ese millar había otros seis mil Toros, extendidos en formaciones perfectas hacia el este, norte y sur. Un pájaro podría observar desde el cielo otros seis mil guerreros más, agrupados en bloques y dentro del mismo hormiguero humano de la llanura; estos seis millares eran Leopardos y sus Jefes de Mil, Quinientos, Cien y Cincuenta estaban un tanto adelantados respecto a cada formación.

Los Héroes del Olobane habían sido colocados a unos veinte pasos por delante de la línea de Leopardos, pero en caso de producirse la batalla estos se abrirían desde atrás, permitiéndoles retroceder, para después cubrirlos y envolverlos en un anillo protector.

Durante los últimos días, un millar de Toros y otro de Leopardos se habían incorporado al ejército con el cual Ntomi había partido de Gingindlovu, con destino a Mancumi. Todos esos recién llegados habían abandonado sus puestos y aceptado por tanto el estigma de la proscripción.

Así pues, sobre la gran llanura había unos once mil guerreros que permanecían en pie, inmóviles. Sus rostros impasibles parecían esculpidos en piedra, sus azagayas y escudos no se agitaban ni temblaban y la nota discordante en la quietud la ponían las plumas, las pieles y abalorios, que ondeaban al ritmo de la brisa de la mañana. Los portaestandartes de cada Mil sostenían en alto sus pesados emblemas de madera y piel; eran hombres fuertes, de hombros y espaldas anchos, así que podrían sujetarlos durante clepsidras, sin moverse.

Toda aquella masa humana mostraba un orden maravilloso y temible. La disciplina inquebrantable de los unzas era una de las razones —quizá la más importante— que explicaban su dominio sobre los demás pueblos de Ishanki. Los unzas habían convertido el arte de la guerra en una ciencia tan exacta como devastadora. Sus ejércitos

eran armas afiladas y precisas, monstruos perfectamente adiestrados para arrollar, aplastar, triturar y hacer pedazos a sus enemigos.

Separados de aquel ejército por mil pasos de tierra y silencio, había otro contingente armado.

Eran dos mil quinientos Leones, pertenecientes a los cinco mil que defendían Mancumi. Estaban ordenados en una larguísima formación de cinco hombres de profundidad. Tras ellos la tierra empezaba encresparse, hasta topar con las faldas de piedra y, después, con la primera de las diez murallas defensivas. La sombra de Mancumi, la capital, *el Corazón del Imperio,* cubría y arropaba a todos esos Leones. En caso de que los Toros y Leopardos atacaran, ellos retrocederían con rapidez y sin torpeza, entrarían por los portones y llevarían a cabo una defensa tenaz tras los muros de Mancumi. Estos muros eran por sí mismos un ejército tan temible como cualquier fuerza invasora, por muy numerosa que fuese. A cualquier general inteligente y hábil le bastaría con un contingente modesto para provocar una carnicería en los atacantes, que se estrellarían como olas sangrientas contra las murallas y las puertas, bajo una lluvia letal de proyectiles, una y otra vez. Y los líderes de los Leones podrían ser muchas cosas, pero nunca ingenuos. Sabían cómo convertir cualquier sitio en un infierno para los invasores.

Ambos ejércitos, proscrito e imperial, habían sido colocados allí a modo de advertencia, antes que para entablar por fin el combate; parecían dos luchadores rituales que se miraran a los ojos, intentando primero doblegar cada uno al contrario con su mirada, para luego hacerlo con sus puños.

Salió un hombre solitario de entre los proscritos y caminó a través de la tierra de nadie, hacia los Leones.

Era alto, delgado y musculoso. La mano zurda llevaba en alto y sin esfuerzo la pesada enseña de los conferenciantes: una barra de madera coronada por una talla en forma de lechuza.

Los pueblos ishankitas no solían respetar la vida de tales mensajeros, enviados al ejercito rival para exponer las condiciones de rendición. Si el enemigo decidía continuar la guerra el mensajero podría ser empalado o ahorcado y sus restos se colocarían en lugar bien visible para sus compañeros. El cadáver sería la respuesta. Este tipo de parlamentarios demostraba un valor sobrehumano o una locura suicida. En todo caso, si morían ganaban fama póstuma y su nombre siempre sería recordado con respeto. No faltaban los voluntarios, pues cuando corre la sangre el ansia de gloria enloquece a los hombres.

El hombre que caminaba hacia Mancumi, sin defenderse siquiera con un escudo, lo hacía con altivez y decisión. Ecobe, Siete Dedos, Sicali y muchos otros guerreros importantes habían intentado

convencerle de que no se prestara para tal misión. Pero ni los ruegos ni los argumentos lograron hacerle cambiar de parecer.

Así pues, Ntomi, Jefe Supremo de los Leopardos, caminaba en solitario hacia los dos mil quinientos Leones, empuñando el estandarte de los emisarios en una mano y la Maza Sagrada en la otra.

Tenía la barbilla alta y había fuego en sus ojos oscuros. Eran los ojos de un dios o de un simple fanático. Los Leones clavaban sus miradas en él, como si quisieran taladrarle la cabeza, pero no se dignó siquiera a echarles un vistazo. Llegó hasta la barrera de carne, escudos y aceros, se detuvo y levantó el estandarte que agarraba con su mano izquierda.

—¡Apartaos! —tronó, restallando su voz sobre la piel del silencio, levantando ecos en la llanura—. ¡Soy un mensajero y he de hablar con Macutela, el Jefe Supremo de los Leones de Mancumi!

Los hombres no se movieron. No obstante, algo había cambiado en ellos: parecían menos seguros y se oyeron rumores excitados entre el bosque de lanzas.

—Si no me obedecéis por este estandarte… —Ntomi levantó la Maza—. ¡Lo haréis por este otro!

En los ojos de los Leones brilló el respeto, incluso la devoción.

—¡Es el Arma Sagrada de nuestro pueblo! —bramó Ntomi—. La empuñó Nombi, el Gran Elefante, nuestro gran padre, el primer emperador, y ahora la empuña este que os habla y que os ordena lo siguiente: ¡apartaos! ¡Apartaos!

Hubo un silencio dubitativo, expectante, tan tirante que parecía a punto de romperse y rajarse de un momento a otro.

—Obedeced.

Había hablado un viejo León, un Líder de Mil llamado Infadoos. Años atrás, una lanza quianu le había arrebatado el ojo derecho y no se cubría el agujero seco y horrible del rostro, cuya cicatriz surcaba también la mejilla, en una línea pálida y gruesa, hasta el mentón. A Infadoos le llamaban *Ojo Veloz*, por ser tuerto y por su rapidez en la toma de decisiones y en su aplicación. Conocía bien a Ntomi. Había peleado junto a él cuando el Leopardo era joven.

Ntomi y Ojo Veloz se miraron durante muchos latidos.

—Obedeced —repitió Infadoos.

Los Leones se abrieron y formaron con sus cuerpos un pasillo estrecho. Ntomi se metió en el corredor humano, caminando con serenidad.

Llegó a un claro en el bosque de melenas y azagayas, donde le esperaba Macutela, *El Viejo León*, acompañado de sus oficiales.

Como la mayoría de los Leones, Macutela tenía las caderas estrechas en comparación a sus hombros y espaldas. Sus piernas eran gruesas y macizas y sus brazos ágiles y nudosos. Entre sus defectos la

gula no era el menor, así que tenía un estómago abombado y prominente, aunque duro como la piedra. A pesar de todo lo que tragaba se mantenía fuerte y sano, pues se adiestraba junto a sus hombres, como un soldado más. Temible y cruel en la batalla, era también de gustos sensuales y disfrutaba de los festines, la bebida y las mujeres. Su risa y sus juramentos parecían ciertamente los rugidos de un león. Trataba con dureza a sus guerreros y sin embargo ellos le adoraban, con el amor perruno e incondicional del soldado hacia el líder que camina el primero hacia la lucha y comparte con la tropa sus sufrimientos y peligros.

En la mano diestra empuñaba un bastón de mando tan alto como él, labrado en madera barnizada de negro. De su extremo superior nacían dos segmentos largos, diagonales y apuntados hacia el suelo, que formaban una V invertida.

Ntomi se encaró con Macutela, que a su vez le miraba a los ojos sin expresar emoción alguna. El Leopardo adelantó la zurda, abrió los dedos y el estandarte del mensajero cayó al suelo, ante sus pies.

—Me estás viendo desprenderme de esta insignia inútil, Macutela, Señor de los Leones. Ante ti me presento no como mensajero ni embajador, sino como el auténtico emperador de nuestro pueblo.

Levantó la Maza y sin poder evitarlo muchos se inclinaron con humildad. No fue el caso de Macutela. Ntomi los miró con lentitud y luego se concentró en el Viejo León.

—¡Soy el Guardián de la Maza! —gritó.

»Ha venido a mí cuando más la necesitamos. Los enemigos nos cercan por todas partes y Nara, esa falsa emperatriz, les facilita el sendero cuya meta es nuestra destrucción…

»¡Soy el Guardián de la Maza!

»Poneos bajo mi mandato… ¡Ahora! No os lo pido… ¡Os lo exijo! Vosotros me acompañaréis en la lucha que se avecina. Me veréis contener a las bestias que ahora osan mordernos; yo los haré retroceder, los perseguiré, los exterminaré y por último escupiré sobre sus cadáveres.

Sacó un cuchillo de una vaina pendiente del cinto y se cortó la palma de la mano izquierda.

—¡Soy el Guardián de la Maza y os juro que os llevaré a la victoria! ¡Lo juro por mi sangre, lo juro por mis padres y antepasados, por todos los dioses y por todos los demonios! ¡Por Anuar, el Gran Espíritu! ¡Que me haga pedazos y me condene a los abismos si fracaso en mi misión!

Los Leones ahogaron murmullos admirados, pues Ntomi había empeñado el alma inmortal en su promesa.

—¡Soy el Guardián de la Maza y lo juro también sobre el Arma de nuestro Padre!

Agarró con sus dedos húmedos la cabeza de la Maza. Su metal alienígena brilló con suavidad y *tragó* toda la sangre que tocaba su bruñida superficie. Levantó la Maza, agarrándola con las dos manos. Tenía los ojos furiosos y desorbitados y los músculos en tensión. Parecía poseído por fuerzas ajenas a su voluntad.

—¡Soy el Guardián de la Maza y he jurado! ¡Obedeced!

Bajó los brazos poco a poco. Jadeaba y el sudor abrillantaba su cuerpo.

El silencio se retorció y se tensó, como las fibras de una cuerda de la que tiraran dos gigantes invisibles.

En los códigos de los Leones se exaltaba la lealtad hacia la emperatriz. El general Leopardo se había rebelado contra ella y era por tanto un proscrito y un criminal. Había violado la ley del Imperio, así que los Leones estarían justificados si lo despedazaban allí mismo y entregaban los despojos a los carroñeros. Por si eso fuera poco, Ntomi había arrojado el estandarte y ya no era un mensajero que viniese a conferenciar antes de la batalla, sino un guerrero más, rodeado de enemigos legitimados para hacerle pedazos.

Pero tenía la Maza.

—¿Y bien, Macutela? —preguntó Ntomi—. ¿Qué me contestas? ¿Acaso se te comió la lengua uno de tus leones amaestrados?

El aludido estaba inmóvil. Impasible, dio tres pasos hacia Ntomi y se detuvo. Puso una rodilla en tierra, humilló la cabeza y levantó los brazos para ofrecer al Leopardo su bastón de mando.

—Te reconozco como emperador, Guardián de la Maza. Mi vida y la de mis Leones son tuyas. Ordena y te obedeceremos.

Las facciones de Ntomi se suavizaron.

—Levántate, Macutela.

El León así lo hizo. La boca de Ntomi comenzó a curvarse poco a poco. Macutela también acabó por sonreír, lleno de alivio y felicidad.

Se abrazaron.

Los guerreros levantaron sus armas y gritaron de alegría.

El bullicio se repitió entre los Toros y los Leopardos de la llanura. Los oficiales no trataron de contener a sus hombres, que como una oleada corrieron hasta los Leones con los brazos abiertos. Muchos pensaron que en aquel día iban a luchar contra un hermano, un hijo, un amigo o un padre. Ahora, íntimos y desconocidos se abrazaban y reían por igual. Incluso los centinelas abandonaron sus puestos en las murallas para bajar y unírseles.

Las nuevas corrieron con la fuerza de un río bravo y con la rapidez del viento. La noticia escaló la montaña, saltando como las cabras, de roca en roca, atravesó las calles de Mancumi y llegó por fin al Palacio Imperial.

12

Nara no intentó huir. Además, habría sido inútil, con el palacio invadido y rodeado por guerreros que ya no le eran fieles.

Permanecía muy quieta, sentada en su trono de madera fina, coronado por una cabeza de elefante hembra. Sus manos reposaban sobre los brazos del sitial y la diestra agarraba con fuerza el Cetro del Imperio, tallado en obsidiana, con un extremo en forma de testa elefantina cincelada en plata, con dos zafiros por ojos. El Cetro era un símbolo que reforzaba el poder del mandatario en tiempos difíciles, pero esta era la primera vez que Nara se había visto obligada a empuñarlo.

Vestía un traje largo y ceñido que dejaba desnudos los hombros y los brazos; estaba hecho con tela de la mejor calidad y era de color violeta, su favorito. En los tobillos y las muñecas llevaba ajorcas de oro. Un collar de rubíes reposaba sobre el comienzo de los pechos, que se movían al compás de su respiración acelerada. Sobre la cabeza llevaba aquel tocado exuberante tan de su agrado, la cola desplegada de un pavo real. Sus ojos castaños chispeaban de ira, sus labios dibujaban una línea carnosa y tensa y tenía distendidas las pequeñas aletas de la nariz. Estaba bellísima, espléndida en su momento de furia.

A su derecha, el trono del emperador seguía vacío, pues Nabulama había muerto hacía semanas y ningún otro ocupó su lugar.

En el Salón Real había unas mil personas.

Los guerreros se arracimaban en un semicírculo en torno al patio central, frente la escalinata que conducía a los tronos. En la primera fila estaban Ecobe, Señor de los Toros, Macutela, Líder de Leones, y personas importantes como Sicali el Manco, Niala y Dabulamanci.

Todos guardaban silencio.

Ntomi aún vestía las ropas guerreras que llevara esa misma mañana, cuando obtuvo la obediencia de Macutela. Permanecía firme y solitario en el centro del patio, como una estatua nacida del suelo de baldosas. Levantó la Maza y apuntó a la emperatriz.

—¡Nara! Has sido destituida y ya no eres nuestra emperatriz. ¡Entrega el Cetro!

La mujer no pudo hablar porque la cólera se lo impedía. Ntomi aguantó su mirada ponzoñosa.

—¿Cómo te atreves? —contestó Nara, al fin—. ¿Con qué derecho osas intentar destronarme?

—¡Con el de la Maza Sagrada! No has servido bien a tu pueblo… ¡De hecho, has tratado por todos los medios de hundirlo en la derrota y la miseria! Debilitaste a tu esposo Nabulama, nuestro señor y mi hermano, y lo convertiste en una sombra de lo que era. Probablemente lo hiciste asesinar. Alejaste la Maza Sagrada de nuestro país. Has abierto las fronteras a los enemigos y has desbaratado la organización de nuestros ejércitos.

Nara se levantó, tensa como una vara.

—¡Calumnias! ¡Mentiras venenosas!

—Todos saben que digo la verdad. Solo por haber sido la emperatriz y la señora de los unzas, tu muerte será rápida y no lenta y atroz, como yo hubiera deseado.

Nara jadeó y abrió mucho los ojos; se llevó una mano al cuello, pues empezaba a sentirse asustada. Pero recobró la decisión.

—¡Acabemos con esta farsa! Leones, ¿cómo es posible que este proscrito y sus secuaces hayan invadido el palacio y el Salón Real? ¡Matadlos!

Ningún León se movió.

Ella los barrió con su mirada, entrecerrando los ojos. Muchos fueron incapaces de aguantarlo y bajaron la cabeza con pesadumbre. Otros se cruzaron de brazos, impasibles.

—Ya veo que os habéis conjurado todos contra mí —dijo la reina.

Bajó las escaleras, furiosa y altiva, haciendo ondear las plumas del tocado. Se detuvo y clavó de nuevo la vista en todos ellos, respirando fuerte.

—¡Macutela!

El general en jefe de los Leones seguía inmóvil, mirándola de forma inexpresiva.

—Los Leones me jurasteis obediencia —le dijo Nara—. ¿Acaso no respetáis vuestras promesas? ¿Acaso vais a pasar por encima de vuestros códigos?

—Nuestra lealtad está siempre con el emperador. No contigo.

—¡Yo soy vuestra emperatriz!

—Ya no. Has sido destituida. Ahora, el emperador es Ntomi.

Nara retrocedió un paso.

—¿Nadie me ayudará? ¿Ninguno tratará de sostenerme en el trono?

El silencio fue la respuesta.

Nara se volvió hacia el sector donde se hallaban las brujas, que siempre estuvieron a su lado, las que condenaron a tantos enemigos políticos de la emperatriz con el pretexto de hallarlos malditos.

—¿Y vosotras, hermanas hechiceras? —preguntó—. Vosotras sí me apoyaréis… ¿verdad?

Se le acercaron, oscilando, bailoteando de manera grotesca y

haciendo resonar sus cascajos. Aullaban y se mesaban los cabellos rancios, como solían hacer cuando entraban en trance. Nara sonrió y algo parecido al afecto brilló en sus pupilas húmedas.

Las brujas pasaron a su lado sin dirigirle una sola palabra, se arrojaron a los pies de Ntomi y le alabaron a gritos:

—¡El Gran Espíritu te ha señalado! —gritó una.

—¡Eres nuestro auténtico emperador! —chilló otra.

Señalaron a Nara.

—¡Está maldita y condenada! ¡Siempre lo estuvo! ¡Nos tenía hechizadas y solo por eso la obedecíamos!

Nara se llevó una mano a la boca y reprimió un sollozo. Las lágrimas resbalaron sobre sus mejillas y mojaron sus dedos.

Ntomi apartó a las viejas a puntapiés.

—¡No me toquéis, sacos de pellejo! ¡Seres monstruosos, repugnantes! ¡Ladronas de bebés, asesinas de doncellas! ¡Por vuestra culpa muchos hombres buenos y también sus familias sufrieron un final espantoso, así que seréis ejecutadas sin compasión! ¡Guerreros, lleváoslas!

Ellas se desgañitaron en ruegos e incluso le amenazaron, pero no surtió efecto. Los Leones las agarraron y las condujeron fuera a empujones y tirones.

Nara se acercó aún más al público silencioso. Reparó en Skarrion, que la miraba sin pestañear.

—¡Tú! —exclamó la mujer—. Mis brujas anularon el veneno de las Damas de la Noche, hundido en tus venas… ¡Te salvé la vida y me pagaste atándome a mi propia cama!

—Lo que me ofrecías era otro tipo de muerte. La muerte del alma. La esclavitud.

—¡Palabras! ¡Necedades!

—Opina lo que te venga en gana. Lo único que te queda ahora es precisamente eso: tus pensamientos.

Por los ojos de la emperatriz cruzó un relámpago de dolor, pero al apagarse volvió la ira.

—¿Y esta quién es? —preguntó, señalando a Niala—. ¿Una mujer enmascarada? ¿Acaso es Niloba, esa hechicera del oeste? ¿Para qué ha venido? ¿Quizás para contemplar mi final?

Niala tembló, pero alzó la cabeza y sostuvo la mirada de la emperatriz.

—Tal vez recuerdes a una joven del Harén Real. Se llamaba Niala y, según decían, era muy bella. Pero tú destruiste la hermosura de su rostro. Yo soy esa mujer y ahora he vuelto a mi país.

Nara arrugó la frente, como haciendo un esfuerzo para recordar. Su rostro brillante de lágrimas ardió con alegría maligna y soltó una carcajada.

—¡Sí! ¡Ya recuerdo! Ordené a mis brujas que destruyeran tu rostro con un líquido abrasivo. ¿Y dices que te ha traído este forastero? —Se encaró con Skarrion—. ¿Acaso has visto su cara? Quizás le hiciste el amor y besaste ese rostro horrible y deforme… —Se acercó a Niala y de un tirón le arrancó la máscara—. ¡Mírala tal como es! ¡Mírala! ¡Mirad todos al monstruo!

Niala había sido despojada de su protección. Su peor miedo se había cumplido, pues miles de ojos contemplaban su cara, un semblante que fuese en tiempos dulce y delicado…

…Ahora, sin embargo, la piel quemada aparecía oscura y rugosa, los labios casi habían desaparecido y con ellos la mitad de la nariz, así como las cejas. Muchos apartaron la vista llenos de asco, pero quienes seguían mirándola lo hacían con fascinación morbosa.

Niala no podía ni siquiera mover las manos para taparse y tampoco atinaba a hablar. Estaba petrificada por el espanto. Deseaba morir, rodeada de tanta repugnancia y tanto interés malévolo. Las lágrimas fluyeron y mojaron sus mejillas cubiertas por tejido cicatricial.

Nara rio de nuevo.

—¡Bésala ahora, Colmillo de León! ¡Puedes fornicar aquí mismo con ella, como habréis hecho tantas veces en el pasado! ¡Vamos, hazlo, será un espectáculo muy divertido! ¡El extranjero y la monstruosidad unidos por la lujuria! ¿O es que ahora, al descubrir su verdadero aspecto, el deseo ha desaparecido y da paso al horror? ¡Vamos, bésala en su boca destrozada!

Skarrion se acercó a Niala y, para asombro de todos los presentes, le sonrió y le acarició con ternura el rostro devastado. La besó en los labios de la manera más suave y gentil y ella le abrazó y hundió el rostro en su pecho, deshecha en sollozos.

Nara retrocedió, alucinada y confundida, y la máscara cayó de sus manos. Skarrion la miró con dureza.

—No me avergüenza besar a esta mujer delante de todos. Más asco me daría tocarte, Nara. La prefiero a ella mil veces antes que a ti.

La emperatriz abrió la boca, pero la sorpresa y la rabia le impedían contestar.

Skarrion tomó la máscara y se la devolvió a su dueña. Niala se la puso. Ya comenzaba a tranquilizarse. Los dos retrocedieron, hasta llegar a la muchedumbre de curiosos y fundirse con ella.

—¡Nara! —intervino Ntomi—. ¡Cometiste un crimen imperdonable contra esa mujer inocente! Mereces el mismo castigo: que tu rostro sea abrasado para que tu alma cuadre con el cuerpo que la alberga.

—¡No! —gritó la emperatriz, asustadísima—. ¡Eso no!

—¡Niala! —llamó Ntomi—. La vida de quien tanto mal te hizo queda en tus manos. ¿Deseas que el ácido acabe con la belleza de esta mujer, en justo pago por el daño que te causó?

Nara cayó de rodillas, loca de espanto. Ahora era ella quien no atinaba a pronunciar palabra alguna; ni siquiera podía moverse y lo único que podía hacer era mirar con los ojos muy abiertos a la mujer enmascarada.

Niala tenía sus ojos clavados en la emperatriz. La madera no mostraba sentimientos.

—No quiero castigarla —dijo Niala—. Ni siquiera ella merece ese suplicio. Nadie lo merece.

Nara la observó, confundida. Una extraña luz brillaba en sus ojos. Si hubiera sido otra quizás le hubiera mostrado su agradecimiento… Pero no era otra.

—Ya ves que tienes mucha suerte —le dijo Ntomi—. Esa mujer te ha perdonado… ¡Yo no! ¡Entrega el Cetro!

Nara se levantó, de nuevo fuerte, a pesar de todos los golpes y humillaciones que acababa de sufrir. Alzó la barbilla con orgullo y frialdad. Estaba magnífica, era un ser sublime, una potencia desencadenada de la Naturaleza. Despectiva, arrojó a los pies de Ntomi el Cetro de los Unzas, el tocado de plumas de pavo real, las ajorcas y las pulseras y conservó solo el vestido. Ya no era la emperatriz, pero se mostraba majestuosa y dominante incluso en el momento de la derrota.

—Ahí tienes tus juguetes, Ntomi. Mi único pesar es no haber logrado conducir todo este maldito país a la aniquilación, como era mi deseo. Cuánto me hubiese gustado ver a los quianus, los arzawis, los nacus… incluso a los bayunes, arrasando este imperio sucio y cruel…

—Mucho odias a tu propia gente… —respondió Ntomi.

—Jamás podrás imaginar hasta qué punto… —corroboró Nara, sonriendo con maldad—. ¡Jamás!

—¿Por qué odias tanto a los tuyos?

Más calmada, con una ira fría y serena, Nara dijo:

—Nací entre los unzas, sí, pero ninguno me amó.

»Mis padres me entregaron como esposa a un rico guerrero cuando era casi una niña. Mi dueño me trató mal y cuando se hartó de mí me regaló al emperador, a Nabulama, como se deshace uno de un juguete que ya le resulta aburrido… ¿Algún unza me ayudó? ¿Alguno me trató con respeto o con cariño?

»Ni uno solo.

»Así que aprendí bien la lección: en esta vida no existe el amor, solo existen la ambición y la voluntad. Por tanto, dominaría a los hombres… Incluso al mismísimo emperador. Los moldearía a mi antojo como si fueran de barro húmedo y los arrojaría de mi lado cuando me hartara de ellos. Quería poder y sabía cómo obtenerlo. Nabulama, ese pobre idiota, quedó tan prendado de mí como muchos otros, amantes de los que acabé asqueada y a los que desprecié,

procurando además romperles el corazón.

»Poco a poco fui obteniendo aún más de ese poder que tanto anhelaba. ¿Y para qué lo quería? ¿Cuál era mi objetivo?

Sus ojos oscuros se colmaron de llamas y gritó:

—¡Destruir todo este Imperio!

En medio del silencio escandalizado, ella sonreía.

—¿Me preguntas si odio a los unzas? No imaginas la fuerza de ese odio, que me ha corroído en silencio durante años, a veces sin dejarme dormir, amenazando con ahogarme año tras año, día tras día y latido tras latido.

Nara puso las manos en las caderas y le miró con desprecio y descaro.

—¿He satisfecho tu curiosidad… *emperador*?

Ntomi la miraba con ojos entrecerrados.

—No me importan tus motivos. Solo sé que mataste a mi hermano y quisiste destruir mi país… —Desenvainó el cuchillo—. Yo mismo te mataré, de un corte rápido en el cuello.

Nara tembló, pero sacó fuerzas de flaqueza.

—Aún me queda una oportunidad: *La Voluntad del Más Fuerte*.

Sonaron rumores excitados cuando sus palabras llegaron hasta los últimos rincones del salón.

Según la costumbre unza, un criminal podía librarse de su sentencia si vencía en limpio combate a muerte contra tres rivales, uno tras otro, sin descanso entre lucha y lucha. No era raro que este trío estuviese formado por quienes lanzaran la acusación o a quienes más directamente hubiese afectado el delito. Si el criminal vencía en tal prueba —cosa que había ocurrido muy pocas veces— se le condenaba tan solo al destierro. Si era una mujer la acusada, podía pedir la ayuda de un campeón. Tal juicio por combate ritual era llamado *La Voluntad del Más Fuerte*.

Nara, con más ironía que esperanza en la voz, se dirigió hacia el público:

—¿Algún valiente desea luchar por mí?

Le respondió el silencio y ella rio con sarcasmo.

—Ya lo imaginaba. ¡Gracias, pueblo unza!

—¡Si alguien quiere defenderla se enfrentará a mí! —gritó un Toro, armado con una pesada maza. Su nombre era Ciglebe y todos le tenían por un guerrero temible.

A Nara se le cortó el aliento. Sería muy difícil derrotar a ese titán de los Toros; si aún quedara alguna posibilidad de que alguien luchara por ella, parecía del todo perdida.

—Yo defenderé a Nara.

Miles de rostros se volvieron para buscar a quien había hablado. Los hombres indagaron entre el público, curiosos e interesados…

¿Quién sería el campeón de la emperatriz caída en desgracia?

La muchedumbre se abrió y un hombre emergió de ella.

Era Bombyane, el castrado, el eunuco, el sirviente personal de Nara. Algunos le llamaban, entre risas malintencionadas, *Medio Hombre*.

Bombyane salió al espacio libre del salón. Vestía un sencillo y ajustado taparrabos de tela, lo único que se les permitía a los esclavos de placer de las señoras unzas de alcurnia, y aquella prenda hablaba acerca de su cometido impúdico y despreciable. Empuñaba su hacha de una sola hoja. Era alto, esbelto y musculoso, pero frente al enorme Ciglebe parecía una pantera encarada con un elefante.

Bombyane se detuvo y miró a Ntomi con seriedad. El emperador frunció el ceño, pero no dijo nada.

Hubo un silencio espeso y conmocionado que se expandía por todo el salón. Alguien soltó el primer grito:

—¡Mirad, es Medio Hombre!

—¡El castrado quiere luchar! —vociferó otro.

Estallaron carcajadas, que se reprodujeron y extendieron entre los miles de rudos soldados. El salón entero temblaba con aquel mar de risas.

—¡Arrójale flores a tu rival, Medio Hombre! —se oía por aquí.

—¡Rocíale con perfume, bello mancebo! —sonaba allá.

—¡Hazle carantoñas y mimos!

Aquellos eran algunos de los innumerables comentarios burlones, que a su vez despertaban más carcajadas.

Bombyane continuaba inmóvil en su sitio mientras miles de guerreros le señalaban y reían, agarrándose el vientre. Muchos meneaban sus caderas y lanzaban besos al aire.

Pero unos pocos no se habían sumado a la juerga. Entre ellos estaban Skarrion, Dabulamanci y Niala. Tampoco reían Ntomi, ni sus amigos Ecobe y Macutela.

Nara miraba a Bombyane, incrédula…

Y latido a latido fue produciéndose una transformación en el rostro de la emperatriz caída en desgracia, como si de alguna manera una máscara invisible estuviese cayendo y resbalando sobre su piel. Los ojos se llenaron de comprensión, de una súbita y enorme dulzura, mezclada con preocupación y con lástima. Era como si estuviera transformándose en una nueva mujer.

—¡Ya no tienes espada que manejar! —increpaba un joven Leopardo, como tantos otros, cerca de Skarrion.

El shakark le agarró por el cuello, le quitó su lanza y le arrojó a las baldosas.

—¡Si vuelves a insultarle te meteré esta azagaya por un ojo y la sacaré por la nuca!

El joven, llamado Izane, se disponía a contestar, pero vio algo en los ojos del extranjero que silenció su valor. Aquel bárbaro loco de veras parecía dispuesto a matarle allí mismo si volvía a abrir la boca. Izane se escabulló entre el público.

Dabulamanci golpeó a otro muchacho con el mango de su lanza.

—¡A callar, bichos ruidosos! ¡Quizás Bombyane sea más hombre que todos vosotros juntos, a pesar de su mutilación!

Unos diez mozos dejaron de reír. Estaban dolidos, pues para ellos Dabulamanci era un ídolo al que imitar.

—Pero… —comenzó a decir uno.

—¡Que te calles! —bramó el anciano.

Y el joven cerró la boca.

En torno a Skarrion y Dabulamanci nadie se burlaba, pero era una pequeña isla en aquel océano de pullas y escarnio.

Bombyane seguía quieto, sin volverse hacia la multitud que le gritaba y señalaba, dedicándole todo tipo de adjetivos humillantes. Miró a Nara. La antigua emperatriz se le acercó. De sus ojos había desaparecido la ira, relevada por la compasión y la tristeza.

—No lo hagas, Bombyane. Ciglebe te va a matar.

Bombyane se limitó a trazar un arco fugaz con su hacha, para calentar las articulaciones.

—¿Por qué? —preguntó Nara—. ¿Por qué, después de todo lo que te hice?

—¿Acaso te ha importado alguna vez la suerte de un esclavo —preguntó él a su vez, sin mirarla—, aquel de quien siempre te burlabas y a quien tantas veces humillaste?

—No, nunca me importó —susurró Nara, agachando la cabeza. Al levantarla le miró a los ojos—. No hasta ahora…

—¿Y qué ha cambiado? —espetó Bombyane.

Nara frunció el ceño, como tratando de dar voz a un sentimiento que la sorprendía y que aún no acababa de entender.

—He cambiado yo —repuso al fin, entristecida—. Ahora, te veo de otro modo, como en verdad eres… El único que me defiende, a pesar de todo el mal que te hice. El único que muestra preocupación por mí, más allá del deseo de hacerse conmigo como si fuera una propiedad más, un objeto hermoso, un pedazo de carne. Sí, ahora comienzo a verte con otros ojos. No deseo que mueras por mí. Por favor, no pelees.

Bombyane desvió la cabeza, dejando reposar su mirada dura y amarga en el vacío. Volvió a hacer oscilar su hacha en un círculo amplio y veloz, pero el silbido del arma quedaba ahogado por las carcajadas y los insultos de la muchedumbre.

—¿Por qué? —repitió ella.

Bombyane clavó sus ojos en ella.

—Bien sabes la razón: porque te quiero con toda mi alma.

Nara le miró con intensidad, sin responder.

—Déjame ahora —replicó el castrado—. He de concentrarme en el combate.

Nara retrocedió, con el rostro hundido en la tristeza más desoladora. Lo cubrió con sus finas manos y cayó sobre las rodillas. Allí quedó, estremecida por los sollozos.

—¡Ntomi! —bramó Ciglebe—. ¡Exijo luchar contra un hombre, no contra un eunuco!

Antes de que el nuevo emperador pudiera contestar, Bombyane intervino:

—¡Ciglebe es un cobarde que me tiene miedo!

Las risas fueron cesando poco a poco.

Ciglebe se volvió para mirarle, incrédulo, con ojos inyectados en sangre. No atinaba a pronunciar una sola palabra, ahogado por la ira.

—¡Ven aquí, Toro llorón y asustadizo! —llamó el eunuco, con una sonrisa mordaz. Empuñó a dos manos el arma—. ¡Prueba el beso de mi hacha!

Ciglebe no respondió con palabras, sino que agachó la cabeza y echó andar en dirección a Bombyane. Todo en él recordaba a un auténtico toro, a punto de embestir y hacer pedazos al loco que se había cruzado en su camino.

El eunuco se le acercó, andando tranquilo y haciendo zumbar el hacha en amplios arcos.

Nara lloraba en silencio mientras le veía acercarse al gran Toro.

El gentío estalló en aclamaciones y ánimos hacia Ciglebe:

—¡Destrózale!

—¡Mata al castrado!

—¡Aplasta su cabeza!

Ciglebe echó a correr hacia Bombyane con la victoria pintada en el rostro.

El eunuco esquivó un mazazo y Ciglebe pasó por su derecha. Bombyane lanzó un hachazo ascendente que el Toro esquivó por poco. Cerraron de nuevo uno contra el otro y la maza y el hacha chocaron y quedaron trabadas. Ciglebe trató de arrollar a Bombyane, que hizo girar su arma y se separó de su adversario. Habían roto a sudar y jadeaban. En los dos, los músculos se marcaban como cables metálicos; aunque Bombyane no era ningún alfeñique, los de Ciglebe parecían el doble de gruesos.

Volvieron a estrellar las armas. El asta de la maza golpeó a Bombyane en la cara y el esclavo retrocedió mareado, sangrando por el pómulo abierto, tambaleándose, a punto de perder el sentido. Ciglebe aulló de placer y alzó su maza a dos manos, dispuesto a reventarle desde la coronilla a la entrepierna. Nara desorbitó los ojos y

emitió un grito agudo.

Antes de que cayera el golpe Bombyane perdió cualquier atisbo de debilidad y lanzó un tajo horizontal que abrió el pecho… Había caído en la trampa. Bombyane sacó el hacha por un costado, haciendo volar gotas de sangre. Ciglebe se tambaleó y logró descargar el golpe, pero la maza picó en el suelo y el cuerpo se le dobló en dos, quedando de rodillas. Bombyane se colocó a su costado, levantó el hacha por encima de sus hombros y de un solo golpe cortó la cabeza.

El cuerpo decapitado se desplomó y su testa rodó unos pasos, hasta quedar inmóvil.

Se hizo el silencio.

Todos miraban anonadados al verdugo, de quien tan poco tiempo antes se habían reído a mandíbula batiente. Incluso Nara le observaba con asombro.

Uno solo no parecía sorprendido. Era el viejo Dabulamanci, que sonreía con aire astuto. Cuando por fin el público estalló en murmullos de odio e ira hacia el ganador, el anciano se acercó a Skarrion.

—Antes de que Nara lo mandara castrar Bombyane pertenecía a los Leopardos. Era un joven prometedor que participó en dos grandes batallas y que incluso ganó ciertos honores. Iba camino de Líder de Cien o quizás de Mil… Se cuenta que a los quince años mató a su primer hombre, un guerrero arzawi que le doblaba en edad. Es fuerte, ágil y astuto; más de lo que parece.

—Todos lo hemos comprobado —respondió Skarrion, sonriendo—. ¡Merece que alguien le anime!

Arrebató un escudo a su joven y cercano dueño, lo levantó y golpeó en él con el plano de la azagaya, con fuerza. Ese era el aplauso de los unzas. Dabulamanci hizo lo mismo y unos pocos más, aquí y allá, los imitaron.

Bombyane levantó el hacha, devolviéndoles así la cortesía. Se tambaleaba, pues aún acusaba el trallazo recibido en el pómulo, que se veía abierto hasta el hueso y rodeado de piel amoratada y sanguinolenta.

Nara llegó corriendo hasta él, riendo y llorando al mismo tiempo, y le abrazó.

—¡Bombyane! —gritó, sin importarle todas las miradas ajenas de asco y disgusto—. ¡Has vencido! ¡Me has salvado!

El eunuco la apartó con brusquedad y ella retrocedió, dolida.

—Sé cómo engatusas a los hombres —dijo Bombyane, con voz pastosa por el dolor y el cansancio—. Te conozco muy bien y a mí no me engañarás.

Ella sacudió la cabeza, desesperada.

—¡No, Bombyane! —gritó—. ¡Te equivocas! ¡Te quiero! ¡Después

de lo que has hecho por mí sé que te amo!

—¡Cállate! —rugió Bombyane, y la empujó, alejándola otra vez de su lado.

—¡Lucharé contra el castrado! —anunció un hombre.

Se trataba de Umbopa, un guerrero León.

Algo más bajo que Bombyane, todo en él era potencia y velocidad, un mazacote de músculos capaces de lanzar a su dueño hacia una orgía de aceros y muerte. Tenía un rostro feo y mezquino, cosido a cicatrices y coronado por una melena enmarañada. En sus ojos enrojecidos se leía el ansia de matanza y un aura de sangre y violencia rodeaba todo su ser. Empuñaba un cuchillo enorme, con el cual Umbopa tenía la costumbre de abrir el pecho de sus más duros rivales; después les sacaba el corazón, lo mordía aún crudo y bebía su sangre.

Señaló a Nara con su cuchillo.

—Las brujas mataron a mi tío Uala y a su familia con el pretexto de que estaban malditos. Su único delito fue criticar en público a la emperatriz… —El cuchillo apuntó a Bombyane—. ¡Exijo luchar contra él! Le mataré, abriré su cuerpo y me comeré su corazón.

—No —contestó Bombyane—. Seré yo quien beba del tuyo, pues eres un bravo y a mí me gusta la sangre de los bravos.

Umbopa se volvió hacia Ntomi.

—¿A qué demorar la pelea con charlas sin sentido? Da tu permiso, Señor de los Unzas.

—Está bien, Umbopa —contestó el emperador—. Luchad.

Umbopa corrió hacia Bombyane, soltando un grito ronco y escalofriante. La multitud le animó.

El hacha y el cuchillo se encontraron, saltaron chispas de los aceros y su chasquido vibrante sonó por encima del bullicio generalizado. Umbopa atacaba con rabia, con saña, con ferocidad salvajes; Bombyane paraba y esquivaba los golpes como mejor podía. Y la chusma aullaba su entusiasmo. Los contendientes llegaron hasta el cadáver de Ciglebe, que no había sido retirado aún, y casi resbalaron en la sangre. El cuchillo dibujaba rectas y curvas fulgurantes, pero el hacha no le iba a la zaga en cuanto a rapidez y detenía los golpes, con el astil o con la hoja. Las armas cantaban su canción de muerte y sus dueños jadeaban y gruñían igual que animales enzarzados en la batalla por la supervivencia.

Se acercaron lo suficiente como para trabarse por las manos y forcejear uno con el otro. Umbopa lanzó una patada y su empeine se hundió en la boca del estómago enemigo. Bombyane soltó el aire de golpe, retrocedió y cayó, apoyando una rodilla en el suelo. Los espectadores aullaron de felicidad. Nara se llevó las manos a la boca y reprimió un grito, con los ojos convertidos en dos círculos oscuros rodeados de blancura.

Bombyane esquivó una cuchillada, pero la rodilla de Umbopa se estrelló contra su boca, partiendo el labio superior y moviendo dos dientes de sus encías. La cabeza del eunuco retrocedió y escupió sangre.

Pero halló energías suficientes como para impulsarse hacia delante y arriba y todos pudieron oír su gruñido de esfuerzo. El cuchillo detuvo su hacha y el impulso le llevó sobre Umbopa, estrellando la coronilla rapada en la barbilla y obligándole a retroceder un paso. Volvieron a cogerse de las muñecas. De otro cabezazo Bombyane le partió la nariz. Umbopa bizqueaba y estornudaba sangre, aunque sin soltar a su enemigo. Consiguió liberar la mano y tiró una cuchillada; Bombyane atrapó la muñeca en el último instante, pero el acero dibujó sobre su antebrazo una línea roja. Bombyane volvió a clavar su frente en la nariz deforme, machacándola aún más, convirtiéndola en una pasta de carne y hueso. De otro cabezazo le rompió el labio superior y Umbopa retrocedió, atontado. Un nuevo testarazo acabó de destrozar la boca y el León se tragó sus propios dientes.

El eunuco liberó su mano, lanzó un hachazo ascendente y la hoja abrió el costado de Umbopa y quedó atrapada entre las costillas. Bombyane desorbitó los ojos, agarró el arma a dos manos y la extrajo de un tirón, haciendo volar goterones oscuros que mancharon sus brazos, rostro y cuello, y salpicaron las baldosas. Umbopa cayó de rodillas, Bombyane se colocó a su costado e hizo bien el trabajo de verdugo.

Tal y como prometiera, abrió el cadáver de un hachazo, metió la mano y forcejeó y cortó hasta sacar el corazón. Lo llevó hasta la boca rota y lo mordió, apretándolo, tragando el líquido caliente. Lanzó el músculo de la vida al suelo y quedó postrado junto al cadáver de Umbopa, apoyándose en el hacha, buscando aire y peleando para no desfallecer de una vez por todas.

Muchos le insultaban y le prometían toda clase de tormentos, pero otros le aplaudían ya sin vergüenza, golpeando el plano de sus armas contra los escudos. El ambiente estaba tan cargado que hubo unas pocas grescas entre partidarios y detractores del vencedor, pero los veteranos sofocaron las algaradas agarrando y separando a unos y otros.

Cuando Nara corrió hacia Bombyane y le abrazó, él no encontró fuerzas para apartarla. Su respiración salía entrecortada por entre los labios rotos.

—De nuevo me has salvado —le susurró Nara. Le besó el cuello y el rostro, sin importarle la sangre y el sudor—. El amor de mi vida… No sabes cuántas veces me he preguntado si algún día encontraría alguien como tú… Y siempre estuviste a mi lado, tan cerca, sin que yo lo notara…

Bombyane no contestó. Sentía la cabeza caliente y pesada y el dolor se extendía en olas densas y tenaces, desde la boca y el pómulo heridos. Nara arrancó un pedazo de su propio traje y empezó a limpiarle la cara. Arrancó otra tira y vendó con rapidez la herida del antebrazo. Le ayudó a levantarse. Bombyane a duras penas podía sujetar el hacha, cuya hoja tocaba el suelo, y Nara sostenía con dificultad aquel cuerpo enorme.

—¡El juicio no ha terminado! —gritó Ntomi— ¡Queda la tercera y última lucha!

Se hizo el silencio poco a poco.

El emperador empuñó a dos manos la Maza Sagrada.

—¡Esa última lucha la libraré yo y mi arma será el Arma de Nombi!

La muchedumbre estalló en ovaciones. Sería el propio mandatario, un Leopardo después de un Toro y de un León, quien se enfrentara al eunuco.

Bombyane fijó su mirada en Ntomi y por sus ojos cruzo la desesperación. ¿Qué podría hacer él, débil y cansado, contra el mejor de los Leopardos, armado además con la Maza Sagrada?

—¡No, Ntomi! —gritó Nara—. ¡Mátame, pero déjale con vida!

—¡Silencio! —rugió Ntomi—. ¡Que empiece la lucha!

Bombyane alejó a Nara de él y ella quedó inmóvil, mirándole horrorizada. Bombyane reunió fuerzas, las suficientes para levantar el hacha y sostenerse sobre dos piernas inseguras. Las heridas del pómulo, la boca y el antebrazo se abrieron de nuevo y la sangre corrió por su mentón y por su pecho. Miró a Nara, esbozó una especie de sonrisa y dijo con voz ronca:

—Nos reuniremos en el Infierno, Nara, mi amor.

Ntomi ya caminaba hacia él. Su boca se había convertido en una línea de hierro y sus ojos eran pozos de fuego oscuro. El público ovacionaba a su emperador con voces tan fuertes que parecían capaces de derrumbar el palacio entero.

—¡No! —gritó Nara, y se tapó la boca con una mano.

El emperador llegó hasta Bombyane y asestó un mandoble. La bola partió en trozos la hoja del hacha, de forma increíble, casi innatural. Un segundo golpe dio en el astil y Bombyane retrocedió, casi cayéndose y soltando el arma rota. Uno de sus talones dio contra la cabeza de Umbopa y trastabilló al resbalar sobre un charco de sangre. Ntomi seguía avanzando hacia él, caminando con fuerza y tranquilidad sobre la lámina de líquido rojo. Levantó el brazo derecho y la Maza se estrelló en el hombro de Bombyane; se oyó un chasquido de huesos rotos, como el sonido de una vara de madera reseca cuando alguien la quiebra contra su rodilla. El eunuco profirió un grito largo y agónico, pero siguió en pie, sobre dos piernas temblorosas, con el

cuerpo brillante por la sangre y el sudor, colgándole el brazo roto desde el hombro. Jadeaba y apretaba los dientes, pero se negaba a caer de una vez por todas.

Ntomi levantó la Maza, dispuesto a partirle el cráneo y acabar por fin con la pelea. Bombyane alzó la barbilla y lo miró con aire miserable, esperando el golpe que destrozaría su cabeza y le enviaría al Abismo. El pie derecho de Ntomi resbaló sobre la sangre caída, pura mala suerte, con tan mala fortuna que el emperador se desplomó de bruces. Se golpeó los dedos contra el suelo y soltó la Maza, que pareció casi saltar con vida propia de la mano abierta…

…Y rodó hasta los pies de Bombyane.

El eunuco la miró durante un instante. Se agacho y la tomó con la mano zurda. El Arma le transmitió su fuerza: los ojos se abrieron por completo y la nariz se hinchó de aire. Avanzó un paso y levantó la Maza como un dios vengativo.

Ntomi le miraba desde el suelo, consternado.

Los dos se contemplaron mientras el silencio caía poco a poco sobre la muchedumbre del salón, hasta que reinó la quietud.

Ntomi se incorporó y se postró de rodillas, esperando el fin.

—He perdido la Maza. He fallado a los míos. Puedes matarme.

Bombyane atrasó el arma, dispuesto a golpear en sentido ascendente. Se tambaleaba, con el brazo derecho colgando desde el hombro, roto e hinchado como un balón oscuro por culpa de las hemorragias internas.

El público estaba petrificado. El futuro de todo el Imperio estaba en las manos de un sirviente miserable. ¿Acaso Medio Hombre, un eunuco, un castrado, un hombre prostituido y degradado hasta la médula, debía ser el nuevo emperador? ¿El señor de todos los unzas?

Un solo espectador sonreía, de manera enigmática.

—La Maza elige a su portador —susurró Dabulamanci, como para sí mismo—. Y no al contrario.

Ntomi aún contemplaba a Bombyane. Medio Hombre mantenía el arma atrasada, firme como una roca, preparada para reventarle a Ntomi el cráneo de un solo golpe.

—Di que te he vencido —ordenó Bombyane.

—No me humilles —replicó Ntomi—. Mátame de una vez.

—¡Dilo! —rugió el castrado.

—Me has vencido.

—Por tanto, la vida de Nara será respetada.

—Así será. Nadie romperá las reglas de La Voluntad del Más Fuerte. Escúchame: acaba conmigo, pero a ella mátala. Asesinó a mi hermano Nabulama y él era también tu emperador. Esa mujer quería destruir el Imperio.

—No imaginas cuánto te envidio, Ntomi —respondió Bombyane,

aún preparado para golpear—. Deseo odiarla tanto como tú, no sabes cuánto lo deseo… Pero me odio a mí mismo por ser tan débil, pues la sigo amando. Es una locura, ni yo mismo lo entiendo, pero es así. La quiero más que a mi propia vida y no voy a permitir que nadie le haga daño, aunque para ello deba matar a cien reyes y destruir mil imperios.

Ntomi asintió, lúgubre, y clavó sus ojos en los de su rival.

—No dudes al golpear. Hazlo.

Nadie podría descifrar los sentimientos que pasaron por los ojos de Bombyane; los poetas no podrían expresarlos mediante palabras y su arte sería, al fin y al cabo, inútil.

—Recuerda las leyes de La Voluntad del Más Fuerte, Ntomi.

En lugar de golpear con la Maza, se la tendió. Ntomi le miró con asombro y luego con respeto.

—No valgo para ser el señor de los unzas, Ntomi. No es para mí. Llévala tú.

—Te equivocas. Sí que vales.

—Quizás. Pero no lo deseo. Conduce tú a los nuestros y llévalos a la victoria. Lo conseguirás porque eres el elegido. Salva mi tierra.

Ntomi cogió la Maza. Se puso en pie, de nuevo altivo y majestuoso.

Bombyane retrocedió. Temblaba, como si hubiera perdido el excedente de energías que la Maza daba. Nara ya estaba junto a él y le abrazaba, perdida en una vorágine emocional que jamás habría creído poder llegar a sentir.

Ntomi levantó los brazos y mostró el Arma.

Los guerreros aplaudieron y gritaron su nombre. De algún modo, parecía ser él quien había vencido en el duelo y no Bombyane. Medio Hombre había sido olvidado ya por todos, como un pensamiento sucio y deprimente del que fuera mejor deshacerse cuanto antes.

—¡Unzas! —gritó el emperador— ¡Escuchadme!

La muchedumbre calló poco a poco. Ntomi señaló a Bombyane y a Nara.

—Como dictan las reglas de La Voluntad del Más Fuerte, esas dos personas conservarán la vida. Quien ose atacarlos o agraviarlos de cualquier modo o les niegue cobijo o alimento será empalado. Tendrán cien días de plazo para abandonar el Imperio y si transcurrido ese lapso no han cruzado las fronteras, o si algún día volviera a vérseles en el país de los unzas, serán ellos quienes sufran el castigo.

El gentío estalló en vítores hacia su emperador, pero él les ordenó callar de nuevo con un solo gesto cortante.

—¡Aquí está la Maza! ¡Y aquí estoy yo! ¡Quien la desee, que venga por ella!

Los comentarios perdieron intensidad, hasta convertirse en

rumores y por último quedar sepultados bajo el silencio. La mirada de Ntomi los barrió.

—Luego entonces… —Sonrió—. ¿Queréis que siga siendo el emperador de esta tierra?

Aliviados y felices, los guerreros levantaron sus armas y contestaron con una rotunda afirmación. Los más audaces invadieron el patio y le alzaron sobre sus hombros. Estalló la algarabía, el jolgorio, la fiesta, el fervor colectivo. De nuevo el Imperio tenía un gobernante fuerte. Las aguas volverían a su cauce.

Lejos, abriéndose paso entre los hombres que pasaban a su lado y a veces los empujaban sin proponérselo, Bombyane y Nara se alejaban, ignorados por la muchedumbre excitada. Caminaban uno apoyado en la otra, un castrado y una emperatriz destronada. Escaparon de las risas y los cantos y llegaron a un rincón lejano y oscuro. El eunuco se desplomó y quedó sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Apretaba los labios para aguantar el dolor del hombro roto, cada vez más hinchado y oscuro. Nara le limpiaba el sudor con una nueva tira arrancada de su prenda.

—Me salvaste la vida —dijo ella, con voz muy dulce.

—Nos iremos del Imperio. Viviremos en las montañas de Ulandi, al norte, lejos de los hombres.

—Será como tú desees, amor mío.

—No me llames así —dijo él, sin mirarla.

—¿Por qué? Yo te quiero.

Bombyane sonrió con ironía y amargura, torciendo su boca rota y tumefacta.

—Demasiadas veces te he oído susurrar palabras de amor a los hombres para conseguir poder y riqueza, como hiciste con Nabulama. No soy un estúpido. Sé que en cuanto alguien más tonto y rico que yo se nos cruce en el camino, ya no te seré útil y te marcharás con él. Así que puedes ahorrarte las mentiras.

—¡Pero es verdad! —gimió Nara—. *Ahora* sí es verdad. Te amo sinceramente. Otras veces fui falsa, vana y egoísta, pero esta vez no.

Bombyane clavó sus ojos en el vacío. Su voz sonaba seca y dura:

—¿Recuerdas aquella noche, Nara? Fue hace seis años, la primera vez que te vi en persona…

—No, por favor…

—Yo era un joven oficial que volvía de las guerras del norte… Jactancioso, seguro de mí mismo, embebido en mis victorias. Necio hasta la médula. Recibí la orden de ver a la emperatriz, nada menos que a la emperatriz, en sus aposentos privados…

Nara miraba hacia el suelo, atormentada.

—En mi tonta inocencia —continuó Bombyane, sin mirarla, perdido en los recuerdos—, pensé que recibiría de tus manos algún

título o condecoración…

»Pero me ordenaste meterme en tu cama. Comprendí entonces que me convertirías en uno más de tus amantes y me negué, a pesar de tus halagos y amenazas. Había estado con otras, pero nunca por obligación. Nunca me había emputecido por nada ni por nadie. Era orgulloso entonces, quizás demasiado.

»Tú llamaste a las brujas…

—No sigas, te lo imploro —suplicó Nara.

Pero Bombyane continuó, con la mirada colgada del vacío y la voz átona:

—Las viejas entraron en la sala y me arrojaron un polvo al rostro, tan rápido que no pude ni siquiera usar mi hacha. Las muy asquerosas sabían hacer su trabajo. Era una droga. —La miró a los ojos. Bombyane observaba con detenimiento los temblores de Nara y cómo se estremecía ella por el llanto—. No podía moverme, pero seguía consciente y te veía desde el suelo. Tan despectiva… Nunca podré olvidar las seis palabras que dijiste en ese momento: *Llevaos a este necio y castradlo*. Seis palabras, tan solo seis.

Bombyane volvió a mirar hacia delante, atravesando con su mirada a todos aquellos guerreros lejanos que reían y cantaban llenos de felicidad.

—Los polvos que respiré me robaron el uso del cuerpo, pero no el de la mente. Estuve consciente mientras las viejas me arrastraban hasta una mazmorra sucia y húmeda. Yo suplicaba a los dioses que me permitieran perder el sentido, pero ellos no escucharon mis ruegos. Vi a la anciana mugrosa sacar un cuchillo curvo, sonreír y acercármelo. Y solo cuando hubo concluido el trabajo que le ordenaste hacer, solo entonces, caí en la negrura.

Nara sollozaba. Bombyane la miró. Se volvió hacia delante y siguió hablando:

—Después fui tu esclavo, tu animal de compañía… ¡Pero ya no te servía ni para la cama!

»A veces pensé en suicidarme… Pero, aunque en la guerra había acabado con muchos, no encontré jamás el valor necesario para despojarme de este suplicio patético que era mi vida.

Miró otra vez a Nara, que no pudo soportar sus ojos helados y escondió la cara tras los dedos. Bombyane la agarró por el pelo y de un tirón la obligó a mirarle. Ella no se resistió.

—No sabes cuántas veces deseé asesinarte… No lo puedes ni imaginar… —La soltó. Había una extraña expresión en sus ojos y en su faz, como si estuviera contemplando una visión grotesca y fascinante—. Pero yo te amaba y ese veneno tan dulce como amargo me corroía por dentro y se había apoderado de mí. No pude cortarte ese hermoso cuello, ni siquiera mientras me humillabas ante otros

hombres y después te metías con ellos en la cama.

La soltó. Hizo una pausa, pensativo.

—¿Sabes una cosa? La degradación y la suciedad no tienen límites. Puedes hundirte más y más… Y no encuentras el fondo. Porque no lo hay. No hay fondo para la degradación. Y el dolor… El dolor es una cosa extraña. No es algo constante, ni definido, ni previsible; tiene sus propios ritmos y momentos… A veces resulta incluso fascinante; uno tiene la esperanza de que dejará de sufrirlo, cree adormecerse, entumecerse, cree que desaparecerá… Pero no. El dolor es testarudo, como el elefante que desea echar abajo el árbol. También es ágil, porque esquiva cualquier obstáculo que le pongas y halla la manera de quemar de nuevo, de clavarse otra vez en la herida.

»Es duro amar a quien no te quiere.

Bombyane miró hacia delante y entrecerró los ojos. Los guerreros aún vitoreaban con alegría a su emperador. Uno o dos miraban hacia donde estaban Nara y él, pero enseguida apartaban la vista, como si hubieran visto algo desagradable.

Poco a poco, los hombres fueron saliendo del salón. Tenían que seguir celebrando la llegada de un líder fuerte que los condujera a la guerra contra los rebeldes. Aquella noche muchos beberían y caerían al suelo sin sentido, y otros tantos comerían hasta que no les cupiese en el estómago una sola miga de pan. Una velada feliz.

—¿Nunca podrás perdonarme? —preguntó Nara.

—Me convertiste en lo que soy —respondió él. Apretó los labios, pero al fin rodaron dos gruesas lágrimas sobre el rostro manchado de sangre y sudor—. Yo era un guerrero orgulloso y ahora de eso no queda más que un… *medio hombre*, un castrado, una criatura grotesca de la cual todos tienen derecho a burlarse. Me destruiste, Nara. Me destruiste por completo.

—Hoy, tú me has destruido a mí.

Bombyane la miró. Ella dijo:

—Mataste a Nara, la reina implacable y desgraciada a la que nadie había querido y que había perdido toda esperanza de encontrar esa estupidez que llaman *amor*. Hoy me has demostrado lo equivocada que estaba; probaste que los dioses nunca me habían negado ese amor que tanto anhelaba, me enseñaste la pureza que hay en ti y desaparecieron mi frialdad y mi odio, igual que el sol de la primavera deshace los hielos de las montañas y hace correr el torrente. Destruiste a Nara, la emperatriz de los unzas… —Encogió sus finos hombros, mirándole mientras sonreía y lloraba a la vez—. Y ahora solo queda Nara, una sencilla mujer que está loca de amor.

Bombyane volvió la cabeza.

—Prefiero no arriesgarme a creerte.

—Yo te demostraré que no miento. A partir de este instante las

tornas cambian. Tú serás el amo y yo la esclava. Haré cuanto desees y obedeceré tus órdenes sin protestar. En las frías noches te cubrirás con la manta mientras yo duerma al raso y me desollaré las manos empuñando la lanza para traerte piezas de caza. ¿Qué puedo hacer para que comprendas que te quiero? Todo cuanto desees de mí, lo tendrás. No me separes de tu lado… No ahora.

Bombyane guardó un silencio testarudo, obstinado. Ella le abrazó y apoyó la mejilla en su hombro indemne. Furioso, la separó y alzó una mano para abofetearla, pero Nara no apartó la cara. Le miraba impasible.

Confundido, Bombyane bajó el brazo con lentitud. Nara volvió a abrazarle, apoyando la cabeza en su muslo, acariciándole con dulzura la pantorrilla sudorosa. Sonreía en silencio, serena, con los ojos cerrados. Bombyane seguía quieto, sin tocarla. Se sentía tan devastado, física, mental y emocionalmente, que incluso pensar le parecía difícil. Solo quería descansar.

El salón estaba casi vacío; en él quedaban ellos dos y los sirvientes, que retiraban las cabezas y los cuerpos de Ciglebe y Umbopa y limpiaban el suelo sucio de sangre… Pero también había tres personas más, muy diferentes entre sí, que se acercaban a la pareja a paso tranquilo.

Eran Skarrion, Niala y Dabulamanci.

El viejo Leopardo se agachó junto a Bombyane y le ofreció el cuenco de cerveza que como de costumbre llevaba encima. Algunos decían que el anciano podía hacer aparecer un cazo de cerveza del mismísimo aire, pues era tan habitual en él que parecía una extraña prolongación de su mano.

—Toma, muchacho. Te lo has ganado.

Bombyane bebió con avidez.

—No habéis ido a los festejos —dijo Nara. Su voz sonaba débil y no los miraba de forma directa—. Quizá queréis reprocharme mi conducta hacia vosotros. —Bajó la cabeza—. Yo… Ahora soy otra. Solo puedo pediros perdón.

Niala la miró durante muchos latidos y en sus ojos brilló la dulzura.

—No hacen falta esas disculpas. Ahora debes mirar hacia el futuro, pues sé por experiencia lo duro que resulta deshacerse del pasado. Ambas hemos llevado puesta una máscara demasiado pesada y durante demasiado tiempo. Tú, Nara, hoy te has deshecho de la tuya.

—Quizá tú también puedas quitártela.

—Aún no, pero un día, cuando hayan pasado meses o años, lo conseguiré.

—Debes curar ese hombro y ese antebrazo —le dijo Skarrion a Bombyane, chapurreando la lengua unza, en la que ya empezaba a

defenderse—. Y meter una buena cena entre pecho y espalda. Créeme, llevo mucho tiempo dando y recibiendo tajos y sé que la mejor medicina consiste en comer hasta reventar y luego dormir a pierna suelta. Y déjame un poco de cerveza, demonios.

—Creo que llevas razón, diablo extranjero.

Bombyane le pasó el cuenco y trató de levantarse, apoyado aún en la pared. Rechazó la ayuda de Nara y, cuando iba a hacer lo mismo con Skarrion, el extranjero pasó la cabeza bajo su axila y lo aupó hasta ponerle en pie. El eunuco no tuvo fuerzas para apartarle de su lado.

—Una vez conocí a un tipo casi tan orgulloso y tozudo como tú —gruñó Skarrion, mientras le sostenía al caminar—. No soportaba que nadie le ayudase y era tan hosco y mal encarado como un jabalí con resaca. Los golpes le hicieron a cambiar.

—¿Y quién era ese hombre?

—Yo. Así que sé de lo que hablo. El orgullo a veces es bueno, pero en otras es una estupidez. No desaproveches nunca la mano que te tiendan en la hora de necesidad.

—Al parecer a ti no te molesta hablar con un *medio hombre*…

—Hace poco amenacé a un imbécil con matarle si te llamaba de ese modo. No creas que tú te librarías del castigo, así que cuidado con lo que dices.

—¡Eso no es nada! —intervino Dabulamanci—. Yo hice callar al menos a cien guerreros por la misma razón. —Se volvió hacia Bombyane—. Aunque hayas vencido a tres grandes luchadores todavía hay fuerza suficiente en este cuerpo viejo pero glorioso, como para darte una buena tunda.

El eunuco meneó la cabeza, sonriendo de lado.

Dabulamanci miró el cuenco vacío.

—¡Maldito par de bueyes sedientos! —exclamó—. ¡Uno hablando de la tozudez y el otro lloriqueando y compadeciéndose de sí mismo, habéis acabado con mi cerveza!

—Tranquilo, Gran Dabulamanci —lo calmó Niala, pasándole un brazo sobre un hombro, como haría con un niño enfurruñado—, te conseguiré un buen tazón en la sala de banquetes.

—Vaya, menos mal que aún hay alguien por aquí que guarda respeto hacia sus mayores.

Dabulamanci acarició una nalga a la mujer enmascarada, que gritó y se apartó del anciano.

—¡Dabulamanci, eres un atrevido!

—Ay, muchacha, ¡qué bello es tu cuerpo! Pero ya soy viejo y no puedo ocuparme de ciertas cosas… ¡Si me hubieras conocido con unos pocos años menos…! Por entonces las mozas hacían cola a la puerta de mi choza, murmurando y riendo, como vaquitas que esperan al toro bravo.

Le sonrió picarón a Niala con esa boca a la que le faltaban la mitad de los dientes y le guiñó un ojo rodeado de arrugas.

Skarrion soltó una larga frase en lengua shakark.

—¿Qué has dicho, insensato? —rugió Dabulamanci.

—He citado un viejo proverbio de mi tierra: *La sabiduría habla por boca de nuestros abuelos*.

—¡Ah, eso está bien! Parece que en tu dura mollera va penetrando el sentido común.

En realidad, Skarrion había dicho lo siguiente: *Cuando el guerrero está viejo se pasa todo el día cacareando porque no puede levantar ni su propia espada*. Pero había perpetrado una traducción diplomática, acorde a las circunstancias.

Así, charlando —sobre todo Dabulamanci—, el grupo se fue del Salón Real en busca de nuevas viandas, de más cerveza, por supuesto, y de un rincón tranquilo para disfrutar de todo ello.

13

Hacía un calor espantoso. Desde los cielos despejados el sol golpeaba con dureza a las criaturas que osaban abandonar la sombra. El aire se arrastraba con lentitud, en una brisa ardiente y pesada que resbalaba sobre la madera y la carne.

En lo alto de un cerro estaba Ntomi, el nuevo emperador. Vestía un atuendo sencillo, propio de los guerreros, y tenía en sus manos la Maza Sagrada. Contemplaba con aire reflexivo a los hombres de la llanura a sus pies.

Había allí abajo unos ocho mil Leopardos, sobre una planicie libre de tierra y matojos, ordenados en millares y estos a su vez en centenas, formando cuadrados enormes que se fragmentaban en otras agrupaciones de menor entidad. Por último, cada soldado estaba separado del compañero más próximo por unos cinco pasos. En la mano derecha empuñaban la azagaya de doble filo, de astil corto y hoja larga, casi un cuchillo de mango enorme, espada y lanza a la vez, que no fue hecha para ser arrojada, sino para el cuerpo a cuerpo. De los cintos pendían uno o dos cuchillos largos y delgados, las *tollas*, que la vanguardia lanzaba contra los enemigos antes de enzarzarse en el cuerpo a cuerpo. El brazo izquierdo sostenía el escudo largo y ojival, con los colores propios de cada agrupación. Con él detenían los golpes y con él empujaban y arrollaban al contrario. Los unzas lo usaban además para arrancar el escudo al enemigo, enganchándolo con una punta y haciéndolo girar con un movimiento seco y violento.

Los Leopardos de la llanura ejecutaban ejercicios de combate, vigilados y corregidos por los mandos de Decena y Centena, que paseaban entre las filas con una maza ligera, pues la maza era el símbolo unza de poder. Cuando alguien hacía mal un movimiento le golpeaban con velocidad tras la rodilla, haciéndole caer al suelo, y vociferaban el error y su corrección junto a la oreja del amonestado. El guerrero se levantaba casi de un salto y seguía con los ejercicios, a pesar del dolor en la zona golpeada; los instructores sabían hacer daño, pero sin llegar al extremo de romper huesos o articulaciones.

En aquel momento los Leopardos avanzaban un paso al tiempo que levantaban hacia delante el escudo y se agachaban, estoqueando por lo bajo con la azagaya. Esta acción tenía como objeto parar un golpe descendente y herir al enemigo en la cadera, la pierna o el pie. A continuación retrocedían un paso. La siguiente acción era semejante, pero el acero subía por un costado, para pinchar el pecho o la cabeza.

Y en la tercera variación se tajaba dos veces, la primera hacia la izquierda y la segunda en sentido contrario, haciendo girar el astil en la mano y empuñando la azagaya como un cuchillo.

Repetían los movimientos una y otra vez para que durante la lucha real lo ejecutaran de manera automática, a la mayor velocidad, según fuera la zona menos protegida del contrario.

Lógicamente, aquello era solo la teoría, porque en la vorágine del combate, donde a veces los hombres peleaban tan pegados unos a otros que no había siquiera espacio para maniobrar con el arma, los movimientos siempre eran imperfectos y toscos y nunca tan elegantes y precisos como durante el adiestramiento. Había un sentido más profundo en aquellos ejercicios: hacerse uno con la lanza y el escudo a través de la práctica y manejarlos de manera fluida en cada instante, de modo que a la hora de la verdad los unzas sacaran el máximo provecho de sus armas y las usaran de modo instintivo, con una economía de movimientos y una efectividad forjadas en la repetición tenaz de los ejercicios básicos.

Con cada golpe el guerrero soltaba el aire acompañado de un grito corto y explosivo, así que en la llanura estallaba cada pocos latidos una sola y formidable voz, capaz de ahogar los gritos coléricos de los instructores. Cada mil repeticiones había un cambio y se ejecutaba otra acción básica, con sus distintas variaciones. Tras cada ronda de acciones básicas se pasaba a la concatenación de los movimientos antes practicados, en evoluciones de hasta diez movimientos primarios.

Pero cada día todas estas rutinas cambiaban y los instructores ideaban otras nuevas, así como también mejoras en las mismas, para que la monotonía del soldado no embotara su mente. Se buscaba que los guerreros tuvieran que concentrarse y esforzarse por hacer bien las cosas.

El adiestramiento duraba desde la salida del sol hasta una clepsidra antes de que el astro llegara al cenit. Entonces, había un descanso durante el cual los hombres devoraban la comida que transportaban los carromatos de intendencia y tragaban pellejos enteros de agua. Casi sin poder hablar por culpa del cansancio, se echaban a dormir de inmediato, sobre los escudos.

Tras una clepsidra de sueño los instructores los despertaban a fuerza de gritos, patadas y mazazos. Era el momento de reanudar el adiestramiento, cuando el sol golpeaba con más fuerza y el calor era casi asfixiante.

Los Leopardos tenían fama de ágiles y veloces, se la habían ganado moviéndose más rápido que sus compañeros Leones y Toros, y también que los guerreros enemigos. Por tanto, durante el sofocante comienzo de la tarde los regimientos de Ntomi corrían cargados con

sus escudos, azagayas y cuchillos, ya fuera en terreno llano o subiendo y bajando empinadas cuestas de tierra, a una velocidad constante o bien efectuando cambios de ritmo.

La norma era sorprender siempre al soldado, confundirle, aumentar la incomodidad y la dificultad; en definitiva, había que hacerle la vida lo más dura posible. Durante la primera semana de adiestramiento los hombres vomitaban sobre su pecho y sus piernas y ni siquiera entonces se les permitía dejar de correr. Días después, sus sistemas digestivos habían aprendido a retener el precioso alimento y el agua aunque estuviesen trotando, saltando o agachándose. El esfuerzo físico continuo producía una asimilación rápida de los nutrientes y al poco de terminar una comida sentían el estómago otra vez vacío. Aunque todos estaban delgados como varas, las espaldas y pechos se veían anchos, las piernas habían engrosado y los brazos que sostenían sin descanso la azagaya y el escudo parecían hechos de piedra. Las capas de grasa eran un sueño lejano y bajo la piel cristalina los músculos se movían como cables de hierro.

Cuando el adiestramiento terminaba se desplomaban sin fuerzas, arrastrándose hasta agarrar el cuenco con carne, miel, queso y pasta de ñame y banana, y la jarra de sublime y deliciosa agua.

Al despertar y levantarse creían flotar sobre los pies, se sentían capaces de saltar hasta los cielos y horadar montañas con sus puños. Por supuesto, los instructores les obligaban a realizar un programa mucho más duro que el anterior.

En estas clepsidras de más calor corrían y corrían, luchando contra el cansancio y la sed. Debían concentrarse para seguir las indicaciones de sus mandos si no querían recibir un mazazo que los enviase al suelo polvoriento para levantarse de inmediato, ocupar el puesto perdido y trotar de nuevo, aunque fuera cojeando y a los trompicones.

Cuando el sol iniciaba su lenta agonía se llevaban a cabo las maniobras en grupo. Los regimientos ensayaban una y otra vez sus posiciones y evoluciones contra un enemigo imaginario y se producían cambios en las estrategias de ataque. Aturdidos por el cansancio, la sed y el calor, medio cegados y asfixiados por las nubes de polvo que sus pies desnudos levantaban, tenían que afilar la mente para llevar a cabo con éxito los nuevos ejercicios.

Durante estas sesiones infernales las diferentes secciones y hasta batallones debían competir unas con otras, lo cual tenía por objeto multiplicar la entrega de los guerreros; pero los mandos no dejaban nunca que la disciplina se relajara y por tanto que aquella rivalidad sana derivase en un enfrentamiento serio. Los soldados de distintos Millares no se hablaban entre sí, pero en la batalla olvidarían sus rencillas y actuarían con una disciplina y coordinación maravillosas, para entre todos aniquilar a los enemigos del Imperio.

Cuando las sombras se espesaban el adiestramiento continuaba. En el crepúsculo los Leopardos practicaban el lanzamiento de la tolla y la esgrima de azagaya, ahora en parejas.

Por la noche, los hombres comían como alimañas y caían al polvo, quedando al instante dormidos sobre el propio escudo. Al amanecer los instructores los arrebatarían del sueño plácido de la manera más brusca y comenzaría otro día agotador.

No era un programa rígido y a veces se cambiaban los horarios, incluso introduciendo sesiones nocturnas, pues no había nada peor para el guerrero que la rutina. En la guerra real nada permanecía estable; para vencer había que improvisar y adaptarse a cada nueva y a veces caótica coyuntura.

El adiestramiento de los soldados había comenzado a la mañana siguiente de la coronación de Ntomi, tres semanas atrás, por orden expresa del nuevo emperador. Cada ejército —Toros, Leones y Leopardos— llevaba a cabo sus ejercicios por separado y de distinta manera, adaptada a sus características y objetivos. Durante los últimos años del mandato de Nabulama se había interrumpido este tipo de preparación para el combate, tan popular entre los enérgicos unzas. En otros tiempos los guerreros del Imperio —es decir, todos los varones, desde la adolescencia— fueron sometidos a esta preparación, incluso en los momentos de relativa paz. De tal modo, los soldados siempre se sentían en la plenitud de sus facultades físicas y estaban dispuestos y hasta deseosos de entrar en combate.

Ntomi había recuperado estas costumbres no solo porque creía que de verdad eran buenas para los unzas, sino sobre todo porque había una guerra en ciernes contra el ejército de invasores.

En los cuatro primeros días murieron algunos hombres, por culpa del calor, la sed y el puro agotamiento. Pero Ntomi mantuvo la dureza de aquellas jornadas, ya que no se trataba solo de un mero acondicionamiento físico ni una diversión, sino que era el aperitivo antes de la lucha auténtica, con toda su carga de miedo y sufrimientos. Los unzas no concebían la rendición, pues para ellos en la guerra o se ganaba o se moría. Quienes no soportaran estos simulacros tan duros tampoco aguantarían las marchas extenuantes que precedían al combate, el desgaste físico y nervioso, el frío y el calor, el hambre, la sed, la falta de sueño o el dolor de las heridas, de los huesos rotos y las innumerables contusiones. El adiestramiento no se detuvo por culpa de esas muertes y los cadáveres fueron llevados fuera del campamento para ser enterrados. Según los unzas, en la Otra Vida esos caídos podrían seguir disfrutando como guerreros a la diestra de Anuar, puesto que murieron empuñando el acero.

Ntomi miraba a sus hombres con ojos de hierro oscuro.

El día después de su coronación no hubo celebraciones y ordenó

que el grueso de sus fuerzas marchara hacia el este. En las llanuras cercanas a Zunjini, la capital de oriente, y a pocas semanas de la frontera, las gentes de Ntomi se reunieron con los Toros y Leopardos que se sublevaron en el este contra Nara. Entre todos, sumaban catorce mil guerreros. En Mancumi Ntomi había dejado un millar de Leones y otros tantos Leopardos y Toros, reclutados en las zonas próximas a la capital.

En el oeste aún había cinco mil guerreros defendiendo la frontera. Este ejército era mucho más pequeño porque tras la batalla del Olobane, que supuso la aniquilación de los bárbaros en occidente, poco habían de temer por ese lugar. Pero no bajarían la guardia, pues quizá se produjera alguna otra invasión. Era algo poco probable, pero posible.

El peligro real se hallaba en el este, en la periferia del Imperio, donde había veintiún mil enemigos a los que vencer. Aquella marea bayune, quianu, itemba y arzawi avanzaba de un modo lenta pero seguro, arrasando puestos fronterizos, aldeas y pequeñas ciudades. Ntomi había enviado mensajeros, ordenando a las tropas defensoras tragarse el orgullo y replegarse hacia el interior para reunirse todos con él. Los invasores iban ganando confianza porque veían al rival huir hacia el centro del Imperio. No sabían que los unzas en realidad estaban concentrándose, cerrando filas para formar una nueva y grandiosa masa armada, como la mano abierta se cierra en un puño de hierro.

Al cabo de una semana todos los regimientos dispersos y escapados de sus bases convergían en el cuartel general de Ntomi, próximo a Zunjini. En esas llanuras se adiestraban los ya veintitrés mil unzas: cuatro mil Leones, once mil Leopardos y ocho mil Toros. Estaban preparándose a conciencia para la batalla.

Ntomi seguía enviando batidores y exploradores con el objeto de saber más acerca del ejército bárbaro. Ya sabía que los invasores avanzaban en un clima de optimismo, casi de euforia. Al fin y al cabo, encontraban los pueblos y las ciudades desiertas a su paso y debían pensar que los unzas habían perdido su famoso valor y que se escondían tras los muros de Zunjini, Mancumi o incluso Gingindlovu. Además, los exploradores rebeldes no regresaban con los suyos, pues caían atrapados en la concienzuda red de vigilancia que Ntomi había ordenado en torno a Zunjini. Era un eficiente servicio de contraespionaje que se encargaba de buscar a cualquier observador enemigo y darle caza. Así pues, los aliados no sabían nada acerca del mar de unzas que los esperaba a pocas semanas de camino.

Pero eso a los anárquicos e indisciplinados bayunes, arzawis, quianus e itembas no parecía importarles demasiado, al creerse con la victoria ya en su poder. Nada les amargaría la dulzura de saberse tan

cerca del triunfo sobre los odiados unzas.

Los informes que recibía Ntomi contaban que los invasores formaban un conjunto de hordas más que un solo ejército disciplinado. Se emborrachaban y peleaban entre sí y aquí y allá se detenía la marcha mientras el resto avanzaba. Muy al contrario, entre los unzas había un clima de alerta y concentración. Nadie, desde el soldado hasta el emperador, bajaría la guardia.

Ntomi, Macutela, de los Leones, Ecobe, de los Toros, y sus respectivos consejeros se reunían noche tras noche mientras los soldados dormían, para contrastar las informaciones y preparar la estrategia de una batalla que debían ganar a toda costa.

A Skarrion Gunthar se le permitía asistir a tales reuniones. Permanecía en silencio, oyéndoles hablar y observando las evoluciones de las fichas sobre los mapas. Nadie le preguntaba nada ni él expresaba su opinión, pero de vez en cuando Ntomi le echaba una mirada, como si deseara conocer los pensamientos de aquel extranjero que a veces parecía un loco imprevisible y a veces un astuto zorro.

Ahora, bajo el sol implacable, en el cerro, Skarrion se encontraba junto a Ntomi. Llevaba su coselete de cuero, el taparrabos de piel, el cinto con la espada razhulli y las muñequeras de cuero. En contraste con la piel morena y tostada, los ojos azules y la barba y cabellos rubios brillaban al calor del astro rey mientras observaba el adiestramiento de los once mil Leopardos de la llanura. De vez en cuando se rascaba el mentón y movía nervioso el pie derecho.

—Puedes unirte a ellos —le dijo Ntomi, sonriendo artero y zumbón—. Pasas los días bebiendo cerveza, comiendo y ganduleando, como el mono que tiene la panza llena y se aburre. La inactividad debe resultar difícil para un aventurero como tú, que vive de la espada.

Skarrion levantó la cabeza, cruzó los brazos y detuvo el movimiento de su nervioso pie derecho.

—No es mi guerra —repitió, como tantas veces antes—. Solo soy un observador.

—Para quien tan a menudo prefiere intervenir debe ser difícil limitarse a observar.

Skarrion se encogió de hombros.

—Unos cuantos días de reposo no vienen mal a nadie.

Ntomi soltó una risilla burlona y Skarrion le miró con el ceño fruncido, pero luego se volvió hacia la llanura.

—Háblame de los planes para la batalla —dijo.

—Será una gran contienda. Imagínalo… Mareas humanas, penachos de plumas, aceros brillando al sol, coraje, furia… Los fuertes probarán que son fuertes y ganarán su pedazo de gloria. Qué placer el del combatiente cuando es asaltado por el frenesí de la lucha, se siente imbatible y descarga su fuerza sobre los enemigos. Es una auténtica

locura, ¿verdad? Pero así somos los unzas: debemos estar locos porque amamos la guerra y la sangre. No podríamos vivir sin ello. Sí, unos locos, unos auténticos locos. —Miró a Skarrion—. Y tú también lo eres.

—¿Qué soy?

—Otro loco. ¿Crees que no conozco a los hombres, que no sé calibrarlos y estudiarlos? Te conozco, Colmillo de León.

—¿Me conoces? —Skarrion intentó sonar escéptico, pero no lo consiguió del todo.

—Claro que te conozco. Tras esos ojos azules y ese cabello dorado hay un unza. Un guerrero que vive por la espada y morirá por la espada y que considera esa vida nítida y real, y el resto una mentira de nieblas. Sí que te conozco, Colmillo de León.

Skarrion no contestó. Siguió mirando a los unzas de la llanura.

—Pero claro —Ntomi sonrió—, todo eso lo verás desde la distancia, pues eres un observador, ¡solo eres un observador!

—Al principio te pregunté por los planes de la guerra —gruñó Skarrion.

—Ah, disculpa, ¡lo había olvidado! —Ntomi adoptó un aire serio —. En dos semanas nuestro ejército se pondrá en marcha hacia los invasores para enfrentarnos a ellos en una gran batalla.
Primero enviaremos una avanzadilla de dos mil Leopardos que llegarán hasta las cercanías de los rebeldes, pero no se enzarzarán en ningún combate con ellos, sino que escaparán en el último momento como si se hubieran asustado. Nuestros enemigos los perseguirán, enardecidos por el deseo cazarlos y aplastarlos de una vez por todas… Pero nadie alcanza a mis hombres si ellos no lo quieren.

»Esos dos mil Leopardos se meterán en el valle de Lamiane, un cuenco gigantesco rodeado de laderas montañosas. Cuando sus perseguidores entren se encontrarán con los Toros, los Leones y el resto de los Leopardos. Todos juntos les caerán encima y el ejército aliado quedará atrapado en el valle. Será un trabajo sangriento y durante los próximos años las flores que nazcan en el Lamiane tendrán pétalos de color rojo. Por otro lado, les reservo a nuestros enemigos unas cuantas sorpresas más… Te aseguro que se arrepentirán del día en que osaron alzarse contra el Imperio unza.

—Al parecer lo tienes todo bien planeado, Ntomi.

—No solo he sido yo. También intervinieron Ecobe, Macutela y muchos otros hombres sabios… —Miró a Skarrion—. Te voy a decir una cosa, Colmillo de León… Todos los pueblos alardean de que sus hombres son los más valientes del mundo, pero se equivocan. Los hombres son hombres tanto en el norte como en el sur, en el este y en el oeste. En todas partes hay miles de guerreros dispuestos a regar con su sangre los campos de batalla y a sacrificar sus vidas por un

estandarte o un ideal. En todas partes hay valientes. Al final, ¿qué decide la victoria entre dos ejércitos o dos países?

Ntomi se tocó con el dedo índice la sien derecha.

—Esto. Esto es lo que decide la victoria. El bravo que tiene la cabeza caliente es poderoso. El bravo que la mantiene fría es invencible.

Skarrion no dijo nada.

—¿Y quién debe mantener la cabeza fría en estos momentos? —prosiguió Ntomi, asintiendo con aire reflexivo—. Yo. Y mis compañeros Macutela y Ecobe. No podemos bajar a la llanura y practicar con las lanzas junto a esos soldados, ni beber y bromear con ellos, ni mezclarnos en sus pequeños y sencillos asuntos. Por el contrario, tenemos que hundir las narices en los mapas y escuchar las noticias que, uno tras otro, nos traen los batidores… Si fracasan y mueren, a esos de ahí abajo se les recordará como a los valientes que dieron la vida por su nación, mientras que a mí, si me equivoco, se me tendrá durante siglos por el inepto que hundió el Imperio unza. Y nuestros supervivientes, y sus hijos, y los hijos de sus hijos, escupirán sobre mi nombre.

Miró a Skarrion con una sonrisa desafiante en el rostro.

—Pero eso jamás va a ocurrir, Colmillo de León. Los rebeldes tragarán polvo y muerte y nosotros saborearemos la victoria.

Skarrion no respondió. Cogió el cuenco de cerveza que reposaba a sus pies y un sirviente se apresuró a servirle de una tinaja de barro. Tomó un sorbo.

—Estás criando grasa por beber tanta cerveza y no hacer ejercicio —dijo Ntomi, como distraído, mientras observaba a sus hombres de la llanura.

Skarrion se miró la tripa, malhumorado. La notaba dura y firme.

—Eso no es cierto.

—Debes sentirte más pesado cada día. Hace mucho que no corres ni empuñas un arma, así que tendrías que aprender de ellos. —Señaló a los unzas de la llanura—. Son tan rápidos y ágiles como los auténticos leopardos. En cambio, tú engordas igual que un cerdo.

Skarrion llevaba muchos días sin hacer ningún tipo de ejercicio y eso, en alguien como él, le ponía nervioso. En algunos momentos se sentía a punto de estallar. Necesitaba acción.

—¡Mientes! —repitió, tozudo—. ¡Me encuentro muy bien sin hacer nada! ¡Es una vida estupenda!

Lanzó el cuenco y se alejó a los trancos. El esclavo corrió a recoger el recipiente y Ntomi sonrió, divertido.

Durante el día siguiente, llevado por alguna especie de flagelación mental, Skarrion volvió a contemplar el adiestramiento desde la loma.

—¡Aquí llega nuestro *observador*! —saludó Ntomi—. *Observa* a mis Leopardos.

Aquel día, los instructores habían decidido que los ejercicios de carrera se llevarían a cabo por la mañana y los de esgrima y evoluciones en grupo por la tarde. Los unzas trotaban cargando con una piedra tan grande como la mitad de su cabeza, sostenida entre el pecho y el antebrazo derecho, sin soltar la azagaya, mientras que la mano izquierda se encontraba como de costumbre ocupada con el escudo.

—Es una rutina dura —dijo Skarrion.

—Solo pueden llevarla a cabo hombres de hierro y no quienes se pasan el día *observando*.

—Supongo que no te refieres a mí, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo has podido imaginar eso?

—Porque yo sería capaz de hacer eso de ahí abajo.

—Demuéstralo.

—Muy bien. Lo haré.

Ntomi soltó una carcajada victoriosa.

—Pero solo si tú vienes conmigo.

Ntomi frunció el ceño.

—No puedo hacerlo. El emperador no debe mezclarse con los soldados.

—Dirige tú la carrera y marca el paso, que yo correré junto a ti.

Ntomi iba a contestar, pero dudó.

—Tienes miedo —le reprochó Skarrion.

—¡Desconozco el significado de esa palabra asquerosa! —exclamó Ntomi—. ¡Vamos abajo!

Ahora fue Skarrion quien rio.

Los mandos ordenaron el cese de las actividades. Asombrados, estaban viendo acercárseles al mismísimo emperador.

Siete Dedos llegó hasta él a la carrera.

—Mi señor, ¿qué ocurre? ¿Te hemos desagradado?

—Al contrario —contestó Ntomi, con aire resuelto, y le entregó la Maza—. Cuídamela. Y ordena traer dos azagayas, dos escudos y dos piedras que sean lo suficientemente grandes. Colmillo de León y yo dirigiremos la marcha y los Leopardos correrán detrás de nosotros.

Los oficiales se habían quedado atónitos.

—¿Es que estáis sordos? —les gritó el emperador.

Al cabo de poco, Skarrion y él sostenían las azagayas, el escudo y la piedra, bastante voluminosa en ambos casos. Al conocer que el emperador se les unía, los guerreros clamaron su nombre. Ntomi y Skarrion echaron a correr al trote y los aceros se alzaron jubilosos a su

paso. Inmediatamente detrás los seguía Siete Dedos, con la Maza. Cuando llegaron a la cabeza del ejército Leopardo encontraron a Dabulamanci entre las primeras filas; como muchos veteranos, ocupaba un puesto de honor y sostenía con orgullo su piedra. Saludó a los dos recién llegados levantando la azagaya y Skarrion le contestó de igual modo, sin dejar caer el mazacote que sostenía entre el brazo y el pecho.

—Colmillo de León, corre a mi lado —ordenó el emperador, señalando con el acero hacia la derecha—, y procura no perder el ritmo.

Skarrion lanzó una carcajada.

—Eso será si no te dejo atrás, Gran Ntomi.

—Ya se verá —repuso el emperador, con enojo.

Echó a trotar y Skarrion le siguió. Tras ellos, once mil cabezas ordenadas en cuadros de cien subían y bajaban de igual manera. Ntomi comenzó a cantar una obscena canción de la soldadesca y los guerreros se le unieron.

Ntomi y Skarrion rompieron a sudar. El emperador parecía muy feliz, pues durante aquellos momentos se olvidaba de los pesados asuntos estratégicos de la guerra y volvía a ser, como antaño, un hombre anónimo y libre de grandes preocupaciones. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Skarrion y Ntomi se miraran uno al otro, con una sonrisa desafiante. El emperador aumentó el ritmo y el extranjero se puso a la par. Como consecuencia, al ejército que los seguía no le quedó otro remedio que correr algo más rápido. Luego fue Skarrion quien alargó el paso, protagonizando una nueva escapada, pero Ntomi le alcanzó y los once mil también se vieron obligados a seguirlos. Ya no era una simple marcha al trote, sino que iba convirtiéndose en galopada.

Skarrion y Ntomi volvieron a picarse y a aumentar la velocidad; las fibras musculares danzaban bajo la piel como olas de metal y las piernas iban y venían sobre el polvo. A veces debían atravesar matojos de arbustos y se rasguñaban las pantorrillas, pero eso no les preocupaba, como tampoco le importaba al grueso del ejército, el cual sin embargo iba distanciándose más y más, a pesar de que los jóvenes y vigorosos comenzaban a superar a los veteranos, pues querían ponerse en cabeza y alcanzar a su adorado emperador. Las formaciones se rompían y los cuadros estaban deshaciéndose. El ejército se escindía en dos grupos: veloces y lentos.

A Ntomi y Skarrion ya les consumía la furia helada de la rivalidad y galopaban sin disimulos. Lo que empezó como un ejercicio era ya una carrera y las hordas tras ellos vociferaban con regocijo, pues los unzas, como todo pueblo lleno de energía, disfrutaba con este tipo de competiciones.

Skarrion y Ntomi iban igualados, ninguno conseguía adelantar al otro. Se miraban a veces con aire furtivo, jadeando y resoplando, saltando zanjas, pisoteando pedregales, procurando no hundir los pies desnudos en hoyos y desniveles traicioneros para no dislocarse o romperse los tobillos. Sufrían punzadas en el costado, sentían los brazos y las piernas de plomo y cada inspiración les parecía una cuchillada en los pulmones. Aun así, ninguno iba a aflojar.

Ntomi señaló con la azagaya hacia una colina de matojos y piedras, a quinientos pasos de distancia. Tenía forma cónica, su base era muy ancha y sus laderas, de tierra seca y salpicadas de rocas, mostraban una pendiente considerable.

—¡El que llegue primero a la cima, gana!

—¡Bien!

Skarrion apretó los dientes y aceleró el ritmo. Ntomi gruñó y le alcanzó.

Sobre el tamborileo frenético de sus corazones podían oír a la marabunta jubilosa tras ellos. Pero entre todos esos gritos también sonaban toses violentas. Algunos guerreros se detenían y caminaban con aire miserable, incapaces de soportar esta agonía.

Skarrion creía a cada paso que en el siguiente iba a desfallecer de una vez por todas. Sentía el brazo derecho rígido, a punto de estallar por el esfuerzo de sostener el mazacote pétreo, y el sol de cara le obligaba a entrecerrar los ojos, escocidos por culpa del sudor. Se llevó una bola de saliva seca y pegajosa a los labios y la escupió, con tan poca fuerza que cayó sobre la rodilla derecha. Tenía la espalda agarrotada y el corazón tronaba en su pecho y su cabeza.

Ntomi no se encontraba en mejor estado. El tronco se le encorvaba cada vez más, jadeaba a cada paso y crispaba el rostro en un rictus de esfuerzo y agresividad.

Llegaron a la base de la colina y empezaron a subir, gruñendo y gimiendo a causa del dolor creciente en sus muslos torturados. Gateaban como perros, tropezaban y volvían a levantarse. Ntomi se adelantó y Skarrion vio que el emperador tenía los pies ensangrentados y despellejados a causa de las piedras puntiagudas y filosas que habían pisado y los matojos de espinas que habían atravesado. Pero Skarrion sabía que sus propios pies no estarían mejor. A pesar de todo, no iba a quedarse atrás. Gruñó un juramento con voz vibrante, imprimió mayor potencia a sus temblorosas piernas y de pronto estuvo otra vez a la par que Ntomi. Ambos se miraron, igual que bestias que se odiasen a muerte, y continuaron subiendo. El terreno iba haciéndose más escarpado y dibujaba tortuosos caminos de tierra entre los taludes, así que cada uno tomó senderos diferentes, aunque rodeando las mismas peñas. Los escudos tropezaban con las piedras, entorpeciéndoles la marcha, pero no se desharían de ellos.

Cosa extraña, casi milagrosa, lograron encaramarse sobre rocas enormes sin soltar sus propios pedruscos y llegaron a una gran placa inclinada de tierra dura y compacta. De manera esforzada, lenta y patética, siguieron corriendo hacia la cumbre, ya a tan solo unos cien pasos de su posición. Skarrion mugió con voz ronca y apretó el ritmo. Se sentía hundido en una ola de dolor y temía escupir las entrañas y el corazón por la boca en cualquier momento. La cima estaba lejos, siempre lejos, por mucho que se esforzara por alcanzarla… ¡qué cruel era aquella cima de tierra y piedras y cómo se *reía* de él, la muy malnacida! ¡Y también se burlaba el sol, que hacía arder su cabeza, como si estuviese rodeada por un halo de llamas invisibles!

Skarrion miró hacia donde debiera hallarse Ntomi, pero no le vio. Se volvió y le descubrió unos diez pasos atrás, mirándole con intensidad, esforzándose al máximo, rabioso porque preveía su derrota. Y allá abajo, en la planicie, los miles y miles de guerreros esperaban el resultado de la carrera mientras animaban con sus gritos al emperador.

Skarrion tropezó y cayó sobre la tierra, resbalando cuesta abajo. Su figura se deslizó en el polvo y Ntomi le sobrepasó. Abajo, las multitudes estallaron en un maremagno de éxtasis. Skarrion se incorporó y gateó con torpeza, mientras contemplaba a su rival alcanzar la cima y clavar la azagaya en la tierra. Ntomi había ganado.

Los Leopardos vociferaban su nombre y escalaban la montaña, en busca de su señor invencible.

Skarrion alcanzó la cima, soltó las armas y la piedra y cayó de rodillas. También Ntomi se había deshecho de lo suyo y jadeaba a cuatro patas. Solo les faltaría sacar la lengua y agitarla para semejar por completo un par de perros exhaustos.

—Enhorabuena —resopló Skarrion.

Ntomi le miró. Su mueca era una sonrisa y una expresión dolorida al mismo tiempo. El emperador le ofreció la mano y Skarrion se la estrechó.

Los unzas llegaron a la cumbre y levantaron a los dos contendientes sobre sus hombros, gritando y cantando y montando un estrépito ensordecedor. Skarrion se tendió sobre el mar de cabezas y cerró los ojos, vencido por el cansancio.

Al día siguiente, los guerreros volvieron al adiestramiento de costumbre.

Ntomi y Skarrion les observaban desde el cerro. Ninguno de los dos diría una sola palabra, pero sentían las piernas, los brazos y la espalda rígidos y cada movimiento era un pequeño dolor; pero no dejarían

entrever ni una pizca de todo ese sufrimiento.

—Creo que me uniré a las prácticas de tus hombres… —dijo Skarrion—. Aunque a partir de mañana —se apresuró a añadir—. No obstante, vuelvo a decirte que no me involucraré en esta guerra. Es tan solo que me aburre la inactividad y quiero perfeccionarme en el manejo de vuestras armas.

—Un buen luchador debe estar siempre abierto a nuevas formas de combatir —repuso Ntomi, con vaguedad.

—Cierto.

—Has tomado la decisión correcta, Colmillo de León.

—Lo sé.

Hubo una larga pausa. Los miles de soldados atravesaban el aire con sus azagayas, retrocedían, alzaban el escudo y se volvían golpeando.

—Fue una buena carrera, la de ayer —dijo Ntomi.

—Lo fue.

—Me dejaste ganar.

Hubo latidos de silencio.

—No digas tonterías —repuso Skarrion, sin mirar al emperador.

Pero Ntomi sí miró a Skarrion.

—Me dejaste ganar, lo sé, y no lo comprendí hasta tiempo después. Tropezaste adrede, unos veinte pasos antes de la cima, tardaste demasiado en incorporarte y después no pusiste el mismo empeño que antes por darme alcance. Estas cosas se intuyen.

—Deliras, gran emperador —respondió Skarrion, observando a los unzas de la llanura.

—Todos mis Leopardos me estaban viendo, sus ojos estaban clavados en quien los iba a conducir por el sendero de la guerra. No podía perder ante ellos, tú lo comprendiste en ese preciso instante y por eso me dejaste ganar.

—Si continúas diciendo tonterías me marcharé de aquí.

—Sería una pérdida de tiempo decir lo mismo una y otra vez. Me basta con que comprendas que yo sé lo que en realidad pasó. —Ntomi suspiró y dijo—: Gracias.

Skarrion y él se miraron a los ojos. El shakark abrió la boca para decir algo, pero la cerró, pues ya las palabras no eran necesarias y a veces lo entorpecen todo. Entonces, el silencio habla con más claridad.

—Tienes que unirte a nosotros en la batalla —dijo Ntomi.

—No es mi guerra.

—Como quieras. Aun así, puedes pedirme cuanto desees: oro, tierras, mujeres… Y además tendrás la ruta hacia Lukumbia, tal y como te prometí.

—Por ahora me conformo con un buen lecho, comida y bebida. Cuando termine todo este lío vuestro me iré hacia la tierra de los

diamantes.

—Escucha lo que te digo, Colmillo de León. Conozco a los hombres. Sé tratarlos, sé manejarlos y sé dominarlos. Sus palabras son como la brisa ligera y lo que de verdad me importan son sus actos y lo que veo en sus ojos. Por eso ahora estoy seguro de que no eres tan frío como pretendes aparentar. Yo jamás olvido, ni al que me agravia ni al que me ayuda. Y a ambos los premio en su justa medida. Hasta ayer te consideraba solo un instrumento, útil para conseguir la victoria y la supervivencia de los míos, pero un instrumento, al fin y al cabo.

»Ahora, te veo como a un amigo.

Skarrion sonrió con buen humor.

—Tú tampoco eres tan calculador y falto de escrúpulos como deseas hacerte ver, Gran Ntomi.

El emperador soltó una carcajada.

—Puede ser, pero la reputación lo es todo en este mundo.

Skarrion volvió a asentir, con una sonrisa reflexiva.

Y siguieron contemplando el adiestramiento de los guerreros y hablando de vez en cuando de cosas triviales.

Pero la mente de Skarrion ya no se encontraba allí. Estaba pensando en el ofrecimiento de mujeres que le había hecho Ntomi. Aún recordaba a Niala, de la que se despidió pocos días después de la caída de Nara…

—Ahora que el sureste ha sido pacificado —le dijo entonces la mujer de la máscara, mientras acariciaba su hombro—, quiero volver a Mesinga. Recuerdo sus lagos cristalinos, sus prados y sus bosques, sus montes salpicados de flores, y mi corazón los añora.

Skarrion la escuchaba en silencio, tumbado en la cama, con la mujer abrazada a su cuerpo.

—La guerra no es para mí —dijo ella—. Prefiero la paz y la armonía. Aunque en el Olobane matara y disfrutara haciéndolo, mi espíritu me pide alejarme del caos y la sangre.

—Somos distintos.

—En efecto. Lo somos. Tus instintos te conducen a la violencia y mi corazón, en cambio, canta cuando escucha el trinar de un pájaro o cuando contemplo el Arco Iris después de la tormenta. —Su voz se dulcificó—. Y también canta cuando estás junto a mí.

Skarrion la abrazó con más fuerza y la besó en el cabello.

—Tienes que ser feliz, Niala.

Esta vez fue ella la que no respondió.

Skarrion la vio partir clepsidras después. Iba sentada en el pescante de un carro tirado por bueyes y la escoltaban cincuenta Leopardos que obedecerían sin protestar todas sus órdenes. Se miraron por última vez y luego el carro fue haciéndose más y más pequeño, hasta desaparecer del todo, tragado por la lejanía.

También se marcharon Nara y Bombyane, aunque ellos fueron hacia el norte. Quizás encontraran refugio en montañas y picos lejanos y recónditos, en cuyos valles podrían establecerse lejos de los hombres, y vivir en paz. Skarrion también recordó con nitidez la última imagen que le quedaba de esa extraña pareja… Caminaban de espaldas a él, adentrándose en la sabana. Bombyane vestía una túnica cremosa, sujeta por un cinto de cuero. Sobre el hombro indemne cargaba un fardo con provisiones y el otro brazo estaba sujeto al torso por un cabestrillo. De su espalda pendía un hacha que sustituiría a la rota durante el combate contra Ntomi. Nara llevaba puesto un vestido de color violeta, largo y sencillo, que se ceñía a su cuerpo, y su pelo caía oscuro y brillante sobre la espalda. Bombyane caminaba erguido, con la barbilla alta, pues a pesar de haberse convertido en un desterrado continuaba siendo unza de la cabeza a los pies. Y Nara ya no parecía la emperatriz cruel y soberbia que fue, sino una mujer sencilla, capaz de mezclarse con el populacho e incluso pasar desapercibida entre la multitud.

Skarrion se preguntó si de verdad Nara habría cambiado y trataría de ganarse el corazón de su salvador o si por el contrario le utilizaría, de igual modo que usó a tantos hombres, hasta encontrar otro más acorde con sus deseos. Solo el tiempo tenía las respuestas…

Pensó de nuevo en Niala. Desde que ella partió no había tocado a otra mujer, a pesar de que Ntomi había puesto a su disposición amantes hermosas y sin duda muy hábiles… Se preguntó hasta dónde había llegado esa enigmática mujer enmascarada en su corazón.

De cualquier modo, ahora debía concentrarse en aquella guerra de los unzas y por las noches no deseaba otra cosa que caer rápido en un sueño profundo que le alejara de los recuerdos.

14

El sol se asomó con pereza sobre la línea del horizonte, tiñendo de escarlata el país hermoso y salvaje de los unzas.

Los guerreros Leopardos también despertaron, comieron y al cabo de poco trotaban hacia la llanura donde les esperaba otra jornada de adiestramiento.

Entre ellos se encontraba Skarrion.

Vestía su taparrabos de piel leonina, las muñequeras hechas con tiras de cuero y el cinto rodeando la cadera. Aún llevaba el colmillo de aquel viejo león. Empuñaba la azagaya y agarraba el escudo. Tenía además tres tollas, los cuchillos arrojadizos; dos estaban sujetos por bandas de cáñamo al reverso del escudo y el tercero estaba asegurado al cinto. También llevaba, en la vaina, su querida espada abhlia.

Los soldados siguieron corriendo a mayor o menor velocidad, hasta que el sol alcanzó el cenit. Hubo un descanso de dos clepsidras para comer y dormir, al término de las cuales los instructores los despertaron a fuerza de gritos y patadas.

Cuando el superior de la Decena donde militaba Skarrion fue a darle una patada a Skarrion en los riñones, como solía hacer con sus soldados, el extranjero le agarró por el tobillo y se lo retorció. El mando efectuó una cabriola espectacular en el aire y cayó sobre las palmas de las manos. Golpeó hacia atrás con el otro pie, pero Skarrion se cubrió con el escudo, todavía sin soltar el tobillo. Giró sobre sí mismo, aún con el tobillo del instructor agarrado con fuerza, y lo arrojó a un lado. El unza rodó sobre sí mismo y se levantó, sucio y rasguñado; su rostro rezumaba un odio asesino. Los guerreros que se habían congregado en torno a la gresca le miraban con espanto. El instructor se acercó a un joven y le quitó la azagaya de la mano.

—Te voy a matar —le dijo a Skarrion.

Skarrion empuñó su propia lanza y se protegió tras el escudo, dispuesto para el combate.

Los unzas seguían llegando y apretujándose en torno a ambos, llenos de asombro e interés. Uno logró abrirse paso a codazos y empujones, hasta salir al espacio abierto entre los dos contendientes. Era Siete Dedos.

—¿Qué ocurre aquí? —bramó. Al ver a Skarrion puso los ojos en blanco y se dio una palmada en la frente. Sonrió, mordaz—. ¡Debí imaginarlo! ¡Si hay problemas, Colmillo de León no debe estar lejos!

—Este asqueroso se ha sublevado —dijo el instructor—. ¡Ha osado

levantar su arma contra mí!

Siete Dedos se volvió hacia Skarrion con el ceño fruncido y los puños en las caderas.

—No soy ningún perro al que se pueda despertar a patadas —dijo Skarrion—. Quizás a vuestros cachorros no les importe, pero a mí nadie me pone la mano encima.

—¡Callaos de una vez! —bramó Siete Dedos—. Sois como niños… ¡Peor aún! ¡Tirad las armas, estrechad los antebrazos y volved al adiestramiento!

Durante unos instantes los dos rivales se miraron con odio. El instructor tiró su azagaya y Skarrion hizo otro tanto. Se acercaron y estrecharon los antebrazos, con tal fuerza que al separarlos las marcas de los dedos persistieron durante muchos latidos.

—¿Sabes cómo me llamo, bárbaro? —preguntó el unza.

Skarrion le miró en silencio.

—Soy Nomalajana. Recuerda el nombre de quien te dará la muerte.

El shakark siguió mirándole, en silencio. Siete Dedos intervino, metiéndose entre los dos.

—¡Nomalajana! —tronó—. ¡Te relevo de este Millar! Dirígete al de Engoboci. Allí continuarás tu trabajo.

—¡Este es mi puesto! —protestó Nomalajana.

—Tu puesto está donde yo lo diga, ¡así que cierra la boca y ve con Engoboci! ¡Vamos!

Nomalajana se alejó, gruñendo por lo bajo y abriéndose paso a empujones entre el público silencioso.

—¡Gandules, ordenaos en secciones! —vociferó Siete Dedos, haciendo aspavientos con la azagaya.

El resto de los mandos también empezaron a soltar órdenes a gritos y cada hombre corrió a su puesto.

Siete Dedos miró a Skarrion.

—Y tú, Colmillo de León, procura no matar a nadie.

—Lo intentaré —contestó Skarrion, con una sonrisa.

Siete Dedos frunció el ceño y abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Echó una última mirada colérica a Skarrion y después se alejó, pidiéndole paciencia al Gran Espíritu.

Clepsidras después, cuando Siete Dedos contó aquel episodio a Ntomi, el emperador soltó una carcajada, para sorpresa del Gran Zuani.

—Al final pelearás junto a nosotros, Colmillo de León… —susurró Ntomi como para sí mismo, sin dejar de sonreír.

A raíz de aquel suceso, Skarrion sufrió aún más envidias y odios. Si muchos ya le aborrecían por ser blanco y extranjero, esta nueva osadía intensificó su animadversión. Pero otros muchos, de mente más abierta, le mostraron el rudo y desenfadado compañerismo de los unzas.

Por otro lado, los instructores llevaron cuidado de no despertarle a puntapiés, ni tampoco de golpearle con sus mazas si ejecutaba un ejercicio de modo incorrecto.

Pero tampoco se necesitaban los castigos porque era un alumno hábil y despabilado que corregía sus fallos con rapidez. Al cabo de pocos días ya dominaba la esgrima de azagaya y escudo y podía mantener el ritmo de los más rápidos, aguantando las marchas diarias y agotadoras, sin quejas y sin dejarse amedrentar por el calor y la sed. Su experiencia como soldado de fortuna había afilado sus facultades y casi nunca se equivocaba cuando tocaba maniobrar en grupo. También lo hacía bien al lanzar la tolla. Como su carácter no era introspectivo y le gustaban las conversaciones, las bromas y los juegos, pronto se integró bien entre los unzas. Quienes le aceptaban encontraron en él un compañero leal, y los que no, un peligroso enemigo.

Entre quienes le odiaban había un joven guerrero de su misma Decena. Era un muchacho que no paraba de quejarse y refunfuñar, igual que una vieja malhumorada:

—¡Maldito sea ese instructor! —solía decir, mientras corrían al trote—. ¡Mirad su cara de mono sucio y sus gestos de pavo real! ¡Cuánto me gustaría arreglarle las cuentas! ¡Algún día le haré tragar su maza!

Pero cuando el mando en cuestión se le acercaba cerraba la boca. Una vez lejano el peligro, volvía a increpar:

—¡Hiena presuntuosa! ¡Ya verás, ya, cuando yo sea Líder de Mil…!

A Skarrion no le gustaba este tipo de personas, que zumbaban y molestaban como los mosquitos en el verano, impidiendo a los demás concentrarse en sus propias tareas. Sabía que, de tenerlo cerca mucho tiempo, terminaría por aplastarlo, como haría con un mosquito de verdad. Además, la cara de este joven le resultaba conocida, y picado por la curiosidad, durante uno de aquellos almuerzos cortos, se acercó a él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

El muchacho le miraba con odio.

—Me llamo Izane.

Skarrion recordó: semanas atrás, en el Palacio Real de Mancumi, Ntomi había arrebatado el poder a Nara; cuando iba a matarla allí mismo, en el Gran Salón, el esclavo Bombyane se ofreció para protegerla en el juicio llamado la Voluntad del Más Fuerte. Casi todos

los guerreros presentes se burlaron y mofaron de él por su condición de eunuco y Skarrion agarró a uno de los muchachos zumbones por el cuello, le arrojó al suelo y le amenazó con la muerte si continuaba insultando a Bombyane. El joven se amedrentó ante el extranjero y reprimió sus mofas.

Ese mismo joven era este Izane, el que ahora tenía delante de sus propias narices.

Skarrion sonrió al pensar que el mundo era en realidad muy pequeño y que los bocazas pocas veces cambiaban: seguirían siéndolo, hasta el final de los tiempos.

—Ya me acuerdo de ti —dijo.

—Yo también te recuerdo —siseó Izane.

—Entonces cierra el pico de una vez por todas, si no quieres que te lo aplaste de un puñetazo.

Izane abrió mucho los ojos y apretó los labios, lleno de rabia. Pero esta vez también obedeció. Skarrion le dio la espalda de forma deliberada, se sentó en el suelo y siguió comiendo. Algunos guerreros rieron y otros rumiaron su desagrado. Izane, humillado y frustrado, volvió la atención hacia su trozo de carne y lo mordió con fuerza.

Antes de oscurecer practicaron con la tolla, arrojándola sobre postes altos como un hombre, colocados en larguísimas filas. Cada guerrero lanzaba sus tres cuchillos, corría hasta el madero, los arrancaba, volvía a su puesto y los arrojaba de nuevo. No había descansos entre cada acción y la siguiente y el aire zumbaba con el silbido de miles de aceros, el golpe contra la madera y los gritos de los instructores.

Skarrion hundía siempre sus tollas en la parte superior del poste. Siete Dedos, líder de su Millar, le observaba a menudo y en una ocasión se le acercó por la espalda.

—¿Por qué lanzas siempre hacia la parte alta del madero?

—En el norte los guerreros suelen llevar una coraza, un peto o una cota que les protege el tronco, y algunos también se cubren los muslos con perneras de cuero rígido y puede que hasta lleven grebas en las pantorrillas. Pero pocos se tapan la cara con un casco cerrado; solo los ricos. La mayoría se ponen en el cráneo bacinetes, que cubren de orejas para arriba, o yelmos que dejan el rostro al descubierto. Así pues, cuando lanzo un cuchillo acostumbro a apuntar a la cara y no al pecho o el estómago.

Skarrion lanzó sus proyectiles y se hundieron en la madera, allá donde debiera estar la cara del enemigo.

—Raras costumbres las vuestras… —dijo Siete Dedos, pensativo.

—Deberíais usar arcos —dijo Skarrion.

—Ya tenemos las tollas.

—Son inferiores, comparadas con un buen arco.

—A los unzas nos ha ido muy bien hasta ahora.

—No lo dudo, pero os podría ir aún mejor usando arcos largos. —Miró a Siete Dedos—. Por ejemplo, yo podría vencer a cualquiera de tus hombres, él armado con sus tollas y yo con mi arco y mis flechas.

Siete Dedos levantó las cejas, divertido.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Nos distanciaríamos uno del otro treinta pasos y cada cual tendría su escudo. Él utilizaría en el duelo sus tollas y yo el arco y tres flechas. Yo lo mataría y él a mí no.

—¿Qué apostarías?

—Mi vida. ¿Te parece poco?

Siete Dedos seguía mirándole con escepticismo. Skarrion continuó:

—Mi adversario lanzaría primero. Luego yo dispararía mis flechas y él podría guarecerse detrás de su escudo. Si no lograse matarle mi vida sería suya.

—Pareces demasiado seguro de ti mismo, Colmillo de León —bromeó Siete Dedos, y le dio una palmada en un hombro—. Haré correr entre las filas ese desafío, pero te advierto que algunos sienten odio por ti y quizás lo acepten.

—Que lo hagan.

—Más tarde seguirás contándome tus ocurrencias, Colmillo de León. Ahora tengo otras cosas que hacer.

Skarrion se limitó a sonreír y Siete Dedos se marchó meneando la cabeza y riendo por lo bajo.

En los días siguientes, y como había prometido, Siete Dedos extendió entre los soldados la bravata del extranjero. Pensaba que todos la tomarían a broma, como una más de las locuras del *diablo de ojos azules*…

Pero alguien se acercó a Skarrion y le dijo:

—¿Aún continúa tu desafío en pie?

Skarrion se volvió y contempló a quien le hablaba. Era un unza alto y musculoso, un guerrero de rostro iracundo.

—Sí —contestó.

—¿Cuándo?

—He de hacerme un arco. Dame unos pocos días.

El unza sonrió con maldad.

—¿Recuerdas mi nombre?

—Claro. —Skarrion sonrió—. Eres Nomalajana, el imbécil que intentó despertarme a patadas y que acabó tirado por los suelos, comiendo polvo.

Al unza se le heló la mueca burlona. A estas alturas había ya

bastantes observadores alrededor de ellos y se oyeron risas contenidas. Nomalajana señaló a Skarrion con el índice derecho.

—Te dije que te mataría y lo haré. Dentro de tres días.

Skarrion no respondió. Nomalajana se volvió y desapareció de vista, apartando al gentío con brusquedad.

Ese día Skarrion no se adiestró junto a los otros guerreros. Buscó y encontró el árbol más conveniente de los alrededores, lo taló y usando sierra, cuña, martillo y el hacha separó una larga viga de madera, que debería disminuir hasta hacer de ella el cuerpo en bruto del arco. Una vez que ya lo tuvo, volvió a recortar, y luego lijar, alisar y pulir con un cariño artesanal. Estaba totalmente absorbido por la tarea y tuvo que obligarse a parar para comer. Desde lejos los unzas le observaban y conversaban acerca de aquel hombre tan raro de cabello pajizo, piel tostada y ojos azules, capaz de cometer las mayores heroicidades y las locuras más estúpidas.

Siete Dedos fue a verle, ya cercana la noche, cuando había terminado de pulir la madera del arco. Skarrion rodeaba la empuñadura del arma con una tira de cuero que luego debería cerrar cosiéndola con hilo; así, la palma y los dedos sudorosos no resbalarían al coger el arco. Zuani se sentó en cuclillas, a la manera unza; esa era una de las razones por las cuales los de su tierra tenían unas piernas tan fuertes.

—Colmillo de León… ¿De verdad aprecias tu vida?

—La amo —respondió Skarrion, sin abandonar su tarea.

—Entonces no deberías enfrentarte a Nomalajana. Si lo haces tendrás que dejarte matar o romper las normas de tu propio desafío y huir mientras puedas.

—Hay otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que yo venza y sea él quien se vaya al infierno.

Siete Dedos meneó la cabeza y se levantó. Skarrion siguió tensando el cuero alrededor de la madera para que no resbalara nunca sobre ella.

—Está bien —dijo Zuani—. Tenía que decírtelo. Haz lo que te venga en gana.

—Ese es mi lema.

—El emperador ha tenido noticia de este enfrentamiento absurdo.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. Se limitó a sonreír.

Skarrion rio, sin abandonar su trabajo. Siete Dedos levantó una ceja.

—Los hombres hacen apuestas y muy pocos confían en ti, pero uno de los que te apoyan es Dabulamanci.

—¡Dabulamanci! —se sorprendió Skarrion.

—Cuando le conté acerca del asunto el viejo echó una carcajada y dijo que apostaría a tu favor un carro lleno de barriles de cerveza… A pesar de que no los tiene.

—Es un anciano sabio.

—¡Es un viejo chocho! Si sobrevive a esta guerra perderá lo poco que tenga de valor, si es que aún tiene algo, para pagar a los que han apostado en tu contra.

Skarrion continuaba sonriendo. Dijo:

—Ahora necesito una cuerda de fibra vegetal entrelazada, fina, pero muy fuerte. ¿Crees que puedes conseguírmela antes de la madrugada?

—Eres demasiado audaz, como el mono que se reía de la pantera… Pero un día el Gran Espíritu le dio al felino garras para escalar y entonces el mono no volvió a burlarse de ella. Deberías aprender de esta historia porque se la contamos a los niños presuntuosos.

—Es una historia magnífica, pero no has respondido a mi pregunta.

—¡Tendrás tu cuerda! —exclamó Siete Dedos. Se dio la vuelta y comenzó a alejarse—. Además, me conviene que ganes.

—¿Por qué? —Skarrion le miró con curiosidad.

—Porque también he apostado por ti. Demasiados golpes en la cabeza… ¡Debo haberme vuelto loco!

Y se fue, mientras Skarrion continuaba mejorando el cuerpo del arco, con una sonrisa pensativa.

El día siguiente estuvo probando y tensando las muchas cuerdas que le trajo Siete Dedos. Al fin, se decidió por una en concreto. Se ató un pedazo de tela sobre los dedos de la mano zurda y hubo de gruñir y esforzarse para atrasar la cuerda hasta el punto máximo.

El resto de la mañana la pasó recortando madera, luego tallándola y puliéndola, hasta tener el astil de las flechas. Pidió a Siete Dedos plumas y puntas metálicas y estuvo colocando las primeras con resina e hilo y afilando las segundas. Al atardecer tenía listos cinco proyectiles.

Cuando ya las sombras se alargaban probó el arco, disparando una y otra vez contra un árbol. Tras algunas clepsidras ejercitando su puntería, ya de por sí experimentada en largos años de guerras, limpió y afiló otra vez las puntas metálicas. Envolvió con cariño el arco y las cinco saetas en telas y se echó a dormir.

Aquella mañana no soplaba nada de aire y el sol arrojaba sus lanzas sin que una sola nube se lo impidiera. La llanura ardiente no estaba llena de guerreros que golpeaban y corrían, pues el adiestramiento había sido interrumpido para presenciar la muerte de Colmillo de León.

Los Leopardos ocupaban una loma, sentados o en cuclillas a todo lo ancho y largo de la falda de tierra. Este público hervía de interés: la última excentricidad del extranjero era una fuente inacabable de especulaciones y rumores. Todos los comentarios llevaban a la misma conclusión: Colmillo de León no podría matar a Nomalajana y por tanto moriría. Skarrion se había comprometido a entregar su vida si con su arco y flechas no acababa con él y a nadie, o casi nadie, le cabía duda de que Nomalajana le daría un final lento y atroz.

Incluso el emperador había asistido al evento, acompañado de Ecobe, el señor de los Toros, y Macutela, de los Leones; los dos generales tampoco deseaban perderse el espectáculo y habían dejado a sus propios guerreros al cargo de los oficiales.

En la llanura de tierra seca frente a la loma había dos hombres, dos figuras altas y solitarias.

Uno era Skarrion, armado con el arco y protegido por un escudo ojival. Las tres flechas estaban en el suelo, junto a sus pies.

A treinta pasos se encontraba Nomalajana, llevando encima un escudo casi tan grande como él. La cuerda alrededor de su cintura sujetaba tres tollas soberbias, relucientes. La multitud empezó a aclamarle y él correspondió a los vítores alzando los brazos, como si ya hubiese vencido.

Los oficiales ordenaron silencio con sus vozarrones tronantes y los soldados acabaron por obedecer, hasta que por fin reinó la quietud y sobre el lugar fue cayendo el silencio, como una manta invisible y pesada que pudiera cubrirlos a todos.

—¡Unzas! —restalló la voz del emperador—. Vamos a presenciar un duelo extraño, del cual casi todos conocéis los pormenores. No obstante, los repetiré:

»Colmillo de León, el extranjero que se ha ejercitado junto a vosotros, que fue Guardián de la Maza y uno de los Héroes del Olobane, aseguró poder matar a cualquier guerrero protegido con su escudo y a una distancia de treinta pasos, utilizando solo su arco y sus flechas. De no lograrlo, su contrincante haría con él cuanto quisiera.

»Nomalajana, uno de nuestro mejores Líderes de Decena, aceptó el reto. Él lanzará primero sus tres tollas y entonces el extranjero podrá refugiarse tras su escudo. Después será Nomalajana quien recibirá los proyectiles: tres flechas. Y si tras el duelo nuestro compatriota sigue vivo, se convertirá en el amo de Colmillo de León, para matarle, torturarle, mutilarle o cualquier otra cosa que se le antoje.

»Así pues, ¡que el desafío dé comienzo! ¡Nomalajana, arroja las tollas!

El aludido asintió de un modo respetuoso hacia el emperador.

Pero se volvió con rapidez y sin previo aviso lanzó la primera

Sus reflejos libraron a Skarrion de la muerte, pues bajó al momento la cabeza, ocultándola detrás del escudo, y el acero pasó girando un palmo por encima de su cabellera. A muchos no les gustó aquel tiro a traición, pero eran mayoría abrumadora quienes apoyaban a Nomalajana, así que recibió un mar de ovaciones.

Arrojó las dos restantes tollas, pero Skarrion se había agachado y había empequeñecido su cuerpo, hasta que ni siquiera un dedo de piel asomó fuera del escudo. Los cuchillos se clavaron en el escudo con un ruido seco, haciendo que su dueño se tambaleara por culpa de los impactos.

La multitud volvió a aclamar Nomalajana.

Pero el unza ya había escondido el cuerpo tras su escudo.

Skarrion se levantó y tiró su propio escudo. Tomó el arco y tensó y destensó muchas veces la cuerda, como si estuviera calentándose para el ejercicio. Los espectadores contemplaban con extrañeza sus maquinaciones. El uso del arco era inusual en Ishanki porque los guerreros lo consideraban un arma deshonrosa, propia de bandidos. Solo se usaba en la caza, pero eran arcos cortos, ninguno tan grande y espectacular como el que empuñaba Skarrion. Los unzas sin duda pensaban que aquel diablo extranjero estaba loco si pretendía matar a Nomalajana con sus flechitas.

Skarrion se tomaba su tiempo inspeccionando las flechas y el arco, con una tranquilidad exasperante. La muchedumbre empezaba a inquietarse y algunos ya le exigían a gritos que disparara de una vez. Se oían voces aquí y allá que le tachaban de cobarde; solo deseaba, decían, alargar la espera hasta el momento de su derrota final. Pero él no les prestaba atención y seguía toqueteando y escudriñando sus armas. Incluso el emperador, Ecobe y Macutela suspiraban y hacían comentarios impacientes.

—¡Vamos, Colmillo de León, atraviesa a ese desgraciado! —aulló Dabulamanci, con su voz cascada y tronante.

No pocos rieron, como si fuese la chochez de un viejo que ha perdido el sentido común. Pero todos aquellos burlones estaban lejos de Dabulamanci; nadie en sus cercanías osaría burlarse.

Al fin, Skarrion tomó el trozo de paño que protegía los dedos de la mano zurda y colocó una flecha en la cuerda.

Los murmullos fueron disminuyendo y dejaron paso a un silencio anhelante.

Skarrion comenzó a tirar de la cuerda. Sonó un crujido tenso mientras la flecha iba retrocediendo poco a poco. Los músculos de sus

brazos y espalda ya se marcaban como cables de metal. No era un arco de caza, sino de batalla; los arqueros de los lejanos países del norte no eran unos pusilánimes, pues había que tener mucha fuerza para tensarlo. Perlas de sudor cayeron por el rostro curtido y tostado de Skarrion. Cerró un ojo y entrecerró el otro mientras apuntaba. La zurda siguió estirando la cuerda, hasta alcanzar su punto máximo, y se detuvo.

Nomalajana seguía escondido tras su escudo, una soberbia protección hecha con un armazón de madera recubierto de piel de buey reseca y endurecida, pintado de negro y con manchas blancas.

Skarrion soltó la cuerda y la flecha surcó el aire. Su punta metálica atravesó las capas de aquel escudo que, aun sólido como era, se ideó para repeler lanzas y no flechas pesadas, disparadas por un arco de guerra. La flecha también atravesó el antebrazo de Nomalajana, abrió el músculo, arañó el hueso y la punta emergió sobre la piel. Al verla gritó, más asombrado que dolorido.

También gritó la muchedumbre, con sorpresa, y luego quedó callada y atónita. Dos carcajadas victoriosas rompieron el silencio, las de Dabulamanci y Siete Dedos, tal vez los únicos que habían apostado por Skarrion.

Skarrion colocó una segunda flecha y tensó el arco.

Nomalajana asomó la cabeza por encima de su escudo, que ahora le parecía tan inútil como una cáscara de huevo gigantesca, y miró a su contrincante con ojos aterrados. También miró la flecha que atravesaba su antebrazo. Temblaba y sudaba, pensando que no se enfrentaba a un hombre, sino a un diablo cuyas flechas rompían la madera y el cuero como si fueran capas de tocino y carne. Echó a correr hacia la multitud. Fue una estupidez, porque si se hubiera quedado tras el escudo habría tenido una oportunidad de sobrevivir. Vencido por el pánico, corría con todas sus fuerzas, con el escudo al costado y la espalda al descubierto.

Skarrion soltó la cuerda y la flecha se hundió entre los hombros casi hasta las plumas, saliendo el astil por el pecho. Nomalajana ladró y trastabilló, como si le hubieran dado un martillazo en la espalda. Cayó de rodillas. Intentó levantarse, pero la flecha había herido un pulmón y sentía que se ahogaba mientras echaba sangre por la boca y la nariz.

Skarrion apuntó, aguantando la respiración. Soltó la cuerda.

La tercera flecha alcanzó a Nomalajana cerca de la segunda y atravesó el otro pulmón, emergiendo también por el pecho. Nomalajana puso los ojos en blanco y cayó, estrellándose de boca en la tierra.

Entre la multitud, Dabulamanci y Siete Dedos se abrazaban y reían, pues ahora eran ricos. Los demás gruñían de asombro y enfado.

Skarrion echó a andar hacia el cadáver, llevando aún el arco y el escudo. Dio la vuelta al cuerpo y le echó un largo vistazo. Se levantó y miró hacia Ntomi, esperando el veredicto.

—¡Unzas! —gritó el emperador—. ¡La prueba ha terminado! ¡El vencedor es Colmillo de León! ¡Ahora volved a vuestros ejercicios, hemos perdido demasiado tiempo y hay que recuperarlo!

Los oficiales ya estaban vociferando órdenes y metiendo prisa. Aunque aturdidos por el espectáculo, la disciplina se impuso y los soldados les obedecieron. Ecobe y Macutela también se marcharon hacia sus respectivas tropas.

Dabulamanci y Siete Dedos llegaron hasta Skarrion y le felicitaron con efusión. Pero quedaron serios cuando se les acercó un miembro de la guardia personal de Ntomi. El emperador quería hablar con Skarrion. Una vez junto al mandatario, Ntomi le pidió su arco. El emperador tenía un gran vigor físico, así que consiguió tensarlo hasta su punto máximo, aunque no sin esfuerzo. Sopesó el arco y lo miró con interés.

—Mi opinión sobre este arma ha cambiado. Ahora comprendo que puede sernos de mucha utilidad. Has logrado sorprenderme otra vez, Colmillo de León, y además he obtenido buenas tierras, del patrimonio personal de mis amigos Ecobe y Macutela. —Sonrió—. Ellos apostaron contra ti.

—Me alegro. —Skarrion también sonrió.

—Quedan cinco días de adiestramiento. Después, llevaré a mis unzas al valle del Lamiane para luchar contra los invasores. ¿Puedes enseñarles el uso del arco antes la batalla?

—¿Y qué pasa con la tradición? —preguntó Skarrion, irónico—. ¿Acaso no es el arco un arma deshonrosa?

—Las costumbres están bien mientras me son de utilidad. Cuando la pierden, las deshecho. Confío más en lo práctico, por poco honorable que sea. Las guerras no las ganan los más dignos y respetuosos, sino los hábiles y los inteligentes.

—En un tiempo tan reducido quizás consiga adiestrar a unos mil hombres. No podré hacer nada increíble en cuanto a su destreza, eso se lo dejo a la aptitud personal de cada uno.

—Puedes disponer de cuantos hombres y material desees, pero consigue un buen regimiento de arqueros.

—Necesito un bosque y tres mil hombres para fabricar arcos.

—Hay una arboleda extensa hacia el este, a media jornada de camino.

—También quiero conmigo a Siete Dedos y a sus oficiales más cercanos, su gente de confianza. Sé que muchos de tu ejército me odian y prefiero a los de Siete Dedos.

—Como quieras.

—Enseñaré a tus hombres a usar el arco, pero no lucharé en la batalla.

—Lo sé, lo sé… —Ntomi puso los ojos en blanco—. *No es mi guerra*.

—Sin embargo, deseo que la ganéis —respondió Skarrion, con una sonrisa.

—De eso nunca he tenido ni la más mínima duda —repuso Ntomi, con aire divertido.

—Eres demasiado astuto y retorcido, emperador. Si estoy mucho tiempo cerca de ti quizá se me pegue algo de tu habilidad para manipular a las personas, así que prefiero marcharme por el momento. Queda trabajo por hacer.

Ntomi le vio alejarse. El emperador asentía en silencio, con una expresión astuta en su rostro de rasgos felinos.

Esa misma mañana, Skarrion y Siete Dedos condujeron tres mil hombres hasta el bosquecillo, al borde de una laguna. Los animales que abrevaban huyeron al ver acercarse a tanto humano junto.

Lejos, los guerreros Toros ensayaban sus propios movimientos. Skarrion los observó y estudió… Practicaban una esgrima pesada con hachas, lanzas y mazas, armas contundentes, pues eran los encargados de abrir brecha en la vanguardia y llegar hasta el corazón del enemigo. Mientras, los Leopardos cerrarían la trampa por los costados y la retaguardia, impidiendo la huida de los guerreros del ejército contrario. Cuando los Leopardos pasaron cerca muchos Toros les saludaron alzando sus armas y los de Siete Dedos les devolvieron la atención con vocerío amistoso.

Durante el resto del día aquellos tres mil Leopardos talaron, desbrozaron de ramas los árboles y arrancaron sus cortezas. Hachearon los troncos, cortaron largos pedazos de madera y empezaron a talar y pulir.

Fueron enviados quinientos hombres hasta la aldea más cercana, la unidad de intendencia donde se guardaban los suministros para aquel ejército del este, y al cabo de unas clepsidras volvieron con innumerables cuerdas de fibra vegetal y sacos llenos de plumas de aves de corral.

Skarrion comenzó a desechar material con rapidez y de todo lo requisado se conservó menos de un tercio.

De modo semejante, para que un arco o una flecha fueran buenos debía escogerse la madera adecuada y tratarla con cuidado, casi con cariño. Por tanto, también fueron rechazados muchas vigas que juzgó inapropiadas.

Los guerreros trabajaban, tenaces e incansables, bajo la luz del sol

o de las fogatas, cantando a viva voz o entre susurros. Para los ishankitas el trabajo y el canto eran una unidad inseparable.

Al cabo de dos días tenían dos mil arcos. Skarrion los probó durante clepsidras y desechó la mitad. A pesar de que los unzas no eran de ningún modo artesanos torpes, la prisa y sobre todo la falta de costumbre en cuanto a la creación y uso de este tipo de armas produjo mucho material defectuoso.

También se trabajó para crear flechas, siempre bajo la atenta mirada de Skarrion, que al igual que estos soldados, se había abismado por completo en la tarea.

Mientras Skarrion estaba tensando los arcos y probando las flechas, sus hombres levantaban una fila de mil maderos, cada uno tan alto como un hombre, y los clavaban en la tierra.

Tuvo lugar el proceso de selección: cada Leopardo se colocó frente a uno de esos troncos, guardando cincuenta pasos de separación, y a continuación disparó tres flechas. Cuando terminó el primer millar le relevó el siguiente y por último disparó el tercero. Quienes no hacían un solo blanco eran enviados de vuelta con Ntomi y de los restantes Skarrion se quedó con quienes mejores resultados tuvieron.

Al caer la noche cada uno de los mil arcos tenía un dueño. Había nacido un regimiento de tiradores y Skarrion y Siete Dedos —Dabulamanci se fue con los no aptos, gruñendo entre dientes— eran sus líderes.

Durante los días siguientes se ejercitaron en el uso del arma. El millar disparaba sin descanso contra los postes, a la mayor velocidad posible, una flecha tras otra. No había tiempo para que apuntaran con cuidado y además, sumidos en la vorágine de la batalla, tirarían a bulto sobre la masa de enemigos; las proezas de puntería estaban reservadas para los concursos palaciegos, no para el combate real.

Skarrion no cesaba de corregirles. Solo permitió dos pausas, una a media tarde y otra en la noche, cuando ya estaba muy avanzada la oscuridad y casi ni se veía el poste. Los arqueros las agradecieron de todo corazón, pues sentían temblar de cansancio los músculos de la espalda, los hombros y los brazos. Skarrion aún no podía creerse todo lo que se había conseguido en tan poco tiempo. Su respeto hacia los unzas volvió a crecer.

El quinto día desde que los tres mil Leopardos —ahora reducidos a su tercera parte— dejaran atrás el grueso del ejército unza, llegó un hombre con un mensaje de Ntomi:

—Los arqueros deben unirse al resto de las tropas… ¡Mañana comenzará la marcha hacia la batalla!

Los guerreros lanzaron vítores y Skarrion sonrió al verlos tan felices. La mayoría de ellos comenzaban a sentir los retortijones del miedo, pero todos cerraban los puños, levantaban los brazos y

aullaban su alegría.

Al cabo de cinco clepsidras había un océano humano sobre la llanura, una alfombra de veintitrés mil cabezas: Leones, Toros y Leopardos.

Ntomi se encontraba ante la vanguardia, compuesta a su vez por las respectivas de cada Cuerpo. Vestía sus mejores galas y Ecobe y Macutela caminaban a su lado. Pasó ante cientos de rostros severos y cuerpos endurecidos, ante un bosque de escudos, azagayas, hachas, tollas y mazas, y también arcos y flechas, los del regimiento creado por Skarrion y liderado por Siete Dedos.

El emperador se detuvo. Su mirada estaba hinchada de orgullo y admiración. Alzó la Maza Sagrada, empuñándola con las dos manos, sus ojos se desorbitaron y en ellos brilló la ira del fanatismo. Su voz restalló como un latigazo en la piel del silencio:

—¡Matar hasta morir!

Veintitrés mil gargantas tronaron:

—¡Matar hasta morir! ¡Matar hasta morir! ¡Matar hasta morir!

Siguieron gritando mientras Ntomi llegaba hasta el puesto de cabeza del ejército, junto a Ecobe y Macutela, reuniéndose con sus consejeros más cercanos y con los mil guerreros Leones, leales y muy escogidos, que formaban la Guardia Imperial.

Skarrion sintió que su alma vibraba al contemplar toda esta muchedumbre guerrera y al oír sus veintitrés mil voces furibundas aullando el mismo y salvaje grito. Él, mejor que nadie, sabía que la batalla no era nunca el himno exaltado de los poetas épicos, sino en primer lugar suciedad, sufrimientos y locura. Pero en aquel momento todos aquellos hombres, y él también, estaban lo más cerca posible de ese éxtasis difuso y lejano del que hablaban los cantores. Este espectáculo llevaba dentro una semilla de maldad y sangre, y sin embargo era glorioso.

Ntomi apuntó la Maza hacia el este y el monstruo gigantesco, aquel enjambre disciplinado, la aplastante maquinaria de guerra unza, echó a rodar.

15

Los hombres cantaban las canciones de la soldadesca, compitiendo las unidades entre sí por ver cuál alzaba más la voz, y todo ello lo hacían sin perder el paso…

Pero en la cabeza del ejército, Ntomi no cantaba ni reía al andar, sino que hablaba y hacía planes con los generales sobre la contienda. Estaban al tanto de cuanto ocurría, pues cada clepsidra llegaba un mensajero al grupo con información sobre los invasores, cada vez más cercanos al valle de Lamiane.

Skarrion no estaba lejos de los líderes, pero se mantenía apartado de ellos. *No es mi guerra*, le dijo a Ntomi. *Soy solo un observador*. Pero miraba a menudo hacia atrás, a la marea de cabezas que se movían al mismo ritmo, y sentía el hormigueo de la lucha en el fondo del estómago.

Al anochecer, Ntomi ordenó silencio y cesaron los cantos. Los hombres ni siquiera murmuraban y los pocos que osaron levantar la voz recibieron un fustazo propinado por el mando de turno, debiendo reprimir además los gritos y gemidos de dolor. La oscuridad no le parecía a Ntomi razón suficiente para que sus unzas dejaran de caminar, así que los ojos iban habituándose a las tinieblas del anochecer. En la sabana solo se oía un temblor sordo, provocado por aquella monstruosidad que se movía sobre miles de patas.

Cuando fue noche cerrada se ordenó el alto para que los guerreros pudieran comer y descansar. Devoraron en silencio las vituallas de campaña y no se encendieron fuegos. Las estrellas iluminaban sus rostros, tocados por el fatalismo de unas gentes que consideraban la muerte tan cercana como el escudo que llevaban sobre el brazo izquierdo.

El que no durmió fue Ntomi. Incluso durante la noche, y junto a Ecobe y Macutela, seguía repasando unos planes analizados ya mil y una veces. Aquel hombre era extremadamente detallista, no confiaba en la suerte pero sí en el trabajo y el buen hacer. Pertenecía a ese tipo de personas concienzudas que pensaban que si algo podía salir mal, sin duda saldría mal. El centro de mando de aquel ejército era un simple cúmulo de rocas sobre la llanura, rodeado por un muro de guardias de élite. Allí dentro estaban los generales y líderes de las tropas y en él entraban y salían de vez en cuando los mensajeros y exploradores, los encargados de traer la vital información acerca del enemigo:

Se sabía que los rebeldes habían efectuado un avance errático y poco coordinado a través de las tierras unzas, sin saber aún lo que les esperaba a menos de cinco jornadas de camino. Se movían con lentitud, pues el mando estaba dividido —incluso dentro de cada pueblo— entre distintos reyezuelos. Habían entrado en el país de los unzas sin apenas luchar y se regodeaban en su aparente victoria; los hombres ganduleaban y se emborrachaban; a veces incluso peleaban entre sí. Sus exploradores no volvían, pero eso a ellos seguía sin importarles, embriagados por el aroma del triunfo.

Al amanecer, dos mil Leopardos se separaron del gran ejército imperial. Serían el señuelo para los rebeldes; su misión consistiría en conducir a los invasores al valle de Lamiane, donde en esos momentos ya estaría esperándolos el grueso de los unzas. Los dos mil Leopardos se alejaron a paso vivo de sus compatriotas y a pesar de que eran admirados nadie les despidió, porque se había prohibido dar una sola voz. Al cabo de una clepsidra no se distinguía de ellos más que una nube de polvo lejana sobre el horizonte.

Los veintiún mil restantes guerreros unzas también se pusieron en marcha, en silencio, a un ritmo suave y regular.

Al mediodía hubo un descanso para comer. A estas alturas del día el cebo de dos mil Leopardos habría alcanzado el Lamiane y se habría detenido. Allí, esperarían al resto del ejército unza antes de efectuar cualquier movimiento. Según los informadores, desde el valle y mirando hacia oriente, ya podían distinguirse las primeras avanzadillas de los invasores, compuestas por bayunes a los que se les había acabado la cerveza y el licor y por tanto se habían adelantado en busca de aldeas que conquistar. Tras esas pequeñas hordas se adivinaba una línea oscura sobre el lomo del horizonte, la masa de los bárbaros.

Tras el descanso Ntomi ordenó forzar un poco más la marcha. Sus hombres caminaban rápido, cada vez más excitados, pero en silencio o hablando en murmullos. Avanzada la tarde, distinguieron las colinas lejanas que rodeaban el valle de Lamiane y sus mesetas.

Por la noche, hicieron un alto para dormir.

Skarrion le preguntó a Ntomi cuándo se produciría la batalla y el emperador contestó que los enemigos aún estaban demasiado lejos, así que los unzas tendrían toda la mañana siguiente e incluso la tarde para llegar al Lamiane y posicionar a los distintos regimientos. En la madrugada siguiente el cebo de dos mil Leopardos ya estaría a la vista de los enemigos, que los tomarían por una fuerza solitaria y aislada, y esos Leopardos aparentarían huir con miedo. Los bárbaros por supuesto los perseguirían hasta el interior de la trampa y la batalla y la masacre durarían hasta la noche.

Skarrion no encontraba razón para dudar de aquellos cálculos.

Hasta ahora, el plan de Ntomi estaba funcionando a la perfección.

Con la aurora, el ejército unza ya estaba otra vez en movimiento. Avanzaban sobre un terreno ondulante de tierra seca y hierbas pequeñas y duras. La llanura alternaba con elevaciones de mayor o menor altitud, separadas miles de pasos unas de otras. Eran en realidad mesetas de cuerpo grueso y tubular, con laderas suaves de colores rojo y ocre.

Había tres mesetas que les interesaban sobre las demás, pues encerraban el lugar donde ocurriría la batalla. Los unzas llegaron a ellas y pudieron al fin ver el interior del valle Lamiane, cuya superficie cubierta de maleza descendía formando un cuenco poco profundo. Las tres mesetas que lo bordeaban se abrían en otros tantos pasos, uno al sureste, otro al norte y otro al suroeste. Los dos últimos eran muy anchos, de unos mil setecientos pasos, pero el de oriente solo medía unos ochocientos. Las laderas eran suaves y casi formaban con el fondo del valle un anfiteatro natural.

Los dos mil Leopardos escapados esperaban órdenes, ocultos aún tras la gran meseta del sur, pero Ntomi envió el mensaje de que no se movieran. El emperador subió a la cima de la meseta occidental, pues desde allí podría contemplar la batalla a la perfección.

El resto del día transcurrió de manera frenética y agotadora:

En primer lugar, dos mil Toros fueron colocados junto al paso del sureste, por el cual los invasores deberían penetrar en el Lamiane. Otros dos mil fueron llevados a las cercanías de cada uno de los pasos suroeste y norte; su misión sería cerrarlos, como una puerta humana, una vez que los enemigos estuvieran dentro del valle. Además, nueve mil Leopardos fueron ordenados a lo largo de las laderas interiores del vasto anfiteatro natural. Deberían caer en tromba sobre los costados y retaguardia del enemigo una vez este se hallara dentro. Abajo, en el centro del valle, fueron colocados los mil arqueros, para disparar sobre la marabunta de bárbaros, sangrarlos y provocar una primera oleada de muerte. Luego se sumaría a la lucha la tropa que esperaría a sus espaldas, compuesta por dos mil Toros y cuatro mil Leones. Y también intervendrían en aquella primera pelea los dos mil Leopardos que habían servido de cebo… Todo ese bloque se lanzaría contra la cabeza y los costados del ejército enemigo. Y sobre la retaguardia caerían los nueve mil Leopardos de las laderas. Por último, dos millares de Toros cerrarían cada salida del valle para que ningún rebelde escapara. Era una trampa mortal, como el puño que se cierra sobre el insecto y lo aplasta con lentitud.

Ntomi quería hacer hincapié en la sorpresa, así que todos esos miles de hombres se esforzaron durante el resto del día en volverse miméticos con el terreno. Los guerreros que habían sido colocados en el fondo del valle aguardarían tumbados, ocultos por la vegetación de

hierbas y maleza. En las laderas había taludes y rocas que ofrecían buenos escondites, pero no eran suficientes para ocultar a tanta humanidad. Las elevaciones tenían color rojo y textura arcillosa, así que Ntomi ordenó a los Leopardos de las posiciones elevadas despojarse de los vistosos adornos de pieles y del anillo de la cabeza. Se mezcló el agua de las vituallas con la tierra seca y untaron largas franjas de aquel barrillo en sus cuerpos y escudos. Al secarse, tenían una segunda piel, áspera y sanguinolenta. A su vez, los Toros que defendían las entradas del valle escondieron sus batallones tras los ángulos adecuados de cada meseta, de manera que el enemigo no pudiera verlos desde la dirección en que habrían de llegar. Ocultar en lo posible a tan alto número de emboscados fue un trabajo agotador, agravado por la naturaleza impaciente de los unzas, que preferían el ímpetu a la astucia. Pero Ntomi no dio su brazo a torcer y demostró en esto el mismo cuidado concienzudo que había mostrado durante toda la campaña.

Al anochecer los cabos estaban atados y cada cual, desde el soldado al general, ocupaba el puesto correcto. No se encendieron fogatas y los hombres comieron callados. Después, durmieron sobre los escudos.

Skarrion estaba en la meseta occidental, cerca de los líderes. Contempló al emperador y a los generales en jefe de los Toros y los Leones. Los guerreros de la Guardia Imperial no dormían: si su señor no descansaba, ellos tampoco. Bajo la luz de las estrellas, y en cuclillas, los estrategas hablaban con voz tranquila, repasando el plan y dándole mil y una vueltas. A Skarrion le parecieron niños enormes que estuvieran ideando alguna travesura. Miró hacia la luna y el manto iluminado del firmamento. Después, hacia el este. Allende la planicie de la meseta veía el fondo del valle, como una sábana gigantesca y gris. Luego emergía del suelo la meseta pardusca de oriente y a continuación se extendía el vasto y oscuro mar de tierra, salpicado de lomas bajas. Si forzaba la mirada casi podía distinguir en el horizonte lejano una línea luminosa, tenue y frágil como un hilo quemado del que solo quedaran las brasas. Eran las hogueras encendidas por el ejército rebelde, aquellos veintiún mil guerreros de los pueblos bayune, itemba, arzawi y quianu.

Pasó la mirada de nuevo sobre el Lamiane. Bajo la luz lechosa del cielo no podía ver a los hombres, pues habían hecho un buen trabajo de camuflaje… Pero si dejaba la mirada quieta, sin fijarla en ningún punto concreto, descubría primero a hombres solitarios, después a decenas, y más tarde a centenas… Era como observar la hierba y las piedras que en principio pareciesen limpios, para al cabo de poco darse cuenta de todos esos insectos diminutos que avanzaban y hacían sus tareas con lentitud engañosa.

Skarrion pensó en aquellos soldados, en los jóvenes y en los viejos. Sin duda, algunos aguardaban impacientes la batalla y otros sufrían un miedo horrible que no revelarían a nadie. Otros podrían dormir en paz. Se preguntó cuántos de ellos estarían muertos mañana, a estas mismas alturas de la noche, tirados sobre el lugar en que ahora descansaban: cuerpos fríos y rígidos, sin brillo en los ojos, rajados y reventados, convertidos en alegría para los buitres… Skarrion había estado muchas veces junto a los que iban a vencer o morir en la lucha. Siguiendo los consejos de los viejos perros de la guerra, había domado sus propios pensamientos, pues no era aconsejable perderse en reflexiones lúgubres la jornada antes de la lucha. Debían aceptarse las circunstancias con resignación hosca, sin permitirse una divagación que podía conducir a la duda.

Sin embargo, qué difícil era no pensar…

Aquella noche, sobre la meseta, bajo las estrellas y la luna, su mente divagó, saltando de una idea a otra, de este recuerdo al de más allá, como el moribundo que se afana, durante los pocos latidos de vida que le quedan, por experimentarlo todo de nuevo, por volar otra vez sobre el continente que fue su vida, en alas de la memoria, por extraerle un sentido y una justificación a esa cosa maravillosa y rara que es la existencia humana.

Pero oyó voces y el crujido de muchos pasos, y dejó a un lado las meditaciones.

Unos diez Leopardos se acercaban a paso rápido al centro de la meseta. Rodeaban y escoltaban a un solo hombre. Los Leones de la Guardia Imperial les hicieron el relevo y llevaron al intruso hasta Ntomi y sus lugartenientes. Skarrion no podía distinguir aún quién era ese hombre, así que se acercó hasta el grupo de mando. Los Leones sabían de la confianza que Ntomi depositaba en él, así que ningún León le prohibió el paso. Skarrion descubrió quién era el extraño y quedó atónito.

Se trataba de Bombyane, el eunuco que protegió y salvó la vida de Nara, la emperatriz arrebatada del trono.

Bombyane se mantenía inmóvil, en pie ante el señor de los unzas. Empuñaba su hacha temible en la diestra y el brazo izquierdo estaba libre ya de la venda y el cabestrillo. Llevaba un taparrabos sencillo de gruesas tiras de lana. Su rostro permanecía impasible y sus ojos, graves. Mostraba el aire altivo que siempre le había caracterizado, pues aunque proscrito, continuaba siendo unza.

Ntomi le miraba en silencio. Tenía las manos cerradas sobre la Maza y sus nudillos se marcaban como puntas de piedra. Su rostro parecía cincelado en metal y los ojos, rodeados de ojeras profundas, brillaban furiosos. Bombyane le arrebató en una ocasión la Maza Sagrada y le impidió matar a la asesina de su hermano Nabulama… Y

Ntomi no era hombre que olvidara con facilidad.

El eunuco puso una rodilla en tierra y bajó la cabeza con humildad.

—Te saludo, emperador.

—Álzate. No soy tu señor y tú no eres mi súbdito. No eres nada para mí y yo no soy nada para ti. Ya no perteneces a mi pueblo. Te desterraron.

Bombyane se levantó. Continuaba impasible.

—Debería hacerte matar —dijo Ntomi—. ¿Acaso no te ordené, a ti y a Nara, salir de mi país?

—Ordenaste que en cien días estuviéramos fuera de tus tierras, emperador. Aún no han pasado esos cien días.

—¿De qué manera has llegado hasta aquí?

—Puedo viajar tan sigiloso y rápido como el felino que acecha a su presa, así que seguí a la retaguardia de tu ejército, desde la distancia, y cuando os vi apostados en el Lamiane y sus montes comprendí que os preparabais para la batalla definitiva. Me acerqué, bajando el hacha en un gesto pacífico, y pedí a los soldados Toros ver al emperador. Les dije que era un mensajero llegado desde Mancumi con noticias urgentes, que solo podían ser escuchadas por ti. Y me trajeron a esta meseta.

—¡Mentiste a mis hombres! —gritó Ecobe.

Bombyane se volvió hacia él y, aunque seguía impasible, en su voz había una disculpa:

—Gran Señor Toro, de no haberlo hecho así me habrían prohibido venir a veros.

—¿Dónde está la asesina de mi hermano? —preguntó Ntomi—. ¿Acaso la has traído contigo?

—No, emperador. Nara quedó en lugar seguro, junto a Niala, la mujer enmascarada, que le ha dado cobijo en sus recientes posesiones de Mesinga.

—¡Las que yo le regalé! —bufó Ntomi.

Skarrion sonrió al pensar que Niala había alojado en su propio hogar a la mujer que años atrás desfigurara su rostro y arruinara su vida. La bondad y la generosidad de la enmascarada nunca dejarían de sorprenderle. Pero borró la sonrisa de la cara e intervino en la conversación:

—En efecto, emperador, tú le diste esas tierras, como has dicho, y por eso mismo puede acomodar en ellas a quien desee. Ni él —señaló a Bombyane— ni Nara han violado tu mandato porque todavía no han transcurrido los cien días de plazo para abandonar el Imperio. Por tanto, Niala no ha violado ninguna ley.

Ntomi miró a Skarrion con furia, pero no dijo nada. Se volvió hacia el eunuco.

—Tienes mucho valor, desterrado, presentándote así ante mí, tú, que osaste defender a la asesina de mi hermano.

—Sé que Nara hizo mucho mal —dijo Bombyane—. A mí me degradó y humilló hasta extremos que pocos hombres pueden imaginar. Quizás ella merezca la muerte, o quizás no, pero yo la amo y debo protegerla.

—¿Incluso luchando contra mí, que era tu señor?

Bombyane no dudó al responder:

—Sí, incluso luchando contra ti, y matándote una y mil veces, si hubiera sido preciso.

Ntomi le observó. Al emperador le agradaban los valientes y la respuesta no le había parecido mala. Pero eso no significaba que no pudiera ordenar la ejecución de Bombyane de un momento a otro, pasando por encima sus propias reglas del destierro. Todos sabían que podría hacerlo, que nadie se lo impediría y que a la mayoría les parecería bien.

—Sabes que ella te dejará por el primero que le convenga —dijo Ntomi—. Puede engatusar a los hombres con facilidad.

—Lo sé, emperador. Aunque ahora trata de mostrarme por actos y palabras que me quiere, no la creo… No me atrevo a creerla, no puedo correr ese riesgo. Me suplicó que no viniera, pues pensaba que tú mismo me darías la muerte. Pero la dejé junto a la enmascarada. Y ahora estoy aquí.

Ntomi sonrió con aire lúgubre.

—No andaba errada esa mujer… Estás en mis manos y sabes que no perdono con facilidad. Tal vez hayas venido aquí para buscar el fin de tu vida; tal vez tu existencia te resulte demasiado pesada e insoportable y por ello necesitas que otro haga lo que tú no tienes el valor de hacer.

—Si encuentro la muerte solo espero que sea a manos de los enemigos del Imperio. Quiero luchar contra ellos. Permíteme unirme a tus huestes en esa batalla que sin duda pronto se va a celebrar.

—¡Tú ya no eres unza! —Ntomi tensó los músculos, como si hiciera esfuerzos para contenerse y no golpearle con la Maza de una vez por todas. Logró controlarse, pero su voz se volvió aún más fría—: No perteneces a mi pueblo. Eres solo un proscrito, un miserable proscrito.

Por los ojos de Bombyane cruzaron muchas cosas, pero solo un temblor ligero en la voz delataba sus emociones.

—Aunque me destierres, aunque vague lejos de estas tierras, de este país… —Bombyane llevó la mano al pecho— *aquí* todavía soy unza. Y siempre luchare por los míos. Ninguno nacido entre los nuestros podría contemplar la batalla que decidirá el destino del Imperio y apartarse a un lado.

—Gracias a ti la asesina de mi hermano sigue viva… Y osas pedir

que te deje luchar junto a mis hombres.

—Permíteme hacerlo y después me iré y no volveré a molestarte jamás. Si deseas mi muerte colócame en la vanguardia, en el lugar más peligroso. Pero participaré en esa lucha.

Macutela, el Gran León, no pudo contenerse:

—Este hombre es un bravo, Ntomi Déjale ir a la batalla y peleará con la fuerza de tres guerreros.

—Tienes que dejarle luchar, Ntomi —secundó Ecobe—. Haya hecho lo que haya hecho, lleva la razón. ¿Qué hombre podría languidecer lejos de su tierra, pensando que perdió la oportunidad de vivir la victoria de sus gentes o de impedir su ruina? Este es el momento, emperador. Dale tu permiso.

Ntomi guardó silencio. Por sus ojos felinos pasaron luces de odio, rabia y, tal vez, admiración. Bombyane esperaba, impasible.

El emperador habló:

—Ve con los Leopardos de las laderas, lo más lejos posible de mi posición. Ellos te dirán lo que debes hacer. Pero escúchame, pues solo lo diré una vez: no quiero volver a verte jamás.

—Gracias, emperador —respondió Bombyane, sin demostrar emoción alguna.

—¡Fuera de mi vista!

Bombyane saludó con una inclinación de cabeza, dio la vuelta y echó a andar hacia el borde de la meseta, hasta desaparecer entre las sombras.

—Has hecho lo correcto —le dijo Skarrion a Ntomi.

—No. Mi hermano se retuerce en el mundo de los espíritus, buscando una venganza que no he sabido darle. Ruego porque algún día pueda concederme su perdón.

Macutela abrió la boca para decir algo, pero la mirada fulminante de Ntomi detuvo sus palabras.

—No volváis a mencionar este tema en mi presencia.

Nadie dijo nada.

—Repasemos los detalles de la batalla —dijo Ntomi—. Una vez más.

Así lo hicieron. Ntomi se esforzó por concentrarse en el tema, pero se le veía pensativo y malhumorado, con los ojos enrojecidos a causa de la falta de sueño, la tensión nerviosa y la ira contenida.

Skarrion los dejó con sus estrategias y fue a su escudo, pues quería dormir. Pero no logró conciliar el sueño, así que volvió a levantarse y admirar aquel ejército tenebroso, el valle gris que lo cobijaba, la llanura inacabable a su alrededor y las estrellas y la luna que dominaban el universo. Los pensamientos se deslizaban en su mente como serpientes nerviosas; sufría una desazón que su voluntad trataba de aplastar a cada momento, sin éxito.

La noche siguió desgranando sus clepsidras con lentitud deliberada… Pero al final terminó su imperio y la oscuridad comenzó a replegarse para dejar paso a un amanecer rojo y dulce.

Los hombres ya estaban despiertos, pero seguían quietos en los puestos asignados, donde habían dormido. Sobre toda aquella alfombra humana reinaba un silencio extraño… Ya ni siquiera estaban nerviosos; sufrían una desesperación tranquila y relajada, la de quienes van hacia a la muerte y saben que ya es imposible volverse atrás. Para los unzas el miedo era algo vergonzoso y humillante, por tanto quienes lo sentían tenían que tragárselo, hundirlo hasta el fondo del estómago, y aparentaban frialdad, agarrando fuerte la lanza para que nadie descubriera el temblor de los dedos, y clavando la vista en un punto fijo, procurando que las pupilas no se movieran inquietas.

Los espías trajeron sus informes. Los rebeldes aún no habían abandonado la posición que tomaran en la noche y estaban dormidos o bien despertaban poco a poco, con la pereza y el malhumor propios del ejército que ha perdido la disciplina y en el cual nadie se esfuerza por recuperarla.

Ntomi ordenó la salida del cebo, los dos mil rápidos Leopardos, que echaron a caminar en silencio. Como muchos otros, Skarrion los vio partir desde la meseta. A pesar de no haber dormido, sentía una frescura física y mental que sabía engañosa.

Los dos mil Leopardos caminaban con rapidez, manteniendo las formaciones. Al cabo de media clepsidra empezaron a cantar a voz en grito e incluso en el Lamiane pudieron oírse sus voces, como un murmullo que iba debilitándose por momentos. La mancha de hombres desapareció, tragados por la distancia y el silencio.

Transcurrió un tiempo de expectación casi dolorosa… ¿Cuán cerca estarían esos dos mil Leopardos de los invasores? ¿Morderían los bárbaros el anzuelo? Mientras se hacían estas preguntas, los guerreros del Lamiane permanecían silenciosos, sometidos a la prueba tal vez más dura: esperar.

Skarrion miró a Ntomi, que estaba en el borde oriental de la meseta, enfrentado al valle. El emperador escudriñaba con ojos cansados y anhelantes el horizonte del este. Mostraba una expresión impenetrable, pero ya sudaba de pura ansiedad. Era su responsabilidad que todo lo que habían calculado saliera bien y más les valía que así ocurriera, no solo por sus vidas, sino por todo el Imperio unza.

Pasó una clepsidra de espera que les pareció un año entero. El sol iba tomando el control del mundo y ya lanzaba sus lanzas blancas y ardientes. No se oía una sola voz entre los hombres, que aguardaban en sus puestos, sin moverse, agitando de vez en cuando los miembros para desentumecerlos o para espantar a las moscas.

Ntomi, los generales y los vigías se pusieron rígidos.

En la línea del horizonte apareció un hilo cremoso, diminuto para los del Lamiane, pero cuyas proporciones reales se intuían gigantescas y aterradoras. La polvareda fue creciendo poco a poco, hasta que se adivinó otra banda más oscura, bajo ella.

De la primera nube se escindió una segunda, tan tenue que casi resultaba imposible de ver… Eran los dos mil Leopardos. Ya podía escucharse el griterío del ejército rebelde, como el gruñido todavía rumoroso de una bestia.

El pez había mordido el anzuelo.

Skarrion distinguió a los dos mil Leopardos, como una manada de sombras diminutas a la carrera. Unos mil pasos tras ellos comenzaban a perfilarse las primeras hordas enemigas y después venía una marea humana que por su tamaño le cortó el aliento.

Los unzas del Lamiane aferraban las armas, quieto cada uno en su puesto. Nadie hablaba, pero todos respiraban fuerte, sintiendo la sangre volar en las arterias y el corazón trotar desbocado, envejeciendo por culpa de la tensión nerviosa, sin poder impedir que la locura de la guerra invadiera la casa de la mente y expulsara a patadas a su anterior dueña, la cordura.

Skarrion sintió un aumento de energía, como siempre que parecía inminente la batalla. Pero esta vez él no participaría en ella, sino que la observaría desde lejos, cerca de los altos mandos. El pulso se le aceleró. Se encontró de pronto con la espada en su mano, pues la había desenvainado sin darse cuenta. La enfundó. La cercanía de la sangre, la muerte y el peligro le embargaban, era una avidez dolorosa que agotaba el cuerpo a pesar de estar inmóvil. Conocía bien esta sensación y jamás podría acostumbrarse a ella.

Hoy, sin embargo, debería verlo todo desde la lejanía.

—¡Al infierno! —exclamó.

Vencido por fuerzas que le sobrepasaban, se colgó el carcaj con veinte flechas y el arco, agarró el escudo y la azagaya y echó a correr hacia el borde interior de la meseta.

Escuchó a su espalda la carcajada de Ntomi y su comentario:

—¡Pensaba que esta no era tu guerra!

Skarrion le maldijo, a él y a sus ancestros, pero hubo de contener la risa enloquecida que subía por su garganta.

Bajó a saltos por la ladera, pasando entre guerreros de piel terrosa. Apenas le prestaron atención, pues estaban tensos, hambrientos de matanza. Las dudas y el temor ya habían desaparecido, relevadas por el instinto asesino. Sentían deseos de salir en busca del enemigo, pero eso estropearía el plan del emperador.

El sonido de los bárbaros crecía y crecía, su rugido escalofriante se impuso al mundo y lo hundió en un segundo y más denso silencio.

Pero los unzas del Lamiane aún permanecían callados, a la espera.

Skarrion llegó jadeante y sudoroso a la superficie del valle y siguió corriendo, atravesando la maleza baja y seca que laceraba sus pies y pantorrillas y hacía brotar hilos de sangre. No prestó atención a esas tonterías. Todo su cuerpo rezumaba sudor y el taparrabos, el coselete y las muñequeras estaban negruzcos y húmedos.

Ante sí tenía una extensión de tierra seca que bajaba en ligera pendiente, salpicada de piedras, grietas y desniveles naturales, y de vegetación a ras de suelo. Unos cien pasos frente a él distinguió la primera línea de arqueros, tumbados tras los matojos. Sabía que había muchos miles de Toros y Leones detrás, aunque estuvieran medio ocultos por la maleza.

Se volvió durante un instante, sin dejar de correr, y sus ojos recogieron el fugaz espectáculo de los dos mil Leopardos atravesando el paso del este, que parecía una columna de cielo entre dos masas de tierra y piedra. La marabunta enemiga los perseguía, estaba metiéndose sin saberlo en una trampa letal. Esos dos mil Leopardos pronto se abrirían en dos, hacia izquierda y derecha, para no estorbar a los arqueros.

Skarrion llegó a la primera línea de tiradores, que le reconocieron y le dieron la bienvenida con sonrisas de alegría maligna y mucho alzamiento de armas. Se tumbó entre dos jóvenes que él mismo había adiestrado, puso la azagaya y el escudo a su derecha, abrió el carcaj y colocó la primera flecha en la cuerda.

Ante él había una maraña de arbustos secos y amarillentos y por entre las ramas vio una nube de polvo gigantesca. El suelo temblaba y el bramido de los enemigos hacía vibrar los huesos.

El rugido creció y se volvió aún más horrendo, pues ya no eran solo gritos ansiosos de lucha, sino también voces de esfuerzo y dolor… Los veintiún mil enemigos habían penetrado en el valle y dos mil Toros, hasta ahora bien ocultos tras las moles rocosas, cerraban el paso por el que los rebeldes acababan de entrar, y empezaban ya a atacar la retaguardia del ejército invasor.

Había comenzado.

Sonó un grito de mando, emitido por Siete Dedos. Era la señal para que los arqueros actuaran. Se levantaron todos a un tiempo, con las flechas ya colocadas en las cuerdas.

La primera línea tenía trescientos tiradores, la segunda quinientos y la tercera y última doscientos. Todos dispararían hacia delante y arriba, para que las flechas dieran en las cabezas del enemigo, no en sus escudos; pero a medida que se fueran acercando, el tiro sería más bajo. Todos los arqueros tenían orden de disparar sin interrupciones, hasta agotar los proyectiles.

Skarrion distinguió al otro lado de la tierra de nadie una masa

confusa de cuerpos y polvo, un muro de carne y armas en movimiento.

Ntomi gritó por segunda vez, los arqueros soltaron las cuerdas y sus flechas atravesaron el aire.

Cuando los rebeldes los avistaron su sed de sangre aumentó y con ella la velocidad de su carrera… Pero de pronto les golpearon cientos de flechas, que llegaban de frente y sobre todo desde arriba, como una lluvia de madera y acero. Comenzaron a caer salvajes, con los escudos y los cuerpos atravesados. Los de atrás pisoteaban a los heridos y a los muertos, tropezaban y se desplomaban, siendo también aplastados y aumentando el caos hasta extremos que volverían torpe e insuficiente la descripción más realista.

La mayor parte de la vanguardia rebelde estaba formada por bayunes, los más bravos del ejército invasor, así que muchos siguieron avanzando con valentía, hasta caer a tierra cosidos a flechazos. Tanta mortandad creaba auténticos túmulos de cadáveres que los de atrás debían escalar, resbalando sobre la carne. Las flechas abandonaban sus arcos, ascendían como una bandada de palitos silbantes bajo el azul del cielo y luego caían como un chaparrón mortífero, atravesando coronillas, hombros, espaldas, brazos y pechos.

Pero a causa de la polvareda poco podían ver los arqueros de todo el mal que estaban causando. Solo distinguían las primeras mareas de mortandad y unas sombras difusas y aulladoras que las escalaban y eran después acribilladas. Ya no tenían que tirar alto y ni siquiera necesitaban apuntar: tiraban a bulto, sabiendo que la flecha alcanzaría sin duda la carne, estuviera viva o muerta.

Desde el norte y el sur llegaron nuevos rugidos, cuando los nueve mil Leopardos de las laderas corrieron cuesta abajo, como una avalancha de piedras humanas. Y chocaron con los costados y la retaguardia enemigas con brutalidad máxima.

Era el momento de aplicar lo aprendido durante esas agotadoras semanas de adiestramiento, que habían convertido a los unzas en bestias de guerra en el esplendor de su poderío físico. La marea de Leopardos clavaba sus azagayas en las comprimidas líneas rebeldes, arrollando y empujando a heridos y moribundos con los escudos y pasando después sobre los cuerpos, para seguir penetrando en la muchedumbre de bárbaros.

Pero los arzawis, bayunes, quianus e itembas, aunque desconcertados, no eran cobardes en absoluto, y se revolvieron y respondieron con su furia característica. Rebeldes e imperiales se enzarzaron en una lucha encarnizada, formaron una turba de cuerpos que acuchillaban, lanceaban, aplastaban a mazazos y hacheaban. La roja matanza llenó el Lamiane y los dioses de la guerra contemplaron a sus hijos con torva satisfacción. El ojo de fuego del cielo también

admiraba la contienda, pues ninguna nube osaba cruzarse en su campo de visión; el sol esparcía sobre el valle sangriento un fuego implacable, un calor inusual, como si también él hubiera despertado del letargo de la razón y deseara unirse a la locura del combate.

Cuando las flechas se agotaron sus dueños tiraron los arcos, cogieron el escudo y la lanza y cerraron filas para recibir al enemigo.

Desde atrás les llegó un nuevo estruendo. Dos mil Toros y tres mil Leones avanzaban en temibles cuadros para unirse al millar de Leopardos.

Skarrion se fijó, entre la horda de sombras y polvo que se les venía encima, en un salvaje que aullaba, con una flecha atravesando su hombro izquierdo. Skarrion se agachó, le clavó la lanza en el pecho y aprovechando el ímpetu del contrario se levantó y lo dejó pasar por encima de su propia cabeza, sintiendo la sangre del enemigo mojar su cuello y su cara. Se le unieron decenas de Leopardos, un muro de escudos por entre los cuales sobresalían las azagayas. Skarrion estoqueaba, rajaba, pateaba y esquivaba. La masa de hombres se comprimió de tal manera que temió asfixiarse, pero se abrió un hueco a fuerza de estocadas y tajos, y empujones con el escudo.

Toda esta humanidad retrocedió cuando los Toros entraron en el juego. Se unieron a los Leopardos, que les dejaron pasar para llegar a la vanguardia, y empezaron a abrir en la masa enemiga una brecha sangrienta a fuerza de hachazos y mazazos.

Y a ellos se les sumaron los tres mil Leones, armados con cuchillos de hoja ancha y larga.

El ejército de los bárbaros se comprimía por la acción de las huestes que atacaban sus flancos, su vanguardia y su retaguardia. Pero grupos de hasta cien rebeldes conseguían escapar del cuerpo principal y trataban de huir laderas arriba. Los Leopardos los perseguían y alcanzaban, y se sucedían las escaramuzas y los duelos sobre la falda de piedras y tierra. Los heridos y los muertos rodaban entre nubes de polvo, los aceros brillaban bajo el sol y aquellos rebeldes escapados encontraban su final a la sombra de las azagayas, bajo un soldado imperial que desorbitaba los ojos antes de golpear.

Los tres pasos continuaban protegidos, cada uno por dos mil Toros, que sostenían unas luchas ferocísimas, al intentar contener a cientos de enemigos que intentaban escapar como fuera de aquella trampa gigantesca. Pero los Toros aguantaban a pie firme, como un muro impenetrable de corpachones y escudos, a cuyos pies se agolpaban heridos y muertos.

Desde la cumbre, Ntomi observaba aquel espectáculo infernal con semblante metálico y mirada intensa y sombría. Las nubes de polvo iban cayendo poco a poco debido a la muchísima sangre que estaban tragando y sobre la tierra y la vegetación pisoteadas se extendía un

barrillo negruzco. El emperador estaba seguro en su cima, acompañado de los mil Leones de su Guardia Imperial. También estaban allí Ecobe y Macutela, cerca de Ntomi, igualmente silenciosos y tensos.

Pero el plan estaba saliendo de la manera prevista. Los unzas seguían comprimiendo al ejército rebelde desde todas direcciones, tanto, que ya todo él era una masa desordenada y confusa de hombres que resistían como podían el ataque de los Leones, los Leopardos y los Toros. Los unzas no dejaban pensar al enemigo, llevaban la iniciativa, hundían sus armas en aquel monstruo, lo desgarraban y partían y aplastaban por último sus miembros segados.

Cerca de siete mil guerreros ya habían muerto, la lucha no era tan abigarrada y se abrían espacios entre los contendientes, a medida que los supervivientes se esparcían por el valle. Los rebeldes acusaban más el cansancio; durante las semanas anteriores, mientras ellos se dedicaron a los excesos, el ejército de Ntomi se ejercitó sin descansar ni un solo día. Por ello, ahora los unzas descargaban sus golpes con el doble de fuerza y mantenían sin vacilación su presión infernal. Los invasores no podían contraatacar y, aunque con valentía, se limitaban a resistir golpe tras golpe.

Skarrion era uno más en el combate. Peleaba de forma acompasada, maquinal, aplicando los conocimientos de esgrima adquiridos entre los unzas y los trucos que ya conocía de su carrera como mercenario. Hundía la azagaya en el hueco y paraba el lanzazo o la cuchillada con su escudo medio destrozado. A su lado marchaban juntos Leopardos, Toros y Leones, pues ya las tres clases de guerreros se habían fundido en un mismo Cuerpo y atacaban como un solo grupo, empujando, pinchando, pasando por encima de los cadáveres o cayendo entre ellos.

Skarrion se metió junto a muchos unzas en una de aquellas algaradas, compuesta por al menos doscientos luchadores. Sentía los brazos y las piernas pesados como el plomo, pero continuaba golpeando más allá del deseo consciente, sometido por un instinto profundo, capaz de mantenerle en pie y guiar sus acciones… Transcurrida una difusa eternidad, se percató de que los rebeldes de los alrededores habían muerto o se limitaban a huir. Mientras los imperiales avanzaban los rebeldes retrocedían, mirando hacia todas partes en busca de una salvación que no iban a encontrar. Skarrion caminó entre los cuerpos, con la mirada sombría y febril, rematando a cuanto enemigo caído encontraba. La coraza de cuero le había salvado muchas veces la vida y aun así estaba desgarrada en más de cinco sitios; el taparrabos colgaba en tiras de piel sucia y apelmazada; del escudo solo conservaba el armazón destrozado. Empuñaba una azagaya sin hoja y además la madera del extremo superior estaba

astillada y abierta… Se preguntó durante cuánto tiempo habría seguido clavando y golpeando con el astil roto, sin percatarse de que le faltaba el acero. Era una figura atávica y monstruosa, sucia de polvo y sangre.

Cayó sobre las rodillas, vencido por un dolor mareante que se esparcía desde su cabeza. A su lado los imperiales seguían caminando en busca de más enemigos, ajenos a su aturdimiento. Se llevó una mano a la cabeza y sus dedos se hundieron entre el pelo pegajoso, tanteando la misma superficie huesuda del cráneo, pues le faltaba un trozo de cuero cabelludo tan grande como un ojo, quizás arrancado por un mazo o el roce de una azagaya. ¿Cuándo le golpearon? No lo sabía. Intentó aferrarse a la realidad, pero el mundo ennegreció a pesar de que tenía los ojos abiertos. La consciencia iba y venía. A veces percibía la tierra bajo sus rodillas y a veces creía estar flotando en la oscuridad. Parpadeó, esforzándose por no perder el sentido. Se sintió descender por un abismo, pero de pronto ascendió y subió y subió y subió, hasta…

…El caos tronando en sus oídos: los gritos de moribundos y victoriosos y el canto vibrante de los aceros. Sintió la luz y el calor del sol. También solidez, ardor, aspereza y una suavidad pegajosa. Se pasó la lengua por el interior de la boca, probando su propia sangre dulzona y metálica. Se sentía débil. Pero estaba vivo.

Observó la posición del sol, que ya estaba en el punto álgido de su camino, y se le cortó el aliento, porque había pasado quizá más de una clepsidra desde que perdiera la consciencia.

Había heridos y muertos hasta donde alcanzaba la vista. El Lamiane estaba sembrado de seres destrozados que formaban un océano de carne húmeda. En el cielo los buitres volaban en círculos, protestando a gritos su hambre. Pero no osaban descender, pues la batalla aún no había acabado. En el extremo oriental del valle se desarrollaba un último y gran combate en el que participaban unos diez mil hombres. Sobre el resto del Lamiane las luchas eran más pequeñas, de unos cien hombres como mucho. En cada uno de los tres pasos también había combates, pues muchos rebeldes desesperados seguían intentando escapar, pero topaban con los Toros invencibles. Skarrion comprendió que los unzas habían ganado. Pero los últimos bárbaros constituían el núcleo resistente, lo más más duro y valeroso de su ejército destruido, la élite. No iban a rendirse y seguirían luchando hasta que el acero los sometiera de manera definitiva.

Skarrion logró levantarse. Aún tenía el escudo medio destrozado. La cabeza le dolía, esparcía ondas de sufrimiento obstinado y machacón. Latido a latido, comenzó a parecerle soportable. Caminó, pisando muertos y moribundos, hacia la gran pelea del este. Iba a meterse en ella. Tiró los restos de la azagaya y desenvainó la espada,

que brilló bajo el sol triunfal. Sufrió un nuevo mareo y el universo se bamboleó bajo sus pies, como un barco en la marejada. Se pasó la mano por las cejas para apartar la sangre que resbalaba por su frente y se le metía en los ojos, obligándole a parpadear. Tragándose las náuseas, siguió caminando. De algún lugar sacó las energías necesarias para dar un paso tras otro, en busca del último acto de aquel drama sangriento. Quedaba trabajo por hacer.

Ahora había más espacio entre los guerreros, por lo que Skarrion pudo descubrir en el centro de la gran muchedumbre un núcleo tumultuoso: el ojo del huracán. Distinguió una cabeza cuyo tocado le era conocido y durante un instante vio la cara de Ntomi. Al final, el emperador también había bajado al fondo del valle para unirse a sus hijos en la batalla. Ntomi tenía en sus manos el Arma. La Maza Sagrada iba y venía, fugaz, silbando y ladrando una estrofa de horror y aniquilación. Los enemigos se esforzaban por llegar hasta él, todos querían dar muerte al emperador antes de sucumbir, pero Ntomi abría el compacto muro de cuerpos a fuerza de mandobles poderosos, como un enajenado. Le poseía la *Ira de Nombi*, como a los otros emperadores que blandieron la Maza antes que él. Había algo diabólico en esa imagen, algo que ponía el vello de punta. Y lo más espantoso era que la cabeza del Arma estaba limpia, seca y brillante a pesar de la mucha sangre que debería mancharla, como si el metal la absorbiera y tragara con avidez. Los Leones trataban de rodear al emperador para protegerle, pero Ntomi les imprecaba y apartaba a empujones para seguir luchando con la Maza. Y como muchos, Skarrion se preguntó al verle quién manejaba a quién: ¿el hombre a la Maza, o la Maza al hombre?

Mientras Skarrion intentaba abrirse paso entre los guerreros para llegar al combate, descubrió otra figura que le resultaba conocida. Bombyane. Tomaba su hacha mellada y oscura a dos manos. Skarrion se le unió, el eunuco le reconoció con una mirada sombría y ambos se adentraron en el bosque de cuerpos.

Y la lucha continuó a través de la ira, la locura, el coraje, la gloria y el horror…

…Pero al fin, como una pesadilla de la que se acaba de despertar, el tumulto cesó.

Skarrion se encontró rodeado de imperiales, sin más bárbaros que matar. Cerca, Bombyane alzaba el hacha a dos manos sobre un bayune arrodillado y moribundo que trataba de levantarse. El unza abrió mucho los ojos y descargó un golpe que abrió la cabeza como si fuera una sandía. Era su último enemigo. Algo parecido les ocurría al resto de los imperiales. Los invasores estaban muertos o heridos de gravedad y los pocos y últimos supervivientes iban siendo rematados, uno tras otro.

Los campeones, los miles y miles de unzas aún en pie, levantaron sus armas y gritaron el nombre de su emperador. Aquel rugido se extendió sobre el Lamiane, pareció cubrir sus mesetas y la llanura del exterior, echó a volar hacia los cielos y envolvió la bóveda azul celeste: *¡Ntomi! ¡Ntomi! ¡NTOMI!*

El Gran Leopardo fue alzado en hombros. Los guerreros se peleaban por tocarlo con los dedos y lo aclamaban hasta enronquecer, muchos llorando como niños, sumidos en el éxtasis de la victoria. El emperador tenía los brazos en alto y mostraba la Maza, seca y satisfecha bajo el sol deslumbrante. Miró hacia el cielo y después hacia sus hombres, tratando de abarcarlos a todos con la vista, iracundo y silencioso, dominado aún por la maldición del Arma.

Bombyane levantó el hacha y gritó, uniendo su voz a la de tantos, pero Skarrion dejó caer sus brazos exhaustos y soltó un reniego con voz ronca, en lengua shakark. No pudo evitar sonreír con acritud, apretando las mandíbulas, como lo haría una fiera que al fin agarrara una presa que se le hubiera escapado una y otra vez.

Habían vencido.

16

Al atardecer comenzó la tarea horrenda y agotadora de contar los muertos unzas, recogerlos y llevarlos a un lugar donde enterrarlos en gigantescas fosas comunes, para que no se los comieran los buitres. Por el contrario, los cuerpos de los enemigos no tenían importancia y fueron dejados en el campo de batalla para servir de festín a los carroñeros.

En la batalla del Lamiane murieron casi todos los veintiún mil hombres del ejército rebelde. Solo unos pocos cientos lograron escapar, individualmente o en grupos reducidos, escabulléndose de la lucha del fondo del cuenco, escalando las laderas, rebasando las mesetas y descendiendo a la carrera por sus faldas exteriores. Algunos contingentes de Leopardos fueron enviados en su busca; los rastrearían durante días y si los encontraban los exterminarían del primero al último, pues Ntomi había decretado que todos los bárbaros del Lamiane debían morir. Por los tres pasos del valle, defendidos por los Toros, no escapó ni uno solo de los bárbaros. Allí, sus cuerpos se apilaban en túmulos escalofriantes.

Cayeron unos siete mil imperiales durante la batalla y otros dos mil en los días siguientes, debido sobre todo a las infecciones. Aun así, la severa medicina de los unzas logró salvar muchas vidas mediante la amputación de manos, brazos, piernas o pies, un modo drástico pero efectivo para impedir la corrupción de todo el cuerpo.

El bajo índice de mortandad entre los unzas, considerando el pavoroso número de guerreros al que se enfrentaron, se debió a varios factores. Uno fue la preparación sobresaliente con las armas, el endurecimiento físico a que fueran sometidos durante las semanas anteriores a la lucha; cuando se enfrentaron a sus enemigos actuaron como bestias metódicas e incansables, mientras que los bárbaros, mucho menos resistentes, quemaron su coraje en explosiones momentáneas de fuerza y energía. Pero la razón principal de la victoria fue la inteligente estratagema de Ntomi: los unzas habían atacado a los rebeldes desde todas direcciones, comprimiéndolos, convirtiéndolos en una masa abigarrada a la que le resultó casi imposible reaccionar. Los rebeldes habían mostrado valor, pero no tenían la cohesión ni la disciplina imprescindibles para conseguir la victoria en la batalla. La vanguardia fue masacrada por los arqueros y después vapuleada en el cuerpo a cuerpo; después, desde las laderas los Leopardos cayeron sobre flancos y retaguardia, aprovechando el

impulso adquirido al correr cuesta abajo; y como broche final, los Toros cerraron los tres pasos e impidieron a los invasores escapar.

Durante las semanas siguientes a la masacre no solo los buitres y las hienas acudieron en masa al festín, pues también llegaron familias y hasta manadas de leones y leopardos. Los felinos y los carroñeros siempre se habían llevado mal, pero las bestias tenían tantísima carne que no hubo una sola disputa. Los animales comían hasta hartarse, dormían y, una vez despiertos, volvían a darse el atracón. Las gacelas, los ciervos, los antílopes y las cebras de las cercanías pudieron sestear con tranquilidad durante algún tiempo.

No todos los cadáveres rebeldes fueron abandonados en el Lamiane. Ntomi ordenó sacar del valle mil enemigos muertos, que en los días siguientes subieron en carretones y llevaron a las fronteras orientales del Imperio, para que fueran empalados y expuestos como un trofeo macabro. Era un aviso para todos los que pudieran concebir enfrentarse de nuevo a los unzas.

Volvió el dominio imperial a los pueblos de los que partieran los guerreros aliados. Pero Ntomi no permitió ninguna venganza sobre las ahora mermadas poblaciones, compuestas sobre todo por mujeres, niños y ancianos. Las tropas unzas no saquearían ni cometerían agresiones ni violencia de ningún tipo contra los débiles e indefensos, a pesar de que muchos unzas querían dar rienda suelta a sus bajos instintos. Pero desobedecer las órdenes del emperador equivalía siempre a morir, a menudo de manera lenta, y sobre todo en acto público y vergonzoso —quizás lo que más le doliera a los unzas—, así que los guerreros obedecieron. También rebajó los impuestos y aumentó las libertades económicas y políticas de cada región, ciudad y aldea. Había comprendido que toda severidad excesiva era la semilla de una futura rebelión. Aunque no toleraría más sublevaciones, decidió que en adelante gobernaría a sus súbditos con suavidad… O al menos, con toda la suavidad que era capaz de mostrar un mandatario unza. A pesar de que los imperiales eran crueles si se les desobedecía, no lo eran más que los propios bárbaros, para los cuales el pillaje y el robo entre clanes constituía la normalidad. Los unzas eran despóticos, orgullosos e impacientes, y también cometían injusticias, pero al menos bajo su mandato las gentes vivían en paz, sin destrozarse unos a otros.

En el norte, sur y oeste también se recuperó el control. Por supuesto, no hubo más conatos de rebelión ni otras intentonas invasoras; el ejército bárbaro había sido aniquilado, derrumbado hasta los cimientos, y a ningún otro loco se le ocurriría desafiar al Imperio en mucho tiempo.

En la batalla del Lamiane murió Dabulamanci, aquel fiero anciano amante de la cerveza. Su vida acabó como él siempre había esperado,

empuñando la azagaya. Ahora podría reunirse en la Otra Vida con sus seres amados, sobre todo con su querido hijo Cibebi, que fue capturado y asesinado por los rebeldes cuando llevaba la Maza Sagrada, camino de Gingindlovu, días antes de la batalla del monte Olobane.

En el Lamiane también murió Macutela, general supremo de los Leones. Quienes le vieron luchar cuentan que buscó, como de costumbre, lo más encarnizado de la lucha, y que tardó en morir a pesar de haber recibido golpes de lanza, hacha y maza que hubieran acabado con cualquier otro. Y mientras recibía la última cuchillada continuaba lanzando insultos a sus asesinos, entre espumarajos de sangre.

Otro que murió fue Sicali, el lancero manco de los Toros, Héroe del Olobane y Líder de Mil. Sicali visitaría a su padre Siayo en las Regiones Celestiales. Tal vez los espíritus de Dabulamanci y Sicali abandonaron al mismo tiempo sus cuerpos físicos, uno para reunirse con su hijo y el otro con su padre.

Muchos otros hombres murieron y muchos otros ganaron honores gracias a su heroísmo durante la batalla:

Así, Izane, aquel joven Leopardo que Skarrion apodara en su fuero interno como *el Bocazas*, por su facilidad para la crítica gratuita y destructiva, obtuvo el mando de Mil. Estaba entre los que cargaron desde las laderas norteñas del Lamiane y al parecer luchó como poseído por un frenesí histérico: no cesaba de chillar, como el mono al que la pantera muerde la cola, y se abrió paso a lanzazos entre los enemigos con tal acometividad que enseguida dejó atrás a sus compañeros de vanguardia. Incluso rodeado de bárbaros, los mantuvo a raya descargando golpes veloces, sin dejar de girar sobre sí mismo, hasta que el resto de Leopardos al fin le alcanzó. Por si esta hazaña le pareciese poca a cualquier escéptico, Izane no se alejó del emperador cuando Ntomi bajó al combate; parecía su sombra o su perro guardián, e incluso a los Leones de la Guardia Imperial les sorprendió la rabia frenética del muchacho. Tras la batalla, Izane estuvo dos semanas tirado sobre el jergón, recuperándose del castigo físico, pero ni siquiera entonces cerraba la boca y describía a menudo, con insistencia machacona, el dolor de sus heridas y el valor de sus acciones. Al comunicársele que había ganado el Mando de Mil, se desmayó. A partir de entonces se volvió aún más insoportable. Pero bocazas o no, mereció ese honor a causa de su comportamiento prodigioso en la batalla.

Cientos de guerreros acabaron mutilados o sufrieron heridas espeluznantes. Por ejemplo, Ecobe, General de los Toros, gracias a un solo tajo perdió la oreja y quedó desfigurado desde la sien a la barbilla, viéndose por la rajadura un par de dientes y sus encías.

Skarrion Gunthar tenía varias señales más en su cuerpo cosido a cicatrices. Su dura cabeza soportó, sin más contratiempos que algunas jaquecas, la herida del cuero cabelludo. Los cirujanos cosieron y desinfectaron esa brecha y las demás rajaduras.

Pasó los días siguientes a la batalla entre borracheras, siestas y banquetes donde unos y otros contaban sus propias historias del combate —algunas increíbles, otras un poco más sinceros—. Mientras, recuperaba las fuerzas y se cerraban las heridas.

Uno que prefirió no sumarse a tales festejos fue Bombyane.

Durante la batalla recibió un lanzada en la rodilla izquierda; la herida cicatrizó, pero la articulación quedó dañada, provocando una cojera incurable. Aunque semanas atrás muchos le llamaran *medio hombre,* en el Lamiane se ganó el respeto de todos. Y aunque cojo, su fuerza física y su valor le depararían varias hazañas más en el futuro, antes de que la muerte se lo llevara, como a todos.

Aunque Ntomi le permitió luchar en el Lamiane, no perdonó el destierro y en cuanto Bombyane pudo volver a andar se alejó del campamento unza, silencioso, como una sombra perdida en la oscuridad de la noche. Ningún unza se despidió de él, pues estaban todos ocupados en sus celebraciones.

Pero hubo un hombre que le llamó a gritos cuando el hachero cojo ya se internaba en la llanura bajo las estrellas. Bombyane se volvió. Lejanas quedaban las luces de las fogatas y entre ellas los soldados cantaban y bailaban, como los muñequitos de un sueño infantil. Un hombre alto se le acercaba a paso rápido. Llevaba dos cuencos y le pasó uno.

—Antes de irte, bebe conmigo —dijo Skarrion, con una sonrisa.

Bombyane también sonrió y tomó un sorbo de cerveza.

Se sentaron sobre un montículo y hablaron durante mucho tiempo acerca de los hechos acontecidos en el Lamiane.

Después, cuando se hizo el silencio, Skarrion le preguntó:

—¿Qué harás a partir de ahora?

—En primer lugar he de ir al suroeste, a Mesinga, donde se encuentra Nara. Descansaré allí durante una semana o dos y después me iré con mi compañera proscrita, quizás a las montañas del norte, allende las fronteras del Imperio. En esa zona hay valles inhóspitos y desolados, apartados de las aldeas y las ciudades, donde un hombre solo puede sobrevivir si sabe cazar y defenderse de las bestias.

—No estarás solo.

Bombyane se encogió de hombros y miró hacia el suelo. Sonrió, soltando el aire por la nariz, con fuerza. Estaba recuperando la amargura vieja y obstinada que la vorágine de la guerra había logrado apartar a un lado.

—Nara acabará marchándose —dijo, con sencillez—. Está hecha

para dormir sobre pieles y sedas, no al raso o con mantas rancias y desgarradas. Me abandonará por el primer reyezuelo que le prometa lujo y comodidades.

—No se irá de tu lado.

—Te equivocas.

—No se irá de tu lado —repitió Skarrion.

Bombyane lo dejó pasar y prosiguió:

—Quizás algún día, cuando me harte de vivir en una cabaña, seguiré viajando hacia el norte, atravesaré las selvas y quizás llegue a los reinos donde se adora al profeta Paisharem: Imyaria, Abhli, Razhull… Allí viven hombres de piel cobriza que se arman con espadas curvadas y utilizan a los de mi raza como esclavos o como guerreros. Me convertiré en un mercenario y lucharé para el que mejor pague. Llevo sangre unza en las venas, así que no puedo alejarme de los aceros.

—Espero que encuentres lo que de verdad estás buscando. En realidad ya lo has encontrado, pero aún no te lo crees.

Ntomi dejó la vista colgada del horizonte y no contestó. Tras muchos latidos, se volvió hacia Skarrion.

—Y tú, Colmillo de León, ¿qué harás?

—Seguiré algún tiempo más con Ntomi y luego me iré hacia el sur, buscando la mítica Lukumbia.

—Te deseo suerte.

Frunció el ceño mientras miraba el horizonte oscuro, aplastado bajo el cielo hinchado de estrellas.

—No existe la suerte. Solo existe la voluntad de los hombres y, tal vez, el capricho de los dioses. —Miró a Bombyane y una sonrisa distendió sus facciones—. Pero antes de viajar hacia el sur quiero despedirme de Niala. Iré a sus tierras de Mesinga.

—Quizás nos veamos allí, una última vez.

—Quizás.

Continuaron hablando, tocando temas vanos o trascendentes, que iban fluyendo sin prisa ni pausa a lo largo de la noche.

Al amanecer se estrecharon los antebrazos y se abrazaron.

Skarrion contempló marcharse a Bombyane. El guerrero cojo llevaba una bolsa de provisiones colgada de la espalda, una lanza en la mano izquierda y el hacha en la diestra, con el astil descansando sobre el hombro.

Su figura desapareció en la distancia.

Skarrion regresó al campamento, donde los soldados mugían sus últimas incoherencias o roncaban la borrachera.

Ntomi le dio a Skarrion un mapa para llegar a Lukumbia y le transmitió todas las indicaciones necesarias sobre las diferentes culturas que encontraría por el camino. Incluso con aquella información valiosísima, sería un trayecto duro y peligroso. Skarrion pasó clepsidras memorizando el plano, hasta sus más pequeños detalles, y luego lo echó al fuego.

Cuando estuvieron en Mancumi, en el Palacio Real, Ntomi le dijo:

—Toma, esto te va a gustar.

Era otra coraza de cuero duro, un taparrabos de piel de león, un cinto grueso y unas tiras de pellejo curtido que podrían enrollarse alrededor de las muñecas. La ropa que llevara al Lamiane había quedado destrozada y tuvo que vestir a partir de entonces como un Leopardo más, así que Skarrion aceptó aquellos regalos con placer.

—Sé que eres más León que Leopardo —le dijo Ntomi, con una sonrisa, y Skarrion asintió con buen humor—. También he ordenado traer para ti estas armas.

Se las ofreció envainadas y Skarrion las desnudó. Eran una daga razhulli y una espada abhlia, afiladas y brillantes, muy parecidas a las que llevara cuando entró en el país de los unzas. De ellas solo había conservado la espada, inútil tras la batalla del Lamiane. Skarrion tomó los presentes con alegría. No le desagradaban las azagayas, hachas y mazas unzas, pero prefería una buena espada. Su felicidad habría sido completa si en lugar de un acero curvo del sur hubiera tenido una espada bastarda o un mandoble de Shakark. Pero eso, en Ishanki, era imposible.

—¿De dónde has sacado las armas? —preguntó, sopesándolas y asintiendo, satisfecho.

—Por nuestras tierras pasan de vez en cuando esclavistas y algunos vienen de los países donde se forjaron. Estos mercaderes suelen llevarse a gente de los quianus, nacus o arzawis, pero jamás raptan unzas. —Frunció el ceño—. Hace muchos años, robaron mujeres y niños de las aldeas unzas norteñas, así que un ejército de los nuestros los persiguió a través de selvas y desiertos, los alcanzó, liberó a los secuestrados y dio a sus raptores un final tan lento y espantoso que no han vuelto nunca a molestarnos. Cuando pasan por nuestros territorios, en dirección a otras tierras donde hallar sus presas, nos dan regalos en señal de buena voluntad. —Sonrió, malévolo—. Y también para que olvidemos, creo, el error que antaño cometieron sus compañeros. Guardamos esos presentes en un almacén oscuro y allí crían polvo, pues nosotros no los necesitamos para nada. Mandé buscar en él armas parecidas a las que llevabas cuando entraste en el Imperio y mis sirvientes las afilaron y les sacaron lustre. Aquí las tienes.

Skarrion miró los aceros aceitados y brillantes. Los enfundó.

—Gracias —dijo.

—No se merecen —contestó Ntomi—. Has hecho mucho por mi pueblo y de nosotros obtendrás cuanto desees: oro, mujeres hermosas, mando sobre ejércitos, tierras fértiles… ¿Que puedo ofrecerte para que sigas aquí, diablo extranjero? Los guerreros te aprecian y te respetan. —Sonrió—. Incluso al emperador le caes bien.

—No puedo seguir en el Imperio unza, Ntomi.

Ntomi frunció el ceño.

—¿Es que mi pueblo te desagrada? ¿Te resultamos burdos y toscos? Tal vez prefieras las culturas del norte lejano, más sofisticadas y decadentes.

—No es eso. He estado en al menos la mitad de todos los países del mundo conocido y te aseguro que el vuestro es uno de los mejores pueblos que he conocido. Pocos os aventajan en decisión y coraje. En realidad, me recordáis mucho a las gentes de mi tierra, los shakarks.

Ntomi se había ablandado, pero aún mostraba desconcierto.

—Entonces, ¿por qué nos rechazas?

—Porque no es mi destino continuar entre vosotros. Aunque me gustaría quedarme aquí, en vuestro país, mi corazón me dice que debo seguir viajando. Hacia el sur.

El emperador le miró con seriedad.

—Me parece bien. Cada hombre debe buscar su destino y si ese es el tuyo, reúnete con él. Pero has de saber que para nosotros ya no eres un extranjero más, sino Colmillo de León, que fue Guardián de la Maza Sagrada, Héroe del Olobane y Héroe del Lamiane. Tu recuerdo será venerado por mis guerreros, sus hijos y los hijos de sus hijos, y nadie, desde ahora, deberá pronunciar tu nombre, bajo pena de muerte. Así lo ordeno y mi voluntad es ley.

Aquella costumbre de prohibir el nombre de un héroe, hasta el punto de que cualquiera que lo dijese en voz alta recibiría el castigo máximo, era una tradición muy arraigada entre los unzas. Para cualquier guerrero, era un honor grandísimo.

—Gracias, Ntomi.

El emperador sonrió con su típica astucia felina.

—Sabía que lucharías a nuestro lado. Al final, mi guerra también fue la tuya.

—En efecto —reconoció Skarrion—. Tu guerra fue la mía.

Hubo una última fiesta en honor de Skarrion, presidida por el mismísimo Ntomi, y al alba el emperador y él se abrazaron y despidieron, no como aliados, sino como amigos y compañeros de batalla, un vínculo que nada en el mundo podría romper.

Skarrion abandonó la capital de los unzas con la boca pastosa y la mente algo aturdida por culpa de los excesos nocturnos.

Se volvió para echar una última mirada a la magnífica cúpula del palacio. Sus ojos también se demoraron en las siete murallas concéntricas e inexpugnables que rodeaban la ciudad, levantadas sobre el mismo monte que le servía de base y sustento. Por su mente cruzaron muchos recuerdos, algunos buenos y otros no tanto…

…Parecía ser el día de ayer cuando Siete Dedos le llevara preso a la capital del Imperio… Cuando Nabulama y Nara le contemplaran desde sus tronos y le condenaran al juicio de las Damas de la Noche. La imagen de la emperatriz, sublime y maligna, volvió con nitidez a su cabeza, así como la de las arañas horrendas que corretearon sobre su propio cuerpo. Miró la fachada del palacio imperial; si se esforzaba casi podía ver la misma ventana de los aposentos de la emperatriz por la que escapó y el mismo muro por el que se descolgó, agarrado a una cuerda hecha de telas y sedas. En alguna estancia de aquel gran palacio llegó a un acuerdo secreto con Ntomi: traer de vuelta la Maza Sagrada y recibir a cambio una ruta segura hacia Lukumbia. Se le apareció el rostro del que era entonces Jefe Supremo de los Leopardos, y ahora emperador, mientras le ofrecía un diamante; veía otra vez sus rasgos felinos, su sonrisa cruel, sus ojos astutos y ambiciosos. Sí, ese era el mismo palacio en cuyo gran salón Nara había sido despojada del cetro de mando; una gobernante despectiva, orgullosa, fiera como una leona acorralada, en busca de un campeón que la defendiese. De nuevo vio en su mente la lucha que sostuvo Bombyane contra tres paladines, su victoria increíble, el asombro y el silencio cuando un eunuco, un esclavo castrado, se apoderó de la Maza Sagrada, y la alegría de los guerreros al devolvérsela a Ntomi… Sí, volvió a verse otra vez a sí mismo con los ojos de la memoria, conducido por Siete Dedos y sus cazadores, hacia Mancumi, hacia el corazón del Imperio unza.

Este pueblo majestuoso y atroz había impreso una huella imborrable en su corazón endurecido. A los unzas solo se les podía amar o aborrecer, sin términos medios. Y él ya había hecho su elección, quizás desde el primer momento en que puso la mirada sobre Mancumi.

El ruido de pisadas le sacó de sus reflexiones y volvió la cabeza. Un grupo de hombres se le acercaba, tras haber cruzado la muralla más baja por su portón principal. Eran unos veinte Leopardos que bajaban al trote, cantando una de esas típicas canciones obscenas de los barracones. De un hombro colgaba un arco largo, como los utilizados en el Lamiane, y el carcaj pendía de la espalda. Llevaban la tolla envainada y sujeta al cinto del taparrabos, con la diestra empuñaban la azagaya y en la zurda llevaban el escudo.

Skarrion también llevaba un arco y su carcaj. De la cintura pendían la espada abhlia y la daga razhulli, envainadas. Las botas reposaban sobre un hombro, atadas una a la otra, pues aún no se había calzado. Quería sentir la tierra unza bajo sus pies desnudos.

Los hombres que corrían fueron haciéndose más nítidos a medida que iban acercándosele y Skarrion sonrió, pues el primero de todos era el Gran Zuani, más conocido como Siete Dedos. Ordenó hacer alto y se enfrentó a Skarrion con una sonrisa.

—El emperador me ha ordenado acompañarte hasta la tierra de Mesinga. Aunque el Imperio está en paz, estoy seguro de que hallarás alguna forma de meterte en líos antes de llegar a la hacienda de Niala, así que alguien tiene que cubrirte las espaldas, maldito y loco diablo extranjero.

Skarrion soltó una carcajada.

—¿Cómo podría correr riesgo alguno, escoltado por tus hombres?

—Los asuntos peligrosos te persiguen, Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado. Y no haces muchos esfuerzos para evitarlos.

—¿Acaso tú los evitas?

—¡Jamás! —replicó el unza, de buen humor—. ¡La vida sería muy aburrida!

—Entonces pongámonos en marcha y no tratemos de evitar cuantos riesgos nos salgan al paso.

A pesar de lo que se dijeran en tales momentos, no sufrieron ningún percance durante el camino, pues las fieras eludían al hombre, sabedoras de que era el peor de los depredadores, y ya no había enemigos humanos sobre el ahora tranquilo Imperio. En cada pueblo y aldea que visitaban se les agasajaba como a reyes. Skarrion no quería demorarse mucho tiempo en cada aldea y con diplomacia rechazaba una larga estancia. Aquella frugalidad, por el contrario, provocaba la irritación de Siete Dedos, a quien le encantaba la buena vida. Pero debía cumplir las órdenes del emperador, así que también rehusaba las fiestas y los obsequios que se les hacían en las diferentes poblaciones.

Al cabo de dos semanas llegaron a las tierras de Mesinga, en el suroeste.

Era un lugar rodeado de montañas nubosas, un lugar fresco y vivaz, alejado de la llanura seca y amarillenta. Aquellos parajes fértiles, bañados por ríos y lagos, formaban un auténtico vergel. Los montes suaves y cubiertos de selvas esmeraldinas se abrían en valles tapizados de praderas espléndidas, salpicadas de flores fragantes y delicadas. Y como si fueran un reflejo de su maravillosa región, las

gentes de Mesinga eran quizás las más amables del Imperio. Aunque sus hombres vivían como soldados, no mostraban esa hosquedad afilada, tan típica en sus compatriotas.

Llegaron a la morada de Niala, un palacete construido con una madera lacada de tonos suaves, brillante bajo el sol. El edificio mostraba sencillez y elegancia y Skarrion sospechó que ella misma debió supervisar la construcción. Había sido levantado cerca de una garganta entre montañas; desde las alturas caía una cascada blanquísima, sobre una laguna en cuyas orillas se alzaba un bosque de sauces. En la superficie flotaban nenúfares y cisnes. Los cocodrilos sacaban su cabezota alargada para contemplar el mundo aéreo con sus ojos pacientes y dorados. Una familia de hipopótamos ganduleaba en un lodazal, restregándose en el barro con placer.

Cerca de la mansión había un barracón en el que vivía la guardia personal de Niala, como había ordenado el propio Ntomi. Skarrion oyó los gritos de los hombres, provenientes de un bosque de las cercanías; sin duda estarían ejercitándose, como guerreros que eran.

Una trama de jardines bellísimos rodeaba el palacete. Entre sus rosales deambulaban las panteras y los leones. Siete Dedos se sobresaltó al verlos y sus soldados levantaron las azagayas, pero Skarrion sonrió y los contuvo levantando una mano. Los animales les gruñeron con pereza, volvieron la cabeza y se alejaron, al estilo despectivo y elegante de los felinos. En aquellos parajes no sentían miedo hacia los hombres.

—No me gusta este lugar —dijo Siete Dedos—. Es demasiado… pacífico.

—Es un paraíso —repuso Skarrion.

Siete Dedos meneó la cabeza.

—Escucha, Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado. Iré a visitar a los desgraciados Leopardos que viven aquí. Esos pobres diablos deben aburrirse mucho.

—Nos veremos mañana.

—Oh, no. Mañana estaré ya en el camino de vuelta a Mancumi. Nada me queda por hacer aquí, así que tras comer y dormir partiré al alba.

—Entonces, amigo Zuani, Gran Siete Dedos, me despido ahora de ti. Ha sido un honor viajar y pelear a tu lado.

—También yo me siento feliz de haberte conocido, Aquel Cuyo Nombre Jamás Será Pronunciado. Pero igualmente me siento triste, pues no marcharás de nuevo con nosotros hacia la batalla ni volveremos nunca a beber hasta caer sin sentido al suelo. ¡Adiós, extranjero de ojos azules! Conquista gloria y en los momentos desesperados recuerda a los guerreros Leopardos del Imperio unza, pues eso te dará el coraje y la decisión necesarios para superar cada

prueba del camino.

Estrecharon los antebrazos y se abrazaron.

Siete Dedos dijo:

—*Veloz como el viento*…

—…*Astuto como la sombra, afilado como el acero* —finalizó Skarrion.

Zuani asintió con una sonrisa satisfecha. Se volvió hacia sus Leopardos.

—¡Saludad al Guardián de la Maza, al Héroe del Olobane y del Lamiane, Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado!

Los soldados levantaron las azagayas y gritaron:

—¡Matar Hasta Morir!

Aquella frase terrible era tanto el saludo como la despedida que empleaban los soldados unzas entre sí.

—Matar Hasta Morir —respondió Skarrion, levantando la mano hacia ellos.

Siete Dedos ya caminaba de vuelta hacia sus guerreros cuando se detuvo. Se volvió y miró a Skarrion.

—Casi lo olvido… Antes de irme de Mancumi, el emperador me encargó darte un mensaje, que debes transmitir a ese eunuco proscrito que luchó en el Lamiane, si es que lo ves…

—¿Bombyane? —preguntó Skarrion, sorprendido.

—Sí, creo que ese era su nombre. El emperador ha decidido que, en atención al buen comportamiento demostrado en la batalla, se le levanta el destierro.

Skarrion quedó atónito.

—Podrá vivir dentro del Imperio —continuó *Siete Dedos*— y servir en el ejército como Líder de Mil, en la región del oeste, haciéndose cargo del contingente armado de Mesinga… Esta zona, creo recordar… Tendrá las riquezas y los honores correspondientes a tan alto rango y luchará junto a sus compatriotas en tiempos de guerra.

Skarrion no salía de su asombro, pero su sorpresa fue aún mayor al oír las siguientes palabras de Siete Dedos:

—En cuanto a la mujer que le acompaña, Nara, que fue dirigente del Imperio… A ella también se le levanta la proscripción, pero se cuidará de mantenerse siempre lejos del emperador. Si Ntomi vuelve a verla una sola vez la hará ejecutar de inmediato.

El perdón también se extendía a la supuesta asesina de Nabulama. Skarrion sonrió, comprendiendo que el corazón de Ntomi no era tan duro, después de todo.

—Les transmitiré estas noticias si me los encuentro —respondió Skarrion.

Siete Dedos asintió, volvió junto a sus hombres y todos ellos echaron a andar, en dirección al bosquecillo donde se encontraba la

guardia de Niala. Skarrion los vio irse hasta que se perdieron de vista.

Penetró aún más en los frescos jardines. Una brisa suave acariciaba los pétalos de las flores y los leones jugueteaban sobre la hierba, como gatos enormes.

Dobló una esquina formada por dos setos y accedió a un patio rodeado de almendros en flor. En el centro había un estanque circular con bordes de mármol cremoso. Y sobre un gran banco macizo de piedra gris estaba sentada Niala.

Llevaba puesto un largo vestido de seda verde, con franjas anaranjadas, y la prenda, como de costumbre, resaltaba su figura esbelta. En las muñecas y los tobillos lucía ajorcas y aros de plata, y un collar de diminutos eslabones dorados rodeaba su cuello. Su cabello largo y ensortijado caía sobre los hombros y la espalda. A su derecha, en el mismo banco, reposaba una hembra leopardo, tirada sobre un costado. Tres cachorrillos, como bolitas de piel, se apretaban contra su panza, mamando de los pezones. La madre se lamía una pata y entrecerraba los ojos, que se abrieron mucho al descubrir a Skarrion. Pero no había temor en ellos, solo curiosidad. La fiera siguió quieta, con las orejas aguzadas, observándole mientras sus hijos seguían pegados a las tetillas.

Como la hembra leopardo, Niala tampoco se movió al descubrirle. Skarrion la contemplaba con asombro. Sonrió. Ella no tenía puesta la máscara y mostraba al desnudo su rostro arrasado.

—¡Colmillo de León! —exclamó Niala—. ¡Has vuelto!

Echó a correr hacia él y le abrazó. Skarrion la apretó contra su cuerpo y se besaron.

—No debes pronunciar mi nombre —dijo él—. Ntomi lo prohibió.

—¡Al diablo con nuestro estirado emperador! Durante días me torturé con la idea de que podías haber muerto en el Lamiane, pero un mensajero me trajo la nueva de vuestra victoria. También me la comunicó Bombyane.

Skarrion contempló su rostro desnudo y los ojos de Niala se llenaron de preocupación y cierto temor. Retrocedió un paso.

—No llevas puesta la máscara —dijo Skarrion.

Niala pareció tomar aire y reunir fuerzas.

—Hace tres semanas que me despojé de ella y no he vuelto a ponérmela. No creo que vuelva a llevarla, jamás.

Skarrion asintió.

—También tú has librado una batalla, Niala. Y la has ganado.

Se miraron en silencio. Niala se volvió hacia el suelo y luego hacia un lado. Levantó la cabeza, mirándole con ojos tristes y sin embargo más fuertes que nunca.

—No te gusta que no lleve la máscara —dijo, con voz serena.

Skarrion la tomó de una mano y la acercó a él. Contempló con

detenimiento sus ojos de color marrón, y también cada marca, cada arruga, cada cicatriz de aquel rostro ovalado, y lo acarició todo.

—Al contrario. Ahora me gustas más.

Niala sonrió, con los ojos brillantes. La besó en los labios y ella le abrazó y se abandonó. Tras separar sus labios, se cogieron de la mano y empezaron a caminar.

—¿Sigue aquí Bombyane? —preguntó Skarrion—. Me despedí de él tras la batalla del Lamiane y me comentó su deseo de volver a estas tierras, para después marcharse hacia el norte.

—Sí, él está aquí, y Nara también.

—Tengo que darles una noticia.

—Después los verás. Ahora te quiero solo para mí.

—Eres una mujer muy bondadosa, por permitir a Nara cobijarse en tus propiedades, después de todo lo que te hizo.

—Ella también sufrió mucho, durante años. Estaba rodeada de gente, pero se hallaba en realidad muy sola. No merecía más castigos. La Nara del pasado está muerta y enterrada, ya recibió lo suyo y ahora se ha convertido en una mujer diferente. Además, ¿de qué sirve la venganza? Solo engendra más muerte y dolor.

Skarrion prefirió no responder, pues conocía la manera de pensar de Niala sobre algunos asuntos. En ese aspecto, un abismo insalvable los separaba, un precipicio que ninguno de los dos podría cruzar. Era mejor ocuparse de aquellas cosas que ambos compartían y en las cuales se entendían.

Encontraron a una pantera que se lamía el pelaje con parsimonia. Niala se le acercó, le rascó la nuca y el animal entrecerró los ojos y sus ronroneos retumbaron como los juramentos de un bribón de taberna. Al ver que Skarrion se acercaba, de sus fauces emergió un gruñido cavernoso. Él se detuvo, malhumorado, y Niala soltó una carcajada.

—Has recuperado tu poder —dijo Skarrion.

—Sí —respondió ella, uniéndosele y tomándole de una mano—. En un lugar bello y pacífico el don vuelve por sí solo.

—Me alegro de veras. Debes ser muy popular por estos lugares.

—Oh, las gentes de la región son muy gentiles. Curo a sus enfermos y a cambio me regalan presentes. Son mis buenos amigos. De hecho… —Bajó la cabeza, sonriendo.

—Acaba la frase.

—Varios jóvenes me han hecho la corte a la manera unza, es decir, alardeando sobre sus gestas y trayéndome difíciles presas de caza para demostrar que pueden ser esposos valientes y dignos. Se lo agradezco, pero les pido también que no me vuelvan a regalar animales muertos. También he tenido otros pretendientes menos atractivos, líderes y caudillos viejos y gordos; escucho los parloteos de todos ellos y acepto sus regalos, pero no quiero casarme con ninguno… —Abrazó a

Skarrion otra vez, apoyando la cabeza en su pecho, y susurró las palabras—: Y menos ahora.

Él la besó en el cuello y los hombros, ella se estremeció y apretó su mejilla contra la de él.

Siguieron paseando, tomados del brazo y charlando, hasta que, al doblar un recodo del jardín, descubrieron a Nara y a Bombyane.

Él estaba sentado a la sombra de un almendro y ella reposaba su cuerpo en el del hombre, con los ojos cerrados y una sonrisa tenue. Bombyane le pasaba una mano por el cabello y miraba hacia el frente con expresión inescrutable. Desde donde estaban no podían ver a Niala ni a Skarrion.

—Hacen una pareja casi tan rara como nosotros dos —dijo Skarrion, en voz baja.

Niala sonrió y susurró:

—Él está comprendiéndolo al fin…

—¿Comprendiendo el qué?

—Que ella le quiere de verdad. Dejémoslos.

Skarrion les echó una última mirada. Qué distintos parecían aquellos dos… La emperatriz soberbia se mostraba ahora tierna y cariñosa, y los ojos de Bombyane, por lo normal amargos y tormentosos, estaban serenos y colmados de paz.

—Al parecer, en estos jardines todas las bestias pierden su fiereza —dijo Skarrion, pensativo.

—Lleva cuidado —repuso Niala—, a ti puede pasarte la mismo.

—Yo aún tengo colmillos.

Skarrion le dio un mordisco suave en el cuello y ella dio un brinco y emitió un grito de diversión.

Por la noche, cenaron junto a Bombyane y Nara. La antigua emperatriz conversaba de forma animada, como si su pasado hubiera quedado muy lejos, y reía a menudo, con una alegría fresca y natural. También Bombyane parecía feliz, y aún más desde que Skarrion le transmitió las nuevas disposiciones impartidas por Ntomi, respecto al fin de la proscripción y los honores ganados en el Lamiane. Ya que Nara debía hallarse lejos de la corte de Mancumi, Niala les había ofrecido su propio hogar, donde los dos podrían vivir durante todo el tiempo que quisieran. Bombyane y Nara aceptaron, llenos de agradecimiento.

Las dos mujeres parecían haberse hecho muy amigas. Nara trataba a Niala con mucho respeto y afecto, a veces con timidez, quizás debido a todos los males que en otros tiempos le causara. Skarrion pensó que de veras Niala tenía el don de llevar la paz a cualquier ser

rabioso y atormentado, fuese animal u hombre.

Tras la cena, Skarrion y Niala se acostaron juntos, hicieron el amor y durmieron abrazados.

Y al amanecer, Skarrion se puso la coraza, el taparrabos de piel leonina, el cinto y las muñequeras. También cogió sus armas envainadas.

Y se calzó las botas.

—Vas a salir del país de los unzas —dijo Niala, desnuda, tumbada aún en la cama—. Te marchas.

Skarrion la contempló.

—He de irme, Niala.

—Lo sabía, Colmillo de León. —Se levantó y se puso un vestido sencillo y elegante que acariciaba su cuerpo esbelto a cada paso. Como siempre, estaba bellísima. Caminó hacia él como un felino—. Sé que no puedo retenerte.

—¿Recuerdas cuál era mi auténtico nombre?

—No.

—Skarrion Gunthar —respondió, con el acento brusco de su tierra.

Niala intentó repetirlo, pero las lenguas ishankita y shakark no casaban y le salió algo muy distinto a lo pronunciado por él. Ambos rieron, pero a sus rostros volvió poco a poco la seriedad.

—Bésame —dijo ella.

Cuando separaron sus labios, Skarrion se quitó el colgante del cuello. Era el colmillo de león, por el cual los unzas eligieron su apodo. Recordó al viejo y valiente felino y volvió a ver, con nitidez, el rostro del animal entre las hojas, sobre la rama del árbol al que Skarrion subiera para huir… Su hocico arrugado y aplastado, sus ojos furiosos e inyectados en sangre, sus belfos empapados, sus dos hileras de colmillos amarillentos, su melena color de fuego…

Cerró el puño sobre el colgante y se lo entregó a Niala.

—Es tuyo. Cuando quieras recordarme, póntelo.

—Eso no será necesario, pues jamás te olvidaré. —Los ojos de Niala se humedecieron—. Y sin embargo, siempre lo llevaré puesto.

—Adiós, Niala.

—Adiós, Colmillo de León. Que la suerte sea generosa contigo.

—No, Niala. La suerte no existe.

Se besaron por última vez y las lágrimas de la mujer mojaron su rostro.

Skarrion se volvió y echó a andar. Sus viejas botas pisaron el suelo de madera y después se hundieron en la hierba mullida. Antes de que desapareciera por completo entre los setos del jardín, antes de que ella le viera irse con una sonrisa pensativa y dulce, Niala le dijo:

—Tal vez haya una mujer que te esté esperando y a la que deseas regresar.

Skarrion se volvió y la miró con seriedad y dulzura.

—En efecto. Así es.

—Es una mujer con suerte. Posee tu corazón.

—Lo conquistó hace muchos años y aún lo tiene en su poder. Por mucho que me aleje de ella, siempre acabo volviendo a sus brazos.

—Quisiera saber su nombre, aunque quizás también me resulte difícil de pronunciar.

—Es un nombre sencillo. Se llama Aventura.

NOTA DEL AUTOR

La Maza Sagrada fue el segundo libro publicado de Skarrion Gunthar, de la mano de Timun Mas/Planeta, en el año 2006, tras *Los guerreros sin rostro* (2003, Timun Mas/Planeta). Si bien el primer libro era una selección de relatos y la novela corta que da el título, este segundo volumen de Skarrion Gunthar era en sí mismo, de cabo a rabo, una sola novela.

Desde el primer momento me había propuesto que todas sus historias, fueran relatos o novelas, debían ser autoconclusivas. Además, podrían ser leídas de manera independiente, de tal modo que el lector pudiera entender perfectamente cada una aunque no hubiera leído las anteriores. *La Maza Sagrada* cumpliría con este canon, por lo que no habría ningún *continuará* ni sería necesaria mucha introducción. Lo único que ha de saber el lector es que Skarrion Gunthar es un aventurero mercenario que recorre el mundo poniendo su espada al servicio de quien mejor le paga, aunque tiene, como todos los antihéroes, su propio código de honor y sus propios valores inviolables.

Cuando escribí *La Maza Sagrada* me sentía un tanto cansado de que la Fantasía en general, y la Épica y Heroica en particular, transcurrieran casi siempre en ámbitos que evocaban la Antigüedad y la Edad Media en la vieja Europa. Por tanto, quise una novela de Fantasía y aventuras que transcurriera en un lugar exótico y casi inexplorado en el Género. Y elegí el mundo de los pueblos africanos, muy rico y cargado de potencialidad. Además, me sentía muy interesado por el pueblo y la cultura zulúes, que me sirvieron como clara, pero no total, inspiración para los enérgicos y temibles unzas de la novela. Creo con firmeza que la Fantasía debe abrirse a otros espacios y recorrer más caminos que no sean los de siempre, y quise poner mi granito de arena.

Las ventas de este libro y de su antecesor no justificaron que la editorial continuara con la serie de Skarrion Gunthar y *La Maza Sagrada* durmió en el limbo de los libros descatalogados durante muchos años, hasta que decidí autoeditarlo, al igual que *Los guerreros sin rostro.*

El fruto de tal decisión es el libro que tienes en tus manos. Tanto el argumento como su resolución han sido respetados, por lo que básicamente es el mismo libro que aquel del 2006. He hecho algunos cambios, pero son mínimos y no alteran de manera sustancial la

primera edición de la obra. Espero que su lectura te haya satisfecho y sobre todo que te haya proporcionado un tiempo de diversión y entretenimiento, primera y esencial misión de cualquier novela de aventuras.

Mi intención es seguir publicando de esta manera las siguientes historias de Skarrion Gunthar, que han de ocurrir en diferentes épocas de su vida y a lo largo y ancho de su mundo turbulento. Para que ello ocurra es importante que dejes tu opinión, sea cual sea. Si lo haces, el propio Skarrion alzará su jarra de cerveza o licor, en alguno de esos tugurios sombríos que son su segunda casa, y brindará por ti.

Salve, lector.

SOBRE EL AUTOR

Andrés Díaz Sánchez es un escritor de Fantasía, Terror, Ciencia Ficción y Aventura. Esta es la lista de sus obras publicadas:

LIBROS

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) El camino del acero (2006, Editorial Ábaco. 2010, Equipo Sirius. 2018, autoedición) El Imperio contra Dios (2010, Equipo Sirius. 2018, autoedición) Argar, el hijo del demonio (2013, Dlorean Ediciones) Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) El laberinto del gusano (2016, Ronin Literario) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com. 2019, autoedición) Los siete caballeros (2018, autoedición)

El niño rey (2018, autoedición)

El rey justiciero (2018, autoedición)

El viejo rey (2018, autoedición)

Serie de Skarrion Gunthar

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com. 2019, autoedición)

Trilogía La tormenta y el amanecer

El niño rey (2018, autoedición)

El rey justiciero (2018, autoedición)

El viejo rey (2018, autoedición)

Participación en antologías

Planeta Neopulp nº. 1 (2015, Dlorean Ediciones): Hierro y huesos nº. 1 (2016, Saco de Huesos)

Calabazas en el trastero: Casas embrujadas (2017, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Distopías (2018, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Libros malditos (2018, Saco de Huesos) Sueños de la Gorgona: Ritos de sangre (2018, Saco de Huesos) Cantos de locura y

horror (2018, Wave Books)

COMICS (guion)

El espartano (2004, Aleta Ediciones)

SANGRE EN EL HIELO

SKARRION GUNTHAR 3

LA JUVENTUD DE SKARRION EN EL SALVAJE PAÍS DE SHAKARK

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ

SERIE SKARRION GUNTHAR 3

SANGRE EN EL HIELO

Andrés Díaz Sánchez

© 2019 Andrés Díaz Sánchez

Reservados todos los derechos.

Mapa de Shakark: Iván Gil.

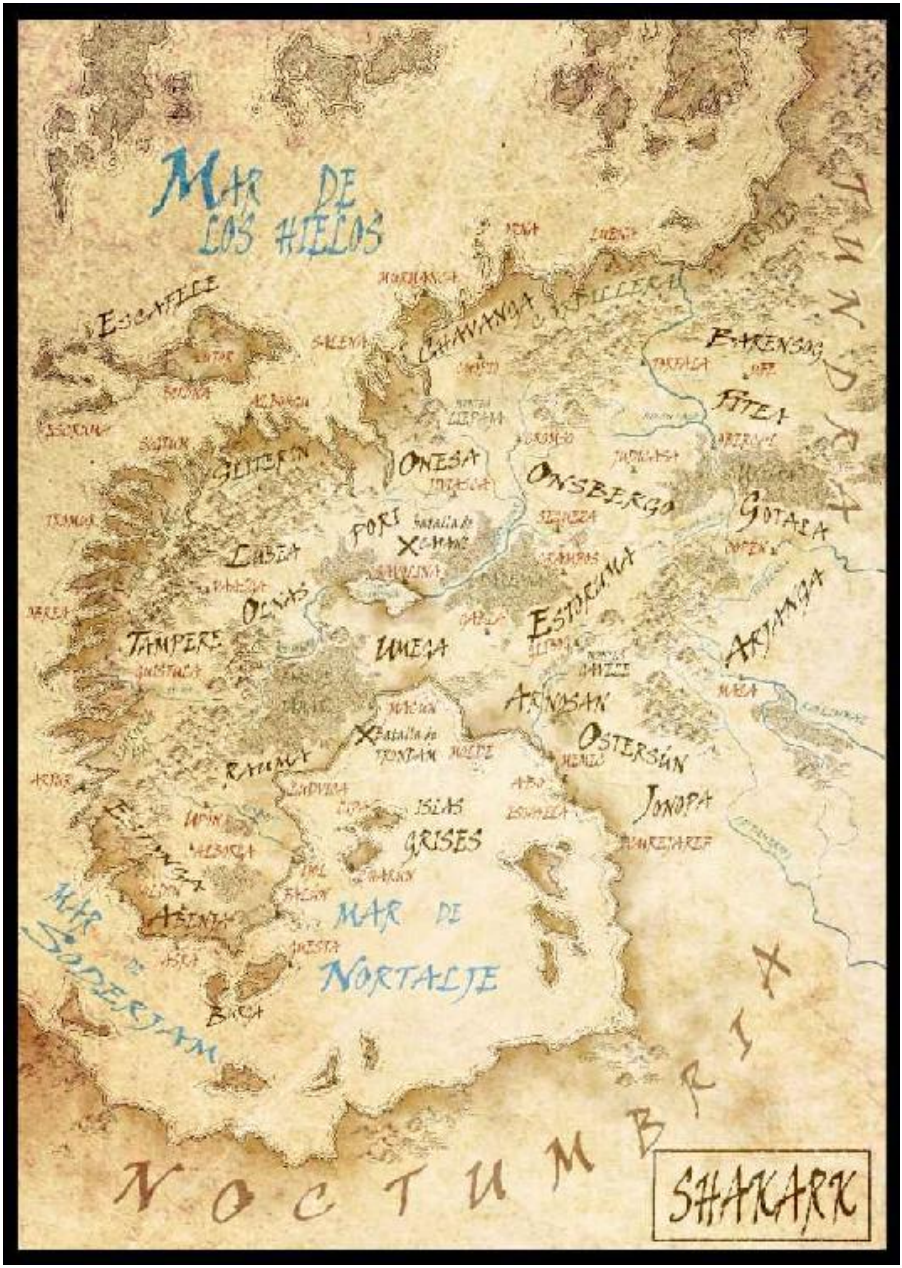
A Natalia

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR
SOBRE EL AUTOR

MAR LENTO
DESIERTOS BLANCOS
MAR DE LOS HIELOS
TUNDRA
UÁN
SHAKARK
DOLLBRAKK
RASHENKA
ARARIA
ATARIA
MAR DEL SOL
NOCTUMBRIA
BOCA DEL LOBO
ARRIT
ELI
ZEIHN
TERYABA
KALENDA
CRANTIA
TIRAN
MAR MEDIO
PAISH
MAR DEL PROFETA
RAZHULL
EGOT
IMYARIA
ABIHI
ILBARI
ISHANKI
CLANA
TIERRAS DEL SILENCIO
COLMILLOS DEL DIOS
ISLANA
MAR BLANCO
LUKUMBIA
ZANDI
MAR DE LAS TORMENTAS
MAR DEL ORO
GRAN AZUL
OCÉANO DORADO
OCÉANO FINAL


MAR DE LOS HIELOS
ESCANDIE
CHAVANGA
FALLERA
BARENSOG
FITEA
ONESA
ONSBERGO
GOTARA
GLITERIN
LABEA
PORI
OLMAS
TAMPERE
UMEA
ESTOCMA
ARTANGA
ARNSAN
OSTERSÚN
RAMALA
ISLAS GRISES
JONOPA
ESTINGA
ASINTA
MAR DE NORTALJE
MAR SOPERJAN
BRCA
NOCTUMBRIA
SHAKARK

1

Año 183 desde la unificación de Shakark. Segundo año de la guerra que disputaban el rey Leidof IV y su hermano Birger Magne. Después la llamaron la Guerra de los Hermanos, lo cual era una redundancia, tratándose de una guerra civil. De cualquiera guerra.

El campo de batalla de Cajani sería el escenario final para la tragicomedia espesa y oscura. Allí estaban dispuestos en formación de combate los dos ejércitos de miles de hombres, uno frente al otro, como dos perrazos gruñéndose, dos fieras empaladas en el anhelo de morderse y revolcarse en las tripas del rival, en el charco de sus cuajarones tenebrosos.

Bosques de árboles con tronco de astil y hojas metálicas. Zarzales brillantes y afilados, paridos en fraguas de sudor, nacidos para cortar la carne de los hombres y tentar sus vísceras. Aceros en los que fueron labradas runas con los nombres de poder de los dioses de Shakark, ya fueran los dioses de los tiempos remotos en los que la razón y la lógica eran solo la niebla del futuro, o los dioses cercanos, que constituían el reflejo de lo más brillante y lo más sucio de los hombres que los adoraban. Barreras de escudos como una sucesión de soles podridos, incapaces ya de generar luz ni calor. Un enjambre de insectos humanos con quitina de cascos, coseletes, mallas y corazas. Los guerreros de Shakark.

En el bando del rey Leidof el Tembloroso estaban algunos de los grandes clanes del país, como el clan Gunthar, liderado por su viejo caudillo, Olaf Mirada de Hielo, guerrero, mercader y pirata, amo y señor de una hueste de mil ochocientos hombres de armas y caudillo del feudo de Umega. Olaf Gunthar empuñaba el hacha y sostenía el escudo circular, como cualquiera de sus hombres. Sus cabellos antaño rubios ya eran grises y en sus carnes había sendas de arruga, pero aún era fuerte y duro y temible y orgulloso, un fiel vasallo de su señor el rey. A su diestra estaba su hijo Skarrion, un joven que ya había navegado las olas a lomos de las serpientes de madera y vela de Shakark. Skarrion era lo bastante hombre como para conocer la locura de la violencia y la sangre, pero no tan mayor como para que la corrupción y la doblez hubieran sodomizado su alma.

—Pronto empezará el combate —le dijo Olaf a su hijo. Por las aberturas del yelmo se veían las ascuas azules—. No hagas locuras ni tonterías. Por una maldita vez, obedece a tus mayores. No basta con luchar con valor porque eso lo hace hasta un rufián de taberna. Lo

importante es la disciplina, ¿entiendes? Eso es lo que hace a un guerrero, a un hombre de verdad. La disciplina.

—Sí, padre —dijo Skarrion, con la vista clavada en el inmenso ejército allende la tierra de nadie.

—Recuerda que eres un Gunthar. No me deshonres, muchacho.

—No lo haré, padre.

—Bien. —Olaf Gunthar echó un esputo seco y mostró los dientes amarillos en una sonrisa siniestra—. Esto ya va a empezar. Pues que así sea, y al infierno con todo.

El rey no estaba allí, pero sí se encontraba su hijo, el príncipe Eir, que ya pasaba a caballo ante la muralla de escudos. Ladraba un último discurso cargado de fuerza, patriotismo, honor y todas las demás telas sedosas con las que se tapan las vergüenzas las grandes degollinas. Al otro lado de la llanura de hierba oscura y húmeda Birger Magne, el hermano del rey, usurpador para unos y libertador para otros, rugía un discurso que era el reflejo inverso del que profería su sobrino. En la planicie no había arboledas y en las cercanías tampoco se alzaban oteros, lomas, mesetas ni montes, así que no habría lugar en el que resguardarse si las cosas salieran mal, y por tanto la lucha sería tan desesperada como cruenta. Era un día de primavera, pero una cúpula de nubarrones lo oscurecía todo y untaba sobre el mundo una jalea de grises. Un viento áspero movía las heces algodonosas. Tras ellas estaban los dioses de Shakark, que lo contemplaban todo con sus ojos eternos, cansados, indiferentes.

Terminaron los discursos y tanto Birger como Eir Magne descabalgaron, tomaron el escudo y la lanza y se hundieron en la masa de infantes, pues en aquella época no había apenas caballería en Shakark y en las batallas la mayoría de los hombres, incluidos los líderes, combatían a pie. Sonaron los cuernos dolientes y se dio la orden de avanzar. Los monstruos se movían sobre sus miles de patas, se desplazaban como lamparones gigantescos en la llanura desvirgada por el hombre. Los guerreros daban golpes con el plano de la espada y el astil de la lanza en el escudo, desorbitaban los ojos, insultaban a los enemigos, les prometían mil muertes y vociferaban loas y peticiones de valor a los dioses de su tierra. Los portaestandartes alzaban con orgullo las enseñas de cada señorío: en el bando del rey estaban los pendones de la Hueste Real, de los Mical de Onesa, los Odvar de Chavanga, los Estig de Arnosan, los Gaute de Gliterin, los Esteiner de Ostersun, los Uni de Jonopa, los Gunthar de Umega, los Nidog de Onsbergo y los Sindri de Estoruma. El resto de clanes leales al rey habían ofrecido poco más que un apoyo testimonial de unas decenas de hombres, bien porque fueran pobres, bien porque se hubieran escaqueado de sus deberes hacia la Corona. En el bando de Birger Magne el Taciturno, hermano del rey y pretendiente al trono,

marchaban su propia y gigantesca hueste y las de tres grandes familias: los Lief de Estonga, los Aevar de Tampere y los Bodo de Lubea, clanes tan poderosos que por sí solos dominaban casi toda la mitad occidental del país. Mientras que en el bando del rey había unos catorce mil hombres el de su hermano tenía unos trece mil, así que todo parecía apuntar hacia una victoria de las tropas de Leidof el Tembloroso. La decisión de combatir de su hermano Birger no parecía tan descabellada a pesar de su inferioridad numérica, pues la guerra no le estaba dando la razón y necesitaba una victoria rápida y fulminante que le llevara de una vez por todas a Ludvica, la capital, y al trono; sabía que si el conflicto continuaba durante más años de escaramuzas y pequeños combates aquí y allá, su ejército terminaría desangrándose y su cabeza acabaría en el tajo del verdugo, así que iba a jugárselo todo hoy, aquí, en la llanura de Cajani, aunque las apuestas estuvieran en contra. Y de cualquier modo, ¿quién sabe a ciencia cierta lo que puede pasar en el seno de una batalla? ¿Y quién puede leer entre líneas en el libro del destino?

Junto a los pendones de los clanes y los señoríos se alzaban también las banderolas de los dioses de Shakark, pues en esta guerra no solo estaba en juego la coyuntura política del país, sino también la religiosa. Las gentes del rey llevaban banderas con el puño y los relámpagos de Asmund el Martillador, así como el águila llameante de su padre Kor, dios de dioses, y la cabeza de carnero de Charste, señor de las batallas. Eran las tres deidades guerreras del rico panteón de los Dioses Luminosos, cuyo culto imperaba en Shakark. En las tropas rebeldes flameaban las enseñas con la cabeza bicéfala de Mumaga, el Dios de las Dos Caras, el creador y el destructor, el dios primigenio cuyo culto dominó Shakark en época remotas, cuando se hacían sacrificios humanos en los altares de piedra y madera; y al igual que en los mitos Kor y el resto de los Luminosos lucharon contra Mumaga, lo vencieron y lo arrojaron a las letrinas del cosmos, en el plano terrenal los reyes de Shakark habían acabado con los sacerdotes de túnicas oscuras de Mumaga y sus rituales ya solo tenían lugar en los rincones mugrientos del país. Pero Birger el Taciturno apoyaba el culto de Mumaga y se rumoreaba que incluso deseaba convertirlo en religión oficial.

Por tanto, hoy no lucharían solo los humanos, sino también los dioses, que vivían en las espadas, las lanzas, las hachas y la sangre de las cavernas de los hombres.

Skarrion caminaba a paso rápido junto a su padre y otros muchos hombres de armas del señorío de Gunthar. Ya había matado antes y se había visto envuelto en las trifulcas marinas de los piratas shakarks, pero era la primera vez que participaba en una gran batalla de miles de guerreros. Estaba en la segunda fila y por entre la marea de cascos,

hombros, lanzas y escudos que subían y bajaban ya divisaba el ejército enemigo. Sintió el mordisco del terror, pero se lo tragó todo y lo sepultó en el fondo de las tripas. Los Gunthar estaban a la derecha de la Hueste Real, ocupaban un lugar de honor y por tanto el miedo era para ellos un lujo prohibido.

—¡Dejad espacio para los arqueros! —gritaban los hombres.

—¡Cubridlos!

—¡Apuntad y disparad!

—¡Cuidado, que ya vienen las flechas!

Unas cosas confusas y largas bajaron desde los cielos. Skarrion subió su propio escudo y una flecha rebotó en el centro de metal. Sonaban las quejas de los heridos, el tintineo de las puntas en las cotas de mallas y el chasquido húmedo de la saeta que se hundía en la mejilla o el cuello.

—¡Seguid avanzando! —ordenó Olaf Gunthar, bajo su escudo. Su mandato era el eco de otras muchas órdenes similares a lo largo de toda la muralla de peleadores.

Los arqueros de uno y otro bando continuaron disparando sus flechas desde las respectivas retaguardias. Los lanceros los protegían con sus escudos mientras ellos apuntaban hacia arriba y adelante, y cuando soltaban la cuerda el proyectil dibujaba una trayectoria parabólica sobre la tierra de nadie y caía en el campo enemigo. Luego caminaban algunos pasos, se detenían y volvían a disparar. Las flechas castigaban a uno y otro ejército y cada escudo pronto quedó adornado por al menos una saeta. Aquí, un hombre gritaba con un dardo clavado en la garganta; y allá, otro gemía al encontrar una flecha hundida en un muslo, se agarraba a un compañero, profería reniegos y seguía adelante, cojeando. Skarrion sintió los golpes de flecha en el escudo, como martillazos sordos. Oyó los gritos de ánimo y furia de sus compañeros. Osó mirar por entre los escudos que eran el techo de su casa de hombres y vio las saetas en el aire, como criaturas malévolas. Un compañero bramó al encontrarse el antebrazo atravesado por una flecha y maldijo a su mala suerte.

La distancia entre vanguardias menguó y ambos ejércitos quedaron tan cerca uno del otro que ya los arqueros no tendrían que disparar hacia arriba, sino hacia delante, y además podrían herir a sus propios compañeros, así que cerraron las aljabas y desenvainaron los enormes y pesados cuchillos shakarks. Las dos murallas de escudos se detuvieron a menos de diez pasos de distancia. Dos paredes de madera, acero y hombres. Los de un bando vociferaban insultos y amenazas a los del otro y todos parecían a punto de saltar de una vez por todas, pero los líderes los contenían, como si esperasen el momento adecuado; así cebaban las ganas de pelea de sus guerreros, el ansia de quebrar la muralla humana, romperla a lanzadas y

empujones, pasar por encima de los caídos y abrir una brecha por la que penetrar en masa para partir el ejército rival, atravesarlo y envolverlo en bolsas letales. Esta era la verdadera táctica de las batallas en Shakark y lo demás eran tonterías.

Sonó la voz que ordenaba atacar, sonó en muchos lugares y casi a la vez, proferida por otros tantos mandos, y luego estalló un solo rugido violento, explosivo, aterrador, el grito de batalla de decenas de miles de hombres. Avanzaron con disciplina, sin que nadie se saliera de la muralla, formando un rodillo, una unidad. Las vanguardias chocaron. Por encima y entre los escudos salieron disparadas las lanzas, que pincharon la madera y los centros metálicos, que arañaron los cascos y las cotas de mallas y que partieron ojos, abrieron la carne e hicieron saltar la sangre en hilachas negras. Los de atrás empujaron a los de delante y el combate se volvió cerrado, farragoso, torpe, sucio, feísimo, sin apenas sitio para manejar la lanza. Se chocaba escudo contra escudo, la cara del enemigo quedaba separada por un brazo, luego un codo, luego una mano y a veces ni eso, y entonces los hombres la emprendían a cabezazos que partían narices y labios y hacían manar la sangre a borbollones. Muchos tiraban la lanza, sacaban el cuchillo y daban puñaladas, intentando pasar el arma por entre los escudos para clavarla en rodillas, muslos, ingles, abdomen, pecho o garganta. Había ya muertos en el suelo y sobre ellos los pies resbalaban y tropezaban. Algunos cadáveres ni siquiera podían caer, apretados entre los dos bandos. A lo largo de la batalla la línea de escudos resistía por ambas partes, doblada y ondulada, pero no rota. Tampoco se conseguía superar al contrario por los costados.

Los ejércitos retrocedieron incluso antes de que se oyera la orden de los mandos. Los escudos se separaron, sucedieron las últimas lanzadas y las dos murallas de hombres recularon y dejaron un espacio vacío, una tierra de nadie de menos de diez pasos sembrada de cadáveres y de heridos que cojeaban y se arrastraban para volver con sus compañeros. En uno y otro bando los hombres gruñían, escupían, jadeaban, sangraban y sobre todo tomaban aire, el precioso y divino aire que le faltaba a los pulmones. Las grandes batallas no solían resolverse en un solo encontronazo, sino que más bien eran una sucesión de choques de las murallas de escudos, hasta que una quedara rota de una vez por todas, y entre medias se producían estos breves descansos que servían para recuperar el aliento y extraer reservas de coraje del fondo del alma.

Skarrion estaba empapado en sudor de arriba a abajo, la cabeza le ardía y la sangre le empapaba la cara, pues una lanza le había rozado la frente y le había hecho una herida no grave, pero sí aparatosa. El tinto de sus venas cubría sus cejas, su nariz, sus mejillas y barbas y se le metía incluso en los ojos, obligándole a parpadear cada dos por tres.

Sabía que su lanza había matado al menos a un enemigo, la había visto pasar entre dos cascos y hundirse en la boca de aquel hombre, que se desplomó sin fuerzas. Ahora ya estaba en la primera fila porque el compañero de delante había resbalado sobre sus propias tripas y no se había vuelto a levantar. Cerca de Skarrion estaba Olaf, su padre, un monstruo viejo y pesado salpicado de rojo, siempre sonriendo de modo maligno, como si todo esto en el fondo le divirtiera, como si fuera un chiste amargo y triste, pero bueno.

Estalló de nuevo la orden de avanzar y Skarrion caminó pegado al hombro de su compañero, los escudos tocándose y las lanzas levantadas. Solo cuando asestó la primera lanzada se dio cuenta de que había estado gritando durante muchos latidos. Su lanza picó en un casco y una cota de mallas, resbaló en algo, alguien la apartó y él echó el brazo hacia atrás para volver a golpear. Tras él, los amigos le empujaban. Ante él, los enemigos le empujaban. Un rostro barbudo vociferaba insultos. Una moharra salió de alguna parte en busca de sus ojos y arañó su casco. Alguien a su lado profirió un alarido que casi le rompió el tímpano. Algo caliente y húmedo chorreó sobre su oreja y un cuerpo resbaló sobre su hombro y su brazo. Tuvo un vislumbre de media cara cortada y de unos sesos escapando bajo el borde de un casco, como una pasta gris y blanquecina, luego roja. Tropezó con algo. Luchó para no caerse. El barbudo que le insultaba fue atravesado por la hoja de un hacha, la de su propio padre, que soltó una carcajada tan profunda como el trueno. Alguien cantaba a los dioses con una alegría enfermiza, grotesca. Unos cuervos volaban en círculos y soltaban graznidos que parecían los maullidos de un gato. Arriba, el cielo gris. Abajo, el mar de brazos, escudos, caras, ojos desorbitados, dientes amarillos, espadas, cuchillos, lanzas, furia, locura y sangre que volaba en nubecillas confusas o que saltaba desde las arterias segadas en finísimos chorros horizontales, con una fuerza sorprendente, empapando a todos los que estuvieran alrededor. Skarrion soltó la lanza, consiguió meter el brazo por entre el escudo y su propio cuerpo, sacó el cuchillo y empezó a dar puñaladas por abajo. Un hombre resbaló ante él, su boca convertida en un agujero de terror. Una mano agarró el pie de Skarrion y él pisoteó medio histérico, como si aplastara arañas. Bajo sus piernas alguien vomitaba alaridos roncos. Skarrion levantó el escudo y al bajarlo aplastó la carne y los huesos. El grito desapareció. Sintió un empujón, un compañero le agarró para que no cayera, el hacha de su padre voló y rompió el borde de madera de un escudo. Sonaron gritos de alegría y victoria que helaron su corazón porque no provenían de su propio ejército.

—¡Retroceded! —chilló alguien, a su espalda—. ¡Atrás!

—¿Qué ocurre?

—¡El flanco izquierdo! ¡Han sobrepasado el flanco izquierdo y nos

están rodeando!

Y por entre esos gritos temerosos se colaban los de alegría y ánimo del otro bando.

—¡Retroceded, bastardos, pero no perdáis la cohesión! —vociferó Olaf Gunthar—. ¡No le volváis la espalda al enemigo!

Su voz se impuso a la locura del miedo y sus hombres en efecto empezaron a caminar hacia atrás con orden, levantando el escudo, sin dejar de alancear a los enemigos, quienes por verse ya victoriosos sí habían abandonado la muralla humana y se abalanzaban como locos sobre ellos, con el deseo salvaje de reventar de una vez por todas al enemigo que flaquea. Skarrion resistió dos lanzadas en su escudo y cuando su atacante se le acercó demasiado dio un paso adelante y hundió el cuchillo en su cuello. El imprudente se desplomó sobre la hierba barrosa. Skarrion siguió reculando, sin perderle la cara a la muchedumbre enemiga. Volvió la cabeza con rapidez hacia los dos lados y lo que vio le quitó el aliento. Las gentes de su propio ejército huían, echaban a correr vencidas por el miedo: dos, tres, diez y hasta veinte hombres soltaban el escudo y la lanza y escapaban como liebres, y contagiaban el temor a las gentes que aún resistían, porque resulta difícil mantenerse en el sitio cuando se ve a decenas de compañeros escapar como almas entregadas a los diablos. También Skarrion sintió que el miedo estrujaba su corazón, oyó la voz interior que le gritaba tirar las armas y echar a correr, correr hasta que se terminara el mundo para después lanzarse por el borde y seguir corriendo en las tinieblas.

—¡Disciplina! —bramó Olaf Gunthar. Su vozarrón era el rompeolas en el que se estrellaban las olas del miedo de sus gentes, como si temieran más al viejo guerrero que al ejército que ya se les echaba encima—. ¡Mantened la posición, malparidos! ¡Retroceded despacio! ¡Que nadie eche a correr!

Aquello los salvó, porque los que huían sin armas eran atravesados en cuanto volvían la espalda o asaeteados a placer por los arqueros que ya se desparramaban por el campo de batalla con la flecha en la cuerda y la sonrisa del cazador en los labios. Solo los grupos que mantenían la cohesión podían resistir la embestida del enemigo y seguir huyendo con vida, poco a poco.

—¡Mirad! —gritó alguien—. ¡El estandarte del rey!

Skarrion lo vio: un jinete enemigo llevaba la enseña medio desgarrada del monarca, hacía caracolear a su caballo y la movía de un lado a otro para que las gentes la vieran.

—¡Todo está perdido! —gimió un hombre, cerca de Skarrion—. ¡Han debido capturar o matar al príncipe!

—¡Han vencido!

—¡A callar, imbéciles! —tronó Olaf. Sus ojos de veterano estaban

ya calibrando la situación y su mente paría estrategias—. ¡Deteneos y no bajéis los escudos ni las lanzas! ¡Dadme un trapo blanco o algo de color claro! ¡Vamos, daos prisa!

Levantó una capa de lana ensartada en su lanza, una prenda no blanca ni gris, sino ocre a fuerza de lamparones de sangre y barro.

—¡El clan Gunthar pide parlamento! —rugió.

Los mandos enemigos lo vieron y ordenaron a sus gentes detenerse, pues no tenía sentido perder más hombres peleando cuando el rival parecía dispuesto a rendirse. Los capitanes del ejército vencedor se acercaron a la mole que eran los guerreros Gunthar.

—¡El campo del honor está en manos del rey Birger II, único amo de todo Shakark! —gritó uno de ellos, un gigante de cabellos rojos, salpicado de sangre de la cabeza a los pies y armado con una maza tubular y claveteada. Era Colbein Lief, señor del clan Lief y uno de los guerreros más famosos de Shakark. Se decía que era el segundo al mando en el ejército de su señor Birger—. ¡Rendíos, gentes de los Gunthar!

Skarrion engulló una bola de saliva pegajosa y miró alrededor. Sus compañeros tenían la cara tensa y amarga por culpa del fracaso. Por entre los cascos y los escudos vio la llanura espolvoreada de cadáveres. Lejos, había grupos de hombres que también se rendían. Distinguió, remotas, unas figuras que alanceaban y acuchillaban a los moribundos. Vio cómo caían los brazos de quienes morían. Los ganadores daban voces de alegría y elevaban rezos a Mumaga, el dios atávico que hoy había doblado la cerviz de los Dioses Luminosos de Shakark. Los cuervos conversaban, se dejaban caer, abrían las majestuosas alas negras y se arracimaban sobre los cuerpos que en vida tuvieron sentido, pero que ahora solo eran incongruencias de carne.

—No bajéis los escudos aún —ordenó Olaf a sus gentes. Alzó la voz —: ¡Estoy dispuesto a ceder, pero se respetará la vida de todos mis hombres y se nos permitirá conservar las armas!

Colbein Lief dejó descansar la maza oscura sobre uno de sus hombros y apoyó el escudo, con dos flechas rotas clavadas en la madera, en el suelo de hierba oscura. Ya había una muchedumbre de guerreros tras él y parecían dispuestos a pelear contra los Gunthar si no se llegaba a ningún acuerdo. Colbein gritó:

—¡Dejad paso a Su Majestad el Rey!

Las gentes se apartaron y apareció Birger el Taciturno, el hermano de Leidof IV. Venía a caballo para poder mirar desde la altura a todos los demás hombres, pero por sus manchones oscuros y sus sietes y rasgones en la capa y la sobreveste se notaba que también había luchado a pie firme. Usurpador o no, de todos era conocido que no le hacía ascos a la batalla. Contemplaba a la hueste Gunthar con la

expresión serena y sombría que justificaba su apodo.

—Qué vergüenza —le gruñó Skarrion a su padre—. Colbein Lief, ese perro fiel y rastrero, ya le trata de rey ante todos nosotros.

—Cierra el pico, muchacho —contestó Olaf.

Skarrion apretó los labios y se tragó el comentario ácido que le subía por la garganta. Muchos también tuvieron que morderse la lengua. Pero sí estallaron las voces de asombro, indignación y cólera cuando vieron a Enar, el hijo de Birger el Taciturno: caminaba detrás de su padre y llevaba, a modo de estandarte siniestro, la cabeza cortada y clavada en una lanza del príncipe Eir, líder supremo del ejército derrotado. Enar Magne estaba sucio y apestaba, pues también él habría luchado junto a su padre. Mostraba con orgullo la testa blanca y macilenta de su primo, el príncipe Eir.

—Bastardos —dijo Skarrion—. ¿Cómo han podido hacerle eso?

—Cállate —le advirtió Olaf, con una mirada severa—. Si no guardas silencio tú también acabarás empalado en una lanza. Y yo, y todos nosotros. Así que cierra la boca.

Skarrion respiró fuerte y se reprimió. Sobre todo, le sacaba de quicio el rostro soberbio y satisfecho de Enar mientras sostenía en alto la cabeza del príncipe. Enar Magne tenía la misma edad que Skarrion y estaba ya endurecido por la guerra, pero era famoso no tanto por su coraje, sino por sus depravaciones. Le acompañaba un hombretón barbudo y desgreñado, aún más sucio que la mayoría de los shakarks, que respondía al nombre de Alfrotul. Era un extranjero, un noctumbrio, y se rumoreaba que era un proscrito, un ladrón o asesino perseguido en su propio país. Parecía la sombra del joven Enar.

—¡Señor Gunthar! —llamó Birger Magne.

Olaf se adelantó y salió de entre sus hombres, con el hacha en la diestra y el escudo en la zurda. Miró el rostro del Taciturno.

—Os felicito por la victoria —dijo Olaf—. ¿Cuáles son vuestras condiciones?

El Taciturno dejó pasar muchos latidos de silencio y luego respondió con su voz lenta y gruesa:

—Debéis renegar del falso rey al que ahora servís y aceptarme como único y auténtico soberano de la nación. Me juraréis fidelidad y vasallaje y pondréis como aval de vuestro juramento vuestro propio honor personal, el de vuestra familia y el de todos vuestros antepasados. Juraréis también por los dioses de Shakark y por toda nuestra amada tierra. Si lo hacéis se os perdonarán vuestros muchos y grandes yerros, se respetarán la vida y las propiedades de toda vuestra gente y como único castigo tendréis que satisfacer las pertinentes compensaciones económicas. —Los ojos verdes y oscuros de Birger Magne se endurecieron—. Pero si persistís en vuestra locura vos y todos vuestros hombres seréis ajusticiados como criminales, en este

mismo campo de batalla. Después, mi ejército victorioso pasará por vuestro señorío. —Señaló la testa clavada en la lanza—. Mirad al hijo del falso rey. Me ocuparé de que toda vuestra familia acabe de igual modo.

Olaf echó un vistazo a la cabeza espectral. Las moscas ya se apelotonaban en los ojos, la nariz y la boca. El Taciturno lo había dicho todo con voz muerta, no como si amenazara, sino como si expresara una simple verdad de la vida.

—Decidid, señor de los Gunthar.

Olaf suspiró, tiró al suelo el escudo y el hacha, se quitó el yelmo y agachó la cabeza.

—Yo os juro lealtad, Majestad.

Skarrion sintió que algo se le congelaba y rompía por dentro al ver a su padre cabizbajo ante gentes por las que solo podía sentir repulsión.

—¡De rodillas! —exigió Enar.

Olaf miró con asombro al joven y luego a su padre.

—Ya habéis oído a mi hijo, señor Gunthar. Debéis postraros ante vuestro rey para jurarle vasallaje. Y también lo harán todos vuestros hombres. Los que sigan en pie serán ajusticiados.

Olaf apretó los labios y frunció el ceño. Se volvió hacia sus gentes.

—¡Guerreros del clan Gunthar! ¡Postraos para jurar lealtad a nuestro rey y señor, Su Majestad Birger II!

Clavó una rodilla en la tierra y hundió la barba en el pecho. Sus más de mil setecientos hombres, poco a poco, le imitaron. Skarrion fue de los que más tardó, pero Olaf se volvió para ordenarle obediencia con los ojos. Al final él también se tragó el vómito de su propio orgullo roto, lo devolvió a las tripas y puso la rodilla en la tierra. Solo ocho hombres siguieron en pie; eran o muy viejos o locos, pero muchos los envidiaron en su fuero interno. Los guerreros de Birger los desarmaron, se los llevaron fuera de la horda, los sujetaron por los brazos, levantaron sus cabezas de un tirón de los cabellos y les abrieron la garganta con sus cuchillos, a la vista de todos. Luego los arrojaron a la hierba regada con sangre.

Bajo las nubes tenebrosas que el viento se iba llevando, los guerreros del poderoso clan Gunthar juraron a gritos su lealtad al nuevo rey.

2

El resultado de la batalla de Cajani fue propiciado por una traición:

En el extremo izquierdo del ejército del rey Leidof IV, el clan Gaute no solo se negó a luchar, sino que además atacó por sorpresa a sus propios compañeros. No lo hicieron en el comienzo de la batalla, sino más adelante, en el momento apropiado, cuando ya los dos ejércitos estaban trabados por la cornamenta, como los ciervos. No fue algo espontáneo, sino premeditado y planeado, porque precisamente el lado derecho del ejército de Birger Magne había sido engrosado con refuerzos, para apoyar a los felones. Los dos mil cien hombres del clan Gaute se volvieron contra sus compañeros de los clanes de Uni y Estig, se les echaron encima cuando menos lo esperaban y los alancearon con furia. Esto acabó por desbaratar la formación realista, atacada por la izquierda y además rodeada y hostigada también por la retaguardia. El caos se extendió con rapidez y los guerreros del rey Leidof sufrieron los latigazos del miedo, ese miedo irracional que obliga a los hombres a tirar las armas y huir, incluso sin saber muy bien por qué. En el campo de batalla el valor y el terror quedan separados por una lámina cristalina y sutil. La disciplina, el patriotismo, el honor y el espíritu de cuerpo de las mesnadas tienen como único fin mantener a raya el miedo a la muerte, pues una vez que se produce la grieta en la presa las barreras de la voluntad van cayendo una tras otra y al final la tromba del pánico se lo lleva todo.

Por supuesto, en la confusión del combate muchos no supieron que los Gaute les habían traicionado; ni siquiera lo imaginaron y solo lo conocieron por medio de los relatos de los compañeros. Pero entonces ya era tarde, ya solo quedaba espacio para la indignación y la impotencia.

La inmensa mayoría del ejército derrotado prestó juramento de fidelidad a Birger Magne, o Birger II de Shakark. El Taciturno les perdonó la vida no por su ánimo liberal, sino porque le convenía integrar a todos esos hombres en su propio ejército. Los usurpadores no tienen la legitimidad de las leyes o la justicia y por tanto deben contar con otro tipo de legitimidad: la de las lanzas. Cuantas más tuviera más fácil sería domar a todo el país. La batalla fue cruenta, pero la traición de los Gaute provocó un final tan rápido que no hubo un número alto de bajas, ni siquiera entre los vencidos. Sí murieron muchos en la Hueste Real, pues Birger dio orden de matar a toda costa al príncipe Eir, cuyos fieles guerreros le protegieron hasta el último

latido.

De entre los derrotados solo el clan Nidog consiguió escapar de la batalla. Estaba compuesto por unos dos mil ochocientos hombres y su prestigio era tan grande que habían ocupado el extremo derecho, el lado del honor. Únicamente los Gunthar les hacían sombra en fuerza y riquezas. La mente afilada de Gultop Nidog entendió antes que muchos que la batalla estaba perdida, así que dio la orden de irse cuanto antes. Así lo hicieron, de manera ordenada y rápida, y solo osó enfrentársele un pequeño contingente del Taciturno, pues el grueso de sus tropas estaba ocupado aún en el combate principal. A Birger Magne se les había escapado por entre los dedos y tampoco envió más tarde una hueste lo bastante grande como para darles caza, sin duda porque aún desconfiaba de todos los clanes que a regañadientes le habían jurado lealtad tras la lucha; era mejor tener todos sus guerreros a mano, por si alguien se desdecía de su recién nacido vasallaje.

Juraron fidelidad los Estig, los supervivientes de la Hueste Real, los Sindri, los Gunthar y los Odvar. Pero los pequeños clanes de Uni y Esteiner siguieron luchando, pues sus líderes, famosos por su devoción a los Luminosos y su repulsión hacia el culto de Mumaga, dieron la orden suicida de no rendirse. Estos locos gloriosos fueron alanceados, asaeteados, acuchillados, aplastados, tajados, maniatados, degollados y por último apilados en un amasijo de cuerpos, para que se pudrieran o fueran devorados por las alimañas. Muchos de esos hombres píos se ahogaron en su propia sangre mientras vociferaban sus últimas loas a Kor y Asmund, quienes sin duda los contemplarían desde los cielos con una mirada sombría y satisfecha.

Por la noche hubo una cena en la fortaleza de Cajani, cercana al campo de batalla. Debían asistir los líderes de todos los clanes que participaron en el combate, vencedores o vencidos, así que Olaf y su hijo Skarrion también fueron a la celebración. Allí estaban los principales nobles del país, todavía sucios por culpa de la batalla, renqueantes, medio agotados, salpicados de moretones y adornados de nuevas cicatrices. Parecían una agrupación de muertos vivientes antes que una reunión aristocrática. Menudeaban las miradas de ira y rencor entre unos y otros. Sobre todo, los derrotados no dejaban de asesinar con la mirada a Freistein Gaute, el felón que en la batalla había atacado a sus propios compañeros. Le llamaban Freistein el Bello porque era un hombre alto y delgado, de pelo y ojos oscuros, con un rostro tan hermoso que sin la barba quizás hubiese parecido el de una mujer. Pero se trataba de un guerrero duro y hábil, una de las mejores espadas del país, y no era en absoluto afeminado. Aguantaba el chaparrón de miradas letales con cierta jovialidad, como si todo esto en el fondo le divirtiera, cosa que exasperaba aún más a sus enemigos. No obstante, nadie se lo echaría en cara porque ahora todos habían

jurado lealtad al Taciturno. Además, Birger había llenado el castillo de hombres armados, para impedir una de esas trifulcas tan habituales entre shakarks.

Cuando estuvieron sentados en el salón del homenaje, Birger Magne se levantó y poco a poco las voces fueron hundiéndose en la charca del silencio.

—Nobles señores, hoy quiero brindar por el fin de una guerra que ha dividido a nuestro amado país durante dos largos años. Por el fin de la tiranía opresora de un falso rey. Y por el comienzo de una época de dicha y concordia. Hoy, brindaremos por el futuro resplandeciente de Shakark.

Se levantó Colbein Lief, aquel gigante pelirrojo que a tantos hombres había matado por la mañana con su famosa maza, y levantó la copa.

—¡Por el honor y la gloria de Su Majestad Birger II, único rey de todo Shakark!

Todos los nobles, con más o menos ganas, se pusieron en pie y levantaron la copa.

—¡Por el honor y la gloria de Su Majestad! —gritaron.

Bebieron y se sentaron.

Se levantó entonces Freistein Gaute y alzó la copa.

—¡Yo también quiero brindar por el auténtico rey! ¡Honor y gloria a Su Majestad Birger II!

Muchos se levantaron, pero otros tantos siguieron quietos. La luz de las teas desnudaba sus rostros sepulcrales.

—¿Qué ocurre? —gritó Freistein Gaute, con la copa todavía en la mano—. ¿Aún hay aquí gentes que no brindan por el rey?

Se levantó Enar, el hijo de Birger.

—¡Brindad todos por la gloria y el honor de mi padre!

Vilgot Odvar, uno de los que habían rechazado el brindis, se puso en pie con lentitud. Miro al Taciturno, quien a su vez los contemplaba a todos con su faz impasible y tenebrosa.

—Majestad —dijo Odvar—, muchos de nosotros os juramos lealtad esta misma mañana y ninguno se desdecirá de sus votos. Estamos dispuestos a brindar por vos. —Señaló con el dedo a Freistein Gaute —. ¡Pero jamás secundaremos el brindis que sale de la boca de un felón!

—¡Malnacido! —rugió Freistein el Bello, y echó mano de la espada —. ¡Os vais a tragar esas palabras!

—¡Pues venid aquí e intentadlo, bellaco infame! ¡Veremos si sois capaz de ganar una pelea cuando no podéis acuchillar por la espalda!

Estalló un vocerío infernal porque muchos también insultaban a Gaute y otros tantos increpaban a los que rechazaron su brindis. Birger Magne se levantó, alzó el brazo derecho y dio un puñetazo que

hizo crujir la mesa.

—¡Silencio! —Todos le miraron, pero aún arreciaba el vendaval de gritos. El Taciturno levantó sus puños y los descargó en un golpe que casi partió la mesa—. ¡Silencio!

Todos callaron. Los barrió con su mirada verdosa.

—¡Señores de Shakark! ¡Estamos en una reunión de nobles gentes, no de villanos en una mancebía! —Levantó la barbilla—. Ruego templanza.

—Majestad, los insolentes aún no han brindado por vos —dijo Gaute.

—Sí lo hicieron. El señor Lief propuso un brindis y todos lo secundaron.

—Pero no secundaron el mío.

—Teneos, señor Gaute. Dejemos eso por ahora. Haya calma y paz. Regocijémonos porque ahora todos somos amigos.

Freisten Gaute enrojeció de ira y vergüenza, pero se mantuvo impasible. Se sentó de mala gana en su butaca. Sus enemigos sonrieron con placer y también se regocijaron los adictos al Taciturno, pues los felones pueden ser útiles, pero nunca son amados.

Si bien no con alegría, el banquete prosiguió al menos con tranquilidad. La bebida y la comida abundantes aplacaron los ánimos y poco a poco los vencidos empezaron a aceptar de una vez por todas su nueva situación. Birger incluso llamó a varios de los nobles hasta hace poco enemigos para que departieran personalmente con él. Se comportó con educación y ellos celebraron en su fuero interno que no los humillara. Quizás no fuera un mal rey, después de todo. El Taciturno se levantó de la mesa y se retiró a un lado junto a su segundo, Colbein Lief. También les acompañaba su hijo Enar y el guardaespaldas de este, el noctumbrio Alfrotul. Birger les pidió a todos que siguieran divirtiéndose y luego ordenó a Olaf y a Skarrion que le siguieran. Los dos Gunthar se miraron con recelo y fueron tras él.

Cuando estuvieron todos en un despacho, lejos de la fiesta, Birger se acomodó en una butaca y miró largamente a los Gunthar. No permitió a nadie tomar asiento.

—¿Para qué me habéis llamado, Majestad? —preguntó Olaf.

—Vos gobernáis uno de los señoríos más poderosos: el feudo de Umega. Lideráis una buena mesnada de guerreros. Tenéis granjas, labrantíos y una flota de naves de panza ancha que comercian a todo lo largo de las costas del Mar de los Hielos, el Soderjam y el Nortalje. Vuestra riqueza y vuestra influencia son famosas en todo Shakark.

—Me las he ganado a pulso, Majestad, con esfuerzo, sudor y sangre.

—Nadie lo niega, señor Gunthar. Y nadie os va a arrebatar nada…

Siempre que mostréis un comportamiento adecuado.

—Os juré lealtad esta mañana y yo nunca juro en vano, Majestad. En cuanto a las sanciones económicas, las pagaré sin demoras.

Birger apartó algo invisible con los dedos.

—No me refiero a eso. Veréis… Hasta ahora hemos sido enemigos, pero deseo que vos y yo estemos en las mejores relaciones posibles. Que seamos como uña y carne, por así decirlo.

—Lo seremos —dijo Olaf—. Jamás os causaré disgusto ni quebranto alguno, Majestad.

—Me alegra oír eso —dijo Birger, sonriendo solo con la boca, no con los ojos—. Porque vos y yo vamos a compartir familia.

Olaf dejó de sonreír, pero no dijo nada.

Birger señaló con la mano a Enar.

—Mi hijo tiene ahora la misma edad que el vuestro. Está en edad de casarse y quiero para él la mejor de las esposas. Me han dicho que tenéis una hija joven y aún soltera…

Skarrion sintió un escalofrío que subió como una babosa helada y veloz por su médula espinal.

—Sí —respondió Olaf, con voz lenta—. Mi hija Fulla.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—Magnífico, porque Enar tiene diecisiete. Harán una pareja maravillosa. Nos darán a vos y a mí hijos fuertes y sanos. Nuestro nieto común será algún día el rey de Shakark.

—¿Estáis proponiéndome que case a mi hija con vuestro hijo?

—No os lo propongo. Os lo ordeno. Y como fiel vasallo que sois, lo aceptaréis con alegría. ¿O es que vais a desdeciros de vuestro juramento?

Olaf permaneció inmóvil durante muchos latidos. Entrecerró los ojos, como si calibrara los pros y los contras. Con alarma, Skarrion comprendió que su padre no iba a negarse.

—Por supuesto que acepto —respondió Olaf—. Mi hija Fulla se casará con vuestro hijo, Majestad, y uno de los nietos que nos den será algún día el rey de nuestro país.

—¡Magnífico! —El Taciturno sonrió y dio una palmada que sonó como un trueno—. Por supuesto, vuestra hija debe aportar una dote digna de una reina.

—No os preocupéis por eso, Majestad. Mi hija aportará una dote acorde al poder y el prestigio de los Gunthar.

—No esperaba menos de vos. Enviaréis a vuestra hija Fulla a Ludvica en un plazo no superior a cuarenta días. Tras la batalla de hoy vos y yo sabemos que la guerra ha finalizado, así que me propongo ir cuanto antes a la capital para tomar plenos poderes sobre la gobernanza del reino. En cuarenta días os aseguro que el falso rey ya

habrá sido expulsado de la corte y que yo estaré firme en el trono. Entonces, podremos celebrar el enlace de nuestros hijos. Será el vino dulce que borre la hiel del pasado. —Su voz adoptó un tono que no admitía réplicas—: Me enviaréis a vuestra hija dentro de ese plazo. Puede que antes, incluso. Y vos y vuestra familia también podréis asistir, por supuesto.

—Así lo haremos, Majestad.

—Os veo serio. ¿Acaso no os regocija unir vuestro noble apellido al de los reyes del país?

—Me siento muy honrado, Majestad.

—Lo celebro. —Levantó las manos y las cejas—. ¡Todo solucionado! Dejad que os abrace no solo como a un fiel vasallo, sino como a un miembro más de mi familia.

Se levantó y abrió los brazos. Olaf sonrió y los dos se fundieron en un estrujón de osos. Se miraron con sonrisas de mandíbulas apretadas.

—Bienvenido a la Familia Real.

—Gracias, Majestad.

—Un momento. ¿Puedo hablar, Majestad?

Todos miraron al joven Skarrion, cuyo rostro presagiaba una tormenta. Olaf le agarró de un brazo y casi le empujó.

—¡No! ¡No puedes hablar! Majestad, Alteza y noble señor Lief, no atendáis a las palabras de mi hijo. La felicidad de este enlace le tiene algo… ofuscado.

—Dejad que hable —ordenó Birger.

Olaf clavó sus ojos azules y severos en los de Skarrion, que apretó los labios y bajó la vista.

—No era nada, Majestad —murmuró.

—Bien. Entonces todo queda dicho y hecho. Volvamos al banquete.

Salieron del despacho y retornaron a la sala del homenaje. Todos los miraron con curiosidad, haciendo cábalas políticas, pero nadie dijo nada. Cuando estuvieron otra vez en su mesa, Skarrion se encaró con Olaf y susurró con voz iracunda:

—¡Padre! ¡No podéis permitir que Fulla se case con esa alimaña!

—¿Qué no puedo permitirlo? —susurró a su vez Olaf, resoplando con ira—. ¿Quién eres tú para decirme lo que puedo o no hacer con mi familia?

—Fulla es una buena chica y de Enar Birger se cuentan…

—¡Silencio! Escúchame, jovencito. Yo soy el dueño y señor de todo el clan Gunthar, de sus hombres y mujeres, incluso del perro más miserable que ande por mis dominios. Todos me pertenecen, incluidos tú y tus hermanos. A mí tampoco me gusta ese mozo, pero es el príncipe, el hijo del nuevo rey, y mi deber y el deber de tu hermana es engrandecer a los Gunthar. Por tanto Fulla se casará con él, se quedará preñada de él y parirá buenos hijos para él y para la Casa Real de

Shakark. Y uno de esos niños será el futuro rey del país. Y será un Gunthar. ¿Lo has entendido?

Skarrion supuraba cólera por los ojos azules.

—Sí. Lo he entendido.

—Entonces cállate de una vez por todas.

Olaf desvió la vista, tomó su copa de cerveza y dio un trago. Skarrion se dio cuenta de que su padre tenía los dedos crispados al agarrar la copa, como si quisiera aplastarla, destruirla, convertirla en una bola de metal. También vio el cansancio y el pesar de unos ojos que ya navegaban hacia la vejez.

Skarrion volvió la cabeza y se fijó en Enar Birger, que reía y bebía junto al noctumbrio Alfrotul. Imaginó a su hermana Fulla al lado de ese individuo y sintió que se le revolvían las tripas. El banquete se le antojó una locura de rostros, mostachos, barbas y carnes sudorosas. Sintió que el asco y el mareo le podían y se levantó.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó su padre.

—A dar una vuelta. ¿Acaso no puedo?

—Sí. Pero no te metas en líos.

Skarrion deambuló por los corredores y subió a la planta alta del edificio, a las almenas. Aspiró el aire fresco de la noche primaveral y contempló el vasto cielo cuajado de estrellas y la sombra ominosa que era el horizonte.

Se preguntó entonces, como tantas veces había hecho, qué lugares escondía tal horizonte, qué países, qué hombres y mujeres había allende las tierras y los mares de Shakark. Había conocido algunos puertos de Noctumbria y había hablado con mercaderes llegados de otras latitudes, y ellos le narraron historias fabulosas sobre ciudades en las que cada casa era un castillo, sobre mares que no eran de agua sino de arena, sobre civilizaciones que ya eran viejas y brillantes cuando el primer shakark levantó su choza de paja, sobre magos y hechiceros ante los cuales los brujos de su país eran meros charlatanes. Todo eso le atraía, le llamaba, tiraba de él. Pero no podía marcharse. No podía salir de Shakark.

Pasó allí mucho tiempo, contemplando la noche del mundo, escudriñando misterios que seguirían siendo misterios mil años después. El viento aplastaba las llamas de los hornillos que calentaban las manos de los centinelas y gemía con su voz anciana y pesarosa.

—Estás aquí, Skarrion —dijo alguien, a su espalda.

Se volvió y encontró a Enar Birger y a su gigantesco perrito faldero, Alfrotul. Los dos hedían a alcohol, tenían los ojos enfebrecidos y sudaban. Skarrion intentó verle con buenos ojos, lo intentó de veras… Y solo sintió asco.

—Os saludo, Alteza.

—Vamos, chico, dejémonos de tonterías. Pronto seremos parientes,

así que puedes tratarme con familiaridad. ¡Seremos hermanos! ¿No es magnífico?

—Maravilloso.

Enar le puso una mano en el hombro.

—Esta mañana hemos peleado como hombres de armas, pero ahora tenemos que amigarnos como compadres. Vamos a divertirnos un poco, ¿te parece? ¿Por qué no vienes con Alfrotul y conmigo?

—¿Adónde?

—Vamos al burgo a por mancebas.

—¿Furcias?

—¡Claro, hombre! Unas rameras calientes que sepan iluminar esta noche oscura.

—No iré. No me siento con ganas para esas cosas.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Tú te lo pierdes, hombre. —Sonrió con picardía—. Oye, me han dicho que tu hermana es una yegua preciosa. Es célebre por su hermosura. Supongo que aún es virgen, ¿verdad? Voy a disfrutar mucho de ella, eso te lo aseguro.

Skarrion le miró impasible. Le dio un puñetazo que le envió al suelo.

—¿Qué haces, hijo de una perra? —bramó Alfrotul, y llevó una mano a la espada—. ¡Has pegado al príncipe!

Enar se levantó. Chorreaba sangre por los labios rotos y estaba un poco mareado, pero apartó a su secuaz.

—¡Déjalo! Esto es cosa mía. ¿Qué mosca te ha picado, malparido? ¿Acaso te he ofendido en algo? ¿Por qué me golpeaste?

—Porque me vino en gana.

—Porque te vino en gana, ¿eh? Pues a mí me viene en gana ensartarte como a un pollo en el espetón.

Llevó la mano a la espada y Skarrion agarró la suya y clavó sus ojos azules en los de Enar.

—Vamos, Alteza. Sacad la espada. Adelante, a ver si tenéis hígados. Lo estoy deseando. Será lo último que hagáis.

Enar quedó inmóvil. Retrocedió un paso. Dos.

—No voy a hacer peligrar los planes del rey por esto. Pero ándate con ojo, imbécil. La próxima vez acabarás sin cabeza. Todos los Gunthar sois unos locos… ¡Unos locos! Vámonos, Alfrotul. No merece la pena amargarse la noche por esto. Aún podemos divertirnos con las mozas esas.

—¿No le daremos su merecido, señor?

—No. Vámonos.

Se fueron, tras echarle una última mirada asesina. Skarrion los vio convertirse en sombras menguantes y desaparecer en las fauces del

castillo. Echó el aire con fuerza y se miró los dedos, que aún temblaban de ira. Se pasó una mano por la frente y echó el aire en un largo suspiro. Sospechó que este sería el primero de los desencuentros con el príncipe y con su maldita familia, y que además cada uno sería más sangriento que el anterior.

Volvió a mirar las estrellas brillantes y el horizonte de tinieblas.

3

En el preciso momento en que la batalla de Cajani quedó decidida, en el instante en que ya no hubo dudas sobre la victoria de Birger Magne, un mensajero partió a caballo Se encontraba en el mismo campo del honor, pero en la retaguardia, esperando a ser disparado al camino como una flecha o un bolaño de catapulta. No llevaba armadura y su caballo era esbelto y rápido, pues tendría que correr como un conejo por las sendas y veredas que llevaban a Ludvica, la capital del país. El Taciturno se había adelantado a los movimientos de su enemigo, así que todo estaba preparado para que ese jinete llegara lo antes posible a su destino. Los cascos tronaron en las pistas de tierra o se apoyaron con cuidado en los pasos difíciles de los desfiladeros. Hubo relevo de caballos en las fondas adecuadas y se descansó lo mínimo para que el cuerpo aguantara sin desfallecer. Aquel hombre atravesó las leguas del abrupto Shakark en un tiempo asombroso y por fin, la noche siguiente a la del día de la batalla, avistó bajo la luz de las estrellas y la luna las murallas, los tejados, las torres, la ciudadela y la fortaleza elevada de Ludvica. Tras ella se extendía una lámina negra, el Nortalje.

En Ludvica aún no se conocía el resultado de Cajani, la victoria que sentenciaba a Leidof IV al infierno histórico de los derrotados. La capital era en teoría el núcleo de poder de Leidof el Tembloroso, pero su hermano el Taciturno la había salpimentado de espías, así que incluso en los cuarteles de las murallas había felones al servicio del usurpador. Recibieron en secreto al mensajero y al cabo de poco hubo otra lluvia de mensajeros que cabalgaron por las calles de barro y piedra de la urbe y llegaron a la ciudadela y a la fortaleza que era el Palacio Real. Allí había más agentes del usurpador, y no solo recaderos e informadores, sino hombres de armas, capitanes y centinelas comprados, criados que llevaban puñales escondidos, asesinos con ropas de sirviente y nobles preparados para apoyar al lado del Taciturno una vez ganara la batalla.

En efecto, todo estaba ya atado y bien atado.

Por ello el golpe de mano en el palacio sucedió con una precisión y rapidez asombrosas. Los agentes de Birger Magne, ya vistieran de soldado o de lacayo, se echaron encima de los auténticos criados y guerreros, les taparon la boca y hundieron los cuchillos en la garganta o el corazón. Hubo luchas vertiginosas en los pasillos, las escaleras y las almenas, y a pesar de todo el sigilo no pudo evitarse la algarabía de gritos de alarma y dolor y el tumulto metálico y vibrante de los

aceros. No importaba, porque para eso también había solución: en algunos cuarteles de palacio y de la muralla los soldados quedaron encerrados en los barracones y desde el exterior llovieron flechas llameantes. A los guerreros que salían por las ventanas les esperaban cuadrillas de lanceros asesinos. Pronto, menudearon los incendios también en la fortaleza. Entre los hombres leales al rey se intercalaban los felones, que les agarraban por la espalda y les rebanaban el pescuezo, haciendo saltar la sangre a chorros y manchando de oscuro los tapices, los cortinajes, las alfombras y los bustos de los héroes y reyes de Shakark. Confusión, pánico, fuego y puñales. Algunos traidores se ofuscaron en el calor de aquel infierno, olvidaron su misión principal y entraron en las habitaciones de las criadas y sirvientas para acuchillar a sus maridos y después abusar de ellas. Como era de esperar, hubo mucha crueldad innecesaria.

Pero el objetivo principal eran el rey y su familia. Birger no quería arriesgarse a que escaparan de Ludvica en cuanto supieran de su victoria, quería la eliminación de todos sus enemigos y la quería no tras el encarcelamiento y una pantomima de juicio, sino en el presente inmediato. Los asesinos abrieron a patadas las habitaciones donde dormían la esposa y los cuatro pequeños hijos del príncipe Eir —el mismo cuya cabeza adornara una lanza, el día anterior— y los pasaron a cuchillo a todos. También fueron apuñalados y degollados Idona y Arquin, otros dos hijos del rey, y sus respectivas familias. No se salvaron ni las criaturas de pecho. Pero no encontraron en el palacio a la joven reina Dis ni a sus dos pequeños, los niños Geirrid y Eigil.

El rey Leidof se había despertado al oír los primeros gritos. Como otras tantas noches, se había quedado dormido en su biblioteca, pues amaba los libros y solía leer hasta dar cabezadas por culpa del sueño; entonces se levantaba y andaba con dificultad, arrastrando su pie malo, hasta una cama que había ordenado colocar allí mismo. Esta noche Leidof el Tembloroso mugió con voz cavernosa una llamada a su sirviente personal. El rey había sido en otros tiempos un hombre fuerte y enérgico, pero cinco años atrás, durante una jornada de caza, mientras perseguía a un zorro, una rama le hizo caer de su caballo y se golpeó la cabeza contra una piedra. Los médicos consiguieron salvarle, pero desde entonces sufría una parálisis de la mitad izquierda del cuerpo, de tal modo que tenía el brazo contraído y la mano doblada, formando un ángulo recto con la muñeca. Los dedos estaban congelados en una garra de ave disecada, tenía una pierna rígida y arrastraba el pie al caminar. La mitad izquierda de su cara estaba tensa y contraída, como si los músculos faciales hubieran sido estirados hacia abajo de manera fantástica y luego se hubieran petrificado en tal posición. Tenía la mitad de la boca siempre abierta y por ella discurría un perenne reguerillo de saliva que los sirvientes

limpiaban cada pocos latidos. Cuando dormía le ponían un babero monstruoso que recogía el flujo. El labio inferior estaba tan estirado hacia abajo que se le veían las encías rojas, bajo los dientes negruzcos. Sufría además continuos temblores y de ahí le venía su apodo. Pero aunque el lado izquierdo de su cuerpo era una ruina, el derecho estaba en perfectas condiciones y por ello podía escribir, hablar y hasta manejar una espada. Aun así, nunca podría volver a montar a caballo, cazar o dirigir a sus hombres en la guerra. Su hermano el Taciturno había tomado como pretexto aquella invalidez para exigir la corona y muchas gentes del país, incluidos nobles y grandes señores, estaban de acuerdo en que Shakark no podía tener a un rey tullido en el trono. La lógica de Birger era un tanto ambigua, porque el sucesor natural del monarca debiera ser el hijo y no el hermano del rey, pero eso no le impidió erigirse en pretendiente. No obstante, al Tembloroso le sobraba fuerza de voluntad y con su voz ronca y trémula aseguró que ningún felón asqueroso iba a quitarle la corona. Hubo guerra y hoy, tras dos años de lucha, unos traidores abrían a patadas las puertas de su alcoba y entraban en ella con los cuchillos en la mano.

El rey consiguió levantarse y llegó, medio cojeando y medio saltando, hasta su espada. La desenvainó y farfulló reniegos e insultos, les ordenó detenerse, les mentó a las madres y se ciscó en todos sus antepasados, todo ello con profusión de hilachas y goterones de baba. Los asesinos traían antorchas y el fuego alargó la sombra del rey, la agigantó, le transformó en un héroe mítico que alzaba su espada contra los demonios y los trolls. Los regicidas cayeron sobre él y en la refriega incluso consiguió herir a uno con la espada, pero las lanzas atravesaron sus cuerpo enteco y retorcido y una moharra convirtió la mitad derecha de su cara en un borrón de pulpa sangrienta, de tal modo que lo único reconocible del cadáver fue, precisamente, su lado deforme. Así murió el rey Leidof IV de Shakark, en bata y con la espada en la mano. Las doncellas espectrales de Kor se llevarían su alma al paraíso de los guerreros.

En un edificio adyacente a la fortaleza principal, un palacete secundario, la reina Dis despertó al oír el griterío y zarandeó a su amante.

—¡Se oyen voces! —exclamó la joven reina, vestida solo con el camisón.

Su compañero de alcoba se llamaba Eitri Nidog y era uno de los jóvenes de la alta nobleza shakark que residían en la corte de Ludvica. Quedó inmóvil durante unos instantes y luego saltó del tálamo en busca de sus ropas y su espada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dis Estig, esposa adulterina del rey Leidof—. ¡Por todos los dioses, huele a quemado!

—¡Ocurre que están atacando el castillo! —respondió Eitri,

mientras se sacaba de encima el largo camisón y se ponía la túnica. Agarró la espada y la daga incluso antes de ponerse el ceñidor y el tahalí—. ¡Vamos, tenemos que salir de aquí cuanto antes!

—¡Mis hijos! —chilló Dis, y también se levantó de la cama. Un miedo gigantesco congeló su pecho y luego la arrojó hacia la puerta—. ¡Geirrid! ¡Eigil!

—¡Espera un momento! —advirtió Eitri—. ¡No salgas aún! ¡Hay gente en el exterior!

Pero la reina ya había abierto una de las dos hojas de madera. Se detuvo, como si hubiera topado con una barrera invisible, y abrió mucho los ojos y la boca. El alarido terminó de golpe cuando el cuchillo se hundió en su garganta y le cortó las cuerdas vocales; hubo más cuchilladas y el cuerpo de la reina se convirtió en un grifo de sangre, algo flojo que resbalaba sobre el cuerpo de su ejecutor, entorpeciendo sus movimientos. El matarife desorbitó los ojos cuando vio venir hacia él a Eitri Nidog, como una alimaña de furia y de muerte; el asesino intentó quitarse de encima el cadáver, pero no fue lo bastante rápido y la espada entró por su ojo izquierdo. El joven Nidog sacó la espada, empujó al muerto y se agachó junto a Dis. A ella se le escapaba la vida por los tajos, gorgoteaba palabras ininteligibles y señalaba hacia el pasillo.

—Salvaré a tus hijos —le dijo Eitri—. ¡Te lo prometo!

La reina cerró los ojos y se entregó a la oscuridad.

Eitri se levantó y tosió, pues le llegaban vaharadas de humo. Escuchó gritos histéricos de terror y sintió el calor de unas llamas aún lejanas. Empapado de la sangre de la reina y aún con la espada y la vaina en las manos, echó a andar por el pasillo brumoso y caliente. Vio a una mujer tambalearse, derrumbarse sobre una pared y caer al suelo. Era una sirvienta personal de la reina. Eitri la dejó atrás. Tosía, le escocían los ojos y sentía una tenaza ardiente en los pulmones. Llegó a un ala del palacete que todavía no había sido afectada por el incendio. En unas escaleras descubrió a un tipo armado con un puñal.

—¿Quién eres tú? —gritó aquel hombre.

—¿Habéis encontrado a los niños de la reina? —le preguntó a su vez Eitri, en tono autoritario—. ¡Vamos, responde! ¡Soy de los vuestros!

—No, señor, aún no, pero Corti ha ido a por ellos. La alcoba de los críos está al final del pasillo principal del primer piso. ¿La reina ha muerto, señor?

—No, así que ve por ella. ¡Vamos, muévete!

—Sí, mi señor.

El hombre pasó a su lado y Eitri le asestó un revés que casi partió en dos su cabeza. El asesino le miró una última vez, con asombro, y rodó escalones abajo. Eitri pasó junto a él y llegó al piso inferior. Las

llamas se cebaban en los cortinajes y los tapices y desprendían luces cegadoras y un calor que abrasaba la piel. Con los ojos entrecerrados y la espada en la mano Eitri se internó en el gran pasillo, salpicado de cadáveres y moribundos que se arrastraban sobre sus propios charcos, y llegó a la última puerta. Por el umbral medio abierto escapaban alientos de humo. Soltó un reniego y entró en un infierno de brasas incandescentes. Una de las dos camas infantiles estaba envuelta en llamas. Había un hombretón que tenía a los dos niños acorralados en una esquina. Empuñaba un cuchillo.

—¡Alto! —gritó Eitri.

El otro se volvió y Eitri le amputó la mano. El hombre retrocedió trastabillando, mirándose incrédulo el muñón. Eitri tendió una mano a los niños, dos figuritas en camisón, con las caras redondas untadas de lágrimas que el fuego hacía brillar.

—¡Venid conmigo! ¡Soy Eitri! ¿No me reconocéis? ¡Vamos, os sacaré de aquí!

Geirrid, la niña, asintió con los ojos muy abiertos. Sus dedos finos agarraron la manaza del hombre y luego tiró de su hermano Eigil. Los dos se levantaron. Eitri miró al asesino, que tenía el brazo cortado metido en la axila.

—¡No me hagáis daño, señor! ¡Yo no quería…!

—Tú te vienes conmigo.

Los cuatro salieron de la habitación llameante. Los chiquillos iban de la mano de Eitri y no dejaban de toser y gimotear. Fueron hasta un lugar libre de llamas y humo y entonces Eitri le puso al matón la punta de la espada en la garganta.

—¿Cuántos sois? —le preguntó, entre toses—. Ni se te ocurra mentir.

—¡Mas de cien, señor! ¡Están por todo el palacio! ¡Teníamos que matar a toda la Familia Real! ¡Pero yo no quería hacerlo, ellos me obligaron!

—Basta. —Eitri tosió y entrecerró los ojos. Clavó la mirada en el asesino—.Te voy a dejar vivir, pero solo si haces lo que yo te diga.

—¡Haré lo que queráis! ¡Gracias, señor!

—Escúchame bien, bastardo, porque no lo repetiré. Le dirás a tus amos que mataste a estos dos niños y que luego dejaste sus cuerpos en la alcoba.

—Pero cuando entren no encontrarán los cadáveres y sabrán que les mentí.

—Nadie va a entrar en ese infierno, pedazo de imbécil. El fuego ya debe haber alcanzado las vigas del techo y pronto se derrumbará todo. Antes de que acabe la noche esta maldita mansión será una ruina humeante. No creo que nadie busque los cuerpos entre el amasijo carbonizado.

—¿Y vos? ¿Qué haréis con los niños?

Eitri le puso de nuevo la espada en la nuez y le obligó a ponerse de puntillas.

—¿Yo? ¿Quién soy yo? ¿Acaso me ves? ¿Ves a estos niños? ¿No te das cuenta de que los tres somos una imaginación de tus sentidos distorsionados por el humo? Recuerda qué ha pasado y recuérdalo bien porque te va la vida en ello.

—Yo… Yo no os veo… Quiero decir que no veo a nadie. Maté a los niños y dejé los cadáveres tirados en la alcoba, que se derrumbó entera sobre los chiquillos. Y luego… Luego peleé contra un sirviente que tenía un cuchillo y antes de matarle me cortó la mano.

—Muy bien. Espero que nadie más sufra delirios, porque si tus amos llegaran a imaginar que los niños se te hubieran escurrido por entre los dedos no se conformarían con cortarte un brazo.

—¡No, mi señor! ¡Yo les convenceré de que los hijos de la reina están muertos y bien muertos!

—Así me gusta. Los espectros podemos volver a la tierra para vengarnos de los mortales que nos desobedecen. Recuérdalo.

—¡Sí, mi señor!

—Ahora quédate ahí y cuenta hasta cien. Luego sal y busca a tus compañeros.

Eitri retrocedió sin dejar de mirarle, llevando de la mano a la niña Geirrid, la cual cogía a su vez a su hermano Eigil.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó el chiquillo, y tosió.

Eitri le miró con pesar y nerviosismo. Abrazó al niño y se lo echó encima. El chico se le agarró al cuello.

—Geirrid, ahora tenemos que correr y escondernos, ¿entendido?

—Sí —dijo la mocita.

—¡Vamos!

Eitri echó a correr con el niño en un brazo y la espada en el otro, y la niña le siguió como una conejilla, moviendo de un lado a otro su pelo largo y rubio.

El matarife también quería escapar, pero tenía demasiado miedo a ese hombre y, aunque estaba a punto de ciscarse encima y el dolor del miembro cortado le mareaba, contó hasta cien. Salió tambaleándose de la mansión. A su espalda el palacete rugía, envuelto en llamas. En el gran castillo también había lenguas de fuego, escapando por las ventanas y los balcones. Muchos gritaban que el rey estaba muerto. Lejanos, sonaban los metales. Pero eran pocos quienes aún combatían. Todo estaba ya decidido. Unos hombres con espadas y cuchillos se acercaron al manco.

—¡Eh, ese es Corti! ¿Vienes del palacete de la reina?

—Sí… —gimió.

—¿Están muertos la reina y sus hijos? ¡Contesta, hombre!

Corti dudaba. Le resultaba difícil pensar con claridad, pero sabía que sus siguientes palabras marcarían no solo su propia vida, sino también la historia del país.

—Sí. La reina ha muerto. Y sus hijos… Los niños… Yo… Yo los maté.

Cayó de rodillas y le agarraron cuando ya perdía el sentido. A su espalda, la mitad izquierda del palacete se hundió y de la hoguera gigantesca escapó un chorro de brasas incandescentes que intentaron competir con las estrellas del cielo y que enseguida murieron y desaparecieron en la oscuridad de la noche.

4

La hueste de los Gunthar retornó al feudo de Umega. Fue dividiéndose y disgregándose a medida que los hombres volvían a sus granjas, sembradíos y puertos. Allí cambiarían la espada y el escudo por el azadón, el arado y la red. Todos sabían que la guerra estaba ya resuelta y por tanto la mesnada ya no era necesaria. Habían perdido y ahora servían al enemigo, pero al menos volvían, mientras que otros se habían dejado la vida en el barrizal de sangre y cadáveres. Las viudas y los huérfanos lloraron y las esposas e hijos de los vivos abrazaron a sus maridos y padres. Esos hombres habían cumplido su deber para con su señor y ahora degustarían de nuevo los placeres de la paz, el doble de dulces tras las penurias de la guerra.

Olaf Gunthar conservó a su lado su guardia personal de trescientos hombres, que vivían en su pequeña corte de Macún. Marcharon por el Camino de los Acantilados, el sendero pedregoso casi al filo de los abismos de la costa del Nortalje, y avistaron al fin el burgo de Macún y su castillo. Olaf respiró con placer el aire cargado de salitre y miró con orgullo aquel lugar que había obtenido por sus propios medios, tras una vida entera de comercio, rapiña y combates. Empezó con apenas cinco barcos de panza redonda y dos serpientes de guerra y ahora era uno de los nobles más fuertes del país. Y pronto, si nada se torcía, su familia emparentaría con la del rey. Su nieto sería el futuro monarca. Eso le llenaba de orgullo y le ayudaba a alejar la idea de que a cambio debería entregar a su querida niña a un hatajo de indeseables.

Skarrion estaba serio y casi no había cruzado una palabra con su padre en todo el camino. No podía quitarse de encima la depresión. En realidad no tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera consigo mismo.

Cuando llegaron al castillo salieron a recibirle los criados y también la familia Gunthar. Borgil, la madre, era una mujer gorda y maravillosa que siempre tenía una sonrisa para los suyos y que hoy parecía brillar como un sol al ver a su marido y su hijo volver vivos de la guerra. Al duro Olaf se le llenaron los ojos de amor cuando vio a su esposa, soltó una carcajada de trueno, la abrazó fuerte y la hizo girar en torno a él, como si los dos fueran de nuevo unos adolescentes. Luego abrazó a Beini, el hijo mayor, a su nuera Sigrún y a los cuatro hijos de ambos, unos rapaces vocingleros; abrazó también a su hija Audumla, a su yerno Vider y a sus dos chiquillos, uno de los cuales

apenas sabía andar. Y por último abrazó con muchísima fuerza a su hija Fulla. Skarrion también saludó con emoción a todos, aunque estaba más serio.

—¡Vamos, aseaos y poneos vuestros trajes más hermosos! —apremió Borgil, la señora de la casa—. ¡Ya está todo preparado para celebrar un banquete!

—Padre —le dijo Beini a Olaf—, tenéis que contarnos todo lo ocurrido en la campaña de Cajani. Se oyen muchas cosas raras sobre los Gaute.

—Sí, muchas cosas raras. —Olaf echó una mirada de reojo a su hija Fulla, luego a Skarrion, y desvió la vista—. Después hablaremos.

El banquete fue espléndido y corrieron el vino, la cerveza, el hidromiel, la sidra y el aguardiente. Nadie abordaría los asuntos serios hasta que no lo quisiera el patriarca, así que por el momento solo había palabras amables y cariñosas. Mientras comía y bebía con su voracidad de costumbre, Olaf contemplaba a su familia. Beini, su hijo mayor, era un hombre fuerte y bueno que sabía manejar la espada —le había acompañado en expediciones de piratería en el pasado y siempre había luchado con valor—; pero en un viaje de comercio por las costas del Soderjam, y en el transcurso de una tormenta, se había roto la cadera izquierda y desde entonces caminaba torcido y ya le resultaba casi imposible montar a caballo y pelear. Por eso no había ido a la guerra y por eso cuidó de los asuntos del feudo mientras su padre y Skarrion fueron a luchar por el rey. Tampoco fue con ellos su yerno Vider, un marido rico y noble para su hija Audumla, pero tan debilucho y enfermizo que empezaba a toser hasta desmayarse en cuanto subía a un caballo. Varias veces había estado a punto de morir de fiebres. Pero era un buen marido para su esposa y un hombre razonable, inteligente y cabal que había ayudado a su suegro en la administración de sus muchos negocios. Por ello, Olaf le respetaba. Al viejo Gunthar se le iban los ojos a su esposa Borgil, a quien cada año quería más. Era verla y sentir un regocijo caliente en el fondo del pecho. Beini y Audumla se parecían más a la madre, no solo en el castaño claro de los cabellos y el azul oscuro de los ojos, sino en el carácter práctico y reposado. Skarrion y Fulla se parecían más a él porque eran muy rubios y el azul de los ojos parecía el del hielo bajo el sol brillante. En cuanto a Skarrion, tenía el mismo mal genio y los mismos estallidos de ira que su creador. Olaf y él se parecían tanto que sería casi imposible que se llevaran bien. Fulla en cierto modo le recordaba más a su madre tranquila y risueña, pero no era tan práctica como Borgil, sino más bien idealista y soñadora. Era una de

las adolescentes más hermosas de Umega y su belleza no solo se concentraba en su cara fina y pecosa, sino en todo su cuerpo de mujer. Tenía unos pechos grandes y firmes, cintura estrecha y caderas anchas. Había algo devastadoramente femenino en ella, en su forma de moverse, algo que hacía a los hombres detener sus conversaciones y volverse a mirarla durante unos latidos, para después tragar saliva y volver a hablar con la voz un poco ronca. Su voluptuosidad aniquilaba los sentidos de los varones. Todos los chicos de la región estaban locos por ella, pero nadie osaría ponerle la mano encima, ni siquiera decirle una mala palabra, porque con suerte Skarrion les estrellaría la cabeza contra un árbol o un muro, y sin suerte caerían en manos de Olaf. Lo más enloquecedor para los muchachos era que ella no les provocaba, no era una buscona, y sembraba en ellos la lujuria sin apenas darse cuenta. Esa inocencia de niña en aquel cuerpo de curvas rotundas la hacía todavía más deseable.

Olaf dejó la copa en la mesa, se limpió el mostacho con el dorso de la mano y les dirigió a todos una mirada profunda.

—Como sabréis, hubo una derrota en la batalla de Cajani y algunos —miró a su hijo Beini— me habéis preguntado cómo ocurrió todo. Os lo contaré.

Así lo hizo.

—Los Gaute nunca fueron de fiar —dijo Beini, tras el relato—. Siempre estuvieron amigados con el clan Aevar, al que pertenece la esposa de Birger Magne.

—A partir de ahora es la reina —sentenció Olaf—. Tras Cajani ya podemos decir que tenemos un nuevo señor en Shakark: Birger II. Los Gunthar le rendimos fidelidad tras la batalla. Tuvimos que hacerlo. No quedó otra solución.

—Hiciste lo correcto, esposo. —Borgil le puso una mano en el antebrazo y él le sonrió con cansancio—. Lo más importante ahora es adaptarse a los nuevos tiempos. Y por lo que has dicho, el nuevo rey no parece tan malo. Al menos, ha respetado la vida y la hacienda de los que lucharon contra él.

—Eso es cierto, querida mía. El único que escapó fue Gultop Nidog. Tuvo tiempo de marcharse del campo de batalla y debe estar ya con los suyos en su feudo de Onsbergo. Conociéndole, no va a dar su brazo a torcer con facilidad; veremos si el Taciturno puede atraerle a su lado, ya sea por las buenas o las malas. —Suspiró—. Ahora solo queda ver qué hará Birger II con el Tembloroso.

—¿Acaso no sabéis lo que ha pasado en Ludvica, padre? —preguntó su hija Audumla.

—No he tenido noticias de la capital. ¿Qué ha ocurrido allí?

—Creía que ya lo sabíais, padre —dijo Beini—. Hubo una rebelión en Ludvica, hace unos seis días. La Familia Real entera fue pasada a

cuchillo.

—¿Qué? ¿Pero qué dices?

—Al parecer había una facción muy fuerte de simpatizantes del Taciturno en la capital y por la noche se alzaron en armas y atacaron la ciudadela y el castillo del rey. Hubo trifulcas y escaramuzas aquí y allá y mataron al rey, a su esposa la reina y a todos sus hijos y nietos, incluidas las criaturas. Tampoco perdonaron a sus familiares políticos. En la degollina murieron decenas de soldados y sirvientes.

Olaf dio un silbido.

—El Taciturno no se anda con tonterías. Ha eliminado de un plumazo a su hermano y a todos sus descendientes directos e indirectos; ya nadie podrá hacerle sombra en el futuro.

—Fue una salvajada —aseveró Borgil—. El nuevo rey tendrá que dar cuenta de esos asesinatos cuando comparezca ante los Luminosos.

—Amada esposa, olvídate de los dioses a los que adorábamos —le dijo Olaf—. El Taciturno va a imponer otro culto, el de Mumaga. Tendremos que aprender nuevos rezos.

—Pues a mí nadie va a decirme cómo y a quién rezar en mi propia casa.

—Lo importante es ver qué dios tiene más fuerza antes de empezar con los cánticos. Mumaga ha doblado la cerviz de Kor y sus Luminosos. Tendremos que acos…

—Un momento —intervino Gunthar, hasta ahora silencioso, y todos le miraron—. ¿Sabéis lo que ha ocurrido con Eitri Nidog? Él estaba con los jóvenes nobles de Ludvica.

Todos sabían que Skarrion y Eitri habían sido muy amigos. De hecho, los Gunthar y los Nidog habían estado siempre en buenas relaciones. Por ello, Eitri había pasado largas temporadas en Umega y Skarrion había hecho lo mismo en Onsbergo.

—Al parecer, Eitri Nidog también murió aquella noche terrible —repuso Beini—. Los Nidog eran leales a la Familia Real y Eitri debió defenderla hasta el fin, como el hombre de honor que era. Según se cuenta, murió en los incendios. No se encontró su cadáver.

—Los Nidog siempre han mostrado coraje y nobleza —aseveró Olaf, ceñudo.

Skarrion cerró fuerte los ojos, apretó los labios y se pasó una mano por la barba.

—Maldito sea el Taciturno y su asquerosa prole… ¡Malditos sean!

—¡Skarrion! —le riñó su madre—. ¡No debes hablar así de ellos! A mí tampoco me gustan, pero Birger será nuestro rey y debemos respetarle.

—Sí, debemos guardarle respeto. —Skarrion sonrió con los dientes apretados—. Y ahora más que nunca, ¿verdad, padre? Vamos, decídselo. ¡Decídselo de una vez por todas!

—¡Skarrion, no toleraré que le hables así a padre en mi presencia! —exclamó Beini.

Skarrion bajó la mirada con rabia y pesar. Olaf levantó una mano.

—Teneos los dos. Skarrion lleva razón. Hay algo importante que debo comunicaros a todos, algo que incumbe a la familia Gunthar. Y sobre todo a ti, Fulla.

—¿A mí? —se extrañó la joven, que nunca se había interesado por la política.

—Sí, hija mía. Vas a casarte con Enar Birger. Ya hemos concertado la boda, que ha de celebrarse antes del otoño.

—¿Enar Birger? Pero es…

—El príncipe. El hijo del nuevo rey. Mi querida niña, algún día tú serás la reina de todo Shakark. Tus hijos serán reyes y príncipes.

Todos quedaron en silencio. Skarrion agarraba la copa con las dos manos y tenía la vista clavada en la mesa.

—¡Olaf! —exclamó Borgil—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Te lo digo ahora y con eso basta. Os lo digo a todos. Fulla se casará con Enar Birger y así los Gunthar emparentarán con los reyes de nuestra tierra. —Agarró la copa y le levantó—. ¿No es maravilloso? ¿No es una gran noticia?

Pero solo él estaba sonriendo, y además de manera forzada. Fulla miraba de un lado a otro, pensativa.

—Por todos los dioses…

—¡A mí me parece una noticia maravillosa! —afirmó Beini.

—¡Por supuesto que lo es! —rugió Olaf, enfadado, y dio un puñetazo en la mesa.

—Sí. —El tono de Borgil era sepulcral—. Es una gran noticia.

—Hermana, te felicito —le dijo Audumla a Fulla.

—Gracias. —Fulla miró a Olaf—. ¿Cómo es ese chico, padre? ¿Cómo es el príncipe?

—¿El príncipe? ¿Cómo va a ser? Es un mozo guapo y fuerte, un buen partido. ¡Haría feliz a cualquier mujer! Y además es un muchacho educado y culto, con unos modales exquisitos.

—Cierto, tiene unos modales exquisitos —masculló Skarrion, sin dejar de mirar la mesa—. Por ejemplo, en Cajani le cortó la cabeza a su primo, el príncipe Eir, la clavó en una lanza y la paseó por…

—¡Cierra la boca! —rugió Olaf. Le señaló con el dedo—. Cállate. No digas ni una palabra más.

Skarrion sonrió con los labios apretados y asintió. Fulla le miraba con espanto. Se volvió hacia Olaf.

—¡Padre! ¿Eso es cierto?

—No hagas caso de tu hermano, que es un pedazo de idiota. Esas son las cosas normales que pasan en la guerra y no hay que darles importancia. Escúchame, hija mía, estoy seguro de que serás feliz al

lado de ese hombre. Además, algún día tendrás la corona de Shakark sobre tu cabeza. ¿Qué mayor dicha puede haber?

Fulla vaciló y al final asintió, confundida.

—¡Pues no se hable más! —exclamó Olaf—. No quiero ver ni una cara larga. Brindemos por Fulla, la futura reina.

Levantó la copa y todos le imitaron, incluso Skarrion, aunque sin ganas.

Horas más tarde, en el crepúsculo, Fulla encontró a su hermano pequeño en los jardines de la fortaleza. Estaba sentado en un banco de piedra, bajo un árbol, contemplando el mar hinchado de miel y sangre.

—¿Qué haces aquí, Skarrion? —le preguntó ella, y se sentó junto a él.

El joven encogió de hombros.

—Pensar. Últimamente pienso mucho. Demasiado.

—Ya me he dado cuenta. Quieres irte, ¿verdad?

Skarrion la miró sorprendido. Sentía una afinidad especial con Fulla, un vínculo que no podía entender porque tenían gustos por completo diferentes. Y sin embargo, se entendían. Skarrion suspiró.

—¿Tanto se me nota?

—Cuando vienen los mercaderes de los países vecinos les preguntas por las tierras de fuera y te quedas embobado escuchando sus relatos. Y cada vez más, te encuentro mirando el horizonte. Suspiras tanto que si fueras una doncella pensaría que estás prendada de algún mozo…

Skarrion sonrió.

—Sería como en uno de esos libros tuyos de romances.

—Algo así. Pero como sé que no tienes amoríos, es evidente que otra cosa te preocupa. Quieres marcharte.

Skarrion la miró.

—Estoy harto de todo esto. Me siento oprimido y ahogado, y ahora además tenemos que besarles los pies a unos malparidos. Shakark se me va quedando cada vez más pequeño, hermana.

Ella le cogió de una mano y los dos quedaron quietos, contemplando el mar. A Skarrion le gustaban mucho los silencios de Fulla. Eran cómodos.

—Siento lo de tu amigo Eitri —dijo ella—. Sé que le querías mucho.

—Otro clavo en el ataúd. Pero… No sé, es posible que no haya muerto. No han encontrado su cadáver en Ludvica y él es… era astuto como un zorro. Puede que haya escapado de la matanza. Ojalá.

—Tal vez algún día nos encontremos con él, cuando haya felicidad y paz entre todos los clanes del país.

—Ojalá.

Skarrion bajó la vista.

—Vamos, dímelo de una vez —exigió ella.

La miró con gravedad.

—Ten cuidado con el hombre con el que te van a casar.

—Ya he oído algunas historias sobre Enar Birger y sé que no es trigo limpio. Pero tal vez sean exageraciones.

—En este caso la realidad supera a las hablillas. Te lo aseguro.

—Entonces tendré que cambiarle.

—¿Cambiarle? ¿Cómo vas a cambiar a esa alimaña?

—Mediante el amor.

Skarrion bufó una carcajada sin alegría.

—¿Pero qué demonios estás diciendo?

—Sé que te parecerá una tontería, pero creo en el amor. Creo que las personas pueden cambiar si tratas de entenderlas y ponerte en su lugar. Trataré bien a mi esposo, lo honraré y al final él también hará lo mismo conmigo. Sé que puedo lograrlo.

Skarrion la miró con los ojos entrecerrados.

—Tú estás loca, Fulla. ¿Crees que esto es un juego? ¿Te lo vas a tomar como un desafío? ¿Quieres enamorar a ese hombre? ¡Solo serás feliz cuando estés lejos de ese hijo de mil padres! Trata con él lo justo y lo imprescindible, y nada más. Por todos los dioses, ¿acaso crees que esto es uno de esos poemas de los bardos en los cuales la doncella domina al dragón con una canción suave? ¡Tú no puedes con ese mal bicho!

—Skarrion. —Le miró con una firmeza que él no podía vencer—. No soy una estúpida. Sé que Enar Birger es un depravado. Pero también sé que no puedo eludir al marido que han elegido mis padres para mí, y como solo tengo una vida en esta tierra, la voy a aprovechar. Voy a ser dichosa. Al final conseguiré que mi marido me ame y me honre, ya sea Enar Birger o el mismísimo Gunlaug.

—Creo que el señor de los demonios sería mejor esposo que Enar Birger.

—Yo le cambiaré.

—Es imposible discutir contigo. —Skarrion meneó la cabeza—. Eres más tozuda que un yunque.

—¡Mira quién fue hablar!

Fulla soltó una carcajada y Skarrion la miró con cariño. Pero en pocos latidos su mirada se ensombreció.

—Escúchame. Quiero que tengas cuidado. No bajes nunca la guardia con tu esposo. Si no por ti, al menos hazlo por mí. Prométemelo.

—Está bien, maldito gruñón. Te lo prometo.

—Algo es algo.

Ella le dio un puñetazo suave en la mandíbula. Después, los dos cayeron de nuevo en otro de aquellos silencios cómodos, mientras contemplaban la unión del agua y el sol.

5

Cuando Birger II entró en Ludvica, la capital del país estaba ya mansa. La habían domado mediante la sangre, el fuego y el miedo, tras aquella noche fatídica de magnicidios encadenados. En los días siguientes hubo algunos altercados, provocados por los más leales al rey Leidof, pero en cuanto se supo que el Tembloroso y toda su familia habían sido exterminados, que el Taciturno había aplastado a las tropas de su hermano en Cajani y sobre todo que venía hacia Ludvica con un enjambre de guerreros, los revoltosos acabaron por rendirse, o huyeron. Las guarniciones rindieron pleitesía al nuevo rey y los pendones de Leidof fueron apartados con premura para no ofender la vista del nuevo señor del país. Quizás quedaran algunos flecos por cortar en el traje de la guerra —por ejemplo, estaba por ver qué pasaría con el recalcitrante clan Nidog—, pero las aguas parecían calmas.

Birger II llegaba acompañado de su esposa, Yulene Aevar. La nueva reina era una mujer ambiciosa e implacable de inteligencia y lengua afiladas, a la que era más fácil temer que amar. De hecho, se sabía que no había cariño entre su marido y ella, sino frialdad en el mejor de los casos y abierta hostilidad en el peor. Sin embargo, Yulene era una magnífica estratega y sus opiniones contaban no solo en el despacho del rey, sino incluso en la sala del consejo, pues asistía a sus reuniones como si fuera un privado más del monarca. Los Aevar eran una de las familias más poderosas y ricas del país, así que Birger los necesitaba para ganar la guerra y también para gobernar; no podía por tanto desairar a su esposa, lideresa de su propio clan, y por tanto debía aguantar su carácter temible. Yulene era devota del dios Mumaga y se sabía que fue ella la que consiguió que el bando de su esposo apoyara el retorno del culto perdido. Muchos veían con temor la vuelta de esa vieja religión de sacrificios humanos, hoy tolerada y mañana quizás impuesta. No parecía que la nueva reina quisiera compartir el reino espiritual de Shakark con los dioses Luminosos, muy populares en el país, así que se preveía un cambio teológico lleno de tensiones.

Cuando el rey, la reina, el príncipe y su corte de allegados e incondicionales entró en el palacio, aún quedaban rastros de los incendios, que por fortuna fueron sofocados antes de provocar daños mayores, pero los cadáveres habían sido retirados y las manchas de sangre habían sido borradas. Todo estaba limpio y abundaban las flores. Los retratos de Leidof y los suyos acabaron en la hoguera. A

Leidof se le dio un funeral correcto, pero no de soberano, y sus restos no fueron llevados al Panteón de los Reyes de Shakark, en las profundidades del castillo.

Se celebró un banquete fastuoso en el cual los mismos bardos que hacía poco alababan al Tembloroso ahora gloriaban al Taciturno. Corrió el vino y la cerveza, los fiesteros comieron cuanto desearon y hubo música, bailes y diversiones de tragafuegos y saltimbanquis.

Cuando Birger II se levantó, todos callaron. Dirigió un discurso breve y seco en el cual anunciaba una nueva época de paz y dicha en Shakark. Todos aplaudieron y hubo profusión de vivas hacia el nuevo rey. Poco después se levantó la reina, cosa que sorprendió a muchos —no a todos— y dirigió otro discurso, en el cual celebraba la victoria de su esposo y además anunciaba que el culto a Mumaga dejaba de estar prohibido. Por tanto, conviviría con la religión de los Luminosos. Pero ella no dio las gracias a unos y otros dioses, sino solo al dios de las dos caras, por el que sentía fervor. De hecho, en la mesa de honor se sentaba un sacerdote de Mumaga, un individuo gris y vermiforme, vestido de negro, que acompañaba a la reina a todas partes y al que se le conocía simplemente como Grim. También había una sacerdotisa de aquel culto ancestral, la prima de la reina Yulene, Mista Aevar, una mujer desagradable que llevaba en todo momento la cara tapada por un velo oscuro e impenetrable, como correspondía a toda sacerdotisa del Dios de las Dos Caras.

En cambio, la reina Yulene no se tapaba de ningún modo y resplandecía como una alhaja hecha carne de mujer. Era alta y estaba un poco gorda, pero aun así vestía con tanta elegancia, lucía tales joyas y llevaba el escote tan bajo que cualquier hombre la encontraría atractiva y no dudaría en llevársela al catre. Su melena castaña y lisa caía como una cascada maravillosa sobre la espalda y su cara cuadrada había sido maquillada con un gusto exquisito. Sobre todo, resaltaban sus ojos de un azul oscuro, penetrantes y autoritarios, capaces de doblegar a los de cualquier guerrero. Brillaba en su papel de anfitriona y a su lado el rey parecía un muñeco torpe y deslucido, fiel a su apodo incluso en una ocasión festiva como esta.

Las sanguijuelas de turno volvieron a lanzar sus vivas al rey y al país y fueron respondidos por la muchedumbre. Pasaba el tiempo y las personas fueron abandonando poco a poco el gran salón. El príncipe Enar le echó el ojo a una sirvienta y se marchó tras ella junto a Alfrotul, para convencerla por las buenas o las malas de participar en sus juegos retorcidos. La reina también se marchó. Su prima Mista no se quitaba el velo ni para hablar y seguía graznando junto a otras viejas arpías de la aristocracia. Incluso ellas se fueron, parloteando y meneando unos culos gordos y grasientos que habían conocido mejores épocas, épocas gloriosas de escarceos amorosos con los

galanes de antaño, de citas y romances torpes y frustrantes que al final dejaban mal sabor de boca. El sacerdote Grim también se fue, así como muchos nobles. Solo persistían allí los juerguistas impenitentes.

El rey Birger II continuaba sentado en la mesa de honor y bebía una copa de vino tras otra. Apenas hacía caso de quienes venían a alabarle. Todos querían hablar con él, todos deseaban rebozarse en la mermelada de su éxito personal. El éxito, el anhelo envenenado por el que tanto se lucha y que al final no sabe a nada. El éxito, el mayor de los engaños. El timo perfecto. La mejor broma de los dioses. Se hartó de ellos y fue despidiéndolos con gestos nerviosos de la mano. Su frente se cubrió de un sudor frío y pegajoso. La cabeza le ardía. Sobre sus ojos cayó un telón de fiebre. Se le acabó el vino de la copa.

—¡Más vino! —rugió, y dio un fortísimo golpe en la mesa. Un criado se apresuró a traerle la bebida y él le agarró del cuello con su mano monstruosa. El fámulo empezó a temblar, aterrado—. Podría matarte ahora mismo y ninguno de todos esos bastardos me lo reprocharía. ¿Te das cuenta, mamarracho?

El pobre hombre gimoteó algo incomprensible y el rey le alejó de un empujón.

—Fuera de mi vista. Pero deja aquí la jarra. Vete.

Las gentes estaban cada vez más borrachas. Ahora ya solo quedaba la típica gentuza degenerada que nunca se iba de ninguna fiesta, los que acababan tirados sobre los bancos o en el suelo, durmiendo sobre sus propios vómitos. Un hombre rugía sus carcajadas y una chica, una criada inocente, quizás, o tal vez una dama envilecida, intentaba librarse de él. El hombre la tiró sobre una mesa, le levantó las faldas y empezó a mover el cuerpo sobre ella, adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás. Tres hombres le animaban dando palmas. Una mujerona chillaba unas carcajadas agudas e histéricas que rompían los tímpanos. Dos hombres echaban un pulso en una mesa. Tenían los rostros rojos, brillantes de sudor. Había personas que iban de aquí para allá, tambaleándose como almas en el camino equivocado. La mujer histérica reía aún más fuerte y sus carcajadas devenían alaridos. Otros hombres bramaban una alegría ronca. La mujer tirada sobre la mesa fue empujada y cayó en los brazos de otro hombre, que la arrojó al suelo y la cubrió con su apestosa corpulencia. Ella ni siquiera se resistía. Alguien bailaba. Alguien estaba sentado en el suelo, apoyado en un muro, y no se sabía si estaba riendo, o llorando, o haciendo ambas cosas a la vez.

El rey los contemplaba sombrío desde el trono, como un viejo dios de los excesos. De vez en cuando abría mucho los ojos y sufría un ataque de risa, del que salía al cabo de poco. A veces decía cosas que ni siquiera él podía entender. Bebía directamente de la jarra y la mitad del vino se le caía sobre la pechera y el abdomen y teñía su

cuerpo de rojo oscuro. Pestañeó con fuerza para que desaparecieran las luces que estorbaban su visión. Pero no se iban. Había alguien a su lado que le hablaba sobre la guerra, algún desgraciado aún más borracho que él. El rey vomitó un torrente de vino y comida mal digerida sobre la cara y el cuello de ese hombre, que retrocedió con torpeza, resoplando y bufando. El rey tosió y se sonó para sacarse los grumos de la nariz. La cara se le contrajo en una mueca horrible. Una sonrisa.

—Si hubiera sido otro el que te hubiese vomitado en la boca le habrías golpeado. Pero ha sido el rey… ¡El rey! Para eso sirve ser el rey, para vomitarle a la gente en la cara y que se lo traguen todo con gusto… —Dio un manotazo al aire. Contempló el salón vertiginoso y los espectros confusos y repugnantes que hablaban, reían y fornicaban allí mismo, como manchurrones de carne en el cuadro de un pintor con el cerebro dañado—. Ahí está mi reino. —Se levantó y agitó la jarra como si fuera una banderola, haciendo caer el vino sobre su pelo y su rostro, limpiándolo de los últimos restos de vómito en la barbilla y la boca. Su faz parecía cubierta por una lámina de sangre y en ella brillaban los ojos desorbitados—. ¡Mi reino!

—¡Gloria al rey de Shakark! —gritó alguien.

—¡Gloria al rey de Shakark! —vociferaron aquellas gentes, con voces cavernosas, voces fantasmales que salían de algún agujero podrido del alma.

—Gloria —gruñó Birger II—. Gloria.

Se desplomó sobre el trono. Apuró el líquido, escupió a un lado y rio sin alegría. Se llevó la jarra a los labios, pero ya no quedaba nada en ella. La dejó caer.

—La gloria… —susurró, con los ojos brillantes y melancólicos, como si viese algo precioso en la lejanía, un enigma dulce e imposible de desentrañar—. La gloria… La gloria… La gloria…

6

La reina Yulene agarró el falo duro como una piedra de su amante, Freistein Gaute, el Bello para algunos y el Felón para muchos otros.

—Amor mío —dijo ella—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Dos años, me parece. Fue antes de la guerra, ¿lo recuerdas, mi joya?

Ella soltó su miembro y tomó las mejillas calientes y duras de él entre sus manos finas y fuertes. Sonrió con la boca y los ojos, con alegría genuina.

—¿Cómo no lo voy a recordar? Te he echado mucho de menos.

—Yo también, joya mía.

Ella pegó su cara a la de él y los dos se bañaron en el aliento de sus amores prohibidos y adulterinos.

—Te he echado de menos… —musitó él.

—Yo también… Dime que me quieres, Freistein.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero.

—Eres mío. Me perteneces. No lo olvides nunca, mi amor.

Eso dijo antes de besarle y empezar a hacerle el amor.

Media hora después, Yulene se lavaba sus partes con el agua de una yacija, se secaba y se ponía una túnica. Cogió un cepillo y empezó a peinarse ante el espejo. Freistein la miraba desde la cama.

—¿Tu marido no sospecha nada?

—¿Que si lo sospecha? —Yulene sonrió. En el espejo se veía a sí misma y a su amante—. No lo sospecha. Lo sabe. Y tú sabes que él lo sabe. No entiendo a qué viene esa pregunta, cariño.

—¿No crees que deberíamos andarnos con cuidado?

—Birger ha aprendido a llevar sus cuernos con dignidad. No temas. Sé manejarle.

—Pero ahora es el rey, y un rey no puede permitirse cornamentas.

—Sé manejarle —repitió Yulene mientras cepillaba su pelo—. Él nunca intentará nada contra ti ni contra mí. Entre nosotros tres hay un pacto de hierro, ¿no lo recuerdas? Si tú y yo habláramos él sería quien más perdiese.

—Hay muchas maneras de callar a las personas —dijo él.

Yulene detuvo el cepillo y sonrió, burlona.

—Mi amor, no me gustan los cobardes.

Freistein levantó la barbilla.

—No soy ningún cobarde y lo sabes. He ido contigo tan lejos como ningún hombre puede ir con la mujer de otro.

—Ya sé que no eres cobarde. Por eso te quiero. —Sonrió—. Entre otras razones, claro está. —Yulene dejó el cepillo, se levantó, fue hacia él, le pasó las manos por encima de los hombros duros y se lo bebió con los ojos. Se dijo que aquel hombre era asquerosamente guapo. No resultaba extraño que todas las guarras de la corte fueran en su busca; pero era solo para ella—. Escúchame bien. Birger me necesita, y no solo porque necesite a los Aevar a su lado, sino porque yo le he dado las llaves de la victoria. Yo conseguí que te pasaras a nuestro bando y por tanto yo conseguí el triunfo en la batalla de Cajani. Al final, volviste a mí. —Un rayo de dolor e ira cruzó por los ojos de la reina y le arañó con delicadeza una mejilla, dejándole un surco rosado, sin llegar a hacer corte—. Te llamé de nuevo a pesar de que fuiste tú quien me abandonó. Eso no me gustó. No lo volverás a hacer.

Él la agarró de la muñeca y apartó la mano de su cara.

—Fue un error por mi parte, joya mía. Ya te pedí perdón.

—Claro que sí. —Le acarició de nuevo el rostro, ahora con las yemas de los dedos. Sabía que luego se arrepentiría de la fascinación que sentía por aquel canalla tan falso como hermoso. Igual que todas las otras veces. Pero ahora eso no le importaba—. Conseguí tu ayuda en Cajani y eso decantó la guerra a nuestro favor. También planeé la muerte del Tembloroso y de su familia. Y también fue mía la idea de casar a Enar con la moza de los orgullosos Gunthar.

—Una maniobra brillante. De tal modo se anula la posibilidad de que se rebelen.

—Ajá. Y no olvidemos la dote. Los Gunthar son muy ricos. He ido allanándole el camino a mi marido paso a paso, legua a legua, hasta la victoria. Si no fuera por mí no estaría ahora en el trono. Sin mí los lobos se lo comerían. Me necesita y por tanto no hará nada respecto a nosotros.

—Está bien, pero no le provoques. Un hombre tiene su límite y a veces no sabe ni siquiera dónde está: quizás a mil leguas o quizás solo a un paso. No le obligues a cruzarlo.

—No le provocaré. Él a lo suyo y nosotros a lo nuestro. —Le besó—. Además, él aplaca su orgullo herido metiendo los morros en el alcohol. Le conozco bien. No nos dará problemas.

—Como tú digas, joya. Y hablando de problemas… ¿Qué va a pasar con los Nidog?

Los ojos de la reina brillaron de ira.

—No me recuerdes a esos malparidos. Por ahora hay que consolidar el poder en Ludvica y en los señoríos que se nos rindieron;

solo después iremos a por los Nidog. Cada cosa en su momento.

Freistein asintió. Yulene sonrió aún más, le dio otro beso y clavó sus ojos en los de su amante, sabiendo que sería él quien al final apartara la mirada. Sabía que eso le turbaba, pero disfrutaba con aquellos diminutos juegos de poder. Debido a estas pequeñas humillaciones los hombres quedaban fascinados por Yulene Aevar, pero en el fondo no la amaban. Borracha de orgullo, ella no podía entenderlo y por eso siempre acababa estrellándose contra la misma pared.

—Quiero mostrarte algo. Ven conmigo, amor.

Se levantó, con paso elástico llegó hasta la ropa de Freistein, la agarró y se la tiró. Él se la puso.

—¡Vamos, date prisa! —gritó ella, muy alegre.

Él soltó una carcajada, la cogió de la mano y los dos salieron de la alcoba, conteniendo la risa como adolescentes que cometieran una diablura. Yulene se lo llevó por los pasillos y las escaleras ahora vacíos y sus sombras resbalaron sobre los tapices, los muros y las cortinas, como enormes llamas negras. Al fin llegaron hasta un nivel inferior en el que no había candiles, sino antorchas bárbaras que arrojaban una luz amarilla y espectral. Allí todo era tosco y crudo. Yulene se detuvo ante una puerta de madera y golpeó con la palma de la mano. Los dos se miraron con los ojos brillantes, jadeando tras la carrera, y ella le agarró del pelo y le besó.

—¿Quién es? —gruñó alguien, al otro lado.

—¡Soy la reina! ¡Abre ahora mismo!

Sonó el correrse de la tranca sobre el pasador y en el hueco apareció un hombrecillo de piel pálida y de ojos fuertes ante el mundo pero temerosos frente a la reina. Era Grim, el sacerdote de Mumaga.

—Entrad, Majestad, os lo ruego. Pero…

—No te preocupes por él. —Se metieron en una sala espaciosa, iluminada por una gran vela de sebo cuya luz no ahuyentaba las sombras, sino que más bien fornicaba con ellas. En los rincones y paredes tenebrosos había armarios y estanterías, pero todo era tenebroso y confuso. Freistein vio una gran mesa que la llama de la vela apenas alcanzaba a iluminar. Sobre ella había un bulto largo, cubierto por un capote. Por el extremo inferior de la manta sobresalían dos pies desnudos—. ¿Está todo preparado?

—Sí, Majestad, pero creía que ibais a venir más tarde.

—Ahora o después, ¿qué más da? Lo que ha de hacerse, que se haga. Prepáralo todo, Grim.

—Como ordenéis, Majestad.

Yulene tiró de la mano de Freistein, le llevó hasta la gran vela de sebo, metida en la boca de una botella de barro, la tomó y condujo a su amante hasta la gran mesa.

—Mira esto, cariño —le dijo, y levantó la mano.

La luz mostró el muro. En él había una figura dibujada con tiza blanca, una figura esquemática, casi infantil. Era una especie de cabeza redonda, sin pelo, con dos perfiles iguales. La testa no tenía pelo ni cejas y sus ojos eran dos círculos de tiza blanca.

—El dios Mumaga —dijo Yulene, con voz ronca y vibrante. Su rostro estaba impasible, pero sus ojos brillaban y la subida y bajada de sus senos bajo la túnica delataba la pasión que estaba consumiéndola, como la llama a la vela que lo iluminaba todo—. El auténtico amo de Shakark, destronado por deidades menores, arrojado al lodo por los traidores, los descreídos, los falsarios. Ahora volverá. La fuerza y la gloria retornarán a nuestra tierra enferma.

Freistein parpadeó, confundido. No sabía por qué, pero todo aquello le mareaba.

—¿Enferma?

—Sí, enferma. Pero nosotros la vamos a curar con nuestras medicinas.

—¿Qué medicinas?

Yulene sonrió, dejó la vela en el suelo y sin soltar a su amante apartó la manta que cubría lo que yacía en la mesa. Era un hombre, un joven desnudo y brillante de sudor, con el pelo alborotado y los ojos cerrados. Respiraba con lentitud.

—Magia y sangre. Nuestras medicinas.

Freistein quiso retroceder, pero Yulene le sujetó.

—No tengas miedo, amor. Podemos cabalgar este caballo. Podemos domar a los dragones. Sé cómo hacerlo.

Freistein miró al hombre joven e inconsciente de la mesa, luego miró la cabeza de dos caras en la pared y por último a la reina. Sintió que el suelo desaparecía bajo sus talones, pero los fuertes dedos de Yulene estaban entrelazados con los suyos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, ronco.

—Voy a alimentar al dios para que el dios despierte. El rito es antiguo, más antiguo aún que Shakark, más antiguo que los primeros hombres que en esta tierra se metían en las grutas para protegerse de la noche y sus potencias. El rito se llevó a cabo en altares de granito y en el barro fresco de los bosques, ante estatuas o ante árboles de corteza oscura. Los dioses necesitan sangre. Shakark necesita sangre. Pero los falsarios vencieron y dejaron de alimentar a nuestra tierra, y el dios se echó a dormir. Unos ídolos sucios fueron adorados por los necios. Los hijos encerraron al padre y saquearon la casa. Ahora el padre ha de despertar otra vez, cuando las buenas gentes le den su alimento. El padre y la madre. Dos en uno. Todo en uno. La unidad.

Freistein miró la cabeza de dos caras. Luego se fijó en el hombre dormido.

—¿Quién es?

—Un desgraciado. Un pobre infeliz que vivía en las calles. Nadie le echará de menos. Algún día alimentaremos al dios con la sangre de guerreros, damas e incluso reyes, pero por el momento debemos conformarnos con la gentuza.

Grim se le acercó, se arrodilló con humildad y levantó las dos manos por encima de su cabeza. En ellas había una daga larga y puntiaguda, con joyas engastadas en la vaina y el puño. Yulene tomó la daga y soltó la mano de Freistein, que deseó con todas sus fuerzas echar a correr y volver a la oscuridad sana, a las tinieblas limpias de allá arriba, al mundo de verdades tangibles en el cual no había entidades y fuerzas que le superaban y le zarandeaban de un lado a otro. Pero no pudo moverse, como si estuviera clavado al suelo por los pies. Yulene desenvainó la daga con un siseo de metal. En la hoja había runas diminutas, pero Freistein no pudo —no quiso— leerlas. La reina le dio la vaina al sacerdote, aún arrodillado y con la cabeza humillada. Grim se levantó y retrocedió hasta fundirse con las sombras. Yulene levantó la daga y la hizo girar entre sus dedos para tomarla como si fuera un puñal.

—No te preocupes, amor —le dijo a Freistein.

—¿Lo has hecho más veces?

Por toda respuesta, ella ensanchó su sonrisa. Luego entrecerró los ojos.

—Que dé comienzo.

Grim empezó a recitar algo, o tal vez a canturrear. Lo hacía en una lengua que Freistein desconocía pero que a la vez se parecía ligeramente al shakark. Quizás fuera la madre del idioma de su tierra, pues en sus vocablos había ecos de algo demasiado viejo y puro, algo que removía cosas en su interior, cosas que él no deseaba conocer. El sacerdote oraba con su voz sin entonaciones y parecía recitar las mismas estrofas una y otra vez, y su cántico se diluyó entre las imágenes del dios de tiza, del muro, de la vela, del cuchillo que dibujaba curvas y rectas en el pecho, el abdomen, los genitales y los muslos del hombre caído, que se agitaba un poco al ser herido, pero que no despertaba, pues sin duda estaba drogado. El cántico se rebozó en la imagen de la reina que iba cortando la piel y haciendo brotar la sangre, con cuidado y concentración, como si fuera el más cuidadoso de los artesanos al moldear la más fina de sus creaciones. El calor era espantoso, todos sudaban y la reina tenía la piel fina y blanca cubierta de perlas que resbalaban sobre sus labios, su barbilla, su garganta y sus pechos. Algunas de esas gotas caían sobre la sangre del hombre aún vivo y tembloroso que no podía despertar, toda esa sangre que lo embadurnaba, que las tablas de la mesa absorbían, que se deslizaba en láminas hasta llegar al borde y caer en forma de diminutas

estalactitas. Yulene por fin llegó a la garganta y hundió la daga casi hasta la empuñadura. La víctima emitió un gañido patético y triste, y ella cortó con energía, y la sangre barbotó, y emergió un chorrito alegre de la arteria seccionada, manchando la cara de Yulene, y ella sonrió un poco y retrocedió. Luego clavó la daga en cada ojo del cadáver y la retorció no con furia y saña torpes, sino con un celo amoroso. Abrió la boca del muerto y hundió la daga hasta la garganta. El arma quedó ahí, erecta, como una lengua monstruosa.

El cántico cesó.

Hubo un lapso de silencio hipnótico en el cual Yulene, Grim y Freistein se convirtieron en planetas giratorios en torno al sol que era el altar improvisado.

Yulene agarró la daga y la sacó de un tirón. Grim se arrodilló de nuevo ante ella. En sus manos había un paño limpio. La reina puso allí la daga, Grim se levantó, la limpió y luego la introdujo en la funda.

—Ahora ya lo has visto —le dijo ella a Freistein—. Has cruzado el umbral. Has pasado al otro lado. No podrás volver al mundo de las mentiras y la ignorancia. Has echado a correr junto a mí y jamás podrás detenerte.

Freistein la contemplaba, atónito. En su fuero interno la maldijo. Pero también la adoró.

—Grim, ocúpate del cuerpo y deja libre la mesa —dijo Yulene—. Pero no la limpies.

El sacerdote arrastró el cadáver y se lo llevó a las tinieblas. Yulene se quitó la túnica y quedó otra vez desnuda ante Freistein. Pero ya no era la misma que él había tenido a su lado, arriba, en las mantas. Era otro ser. Él jadeó y se dio cuenta de que estaba empezando a tener una erección.

—Desnúdate —ordenó la reina.

Él se quitó la ropa y la tiró a un lado. Se aferró a ella, su pecho plano y duro aplastó los senos blandos y besó sus labios manchados de una sangre ajena, los lamió, chupó los tiznes oscuros en las mejillas, los párpados y la garganta. Freistein jadeaba, bañado en sudor y fiebres, enloquecido. Ella pasó las manos por toda la sangre de la mesa y las dejó húmedas y pegajosas. Con ellas empezó a acariciarle los muslos fuertes, las caderas, las nalgas prietas y la espalda, dejando largos tiznes en la piel pálida. Acarició la nuez de Freistein, su barbilla, sus labios, los abrió y metió dentro de la boca los dedos. Él empezó a chuparlos y lamerlos, sin abrir los ojos. Los dedos entraban y salían lentamente, una y otra vez. La mano izquierda bajó y embadurnó de sangre el falo enhiesto. Ella lo agarró y tiró de él, obligando a su dueño a seguirla. Yulene se tumbó en la mesa oscura y húmeda y abrió las piernas. Freistein casi cayó sobre ella. La miró con pasmo mientras la penetraba y le arrancaba un suspiro largo y suave.

Las manos negruzcas de la reina acariciaban sus cabellos.

—Ahora somos uno —dijo Yulene, con los ojos entrecerrados—. Yo soy un guerrero invencible y una reina sabia. Tú eres una reina sabia y un guerrero invencible. Todo en una sola unidad. Terminó la época de la miseria y las mentiras. Comienza la era de la fortaleza y la luz, y en ella los débiles serán exterminados, y no habrá espacio para la fealdad y la tristeza en nuestra amada y divina tierra de Shakark.

Abrió la boca de él con sus labios y le besó, pasó sus piernas por encima de la espalda de él y acarició con las plantas de los pies las nalgas masculinas que iban y venían. Freistein se volvió hacia un lado al oír unos murmullos y vio a Grim dándose placer con la mano mientras los miraba desde la distancia.

—Déjale —susurró ella lentamente, en su oído—. Deja que disfrute.

Freistein la miró, alucinado, y luego continuó moviéndose.

7

Los Gunthar visitaron Ludvica para presentar a su hija Fulla a la familia del rey. Entre la nobleza eran raros los matrimonios de amor y las uniones de los hijos solían concertarse antes de que se hubieran visto jamás; e incluso era también extraña la amistad entre los padres de los contrayentes. Por ello, solía celebrarse una primera ceremonia durante la cual tenían oportunidad de conocerse tanto los futuros novios como sus respectivos padres. En dicha fiesta la pareja hacía públicos sus votos de compromiso ante sus progenitores y parientes, ante la sociedad y ante los dioses. Pero no era en realidad la boda, sino una primera toma de contacto, pues el enlace oficial llegaría unas semanas más tarde. Solo entonces tendría lugar la consagración carnal en el tálamo, durante la noche de bodas. Esto era lo más importante de todo porque el ganado era vendido para que fornicara y después pariera buenos crías, no para ninguna otra cosa. Las celebraciones, el protocolo, el fasto y la pompa eran simples adornos sociales para el acto supremo de la procreación. Sin ella todo lo demás no tendría sentido.

A Ludvica fueron Olaf y Borgil, así como el hijo mayor, Beini, y su familia, la hija Audumla y su familia, y por supuesto Fulla, la futura novia. Skarrion se quedó en Macún por expreso deseo de su padre. Olaf temía que su hijo pequeño lo estropeara todo por culpa de uno de sus arranques de cólera, y sus temores no eran infundados porque el ánimo de Skarrion había ido tornándose más sombrío según pasaban los días. De hecho, él prefirió que no lo llevaran y acogió con gusto la decisión de su padre. Sin embargo, se despidió emocionado de su hermana Fulla, a la que tanto quería, y ella también lloró al decirle adiós. Skarrion se preguntó entonces cuando volvería a verla y, aunque se reprendió a sí mismo de inmediato, también se preguntó si volvería a verla.

Los Gunthar fueron en barco hasta Ludvica y entraron en la capital luciendo sus mejores galas. Llevaban en la bodega de la nave los cofres con la suculenta dote de la novia. Olaf y el rey se abrazaron y las dos familias por fin tuvieron ocasión de conocerse durante el transcurso de la fiesta de enlace, aquella misma noche. La reina Yulene cuidó todos los detalles y se comportó como una anfitriona perfecta. Vestía unos trajes tan exquisitos y unas joyas tan soberbias que Borgil Gunthar, ya de por sí una mujer elegante, se sintió un tanto cohibida ante aquella mujer resplandeciente y autoritaria, como una

campesina ante una condesa. Pero Yulene no trató a los Gunthar con altanería, sino con palabras cariñosas y sonrisas deslumbrantes. La reina mostraba tal encanto que parecía el vórtice de aquel torbellino de gentes; como si los hubiera hipnotizado y atrapado en el sortilegio de su carisma. En el matrimonio ella era la que llevaba la voz cantante y los Gunthar sospecharon que su dominio no estaría limitado al ámbito conyugal, sino que se extendería también por el político: ya empezaban a ver claro que quien controlaba y dirigía el país era ella y no su regio esposo. A pesar del trato amistoso de la reina, ni Borgil ni su hija Audumla pudieron evitar cierto resquemor, una especie de pálpito femenino que las ponía en guardia hacia esa mujer, hacia el brillo a veces alocado de sus ojos y el ocasional filo cruel de sus palabras. No obstante, sonreían y agradecían a Yulene sus muestras de afecto, a veces tan desmesuradas que parecían casi una burla. Todo en aquella mujer era al mismo tiempo sólido y ambiguo, como si se sintiera a sus anchas nadando en aguas revueltas.

Habían desaparecido ya las últimas huellas de los incendios de la noche regicida y el castillo era un palacio colorido y resplandeciente. Fulla se sentía deslumbrada y se dijo que aquí había mucho más encanto y belleza que en el propio Macún. Las cortesanas llevaban hermosos trajes y hasta los criados vestían bien, dentro de sus límites. El príncipe Enar era un mozo alto, delgado y fuerte que se parecía más a su madre que a su padre y que era bastante guapo. Le habló a Fulla con cortesía y halagó su belleza. La muchacha experimentó una corriente de felicidad mientras él le dedicaba todo tipo de atenciones y lisonjas, pero no le pasó desapercibida tampoco la lujuria descarnada en el fondo de sus ojos, ni el hecho de que él a menudo pasara sus manos por sus caderas, sus nalgas e incluso, una vez, por uno de sus pechos. Los roces y caricias parecían casuales, pero no lo eran y Fulla lo sabía. Esto la turbaba y se decía que debía alegrarse porque era bueno y normal que un marido joven y sano deseara a su futura esposa. Pero había también algo… perverso en todo ello, algo que no había visto en otros hombres que también la habían mirado con lascivia. Entonces recordaba lo que se contaba sobre ese hombre depravado, pero lo apartaba de su mente porque eso la asustaba y porque en el fondo le parecía injusto fiarse de los murmuradores, siempre tan envidiosos. No tenía nada que reprocharle porque era un mozo atento y galante, y si la tocaba de vez en cuando tampoco iba a escandalizarse ni armar ningún follón.

Su futura suegra derrochó encanto al tratarla, pero en una ocasión la sonrisa de Fulla se le congeló en la cara cuando los ojos de Yulene mostraron algo terrible, algo que la asustó. Aquella mujer se le antojó un niño sádico a punto de torturar a un animalito indefenso; en ella vislumbró la misma curiosidad malévola.

—Eres una chica bella y deliciosa. —La tomó de la barbilla y levantó su cabeza para mirarla a los ojos—. Vas a hacer feliz a mi hijo. Lo harás, ¿verdad?

—Sí, Majestad.

—Claro que sí. Estoy segura. Tú y yo seremos buenas amigas, hija mía. Lo seremos.

Fulla tragó saliva mientras intentaba sonreír, y asintió.

Yulene le soltó la cara, la cegó con una de sus enormes sonrisas y luego se volvió para hablar con otra persona. Fulla se sintió de pronto fría y mareada, como si hubiera pasado una cuchilla junto a su cuello y solo ahora se diera cuenta. Pero se regañó a sí misma por tonta y lo apartó de su mente.

En el banquete también estaba el noctumbrio Alfrotul, junto a otros grandes guerreros de la corte, en un extremo del salón. Hoy no le habían permitido sentarse junto a su amo el príncipe Enar. La cuadrilla de canallas y juerguistas habían mirado con ojos enormes a Fulla Gunthar, esa muchacha que sin buscarlo hacía volar la sangre en las arterias de los hombres.

—Qué mujer… —dijo uno de ellos—. ¡Qué cuerpo maravilloso! ¡Lo que daría por tenerla!

—Yo la tendré —dijo Alfrotul, sin apartar la mirada de la lejana Fulla, que en el calor de la conversación ni siquiera se había fijado en ellos—. Será mía.

—¿Qué dices? —exclamó un joven noble—. Esa chica es para Enar.

—También será para mí. Él y yo lo compartimos todo y eso incluye a las furcias.

—¡Pero esa mujer no es una furcia! ¡Será la maldita princesa del país!

—Me da igual. —Alfrotul dio un trago de su copa y se limpió el mostacho con el dorso de la mano, sin apartar nunca la mirada de su objetivo—. A esa la voy a tener pronto en mi cama. Lo juro por mis ancestros y por todos los dioses de Shakark y de Noctumbria.

—¡Estás borracho! —Otro guerrero se rio—. ¡No te dejarán ponerle las manos encima!

Alfrotul se volvió hacia él, le agarró de la pechera y acercó su rostro furioso al del asustado noble.

—Nada ni nadie me impedirá tener a esa chica. Y al primero que lo intente le mataré.

Empujó al hombre, que trastabilló y casi cayó al suelo. Alfrotul apuró la copa, la dejó en la mesa con un golpe brutal y se fue, dejándolos a todos mudos de asombro.

También se sorprendieron los Gunthar, porque los novios no juraron sus votos ante los Dioses Luminosos, sino ante una efigie de Mumaga, la divinidad antigua que ahora resurgía gracias al impulso

personal de la reina. Sin embargo, todo estaba tan bien preparado y se hizo de manera tan autoritaria que Borgil no tuvo fuerzas para protestar, por mucho que le pesara ver a su hija pronunciar unas fórmulas propias de las épocas más siniestras del país. No hubo sacrificios sangrientos, ni mucho menos, sino guirnaldas de flores que traía Grim, el adusto sacerdote de Mumaga, y por ello tampoco podía reprochárseles nada a la reina y su familia, quienes al fin y al cabo también tenían sus propias creencias. Además, Yulene aseguró ante todos que a partir de ahora las dos religiones iban a convivir de manera tolerante y pacífica en Shakark. Pero los Luminosos habían sido excluidos de esta ceremonia de enlace.

La fiesta no acabó en la típica locura degenerada que tanto gustaba al nuevo rey, sino que todo fluyó con gracia y elegancia y los borrachos fueron sacados fuera de la sala con rapidez y discreción. En todo ello se notaba la mano de la reina. Cuando la fiesta acabó los Gunthar se fueron a sus aposentos y los Magne a los suyos propios. La auténtica boda tendría lugar muchos días después y hasta entonces los novios dormirían en lugares separados, pues solo consumarían su unión en la noche de las nupcias. Mientras, se irían conociendo poco a poco a través de paseos y reuniones en el castillo, pues Fulla tendría que quedarse allí. Ludvica era ya su nuevo hogar.

Por la mañana, los Gunthar se despidieron de los Magne y otra vez hubo sonrisas gigantescas de la reina y abrazos de los hombres. Borgil y Audumla lloraron cuando se despidieron de Fulla.

—No tiene importancia porque nos veremos pronto, en la boda —les dijo ella, pero tampoco pudo reprimir las lágrimas.

Olaf la besó en la frente y la abrazó.

—Estoy orgulloso de ti. Algún día serás una reina maravillosa. Este es el primer paso en el camino que te llevará hasta esa cumbre.

—Gracias, padre. Honraré a los Gunthar.

—Sé que lo harás, hija mía.

Se marcharon en sus barcos y vieron hacerse más y más pequeña a su hija en el muelle.

Borgil se limpió las lágrimas y miró a su esposo, que también estaba apesadumbrado.

—Esto no me gusta, Olaf. Tengo un presentimiento horrible.

—¿Por qué? Los reyes y el príncipe se han comportado de manera perfecta.

—Es verdad, pero aun así… ¡No me gustan! Creo que esa mujer está loca.

—¿La reina? —se extrañó Olaf.

—Sí. Y también su esposo. Y su hijo. —Sus ojos se llenaron de temor—. Olaf… ¿A qué clase de gente hemos entregado a nuestra niña?

Él quiso reírse de aquellos temores maternales, pero no lo consiguió. Frunció el ceño y meneó la cabeza, enfadado.

—Anda, no digas más tonterías. Tratarán bien a Fulla. Lo harán. Tienen que hacerlo.

8

Mientras su familia estaba de visita en la capital, Skarrion rumiaba su malhumor en Macún. Los muros del castillo parecían echársele encima como si todo el edificio quisiera ahogarle en un abrazo de oso, así que se fue a las cuadras en busca de un caballo pues quería galopar extramuros, lejos de la ciudadela y la urbe, en campo abierto, hasta cansarse tanto que la mente quedara aturdida. Tal vez entonces pudiera sacarse de encima su morboso estado de ánimo.

Cuando ya salía de la ciudadela que rodeaba el castillo y se internaba en las callejas embarradas del burgo de Macún, detuvo a su caballo y quedó inmóvil. Miró en todas direcciones y se esforzó por escuchar a través del murmullo de los transeúntes, ocupados en su quehacer habitual. De nuevo lo oyó: un silbido que él conocía bien. Se le disparó el corazón en el pecho, bajó del caballo y caminó a pie, llevando al animal de las riendas. Lo escuchó cuatro veces más y siguió el rastro sonoro hasta una zona de casuchas medio abandonadas, un barrio degradado en el que la naturaleza había invadido las ruinas. De nuevo oyó el silbido, aunque por última vez.

Vio al hombre sucio, vestido con harapos, desgreñado, pero armado con una espada y una daga envainadas. Tenía el rostro flaco y tenso por culpa de las penurias. Estaba en el fondo de un patio abandonado y lleno de maleza y le miraba fijamente. Se llevó dos dedos a la boca y emitió el mismo silbido largo y complejo que habían creado ellos dos hacía años, para llamarse mientras cometían sus travesuras, un silbido que nadie más conocía.

Skarrion avanzó hacia él con una sonrisa de estupor. Le cogió de los hombros y luego se abrazaron con fuerza.

—¡Estás vivo, Eitri! ¡Por las barbas de Kor, qué alegría! ¿Pero por qué tienes esta pinta andrajosa? ¿Qué demonios te ha pasado? ¿De quién huyes?

—Skarrion, no pronuncies mi nombre. —Eitri Nidog miró hacia todos lados—. Nadie tiene que saber que estoy aquí. Llevo vigilando la ciudadela un día entero, esperando a que salieras de una vez por todas. Ven conmigo. Tenemos que hablar.

—¿Pero dónde me llevas? ¡Vamos a mi casa, demonios! ¡Tienes que quitarte toda la mugre y comer bien, que pareces un espectro descarnado!

—No. Me he convertido en un proscrito y ya no me fío de nadie, ni siquiera de tu familia, y menos ahora, cuando van a casar a tu

hermana con Enar Magne. Solo puedo confiar en ti.

Skarrion estuvo a punto de protestar y decirle que podía pedirle ayuda a cualquiera de su familia, pero recordó que ahora su padre los había emparentado con el rey. Tampoco él se fiaba ya de los suyos.

—Como quieras. —Siguió a Eitri, que se metió en las ruinas de una antigua mansión y no dejaba de mirar hacia todas partes, con la mano en el puño de la espada—. Me contaron que habías muerto la noche en que asesinaron al rey Leidof y a toda su familia, pero algo me decía que tal vez hubieras escapado.

—En efecto, conseguí huir de la masacre. Pero no me fui solo.

—¿Qué quieres decir?

Eitri le cogió de un brazo y le advirtió que guardara silencio poniendo un dedo en los labios. Pasaron a una zona más oscura y caminaron con cuidado sobre los escombros. Eitri señaló un rincón sombrío. Había en él dos figuras pequeñas, abrazadas, medio cubiertas por un capote. Parecían dormidas.

—¿Quiénes son esos críos? —preguntó Skarrion.

—No hables tan alto, que los vas a despertar —susurró Eitri—. Son Eigil y Geirrid Magne. Los hijos de la reina Dis Estig. —Clavó sus ojos tensos y luminosos en los de Skarrion—. Son el futuro de nuestra nación. Su única esperanza.

Skarrion quedó clavado en el sitio. Miró a los niños despeinados y cubiertos por una costra de mugre, abrazados, tapados por una manta polvorienta, dormidos sobre una especie de jergón hecho con maleza aplastada.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —le preguntó Skarrion a Eitri.

—Ven.

Le llevó a otra sala devastada por el tiempo, con el techo salpicado de boquetes que dejaban entrar columnas de sol. Se sentaron en mazacotes que antaño fueron sillares de la casa, uno frente al otro.

—Cuéntame lo que ocurrió aquella noche —dijo Skarrion.

Eitri se lo contó y después siguió hablando:

—En aquel infierno de incendios y muertes apenas tuve tiempo de coger de un barracón de la servidumbre unas mantas y un saco de comida que me eché al hombro. Por desgracia no pude tomar ningún caballo ni mula porque las cuadras ya estaban infestadas de matarifes del usurpador. Tuve que irme a pie con los dos niños, escondiéndome aquí y allá, y casi de milagro conseguí sacarlos del castillo. En la ciudad también había disturbios porque los agentes del Taciturno estaban haciendo de las suyas: patrullaban en bandas de gentuza armada y entraban al asalto en las casas para rapiñar, matar y cometer todo tipo de desmanes. Se produjeron más incendios. Los ciudadanos se encerraron en sus casas y no iban a abrirle sus puertas a un hombre

armado y acompañado de unos niños. Además, desconfiaba de ese imbécil al que le corté el brazo; pudiera ser que después de todo se fuera de la lengua y entonces habría decenas de bastardos buscándome a mí y a esos dos niños antes del amanecer. Decidí echarme al camino y huir lejos de Ludvica, y que fuera lo que los dioses quisieran. Hay algunos lugares por los que se puede escapar de la ciudad, poternas abiertas incluso por la noche, así que con mil y un cuidados salí por una de ellas. Los críos estaban demasiado asustados como para hacer otra cosa que obedecerme, así que no me dieron problemas.

Se pasó una mano por la frente como para quitarse de encima el cansancio y la tensión acumulados.

—Desde entonces los tres hemos estado viajando hacia el norte, siempre lejos de los principales caminos, sin mezclarnos con nadie, sin visitar las cabañas ni los pueblos. Sigo sin fiarme de nadie en este país mezquino que cambia de rey como de calzas. No podía permitirme el lujo de pensar que la escapada de los infantes seguiría siendo un secreto y por tanto era posible… es posible que ya los estén buscando. Ellos son el último cabo suelto en los planes del usurpador. He robado de los silos y de los almacenes de las granjas e incluso le quité un arco a un cazador solitario, al que dejé sin sentido entre los árboles. Gracias a eso he podido cazar y hemos sobrevivido lejos de los hombres, mientras continuábamos viajando hacia el norte.

Skarrion asintió en silencio.

—¿Qué quieres hacer, Eitri?

Su amigo clavó la mirada recia y filosa en él.

—Voy a llevar al príncipe Eigil y a su hermana a Onsbergo, al feudo de mi padre. Incluso yo he podido conocer las últimas noticias de Shakark y sé que él es uno de los pocos nobles que todavía no han rendido vasallaje al usurpador.

—Cierto, pero no juzgues a los demás clanes con tanta dureza. Tu padre y sus gentes lograron irse de Cajani antes de ser rodeados por las tropas del Taciturno y solo por eso se libró de rendirle pleitesía. El resto no pudimos hacer otra cosa, si queríamos seguir vivos.

—No estoy reprochándole nada a nadie. Allá cada uno con sus actos. Pero la realidad es que mi clan aún es fuerte y libre y por tanto es la única potencia capaz de aglutinar a todas las gentes descontentas con el usurpador para hacerle frente. Conozco a mi padre y sé que se pondrá manos a la tarea en cuanto le lleve a esos dos críos.

Skarrion frunció el ceño.

—¿Acaso pretendes empezar otra guerra?

—No. Pretendo terminar la que aún no ha acabado. Mientras haya un solo hijo del rey Leidof con vida el usurpador no estará seguro en el trono.

—Por todos los dioses, Eitri, ¿acaso quieres…?

—Escúchame, Skarrion. Voy a llevar al príncipe Eigil a mi padre para que él lo presente como alternativa legal y legítima al tirano que ha tomado el trono por la fuerza. Eigil será coronado como rey de Shakark en Onsbergo, ante una gran asamblea de nobles de este país.

—¡Pero es solo un niño! ¿Cómo va a dirigir a las huestes en la batalla?

—No las dirigirá él. Habrá una regencia y otros gobernarán en su nombre, hasta que sea mayor de edad.

Skarrion levantó las cejas en un gesto irónico.

—Y esa regencia la tendrán los Nidog. Ahora lo entiendo todo.

—Cuidado, Skarrion. No me gusta el tono que utilizas.

—Es verdad. Lo siento. No quería ofenderte.

—No importa. —Abrió una mano y su voz volvió a sonar vibrante y convencida—: Mi padre es el único con la fuerza y la motivación necesarias como para ser el regente del pequeño rey. Por supuesto que engrandecerá a nuestro clan, pero también peleará por el futuro de nuestro país. Es un patriota. Como muchos otros, quiere ver al maldito usurpador y a la loca que le domina fuera de Ludvica. ¿Acaso no se te revuelven las tripas al saber que esa familia asquerosa nos controla a todos?

Skarrion torció la mirada.

—A mí tampoco me gustan.

—A la mitad de Shakark no le gustan. Cuando presentemos al hijo del auténtico rey, a un niño con sangre legítima en las venas, una figura que esté por encima de las Casas del país y sus disputas inacabables, todos los descontentos se mostrarán animosos para pelear contra el Taciturno.

Eitri respiraba fuerte. Sus palabras destilaban pasión porque creía en lo que decía. Skarrion levantó poco a poco la vista, hasta mirarle a los ojos.

—En tu huida has pasado por Macún. Me has buscado aun sabiendo que mi familia está ahora del lado del usurpador. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que vengas conmigo. Tú me acompañarás en mi viaje a Onsbergo. Conoces a la perfección los bosques y los montes de esta zona, por los que me llevabas cuando éramos unos críos. Serás mi guía. Contigo a mi lado, llevaré a esos niños hasta Onsbergo sin que nadie me descubra.

Skarrion se levantó y le contempló durante muchos latidos, estupefacto. Explotó:

—¿Estás loco? ¿Sabes lo que me estás proponiendo? ¡Mi hermana va a casarse con Enar Magne!

—Lo sé. Lo he oído por ahí.

—¡Y aun así quieres que te acompañe! Ahora que voy a estar emparentado con la realeza…

—Falsa realeza.

—¡Llámalo como quieras! Ahora que los Gunthar van a unirse a la familia del Taciturno me pides que abandone mi casa, que engañe a mis padres y me una a la facción que pronto se enfrentará a mi clan, porque al ser vasallos del… tirano, los Gunthar tendrán que pelear en el futuro contra quienes apoyen a ese niño rey. ¡Me estás pidiendo que me convierta en un traidor a ojos de los míos!

—Así es, Skarrion.

—¡Y te quedas tan tranquilo! —Skarrion se pasó las manos por la cabeza. Eitri le contemplaba, impasible—. ¿Sabes lo que hará mi padre si te acompaño y apoyo a los enemigos del Taciturno? Renegará de mí, arrancará mi nombre del clan de los Gunthar e incluso mandará gentes a buscarme para llevarme ante él… ¡Así podrá arrancarme la cabeza con sus propias manos!

—Si no quieres venir no puedo obligarte. Únicamente te pediré provisiones, unas mulas y que no me delates. Continuaré yo solo.

—¿Que no te delate? ¿Cómo puedes pensar que podría delatarte? ¡Somos amigos!

—Esto va más allá de la amistad, Skarrion. En la partida se apuestan cosas que nos superan a los dos. Se va a decidir cómo viviremos, a qué dioses podremos o no rezar, en qué tendremos que creer y qué ocurrirá a partir de ahora con nuestra tierra y nuestras vidas… Puedes quedarte con los tuyos y entonces es posible que llegue vivo a Onsbergo. Pero también puede ser que si no me ayudas ese joven rey muera por el camino. Entonces, Shakark habrá quedado en manos de una banda de indeseables y tendrás tiempo de pensar en ello durante el resto de tu vida.

—Maldito seas, Eitri. Me estás poniendo entre la espada y la pared.

—Todos en Shakark estamos entre la espada y la pared. Debes decidir. Pero no tardes. No tenemos mucho tiempo.

Skarrion le miró con los puños en las caderas. Resopló, miró hacia el suelo, se pasó una mano por la cabeza, se sentó en el mismo mazacote de antes, se acodó en las rodillas y se agarró la frente con las manos. Eitri no dijo nada mientras su amigo rumiaba sus pensamientos.

Después de mucho tiempo, Skarrion se levantó y le miró con severidad.

—Voy a acompañarte.

Eitri se le acercó, le dio un abrazo y le agarró de los hombros.

—¡Sabía que no me fallarías! ¡Eres un hombre inteligente!

—Lo que soy es un loco, ¡eso y nada más! Y ahora cierra el pico, maldito bastardo follonero. No digas nada más si no quieres que te

rompa la cabeza de una vez por todas. Quédate aquí con esos críos…

—A partir de ahora debes dirigirte a ellos como Alteza y Majestad.

—Quédate con los críos mientras yo voy por caballos, pertrechos y provisiones. Tardaré poco. Nos pondremos en marcha enseguida. Nos iremos por cierta salida de la ciudad que conozco bien. Después, vas a obedecer a todo cuanto yo te diga sin chistar, y te encargarás de que los críos también lo hagan. ¿Entendido?

—Sí. Solo quiero decirte una cosa más.

—¡Qué!

—Gracias.

Skarrion bufó un reniego y se fue, dejando a su amigo con una sonrisa triunfal en los labios.

Antes del crepúsculo la familia Gunthar ya había vuelto de su viaje a Ludvica. Cuando bajaron del barco, Olaf y Borgil aún no se habían podido sacar de encima el pesar de haber dejado a su hija con el Taciturno y los suyos, y sobre todo no podían deshacerse de la intranquilidad y el recelo que esas gentes extrañas les causaban. Cada dos por tres tenían que expulsar un mal presentimiento, como si espantaran una mosca obstinada que se hubiera encaprichado de sus cabezas.

Pero en su propia casa le esperaban nuevas aún más preocupantes.

—Mi señor, Skarrion ha desaparecido —anunció Gerlac, uno de los capitanes de la guardia personal de los Gunthar, una vez que estuvieron todos en el castillo, en la gran sala de reuniones, caldeado e iluminada por el fuego del hogar.

—¿Qué? —gruñó Olaf, mientras se quitaba el capote y lo tiraba sobre una mesa.

—¿Skarrion? —preguntó Borgil—. ¿Dónde ha ido?

—No lo sabemos, señora. No lo hemos visto desde el mediodía.

—¡Ese zopenco se habrá ido a la ciudad a hacer alguna diablura! —dijo Olaf—. A saber en qué nuevo lío se ha metido. ¡Está como una cabra!

—No le sentó bien la marcha de Fulla —repuso Borgil.

—¡Pues tendrá que aguantarse! —Olaf miró al capitán de la guardia—. Gerlac, coge a un par de hombres y recorre las tabernas del burgo. Le encontraréis borracho como una cuba o metido en una gresca. Le agarráis del cuello, me lo traéis y ya le ajustaré yo las cuentas a ese bribón. ¡Qué poca vergüenza tiene al largarse de jarana cuando vuelven sus padres y hermanos!

—No seas tan duro con él, Olaf.

—¡Muy blando soy con el canalla! ¡Me tiene harto!

—Mi señor, ya le hemos buscado por toda la ciudad y no le hemos encontrado.

Todos miraron al capitán con el ceño fruncido.

—¿Y por qué habéis ido ya a buscarle? —preguntó Beini—. ¿Ha hecho algo malo mi hermano?

—Un hombre de la ciudad aseguró haberle visto llevándose tres caballos, ciudad abajo. Y llevaba además lo que parecían sacos con provisiones, y un arco y un estuche de flechas. —Le miraron con asombro—. En efecto, hemos comprobado que faltan cuatro caballos. Y hay algo más. Mi señor, hemos encontrado esto clavado en un rincón de las cuadras.

Le tendió un pedazo de tela blanca. En él había palabras escritas con un carboncillo:

Me voy de Macún por un tiempo. Que nadie me busque. Todo esto lo hago por el bien de nuestro país. Confiad en mí. Os lo explicaré todo cuando vuelva. Skarrion.

Quedaron helados al leerlo. Borgil jadeó espantada y se llevó una mano a la boca.

—¡Skarrion se ha ido!

—¿Pero por qué demonios se ha ido? —preguntó Beini, malhumorado—. ¿Qué mosca le ha picado ahora?

—Tal vez tenga sus razones… —dijo Audumla.

—¿Razones? —Olaf le arrancó el trapo blanco de la mano, hizo una pelota con él y lo arrojó al fuego de la chimenea. Los miró con el rostro crispado. Sus ojos azules eran pedazos de hielo incrustados en la cara hinchada de sangre—. ¡Es un insolente y un descastado, esa es la única razón! ¡Ese marrano no ha parado de protestar, porfiar y discutirme cada cosa que hago y digo! ¡Se rebela contra su propio padre! ¡Contra la autoridad!

—Padre, a lo mejor…

—¡Silencio! —bramó Olaf, y Audumla retrocedió, asustada. Su madre la miró con una advertencia en los ojos, pues conocía los estallidos de furia de su esposo, así que la hija mayor bajó los ojos y no dijo nada.

La capa de civilización había caído y ahora salía el carácter volcánico que había convertido a Olaf Gunthar en uno de los hombres más ricos, fuertes y peligrosos del país. Caminó con andar pesado, como un oso enorme, y al final puso los puños sobre la mesa. El fuego de la chimenea dibujaba holocaustos en su cara de viejo dios de la ira y la sangre.

—¿Cómo ha osado? ¿Cómo se ha atrevido a tanto? Se marcha de mi castillo y mis tierras en secreto… Me roba mis propios caballos… Huye como si fuera un criminal… Lo que jamás haría ni el más vil de mis vasallos lo ha hecho mi propio hijo… ¡Mi propio hijo! —rugió, con tal violencia que todos quedaron inmóviles. Levantó la cabeza poderosa, leonina, y sonrió con rabia—. Muy bien. ¿Se quiere ir de aquí sin dar explicaciones? ¡Pues que se vaya! ¡Pero para siempre!

—¡Olaf! —exclamó Borgil—. ¿Qué estás diciendo? ¡Es nuestro hijo!

—Ya no lo es. Ha elegido irse de esta casa, así que a partir de ahora ese descastado no es mi hijo. Reniego de él. ¡Le extirpo de esta familia! ¡Ya no es un Gunthar! ¡Que nadie vuelva a pronunciar su nombre en mi presencia!

—¡No puedes decir eso! —chilló Borgil, con la desesperación ardiendo en su cara.

—¿Qué no lo puedo decir? ¡Yo digo lo que me viene en gana en mi propio castillo! —Dio un puñetazo en la mesa. Les señaló con el índice —. Nadie irá en su busca. No quiero que ese traidor vuelva a pisar mis dominios, y si algún día lo hace yo mismo le expulsaré de ellos. ¿Queda claro?

Borgil empezó a caminar hacia él, su hijo Beini la cogió de un brazo, pero ella se zafó y siguió andando hacia su esposo.

—Olaf, acabamos de perder a una hija y ahora repudias a nuestro hijo Skarrion. Por favor, perdónale y manda alguien a buscarle. ¿Es que deseas matarme de dolor?

—El descastado ya no es nuestro hijo. Olvídate de él. Ha muerto para todos nosotros.

Ella le miró estupefacta, pero poco a poco sus ojos se fueron cubriendo de una pátina de hielo amargo. Su voz salió al principio lenta y calmosa para al final ascender en una explosión de ira:

—Para mí Skarrion no ha muerto ni morirá jamás. Pero te diré lo que sí ha muerto: todo el amor y el respeto que pudiera sentir hacia ti. Podrás mandar sobre nosotros como el dueño de esta familia que eres, pero en cuanto a mí, jamás volverás a tener ni una sola brizna de cariño, ¡ni una sola! Mis palabras serán un veneno en tus oídos, mis manos serán de escarcha y mis miradas de acero serrado, te heriré de todas las formas posibles y cuando te mueras de una vez por todas no saldrán lamentos de mi boca, sino risas de alegría. ¿Te enteras, viejo soberbio y rencoroso?

Olaf desorbitó los ojos y pareció que aquellas bolas azules iban a saltar fuera de las órbitas en cualquier momento. La carne de los pómulos pareció pegarse a las mejillas, como absorbida hacia dentro por algún parásito interior. Cerró los puños con lentitud. Resollaba y estaba brillante del sudor de su propia furia. Beini se acercó a su madre, la cogió de los brazos y se la llevó.

—¡Madre, vámonos! ¡Todos, salid! ¡Rápido! ¡Hay que irse!

Casi echaron a correr hacia la puerta, incluso el capitán Gerlac. Olaf metió las manos bajo la mesa y la arrojó por los aires dando un alarido. La pesada mesa quedó volcada, vertical, y Olaf la arrastró por el suelo a fuerza de patadas. Su familia y Gerlac ya habían salido de la estancia y cerraban tras ellos. Con los tendones hinchados de sangre, Olaf miró a un lado y otro, fue hasta una panoplia decorativa en la pared, agarró un hacha sin filo y buscó alguien a quien matar, pero al estar solo la descargó sobre el borde de la mesa volcada, destrozándola y haciendo saltar las astillas. Con cada tajo profería un mugido. Agarró unas cortinas y las arrancó de las varas. Tomó un escabel y lo hizo trizas contra un muro. Lanzó el hacha contra la pared y el arma emitió un tañido doliente al rebotar y gemidos metálicos al resbalar en el suelo. Destrozó el resto del mobiliario. Quedó inmóvil. Jadeaba. Contemplaba las llamas. Se ahogaba en las arenas movedizas de su propia rabia moribunda. Fue a la puerta y la abrió de un tirón.

—¡Criados! —rugió—. ¡Traed vino y aguardiente! ¡En abundancia! ¡Ahora!

Los sirvientes corrieron a obedecer.

Olaf agarró una butaca tirada, la levantó y se sentó en ella. Sus ojos afiebrados y doloridos fueron de un lado a otro. Apoyó la frente en la mano.

—Maldito seas, Skarrion… —gimió—. Maldito seas.

9

Las cosas le fueron bien a Fulla Gunthar durante dos días.

Como aún no estaba casada con Enar, su prometido guardaba las distancias y solo intercambiaba con él palabras cómodas y agradables. El príncipe se portaba con ella de un modo perfecto y por tanto la muchacha no tenía motivo alguno de queja, pero no podía evitar recelar de este joven alto y fuerte, el sueño de muchas damas de la corte, que sin embargo a ella le suscitaba una extraña desconfianza. Pero poco a poco y hora tras hora los halagos de él, su lenguaje cortés y amoroso, que parecía sacado de uno de esos cuentos de amor que ella devoraba, fueron echando abajo las defensas de Fulla; las palabras se iban volviendo atrevidas y florecían las sonrisas y las miradas brillantes. En realidad Enar se mostraba tan encantador que Fulla imaginó que le resultaría fácil enamorarse de él. Tal vez sí existieran los galanes brillantes en el mundo real y su prometido fuera uno de ellos. Así pues, la voz desconfiada de su cabeza se hacía cada vez más débil y al final terminó por desaparecer.

En cuanto a los otros miembros de la Familia Real, procuraba estar lejos de ellos. Su futura suegra aún la asustaba y más la atemorizaba el rey, un hombre tenebroso y brusco que hacía honor a su apodo y que parecía siempre pegado a una jarra de vino; un hombre que se hundía en melopeas hoscas y silenciosas, alguien distante, difícil de tratar. También le causaba repulsión Mista Aevar, la hermana de la reina, que ya la había sermoneado sobre los deberes sagrados de toda esposa joven, cuya obligación era mostrarse siempre sumisa con el marido. Mista era una de esas extrañas sacerdotisas del dios Mumaga y por tanto siempre llevaba el rostro cubierto por un velo oscuro. A pesar de que no le había visto aún la cara, Fulla sospechó que la dama debía ser vieja, o al menos estaría avejentada, a juzgar por su voz cascada y su cuerpo encorvado. Además, arrastraba el pie derecho al caminar. No se sabía de dónde provenía la cojera y nadie tenía ánimos para preguntarle. Era una viuda que no tenía hijos, una mujer gruñona y severa, y para colmo de males casi se echaba encima de los demás para hablar y les arrojaba su aliento apestoso. Por fortuna, el magisterio de la dama duró poco y Fulla no volvió a acercársele.

Esa tercera noche se adivinaba tan tranquila como las otras dos y Fulla entró en su cama con un sentimiento de dicha y un temor delicioso, al hacerse cábalas sobre su futuro marido, pues todavía no se había estrenado con varón alguno.

También esa noche, el príncipe Enar se fue a beber con su buen amigo Alfrotul. Juntos, vaciaron una tras otra las jarras de vino cabezón importado de Noctumbria y los picheles del pegajoso y fuerte hidromiel shakark.

—¿Ya habéis desflorado a la chica Gunthar, mi señor? —le preguntó Alfrotul, con la cara roja y sudorosa, la voz resbaladiza y los ojos inquietos, nerviosos.

El príncipe dio un sorbo, sonrió y se limpió los morros con la muñeca.

—Aún no, amigo… Aún no. Todavía no estoy casado.

—¿Y eso qué importa? ¡La mujer es vuestra!

El príncipe le miró, sonrió y de pronto soltó una carcajada, como si hubiera oído un chiste muy gracioso. Pero Alfrotul continuaba serio y le miraba con una ira absurda y tozuda que se retorcía sobre sí misma.

—Todo llegará, amigo mío, todo llegará —dijo el príncipe, y le dio una palmada en un hombro.

—Ha de llegar pronto, mi señor. ¡Esta misma noche!

Sus ojos lucían como soles oscuros, ansiosos no de auténtica lujuria, sino del espíritu embrutecido de la lujuria.

—No puede ser esta noche, Alfrotul, no esta noche.

—¡Dejádmela a mí, señor! ¡Dádmela!

Enar volvió a reír. Se le salieron las babas, cayeron a la jarra y las devolvió a la boca junto con el vino.

—No puede ser… —Meneó el índice con diversión—. Es solo para mí.

—Os he servido siempre con fidelidad, señor mío. ¡He sangrado por vos! ¡Dadle a vuestro perro lo que ahora os pide! ¡Dádselo! ¡Es de justicia!

—Estás borracho, Alfrotul, y yo también. No sabes lo que dices.

—Sí lo sé, mi señor. Le tienes miedo a esa mujer.

Enar quedó inmóvil, con la jarra pegada a la barbilla.

—¿Miedo yo? ¡A quién!

—A la moza Gunthar. Si no se lo tuvierais la trataríais como a cualquier otra y la compartiríais con vuestro buen siervo Alfrotul, ¡con vuestro hermano de armas!

Enar rio sin alegría, encogió los hombros y bebió.

—Cállate, maldito loco. Yo no tengo miedo a… A nadie.

Alfrotul meneó la cabeza, disgustado, y se zambulló en un silencio de madera. Bebió y bebió y bebió, y también bebió el príncipe, y luego hablaron de cosas sin sentido, y más tarde caminaron por los patios y los pasillos de la fortaleza, y berrearon y cantaron juntos, cayéndose uno encima del otro, y los centinelas despiertos y las gentes destempladas por sus gritos se mordían la lengua, porque Enar era el hijo del rey y al hijo de un rey se le permite todo. La luna llena los

encontró tirados en el suelo barroso, con la espalda apoyada en un muro. Cada uno tenía una damajuana en la mano. Alfrotul gruñía y roncaba. Enar miraba el vacío con un enojo lento y machacón. Se llevó el recipiente a la boca, tragó y luego lo tiró a un lado. La cabeza le pesaba y le ardía como si dentro del cráneo estuviera cocinándose un estofado de sesos.

—No… —gimió—. Yo… Yo no soy un cobarde. ¡Eh, Alfrotul, hijo de una loba y de un oso! ¡Escúchame!

—¿Eh? ¿Qué…? Qué.

—No soy un cobarde —le dijo, pegando la boca a la oreja cerosa del noctumbrio. Pero Alfrotul estaba otra vez dormido—. Y te… Voy… Demostrar. ¡Vamos, levanta! —Logró alzarse y tiró de los brazos del mazacote compuesto de cabeza, tronco, brazos y piernas que era Alfrotul—. ¡Vamos a ver a mi futura…! Primero yo. Y luego tú. ¿Entendido?

—Primero yo. Y luego vos.

—¡Vamos!

Le empujó y el noctumbrio le siguió arrastrando los pies, medio cayéndose, con el cerebro hinchado de alcohol. Enar fue reuniendo voluntad y cordura, se daba ánimos y fuerzas, recuperó la voz y se dijo que lo conseguiría. Sí, había vencido a la borrachera. Pronto le demostraría al mundo entero que no era ningún maldito cobarde. Los dos llegaron a la zona del palacio donde dormía Fulla Gunthar y le salió al paso un centinela y también dos sirvientes, un hombre y una mujer.

—Idos de aquí antes de que os corte la cabeza —les amenazó Enar, agarrando el puño de la espada. Alfrotul pareció despertarse y también cerró los dedos como salchichas en la espada. El guardia y los criados decidieron obedecer al príncipe y les dejaron pasar—. Eh, compadre, no te duermas ahora…

Alfrotul asintió. Caminaba con los ojos cerrados, gruñendo y respirando fuerte, con la barba empapada en saliva y alcohol. A pesar de su aspecto de muerto viviente, no había soltado en ningún momento la damajuana de su mano izquierda. Enar le agarró de los hombros y le dejó apoyado en una pared, junto a la puerta de la habitación de Fulla. El príncipe le sonrió como si estuviera cometiendo una travesura y se puso el dedo en los labios para pedir silencio. Pero Alfrotul estaba otra vez medio dormido, con la barbilla hundida en el pecho de barril.

Enar golpeó la puerta con los nudillos y carraspeó para modular su voz aguardentosa:

—Dama Fulla, abrid la puerta, mi señora, ¡dama de mi corazón! —Se tapó la boca con la mano para contener una carcajada. Alfrotul roncaba, apoyado en la pared.

—¿Quién es? —sonó la voz de Fulla, al otro lado de la plancha de madera.

—Soy yo, vuestro admirador, el que no puede dormir porque necesita oír vuestra voz. Me habéis traspasado el pecho y habéis clavado mi corazón en una lanza de amores. Abrid la puerta, señora de mi alma.

Hubo un largo silencio. Fulla dijo:

—Alteza, no podéis estar aquí a estas horas. Debéis marcharos. Mañana hablaremos.

—Señora, tengo que deciros algo muy importante. Algo que está relacionado con nosotros dos, con nuestra dicha y alegría futuras. No puede esperar.

—¡Pero no puedo abriros! ¡Sería improcedente!

—¡Ay! Yo os prometo… ¡Os juro por lo más sagrado, por mi familia y por los dioses que no osaré tocaros un solo cabello! Me limitaré a hablar. Solo hablar. Y luego me iré.

—¿Lo juráis?

—¡Lo juro!

Hubo otro silencio, ahora larguísimo. Sonó el correrse de la tranca sobre el riel y la puerta se abrió un poco. Apareció la cara fina y asustada de Fulla, que tenía las mejillas ardientes y los ojos azules muy brillantes. Enar pensó que era demasiado hermosa. Tenía que hacerla suya esta noche, ¡ahora mismo!

—Alteza… ¿Estáis borracho?

—Abrid para que pueda entrar, por favor.

—No. Creo que voy a cerrar, Alteza.

—¡De eso nada!

Enar metió el pie por el hueco y empujó con todas sus fuerzas, abriendo la puerta con violencia y empujando a Fulla, que retrocedió dentro del cuarto.

—¡Despierta, zopenco! —ordenó Enar—. ¡Ven conmigo!

Agarró a Alfrotul, que farfulló algo ininteligible, y los dos se metieron en la alcoba. Enar cerró a sus espaldas y corrió la tranca de un golpe seco. Soltó a Alfrotul, que trastabilló, encontró casi por casualidad una butaca y se dejó caer en ella. Al instante hundió otra vez la barbilla en el pecho y retornó a su bendita inconsciencia. De la mano colgaba la damajuana, cuya base tocaba el suelo.

La luz de una vela sobre un alto pie de bronce iluminaba a Fulla. Llevaba puesto el camisón de dormir, largo hasta los tobillos, pero tan liviano que se teñía de naranja por culpa de la carne. Ella tenía la melena suelta y los ojos desorbitados y se tapaba como podía con las manos. Aun así, Enar la contempló durante muchos instantes, enloquecido de deseo. Fulla apenas atinaba a hablar. El salvajismo de aquella mirada la enmudecía. La vergüenza y el miedo de su cara y la

agitación con la que respiraba no hacían más que aumentar la pasión del príncipe.

—¡Alteza! ¡Estáis borracho! ¡Y habéis traído un hombre a mi alcoba! ¡Salid de aquí cuanto antes! ¡Os lo ordeno!

Enar parpadeó, como si no entendiera lo que le decían. Dio un paso hacia ella. Otro. Respiraba con pesadez. Se pasó una mano por la boca. La luz de la vela prendía antorchas subterráneas en sus ojos.

—Por favor, salid de aquí, Alteza, ¡os lo ruego! ¡Estáis fuera de vuestros cabales!

—Cállate, furcia.

Ella quedó envarada ante el insulto y todas sus oscuras implicaciones. Abrió la boca y profirió un alarido, pero él saltó hacia ella, se le echó encima y le tapó la boca con una mano y la abrazó con la otra, apretándola tan fuerte contra su cuerpo que ella quedó mareada por su aliento vinoso. Se la llevó pegada a él, estremecida de espanto y sumisa por culpa del terror. Enar sonrió apretando los dientes, con la nariz húmeda hundida en la mejilla de la muchacha.

—Ahora ya eres mía, maldita zorra.

De pronto algo explotó en la mente de Fulla y empezó a luchar como una fiera, a debatirse de un lado a otro, mordiendo, arañando y retorciéndose como una gata furiosa. Enar rio, la arrojó sobre la cama y después él se echó encima, inmovilizándola bajo su peso, asfixiándola. La agarró de las muñecas y le abrió los brazos. Levantó la cabeza y la contempló con alegría demoniaca.

—¡Suéltame, bastardo! —rugía ella, con voz ronca—. ¡Malparido! ¡Rufián!

—¡Está brava la potra! ¡Pero yo la domaré!

Le dio una bofetada fortísima. Fulla perdió las energías y braceó un poco más, de nuevo mareada. Enar se puso de rodillas encima de ella, se subió la túnica, se bajó las calzas dando tirones furiosos y se sacó el miembro. Reía bajito, y ese ruido tenía algo insano, demencial.

—Esperad, Alteza… Yo… Yo lo haré.

Enar quedó inmóvil y de pronto soltó una carcajada, pues ella le agarraba y acariciaba el miembro. De pronto él sintió un dolor tan salvaje y desgarrador que abrió la boca y no pudo gritar, ni siquiera gemir. Su rostro se congeló en un chillido mudo. Fulla apretó los dientes y siguió aplastando y retorciendo los testículos entre sus dedos. Enar jadeó, tosió y cayó sobre la cama, empalado en un dolor insoportable. Fulla le empujó, medio jadeando y medio gritando, y logró escapar de debajo de su cuerpo. Enar se levantó sobre las manos. Temblaba y tenía el rostro hinchado de sangre. Se agarró con una mano sus partes pudendas y entrecerró los ojos bañados en lágrimas de agonía.

—Te mataré… —susurró, con voz aguda—. Te mataré… Ramera…

Consiguió abandonar la cama y caminó un par de pasos, agachado y retorcido, con las manos aún entre las piernas. Lejos, Alfrotul seguía roncando, atrapado en el sueño pesado del vino. Enar miró a un lado y otro, buscándola, pero las lágrimas lo emborronaban todo y no podía ver dónde estaba ella.

—Te arrancaré… La piel… A tiras… Furcia…

Echó mano a la espada y no la encontró. Miró hacia su costado y descubrió que la vaina estaba vacía. Sintió una presencia a su espalda, una respiración fuerte, una carne caliente, una mano que tiraba de sus cabellos y levantaba su cabeza, y algo frío y cortante bajo la nuez. Fulla le rebanó el pescuezo de un tajo y del cuello de Enar brotó un chorro de líquido negro y brillante, con tal fuerza que no dibujó una trayectoria parabólica, sino casi horizontal. Enar intentó zafarse, pero la vida se le iba por la herida, y además Fulla no le soltaba. Ella tiraba de la cabeza hacia atrás, la apretaba contra su seno y su estómago, y seguía cortándole el cuello, serrándolo con la espada, como si estuviera abriendo un jamón con un cuchillo de carnicería. El rostro de la chica estaba tenso, su nariz fina y arrugada parecía el hocico de un zorrito furioso, sus cejas trazaban una uve diabólica y sus ojos ya no eran los de la doncella enamoradiza y suave, sino los ojos brutales de su padre, los de ojos de la estirpe Gunthar, devoradora de tierras y mares, célebre por esos arrebatos de ira que lo barrían todo a su paso, a amigos y enemigos, como la ola que devasta la cubierta y se lleva los hombres al fondo del mar. Siguió cortando y cortando, haciendo saltar la sangre a chorros, empapándose ella misma en sangre, la sangre que pegaba el camisón a sus carnes jóvenes y firmes, a sus pechos y muslos y caderas de mujer, la sangre que la ennegrecía y la convertía en una divinidad de tinieblas y venganza. Enar estaba ya medio descabezado. Tenía una segunda boca que no cesaba de vomitar sangre, a chorros y borbotones. Las rodillas se le doblaron y se desplomó sobre el charco creciente bajo sus pies. Sus calzas seguían bajadas y el miembro viril era ya un colgajo fatídico y absurdo. Fulla tropezó, cayó sobre él, se puso a cuatro patas y siguió cortando y cortando, como una loba enfrascada en devorar a su presa. La espada rechinó contra las vértebras y la mano al fin se detuvo. Fulla se levantó, convertida en un espectro de sangre, agarró la espada a dos manos, la levantó sobre sus cabellos y la descargó una vez, dos, tres, cercenando aún más el cuello medio rebanado. Los golpes sonaban como hachazos en una toalla mojada. Se había convertido en un verdugo no hábil, pero sí motivado, y la cabeza quedó unida a la nuca solo por tiras de tendón y carne. Sin dejar de jadear con voz aguda y ronca, Fulla se agachó, serró un poco más y la cabeza quedó al fin separada del cuerpo. La miró con ojos enloquecidos y la arrojó al suelo con un movimiento torpe del brazo. Retrocedió, sin separar la vista del cadáver, que

soltaba su sangre ya con mansedumbre, y sus piernas tropezaron con la cama, se doblaron y ella quedó sentada sobre las mantas, con la espada entre sus piernas abiertas. El camisón empapado desnudaba toda su belleza firme e impertinente, pero ya no había nada erótico en su figura. Su rostro aún estaba crispado, salpicado de estrellas y cometas de sangre. No podía separar la mirada del muerto.

Poco a poco, la razón fue volviendo a su mente. Soltó la espada y unió la segunda mano a la primera. La mirada no estaba ya enloquecida. Sus ojos estaban húmedos y todo su cuerpo temblaba. Pero eran lágrimas y temblores sanos. Se obligó a controlar la respiración para no ahogarse. Por primera vez era totalmente consciente de su cuerpo, de la tiranía brutal del cuerpo, al que los seres humanos suelen olvidar. Cerró los ojos, fuerte. Cuando los abrió, estaban llenos de supervivencia.

Se levantó de la cama. Comprobó que Alfrotul seguía en la butaca, dormido. Fulla lo barría todo con su mirada fría y penetrante. Cogió el cadáver sin cabeza por los pies y lo arrastró, forcejeando y jadeando, hasta dejarlo cerca de Alfrotul. No se olvidó de la testa, que puso junto al muerto. El noctumbrio roncaba. Un moco amarillo y largo había resbalado fuera de sus fosas nasales y manchaba el bigote. Fulla cogió la espada. Con cuidado infinito abrió la mano derecha de Alfrotul y luego la cerró sobre el mango ensangrentado. El titán no despertó. Ella hundió sus propias manos en la sangre del suelo y con suavidad las pasó sobre el pecho y los brazos del noctumbrio, que, esta vez sí, se agitó en la silla y roznó como una mula. Fulla quedó inmóvil junto a él, con el corazón cabalgando dentro del pecho. Pero Alfrotul no despertó. Ella agarró el cuello de su camisón, lo rompió a tirones, lo desgarró con sus uñas y arrancó una tira. Abrió con sumo cuidado la mano izquierda de Alfrotul, que había soltado la damajuana de barro hacía ya tiempo, y metió entre los dedos el trozo de camisón. Agarró la damajuana, la levantó, desorbitó los ojos y la estrelló con todas sus fuerzas en la cabeza de Alfrotul. El hombre tembló, soltó un quejido y cayó al suelo, aún con la espada llena de sangre en una mano y el trozo de camisón en la otra. Intentó levantarse y se puso a cuatro patas, como un perro, sobre el cadáver descabezado del príncipe.

—¿Qué…? —empezó a decir.

Fulla volvió a estrellar la damajuana en su cabeza, sonó un crujido y Alfrotul se desplomó. Pero no estaba del todo inconsciente, aunque sí lo bastante débil como para no poder hacer otra cosa que gemir. Fulla agarró la damajuana, pero decidió que no podía arriesgarse a que aquel hombre de cabeza de piedra despertara de una vez por todas y la matase allí mismo, así que soltó el recipiente de barro, agrietado pero no roto, abrió la puerta de la alcoba, tomó aire y su

rostro impasible se transformó en una máscara de horror.

—¡Socorro! —vociferó—. ¡Ayuda!

Y siguió chillando.

10

Skarrion cogió con los dedos el trozo de patata blanda y caliente que flotaba en el caldo, se lo metió en la boca, lo paladeó con gusto, lo masticó y lo tragó. Frente a él, al otro lado de la mesa, Eitri mojaba una hogaza de pan en el guiso y comía en silencio, como hacen las gentes que han sufrido el mordisco del hambre y que por tanto veneran la sagrada institución nutricia del yantar. Geirrid y Eigil parecían dos ratoncillos afanados en roer su comida, todo ojos en un rostro flaco y pálido. Devoraban aquella cena frugal como si fuera el más apetitoso de los manjares, ellos, que habían probado los platos exquisitos de la corte de Ludvica. Pero esa vida fue arrojada a la oscuridad por los cuchillos de los asesinos, pertenecía ya un pasado que empezaba a volverse nebuloso y confuso, un pasado desintegrado por la inmediatez del presente. El fuego chasqueaba jubiloso en el hogar de aquella casa campesina, un sitio humilde pero acogedor. A la misma mesa se sentaban el hombre de la casa, un leñador de cara adusta y ojos tranquilos, resignados, duros, su esposa y sus cuatro hijos. Todos observaban a sus invitados con curiosidad, pero nadie hablaba, porque el padre había ordenado callar mientras se comía y todos debían obedecerle. Skarrion había decidido arriesgarse a pasar la noche en esa cabaña nada más descubrirla en el crepúsculo, a pesar de las dudas de Eitri:

—¿No deberíamos seguir lejos de cualquier ser humano?

—Nos vendrá bien calentarnos ante una hoguera y dormir sobre paja y no sobre la tierra dura. Será nuestra última oportunidad porque a partir de aquí haremos noche al raso, hasta llegar a Onsbergo.

—¿Y si las gentes de la cabaña hablan sobre nosotros a nuestros perseguidores?

Aún no sabían si de veras alguien iba tras ellos, pero preferían no darse el lujo de confiar en la buena suerte.

—Hemos viajado durante estos dos días por veredas y trochas alejadas del Camino de los Acantilados y de cualquier otra senda conocida, y además me he preocupado de borrar nuestras huellas. Es poco probable que nadie nos haya seguido hasta aquí, y eso incluye a las gentes de Macún, que no son malos rastreadores, por cierto.

—¿Y tú les superas? —preguntó Eitri, con las cejas levantadas.

—Por supuesto.

—¿Y si a pesar de todo las gentes que pudieran seguirnos dan con nuestro rastro, llegan a esta cabaña perdida en lo hondo del bosque y

le preguntan a sus moradores?

—Eso sería bueno para nuestros planes —dijo Skarrion.

Eitri le miró con extrañeza, pero en ese momento se les acercó Eigil Magne.

—Señores, debemos hacer noche en esa cabaña —dijo el niño, con una voz que pretendía ser grave—. Mi hermana y yo estamos hartos de dormir en el suelo duro. Además, los que viven ahí son mis súbditos y por tanto me atenderán bien.

—Dile al crío que se calle —repuso Skarrion, y escupió a su izquierda.

—Señor Gunthar, debéis ser más educado —espetó Eigil, con el pequeño ceño fruncido—. ¡Soy vuestro rey!

—Majestad —intervino Eitri con voz apaciguadora—, no hagáis caso a mi amigo. Es un fiel servidor vuestro…

—Lo que hay que oír —gruñó Skarrion, mirando hacia arriba.

—…Y está deseando obedeceros. De hecho, y tal como queréis, vamos a pasar la noche en la cabaña.

—Muy bien. Pero no toleraré más impertinencias.

—Por supuesto, Majestad.

El chiquillo se alejó con la barbilla alta. Su hermana Geirrid meneaba la cabeza.

—Deja de molestar, Eigil.

—¡Tú también! ¿Por qué no me tratas con respeto? ¡Soy el nuevo rey!

—¡Cállate! —bufó la niña—. Ya les has oído, vamos a pasar la noche con las gentes de la choza y por tanto debes disimular y comportarte como un niño del pueblo. ¡Si sigues dándote aires vas a estropearlo todo!

Eigil apretó los labios con ira, pero no dijo nada. Prefería castigarla con su silencio señorial.

—La chiquilla tiene más seso que su hermano —le dijo Skarrion a Eitri—. Me dijiste que tú les controlarías, así que no dejes que ese rapaz diga alguna tontería y nos descubra.

—No temas por eso. Y tú trátale con más respeto. Es el rey.

—¿Ahora voy a tener que aguantarle las tonterías a un puñetero crío?

—No seas tan duro con él. Ha pasado por un infierno y toda su vida ha quedado arrasada.

—Eso es verdad. Está bien, seré paciente. Vamos ahí abajo.

Echaron a andar llevando los caballos de las riendas, dejaron la estrecha vereda y emergieron al claro del chamizo, una laguna de tierra gris en la oscuridad del bosque.

Habían viajado con rapidez desde que salieran de Macún. Tal y como dijera Skarrion, habían evitado los caminos principales, habían

recorrido los secundarios y luego se habían metido por atajos recónditos y salvajes en los cuales la senda era apenas una línea discontinua entre masas de matorrales y taludes de piedra con sábana de liquen. No habían viajado por mar porque hubiera sido imposible robar o tomar prestado un barco o un bote sin que nadie se enterara y por tanto sin que acabaran perseguidos por dos o tres veloces serpientes. Era preferible ir por tierra, aunque eso tuviera su coste en tiempo y comodidad. Se metieron en el abismo verdoso del bosque, la patria de la corteza y el ramaje, en honduras que los digerían sin prisa alguna. Los helechos lamieron sus piernas y pasaron por encima de raíces emergentes del suelo, como serpientes monstruosas y ancianas, congeladas por la mano de un dios castigador. Arrebujados bajo el capote, soportaron el fresco de la noche. Sufrieron el hechizo hipnótico del fuego en la hoguera, rodeados de la negrura infinita de los espacios salvajes. Los lobos les aullaron sus nanas patéticas y evocadoras. Les despertaron las primeras cuchilladas del sol naciente y las gotas heladas de rocío en la cara, como diminutos martillazos gélidos. Marchaban en silencio, igual que han hecho siempre los viajeros que dejan atrás el útero protector de la choza, la ciudad y el castillo, que salen de la madre civilización y son arrojados a la naturaleza agreste, la naturaleza hermosa e implacable que despoja a los hombres de su mezquindad y los convierte otra vez en criaturas inocentes que deben adorar y temer a la fronda, el mar, la roca y el cielo tachonado de estrellas. Skarrion y Eitri conocían el monte y la fronda desde niños y por ello no hablaban demasiado. Los niños se habían acostumbrado a esta vida de nómadas y solían quedarse callados y taciturnos, rumiando un dolor que empezaba a ser soportable. Eigil se escudaba en su papel de rey altivo, eso le daba fuerzas y le mantenía lejos del pozo de la desesperación. Pero a veces, en la noche, el pequeño gemía con voz débil y aguda y llamaba a su madre; entonces, su hermana le abrazaba y le acunaba, los dos lloraban en silencio hasta que la agonía pasaba, y entonces podían dormir.

El hombre de la cabaña los recibió con el hacha en la mano y el recelo en los ojos. Los dos jóvenes y los dos niños no vestían ropas lujosas que delataran su origen aristocrático, sino prendas burdas y sencillas, sucias por culpa del viaje. Pero tenían caballos y espadas y eso los convertía para el leñador en seres de otro mundo.

—Buenas noches —saludó Skarrion, desde una prudente distancia—. Somos viajeros que venimos de Arnosan. Vamos hacia el noroeste, a Savolina. Buscamos refugio durante esta noche. Mañana nos marcharemos. Pagaremos. —Mostró unas monedas en la palma de la mano—. No causaremos problemas. Podemos dormir en cualquier cobertizo.

—Buenas noches. ¿Por qué os habéis alejado de los caminos principales?

—Tenemos nuestros motivos —respondió Skarrion, sin agresividad, pero con firmeza.

—Soy pobre, pero honrado. No quiero proscritos en mi casa.

—No hemos cometido delito alguno. Lo juro. Pero si no me crees, leñador, nos iremos y no te molestaremos más.

El hombre los miró durante muchos latidos.

—Sea. Podéis dormir en el establo de las mulas, sobre el heno. Allí hay avena para vuestros caballos. También tendréis comida caliente en la mesa. No puedo ofreceros más.

—Eso nos basta y sobra. Gracias, leñador.

Ahora, en la cabaña espaciosa, humilde y limpia, todos se nutrían en silencio. El cotorreo y la charla insustancial son patrimonio de las gentes alejadas de los ritmos naturales y espesos de la tierra; los hombres y mujeres de los páramos y los bosques nacen, crecen y mueren en el silencio de la naturaleza, están empapados de ese silencio cómodo e ineludible, el silencio que lo tiene todo en sí mismo y que nada exige ni pide, el silencio que tranquiliza y subyuga. Los hijos y la esposa estudiaban a los extraños con ojos muy grandes, pero no les decían nada. El hombre de la casa les echaba miradas honradas y bruscas.

—Señores, ¿conocéis la zona? —les preguntó.

—Sí —dijo Skarrion—. Sabemos cómo llegar a Savolina.

—Entonces no os desviéis del camino. Pasan cosas raras por el norte.

—¿A qué te refieres, buen hombre?

—A Darlana.

—El Bosque de las Brujas. Allí siempre han pasado cosas raras.

—Sí. Pero ahora son más raras. Me lo han dicho conocidos que viven por las cercanías. —Miró a Skarrion—. Manteneos todos alejados del Bosque de las Brujas.

Se agarró la muñeca izquierda con la mano derecha y apretó. Ese era el Signo del Martillo, el signo del dios Asmund, destructor de gigantes, dragones y monstruos, que alejaba el mal de los hogares de los hombres. Sus hijos y la esposa repitieron el gesto y también lo hicieron Skarrion, Eitri, Geirrid y Eigil. El leñador se abismó de nuevo en su comida. No había más que decir.

Más tarde, los viajeros fueron al pequeño establo de las mulas y almohazaron a los caballos y les dieron de comer. Sería un placer divino dormir sobre la paja seca después de tener por lecho el duro suelo del bosque.

Eigil se acercó a Skarrion mientras este cepillaba a su caballo.

—Señor Gunthar, ¿por qué le dijisteis al leñador que íbamos a

Savolina si nos dirigimos a Onsbergo?

—Porque si alguien nos persiguiera y preguntara por nosotros en esta cabaña, esa es la respuesta que él les daría. ¿Lo entiendes?

El niño levantó las cejas.

—Sí, ahora lo entiendo. Sois astuto.

—Para sobrevivir hay que ser astuto. Nunca lo olvides… Nunca lo olvidéis, Majestad.

El chiquillo titubeó durante unos momentos.

—Señor Gunthar, quiero pediros disculpas por mis palabras de esta tarde. Fui un poco mandón.

Skarrion le observó con simpatía, se puso en cuclillas para ponerse a su altura y le miró a los ojos.

—No, Majestad, jamás pidáis disculpas. Un rey no debe excusarse ni justificarse ante nadie. Si creéis que habéis ofendido a alguien, tratadle después un poco mejor que al resto. Esa persona os mirará a los ojos, lo entenderá y no solo os lo agradecerá, sino que os respetará todavía más.

El niño asintió varias veces, despacio.

—¿Un rey puede pedir consejo?

—Un rey debe pedir consejo antes de decidir cualquier cosa.

—Así pues, ¿me aconsejáis salir ahí fuera? Me gustaría andar un rato.

—Lo siento, pero ahora tenéis que dormir. Nos esperan largas y duras jornadas de camino y necesitaréis hasta la última onza de vuestras energías.

—Ajá. Entonces, decido irme a dormir.

Skarrion sonrió.

—Buena decisión, Majestad.

El chico asintió, se fue a su rincón y se metió bajo las mantas, cerca de su hermana. Cuchichearon un poco, antes de hundirse en el sueño. Eitri se reunió con Skarrion.

—¿Quién hará la primera guardia?

—Yo mismo.

—Como quieras. —Eitri sonrió—. Parece que ya te llevas bien con nuestro pequeño rey.

—Ha sufrido mucho, ella y su hermana.

—El gruñón de Skarrion se ha vuelto una madrecita amorosa.

—Vete al infierno. —Skarrion dejó de sonreír y miró a su amigo—. Oye, me dijiste que estabas en la cama de la reina cuando sucedió todo, aquella noche.

—Ah. Eso.

Skarrion meneó la cabeza.

—Tenía que ser la reina. No podrías haberte buscado a otra. Siempre has sido bueno metiéndote en líos, y metiéndome a mí en

líos, pero esta vez te superaste.

—Tira del freno, muchacho, que para buscar problemas no te hace falta ayuda. Siempre has estado como una puñetera cabra.

—Mira quién fue a hablar. ¿Cómo fue lo de la reina?

Eitri suspiró.

—Ya sabes que era la segunda mujer del rey y que les separaban casi veinte años. Fue un matrimonio de conveniencia por ambas partes: él estaba viudo y contrajo nupcias con Dis… con la reina. No se querían. De hecho ella le detestaba, y no por culpa de sus problemas físicos, sino de su carácter. No era un buen hombre.

Skarrion asintió, pensativo. Sonrió de lado.

—Ya. Y tú estabas allí para consolarla.

—No seas imbécil. No fue porque ella quisiera un macho en su cama. Lo que más necesitaba era compañía. Se sentía muy sola. Aunque no te lo creas, lo que más hacíamos era hablar. Era una mujer notable: hermosa, inteligente, sensible… —Sus ojos se endurecieron—. Algún día el Taciturno tendrá que pagar por su asesinato.

—¿La querías?

—No. Y estoy seguro de que ella tampoco me quería a mí. Era más bien una especie de… amistad cariñosa. Existían límites que no podíamos traspasar. Además, ella no me hubiera permitido amarla. Era una mujer práctica y si hubiera detectado enamoramiento por mi parte me habría apartado de su lado. Fuese desgraciada o no, por encima de todo era la reina. No iba a echarlo todo a perder por culpa de una aventura con un noble de su corte.

—¿Los niños saben lo que tenías con su madre?

—Ella nunca se lo dijo, ni yo tampoco, pues los vi solo un par de veces. Dis no los hubiera mezclado jamás con nuestros asuntos. No era una cría, maldición, sino una madre, y además era la reina. Pero a veces… Uno nunca puede estar seguro de lo que saben, o no, los niños. Captan las cosas al vuelo. En fin, ahora no tiene mucho sentido removerlo. Bastante tienen ya.

—Claro.

Los dos quedaron otra vez en silencio.

—Eh, Skarrion —le dijo Eitri—. No dudes nunca de que estás haciendo lo correcto.

—Es imposible no dudar.

—No creas que olvido todo lo que has dejado atrás, todo lo que has perdido por ayudarme. Te debo muchísimo.

—Ya me ocuparé de cobrártelo con creces, pequeño bastardo.

Eitri sonrió. Su voz se tornó seria.

—Te he arrancado de los tuyos, pero ha sido por una buena razón. Nuestro país no puede tener al Taciturno en el trono. Y no estoy hablando solo del poder político, sino de algo mucho más profundo. El

usurpador, y sobre todo su esposa, Yulene Aevar, quieren cambiar por completo nuestro país. Quieren darle la vuelta como si fuera una media. Y eso no puede ser.

Skarrion se encogió de hombros.

—Los reyes no son nunca trigo limpio. Ninguno. No pueden serlo. Son todos unos malparidos que juegan con la vida de miles de personas. Lo único que importa es que sea nuestro malparido, no el del otro bando.

—Te equivocas, Skarrion. Esta vez hay mucho más en juego. El Taciturno quiere cambiar la religión de Shakark. Quiere prohibir el culto de los Dioses Luminosos e imponer de nuevo el del Dios de las Dos Caras.

—No sé nada de religiones ni de dioses. En realidad ni siquiera sé si existen, pero por si acaso les rezo a todos.

—¡Pues andas muy errado!

—Baja la voz, que los chiquillos duermen.

—La religión lo es todo —le dijo Eitri, en voz baja pero apasionada. Skarrion se sintió un poco abrumado por su vehemencia —. Es la savia que corre por el árbol de Shakark. Si extirpan la fe en nuestros auténticos dioses destruirán nuestro país de un modo como no podría hacerlo ni la peste, ni los invasores extranjeros, ni una guerra civil.

—Te has vuelto un fanático, Eitri.

—Algún día lo entenderás. Tendrás que hacerlo.

—Bueno, muchacho, no te enfades. —Le guiñó un ojo—. Ya sabes que soy un maldito descreído.

Eitri se tranquilizó y también sonrió.

—No te preocupes, que ya te llevaré yo por el buen camino.

—Precisamente eso es lo que me preocupa. Anda, déjate de discursos y échate a dormir, que tienes que estar fresco durante la siguiente guardia.

Eitri gruñó algún comentario sobre la necedad de su amigo y se arropó con la frazada. Skarrion sonrió y salió a la noche y su muralla de tinieblas. Contempló las sombras, allende el espacio vacío del claro de la cabaña. Por encima de las puntas de los árboles la frente del mundo estaba perlada de un sudor luminoso. Skarrion caminó hasta el almacén de los troncos. El leñador los guardaba allí para pagar el tributo al recaudador de aquel bosque, quien a su vez rendía cuentas a Olaf Gunthar. Skarrion sonrió al pensar que su anfitrión ni siquiera podría imaginar que alojaba al hijo del señor del feudo. Había en Umega muchos hombres como ese, hormiguitas laboriosas que pasaban inadvertidas para los poderosos. Y sin embargo, la cabaña y su contorno eran un universo independiente y ese cosmos privado tenía su propio dueño: el leñador.

Quedó inmóvil al advertir una figura que salía de entre las sombras. El ser caminó durante unos pasos y luego quedó inmóvil, mirándole con ojos enormes, desorbitados. Skarrion llevó la mano al puño de la espada. El vello se le puso de punta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, ronco—. Deberías estar durmiendo.

El chico, el hijo más pequeño del leñador, se acercó unos pasos más y quedó iluminado por la luz de las estrellas. Su impasibilidad aterraba. Esa quietud ultraterrena. Skarrion rompió a sudar y sintió un vacío de miedo en las tripas, un agujero helado y doloroso.

—Tu padre te va a matar cuando sepa que te has escapado —dijo, intentando darse valor con sus propias palabras.

La boca del chico se movió de una manera extraña, por sí misma, como si estuviera aislada del resto de la cara, como si la moviera un ser ajeno a su mente. Los ojos seguían tranquilos. No pestañeaba. Habló con una voz sin entonaciones, una voz muerta que era la suya y que al mismo tiempo no lo era:

—Dos consejos te daré. Dos consejos que has de seguir. El primero es que desconfíes del hombre tuerto. El segundo es que no te desvíes del camino de las piedras blancas. Solo así podrás esquivar a la muerte y llegar hasta las cuatro que son una.

Calló. Una estatua ajena al universo, pegada al tapiz de la realidad. Skarrion abrió mucho los ojos. La figura del chico se agigantaba dentro de sus propios bordes, el bosque se alejaba y el niño se le acercaba a pesar de seguir inmóvil. El suelo pareció hundirse bajo los pies del guerrero. El mundo se expandía alrededor de los dos, se curvaba, lo abrazaba todo.

El chiquillo parpadeó, como si emergiera de un sueño. Skarrion jadeó. Fue hasta el chico y le cogió de los hombros.

—¿Qué me has dicho? ¿Quién demonios eres?

El niño miró a un lado y otro, asustado. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Perdonadme, señor! ¡A veces me ocurre que me levanto y camino mientras duermo!

Skarrion le miró con el ceño fruncido.

—¿No recuerdas nada de lo me dijiste? ¿De lo que soñaste?

—No, señor.

—Está bien. Márchate, corre, ve a la cama antes de que descubran que te has levantado.

El chico se alejó a la carrera hacia la cabaña.

Skarrion quiso sonreír, pues todo tenía su explicación. Ahora todo estaba claro y todo era razonable, y se maldijo a sí mismo por asustarse como una viejecita de un rapaz que hablaba y caminaba en sueños. Sí, Skarrion quiso sonreír y hasta reírse de sus temores.

Pero no lo consiguió.

11

A Corti le dolía la mano fantasmal que ya no tenía y cada vez que iba agarrársela para ahuyentar el dolor con el contacto solo encontraba aire. Por las mañanas, al despertar, quería rascarse la entrepierna infestada de piojos y ladillas y se encontraba a sí mismo frotándose los genitales y el vello púbico estropajoso con el muñón cubierto de vendas renegridas. Habían pasado ya casi veinte días desde aquella noche trágica en que un espectro salido de la nada y vestido con piel de hombre le cortara la mano derecha, pero todavía sentía la presencia de esa mano querida, fecunda, hábil, la mano que empuñara el puñal que había hundido en las costillas de sus víctimas, con la que se había masturbado en las noches de soledad, la mano que le sacaba los mocos de la nariz y que conducía la comida a la boca. Esa mano ya no estaba ahí. Era un recuerdo fuerte que poco a poco se iría desvaneciendo.

Y con la mano cortada se marcharon también su prosperidad e incluso su dignidad. Nadie le buscaba ya para dar palizas a un mal pagador o cortarle el cuello a la víctima de una venganza privada, pues era demasiado viejo para aprender a hacerlo todo con la zurda y no se apañaba con el cuchillo ni con el garrote. Ni siquiera podía robarle el bolso a los transeúntes: no servía ni para descuidero. Vivía de los sablazos que daba a los amigos, quienes se habían vuelto mezquinos y cicateros y apenas le daban unas monedas para una jarra de vino aguado y un mendrugo mohoso. Le habían despedido de la taberna donde hasta entonces había ejercido su oficio de matón y ahora malvivía en los callejones de Ludvica, junto a los mendigos, gentuza a la que siempre despreció y a la que debía tolerar noche tras noche. Qué vueltas da la existencia y qué mal trata la vida al perro viejo y sarnoso.

Corti se metió en un antro donde aún podrían quedarle un par de amigos. Sentía la necesidad de una manceba, pero no tenía dinero para pagarla. Con suerte, tal vez algún conocido le invitara a un trago. Fue de aquí para allá, componiendo sonrisas patéticas que destruían el poco orgullo que le quedaba, y al final, a disgusto, unos compadres le pagaron una jarra y le dejaron sentarse con ellos. Corti estuvo a punto de llorar de alegría; aquellos hombres enteros le parecieron dioses que le permitían visitar su mundo celestial. A la primera jarra le siguió una segunda, y luego otra, y otra. El ambiente se iba achispando, cundían las palabras gruesas, las carcajadas, los recuerdos de

aventuras sangrientas y no obstante divertidas, pues a veces la muerte y la violencia se amigan con el humor negro. Estaban ya todos muy borrachos cuando la noche empezaba a derrumbarse hacia la madrugada, pero seguían bebiendo. Corti fue a coger su pichel con la mano derecha, lo golpeó con el muñón y derribó el vino. Los compañeros le increparon con vozarrones de beodo repugnante y de pronto él no pudo soportarlo más y se echó a llorar, mientras se agarraba el muñón de vendas nauseabundas.

—¡Ojalá hubiera matado a esos niños! —gimió.

—¿Qué niños? —rugió uno de sus compañeros.

—¡Los malditos hijos de la reina! ¡Ojalá no me hubiera encontrado con el bastardo que me cortó la mano!

Uno de los borrachos, que también hizo de las suyas en la noche del regicidio, se rascó las barbas y preguntó: —Un momento… Tú nos dijiste que habías matado a esos… a los críos de la reina.

—¡Pues no! ¡No los maté! ¡Les dejé irse con el bribón que me cortó el brazo!

Dos compañeros soltaron carcajadas, pero el que había preguntado frunció el ceño.

—¿Cómo dices? ¿Qué los hijos de la reina no murieron?

—¡Claro que no murieron, maldición! ¡Les dejé irse con el hombre que me cortó la mano! ¡Mi mano! ¡Mírala!

Levantó el muñón. Se le caía un largo hilo de baba y los ojos luchaban para no resbalar dentro de las cuencas. El otro miró, pero solo vio el vacío donde estuviera la mano. Empezaba a pasársele la curda.

—Así pues, dices que dejaste ir a los hijos de la reina Dis… Estás diciendo que los últimos hijos de Leidof el Tembloroso todavía siguen vivos…

—¡Sí, sí, sí! ¡Y me cortaron la mano! ¡Mira la mano! ¡Mírala! ¡Me cisco en todo!

Su compañero se levantó y le agarró del brazo.

—Te vienes conmigo. Vamos a hablar con ciertas personas. Y más vale que esto sea una tontería de borracho de las tuyas, porque si no… ¡Venga!

—¿Y mi jarra? —gimió Corti, mientras el hombretón se lo llevaba a tirones—. ¿Y mi mano?

De pronto, se dio cuenta de que había cometido un error espantoso y quiso taparse su horrible bocaza, pero lo hizo con el brazo derecho y lo único que consiguió fue golpearse en la mejilla con el muñón.

12

El puño se estrelló contra la mejilla derecha y abrió aún más el pómulo. La cabeza fue a un lado y las barbas y la cabellera se removieron como una medusa mugrienta arrastrada por una ola. Le agarraron del pelo, levantaron la cabeza y le empotraron los nudillos en la boca. Gimió y la sangre de los labios rotos se unió a la que caía de las cejas abiertas, la sangre que también encharcaba un ojo, empapaba la barba y goteaba por el pecho.

—No te duermas aún, malnacido —le dijo el hombre que le había golpeado, un soldado de la guardia palaciega, un hombre con rocas en lugar de puños. Alguien experto en interrogatorios.

Alfrotul abrió el ojo que no estaba anegado en sangre, gimió, tosió, escupió algo rojo y levantó la cabeza.

—Yo… yo no hice nada, Majestad.

Estaba en una sala penumbrosa, iluminada por lámparas de sebo, sin apenas muebles, una sala subterránea donde se sacaba la verdad —o al menos la confesión del delito, fuera o no cierta— del peor modo posible. Allí estaban los reyes Yulene y Birger, Fulla y cinco hombres que sabían aplicar el dolor en su justa medida, hombres que eran aún más despiadados que el común de los mortales de aquel mundo ya de por sí despiadado. Pero si en sus ojos no cabía la piedad, los de la reina Yulene despedían un fulgor maligno y glacial mientras contemplaba a Alfrotul. El noctumbrio estaba sentado y atado a una butaca de hierro, la misma que ocupaban las víctimas de la tenaza y el hierro candente.

Habían pasado ya dos horas desde que los criados acudieran a los gritos de socorro de Fulla y encontraran la escena macabra en los aposentos de la joven Gunthar. Yulene casi se había vuelto loca de dolor al enterarse de la noticia y no hubo forma humana de impedirle ver a su hijo decapitado. Había gritado hasta que la voz se le desgarró, había desorbitado los ojos y se había agarrado a su marido con la desesperación de un náufrago que encuentra una tabla en las aguas. Poco a poco se había ido calmando y, aunque el sufrimiento aún estaba dentro de su pecho, como un pedazo de hierro helado que palpitaba ondas afiladas, al menos ya podía controlarlo. Ahora, lo que había en sus ojos era sed de venganza. Y una venganza de Yulene Aevar no sería nunca cosa baladí.

Su esposo parecía aún más taciturno que de costumbre. Y amenazador. Fulla se había lavado y vestía ropas limpias. Estaba

demacrada, pero los ojos eran fríos y calculadores.

Aquellos hombres de confianza se encargaron de sacar el cadáver del príncipe —incluida la cabeza— y ponerlo en un lugar conveniente y discreto. Después, hablaron con todos los criados y soldados que sabían algo sobre este asunto y sus amenazas les metieron el terror en el cuerpo. Ninguno de ellos le contaría nada a nadie. Por orden de la reina, llevaron a Alfrotul a una sala de interrogatorios que Yulene no desconocía, lo ataron a una butaca de hierro y le menearon a puñetazos la cara durante un rato, para ablandarle y quitarle las pocas energías que le quedasen.

—Te encontraron junto a mi hijo muerto con la espada ensangrentada en la mano —le dijo la reina.

Alfrotul la miró con horror.

—¡Majestad, yo no lo hice! ¡Lo juro! ¡Yo amaba al príncipe! ¡Hubiera dado la vida él!

—Cállate.

El sicario levantó el puño y Alfrotul se preparó para recibir el golpe, pero la reina alzó la mano. Se volvió hacia Fulla.

—¿Qué pasó esta noche? Ni se te ocurra mentir o te haré algo aún peor de lo que voy a hacerle a este desgraciado.

Fulla tomó aire. Le aguantó la mirada.

—Majestad, lo que voy a deciros puede que no os guste, pero vos me pedís la verdad y solo la verdad.

—Exacto. Adelante.

—Bien. Yo estaba sola en mi cámara cuando llamaron a la puerta. Pregunté quién era y me respondió la voz del príncipe. Me pedía que le dejara entrar para hablar conmigo. Solo para hablar conmigo. Pensé que no podía negarle una conversación a mi futuro esposo, así que abrí la puerta. Entonces el príncipe y este hombre —miró a Alfrotul— entraron de golpe y yo me asusté mucho. Les pedí explicaciones, pero los dos estaban muy borrachos y no atendían a razones. Querían abusar de mí. Yo estaba aterrada y no recuerdo si grité, pero decidí que sería mejor consentir antes que armar un escándalo que dañara la imagen de la Familia Real, y me preparé para aguantarlo todo en silencio. Entonces los dos empezaron a discutir. Este hombre estaba aún más bebido que el príncipe, tanto que casi no se tenía en pie; no podía ni hablar. Pero estaba claro que quería ser el primero. El príncipe se negó, discutieron y al final este hombre pareció transigir y se quedó al margen. El príncipe me llevó a la cama y empezó a tocarme. Ya estaba desvistiéndose cuando este hombre se abalanzó sobre él, le quitó la espada y le degolló.

—¡No! —gritó Alfrotul—. ¡Yo no hice eso! ¡Es…!

—Cállate —dijo la reina, y él guardó silencio—. Continúa, muchacha.

—El príncipe no había podido ni siquiera defenderse porque también estaba mareado por el alcohol. No contento con haberle cortado el cuello, este hombre agarró el cadáver del príncipe, lo zarandeó de un lado a otro, lo tiró al suelo y le cortó la cabeza como si fuera un verdugo. Yo tenía el camisón empapado de la sangre del príncipe y estaba loca de horror, pero de algún modo encontré las fuerzas suficientes como para levantarme y tratar de ayudar a mi futuro esposo. Pero este hombre me agarró del cuello e incluso me arrancó un trozo del camisón, el que tenía en el puño cuando le encontrasteis. Me golpeó en la cara —ladeó el rostro para mostrar la mejilla hinchada, allí donde le abofeteara Enar— y yo caí al suelo, medio inconsciente. Aun así, pude ver que este hombre zarandeaba el cadáver del príncipe, como si no fuera dueño de sus actos, gimiendo y riendo como un loco. Luego sufrió una especie de mareo y se desplomó en la silla. No parecía ni siquiera consciente de lo que había hecho. Era como si lo hubiese olvidado todo. Se quedó dormido en la silla. Tardé un poco en recuperar las fuerzas. Me levanté y entonces vi que el asesino empezaba a resollar y a despertarse. Loca de miedo, agarré lo primero que vi, la damajuana que él había traído a mi habitación, y le golpeé en la cabeza con ella. Luego salí al pasillo y grité pidiendo auxilio. Vinieron los criados y…

—Está bien —dijo la reina—. Lo demás ya lo sabemos.

—Eso es todo, Majestad —dijo Fulla—. Es lo que pasó.

—¿Lo juras ante los dioses? ¿Lo juras por el buen nombre de los Gunthar?

—Lo juro. Que los dioses me maldigan si he mentido en una sola palabra.

Yulene y ella se miraron durante muchos latidos. La reina respiró fuerte y luego se volvió despacio hacia Alfrotul.

—Ahora quiero oír tu versión. Cuidado con mentirme. No lo estropees aún más.

—Yo… Majestad… El príncipe me dijo que fuéramos a los aposentos de esta… de su futura esposa. Solo era una diablura, Majestad, una travesura infantil. ¡No queríamos hacerle nada a…!

—Mentiroso —gruñó Fulla—. No te bastó con asesinar al príncipe. Ahora quieres encubrir también tus motivaciones obscenas.

—¡Silencio! —ordenó la reina. Miró a Alfrotul—. Sigue.

—Majestad, de verdad, yo no quería…

—Ve a los hechos. No volveré a repetirlo.

—Está bien, Majestad. El príncipe y yo entramos en la habitación de la chica Gunthar y entonces… Entonces, no sé qué ocurrió, pero yo quedé dormido y cuando desperté estaba tirado en el suelo y… Y… —Todos le miraban y entonces sintió un espasmo de horror, al comprender que nadie iba a creerle—. ¡Yo no lo hice! ¡Debió ser otra

persona, alguien que entró en la cámara!

—Majestad —intervino uno de los soldados—, hemos hablado con los guardianes y los sirvientes. Juran que no vieron entrar a nadie más que al príncipe y a Alfrotul en la habitación. Es imposible que ningún otro hombre atacara a Su Alteza.

—¡Pero yo no fui!

—¿Entonces quién fue, borracho asqueroso? —intervino el rey—. ¿Acaso quieres hacernos creer que esa chiquilla agarró la espada del príncipe, que era un gran guerrero, le degolló y luego le cortó la cabeza? ¿Nos tomas por bobos?

—Yo… Yo no sé quién lo hizo, Majestad, pero yo no fui. ¡Tampoco toqué a la chica!

—¿Entonces como explicas el pedazo de camisón arrancado que estaba entre tus dedos? —preguntó la reina—. ¿Llego a ti por culpa de un encantamiento?

El interrogado boqueó como un pez fuera del agua, parpadeó con espanto, sollozó y gritó:

—¡Yo no fui! ¿Cómo iba a hacerlo si estuve todo el tiempo dormido?

—¿Estuviste dormido? —le preguntó la reina.

—¡Sí! —Asintió fuerte, sonriendo con la boca deforme, roja y húmeda—. ¡Eso fue! ¡Estaba dormido!

—Inconsciente.

—¡Claro!

—Luego no recuerdas nada de lo que pasó desde que entraste en la sala.

—¡Eso es!

Fulla le miró con ojos glaciales y dijo:

—Majestad, a veces los hombres beben hasta el punto de olvidarse de lo que hacen mientras están borrachos. Pierden el control, llevan a cabo sus locuras y luego no se acuerdan de nada.

—¿Qué? —bramó Alfrotul—. ¡No! ¡Yo sé que no lo hice!

—¿Y cómo puedes saberlo si estabas inconsciente? —le preguntó la reina.

—Yo… yo… Yo no lo hice. No pude hacerlo…

La reina se volvió hacia los soldados.

—¿Conocéis a este hombre? ¿Le habéis acompañado alguna vez mientras bebía?

—Sí, Majestad —respondió uno—. Sus borracheras son famosas entre la soldadesca.

—¿Alguna vez ha cometido actos salvajes o violentos mientras estaba ebrio, de los cuales no se acordara al día siguiente?

—Muchas veces, Majestad. Incluso se ha metido en peleas y ha pegado a otros hombres sin saber lo que hacía, y tuvimos que relatarle

sus desmanes al día siguiente porque él no se acordaba de nada.

—¡Yo no lo hice! —bramó Alfrotul, pero su voz temblaba demasiado.

—Majestad, quisiera contaros una cosa —dijo uno de los sicarios.

—Adelante —dijo Yulene.

—El día que vino la dama Gunthar al castillo yo estaba con Alfrotul y con otros hombres, en la misma sala del banquete. —Miró con desprecio al acusado—. Recuerdo que no dejaba de hacer comentarios lascivos respecto a ella. Estaba claro que la deseaba de un modo innatural para un hombre de tan baja posición. Dijo algo que ahora viene al caso…

—Habla —ordenó Yulene.

—Alfrotul dijo que tendría a la dama Gunthar para él, que la haría suya y que si cualquier hombre se atrevía a impedírselo, él lo mataría.

Muy despacio, horriblemente despacio, Yulene se volvió para contemplar a Alfrotul, quien pareció empequeñecerse ante aquella mirada capaz de resquebrajar las piedras y hacerlas saltar en trozos.

—¡Perdonadme, Majestad! —bramó Alfrotul, y sus lágrimas se mezclaron con la sangre—. ¡No sabía lo que hacía! ¡Por todos los dioses, suplico vuestra compasión! ¡El príncipe era mi amigo!

—Cállate —siseó la reina. Se le acercó, le agarró de los pómulos rotos y levantó su cabeza—. No te atrevas a mencionar jamás al príncipe, al buen señor al que tú mataste, engendro nauseabundo. Te recomiendo que vayas poniéndote a bien con los dioses, porque tendrás un final tan espantoso que pedirás mil veces la muerte a gritos. Y mil veces yo no te daré esa muerte. Porque cuando llegue la muerte quiero que antes tu mente se haya roto en pedazos por culpa del dolor, y que tú acabes convertido en un mazacote de carne capaz solo de arrastrarse y babear. Y entonces ya veremos si me digno a matarte de una vez por todas o busco nuevas maneras de hacerte sufrir.

Empujó su cabeza, retrocedió y levantó una mano.

—Dadme un paño. —Se lo dieron y se limpió los dedos, sin separar la vista del reo, que lloriqueaba cosas ininteligibles—. Escuchadme bien. Este canalla asesinó salvajemente a mi hijo en un arrebato de furia, mientras caminaban por los pasillos del palacio. Lo mató a traición, por la espalda. No estaban en la habitación de Fulla Gunthar. Ni siquiera se les pasó por la cabeza hacerlo. Mi hijo nunca tuvo ni un mal pensamiento y jamás cometió una mala acción. Mi hijo era un caballero. Esa es la versión que todos contaremos y nadie… —Miró a Fulla—. Nadie va a contradecirla ni en una sola palabra. ¿Entendido, muchacha?

—Sí, Majestad. Me ceñiré a cuanto habéis dicho.

—En cuanto a vosotros, soldados, preocupaos de que tampoco

ningún criado ni guardia del palacio se desvíe de la verdad.

—Majestad —dijo uno de ellos—, podéis estar segura de que la reputación y el honor del príncipe están a salvo.

—Más os vale, porque os va la vida en ello. Ordenaré matar al que mancille el buen nombre de mi hijo con… historias absurdas. Fue asesinado por un borracho felón, y punto. —Miró a Alfrotul—. A este miserable le tendréis encerrado e incomunicado. Podéis golpearle, pero no lo dañéis mucho. Lo quiero consciente cuando llegue la hora de la ejecución pública, que sucederá en uno o dos días. Morirá lentamente para regocijo del vulgo. Ya me encargaré de ello.

—Se hará como ordenáis, Majestad.

—Llevaos a este hijo de mil demonios y metedle en algún agujero inmundo del palacio.

Golpearon a Alfrotul, lo agarraron por las axilas y se lo llevaron medio a rastras. Los reyes quedaron a solas con Fulla. Yulene la miró con un odio espeso.

—Tú… Ramera de los infiernos… Desvergonzada… Tú provocaste el deseo de mi hijo y de ese hombre… De algún modo tú también tienes la culpa.

Fulla sintió que su corazón corría desbocado, pero no desvió los ojos y permaneció firme.

—Majestad, vos y yo somos mujeres. Las dos sabemos que no tenemos culpa alguna de la locura que provocamos en los hombres. Soy inocente. Vuestro hijo tampoco fue culpable de nada. Todo lo hizo ese miserable noctumbrio.

Yulene seguía contemplándola en silencio, masticando su ira. Intervino su esposo:

—Contente, esposa. No podemos hacerle nada a esta joven. Es la hija de Olaf Gunthar, que aún tiene peso en el país. Si a ella le ocurriera algo perderíamos un aliado valioso y ganaríamos un enemigo letal.

Aquello metió razón en los ojos de Yulene, que era una gran estratega política.

—Tienes suerte de ser quien eres, pequeña furcia. Tienes mucha suerte. —Suspiró—. Sea. Voy a perdonarte por esta vez. Pero ten mucho ojo con lo que hagas en el futuro.

—Gracias, Majestad. —Fulla bajó la cabeza, humilde. Después, levantó la mirada—. En cuanto a mi situación, comprendo que mi presencia provocaría en vos malos recuerdos. Lo mejor sería que volviera junto a mi familia. Además, ahora que mi prometido ha muerto y que la boda no se va a celebrar, no tiene sentido…

—No. Tú te quedas aquí hasta que yo lo diga.

Fulla la contempló con sorpresa y espanto.

—Pero Majestad…

—Cállate. Guardarás el luto debido y permanecerás en la corte del rey.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todo el que yo estime conveniente. Y cierra la boca de una vez por todas porque bastante suerte has tenido. No fuerces más las cosas, muchacha impertinente. Voy a encargarme de buscarte un buen esposo, un hombre noble de Ludvica, alguien importante en el país. Pero será el que yo elija. —Fulla abrió mucho la boca, horrorizada—. Deberías darme las gracias.

Fulla parpadeó, respiró fuerte, apretó las mandíbulas y asintió.

—Gracias, Majestad.

—Lárgate.

Fulla se levantó, asintió como debía ante los reyes y se marchó de la estancia. Fuera, le esperaba una dama de compañía.

—¿No vamos a dejar que la chica se vaya? —preguntó el Taciturno, una vez a solas con su mujer.

—No. Mientras la tengamos los Gunthar no se atreverán a hacer nada contra nosotros. Esa chica asegura nuestra alianza con ellos, que aún es poco firme, por muchos juramentos que se hicieran. Por otro lado, si la dejáramos ir perderíamos la dote. La moza seguirá en la corte y yo la casaré con cualquier bobalicón aristócrata que nos sea fiel, y ni siquiera entonces la dejaremos escapar. Estará siempre en Ludvica, hasta que se muera.

—Me parece bien —contestó Birger. Sus ojos se agravaron y se tiñeron de malestar—. Yulene… Siento mucho lo de nuestro hijo.

Ella le miró con furia.

—¿Nuestro hijo? ¿Has dicho *nuestro* hijo? ¡Vete! ¡Sal de aquí antes de que te arranque la lengua, maldito hipócrita! ¡No sientes nada por él! ¡Nunca lo sentiste! ¡Márchate!

Birger decidió no seguir discutiendo, así que asintió de mala gana y se fue.

Una vez sola, Yulene caminó hasta la silla de hierro donde se torturaba a los cautivos y, sin importarle sus manchas de sangre y sudor, se dejó caer en ella. Llevó una mano temblorosa a la frente y rompió a llorar.

13

El funeral del príncipe Enar Magne se celebró el día siguiente a su malhadado fallecimiento. El procedimiento habitual entre los grandes nobles y los miembros de la Familia Real consistía en meter al finado en un barco suntuoso y elegante, un barco que luciría sus mejores galas y que tendría una cabeza de serpiente en la proa, para después hacerlo arder sobre las aguas, a la vista del Puerto Real. En el muelle estarían las principales autoridades y los reyes, que contemplarían el incendio de la nave y su hundimiento en el reino de Darjor, señor de los mares. Mientras, los escaldos cantarían alabanzas al difunto y entonarían loas a Kor, dios de dioses, y al resto de los Luminosos. En efecto, eso sería lo normal en estos casos.

Pero la reina decidió que todo se haría acorde a los antiguos ritos funerarios del culto de Mumaga, ya en desuso en casi todo el país. Muchos se sorprendieron e incluso se escandalizaron, pero los ojos de la reina eran dos pedazos de piedra que no admitían réplicas y, por otro lado, ¿quién osaría contrariar a una madre tras la muerte de su único hijo, y por ende a una madre como esa?

Por tanto, la ceremonia tuvo lugar dentro de la ciudadela. Fue un acto público al que se permitió asistir no solo a nobles y ricoshombres, sino también al pueblo llano. Se levantó una gran pira de troncos y en la cúspide tumbaron al príncipe, vestido con sus mejores galas y con la cabeza cosida al cuello; pero estaba ya blanco, hediondo y salpimentado de moscas. En el palco de honor estaban los reyes y la alta nobleza, que lo contemplaban todo con aire grave y adusto. Fulla Gunthar también estaba allí, de luto riguroso, impasible.

Prendieron fuego al ramaje inferior y los troncos cubiertos de resina inflamable empezaron a arder. El cuerpo del príncipe quedó velado por una cortina de aire caliente y tembloroso. Mientras la pira ardía el sacerdote Grim vociferó unos cánticos extraños. El vulgo que asistía al evento le contemplaba con rostros llenos de asombro y estupidez. Los sacrificios humanos estaban prohibidos en Shakark —algo que Yulene se había propuesto cambiar, aunque en su debido momento—, así que Grim inmoló a una cabra. El pobre animal berreaba mientras el sacerdote rugía unas fórmulas atávicas que nadie comprendía; tal vez porque intuía su destino funesto, el animal se retorció y al final tuvo que ser sujetado por un par de hombres, y aun así le dio una coz a uno en la mandíbula. Decidieron atarle las patas. Grim agarró al ser cabruno, lo abrazó y levantó a duras penas su

cabeza. La criatura chorreó su orina humeante y una ristra de heces negras y esféricas sobre la túnica impoluta. Grim no hizo caso de todo esto, acercó el cuchillo a la cabra, la degolló y en su agonía el animal empezó a retorcerse como un loco, de tal modo que la sangre voló en todas direcciones, le cegó, se le metió en la boca y le obligó a toser y escupir. Se acercó a las llamas, cuyas ondas hicieron revolear su túnica y dejaron al desnudo sus canillas blancas, delgadas y peludas. Levantó la ofrenda y la arrojó al fuego con todas sus fuerzas, casi cayéndose por culpa del impulso de sus brazos. Se volvió, cubierto de inmundicia de la cabeza a los pies, vociferó los últimos rezos, fue hasta los reyes, se arrodilló, les rindió honores y se marchó para limpiarse de una vez por todas, jadeante y agotado.

El calor de las llamas era tan espantoso que los asistentes empezaran a sudar. Las túnicas, sobrevestes, capotes y calzas se pegaban a la piel húmeda. Las axilas emitían un tufo agrio y punzante. El fuego enrojecía los mofletes y los cuellos. El cuerpo del príncipe ardía, su carne se deshacía y humeaba, la poca grasa de su cuerpo enteco se convertía en un sebo pegajoso y deslizante. Salieron a la luz los huesos. Enar Magne quedó convertido en una osamenta incandescente. Los puntos de sutura estaban ya carbonizados, así que, libre de ataduras carnales, el cráneo rodó hasta el borde y luego cayó dando botes sobre los diferentes niveles de la estructura, como la calavera llameante de un demonio travieso. Se perdió entre la maraña de madera calcinada de la base.

La reina Yulene no había apartado la vista en ningún momento. Sus ojos estaban yermos de lágrimas, pero sentía que algo se desgarraba dentro de ella, como si tuviera dentro un pergamino reseco que alguien partiera en dos. Su mirada fue más allá del amasijo carbonizado y descabezado que era su hijo, fue más allá del espacio y el tiempo y retrocedió a otra época, al momento en que estuvo a la vera del moribundo patriarca del clan Aevar. Vio de nuevo y con perfecta claridad al hombre gordo y alto, aplastado bajo las mantas, amarillento, sudoroso, con un tumor del tamaño de un huevo de gallina en un lado del cuello, una bola de carne dura como la madera. Su padre se moría, y a la vez se aferraba a la vida con su acostumbrada tenacidad. Ella estaba a su lado, sentada junto a él, y su dolor era tan sincero y cristalino que ya ni siquiera podía llorar. Había expulsado de la sala mortuoria a las plañideras y a su madre porque no toleraba la hipocresía ni el fingimiento, no cuando su progenitor estaba a las puertas del templo de las tinieblas.

—Hija… —gimió él, con voz rota, apenas un aliento cavernoso—. Yulene… Mi querida niña…

Ella se le acercó y le miró con sus ojos afilados y atentos.

—Decidme, padre. Aquí estoy.

—Tú siempre… A mi lado… Mientras que tus hermanos… Y la guarra de tu madre… Buitres… Carroñeros… Felones asquerosos… Solo quieren mi herencia… Ganada… Con mi esfuerzo… Pero ellos no tendrán nada… —Sonrió, a pesar del dolor y del tirón constante de la señora huesuda—. No les dejaré nada… Que se pudran… Y revienten… Malditos sean.

Yulene frunció el ceño, sorprendida. Su padre levantó un dedo grueso y amarillento.

—Tú liderarás… El clan… Aevar. Tú… Eres fuerte… Más fuerte que tus hermanos… Solo tú… Tienes la… inteligencia… La habilidad… Tú… Mi princesa… Todo irá a parar a ti… Esos felones malparidos… Y la guarra… Se van a sorprender mucho… Cuando… se… lea… mi… testamento… Hehehe.

Yulene parpadeó, sorprendida.

—¡Padre! ¿Queréis que yo lidere el clan?

—¡Sí! —El patriarca escupió un gargajo verdoso que se quedó atrapado en la barba—. Engrandecerás… A los Aevar… Tienes que llevarlos… A lo más alto… Y tienes… que… recuperar… la religión… perdida… El culto… que los… Los… ¡Los bastardos prohibieron!

Tosió y ella le limpió con cariño los espumarajos y las flemas de la boca y la barbilla. También le pasó el paño húmedo y pegajoso por la frente.

—Ay… Ojalá hubieras sido… Macho… y no hembra. —Ella bajó la cabeza y no dijo nada—. Yulene… Mírame.

—Sí, padre, aquí estoy.

—No dejes que tus… hermanos… Esos malparidos… te lo quiten… Tú puedes con ellos… Eres más fuerte… Te lo voy a legar todo… ¡Todo! Eres… la única persona… en quien puedo… confiar. La… única persona… que me quiere… Mi niña.

Yulene sintió que se le hinchaban los ojos y dejó que fluyeran las lágrimas. Pero no sollozaba, no componía ninguna mueca de dolor. Su rostro estaba sereno y era bello y poderoso.

—Padre, yo os juro que entregaré este país perdido a su dios auténtico. Os juro que llevaré a nuestro clan a lo más alto.

Su padre sonrió y barbotó una risa quejumbrosa y húmeda. Se hundió con lentitud en la laguna que no tiene fondo.

—A lo más alto —musitó la reina, mientras contemplaba la pira funeraria en la que se consumía su hijo muerto.

La pirámide de troncos emitió un gruñido lento que fue ascendiendo hasta convertirse en un rugido más fuerte que el de las llamas, y todo se derrumbó entre una nube de chispas incandescentes. El público gritó sorprendido y retrocedió, pero la reina seguía quieta, en pie, como una cariátide iluminada por mil holocaustos fulgentes.

—A lo más alto.

Esa misma tarde, y por expreso deseo de la reina, se llevó a cabo el ajusticiamiento del infecto criminal, también en un acto público, pero ahora en la plaza principal de la ciudad de Ludvica. La ejecución tendría lugar con toda la pompa y parafernalia necesarias porque se trataba de un magnicidio, el peor de los crímenes, y no solo había que dar ejemplo, sino también demostrar el incontestable y fabuloso poder de los gobernantes cuando eran atacados. Fue asesinado el príncipe Enar Magne, el hijo de los reyes del país, así que la vindicación no admitía demoras. Los carpinteros habían trabajado durante la noche y también la mañana y ahora ya estaban preparadas las gradas en las que se sentarían los reyes y la corte de nobles. El resto del público, esa muchedumbre ansiosa de sangre, abarrotaba la plaza. El pueblo era un mar de cabezas y cuerpos pútridos que hinchaba no solo la plaza, sino también las calles adyacentes. Incluso en los tejados había observadores. Los padres alzaban a sus criaturas sobre los hombros y los viejecillos se aupaban sobre las puntas de los pies para ver algo y protestaban con sus voces de lija. Los reyes se acomodaron en los sitiales de honor, uno junto al otro, y además estaba allí también aquella pobre muchacha, la prometida a la que le habían hurtado el marido: Fulla Gunthar. Seguía impasible y vestía los pesados ropajes de luto. A su lado se encontraba Mista Aevar, prima de la reina, esa mujer coja y desagradable, cubierta por mantones y un velo que tapaba su cara.

Estalló una algarabía de gritos cuando trajeron al condenado. Le llevaban en una jaula de hierro, como a una alimaña en una feria ambulante. Y en efecto no parecía un hombre, sino una monstruosidad antropomorfa, cubierta de roña de la cabeza a los pies. Estaba desnudo, pues no le permitirían ni siquiera la dignidad de los harapos. Mostraba unas barbas y cabellos tan sucios y salvajes que parecía tener no una cabeza, sino una araña peluda enorme sobre los hombros, con un ojo abierto enloquecido y otro cerrado, convertido en una bola de carne morada y brillante. En realidad, toda la cara era una cosa deforme, machacada a puñetazos. Pero se habían preocupado de llevarle despierto y muy consciente al lugar de su ejecución. La muchedumbre le rugía sus insultos, le deseaba mil muertes y se ciscaba en él y en sus ancestros. Sobre todo, les enervaba que fuera un extranjero, un noctumbrio, quien hubiera dado la muerte a ese ángel bondadoso que era el príncipe. Un buen shakark. Los expertos —que nunca faltan en todos los lugares y épocas— ya soltaban peroratas sobre la inferioridad de la raza noctumbria, sus perversiones, crueldad, estupidez, etcétera. Al condenado le llovieron pellas de barro, boñigas secas y esputos. Su figura mugrienta quedó bañada en

un icor horrible que era la mezcla de todo aquello. Él los miraba con ese único ojo asombrado y gemía algo incomprensible.

Los soldados le llevaron al centro de la plaza, le sacaron de la jaula y le administraron unos cuantos golpes de vara y porra, sin pasión, sino más bien para cumplir con el protocolo. El público vociferaba que le mataran de una vez por todas. Le pusieron un collar de hierro y una correa y le arrastraron por el empedrado. Se puso a cuatro patas y luego a dos, renqueante, como una criatura grotesca. Gemía y se tapaba la cabeza con los brazos. Le obligaron a arrodillarse ante los reyes. Se ordenó silencio y poco a poco el noble pueblo fue callándose. El funcionario correspondiente leyó los cargos con voz enérgica: aquel felón había asesinado al buen príncipe Enar por la espalda, a traición, llevado por la locura de la embriaguez alcohólica y por su propia vesania personal, cuando el maravilloso príncipe Enar se encontraba departiendo con unos amigos sobre temas caballerescos. El repugnante traidor se acercó al excelente príncipe, le cortó el cuello y luego le decapitó. De inmediato, los amigos del magnánimo príncipe redujeron al criminal. Para probar aquellos cargos aparecieron tres jóvenes nobles de la corte, los supuestos caballeros que lo habían visto todo, y contaron a la muchedumbre aquel relato con todo género de detalles. Cuando acabaron el vulgo rugió su ira. Algunos espontáneos se ofrecían para matar al vil noctumbrio, que miraba alrededor como si no entendiera qué estaba ocurriendo.

Después se levantó Fulla Gunthar, esa pobre chiquilla a la que le habían arrebatado el futuro marido. Abrió un rollo y leyó un largo discurso que enumeraba las muchas virtudes del joven príncipe muerto: su donosura, belleza, generosidad, etcétera. Después, leyó —también eso estaba escrito— el dolor indecible que ella había sufrido, pues amaba con toda su alma al maravilloso galán que le habían arrebatado, etcétera, etcétera, etcétera. Y todo por culpa de un siervo felón, y encima extranjero. Lo leyó con voz clara y átona, sin expresar emoción alguna, pero muchas mujeres del gentío ya estaban llorando sin poder contenerse, solidarizándose de una manera visceralmente femenina con aquella chiquilla inocente a la que un mal macho le había arrebatado el amor de su vida. Cuando acabó arrecieron los *¡vivas!* y los *¡guapa*! Ella no respondió a los vítores y volvió a sentarse en su sitial.

Se levantó el rey, quien con su acostumbrado aire serio emitió un discurso sobre los valores patrióticos y nacionales, el grandioso pueblo shakark y los demás lugares comunes. Las masas le aplaudieron y alabaron a gritos. Después se levantó la reina y dio otro discurso, pero el más sincero, porque en él vibraba la ira de una madre que se había quedado sin su retoño. Muchas matronas asentían con el ceño fruncido al oírla, limpiaban sus mejillas de lágrimas y sus narices de mocos.

Terminada la oratoria y la retórica, empezó el acto punitivo. Se trajeron a la plaza cuatro caballos no vistosos pero sí fuertes, con sendos travesaños de madera, a los cuales se ataron las cuerdas que tirarían de los miembros del criminal. Agarraron a Alfrotul y le llevaron de malos modos hasta el centro del cuadrado cuyos vértices eran los rocines. El noctumbrio de pronto pareció entender cómo iba a acabar todo esto, meneó la cabeza de un lado a otro y se revolvió, como si quisiera huir o al menos resistirse, pero le administraron los varapalos precisos —con gran divertimento de las gentes— y le tiraron al empedrado, donde quedó boca arriba. Le separaron los brazos y las piernas y ataron a sus muñecas y tobillos las cuerdas unidas a los caballos. El público ya se frotaba las manos, desorbitaba los ojos y se pasaba la lengua por los labios resecos, pues en todas partes el noble pueblo disfruta con los espectáculos sangrientos y crueles, cuanto más, mejor. Había una expectación casi dolorosa en este enjambre humano.

La reina se levantó y todos la miraron.

—¡Que se haga justicia! —gritó con voz clara y potente.

El populacho rugió su aprobación y sus aplausos. Los funcionarios azuzaron a los caballos para que tiraran en distintas direcciones de los brazos y las piernas del condenado, con el objeto de arrancárselos del cuerpo. Los animales piafaron y echaron a andar. Las cuerdas quedaron tensas, se hundieron en la piel de Alfrotul y le levantaron del suelo. El noctumbrio abrió la boca y los ojos, víctima de un dolor inenarrable, un dolor que lo barría todo, incluido el pensamiento, un dolor blanco, puro. Emitió un alarido que llenó la plaza, subió a los cielos y provocó el silencio de la muchedumbre. Las cuerdas crujieron y los brazos y piernas parecieron estirarse de manera fantástica. Las articulaciones chascaban. Se producían uno tras otro los esguinces. El grito del desdichado se convirtió en una sucesión de voces menores que iban al compás de sus jadeos, pero a veces se quedaba sin respiración y entonces solo echaba una especie de resoplido cavernoso, como si estuviera echando el aliento desde las tripas. Los funcionarios detuvieron a los caballos y los llevaron un poco hacia atrás, pues por orden de la reina el desmembramiento no sería rápido, sino que sucedería tras una serie de tirones y aflojamientos, para que la tortura durase más. Alfrotul cayó al suelo y las cuerdas quedaron flojas. En los hombros y las caderas la piel estaba hinchada, negra y brillante por culpa de las hemorragias internas. El condenado solo podía meter y sacar aire de los pulmones, y entre jadeo y jadeo sollozaba.

El público se relajó en aquel descanso. Se oían aquí y allá risitas nerviosas, incluso carcajadas. Con mucho contento se comentaba el espectáculo. El pueblo estaba feliz y animado, de esa manera diabólica tan propia de las masas. Como niños haciendo una travesura.

En el palco de honor, Fulla Gunthar estaba tranquila y no había despegado la mirada ni un solo momento del condenado. La reina contemplaba con rostro filoso y sereno la ejecución. A su lado, el rey lo veía todo con ojos entrecerrados y de vez en cuando echaba miradas hacia su mujer. Parecía dubitativo, como si quisiera decirle algunas cosas. En esos momentos, Birger sentía una especie de atracción desesperada y tenebrosa hacia Yulene. Pero ella no le hacía caso, como de costumbre.

La reina levantó la mano y allá abajo los funcionarios obedecieron la orden silenciosa y azuzaron a los caballos. Alfrotul fue de nuevo levantado y las cuerdas tiraron otra vez de sus ya rotas articulaciones. Uno de los animales andaba suelto de tripas y soltó un prodigioso chorro de heces y por último una ventosidad de trueno. El condenado volvió a chillar, pero ahora además soltaba palabras enloquecidas en su propio idioma, el noctumbrio.

—Yulene… —le dijo el rey a su esposa, en voz baja. Ella ni siquiera le miró—. Yo… Quiero que las cosas cambien entre nosotros. Tal vez podamos mejorar nuestras vidas. —Ella frunció el ceño, pero no volvió la cara—. No debemos ser enemigos.

—No lo somos —contestó ella.

Sonó un crujido largo y húmedo que provenía del interior del condenado, que profirió una especie de graznido tembloroso.

—Pero no nos llevamos bien. Yo te admiro. Es más, a mi manera yo te quiero.

—A tu manera me quieres. Ya. Pues no me quieras tanto.

—Pero…

—¿Eliges este momento para hacerme una declaración de amor? ¿Estás loco o simplemente eres un necio?

—Yulene, quiero que seamos de nuevo marido y mujer. ¿Por qué no podemos tratarnos con un poco de cariño y ternura?

Otro crujido y más jadeos estrangulados de la víctima. Un caballo relinchó y expulsó un chorro de orina. En el público sonó una carcajada ronca.

—Eso es imposible —dijo Yulene.

—Pero yo quiero…

—Escúchame. —Ella le miró al fin—. Entre tú y yo no hay nada, ¿entiendes? Nada.

Y adoptó un aire altivo y sosegado mientras se volvía para seguir contemplando el desmembramiento. Su esposo la miró con una especie de dolor estrangulado y abrió la boca, pero enseguida la cerró. Luego miró también al reo. Los funcionarios parecían discutir entre ellos y al final decidieron hacer otro descanso. Aquel maldito noctumbrio era duro de pelar; ya tendrían que haberle arrancado al menos un brazo o una pierna, pero ni por esas. Los caballos sudaban,

humeaban y echaban sus cuajarones por el culo. El rey se preguntó por qué aún amaba a esta arpía. Mientras miraba al noctumbrio enloquecido indagó en la naturaleza de su amor, siempre a distancia y siempre desgraciado. No podía evitar admirarla, así que quizás amara en ella precisamente su fuerza implacable, de un modo como nunca podría admirarla en un hombre, pues ella era mujer y eso, a sus ojos, lo cambiaba todo. Y sin embargo, jamás podría satisfacerla de todos los modos posibles… Pero dejó esta línea de pensamiento porque era demasiado dolorosa. De hecho, apartó este amor absurdo por una mujer que le detestaba y a la que temía. Más tarde, lo ahogaría todo en alcohol.

Se fueron sucediendo los tirones y los descansos. Los miembros no salían del cuerpo ya deforme, inflado como un globo por culpa de las hemorragias internas. La resistencia de los tendones de aquel mal bicho noctumbrio era inaudita. El público empezaba a aburrirse. La reina frunció el ceño y se levantó de su butaca.

—¡Que todo acabe! —ordenó—. ¡Vamos!

Los funcionarios y soldados asintieron con nerviosismo y empezaron a gritar y azuzar una vez más a las bestias. Al fin, sonó un crujido repelente y el brazo izquierdo salió del cuerpo. El caballo casi echó a correr, con el miembro arrancado dando botes tras la grupa. El público aplaudió y rugió una ovación majestuosa. Se perdió la formación correcta y los otros tres caballos giraron y se acercaron entre sí, y en su remolino arrastraron el cuerpo sangrante. La reina meneó la cabeza, disgustada, se levantó y gritó que acabaron con el malnacido de una vez por todas. El público la secundó en su queja y abucheó a los funcionarios y soldados por su labor chapucera. Todo sucedía ahora con prisas, sudores y muchos gritos. Tras varias intentonas salió la pierna derecha y los grandes huesos de la cadera, arrancados de cuajo. Ya por entonces Alfrotul era una piltrafa con la mente rota por el dolor. Ni siquiera gritaba; se limitaba a jadear entre temblores. Chorreaba por los dos grandes agujeros y a pesar de la roña que lo cubría estaba blanco. Por fin salió el brazo izquierdo y el último caballo echó a trotar y arrastró el cuerpo tirando de la última pierna. El tronco dibujó manchones alocados en el empedrado. Detuvieron al animal. Vino un verdugo con un sable enorme y pesado para terminar ya de una vez por todas. Pidió permiso a las autoridades y la reina levantó una mano, de mala gana. El verdugo levantó la espada y cortó la última pierna en solo tres tajos. Un funcionario se la llevó y la dejó junto a la otra y los dos brazos, sobre una mesa dispuesta en las cercanías. El verdugo alzó la espada, se pasó la lengua por los labios, se concentró para hacerlo bien y descargó un tajo magnífico que segó la cabeza con limpieza. Fue un golpe magistral, casi artístico, y el público lo reconoció con una ovación gigantesca. El

verdugo asintió, satisfecho. Agarró la cabeza, la levantó y la mostró al palco de honor. Luego se la enseñó al gentío, que aplaudía con mucho goce y contento. Ahora había un ambiente feliz y distendido en la plaza, las personas hablaban con alegría del espectáculo y daban gracias a los reyes por todas estas diversiones.

Pero todo tiene su fin, así que se ordenó a las gentes dispersarse y salir de la plaza. Con desgana, el público empezó a irse. Volvían a sus vidas grises y monótonas, pero al menos esta noche tendrían algo de lo que hablar mientras cenaban con sus familias. Los matarifes echaron los restos del condenado en sacos, pues los miembros, el cuerpo y la cabeza serían llevados lejos unos de otros y entregados a las alimañas para que los devoraran. Así, el alma nunca tendría paz.

El palco de honores también fue vaciándose. Llegaron los carpinteros y empezaron a desmontar la arquitectura de tablas y vigas. Unos mozos trajeron mochos y baldes con agua para desintegrar los charcos de sangre, heces y orina.

14

La misma noche de aquel largo y fatídico día en que se produjo el funeral por el príncipe y la ejecución de Alfrotul, la reina hizo llamar a Fulla Gunthar a uno de sus despachos. Aparte de Yulene, allí estaban su prima, Mista Aevar, y un hombre alto y gordo de mostachos titánicos, brazos como jamones, medio calvo y con bolsas de carne oscura bajo los ojos. Como de costumbre, la reina ocupaba su butaca y no permitía que nadie más tomara asiento. Fulla bajó la cabeza con respeto y mansedumbre.

—¿Qué deseáis de mí, Majestad?

—Iré al grano. A mí no me engañas, muchachita. Sin duda el noctumbrio mató a mi hijo, pero tú no te dueles ni sientes su muerte, por mucho luto que vistas, y a saber si no tuviste algo que ver con ella. En fin, prefiero no pensar mucho en ello porque me hierve la sangre y puedo cometer una locura. Tienes suerte de ser una Gunthar, pero no olvides que mi paciencia tiene un límite y que incluso tú puedes acabar igual que el bastardo que mató a mi hijo.

Fulla juzgó prudente no responder. Hizo un esfuerzo para controlar sus temores y continuar impasible. Yulene levantó la barbilla.

—No me fío de ti, muchacha, así que estarás custodiada día y noche por este hombre. Se llama Jaldor y es un perro fiel. Un buen mastín de presa. Él te acompañará a todas partes y por la noche hará guardia fuera de tus aposentos. No intentes evitarle porque no lo conseguirías. Además, yo me enteraría y eso no sería bueno para ti.

Fulla miró con espanto a Jaldor. Él la contemplaba con la inexpresividad de los sicarios.

—No os daré motivo de queja, Majestad —dijo Fulla.

—Por supuesto que no —respondió Yulene, sonriendo de lado—. Además, quiero que estés bien educada y que abraces la nueva religión y las nuevas costumbres que van a imperar en este país a partir de ahora. Mi querida prima va a ser tu nueva maestra. Ella te ilustrará en la manera como debes no solo comportarte, sino incluso pensar.

Fulla contempló a Mista, la sacerdotisa de Mumaga, esa mujer enteca, coja, siempre cubierta de ropones, con el rostro tapado por un velo oscuro, como si fuera la mismísima muerte. Se estremeció, pero bajó la cabeza con aire humilde.

—Me siento muy honrada de tener a tan honorable maestra —dijo Fulla.

—Yo te arrancaré las creencias falsas que tu familia degenerada te ha inculcado —graznó Mista Aevar, y el velo se removió un poco por culpa de su aliento—. Las extirparé y haré de ti una auténtica servidora de Mumaga.

Fulla apretó los labios, asintió y bajó la vista.

—Espero que no nos des problemas, muchacha —dijo la reina.

—Os obedeceré en todo, Majestad.

—Por supuesto, y empezarás ahora mismo. Tu primera encomienda es escribirle una carta a tus padres —Fulla levantó la mirada, sorprendida, pero calló—. Les explicarás lo que ha ocurrido, es decir, la muerte del príncipe a manos de ese felón extranjero, y les dirás que te sientes muy desgraciada por su pérdida porque le amabas con locura. Les expresarás con claridad tu deseo de permanecer en la corte hasta que yo te case con alguien acorde con tu noble apellido. Les dirás que no vengan a buscarte ni a verte porque deseas que respeten tu duelo. Y elogiarás a la Familia Real, que tanto te ama y tanto apoyo te está dando. Serás muy convincente. —Levantó el dedo —. Recuerda que yo leeré esa carta. Si leo en sus líneas o entre sus líneas algo que me disguste, te juro que lo pasarás mucho peor de lo que imaginas mientras estés bajo mi poder. ¿Lo has entendido?

Fulla sintió un nudo en la garganta y pensó que iba a llorar de rabia y de odio, pero de algún modo encontró la entereza para controlarse. No les daría el gusto de ver cómo se derrumbaba. Si tenía que llorar, lo haría en la intimidad de su cuarto.

—Lo haré todo tal y como decís —respondió, con voz helada.

—Muy bien. Pues empieza. Ahí tienes papel y tinta.

Fulla fue hasta una mesa y sobre ella escribió la carta con mano firme. La reina la leyó.

—El tono frío. Pero correcta. Tal vez no les convenza, pero los frenará. Bien. Ahora puedes irte. Jaldor te acompañará a tu cámara. Acostúmbrate a él. A partir de este momento él es tu sombra.

Fulla asintió, agachó la cabeza y se fue, seguida del gigante. Cuando ella traspuso la entrada de su habitación e intentó cerrar la puerta, Jaldor puso un pie entre el marco y la plancha de madera.

—Espera un momento, muchacha —le dijo.

Ella le contempló con asombro.

—¿Cómo te atreves a hablarme con familiaridad?

Jaldor empujó la puerta para pasar dentro de la cámara y la obligó a retroceder, estupefacta. El hombre la contempló de arriba abajo.

—Conmigo no tienes que disimular, chiquilla. Te han dejado sin tu hombre, pero puedes sustituirle por otro. Conozco bien a las potrillas como tú. Necesitan un macho para que las monten y si no tienen uno a mano van tras otro.

Fulla parpadeó, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Jaldor se le

acercó aún más y le acarició la mejilla con sus dedos anchos y duros.

—Nadie tiene por qué enterarse. Además, todo será más fácil para ti si tú y yo nos llevamos bien. Te daré más libertad.

El rostro de Fulla se hinchó de sangre y sus ojos llamearon con un fuego azul. Le asestó un bofetón que sonó como si hubieran aplastado una lechuga con un martillo.

—No me vuelvas a poner la mano encima, hijo de mil mancebas —susurró, con voz temblorosa de ira—. ¡Largo!

Él la contempló durante unos instantes y luego retrocedió. Sonrió con maldad.

—Ya te domaré, potrilla.

Salió y ella cerró dando un portazo en sus narices. Una vez sola en su habitación, con la mirada aún clavada en la puerta, los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia y deseó tener un cuchillo en la mano y un cuerpo vivo cerca en el que hundirlo una y otra y otra vez.

Poco después de su reunión con Fulla, Yulene abrazaba a Freistein Gaute el Bello.

—Siento mucho lo de Enar —le dijo él.

Ella hundió la mejilla en el pecho de su amante. Ahora sabía que aquel dolor jamás iba a desaparecer. Subiría y bajaría como las mareas del mar, pero, igual que el mar, nunca cesaría.

—Me lo han matado… Mi niño… Nuestro niño…

Se deshizo en un llanto afilado y silencioso. Freistein le acariciaba el cabello; tenía los ojos rojos y húmedos, pero no derramó ninguna lágrima. Ella se tranquilizó y se separó de él.

—Todo pasa —dijo Yulene, con voz ronca—. Al final solo nos queda la fuerza.

Se sirvió una copa de vino. Deseó ser como su esposo, una bestia grosera que lo olvidaba todo cuando se hundía en el alcohol. Pero ella era demasiado responsable y poderosa, incluso cuando estaba rota por dentro. Seguiría en pie, hasta el final. Freistein la miró con seriedad.

—Lo siento, amor, pero ahora tengo que darte más malas noticias.

—No pueden ser peores que la muerte de… —se le quebró la voz, así que tomó un trago del vino fuerte.

—Esto no puede esperar. Se trata del futuro del reino.

Yulene apartó la copa de sus labios y le miró con ojos duros y prácticos, pues ella, y no su marido, era la dueña y señora de Shakark. El destino le había arrebatado a su hijo de carne, pero aún le quedaba un vástago de llanuras, montañas y bosques: su país.

—¿Qué ocurre?

—He sabido que los dos pequeños hijos de la reina Dis Estig siguen

vivos.

Yulene quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Ya sabes que tengo contactos entre los bajos fondos de Ludvica. Hoy ha venido a verme un hombre que a su vez conocía a los matones y asesinos que acabaron con Leidof Magne y su prole. Uno de esos hombres dejó escapar con vida a Geirrid y Eigil, los hijos pequeños del Tembloroso.

—No puede ser. Nuestros agentes dijeron que habían matado a toda la Familia Real, incluidos los hijos de la reina Dis.

—Uno de los asesinos sí mató a la reina, pero dejó huir a sus hijos. Mintió para ocultar su error y no ser castigado, pero ayer noche se lo reveló a un amigo mientras estaba borracho y fue llevado con mis hombres. Durante todo este día han sometido a interrogatorio al prisionero y le han torturado hasta matarlo. Antes, le han sacado toda la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad?

Freistein se la contó.

La reina se llevó una mano a la frente.

—Por todos los dioses… —musitó. Miró a Freistein con miedo, luego con ira—. ¿Sabes lo que significa esto? Si se conoce que aún quedan descendientes directos del Tembloroso nuestros enemigos se alzarán contra mí. Utilizarán al hijo de Leidof IV para legitimar su causa y dará comienzo una nueva rebelión y una nueva guerra.

—Pero todos esos enemigos habían jurado lealtad a tu esposo.

—Los juramentos se los lleva el viento de la política. Renegarán de ellos. Esos perros rabiosos están desunidos y débiles porque no se fían unos de otros, pero se aliarán en cuanto sepan que aún queda un heredero legítimo para el trono. Además, los malditos Nidog no juraron nada porque escaparon de la batalla de Cajani. No los hemos doblegado y todavía esperan su oportunidad en su feudo de Onsbergo. Si se hacen con el chiquillo levantarán en armas a medio país. Todo por lo que he luchado durante tanto tiempo podría peligrar e incluso desmoronarse.

—¿Qué podemos hacer?

—Hay que coger a los hijos de Leidof Magne y a quienes los protegen. Ese patán dijo que se los llevó un joven noble, el mismo que le cortó la mano… ¿No conocía su nombre?

—No.

Yulene abrió mucho los ojos.

—En la corte estaba Eitri Nidog, ¿verdad? Y murió entre las llamas… Pero no se encontró su cadáver. —Cerró los ojos y suspiró—. Maldición. Sin duda fue él. El hijo de Gultop Nidog se dirige hacia Onsbergo con esos dos críos, si es que no ha llegado aún.

—No te inquietes, amor. Enviaré a mis mejores hombres tras él. Y en cuanto tu esposo se entere también mandará…

—No. Él no puede saber nada de esto. Le quiero fuera.

—Pero es el rey —protestó Freistein.

—Es un inútil. Lo estropearía todo. Siempre he resuelto yo todos los problemas y esta vez no será una excepción.

—Entonces ninguno de mis hombres hablará sobre este asunto, pierde cuidado. Mis rastreadores encontrarán a esos críos y al malparido que les protege.

—¿Los encontrarán? —Yulene le miró con una sonrisa despectiva que le hirió—. ¿Cómo los encontrarán? Estarán ya lejos y viajarán de incógnito, por alguna de las cientos de veredas y caminos secundarios que atraviesan los bosques y las montañas y que conducen al feudo de los Nidog. No puedo confiar en tus hombres. Serían demasiado lentos.

—¿Y qué vamos a hacer, pues?

—Enviaré alguien a por esos niños. Sí, quizás pueda conseguirlo…

—¿Enviarás tus propios rastreadores?

Las palabras de Yulene le pusieron el vello de punta:

—Enviaré al mejor de todos. Uno que no es humano.

La reina le dejó así, perplejo, abrió la puerta y llamó a un guardián del pasillo.

—¡Tú! ¡Ve a buscar al sacerdote Grim! ¡Rápido!

El soldado echó a correr.

—¿Qué…? —empezó a preguntar Freistein.

—Silencio —le advirtió Yulene—. Es mejor para ti que no preguntes. Cuanto menos sepas de esto, mejor.

Él asintió y los dos permanecieron en silencio hasta que llegó Grim. Freistein recordó con asco y vergüenza cómo se había masturbado aquel sujeto repugnante mientras hiciera el amor con la reina, en aquel altar embadurnado de sangre, y apartó la vista. No deseaba recordar aquella noche, pero sabía que nunca podría olvidarla.

—Majestad, ¿qué deseáis de mí? —preguntó el sacerdote.

—Necesito un cambiante.

Grim parpadeó. La sangre desapareció de su rostro.

—¿Estáis… segura?

—Por completo. ¿Se puede hacer la invocación?

—Sí. El dios está despertando y por tanto nuestro poder en la tierra de Shakark es cada día más fuerte. Pero… Se necesitarán vidas.

—¿Cuántas?

—Cinco. No importa el sexo ni la edad. Cinco almas.

Yulene miró a Freistein, que sentía su corazón trotando enloquecido en el pecho.

—Ya lo has oído —le dijo la reina—. Necesito que tus hombres

traigan cinco seres humanos, ya sean niños o adultos, hombres o mujeres. Eso da igual.

—Puedo… Puedo ordenar que capturen mendigos, borrachos, rameras, gentuza a la que nadie eche de menos.

—Me da igual de dónde los saques. Lo único que importa es que estén vivos. Los meterás en el palacio de forma discreta, yo te diré cómo, y se los entregarás a este hombre. —Miró a Grim—. ¿Cuánto tiempo tardará en consumarse la invocación?

—No es fácil traer a un cambiante. Ocho días, siete como mucho.

—Tres. Cuatro como máximo. ¿Entendido?

Grim tragó saliva. Asintió.

—Majestad… ¿A quién perseguirá el cambiante?

—A dos niños. Aún quedan prendas y objetos personales de esos críos en el castillo, así que la criatura podrá seguirles el rastro. —Miró a Freistein—. La criatura llegará a ellos antes que el más rápido de los montaraces y cuando los encuentre los borrará de la faz de la tierra. Vamos, poneos a trabajar. —Dio una palmada—. ¡Ahora!

Ellos asintieron y se marcharon. Yulene quedó sola y tomó un sorbo del vino fuerte, con la mirada clavada en el vacío.

Olaf Gunthar estrujó el rollo entre sus dedos y tiró la pelota arrugada a la mesa. Resopló y se guardó para sí el improperio. Su hijo Beini le miró con gravedad. Cogió la carta arrugada.

—¿Qué locura es esta? —dijo, mientras leía—. ¿El príncipe Enar asesinado por uno de sus propios hombres? Esto huele raro.

—¡Y tan raro! —exclamó Olaf—. Me da la impresión de que ese chico se metió en algún buen lío, se buscó él solo la ruina y ahora quieren cargarle el muerto a otro.

—Pero está escrita por Fulla…

—Le habrán obligado a escribirla y le habrán dictado lo que ellos quieren decirnos. La usan como herramienta para aplacar nuestros temores.

Beini llegó hasta el final, levantó la barbilla y suspiró con enojo y disgusto.

—Esta no es mi auténtica hermana. Es su letra, sí, pero ella no se expresa de ese modo.

—¿No te he dicho que le han obligado a escribirla? Por eso se muestra tan fría y distante, pues ella tampoco se cree nada de lo que nos ha contado, y menos aún podemos creerla cuando dice que amaba al príncipe, que es muy feliz en la corte y todas las demás zarandajas. En todo esto se ve la mano de la reina, esa furcia astuta, porque el rey no es lo bastante retorcido para hacer todo esto.

Beini clavó los ojos en Olaf.

—Padre, pretenden quedarse con Fulla.

—Es evidente. —Olaf sonrió con malevolencia—. Si nos la enviaran de vuelta tendrían que devolver la dote y esos bastardos no quieren a soltar ni una sola moneda. Además, teniéndola en sus manos saben que los Gunthar no intentaremos nada contra ellos.

—¡Pero no podemos permitir que mantengan a Fulla encerrada en la corte! ¡A saber cómo la estarán tratando!

Olaf le miró con ira.

—¿Y qué quieres hacer? —rugió—. ¿Presentarte allí con un ejército para que nos vapuleen? ¿Quieres tomar al asalto la capital del país solo con nuestras tropas? No tenemos suficientes fuerzas para vencerlos y los nobles que fueron a la guerra contra el Taciturno le juraron lealtad. No tienen ya ganas de pelea. Por desgracia, el país está manso y en manos de Birger II.

—Os olvidáis de Gultop Nidog. Él aún es un rebelde.

—No le olvido, pero todavía no ha dicho ni hecho nada y creo que va a seguir así durante un tiempo, a la expectativa, al menos hasta que no vea una posibilidad real de vencer al Taciturno. —Apretó los labios y frunció el ceño, pensativo—. Debemos consentir en lo de Fulla. No podemos hacer otra cosa. Le escribiré una carta de condolencia al Taciturno y otra a mi hija, aunque sé que van a filtrar cualquier mensaje que le llegue y por tanto no diré nada que alerte a la reina.

Los dos guardaron silencio, masticando aquel horizonte tenebroso.

—¿Y madre? ¿Qué opinará de todo esto? También ha perdido a Skarrion y…

—Calla. —Olaf le señaló con el dedo, amenazador—. No pronuncies su nombre en mi presencia.

—Está bien, padre. Pero en cuanto a Fulla, madre no se lo tomará bien.

—Claro que no, pero debe transigir. Cuéntaselo tú. —Se encogió de hombros con tristeza—. A mí ya no me habla.

—Lo haré, padre, y suavizaré las cosas en lo posible.

—Sé persuasivo, hijo mío, y convéncela de que mi decisión es la mejor. No obstante, seguirá odiándome.

—Padre, no debéis exagerar. Madre…

—No, hijo, conozco muy bien a mi esposa y sé… En fin, prefiero no seguir hablando de ella.

—Como queráis. —Beini meneó la cabeza con disgusto—. Pobre Fulla, en las garras de esa gente infame…

—Yo también sangro por mi niña querida —repuso Olaf, con la frente arrugada por el dolor. Sus ojos cobraron peso—. Pero no subestimes a tu hermana. Aunque por fuera parece débil y blanda por dentro es fuerte, y además es lista. Es una Gunthar hasta la médula,

así que saldrá adelante. Y por otro lado, los reyes no osarán tocarle un solo pelo porque me necesitan como aliado, no como enemigo. Por ahora debemos aguantar y tragárnoslo todo. —Clavó su mirada en Beini—. Pero si algún día cambian las tornas y tengo la oportunidad de devolverles el golpe, los bastardos que ahora gobiernan Shakark me las van a pagar todas juntas.

15

Tal y como ordenara la reina, la invocación del cambiante solo llevó cuatro días.

Cuatro días de víctimas inmoladas en sótanos de piedra, en las entrañas del castillo, en las fosas de la indignidad y la vergüenza del reino. Allí, los cuerpos fueron abiertos en heridas por las que fluía la sangre vigorosa, inocente y mancillada, abiertos en tajaduras por las que también se escapaba la vida, poco a poco, hasta que la muerte calmosa y terrorífica extendía sobre los cuerpos su mantón invisible. Fueron cuatro días de cánticos exaltados, de frentes perladas de sudor, de cansancio de los sacerdotes y ungidos, de fórmulas arcanas, de magia de la peor especie, de comercio de almas, de dislocación y violación de las leyes sanas y naturales que por lo común rigen el universo, de abrir puertas que jamás debieran ser abiertas, de umbrales entre mundos distintos que nunca debieran comunicarse. Muchas gentes del país, en las chozas o las mansiones, no solo cerca, sino también lejos de la capital, sufrieron pesadillas y despertaron con una sensación amarga en la garganta; y otras tantas no tuvieron malos sueños, pero les pareció que una sombra pesada cubría sus corazones incluso en las mañanas de sol radiante. Los perros lloriqueaban, los caballos relinchaban inquietos, las aves chirriaban y agitaban las alas con nerviosismo y los niños se abrazaban a las faldas de sus madres sin saber por qué de pronto tenían tanto miedo.

Cuando aquel pegajoso y largo ritual acabó, el sumo sacerdote Grim parecía más delgado y pálido. Sus ojos tenían un brillo vehemente y su piel un tono ceroso y repugnante. Algo alocado temblaba en su sonrisa. Le habían ayudado otros dos hombres versados en los misterios de Mumaga. La reina había bajado de vez en cuando para ver trabajar a estos obreros siniestros e incluso ella se estremeció y sintió temor, al sentir la energía malsana del ambiente y comprender que estaban jugando con fuerzas que podían escapárseles de las manos y barrerlos a todos. Pero no ordenó jamás que se detuvieran. Los viajes que emprendía aquella mujer formidable no contemplaban la posibilidad del retorno.

—Majestad —le dijo Grim—. Ya está hecho. Hemos traído al ser.

—¿Podéis controlarlo?

—Sí. Está encerrado aún en la figura. Obedecerá nuestras órdenes.

—Quiero verlo.

—Claro. Venid conmigo.

Ella le siguió hasta una estancia fría y tosca, bañada en la luz fantasmal y trémula de dos antorchas en los muros de piedra. Allí les esperaban los otros dos sacerdotes, que se inclinaron ante la soberana. En el suelo había un círculo rodeado de símbolos arcanos, todo ello pintado con sangre. Dentro, contenida en su prisión mágica, estaba la criatura.

—¿Es el cambiante? —dijo la reina, con el ceño fruncido.

—Sí.

—No es como yo lo imaginaba. No aparece así en los grimorios.

—Esta es una de sus muchas facetas, la más apropiada para moverse entre los humanos. Por algo los llaman cambiantes. Majestad, ni se os ocurra pisar el círculo ni sus runas.

Ella asintió. Contempló con atención al hombre desnudo y delgado del interior del círculo. Estaba sentado en el suelo, inmóvil. Se levantó con movimientos lánguidos y sin embargo ágiles, como si fuera una especie de felino. No había nada extraño ni raro en él e incluso sus rasgos, su cabello y barba parecían corrientes. Pero algo en su impasibilidad absoluta y en sus ojos que no parpadeaban… Allí había algo que…

La reina gritó con horror y retrocedió unos pasos. No podía dejar de temblar y no osaba mirar de nuevo a esos ojos que… Prefería no pensar en ello.

—¿Estás seguro de poder controlarlo? —le preguntó a Grim.

—Sí, Majestad. Lo hemos sometido mediante el ritual. Cumplirá nuestra misión. Solo entonces podrá volver a su mundo.

—¿A quién debo cazar? —preguntó el cambiante, con voz átona.

—A dos niños —respondió Grim.

—¿Cachorros humanos?

—Sí.

—Y cuando los encuentre, ¿qué he de hacer con ellos?

—Mátalos de la manera que te plazca. Solo entonces se romperán las cadenas que te unen a este plano y podrás retornar al tuyo.

El cambiante le contempló con sus ojos muertos y Grim acabó por bajar la mirada.

—Te hemos traído unos objetos que pertenecían a tus presas. Llevan su impronta. —Grim se volvió hacia uno de sus ayudantes, que se le acercó con una muñeca de trapo y una pequeña espada de madera—. Tómalos.

Se los tiró al cambiante, que levantó las manos y los agarró al vuelo de manera rápida, precisa. Los frotó contra su pecho, su garganta y su cara. Los dejó caer.

—Ya tengo sus esencias. No podrán escapar.

—Te hemos traído ropas.

—No las necesito. Los humanos sois criaturas raras. Os ponéis

encima de la primera una segunda piel. —Los contempló con su mirada infinita—. Sois repugnantes.

No le contestaron.

—Abre el círculo y déjame salir —dijo el cambiante—. En menos de diez soles sorberé el cerebro de mis presas.

Nadie le respondió. Grim se acercó al cambiante y la reina sintió la tentación de agarrarle y ordenarle que devolviera a la cosa al ámbito demoniaco de la que había sido extraída. Pero de algún modo, logró contenerse. El pie derecho de Grim pisó el círculo y provocó un rayón ocre. Ahora, la jaula estaba abierta.

El cambiante caminó de forma extraña y desasosegante, como si bajo la piel no hubiera carne y huesos, sino una masa fluida que aún no se hubiera adaptado bien a su nueva envoltura. Salió de la estancia y cerró la puerta con suavidad.

—¿Y los guardias? —preguntó Yulene—. ¿No lo detendrán?

—Es imposible descubrir a un cambiante si él no quiere —repuso Grim.

—Pero…

—Es mejor no saber mucho sobre estas criaturas, Majestad. Tened en mente que cumplirá su misión y no os hagáis más preguntas.

—Está bien. Así pues, el problema está solucionado.

Grim asintió, aunque sin mirarla a los ojos.

16

El camino, camino, camino…

La telaraña de ramas, la trama de hojas, cada una de las cuales tiene su propio laberinto fascinante de nervaduras diminutas. Las lanzas de sol y sus moharras de plata, oro, miel y sangre. El mar azul de arriba y sus continentes perezosos. La tierra, el barro, las piedras, las frazadas de musgo, la humedad, la hojarasca crujiente, las arrugas en la piel anciana de los árboles. Las criaturas que vuelan, se arrastran, corren, chirrían, pían, olisquean, ventean y emiten mil y un gruñidos y chacoloteos. La flecha que se hunde en el cuerpo de la presa, la presa luego despellejada, luego despiezada, luego asada al fuego, luego mordida y bañada en saliva, llevada de un lado a otro por la lengua, tragada, deglutida, digerida y por último defecada en forma de negros mojones sobre los que se agolpan las moscas de mil ojos, las heces que son ambrosía y sustento de un mundo todavía virginal. Los taludes de piedra que emergen del suelo como dientes desparejos en la mandíbula de una criatura grotesca, condenada, congelada en el tiempo y medio enterrada en las entrañas del mundo. Las sendas, veredas, trochas y derroteros, hilachas de tierra desnuda entre la maraña de arbustos. Las sombras que se arrastran en el ocaso, las lenguas de oscuridad que lo cubren todo con sus babas tenebrosas, la noche que vomita su misterio sobre el mundo, el mapa de eternidades brillantes, la luna y sus sortilegios de plata. El fuego en la hoguera, su danza de pequeños demonios torturados que emiten crujidos y chasquidos. El recelo, el cansancio, el sueño fugaz, las palabras robadas, las conversaciones diminutas, los ojos que lo miran todo, las orejas que lo oyen todo. El corazón de los caballos bajo las piernas, las orejas aguzadas, su andar pausado, sus relinchos ocasionales, sus chorros de orina. El silencio alrededor, el silencio que yace bajo los mil y un sonidos de la naturaleza, ese murmullo quedo, infinito, evocador, subyugador, esclavizador, el silencio que lleva la mente a territorio desconocido, a la paz de un orden primigenio, la paz que es la guerra por la supervivencia, la paz que es la lucha por matar y comer, por no ser matado y comer, por comer y comer y comer y tener la panza hinchada, la paz de un orden cruel, inocente en su infinita maldad. Y en cada hoja, árbol, piedra, cielo, nube, estrella, sol, tierra y rama siempre está el camino, camino, camino…

Skarrion, Eitri y los dos niños habían avanzado ya mucho por ese camino durante todos esos días, pero seguían hollando itinerarios

alejados de la humanidad y por ello el viaje se volvía lento y cansado. Esta mañana iban por una vereda profunda, una especie de hoz menor entre dos montes, como si por allí bajara un torrente de agua helada en el invierno; pero ahora, a las puertas del verano, solo quedaba una larga alfombra de barro seco y crespo por entre arboledas dispersas.

—Al otro lado de ese cerro frente a nosotros está Onsbergo —dijo Skarrion.

—Conozco esa elevación —dijo Eitri, con una sonrisa—. Dentro de poco estaremos en mi tierra y allí podremos ir sin temores a cualquier choza o villorrio. Todos me conocen en Onsbergo y se alegrarán de darnos cobijo.

—Me alegro mucho —intervino la niña Geirrid—. Ya estoy harta de dormir en el suelo.

—Pronto descansaréis en cama con sábanas frescas —repuso Eitri.

—Sigamos, entonces —intervino Eigil.

—Desde luego, Majestad.

—Señor Gunthar, parecéis preocupado —le dijo el chiquillo, una vez que se pusieron de nuevo en movimiento.

—¿Veis eso, Majestad? —Skarrion señaló una espesura apretada, un mazacote oscuro sobre el lomo del gran monte, al noroeste.

—Sí. Es un bosque más denso que los otros…

—Es Darlana. Le llaman el Bosque de las Brujas.

—¿De veras hay brujas ahí dentro? —preguntó Geirrid.

—Majestad, no hagáis caso a Skarrion —intervino Eitri—. Cuando salen estos temas se echa a temblar como una viejecita.

—¿Pero hay brujas allí? —insistió Geirrid.

—Nadie quiere averiguarlo —contestó Skarrion—. Y menos que nadie, nosotros.

—Hay mucho de leyenda —dijo Eitri—, pero no es un buen lugar, desde luego. Por desgracia aún quedan sitios malos en Shakark. Y más que habrá si no ponemos coto a las locuras del usurpador.

—Cuando sea rey acabaré con la brujería —afirmó Eigil.

—Hay cosas con las que no se puede acabar por completo, Majestad —dijo Skarrion—. Ni siquiera los reyes pueden terminar con ellas. Pero mejor callemos. No me gusta hablar de estas cosas cuando estamos tan cerca de Darlana.

Eitri soltó una carcajada burlona.

—¿No os lo había dicho, Alteza y Majestad? Skarrion se cisca en las calzas en cuanto alguien empieza a hablar de magos y sortilegios.

—Vete al infierno —gruñó su amigo.

Eitri continuó pinchándole y bromeando porque estaba de buen humor y porque sabía que a Skarrion en el fondo no le ofendían sus pullas. Pero incluso Eitri se puso más serio cuando el camino los llevó cada vez más cerca del bosque de Darlana, que subía por el monte

inmenso y que estaba casi encima de ellos, súbito y apretado, como la muralla de un castillo gigantesco cuyas almenas quisieran arañar el cielo plomizo.

—Que nadie se inquiete —dijo Eitri—. Conozco esta zona y sé que nuestra senda pronto torcerá hacia el este y nos alejará de la espesura. No hay nada que temer.

Eigil intervino:

—Recuerdo que en aquella cabaña el leñador nos advirtió que pasaban cosas raras incluso en las cercanías del Bosque de las Brujas.

—Razón de más para no detenernos —dijo Skarrion—. Sigamos.

Pero se detuvo al cabo de poco. Ante él había una especie de morrena de mazacotes blancuzcos, una trocha natural de piedras que emergía del interior del Bosque de Darlana, de los montes y picachos sobre los que se extendía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eitri—. ¿Por qué te paras ahora?

Skarrion miraba como anonadado la alfombra de guijarros.

—El camino de las piedras blancas… —musitó.

—¿Camino? ¿Qué camino? Es un desprendimiento de rocas, nada más. ¿Pero qué demonios te pasa?

Skarrion los miró con nerviosismo.

—Tal vez debiéramos… desviarnos del camino que ahora llevamos y seguir por las piedras blancas.

Le contemplaron estupefactos.

—¿Por qué? —preguntó Eigil.

Skarrion quedó silencioso; ¿acaso podía decirle que noches atrás un niño que hablaba en sueños le había dicho que debía seguir el camino de las piedras blancas y recelar del hombre de un solo ojo, para reunirse al final con las cuatro que son una? ¿Acaso no se reirían de él? También él tendría reírse de sí mismo, pero no podía ni siquiera sonreír porque el miedo le apretaba las entrañas.

—Tú estás loco, muchacho —le dijo Eitri—. No solo nos meteríamos en un lugar del que se cuentan cosas siniestras, sino que además nos desviaríamos de nuestro camino e incluso podríamos perdernos ahí dentro. Anda, déjate de necedades.

Y volvió a ponerse en marcha. Los niños miraron a Skarrion, que al final suspiró y asintió.

—Está bien.

Dejaron atrás la caída de piedras blancas y se fueron alejando poco a poco del Bosque de las Brujas. Los niños y Eitri estaban cada vez más animados y Skarrion, finalmente, se sacó de encima los temores absurdos. Seguían subiendo por el monte, entre árboles espaciados y grandes rocas. A sus espaldas, la masa oscura de Darlana se alejaba más y más.

—Majestad —dijo Eitri—, os va a gustar mucho Segueza. Allí os

tratarán como merecéis. Ha llegado el tiempo de que nuestro país se libere del tirano.

—Estoy deseando reunir a los descontentos y llevarlos a la victoria.

Skarrion levantó las cejas porque estaba un poco harto de aquellos diálogos pomposos entre Eitri y Eigil. Geirrid también sentía lo mismo, así que los dos se miraron, pusieron los ojos en blanco y menearon la cabeza. Luego la niña sonrió, y Skarrion pensó que si una chiquilla podía sonreír después de haberle sido arrebatado todo en tan poco tiempo, quizás al mundo le quedara alguna esperanza.

Eitri decía:

—En primer lugar, Majestad, habría que convocar una asamblea de los nobles contrarios al usur…

La flecha se hundió en su pecho con tal fuerza que la punta emergió entera por la espalda. Eitri retrocedió boqueando y tosiendo, con los ojos desorbitados, tiró de las riendas y su caballo emitió un relincho agudo y se alzó de manos. Hubo más silbidos y flechas, que se perdieron tras ellos.

—¡Agachaos todos! —gritó Skarrion, y dio ejemplo. Sus ojos rápidos vieron a tres hombres que ya abandonaban sus escondites, a los lados del camino, y ponían flechas en los arcos. No parecían soldados, sino rufianes cubiertos con pieles y cueros sin curtir, mugrientos, armados con arcos de caza y cuchillos de monte. Bandidos—. ¡Dad la vuelta! ¡Huyamos!

Los niños no perdieron tiempo quejándose o llorando porque la vida nómada había afilado sus mentes. Reaccionaron al instante y echaron a trotar camino abajo, con los pequeños cuerpos pegados a las crines. Skarrion agarró de las riendas el caballo de Eitri, pues su amigo parecía a punto de desmayarse.

—¡Aguanta, maldito seas! —rugió Skarrion—. ¡Aguanta!

Salió al galope, llevando con una mano el caballo del hombre herido. Eitri apretó las mandíbulas, se agarró al cuello del animal y apretó los muslos contra la silla. Había una mancha oscura y creciente alrededor de la flecha clavada y —lo que más asustaba a Skarrion— le salía sangre por la nariz. Los cuatro huyeron al trote mientras a sus espaldas sonaban voces iracundas. Los asaltadores no tendrían caballos, pero eran muchos, al menos ocho o nueve, quizá más. Dos salieron al camino para cortarles el paso, frente a ellos, armados con clavas y cuchillos.

—¡No os detengáis! —gritó Skarrion a los niños, que iban por delante de él—. ¡Pasad por encima de ellos si es necesario, pero no frenéis!

Los chiquillos soltaron riendas y azuzaron a sus monturas con golpes de talón en los flancos. Los animales relincharon y cabalgaron aún más rápido. Los dos bandidos echaron a correr hacia los lados

para evitar que los atropellaran y los cuatro jinetes pasaron como una exhalación. Cuando estuvieron lo bastante lejos, Skarrion ordenó que tiraran del freno, pero con suavidad, para que los caballos no se desbocaran. Los animales derrapaban en la cuesta y levantaban terrones y piedras por los aires. Poco a poco fueron deteniéndose. Sus dueños los dejaron ir al paso. Skarrion miró hacia atrás. No había rastro de los bandidos.

—¿Cómo se encuentra Eitri? —gritó Geirrid.

Skarrion agarró a su amigo del hombro y le obligó a levantar la cabeza. Estaba ya blanco y cada vez que respiraba se le formaba una pompa de sangre en la nariz. Tenía media cara húmeda y roja. Tosía y resollaba. Miró a Skarrion con los ojos entrecerrados y meneó la cabeza. La flecha le había atravesado un pulmón y los dos sabían que iba a morir.

—¡Señor Gunthar, tenéis que curarle! —exclamó Eigil.

Eitri miró a Skarrion, esbozó una sonrisa cansada, abrió un poco la boca, como si fuera a decir algo, y luego se desplomó sobre el animal. Skarrion le sostuvo para que no cayera.

—¡Señor Gunthar! —chilló Eigil, nervioso, con los ojos húmedos—. ¡Tenéis que salvarle! ¡Despertadle!

—Ya no puede despertar —respondió Skarrion, con voz ronca. Miró hacia atrás—. Y nosotros acabaremos como él si no nos vamos de aquí. Esos malnacidos vendrán por nosotros.

—¡Curad al señor Nidog! —gritaba el muchacho, con voz aguda y temblorosa—. ¡Tenéis que curarle! ¡Yo os lo ordeno!

Skarrion le miró con rabia y tristeza y luego contempló el entorno natural.

—No podemos seguir por el mismo camino.

—¿Por dónde iremos ahora? —preguntó Geirrid, también llorosa, pero dueña de sí misma.

—Por donde debimos ir desde el principio: por el camino de las piedras blancas. ¡Seguidme!

Obligó a su caballo a caminar cuesta abajo, llevando de las riendas el de Eitri, con cuidado de que el cuerpo no resbalara sobre la silla y se cayera por un costado del animal de una vez por todas.

—¡Señor Gunthar! —Eigil se puso a su lado. Sus ojos habían enloquecido—. ¡Curad a Eigil! ¡Tenéis que obedecerme! ¡Soy el rey!

Skarrion le echó una mirada torturada. Apretó las mandíbulas y se concentró en el camino.

—¡Obedeced! —chilló Eigil.

Geirrid se puso junto a él, caballo con caballo.

—Ya no se puede hacer nada por él. Está muerto.

—¡Pero yo no quiero que muera! ¡No quiero! ¡Quiero irme a casa! ¡Quiero volver con madre! ¡No quiero ser rey! ¡Quiero que Eigil viva!

Geirrid reprimió un sollozo, le agarró de un hombro y luego su fina mano le acarició la cara.

—Eigil, más tarde podrás llorar. Ahora debemos luchar por seguir vivos.

—Ni siquiera me dejan llorar… —gimió el niño.

—Vamos, hermano. Sigamos a este hombre.

Eigil se limpió los ojos y continuó sollozando, pero con templanza. Pronto vieron de nuevo la senda de las piedras blancas.

—Seguiremos por aquí —dijo Skarrion.

Los cuatro caballos pisotearon la alfombra de cantos y guijarros blancuzcos. El terreno era tan inseguro que todos bajaron de las monturas y siguieron a pie, llevándolas de las riendas. Skarrion sacó los pies de Eitri de los estribos y puso el cuerpo atravesado sobre la silla. Al verle de tal modo los niños volvieron a llorar con una desesperación lenta y calmosa. Pero no se detuvieron.

Los árboles parecían pegarse aún más los unos a los otros a medida que iban subiendo por aquella trocha de piedras. Todo era oscuro y salvaje. Al cabo de poco descubrieron unas rocas enormes, las hermanas mayores de las pequeñas que cubrían el suelo. Había árboles tronchados y medio aplastados bajo ellas. Era un desprendimiento, pues allí mismo, por entre los árboles frondosos y oscuros, se alzaba una pequeña montaña blanca y gris. Una de las varias en el interior de Darlana.

—El camino de las piedras blancas se acaba aquí —susurró Geirrid.

—No —repuso Skarrion—. La senda continúa después de las rocas desprendidas.

—¿Vamos a seguirla?

Skarrion la miró con ojos tensos y preocupados, pero no dijo nada. Rodeó los monstruos de piedra y se alejó unos pasos por el camino, que ya era apenas una lengua irregular de tierra pardusca, medio cubierta de hojas y maleza. Se trataba de una vereda difícil, pero fuera de ella solo había una espesura de sotobosque tan hostil que ni siquiera se podía caminar entre los árboles. Skarrion frunció el ceño al encontrar, unos diez pasos adelante, cuatro piedras planas y blancas, colocadas una sobre la otra. Una señal.

—Seguiremos por el camino, hasta donde nos lleve.

—Como vos digáis —susurró Geirrid.

Su hermano guardaba un silencio hosco y sumiso. Continuaron por aquella senda difícil, metiéndose aún más en un bosque tan profundo y espeso que la luz tenía dificultades para atravesar el ramaje de las alturas. Parecían encontrarse en el fondo de un mar verdoso y negruzco. Había muchos cúmulos de sombra espesa. Demasiado espesa, quizás. Pero ninguno quería hablar de ello. Skarrion no experimentó sorpresa al descubrir las sucesivas señalizaciones en

forma de piedras blancas y aplastadas, siempre en número de cuatro. Como el sendero de migas de pan del viejo cuento.

Se detuvieron al fin, cansados no solo de cuerpo, sino sobre todo de ánimo. Ninguno tenía ganas de hablar, pero Geirrid preguntó:

—Señor Gunthar, ¿creéis que podremos atravesar el bosque y salir por el otro lado antes de que caiga la noche?

Skarrion la miró con puntas de angustia en los ojos. ¿Cómo decirle que no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir? Pero ella lo sabía, podía verlo en sus jóvenes y despiertos ojos.

—Es posible, Alteza. Comeremos y beberemos y después proseguiremos.

—Señor Gunthar —dijo Eigil—. ¿Qué vamos a hacer con él?

Miraron el cadáver, aún atravesado en la silla.

—No voy a enterrarlo en tierra extraña —afirmó Skarrion—. Lo llevaremos a Onsbergo. Con los suyos.

—Me parece correcto. Pero ahora debemos rezar por su espíritu.

Skarrion le miró con los ojos enrojecidos. Asintió con brevedad. Fue hasta Eigil, lo bajó de la silla, le dejó con cuidado en el suelo, cortó con la espada la flecha a la altura de la espalda y luego tiró del astil por el otro lado, hasta que salió de la herida, entre diminutos riachuelos de sangre. El muerto ya empezaba a ponerse azul. Skarrion le tumbó en el suelo, cerró sus ojos con los dedos y le colocó las manos cruzadas sobre el estómago. Sintió una bola de dolor casi insoportable en la garganta. Carraspeó y dijo:

—Majestad, mejor hacedlo vos. Yo no sé mucho de estas cosas.

El niño asintió. Con voz serena y firme alabó las virtudes de Eigil Nidog y luego encomendó su alma a los Dioses Luminosos de Shakark. Los tres estaban en pie, con la cabeza baja, alrededor del cadáver, y el bosque a su vez los rodeaba a todos. Eigil dijo las últimas frases de rigor y después se cogió la muñeca izquierda con la mano derecha para hacer el signo del martillo. Skarrion y Geirrid también lo hicieron. Eigil fue hacia los caballos, tomó la cantimplora de agua y bebió. Skarrion se quedó con Geirrid, mirando el cadáver de su amigo.

—Tenía que haber hecho caso de la advertencia —dijo Skarrion—. Si hubiéramos tomado desde el principio el camino de las piedras blancas él estaría vivo ahora.

—Vos no tenéis la culpa —dijo Geirrid. Sus ojos eran y no eran infantiles—. Si queréis estar solo para llorarle yo vigilaré a mi hermano.

—Gracias, Alteza.

La niña se marchó y Skarrion siguió cerca del cadáver, en pie. Luego se sentó con la espalda pegada a un árbol, se cubrió la cara con las manos y su ancha espalda se agitó al compás de su llanto silencioso.

17

Darlana. El Bosque de las Brujas. Evitado por los viajeros de Shakark, que preferían dar un rodeo y perder un tiempo valioso antes que meterse en sus honduras. Ningún leñador cortaría sus árboles. Nadie explotaría sus riquezas. Era territorio maldito. De Darlana se contaban oscuras leyendas y relatos, susurrados al amor de la lumbre. En un mundo por el que aún correteaban seres que estremecían el alma de los hombres, Darlana era uno de esos agujeros ponzoñosos en los que nadie querría meter el pie, por miedo a hundirse hasta la cintura, el pecho, la cabeza y acabar por fin ahogado en una charca de sombras. ¿Realmente había brujas, espectros y elementales malignos en su interior o era todo un mito, la carnaza para las exageraciones con que matar el aburrimiento? Su reputación era tan poderosa que no hacían falta pruebas, y además nadie querría buscarlas. Justa o no, esa reputación era la muralla de miedos que impedía a los hombres descubrir la verdad.

Skarrion y los niños comprendieron que dicha reputación no solo se alimentaba de hablillas sin fundamento. A medida que iban profundizando en el bosque, siguiendo el caprichoso camino salpicado de cuatro piedras blancuzcas que les impedían perderse incluso en los trechos más feraces, el bosque parecía agrandarse y agigantarse sobre sus cabezas, como si estuvieran en la nave de un templo vastísimo y prohibido para los hombres. Las sombras parecían más densas y peligrosas en Darlana y la luz y los colores jugaban malas pasadas al ojo, porque de vez en cuando creían percibir un rostro burlón y cruel que los espiaba y que se convertía en mera disposición caprichosa de las hojas, cruce de ramas o agujero en el tronco del árbol podrido. Sin embargo, persistía la sensación de que no estaban solos. Los niños miraban en todas direcciones, Eigil andaba pegado a Geirrid y a su vez la niña caminaba junto a Skarrion, que mantenía la mano en el puño de la espada. Todos iban a pie y llevaban a los caballos de las riendas. El muerto reposaba atravesado sobre su animal, rodeado de moscas. Incluso los caballos estaban nerviosos. Los niños y Skarrion les hablaban, los acariciaban y les daban palmadas para tranquilizarlos.

La tarde se deslizaba hacia el abismo. Las sombras crecían, lo devoraban todo con lentitud. Todo estaba empeorando. Ahora escuchaban ruidos que no podían ser naturales: susurros, cuchicheos y comadreos, voces apagadas… Pero en una ocasión oyeron algo grotesco, una especie de carcajada aguda, un alarido que ascendió y

ascendió y desapareció entre las ramas. Geirrid y Eigil entonaban cánticos en los que alababan y pedían protección a los dioses. Skarrion era como su padre, confiaba más en el acero y por eso no decía nada. Pero con las armas no se podía atacar al mal pútrido y vicioso que se arrastraba sobre cada tronco, rama y hoja, una vileza que lastraba el ánimo como si fuera un ancla de hierro.

Al fin cayó la noche y Skarrion tuvo la impresión de que las ramas se movían para cerrar aún más el techo vegetal e impedir el paso de la luz. Con manos nerviosas encendió un fuego, un faro solitario en el océano de tinieblas. Los niños se apretaron contra él. Skarrion debía esforzarse para no desenvainar la espada de una vez por todas. El cadáver estaba próximo e incluso los caballos habían sido atados cerca de la hoguera, pues tampoco deseaban salirse del círculo de luz.

El miedo subió de nivel cuando en torno a ellos la negrura se llenó de voces que poco a poco sonaban cada vez más inteligibles:

…Humanos, carne humana, jugosa, tierna…
…Niños. Dejadme los niños…
…Sacar la médula…
…Extraer los ojos…
…Una noche de alegría y felicidad mientras mueren…
…No podéis, no podéis…
…Están marcados. Prohibidos…
…Ellas les han marcado. Prohibidos. Protegidos…
…Ellas les han marcado…

Eigil y Geirrid lloriqueaban de miedo y se agarraban a Skarrion, que tenía los ojos desorbitados en la faz blanca y sudorosa.

—¡Callaos! —le gritó a lo que fuera que estuviera ahí, en la oscuridad—. ¡Silencio!

Le contestó un coro de carcajadas, chasquidos y gemidos. También sonaron pasos veloces, como si unas criaturas frenéticas corrieran alrededor de ellos, y sonaron crujidos y golpeteos en las alturas. Skarrion creyó ver una sombra blanquecina, una especie de niño de orejas puntiagudas y manos demasiado largas. De inmediato, la criatura volvió a la oscuridad.

Los seres no los dejaron en paz y siguieron compadreando, riendo y agitándose fuera del círculo de luz. Solo desaparecieron cuando el alba deshizo la trama de la noche. Entonces, el bosque volvió a parecer de nuevo un bosque. Pero aunque atenuado, el mal persistía. Los viajeros se sabían rodeados por un enjambre de criaturas agazapadas, acechantes en sus mil y un escondites. Apenas habían

dormido y estaban tan cansados que Skarrion decidió permitir a los niños descansar, al menos durante unas horas, antes de ponerse de nuevo en marcha. Cuando despertaron, Geirrid le dijo que debía dormir él también, pues se le cerraban los ojos de puro sueño. Skarrion les advirtió que le despertaran en cuanto sucediera algo extraño… O al menos, lo bastante extraño. Se echó y se quedó dormido. Al cabo de poco Eigil también roncaba, con la cabeza apoyada en el regazo de Geirrid. La niña siguió despierta, con la espada enorme y envainada a su lado.

A media mañana reanudaron la marcha. Skarrion tenía que quitarse de encima cada dos por tres la idea de que todo esto era una locura y un sinsentido. Aún estaba a tiempo de dar la vuelta, deshacer el camino y salir del bosque. Pero recordó lo ocurrido por desoír la advertencia, así que continuaron metiéndose en aquella espesura que parecía no tener fin y que subía y bajaba entre hondonadas y montes o bien que se extendía sobre llanos. Empezaba a sentir un temor creciente, pues le parecía que el bosque era demasiado grande, o al menos más de lo que se lo pareciera al verlo desde el exterior. ¿Y si el camino los llevara en círculos? ¿Y si el bosque entero fuera una especie de laberinto donde las leyes naturales no funcionaran bien? No les comentó nada de esto a los niños, pues los pobres bastante tenían con soportar los temores habituales para añadir otros a la colección.

Al mediodía, un hombre salió del eterno y espeso follaje que lo tapaba todo y se metió en el camino, unos diez pasos ante ellos. Los niños chillaron y se pusieron a la espalda de Skarrion, que se detuvo y llevó la mano al puño de la espalda en gesto amenazador.

Permanecieron todos en silencio, mirándose.

El hombre empezó a andar hacia ellos. Llevaba unos harapos podridos que jamás habrían conocido la tabla de lavar. Hedía de un modo tan abominable y espantoso que sin duda él tampoco conocería el jabón. Era alto y delgado. Su cara estaba cubierta de una pátina grasienta. La barba parecía una explosión pilosa y repugnante y las greñas caían como una pelambrera nauseabunda por la espalda y la frente. Iba descalzo y sus pies eran unos tacos informes de carne oscura. Le habían cortado la nariz y el boquete en el centro de la cara le otorgaba un aspecto cadavérico. El ojo derecho estaba sonrosado por culpa de mil venillas rotas. El ojo izquierdo no existía. Estaba tuerto.

—Detente —le dijo Skarrion.

El individuo obedeció. Puso la mano en el puño de su cuchillo montero, pero no lo sacó de la funda. Mostró la dentadura en una mueca que no era una sonrisa, sino un gesto nervioso. Le faltaban muchos dientes y los que conservaba eran de color marrón.

—¿Quién demonios sois vosotros? —dijo—. ¿Y por qué lleváis a un muerto?

—Somos viajeros que atravesamos Darlana. Déjanos pasar.

El tuerto se metió un dedo en la cuenca vacía y rascó fuerte. Sonrió sin ganas.

—Y un cuerno. Nadie entra en Darlana si puede evitarlo. Estáis huyendo de alguien, ¿verdad?

—Nos atacaron unos bandidos y tuvimos que meternos en el bosque.

—Ahora sí te creo.

—Entonces déjanos pasar y que cada cual siga su camino.

—Estáis muy adentro del bosque. ¿Pasasteis la noche aquí?

—Haces muchas preguntas.

—¡Vamos, hombre, no te enfades! —Se le acercó con los brazos abiertos en un gesto de amistad pestilente y Skarrion desenvainó la espada hasta la mitad de la hoja.

—Ni un paso más —advirtió.

El tuerto se detuvo. Volvió a sonreír y levantó las manos.

—No hay problema, amigo. Solo deseo charlar un rato con vosotros. Por aquí no se ven muchos forasteros.

—Lárgate. Llevamos prisa.

—¿Cómo habéis podido sobrevivir durante la noche? ¿No os atacaron los elfos? El bosque está infestado de esos pequeños bastardos y si no tienes protección te devoran vivo al caer la oscuridad. —Extrajo algo metálico que colgaba del cuello brillante de grasa—. Mira, un amuleto consagrado por un sacerdote de Kor. Me costó mi dinero, pero merece la pena. ¿Vosotros tenéis alguna protección de ese tipo?

—Voy a echar a andar. Si no te apartas de mi camino te mataré.

—No hace falta ser maleducado. Aquí somos todos unos caballeros. Las gentes del bosque deben ayudarse entre sí, ¿no crees?

Skarrion desenvainó con un siseo metálico y echó a andar con paso firme hacia el tuerto. En el único ojo hubo un rayo de ira que enseguida desapareció. Mientras hablaba, caminaba hacia atrás:

—Amigo mío, no puedes irte ahora. Llevo mucho tiempo aquí solo, en este lugar maldito… ¡Años enteros! Y tengo una cabaña cerca. ¿Por qué no venís a pasar la noche conmigo? ¡Os juro que no os haré nada! ¿Qué daño podría causaros si tú tienes una espada y yo un simple cuchillo de cazador? ¡Sé razonable! ¡Necesito compañía humana! ¡La necesito!

Skarrion profirió un alarido y echó a correr hacia él con la espada en alto. El tuerto gritó y desapareció entre el follaje. Skarrion volvió con los niños, que le miraban con susto, y envainó el arma.

—Si volvéis a ver a ese bastardo avisadme sin perder tiempo.

Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

—Señor Gunthar —dijo Eigil—, a lo mejor ese pobre hombre no mentía. Si está tan solo…

—¡Por mí como si revienta!

—Podríamos dormir esta noche en su cabaña —murmuró Eigil, mientras caminaba rápido junto a su hermana y su protector—. Así no tendríamos que soportar a esas criaturas… Los elfos.

Skarrion se detuvo y los miró.

—¿Sabéis por qué le faltaba la nariz? —Los críos le contemplaron en silencio, expectantes—. En las tierras del norte se la cortan a los asesinos. También les marcan la frente y por eso el malnacido parecía un perro lanudo y dejaba caer las greñas sobre la cara. Es un proscrito. Vive en este bosque para que no le encuentre nadie.

—Señor Gunthar, nosotros también somos proscritos —le recordó Geirrid.

Skarrion miró a la niña en silencio.

—No podemos confiar en él, Alteza.

—¿Por qué?

—Porque me lo advirtieron. Vamos, tenemos que seguir. ¡Adelante!

Se pusieron en marcha otra vez y ahora, para no perder tiempo, Skarrion permitió a los niños ir sobre los caballos.

Continuaron por la senda de las piedras blancas hasta que hallaron otra vez al tuerto, de nuevo en el centro del camino. Esta vez venía acompañado de cuatro hombres más, tan sucios como él, armados con clavas, garrotes, cuchillos y otras armas propias de la gentuza. Algunos tenían la marca del crimen en la frente y a la mayoría también les faltaba la nariz.

Skarrion puso las manos sobre la espada y la daga. Los niños miraban a esas gentes con ojos como platos, rígidos en sus sillas de montar.

—Era verdad, ahí están —dijo uno de los hombres, un tipo que empuñaba una hoz oxidada en la mano derecha.

—Cállate —le dijo el tuerto. Sonrió de nuevo a Skarrion. La burla flotaba en sus dientes podridos—. Volvemos a encontrarnos, mi buen amigo. Quiero que conozcas a mis camaradas. Viven aquí, conmigo, en el bosque. Mis buenos compadres. Son gente recia y dura, así que no te hagas el gallito

—¿Qué quieres?

—Lo que ya te dije esta mañana. Quiero que conozcas mi humilde hogar. Que descanses en él. Después, podrás irte.

—No voy a salir de este camino. Llévate a tu gente y déjame en paz.

Le miraron con burla.

—Vamos a reventarle de una vez por todas —dijo uno de los tipos.

Skarrion le echó un vistazo y no respondió.

—No seamos maleducados —dijo el tuerto—. Si quiere proseguir su camino se lo permitiremos, pero tiene que pagar un peaje.

—¿Qué peaje? —preguntó Skarrion.

—El que imponemos nosotros, los dueños del bosque. Es lo justo.

Skarrion levantó la barbilla y entrecerró los ojos.

—¿Qué pides a cambio de dejar libre el sendero?

—Los niños.

Skarrion le miró en silencio. Detrás, Geirrid y Eigil se habían quedado petrificados en las sillas de montar. El tuerto volvió a rascarse el interior de la cuenca vacía y luego señaló a los chiquillos.

—Danos a los zagales y te dejaremos marchar con tus caballos y con ese muerto que llevas ahí. Aquí no nos hacen falta el dinero ni las monturas, así que no vamos a pelear por eso. Puedes quedártelo. Solo queremos a los críos. Incluso podemos darte algo a cambio. Tenemos pieles de lobo y zorro. Tú puedes venderlas porque no te han marcado la cara. A nosotros nos lo han negado todo en el mundo exterior.

Hubo un silencio largo, demasiado largo, y por debajo se arrastraban los mil y un sonidos habituales del bosque. Geirrid y Eigil miraron a Skarrion y luego a los cinco hombres del camino. Al niño le temblaban las manos.

—No voy a daros a los niños —dijo Skarrion—. Os pagaré con dinero.

—Guárdate el dinero, muchacho —dijo otro de los hombres—. Queremos esos críos. Estamos ya aburridos de…

—¡Cierra la boca! —ordenó el tuerto. Miró a Skarrion—. Los niños. Ahora.

—No.

—Cometes un error, hijo —dijo el que tenía la hoz oxidada—. Paga el peaje, sigue tu camino y no te busques más problemas.

—Sé lo que estáis pensando —dijo Skarrion—. Pensáis esto: nos lanzamos sobre él y le hacemos pedazos. Somos cinco y él uno, así que es imposible que nos gane.

—Exacto —dijo el tuerto.

—¿Sabéis lo que es una muralla de escudos? —les preguntó Skarrion—. No, no lo sabéis. Sois gente sangrienta y habréis matado a unos cuantos infelices. Sin duda os habéis liado a cuchilladas con gente dura. Estoy seguro de que sois valientes. Pero no sois guerreros. Aún no sabéis lo que es una muralla de escudos. Os lo voy a explicar porque yo sí lo sé. Yo he estado en una. Cuando se enfrentan ejércitos de cientos o tal vez miles de hombres, los guerreros de cada vanguardia quedan pegados unos a otros, hombro con hombro, y levantan sus escudos. Por entre medias meten las lanzas. Luego los dos ejércitos avanzan uno hacia el otro. Son como puercoespines gigantes.

Chocan. Entonces ocurre algo que ni siquiera podéis llegar a imaginar, vosotros, vulgares matarifes. Delante de ti hay una jauría de guerreros curtidos que no paran de dar lanzadas. Las puntas pasan a un lado y otro de tu cara y si no te atraviesan por la boca o un ojo, si no te arrancan de cuajo una oreja o te abren el pómulo hasta el hueso solo con rozarte, le hacen todo eso a la gente que tienes detrás de ti y a los lados, tus amigos, tus compañeros, cuyos gritos de dolor te hielan el alma. Salta la sangre por todas partes. Te ves comprimido entre dos masas de gente enloquecida. Tú estás igual de enloquecido que ellos. Estás tan apretado en la muchedumbre que apenas puedes respirar. Te ahogas. Sudas como jamás has sudado en toda tu asquerosa vida. Un caldero de agua hirviente es un lago helado comparado con eso. Empujas con tu escudo y si no te clavan la lanza o la espada, si no te caes al suelo de una vez por todas, empiezas a dejar de dar golpes frenéticos y tratas de apuntar; pero no hay nada claro, sino una tormenta de cascos, caras, escudos, lanzas que vienen y van, todo rápido, todo cambiante; ves un ojo y allí va tu lanza, tomas aire y luego arrojas otro golpe. Resbalas en un suelo fangoso de tripas, heces, sangre, cadáveres y gente que no está muerta y se retuerce bajo tus pies. Las armas empiezan a pesar, los brazos se te caen, sientes agujas de cansancio que te atraviesan los hombros y el pecho. Te falta el resuello y sientes un cansancio atroz, inenarrable, y aun así debes seguir golpeando porque un único latido de debilidad es la muerte. Todo esto puede durar horas enteras. Es la agonía. Eso es una muralla de escudos. Yo estuve en una muralla de escudos.

Desenvainó la espada y la daga con un siseo cortante. Los hombres le miraron con los ojos muy abiertos y uno incluso dio un paso hacia atrás. Skarrion los contempló en silencio.

—La pregunta no es si podré sobrevivir contra cinco asesinos sin experiencia en la guerra y armados con palos y cuchillos. La pregunta es si seréis vosotros quienes ganéis el combate. Lo más seguro es que lo consigáis. Pero aun así… ¿Cuántos seguiréis con vida?

Ellos no respondieron. Skarrion siguió mirando a los bandidos mientras decía:

—Niños, si yo caigo dad la vuelta y galopad como el viento para deshacer el camino y salir de este bosque. —Skarrion miró a los hombres, levantó la cabeza, inspiró fuerte y relajó los brazos—. Vosotros, venid. Luchemos.

Nadie se movió.

—¡Vamos, cobardes! —rugió el tuerto—. ¡Atacadle! ¡Somos más que él!

—Sí, pero está loco —repuso un hombre ya viejo, pero fornido.

—¡Hijos de una furcia! ¡He dicho que le ataquéis!

—¡Deja de dar órdenes y ve tú por él!

El tuerto le contempló con asombro e ira.

—Dejadle pasar —dijo el anciano—. No merece la pena. Os lo digo yo, que ya he visto mucho mundo.

—Malditos…

—¡Yo voy por él! —exclamó el hombre de la hoz—. ¡Quiero a los críos!

Y echó a andar, pero tras dar unos pasos descubrió que estaba solo y se detuvo.

—¿Por qué no venís? —gruñó.

—Empieza tú y luego te ayudaremos —respondió un tipo calvo, sin nariz ni orejas—. Vamos, hombretón.

El de la hoz los miró con furia, contempló a Skarrion, que aún los esperaba, impasible, dio la vuelta, empujó a uno y luego se metió en la espesura.

—¡Hatajo de cobardes! —sonó su voz, lejana.

—¿Adónde vas? —gritó el tuerto—. ¡Vuelve!

El anciano también se fue. Otro hombre se marchó. Al final, el tuerto quedó solo. Miró a Skarrion.

—Has ganado, muchacho. Pero no creas que vas a salir vivo del bosque porque pronto entrarás en el territorio de las brujas. Y ellas no son como esos hijos de mala madre. Ellas te van a desollar vivo y luego devorarán a los niños. ¡Lo harán!

Desorbitó los ojos y empezó a soltar carcajadas. Maldijo a Skarrion y a todos sus ancestros, le prometió mil muertes y luego desapareció en la espesura. Sus insultos continuaron levantando ecos en el bosque, pero al final se los tragó el silencio.

Skarrion devolvió la espada y la daga a sus fundas y tomó de nuevo las riendas de su caballo y del de Eitri.

—Majestad y Alteza, estad vigilantes.

Los niños asintieron, aún blancos y mudos.

Se pusieron en marcha.

El crepúsculo volvió a traer los miedos del día anterior. Ellos trataban de acorazar la mente, pero los niños ya empezaban a temblar y Skarrion sabía que sería otra noche igual de larga y penosa. Quizá más. Estaban los tres cansados y deprimidos, sin ganas de decir nada. No sabían a qué lugar los llevaría este camino endiablado y además el cadáver soltaba un hedor dulzón y repulsivo. Ya ni siquiera les asqueaba o entristecía el rostro macilento y azulino de Eitri, con moscas en la boca, la nariz y los ojos; solo experimentaban un vacío cómodo, pero frío.

Oyeron el rumor de una corriente de agua. El camino los llevaba

hacia ella y por tanto la vegetación era más pesada y feraz. La senda estaba flanqueada por zarzales gigantescos cuyas espinas arañaban las ropas. También dejaron eso atrás y entonces la trocha los llevó por una ladera verdosa en la que los árboles estaban cada vez más espaciados. Abajo, corría un río ancho pero poco profundo. La corriente abría en dos una pequeña llanura de hierba y piedras. Al otro lado del río el terreno volvía a subir, se hacía pétreo y yermo y la tierra vomitaba una montaña enorme, con diferentes sustratos de piedra ocre que marcaban los diferentes niveles de erosión durante los milenios anteriores. Skarrion llegó cerca de la corriente alegre y cristalina y miró en torno a él. Allí estaba la última señal de cuatro piedras blancas aplastadas. La senda acababa en este sitio.

La meta.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, señor Gunthar? —susurró Eigil.

Skarrion siguió mirando alrededor. Desesperado, se hacía la misma pregunta. Llegar hasta aquí para… ¿nada?

Geirrid dio un chillido y Skarrion llevó la mano al acero.

—¡Mirad! —gritó la niña.

Había cuatro figuras sobre una de las suaves laderas que formaban parte de la hoz del río. No las habían oído llegar y tampoco sabían de dónde habían salido. Como si hubieran emergido de la nada. Cuatro mujeres que vestían túnicas oscuras de tela basta, largas hasta los tobillos. No llevaban nada más, ni un mísero cinto siquiera, y estaban descalzas. Una era una anciana encorvada de tez amarillenta, calva a excepción de una pelambrera rala y blanquecina. Le faltaban la nariz y las orejas y tenía una marca oscura en la frente: una runa. Otra mujer parecía madura, era ancha de caderas y hombros, tenía pechos enormes y llevaba el cabello suelto y ondulado. También le habían amputado la nariz y las orejas e igualmente llevaba una runa en la frente. La tercera era una joven que no llegaría a los veinte años, una muchacha delgada, de caderas femeninas y pechos pequeños, de larga cabellera marrón y ojos oscuros. No sufría ninguna mutilación y tampoco había sido marcada. La cuarta era una niña baja y regordeta, igualmente con las orejas y la naricilla intactas, sin marcar. No parecían mujeres de la misma familia porque no había semejanzas en sus rostros, el color de sus cabellos y las formas de sus cuerpos. Y sin embargo, todas compartían el mismo aire impasible y la misma mirada opaca y atemporal, capaz de atravesarlo todo.

El río continuaba sonando con alegría. Ellas estaban inmóviles como estatuas. Skarrion y los niños las contemplaban con espanto.

—Señor Gunthar… —susurró Geirrid—. ¿Reconocéis la runa que llevan las dos mujeres en la frente? Es la marca de la brujería.

—No, niña, es… —empezó la anciana.

—…la marca de la ignorancia y el miedo de las gentes… —siguió

la mujer madura.

—…que temen a la naturaleza y sus potencias… —la joven.

—…y que han olvidado a sus propios dioses —la niña.

La anciana levantó una mano en un gesto extraño y ambiguo.

—Ahora tenéis que seguirnos…

—…porque no queda mucho tiempo…

—…antes de que el mal nos encuentre a todos.

—Debemos empezar a prepararle —añadió la joven.

—¿A quién? —preguntó Skarrion.

—A ti —dijo la niña, con una voz fina y sin embargo carente de edad—. El cambiante viene hacia nosotros. Viaja raudo como el viento y se confunde con las sombras. Sufre el ansia de la caza y ya no hace distinciones entre hombres y animales.

—No respeta las normas —dijo la anciana.

—Y aunque pudiéramos vencer al cambiante…

—…todavía quedaría mucho por hacer. Porque el dios antiguo…

—…está despertando. Y debe seguir…

—…dormido.

—¿Qué es eso del cambiante? —preguntó Geirrid.

—Es la criatura que os persigue a ti y a tu hermano, el rey defensor de los Luminosos.

—Se acerca, se acerca, ya…

—…puedo olerlo —terminó la mujer madura, y venteó el aire como si fuera un lebrel humano.

Skarrion las contempló.

—Vosotras me hablasteis por boca de aquel niño. Vosotras me habéis guiado.

—¿Quiénes son? —preguntó Eigil.

—Las cuatro que son una —respondió Skarrion.

—No perdamos más…

—…tiempo.

—Venid…

—…conmigo —acabó la anciana.

Se dio la vuelta y echó andar. Las otras tres fueron con ella, sin mirar hacia atrás para comprobar si les seguían.

—Tenemos que ir con ellas —dijo Geirrid.

Skarrion se pasó una mano por la frente sudorosa y asintió dos veces. Echaron a andar tras las cuatro mujeres del Bosque de las Brujas.

El hombre tuerto aún estaba enfurecido y, como de costumbre, lo pagó con las dos mujeres encerradas en el sótano de la cabaña. Las

habían secuestrado tras asaltar un carro que pasó demasiado cerca de Darlana, hacía casi un año. Sus compañeros y él se lanzaron sobre la familia itinerante, tal vez unos campesinos en busca de tierras mejores, gentes que desconocían estos predios y que por eso se habían expuesto al peligro de los bandidos. Los atacaron cuando menos lo esperaban, mataron a los cuatro varones y se quedaron con las mujeres, que eran madre e hija o algo por el estilo —el tuerto nunca se lo había preguntado—. Las llevaron a la cabaña, las encerraron y en menos de ochenta días de abusos continuados ya solo eran dos criaturas enajenadas y sucias con la mente destrozada. Una incluso parió a un niño que al cabo de poco murió entre sus brazos. La banda del tuerto no las permitía salir nunca del agujero en el que estaban, les tiraban la comida y las usaban por las noches, entre la inmundicia y el barro. Cuando se enfadaban, les pegaban. Por eso el tuerto las maltrató esa noche, para desquitarse de la humillación infligida por aquel maldito hijo de perra con espada y vestimenta de noble. ¡Ay, si él le hubiera puesto la mano encima…! ¡Le hubiera dado una buena lección! Pero estaba rodeado de cobardes.

Cuando emergió del sótano era ya noche cerrada y los elfos y duendes cuchicheaban entre las sombras, como de costumbre. En la cabaña los hombres discutían a gritos. Lo normal. Oyó jadeos y gruñidos, pues dos de ellos estaban sodomizándose tras la cabaña, o quizás delante de todos. Se habían aburrido de las dos mujeres y de sus propias manos y les daba por probar cosas nuevas. Si esos malparidos hubieran mostrado agallas ahora tendrían carne nueva y estarían metiendo la verga en el cuerpo tierno de un niño y no de un hombre hecho y derecho.

—Imbéciles —gruñó.

Abrió mucho los ojos cuando vio venir hacia él a un hombre alto y delgado. Desnudo. Caminaba rápido, directamente hacia la cabaña. Había demasiada autoridad y contundencia en sus movimientos.

—¿Y tú quién demonios eres? —preguntó al extraño.

En sus ojos vio algo que heló su mente y soltó sus tripas. Lejano, sintió el calor chorreante de las heces y la orina en sus piernas. El ser se detuvo ante él. Quedó inmóvil. Su cuerpo entero temblaba, como si fuerzas extrañas movieran sus músculos en direcciones imposibles. Sus ojos empezaron a verter sangre.

Horas después, el cambiante terminaba de sorberle los sesos al último de los humanos de la cabaña. Había matado a los cinco hombres y a las dos mujeres con rapidez, sin ensañarse, pues solo le interesaba el cerebro. A ninguno le sirvió de nada los intentos de huir o luchar. El cambiante metió la uña gruesa y afilada en el boquete del cráneo, sacó el dedo escamoso y lo lamió con su lengua negra. Sintió pesadumbre. Este mundo era demasiado feo y él amaba la belleza de

su entorno natal. Debía atrapar a sus presas cuanto antes para volver a su casa. Ya las sentía cerca. Durante el sol siguiente las cazaría y entonces las cadenas de la invocación se romperían y podría volver a su mundo maravilloso y brillante. Volvió la testa hacia el cielo y en sus ojos de tres párpados se reflejaron las estrellas. Emitió un gruñido muy ronco y echó a trotar sobre las cuatro patas, que le llevaron lejos de la choza y sus siete cadáveres de cabeza agujereada.

18

A Fulla le desagradaba su nueva maestra, Mista Aevar. Detestaba su desprecio y su soberbia, su voz ronca, sus modales autoritarios, el que siempre llevara puestos esos ropajes pesados y tenebrosos y el maldito velo negro que ocultaba sus facciones, e incluso le molestaba su cojera, que la obligaba a arrastrar el pie derecho como si hubiera pisado una boñiga que no se pudiera arrancar de la suela. Desde la muerte del príncipe Enar, ni uno solo día aquella mujer diabólica había dejado de visitar a Fulla para impartir sus lecciones. Su disciplina era de hierro: por la mañana llegaba al castillo en su pequeño carro personal, se reunía con su prima la reina para charlar durante un buen rato y luego iba a ver a Fulla, a la que sermoneaba, imprecaba, insultaba e incluso humillaba durante horas, hasta la segunda comida del día, durante la cual Mista volvía a reunirse con la reina o con el sacerdote Grim. Más tarde, volvía a reunirse con su pupila, sucedía la segunda parte del insoportable magisterio y avanzada la tarde salía del palacio y la ciudadela, subía en su carro privado y regresaba al pequeño templo de Mumaga en la ciudad, donde pernoctaba. A la mañana siguiente volvería a palacio para martirizar otra vez a Fulla.

Mista le daba lecciones sobre la religión del dios Mumaga, por el que Fulla sentía íntima animadversión. Sobre todo, no le gustaba el desprecio que los seguidores de Mumaga mostraban hacia los débiles: según su doctrina, el dios insuflaba a los hombres y mujeres todas sus virtudes y defectos al nacer y, al ser Mumaga infalible, era justo y necesario que hubiera fuertes y débiles, amos y esclavos, conquistadores y conquistados, y señores y sirvientes. Es más, el deber de los poderosos era dominar y controlar a los frágiles y hacer de ellos cuanto quisieran, sin consideración alguna hacia sus sentimientos o su bienestar.

—Los señores debemos extirpar la piedad de nuestros corazones —le decía Mista a Fulla—. Hay que tratar a la gente baja tal y como se merece: ¡con severidad! Igual que la madre o el padre tienen que darle varazos a menudo al niño para llevarle por la buena senda, los amos tenemos que infundir miedo en los siervos. Así se mantiene el orden natural del mundo. Además, para ellos en el fondo es lo mejor. Sin duda, lo agradecen.

Fulla no estaba tan segura de ello. En la casa de los Gunthar había orden y rectitud, pero todos trataban a los sirvientes con educación y

hasta con familiaridad. No era raro que su padre y sus hermanos charlaran con los criados como si fueran compañeros y algunas de sus mejores amigas eran chicas de la servidumbre. Su madre le había inculcado el respeto hacia todas las personas que laboraban, incluidas las más humildes, pues según decía todos cumplían una función importante y ayudaban a los demás con su esfuerzo. Cuando Fulla le dijo estas cosas a Mista, la sacerdotisa de Mumaga se escandalizó y enojó:

—¡Qué desfachatez! ¡Bien se ve que te han introducido en la sesera ideas falsas y asquerosas!

—Mi familia no ha tenido jamás una sola idea falsa, y mucho menos asquerosa —replicó Fulla, con voz cortante.

—No te conviene llevarme la contraria, muchachita. ¿Acaso no sabes que la reina me ha pedido que evalúe tu comportamiento? Mis informes decidirán si puedes salir o no de este castillo. Incluso de esta habitación. Quizá sea conveniente un encierro prolongado para domeñar tu carácter impertinente…

Fulla se puso blanca de miedo. Supo que tras el velo aquella mujer sonreía.

—Mis palabras también influirán en la elección de tu futuro esposo. La reina y yo hemos estamos hablando sobre ese asunto. A una chica rebelde le conviene un hombre mayor, un señor maduro y recto que sepa meterla en vereda. Pero una joven sumisa y agradable bien puede ser entregada a un marido también joven, e incluso apuesto. —Levantó el dedo índice—. Ten cuidado conmigo, desvergonzada. Puedo hacer de tu vida en Ludvica un verdadero infierno.

Fulla bajó la vista.

—Perdonad mis palabras, señora —dijo, con voz tensa—. No volveré a porfiar con vos.

—Eso me gusta más. Conseguiré que olvides a la banda de salvajes degenerados con los que te has criado. Extirparé de tu cabeza sus ideas erróneas. Voy a moldearte por completo, chiquilla. Te voy a mejorar. ¿No crees que deberías darme las gracias?

—Gracias, señora.

Pero en su fuero interno, Fulla se juró a sí misma que nadie doblegaría su mente y que siempre odiaría a esta bruja espantosa.

—A los esclavos hay que tratarlos como se merecen —siguió Mista, porque si algo le gustaba a esta mujer era hablar y hablar sin parar—. He visto que tratas con amabilidad a tus damas de compañía. Yo acabaré con eso. Para empezar, las cambiaré a todas. Necesitas mujeres mayores y serias cerca de ti, no chicas jóvenes y alocadas. —Fulla cerró los puños bajo la mesa, pues había llegado a hacerse amiga de varias criadas. Las echaría de menos—. Y por supuesto vigilaré cómo te comportas ante los inferiores. ¡Mírame a mí! ¡Jamás me

desobedecen! El truco está en ladrarles con rabia, como haría un perro agresivo. Dales las órdenes con voz iracunda y en tono cortante, amenázalos, mételes el miedo en el cuerpo y ellos correrán a cumplir la orden sin pensar, sin razonar siquiera. ¡Como debe ser!

—Así lo haré —dijo Fulla.

—Ajá. Y ahora hablemos sobre la abominable religión que has profesado hasta ahora. Eso se acabó. Solo adorarás a Mumaga.

—¡Pero en Shakark hay libertad para elegir las creencias de cada uno! —protestó Fulla. Bajó la mirada de inmediato—. Lo siento, señora. No pretendo contrariaros, pero el propio rey dijo…

—¡Me importa un rábano lo que haya dicho el rey! —exclamó Mista—. ¡A partir de ahora en Shakark solo se puede rezar al Dios de las Dos Caras! ¡El auténtico! ¡El culto de los Luminosos acabará barrido, destruido, eliminado! ¡Pronto las estatuas de Kor, Asmund y el resto de los dioses menores serán derrumbadas y quemadas! ¡Habrá conversiones en masa y los que no transijan serán ejecutados, ellos y sus repugnantes familias!

Fulla la miró estupefacta. Pudo ver chispas de ira en los ojos de su maestra que ni siquiera el velo oscuro conseguía ocultar del todo. Fulla comprendió entonces que la tolerancia religiosa que promovían estos nuevos reyes era una trampa y una mentira y que acabarían imponiendo su dios a sangre y fuego en todo el país. Aquello la llenó de cólera y de temor, porque ella amaba a los Dioses Luminosos, sobre todo a Angerbona, la diosa del amor, a Ranveig, la señora de la magia y los bosques, a Mildri, señora de la tierra fecunda y hermosa, y a Flosi, el dicharachero patrón de los bromistas y los jaraneros, el dios llameante. Todo aquello sería prohibido por gentes como Mista y Yulene Aevar, personas que querían darle la vuelta por completo al país y a sus gentes, y además por las malas.

—Renegarás desde este mismo momento de los Luminosos y abrazarás al Dios de las Dos Caras —ordenó Mista—. Dilo.

Fulla sintió que una pena y una rabia enormes brotaban de su interior como si fueran rosas putrefactas y malolientes, pero lo dijo:

—Reniego de los Luminosos y abrazo al Dios de las Dos Caras.

—Tu voz es fría. Pero es un comienzo. Aprenderás a amar a Mumaga.

Jamás, pensó la muchacha.

Gracias a Mista Aevar la vida se convirtió en un suplicio para Fulla. Si le quedaba alguna esperanza de ser feliz en aquella corte tuvo que despedirse de ella, porque además a la sacerdotisa parecía agradarle hacerla infeliz. Le quitaba todo aquello que le gustaba, incluso aunque no fuera lesivo para su magisterio. Un día, por ejemplo, vio a Fulla bordando en una labor el dibujo de un pájaro. Era un entretenimiento inocente, pero Mista se lo arrebató y lo arrojó al

fuego. Fulla vio su obra deshacerse entre las llamas.

—¡Eso es una tontería! —graznó Mista, con voz nerviosa—. Tienes que bordar otros motivos. O mejor, no bordes nada. Dedícate a rezarle a Mumaga. Te será de más ayuda.

Cortó un pedazo de una manzana con su pequeño y afilado cuchillo, lo metió bajo el velo y lo masticó ruidosamente. Fulla se llevó una mano a la boca e hizo un esfuerzo para no protestar, porque eso habría regocijado a esta mujer abominable. Pero entendió que Mista no se ensañaba con ella más que con el resto de la gente, pues la sacerdotisa trataba a todos con la misma crueldad y malevolencia. La única excepción era su prima. La reina y ella se llevaban muy bien, lo cual para Fulla era perfectamente lógico y coherente. Nadie amaba a Mista Aevar, pero todos la temían. Fulla se preguntó cómo habría sido su marido y cómo habrían vivido juntos. Decidió que la vida de aquel hombre tuvo que ser una tortura insufrible. No sería raro que lo hubiera matado ella, si no de modo directo, sí al menos con la ponzoña lenta pero letal de su compañía, que llevaría a cualquier hombre a la tumba. No habían tenido hijos y Fulla incluso se preguntó si el esposo la habría tocado en la intimidad, si cualquier varón tendría arrestos para hacerle el amor a esta arpía. Sentía una viva curiosidad por esos aspectos de su tutora, pero jamás le preguntaría nada. Y sobre todo, ardía en deseos de saber cómo sería la cara bajo el velo, el rostro que nadie había visto jamás. No podía dejar de imaginar un rostro avejentado, tenso de ira y mala sangre. Una faz espantosa.

En el séptimo día de su magisterio Mista hizo un registro minucioso entre las pertenencias de su pupila. Entró como un vendaval en el cuarto de Fulla y empezó a revolver en los arcones, sacando y tirando la ropa, hurgando en las cajas y los cofres, metiendo los dedos entre las joyas y los objetos personales de la chica. Esta vez Fulla sí protestó, pero Mista no le hizo caso; iba de un lado a otro de la cámara, olisqueándolo todo como un lebrel que siguiera a su presa.

—Seguro que tienes alguno… —musitaba la sacerdotisa. Había algo frenético y obsesivo en sus indagaciones. Al verla así, a Fulla no le quedó ya ninguna duda de que esa mujer estaba loca—. Tiene que estar por… ¡Ah, aquí está! ¡Aquí! —Alzó una figurita de madera que cabría en la palma de la mano, una imagen de Ranveig, la diosa de la magia, los bosques y la sabiduría femenina—. ¡Lo sabía! ¡Aún rindes culto a esos ídolos asquerosos!

—¡Es solo una muñequita! ¡No creo en esas cosas! —En realidad Fulla sí creía y seguía rezándole a Ranveig y a los demás Luminosos antes de acostarse; a menudo les pedía que Mista Aevar muriera entre dolores espantosos. Pero no le había servido de nada esconder la figurita bajo la cama porque aquella loca debía habérselo olido—. Me

lo regaló mi hermano mayor hace muchos años, cuando era una niña. Lo talló él mismo en la madera. No me lo quitéis, por favor; es un recuerdo muy querido para mí.

Supo al instante que había cometido un error, porque bastaba con mostrar querencia por algo para que Mista se lo arrebatara.

—¡Pestilencia de dioses menores! —gruñó Mista—. ¡Me llevo esta abominación, que acabará en las llamas, donde debe estar! Y en cuanto a ti… Me has mentido. No eres más que una golfa y la hija de una golfa.

Algo se volvió de piedra dentro de Fulla.

—Señora, os ruego que no insultéis a mi madre. El error fue mío, no de ella.

—¿Tu madre? ¡Tu madre es una desvergonzada, igual que todas las furcias que adoran a las diosas de la depravación que ensucian Shakark!

Los ojos de Fulla se ensombrecieron.

—Retirad esas palabras injuriosas sobre mi madre. A mí podéis llamarme lo que se os antoje, pero no a ella.

—¡Yo no retiro nada! Bien se ve la pésima educación que te han dado… Pero voy a extirpar esa ponzoña cuanto antes. —Se volvió de un lado a otro, como buscando algo. Parecía enloquecida y Fulla la miró con asombro—. ¡Ah, aquí está!

—¡No! —gritó Fulla.

Ya era tarde. Mista había tomado el cofre donde Fulla guardaba las cartas que había recibido de su familia durante todo este tiempo funesto en la corte de Ludvica. Sabía que sufrían la censura de la reina y sin duda también de esta mujer, pero aun así las guardaba como oro en paño y las releía muchas veces, pues le recordaban tiempos mejores, cuando era libre y feliz. Estupefacta, vio a Mista arrojarlas al fuego del hogar. Las cartas amadas ardieron, se arrugaron, se convirtieron en bolas ennegrecidas e inútiles, y luego en nada.

—Ahí es donde deben estar —dijo Mista, con aire satisfecho—. Ahora estás corrompida, chiquilla, pero yo te limpiaré. Yo te arrancaré la mugre del alma y…

Mista calló. Fulla la miraba fijamente, sin pestañear. Su rostro estaba impasible, pero sus ojos llameaban con la célebre furia de los Gunthar, con la ira espontánea que aquella noche había convertido al príncipe en un monigote descabezado y que al día siguiente había conducido a un degenerado a una plaza pública, para ser desmembrado por los caballos. Fulla nunca se había arrepentido de esos actos. Formaban parte de ella, igual que también formaba parte de ella su alegría y ternura espontáneas, las mismas que día tras día estaba ahogando esa mujer abominable. Pero Mista comprendió que hoy había pasado por encima de una línea roja y que ya no habría

posibilidad de volver al otro lado. La sacerdotisa sintió que el vello se le ponía de punta.

—¿Qué…? ¿Qué vas a hacer, chiquilla? —gimió—. ¡No te atrevas a hacerme daño!

Fulla siguió inmóvil, como un ángel de la muerte que contemplara a su elegido. El aire salió de su pecho. Relajó sus músculos. Pero sus ojos aún eran discos sin vida.

—¿Qué podría haceros, señora? —preguntó, con una voz aterciopelada y sin embargo gélida. Al oírla, Mista sintió un poco más de miedo—. No voy a haceros nada. Vos ordenáis y yo os obedezco. Agradezco vuestras lecciones.

—¡Claro que debes agradecerlas! ¡Te harán mucho bien!

—No lo dudo. Solo espero poder encontrar la manera de poder pagaros vuestras atenciones con toda justicia, señora.

La sacerdotisa la miró con el ceño fruncido, gruñó alguna cosa más y se marchó casi a la carrera. Cuando estuvo sola, Fulla miró el fuego del hogar durante mucho tiempo. Se limpió las lágrimas y después siguió mirándolo con rostro impasible. Las llamas bailaban en sus ojos azules.

A partir de ahí, Fulla se comportó de un modo impecable. Se mostraba solícita, sumisa y diligente. Aprendía con rapidez los rezos y el resto de lecciones y a menudo agradecía a su maestra la paciencia que tenía con ella. Su sonrisa era fría, pero sus palabras eran amables y lisonjeras, así que Mista dejó de desconfiar y se hinchó como un pavo, pues adoraba las alabanzas.

—Mi trabajo me ha costado, pero creo que estás enderezándote, muchacha.

—Y yo os lo agradezco infinito, señora.

—Muy bien. Así me gusta.

Le permitió salir más a menudo a pasear por los jardines y las terrazas de la fortaleza, pues era ya una prisionera en aquel castillo. Siempre le seguía Jaldor, su guardaespaldas. No volvió a hacerle proposiciones indecentes y ella no le permitía ni siquiera dirigirle la palabra, pero el hombretón aún la miraba con puntas de lascivia y ella sentía asco en su presencia. Ya casi estaba acostumbrándose a él, como se había acostumbrado a todas las otras cosas y personas desagradables de Ludvica. Muchas veces se quedaba contemplando el mar desde las almenas, el mar lejano, como una estatua de ojos tenebrosos o como una sirena atrapada en el mundo de los hombres, una sirena que añoraba su hogar de algas, corales y corrientes submarinas.

Aquella mañana, tan solo diez días después del funeral del príncipe que ella misma había decapitado, diez días que le habían parecido diez siglos, Fulla y Mista se encontraban en la recámara, una

habitación aneja a la alcoba que hacía las veces de despacho. Fulla recitaba con voz monótona y precisa uno de aquellos infinitos rezos a Mumaga. La religión de los Luminosos apenas tenía ritos y fórmulas y los mitos eran llevados de un lugar a otro del país en las sagas que cantaban los escaldos; casi no había sacerdotes ni sacerdotisas de Kor, Asmund, Mildri, Angerbona o Ranveig y los templos dedicados a ellos podían contarse con los dedos de las manos. Era un culto sencillo y sin embargo sólido, pues las gentes oraban cuando y donde querían a las figuras de madera de las casas o a las runas en las losas de los cruces de caminos. Sin embargo, el culto de Mumaga estaba muy sistematizado y reglado, había un ritual rígido e innumerables cantos y fórmulas que se recogían en vetustos manuales. Cuanto más crecía, más enrevesada se volvía aquella religión y más había que estudiar, cosa que la tornaba aún más confusa y difícil, o al menos así lo veía Fulla. Mista le obligaba a memorizar largos párrafos sacros que después tenía que recitar, como ahora hacía. La sacerdotisa cortaba los pedazos de manzana —parecía adicta a las manzanas—, se los metía bajo el velo y masticaba con mucho ruido. Aquella mujer siempre tenía frío y por ello la chimenea estaba encendida. Hacía calor.

—Lo has hecho bien —dijo Mista. Escupió una pepita de manzana, tragó ruidosamente y dejó el cuchillito sobre la mesa—. Sigue así, chiquilla.

—Gracias, amada señora. —Fulla la miró con timidez—. Señora… Hay algo que… quisiera pediros.

—¿Qué?

—Me da mucha vergüenza…

—¡Venga, suéltalo ya! ¡Dilo sin miedo!

—Señora, yo… —Sonrió y abrió mucho los ojos. La miró con adoración—. He oído tantos relatos sobre vuestra belleza, sobre lo guapa que erais de joven, que… Señora, os pido que me dejéis ver vuestra cara.

Mista quedó inmóvil.

—¡Perdonadme! —gimió Fulla, y se lanzó al suelo y quedó de rodillas ante la maestra—. ¡No he debido decíroslo, pero la curiosidad me devora! ¡Me gustaría ver vuestra belleza, pues sin duda vuestra cara tiene que casar con vuestro espíritu elevado! ¡No puedo dejar de imaginaros como un dechado de hermosura femenina! ¡Perdonadme!

Mista siguió inmóvil durante unos instantes y luego se relajó.

—Eres una impertinente, mocita, pero estás en lo cierto. Pocas personas, muy pocas, han visto mi cara desde que hice el sacrificio supremo y me entregué por completo al dios. No obstante, quienes me vieron al desnudo alabaron mi belleza. No está bien que yo lo diga, pero es verdad: soy muy hermosa.

—¡Por favor, dejadme ver vuestro rostro! ¡Por favor!

Mista graznó una risa condescendiente y empezó a soltarse el velo oscuro.

—Está bien, muchachita. Pero no le hables de esto a nadie.

Fulla la miró con los ojos tensos y procuró no dejar de sonreír. Ahora tendría la oportunidad de ver al fin el rostro de aquella mujer horrible. Se preparó para disimular su repulsión. Mista se quitó la diadema que sostenía su velo, aquel recio cortinaje, y lo pasó todo por encima de su cabellera, recogida en un severo moño.

Fulla abrió mucho los ojos al contemplar a Mista Aevar. La sangre desapareció de su cara.

—¿Y bien, chica? —preguntó la tutora—. ¿Qué te parece?

Mista Aevar no llevaba afeites y su piel estaba muy pálida porque nunca le daba el sol. Era una de las mujeres más bonitas que había visto Fulla en su vida. Sus rasgos eran regulares y exquisitos y recordaban un poco a los de su prima Yulene, pero era mucho más guapa. Sin embargo, la belleza de Mista no era amable ni cariñosa, sino afilada y tensa, como si fuera no una diosa del amor, sino de la crueldad y el combate. Sus ojos azules eran magníficos y destellaban como soles en el mar. Fulla parpadeó, asombrada.

—Señora… Sois una maravilla. Sois preciosa.

—Claro que sí. Todos me lo han dicho. Pero yo solo me debo a mi dios y por tanto debo apartarme de cualquier vanidad o vanagloria.

Fulla estuvo a punto de sonreír porque no conocía mujer más arrogante y soberbia, con excepción, tal vez, de la reina Yulene.

—Quiero pediros algo más, señora.

—Di, mocita.

—¿Podéis dejarme tocar vuestro velo? Parece suave y aterciopelado y quiero sentirlo sobre la cara. Quiero ser como vos, señora. Algún día espero convertirme yo también en sacerdotisa de Mumaga.

Mista alzó sus cejas y sonrió todavía más, con altanería y placer.

—Sea, chica. Puedes tocar mi velo. Pero ten mucho cuidado.

—¡Gracias, señora! —Fulla agarró la diadema y el velo casi opaco y lo acarició con las yemas de los dedos. Se levantó y echó a correr hacia la chimenea.

—¿Qué haces? —gritó Mista, y la persiguió con rapidez, arrastrando el pie malo sobre la alfombra.

Fulla contemplaba el velo cerca del hogar. Las llamas dibujaban luces y sombras en su rostro sonriente y en sus ojos azules y helados.

—Solo quiero verlo mejor, a la luz del fuego.

—¡Ten cuidado! Venga, dámelo. Ya está bien de tonterías. Espero que no me lo hayas manchado.

—Claro que no, señora. Precisamente por eso os lo he pedido. Para

no mancharlo.

—¿Qué tonterías dices?

Fulla se quedó mirándola durante muchos latidos y la sonrisa fue atenuándose poco a poco, hasta desaparecer por completo. Mista abrió la boca con un espanto que no podía entender. Fulla tomó con tranquilidad el largo atizador de hierro y la golpeó en la cabeza. Mista gritó, trastabilló y se cayó de culo. Parpadeaba y luchaba por recuperar las energías. Tenía un corte profundo en la frente y la sangre ya empapaba su cara y su cuello. Se miró las manos manchadas de rojo y empezó a temblar y sollozar. Fulla fue hasta la puerta del despacho y la cerró.

No le interesaba que se oyeran los gritos.

Dejó el velo en la mesita, junto a las frutas, las cáscaras y el cuchillo, y volvió con su maestra. Empuñando el atizador ensangrentado. No había expresión alguna en su cara. No tenía prisa.

—¿Qué vas a hacer? —gimió Mista Aevar. Levantó la mano para protegerse y el siguiente golpe le rompió la muñeca y apartó el brazo. Mista se arrastraba para intentar huir. Sonó una ventosidad monstruosa y luego más pedorretas húmedas. La sacerdotisa se había ciscado en las faldas—. ¡No me mates!

Fulla se le acercó y levantó y bajó la vara muchas veces. Las llamas seguían dibujando formas diabólicas en su rostro. Sonaban los chasquidos húmedos y el crujir de los huesos.

Mista era una muñeca rota e inerte. La alfombra espesa absorbía su sangre. Jadeante y sudorosa, con los ojos entrecerrados, Fulla contempló el cadáver. Volvió a golpear, siguió haciéndolo y convirtió aquel rostro hermoso en pulpa irreconocible. Quería que nadie, jamás, pudiera saber que Mista Aevar fue una mujer bella. Quería que todos siguieran imaginándola siempre como una arpía fea y avejentada.

Cuando hubo terminado se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor. Tiró el atizador dentro de la chimenea y echó un último vistazo al cadáver. Fue a la habitación aneja, la alcoba, se lavó cuidadosamente para quitarse de encima la sangre y el sudor y se cambió de vestido. Se puso uno largo y tenebroso que la cubría de la cabeza a los pies. Luego se sentó ante el espejo y se cepilló el cabello con tranquilidad, para dejarlo suave y hermoso. Se puso afeites en la cara y cuando decidió que estaba lo bastante atractiva se levantó y abrió la puerta. En el pasillo se encontraba Jaldor, como de costumbre.

—Señor, pasad, os lo ruego —le dijo, y dejó la puerta entreabierta.

Jaldor frunció el ceño y entró. Vio a Fulla más hermosa que nunca, frente a él, apoyada en la gran mesa, con las manos a su espalda. El cabello caía sobre su rostro adorable y sus ojos ya no eran los de una moza desdeñosa, sino los de una mujer en celo.

—Cerrad la puerta —le dijo.

Jaldor tragó saliva, cerró y echó la tranca.

—¿Qué queréis de mí?

—He sido fría con vos. Demasiado fría. Pero he cambiado de idea. O mejor dicho, mi cuerpo me ha hecho cambiar de idea… —Se pasó un dedo por entre el bulto de los pechos y la yema se deslizó sobre el estómago y el bajo vientre. Luego, la mano volvió a la mesa—. Hay cosas contra las que no puedo luchar. Necesito un hombre.

Jaldor desorbitó los ojos, se pasó el antebrazo enorme por la boca húmeda y asintió.

—¿Y vuestra tutora?

—La vieja está en el despacho. Le dolía la cabeza y se ha quedado dormida en un sillón. No os inquietéis por ella. Tiene un sueño profundo. —Sonrió, maligna—. No creo que despierte, por mucho ruido que hagamos. Sé que me miráis con deseo, así que aquí estoy para que me toméis de una vez por todas. Ahora.

—¡Sí! —El hombretón casi se abalanzó sobre ella, la abrazó y la apretó contra su cuerpo alto y globoso—. ¡Vas a saber lo que es un hombre de verdad! ¡Ya sabía yo que en el fondo eras una auténtica golfa!

—Ni te lo imaginas… —repuso ella, sonriendo con dureza. Le separó el rostro cuando ya iba a besarla—. Un momento. Cerrad los ojos. Quiero sorprenderos. Cuando los abráis me veréis desnuda. Pero no antes.

—¡Claro! —Jaldor cerró los ojos y dio un paso atrás.

Fulla agarró el cuchillo de pelar las manzanas que estaba en la mesa, detrás de su cuerpo, y lo hundió con todas sus fuerzas en el cuello del titán, que abrió de pronto los ojos, sin entender muy bien lo que estaba pasando. Solo vio el rostro iracundo de la joven, que gruñía mientras cortaba con energía la arteria que regaba el cerebro. La chica se separó de él para que no le salpicara la sangre, pero dejó el cuchillo hundido en el cuello. Jaldor boqueó, gruñó, mugió. Se acercó a ella con un brazo estirado, para agarrarla. La otra mano cogía el mango del instrumento asesino. Tropezó, quedó arrodillado y luego siguió avanzando a cuatro patas. La sangre caía a chorros, con la fuerza de su corazón asustado y moribundo. Se desplomó. Había un charco creciente bajo su cuerpo.

Fulla pasó junto a él, llevando cuidado de no tocarle ni de pisar la sangre. Se puso la diadema de Mista Aevar y dejó caer sobre su cara el velo espeso. Ante sus ojos el mundo se convirtió en un marasmo de sombras, un universo carente de colores. Se puso el capote que siempre llevaba Mista Aevar, lo abrochó de arriba abajo y subió la caperuza. Tal y como había sospechado, la prenda le quedaba bien porque las dos mujeres tenían una complexión parecida. Inspiró

fuerte, salió de la habitación y cerró tras ella.

Adoptó la misma pose de su tutora e incluso arrastró el pie al caminar para hacer suya su cojera. Muchas veces había ensayado estos movimientos, en la soledad de su cuarto, pero ahora pensó que lo hacía mal y que cualquiera descubriría la añagaza. Cuando vio a la primera dama de compañía, una mujerona antipática, el corazón dio un brinco en su pecho y pensó que vería el engaño al instante. No obstante, imitó con destreza aquella voz que durante tantas horas le había machacado el cráneo:

—¡Tú! —exclamó, con voz ronca y cascada—. ¿Qué haces aquí?

La sirvienta se apresuró a agachar la cabeza, como hacían todos ante Mista Aevar.

—Iba a ocuparme de mis obligaciones habituales, señora.

—¡Pues corre y date prisa, vaca holgazana!

—¡Sí, mi señora! ¿Queréis que vaya a ver a la dama Fulla?

—¡No! ¡La chiquilla está en su cuarto, estudiando sus lecciones! ¡Ni se te ocurra entrar para interrumpirla! ¿Te enteras?

—Sí, señora.

—Y si no ves a Jaldor no te preocupes. Le he enviado a hacer un recado y no volverá hasta la tarde.

La mujer frunció el ceño, extrañada.

—¿Qué pasa? —graznó Fulla—. ¿Acaso vas a desobedecerme? ¡Puedo hacer que acabes recogiendo estiércol en la cabaña de un granjero!

—¡Perdón, señora!

—¡Largo!

La mujer se fue con premura. Fulla también echó a andar, arrastrando el pie derecho, un tanto encorvada. Le dolía la garganta por el esfuerzo de engrosar la voz, pero catapultó las molestias fuera de su cabeza. Empezaba a pensar que no se le saldría el corazón por la boca cada vez que se encontrara con un hombre o mujer del castillo. Al topar con ellos les gritaba que le dejaran paso y les insultaba, como solía hacer la auténtica Mista, y ellos se alejaban con mucha prisa. Cada dos por tres tenía que ahogar la tentación de echar a correr y se obligó a sí misma a caminar cojeando, con dolorosa tranquilidad. Bajaba ya por la escalera que llevaba al patio del castillo cuando vio a Yulene, vestida con atavíos de caza. A veces, la reina salía a cabalgar con una escolta de soldados para hacer ejercicio y despejar la mente. Desde que había muerto su hijo esos paseos eran más frecuentes.

—¡Hola, querida prima! —saludó Yulene—. ¿Por qué estáis aquí?

Fulla pensó que sufriría un ataque al corazón ahí mismo, que caería fulminada, pues estaba absolutamente segura de que en cuanto hablara, en cuanto la reina se acercara unos pasos y mirara con atención su figura y su velo, descubriría la trampa. Pero de algún

modo sacó las fuerzas necesarias como para caminar hacia Yulene —intentar evitarla hubiera sido sospechoso—, llevarse una mano a la frente y hablar con voz aguardentosa:

—Ay, Majestad, no me siento bien. Me duele la cabeza y he decidido tomarme un descanso.

La reina la observó con más atención y frunció un poco el ceño.

—Muy fuerte debe ser vuestro malestar para abandonar vuestros deberes. En el pasado os he visto cumplirlos aun cuando parecíais mucho más enferma…

—Pues hoy estoy aún peor que en todas esas ocasiones, Majestad.

—Incluso os tiembla la voz… —De pronto, Yulene la agarró de un brazo y Fulla casi dio un chillido—. Venid. Vamos a hablar ahora mismo con mi médico particular. ¡Vamos! ¿Por qué os resistís?

—¡Tengo que rezar en privado!

—¿Qué?

—He de orar al dios para que él me cure. Mi malestar no es solo físico; hoy siento un gran peso en el corazón.

Yulene sonrió con tristeza.

—¡Mi buena amiga! Yo también me siento mal desde la muerte de mi querido hijo. ¡Escuchadme, ya sé lo que haremos! Hoy no saldré a cabalgar y así podremos charlar juntas y descargarnos de lo que nos aflige. Después os sentiréis mejor.

Fulla casi gimió de espanto y agitó una mano temblorosa.

—No, Majestad, muchas gracias, pero necesito la soledad de mi templo. He de irme para rezarle al dios en privado. He de hacerlo ahora mismo, sin demoras.

Yulene levantó una ceja y la contempló con atención. Fulla seguía con la mano en la frente, como si le doliera la cabeza, pues así tapaba mejor su rostro velado. El corazón galopaba sin freno y le pareció imposible que Yulene no pudiera oír su golpeteo.

—Como queráis —dijo la reina—. Respeto vuestros deseos. A veces una debe estar sola para ordenar las ideas.

—¡Gracias, Majestad!

—Pero si vais a vuestro templo os escoltarán mis soldados.

—¡No es necesario, Majestad! ¡Ya tengo mi carro particular! ¡De verdad, no os molestéis por mí!

—No es molestia. Esos hombres no tienen nada que hacer.

—¡No, no, de verdad, no os preocupéis tanto por mí! —Se soltó de la mano de la reina, que la miraba con cierto recelo, como si una vocecilla en su cabeza le avisara de que había algo extraño en todo esto, a pesar de que todo parecía tan normal—. Me marcho ahora. ¡Adiós, Majestad!

Echó a andar, arrastrando la pierna mala. El velo se le pegaba a la cara sudorosa. Jadeaba al respirar.

—Alto —ordenó la reina.

Fulla se detuvo, paralizada por el horror.

—¿Qué deseáis, Majestad?

—¿Cómo se comporta la joven ramera?

Fulla parpadeó tras el velo, sin saber qué responder. De pronto, entendió *quién* era la joven ramera.

—Fulla Gunthar está haciendo progresos —contestó—. Es una muchacha lista y aprende rápido.

—Es una degenerada, como todos los de su familia. No olvido que esa pequeña furcia provocó de forma involuntaria la muerte de mi hijo, y además sospecho que no me lo ha contado todo sobre esa noche fatídica. No me gustaría saber que es feliz en esta corte. Os estáis ablandando con ella, amiga mía. Quiero que aplastéis ese orgullo asqueroso que tiene y que la convirtáis en una esclava. Ya me ocuparé yo de buscarle un marido repulsivo y cruel. Doblegaré a esa provocadora de hombres, igual que algún día doblegaré a los Gunthar. Les quitaré todo lo que tienen. Estoy harta de ellos.

Fulla quedó rígida durante algunos instantes. Después, asintió.

—Tendré muy en cuenta lo que me habéis dicho, Majestad. Nunca lo olvidaré.

—Confío en vos. Siempre me habéis apoyado.

—Y siempre lo haré. Si me disculpáis, Majestad, he de irme. —Yulene la despidió con un vaivén de la mano—. ¡Que tengáis un buen día, Majestad! —Cuando la reina estuvo lejos, susurró—: Que os caigáis del caballo y os rompáis la cabeza, Majestad.

Salió al patio de armas, fue hasta la zona de caballerizas y allí encontró el carro particular de Mista, donde solían dejarlo estacionado.

—¿Dónde está el conductor? —le chilló al mozo de las cuadras, muy sorprendido de verla allí.

—Señora, no os esperábamos hasta la tarde y por tanto el conductor ha ido a…

—¡Me importa una higa dónde haya ido! ¡Corre a buscarle! ¡Y dile a tus compañeros que preparen los caballos! ¡Tengo muchísima prisa! ¡Haré que os azoten, malparidos! ¡Vamos!

El pobre hombre echó a correr como una liebre y ya daba órdenes a gritos a sus compañeros. Fulla aún estaba muy nerviosa. Se sentía sofocada por los ropajes pesados, la capucha alzada y aquel velo agobiante, le molestaba la rodilla por tener que arrastrar la pierna y le dolía muchísimo la garganta por enronquecer y forzar tanto la voz. Calculaba que nadie entraría en los aposentos de Fulla hasta avanzada la tarde, pues la chica muchas veces comía en ellos, junto a su maestra. Pero hoy todos habrían visto salir a la institutriz y además Jaldor no aparecería por ningún lado. No sabía cuánto tiempo

tardarían en empezar a sospechar y cuándo se decidirían por fin a entrar en su habitación sin su permiso. Temía que de un momento a otro un grupo de soldados la llamara y le pidiera que los acompañara, y debía luchar contra su propia mente y decirse que de un modo u otro lo conseguiría.

El conductor llegó, muy sorprendido.

—Señora, ¿por qué…?

—¡A callar, necio! ¡Sube al carro y llévame fuera del castillo! ¡Vamos! ¡Rápido!

El tipo agachó la cabeza y saltó al pescante. Fulla montó dentro del carrito cerrado, corrió las cortinas y pudo al final levantar el velo para respirar aire puro. Dio un respingo al oír el grito del conductor:

—¡Señora! ¿Os encontráis bien?

—¡Cierra la boca! ¡Lleva el carro a la puerta norte de la ciudad! ¡Y no hables más hasta que yo te lo ordene o haré que te azoten!

El conductor guardó silencio y obedeció. Fulla sabía que Mista había ordenado fustigar en ocasiones a los sirvientes, así que este hombre no le daría problemas.

Nadie los detuvo porque todos conocían a Mista Aevar y sabían que tenía muy malas pulgas; además, era amiga personal de la reina, que tal vez las tuviera peores y que, sobre todo, tenía el poder de la vida y la muerte sobre las gentes de la ciudad. Al cabo de no mucho el carro abandonaba Ludvica y, por orden de Fulla, se metía en el camino del norte que bordeaba la costa. El Camino de los Acantilados.

—Pero el camino que lleva a vuestro templo no es este, señora —objetó el conductor, desde el pescante.

—¡No preguntes y obedece! ¡Puedo hacer de tu vida un infierno! —Esa era una frase habitual en labios de Mista; se la había dicho muchas veces a Fulla—. ¡Corre! ¡Ya te diré yo cuándo debes parar!

El carro siguió por la pista de tierra, que zigzagueaba entre las colinas cercanas a la costa del Nortalje. Aquel sendero llegaba casi hasta el borde de los acantilados que se alzaban sobre el litoral. A pesar de la prisa que le metía Fulla, el conductor tuvo que ir despacio a partir de cierto lugar, porque cuanto más avanzaba hacia el norte más se pegaba el camino al abismo. Si las ruedas se salieran de la senda el carro y los caballos se despeñarían y acabarían estrellándose contra las rocas del fondo. Fulla sacaba a veces la cabeza encapuchada por la ventanilla para comprobar que no los seguían. A pesar de que ya estaban lejos de Ludvica, aún tenía mucho miedo.

—¡Señora! —gritó el conductor—. ¡Dentro de poco vamos a dejar Rauma y entrar en Umega! ¡Es el señorío de los Gunthar! ¿Seguro que no queréis volver?

—¡Me estás hartando con tus preguntas! ¡Ya te diré yo cuándo debes parar! ¿No puede ir esto más rápido?

—¡No, señora! ¡Si aprieto más a los caballos los voy a reventar!

Fulla jadeó, enojada y nerviosa. Los animales iban al paso porque estaban ya cansados después de todas esas horas de viaje. Por fortuna, no hallaron otros viajeros a pie, a caballo o en carreta que los estorbaran, y cuando el sol ya casi tocaba el horizonte vieron el primer ramal que salía del Camino de los Acantilados.

—¡Métete por ahí! —gritó Fulla.

El conductor, que ya había renunciado a tratar de entender qué demonios estaba ocurriendo, se limitó a obedecer sin chistar. El carro avanzaba por una senda secundaria que Fulla recordaba de sus viajes por el interior de Umega junto a sus padres, pues todos los Gunthar solían visitar los burgos y villas principales de su feudo. Fulla sintió que los ojos se le humedecían al reconocer aquellos predios.

—¡Sigue por el camino! ¡Vamos, vamos, vamos!

El carro siguió rodando, traqueteando, dando botes, y llegó a las cercanías de una granja. En ella había varios edificios: silos, establos y casas con techo de dos aguas. Les llegaba el mugir lento de las vacas y las voces de los trabajadores del campo. Un rebaño de ovejas ramoneaban en la pradera, cerca del camino. El pastor contemplaba con asombro el carro cerrado.

—¡Para! —gritó Fulla, ya sin preocuparse de cambiar la voz—. ¡Detente!

El conductor lo hizo. Fulla salió, se quitó la capa y el velo y echó a correr hacia el pastor de las ovejas, al que se le había caído la mandíbula de puro asombro. El conductor tenía una expresión parecida.

—¡Esta granja pertenece a Lars Irbon! —exclamó Fulla, mientras soltaba su cabellera rubia—. ¿No es así?

—Sí, señora, así es —dijo el pastor—. Yo soy Uric, su hijo.

—¡Yo soy Fulla Gunthar, la hija de Olaf Gunthar! ¡Rápido, llévame con tu padre! ¡Tengo que hablar con él de inmediato! ¡Y da la orden a tus hombres de que se lleven ese carro y lo escondan donde nadie lo encuentre! —Se volvió hacia el conductor, que al reconocerla se llevó las manos a la cabeza y emitió un gañido desesperado—. ¡No temas, buen hombre! ¡Estas gentes te tratarán bien! ¡Ahora estás con los míos y nada malo va a pasarte! —Se volvió hacia el estupefacto cabrero, le agarró de una mano y tiró de él—. ¡Vamos, Uric Irbon! ¡Llévame con tu padre!

Los dos echaron a correr hacia la casa, mientras los caballos del carro resoplaban y piafaban y las ovejas seguían mascando la hierba y lo miraban todo con sus ojos hinchados de sosiego.

Anochecía cuando los caballos más rápidos de Lars Irbon llegaban a las puertas de Macún. Fulla no había querido descansar ni comer y había partido de inmediato al galope junto a Irbon y una escolta de sus hombres. En el burgo todos conocían y querían a Fulla Gunthar, así que nadie le estorbó el paso. Los criados corrieron a avisar a los Gunthar y cuando Fulla entró en el castillo sus padres y su hermano mayor salieron a recibirla, en el mismísimo patio de armas.

—¡Fulla! —gritó Borgil—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué te ocurre?

—¡Madre!

Fulla se abalanzó sobre ella y se unieron en un abrazo. Ya no pudo reprimirse y todo el terror, la tensión y el nerviosismo de aquel día escaparon en un torrente de lágrimas. No le era posible ni siquiera hablar y se limitaba a aferrarse a su madre con todas sus fuerzas.

—Tranquilízate, mi niña —le susurraba Borgil, con los ojos húmedos—. Ya estás a salvo. No te va a ocurrir nada.

Olaf se acercó a su hija. También tenía los ojos brillantes y acuosos.

—Ven aquí, mi pequeña.

Ella le abrazó, y también abrazó a su hermano. En ese momento su hermana Audumla salía corriendo al patio de armas y al ver a Fulla dio un grito y luego la estrujó contra su cuerpo.

—¿Qué te ha ocurrido, hija? —preguntó Olaf—. ¿Por qué estás aquí?

Fulla miró a su alrededor.

—¿Dónde está Skarrion?

Beini y Audumla intercambiaron miradas preocupadas y el hermano mayor hizo un gesto con la cabeza hacia el castillo.

—Será mejor que entremos. Este no es lugar para hablar y además Fulla tiene que reponerse.

—No hay tiempo para descansar —dijo Fulla—. He de contaros muchas cosas y debo hacerlo cuanto antes. Tenemos que estar preparados.

—Bien —dijo Olaf, con el ceño fruncido—. Vamos adentro.

Sin perder más tiempo pasaron a un salón del castillo, pues Fulla no consintió siquiera en cambiarse de ropa. Pero al menos sí aceptó un caldo que pudiera darle fuerzas y que suavizara su garganta dolorida. Olaf hizo salir a todos los criados y cerró las puertas. Ahora, en el salón solo estaban los padres y los tres hermanos. Fulla preguntó otra vez por Skarrion, pero Beini le dijo que el pequeño de la familia no estaba en Ludvica y que ya le explicarían todo poco después. Fulla se dio cuenta de que sucedía algo gordo con Skarrion, pero no insistió. Tenía mucho que contarles.

Y lo hizo. No omitió nada. No les ocultó lo que había ocurrido

durante aquella fatídica noche en que murió el príncipe, y cuando Borgil empezó a soltar exclamaciones Olaf bramó que todos guardaran silencio para que su hija siguiera hablando con tranquilidad. A partir de ahí solo se oyó la voz tranquila de Fulla, los suspiros y gritos sofocados de su hermana y su madre y la respiración pesada de su padre, cuyo semblante iba volviéndose más y más siniestro. Fulla tampoco les ocultó nada sobre la muerte de Mista Aevar y Jaldor, y su posterior huida de la capital.

—No podía seguir más tiempo allí —dijo, negando con la cabeza—. Un solo día más en ese lugar inmundo, con esas gentes espantosas, y hubiera perdido la razón. —Los miró—. Incluso pensé en suicidarme. Estoy segura de que hubiese acabado haciéndolo, así que tenía que irme.

La miraron en silencio. Fulla clavó sus ojos suplicantes en los de Olaf.

—Padre, ellos vendrán aquí en mi busca. Os exigirán que vuelva. ¡Por favor, os suplico que no me devolváis con ellos! ¡Por favor!

—Lo ordenará el rey y yo soy su vasallo —respondió Olaf, con voz lenta y pesada.

Borgil se acercó a Fulla y le puso las manos en los hombros en un gesto protector.

—Escúchame, Olaf Gunthar. Tu hija ha sufrido allí humillaciones sin cuento e incluso ataques físicos. ¡El príncipe intentó violarla! Si intentas devolverla ve sacando la espada porque tendrás que pasar por encima de mi cadáver. Eso te lo juro.

Olaf levantó la barbilla. En sus ojos había dureza. Todos le miraban con horror.

Dijo:

—Fulla, no volverás a la corte de Ludvica. Te quedas con nosotros. Con tu familia. Este es tu refugio y tu santuario. No te arrebatarán de mi lado ni aunque vengan por ti los reyes de Shakark con toda su hueste de guerreros, ni siquiera aunque viniera a reclamarte Gunlaug y sus demonios.

Fulla suspiró aliviada y se dejó abrazar por su madre. Borgil miró a su marido y casi desapareció la frialdad de sus ojos. Casi.

Beini miró a Olaf con una sonrisa, pero también con preocupación.

—¿Cómo lo vamos a hacer, padre? Tendremos que enfrentarnos a gentes poderosas.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando esos bastardos no quisieron devolver a Fulla tras la muerte del príncipe? Entonces te aseguré que si algún día tenía oportunidad de ajustarles las cuentas, lo haría. —Olaf sonrió, malicioso—. Ese día ha llegado.

19

La criatura se acercaba a Skarrion. Él la esperaba en pie, con la espada en la mano derecha y la daga en la izquierda, las armas desnudas, brillantes bajo un sol que ya descendía de su altar de los cielos y que derrochaba su alma sobre aquel claro de Darlana, el Bosque de las Brujas.

Skarrion llevaba puestas las mismas ropas cómodas y duras que le habían acompañado durante tantos días de viaje, pero su carne estaba rayada de azul y negro. Las bandas de color surcaban su rostro, sus brazos, piernas y manos. Además, habían pintado runas de poder en su frente, cuello, pecho, espalda y muslos. Semejaba una criatura parida en mitos, un guerrero de esas épocas remotas en las cuales los peleadores se adornaban el cuerpo con figuras arcanas, arquetipos de las potencias que debían arroparlos durante la lucha. Así pues, aunque no llevaba casco, cota ni escudo, estaba cubierto por la armadura de la magia.

Las Cuatro Que Eran Una miraban a los duelistas desde la distancia. También tenían la cara y los miembros marcados con rayas, runas y círculos. Estaban en pie y se mecían adelante y atrás, se mesaban los cabellos, se daban puñetazos en el pecho y los hombros, componían muecas salvajes y alocadas, movían de un lado a otro la cabeza y escupían bolachas de salivazo. Gemían con una voz tan espectral como la del viento en las cañadas, o proferían chillidos ocasionales, o gruñían como lobas.

La criatura se detuvo. Su falso rostro de humano se tiñó de ira, levantó una mano como para protegerse de algún ataque invisible y gritó. Puso una rodilla en tierra. Pero se levantó poco a poco, enfurecido y rabioso. Tenía la faz roja y las venas se le marcaban por todo el cuerpo como una trama de lombrices azuladas.

La anciana levantó las manos y profirió un ululato largo y vibrante. Sus tres compañeras la imitaron. Todas callaron a la vez. La mujer madura señaló con el dedo a la criatura y desorbitó los ojos.

—Tú, ser infame de otro universo…

—…vuelve al agujero del que saliste…

—…porque no tienes cabida en esta tierra…

—…porque estás prohibido bajo estos cielos…

—…porque el aire mismo te esquiva…

—…y la tierra se avergüenza de sufrir tus pasos.

—Tú, criatura infecta que…

—…no debiera haber escapado de su pozo…
—…de podredumbre, maldad y…
—…enfermedades, debes dejar el…
—…bosque e irte cuanto antes…
—…si no quieres sufrir la ira…
—…de quienes aún protegen…
—…el orden y el equilibrio…
—…de las cosas duras y blandas…
—…sin vida, y de las…
—…criaturas que se arrastran…
—…caminan, nadan…
—…y vuelan. ¡Vete, vete, vete!

El cambiante las contempló. Sonrió. Las comisuras de los ojos estaban húmedas de sangre. Dos gotas huyeron de su nariz, como gusanos rojos.

—¡Humanas! —gritó. La sangre volaba desde sus labios en forma de una llovizna minúscula—. Tenéis poder. Me hacéis daño.

—Y mucho más sufrirás…
—…si no te vas de aquí…
—…cuanto antes, tú, que eres…
—…lo que no debe ser.

—No me iré —respondió la criatura. La sangre cayó como un sudor de muerte desde el cuero cabelludo. Los poros exudaron el icor de la vida. Todo él quedó envuelto en una sábana húmeda y roja—. Necesito a los cachorros humanos. Tengo que beberme sus sesos si quiero ser libre. Estoy obligado por un conjuro que es mi cadena. ¡Pero oídme bien! ¡Aunque pudiera, ya no me iría! Primero os mataré a vosotras y luego cazaré a los cachorros humanos.

—¡Sea! Tendrás que…
—…luchar contra el paladín…
—…de la luz. Y él…
—…te vencerá.

El cambiante se volvió hacia Skarrion. Su piel burbujeaba bajo la sangre, como si todo él fuera un gran cirio de carne y huesos sometido al calor de las llamas.

—¿He de luchar contra ese hombre? Troncharé sus huesos y le partiré el espinazo. Y luego os haré lo mismo a vosotras.

—No es solo un hombre, pues…
—…sobre él hemos tejido…
—…redes de sortilegio.
—Él es tu muerte —dictaminó la vieja.

Skarrion le señaló con la espada.

—Lucha.

El monstruo le miró, sonrió con su boca inundada y echó a correr

hacia él.

El día anterior, las Cuatro Que Eran Una llevaron a Skarrion y a los dos niños a su casa, una cabaña inmensa junto a un remanso del mismo río donde los encontraran. La casa estaba rodeada de amuletos que colgaban de las ramas. En las rocas culebreaban serpientes de tiza con runas a lo largo de sus cuerpos. Había un corral con cabras, un gallinero y un huerto de hortalizas. Había un mazacote de roca que emergía del suelo, cerca de la entrada de la cabaña; lo habían desnudado de musgo y liquen y sobre su superficie blanquecina y gris habían pintado un águila esquemática envuelta en llamas, una hoja de sauce y tres olas horizontales y paralelas, los símbolos de Kor, el Padre, Mildri, la Madre, y Ranveig, la diosa de la magia y del poder femenino. Las Cuatro Que Eran Una asintieron con la cabeza ante la roca de los dioses, escupieron a un lado para sacarse la maldad del cuerpo e hicieron el signo del martillo. Tres pasaron dentro de la casa y la cuarta, la niña, miró a Skarrion.

—Los niños y tú podéis meteros en la casa, pero el muerto no puede entrar. —Señaló el gallinero—. Llévalo allí y cúbrelo con las pieles que hemos dejado para él.

Sin esperar respuesta, se metió en la casa.

Skarrion y los dos hermanos se quedaron fuera, sin saber qué hacer. Al final, Skarrion dijo:

—Esperadme aquí antes de entrar. Voy a atar los caballos a un árbol y llevar a Eitri a donde esa… Donde nos ha dicho que lo dejemos.

Cuando lo hubo hecho entró en la cabaña y los chiquillos fueron tras él. No parecía distinta de la típica casa labriega shakark y no le hubiera sorprendido descubrir allí dentro una familia tradicional, ocupada en sus quehaceres. De hecho, la niña y la mujer madura se afanaban en el caldero sobre la hoguera del centro de la única y espaciosa sala. Parecían cocinar algo y el humo subía con pereza hasta el gran agujero del techo. Olía tan bien que a los invitados se les hizo la boca agua. La lumbre era la única fuente de luz, así que los rincones habían sido ocupados por las sombras. La anciana y la muchacha estaban sentadas ya en el suelo, sobre una alfombra de burdo tejido vegetal. Nadie les dijo a Skarrion ni a los hermanos lo que tenían que hacer, pero de algún modo supieron que debían sentarse junto ellas. Skarrion se zambullía en algo extraño, íntimo, como si estuviera dentro de un sueño, como si todo aquello tuviera que suceder de esta precisa forma y no de ninguna otra. Era como volver al hogar después de haber viajado por tierras extrañas. Los niños parecían también relajados. Sin recelo ni miedo, Skarrion preguntó:

—¿Nos estáis hechizando?

—El hechizo ya os acariciaba desde hace mucho tiempo —dijo la

anciana. Sus ojos parecían muertos y la oscuridad se agolpaba en el boquete terrorífico del centro del rostro. Toda ella era un nido de arrugas—. Pero cuanto más os acercabais al bosque consagrado más intenso se volvía.

—¿Por qué nos habéis hecho venir? —preguntó Skarrion—. ¿Qué queréis de nosotros?

La niña bruja levantó la mano.

—Primero la comida. Luego las respuestas.

Las otras dos mujeres trajeron el caldero humeante, sujetándolo con trapos por el asa. Sirvieron el guiso en cuencos de madera y todos empezaron a comer. Agarraban los tropezones de verdura y carne con los dedos y se bebían la sopa. Todos repitieron porque tenían mucha hambre y porque además la comida sabía muy bien. Se nutrían sin decir nada, con seriedad, y en el silencio restallaba el chacoloteo de la masticación, los crujidos del fuego, el rumor lejano de las cabras y las gallinas y los chirridos y trinos de los pájaros del bosque. Las anfitrionas eructaban y soltaban ventosidades con la mayor naturalidad y a Skarrion y a los hermanos Magne no parecía importarles porque allí todo era correcto, incluso lo sórdido. Tras el guiso comieron frutos secos, queso de cabra y moras. Cuando tenían sed metían un cazo —el mismo para todos— en un cubo con agua del río. Al terminar se chuparon los dedos y se limpiaron las manos pringosas en la falda de la túnica.

Eigil miró a las cuatro dueñas de la casa con una gravedad que trascendía su edad infantil.

—Señoras, soy el rey Eigil VIII de Shakark. Mi hermana la infanta Geirrid y el señor Skarrion Gunthar agradecemos vuestra hospitalidad y vuestra ayuda. Ahora, os pedimos que nos lo contéis todo.

La anciana asintió con respeto.

—Os lo contaremos, Majestad.

Y se lo contaron a su manera, con cuatro voces distintas que se turnaban sin torpeza y que contenían el mismo mensaje. Pero la que más hablaba era la mujer anciana, como si ella ocupara el lugar más alto de aquella extraña jerarquía.

Les dijeron que eran las guardianas de la pureza de Shakark, las elegidas por los Dioses Luminosos. Que había más como ellas en otros rincones del país, siempre ocultas, alejadas de los hombres porque los hombres no las comprendían, y lo que los hombres no comprenden lo temen, y a lo que temen lo atacan con saña, como probaban las mutilaciones y marcas de las dos mujeres mayores. Que había también guardianes masculinos dedicados a estos menesteres y que vivían solos en cuevas y montañas, mientras que las guardianas lo hacían en grupos reducidos, en bosques como el de Darlana. Que antaño hubo muchos protectores de la espiritualidad del país, mientras que ahora

apenas llegaban a quince, pues la magia había ido decayendo a medida que el tiempo cabalgaba su serpiente de siglos, y por ello los guardianes y las guardianas ya no se mezclaban con los reyes y los grandes guerreros, como ocurriera en el pasado, cuando las criaturas sobrenaturales campaban a sus anchas a todo lo largo y ancho de Shakark y los monarcas necesitaban consejeros versados en asuntos sobrenaturales. Que esta ya no era la época de los conjuros, los viejos ritos y la hechicería y que por tanto los guardianes de Shakark se limitaban a vigilar para que los ríos del poder invisible no se desviaran de su curso y la balanza se mantuviera equilibrada. Pero les dijeron que en esta época alguien quería cambiar las cosas, hacer posible lo imposible, doblar el espinazo de lo correcto y producir mil y un anomalías que destruirían el orden. Que los insensatos querían traer el pasado al presente, convertir el presente en pasado y arruinar por tanto el futuro. Que pretendían despertar lo que ya estaba dormido en su túmulo de olvido y muerte, sacar de su fosa a un dios muerto que ya no tenía cabida en esta era. Que esos locos eran fuertes, pues ocupaban los más altos puestos de poder en Shakark. Que en efecto había un peligro enorme, pues podían invertir la sucesión correcta de las cosas, empujar fuera a los Luminosos, los correctos dioses del presente, e invocar a demonios y entidades exteriores para traerlos a este mundo de hombres, manchar la tierra shakark con la sangre de los altares, borrar las líneas de energía, las venas de la tierra, y dibujar un nuevo mapa que descubriría fallas de oscuridad y catástrofe. Ellas lo habían visto y sentido, ellas eran las encargadas de luchar para enderezar lo que empezaba a torcerse. Debían procurar que el tronco del gran árbol que era Shakark no acabara por doblarse, romperse, llenarse de gusanos y soltar una savia negruzca y hedionda, el icor que corría por las arterias del Dios de las Dos Caras. Que en este gran juego todos, fueran labriegos o nobles, eran fichas movidas por númenes que los superaban y a los que servían, sabiéndolo o sin saber. E igual que ellas eran piezas importantes del juego, ellos tres también lo eran, pues allí estaba el rey que debía reunir y aglutinar a todos los shakarks que defendían a los Luminosos, su hermana, el bastón de sabiduría que le sostendría en los momentos sombríos, y el joven guerrero que debía protegerles a los dos. Que, igual que ellas cuatro servían a una causa mayor, ellos tres eran ya la encarnación de otras figuras que habían existido en otras épocas y que habían participado muchas veces en el juego, y que lo harían de nuevo en el futuro, pues podrían cambiar los dioses y los hombres, pero no el juego, pues el juego no tenía principio ni fin.

Era noche cerrada cuando pararon de hablar. Fuera ululaban las lechuzas y una brisa dulce hacía sisear las hojas de los árboles. La anciana los contempló con sus ojos entrecerrados, con la misma

mirada que tenían todas, una mirada que no solo dominaba lo terrenal, sino que discernía otros mundos y entornos que estaban sobre aquel, y que lo nutrían.

Fue solo una pausa, pues al cabo de poco continuaron. Les contaron que los reyes enloquecidos que ahora gobernaban Shakark habían pedido ayuda a sus brujos, y estos habían ensuciado de nuevo los altares con la sangre de los inocentes, y habían invocado a una criatura que perseguía al joven rey, porque él suponía un peligro enorme para los malvados y los insensatos. Ese monstruo cazador ya venía hacia ellos. No habría forma de esquivarlo y tendrían que enfrentarse a él en un duelo. —La guardiana que hablaba en ese momento miró a Skarrion—. Ahí estaba el protector, el paladín. Las Cuatro Que Eran Una le arrojarían sus hechizos para fortalecerle en la hora del combate. Además, le robarían al campeón del bando contrario gran parte de sus energías.

La anciana dijo:

—Los necios se pierden en los detalles y no perciben la enormidad del mundo que los rodea. Los perezosos no quieren hacer el esfuerzo de encontrar ellos mismos las respuestas. Los torpes no entienden las cosas que se les dicen y preguntan mil veces lo mismo, sin comprender que lo importante no puede ser desnudado por completo y que el misterio forma parte de cada solución. Como vosotros tres no sois necios, perezosos ni torpes, no debéis indagar más por el momento. Ahora tenéis que dormir y fortaleceros, pues mañana será un día importante. Cuando el sol salga continuaremos enseñándoos.

Sin más palabras, se levantaron y salieron de la cabaña para defecar y orinar. Skarrion, Eigil y Geirrid estaban serenos. Aceptaban el encantamiento que ronroneaba en sus mentes. Las guardianas volvieron, se echaron en el suelo y cerraron los ojos.

—Debemos descansar —dijo Skarrion.

Los hermanos asintieron. Los tres viajeros también se echaron sobre las frazadas. El fuego había muerto y en su prisión de piedras solo había maderos incandescente y humeantes. Una lengua humosa fluía por el agujero del techo y sus estrellas. Skarrion se fijó en la muchacha de parecida edad a la suya, echada sobre un costado, frente a él. Una sombra de contornos femeninos. De algún modo, tuvo la seguridad de que no estaba dormida y de que le miraba con sus ojos serios y enormes. Skarrion dejó caer los párpados, atravesó todos los niveles y buceó en una oscuridad reparadora y carente de sueños.

Por la mañana les despertó el gallo. La hoguera estaba muerta. Por el agujero del techo se desplomaba una columna de sol. Skarrion abrió los ojos y se sobresaltó al encontrar a la joven cerca de él, en cuclillas, como un animal curioso que olisqueara un objeto extraño.

—Debes levantarte y comer mucho porque lo necesitarás para el

combate. Después vendrás conmigo. Yo te prepararé.

Skarrion parpadeó y se pasó una mano por la frente. Quiso reprenderse por no haber hecho guardia en toda la noche, pero de pronto supo que allí no hacían falta centinelas porque nadie podría sorprender a las guardianas en su propio bosque. Las otras tres estaban despertando a los hermanos. Les traían cuencos de leche. Había comida abundante y variada para Skarrion y él la consumió toda y después pidió más; como hombre acostumbrado a la violencia, sabía que cuando se avecinaba una batalla la frontera entre la vida y la muerte podía ser tan delgada como un puñado de alimentos en el estómago. Bebió agua en abundancia, agarró la espada y la daga y después se fue con la joven, que en todo momento le había estudiado con serenidad, pero sin abrir la boca. Los dos caminaron sumidos en un silencio cómodo. Anduvieron a la vera del río, hasta una floración de rocas con trajes de musgo. La mañana resplandecía, hinchada de primaveras. El agua cantaba su canción infinita.

—Desnúdate —dijo ella.

Skarrion se quitó toda la ropa y dejó a un lado los aceros. La joven estaba muy seria. Sus ojos eran puertas cerradas. Se había hecho una especie de trenza en el pelo y llevaba abalorios en las muñecas, el cuello y los tobillos, adornos que no estaban ahí la noche anterior.

—Ahora túmbate en el río. Las aguas deben purificarte.

Skarrion se metió en el agua fría y rápida, que le cubría hasta las rodillas. Se sentó sobre las piedras, se tumbó y metió varias veces la cabeza bajo bajo la superficie. Se frotó para quitarse la mugre de encima mientras ella le contemplaba sentada en la hierba, con las piernas cruzadas. La mujer le dijo que saliera y se sentara al sol, para secarse. Así lo hizo él, desnudo y perlado de agua gélida, con el pelo rubio aplastado contra el cráneo. Ella extrajo de un saquito una serie de utensilios y herramientas. En un cuenco muy pequeño derramó una especie de pasta azulada y negruzca. Usó paletas diminutas para mezclar los componentes de la masa mientras tarareaba con voz queda y suave. Skarrion la miraba mientras el sol le robaba la humedad a lametazos de calor. Ella estaba concentrada en su tarea, sin dejar de canturrear aquel soniquete ininteligible. El tiempo se arrastraba con dulzura. Ella se acercó a Skarrion con todas aquellas cosas. No paraba de musitar su canción diminuta, que a estas alturas él ya intuía como parte del sortilegio. La chica empezó a pintarle el cuerpo ya seco. El arte fijaría y asentaría aún más la magia en él. Trazaba con los dedos y con las manos enteras líneas y franjas en los hombros, la espalda y la cara del hombre, que seguía quieto y sentado. Ella cantaba mientras pintaba. Él podía sentir su respiración, el roce de sus cabellos, de sus senos bajo la túnica fina, el calor de su cuerpo y sobre todo la presión firme de sus manos y dedos mientras palpaba y pintaba su cuerpo.

Skarrion mostraba una tremenda erección, pero a ella eso no pareció sorprenderle o incomodarle y siguió con lo suyo. Él tampoco dijo nada al respecto. El mundo entero seguía girando alrededor de los dos. Ella se arrodilló ante él para terminar de pintarle el rostro. Levantó los cabellos rubios y aún mojados de la frente de él, la secó con pedazos de hierba arrancada del suelo y trazó en ella una línea horizontal y, debajo, otra vertical. El martillo de Asmund. El signo de los guerreros, de la masculinidad. Ella se acercó mucho a él, hasta que sus narices casi se tocaron. Se miraron durante un buen rato sin decirse nada, sintiendo la respiración de cada uno en la boca del otro.

—Ahora debes abrir tu ser para que el bosque y sus fuerzas entren en ti —le dijo ella.

Skarrion no respondió. Ella sonrió de lado, se levantó y con un andar suave fue a buscar algo a su bolsito. Volvió y abrió el puño. En la palma había un puñadito de setas diminutas y marrones, con puntitas blancas en la capucha.

—No me gustan estas cosas —dijo él.

—A mí tampoco, pero en ocasiones han de utilizarse. Bajarán las barreras de tu mente para que el bosque entre en ti y te acompañe durante la batalla. Es necesario.

Skarrion frunció el ceño. Agarró los hongos y se los metió en la boca.

—Debes recordar siempre que todo acabará pasando —le dijo ella —. Recuérdalo: todo pasará. Ahora debemos esperar a que haga efecto y entonces la magia del bosque se unirá a la magia de los dioses, y también a mi propia magia, la magia de la mujer. Entonces el hombre estará preparado para la lucha.

Se sentó bajo el sol. Le miraba en silencio y acariciaba los tallos de hierba con las yemas.

Al cabo de no mucho, Skarrion empezó a sentirlo. La luz se volvía más brillante, pero no de una manera incómoda o dolorosa, sino agradable. Las formas se hicieron nítidas y crudas y sus contornos parecían tan afilados que podrían cortar en jirones la seda de la realidad. El tiempo dejó de ser un concepto abstracto e imaginario y devino algo real y sensible, algo que transcurría con precisión, que pasaba a través de él, de todas sus fibras, como un viento suave y espectral. Aún podía sentir la tierra fresca bajo sus piernas, pero al mismo tiempo estaba lejos, flotando en un intermedio entre espacios. Miró a la muchacha y se dio cuenta de que toda ella palpitaba, aunque no escapaba de sus contornos y en realidad su tamaño tampoco crecía ni menguaba. La mente giraba como una pelota. Había un núcleo que se expandía más y más, un universo en crecimiento dentro de su propio universo personal. Miró hacia arriba y empezó a reír. Su voz era una cascada de diminutas figuras geométricas que no cesaban de

girar, una serpiente colorida que se perdía entre las nubes. Skarrion quiso tocarla y dijo más cosas, palabras coherentes y sonidos inconexos, solo para verlos culebrear y huir en la mañana brillante. Los trinos de los pájaros levantaron una riada de ecos que se superponían entre sí. El rumor del agua era un trueno amoroso. Se sintió distendido, estirado. Una parte de él quería luchar contra aquello y empezaba a sentir el miedo de quedarse atrapado para siempre en este engañoso país de las maravillas, pero recordó lo que ella le dijera: todo acabaría pasando; se aferró a ello y experimentó un brote de seguridad.

En algún instante de todos aquellos latidos convertidos en años cruzó la membrana y pasó al siguiente nivel. Ahora podía ver el aura de energía poderosa y femenina que rodeaba a la joven. Al mirarse sus manos vio su propia luz recia y carnosa de macho, y al profundizar más descubrió las líneas de energía plateada dentro de él, siempre circulando, las líneas que le unían al suelo y que a su vez se mezclaban con cables más gruesos y brillantes, con serpientes gigantescas que circulaban por todas partes. El gran patrón. La red unificadora. Cielo, sol, nubes, árboles, hierba, tierra, agua… Todo era la misma cosa. La diversidad era la unidad. Y sabía que si ahondara en el patrón no discerniría otra cosa que un océano de energía en el que los seres vivos, animales o vegetales, serían solo cuajarones de vitalidad concentrada. Al final no habría separaciones, fronteras ni límites. La gran red universal. El sentido de maravilla era devastador. Durante unos instantes se olvidó de respirar y al final jadeó, extasiado. Entonces comprendió que debía abrirse, que este era el momento, y así lo hizo. Sintió la fuerza del bosque penetrando en él, como si estuviera bebiendo agua tras la sed de los desiertos. Podría seguir bebiendo y bebiendo porque su estómago era un pozo sin fondo.

En este mar de luz que era la realidad descubrió sombras plateadas aún más intensas. Comprendió que no solo existen los seres materiales en este mundo terrenal, sino también otras criaturas elementales que flotan y planean y que entran y salen de las cosas. Entonces comprendió por qué los llamaban Luminosos… Vio a los dioses de Shakark, como númenes resplandecientes. Estas criaturas no podrían ser jamás descritas por los hombres comunes y por ello se utilizaban arquetipos, símbolos y figuras que los humanos podían entender y asimilar. Había que transformarlos en mito. Vio a Kor, Asmund, Charste, Mildri, Ranveig y los demás dioses, los vio en las hojas, el agua, los árboles, las nubes, los vio también dentro de él, porque estaban a la vez en muchos sitios y saltaban de aquí para allá de manera tal vez caprichosa… o tal vez no. Sobre todo, sentía en la frente el fuego de la entidad incorpórea que era Asmund, una criatura de fuerza y voluntad crudas, lo sentía donde la hechicera había

pintado el símbolo del martillo.

Pero también entrevió otros númenes tenebrosos y antiguos, más densos, oscuros, seres elementales que ya no tenían cabida en esta época y que aun así querían despertar y cubrirlo todo bajo sus membranas. Se arracimaban en la sombra cavernosa que era Mumaga, un elemental de poder vastísimo que había sido vencido ya antes por los Luminosos y que volvía para tomarse el desquite. Incluso vio el flujo negruzco y sucio que estaba alimentándolo: sangre de almas. Mumaga no era como los Luminosos, que se nutrían de la adoración y el amor de los hombres; aquella cosa atávica necesitaba sangre derramada en los altares, pues hay mucha magia en la sangre y quizá esa magia sea más fuerte que todas las demás. En Shakark alguien estaba alimentando a los dioses con sangre y eso rompía el orden. Skarrion comprendió entonces que Eitri tuvo razón al decirle que en esta guerra la religión —no la política— era lo importante, porque la religión era la puerta que conectaba lo mundano y lo trascendental. El dueño y señor de dicha puerta sería quien decidiera cómo iban a comunicarse esos dos entornos.

Poco a poco el mundo dejó de ser una red de luces y los brillos y resplandores devinieron arbustos, piedras, barro e insectos. Todo caía y se deslizaba, todo se perdía, absorbido por la piel del mundo, convertido otra vez y para siempre en un conjunto de significados que la mente podía palpar, diseccionar, analizar y entender. Skarrion volvió a quedarse empotrado en el molde de su humanidad. A pesar de que lo experimentado acabaría defecado en la palangana del olvido, persistiría siempre la sensación de que el universo era más grande y misterioso de lo que el hombre podía llegar a imaginar. El universo siempre se desborda por encima de sus propios límites.

Skarrion parpadeó muchas veces. Todo era mundano y sin embargo todo vibraba con suavidad, como el rumor de una tonada ligera que tarda en desaparecer. Un eco dulzón. Ahora se sabía más fuerte, pues en él estaba el poder de la tierra.

Ella se levantó.

—Ahora ya estás preparado. Vamos al lugar del duelo.

Cuando llegaron al claro del bosque ya estaban allí las otras tres guardianas. Geirrid y Eigil se encontraban a su lado y lo miraban todo con ojos muy abiertos. Skarrion desenvainó la espada y la daga. Fue al centro del claro y quedó inmóvil. Todos esperaban.

Al cabo de un tiempo que se les hizo largo, pero que no lo fue tanto en realidad, vieron al cambiante salir de la espesura. La anciana les hizo un gesto a Geirrid y Eigil y ellos dos se alejaron del claro. Ya no hacía falta mostrar el cebo.

Todo esto sucedió en el pasado.

Ahora, el cambiante corría hacia Skarrion Gunthar y se desprendía

de los últimos vestigios de su máscara. Entre dos zancadas cayeron la carne y los músculos humanos, como una jalea pesada y sangrienta. El ser recordaba vagamente a un hombre, pero estaba cubierto de escamas negruzcas, tenía una testa de pesadilla, unos brazos monstruosos y largos que le permitían trotar como un simio y una cola de lagarto larga y gruesa. Rugía y chillaba, su voz no era de este mundo y alzaba miedos atávicos desde las simas abisales de la mente. Saltó hacia Skarrion, que se movió de una manera aún más rápida y precisa de lo habitual; el humano esquivó al cambiante y le dio un tajo en un hombro. El monstruo gruñó, derrapó sobre la hierba y volvió a correr hacia el hombre. Skarrion le asestó un revés que le abrió la boca aún más y que lanzó al aire un pegote de icor verde y oscuro, la sangre de la criatura. El monstruo se retorció y Skarrion le clavó la daga en el cuello, hasta las guardas. El ser le empujó y empezó a dar zarpazos con sus largas uñas ganchudas. Abrió la piel de Skarrion y le rompió una costilla. El guerrero gritó, se retorció y estocó en el pecho del ser. El cambiante le asestó un cabezazo en la boca y Skarrion retrocedió mareado. El demonio le golpeó las piernas con la cola y el hombre cayó sobre la espalda, perdiendo el aliento en el golpe. La criatura le agarró de una pierna y con un largo gruñido cavernoso lo arrojó por los aires. Skarrion rodó por los suelos, sin perder la espada y la daga. Consiguió levantarse a duras penas. El monstruo se le echó encima, abrió las fauces plagadas de colmillos para arrancarle la cara de un solo mordisco y Skarrion disparó el brazo hacia delante y hundió allí la daga. La criatura soltó un gañido y escupió un chorro verde y baboso sobre su enemigo. Skarrion le dio un tajo en el abdomen que le abrió la piel dura y escamosa. El cambiante le dio un zarpazo en el pecho y Skarrion retrocedió tambaleándose, cubierto de sangre de la cabeza a los pies. El cambiante se le acercaba vomitando algo negro y verde por la boca, sin dejar de rugir y morder el aire. Lanzó una garra para empalar por el estómago a su enemigo, Skarrion la esquivó de un paso lateral y al mismo tiempo le tajó el brazo, cortándolo hasta el hueso. Le asestó dos cuchilladas en la cara que le abrieron el hocico y un ojo. La espada buscó otra vez el corazón del monstruo, o al menos lo que hubiera dentro de su pecho. El cambiante le esquivó, le empujó y Skarrion retrocedió cayéndose. El monstruo se le acercaba gruñendo, chorreando su sangre apestosa. Solo veía por un ojo. La cola se movía de un lado a otro sin cesar. Skarrion jadeaba, mareado y dolorido. La fuerza se le escapaba por las heridas. La costilla rota era un infierno. Se apoyó en una roca enorme y se levantó, con la espalda apoyada en ella.

—Venga… —le susurró al monstruo, y de algún pozo del alma extrajo el coraje necesario como para levantar los aceros—. Vamos…

El cambiante fue por él, trotando sobre las cuatro patas. Skarrion le esquivó y las garras arañaron la piedra y dejaron líneas blanquecinas en su carne dura y gris. Skarrion retrocedió dando tajos como un borracho, la criatura los recibía y aun así avanzaba. De un zarpazo abrió el antebrazo derecho y con un grito de dolor Skarrion soltó la espada. El ser saltó en su busca y los dos cayeron hechos un revoltijo. Skarrion le agarraba del cuello y le hundía la daga en los costados y el abdomen, una y otra vez, sin descanso. El ser chillaba y trataba de morderle la cara. El monstruo le arrojó contra un árbol. Barrió con las garras el aire para deshacer de una vez por todas la faz del hombre, pero este se agachó y al mismo tiempo hundió la daga en el abdomen escamoso, la metió hasta las guardas y la sacó de un tirón. Luego cayó sobre las rodillas, gateó como un perro, se desplomó y se arrastró de un modo patético. El cambiante lucía una tajadura monstruosa que se abrió aún más y dejó escapar primero un bulto azulino y después unos intestinos que parecían lombrices gigantescas. Abrió mucho el único ojo, luego la boca, emitió una especie de bufido que arrojó una lluvia de icor sangriento. Skarrion le observaba con los ojos desorbitados. Se agarró a un árbol para levantarse. El monstruo siguió andando, agarrándose la brecha, por la que ya se le escapaban las tripas humeantes. Ahora hedía mil veces peor, a vísceras y heces. Se acercaba a Skarrion. Daba un paso, luego otro. Soltaba gemidos de piedra. Cuando atacó a su enemigo la herida se le abrió todavía más y por el boquete emergió un torrente de tripas y sangre viscosa. Aun así agarró a Skarrion y de nuevo los dos quedaron abrazados. El guerrero daba cuchilladas salvajes, en la ingle y sobre todo en el cráter inundado que era el abdomen. El monstruo le mordió en un hombro y Skarrion soltó un alarido. Fue arrojado a un lado, cayó a la hierba y se le rompió aún más la costilla. Una lanza de dolor atravesó su mente. Se retorció, incapaz de hacer otra cosa que jadear. Arriba, el sol era una pelota nauseabunda y luminosa. Vio a la criatura, arrastrándose hacia él, con el único ojo encharcado clavado en su presa. Parecía una especie de gusano titánico y medio aplastado que dejara un rastro de tripas. Skarrion retrocedió. De pronto, estaba en el agua. La frialdad del río le hundió cuchillas de escozor en las heridas, pero también le sacó el cansancio de la mente. Resbaló en el fondo de piedras romas, se rasguñó las rodillas y se golpeó los dedos. El cambiante rugió y entró en el agua, como el dios supremo de todos los cocodrilos. Skarrion le pateó la cara, la cosa le agarró de la pierna y se la mordió. El hombre profirió un alarido. El agua les bañaba, se llevaba sus sangres. Skarrion intentó apuñalar al monstruo, pero la daga ya no estaba en su mano —la habría dejado caer en algún momento de la pelea—, así que solo consiguió darle un puñetazo en la cara. El hueso de su pantorrilla estaba a punto de ceder bajo los dientes de la

criatura, que también le arañaba con las garras en los muslos, donde abría largos cortes que dejaban salir láminas rojas. El monstruo se quedaba sin fuerzas, la muerte tiraba de él, pero quería llevarse consigo a su rival. Skarrion agarró una de las pesadas piedras del fondo del río, la levantó y la descargó sobre el cráneo enemigo una y otra vez, aplastándolo, deformando los huesos, partiéndolos, chafando el único ojo. Siguió haciéndolo cuando el ser ya no se movía, con frenesí, soltando jadeos que devenían sollozos. Metió los dedos entre las mandíbulas de la criatura, consiguió abrir su boca y sacó la pierna desgarrada. No podía apartar la vista de aquella cosa inmunda. El agua helada entumecía su cuerpo. Se dejó caer sobre el fondo de piedras resbaladizas. El frío era agradable. Todo le empujaba hacia abajo, hacia las tinieblas. Vio a las cuatro guardianas del bosque que corrían hacia él y se metían en el río, haciendo saltar el agua en cortinas brillantes. Sintió sus manos y oyó sus voces. Decían que aún estaba vivo y que había que curarle cuanto antes. La joven que había pintado su cuerpo clavó en él su mirada y le dijo algo que él no pudo entender, algo que era no tanto una orden como una súplica. Vio la angustia en sus ojos. También descubrió a Eigil y Geirrid, en la orilla, mirándole con la boca abierta y los ojos húmedos. Miró hacia arriba, a la gran bola de mierda dorada. El mundo se apagó.

20

Los funcionarios del rey se presentaron en Macún el día siguiente de las muertes de Mista Aevar y Jaldor y de la misteriosa desaparición de Fulla Gunthar. Salieron del Puerto Real de Ludvica en un barco rápido, en cuanto el sol asomó por el horizonte, pues tenían prisa. Eran dos nobles de palacio, los justicias del rey, uno viejo y astuto y otro joven e impetuoso. Se llamaban Eluf Joat y Rigmor Semine. Desembarcaron de la serpiente de guerra y se hicieron acompañar de una guardia de diez guerreros con la armadura completa, la lanza y el escudo. Los llevaron sin más demora a la fortaleza, que dominaba la ciudadela y el burgo de Macún como un gigante de torres y almenas sentado sobre los acantilados, y fueron recibidos por el mismísimo patriarca y señor de los Gunthar.

—¿A qué debemos el honor de vuestra visita, señores? —les saludó con aire inocente—. Por favor, permitidme ofreceros una cerveza o un vino.

—No hay cervezas ni vino que valgan, señor Gunthar —espetó Rigmor Semine—. Exigimos que se nos entregue de inmediato a vuestra hija, la dama Fulla Gunthar.

Olaf los contempló con asombro.

—Señores, no entiendo de qué me estáis hablando. Mi hija ha de encontrarse en Ludvica, a la espera de sus bodas con el príncipe.

—Vuestra hija es una asesina, señor Gunthar, y se la busca en todo el país.

—No voy a tolerar que se insulte a mi hermana en mi presencia y ante mi propio padre —repuso Beini, que estaba también presente—. ¿Quién osa decir tales salvajadas?

Semine iba a replicar con voz dura, pero su compañero le cogió de un brazo para calmarle y tomó las riendas de la conversación:

—Tenemos una orden de búsqueda de la dama Fulla Gunthar. Está firmada por Su Majestad el Rey. Debe sernos entregada cuanto antes. Yo os garantizo, señor Gunthar, que vuestra hija tendrá un juicio justo y que si es inocente de las acusaciones vertidas contra ella no sufrirá daño alguno.

Tendió un rollo, Olaf lo cogió y empezó a leer.

—Pero esto no puede ser cierto… —murmuró—. Mi hija no puede haber asesinado a nadie… Ella es una muchacha tranquila y buena… No, no, no… Ay, esto me hace sangrar el corazón… Fulla… Ay, hija de mi vida, ¿qué has hecho?

—¡Vos sabéis muy bien lo que ella hizo, señor Gunthar! —explotó Semine—. ¡Y la tenéis aquí escondida!

—¿Pero qué sandeces decís, majadero? —rugió Olaf—. ¡Jamás albergaría a un criminal buscado por mi señor el Rey? ¡Ni aunque fuera mi hija!

—Después de asesinar a su maestra, vuestra hija escapó disfrazada en un carro cerrado que llegó a vuestro señorío por el camino que bordea la costa. ¡Hay muchos testigos que así lo afirman! Es evidente que venía buscando protección. Resulta del todo imposible que nadie en Umega la haya visto ni detenido. Tiene que estar aquí, en algún lugar de vuestro feudo, escondida.

Joat volvió a agarrar a su compañero del brazo y le dirigió una mirada de advertencia. Pero la que había en sus ojos cuando se volvió hacia Olaf era aún más severa y profunda.

—Señor Gunthar, por el bien del reino y sobre todo por vuestro propio bien, os aconsejo que colaboréis con nosotros.

Olaf parpadeó sorprendido, se llevó las manos a la cabeza, compuso una expresión de dolor, abrió la boca y emitió un mugido torturado. Los dos justicias del rey se quedaron atónitos al verle de tal guisa.

—¡Ay, mi niña! —gritó Olaf—. ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Ya sé lo que le ocurrió! ¡Pobre hija mía descarriada!

—Señor Gunthar, será mejor que os expliquéis.

Olaf lloriqueaba como un perro.

—¿Decís que mi hija venía en un carro por el Camino de los Acantilados?

—Sí —respondió Joat, receloso.

—¡Entonces le ha sucedido algo horrible! ¡Esto es una tragedia! Debéis venir conmigo, señores. ¡Tengo que mostraros algo!

—Pero…

—¡No hagáis preguntas! ¡Mi corazón sufre tanto que ni siquiera puedo hablar! ¡Debéis verlo con vuestros propios ojos! ¡Vamos! ¡Beini, querido hijo, haz que traigan caballos!

—¿Caballos?

—Sí, nobles señores… Lo que debéis ver está lejos de aquí. Tendremos que cabalgar. ¡No, os lo ruego, no preguntéis nada aún! ¡Ay!

Semine abrió la boca, pero su compañero levantó una mano que atajó el comentario furibundo.

—Vamos a haceros caso, señor Gunthar. Pero llevad cuidado, mucho cuidado. Haceos a la idea de que a través de nosotros tratáis directamente con el rey. Mandad traer caballos también para nuestros diez guardias. Preferimos que vengan con nosotros. —Sonrió, malévolo—. Espero que lo entendáis.

—Por supuesto, de igual modo que vos entenderéis que nos acompañen veinte jinetes de mi guardia personal.

Joat se puso lívido, pero no dijo nada. Asintió, y todos fueron hacia las caballerizas.

Al cabo de no mucho, Olaf, los dos justicias y una auténtica muchedumbre de guerreros a caballo se detenían en cierto lugar del Camino de los Acantilados, un recodo especialmente peligroso donde la senda de tierra y piedra dibujaba un codo sobre el abismo. A la derecha había una caída monstruosa, hasta las rocas negras del fondo y el oleaje blanco que las azotaba. Las gaviotas chillaban en el aire y el viento alzaba los cabellos y las capas.

—¡Fijaos! —exclamó Olaf Gunthar—. ¡Mirad por el borde! ¡Ahí está!

Semine y Joat intercambiaron miradas sorprendidas y enojadas y en efecto se asomaron.

—Ahí solo hay mar, y la fachada del acantilado. ¿Acaso estáis jugando con nosotros?

—¿No lo veis? ¡Allí, allí, en ese reborde lejano!

Señaló con el dedo y los justicias abrieron mucho los ojos y la boca.

—¡Ahí debió matarse mi chiquilla! —gritó Olaf.

Su dedo señalaba los restos destrozados de un carro cerrado, el mismo en el que huyera Fulla el día anterior. Sin duda había caído desde el camino y se había partido y hecho trizas al rebotar sobre las rocas de la fachada, porque en aquella cornisa del fondo, ya cerca de las rocas y sus olas, solo quedaban los restos de la caja y tres ruedas, una de ellas partida en dos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Joat.

—Señores, yo no puedo hablar por culpa del dolor que siento… —gimió Olaf—. Es mejor que os lo cuente este hombre, que gobierna esta parte de mi feudo en mi nombre. Se llama Lars Irbon y yo doy fe de que por su boca solo puede salir la verdad.

El aludido, al que habían ido a buscar a su granja mientras todos se dirigían al Camino de los Acantilados, se les acercó y dijo:

—Nobles señores, mi hijo me lo contó todo. Él estaba cuidando de un rebaño de cabras y descansaba en aquella loma de ahí arriba cuando vio el carro, que venía por el camino a una velocidad muy imprudente. Le advirtió al conductor que se iba a salir del sendero, pero el hombre no le hizo caso, tomó la curva de una manera alocada y… —Señaló el armatoste hecho trizas—. Lo que tenía que ocurrir, ocurrió. Mi hijo vino corriendo a contármelo y ordené que bajaran algunos de mis hombres para buscar supervivientes. Con mucho peligro de sus vidas lo hicieron, pues como veréis la fachada aquí es casi vertical y apenas tiene asideros. Llegaron al carro destrozado y no

hallaron a nadie en él. Pero sí vieron en su interior un velo de mujer y algunos trozos de ropaje oscuro. El conductor debió caer directamente a los rompientes y, si tras el golpe le quedaba algún hueso sano, el reflujo del mar debió llevársele mar adentro, porque no hemos hallado su cadáver. En cuanto a la mujer del velo, tal vez tuvo tiempo de saltar mientras el carro caía o quizás pudo arrastrarse fuera, una vez que el armatoste se detuvo. Debía estar tan herida y contusionada que sin duda acabó cayéndose a las olas… Tampoco hemos encontrado su cuerpo.

Los dos funcionarios miraban con atención los despojos de metal y madera, allá abajo. Joat se volvió hacia Olaf.

—¿Y dónde están los caballos?

—Los mástiles a los que estaban sujetos se partieron durante la caída y por tanto los animales quedaron libres, aunque se matarían o se romperían las patas… Y acabarían en los rompientes.

—Y tampoco los habéis encontrado.

Lars Irbon se encogió de hombros.

—Sin duda también fueron arrastrados por el mar. Es posible que los cuerpos de las personas y de los animales aparezcan en estas costas en los próximos días, pero también puede que se pierdan en lo más hondo del Nortalje.

—Los peces los habrán devorado —intervino Olaf, con voz dolorida—. ¡Ay, pobre hija mía, qué triste final has tenido!

Los justicias se miraron con desconfianza.

—Todo esto apesta a añagaza —masculló Semine.

—¿Qué? —rugió Olaf—. ¿Pero qué decís, villano malhablado? ¿Me llamáis mentiroso en mi propia cara, y encima cuando acabo de saber que a mi hija se la han comido unos peces inmundos?

—Sospecho que la tenéis guardada en vuestro castillo y que todo esto es una comedia. No somos necios, señor.

—Creo que sí lo sois, porque quien me insulta en mi casa es un necio y sobre todo un imprudente.

Dio un paso hacia él y Semine retrocedió, intimidado. Joat intervino.

—Teneos, señor Gunthar. Y vos, amigo, sujetad la lengua.

—Necesitamos pruebas —dijo Semine, tras la espalda de su compañero—. Habrá una investigación.

—¿Qué investigación? —se extrañó Olaf—. Ya os he dicho lo que ha ocurrido y por tanto no es necesaria investigación alguna.

—¡El rey enviará personas que descubrirán la verdad!

Olaf Gunthar levantó la barbilla.

—Oídme bien, cachorro impertinente, y vos también, que parecéis más juicioso. Os he dicho la verdad sobre este asunto y por tanto nadie va a meter los hocicos en mis tierras, ya sean los hombres del

rey o los demonios de Gunlaug. Decídselo así a nuestro amado y querido señor Birger II.

—Recordad que sois su vasallo.

—Jamás lo he olvidado y por ello estoy dispuesto a obedecerle y servirle en lo que me atañe. Pero él tampoco ha de olvidar que a los vasallos hay que tratarlos con respeto y que yo no voy a tolerar que se ponga mi palabra en duda.

—¿Estáis desafiando al rey de vuestro país?

—Jamás lo haría. —Olaf sonrió de lado—. Y sé que el tampoco desafiaría a todo el clan de los Gunthar, y menos ahora, cuando las cosas están aún tan… complicadas en nuestra amada patria.

Semine estaba escandalizado.

—¡Lo que decís se aproxima a…!

—¡Silencio! —ordenó Joat, y el otro cerró la boca.

—Por otro lado… —Olaf se frotaba la barba, pensativo—. Según me habéis contado acerca del crimen, tengo dudas de que la culpable sea mi hija…

Joat sonrió incrédulo y meneó la cabeza.

—Vuestra osadía desconoce límites.

—Fijaos en lo siguiente… —continuó Olaf—. No hay testigos del asesinato de la señora Mista Aevar y de ese guardián armado. Todo lo descubrieron después y por tanto nadie puede asegurar rotundamente que los matara mi hija. Y en cuanto a la mujer del carro, tampoco nadie le vio la cara, así que tampoco hay ningún testigo que pueda probar fuera de toda duda que Fulla estuviera bajo el disfraz. Quizás fuese otra mujer, una loca, una enajenada que odiaba a Mista Aevar, de la que se rumoreaba que tenía mal carácter y que se había ganado algunas enemigas en la corte. Mi hija no podría haber matado ni a una mosca, pero nuestra loca desconocida sí planeó el crimen y sí lo ejecutó. No obstante, sus prisas por huir le hicieron despeñarse por el acantilado. En realidad… ¿Cómo sé yo que mi hija mató a su maestra? —Abrió mucho los ojos azules—. ¡Ah, ahora lo veo claro! ¡Mi hija descubrió a la asesina durante el acto criminal y la loca también la mató! ¡Por eso Fulla no aparece por ningún lado! Señores, tenéis que empezar a buscar a mi hija no aquí, sino en Ludvica. He de darle un entierro digno y para eso necesito su cuerpo. ¡Respetad la memoria de un padre dolido! Y además estimo pertinente que se retire la acusación contra ella porque resulta imposible demostrar que fuera la asesina.

Los justicias le miraron, perplejos y furibundos. Semine parecía a punto de explotar, pero Joat volvió una vez más a calmarle.

—Estáis jugando un juego peligroso, señor Gunthar. Ahora nos marchamos, pero tened por seguro que daremos cuenta de todo esto al rey. Habrá consecuencias.

—Haced lo que tengáis que hacer, señores. Pero no quiero que os enojéis por estos malentendidos. Permitidme agasajaros en mi humilde hogar.

—Aquí no hay nada más que hacer, así que en cuanto volvamos al puerto embarcaremos y nos iremos. No hace falta que vos nos acompañéis. Sabremos llegar solos.

—Como queráis, noble señor. Pero aún quiero deciros algo más.

—¡Qué!

—Quiero que transmitáis mi más sentido pésame a la reina por la muerte de su prima, esa dama noble y virtuosa. Y reitero mi dolor por la muerte de Su Alteza el príncipe Enar, un muchacho que era la viva imagen de sus progenitores.

Los funcionarios le asesinaron con la mirada.

—Adiós, señor Gunthar —gruñó Eluf Joat.

—A pesar de los luctuosos acontecimientos, vuestra visita ha sido un honor para mí.

Una vez que se hubieron ido, Olaf se llevó aparte a su vasallo Lars Irbon.

—Señor Gunthar, podéis estar seguro de que nadie contará nada sobre lo que verdaderamente ocurrió.

—Confío en vos, amigo. Podéis quedaros con los caballos del carro, pero no los llevéis a los burgos ni a las ferias porque tienen la marca de las cuadras reales.

—Gracias por el regalo, mi señor. ¿Qué hicisteis con el conductor del carro? ¿Dará problemas?

—¿Ese? Le di a elegir entre empezar una nueva vida con un nuevo nombre, sirviendo en mi fortaleza, o ser arrojado junto al carro por el precipicio. Lógicamente, prefirió lo primero. Es un hombre joven, sin familia ni seres queridos en Ludvica que le busquen, y no le costará adaptarse a Macún. Además, le pagaré más de lo que ganaba en la capital. En realidad ha salido ganando con el trato. No dará problemas, por la cuenta que le trae.

—¿Puedo preguntaros que tal está vuestra hija? Se encontraba sofocada y nerviosa cuando la encontró mi hijo.

—Se encuentra bien. Hicisteis bien al traérmela de forma rápida y discreta. —Le miró con gravedad—. Recordadlo: Fulla Gunthar nunca pasó por aquí. No la habéis visto. Nadie la ha visto.

—Por supuesto, señor. Guardad cuidado. Los míos tendrán la boca cerrada.

—Y los ojos abiertos. Tenedme al tanto de las novedades. No creo que esos bastardos vuelvan, pero por si acaso estad vigilante.

Irbon asintió. Olaf le dio una palmada en el hombro y volvió con sus gentes a la fortaleza. Una vez allí, le informaron de que los justicias del rey habían devuelto los caballos y se habían ido en su

barco, de vuelta a la capital.

—Que se pudran en el infierno —le dijo Olaf a su esposa y sus hijos, incluida Fulla, cuando se reunieron de nuevo en el salón de la fortaleza—. Nadie me va a decir cómo tengo que llevar los asuntos en mi propia casa.

—Padre, ¿creéis que se habrán creído lo que les dijisteis? —le preguntó Fulla.

—Por supuesto que no. Pero una excusa creíble siempre es mejor que una negación abierta. Así, los reyes tendrán algo a lo que agarrarse para salvar su propio orgullo cuando decidan tragárselo todo y no hacer nada.

—¿Estás seguro de que no van a hacer nada? —le preguntó Borgil.

—La posición de Birger II todavía es insegura en el país y si él no lo entiende porque es un zoquete su astuta mujer sí lo entenderá y le obligará a quedarse quieto. Ahora que han perdido a Fulla no tienen ya ningún poder sobre nosotros. Saben que pelearemos hasta el final si vienen a por ella. Tienen mucho poder, pero nosotros sabemos dar buenas dentelladas cuando nos provocan; les sería demasiado difícil tomar por las malas nuestro feudo. Y también saben que aún hay muchas gentes descontentas en el país, gentes que tal vez deseen volver a pelear si nosotros les aseguramos nuestro apoyo.

—Tus palabras me tranquilizan —dijo Borgil—. Espero que no estés errado.

—No lo estoy —afirmó Olaf, tan tajante como de costumbre—. Pero eso no quiere decir que estemos seguros. Nos hemos ganado el peor de los enemigos: el rey. Nos la tendrá guardada y nos la va a devolver con creces en cuanto pueda. Estamos marcados.

Guardaron silencio durante muchos latidos.

—¿Y qué va a pasar con Fulla? —preguntó Audumla.

—Para el reino, Fulla Gunthar ha muerto o al menos ha desaparecido. —Miró a su hija pequeña, que le observaba a su vez con seriedad—. Ya no podrás salir de esta fortaleza porque el país entero te busca. Es por tu propio bien, hija mía. Pero no eres ninguna prisionera. Aquí te daremos toda la libertad posible.

—Después de vivir en la corte esto será el paraíso más dulce —respondió la joven. Su mirada se agravó—. Lamento haber traído la deshonra a nuestra casa. Ahora soy una proscrita.

—¡Ja! —rio Olaf—. ¡Si supieras cuántas veces me declararon proscrito a mí, en mi juventud, cuando no tenía nada y todo lo tenía que conseguir por la fuerza…! ¡Pierde cuidado, chiquilla! Los delitos aparecen y desaparecen según van pasando los reyes y los gobernantes. Las leyes y la justicia son perros con correas de oro, política y acero. Algún día haré que te declaren inocente y saldrás a la luz. Hasta entonces, estás muerta para el país.

—Lo comprendo.

—Pero estás viva para nosotros. Y eso es lo que importa.

Ella le sonrió y en las duras facciones de Olaf apareció una sonrisa aún más ancha. Luego suspiró. Miró con severidad a su hijo.

—Beini, quiero que nuestras gentes estén afiladas por si hay jaleo. No creo que nos ataquen, pero por si acaso habla con los capitanes. Hay que estar preparados.

—Así lo haré, padre.

—Y otra cosa más. Luego nos reuniremos en mi despacho para escribirle una carta a nuestro amigo Gultop Nidog. Si es el mayor adversario del rey, ahora nos conviene tenerle como amigo. Un amigo en la sombra, claro, al menos por el momento.

Beini sonrió con astucia.

—Me parece una buena idea.

—Ya hablaremos de eso después. —Olaf agitó la mano—. Ahora debemos distraernos un poco de todos estos asuntos tan pesados. —Volvió a sonreír—. Al fin y al cabo, nuestra querida Fulla ha vuelto con nosotros.

Ella le devolvió la sonrisa, pero al cabo de unos latidos frunció el ceño y los miró con preocupación.

—¿Qué te pasa, hija mía? —le preguntó Olaf.

—¿Me va a decir alguien de una vez por todas dónde está Skarrion?

La sonrisa de Olaf quedó aplastada bajo una losa de enojo.

—¡Vámonos, Beini! —ordenó, y echó a andar hacia la puerta. Su hijo le siguió y cerró tras él.

Fulla miró a su madre y a su hermana con sorpresa y preocupación.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Borgil le acarició el cabello y suspiró, apesadumbrada.

—Tu hermano Skarrion ya no está en Macún. Se ha ido.

Los dos justicias que habían viajado aquella mañana a Macún se lo contaron todo a los reyes del país, esa misma tarde, y en privado.

—Eso es lo que nos dijo el señor Olaf Gunthar, Majestad —finalizó Semine.

—Maldito sea —repuso Birger II, con su mirada sombría clavada en el funcionario—. ¿Cómo osa negarse a que vayan los pesquisidores de la Corona a su feudo, para poner en marcha una investigación oficial? ¿Acaso pretende desafiar mi poder? ¿Acaso no sabe que soy el dueño del país y que él es mi vasallo?

—Se lo recordamos una y otra vez, Majestad —intervino Eluf Joat

—. Pero él se mantuvo rebelde y levantisco.

—Es un felón —dictaminó el rey—. Pero yo le haré entrar en razones. Enviaré mis huestes a Umega y lo arrasaré todo a…

—Vos no haréis nada de eso, Majestad —atajó Yulene.

—¿Qué? —Su esposo la miró con sorpresa—. ¿Qué habéis dicho?

—Que no atacaréis las tierras de los Gunthar. —La reina miró a los justicias—. Señores, podéis iros. El rey y yo debemos hablar en privado.

Los dos funcionarios agacharon la cabeza y se fueron. Una vez que estuvo a solas con ella, Birger frunció el ceño.

—¿Se puede saber por qué siempre contradices mis órdenes?

—Porque la mayor parte de las veces son necias. —Los ojos de ella le enmudecieron, como solía ocurrir cuando discutían—. ¿Acaso no creéis que a mí no me gustaría devastar Umega y ahorcar a Olaf Gunthar y a su prole asquerosa? ¿Creéis que he olvidado que Fulla Gunthar asesinó a mi prima?

—Entonces, ¿por qué no…?

—Porque ahora no es tiempo de pendencias en el país. Hemos ganado la guerra, sí, pero nuestro poder aún no está consolidado. Si atacáramos a los Gunthar ellos llamarían en su ayuda a los Nidog, que se os escaparon a vos de Cajani y que aún no nos han jurado obediencia. —Sonrió, burlona y maliciosa—. Mi dulce marido, ¿por qué crees que Olaf Gunthar se muestra tan soberbio? Porque sabe que para nosotros atacarle ahora es demasiado riesgoso.

—Pero es un mal vasallo y debe recibir su castigo.

—Lo recibirá en su debido momento. No ahora. Algún día nos quedaremos con toda la fortuna de los malditos Gunthar, eso te lo garantizo. Mas ahora debemos ser pacientes.

Birger la miró a los ojos durante un buen rato y al final respiró fuerte y apartó la vista.

—Está bien. Pero no volveré a tolerar ninguna insolencia de ningún vasallo.

—Ya estamos cerrando las alianzas precisas. Nuestros diplomáticos se encargan de esas cosas. Tenemos que aislar a los Nidog.

—Y también a los Gunthar, por lo que se ve.

—También —repuso Yulene—. No obstante, quiero que tengas afilada la espada de la guerra.

—La Hueste Real está preparada para el combate.

—Bien. Vos dedicaos a eso y dejadme a mí todo lo demás. Majestad.

El Taciturno la contempló con ojos torvos y dubitativos. Ella siempre le intimidaba con su inteligencia cortante y su carácter despiadado.

—Sea —dijo. Agarró la copa que siempre tenía cerca y le dio un

buen trago—. Pero…

Llamaron a la puerta y la reina levantó una mano para callarle.

—¿Quién demonios puede ser ahora? ¡Adelante!

Entró el sacerdote Grim. Tenía el rostro demudado y no osaba mirar a la reina a los ojos.

—Majestades… Ruego audiencia privada con la reina.

—¿Es que no podéis comentar vuestros diabólicos asuntos delante de mí? —se quejó Birger.

Yulene le miró con enojo, pero no le respondió. Se levantó y fue con Grim.

—Vamos.

El rey hizo una mueca desabrida y avergonzada y siguió bebiendo.

Yulene se llevó al sacerdote a una sala privada y cerró la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tienes esa cara de perro asustado?

—Majestad, yo… No sé cómo decíroslo…

—¡Habla de una vez!

—Se trata del cambiante…

—Supongo que ha cumplido su misión y que ya estará devorando al maldito hijo de la reina Dis…

—No, Majestad. —Tragó saliva y la miró a los ojos—. Majestad, esa criatura y quienes la trajimos estábamos unidos por un hilo sutil de magia. Es un enlace que enlaza al ser invocado con el lugar de la invocación. Ayer sentimos que… El hilo se había roto.

—¿Y qué diablos significa eso?

—Que el cambiante ya no está en nuestro poder.

—¿Acaso ha huido?

—Eso es imposible porque estaba atado por las cadenas de la magia. La única explicación es que está muerto. Lo han matado.

Ella le miró durante muchos latidos.

—¿Pero qué dices, majadero? —explotó—. ¿Quién ha podido eliminar a ese monstruo? ¿Quién tiene el poder?

—Todo esto hiede a magia, Majestad. La de nuestros enemigos. Aún quedan hechiceros y brujos en Shakark que sirven a los Luminosos; no son muchos, pero deben tener aún suficiente fuerza como para vencer a un cambiante. No sabemos cómo ni dónde ha ocurrido, pero han matado a nuestro cazador.

Los ojos de Yulene fueron de un lado a otro, nerviosos.

—Pero al menos, el cambiante habrá matado al niño antes de morir, ¿verdad?

—No… No lo sabemos, Majestad. Es posible que sí… Y es posible que no.

Yulene miró hacia arriba y apretó los labios. Grim agachó la cabeza. La reina cerró los ojos y echó el aire por la nariz. Se contuvo. Dijo, con voz tensa:

—Es decir, que el último hijo de Leidof IV aún puede estar vivo… Y encima ahora, precisamente ahora, cuando los Gunthar se vuelven rebeldes. —Miró a Grim—. Trae a otro cambiante, ¡a cien si es preciso!, y lánzalos en busca de ese crío apestoso. Hay que acabar con él cuanto antes.

—Majestad, vamos a tardar mucho tiempo en invocar a otro ser de tales características. Una operación mágica de tal envergadura necesita demasiados preparativos y además somos pocos, muy pocos…

—¡Entonces recluta más gente, mamarracho! ¡Forma un ejército de sacerdotes y brujos! ¡Nosotros tenemos que vencer no solo con los aceros, sino también con los hechizos!

—Ya trabajo en ello, Majestad. Estamos instruyendo con rapidez a los adeptos y pronto habrá más personas versadas en lo sobrenatural. —Levantó las manos en un gesto de impotencia—. ¡Pero el país aún cree demasiado en los Luminosos! ¡Eso nos impide actuar con fuerza! La magia… Es algo sutil, es una maraña de energías y ondas, y las nuestras están bloqueadas por las creencias de los shakarks, que en su mayoría aún adoran a los falsos dioses.

Yulene le miró, pensativa y severa.

—Ya lo sé. Yo también he estudiado esas cosas y sé que demasiados bastardos se arrodillan todavía ante los ídolos de Kor y el resto de los Luminosos. Pero eso va a cambiar.

—¿Cómo lo haréis, Majestad?

—Voy a prohibir el culto de los Luminosos en todo el país. Se acabaron las tonterías y los titubeos. Hay que extirpar la idolatría porque de otro modo nuestros enemigos siempre tendrán demasiada fuerza.

Grim sonrió con felicidad.

—¡Gracias, Majestad! ¡Os lo había pedido muchas veces y al fin…!

—Cierra la boca. —Grim la cerró de golpe—. No creas que he olvidado tu fracaso. Te encomendé encontrar a ese niño maldito y tú me fallaste. Pero no lo volverás a hacer, eso te lo aseguro, porque la próxima vez que fracases acabarás en la mesa de tortura y haré que te despellejen vivo. —Grim desorbitó los ojos—. Pero no temas, porque serás sacrificado y Mumaga devorará tu alma. Así le servirás mejor en la muerte de lo que lo hiciste en vida. Hay muchos buenos sacerdotes que ya desean tu puesto, así que no me des razones para que les escuche a ellos y no a ti.

—¡No, Majestad! ¡Yo os juro que os serviré como el más diligente de los esclavos!

—Si no contara ya con tu diligencia no estarías vivo. Solo me importan los resultados, que han sido pésimos.

—Prometo no volver a defraudaros.

—Claro que no lo harás, bobalicón, por la cuenta que te trae. En

primer lugar multiplicarás el número de nuestros sacerdotes y les instruirás en el uso de la magia. Y en segundo, quiero que empiecen los preparativos para que invoques a más de esos monstruos. El mayor número posible.

—No podré traer a más de tres, Majestad, y además tardaré cien días o incluso…

—Tardarás mucho menos porque de otro modo me darás otro disgusto. Y a ti no te conviene volver a disgustarme. ¿Entiendes?

—Sí, Majestad. En cuanto a la imposición de nuestro culto en Shakark…

—Hablaremos sobre eso más tarde. Primero he de reunirme con el rey.

Media hora después, Birger II abría los ojos y la boca, estupefacto.

—¿Dices que aún queda vivo un hijo del falso rey?

—Exacto. El más pequeño: Eigil. Supone un grave peligro para nuestra seguridad, así que debe ser encontrado y eliminado sin dilación. No te inquietes tanto, esposo. Ya me estoy ocupando de ello.

El rey parpadeó más veces. Se volvió hacia su esposa con lentitud. Ella le aguantó la mirada iracunda.

—¿Desde cuándo sabes que ese niño anda vivo y pululando por Shakark?

—Desde hace poco, eso te lo aseguro.

—¡Mientes! ¡Lo sabías desde hace mucho y has tenido la desfachatez de ocultármelo a mí, a tu señor! ¡Al rey de Shakark!

—Majestad, comprendo vuestro enojo, pero no tenéis que preocuparos porque…

—¡Al infierno! —rugió Birger, y arrojó la copa de vino contra la pared—. ¡Maldita seas! ¡Me lo ocultas todo! ¡Apenas sé nada de tus tejemanejes! ¡Y este aún es mi reino! ¡Es mío, no tuyo! —Ella le miró con ojos tormentoso, pero no dijo nada—. ¡Estoy harto de tus engaños y manipulaciones!

—Os ofuscáis sin razón, Majestad. Nadie más conoce que el hijo del falso rey sigue vivo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no está ya en manos de nuestros enemigos y que ellos no lo preparan para presentarle contra mí? ¡Me asegurasteis que no dejaríamos vivo a nadie de la familia de mi hermano!

—Majestad, habéis de comprender que los planes no salen nunca a la perfección. Ya están rastreando al crío, pronto le encontrarán y entonces le matarán. En cualquier momento llegará esa noticia dichosa. Y todo se hará en secreto. Superaremos los obstáculos y solucionaremos los problemas. Debéis confiar en mí.

Clavó los ojos en él y la ira de Birger poco a poco se fue diluyendo. Al final apartó la vista y se pasó una mano por la frente.

—¿Qué otro remedio me queda? —masculló.

Satisfecha, Yulene levantó la barbilla e inspiró fuerte.

—Hay otro asunto. Uno que no admite dilación.

—¿Más problemas? —gruñó Birger, con cansancio. Se sirvió otra copa.

—Hay que acabar de una vez por todas con la falsa religión de los Dioses Luminosos. Es necesario que firméis los edictos y las leyes que la prohíban en todo el país.

Birger casi escupió el vino. La miró con un asombro descomunal.

—Tú… Te has vuelto loca. No te basta con traer otra vez a esta tierra a ese dios tuyo…

—El auténtico dios de Shakark.

—…Y ahora pretendes extirpar las creencias de la mayor parte de los habitantes del reino. ¿Imaginas los muchos problemas que puede traer eso? A su lado, el asunto de los Gunthar y los Nidog serán nimiedades.

—Comprendo que llevará algún tiempo, pero si actuamos con firmeza el pueblo consentirá. Las gentes siempre acatan los mandatos de un señor fuerte. Además, nosotros siempre hemos apoyado a Mumaga. Los Luminosos son un peligro para vos, Majestad.

—¡No! ¡Son un peligro solo para tus creencias endemoniadas! ¡Estoy harto de ti! ¡Harto! ¿Acaso no crees que no sé con quién te acuestas? ¡Vos, la Reina de Shakark, me traicionáis con otros hombres e incluso los elegís entre la nobleza! ¡Maldita seáis! ¡Maldito el día en que…!

—Basta —dijo ella, y Birger enmudeció sin poder evitarlo. Los ojos de Yulene cobraron espesor y a él le pareció que eran los de un demonio con formas femeninas. Se preguntó, como tantas otras veces, qué poder tenía esta hermosa bruja para doblegarle una y otra vez—. Mi señor, vais a hacer lo que yo os diga porque sabéis que sin mí no tendréis ninguna oportunidad ya no de gobernar mal que bien este país, sino de mantener la cabeza pegada al cuerpo. Yo os he subido al trono. Sin mí, caeréis de él. Y os advierto algo más: no resulta conveniente para vos inmiscuiros en mis asuntos privados. Vos sabéis cómo es nuestro matrimonio. Si pretendéis cambiar las cosas el resto de vuestros súbditos también lo sabrán.

Birger se llevó una mano a la boca y se limpió con lentitud el vino de los labios. Bajó la vista.

—Haz lo que más te plazca, mujer perversa. Me tienes en tus manos y lo sabes. Pero no oses humillarme.

Ella sonrió con maldad vestida de inocencia.

—Yo jamás humillaría a mi señor. Soy vuestra leal servidora.

—Márchate. Déjame solo.

—Como ordenéis, Majestad. Después vendré a veros para que

firméis los edictos pertinentes.

Birger no la miró mientras ella se iba.

El rey apuró la copa y se levantó en busca de la jarra.

21

Cuando abría los ojos veía su rostro delgado, sus labios y esos enormes ojos, que le miraban con seriedad y con preocupación. Veía su larga cabellera, que caía sobre un lado de la cabeza, y su cuello fino y adornado de abalorios. Y los labios carnosos se abrían y cerraban y emitían una canción suave y arrulladora, pero a la vez antigua y fuerte, una canción cuya letra no podía entender, pero que despertaba ecos en las cavernas de su mente, allá donde vivían las fieras ancestrales. Y sentía sus manos firmes y acariciadoras limpiando el sudor de su frente. Sentía el calor que emanaba de su carne. Y veía, más allá de la cabeza femenina y su cascada de cabellos, el techo de la gran cabaña y el agujero que se tragaba el humo de la hoguera, el agujero que a veces se llenaba de luz y que veces se hinchaba de negrura y estrellas. Veía las vigas, esa trama de venas de madera, ennegrecidas por incontables humos bajo incontables soles e incontables negruras y estrellas. Había más figuras, lejos, pero eran borrosas y confusas, pues la única realidad cruda y nítida era ella, y lo único que podía escuchar con claridad era el canto rumoroso que emitían sus labios carnosos y sin embargo elegantes. Pero todo esto también se marchaba, barrido por olas de oscuridad, dolor, zozobra y cansancio. Sentía una presencia helada e invisible que iba acariciando sus miembros y subiendo por su columna, y temía a esa presencia fría y luchaba contra ella, y el canto que escuchaba le daba fuerzas y le permitía alzar murallas para que la presencia helada y oscura no tomara el bastión de su cuerpo y se lo llevara a las tinieblas profundas. Aquella confusión se tornó miedo cuando comprendió que la presencia helada y oscura que le buscaba no era otra cosa que la muerte.

Lapsos. Fiebre y sudor. Cantos. Hechizos como llamaradas que calmaban el cuerpo y lo fortalecían. Pensamientos que iban y venían y le zarandeaban, pensamientos filosos como cuchillas que le cortaban la piel de la mente, y pensamientos que trazaban sonrisas cansadas, y también pensamientos lerdos que no albergaban significado. Telones, umbrales, puertas abiertas y caídas en charcas que se lo tragaban y lo llevaban allá, allá, más allá. Levantó la mano con miedo porque podía ver a la presencia oscura y fría, como un manto harapiento y traslúcido que se confundía con la trama de la realidad, pero sintió los dedos de ella tomando los suyos y calmándole con su voz cantarina, y eso le dio fuerzas para alzar más defensas entre la presencia oscura y

él. Resistir durante otro latido. Otra gota de sudor.

A veces todo oscilaba, y cuando cerraba los ojos la negrura también oscilaba, y en esa negrura oscilante aparecían cuajos de color que devenían personas y lugares… Y ya no estaba tumbado en el interior de la cabaña de las Cuatro Que Eran Una, en Darlana, sino en una serpiente de madera shakark que surcaba la tormenta, y sentía en su cara el frío salado de las montañas de agua que les caían sobre la cabeza mientras intentaban mantener la nave a flote… Y los Ennar morían en la cubierta, sometidos por la cruel pero justa Ley del Hacha de los shakarks… Y se escondía entre los troncos junto a su pequeño amigo…

—Eitri… —gimió con voz ronca, bañada en sudores y fiebres—. Nos van a encontrar… Escondámonos…

Y los dos se escondían entre la maleza, y los otros chiquillos pasaban a su lado entre gritos de diversión, y Eitri reía porque sabía que iban a ganar el juego… Y su madre le besaba y le despedía no con lágrimas, sino con ojos de mujer shakark, fuertes y torturados y dignos, pues su hijo pequeño se iba a la guerra contra las huestes del Taciturno, junto a su padre…

—No dejéis que pasen… No pueden… pasar…

Eso gritaba, en la muralla de escudos, junto a sus compañeros, en ese oleaje de furia y ramalazos de terror… Y estaba entre cazadores noctumbrios que atrapaban a una chica que no era una chica, sino la hija del Señor del País Verde. Corm Atur le miraba desde arriba con su rostro tatuado y severo y le decía: Dilo.

—Te debo… la vida…

Y peleaba junto a las huestes del rey de Noctumbria… Los cortinajes pesados del castillo… Los dioses noctumbrios, tan viejos o más aún que los de Shakark… Los druidas negros… La maldad que se extendía por el oeste… El crujir de las cuadernas de un barco que hendía el mar verdoso… Los cascos de su caballo hacían saltar pedazos de tierra y él apuntaba su sable hacia los enemigos… Un demonio de la estepa, borracho de sangre y aguardiente… Los días se convirtieron en una sucesión de pillajes y carnicerías, y perdió el alma y se convirtió en el Asesino Dorado… Pero luego recuperó los pedazos menos sucios de su alma ya lodosa… Y Ana estaba viva en sus brazos, henchida de amor y de vida y de paz… Y de pronto estaba muerta entre sus brazos, convertida en carne muerta y sangrienta y yerma, y así el mundo de él se convirtió también en carne muerta y sangrienta y yerma, y lloró y se desgañitó y se le rompió algo por dentro… Y sentía la piel del lobo sobre su cabeza, la flecha en el arco… Venganza… Uno tras otro… Sus asesinos… Muertos…

—¡Has destrozado mi vida solo para satisfacer un capricho! —sollozó, y unas manos firmes le acariciaron el rostro afiebrado.

Guerras y guerras y ejércitos y ejércitos y mercenarios y mercenarios y él era un líder de huestes de soldados de fortuna sin más patria ni pendón que el oro que les pagaban… los últimos jirones de un honor harapiento…

—Quién… o qué eres…

Yo soy Argar y soy el hijo de un demonio, respondió el hombre que en realidad no era un hombre, y aquel ser levantó su espada de fuego, y las llamas iluminaban su rostro sonriente y maligno, de ojos alocados y furiosos… Países, tierras, mares, llanuras… Armaduras, banderas, caras, espadas, sangre, cadáveres, dinero ganado y dinero perdido, borracheras, soles y lunas y estrellas y fogatas en campamentos al raso, bajo la bota de la noche infinita… El frenesí del viajero… Los ojos que aún tienen hambre de horizontes… Las jarcias y las gaviotas de mares cálidos… Las furcias chillonas y las juergas y las broncas en lugares infectos… Todos los pechos y vientres y muslos y caderas y gemidos y melenas y ojos y labios de todas las mujeres… La suciedad que enfanga el espíritu y lo aturde, la suciedad enamorada de sí misma… Los hechiceros y sus trampas, sus criaturas imposibles… Los imperios brillantes por fuera y sangrientos por dentro… Las ciudades lascivas de miles de años… Las estatuas altísimas de los dioses… El oro de los mercaderes… Los remos de un millón de galeras, las palas que se hunden en el agua y levantan una cortina de espejos húmedos… La espada en su puño mientras saltaba al abordaje junto a sus compañeros, para matar y matar y matar y robar y robar y robar… Otro loco, otro necio en los estertores de un mundo viejo y burlón que vomita a chorros su violencia… El desierto infinito y majestuoso… El lagarto gigantesco que él cabalgaba, el pálpito profundo y rápido de su corazón, martilleo sordo bajo la silla de montar… El cuerpo sinuoso de Zeyala mientras bailaba sobre la mesa, mujer hecha llama de carne, sus ojos hechiceros y ardientes de amor que se convertían en los ojos como bolas de fuego severo de Zuadar el Magnífico, cuyos guerreros sin rostro arrojaban las teas encendidas sobre las carpas y luego entraban chillando y vociferando en las tiendas para matar a todos los hombres que encontraran, a todos, sin compasión… Y más desierto, más espadas y mares de espadas, y más vida y muerte fornicando con desesperación, dándose besos que eran mordiscos… Y las junglas, y la máscara de madera de Niloba, y sus besos y sus manos oscuras, y la Maza Sagrada de los unzas, ese pedazo de estrella caído del cielo… El rugido escalofriante del león y el barritar sereno y profundo de un elefante, allá lejos, en la sabana… Selvas, frondas ecuatoriales… Una montaña que era un gigante verde y húmedo… Levantó el saco de escoria, sintió el látigo en la espalda… ¡Esclavo, muévete!, gritó alguien… Extrayendo diamantes de las entrañas de la tierra, el paraíso que era el infierno… Clavando el pico

en la espalda del capataz… Los alaridos de los esclavos rebeldes, rompiéndole los tímpanos mientras él los conducía al combate… El ojo hinchado de pánico de un amo, justo antes de que incrustara la piedra en su frente… La nube de insectos sobre las calles antiguas y majestuosas de Lukumbia, el hombre envuelto en patas y alas diminutas, su grito más de locura que de dolor mientras el enjambre carnívoro zumbaba y se lo comía vivo… El camino de vuelta hacia ninguna parte, hacia un mundo que lo masticaba y luego lo escupía… De aquí para allá… Las rameras de ojos rasgados y piel de azafrán, la misma vejez y astucia en la mirada, la misma cara en mil caras distintas… Países desconocidos, y en ellos las mismas tabernas, los mismos mercenarios… Todo cambiaba y nada cambiaba… Las estatuas majestuosas de los Siete Príncipes… Los colmillos gigantescos del hombre-lobo, su aliento mareante mientras saltaba hacia él, en ese pozo sembrado de osamentas…

—Estoy cansado… de viajar…

El dinero, los negocios, las mesnadas empleadas en guerras que no eran las suyas… Riquezas, castillos, victorias… ¡Puedes ser rey, Skarrion, puedes convertirte en rey! ¡El pueblo lo quiere!

—La corona… no es para mí… No para mí…

El llanto de su primer hijo… Rayos de sol entre las flores… El corazón sangrando la muerte de sus seres queridos… Los músculos veteranos y el corazón curtido, renegrido de sabiduría sangrienta… El crujido suave de los rollos del escriba, el erudito hambriento… Las historias que paren la Historia… Mi señor, algunos dicen que tuvisteis un pasado turbulento. Quiero escribir la crónica de los sucesos de vuestra vida…

—Y a quién demonios… puede interesarle… eso… Ahora ya no importa… No es nada… Nada…

Pero ella lo era todo, ella, con sus ojos enormes y serios y preocupados, ojos fuertes, y sus manos, y la canción que alejaba los delirios que no eran delirios, sino algo peor y mucho más terrible y fascinante, algo que pronto olvidaría por completo y que no dejaría ninguna huella en su memoria.

Al final el color y la negrura dejaron de oscilar y bambolearse. La presencia oscura y helada se marchó en busca de presas más fáciles. Tosió y jadeó. Le dieron un mejunje. Leche con alguna otra cosa.

—Debes descansar —le dijo ella, con voz dulce y tranquila, una voz que se llevaba las tormentas.

Eigil y Geirrid lloraban de alegría al verle recuperado.

—¿Qué pasó? —murmuró, con voz rota.

—Descansa.

Skarrion se dejó caer en la frazada. Ella le sonreía. Era la primera vez que la veía sonreír y entonces él sintió una cuchilla de luz en sus

tinieblas. Cerró los ojos. Al despertar vio las estrellas en el agujero en el techo. Estaba cansado y sentía el dolor tenue pero ineludible del cuerpo curándose de sus heridas. Alguien roncaba. Quiso levantarse, pero su organismo era de madera no alabeada, sino rígida. No pudo. Se le acercó otro cuerpo. Una mano le empujó el pecho con suavidad.

—Aún no —le dijo ella—. Un día más y podrás levantarte.

Él se dejó caer, pero no cerró los ojos.

—Espera.

Ella le miró desde las tinieblas, como una sombra firme y caliente con una corona de cabellos.

—Gracias —dijo Skarrion.

Ella le miró durante muchos latidos, inmóvil.

Con tranquilidad, se sacó la túnica por encima de su cabeza. Ahora estaba desnuda, a su lado, cerca, tan cerca… Se echó sobre él. Skarrion sintió sus pechos blandos y suaves contra su pecho duro y plano y sus muslos en sus propios muslos. Le acarició la cara y dibujó el rostro femenino con sus yemas, demorándose en esos labios cuyas canciones mágicas le habían extraído del pozo. Intentó moverse, pero sintió un dolor agudo en un costado y volvió a quedar tumbado, de espaldas.

—No puedo hacerlo. Aún no.

—No importa —susurró ella, con su nariz pegada a la de él. Le besó. Se abrazó a él y acostó su mejilla sobre el pecho masculino—. No importa.

Skarrion entrelazó sus dedos en los ella y se quedaron dormidos, abrazados, desnudos en la oscuridad.

Le despertaron unas voces susurradas. No abrió los ojos. Ella no estaba a su lado.

—No te encapriches de él —dijo la voz de la mujer madura.

—No lo haré —respondió la voz de la mujer joven.

—Sabes que hay cosas prohibidas para nosotras. Lo sabías desde el principio.

—No hace falta que me des lecciones. Las conozco todas.

—Mantén tu corazón de piedra, hermana. Mantenlo.

Oyó el crujido moribundo de los pasos que se alejaban. El gallo cantó. Al abrir los ojos vio que por el agujero del techo el amanecer chorreaba su oro.

Habían pasado tres días desde la batalla contra el cambiante, tres días y sus noches en las que el descanso, las hierbas curativas y sobre todo la magia habían hecho milagros en su cuerpo, porque lo que debía haberse cerrado y soldado en decenas de días lo había hecho solo en tres. Aunque debía llevar cuidado, Skarrion ya podía caminar e incluso montar a caballo. No obstante, sabía que no podría pelear en algún tiempo y así se lo advirtió a las guardianas del bosque.

—¿Vendrá otro de esos monstruos en busca del rey? —les preguntó.

—No —contestó la anciana—. Los adoradores del Dios de las Dos Caras gastaron muchas energías en traer a uno y tardarán en hacer venir al siguiente.

—Pero lo conseguirán en el futuro —prosiguió la niña, con su mirada nada infantil clavada en Skarrion—. Habrá otros demonios y tú tendrás que decirles a los hombres que se puede pelear contra ellos. Tú serás el primero en combatir. Romperás su miedo y ellos te seguirán.

Eigil miró a las cuatro mujeres del bosque.

—¿No vendréis con nosotros a Onsbergo?

—Todavía no —respondió la mujer madura—. Los hilos no tiran de nosotras en esa dirección, sino en otras. Puede que nos veamos en el futuro o puede que nunca nos volvamos a ver. Se avecinan tiempos difíciles y vos, Majestad, tendréis que enderezar las cosas. Seréis el apoyo mundano de los Luminosos y haréis que los hombres luchen para que nadie los barra de Shakark.

—¿Barrerlos de Shakark? —intervino Geirrid—. ¿Quién puede echar a los Luminosos de su propia tierra?

—Pronto lo averiguaréis —contestó la anciana—. Tenéis que marcharos. Pasaréis esta última noche en el bosque y al alba os guiaremos hasta los lindes norteños de Darlana. Os dejaremos en el camino correcto y siguiéndolo llegaréis a Onsbergo.

—¿Y si topamos con otros bandidos? —preguntó Skarrion.

—No habrá otros bandidos —repuso la niña, tajante.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Skarrion.

—No habrá otros bandidos —fue la respuesta.

Skarrion guardó silencio. Miró a la joven que había estado junto a él mientras se curaba. La chica no había vuelto a dirigirle la palabra, no había dicho nada todavía, y aunque no rehuía la mirada de él, sobre sus ojos había caído una muralla impasible. Estaba lejos, muy lejos.

Tras la cena, Skarrion salió de la cabaña y caminó por los alrededores de la cabaña. Vigilaba las sombras por hábito más que por otra cosa, ya que ahora estaba seguro de que no había peligros en las cercanías. La vio lejos, entre los árboles. La brisa acariciaba y movía su túnica. La luna y las estrellas espejeaban en las aguas del riachuelo. Skarrion se le acercó y los ojos de ambos se engancharon por las miradas. Ella tenía su larga melena trenzada y había flores en su pelo. Sonreía. Skarrion comprendió que este encuentro no era casual. La cogió de la cintura y la abrazó. Ella se pegó a él, le tomó las mejillas con las manos y le besó con pasión. Skarrion la estrujó contra su cuerpo y cada uno sintió en su piel la piel del otro, incluso cuando

entre medias se alzaba la barrera de las ropas. Pero esa barrera caería pronto, como los dos ya comprendían. Estuvieron mucho tiempo besándose, sin prisas, y luego ella entrelazó sus dedos en los de él y se lo llevó a la espesura, allá donde ni la luna ni las estrellas cotillas pudieran espiarles. No hicieron falta las palabras porque las palabras hubieran sido no solo inútiles, sino incluso impertinentes. A veces hay que dejarse llevar por el código mudo y profundo de los cuerpos, las sensaciones, las emociones, que va más allá de todas las palabras de los mejores narradores y poetas, porque incluso cuando las palabras son sublimes son también impotentes. El silencio lo llenó todo entre los dos y en el silencio yacieron y se amaron. No hizo falta la magia. Había otro hechizo aún más fuerte y sólido, el hechizo que late en los hombres y las mujeres y que vence al espacio y al tiempo. El hechizo que no desaparecerá nunca. A Skarrion no le sorprendió la inexistencia de la barrera íntima. Ella no era novata, sino veterana en estas lides. Y a ella tampoco le sorprendería nada de él. Todo era cómodo y preciso y placentero. Hubo seriedad y hubo sonrisas, y después volvieron al riachuelo y volvieron a mirar las aguas plateadas. A los dos les gustaba el silencio, así que disfrutaron de él. Las palabras nacieron de manera espontánea, sencilla:

—¿Te quedarás con tus hermanas? —le preguntó Skarrion.

Ella estaba sentada en una piedra, se abrazaba las rodillas y apoyaba en ellas el mentón. No le miró al responder:

—Tengo que hacerlo.

—Pero nos volveremos a ver. Tu hermana dijo que puede que volviéramos a encontrarnos todos.

Ella sonrió con tristeza.

—Es mi hermana y no es mi hermana a la vez.

—Lo que sea. Ella dijo que puede que nos viéramos de nuevo.

—Skarrion… ¿No puedes conformarte con lo que hemos tenido?

—No.

Ella le miró a los ojos y luego desvió la vista. Suspiró.

—Si vuelves a encontrar a las guardianas del bosque yo no estaré entre ellas. No volveré a verte jamás.

—¿Te lo prohíben las otras?

—No. —Volvió a mirarle y en sus ojos él descubrió un dolor y una fuerza enormes—. He de prohibírmelo yo a mí misma.

—¿Ni siquiera puedo conocer tu nombre?

Ella se levantó y se acercó a él. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos.

—No me hagas más preguntas —le dijo ella—. Por favor.

—Como quieras.

—Y ahora dame tu abrazo más fuerte. El último.

Skarrion así lo hizo. Ella pareció deshacerse entera entre sus

brazos. Sus labios le buscaron y él recibió el beso más triste y dulce del mundo. Luego le acarició la frente, la nariz y los labios, rozó con su boca la de él, y se separó. Se fue.

Skarrion se quedó solo junto al río. Pensó que jamás volvería a verla.

Por la mañana, cuando se marchó con los dos niños y con el cadáver de Eitri, atado a unas parihuelas de las que el cuarto caballo tiraba, las guardianas del Bosque de las Brujas se despidieron de ellos no con palabras, sino con sus miradas opacas y eternas. Pero no estaban las cuatro, sino tres. Solo tres.

22

En Gultop Nidog había mucho de su hijo Eitri, tanto, que Skarrion pensó por unos momentos que su amigo se había reencarnado en este hombre y que había envejecido años en latidos, de tal modo que el tiempo había dejado su impronta de canas y arrugas en el modelo original. Pero no era así porque Eitri estaba muerto y lo seguiría estando hasta que los dioses decidieran sacarlo de una vez por todas de su tumba, cuando el propio tiempo también muriera.

Hacía menos de un día que Skarrion, Eigil y Geirrid habían topado con los primeros hombres del feudo de Onsbergo. Aquellos guerreros les apuntaron con sus lanzas, pues el clan Nidog esperaba en cualquier momento el ataque de la Hueste Real y no se fiaba de nadie. Sin embargo, al ver el rostro macilento pero aún reconocible del hijo de su señor, decidieron llevarlos sin dilación a la fortaleza que dominaba el burgo de Segueza, uno de los más grandes del país.

Gultop Nidog conocía a Skarrion y por ello no le envió a la mazmorra del castillo ni le ejecutó allí mismo, en el patio de armas. Cuando vio aquella cosa que fuese el cuerpo vivo de su hijo y que ahora era solo un triunfo más de la señora huesuda, sus facciones se arrugaron, los ojos quedaron encharcados, los cerró con fuerza y al abrirlos fluyeron las lágrimas.

—Todos me dijeron que murió cuando mataron al rey Leidof y a los suyos… Pero verlo ahora, aquí… —Miró a Skarrion con severidad—. Vamos al castillo. Allí me lo contarás todo. Y vosotros, limpiad y preparad el cuerpo de Eitri. Esta noche le honraremos con el funeral que se merece.

A Skarrion y a los niños les permitieron asearse y comer y después les llevaron a presencia del señor de Onsbergo. Gultop Nidog era un hombre maduro que vivía sin esposa —no se había vuelto a casar desde que murió su primera mujer—. Aparte de Eitri, que fue el más pequeño, tenía cuatro hijos más, dos chicos y dos chicas. Los varones se llamaban Orm y Dagmar y eran guerreros que pelearon junto a su padre en la batalla de Cajani. Skarrion les conocía de sus visitas a Onsbergo. Ellos dos, el patriarca y los grandes capitanes del clan Onsbergo se reunieron con Skarrion, Eigil y Geirrid en la sala del homenaje del castillo de Segueza.

—Así que estos son los dos últimos hijos del rey Leidof… —dijo Orm, después de que Skarrion lo hubiera contado todo.

—Lo son —aseveró su padre—. Les he visto en un par de

ocasiones, cuando estuve en Ludvica, y a pesar de que ahora están más flacos y pálidos, aún les reconozco. —Miró a sus hombres y a Skarrion—. Señores, ahora tenemos por fin el arma que nos permitirá destronar al usurpador. Ya nadie podrá excusarse porque el rey legítimo está entre nosotros. Convenceremos a los dubitativos y volveremos a hacerle la guerra al tirano. Con este muchacho a nuestro lado, ¡la ganaremos!

Los hombres de la sala contestaron a gritos y dieron puñetazos en la mesa.

—Y ahora… —siguió Gultop Nidog.

—Un momento.

La voz era infantil, pero en ella flotaba la autoridad. Todos miraron con asombro a Eigil, que se había levantado de su silla y caminaba hacia el sitial de honor, ocupado por el patriarca del clan.

—Levantaos del trono, señor Nidog.

—¿Qué?

—Que os levantéis para dejar que se siente vuestro rey. Debéis cederle el puesto principal.

Gultop levantó las cejas, perplejo. Quiso sonreír, pero no lo consiguió. Aquel chiquillo ya no era solo un chiquillo porque había vivido una vida entera de sufrimiento, miedo y coraje en menos de setenta días.

—¡Obedeced a vuestro rey, señor Nidog! —gritó el pequeño.

Gultop levantó la barbilla, furioso. Eigil le contemplaba a su vez, impasible. De pronto, los ojos del viejo guerrero se llenaron de admiración y alzó su corpachón temible para dejar que se sentara el jovencito.

—Perdonadme, Majestad. No os he tratado como debiera.

—No lo habéis hecho, señor Nidog, pero lo haréis a partir de ahora.

—Por supuesto.

—A mi lado se sentará mi hermana, la infanta Geirrid Magne.

La niña dejó el puesto secundario que le habían asignado y caminó altiva hasta la segunda butaca, que en otros tiempos fuera ocupada por la esposa de Gultop Nidog. Los guerreros estaban asombrados, pero Skarrion sonreía.

—Y a mi lado quiero también al señor Gunthar —aseveró Eigil.

Skarrion fue hasta él y humilló la cabeza.

—Estoy aquí para serviros, Majestad.

—Vos seréis mi protector personal, señor Gunthar, como lo habéis sido hasta el momento.

—Será para mí un honor y empeñaré la vida en tal encomienda, Majestad.

El chiquillo asintió. Skarrion se colocó en pie, a su diestra, con la

mano apoyada en el puño la espada.

—Ahora —dijo el mocito, con su voz infantil, fuerte y clara—, todos debéis rendir homenaje y fidelidad a vuestro amo y señor, el rey Eigil VIII de Shakark.

Los hombres miraron dubitativos a su señor Nidog, pero este se acercó a Eigil y Geirrid, puso una rodilla en el suelo, humilló la cabeza y les juró su lealtad. Todos los demás le imitaron, y cuando vieron el poder sereno en los ojos del nuevo monarca le juraron fidelidad también en lo hondo de sus corazones.

—Hombres libres de Shakark —les dijo—. Unos asesinos indeseables mataron a mi padre, el rey Leidof IV, y a toda mi familia, y tomaron el trono por la fuerza. Rigen con vileza e insensatez nuestra amada tierra. Son un mal que debe ser extirpado. Yo os ordeno luchar con todas vuestras fuerzas y hasta el último aliento para devolver el orden, la justicia y la paz a Shakark. ¡Jurad que lo haréis!

Los hombres volvieron a arrodillarse ante los dos niños y lo juraron con voces de trueno.

—No esperaba menos de vosotros, mis valientes y nobles vasallos. Seréis los primeros de una ola imbatible que barrerá Shakark y la limpiará de la corrupción que ahora la mancha.

Skarrion dio un paso al frente y vociferó:

—¡Gloria al rey Eigil VIII de Shakark!

—¡Gloria! —rugieron los hombres—. ¡Gloria! ¡Gloria!

Eigil le tendió el brazo a su hermana y ella lo tomó. Sentados en aquellos tronos, tan altos para ellos que apenas podían tocar el suelo con los pies, contemplaban satisfechos a la turba de guerreros que los alababan con voces que parecían capaces de derrumbar las paredes del castillo.

Más tarde, Gultop hizo llamar a Skarrion y los dos se reunieron en privado. También asistieron el rey y su hermana. Según las leyes de Shakark, hasta la mayoría de edad del rey un adulto de su confianza debería hacer labores de regente. El puesto había caído en manos del señor Nidog, pero Eigil no se mantendría al margen; muy al contrario, había expresado su deseo de estar presente en todas las reuniones importantes, acompañado de su hermana. Esta parecía ser una de ellas.

—Majestad y Alteza —empezó Gultop—, os he hecho venir, y también al señor Gunthar, por algo que le afecta tanto a él como a nosotros. —Todos le miraron con expectación—. Hace pocos días llegó esta carta a mis manos. La envió el señor Olaf Gunthar.

Skarrion se olvidó de que estaba ante el monarca y sin pedir

permiso le arrebató la misiva a Gultop de las manos. Empezó a leer con ansia. La sangre desapareció de su rostro y sus ojos se hincharon de humedad. Luego se llenaron de ira, pero se contuvo y siguió leyendo hasta el fin.

—Lo siento, Skarrion —le dijo Gultop.

—¿Qué ocurre? —preguntó Geirrid—. ¿Qué anuncia esa carta? ¿Por qué os ha trastornado tanto?

Skarrion miró a la niña, jadeó, se limpió los ojos con las manos y empezó a hablar, primero con voz quebrada, luego cada vez más firme:

—Mi padre… El señor Gunthar comunica que mi hermana Fulla ha muerto, o que al menos ha desaparecido de la corte… —Apretó los labios y respiró fuerte—. Según la versión de los reyes, mi hermana asesinó a su maestra, la prima de la reina, después escapó de la corte y el carro en que huía se despeñó por el Camino de los Acantilados. No han hallado aún el cuerpo. Pero la carta asegura que hay muchos interrogantes en todo este asunto y que no se puede demostrar que mi hermana fuese la auténtica asesina… Todo esto hiede a una de las sucias artimañas de la familia del usurpador. Majestad, mi hermana es… era una buena persona. ¡No era ninguna criminal!

El rey pidió la carta, se la entregaron y la leyó de cabo a rabo. Luego se la dio a su hermana.

—Sentimos vuestra pérdida, señor Gunthar —le dijo el rey—, y estad seguro de que cuando yo ocupe el trono ordenaré que lo investiguen todo para esclarecer este asunto tan turbio… Yo también sospecho que hay alguna trampa en esto.

—Esos malnacidos… —gruñó Skarrion—. De algún modo la han convertido en asesina y han manchado su nombre, lo han envilecido incluso cuando ya está muerta… —Se llevó una mano a la frente—. Pobre hermana mía… Algún día se lo haré pagar al falso rey, a su maldita esposa y al asqueroso del príncipe Enar…

—¿Acaso no sabéis que el príncipe está muerto? —le preguntó Gultop.

—¿Qué decís?

Gultop le miró y también miró a los niños, que le observaban con sorpresa.

—¡Oh, claro, qué torpeza la mía! Habéis estado tanto tiempo fuera que no os llegaron las noticias de la corte. El príncipe Enar fue asesinado unos sesenta días atrás por uno de sus hombres, un extranjero noctumbrio.

—¿Un noctumbrio? —Skarrion levantó las cejas—. ¡Yo conocía a ese hombre! Se llamaba Alfrotul.

—¡Ese! Según cuentan, el noctumbrio enloqueció y asesinó a su amo. Tras las exequias del príncipe se le ajustició a la vista del pueblo.

—Me alegro por los dos —gruñó Skarrion, con una sonrisa siniestra—. El siervo felón le dio a su asqueroso amo su merecido. Pero si mi hermana enviudó hace tanto tiempo, ¿por qué estaba aún en la capital? ¿Por qué no la enviaron de vuelta con mis padres?

—Quizás porque no querían devolver la dote —respondió Gultop—. Además, al usurpador le convenía conservar a vuestra hermana en sus garras para tener a los Gunthar atados de manos y pies. El Taciturno controla casi todo el país, pero Shakark aún no está manso, ni mucho menos.

—Si esos malnacidos hubieran dejado irse a mi hermana cuando debieran, ella hubiera estado lejos de esa corte maldita y las cosas no hubieran acabado tan mal. Esta es otra cuenta pendiente con el usurpador y la ramera que tiene a su lado.

Gultop le miró con astucia y luego miró al pequeño rey. Todavía le resultaba extraño departir con aquel niño como si fuera un hombre hecho y derecho, pero empezaba a acostumbrarse.

—Majestad, Alteza y señor Gunthar, la desaparición de la dama Fulla tiene implicaciones políticas. Habéis leído lo escrito por Olaf Gunthar en su carta. No es raro que me la haya mandado en estos momentos y que exprese con tal vehemencia sus quejas contra Birger Magne. Es posible que nos hayamos ganado un aliado.

—Pero el señor Gunthar no se ha declarado en rebelión —protestó Eigil—. Aún es vasallo de mi tío.

Geirrid sonrió por un lado de la boca y dijo:

—Majestad, debemos leer entre líneas. El señor Gunthar no se compromete a nada porque primero desea ver cómo se desarrolla el juego; ahora que su hija está muerta o desaparecida y que por tanto el usurpador ya no puede controlarle, se siente libre para pelear contra él si las circunstancias lo permiten.

—Sois discreta, Alteza —dijo Skarrion—. Conozco a mi padre y sé que por ahora no quiere pillarse los dedos comprometiéndose a nada. Pero si al final hay rebelión peleará contra el Taciturno. No obstante, no lo hará a tontas y a locas; es más precavido que un ejército de zorros, así que tampoco arriesgará hombres y dineros en una empresa condenada a la perdición. Está a la espera de lo que hagáis vos, señor Nidog, el líder de la gente levantisca del país.

—En cuanto demos a conocer que sigo vivo —afirmó Eigil— la mayoría de los clanes de Shakark se unirán para luchar contra el usurpador.

Gultop sonrió con tristeza.

—Majestad, lamento llevaros la contraria, pero los grandes clanes tampoco van a apoyarnos en cuanto os saquemos a la luz. Por el momento el usurpador es el más fuerte, él tiene el poder y nadie va a arriesgarse si no ve ganancia segura. Debemos ir preparándolo todo

mediante la diplomacia, los acuerdos en la sombra e incluso el oro.

—Yo pensaba que todo iría más rápido —se quejó Eigil.

—Sois idealista porque aún sois joven, Majestad, pero pronto aprenderéis que la sucia política manda sobre los limpios aceros. Debemos manteneros aún en la sombra e ir preparándonos para el momento adecuado, que llegará más pronto que tarde sobre todo por el fanatismo religioso del Taciturno y de su esposa. Están soliviantando a mucha gente al tratar de imponer a ese dios suyo de las dos caras. Dejemos que sigan errando y, mientras, trabajemos nosotros desde la sombra. Yo os aseguro que antes del otoño el país estará maduro para la rebelión.

—Que Kor os oiga.

—Nos oirá, Majestad. —Gultop miró a Skarrion—. En primer lugar, hay que darle respuesta a la carta de vuestro padre. No estaría mal que la escribierais vos, que sois su hijo. Sin duda se alegrará de saber que estáis sano y salvo.

—No estoy tan seguro, señor Nidog. Escapé de mi casa sin dar aviso ni explicación y ese tipo de cosas pone furioso a mi padre. Se lo habrá tomado como un agravio y una ofensa personal, cometida por su propio hijo. Es mejor que la escribáis vos. Decidle que por el momento seguiré aquí, con Su Majestad. Interceded por mí. Habladle sobre el rey. Él sabrá guardar el secreto y os aseguro que después de lo de mi hermana ya no guarda ninguna lealtad sincera al Taciturno. En realidad debe odiarle, y mi señor padre no es hombre que perdone con facilidad.

—Como deseéis —le dijo Gultop. Los miró a todos—. Se avecinan tiempos difíciles. Pero también esperanzadores.

23

El tiempo, esa laboriosa costurera, siguió dando sus puntadas en la labor infinita que se hacía y deshacía en cada instante. Los hilos pasaban una y otra vez por el bordado y unos veían en la trama signos de orden y poder, mientras que otros discernían señales de caos y desolación. Como siempre ha ocurrido y siempre ocurrirá en cada época humana.

La reina volvió a imponer su voluntad fuerte y pétrea sobre la voluntad exteriormente poderosa pero interiormente podrida de su marido. Las leyes firmadas por el rey prohibieron toda manifestación del culto de los Dioses Luminosos y por tanto el Estado, ese monstruo grasiento y lúbrico que goza violando las libertades públicas y sobre todo privadas de las personas, eyaculó en la cara de todos y cada uno de los habitantes del reino y les dictó en qué debían creer y sobre todo en qué no debían creer. Los escaldos que cantaban los mitos de Kor, Charste, Asmund, Mildri, Ranveig y el resto de los dioses hasta ahora victoriosos en Shakark debieron guardar silencio. Los servidores del Dios de las Dos Caras eran los nuevos alcahuetes en la coyunda del mísero y polvoriento mundo terreno con el universo sobrenatural. Se multiplicaron los ungidos de túnicas largas y oscuras, menudearon sacerdotes y sacerdotisas que aullaban sus cánticos y ya se rumoreaba que los altares volvían a beber sangre humana. Pronto este último rumor sería verdad desnuda, pues los menesterosos desaparecían de las calles de los burgos y los vagabundos eran raptados en los caminos. Eran la carnaza que alimentaba a un dios glotón, malcriado por sus adoradores. Las efigies de madera de los Luminosos fueron echadas a las hogueras sacras y vindicadoras, sus templos y santuarios también conocieron la ira de la antorcha y las llamas se alzaron en largas manos amarillas que pedían socorro a los cielos. No solo hubo cambios en el ámbito de las costumbres y el día a día de los humanos, sino también en las corrientes subterráneas y profundas que jamás podrían ser tocadas por los dedos. Algo monstruoso y gigantesco estaba despertando en Shakark, algo que se componía de ondas inmateriales y que los hombres sentían como un aleteo de mariposas embarradas en el estómago y la mente, un temor huidizo, una sensación de que algo se retorcía y enfermaba… Los animales aullaban, mugían y bufaban en ocasiones sin razón alguna, víctimas de un miedo súbito. Eran frecuentes las pesadillas que se olvidaban al despertar, pero que dejaban un poso amargo durante todo el día. En

las sombras de los bosques y las cañadas los pastores y los caminantes entreveían seres y criaturas confusas que les obligaban a caminar más rápido, a veces incluso a correr… En las zonas controladas por los clanes más afectos al Taciturno los cambios sucedieron sin sobresaltos, pero en otros lugares el poder local, sometido al estatal, tuvo que sofocar a los revoltosos que aún rezaban a Kor y su prole celestial. No hubo contemplaciones con ellos y fueron degollados, ellos y sus familias, en las plazas públicas de cada burgo y aldea, o bien en los cruces de camino de las zonas rurales. Algunos vociferaban a gritos sus alabanzas a los Luminosos incluso mientras el cuchillo penetraba en su garganta, y sus loas morían entre gorgoteos. Al final, la bota del miedo aplastó los corazones. Hubo mansedumbre forzosa y forzada, pero como suele ocurrir en estos casos, bajo la superficie se deslizaban corrientes de odio que solo esperaban el momento adecuado para alzarse en un oleaje de devastación.

El usurpador llegó al trono mediante las armas y la fuerza, pero tal vez hubiera sido aceptado y finalmente amado por la plebe olvidadiza si hubiera dejado a las gentes creer y vivir como les viniese en gana. Su obcecación —promovida por la reina— en violar las creencias de todo su reino le ganó la animadversión de muchos, incluso de los que se dejaban llevar por los vientos de la política. No se podía volver del revés un país entero de la noche a la mañana, así que todo esto tendría su coste. Además, ya empezaba a correr el rumor de que sí había un rey legítimo en Shakark, el último vástago de Leidof IV, un niño que parecía estar en todas partes y en ninguna, un mocito que traería la paz y la libertad que todos deseaban. El pueblo dotó al chiquillo de poderes sobrenaturales y le convirtieron no solo en hijo de reyes, sino también de dioses, pues decían que era el enviado de Kor, el elegido, el paladín de los Luminosos, etcétera. A los más discretos no se le pasaba que esos rumores eran esparcidos por escaldos y cantores pagados por los nobles enemigos del Taciturno.

Birger II no había podido arrancarle aún a los Nidog un compromiso de fidelidad. Con este clan había una paz de hechos consumados que no convencía ni satisfacía a nadie. Por supuesto, Gultop envió a sus diplomáticos aquí y allá, a las casas y familias descontentas con el Taciturno; como una araña paciente, establecía una red de pactos, compromisos y promesas, poco a poco iba echando leña y el pan de la rebelión empezaba a hincharse y ponerse dorado y crujiente.

Eigil y Geirrid seguían a buen recaudo en el bastión cuajado de guerreros que era Segueza, sin mostrarse por completo a la luz. También estaba allí Skarrion, el campeón aún no oficial, pero sí oficioso, del pequeño monarca. Su padre fue uno de los que en secreto apoyó la revuelta de Gultop Nidog, pero Olaf le aseguró por carta que

el descastado en su castillo ya no era hijo suyo y que por tanto no debía llamársele Gunthar, pues había sido extirpado de la familia por desobedecer a sus mayores. Cuando Skarrion supo de esto sintió que un rayo de dolor le traspasaba de pecho a espalda, pero en cierto modo lo había estado esperando porque conocía bien a su padre y sabía que ese hombre se ofuscaba hasta la locura tanto en los amores como en los odios. Olaf Gunthar le había puesto su marca y tal vez nunca se la quitaría. Eigil le aseguró que como monarca obligaría a su padre a devolverle el apellido, pero Skarrion le pidió que no lo hiciera. Era mejor así. Por dentro sangraba, pero por fuera estaba hosco y enojado. Se adiestraba con las armas hasta la extenuación para olvidarse de su mancha y su pérdida, y se convirtió en uno de los más guerreros más hábiles y fuertes de Segueza, alguien temido y respetado. Deseaba que viniera la guerra para que sus olas rugientes y sucias se lo llevaran todo mar adentro.

El instinto de animal político de Gultop Nidog le dictó que había llegado el momento de llevar las cosas al siguiente nivel y por tanto convocó una Asamblea de Hombres Libres, que debía celebrarse en el burgo de Savolina, a orillas del lago del mismo nombre. En el pasado, antes de la unificación de Shakark, cuando el país era un conjunto de pequeños reinos y condados dirigidos por caudillos que se hacían la guerra entre sí, los grandes líderes se reunían en tales asambleas para intentar llegar a acuerdos o para soltarse a la cara sus insultos. Todo solía acabar en discusiones a gritos y despedidas malhumoradas, pero estaba prohibido derramar sangre en la Asamblea y, mal que bien, aquello siempre se había respetado. Como cualquier otro gran señor, Gultop tenía derecho a convocar la Asamblea. Incluso invitó al rey. Con astucia, anunció también que en dicha asamblea sería presentado el último hijo del rey Leidof IV, el niño salvador de la patria que muchos estaban esperando. No proclamó a Eigil como rey del país, pero estaba claro que en la Asamblea el asunto saldría a la luz.

—¡Esto es intolerable! —rugió Birger II tras leer la carta con la invitación. Su esposa Yulene le miraba con rostro sombrío y sereno—. Al fin esos traidores se quitan la máscara… Quieren mostrar ante todos al maldito hijo de mi hermano y tienen la desfachatez de hacerlo en una asamblea, ante los nobles del país.

—Silencio —ordenó Yulene, y echó una mirada hacia los secretarios y criados que había en el despacho—. Salid todos. El rey y yo debemos hablar.

Ellos obedecieron y, una vez los dos solos, Yulene le miró con el ceño fruncido.

—Majestad, nunca volváis a decir en público que ese niño es el auténtico hijo de vuestro hermano. Debemos sostener que todo es una mentira de Nidog y los rebeldes.

—Está bien —gruñó el rey, y tomó un trago de la copa. Las jarras, picheles y cubiletes parecían ya parte de su anatomía, pues siempre había una pegada a su mano—. Pero vos, señora reina, tenéis la culpa de todo esto. Primero me ocultasteis lo de ese endiablado crío y después no supisteis resolver el problema, aunque me garanti…

—¡Callaos de una vez, demonios! ¿A qué viene ahora buscar culpables? ¡Debemos solucionar el problema!

Birger asintió con el ceño fruncido.

—Yo tengo la solución. He de ir a esa asamblea y presentarme como único rey legítimo del país.

—Vos no vais a ir a ningún sitio. No os vais a rebajar a hablar con la chusma rebelde.

—Os recuerdo que la chusma rebelde equivale casi a la mitad del país. Shakark está revuelto gracias a vuestros desvaríos religiosos.

—No son míos, sino también vuestros, ¿o habéis olvidado quién firmó los edictos?

Birger apretó los labios y luego tomó un sorbo. Yulene le miró con el desprecio sereno habitual y él desvió la vista.

—¿Qué clase de rey sería si no acudo a una Asamblea de Hombres Libres? Parecerá que les tengo miedo.

—Parecerá que no les tomáis en serio, Majestad. Pareceréis un monarca discreto y prudente.

—¡Pareceré un cobarde! Lo mejor sería que fuera, presidiera la reunión y después les ordenara que se sometieran, como deben hacerlo los buenos vasallos.

—No lograríais otra cosa que quejas y hasta insultos. Os humillarán ante todos y os respetarán menos. ¿Acaso vais a jugar el juego que os propone Gultop Nidog? No, vos no iréis a esa reunión de bastardos. De hecho, la proclamaréis ilegal.

—¿Qué? ¡Un rey no puede prohibir una Asamblea de Hombres Libres!

—Vos lo haréis.

—Y si la declaro ilegal, ¿cómo conseguiré que no se celebre?

—Dejad que se celebre. Así se verá con claridad quiénes van y quiénes no, y por tanto quiénes están de nuestro lado y quiénes en contra. Los que acudan recibirán tarde o temprano el castigo adecuado a su felonía. No temáis por nada. Yo me encargaré de ello.

—¿De nuevo vuestros manejos ocultos? ¿Hasta cuándo?

—Hasta que vos demostréis un poco de habilidad y seso, cosa de la que andáis falto, pues la poca que teníais la habéis ahogado en vino. Majestad.

Él la contempló, frustrado e impotente.

—¿Por qué sois siempre tan cruel?

Ella suspiró.

—Lamento que mis palabras os hieran. Os pido que de nuevo confiéis en mí, Majestad.

Él desvió la vista y asintió.

—Haced lo que os venga en gana.

—Gracias, Majestad. Ahora debo retirarme.

Horas más tarde, después de hacer el amor con Freistein Gaute el Bello, Yulene contemplaba pensativa el techo de la alcoba.

—¿Qué hay en tu cabeza, joya mía? —le preguntó él—. Cuando estás tan seria casi te temo. ¿Es por esa maldita asamblea?

—Es porque cada vez estoy más harta de las rabietas del inútil de mi esposo. El destino se burló de mí cuando me obligó a gobernar a través de él. Si algún día dejara de ser manso tendríamos un problema…

—No se puede hacer nada. —Freistein se encogió de hombros—. Él es el rey.

—Mientras siga vivo.

Ella le miró y la tranquilidad en sus ojos le puso a Freistein el vello de punta.

—Creo que no te quedaría nada mal la corona, querido mío.

Freistein abrió la boca, pero ella levantó un dedo.

—Piensa en ello —dijo Yulene—. Solo piensa en ello.

—¿Qué estás…?

—Cállate. Necesito dormir.

Le dio la espalda y al cabo de poco su respiración era lenta y regular. Freistein seguía despierto y sonreía con gesto alucinado.

24

La Asamblea se celebró antes de lo esperado porque hubo una respuesta sorprendentemente buena. No solo fueron los clanes que habían estado abiertamente en contra del Taciturno durante la Guerra de los Dos Hermanos, sino también otras grandes familias nobles en principio neutrales y dubitativas. A todo ello no era ajeno la prohibición de rendirle culto a los Luminosos y sobre todo la imposición, a veces sangrienta, de la religión del dios Mumaga, por la que la mayoría del país sentía, si no animadversión, sí al menos cierto distanciamiento. Los reyes no parecían haber calibrado bien las consecuencias de sus actos y aquel verano la ciudad de Savolina, en las orillas del lago del mismo nombre, bullía de gentes descontentas con el joven y turbulento reinado de Birger II. Tampoco ayudó a la causa del monarca la prohibición de celebrar la asamblea, pues ni siquiera el rey tenía derecho a declarar ilegal una reunión de nobles de tal calado; y aun así, la había declarado ilegal y por completo contraria a los intereses de la Corona y de la nación. Esto enojó a ciertos señores aún más que todo ese fanatismo religioso estatal, pues sentían que les estaban faltando al respeto y quitándole libertades, y los shakarks eran puntillosos —tal vez demasiado— en los asuntos del orgullo y el pundonor. Por supuesto, no fueron los Lief, los Aevar, los Bodo, los Gaute, los Gliterin y las otras casas que apoyaban abiertamente a Su Majestad. Pero el resto de los clanes del país sí se reunieron en Savolina, algunos para echar más leña al fuego de la rebelión contra el Taciturno y otros solo para ver qué iba a ocurrir allí.

El rey tenía un ejército poderoso y aliados temibles, pero no salió ninguna hueste de castigo contra Savolina, cosa que sorprendió a algunos. Por si acaso, en la ciudad cercana al gran lago todos habían llevado partidas de hombres armados, no solo para protegerse de la ira del monarca, sino también porque muchos de aquellos nobles tenían rencillas pendientes y, a pesar de la prohibición de derramar sangre, no sería raro que desde la porfía y el insulto se llegara a las manos.

En ese verano suave y algo fresco, como suelen ser los de Shakark, el burgo de Savolina era un hervidero de condes, barones, hidalgos, infanzones, caballeros, escuderos, mozos y secretarios que venían de diferentes partes del país. Los herreros no paraban de afilar espadas y hachas, ponerle herraduras a los caballos, quitarle los bollos a los

cascos y cerrar las anillas rotas de las cotas. Los hombres honrados guardaban a sus mujeres e hijas en sus casas y no les permitían salir a la calle. Los guerreros eran un rebaño vocinglero que tronaba sus carcajadas y sus bromas soeces. De día y de noche los antros estaban llenos, la cerveza y el hidromiel corrían como el agua y los taberneros se relamían los labios por todo el dinero ganado, aunque también suplicaban a los dioses para que nadie iniciara una pelea que destrozara el local. Las rameras no daban abasto para atender a tanto forastero ansioso de ayuntamiento. Por las noches los borrachos salpicaban las calles y acababan tirados en el barro, como bultos siniestros que soltaban mugidos. De vez en cuando dos hombretones se liaban a puñetazo limpio por cualquier tontería, sus compañeros les quitaban los cuchillos y les animaban a grito pelado, porque no hay nada que más alegre a los shakarks que una buena pelea. Cuando uno o los dos acababan sin fuerzas, con los morros destrozados y sangrantes, los amigos les obligaban a abrazarse y todos juntos se iban a beber. Dos bribones entraron en una casa, mataron al padre y violaron a la madre y la hija, y por la mañana fueron detenidos, apaleados por una turba de guerreros y colgados de una viga en una plaza. A cuatro que mataron a puñaladas a un carpintero los llevaron al tajo y les cortaron la cabeza, para regocijo de la plebe. Fuera de estos casos, no hubo indisciplina y todo sucedió en relativa y tolerable paz.

Skarrion había venido junto a los Nidog, que presidían la Asamblea por haberla convocado. Era uno más entre todos aquellos hombres de armas, pero procuraba controlarse con la bebida y no meterse en líos porque ahora estaba al cargo de la seguridad de Eigil y Geirrid, que estaban guardados a buen recaudo en cierta casa señorial del burgo. Sin embargo, pidió permiso al joven rey para ausentarse durante el primer día de la Asamblea y el pequeño se lo concedió. Skarrion se metió en las calles abarrotadas y, preguntando aquí y allá, dio con el lugar que estaba buscando. Era una taberna que había sido tomada casi por completo por las gentes de los Gunthar. Skarrion se detuvo a cierta distancia y vigiló el edificio, del cual entraban y salían gentes que él conocía. Hubo un par de hombres que a su vez le reconocieron y que le saludaron con alegría y le abrazaron. Pero lo hicieron a escondidas, porque su padre los despellejaría vivos si se enteraba de que habían mostrado afecto al descastado.

—Tu hermano ha venido con nosotros —le dijo uno de esos hombres.

—¿Beini? Pero si no puede cabalgar…

—Pues no quería perdérselo y ha hecho el viaje a pesar de que debía ser un infierno para su cadera descompuesta.

—¿Dónde está?

—¿Quieres que le llame?

—No, solo dime dónde está.

—Creo que ha ido a las cuadras donde guardan nuestros caballos. ¡Mira, por ahí viene!

Skarrion se metió tras unos barriles.

—Dile que venga a verme, aquí atrás.

—Como quieras.

Al cabo de poco Beini entraba en el callejón sombrío. A pesar de su cojera habitual, caminaba dando pasos largos. Cuando vio a su hermano pequeño se detuvo. Le contempló de arriba abajo y frunció el ceño. Skarrion se le acercó, inseguro.

—Hola, Beini.

Beini fue hasta él y le dio un puñetazo que casi le mandó al suelo. Skarrion lo aguantó y no respondió.

—¿Tú estás loco, muchacho? —le increpó Beini—. ¿Cómo se te ocurrió largarte de aquella forma?

—Tenía que hacerlo. Lo siento.

—¿Tenías que hacerlo? ¡Claro, tenías que hacerlo! Le rompiste el corazón a madre. Y a Audumla. ¡Y a mí también, demonios! ¡Maldición, Skarrion, no sabíamos nada de ti! Hasta que nos escribió Gultop Nidog ni siquiera sabíamos si estabas con vida ni qué demonios te había pasado… ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me lo contaste?

—En aquel momento nuestra familia estaba del lado del Taciturno y pensé que intentarías detenerme.

—No confiaste en mí.

Skarrion apretó los labios y bajó la cabeza.

—Perdóname.

Beini meneó la cabeza, bufó y resopló. Le miró durante muchos latidos.

—Anda, ven y dame un abrazo, pedazo de idiota.

Skarrion sonrió y los dos se abrazaron con todas sus fuerzas. Beini le miró de arriba abajo y le dio una palmada amistosa en la nuca que sonó como un trueno.

—¡Tú siempre metiéndote en líos…! Tienes que contármelo todo.

—Lo haré, pero quiero saber sobre padre. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Si te acerques a él te va a sacar las tripas, y no exagero. Ya sabes cómo enloquece cuando se enoja. En el fondo el viejo buey te quiere con toda su alma, tú le hiciste mucho daño y ese dolor se ha transformado en furia. Mantente alejado de él mientras yo intento aplacarle. Es posible que con el tiempo vuelva a aceptarte, pero lo veo difícil.

—Yo también —dijo Skarrion, con pesadumbre—. Siento mucho lo de Fulla.

Beini levantó las cejas y luego soltó una carcajada.

—¡Claro, tú no sabes nada aún! Ella está viva y con nosotros.

—¿Qué?

—Vamos ahí, a ese rincón, donde nadie nos vea ni oiga, y entonces tú me lo contarás todo y luego yo te lo contaré todo.

Así lo hicieron, sin ocultarse nada, y cuando acabaron Beini le miró con astucia.

—Estás hecho todo un aventurero, hermanito… ¿Y dices que el joven rey ha venido con vosotros?

—Sí, le tenemos guardado, pero esta noche o mañana lo mostraremos a las gentes para que le conozcan de una vez por todas.

—Así pues, volveremos a la guerra. Si así tiene que ser, ¡que así sea! Los Gunthar tenemos algunas cuentas pendientes con el Taciturno y todo esto nos permitirá cobrárnoslas. Venga, vuelve ahora con tu señor Nidog y no digas nada sobre Fulla. Es mejor que todo el mundo piense que sigue muerta.

Skarrion asintió, se despidió de su hermano y se fue a deambular por las calles de Savolina con una inmensa alegría dentro del pecho. Ahora que Fulla estaba viva y que había hecho las paces con Beini —no con su padre— le parecía todo más luminoso y esperanzador. Tenía ganas de tomarse una jarra de hidromiel o cerveza fuerte, meterse en alguna conversación de tasca y charlar y reír un rato, así que se dirigió hacia un antro del que emergía el estruendo de voces y risotadas de costumbre en las tabernas shakarks.

Pero se detuvo de golpe al ver una pequeña figura que le contemplaba entre la muchedumbre, una niña que ya no era una niña con una mirada a la vez anciana e infantil. Una chiquilla en la que moraban cuatro mujeres. Ella pareció clavar aún más en él sus ojos azules y luego dio la vuelta y echó a andar, arrastrando la falda harapienta por el suelo lodoso. Skarrion se abrió paso casi a empujones por entre el bullicio y la persiguió. La niña no miró ni una sola vez hacia atrás. Le llevó al puerto comercial. Skarrion caminaba detrás de ella, sobre los tablones de los atracaderos del muelle. Pasaron junto a las gabarras y los pecios que cabeceaban sobre el agua sucia, como soñolientos ancianos de madera, y atravesaron el hedor a pescado amontonado en las cestas. Al otro lado del lago las montañas se levantaban como manos con los dedos amputados y unidos, bajo un cielo del color del vino blanco.

La niña se metió en un almacén y Skarrion pasó por entre las barcas puestas del revés que mostraban el abdomen con obscenidad. Esquivó costillares de remos y túmulos de redes. La niña le echó una última mirada y luego desapareció entre los barcos en hibernación forzosa y los cubos de brea negra y maloliente. De algún sitio oscuro emergió un cuerpo silencioso. Él reconoció la cara ancha y huesuda. El

cráter entre los ojos y la boca.

—Lleva cuidado con lo que haces —advirtió la mujer.

Él la miró a los ojos e iba a decir algo, pero ella se dio la vuelta y echó a caminar sobre sus piernas fuertes, para reunirse con la anciana sin nariz y sin orejas, que los observaba a los dos desde un rincón. Mostraba el mismo rostro impasible, congelado en el espacio y el tiempo. La niña estaba a su lado.

—¿Dónde está ella? —preguntó Skarrion.

La anciana, la mujer madura y la niña se metieron por uno de esos pasillos entre tablones, cajas, barriles y cuerdas untadas en brea pegajosa, y desaparecieron. No hacían ruido al caminar. Ni siquiera sus largas túnicas siseaban al moverse.

—¿Dónde estás? —gritó Skarrion, mientras buscaba en la nave gigantesca y penumbrosa—. ¿Has venido?

—Sí.

Skarrion giró y la vio, mitad luz y mitad sombra. Llevaba el pelo suelto y cepillado y lucía ajorcas en las muñecas y los tobillos, pendientes y un collar de cuentas en su cuello esbelto. Sus ojos eran dos faros de luz serena. Ella movió un poco las comisuras de los labios y luego su rostro se desintegró en una sonrisa resplandeciente que inundó toda su cara. Él se le acercó y los dos se fundieron primero en un abrazo y luego en un beso, pegándose los cuerpos como si cada uno quisiera traspasar al otro y salir por la espalda.

—Creí que nunca volvería a verte —le dijo Skarrion.

Ella aún sonreía. Le besó los labios con suavidad y luego dijo:

—Así debía ser. En un principio solo iban a venir mis hermanas, pero tenía demasiadas ganas de estar contigo de nuevo.

—Yo también.

La besó y volvió a acerrojar la cintura de ella entre sus brazos.

—¿Dónde quieres que vayamos? —preguntó él.

—Es mejor que por el momento no salga de este lugar.

—¿Aquí? ¿Y los hombres que trabajan en este sitio?

—Ahora no hay nadie. No te inquietes, nosotras nos hemos ocupado de que hoy nadie sienta deseos de entrar aquí.

—Excepto yo.

—Claro —ella sonrió. Entrecerró sus ojos y le miró por entre las largas pestañas—. Aquí hay rincones adecuados. Íntimos.

—¿Sin ellas?

—Sin ellas.

—Guíame, pues.

Hicieron el amor sobre una masa de redes de pesca y aquel lecho rugoso y laberíntico les pareció el más suave y majestuoso de los tálamos de este mundo. Del exterior les llegaba el rumor de las aguas que lamían con una suavidad de siglos los postes del embarcadero.

También se oían las voces lejanas de los hombres del puerto, los gritos de los vendedores de pescado y los ladridos ocasionales de los perros que hociqueaban entre la basura. El sol se colaba por entre los tablones y encerraba sus cuerpos desnudos en una prisión de barrotes dorados.

Después, Skarrion le preguntó:

—Pensé que nunca salíais del bosque. ¿Por qué habéis venido a Savolina?

—Por la Asamblea.

—¿Acaso vais a intervenir?

—No recorremos los caminos de la política. Pero somos las guardianas de Shakark y debemos proteger al país.

—¿Tenéis que proteger a los hombres de la Asamblea? ¿Qué va a ocurrir?

—No lo sabemos con exactitud, pero en los sueños y los trances han aparecido retazos y borrones confusos, no imágenes con sentido, sino sensaciones… Así es como funciona siempre. Sabíamos que debíamos estar aquí, y hemos venido.

—Tú en un principio no ibas a venir. Solo vendrían tus tres… hermanas.

—Exacto. Pero me rebelé y vine.

—¿Te rebelaste contra ellas?

—No estamos atadas unas a otras por el miedo, sino por la responsabilidad, y como la responsabilidad es algo voluntario yo soy quien elijo si cargar o no con ella. Mis hermanas no pueden obligarme a hacer nada que yo no desee hacer. No pueden retenerme. En realidad, me rebelé contra mí misma. Intenté controlarme. Pero perdí. Y gané.

Se miraron a los ojos durante muchos latidos. Entrelazaron los dedos y no dijeron nada. Los dos amaban esos silencios.

—No solo hemos venido nosotras cuatro —dijo ella.

—¿Hay otras guardianas en Savolina?

—Guardianas y guardianes. Ellas y ellos también han sentido la llamada y han dejado sus bosques, sus cavernas y sus costas para venir aquí. Hay momentos que son un cruce de caminos en el devenir de los hombres y los dioses; es importante que el río fluya por el sendero correcto, que no se tuerza. Este es uno de esos momentos y los guardianes y guardianas de Shakark estamos aquí para cuidar de que las cosas vayan bien. —Sus ojos se nublaron—. Pero todo se está volviendo denso, oscuro y peligroso. Hay una sombra que crece y que quiere devorarlo todo. Los insensatos están abriendo puertas que deberían permanecer cerradas. La fiera saldrá del pozo.

—¿Te refieres a Mumaga?

—No solo eso. En Shakark, en Noctumbria y en otros países…

Mumaga es solo una de las facetas de la joya de la maldad de este mundo. Es una parte. Y cada cual, en su propia tierra, tendrá que cumplir con su obligación.

—Así pues, ahora hay otros guardianes y guardianas en diferentes lugares del mundo que igualmente pelean contra esa sombra.

—Sí. Y no solo hay guardianes, sino también campeones y paladines. Tú eres uno.

Skarrion frunció el ceño.

—Yo solo soy un hombre, un guerrero.

—No, eres mucho más. Y tu función en el gran juego aún no ha acabado. Ni siquiera acabará en Shakark.

—¿Qué estás diciendo?

Ella le miró con tristeza.

—Algún día dejarás estas tierras. Entonces librarás batallas que te parecerán distintas, pero que serán la misma. La única. La batalla eterna entre la luz y la negrura.

—Te equivocas. Yo no soy un peón de las potencias ni de los dioses. No soy el muñeco de nadie. Soy libre.

Ella volvió a mirarle con ternura y pesar.

—La libertad es un sueño hermoso. Pero es un sueño, al fin y al cabo. Lo siento. —Le besó en la frente—. Lo siento mucho.

Él la tomó de los hombros y buscó en sus ojos, pero ella había bajado la mirada.

—¿Qué hay en tus visiones?

—No puedo decírtelo —musitó.

—Pero en ese futuro… ¿no estaremos tú y yo juntos?

—Amor mío… Cuando todo termine tú me tendrás en tus labios y entonces te separarás de mí y sabrás que no debes buscarme. No volveremos a vernos jamás. Y sin embargo, siempre que lo desees tus labios volverán a tenerme.

—¡Te equivocas! —exclamó él, angustiado—. ¡Yo te buscaré!

—No lo harás.

—Siempre hablas en acertijos.

—La vida y la muerte son un acertijo.

—Pero…

—No preguntes. No seas un esclavo del porqué.

Skarrion se estrelló contra la barrera infranqueable de sus ojos y al final bajó la vista. Ella le abrazó. Pegó la nariz a la de su amante.

—Toma de mí lo que yo pueda darte y no me pidas más. Por favor.

—Está bien. Pero de lo que puedas darme, lo quiero todo.

—Lo tendrás —susurró ella, con dulzura infinita.

Selló el pacto con un beso primero tierno, luego ardiente.

Cuando Skarrion salió de la nave y volvió al mundo exterior el sol ya gateaba sobre las montañas. El lago era una lámina de ondas

doradas y sangrientas. Desde que la conocía se había preguntado varias veces si sería la víctima de algún sortilegio. Aquella mujer misteriosa se le metía cada vez más adentro. Eso le había inquietado en diferentes ocasiones. Ahora, decidió que de un modo u otro sí había caído presa de un hechizo. Pero ya no le importaba.

25

—¡Nobles señores de Shakark! —bramó Gultop Nidog—. ¡Da comienzo otra sesión de esta Asamblea de Hombres Libres!

Desde que había empezado la Asamblea, hacía tres días, los grandes caudillos, acompañados de sus capitanes y de un nutrido grupo de gentes de armas, se habían reunido cada noche no en el castillo que dominaba el burgo, sino en la casa consistorial ciudadana, un palacio en cuyo salón de actos ahora bullían y se apretujaban y sudaban y vociferaban y charlaban a gritos y reían y gruñían más de doscientos hombretones. Era una estancia enorme con columnas de piedra, iluminada con teas y lámparas de sebo. No había asientos y todos estaban en pie. Toda aquella humanidad despedía una fetidez a sudor reseco y agrio, a ventosidades, a eructos de carne mal digerida y al pesado aliento a vino. Aunque en teoría no se podía beber en estas situaciones, desde tiempos inmemoriales era imposible que sucediera una reunión política de shakarks y no corrieran el hidromiel, la cerveza y los licores. Los lacayos traían barriles y los guerreros les aplaudían, les daban palmadas en la espalda que casi los lanzaban al suelo, abrían las espitas y corrían las jarras, cuencos y picheles de mano en mano. Algún impaciente incluso agarró un barrilete, lo abrió a hachazos, lo levantó sobre la cabeza y se echó encima un chorro espumoso que le bañó la bocaza abierta, provocando las carcajadas o las quejas de quienes le rodeaban. Muchos estaban ya ebrios y los había que cantaban abrazados, como si estuvieran en una taberna de mala muerte. Los guerreros incluso se esparcían por los pasillos de la casa consistorial del burgo y no había ninguna mujer por las cercanías, pues todas las sirvientas y criadas habían tenido la sana idea de no pisar ese edificio lleno de nobles que con frecuencia tenían un pasado de piratería, latrocinio y asesinato, pues en Shakark las fronteras entre el comercio y el saqueo no estaban bien definidas. El ambiente estaba cargado y hacía un calor espantoso. Las gentes seguían bebiendo y montando un estruendo de mil diablos.

Una vez que Gultop Nidog daba comienzo a la sesión con aquella fórmula, dejaba que las gentes del país hablaran con libertad y expusieran sus problemas y quejas.

Entonces empezaba el verdadero caos.

Salían a hablar los líderes de los feudos y con los mofletes rojos y los ojos desorbitados exponían sus cuitas y exigencias, que implicaban en ocasiones a sus vecinos, quienes muy bien podían estar allí y los

escuchaban apretando los dientes. Entonces unos y otros se enzarzaban en discusiones que acababan a gritos y en las que se mentaban no solo padres y madres, sino también antepasados lejanos. A menudo las disputas eran añejas y dos clanes se odiaban solo por hábito y costumbre de decenios, sin saber en realidad la razón. Los capitanes y segundones también entraban al trapo y se increpaban y se señalaban con el dedo, se mostraban los dientes amarillos y algunos tenían que ser agarrados para que no iniciaran una pelea. El griterío se volvía infernal, multiplicado en ecos que rebotaban contra el techo y las paredes. Pero de algún modo pervivía aquella paz tumultuosa, pues cuando todo parecía salirse de madre Gultop Nidog intervenía y, al ser un hombre respetado y apreciado por todos, atendían a sus llamadas al orden. Dejando aparte las miserias privadas de unos y otros, el asunto importante era el disgusto hacia el rey Birger II, aumentado por haber prohibido esta misma reunión. No había allí ningún clan afecto al monarca y por tanto faltaba casi la mitad del país. Al no existir parte opositora los protestantes se iban creciendo y engallando, y en este tercer día menudeaban las amenazas e insultos a la Corona e incluso los deseos de quitar de en medio al usurpador. La gente estaba además muy enojada por la imposición de una religión que a casi nadie convencía y por la represión brutal de la tradicional fe en los Luminosos. Aquí sí se podía renegar de Mumaga y también se podía loar a Kor, Charste y Asmund. Cada intervención terminaba con el signo del martillo, que provocaba aplausos, ovaciones y cánticos de alabanza a los dioses con voces no muy firmes.

Todo esto agradaba a Gultop Nidog, que por el momento no había dicho nada contra el rey porque los demás ya le estaban haciendo el trabajo sucio. Les dejaba que se calentasen ellos solos. Quería que los ánimos estuvieran caldeados antes de presentar al legítimo rey del país. Muchos le preguntaban por ese hijo de Leidof IV, él contestaba vaguedades y hábilmente se sacaba de encima a los curiosos.

Skarrion había ido a las reuniones y se había mantenido siempre cerca de Nidog y lejos de su familia. Beini le echaba miradas de cautela y reconocimiento, pero su padre evitaba el contacto visual. Solo una vez le miró a la cara y Skarrion apartó la vista al sentirse empalado en su odio gélido. Era evidente que Olaf Gunthar tardaría en perdonar al descastado. Skarrion empezaba a dudar de que eso fuera posible.

Esta tercera velada transcurrió igual que las anteriores, pero cuando la noche estaba ya avanzada, cuando ya se habían terminado las querellas vecinales entre nobles, ya se había renegado mucho de Mumaga y se había escupido tanto en el suelo que había gargajos por doquier, Gultop Nidog se reunió con sus hijos Orm y Dagmar y con Skarrion y les comentó algo en voz baja. Los tres jóvenes salieron.

Gultop se adelantó y ocupó el espacio de la oratoria. Levantó los brazos para pedir silencio y el bullicio se volvió, al menos, tolerable.

—¡Hombres libres de Shakark! —rugió—. Yo convoqué esta Asamblea para hablar de temas serios que afectan a nuestro amado país. Sabéis que no estoy en buenas relaciones con el usurpador… —Esperó a que terminaran los abucheos e insultos antes de proseguir—. Sí, sabéis que yo no le he rendido fidelidad ninguna, pero os juro por mi honor y ante los dioses que si hubiera sido un buen gobernante yo me hubiera arrodillado a sus pies. —Frunció el ceño—. ¡No ha sido así! ¡Al asesinato de su hermano el rey Leidof, al atropello de las leyes…! ¡A todo eso ha unido el desprecio por nuestra religión y nuestras costumbres! ¡Está acabando con nuestras libertades! ¡Quiere decirnos incluso a quién tenemos que rezar! —Hubo un trueno monstruoso de voces iracundas. Gultop levantó las manos y poco a poco el griterío fue muriendo—. Por eso os digo que es tiempo de que cambien las tornas. Yo he intentado que ese hombre que ocupa el trono cambie su forma de gobernar… ¡Pero ni siquiera ha querido acudir a esta Asamblea! ¡Ni él, ni los bastardos que lamen su culo! —Insultos, reniegos, etcétera—. ¡Es tiempo de cambiar de rey! ¡Un soberano legítimo debe ocupar el trono!

Calló. Ahora, el silencio se fue extendiendo con lentitud, a pesar de los borrachos que no se enteraban de nada y seguían gritando amenazas contra el Taciturno con voz resbaladiza; pero eran casos aislados.

—¿Y quién es ese soberano legítimo del que nos habláis, señor Nidog? —preguntó Olaf Gunthar, con voz profunda y lenta.

—Aquí llega. ¡Miradle!

Los hombres se abrieron paso con mugidos de sorpresa para dejar vía libre a Skarrion, los dos hijos de Gultop y otros hombres del clan Nidog. Escoltaban a un par de seres tan bajitos que algunos los tomaron por elfos e hicieron cuernos con las dos manos y soplaron fuerte para espantar el mal de ojo. Pero no eran duendes, sino niños. Vestían con atavíos señoriales y el chico llevaba una corona de oro en la cabeza. Caminaban tiesos y dignos, sin mirar a nadie, como si a pesar de su pequeño tamaño estuvieran por encima de todos los shakarks que los contemplaban estupefactos, adelantando la cabeza y tirándose de los bigotes.

Los críos se detuvieron en el centro de la sala. Quedaron quietos e impasibles. Gultop Nidog asintió con respeto ante ellos. El silencio era ya brutal. Solo se oía al borracho que seguía ciscándose a gritos en el Taciturno. Muchos le chistaron para que callara, hubo un tumulto, un par de golpes, y el silencio fue perfecto. Algo inaudito en una asamblea de shakarks.

—¡Nobles señores! —gritó Gultop—. ¡Este es el rey legítimo de

nuestro país! ¡Es el último hijo de nuestro buen señor Leidof IV y de su esposa la reina Dis Estig! ¡Y esta es su hermana, la infanta Geirrid! Ellos escaparon de la matanza que sucedió hace ya casi ciento diez días. ¡Ciento diez días de gobierno ilegal y de infamia! Sabed que mi hijo… ¡Mi propio hijo, sangre de mi sangre…! Sabed que él salvó a estos niños y los trajo en secreto a mi feudo de Onsbergo, pues sabía que allí estarían seguros. ¡Mi buen hijo Eitri pagó con la vida su acto patriótico! Pero Su Majestad —señaló al niño, aún impasible y con los ojos muy abiertos, rojo y perlado de sudores por culpa del calor— sobrevivió al viaje. Le he mantenido oculto hasta el momento, aunque ha sido imposible acallar los rumores… —Levantó los dos brazos—. ¡Porque la verdad vuela libre! ¡Como el águila en las nubes! Amigos y compatriotas, hombres libres de Shakark, yo quería presentaros al auténtico rey aquí, en Asamblea, como ha de hacerse, como manda la costumbre y la ley… ¡Y aquí está vuestro legítimo rey, y no ese gusano malparido que ahora se sienta en el trono!

Todos miraron al chico, que por dentro se moría de miedo y nerviosismo, pero que exteriormente llevaba una máscara de tranquilidad regia, igual que su hermana. Algunos rugieron su aprobación, pero lo que más se oía eran comentarios excitados y sorprendidos.

—¡Un momento! —Emil Esteiner se adelantó un paso y miró ceñudo a Gultop y a los niños—. Yo peleé contra el Taciturno en la guerra civil y soy el primero que estoy dispuesto a volver a empuñar la espada, pero primero quiero estar seguro de que ese niño es el hijo del Tembloroso. ¿Cómo podéis demostrarlo?

Nidog le miró con fijeza.

—Este es el hijo de Leidof IV. ¿No os basta con mi palabra?

—¡No! ¡Se trata de un asunto demasiado serio como para confiar solo en la palabra de un hombre, pertenezca al clan Nidog o al clan del mismísimo Asmund!

—¡Maldito…! —gruñó Gultop, pero en ese momento Eigil se adelantó y apuntó con su mano diminuta al gigantesco Emil Esteiner.

—¡Vos, señor Esteiner! —le gritó con su voz aguda y clara—. ¿No tenéis un nieto llamado Liam?

—Sí… ¡Sí, así es!

—Es un niño de mi edad. ¿Acaso no le llevasteis con vos a Ludvica hace dos años, cuando vuestra familia visitó la corte?

—¡Eso es cierto!

—¿Y acaso vuestro nieto Liam no tiene las orejas muy largas y el labio leporino, y además se ríe como un cerdito? —Emil Esteiner abrió la boca, atónito—. ¿Y acaso vuestro nieto Emil no recibió de vos, como regalo de cumpleaños, un caballito de madera que vos mismo tallasteis para él?

—¿Pero cómo puedes saber lo del caballito?

—Porque él me lo contó. Jugó conmigo en el palacio. ¿Qué tal está Emil?

—¡Está sano y crece como un roble!

—Entonces quiero que le transmitáis mis saludos más afectuosos. Pasamos muy buenos ratos juntos aquel verano.

Esteiner parpadeó un par de veces. Levantó la cabeza y los barrió a todos con la mirada.

—¡Lo que ha dicho no puede ser falso! Mi nieto me habló de lo mucho que había jugado con el principito Eigil. —Se adelantó e hincó una rodilla en tierra—. ¡Majestad!

—Podéis levantaros, señor Esteiner.

El aludido así lo hizo. Dijo:

—¡Este niño es el hijo de Leidof IV! ¡Es nuestro legítimo rey!

Hubo una tormenta de voces, pues unos apoyaban la afirmación de Esteiner y otros la discutían con escepticismo.

—¡Silencio! —gritó Eigil.

—¡Callaos todos! —tronó Gultop Nidog—. ¡Su Majestad va a hablar!

—¡Que se adelante el señor Uni! —ordenó Eigil.

—¡Aquí estoy! —respondió Axel Uni.

—Vos visitasteis la corte de Ludvica el año pasado.

—¡Así fue! —respondió de malos modos—. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo estaba recordando que durante la cena junto a mis padres y el resto de mi familia, sufristeis una indisposición del vientre y tuvisteis que salir corriendo de allí como un conejo. —El aludido abrió mucho los ojos y la boca. Estalló un rugido de carcajadas en el público. Uni les miró con nerviosismo—. Pero no llegasteis a tiempo y os manchasteis las calzas antes de salir. —Más risas, acompañadas de palmadas y ovaciones. Eigil frunció su pequeño ceño y levantó una mano—. ¡Silencio!

—¡Dejad hablar al rey! —bramaron Nidog y los suyos.

—Señor Uni —prosiguió Eigil—, mi padre el rey nos ordenó no contárselo a nadie, pues necesitaba vuestro apoyo en la guerra y sabía que sois un hombre orgulloso. Si lo saco a relucir ahora no es para humillaros, sino para demostraros, a vos y a los demás, que soy el auténtico hijo del rey Leidof.

Uni asintió, corrido de vergüenza.

—Solo alguien de la Familia Real podría saber… eso, así que ya no hay duda sobre vos… Majestad.

El niño asintió agradecido y Uni se retiró a un rincón, sin hacer caso de los bromazos que le gastaban sus compañeros.

Geirrid se adelantó con una sonrisa orgullosa.

—¡A callar! —gritó Nidog—. ¡Va a hablar Su Alteza!

—¡Señor Sindri!

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Ludvig Sindri.

—Vos tenéis una nieta que se llama…

—No digáis más, Alteza —atajó Ludvig, con una gran sonrisa—. Mi querida nietecita Linea me dijo que se hizo muy amiga de vos, tanto, que le suplicó a mi hijo, su padre, permitirse quedarse con vos más tiempo. Pero no fue posible porque debíamos irnos de la corte. —Se adelantó, clavó una rodilla en el suelo y miró con simpatía a Geirrid, que estaba exultante—. Tenéis mi lealtad, Alteza, y también la tiene vuestro hermano, el rey. Majestad.

—Podéis levantaros, señor Sindri —concedió Geirrid—. Pero solo si prometéis traer de nuevo a Linea conmigo cuando mi hermano y yo gobernemos en Ludvica.

—Tenéis mi promesa, Alteza —repuso el hombre, de buen humor.

Nada más retirarse, otro hombre se adelantó y miró a Eigil con gesto severo.

—¿Vos dudáis de Su Majestad, señor Odvar? —preguntó Gultop.

—¡No! ¡Escuchadme todos! Ese niño es el hijo del Tembloroso. Le vi cuando visité la corte y a pesar de que ahora está más flaco y ha crecido, no albergo dudas sobre él. Y además reconozco también a esa niña como su hermana. ¡Estoy seguro de que son ellos! —Su rostro se inflamó de ira—. ¡Oídme bien! Yo no estuve en la batalla de Cajani, pero mi padre sí, y cuando se negó a rendir fidelidad al Taciturno le degollaron y le tiraron al fango. Al saberlo, yo juré venganza. No puede haber dos reyes en Shakark, y menos cuando uno es legítimo y el otro es un felón. ¡Pongo mi Casa entera al servicio del hijo de Leidof IV y digo que quien no lo haga es un indeseable que no merece ni el aire que respira!

Hubo gritos tanto de apoyo como de protesta. Él los miró a todos con furia. Se volvió hacia Eigil, que debió hacer un esfuerzo para no retroceder, y luego clavó la rodilla en el suelo.

—¡Majestad!

Se levantó y volvió a su sitio.

Hubo más que reconocieron al muchacho como rey, pero quedaban otros tantos que todavía no se fiaban del todo. Como era de esperar, estallaron las discusiones y, ahora sí, hubo que intervenir porque los insultos devenían empujones, agarres y por último puñetazos. Pero los peleones fueron separados a tiempo. Nidog seguía proclamando que el chiquillo era el rey del país, pero casi la mitad de los líderes conservaban su escepticismo. Entre tanta discusión y vocerío casi pasaron desapercibidas algunas personas que entraron en la sala en aquellos momentos. Llevaban ropajes enormes y tenían la capucha subida. Se quedaron en los rincones, apartados del bullicio. Por alguna extraña razón, las gentes apenas reparaban en esos encapuchados,

como si no existieran, como si algo o alguien sobrenatural les obligara a apartar la vista de ellos.

Skarrion sintió que se le secaba la boca de golpe. Agarró fuerte la espada y se dirigió a Gultop Nidog.

—Señor, tenemos que sacar de aquí al rey y a su hermana. Corren peligro.

—¿Por qué? Ningún guerrero va a atacar al rey, y menos ahora que tenemos de nuestra parte a la mitad de los presentes.

—Mi señor, no me refiero a guerreros. Hay otros peligros.

—¿Cuáles?

—Esos encapuchados que… —Skarrion estaba boquiabierto. Los buscó por la sala, pero ya no los veía; quizá se hubieran ocultado entre los hombretones, aquí y allá.

—¿Qué encapuchados? No hay peligro alguno para el rey. Estáis nervioso. ¡Relajaos!

—¡Hacedme caso, maldición!

Nidog se le acercó y clavó sus ojos en él.

—Si ahora nos llevamos al rey por culpa de temores infundados perderemos la oportunidad de convencer a los indecisos. Nadie sigue a un rey cobarde, ¿entendéis? Se malograría todo por lo que hemos luchado. Mi hijo habría muerto para nada, y eso no lo voy a permitir. —Le dio una palmada en un hombro—. No os inquietéis. Nada malo sucederá.

Skarrion se tragó un reniego al entender que no le permitirían sacar a Eigil y a Geirrid. Pero él debía protegerlos, así que se acercó aún más a ellos, agarró fuerte la empuñadura de la espada todavía envainada y no dejó de vigilar a todo y a todos.

En ese momento se adelantó Olaf Gunthar. Era quizás el noble más poderoso de los presentes, después de Gultop Nidog, y por tanto su decisión pesaría como el plomo.

—¡Amigos y compatriotas! —rugió—. Ya sabéis que mi querida hija Fulla ha sido víctima de calumnias e injurias y que el usurpador y la furcia que gobierna a su lado la han declarado criminal y proscrita. Solo por eso ya estoy en contra del Taciturno. Pero además amo a esta tierra tanto como cualquiera de vosotros y sufro al verla en poder de unos degenerados. ¡Aquí tenemos al hijo de Leidof IV! Nuestro deber es apoyarle para sacar del trono al felón que lo ocupa. —Nidog y sus partidarios casi gritaron su alegría. Pero las siguientes palabras de Olaf borraron sus sonrisas—: Sin embargo, está por ver quién ha de ser el regente. Su Majestad es solo un niño. Hasta su mayoría de edad alguien ha de gobernar el país en su nombre.

Nidog apretó las mandíbulas y dio un paso al frente.

—Yo seré el regente.

—¿Por qué? —preguntó Olaf, con los brazos cruzados.

Gultop Nidog echaba chispas por los ojos. No le habló a él, sino a todos los hombres de la sala:

—¿Quién fue el único que no juró lealtad al Taciturno? ¿Quién ha mantenido vivos los rescoldos de la rebelión y quién ha soplado sobre ellos para que se conviertan en esta llama? ¿Quién protegió a Su Majestad? ¿Quién ha convocado esta Asamblea? ¿Y quién osa disputarme ese rango?

Levantó la barbilla en gesto de desafío.

—Nadie duda de vuestros méritos, señor Nidog —prosiguió Olaf, tranquilo y sombrío—. Pero la ley es la ley. En esta Asamblea los hombres deben decidir quién ha de ser el regente. ¡Hemos de votar! ¡Somos hombres libres y no esclavos!

Hubo un estallido de voces de aprobación. Nidog levantó los brazos para hacerse oír.

—Estáis retorciendo las palabras, señor Gunthar. Yo jamás diría que ninguno de nosotros es un esclavo.

—Por eso mismo debéis permitir que votemos la regencia, como hombres libres que somos. Porque no nos consideráis vuestros esclavos.

Gultop apretó los labios y maldijo en su fuero interno a Olaf Gunthar, su único nuevo contrincante en la arena política.

—¡Muy bien! —afirmó—. ¡Que los hombres libres de Shakark voten por la regencia! ¿A quién dais vuestro voto, señor Gunthar? ¿O es que queréis proponeros vos como candidato?

Olaf guardó un silencio que primero incomodó y luego horrorizó a muchos. Lo último que le faltaba a este movimiento contra el usurpador sería una lucha interna por el poder, y aún peor, entre esos dos viejos osos, capaces de arrasar el bosque entero en cuanto empezaran a pelear. Olaf inspiró fuerte, se acercó a Nidog, le agarró de un hombro, sonrió y al final soltó una carcajada tronadora. Nidog le contemplaba con el ceño fruncido, sin saber qué hacer, y al final él también rio, aunque sin ganas. Olaf levantó la mano de Gultop.

—¡Amigos! ¡Doy mi apoyo a Gultop Nidog, porque sé que sin mi apoyo él jamás llegaría a ser regente!

Los torpes ovacionaron ese gesto en apariencia amistoso, pero los discretos alabaron la astucia de Olaf Gunthar. Ahora comprendían que jamás quiso disputarle la regencia a Nidog… Pero tras esta pequeña comedia, parecía como si fuese Olaf quien le hubiera proclamado regente, como si fuera superior a Nidog y en un acto no de sumisión, sino de generosidad, le cediera el puesto. De tal modo ponía a los Gunthar en una posición de igualdad respecto a los Nidog. Gultop no era tonto y por eso su sonrisa fue forzada y no llegó a los ojos, y en su abrazo intentó romperle todos los huesos a Olaf. Pero este no era pusilánime y se lo devolvió con fuerza. Estuvieron un buen rato así,

mostrándose los dientes en muecas de alegría demoniaca, y por fin se soltaron.

—Ya no han de quedar más dudas —dijo Nidog—. Lo más juicioso es que yo sea el regente del país hasta la mayoría de edad del rey.

—Alto.

Nidog compuso una mueca grotesca y estuvo a punto de gritar qué demonios pasaba ahora, pero se dio cuenta de que era el propio rey quien le había interrumpido.

—Señor Nidog. Os olvidasteis de mí. Soy yo quien ha de elegir al regente.

—¿Vos? Pero vos sois aún…

—Yo. Soy. El. Rey.

Nidog parpadeó con sorpresa. Eigil prosiguió:

—Por tanto, puede que no esté de acuerdo en que vos seáis el regente de mi país.

—Pero… ¡Majestad!

—Quizá no seáis vos la persona adecuada para tal encomienda. —Nidog desorbitó los ojos. La sangre furiosa hinchó su cara. Pero se contuvo. Eigil le observaba con tranquilidad. Se llevó un dedo a los labios en gesto pensativo—. He de meditar mi decisión con mucho cuidado… —Nidog apretaba los puños. Había roto a sudar y entrecerraba los ojos mientras contemplaba al mozuelo. Eigil giraba muy despacio la cabeza para mirar a la cara a todas esas gentes. Un geniecillo rodeado de gigantes. Levantó la mano y señaló a un líder, a otro, a aquel, al de más allá… Todos ellos carraspeaban y se tocaban los mostachos. Quizás el chico solo estaba moviendo el dedo en el aire mientras se lo pensaba—. ¿Quién puede ser el mejor regente para mi reino? —Señaló a Olaf, que levantó las cejas con sorpresa. Pero después siguió girando con lentitud, clavado en el centro del silencio —. Ya lo he decidido. Os elijo a vos.

El dedito señalaba a Gultop.

El señor Nidog estaba rojo y crispado. De pronto se relajó, empezó a sonreír y su sonrisa se ensanchó más y más, y al final soltó una carcajada.

—¡Seréis un digno rey para Shakark! —exclamó con alegría.

Aquello, y no otra cosa, fue lo que decidió a la sala entera a apoyar a Eigil, porque si había algo que amaran los shakarks era una buena broma, uno de esos bromazos terribles que dejaban a la víctima sin habla y a los de alrededor medio muertos de risa. En aquel país de piratas, saqueadores, embaucadores y tramposos el rey debía ser el más malo y astuto. El niño sonreía satisfecho mientras el salón entero vociferaba sus risas. Nidog se agachó ante el pequeño soberano.

—¡Me inclino ante vos, Majestad!

Eigil asintió satisfecho e hizo un gesto señorial con la mano para

que el hombretón se levantara.

Pero había un guerrero que no reía. Ni siquiera sonreía. Skarrion. La sensación de peligro pesaba como un puño de metal en el fondo de su pecho. Los vio otra vez. Se adelantó hasta el niño y le cogió de un hombro.

—¡Majestad, Alteza, poneos los dos detrás de mí!

Eigil y Geirrid corrieron a agazaparse tras él y Skarrion desenvainó la espada y la daga.

Los encapuchados salieron de entre la multitud. Eran trece. Al detenerse dibujaron una larga media luna en el centro del salón, frente a Skarrion, Eigil y Geirrid. Habían pasado por entre las gentes con una facilidad pasmosa.

—¿Quiénes son? —gritó Nidog. Desenvainó también la espada, y lo mismo hicieron sus dos hijos y muchos otros hombres, entre ellos Olaf Gunthar y su hijo Beini, que se acercó a su padre—. ¿Por qué no los hemos visto llegar?

—Porque nos han hechizado a todos —dijo Skarrion—. Son los malditos brujos de Mumaga.

Los guerreros retrocedieron. Valientes hasta la insensatez cuando peleaban contra hombres, se acobardaban como niños ante lo sobrenatural.

—Te equivocas, paladín —dijo una voz que Skarrion ya conocía. Las doce figuras bajaron las capuchas—. Somos los guardianes de Shakark y estamos aquí para proteger al rey.

Allí estaban las Cuatro Que Eran Una. Había además un trío de mujeres sin nariz ni orejas, que bien pudieran ser las Tres Que Eran Una, y que tal vez vivirían en otro bosque del país. Los seis encapuchados restantes eran todos varones, hombres viejos, achacosos, sucios y pestilentes; pero en sus ojos brillaban los cometas y las centellas de la magia. Dos estaban desnarigados y desorejados y tenían la runa prohibida en la frente.

—¡Son brujas y hechiceros! —gritó alguien.

—¡Alejadlos del rey! —chilló otro hombre.

—¡Criaturas malvadas!

—¡Pactan con los demonios!

—¡Debemos quemarlos en la hoguera!

—¡Ahorcarlos! ¡Que Kor nos asista!

—Kor te asiste a través de nosotros, necio —dijo la niña de mirada eterna, con una voz que se había hinchado de manera innatural y que llegó hasta los últimos rincones del salón.

—Te asiste a través de…

—…nosotras, las guardianas…

—…del país, y también a través de los magos.

—Imbéciles —mugió uno de los viejos, un hombre ciego que tenía

las pupilas cubiertas de diminutas cicatrices, pues alguien le quemó los ojos en su juventud—. Inútiles. Necios. Majaderos. Hemos venido a ayudaros.

—Sin nosotras… —dijo la primera de las Tres Que Eran Una.

—…ningún hombre de esta sala saldrá vivo. Pero no hemos venido a…

—…a protegeros a vosotros, hombres vanos y orgullosos.

Se adelantó un anciano con una testa gorda y enorme, de la que colgaban una pelambrera y una barba grasientas. Un ser contrahecho y tripudo. Sus canillas esqueléticas se marcaban como palos de insecto en la falda de la túnica. Su fealdad era abominable, pues tenía unos ojos de sapo malignos y enrojecidos, una nariz bulbosa y unos labios gordezuelos, como dos babosas una encima de la otra, e igual de húmedas. Al abrir la boca se veían los dientes podridos. La piel de su cara arrugada estaba cubierta de granitos y manchas rosadas. Era una piel cuarteada, sudada, tan grasienta que la luz bailaba en ella como bailaría sobre el aceite. Al respirar, de la nariz de patata salía y entraba una pelotita de moco mantecoso. Pero lo más horrible no era su imagen, sino su olor. Los recios shakarks torcieron la cabeza al notar los efluvios que salían de aquella túnica cubierta de roña, un hedor que excedía todo lo que habían olido hasta el momento, una peste cuyo elemento menos agresivo era la fetidez dulzona a orina y el hedor grosero de las heces y las ventosidades, pues sin duda el viejo sufría de incontinencia. Su aliento podría tumbar a un caballo. Tenía un bastón largo y nudoso cuyo extremo superior parecía una especie de boñiga de madera. Con él señaló a Eigil, todavía escondido detrás Skarrion.

—Hemos venido a protegerle a él —dijo, con voz pedregosa y malévola—. Al rey niño. El niño rey. El auténtico señor de Shakark.

—Ya estamos nosotros aquí para protegerle —afirmó Gultop Nidog.

—¿Protegerle vosotros? —se burló el anciano pestilente—. Vosotros solo sois una bola de estiércol que mancha mi bota. No sois más que pupas andantes, hinchadas del pus de vuestra vanidad y vuestro orgullo. Vosotros no podéis protegerle de lo que le acecha.

—¿Y tú sí? —se burló Nidog.

—Escúchame, chancro en un escroto infectado… Ahora tienes un simple tumorcito que tal vez no te mate, pero yo podría hincharlo y convertirlo en una pelota de inmundicia que te llevaría a la fosa en menos de un año… ¡Así que cállate!

Nidog le miró con asombro y temor. Guardó silencio.

—¿Quién eres tú? —preguntó Skarrion.

Le respondió la anciana de las Cuatro Que Eran Una:

—Es el más viejo, sabio y poderoso de todos los magos de Shakark.

Es Aldaf el Gris. Y haríais bien en escucharle.

—Gracias, hermana —dijo Aldaf el Gris, y asintió moviendo su cabeza bulbosa. Entrecerró un ojo y los barrió con su mirada cruel. El moco pastoso salía y entraba de la nariz. Se metió dos dedos en la barba, atrapó un piojo y lo reventó aplastándolo entre las uñas del pulgar y el índice—. Los guardianes hemos descubierto un peligro al que vosotros, vermes que os creéis hombres, no podréis enfrentaros. Aún no sabemos qué aspecto tomará, pero atacará esta noche… ¡En esta misma sala! —El moco se infló, estalló y se convirtió en un manchurrón diminuto sobre el bigote—. Por eso hemos venido hasta aquí, hatajo de zopencos, para proteger al rey. Él es una pieza importante de un juego mayor. Vosotros, inútiles cuajarones de orina ensangrentada, no veis más que leyes, países, política y poder, pero en la partida se apuestan no solo reinos, sino mundos. El dios dormido ha despertado y hará todo lo posible por aplastar al rey niño. —Levantó las cejas y asintió un par de veces, despacio—. Todo lo posible…

—¡Hay que matar a los brujos! —chilló alguien, con voz nerviosa.

Aldaf levantó el bastón.

—Si vuelvo a oír un solo grito no volveréis a tener una noche sin pesadillas hasta que os llegue la muerte. —El silencio fue sepulcral—. Ven aquí, zagalillo. Deja que te vea.

El niño se separó de Skarrion y se acercó despacio al viejo abominable.

—Unos hombros pequeños para tan grande peso… —gruñó Aldaf el Gris—. Pero podrán soportarlo si las cosas no se tuercen. Si no se tuercen… —Quedó inmóvil durante muchos latidos. Soltó una ventosidad larga y vibrante. Nadie dijo nada—. ¡Escuchad, bestezuelas malparidas! ¡Debéis haceros fuertes! ¡Debéis prepararos para vencer lo que parece invencible y superar lo insuperable! Tendréis que expandir vuestras mentes de insecto y convertiros en criaturas sensibles e inteligentes. No estáis a la altura, pero sois todo lo que tenemos por ahora… Y debemos aprovecharlo.

—Lo conseguiremos —dijo el rey—. Y Nos, en nombre de todos los presentes, os agradecemos a todos vosotros —miró a las brujas y los magos— vuestra ayuda.

Aldaf el Gris mostró los dientes negros en un amargo de sonrisa. La pelambrera del mostacho se le metió en la boca y él la chupó.

—Buen chico. Eres el más brillante de todos. Y también tu hermana. Que Kor os ilumine en vuestro camino. Ahora volved con el paladín.

—Apartaos —dijo una voz muerta.

Los guardianes se volvieron hacia tres guerreros que acababan de salir de la muchedumbre. Uno de los brujos, un viejo que no paraba de temblar y soltar babas, emitió un graznido quejumbroso.

—¡Ahí están! ¡Al fin salen a la luz!

—¡Proteged al rey! —ordenó Aldaf el Gris.

—¿Por qué? —preguntó Nidog—. Solo son tres hombres. Acabaremos con ellos antes de que puedan desenvainar.

—¡Vamos, hermanos y hermanas! —chilló Aldaf—. ¡No les dejéis acercarse al rey niño!

—Es verdad… —musitó Skarrion, mientras miraba a los tres hombres impasibles—. Son ellos…

—Dadnos al chico y no mataremos a nadie más —dijo uno del trío.

—¡Retrocede, engendro! —aulló Aldaf el Gris.

—Tu magia no puede con nosotros.

—¡Llevaos al rey! —gritó Skarrion—. ¡Rápido!

Geirrid empezó a chillar de terror. Los hombres desenvainaron las espadas, nerviosos, intranquilos, sin comprender qué estaba sucediendo.

—¡Lleváoslos! —gritó Skarrion, y empujó a Eigil y a Geirrid hacia uno de los hombres de Nidog.

Los tres hombres estallaron en una nube de sangre y pedazos de carne que salpicaron a cuantos se hallaban cerca. Las ropas y las armas cayeron junto a los despojos de su falsa envoltura. Uno de los tres cambiantes se parecía al que Skarrion había combatido en Darlana. Otro era una especie de araña tan grande como un dogo, con ocho patas segmentadas y tubulares y una protuberancia globosa sobre el lomo, dotada de cinco bocas plagadas de colmillos. El tercero era una cosa alargada, una serpiente o gusano de rayas verdes y negras; tenía un agujero en cada extremo y decenas de patas sobre las que caminaba, patas acabadas en manos.

Casi un tercio de los guerreros aullaron enloquecidos y echaron a correr, empujándose, pisándose unos a otros. No pocos se orinaron y defecaron en las piernas. La criatura arácnida saltó sobre una aglomeración de hombres, hundió las pinzas de sus patas en un hombre asustado, lo levantó sobre su lomo y lo acercó a la excrecencia globosa y sus cinco bocas. Los colmillos le arrancaron una mano, otra boca le mordió la cara, otra el cuello. La criatura echó a correr sobre sus patas mientras su víctima daba alaridos, atrapado en las fauces que ya le estaban devorando. El ser giró y pisoteó a los hombres que se arrastraban, chillaban y escapaban como conejos, y volvió al centro del salón sin soltar a su presa.

Allí, los guardianes de Shakark ya vociferaban sus hechizos, ejecutando movimientos grotescos y haciendo muecas absurdas que en otro momento provocarían la risa. El cambiante escamoso topó con una pared invisible y retrocedió. Se abrieron tres largas rajaduras en su pecho y por ellas escapó el icor negro y verde. La criatura emitió un rugido escalofriante. Aldaf el Gris se adelantó hacia él bamboleándose

sobre sus cortas piernas, como una especie de mono tripudo.

—¡Muere, feto de los abismos! —Apuntó con su vara al ser—. ¡Muere!

Sonó un chasquido y un brazo del cambiante fue arrancado de cuajo desde el hombro y salió volando y dando vueltas y dibujando espirales de sangre oscura. El monstruo se retorció y se agachó mientras los magos y las brujas se le acercaban, gruñendo y bufando sus hechizos.

Aldaf el Gris se volvió hacia los guerreros que custodiaban al rey.

—¡Corred! —les gritó. Su rostro de barbudo borracho se había hinchado de sangre. Arrugaba la nariz de patata a causa de la ira y por el miembro diminuto y arrugado bajo la túnica escapaban hilachas de orina pegajosa—. ¡Corred, insensatos!

Skarrion, los Nidog y los Gunthar protegían a Eigil y Geirrid, y todos juntos retrocedían como una especie de bollo de hombres, niños y espadas. Ya estaban cerca de la puerta, pero la cosa vermiforme correteó sobre sus muchas patas con manos, los rodeó y se lanzó sobre los centinelas del umbral. Por el agujero anterior emergió una lengua carnosa, muy roja, y una serie de colmillos o cuchillas que bordeaban el círculo cavernoso. Uno de los dos hombres intentó golpear al cambiante, pero el ser se le echó encima emitiendo un chillido vibrante y ensordecedor, lo envolvió en un abrazo de serpiente, le mordió la cara y se la arrancó de cuajo, dejando en la cabeza una calamidad de pulpa y huesos. Soltó al moribundo y fue a por el otro guerrero, que dio la vuelta y echó a correr fuera de la gran estancia. La serpiente onduló y levantó la cabeza, o tal vez el ano, pues ambos extremos eran iguales. Gemía y musitaba cosas que parecían palabras, con aquella voz aguda y chirriante. La lengua enorme se movía con vida propia y en su punta se abría un ojo, con una pupila verdosa romboidal.

—¡No podemos enfrentarnos a esa cosa! —exclamó un hombre de los Nidog—. ¡Es un demonio!

—¡Sangran como nosotros y se les puede vencer! —gritó Skarrion —. ¡Vamos!

Se adelantó y cargó contra la criatura dando tajos con la espada y puñaladas con la daga. El cambiante se le echó encima y le envolvió en una revuelta de su cuerpo. Las manos de palmas y dedos rugosos le arañaron y toquetearon y Skarrion siguió cortando y acuchillando, haciendo saltar una sangre fina, negra como la brea. Los demás guerreros estaban inmóviles de espanto. El monstruo chilló, levantó el extremo anterior sobre el hombre que lo atacaba y abrió mucho el agujero, dispuesto a morderle y arrancarle la cabeza de una vez por todas.

—¡Skarrion! —grito Olaf.

Echó a correr y le asestó al monstruo un tajo tan fuerte que casi lo cortó por la mitad.

—¡Deja a mi hijo, cosa inmunda!

Beini le siguió, cojeando, y de pronto los guerreros de los Gunthar y la mayoría de los Nidog se lanzaron también al combate, como si hubieran superado alguna barrera de miedo. El asco y el horror les proporcionaban un coraje nervioso y la emprendieron a golpes con la criatura. El bicho herido atrapó a uno con un agujero, dio un latigazo y lo lanzó por los aires. El hombre se estrelló contra una pared, cayó al suelo y ahí quedó, medio inconsciente.

El salón era un caos. La mitad de los guardianes de Shakark hostigaban al cambiante escamoso, la otra mitad arrojaba sus hechizos contra el ser arácnido, y un grupo de hombres cada vez más nutrido se enfrentaba a la serpiente con patas y manos. Había muertos y heridos por doquier y el bullicio de gritos humanos y de chillidos y rugidos de las bestias era majestuoso, enloquecedor. Muchos guerreros habían superado el miedo que antes los inmovilizara y, avergonzados y animosos, se unían al combate y llamaban a gritos a los hombres que estaban fuera para que se les sumaran. Un tropel de guerreros vino para socorrerles y poco a poco los tres monstruos empezaron a perder las fuerzas, heridos por los aceros y por la magia.

El gusano sangraba por decenas de heridas y tenía un tajo monstruoso, allá donde Olaf Gunthar casi lo había partido en dos. Se enroscó sobre sí mismo y los hombres corrieron a rematarlo, pero de pronto se desenrolló dando latigazos con su propio cuerpo y esparciendo nubes de sangre en todas direcciones. Los hombres cayeron aturdidos, la criatura se alzó y medio corrió medio reptó hacia Eigil, escondido detrás de Gultop Nidog y dos hombres más.

—¡No dejéis que coja al rey! —bramó Gultop, y levantó su propia espada para recibir al monstruo.

La criatura chilló, le mordió en un brazo y aguantó la estocada. Sus alaridos rompían los tímpanos. Se removió y tiró a Gultop al suelo. El ser hundió sus colmillos en la tripa de otro guerrero, que abrió mucho los ojos y la boca. El monstruo tironeó y con un siseo espantoso los intestinos escaparon por el boquete. La criatura arrojó a un lado al moribundo. El tercer guerrero fue golpeado por el cuerpo sinuoso, una mano le agarró el cuello, otra metió los dedos en los ojos y se los aplastó. Ciego, el hombre retrocedió profiriendo berridos enloquecidos. Geirrid y Eigil echaron a correr, cogidos de la mano, y la criatura sinuosa los persiguió hasta arrinconarlos contra un muro. Levantó el cuerpo chorreante sobre sus caritas lacrimosas y aterradas. Skarrion cayó sobre el monstruo con un alarido y le asestó un tajo escalofriante. Olaf ya estaba a su lado y en cuanto su hijo sacó la espada de la rajadura dio un golpe primero impulsado desde la cadera

y la espalda, después rematado por un giro de muñeca, un golpe que habría cortado de un solo tajo un árbol joven. Y en efecto, la criatura quedó partida en dos. La sangre salía a chorros por el muñón. Se retorcía en un charco pegajoso y chillaba, y tras muchas convulsiones quedó quieta. Skarrion y Olaf se miraron con ojos enloquecidos y luego miraron a los dos pequeños.

—¡Cuidado! —gritó Olaf.

Se les acercaba la araña. Sus patas dotadas de aguijón emitían un castañeteo sobre el suelo húmedo y resbaladizo. Las bocas de su testa se abrían y cerraban y mordían el aire. Skarrion soltó un jadeo estrangulado y levantó la espada. Una pata le golpeó en el rostro y le envió al suelo. Olaf atacó al monstruo dando un gruñido, pero las patas de aquel ser parecían de hierro y la espada rebotó con un tañido lúgubre. El cambiante le agarró con dos patas y le levantó hacia una de sus bocas. Olaf hundió en ella su espada y la criatura se retorció, pero le soltó. Las mandíbulas se cerraron en un hombro. Olaf gritó. Sin soltarle, la criatura avanzó hacia el rey y su hermana, pero se interpuso la mujer madura de las Cuatro Que Eran Una y Aldaf el Gris. Ella levantó los brazos, como si agitara una sábana invisible, y la mitad de la cabeza del cambiante explotó en pedazos carnosos. El monstruo soltó a Olaf y se concentró en sus nuevos enemigos. Avanzó y hundió una de las patas en el pecho de la bruja. Intentó ensartar también a Aldaf el Gris, pero el mago supremo de Shakark lo rozó con su vara y el cambiante quedó reventado contra el suelo, como si una bota gigantesca e invisible lo acabara de aplastar. Era un amasijo irreconocible que agitaba solo dos de sus patas, como una gran cucaracha pisoteada. Quedó inmóvil.

Los tres cambiantes estaban muertos. La batalla había terminado. Había once muertos en la sala y al menos veinte heridos, algunos de tal gravedad que se apagarían aquella misma noche. Los guerreros se miraban entre sí y no podían celebrar esta victoria porque sabían que tendrían pesadillas durante demasiado tiempo. Dos magos masculinos estaban muertos, a una de las Tres Que Eran Una le faltaba una pierna y yacía en los estertores, junto a sus dos hermanas. La mujer madura de las Cuatro Que Eran Una estaba tirada sin vida porque el aguijón de la araña le había perforado un pulmón. Sus tres hermanas corrieron hasta ella y la niña y la muchacha se echaron a llorar y la abrazaron. La anciana contempló el cadáver con rostro triste y sereno.

—Así ha de ser —dijo.

Skarrion contempló los horrores de la batalla y sintió alivio al descubrir que su amante parecía indemne. Lejos, su hermano Beini se tambaleaba un poco, pero no estaba herido. Skarrion se acercó a Olaf, todavía en el suelo. El señor de los Gunthar se agarraba el hombro desgarrado. Tosía y jadeaba, como otros muchos hombres. Aturdido y

débil, le resultaba difícil ponerse en pie. Skarrion le tendió la mano.

—Dejadme ayudaros. Padre.

Olaf le contempló con unos ojos en los que peleaban el amor y el orgullo herido. Al final bajó la vista, inspiró y agarró con fuerza el antebrazo que le tendían. Skarrion dio un tirón brusco para levantar el corpachón caído y cuando Olaf estuvo en pie miró a Skarrion a los ojos. No se dijeron nada, pero al final Olaf le dio una palmada en un hombro. Se alejó para reunirse con su hijo Beini y el resto de sus hombres. Skarrion le vio irse y luego fue con el rey y su hermana. Gultop Nidog se agarraba el brazo mordido y estaba junto a los pequeños.

—¿Estáis bien? —les preguntó Skarrion. Ellos asintieron, todo ojos en la cara brillante de lágrimas.

Aldaf el Gris estaba manchado de sangre ajena y de sus propias heces y su orina. Levantó el cayado y abrió la boca de dientes negros y desparejos.

—¡Os lo dije! —bramó, con una voz colosal. Todos le miraron—. A partir de ahora, shakarks, habréis de acostumbraros a vencer lo que no se puede vencer y a hacer posible lo imposible. —Miró a Eigil—. Estás vivo, rey niño. Y eso es lo importante.

Eigil le miraba con ojos angustiados. Pero un gran peso y una gran fuerza se fueron apoderando de él.

—Señor, guiadme para poder limpiar mi tierra del mal que la ensucia.

Aldaf el Gris le miró con sabiduría amarga. Se sonó con los dedos y se los limpió en la cadera.

—Yo os guiaré. Majestad.

26

—Majestad, tras lo ocurrido en la Asamblea de Savolina todos los señores que os habían jurado lealtad en Cajani han renegado de sus compromisos hacia la Corona. Y hay nobles que en un principio eran neutrales, pero que ahora os son hostiles. De hecho, la Asamblea terminó con una declaración en la que se os exige abdicar y entregar la corona a ese niño, el supuesto hijo de vuestro hermano.

Así había hablado Colbein Lief, quizás el único hombre en el cual Birger confiaba, en aquel nido de serpientes que era la corte de Ludvica. Lief siempre le había sido leal. Había combatido a su lado desde los primeros tiempos, desde que Birger se rebelara contra Leidof IV. Los dos estaban en un despacho del monarca. El privado le había transmitido los informes que acababan de llegar, desde diferentes puntos del reino.

—Maldición —gruñó el Taciturno. Cerró los ojos y se llevó una mano a la frente—. ¿Cómo está la situación en el país? ¿Se puede enderezar lo doblado en esa desdichada asamblea?

—Va a ser casi imposible devolver el orden a Shakark. Se os han declarado en abierta rebeldía los feudos de Onesa, Pori, Chavanga, Arnosan, Ostersun, Jonopa, Umega, Obercal, Pitea, Barensog y por supuesto Onsbergo, el señorío de Gultop Nidog, el cabecilla de la revuelta. En todos estos lugares los funcionarios de la Corona han sido expulsados, encerrados e incluso asesinados, y en cuanto a los sacerdotes de Mumaga, creo que ya no queda ni uno vivo. Pero no debemos confiarnos en cuanto a la situación de muchos de los señoríos que aún parecen sumisos porque sin duda están esperando a ver qué ocurre. Es posible que cualquier día se unan a los revoltosos.

—¿Cuánta gente aún nos es leal?

—Conservamos casi todo el oeste del país, Majestad: Tampere, Lubea, Gliterin, Rauma y por supuesto mi feudo de Estonga. Ya sabéis que por sí mismos, todos juntos podemos hacer frente al resto del país.

Birger bebió un trago y entrecerró los ojos.

—Otra vez la guerra. Creí que todo eso había quedado atrás. Pero vuelve. Lo malo siempre vuelve… —Miró al gigantesco pelirrojo con ojos lúgubres, agarró una carta de la mesa y la estrujó en su puño—. ¿Sabéis lo que es esto? Me ha llegado esta misma mañana.

—¿Qué dice la carta, Majestad?

—Es un comunicado que firman los señores rebeldes del país. En él se me exige abdicar y entregar la corona al maldito crío ese que se han

sacado de la manga, el supuesto hijo de mi hermano. Y se me promete un juicio justo por los delitos cometidos durante mi breve mandato. Leedla si queréis.

Tiró el documento de mala manera. Lief lo tomó y lo alisó con una mano para acabar con sus arrugas. Una vez leído, miró a su señor.

—¿Qué vais a hacer, Majestad?

—No voy a entregar la corona. Nunca.

Lief asintió un par de veces, despacio. No dijo nada.

—Hablad sin miedo —exigió el rey—. Sé que sois un hombre sagaz tanto para la política como para la guerra. Necesito vuestro consejo.

—Muy bien. Ya que me lo pedís, no aguaré el vino. Nuestra situación no es catastrófica, pero sí mala. Ya os dije que era un error no asistir a la Asamblea de Savolina.

—Lo sé, lo sé, no me lo recordéis, os lo ruego…

—También ha sido un yerro tremendo el imponer por las malas una religión a la que la mitad del país es ajena. Eso soliviantó a muchos que no os odiaban. Y la gota que ha colmado el vaso han sido esos… acontecimientos monstruosos de Savolina. Majestad, es imperdonable derramar sangre en una Asamblea de Hombres Libres. Ya hubiera sido horrible un atentado perpetrado por hombres, pero lo de esas criaturas… La Corona se ha amigado con brujos de la peor especie y ahora paga las consecuencias.

—¡Lo sé, maldición! ¡No fue culpa mía, sino de la reina! Me dijo que se ocuparía de estos problemas, pero jamás pude imaginar que enviaría unos engendros infernales a asesinar a nadie, y menos en una Asamblea de Hombres Libres.

—Os equivocáis, Majestad, porque sí fue culpa vuestra.

—¿Qué decís? —preguntó Birger, enojado.

—Vos le disteis a la reina el poder decisorio, así que sí es responsabilidad vuestra. Mientras la reina dirija Shakark todo irá de mal en peor.

Birger le miró durante muchos latidos. Luego desvió la vista y tomó un sorbo. Entrecerró un ojo.

—¿Y qué me sugerís?

—Que la saquéis del Consejo. Que le quitéis todo el poder, a ella y a esos carroñeros de Mumaga que la rodean día y noche. Aún podéis arreglar las cosas.

—Vos no la conocéis. Es una mujer terrible.

—Majestad, un rey no puede sentir miedo de nadie.

Birger torció la cabeza y miró a su privado, cuyos ojos le contemplaban con honestidad implacable.

—Lleváis la razón —dijo el Taciturno—. ¿Cómo he de hacerlo?

El rey se reunió con su esposa en el mismo despacho, una hora más tarde. Cuando los dos quedaron solos, Birger le mostró el documento arrugado.

—Leedlo. Ha llegado esta misma mañana, firmado por todos los rebeldes del país.

Ella le contempló con la mezcla de serenidad y desprecio de costumbre, levantó una ceja, tomó la carta y la leyó con parsimonia. Sonrió por un lado y luego la devolvió a la mesa.

—Qué hatajo de felones —dijo—. Los aplastaremos.

Birger miraba a través de la ventana el cielo denso y oscuro. Aún no había empezado a llover.

—¿Cómo vamos a aplastarlos? —preguntó—. ¿Como en la Asamblea de Savolina?

—Fue solo mala suerte, pero no volverá a ocurrir. Aún tenemos a más de la mitad del país de nuestra parte y además contamos con el poder creciente del dios, que ya está despierto y que nos dará la victoria final sobre los bastardos.

—¿Qué haréis? ¿Enviaréis más demonios para matar a traición a todos los caudillos de Shakark?

Ella suspiró con enojo y pareció reprimirse. Birger la miraba de lado.

—Majestad —dijo Yulene—, era una magnífica idea. Podríamos haberlos matado a todos de una sola vez. También habría caído ese niño, el rey de pacotilla. Habríamos descabezado la rebelión de un solo tajo.

—Ese niño cuya existencia vos me ocultasteis durante tanto tiempo.

—Majestad, no tiene sentido discutir sobre un asunto del que tanto hemos hablado. Espero que no lo volváis a mentar. Ahora lo que toca es responder al desafío de los felones. Debemos demostrar firmeza. Reuniremos un ejército e iremos por ellos. Mumaga nos ayudará. Confiad en mí.

Birger la contemplaba, impasible.

—Se acabó el confiar en vos.

—¿Qué estáis insinuando?

—No insinúo. Afirmo. Vos ya no tendréis voz ni voto en los asuntos del país. No asistiréis nunca más a ninguna reunión del Consejo.

A Yulene se le empezó a caer la mandíbula. La boca se le quedó abierta por completo. La cerró con un chasquido de dientes y su rostro hermoso quedó invadido por la ira.

—¿Qué demonios estáis…?

—¡Silencio! —Birger levantó un dedo—. Voy a devolver la libertad de cultos a Shakark. Voy a permitir a las gentes del país creer en lo

que les apetezca. Si desean adorar a los Luminosos, a Mumaga o a los conejos del bosque… ¡que lo hagan! Vuestros sacerdotes perderán todos sus privilegios y devolverán las rentas y propiedades que vos les habéis dado.

—¡No podéis hacer eso! —gritó Yulene, asustada hasta la médula —. ¡Vos no lo comprendéis! ¡Estamos en un momento fundamental de nuestra historia! ¡No se trata solo de hombres, sino de dioses, de devolver a Shakark la pureza que…!

—En cuanto a los nobles levantiscos —prosiguió Birger—, voy a pedirles parlamento. Tengo que saber lo que quieren y actuar del modo más conveniente.

—¡Lo que quieren es vuestra cabeza!

—Lo sé, pero aun así pretendo negociar. Voy a otorgar libertades y fueros en los feudos que aún no me odian mucho, voy a aplacar a los neutrales y voy a prometer un reinado de tolerancia. No permitiré que se repita jamás el grandísimo yerro de la Asamblea de Savolina. No me haré responsable de esos actos monstruosos. Acusaré a los sacerdotes de Mumaga, habrá un proceso y los culpables tendrán que pagar por su crimen. De tal modo el país comprenderá que la Corona no apoya la fe de Mumaga, que ya no tendrá apoyo estatal.

—Eso equivaldrá a destruir mi religión… —gimió Yulene.

—Vuestra gente ha cometido todo tipo de excesos, no lo olvidéis. Pero no seré yo quien juzgue a los seguidores de Mumaga, sino el pueblo. Que sus gentes decidan.

—No tenéis ni idea de lo que estáis haciendo…

Birger prosiguió, imperturbable:

—Sin duda muchos seguirán exigiendo que abdique, pero tras las negociaciones con los rebeldes, y mis generosas recompensas, la revuelta habrá perdido al menos un tercio o incluso la mitad de sus miembros. Solo quedarán los más intransigentes. La diplomacia, los sobornos y los pactos en la sombra los amansarán incluso a ellos. No voy a darles la Corona ni permitiré que ningún niño, sea o no el hijo de mi hermano, me quite el trono. Pero cederé en todo lo posible y si al final ha de haber guerra el enemigo estará tan mermado que será mucho más fácil derrotarle.

Yulene jadeaba, llena de miedo. De pronto, le miró con los ojos entrecerrados.

—No habéis sido vos… ¡Vos no tenéis seso suficiente! Ahora lo comprendo… Ha sido ese hijo de mil rameras de Lief. Os ha envenenado con sus lindas palabras. ¡Él solo quiere quitarme de en medio para ser vuestro único privado!

—¡Pues que lo sea! Lo merece más que vos, que solo me habéis traído calamidades. Sus consejos me parecen mucho más discretos que las vuestros.

—No osaréis hacer nada de eso, grandísimo botarate…

—Majestad. —Birger levantó la barbilla y en sus ojos Yulene vio algo que la desarmó—. Siento hartazgo de vos, pero no tan grande aún como para enviaros al tajo del verdugo. Os recomiendo que no lo acrecentéis.

Yulene se frotó el cuello, asustada. Una frialdad inexorable cayó sobre ella.

—Podéis retiraros —le dijo el rey.

Ella asintió despacio, sin dejar de mirarle. Dio la vuelta, salió de la estancia y cerró la puerta con una suavidad escalofriante.

Colbein Lief se limpió el sudor con un paño, tomó la copa que le tendía el lacayo y bebió un sorbo de cerveza. Había degustado el poder, la riqueza, la victoria en la batalla y a las mujeres bonitas, pero aún pensaba que el más intenso de los placeres era el frescor de la cerveza cuando uno estaba reseco y sediento. Le gustaba muy amarga y esta le satisfizo porque estaba fortísima. Jadeó, y después apuró la jarra entera de un segundo trago. Se la devolvió al sirviente.

—¡Trae más, buen mozo!

—Como ordenéis, mi señor.

Lief empuñó la espada sin filo, se puso otra vez el casco cerrado, soltó una risotada furiosa y caminó hacia sus compañeros de adiestramiento, todos vestidos como él, con cotas de fibra vegetal y cuero rígido que los protegerían de los golpes.

—¡Sigamos, caballeros! —exclamó.

Peleó contra uno de sus amigos y casi logró desarmarle, pues pocos hombres en Shakark eran tan fuertes como Colbein Lief. Uno solo de sus tajos podía hacer volar la espada del contrincante, o al menos hacer que perdiera el equilibrio. Además, era hábil. En el patio de armas los golpes sonaban como campanadas melancólicas y sus ecos se elevaban hacia las alturas, ese cielo encapotado.

Lief se sentía feliz. Hacía unas pocas horas de su encuentro a solas con el rey. Por fin Su Majestad se había dado cuenta de lo dañina que era la sierpe con la que estaba casado, por fin atendía a sus consejos y por fin Shakark iba a tomar la dirección correcta. Habría mil y una dificultades y escollos, como siempre, pero aplicando la justa y sensata proporción entre mano dura y mano blanda lograrían sofocar la peligrosa revuelta que ahora amenazaba al país. El rey le había asegurado que esa misma tarde convocaría al Consejo Real para informar a todos del nuevo rumbo en el gobierno. Y a esa reunión no iba a asistir la reina.

Lief le había pedido al rey que viniera a adiestrarse con las armas

hasta la reunión del Consejo, pero Birger prefirió dar un paseo a caballo, como solía hacer. El Taciturno hacía honor a su apodo porque, entre otras cosas, prefería la soledad. Lief desconocía las tinieblas de aquel hombre e intuía que eran muchas y densas… Pero no era asunto suyo ahondar en el alma del rey, sino guiarle para que gobernara con destreza el país. Y eso es lo que se proponía hacer desde esta misma tarde.

Dio un golpe de revés, desvió la espada enemiga, entró en la guardia del contrario y mediante un giro de muñeca hizo pasar su espada por debajo de la del rival y golpeó con la punta roma en el peto de cuero.

—¡Estáis muerto, señor mío! —exclamó, muy alegre.

—¡Maldito seáis, Lief! ¡No hay quien pueda con vos!

—¡Eso parece! —y soltó una carcajada.

La expresión de alegría se trocó en otra de dolor. Abrió la boca y emitió un jadeo desesperado. Tiró la espada y se agarró el estómago. Era como si algún parásito hipertrofiado le estuviera devorando por dentro. Cayó de rodillas, con los músculos de la cara en tensión. Le faltaba el aire. Se agarró el cuello de toro con los dedos y se desplomó, quedando a cuatro patas, apoyado en las rodillas y los codos, con la frente pegada al suelo, como una especie de perro moribundo. Alrededor, la gente gritaba y trataba de levantarlo, pero el dolor era tan insoportable que agradeció la ola de oscuridad eterna que le trajo la paz de una vez por todas.

El lacayo que había servido la cerveza al señor Lief corría como una liebre. Llegó hasta dos soldados que le esperaban en cierto lugar apartado del castillo.

—¿Dónde está el caballo? —jadeó—. Lo necesito… para… huir… ¿Y el dinero? Tenéis que pagarme… la otra mitad…

—No vas a ir a ninguna parte, infeliz.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¡Me prometieron vuestra ayuda!

—Qué tonterías dices, muchacho. Lo único que sabemos es que eres el asesino del gran señor Colbein Lief. Somos unos inocentes soldados que te hemos interceptado cuando tratabas de escapar. Tú te resististe y tuvimos que detenerte haciendo uso de la fuerza. Los pesquisidores de la reina ya encontrarán algún motivo creíble por el que mataste a Lief. Pero eso no es asunto nuestro.

—¡Hijos de una furcia! ¡Hablaré! ¡Lo contaré todo en el juicio!

—¿Y quién dice que vas a llegar vivo a ningún puñetero juicio?

El asesino a sueldo abrió mucho los ojos y dio la vuelta para huir, pero topó con otro hombre de armas que ya se le acercaba con la

sonrisa en la boca y la daga en la mano.

27

El cielo se cerró aún más. Una puerta desmesurada de nubes negras selló el umbral que traía la luz y la esperanza a los vivos. La tierra devino un abismo de grisura. La mano pesada acarició el lomo del mundo y diluyó en borrones miserables lo que antaño fuese una pintura alegre y colorida.

El rey trotaba sobre un caballo negro y enorme, en la playa de arena terrosa. Trotaba sobre las láminas que el titán escupía con parsimonia. Le seguía una escolta de tres hombres a caballo, siempre a cierta distancia. El monarca prefería estar y sentirse solo. Birger II de Shakark levantaba en cortinas brillantes las olas moribundas. Era un muñequito despreciable contra el horizonte verdoso. El cielo preñado iba a romper aguas de un momento a otro, pero él no temía a la lluvia. Sacó al corcel de las olas y lo dejó andar hasta una zona de dunas y arbustos que el aire toqueteaba con torpeza. Descabalgó y caminó, llevando al animal de las riendas. A sus espaldas oyó los caballos de los soldados y el siseo del mar. El escolta se le acercó y Birger le entregó las riendas. El rey desconocía a ese hombre, un súbdito más, una cara ajena que se confundía con todas las otras miles de caras que le ofrecían su veneración muerta, indiferente. Hizo un gesto con la mano al soldado para que se fuera. No quería gente a su alrededor. Sujeto a la realidad por un alfiler mal puesto y doblado, Birger contempló la bóveda de nubes, su oscuridad, su pesadez.

Quiso pensar en el Consejo de aquella tarde, cuando le quitara a su esposa todo el poder para dárselo a Lief, un hombre más, otra cara sin sentido, otra persona en quien debería confiar. El mismo juego. Había que destruir un mundo para crear otro. Los mundos pasaban, se sucedían, copulaban, se devoraban, se mezclaban en una solución pegajosa, inenarrable. Birger no sentía orgullo ni satisfacción al saberse ejecutor de un mundo y generador de otro. Ya nada le daba placer ni gusto. Todos sus sueños se habían convertido en una pasta confusa de desilusiones. Incluso el éxito le había defraudado. Miró las nubes negras y dejó que la sombra del mundo penetrara en él. Sus botas pisaban la arena densa y fría. Cada granito era en sí mismo un reino pegado a la suela. Los cangrejos deambulaban con energía torpe y desmañada. Las gaviotas estaban congeladas contra el fondo de nubes: tajos blanquecinos en la piel tenebrosa. Sus chillidos parían ecos agudos e inquietantes. El mar continuaba arrastrándose sobre sí mismo y murmullaba sus quejas de titán ciego y viejo. Y sobre todo

ello reinaba un silencio que rompía los tímpanos.

Se sentó en una piedra y metió los dedos en la arena granulosa, desagradable al tacto. La acarició con las palmas. Trazó borrones. La agarró y la encerró en su puño. Cuando la abrió el aire se llevó la arena que era el sedimento de otros mundos anteriores ya muertos, con sus millones de criaturas antaño vivas y ahora ya olvidadas, trituradas entre las muelas del tiempo, escupidas, defecadas en este gran charco de cenizas frías donde él estaba sentado. Sí, el aire se llevó la arena de su mano.

—Pero aún soy el rey —dijo, a todos y a nadie.

En la lejanía, donde la costa se encrespaba y se alzaba en un intento absurdo de intimidar al océano, aparecía la excrecencia humana que era el burgo de Ludvica, sus puntas de verruga, las torres de la fortaleza real. El cielo oscuro se lo comía todo. Engullía la labor absurda de los hombres. El rey volvió la cabeza. Junto a un árbol destartalado, solitario, incongruente en aquel paisaje de arena y matorrales, estaban los tres soldados, muy quietos, casi rígidos. Miraban al rey y a su vez el rey los miraba. Los caballos estaban atados al árbol alienígena y emitían bufidos y algún relincho triste con su voz serrada y aguda.

Algo húmedo explotó en la frente del rey. Una bolacha de agua. Y otra. Más. Una lluvia con vocación de tormenta. La arena se tragó los proyectiles y al cabo de poco era la humedad quien la devoraba a ella. Hubo una cuchillada luminosa que desnudó al mundo con crueldad. Luego las tinieblas retornaron, siempre tan avariciosas. El trueno largo y quejumbroso. El sonido de la condenación. El mar seguía vomitando sus olas. La superficie chisporroteaba bajo la lluvia, como el aceite en la sartén caliente. El rey no se levantó. Era una figura tenebrosa e inmóvil. Sus cabellos y barbas parecían los incontables tentáculos de una criatura mítica, muerta. Los ropajes se pegaron a la piel, se hicieron pesados y dibujaron arrugas de madera brillante. El rey semejaba una estatua metálica, sentado en la tormenta. Junto a él pasaban ríos de barro, la arena deshecha, convertida en lenguas oscuras y fangosas. Metió la mano en ese lodo recién nacido. Tenía la mirada hundida en los soldados. No pestañeaba a pesar de la lluvia. Un nuevo relámpago iluminó su rostro inmóvil, atroz. Luego, la oscuridad. Por último, el trueno.

El rey se levantó y echó a andar, hundiendo las botas en la playa fangosa. El agua caía racheada por el viento, como si desde arriba la tiraran desde cubos y baldes, a destiempo. Caminaba hacia los soldados. De pronto, se detuvo.

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí! ¡Ven, hombre, quiero preguntarte algo!

Parecía ya de noche. Una día nocturno. Una riada de almas de agua golpeando la piel de la tierra.

—¡Venid uno de vosotros, cualquiera! —animó el rey—. ¡Vamos!

El mar empezó a rugir bajo la tormenta. Un relámpago unió el cielo y el horizonte mediante una vena de luz. Los guerreros se miraron entre sí, parecieron comentar algo y luego asintieron. El trueno quejumbroso. Uno de ellos caminó hacia el rey, algo agachado, como hacen las gentes, de manera absurda, bajo la tormenta. Como si así se fueran a mojar menos.

—¿Qué deseáis, Majestad?

—Oye, no tendrás un pellejo de vino, algo para beber, ¿verdad?

El soldado le miró a los ojos y luego desvió la vista. Tenía la cara tensa.

—No, mi señor.

—¡Vaya, qué lástima! Me hubiera gustado echar un trago. Un tiempo maravilloso, ¿no crees, buen hombre?

Un relámpago iluminó la cara sonriente y viscosa del rey y el soldado casi retrocedió un paso.

—Yo no sé de esas cosas, Majestad.

—¿Y de qué sabes, buen hombre? ¿Sabes algo…, no sé, por ejemplo de las gaviotas, o de los cangrejos, o del mar?

El guerrero le miró de lado, entrecerrando un ojo. Se pasó la lengua por los labios. Echó un vistazo furtivo a sus compañeros, que empezaron a caminar hacia él.

—Tengo ganas de conversar, buen hombre —dijo Birger—. Ofréceme un buen tema para hablar.

—No sé nada, Majestad.

—Ese es el problema del mundo, muchacho. Nadie quiere hablar con nadie.

Desenfundó la daga y la clavó en la garganta del soldado, todo en un solo movimiento rápido y fugaz. La extrajo y empujó al guerrero, que se agarraba el cuello. Abría y cerraba la boca de una manera casi obscena. Tropezó y se desplomó sobre las nalgas, muerto.

El rey desenvainó la espada. Los dos soldados quedaron inmóviles durante unos latidos. Desnudaron sus aceros. Echaron a andar hacia él, cautelosos.

—Os daré una sola oportunidad. —Ellos se detuvieron—. Decidme quién os ha enviado a matarme y luego os permitiré coger dos de esos caballos para que podáis vivir lejos de Shakark el resto de vuestras miserables vidas.

Los dos hombres se miraron entre sí. Sombras bajo la lluvia furiosa.

—¿Cómo…? —preguntó uno—. ¿Cómo lo habéis sabido?

—Creéis que disimuláis bien, pero yo trato a diario con políticos, que son expertos en el arte del engaño. He visto los signos en vuestras miradas, vuestros silencios y vuestra quietud. He tardado, sí, pero lo

he visto todo. Ya no podréis darme la cuchillada cuando menos lo espere. Ya no podéis sorprenderme.

—¡Somos dos y vos uno! —gritó el segundo guerrero, con voz recia—. ¡Llevamos cota y casco! ¡No podéis vencer! ¡Tirad las armas y respetaremos vuestra vida!

Birger sonrió con amargura.

—Sea —dijo.

Echó a andar hacia ellos, sin prisa ni pausa, con las armas en la mano. Sus pies levantaban el fango del suelo. Los guerreros se le acercaban dándose ánimos uno al otro. La recompensa futura ardía en sus mentes, pero el frío del hombre que se les acercaba con ojos desorbitados y rostro impasible parecía capaz de apagar ese fuego.

Cuando todo acabó, los dos guerreros estaban tirados en la arena fangosa. Uno aún se retorcía. El otro yacía inmóvil. El rey estaba de rodillas y se agarraba el tajo monstruoso en un costado. La lluvia lamía su sangre. La tormenta arreciaba. Un relámpago iluminó su cara, contraída por el dolor. El rey clavó la espada hasta la mitad en el suelo y se apoyó en ella de mala manera. Consiguió levantarse, gruñendo como una bestia torpe, sin apartar la mano de la herida bajo las costillas. Sabía que la vida estaba yéndosele poco a poco. Se acercó tambaleándose al hombre que aún vivía, el guerrero al que le había hundido la daga en la ingle. El desdichado se retorcía como una lombriz humana en el fango negro y pastoso. Birger estaba en pie junto a él y puso la punta de su espada bajo su barbilla. Un relámpago iluminó el rostro de hierro del rey.

—Dime quién te pagó… y perdonaré… tu…

El trueno aplastó la última palabra, pero el asesino la entendió.

—¡Juradlo! —gruñó el moribundo—. ¡Juradlo por vuestro honor!

—Lo juro… por mi honor.

—Fue el señor Gaute… Freistein Gaute… Él nos pagó para… mataros… Majestad.

El rey hundió la espada en el cuello. El hombre del suelo se agitó un poco y murió de una vez por todas. Birger extrajo el arma. Se alejó de él unos pasos, como una sombra enorme contra el mar furioso.

Por una sola vez, el Taciturno se bamboleaba como un borracho sin estar borracho. O al menos no estaba ebrio de alcohol, sino de muerte. El mundo sería su tumba. Se le escurrió la espada por entre los dedos. Hacía eses al andar. Sus pies dibujaban meandros en el barro. El relámpago iluminó el árbol fantasmagórico y los caballos atados al tronco, y también iluminó a Ludvica y su castillo, sobre acantilados inverosímiles. Las tinieblas. Llovía tan fuerte que incluso costaba respirar, así que el rey boqueaba como un pez fuera del agua cuando en realidad se encontraba atrapado en un universo de agua. Las piernas se le doblaron y cayó sobre las rodillas. Se le escapaba la

vida por el tajo de la cadera. Miró la bóveda infinita. Ya no había escapatoria para la suciedad. Las nubes parecían cuajos de una sangre negra y pastosa, la sangre de la maldad del mundo, derramada sobre la cabeza de un rey en sus estertores. El mar se reía de él con su voluptuosidad viscosa y espumeante. El trueno le maldijo. Agotado, Birger se desplomó y quedó boca abajo. El barro acariciaba sus labios, se le metía por entre los dientes. Cerró los ojos. Todo había sido tan absurdo… Su vida. Un vacío entre vacíos. Una oquedad que no tenía significado. Eso le hizo sonreír sin ganas y se le metió más lodo en la boca. Lo paladeó con la lengua, mordió los granos de dureza cristalina. El mundo muerto. Birger II el Taciturno. El señor de la nada.

—Pero… aún… soy… el…

Abrió un ojo. Movió la cabeza un poco. La levantó y por la boca escapó una lengua de arena fangosa.

—Rey.

Se arrastraba. Un poco. Un poco más. Aún quedaba sangre dentro de su cuerpo. Había perdido mucha, pero todavía quedaba algo. Eso se dijo. Siempre había sangre. Siempre hay sangre. Se arrastraba. Una mano de voluntad le levantó sobre sus brazos. Avanzó a cuatro patas, como un perrazo sarnoso bajo la lluvia, con las guedejas húmedas colgando de la testa. Sus dedos agarraron la corteza resbaladiza del árbol, gruñó y empezó a escalar desde el suelo. Una alimaña heroica y patética. Se agarró a la silla de montar y al soltar el costado salió más sangre.

—Siempre hay sangre… —susurró.

El caballo no se inquietó porque ya le conocía. Casi lloró de angustia al intentar desatar el nudo de la cuerda. Jamás podría decir cómo lo hizo… Pero lo hizo. Más blanco que la espuma del mar, un muerto que renegaba de la fe en su diosa madre, metió un pie en el estribo, se impulsó y logró pasar la otra pierna por encima de la silla. Después soltó las riendas y pegó la cabeza al cuello mojado y caliente del animal.

—Aún soy el rey —le dijo.

Dejó sueltas las riendas y el caballo echó a andar a través de la lluvia, con su dueño inmundo echado sobre su cuerpo dócil de bestia incapaz de entender la infinita locura de los hombres.

El caballo conocía el camino, lo había hecho muchas veces, así que se limitó a seguirlo bajo la lluvia obstinada. En su mente equina quizá se mezclaran las imágenes de comida, calor y un lugar seco. Tales cosas impulsaban a esta desdichada e inocente criatura. Anduvo bajo un cielo que seguía llorando sin cesar. El mundo es un loco enfermo que no sabe por qué sufre, pero que no puede dejar de sufrir. Y ese loco ahora desencadenaba su llanto. El caballo se detuvo ante los

primeros puestos de la guardia de la ciudad. A pesar de la lluvia reconocieron las insignias y la marca del caballo. Los guardianes chillaron al reconocer después quién era ese hombre. Le llevaron con prisas a un lugar seco y caliente y empezaron a desnudarle. El muerto volvió a la vida y agarró a un hombre por el brazo, con una fuerza terrible.

—Que venga vuestro superior… —gruñó.

El soldado asintió y llamó a voces al comandante de la guardia. El oficial vino a la carrera y se encontró con el rey cuando a este ya le secaban y empezaban a limpiarle la herida. El monarca era una osamenta enorme, envuelta en tiras de carne dura. Los ojos de Birger II le miraban desde el fondo de un pozo gris.

—Traed al señor Colbein Lief. Y dadme algo de beber. Algo fuerte, demonios.

Le pasaron una calabaza y tragó con ansia. Era un vino cabezón que calentaba las tripas y que aventó las diminutas llamas de su cuerpo.

—Majestad, el señor Lief ha muerto.

Birger dejó de beber. Le miró con ojos entrecerrados y confusos. Los médicos se afanaban para limpiarle las heridas y ya metían los hilos en las agujas curvas.

—¿Cómo murió?

—Fue esta misma mañana, en el patio de armas de la fortaleza. Estaba adiestrándose con otros hombres y de pronto cayó al suelo… y murió. Se rumorea…

El capitán calló, como si hubiera hablado de más.

—No me ocultéis nada —advirtió el rey.

—Mi señor, hay rumores de que fue envenenado. Pero son solo eso: rumores.

Birger se sintió atravesado por una espada de frialdad y de miedo. Estaba solo. Solo contra la reina. Era absolutamente imposible vencerla sin alguien como Lief a su lado. Se dijo que más le hubiera valido haberse quedado muerto en aquella playa.

—Lo siento, Majestad.

Birger abrió los ojos. Bebió más vino. Tensó la cara porque ya estaban cosiéndole las heridas. Pero había ido a la guerra y estaba acostumbrado a estas cosas. Eran otro tipo de dolores los que le quemaban el alma.

—Aún soy el rey —susurró.

—¿Qué habéis dicho, Majestad?

Birger miró al guerrero.

—No le digáis a nadie que estoy aquí. Ninguno de vuestros hombres se irá de la lengua, ¿entendido?

—Sí, Majestad.

—Quiero más vino, y comida abundante. Tengo que recuperar las energías. Debo ir esta misma tarde al palacio real. Una tropa de soldados ha de acompañarme.

—Majestad, no podéis levantaros ni montar a caballo. Tenéis que recuperaros de…

—Obedeced.

El oficial le miró a los ojos, bajó la vista y asintió.

Birger bebió un trago más. Se relajó mientras aquellos costureros daban puntadas en su carne.

28

El aguacero se achantó y devino una lluvia fina y obstinada que persistiría durante toda la tarde e incluso la noche. La tormenta se había quedado a medias. El cielo seguía muriendo, pero poco a poco. Las gotitas se dividían y multiplicaban al chocar con el empedrado del castillo, como una infinidad de piedras preciosas. La comitiva de guerreros fue pasando por los diferentes corredores y en las murallas los hombres adecuados dieron la orden de abrir las puertas y dejar paso al misterioso grupo.

Una vez en la fortaleza, le dijeron que la reina Yulene estaba reunida con los principales señores del palacio. Una sesión del Consejo Real.

—La muy asquerosa ni siquiera ha esperado a que se conozca mi muerte… —susurró—. Venid, señores.

Caminaba rápido, a pesar de que le dolía todo el cuerpo. Algo temible movía sus miembros, le impulsaba. Le seguían veinte guerreros armados con lanzas. Para disimular, se había vestido como uno de ellos. Los capitanes del castillo se les enfrentaron a voces, pero al ver la cara azulina del rey enmudecieron.

—¡Fuera! —les gritó—. ¡Dejad paso!

Llegaron a las puertas del salón del Consejo y los dos centinelas también quedaron rígidos al ver la turba de guerreros, liderada por el propio rey, ataviado no para la política, sino para la batalla.

—¡Largo, mamarrachos!

Birger abrió la puerta de un empujón. Las batientes giraron y se estrellaron contra los muros. Le recibieron el calor y la luz de la gigantesca chimenea. La lluvia se estrellaba contra los cristales y siseaba su frustración. Las gentes nobles se levantaron de la mesa y echaron mano de la espada, pero quedaron estupefactos al reconocerle. Eran los líderes de las principales Casas que aún apoyaban sin reservas a la Corona. Lo más granado de la aristocracia palaciega. También había altos funcionarios y poderosos militares. Allí se encontraba incluso el sumo sacerdote del culto de Mumaga.

Y presidiendo la mesa, la reina. A su derecha estaba sentado Freistein Gaute el Bello.

—¡Majestad! —gritó Yulene, con un asombro infinito. Pero se rehízo enseguida—. Estábamos preocupados por vos. Nadie os ha visto por el palacio. De hecho, he mandado hombres a buscaros. Hemos supuesto que os habíais perdido mientras cabalgabais, o que os

habríais refugiado en alguna cabaña de labriegos, dada la virulencia de la tormenta.

Birger la contemplaba inmóvil, con una sonrisa torcida. Estaba muy pálido y tenía la cara cubierta de sudores.

—Decidimos empezar la reunión del Consejo sin vos —prosiguió Yulene—. Pero por supuesto, nos alegramos de que os suméis a ella.

Birger levantó la barbilla y permaneció inmóvil durante muchos latidos. En el silencio se oía con claridad el crujido de las llamas, el rumor de la lluvia y el silbido ronco del viento.

—Señor Freistein Gaute —dijo el rey—. Yo os saludo.

Gaute perdió toda la sangre de la cara. Abrió la boca, intentó sonreír y se volvió hacia la reina para intercambiar con ella una mirada. Se dio cuenta de su error demasiado tarde, pues Birger también lo había visto. Ahora ya no le quedaba ninguna duda de que ella también estuvo implicada en el intento de asesinato. Aquello le dolió más de lo esperado. Pero la sonrisa creció en su rostro pálido y sudoroso.

—Veo que falta mi buen amigo Colbein Lief. ¿Dónde se encuentra?

Se miraron unos a otros con angustia. Pero la reina era de nuevo fuerte e implacable. Dijo:

—El señor Lief ha muerto.

—Vaya. Qué lástima. ¿Y de qué ha muerto mi buen amigo Colbein Lief?

—Tuvo una indisposición. Debió comer algo en mal estado, algo que le sentó muy mal. Quizás ya estaba enfermo. En realidad no parece cosa extraña porque era un hombre que comía y bebía en exceso.

—Exceso —repitió Birger, con dureza.

Yulene le miró con odio, pero no dijo nada. Birger levantó las cejas y las manos.

—¿Nadie sabe por qué he tardado tanto en venir?

Le contemplaron asombrados, no tanto por sus palabras, sino por su faz sonriente, sus atavíos militares y sus ademanes grotescos. Aquel hombre parecía a punto de volverse loco… Y era el rey.

—Yo os ilustraré —prosiguió. Echó a caminar despacio, muy despacio. Ellos se ponían rígidos cuando pasaba junto a su espalda—. Los tres soldados que me escoltaban en mi paseo a caballo decidieron acortar mi existencia de manera drástica, así que tuve que pelear contra ellos. Fue un saludable ejercicio, esa lucha esforzada bajo la lluvia. Lo hicieron bien, y como prueba de su habilidad tengo una bonita herida, bajo las vendas. Una más para la colección. Pero al final murieron bajo mi espada. No obstante, le saqué al último el nombre del hombre que les había pagado. —Estaba ya cerca de Gaute y de la reina. Los dos retrocedieron un paso—. Vos. Freistein el Bello. El

Felón de Cajani. —Miró a Yulene—. ¡El mancebo de la reina!

Hubo una explosión de comentarios sorprendidos. La reina se llevó las manos a la boca, las separó y compuso una expresión de ira.

—¿Cómo osáis insultarme delante de todos? —bufó.

—Majestad, no tolero esos comentarios que… —musitó Gaute.

—Cierra la boca, gusano —le dijo Birger. La mirada del rey le enmudeció y el Bello retrocedió un paso más. Birger señaló a su esposa—. Sabed todos, nobles señores, que esta furcia demoniaca no solo se ha amancebado con el señor Freistein… No solo he tenido que soportar los cuernos de la maldita ramera durante años, sino que además casi he sido asesinado por ella y por su amante… —Desorbitó los ojos—. Tú, mala mujer, has hundido mi vida en la miseria, has destruido mi reino, me has traicionado acostándote con otros hombres… ¡Y no solo eso! ¡Has planeado el asesinato de Colbein Lief, el hombre más discreto y fiel de la corte! —Los miró a todos con furia —. Yo iba a separarla del Consejo, iba a nombrar a Lief mi único privado, y esta viciosa, al enterarse, se conchabó con su mancebo no solo para asesinar a Lief, sino también para matarme a mí. —Miró a la reina y asintió varias veces, sonriendo como un loco—. ¡Pero te ha salido mal la jugada, marrana inmensa! ¡Furcia! ¡Desvergonzada! ¡Reina de la depravación!

—¿Y tú qué eres? —bramó ella, terrible en su ira—. ¡Tú eres un malparido y un inútil, un insaciable tragón de vinos! ¡Un borracho sucio y maloliente!

Los nobles, los funcionarios y los guerreros que contemplaban la escena los miraban alucinados, pues el rey y la reina parecían haberse olvidado de ellos. En realidad aquello parecía una reyerta matrimonial en la que cada uno buscara herir al otro con las palabras más fuertes. Y como suele ocurrir cuando se contempla la discusión de otra pareja, los observadores sentían bochorno y querían irse de allí cuanto antes. Pero no podían hacerlo porque la pareja de malhablados eran el rey y la reina del país.

—¡Maldita seas! —bramó el rey—. Querías robarme el reino, ¿eh, guarra ambiciosa? ¡Eso querías! ¡Pues entérate de que el país es mío, solo mío!

Ella puso las manos en las caderas y dibujó una enorme sonrisa burlona.

—¿Tuyo? ¡Tú no tendrías nada si no fuera por mí! ¡No sirves para nada! ¡No vales ni para gobernar la caseta de un perro! ¡Yo te encumbré! ¡Fueron mis consejos los que te llevaron al trono! ¡Si no fuera por ellos aún estarías rumiando la envidia contra tu hermano!

—¿Qué envidia?

—¡La que siempre sentiste por él, mamarracho!

—¡No era mayor que tu ambición, ramera desmelenada! ¡No lo

hiciste por mí, sino por ti, para conseguir la corona que tu maldito padre nunca te hubiera conseguido!

—No oses hablar mal de mi padre… —siseó ella.

—¡Tu padre era un rufián! Sabed una cosa, señores. Esta mala hembra no dejaba de establecer comparaciones entre su padre y yo… ¡Día tras día! ¿Qué ocurre? ¿Acaso también fornicabas con él, como haces con ese mancebo de ahí?

Los nobles y los soldados se llevaron la mano a la frente o la boca y bajaron la vista, llenos de vergüenza ajena.

Ella abrió mucho la boca y los ojos.

—¿Cómo te atreves…? ¿Cómo puedes proferir tales dislates? ¡Hijo de una furcia!

—¡Ja! ¡Y tú eres la hija de un pervertido! ¡La barragana de su progenitor!

—¿Qué? ¡Asqueroso! ¡Enfermo!

—¿Lo veis, nobles señores? ¿Veis cómo se retuerce la raposa en el cepo de la verdad?

—¿Quieres la verdad, esposo mío? —dijo ella, con una sonrisa triunfal y asesina. Birger enmudeció—. ¿Quieres que estos dignos señores conozcan la verdad de nuestro matrimonio?

—¡No! ¡No te atrevas!

Ella les sonrió con dulzura y abrió sus brazos.

—La corte de Ludvica tiene derecho a saber cómo son las intimidades de sus amados reyes.

—¡Silencio! —gritó Birger—. ¡Eso no! ¡No lo hagas!

—Yulene, por favor… —dijo Freistein Gaute, pero ella era una bola arrojada por una cuesta y ya no podía parar.

—¡No! ¡Que lo sepan todos! ¿Recordáis a mi querido hijo Enar, que murió asesinado por el maldito noctumbrio? ¿Y vos, Majestad? ¿Recordáis a nuestro amado hijo?

—Por favor, Yulene… —dijo Birger. Un miedo atroz hinchaba sus pupilas—. ¡Cállate! Juraste que nunca se lo dirías a nadie.

—Vos queríais ver a la raposa retorcerse en el cepo de la verdad, señor mío… ¡Pues la veréis! —Miró a los nobles—. Tenéis que saber que mi querido hijo Enar era mío, sí, pero no del rey. El rey no tuvo nada que ver en su concepción.

Todos quedaron inmóviles. Birger levantó una mano. Miró a los demás y luego se volvió hacia ella, que sonrió un poco más, con las mejillas hinchadas de sangre.

—¿Y por qué el príncipe Enar no fue concebido por nuestro amado rey Birger II? —Se encogió de hombros—. Pues porque Birger II de Shakark es impotente.

El aludido buscó una silla y se dejó caer en ella. Miró a Yulene con un dolor indecible, pero ella prosiguió:

—Desde la primera noche entendí que este… hombre resulta por completo ineficaz para preñar a una mujer. Ni a mí ni a ninguna otra, pues ha tenido varias amantes, bien lo sé yo. Desesperada por no poder concebir de mi marido traté de curar su mal incluso llevándole yo unas cuantas furcias, maestras en el arte de enardecer a los hombres. Pero eso tampoco resultó. Lo que tiene el rey entre las piernas no sirve absolutamente para nada. Su miembro jamás se ha erguido ante ninguna mujer. —Le señaló con la mano—. Ya no se le conocerá como Birger II el Taciturno. En los libros del futuro aparecerá como Birger II el Impotente.

El rey contempló a todos los presentes con tal horror y pesadumbre que lo único que pudieron sentir hacia él fue una gran pena. Yulene se puso el dedo índice en el labio y frunció el ceño, como si estuviera explicando un problema a unos niños.

—Eso nos devuelve a la cuestión de la que hablé antes: mi pobre hijo Enar, por quien tanto he llorado. Si el rey es impotente, ¿quién lo concibió? ¿Quién me dio lo que mi legal aunque no legítimo esposo nunca pudo darme? Yo os lo diré, nobles personas. Fue este hombre: Freistein Gaute.

El aludido la miró con espanto, pero no dijo nada. Ella prosiguió:

—En efecto, Freistein Gaute es el auténtico padre de mi difunto hijo Enar. —Abrió mucho sus bellos ojos—. ¡Pero hay algo más! ¡Aún queda lo mejor!

—Cállate… —gimió Birger, mirando hacia el suelo—. Te lo suplico.

—Ahora viene la guinda del pastel —continuó ella—. Mi esposo tuvo conocimiento de todo ello. Los tres lo hablamos incluso antes de que yo tuviera ayuntamiento con el señor Gaute. Necesitábamos un hijo, un heredero de la Corona, y por ello mi esposo y yo elegimos entre varios pretendientes. El ganador fue Freistein Gaute, que por entonces era mucho más joven, pero ya guapo y buen mozo, y además tenía sangre azul. Y de él nació mi querido hijo Enar. No hubo traición alguna a mi esposo porque él siempre lo supo todo, incluso antes de que se produjera el hecho. Fueron unos cuernos consentidos, por así decirlo. Y he de advertiros que los hubiera consentido más veces para traer al mundo otros infantes e infantas, pero tras el nacimiento de Enar tuve una enfermedad femenina, hube de ser operada y quedé estéril.

Birger se llevó las manos a la cara. En el silencio se oyeron sus sollozos. Nadie podía hablar. El rey levantó la cara arrugada y miró a su esposa.

—Yo siempre te he amado. Hubiera hecho cualquier cosa por ti. ¿Por qué nunca me diste una sola oportunidad?

—Porque me das asco —fue la respuesta.

Birger la contempló, inmóvil. Ella le observaba con cara impasible y ojos rabiosos. El rey profirió un alarido, se levantó y desenvainó la espada.

—Te mataré —dijo.

Los hombres se levantaron de las sillas y retrocedieron. Los soldados desnudaron las espadas.

—¡Nadie tocará al rey! —gritó un capitán.

Pero nadie quería tocarle.

Yulene no había huido. Permanecía en pie, firme, con el rostro tenso y enrojecido, contemplando al rey. Él se acercaba a ella y la apuntaba con la espada. Tras ellos rugía la chimenea.

—Te mataré —repitió Birger.

—No lo harás —dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque no tienes una sola oportunidad de seguir en el trono si yo no te dirijo. Porque quieres seguir siendo el rey. Gobernaré a tu lado y juntos solucionaremos los problemas. Yo seré el cerebro y tú el brazo ejecutor. Solo entonces conservarás la corona en la cabeza y la cabeza sobre los hombros. Sin mí no eres nada y lo sabes. Me necesitas.

—Hoy has dicho cosas que jamás debieran haber salido a la luz.

—Lo sé. Pero una vez dichas, dichas quedan. Ahora debemos pensar en el futuro. Bajarás esa espada, haremos las paces y todas estas nobles gentes olvidarán lo que han oído.

—Nunca lo olvidarán. Es imposible que se mantenga el secreto. Me has condenado, Yulene.

—Bajarás la espada, Birger.

El tensó su cuerpo. Parecía que iba a reventar de una vez por todas. Pero al final entrecerró los ojos y una derrota inmensa aflojó sus músculos. Sin dejar de mirar a su esposa, tiró la espada sobre la mesa. Ella suspiró con alivio. Birger se dejó caer en la butaca.

—Has hecho lo correcto —dijo ella—. Nos hemos herido mucho, pero todo se puede arreglar. Debemos ocuparnos ahora del país.

Birger tenía la mirada clavada en el vacío. No había nada en sus ojos.

—Nobles señores —dijo Yulene—. Se han dicho palabras muy gruesas en esta sala. Su Majestad y yo nos hemos comportado de una manera impropia, pero como hombres casados debéis entender que a veces este tipo de disputas estallan donde menos se espera. Por eso apelo a vuestro sentido de la responsabilidad y a vuestra discreción. Estoy segura de…

Birger agarró la espada, se levantó y la decapitó de un solo tajo.

Hubo gritos y chillidos y los hombres echaron mano de la espada, no para atacar al rey, sino en un acto reflejo. La cabeza de Yulene voló, dio contra la repisa de la chimenea y cayó a la alfombra. Del

muñón brotaron chorritos que empaparon el cuerpo tambaleante. Las piernas se doblaron, el pecho golpeó contra la mesa y toda ella se desplomó como una marioneta con los hilos cortados. La cabeza estaba vuelta hacia la chimenea y no se le veía la cara. Parecía una bola envuelta en cabellos espesos.

El rey aún tenía la espada en la mano. Había salpicaduras de sangre en su cara y su pecho. Su cara seguía inmóvil, pero sus ojos se hinchaban como pelotas a punto de salir volando desde las cuencas. No podía apartar los ojos de su esposa. La alfombra mullida absorbía la sangre que aún manaba en borbollones diminutos por el cuello cortado. Birger sufrió una fuerte sensación de irrealidad. El mundo parecía haber desaparecido y solo quedaba el cadáver de la reina, tirado boca arriba, pero con las piernas dobladas una sobre la otra y orientadas hacia la derecha. El vestido ensangrentado se le pegaba a los miembros. Su cintura, sus pechos, sus caderas, sus hombros… No podía dejar de mirarla. Boqueó sorprendido y al mirar hacia abajo descubrió en su túnica un bulto sospechoso. Tenía una erección de caballo.

—¡Yulene! —gritó Freisten Gaute el Bello. Miró a Birger, que a su vez le contemplaba de manera confusa, como si no supiera quién era ese tipo ni qué pretendía—. ¡Asesino! ¡Habéis matado a la reina!

Birger dio un paso adelante y le clavó la espada en el corazón. Freistein gruñó, se llevó las dos manos al pecho, trastabilló y se derrumbó sobre la butaca con tan mala fortuna que los dos, silla y hombre, acabaron por el suelo.

El rey tiró la espada a un lado. Echó a andar hacia la salida y nadie intentó detenerle. Los soldados le siguieron.

29

El rey había matado a la reina ante testigos, en el mismísimo Consejo Real, así que sería imposible fabricar una versión falsa de los hechos. Por tanto, todo se hizo público y se achacó a un arrebato del soberano engañado y vejado por la esposa infiel. Era un secreto a voces que la reina y Freistein Gaute estaban amancebados y esto, que en otro matrimonio hubiera sido un acto inmoral, pero no sancionable con la pena máxima, cobraba tintes muy oscuros cuando ocurría en el seno de la Corona. El rey no era un hombre cualquiera al que se le pudieran poner los cuernos con ligereza; él simbolizaba el poder supremo en el país, era la representación en carne y hueso de todo el Estado, el dueño y señor de las vidas de todos los súbditos de la nación, el depositario de los valores históricos, patrióticos, etcétera. Burlarle era burlar a todo Shakark. O al menos así lo veían la mayoría de los ciudadanos. De hecho, la reina ya era odiada por su comportamiento lúbrico y vergonzoso, y a su vez al rey se le despreciaba por su actitud de calzonazos elevado a la máxima potencia. Cuando se supo que les había cortado el cuello a su mujer y al mancebo de esta ante todo el mundo, muchos asintieron con alegría torva y sintieron un respeto de macho cabrío hacia el monarca. Al fin y al cabo, en cualquier otro país una reina adúltera hubiera acabado igualmente decapitada, y además en acto público y ante la muchedumbre, así que quizás Birger II le había hecho el favor de ahorrarle esta última humillación, y también se lo había hecho al amante.

Todo esto lo argumentaron con ceño fruncido y voz severa los justicias y funcionarios que dieron a conocer el hecho en la corte, en las plazas mayores de los burgos y en los cruces de caminos. Era una explicación plausible que eximía al rey de cualquier punición.

Por expreso deseo del monarca, nada se dijo del complot contra su persona, urdido por la reina y Freistein Gaute. Era mejor no sacudir esa sábana maloliente. Algunos se olían dicha peste, pero todo quedó en rumores y hablillas. De modo parecido, la investigación sobre la muerte de Colbein Lief acabó en un fondo de saco, pues el asesino había muerto a manos de los soldados que le atraparon cuando ya huía. El rey decidió no menear este cabo suelto. Sin embargo, los rumores que apuntaban hacia la reina pérfida y adulterina corrían por doquier; se decía que, no contenta con cornear a su esposo, había hecho envenenar al privado que le hacía la competencia en el Consejo.

El funeral de Yulene fue regio pero discreto, pues al fin y al cabo

ella había sido soberana del país y no se la podía echar a una zanja, sin más. Hubo un ceremonia privada a la que no acudió el rey. Ni siquiera fueron los familiares de Yulene, pues tampoco era muy apreciada dentro de su propio clan. Fue un acto solitario y desangelado. El único que de veras mostró pesar fue el sumo sacerdote Grim, encargado de oficiar la ceremonia. No hubo desfile ni discursos y llevaron el féretro, con la reina dentro, cosida la cabeza al cuello, al panteón de los reyes de Shakark, en las entrañas del palacio.

En cuanto a Freistein Gaute, también hubo una ceremonia discreta y privada a la que acudieron unos pocos familiares, por trámite y compromiso. No se presentaron los compañeros de armas y de jaranas del finado, pues podían ser compadres, pero no amigos. El Bello había quedado marcado y apestado por su audaz aventura con la reina, tanto, que los familiares prefirieron enterrarlo en un cementerio de nobles de Ludvica, en cierto rincón apartado, y no llevárselo a su propia tierra para darle sepultura junto a los otros grandes de la Casa Gaute.

El rey ofreció a las gentes de la corte un breve discurso en el que pedía que respetaran su duelo y que pasaran la página de esta grandísima calamidad, pues el devenir del reino proseguía y había muchos problemas que atender. Tras aquellas palabras se fue con el semblante grave que le caracterizaba y no dio más explicaciones a nadie.

Una vez en su despacho, contempló las llamas de la chimenea, mientras bebía sin prisa y sin pausa. La oscuridad se iba derramando sobre su carne y sus barbas. Los ojos tenían la pesadez de la borrachera triste y meditabunda. Bebía un tinto poderoso, importado de Noctumbria. En Shakark no tenían nada parecido y al monarca le gustaba su sabor, la locura pastosa que provocaba.

Se levantó sobre piernas poco firmes, apuró el pichel de un trago y tomó la jarra enorme con el resto del tinto. La estancia sudaba un icor invisible que se le metía por los poros y que le empujaba y le hacía bambolearse al caminar. Salió y anduvo por los pasillos desiertos de la fortaleza. Su sombra insegura, que a veces caminaba despacio y a veces a los trompicones, se alargaba sobre los muros iluminados por las antorchas. Los sirvientes y los soldados inclinaban la cabeza ante aquel gigante vestido con ropajes oscuros. A veces se detenía, apoyaba un hombro en la pared y sus ojos iban de un lado a otro. Sudaba mucho y estaba muy pálido.

Continuó andando por las salas y los pasillos inmensos, vacíos. Sus pasos eran manchones en el tapiz del silencio. Siguió ahondando en la fortaleza, apoyándose a veces en los muros, con esa agilidad inconcebible de los borrachos veteranos, siempre a punto de caerse y siempre manteniendo el equilibrio en el último momento. Farfullaba

frases sin sentido y de vez en cuando soltaba una risilla. Profirió una carcajada que subió en ecos hasta el techo lejano. Los lacayos bajaban la cabeza y no decían nada, como oficiantes mudos ante un dios letal y caprichoso.

Llegó al lugar en el que los soberanos del país dormían el sueño eterno. Era el panteón de los reyes de Shakark, una zona subterránea con mampostería de mármol y baldosas de granito fino, infestada de estatuas y bustos de los mandatarios del país. El funcionario encargado de mantenerlo todo limpio y en orden dio un respingo al ver venir al mismísimo rey, con una jarra en la mano y andares vacilantes. Agachó la cabeza con espanto.

—¡Majestad! ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

—Calla y sígueme.

Llegó a la puerta y dio una palmada en ella.

—Abre.

—¡Sí, Majestad!

El hombre se apresuró a manejar las llaves, con manos tan temblorosas que provocaban un tintineo alegre y metálico.

—Enciende las luces —ordenó el rey—. Está muy oscuro.

El funcionario agarró la luminaria de su cuartucho y se apresuró a prender los hachones y las lámparas. Parecía una abeja laboriosa que volara de flor en flor. Al cabo de poco la nave inmensa estaba iluminada por una luz amarilla que se acobardaba en los rincones. El rey quedó inmóvil, contemplándolo todo. El lacayo seguía en pie, muy nervioso; temía a este rey imprevisible y enajenado y decidió por tanto callarse y no moverse, fingir que no existía.

Y para Birger en verdad no existía, porque estaba ensimismado en los nichos de las paredes y las losas del suelo, en las estatuas que adornaban las tumbas de aquel cementerio profundo y lujoso. Su cara envuelta en sudores adoptó una dignidad espectral. Levantó la jarra. Bebió. El vino resbaló por su barba y cayó en forma de gotitas rojas sobre la tumba que en estos momentos pisaba.

Caminó ahora sin tambalearse, como si una energía de túmulos y fosas emergiera desde el suelo y diera firmeza a su cuerpo grande, fuerte, devastado por el alcohol. Miró las estatuas enormes de los reyes de Shakark, los caudillos, los grandes guerreros que levantaron aquella nación desde un puñado de condados diminutos, los nobles indómitos que habían sacado de la barbarie a un pueblo vocinglero y sangriento y lo habían transformado en el mismo pueblo vocinglero y sangriento, pero cubierto con la legitimidad de las banderas y la historia. Los padres de la nación shakark. Birger contempló esos temibles rostros de granito, los puños en las espadas, las lanzas y los cetros, las barbas como cascadas de gusanos de piedra, los ojos severos, ciegos en su transitar de siglos de muerte y gloria helada.

—Os conozco… —les dijo, entrecerrando un ojo y señalándoles con el dedo—. De pequeño vine aquí muchas veces… Para sentir el roce de lo eterno. Yo, que era y soy efímero, quería lo inacabable. Lo grande. Vine aquí muchas veces a veros… A contemplaros… Ya entonces tenía en mí… El germen que ahora es ya una flor… El roble que me sostiene… Los otros niños jugaban. Yo venía a veros.

Asintió varias veces, con lentitud. Una gota de sudor resbaló por su mejilla y se ahogó en la barba. Los reyes de piedra no le contestaron.

—Venía aquí porque… —Se encogió de hombros—. Porque entonces ya lo sabía, aunque mi mente de niño y luego de muchacho no pudiera ponerlo en palabras… Ya entonces sabía que después no hay nada. —Levantó las cejas y adelantó el rostro—. Nada. Solo vacío, una negrura peor que la de la noche más tenebrosa, pues al menos… En la noche uno sabe que hay estrellas y luna encima de las nubes… Y que en algún lugar hay mar, y ciudades, y montañas, y gentes… Y cosas. Pero ya sabía entonces que detrás de mi propio horizonte no habrá ningún lugar al que ir… Nada que ver… Nada. —Suspiró. Hundió el pulgar y el índice en sus ojos cerrados. Quedó silencioso durante mucho tiempo. Luego, meneó la cabeza y retomó el hilo de sus pensamientos, volcados en palabras lentas de borracho melancólico—: Todo es transitorio… No, me equivoco, porque si hubiera tránsito habría algo después del tránsito. Nos cegamos a nosotros mismos. Así, evitamos ver que solo nos espera la nada… No podemos soportar la espantosa indiferencia del universo. —Tomó un trago, se pasó la lengua por los labios y sonrió—. Unos se emborrachan con vino de dioses, cánticos, rezos, abismos y paraísos. Otros dicen que lo importante es el presente y manejan espadas o se ponen guirnaldas de flores… —Su faz se fue arrugando poco a poco, hasta llenarse de ira—. ¿Y qué me importa a mí el maldito presente si después no hay nada? ¿Qué consuelo me da esto, esta carne y estos huesos, esta piedra que piso, este alcohol, esta espada y esta sangre? ¿Cómo puedo embriagarme de mentiras cuando el mundo me grita la verdad a la cara, latido a latido? ¿Cómo puedo vencer este horror? Y además… ¿Qué me ofrece el mundo? Este universo y todas las criaturas que andan y se arrastran por él, incluidos los hombres… ¡Son solo un albañal en el que se agolpan las miserias, los vacíos sobre vacíos y bajo vacíos, la necedad, la vanidad y la frustración! Mierda sobre mierda. Meados, vómitos, una mar de diarrea con cuajarones de sangre por continentes… ¡Eso es este mundo! Y todos y cada uno de nosotros somos la nada, formamos parte de ella… —Miró hacia un lado y otro, con odio de reptil—. No hay inocentes. Aquí nadie se salva. Nadie escapa porque estamos hecho no de sueños y diamantes, ni siquiera de barro, sino de una mierda tan baja que incluso la mierda que echamos cada día por el agujero del culo se apartaría de

ella, para evitar tocarla. Mierda vestida con vestidos de esperanza y oro. Una furcia pintarrajeada que se cree emperatriz. Orina en cálices enjoyados. Vómito en platos de cerámica fina. Suciedad, suciedad, suciedad…

Las estatuas altivas le respondían con el silencio. Birger echó a caminar de un lado para otro, llevado por sus propios demonios internos. El funcionario le había mirado con espanto mientras lanzaba un soliloquio que no tenía pies ni cabeza. Aquel hombre sencillo quería que el monarca se fuera cuanto antes, quería volver a su mundo cotidiano y predecible, sin reyes enajenados que lo revolvieran todo. Dudó un poco y siguió al monarca, por si acaso.

El Taciturno se detuvo en un rincón lejano, apenas iluminado por los hachones, un lugar donde se alzaba una estatua más antigua que las demás, y por ello más tosca. Sin embargo, era la más importante porque se trataba del rey Soren I el Grande, el primer soberano auténtico de Shakark, el que unificó todo ese aglomerado de pequeños reinos en uno solo, gracias a su mente prodigiosa y su voluntad indomable. Ciento ochenta y tres años en el pasado, él había unificado Shakark. Su obra era el cero a partir del cual debían medirse los años y los siglos en el país. La falta de ornato y pompa de la estatua le daba en cierto modo más poder y fuerza, como si fuera un líder de tiempos atávicos en los que se pusieron los basamentos de cuanto ahora se veía y palpaba. En realidad no era una estatua grande, sino un busto encima de una pequeña columna de granito. Su rostro ancho y musculoso irradiaba ondas de ira pétrea.

Birger le contempló con adoración tortuosa.

—Yo quería ser como vos, gran señor… Un violador de voluntades, un gigante bajo cuyas manos los hombres montañosos se alisaran como llanuras. En vos yo vi… Vi algo que podía vencer al vacío y la nada. —Abrió mucho los ojos—. La gloria.

Bebió y compuso una mueca de asco y enojo.

—Pero todo se conjugó para vencerme. Era más pequeño que mi hermano Leidof y él se llevó el cetro. Un hombre vicioso y vano, y por último deforme, repugnante. ¡Yo debía ser el rey, no él! Yo quería ser como vos, gran señor, y vuestro ejemplo me hizo levantarme del fango. Tuve que unirme a una sierpe con formas de mujer, una esposa bella y terrible que me arrancó la voluntad y que me destruyó. Y yo supe desde el principio que ella me iba a destruir, pero no me importaba porque sabía que junto a ella obtendría el poder. —Cerró el puño con fuerza—. ¡El poder! He pasado por encima de mi orgullo, me he humillado, he soportado vejaciones sin cuento, he escupido sobre mi propio honor de esposo y de hombre… ¡Todo por ser como vos! —Su cuello se hinchó de sangre—. ¡Como vos!

Levantó la jarra en un gesto brusco, el vino saltó al aire y manchó

la cara de Soren I el Grande. El lacayo estuvo a punto de gritar, pero se contuvo. El vino rojo caía en churretones por la frente, los ojos y las barbas de granito del unificador de Shakark. Pero los párpados no bajaban y la mirada de piedra seguía empotrada en el mundo de los hombres.

Al ver aquel rostro ensangrentado de vino, Birger emitió un grito de terror, retrocedió, se tambaleó. Le pareció que el primer gran rey de Shakark se reía de él, que su faz impasible ocultaba una burla maligna. Miró alrededor y descubrió la misma alegría zumbona en las otras estatuas. Deambuló de aquí para allá, jadeando, gimiendo incoherencias, y el vino chorreaba desde la jarra y explotaba en manchones oscuros sobre las losas del suelo, sobre las tumbas que guardaban los huesos venerados y antiquísimos que habían sido devorados por los ancestros de los gusanos que ahora poblaban la tierra.

—¿Qué queréis de mí? —sollozó, mirando a las estatuas—. ¡He hecho todo lo que he podido! ¡Quiero alcanzar la gloria como vosotros, el sucedáneo de la segunda vida que yo nunca disfrutaré! ¡La única vida que me sucederá, al fin y al cabo! —Sus facciones se arrugaron de ira—. ¡La masturbación de mi vanidad! ¡La eyaculación última de la existencia, cuando ya no quede ninguna existencia!

El lacayo estaba rígido mientras le contemplaba. Ya ni siquiera le daba miedo aquel loco. Estaba fascinado.

Birger se detuvo. Miró las estatuas de lado, con astucia y odio. Las señaló con un dedo tembloroso, sonrió y asintió muchas veces.

—Vosotros… Vosotros me juzgáis. Creéis que no soy digno, ¿eh? Creéis que soy un borracho, un impotente que nunca ha podido desvirgar a una mujer… Un cornudo, un fracasado… Os reís de mí, sí, lo veo en vuestras caras… Debajo de la máscara hay una gran carcajada sangrienta… ¡Pero vosotros no sois mejores que yo! ¡Sois mierda, como el resto de los hombres! ¿Acaso la corona puede tapar vuestras miserias humanas? ¡No! ¡Yo sé que no! —Levantó la cara y compuso un gesto chulesco y patético—. Soy tan bueno como vosotros. Lo soy. Sabedlo.

Sonrió. Dio un nuevo trago. Las estatuas seguían mirándole, inmóviles, eternas.

—He cosechado fracaso tras fracaso… —dijo Birger, que ahora parecía lleno de pesadumbre—. Toda mi vida he sentido que mi destino era la derrota. Cada victoria me ha sabido a tierra porque estaba seguro de que después vendría la calamidad. A veces tengo la impresión de que no soy más que un títere en las manos de un dios caprichoso y maligno que se divierte con mis tropiezos… —Retrocedió y les señaló a unos y otros con el dedo—. Pero seguiré peleando. Un charco tras otro. Un resbalón tras otro. Traspié a traspié. Seguiré

luchando hasta el final. Porque soy el rey. Esa es mi victoria.

Su espalda topó con algo duro. Al volverse encontró un muro de nichos. Frunció el ceño como si contemplara allí algo maravilloso y terrible. Deslizó la mano sobre las losas de granito con las inscripciones labradas al cincel, los nombres y apellidos de los reyes y reinas, los apodos, las frases que intentaban resumir toda una vida, o tal vez emborronarla, o cambiarla por completo. Detuvo los dedos en un nombre: Yulene Aevar.

Birger apoyó la frente sudorosa y caliente en el nicho que encerraba el cadáver de su mujer. Cerró los ojos y le dio un beso al nombre cincelado. Se separó de la piedra.

—Tú. Si hubiera algo donde ahora estás, desearía que allí te pudrieras y que sufrieras por los siglos de los siglos. Pero sé que no hay nada y por tanto, como la nada que ya eres, nada puedes ver y nada puedes sentir. Adiós, mi amor.

Acarició la tapa del nicho con las yemas de los dedos, muy despacio.

Se dio la vuelta y echó a andar, sin mirar las estatuas que le rodeaban, en cuyos rostros flotaba la luz sepulcral de los cirios. Birger se llevó la jarra a los labios, pero estaba vacía, así que la tiró por encima de su hombro. El recipiente rebotó en el suelo con un estruendo monstruoso. El monarca salió de la nave.

El encargado del panteón de los reyes de Shakark seguía quieto, sin saber qué hacer. Al final decidió quedarse allí abajo, en el mundo predecible, y hacer las cosas propias de los insectos predecibles, como él mismo. Se fue en busca de fregonas y paños con los que limpiar las manchas rojas que había dejado el rey.

30

Cuatro días después de la muerte de la reina, el Consejo se reunió para tratar los muchos e importantes problemas del país. A la capital habían acudido los hermanos de Yulene, Laisa y Vita Aevar, los caudillos del clan ahora que la lideresa estaba muerta. También se encontraba allí Clausen Gaute, nuevo líder de la Casa tras la muerte de su padre Freistein el Bello. Y como Colbein Lief también había fallecido, se encontraba allí su hijo Balduin. También estaban los otros señores de los clanes afines a Birger II, sus grandes funcionarios y generales y el sumo sacerdote Grim, a quien el monarca había decidido mantener cerca del trono.

—Nobles señores —dijo el rey. Estaba sentado en el butacón presidencial y tenía una copa enjoyada en su mano derecha, pues ya no se apartaba de la bebida, ni siquiera en el Consejo—. Debemos enfrentarnos a una revuelta de felones que quiere echar del trono al legítimo rey de Shakark. Los criminales son muchos y están liderados por el delincuente Gultop Nidog. Lejos de retirar sus patrañas, afirman que tienen al hijo de mi hermano Leidof, cosa por completo imposible porque el chiquillo murió en un incendio. Hay testigos que lo confirman. Siguen exigiendo que yo abdique y les entregue el poder. —Frunció el ceño y dio un puñetazo en la mesa—. ¡Jamás!

Todos guardaron silencio. Birger inspiró fuerte y levantó la barbilla.

—No hay otro remedio que ir a la guerra contra los revoltosos. Por eso os he convocado, mis fieles vasallos. Es vuestro deber llevar las mesnadas de vuestros clanes en defensa del orden y la legalidad del país. Tengo intención de empezar la guerra sin más demora y acabarla antes de que las nieves del invierno impidan cualquier movimiento y operación. Por ello mando y ordeno que hagáis venir a vuestros ejércitos a Ludvica, para unirlos a la Hueste Real. También necesito las flotas de guerra de los señoríos costeros. El año próximo ha de empezar con ese hatajo de rebeldes colgando en el cadalso.

Guardó silencio, lo cual quería decir que ellos podían hablar.

Se levantó Balduin Lief, un hombre tan grande y pelirrojo como su difunto padre.

—Majestad, he venido en cuanto vos me habéis llamado. Os prestaré mis espadas y mis barcos en esta guerra, pues los Lief jamás hemos dejado de cumplir con nuestros compromisos. —El monarca asintió, satisfecho. Lief levantó una ceja y se volvió hacia los

hermanos Aevar, unos individuos inteligentes y enérgicos, pero no tanto como su hermana Yulene, que siempre los tuvo en un puño, y a la que siempre odiaron y envidiaron en secreto—. No obstante, queda un asunto pendiente: el asesinato de mi padre. Ese crimen no puede quedar impune.

—¿Por qué miráis hacia nosotros, señor Lief? —se quejó Laisa Aevar.

—Bien lo sabéis, señor mío. ¿Hace falta que ponga en palabras lo que todo el mundo ya conoce?

—¿Qué decís? —protestó Vita Aevar—. ¡No me gustan vuestras insinuaciones!

—¡Nada de insinuar! Digo a las claras que vuestra hermana, la reina Yulene la Adúltera, tal y como ya se la conoce, hizo asesinar a mi padre.

—¡Falso de toda falsedad! Nuestra hermana podía tener sus defectos, pero no era una asesina. ¡Teneos, señor Lief!

—¡No me viene en gana la tenencia! Exijo una retribución por la muerte de mi padre y por el daño hecho a los Lief.

—¡Valiente mercader! —bufó Laisa Aevar—. ¡Acabáramos! ¡Queréis hincharos los bolsillos!

—Debéis pagar por lo que hizo vuestra hermana, que era la lideresa de vuestro clan.

—¡Os pagamos así! —Vita Aevar levantó el puño y le hizo una higa.

—¡Rufián! —exclamó Balduin Lief.

—¡Orden! —Birger dio una palmada tronadora en la mesa y todos callaron—. A ver, ¿qué demonios pasa aquí?

—Majestad, los Aevar no podemos tolerar tanta impertinencia… Y además, creo que no se ha hecho del todo justicia con nuestra hermana. Debería habérsele sometido a un proceso legal. Me atrevo a decir que su extraordinaria muerte precisa una retribución.

Birger le miró con un ojo entrecerrado.

—Y yo me atrevo a decir si seguís por ahí acabaréis igual que la reina.

Vita Aevar guardó un silencio temeroso e indignado.

Intervino entonces Clausen Freistein:

—Majestad, los Freistein os somos leales hasta la médula y en nombre de mi familia yo os garantizo el apoyo necesario en hombres y dineros para acabar con los felones revoltosos y así ganar esta guerra.

—Bien —dijo Birger.

—Pero en honor a la verdad, me veo en la obligación de pedir yo también una compensación por la violenta muerte de mi padre, que…

—¡En honor a la verdad! —Balduin Lief lanzó una risotada—. ¡Pero si los Freistein no conocéis ni honor ni verdad alguna…! Vuestro

padre traicionó a los suyos en Cajani y solo por eso se ganó dicha batalla.

—¡No consiento que se hable así de mi señor padre!

—¡Por todos los dioses, vuestro padre era el mancebo de la reina! —intervino el señor Dagmar Bodo, que hasta ahora había guardado silencio. Se llevó la mano a la boca y miró al rey—. Perdonadme, Majestad, yo no quería…

—Os perdono por esta vez, pero la próxima os voy a arrancar yo mismo la cabeza. —Los miró a todos—. ¡Señores! ¡Esto parece un gallinero! Ahora no es momento de pedir compensaciones ni retribuciones.

Los nobles se miraron entre sí con desconfianza y enojo. Al final, Balduin Lief se levantó, dudó un poco y dijo:

—Majestad, no debéis olvidar que nosotros vamos a contribuir de manera formidable con nuestros ejércitos en la guerra. Sin nosotros no puede haber victoria alguna. No veo desmesurado que pidamos una compensación por…

—No os basta con servir a vuestro rey, ¿verdad? —Birger los miró con desprecio—. Ahora lo veo. Dejémonos de hermanas y padres muertos y vayamos al grano. ¿Qué pedís a cambio de vuestra ayuda?

Vita Aevar se removió en la silla, incómodo.

—Majestad, lo expresáis de un modo tan violento que esto parece una reunión de mercaderes y no una sesión del Consejo Real…

—Os aseguro que los mercaderes más fulleros y tramposos son criaturas de pecho frente a una cuadrilla de políticos —contestó el rey —. Bien, ¿qué pedís a cambio de vuestras tropas?

A partir de ahí la reunión se tornó civilizada y ya no hubo más insultos ni salidas de tono. De hecho, todos ahora se trataban como grandes amigos. Ya que iban a acabar con medio país de rebeldes, quienes habrían de quedarse sin sus feudos, aquellos hombres planificaron el reparto del país entero una vez estuviera pacificado. Birger los dejó hacer y solo intervino cuando sus peticiones subían hasta las nubes. En ocasiones tenía la impresión de que le estaban sisando, pero echaba un trago de aguardiente y se decía en su fuero interno que cuando los rebeldes estuvieran ahorcados y él tuviera de nuevo al país en un puño, ya encontraría el modo de amansar a estos lobos hambrientos. O al menos eso se decía, porque en el fondo no sabía si podría controlar a las mismas bestias que ahora cebaba. Echó de menos a Yulene y a Colbein Lief, sus grandes consejeros… Pero se los sacó de la cabeza. Ahora estaba solo.

Cuando el futuro reparto del país estuvo hecho todo fueron sonrisas y apretones de manos.

Birger se volvió hacia el sumo sacerdote Grim.

—Habéis estado muy callado. Como veréis, vuestra religión aún

conserva su poder en el país. No os lo he arrebatado. Y sabéis por qué, ¿verdad?

El ungido habló con humildad aceitosa:

—Majestad, ya conocéis que tengo muchos hombres a mi cargo. El poder del dios es grande en el país. Podemos ayudaros a ganar la guerra.

—¿Con prédicas y oraciones? No confío en eso.

—Con magia. No solo tendréis ejércitos de soldados en esta guerra. Otras huestes aún más poderosas os apoyarán. Con ellas a vuestro lado es imposible perder. Os lo garantizo.

Birger le miró con cierta inquietud, pues era hombre de armas y no de sortilegios. No obstante, sabía que este hombre podía invocar criaturas que le serían muy útiles. También sabía que todo tenía su precio y que pondría el país entero en manos de aquellos fanáticos. Pero debía ganar la guerra. Estaba dispuesto a ganarla a cualquier precio. Mandaría Shakark entero al infierno antes que permitir que le arrebataran la corona.

—Está bien. Cuento con vos y con vuestras gentes.

Grim sonrió de lado y asintió.

El rey les dijo que iba a tomar la iniciativa y salir en busca de los rebeldes ese mismo verano. Quería invadir el feudo de Onsbergo y conquistar Segueza, la capital de los Nidog y por tanto el núcleo político y moral de la algarada. Si los revoltosos querían mantener el apoyo de quienes todavía dudaban, no podrían eludir este desafío. Tarde o temprano tendrían que hacerles frente con otro gran ejército. Birger no quería escaramuzas ni encontronazos menores, sino una gran batalla campal en la que aplastar de una vez por todas el movimiento rebelde. Por supuesto, un enfrentamiento directo también podía acabar con él si lo perdía, pero Birger desoyó las llamadas a la prudencia porque no sabía si podría encarar una guerra larga, con muchos movimientos. Además, desconfiaba de todos estos rufianes aristocráticos. Y aunque nunca se lo reconocería ni a sí mismo, desconfiaba también de su propio juicio como estratega. Su espíritu prefería una lucha violentísima y enconada, un solo combate que lo decidiera todo.

Para llegar hasta Onsbergo primero tendría que cruzar Umega, el feudo de los Gunthar. Y no podía descuidar las costas. Por tanto, una columna del ejército del rey iría por tierra, mientras que una gran flota partiría desde Ludvica para conquistar Macún y anular así no solo a los Gunthar, sino todo el poder naval de los rebeldes. Parecía por tanto que la guerra iba a decidirse en dos grandes luchas, una en tierra y otra en el mar.

Se envió a los rebeldes la orden de abortar de inmediato la revuelta y acatar con sumisión la voluntad de Birger II, único

soberano de Shakark. Si atendían a razones se prometía respetar las vidas de los simples guerreros, no tomar represalias en los feudos levantiscos y juzgar solo a los cabecillas. Birger sabía que la contestación sería negativa y por ello su gran ejército ya estaba preparándose aun antes de que llegara la respuesta. Estos formulismos le daban un barniz civilizado a la barbarie sangrienta de las armas. En efecto, Nidog se negó a claudicar y los suyos se prepararon también para la lucha.

31

La guerra volvió a hacer sonar el cuerno y arrojó sobre los campos y las costas su mugido largo, doliente, profundo, amenazador. Las mesnadas y las tropas echaron a caminar por las sendas como ciempiés erizados de espinas, con cerdas de bandera y piel de cascos y escudos. En los muelles y atracaderos se colocó la cabeza de dragón en la proa de las largas y estilizadas naves. Las serpientes de madera se deslizarían sobre las aguas en busca de víctimas que devorar; partieron desde los diferentes puertos del país para unirse en dos flotas de barcos abarrotados de guerreros. Ya se conocía en todo Shakark la estrategia agresiva del rey, que buscaba por tierra y por mar a los rebeldes para aplastarlos de una vez por todas. Sus enemigos fruncieron el ceño y aceptaron el desafío.

Menos de treinta días después de que empezara esta campaña, el ejército de tierra del rey invadía Umega. Sin embargo, Birger II no estaba al mando de esta columna de casi diez mil hombres porque él lideraría el ataque por mar. En Umega se cometieron tropelías contra los campesinos y los granjeros, pues el rey había ordenado devastar las tierras del enemigo para obligarle a combatir. Los guerreros dejaban libre la bestia miserable que es la negación de cualquier dignidad y esperanza humanas. Hubo saqueos, violaciones y torturas. No se salvaron de la degollina ni siquiera las criaturas de pecho. Los villorrios quedaban vacíos incluso antes de que el ejército regio pasara por ellos, y aun así también acababan incendiados. Pero ya venía desde el norte el ejército rebelde que había salido del feudo de Onsbergo. Eigil VIII el Niño estaba a buen recaudo en Segueza y era el regente Gultop Nidog quien lideraba la inmensa hueste, formada por muchos y distintos clanes descontentos con el Taciturno. No parecía que el regente quisiera evitar la bronca y por tanto los dos gigantes armados chocarían en pocos días en las tierras del feudo de Umega. Sin embargo, aunque la batalla tendría lugar en el señorío de Gunthar, Olaf y sus gentes no participarían en ella porque lucharía contra el Taciturno sobre las olas.

El clan Gunthar era en sí mismo una pequeña potencia marítima dentro del país de Shakark. Olaf y sus marineros irían a la cabeza de la flota rebelde que haría frente a los barcos del Taciturno. El propio Birger II comandaba su propia flota, que ya había partido de los principales puertos leales a su causa y que navegaba de cabotaje rumbo a Macún. El monarca sabía que debía anular el poder naval del

enemigo porque de otra manera su victoria siempre estaría coja. Como reflejo de su estrategia por tierra, obligaría a los revoltosos a luchar en las aguas. Quería otra gran batalla en la que jugárselo todo, ese era su estilo, y él mismo capitaneaba sus barcos. Los vigías de los acantilados y las pequeñas y rápidas naves exploradoras de ambos bandos ya avisaban de la cercanía del enemigo; era cuestión de días que las dos flotas acabaran enfrentándose en el mar, a la vista de la tierra abrupta y montañosa, cubierta de mantos de verdor.

Pero la batalla no acababa de producirse porque a pesar de ser verano y lucir fuerte el sol, corría un viento que achispaba las aguas. La mar estaba picada, se la veía demasiado inquieta como para combatir sobre sus lomos. Las dos flotas buscaron cobijo en las calas y sus playas de guijarros. Las serpientes quedaron unidas al mundo por el cordón umbilical de las anclas o bien fueron varadas sobre tierra firme.

El campamento rebelde era una muchedumbre de guerreros esparcidos aquí y allá, sobre una inmensa playa que terminaba al pie de los bosques generosos que invadían las montañas costeras. Los vigías habían subido por ellas como cabras y desde las alturas oteaban el horizonte. Estaban allí los principales clanes costeros del movimiento rebelde: los Esteiner de Ostersun, los Estig de Arnosan, los Uni de Jonopa y los Gunthar de Umega. Todos ellos habían ofrecido las naves y el grueso de la soldadesca, pero también había gentes de otros clanes, simples guerreros que viajarían en las serpientes y que pelearían en la batalla. Formaban un hormiguero caótico de miles de hombres. Conversaban, se gastaban bromas y reían, o se hundían en un silencio hosco mientras contemplaban las llamas de la hoguera o las olas del mar. Muchos iban de un lado para otro con inseguridad, sintiendo otra vez bajo sus pies un mundo de tierra que no oscilaba ni se mecía. Lejos, las serpientes ancladas subían y bajaban al capricho del oleaje. Había nubes en lontananza y el aire llenaba las narices de salitre. Las olas giraban formando ruedas de espuma y bramaban como dragones. Los viejos les contaban a los novatos sus historias de veteranía, preñadas de mentiras y exageraciones, pero siempre con un poso de verdad aterradora. La muerte caminaba entre todas estas gentes, la muerte invisible que marcaba a uno y al siguiente lo dejaba pasar. La muerte los iba eligiendo o desechando, tal vez por deber, tal vez por capricho.

Olaf Gunthar estaba siempre enojado porque ya sabía que la columna de tierra del ejército real estaba haciendo estragos en su propio feudo. Deseaba que Gultop Nidog acabara con ellos cuanto antes, pero sobre todo deseaba que el mar se amansara para que pudieran salir de una vez por todas a buscar al bastardo coronado que estaba sangrando sus tierras. Su hijo Skarrion estaba allí, había venido

con él, pues Olaf lo había aceptado otra vez en el seno de la familia. Pero aún no le hablaba porque el orgullo era un ancla demasiado pesada para la nave de sus emociones. Skarrion lo aceptaba y no le presionaba. Sabía que su progenitor ya había cedido leguas enteras. Además, tenía otras cosas en las que dedicar su tiempo.

Ella estaba allí.

Las brujas seguían a la flota desde tierra. Nadie sabía muy bien cómo lo hacían, pero cada noche, cuando los barcos descansaban y los hombres dormían en tierra, ellas aparecían cerca del campamento. A veces llegaban a pie y a veces venían montadas en caballos salvajes que las habían aceptado sin rebeldía y que después se marchaban trotando y moviendo con alborozo sus crines. Ya no eran cuatro, sino tres, pues la mujer madura murió en la aciaga Asamblea de Hombres Libres. Pero sí estaban la niña, la muchacha y la anciana. Y también estaba el otro grupo de hechiceras, en principio tres y ahora dos, pues también una de ellas murió en Savolina. Las cinco brujas contemplaban a las gentes armadas desde la distancia. Parecían ídolos remotos, capaces de atemorizar a todos esos hombres de mente de piedra. No se mezclaban con ellos, pero su presencia era tan ineludible como la propia noche. Incluso las sentían cuando no las podían ver.

En cuanto a la hechicería masculina, Aldaf el Gris también iba con la flota rebelde, pero lo hacía en barco. Cuando la flota estuvo a punto de zarpar de Macún, aquel hombrecillo grotesco y apestoso se abrió paso entre los guerreros sin que nadie osara impedírselo y subió a uno de los barcos. Olisqueó el aire con su nariz de patata salpicada de granos, se metió las manos debajo de la túnica harapienta para rascarse los genitales llenos de parásitos y contempló con sus ojos de batracio a la marinería atónita.

—¡Vamos, hijos de una marrana! —les increpó—. ¿A qué esperáis para zarpar?

Acto seguido fue hasta la popa, se sentó en el borde, junto a la cola de la serpiente, se levantó los faldones costrosos y el mundo vio la carne nívea y blanda de su culo. Aldaf el Gris apretó las arrugas de su cara redonda y soltó un mojón titánico que resbaló sobre el tingladillo y cayó chapoteando en las aguas. Cuando terminó bajó de la baranda y sonrió, malévolo.

—Ya he bendecido el barco, jejejé… Podemos irnos cuando queráis.

Nadie le impidió viajar con ellos y él iba cada día en una nave distinta. Aguantaba el vaivén y nunca se mareó. No se relacionaba con los hombres, que a su vez le evitaban en todo lo posible. Vigilaba el mar, canturreaba cosas ininteligibles, hablaba con seres que nadie más que él veía y en dos ocasiones le vieron desnudar su cuerpo ruinoso para masturbarse con mucha energía y disparar el semen hacia las

olas, mientras recitaba sortilegios con voz trémula.

Por las noches ordenaba a los hombres que vinieran a escucharle. Los guerreros acudían para oír sus prédicas y monsergas, sus loas a los dioses, los mitos que los escaldos transmitían y otras cosas que aquellas gentes apenas podían entender porque afectaban a la estructura interna y compleja del universo, palabras extrañas que dejaban un poso de enormidad en el espíritu.

—Vosotros, pedazos de estiércol amarillo y caliente, sois la esperanza de Shakark. Os creéis fuertes y bravos, pero aún no habéis sentido el auténtico miedo, el pavor que vacía vuestras mentes y convierte el coraje en una cosa húmeda y helada que se os cae por la columna vertebral. Tendréis que permanecer firmes en el momento del terror y luchar aunque os parezca que no podéis vencer, que no tenéis ni la más remota posibilidad. Porque necesitamos a los dioses de nuestro lado, y los dioses solo conceden su gracia a quienes confían en ellos de manera ciega, pues a los dioses les gusta el sabor de la fe de los hombres, y si no lo tienen en sus lenguas vuelven la espalda y dejan que los hombres se hundan en el pozo de la miseria y la oscuridad. Sí, hijos míos, preparaos para tener fe en la victoria, siempre, siempre, siempre…

Ella estaba allí, sí, y por tanto Skarrion se reunía con ella cada noche, mientras los hombres escuchaban los sermones de Aldaf el Gris y también los discursos patrióticos de su padre y de todos los grandes líderes, que hablaban sobre el servicio a la patria, sobre emular a los ancestros que murieron para agigantar el honor y la gloria de todos los presentes. Skarrion la veía en la distancia, cerca ya de los bosques oscuros que lindaban con la arena de la playa, y entonces echaba a un lado los discursos y se iba con ella. Y tal vez algún curtido veterano le imprecaba:

—¡Eh, muchacho, sigue aquí! ¡Hay que oír lo que dicen los hombres sabios!

—Tengo mejores cosas que hacer —decía él, con una sonrisa.

—¿Qué cosas? ¡Nada es más importante que esto!

Pero Skarrion ya caminaba hacia ella y el veterano fruncía el ceño, meneaba la cabeza y se ciscaba en la juventud insolente de estos tiempos atribulados.

Ella estaba allí.

Ella estaba allí con vestidos limpios que de algún modo relucían, vestidos cortos que dejaban a la vista mucho de sus pechos juveniles y sus muslos fuertes. Llevaba flores en el pelo y una noche incluso se pintó los ojos y los labios. Skarrion la cogía de la cintura, ella se echaba encima de él y cubría con sus labios los suyos, apretaba los senos blandos contra él, le metía la lengua en la boca y se lo llevaba de la mano. Sus hermanas de hechicería nunca estaban cerca cuando

los dos se reunían, cosa que Skarrion celebraba.

Caminaban juntos, hundiéndose en el bosque, anhelantes uno del otro. Era siempre ella quien elegía el lugar: tal vez un prado de hierba suave o tal vez el suelo rugoso de piedra. En ocasiones Skarrion no podía esperar y aplastaba con su cuerpo el de ella, la espalda femenina apoyada en un tronco de árbol, y ella levantaba con rapidez los faldones y luego jadeaba y le mordía el hombro, y arqueaba la espalda y la nuca y le susurraba obscenidades increíbles, propias de una mujerzuela de tabernas y no de una hechicera silvestre. Skarrion comprendió que ella tenía ya mucha vida encima, y además una vida no precisamente virtuosa. Hablaban de tonterías y nimiedades porque ella evitaba entrar en honduras, se reían, se perseguían entre carcajadas, haciendo todas las cosas estúpidas y tontas y maravillosas que deben hacer los jóvenes amantes, pues así ha sido y así será desde el principio y hasta el final de los tiempos. Cuando podía sisarlo de la intendencia de la flota, Skarrion se llevaba un pellejo de cerveza o hidromiel y los dos se emborrachaban y se comportaban como imbéciles, para luego hacer el amor con ternura, o fornicar como alimañas que solo quieren darle gusto al cuerpo.

Aquella noche las nubes cubrieron el mundo. Él estaba pegado a su espalda, la abrazaba y le decía guarradas al oído, y ella sonreía y frotaba su grupa contra él. Dio la vuelta y le miró por entre sus largas pestañas, disfrutando de su papel de furcia provocadora. Skarrion la abrazó, la apretó contra su cuerpo y ella enroscó sus piernas en las de él, se besaron, él resbaló, perdió el equilibrio, trastabilló y caminó dando traspiés, aún abrazándola, los dos gritando y riendo. Al caer, Skarrion giró para recibir el golpe en la espalda. Quedaron tumbados en la tierra, sin respiración. De pronto, empezaron a reírse a carcajadas, sin motivo alguno, atrapados en un cuajo de felicidad. Empezó a llover sobre ellos. Era un chaparrón suave que no les molestaba. Ella dejó de reír y empezó a desvestirle. Quedaron desnudos bajo el agua que se derramaba desde los cielos tenebrosos. Las gotas empapaban sus cuerpos, les daban lustre. Ella movía adelante y atrás sus caderas, encima de él. Apoyaba sus manos en el pecho de madera caliente y mojada. La lluvia repicaba en las hojas, los troncos, las piedras. La lluvia les cantaba con voz arrulladora. El pelo de ella se empapó y cayó en forma de carámbanos y estalactitas pesadas y suaves. Sus pezones de carne dura rozaron la barba y los dientes, el los atrapó como si fueran uvas maduras y los besó y chupó. Bajo sus cuerpos, el lodo los acariciaba. Ella bajó la cabeza hacia él y le cubrió con su cortina de algas espesas. Le besó con una ternura increíble. Ebrios, mareados, borrachos de amor. En la oscuridad, en la lluvia, en el bosque.

Ella le llevó de la mano por las tinieblas. Pasaba por encima de las

gigantescas raíces y esquivaba las piedras como si fuera una gata que pudiera ver entre las sombras. Llevaban las ropas en la mano. Parecían dos figuras de carne pálida y espectral.

—¿Adónde vamos? —le preguntó él.

—¡Vamos, vamos, rápido! —gritó ella, sonriendo.

La siguió, soltando bufidos y reniegos y procurando no tropezar. De vez en cuando el cuerpo mojado y desnudo de ella se perfilaba en la oscuridad.

—Mira, chica, si sigues así voy a tener que tirarte al suelo y metértela una vez más.

Ella se volvió, le plantó un beso carnoso y lascivo y le acarició la mejilla con la punta de los dedos. Susurró

—No me digas esas cosas, que me deshago.

Skarrion intentó abrazarla, pero ella se hurtó de sus manos con una carcajada y tiró de él.

—¡Vamos, torpe! —le animó—. ¡Eres muy lento!

—¿Y cómo sabes por dónde ir?

—¡Me lo dicen ellos!

—¿Y quiénes son ellos?

Ella se encogió de hombros.

—Ellos —se limitó a responder.

—¿Y dónde están? ¡No los veo!

—Pues están por ahí, en todas partes. ¡No preguntes tanto!

—¡Diablo de mujer! —gruñó Skarrion. Pero sonreía.

Le condujo hasta una covacha en una ladera pedregosa. Se metieron dentro avanzando de rodillas.

—Espero que aquí no haya ningún oso que me arranque las pelotas —murmuró Skarrion.

—Tranquilízate. No hay nadie en la cueva.

Él no le preguntó cómo podía saberlo. Ya estaba acostumbrado a sus respuestas y a su misterioso conocimiento del mundo. La cueva era baja y estrecha, tan oscura que la negrura de la noche lluviosa les pareció un caudal de luz. En aquel agujero recóndito el suelo y las paredes arañaban la piel desnuda, aunque de manera extrañamente agradable. Se sentaron. Ella se metió entre las piernas de él y se arrebujó contra su cuerpo. Él la abrazó a la altura de la cintura. Siguieron inmóviles durante mucho tiempo, acurrucados y apretados, como cachorros de una misma camada. Olía a cerrado y a cosas antiguas y quizá muertas, pero les daba lo mismo. Sentían uno contra el otro el calor húmedo y resbaladizo de sus cuerpos saciados. Sin la necesidad de hablar. Miraban la noche y la lluvia de fuera. Se dejaron hechizar por el repiqueteo infinito del agua. El mundo estaba envuelto en una seda cristalina y brillante. Ahora les parecía más hermoso, crudo, nítido. De vez en cuando Skarrion besaba el pelo mojado,

pegado al cráneo de ella. La mujer lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos. Los ojos de una niña. Tomó la mano de su amante y entrelazó sus dedos con los de él. Levantó aquella mano doble y la puso ante ellos. Parecía una sombra informe y extraña, recortada contra la lluvia.

—Es precioso —susurró ella.

Skarrion no contestó. Volvió a besarle la coronilla, sin apartar la mirada de las dos manos en una. Ella llevó la mano mutua al suelo. Separó sus dedos de los de él y los plantó en la piedra rugosa y mojada.

—Siéntelo.

—¿Sentir qué? No siento nada.

—Siéntelo —repitió ella. Los dos tenían la palma de la mano en el suelo irregular—. ¿No puedes sentirlo?

—¿Qué debo sentir?

—El latir del mundo.

—No siento nada.

—Claro —dijo ella, con tristeza queda en la voz—. Tú no puedes sentirlo.

Skarrion la apretó más contra sí y llevó su mano al pecho de ella.

—Prefiero estos latidos.

Ella se revolvió y sonrió. Apartó su mano cuando él empezaba ya a juguetear con el pezón. Ella se volvió y buscó su rostro en la oscuridad. Se besaron durante muchos latidos. No había lujuria nueva, sino más bien los posos de la lujuria anterior. La memoria de los cuerpos.

—Quiero estar siempre contigo —le dijo Skarrion.

Ella quedó inmóvil, pegada a él. No respondió.

—¿Qué ocurrirá con nosotros? —le susurró él, y le besó la oreja. Ahora, ella no apartó la mano de su pecho blando y redondo. Skarrion podía sentir el martilleo rápido y apagado del corazón—. Contigo. Y conmigo.

La mujer no hizo ni dijo nada, y sin embargo pareció hacerse de piedra junto a él.

—¿Por qué no puedes dejar de vivir en el futuro? —musitó.

—¿Qué soy yo para ti?

Ella no respondió.

—Dime tu nombre —dijo él.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Los nombres atan.

—Los nombres no son más que sonidos.

—Entonces, si no son más que sonidos sin importancia, ¿por qué quieres conocer el mío?

—Porque quiero saberlo todo de ti. Tanto lo que tiene sentido como lo que no lo tiene. Sobre todo, esto último.

Acarició el pezón que ya empezaba a endurecerse. Ella sonrió, se volvió a medias y besó su hombro. Se quedó seria, los ojos abiertos y los labios pegados a la piel de su amante.

—Quieres saber demasiado, Skarrion. El conocimiento puede ser una maldición.

Skarrion suspiró. Apartó la mano del pecho femenino.

—¿Me oyen ellas?

—¿Ellas? ¿Quiénes?

—Tus hermanas. O lo que demonios sean. ¿Están en tu cabeza ahora, en estos momentos? Espero que no me digas que esa vieja ha estado también presente mientras lo hacíamos.

Ella bufó una carcajada contra su hombro. Negó con la cabeza y se colocó un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja.

—No. Ellas no han estado con nosotros. Las eché fuera de mí. Si una sola no quiere las cuatro no pueden mantenerse unidas.

—Qué vinculo más extraño.

—Todo mi mundo es extraño —susurró ella, y le besó una vez más el hombro, y la clavícula. Nunca parecía cansada de besarle.

—Quiero conocerte —dijo él.

Ella se separó y le miró en la oscuridad.

—¿Qué quieres conocer?

—Lo que desees contarme.

—Siempre quieres más de lo que te puedo ofrecer.

Hubo un silencio tenso e incómodo.

—Eso es verdad —dijo Skarrion.

—Lo siento. —Ella le besó la barbilla peluda y mojada—. Lo siento mucho. —Cerró los ojos. Respiró fuerte—. Está bien. Te puedo contar algunas cosas, aunque mis hermanas me matarían si lo supieran.

—Sobre todo la vieja. Me la tiene jurada. ¿Es tu madre?

Skarrion notó la sonrisa de ella pegada a su mandíbula. Se frotaba contra él como una gata.

—No, no, no. No pertenecemos a ninguna familia. Al menos, no tenemos lazos de sangre.

—¿Y cómo habéis llegado a ser lo que ahora sois?

—¿Cómo llueve? ¿Cómo se produce el relámpago? ¿Cómo van y vienen las olas? —Hubo un encogimiento de hombros—. El cómo no es tan importante. Ocurre. Siempre habrá Varias Que Son Una. Una mujer recibe la llamada y ha de obedecerla. Es imposible no hacerlo, por mucho que lo intente. No importa que sea reina o villana, niña o mujer. Tendrá que dejarlo todo y oír esa voz que viene desde sus entrañas, pero que no es suya.

—¿Voz? ¿Qué voz?

—La voz de la hierba, los bosques, los picos… La voz de Shakark. Esa voz ya sonaba mil años antes de que Shakark fuera Shakark, antes de que los reyes y los cronistas impusieran sus fronteras inexistentes y sus nombres sin sentido. Antaño había muchos grupos de guardianas, pero ahora cada vez quedan menos porque se aproxima el final de esta vuelta de rueda. Todo va a cambiar, pero ni tú ni yo lo veremos. Y sin embargo, aunque ya quedamos pocas, aún somos necesarias… Aún lo somos. —Hizo una pausa y se convirtió en una sombra pegada a otra sombra, en lo profundo de la caverna—. Es la voz de la magia de las mujeres. Shakark las necesita y por eso ordena e implora su presencia. La voz guiará a la elegida a través de los campos y los caminos, la voz será el fanal que la lleve a través de las tinieblas, hasta que encuentre a las otras. Cuando llegue a ellas, lo sabrá. Sentirá que se cierra un broche en su mente y que todas las piezas encajan. Es inevitable. Mi hermana murió en Savolina y por ello ahora la voz vuelve a sonar. Sé que está llamando a otra mujer y que ella pronto vendrá para que vuelva a haber Cuatro Que Sean Una. Y el otro grupo ahora roto también recibirá a una mujer vacilante y temerosa que busca su destino, y entonces volverán a ser tres. Todo esto pertenece al orden y al equilibrio. Pero existe el riesgo de que todo se desbarate.

—Mumaga —dijo Skarrion.

—Sí. Por eso es tan importante vencer al rey que apoya a ese dios. Porque si no lo conseguimos, la tierra y la montaña y los bosques de Shakark… Todo ello será forzado a ser lo que no es, lo que ya no puede ser. El caos y la negrura se abatirán sobre esta tierra.

—Venceremos —afirmó Skarrion—. Las aguas volverán a su cauce y tú y yo seguiremos juntos.

Ella guardó un silencio que hirió a Skarrion. Pero era un dolor que ya conocía. Lo echó a un lado.

—¿Y los magos hombres? —preguntó—. ¿Ellos también oyen esa voz?

—Sí. Shakark también necesita magia masculina. Pero ellos viven solos, no en grupos. Y muchos prefieren la costa.

—¿Por eso ese espantajo viaja con nosotros en barco mientras vosotras nos seguís por tierra?

—Ese espantajo es una de las personas más sabias, justas y poderosas de Shakark. Un maestro de maestros. Aldaf el Gris estaba aquí mucho antes que los otros guardianes y guardianas. Pertenece a otra época. Es el último superviviente de un tiempo en el que los guardianes eran los consejeros de los reyes, cuando los monarcas y los caudillos se inclinaban ante la hechicería.

—¿Ese anciano asqueroso? ¿Cuántos años tiene?

—Nadie lo sabe. Quizás cien, o ciento cincuenta. O quinientos. Hay tanto poder en él que ha trascendido muchas de las barreras naturales

de los hombres.

—Si tiene tanto poder, ¿por qué viste como un pordiosero y se comporta como un bicho sarnoso?

—Su poder es tan vasto que él está por encima de la riqueza, la posición, la fama y el orgullo. Para él, son distracciones. Yo jamás lo había visto y creo que ni siquiera mi hermana mayor llegó a conocerle antes de ahora. Que haya salido a la luz es una señal inequívoca de la importancia de los acontecimientos.

Skarrion asintió en la oscuridad, pero no dijo nada.

Ella prosiguió:

—Nosotras debemos trabajar en la tierra y Aldaf el Gris en las aguas. Por eso estará en uno de vuestros barcos cuando suceda la lucha. Nosotras seremos el vínculo que le una a la tierra de Shakark. Solo así podremos vencer.

—¿A qué nos enfrentaremos?

—Al horror. —Ella se encogió como un animalito asustado—. No me preguntes más sobre eso. Te lo ruego.

Skarrion la abrazó fuerte y la apretó contra él. Ella se relajó un poco.

—No te inquietes. Todo irá bien. —Le rascó el cráneo con la barbilla—. ¿Quién eras tú antes de oír la voz?

Ella dudó un poco. Dijo:

—Era una mujer que se había perdido. Nací en el lugar equivocado y crecí en las calles equivocadas, junto a las personas equivocadas. Pero entonces no lo sabía. Hice lo necesario para sobrevivir. Hice muchas cosas de las que prefiero no hablar. Cosas que siempre mancharán mi alma, cosas que me han hecho comprender que la degradación no tiene fondo. Una muerta que caminaba, esa era yo. Entonces me llamaron. Nunca podrás imaginar lo que peleé, lo que luché contra la voz que me ordenaba salir de la nada en la que ya vivía para ir hacia otra nada… Llegué a mis hermanas como una muñeca sucia, una ser egoísta y miserable. Y todo cambió.

—¿A mejor?

Ella estuvo mucho rato en silencio.

—Sí —dijo.

—¿Puedes volver a cambiar?

Ella bajó la cabeza.

—¿Cambiarías por mí? —le preguntó Skarrion.

De nuevo, el silencio.

—No lo sé —musitó ella.

Skarrion le volvió la cabeza. Se miraron en la oscuridad de la covacha.

—Deja a tus hermanas. Ven conmigo.

Ella inspiró fuerte.

—Te quiero —le dijo Skarrion.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada.

—Antes solo pensaba en irme de Shakark —le dijo él. Los dos estaban enganchados por las miradas—. Solo quería recorrer el mundo y ver qué hay ahí fuera. Pero ahora no. Ahora solo quiero estar contigo.

Ella bajo la cabeza y se fue acercando poco a poco, hasta hundir la cara en su pecho. Skarrion le acariciaba los cabellos mojados.

—Escúchame. No me importa nada. No me importa mi clan, ni mi apellido, ni las tierras, ni la fama, ni la gloria, ni las riquezas. Fíjate, quizás esté ahora al mismo nivel que Aldaf el Gris. —Ella bufó una risa contra él, pero sonó sospechosamente parecida a un sollozo—. Quiero que tú siempre seas mi presente. Solo entonces dejaré de pensar en el futuro. Seré lo que tú quieras que sea: un pastor, un cabrero, un granjero, un terrateniente o un mendigo. Lo que desees. Podríamos vivir en una mansión o en una choza. Incluso puedes estar cerca de esas hermanas tuyas, y de la vieja que tanto me aborrece… —Skarrion la sentía llorar contra su pecho. Sentía sus débiles temblores y su llanto amargo—. Podríamos tener hijos: cuatro, cinco, o uno, o dos. Los veríamos crecer. Nunca he tenido otros sueños salvo los de la aventura; la vida de los hombres comunes me parecía una jaula infernal. Pero ahora yo quiero vivir en esa jaula. Y quiero que tú estés dentro, conmigo.

Levantó su cara y besó las lágrimas de sus ojos, que se confundían con la humedad antigua de la lluvia.

—Ven conmigo, mi desconocida. Hagamos juntos este viaje. No me digas que no. No lo hagas. Solo piénsalo. ¿Lo pensarás?

Ella tragó saliva, se limpió los ojos y asintió un par de veces.

—Lo pensaré.

—Eso es una victoria. Algún día, cuando me digas al fin tu nombre, habré ganado esta guerra. La más importante.

Ella sonrió con pesar. Hundió su cara en el cuello de él. Volvieron a quedar en silencio. Dormitaron en la caverna, como los osos en su invierno.

—Mira —le dijo ella en algún momento indeterminado—. Ha dejado de llover. Tenemos que irnos.

—¿No podemos quedarnos más tiempo?

—No. La batalla tendrá lugar en este día que va a nacer ahora.

Algo se tensó en Skarrion.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces vamos.

Salieron y se vistieron. El sol se derramaba con timidez y encendía mil diminutas antorchas de rocío en la noche moribunda. Todo estaba

húmedo y brillante e incluso los charcos esplendían como espejos oscuros. La lluvia había abierto las carnes de la tierra y había costras de barro por doquier. El bosque extendía su ramaje, se estiraba, se desperezaba. Las piedras tenían un tacto viscoso y resbaladizo, parecían los caparazones de criaturas dormidas, medio enterradas en el mundo. Las sombras gemían su muerte, su tristeza. Era el final del reino tenebroso. Una claridad invasora lo empujaba todo, lo apartaba, lo aplastaba contra la materia y las formas. La luz cruel.

Llegaron a los acantilados. Allá abajo, el hormiguero de hombres ya se preparaba para volver al mar en sus naves. El viento de los días pasados había desaparecido y el mar estaba tan manso como el asesino sonriente que espera su oportunidad. El aire olía a humedad, a hierba fresca. Todo era diáfano y sutil, todo estaba cubierto por un aire irreal, como en los estertores de un sueño. Pero el sol devorador iba rompiendo el hechizo.

Skarrion vio tres cariátides pálidas, vestidas de oscuro. Un poco más lejos, había otras dos.

—Tengo que volver con mis hermanas —dijo ella—. Trabajaremos desde aquí.

—Entonces todo ocurrirá allí abajo, en esas aguas.

—Sí. Os veremos desde los acantilados.

Skarrion miró alrededor y sus ojos se fijaron en cierto lugar. La cogió de la muñeca.

—Ven conmigo.

Tiró de ella y la muchacha le siguió sin oponer resistencia. Estaba triste, pero había una luz en sus ojos que lo iluminaba todo, o al menos así se lo parecía a Skarrion. La llevó hasta un árbol enorme, casi al pie del acantilado, un árbol solitario, viejo y tozudo que elevaba sus ramas medio desnudas hacia el cielo, como si implorase hacia los dioses o como si renegara de ellos a gritos. Skarrion desenvainó su daga y marcó en la corteza su propio nombre. Al lado dibujó una flecha.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó Skarrion.

Ella asintió con los ojos húmedos.

—Sí. Es la Flecha de Jarle.

—El dios de los poetas, los escaldos y las gentes que se quieren. La flecha de Jarle une a los amantes. Necesito que escribas tu nombre al otro lado de esta flecha… —Abrió mucho los ojos—. ¡Lo necesito!

Ella apretó los labios y dos lagrimas como perlas rodaron por sus mejillas.

—No puedo hacerlo.

—¿No sabes escribir?

Ella sonrió y meneó la cabeza.

—Sí sé escribir. No es eso.

Skarrion la miró mientras ella se limpiaba la cara con la punta de los dedos.

—Escúchame —le dijo él—. Después de la batalla vendré aquí a buscarte y entonces empezaremos una vida nueva juntos. Si sé que vas a estar aquí en ese momento ni todos los dioses del universo podrán arrojarme al abismo. No importará que mi bando gane o pierda porque yo volveré para buscarte y tomarte en mis brazos una vez más. Pero si ahora me dices que no estarás aquí cuando todo acabe me habrás puesto dentro una piedra pesada y fría que me quitará las fuerzas en la lucha, o al menos las menguará tanto que no sé lo que podrá ocurrirme cuando empuñe la espada.

Ella abrió mucho sus ojos.

—¿Hablas en serio?

—Ojalá no lo hiciera.

Le miró durante muchos latidos, serena y grave. Se le acercó y le tomó el rostro entre sus manos delgadas, fuertes y frías.

—Amor mío, vuelve. Yo estaré aquí esperándote. Vive por mí.

—¿Me esperarás?

—Sí.

Ella le besó. Skarrion la abrazó con todas sus fuerzas. La sintió derretirse por completo en sus brazos y ella le entregó su alma entera en un único latido. Skarrion la miró a los ojos y sonrió.

—Volveré. Lo juro.

Ella consiguió sonreír. Le acarició la cara, le dio un último beso y luego se separó con brusquedad y echó a andar hacia sus hermanas.

Skarrion bajó por la cuesta, hacia los hombres que ya unían sus gritos a los de las gaviotas. El joven sintió de pronto que alguien le espiaba y se volvió.

Allí arriba estaba la anciana, contemplándole desde el borde, recortada contra el cielo azul y despejado. El agujero donde estuviera su nariz le daba ahora más que nunca el aspecto de la propia muerte. Skarrion sintió un escalofrío, pero no apartó la vista. Entonces descubrió que ella no le miraba con odio o enojo, sino con la compasión infinita de aquellos que han visto lo bueno y lo malo de este mundo y que son incapaces de hacérselo entender a los jóvenes.

Skarrion volvió la cabeza y siguió descendiendo hacia la playa.

32

El sol estaba alto y las nubes se habían ido. El mar reposaba. La superficie era un mosaico de láminas que sudaban mil brillos diminutos. Lejos, se alzaba la costa de Shakark, un castillo de acantilados negros y majestuosos con almenas de bosque esmeraldino. A esa línea de elevaciones le llamaban *las Montañas de Trondam* y por eso los cronistas llamarían *la Batalla de Trondam* a la lucha sangrienta y encarnizada que hoy sucedería frente a ellas.

Hacía horas que las dos flotas estaban ya a la vista una de la otra.

La del rey estaba compuesta de ochenta y seis barcos de guerra largos y ágiles, de poco calado, con cabezas de dragón en el mascarón de proa y una cola en espiral en la popa. La mayoría tenían de veinte a veinticinco remos por lado, pero estaban atestadas de guerreros que también se sentaban entre los bancos o incluso sobre las bordas. Abundaban entre ellos los hombres con escudo, los que protegerían a los remeros cuando sucediera el intercambio de flechas. Había cuatro barcos principales, los de los líderes de los clanes Lief, Aevar, Bodo y por supuesto Magne, al cual pertenecía el propio rey. Estas cuatro naves eran gigantes de mayor puntal, manga y eslora que sus compañeras y por tanto parecían las madres serpiente, guiando a sus respectivas camadas. La nave capitana de la flota regia era la Soberana, un titán con una cabeza monstruosa pintada de rojo y negro, testa demoniaca de ojos desorbitados y largos colmillos. En la Soberana estaba el propio rey, sobre la cubierta elevada de la proa, cerca del mascarón. Llevaba puesta la armadura de mallas y el casco, como los otros guerreros. Una capa majestuosa cubría su tremenda espalda. Contemplaba la línea de barquitos de juguete apenas discernible: la flota rebelde. Detrás, se alzaban los Montes de Trondam.

—¿Cuántos son? —preguntó, sin apartar la vista de los enemigos.

—Noventa serpientes, Majestad —le contestó el capitán del barco—. Como decían los informes de nuestros vigías y exploradores.

—Tienen cuatro naves más que nosotros —murmuró el rey—. No importa. Los destrozaremos.

—Por supuesto, Majestad.

—¿Los señores de Lief, Bodo y Aevar ya están preparados?

—Sí, Majestad. Sus barcos están posicionados en el lugar correcto.

—Malditos bastardos orgullosos —murmuró el Taciturno, con una sonrisa agria.

Desde que salieran de Ludvica hubo problemas con sus vasallos. Puesto que las naves del rey estarían en el centro, todos querían ponerse a su derecha para ocupar el lugar de honor. Casi cada noche, Birger había tenido que arbitrar las disputas mezquinas entre Dagmar Bodo, Laisa Aevar y Balduin Lief, y al final había decidido que este último, en quien más confiaba porque tenía bastante del temple y la sensatez de su padre, ocupara con sus barcos el lugar derecho. Del que menos se fiaba era de su cuñado Laisa Aevar y por tanto le colocó inmediatamente a su izquierda. El extremo izquierdo, y por tanto el lugar por donde el enemigo atacaría con más vigor, se lo dejó a Dagmar Bodo, un hombre capaz en cuestiones marinas.

Esa mañana, en cuanto notaron el buen día que tendrían por delante, el rey dio la orden de ir a buscar a la flota de los rebeldes. La encontró allí, cerca de Trondam. También ellos parecían deseosos de dar la batalla de una vez por todas, así que unos y otros se alinearon en largas filas, todavía abiertas y espaciadas. Dentro de cada flota la muchedumbre de hombrecillos trabajó sin descanso, con rapidez, con aire hosco y profesional, y pronto fueron arriadas y recogidas las velas rayadas y escaqueadas de azul, negro, rojo y blanco, bajadas las vergas, abatido el mástil y guardadas las jarcias, convertidas en gusanos de cuerda enrollados sobre sí mismos. Sin apenas aparejos visibles, las naves parecían seres obscenos y patéticos, como rameras escuálidas de mar. Pero también había algo amenazador en ellas, pues su desnudez presagiaba la sangre y la muerte de miles de hombres y el descenso a los abismos de decenas de serpientes con escamas de roble, fresno, tilo y abedul. Se sacaron las armas de los sacos y las cajas huecas que eran los bancos de remo, se repartieron espadas, hachas, mazas, arcos y aljabas preñadas de flechas. El escudo estaba en la mano y el casco en el cráneo. Los remos salieron por las chumaceras, los remeros escupieron sobre sus manos callosas, tan duras como el cuero rígido, y se prepararon para bogar.

Pero las flotas quedaron quietas, prestas para el combate y sin embargo inmóviles, esperándose una a la otra, con cierto aire chulesco. Los líderes no daban la orden de atacar y las serpientes se mecían con calma. El agua lamía las tracas del tingladillo e intentaba entrar sin éxito por las junturas rellenas de cuerda embreada. La madera emitía mil y un crujidos lentos y suaves. Los hombres ya sudaban bajo el sol veraniego, más por nerviosismo que por el calor. Los Montes de Trondam se alzaban indiferentes sobre los humanos y sus cáscaras de nuez. Las cuitas y disputas de los hombres en nada atañían a los grandes seres del universo.

—Majestad, cuando vos queráis podemos dar la orden de ataque —dijo el capitán de la Soberana.

—Aún no. —Birger se volvió y buscó con la vista—. ¡Grim! ¿Dónde

estás, maldito brujo?

Entre la muchedumbre armada se abrió paso el sumo sacerdote. Llevaba una túnica de terciopelo y su amor por la ostentación le costaba sus buenos sudores. Se había acostumbrado al mareo de la vida en el mar y por eso ya no vomitaba, pero tenía el semblante blanco, verdoso a veces.

—Majestad, los preparativos están hechos. Solo falta la inmolación de las víctimas.

El capitán y los otros oficiales le miraron con inquietud, pues no les gustaba lo más mínimo la presencia de ungidos en el barco. Pero el rey había ordenado que vinieran con ellos y que nadie los molestara. El Taciturno clavó sus ojos en Grim.

—Sacerdote, me aseguraste la victoria si te dejaba actuar.

—Majestad, yo os garantizo que destruiremos al enemigo sin necesidad de llegar a las manos. Mis hombres y yo hemos llevado a cabo los ritos y las fórmulas pertinentes y solo falta regar el mar para que la criatura venga en nuestra ayuda.

Birger le miró con un relámpago de temor en sus ojos. Pero la solidez volvió a ellos en el latido siguiente.

—Haz lo que tengas que hacer y consigue que hoy yo triunfe.

Grim asintió, se dio la vuelta y llamó a los cinco ungidos que venían con él en la nave, los mejores hechiceros del culto de Mumaga. Llegaron desde la popa. El primero de ellos traía una especie de estandarte con el dibujo esquemático de la cabeza con dos caras, una masculina y otra femenina. Tras ellos iban diez personas atadas, gentes miserables de diferentes edades y sexos: esclavos, pedigüeños, rameras e incluso dos niños. Habían estado siempre en la popa, custodiados por los hombres de Grim y por guerreros fieles al rey, pues nadie debía tocarlos ni molestarlos. Estaban sucios y llevaban harapos roñosos. Las palizas y el hambre les habían robado las fuerzas y por tanto estaban sumisos, tan desesperados que su único anhelo era caer de una vez por todas en el seno frío y amoroso de la muerte para descansar de esta vida de infortunios.

Los sacerdotes los llevaron a la proa. Allí Grim levantó los brazos y aulló cantos y alabanzas al Dios de las Dos Caras, el Creador y Destructor. Verbalizó las fórmulas arcanas y esotéricas. Los guerreros le contemplaban con los ojos muy abiertos y la garganta reseca. El Taciturno se mantenía impasible. Grim cogió por un hombro al primer prisionero, un hombre con la mente perdida en algún país de brumas donde aún quedaba compasión por los débiles. Grim extrajo la daga sacrificial, agarró del pelo al desdichado, levantó la cabeza y de un tajo le degolló. La sangre manó, manchó la proa, resbaló sobre las tracas y al final chorreó sobre el mar. Grim alabó a su dios y le pidió su ayuda. Después, lanzó el cuerpo al agua.

Así, uno tras otro. Algunos cautivos se removieron o sollozaron de manera patética, pero ninguno se resistió. La proa carenada siguió manchándose de sangre. La cabeza de dragón mostraba sus dientes afilados y parecía sonreír bajo el sol espantoso. Los cadáveres flotaban en el agua. A veces golpeaban con suavidad el casco. No corría una sola racha de aire. La atmósfera era densa, ardiente, pegajosa. Los hombres lo miraban todo en silencio, sabiéndose ya condenados, vencieran o no en la jornada de hoy. Birger seguía impertérrito. En ocasiones entrecerraba un ojo. Al otro lado de la inmensa tierra de nadie acuática, la otra flota seguía inmóvil.

Grim se volvió hacia el rey. Tenía la cara más blanca que nunca y en sus ojos aleteaban luciérnagas enfermas. Sus manos y su túnica estaban empapadas de sangre.

—Ya está hecho, Majestad. Ahora solo queda esperar. Nosotros no debemos hacer nada. Lo hará la criatura.

—Entonces, esperaremos —dictaminó Birger.

En la flota de los rebeldes los hombres intentaban desentrañar lo que ocurría en el bando contrario, pero apenas podían ver figuritas confusas en las serpientes. En el centro estaba el Colmillo, la nave capitana, dirigida por Olaf Gunthar, el comandante en jefe de la flota. También trataba de averiguar lo que pasaba en el bando del Taciturno, sin éxito. Su hijo Skarrion se encontraba cerca, armado y ataviado para combatir, como todos.

—¿Qué vamos a hacer, padre? —preguntó—. Llevamos mucho rato esperando.

—Y seguiremos haciéndolo hasta que ellos se muevan. Quiero ver qué formación toman, aunque supongo que será la de costumbre.

—No debemos esperar más —dijo una voz pedregosa y desagradable, a sus espaldas. Hoy, Aldaf el Gris había elegido navegar en el Colmillo, la capitana de la flota—. Ya ha empezado.

Olaf se volvió. Miró con disgusto al hombrecillo grotesco y sin embargo tan poderoso.

—¿Qué ha empezado?

—El principio del fin. Creía que no serían capaces, pero lo han hecho. Han terminado la invocación con un cierre de sangre. —La cara gruesa y brillante de sudor se volvió hacia Olaf—. ¡Señor, dad la orden de atacar!

—Vos sabréis mucho de asuntos mágicos, pero yo sé de la guerra en las aguas y solo…

—Hacedlo ahora. —Aldaf el Gris le dio un golpecito con su cayado en el pecho de malla metálica y Olaf vio algo en aquel personajillo

que le obligó a asentir.

—¡Sea! Pero primero quiero saber a qué vamos a enfrentarnos, porque me huelo que hay hechicería en todo este asunto.

—La hay, y de la peor especie. Vosotros empezad a remar. Yo me ocuparé de… lo otro. Y os advierto: mantened la firmeza de vuestros hombres. No flaqueéis ocurra lo que ocurra.

Dejó a Olaf con la palabra en la boca. Se agarró al curvo y largo tajamar, subió hasta lo más alto y quedó junto al mascarón de proa. Parecía un extraño acompañante del dragón, tal vez su amo, el domador de la criatura. Aldaf levantó el cayado y lo agitó.

—¡Potencias malévolas! —vociferó. Su ira venció a los músculos del esfínter y la vejiga y empezó a pedorrearse y a orinarse bajo la túnica—. ¡Retroceded a los abismos de los que procedéis! ¡Por mi boca hablan los dioses de Shakark, los númenes y las potencias que rigen el aire, el fuego, la tierra y el agua! ¡No vengáis en busca del quebranto y la muerte, monstruos ajenos a este mundo! —Desorbitó los ojos, soltó un espumarajo por arriba y un chorro de heces por abajo—. ¡Yo os lo ordeno!

Olaf y el resto de los hombres apartaron la vista del mago supremo de Shakark, aún aullando y vociferando, como un viejo demente que anunciara el fin del mundo. El señor del clan Gunthar se volvió hacia sus hombres.

—¡Empezad a bogar! ¡Vamos! ¡Transmitid la orden a las otras naves!

Las palas entraron y salieron del agua como los miembros de una sola criatura, en un movimiento fluido y coordinado. El Colmillo rompió las aguas serenas, las abrió con una suavidad engañosa. Los cuernos y las gargantas transmitieron la orden de avanzar y las serpientes se movieron al unísono, sin romper la formación, con disciplina.

Al otro lado del campo de batalla, lejos, las naves del rey seguían quietas.

—Padre, ¿por qué no avanzan? —preguntó Skarrion—. Deben haber visto ya que nos movemos. Tendrían que venir a por nosotros.

—No lo sé… —murmuró Olaf, con el ceño fruncido. Sentía la cabeza caliente y empapada en sudor, atrapada en el casco—. Esos malnacidos ni siquiera están cerrando huecos en su línea. Es como si no temieran nada. No me gusta… ¡No me gusta!

Miró a Aldaf, aún subido junto al mascarón de proa y agitando el cayado, bamboleándose como un loco y gritando hasta enronquecer, para después seguir gritando con la voz rota.

—No importa —dijo Olaf—. Nosotros tenemos que seguir con lo planeado. Que los arqueros vayan tomando posiciones. ¡Vamos!

En el Colmillo y en el resto de la flota rebelde los arqueros ya

sacaban las flechas de las aljabas y las ponían en la cuerda. Estaban sobre todo cerca de la proa, pero también en el pasillo entre los bancos de remo, e incluso había alguno en la popa. Dentro de poco tendrían que lanzar sus proyectiles hacia delante y arriba para sangrar a los hombres de la flota enemiga. Pero aún no estaban a la distancia adecuada y se limitaban a sudar y a esperar. Los hombres con escudo también estaban repartidos aquí y allá, pues su cometido sería proteger a los remeros y a los arqueros cuando llovieran las flechas. Los bogadores seguían moviendo las palas adelante y atrás, todos a una, sin perder el ritmo, con una precisión de veteranos. Los timoneles empezaron a maniobrar cada nave para ir acercándola poco a poco a la más cercana. La línea iba cerrando sus huecos, aunque no tanto como para que los remos chocaran entre sí. El mar parecía un mantel verdoso y oscuro bajo la mole del cielo despejado.

En el espacio vacío entre las dos flotas las aguas se agitaron y se alzaron en una duna prodigiosa, para después bajar y deshacerse en ondas menores.

Como si una criatura gigantesca hubiera pasado por allí abajo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —musitó Olaf.

Los hombres gritaban porque también lo habían visto. Los remeros se miraron entre sí con nerviosismo, pero siguieron bogando con orden.

—Malditos sean… —susurró Aldaf, aún junto al mascarón de proa. Tenía los ojos entrecerrados. Sus babas apelmazaban la pelambrera de la barbilla—. ¡Me cisco en todos sus muertos! —Miró hacia atrás, hacia la costa, donde sabía que las brujas estaban aullando y sufriendo espasmos mientras ejecutaban sus hechizos. Podía sentir la energía de la tierra de Shakark en él. Apretó las mandíbulas—. Sea. ¡Señor Gunthar! ¡Ordenad a vuestra gente que deje de remar!

—¿Ahora me dices que paremos, engendro demoniaco?

—Obedeced. Antes de la batalla entre hombres tendrá lugar la batalla entre dioses.

Olaf se pasó una mano por la barba, masculló un reniego, se volvió hacia sus gentes y ordenó detener la boga. El mandato se transmitió de nave en nave y al cabo de poco la flota fue deteniéndose. Las serpientes quedaron otra vez sujetas al vaivén de las aguas.

—Tú sabes qué es esa cosa que hay bajo la superficie —le dijo Olaf al mago, sin alzar mucho la voz.

—Creo saberlo. Y por ello, más vale que vos y vuestros hombres empecéis a rezar.

—¿Qué va a ocurrir?

—Lo que tenga que ocurrir —contestó el viejo, con una tranquilidad desesperante.

Levantó el cayado.

—¡Sal de las aguas, monstruosidad! ¡Deja que te vea!

Durante muchos latidos no ocurrió nada.

El mar volvió a levantarse en una onda tan grande que sus lindes zarandearon los barcos. Luego otra. Y otra. Los hombres daban voces de espanto y asombro. Algunos aseguraban que podía ser una ballena y otros hablaban de criaturas míticas, más siniestras.

Las aguas rompieron en una montaña de espuma blanca y la cosa emergió. Era una especie de castillo de carne negra, rugosa y brillante. No tenía una forma clara y definida, sino que parecía más bien un bulto romo y ancho que salía de las aguas. Una isla en erupción. Había oquedades en su cuerpo titánico, quizá agallas, y cada una de ellas podría tragarse a cualquiera de los barcos. Esas decenas de rajones se abrían y cerraban y dejaban salir nubes de agua pulverizada, una especie de aliento que hedía a bolas de alimento podrido en estómagos monstruosos. También se abrían y cerraban decenas de esfínteres. Por ellos chorreaban cataratas de una mucosidad blanca y amarilla, muy espesa. No tenía brazos, miembros, tentáculos ni garras; tampoco tenía cabeza, ni tronco discernible. Era una cosa amorfa, una pústula viviente que florecía en la piel del mar, a velocidad prodigiosa.

En los barcos de ambas flotas muchos hombres chillaron como niños aterrados. Otros estaban silenciosos e inmóviles, vencidos por el miedo. Algunos se ponían de rodillas y pedían auxilio a los dioses.

La monstruosidad negra, húmeda y viscosa empezó a sufrir una serie de convulsiones en su epidermis. Las agallas y los esfínteres se abrieron y cerraron más rápido, soltaron más líquidos internos, y algo empezó a abombarse a un lado y otro del ser. Nacieron dos perfiles que vagamente recordaban a sendas cabezas, con protuberancias repugnantes que no dejaban de vibrar y chorrear mucosidades, y que al final devinieron una especie de nariz y unos labios titánicos.

El Dios de las Dos Caras.

Olaf se acercó a Aldaf el Gris, aún agarrado al mascarón de proa.

—¿Esa cosa es Mumaga? —gimió.

—Es uno de sus avatares físicos en este mundo, una de las bestias que le servían y que en otros tiempos pelearon a su vez con los heraldos de los Luminosos. La criatura yacía en el fondo de los mares. Ha estado dormida durante miles de miles de años, pero ellos han logrado despertarla. Y si no la derrotamos vendrán más como ella.

—¿Derrotarla? —gritó Olaf—. ¿Cómo podemos derrotar a esa cosa gigantesca? ¡Debemos huir ahora que aún podemos! ¡Hay que volver a la costa!

Aldaf se volvió y le agarró de un hombro con unos dedos sorprendentemente fuertes.

—¡No! Si ahora retrocedemos Mumaga vencerá y conquistará

Shakark, y quién sabe si después no se extenderá sobre el resto de la tierra. Ellos tienen a su campeón. Nosotros debemos buscar al nuestro.

—¿De qué hablas, viejo chocho? ¿Qué campeón? ¿Quién de nosotros puede luchar contra esa montaña repugnante?

—Ninguno de nosotros. Nuestro paladín vendrá también del mar. Señor Gunthar, escuchadme. Ni se os ocurra dar la orden de volver a la costa.

Olaf le miró a los ojos, dubitativo. Luego se volvió hacia sus hombres, que anhelaban regresar a la madre tierra. El señor del clan apretó los labios, asintió y los miró.

—¡Nadie volverá! ¡Ninguna nave va a irse de aquí! ¡No regresaremos! ¡No huiremos!

Hubo un clamor de voces asustadas e incluso iracundas.

—¡Rezad! —rugió Olaf—. ¡Rezadle a los Luminosos, a Asmund, Kor, Charste, y todos los demás! ¡Rezadles porque es lo único que podemos hacer!

Y para dar ejemplo empezó a bramar uno de esos himnos de guerra que los hombres de armas suelen cantar antes de ir al combate, uno en el que le pedían a Asmund el Martillador el coraje para permanecer firme y por tanto no deshonrar a sus antepasados. Levantó los brazos y se agarró con la mano derecha la muñeca izquierda. El Signo del Martillo.

Poco a poco, los hombres le imitaron. Sus voces se unieron en un solo canto a ese honor tal vez invisible en el mundo real, pero brillante y colorido en las leyendas, las crónicas, los mitos y las sagas. Cantaban a unos valores difíciles de hallar entre los hombres míseros y egoístas, y que sin embargo aún podían encender llamas en su pecho. Cantaban al valor que trascendía las miserias de su propia humanidad. El terror se convirtió en un miedo soportable, uno al que se podían enfrentar.

—¡Eso es, cantad a los dioses! —gritó Aldaf el Gris. De pronto, su voz se elevó y se convirtió en un trueno sobrenatural—: ¡Cantad a los dioses, hombres de Shakark!

Le obedecieron. Tal vez no supieran qué cielo o qué infierno estaba invadiéndolos, pero los guerreros de las demás serpientes imitaron a los del Colmillo. Con los brazos en alto hicieron el Signo del Martillo y cantaron las glorias de los dioses de Shakark. No eran solo himnos heroicos en honor a Kor, Asmund y Charste, la Tríada Guerrera, sino también alabanzas campesinas a la diosa Dagrun, señora de la lluvia y las buenas cosechas… A Jarle, dios de los bardos y escaldos… A Anvari, el patrón de los artesanos y los albañiles… A Mildri, la Madre Tierra… A Darjor, emperador de los mares y protector de los pescadores… Y al alegre Flosi, compadre celestial de todos los bromistas, jaraneros y borrachos. En cada nave los hombres tronaban

a diferentes dioses. Eran las canciones que habían escuchado desde pequeños, casi desde la cuna. El cemento y el sustrato de la cultura de Shakark. Y según pasaban los latidos todos cantaban con voz más gruesa y fuerte, como si una energía honda y pesada emergiera desde algún rincón olvidado de sus almas e hiciera vibrar sus partículas elementales.

La montaña de carne oscura sobre las olas permaneció inmóvil, chorreando sus inmundicias. Aún había cascadas de agua que caían desde sus picos y taludes carnosos, a veces cubiertos de alfombras de algas, con peces y pulpos moribundos resbalando sobre la epidermis viscosa. Sus rajaduras y agujeros seguían expeliendo vaharadas de aliento antiguo y pútrido. Algo empezó a abrirse en los dos rostros deformes: dos discos como lunas llenas blancuzcas, recubiertos de mucosidad plateada. Los ojos del avatar. En las profundidades de esos ojos se removían sombras inquietas, como almas atrapadas en el torbellino de su propio castigo diabólico. Parecía que el ser tuviera decenas de diminutas pupilas giratorias.

Pero los hombrecitos no retrocedían. No se marchaban.

Aldaf el Gris apuntó con su cayado a las aguas mancilladas por los flujos del monstruo.

—¡Yo te llamo, Darjor, Señor de los Mares, Emperador de las Profundidades del Océano! ¡Ven y protege a tus hijos! ¡La ofrenda está preparada! ¡Acógela en tu seno! —Luego se volvió hacia los hombres que cantaban y clavó la mirada en Olaf Gunthar—. ¡Tened fe!

Una especie de luz envolvió al mago, una claridad brillante que nacía de su propio ser y que le convirtió en una luminaria humanoide.

Saltó al agua.

Pero no cayó, sino que subió, como si una cuerda invisible tirara de él hacia arriba, y solo cuando se hubo elevado unos ocho pies en el aire esa cuerda sobrenatural desapareció y su cuerpo se precipitó hacia abajo. No chocó con la superficie, sino que la superficie lo absorbió.

Olaf corrió a la proa y muchos otros le imitaron. Aquel hombrecillo nauseabundo había sido su protector contra las pesadillas y solo ahora, cuando lo habían perdido, se daban cuenta de lo mucho que le necesitaban. ¿Cómo podrían enfrentarse al monstruo si no tenían a Aldaf el Gris junto a ellos? Estalló un griterío de confusión. Algunos hombres clamaban que debían huir de una vez por todas, escapar de la criatura que —podrían jurarlo— empezaba a moverse con lentitud hacia ellos, como un barco de brea con dos ojos blancuzcos y legañosos. Si el Colmillo escapaba ahora el resto de las naves se le unirían de inmediato.

Olaf también sintió la garra del miedo, pero recordó las últimas palabras de Aldaf el Gris. A pesar de los dedos helados que agarraban

su médula, abrió la boca y gritó:

—¡Tened fe! ¡Tened fe, hombres de Shakark!

Fue hasta el extremo de proa y cantó mientras miraba hacia la aberración fantástica que ya se les acercaba. Bramó sus rezos con voz poderosa y poco a poco se fue abriendo una sonrisa enloquecida en su rostro viejo y temible. Le miraron con asombro. Uno se abrió paso entre ellos, se le unió en la proa, miró al avatar de Mumaga y también cantó a los dioses de Shakark. Skarrion. Padre e hizo se miraron y luego volvieron a mirar al monstruo. Se les unió un hombre, dos, y después muchos otros los imitaron, y el canto renació, y con él la esperanza, y si al menos no había ya posibilidad de escapar, sí existía la dignidad del que va a morir con la cabeza alta.

Hubo una ondulación en las aguas. Una segunda onda. Algo gigantesco se movía bajo la superficie. Algo que brillaba.

Mumaga se detuvo.

Las aguas espumearon y se agitaron. Sisearon furiosas. Reventaron en una montaña de espuma. El mar vomitó una columna de luz azulina, una antorcha, algo tan grande como el propio Mumaga, un cuerpo de luz celeste, irisado, envuelto en mil y un brillos cegadores. Los hombres aullaron de dolor porque esa luz hería sus ojos. Discernían en la montaña luminosa una especie de forma, algo que recordaba vagamente a un hombre, con una cabeza altísima y desproporcionada, acabada en una especie de cresta. El ser abrió lo que parecían ser sus brazos, unidos al tronco por una membrana translúcida en la que brillaban mil venas de fuego blanco. Todo él chorreaba agua. Se podían adivinar en su interior vejigas, tubos carnosos, vesículas y unos huesos muy blancos, curvos y elegantes que en nada se parecían a los de un ser humano y que diseñaban extrañas geometrías corpóreas. Había lagos y corrientes de fuego en su interior, cometas, estrellas fugaces, miríadas de chispas. Ahora sí, podían ver que la cabeza se asemejaba a la de un pez, con dos óvalos de fuego por ojos.

Darjor, el Señor de los Mares.

Se hinchó de manera fantástica, como una estrella expandiéndose sobre el mar. Se contrajo. La criatura latía. Había furia en su movimiento de sístole y diástole. Los hombres de los barcos se protegieron la cara con los escudos y las manos porque el calor que desprendía abrasaba la piel. Ya ninguno podía mirar directamente al sol de furia que era el Dios Luminoso.

Pero el avatar de Mumaga pareció hacerse aún más tenebroso; su negrura se concentró y cosificó en una estrella oscura que vomitaba tinieblas. Darjor retrocedió un poco. Mumaga avanzó. En sus ojos mucilaginosos se reflejaban las centellas del dios del mar.

Los dos seres chocaron y se unieron en un abrazo de llamaradas

blancas y negras. Estaban unidos y no había amor en su contacto. Allí no había golpes ni empujones, pero sí lucha desesperada y atroz, un combate para el que las mentes humanas no estaban preparadas. Los diminutos espectadores apartaron la vista y gimieron con terror. Este espectáculo les venía demasiado grande.

Darjor y Mumaga continuaron unidos en su propia columna de luz y oscuridad. El Luminoso chorreaba un icor llameante por sus heridas y el Dios de las Dos Caras soltaba cataratas de moco ahora negruzco. Las aguas siseaban y espumeaban a su alrededor. Siguieron forcejeando, chupándose, succionándose uno al otro, aplastándose, atravesándose, violándose y repeliéndose al mismo tiempo. De pronto, algo atravesó a Mumaga, una lanza luminosa que emergió por el lado posterior. La criatura tembló. Pareció derramarse, se deshizo en bloques carnosos y pútridos, como un iceberg bajo los calores de la primavera. Resbaló sobre el cuerpo luminoso de su antagonista. Los dos se hundieron poco a poco en las aguas. Desaparecieron bajo el mar. También fueron atraídas hacia las profundidades el icor y la inmundicia de Mumaga, y los charcos de llama sobrenatural de Darjor.

El mar se lo había comido todo.

Hubiera debido engullir también a los barcos, atraídos por el boquete abierto en la superficie, pero las aguas se comportaron de manera innatural, subieron desde las honduras y recompusieron la superficie dañada.

Todo había sucedido demasiado rápido, demasiado pronto. Las aguas burbujeaban y siseaban. Pero eso también desapareció. No quedaba ya ningún rastro de la batalla sobrenatural. El mundo se había limpiado de aquellos dioses, como avergonzado de permitir su aparición desde la nada, la misma nada a la que los había devuelto.

Ahora solo quedaban dos flotas de serpientes de madera llenas de hombres.

Al estupor le siguió un alivio inmenso, pues en el fondo la inmensa mayoría prefería que no intervinieran los dioses. A los dioses se les alababa y se les rezaba, pero no debía contemplárseles jamás. Verlos era estremecedor. Repulsivo.

Olaf Gunthar se volvió hacia sus gentes.

—¡Aquí ya no hay dioses! ¡Solo hay hombres! ¡Hemos venido a pelear, así que pelearemos! ¡Dad la orden de avanzar de una vez por todas! —Miró hacia la flota del enemigo—. Hay trabajo por hacer.

33

Birger agarró por el cuello de la túnica a Grim y le zarandeó como a un pelele.

—¡Maldito seas, hijo de mil mancebas! ¿No me dijiste que tu dios me daría la victoria?

Grim tenía la mirada perdida y apenas podía hablar. Miraba el mar que se había tragado al campeón de Mumaga, al avatar de su dios, así como al odiado Darjor, el Luminoso de los mares. El sacerdote había contemplado el combate sobrenatural primero con pasmo y después con horror. Jamás había creído que sus enemigos fueran capaces de invocar a uno de los odiados Luminosos, y menos aún que en la lid su dios fuese vencido. Su fe en la victoria se había estrellado contra el muro de la realidad. Como muchos antes y después de él, Grim asimilaba en sus propias carnes que unas veces la confianza ciega puede llevar al triunfo y otras al más amargo de los fracasos.

—Mumaga… Señor… Señor mío… No…

Un dolor inmenso atravesó su pecho y heló su mente. Sintió un puño de angustia en la garganta, los ojos se le llenaron de lágrimas y miró al rey, esa pieza útil en el tablero de la lucha de dioses, le miró como si no comprendiera qué le decía ni por qué le zarandeaba.

—¡Asco de brujos! —rugió Birger. Empujó a Grim y lo envió al suelo. Allí quedó el mago, sollozante, incapaz de asimilar la magnitud de la derrota—. ¡Al infierno! Se acabó la magia y la hechicería. Ahora solo podemos confiar en esto.

El rey desenvainó una espada enorme, un mandoble escalofriante que aquel monarca monstruoso podía manejar sin problemas con una sola mano. Se volvió hacia sus gentes y los músculos de su cuello se hincharon de sangre al rugir:

—¡Dad la orden de avanzar! ¡Hay que reventar a los bastardos! ¡Que empiece la batalla!

Los cuernos mugieron y los hombres gritaron. Los remos entraron y salieron de las aguas. Las tracas crujieron. Los dedos apresaron los puños de las espadas, las asas de los escudos, los mangos de las hachas y los astiles de las lanzas. La flecha fue colocada en la cuerda. Las cabezas coloridas de las serpientes del mar mostraban sus dientes con orgullo demoniaco. Las proas hendían el espejo ondulante y verdoso, lo abrían en largas heridas que chorreaban sangre blanca. Al mismo tiempo que avanzaban, las naves iban acercándose por los costados para cerrar los huecos. Cuando las flotas chocaran los barcos estarían

tan cercanos unos a otros que los hombres sacarían los remos de las chumaceras y al final habría una sola plataforma de barcos unidos babor con estribor, a veces incluso con cuerdas. Entonces, las dos flotas impactarían por las proas y las tripulaciones de ambas plataformas intentarían abordar la nave enemiga más cercana o bien defender la propia del ataque de los invasores. No había demasiado espacio para la maniobra de las naves, salvo por los extremos de la gran formación, donde solían estar las serpientes más ágiles y rápidas, que intentarían rodear al enemigo para atacarlo por detrás. En realidad se pretendía hacer de la batalla en el mar una especie de batalla en tierra: en lugar de un muro de escudos habría un muro de barcos. Las naves no tenían espolón y por tanto no se buscaba atravesar la nave enemiga bajo la línea de flotación. El juego consistía en invadir la serpiente más cercana, aniquilar a toda su tripulación y después ir a por la siguiente. En el mar no se puede correr sobre las aguas. En el mar es difícil huir. En el mar la guerra es aún más desesperada y cruenta.

Las dos flotas se acercaban una a la otra. Pasaron por el lugar donde habían peleado los dioses, pero nada extraño sucedió. La sed de sangre fornicaba con el miedo y paría un frenesí que enloquecía a los hombres y les hacía desear que todo empezara de una vez por todas, que ocurriese cuanto antes lo que tuviera que ocurrir. Todo era preferible a la agonía de la espera. Las serpientes avanzaban cada vez más rápido, aunque sin perder jamás el orden de la formación. Cuando estuvieron a la distancia adecuada se ordenó a los arqueros disparar. Las flechas volaron y cayeron sobre los dragones del mar y los hombres montados en sus lomos. Los escudos estaban alzados y protegían a los remeros y sobre todo al timonel. No obstante, algunos cayeron del banco con una saeta en el pecho o la cabeza, y al instante fueron sustituidos para que no se perdiera el ritmo de la boga, pues un remo suelto podía golpear a los otros y desbaratar el avance. Las flechas se hundieron en las tablas de la cubierta e incluso en las cabezas de las serpientes. A pesar del chaparrón de muerte las naves aún avanzaban entre gritos, el siseo del tajamar en las aguas y el chapoteo regular de los remos. Las dos flotas seguían acercándose, ya estaban tan próximas que se podían distinguir las facciones del enemigo y hasta el color de sus ojos. Los arqueros continuaban disparando y ahora apuntaban no hacia arriba, sino hacia el frente. Los proyectiles zumbaban y siseaban y encontraban el escudo, el casco, la cota de mallas o la carne. Los remeros soltaron las palas de los escálamos, las metieron por las chumaceras, agarraron los escudos y desenvainaron cuchillos y espadas. También ellos iban a pelear. Las naves se desplazaron por sí mismas, con una suavidad engañosa, movidas por la inercia. Solo en los extremos se podría maniobrar. En

el resto de la flota los huecos estaban casi por completo cerrados y los costados de las naves casi llegaban a tocarse.

En el Colmillo, Olaf y Skarrion seguían en la proa, protegidos bajo sus propios escudos y dispuestos para saltar a la nave enemiga más cercana. Era el Orgullo, una serpiente monstruosa de setenta remos, la capitana de la Casa Bodo. Dagmar Bodo era el patriarca del clan y se encontraba ya cerca de la proa, protegido por los escudos de sus guardias de élite. A Olaf Gunthar le hubiera gustado que el Colmillo se enfrentara a la Soberana, la serpiente del rey, pero el barco regio estaba ocho naves a su izquierda en la línea del enemigo y no podría ir en su busca sin salirse de la formación. No obstante, los Bodo eran una familia fuerte y un buen puntal de la flota del rey, y Olaf decidió que su nave capitana sería también una magnífica presa.

—¡Preparad los ganchos de abordaje! —rugió, y de algún modo logró hacerse entender por encima del vocerío.

El casco inmenso del Orgullo fue haciéndose más y más grande y al fin las dos proas chocaron con un chasquido doliente de las tracas. Las dos naves fueron sacudidas por el impacto y muchos hombres trastabillaron y cayeron. Los mascarones de proa se tocaron con suavidad en una parodia de beso. Se lanzaron los ganchos de abordaje y sus puntas arqueadas se hundieron en los bancos de los remos. Los hombres halaron de las cuerdas y las ataron. Las naves quedaron unidas y resbalaron una sobre la otra con mil y un lamentos de madera.

—¡A por ellos, gentes de los Gunthar! —vociferó Olaf—. ¡Matadlos a todos!

Dio ejemplo al avanzar junto a sus hombres, que formaban un bollo compacto de guerreros. Saltaron por encima de la borda y pasaron al Orgullo, donde los esperaba otra manada de peleadores. Las dos masas chocaron, escudo contra escudo. Los hombres empezaron a dar lanzadas, golpes de espada y hacha. La lucha era farragosa, sucia y torpe debido a la muchedumbre de personas enloquecidas, al vaivén constante del barco y a que se debía pelear entre y encima de los bancos de remo. Unos caían y tropezaban y los demás los pisoteaban, pero poco a poco las gentes de los Gunthar avanzaban más y más, ahondaban en el barco como el cuchillo caliente en la manteca. Los hombres caían con la cara rajada y las ingles agujereadas, amputados de manos y brazos, tajados en el cuello. Eran fuentes de sangre y el icor misterioso y oscuro ya se deslizaba por los tablones de la cubierta. Olaf tenía dos antorchas azules por ojos. Daba golpes de hacha a un lado y otro, empujaba con el escudo, arrollaba con su corpachón. Nadie diría que era uno de los grandes nobles del país, pues más bien parecía un saqueador de los mares; tal vez su mente había vuelto a las épocas de pobreza de su juventud,

cuando se hizo rico a fuerza de piratear e invadir al abordaje los barcos que eran sus presas, casi como lo hacía ahora. Mostraba los dientes en una mueca furiosa o tal vez en una sonrisa de lobo y hubo quien aseguró después que soltaba carcajadas. Cerca, Skarrion peleaba con no menos vigor, pero de una manera distinta; si su padre vociferaba, insultaba a los enemigos y profería juramentos y reniegos, su hijo estaba callado y absorto en el combate, con el rostro tenso y los ojos desorbitados, rápido, preciso, aprovechando los huecos del enemigo para meter allí la espada y hundirla hasta las guardas. La ola de guerreros Gunthar fue abriéndose paso por la cubierta, como un puercoespín iracundo que aplastaba cuanto encontraba a su paso y que empujaba y tiraba a los hombres por la borda. Casi habían tomado la mitad de la nave. Los hombres del clan Bodo retrocedían y trataban de mantenerlos a raya, sin éxito. Dagmar Bodo aullaba a sus gentes, los insultaba, les ordenaba detenerlos de una vez por todas. Era un hombre bajo y ancho de espaldas, temible en la lucha. Llamó a gritos a los arqueros de su nave, que fueron retrocediendo hacia él y formaron una línea cerrada de tiradores sobre la cubierta elevada de la popa, alrededor del timón.

—¡Acribilladlos! —gritó el señor Bodo.

—¡Cuidado! —gritó Skarrion, señalando a todos esos arqueros que ya les apuntaban y atrasaban la cuerda.

Levantó su escudo, e igual hicieron muchos de sus camaradas, incluido su padre Olaf. La lluvia de proyectiles cayó sobre ellos, pero también sobre muchos de los guerreros del clan Bodo, que fueron asaeteados por sus propios compañeros. Los hombres se agacharon bajo el escudo, pues los arqueros disparaban una tras otra sus flechas, sin descanso. Los heridos deambulaban agarrándose el astil clavado en el cuello o la pierna, tropezaban, caían sobre los muertos. Aquella descarga cerrada consiguió detener el empuje de los Gunthar, y entonces Dagmar Bodo animó a sus gentes:

—¡Avanzad! ¡Echemos a esos bastardos de nuestro barco!

Dio ejemplo lanzándose el primero hacia la lucha. Su guardia personal y sus gentes de confianza cerraron filas en torno a él y le siguieron. Los Gunthar apenas pudieron contenerlos y entonces cambiaron las tornas, pues ahora ellos retrocedían, pisoteando a los heridos y moribundos que habían dejado a su paso. Olaf paraba lanzadas y golpes de espada con el escudo y metía de vez en cuando hachazos que deshacían mandíbulas entre lloviznas de sangre o que impactaban en la cota y partían costillas y reventaban pulmones.

—¡Detenedlos! —mugió.

Pero sus gentes seguían retrocediendo, vencidas por el contrataque de los Bodo. Skarrion lidiaba con dos hombres que le asestaban golpes de espada, resbaló en la sangre de la cubierta, tropezó con un banco

de remo, el mundo giró y se encontró tirado sobre la espalda. Se removió como un gusano para reincorporarse, atravesado en un relámpago de pánico. La espada hendió el borde del escudo. Una lanza impactó en su costado y la cota impidió la herida, pero no el golpe ni el dolor punzante. Daba patadas desde el suelo, su enemigo estaba sobre él y subía y bajaba la lanza para ensartarle de una vez por todas. La moharra resbaló en el casco y un chirrido de metales serró sus oídos. Se arrastró sobre la espalda, su pie impactó en la rodilla del hombre, que retrocedió, y Skarrion pudo ponerse en pie mientras continuaban lloviéndole golpes. Lanzó el brazo en una estocada que atravesó la mejilla del enemigo, lo empujó, miró alrededor y en un solo latido, por entre el caos de cuerpos y armas, descubrió a Olaf, que se agarraba un costado y que chorreaba sangre por la boca. El patriarca de los Gunthar estaba rodeado de enemigos, cerca de la borda, y se defendía con un coraje torpe y desesperado.

—¡Padre! —aulló Skarrion, enervado por una fuerza que incluso le sorprendió a sí mismo.

Repartió golpes de espada, empujó con el escudo, sus energías se multiplicaron y empezó a abrirse paso entre los enemigos, los hizo retroceder, avanzó hacia su padre, medio arrodillado y tapado por un barullo de enemigos que subían y bajaban sus armas.

—¡Padre!

De pronto, se dio cuenta de que había amigos y compañeros tras él. Les había dado ejemplo y ahora, avergonzados por su retroceso, volvían a avanzar.

—¡Salvad a nuestro señor! —gritó alguien a su espalda—. ¡Socorred al amo!

Los Gunthar llegaron hasta el líder alanceado y vapuleado. Pero Olaf aún resistía. Su brazo derecho caía sobre un costado, pero todavía levantaba el escudo y gruñía insultos con voz de borracho. Tenía la cara cubierta de sangre y la cota de mallas negra y húmeda. Había dos cadáveres a sus pies. Sus piernas cedieron y cayó de rodillas. Dagmar Bodo empujó a sus hombres y levantó la espada. Olaf aún pudo mirarle y decir algo que se perdió en la tormenta de gritos y rechinar de metales.

—¡Padre! —gritó Skarrion.

Pero no llegó a tiempo. La espada cayó con todas sus fuerzas sobre el casco y en el barco se escuchó de un modo nítido y cristalino el crujir del acero. Olaf se desplomó como un árbol talado.

Skarrion profirió una especie de bufido, empujó, pateó, dio golpes de espada y llegó hasta Dagmar Bodo y sus gentes. Las espadas de Skarrion y Dagmar chocaron y rechinaron en un lametón de aceros, luego se empujaron, y siguieron lidiando. El señor Bodo era más fuerte y además Skarrion estaba muy cansado, así que los golpes de Dagmar

enviaban a un lado y otro la espada de Skarrion. Una estocada en el pecho hizo retroceder al joven Gunthar, entre toses agónicas. De nuevo la cota le había salvado, pero la contundencia del golpe le había arrebatado las fuerzas. Dagmar Bodo aulló algo que no pudo entender y fue hacia él para matarle de una vez por todas. Pero una lanza pasó cerca de Skarrion y atravesó el ojo del líder enemigo. La moharra salió de la herida con el globo ocular reventado pegado a la hoja, acompañado del largo nervio óptico. Dagmar se derrumbó sobre la cubierta. La marabunta de los Gunthar pasó a su izquierda y derecha. Mareado, entre toses, Skarrion peleó contra los enemigos y también peleó contra sí mismo para que no se le doblaran las piernas de una vez por todas. Allí estaba su padre, un bulto en el suelo, junto a otros cuerpos embadurnados de sangre. Y ya no sabía distinguir si era el mar o su propia mente quien hacía oscilar aquel mundo de pesadilla.

Llegó hasta Olaf y se arrodilló a su lado. Los Bodo morían o proclamaban a voces su rendición, pero eso quedaba lejos, muy lejos. Skarrion le dio la vuelta a la cara de Olaf y vio los ojos entreabiertos y encharcados en sangre, pero aún vivos.

—No voy a dejar que muráis, padre.

Olaf gimoteó algo incomprensible con una voz rota y húmeda. Abrió los labios y tosió un cuajo negruzco.

—¡No os muráis! ¡Yo os lo prohíbo!

Skarrion tiró la espada y el escudo, agarró por las axilas el cuerpo alto y ancho de su padre y lo levantó poco a poco, gruñendo por el esfuerzo.

—¡Arriba! ¡No vais a morir! ¡No, señor Gunthar!

Consiguió alzarle. Sintió el aliento de su padre en la cara y su barba húmeda y pegajosa. Olaf casi sonrió. Suspiró. Cerró los ojos. Ante Skarrion, el mundo se deformó en una nube de lágrimas.

—¡No os moriréis, viejo terco y odioso! ¡Vivid! ¡Vive, maldito hijo de una puta! ¡Vive, señor de los Gunthar!

Poco a poco, los ojos de Olaf Gunthar fueron abriéndose. Parpadeó una, dos veces. Intentó decir algo y solo consiguió soltar un hilillo de baba rosada.

—Hemos ganado, padre —le dijo Skarrion, sosteniéndole, pegado a la borda—. ¡Hemos ganado!

Olaf se agarró a su hijo para no caerse de una vez por todas. Sus labios rojos y húmedos empezaron a doblarse en una sonrisa tan tenue como el primer rayo de luz del amanecer.

Pero la gran batalla persistía. Los barcos seguían chocando unos con otros. Las tracas de los costados se arañaban. Los guerreros invadían las naves y ganaban o eran repelidos. Los cuerpos flotaban como grandes ratas muertas. Los que caían al agua y aún estaban

vivos bufaban, chillaban e intentaban escalar por el tingladillo, pero la madera del casco estaba demasiado húmeda y solo unos pocos lograban subir al barco, a veces para recibir un hachazo en la cara. Algunos echaban a nadar hacia la costa con la esperanza de alcanzar sus playas; pocos lo conseguirían, pues el frío del mar helaría sus miembros, entumecería sus mentes, y entonces dejarían de luchar para recibir con gusto el descanso infinito de la muerte. En ocasiones, dos hombres que peleaban enloquecidos caían al mar y dentro del agua seguían acuchillándose. Poco a poco, la batalla se decantaba a favor de los rebeldes. La diferencia de cuatro naves pesaba ahora como una losa de plomo sobre los guerreros del rey. Los primeros que se retiraron fueron los Aevar. Su nave lideresa, la Fogosa, fue vencida en el abordaje, y entonces el resto de los barcos del clan perdieron la motivación y fueron invadidos, o bien huyeron. Sus hombres metieron los remos en las chumaceras y salieron en estampida, hacia la costa. El extremo izquierdo de la flota del rey se desmoronó. Ese fue el verdadero punto de inflexión de la batalla. Aquí y allá, algunos barcos del Taciturno se rendían y sus gentes pedían parlamento a voces. En otros lugares, sin embargo, la lucha aún era encarnizada. Pero a grandes rasgos, la jornada sería para los rebeldes, los seguidores de Eigil VIII el Niño.

También lo comprendió el rey Birger, aún en la proa de la Soberana. El barco estaba acompañado por tres naves escolta que hasta ahora habían impedido el abordaje de la capitana de la flota regia. El Taciturno sabía leer los significados en el panorama caótico y salvaje de la batalla. Comprendió que todo estaba perdido. Incluso las pequeñas serpientes que le protegían estaban cayendo en manos rebeldes. No había lugar ya para huir y pronto estaría rodeado.

—Majestad —le dijo su segundo en el mando—, pronto no quedarán barcos que puedan protegeros. ¿Cuál es vuestra orden?

El Taciturno observaba con mirada ceñuda aquella inmensa calamidad. Su rostro parecía cincelado en hierro.

—Majestad —urgió el capitán, cada vez más nervioso—, ¿queréis que ordene izar una bandera blanca? Aún podemos pedir parlamento. Todavía podéis salvar la vida y la honra.

Birger le miró con enojo.

—¿De qué hablas, mamarracho? Aquí no se rinde nadie.

El hombre le contempló con el semblante lívido.

—Pero, Majestad… ¡No podemos vencer!

—Entonces moriremos.

Birger le apartó y se volvió hacia sus hombres. Dos escoltas con escudo le protegían de las flechas que seguían cayendo sobre el barco.

—Un escudo —dijo Birger.

Se lo entregaron y lo agarró con la mano izquierda. La diestra aún

empuñaba el mandoble. Sus ojos entrecerrados y sombríos contemplaron la caída de las últimas naves que rodeaban y protegían a la suya. Las serpientes de la flota regia seguían siendo invadidas y algunos capitanes las entregaban confiando en la supuesta compasión de los vencedores, que unas veces aparecía y otras quedaba enterrada bajo toneladas de instinto asesino. En los barcos, los vencidos yacían tirados en la cubierta, muertos o bien con tajaduras por las que se les iba escapando la vida. Los vencedores recogían los frutos de aquella cosecha macabra y arrojaban los cadáveres al mar, como si tiraran una basura de espantajos y peleles. Las naves conquistadas fueron apartadas para no estorbar y la Soberana quedó rodeada de serpientes rebeldes, todas ellas preñadas de hombres dispuestos a cobrarse la pieza más importante del juego: el rey. Había allí dos naves lideresas: el Hielo, del clan Esteiner, y el Espolón, del clan Estig. Lars Estig era el señor de aquella gran Casa. Era también el hermano de la reina Dis Estig, que fue asesinada durante la noche magnicida en que también murió su esposo, Leidof IV. Lars Estig era por tanto el tío de Eigil el Niño. Llegó hasta la proa y señaló con su hacha al Taciturno, que le miraba altivo desde su propia nave. Los arqueros habían dejado de disparar para que pudiera tener lugar el parlamento.

—¡Señor Magne! —gritó Lars Estig—. La batalla está perdida para vos. Entregad las armas y conservaréis la vida. Os aseguro que tendréis un juicio justo.

Birger sonrió de manera torva.

—Ya veo que me tratáis no como a vuestro soberano y rey, sino como a un líder de la nobleza más. Es lógico, siendo como sois un mal vasallo y un felón.

—¡Señor Magne! ¡No aumentéis la larga lista de vuestros yerros! ¡Os damos una oportunidad que tal vez no merezcáis! ¡Entregaos y tendréis un juicio justo ante la nobleza del país!

—¡Un hatajo de perros que muerden la mano de su señor! ¡Esa es vuestra nobleza! ¿Para qué un juicio, si acabaré ahorcado de todos modos? Un rey no debe ser juzgado por los hombres de su época, sino solo por los dioses.

—Entonces, ¿qué decís? ¿Persistís en vuestra locura?

—Aquí tenéis la respuesta: ¡arqueros, acribillad al traidor!

Los tiradores ya tenían la flecha en la cuerda, así que apuntaron y dispararon. Estig levantó el escudo para protegerse de las saetas y retrocedió hacia el fondo de su barco. Birger se volvió hacia sus hombres.

—¡Guerreros! ¡Nadie bajará el arma! ¡Nadie va a rendirse! ¡Todos vosotros lucharéis con coraje y con honor para proteger a vuestro señor el rey de Shakark, como es vuestro deber! ¡Hasta el último hombre! ¡Hasta el último aliento!

La mayoría de los tripulantes de la Soberana pertenecían a la guardia de élite del rey y eran los mejores entre los mejores, los más fieles. Levantaron sus aceros y estallaron en vítores hacia su señor. Birger fue hacia el centro de la cubierta, caminando con paso decidido mientras los guerreros alababan su nombre. Dejó que le protegieran en una formación cerrada y compacta, con los escudos a los lados y por encima de la cabeza, pues, como ya esperaba, empezaron a llover las flechas desde todas las naves enemigas. Los proyectiles retumbaban en los escudos, se hundían en los bancos de remo y las tablas de las cubiertas y también herían a los hombres en los brazos, las piernas y la cara. La Soberana fue castigada con tal severidad que el cuerpo de la gran serpiente quedó erizado de saetas y no se podía dar tres pasos sin encontrar alguna en el camino. El mascarón de proa tenía también su buena ración de flechazos, pero continuaba mostrando los colmillos. Las gentes del rey habían sido sangradas por la lluvia asesina. Muchos hombres yacían en el suelo, convertidos en acericos humanos. Pero la mayoría de los guerreros del rey resistían bajo sus escudos y el propio monarca aún seguía vivo. Los mandos rebeldes ordenaron que cesara el fuego de arquería.

Llegaba el momento del abordaje.

El rey también lo entendió, así que rugió sus órdenes:

—¡Arqueros, devolvedles su propia medicina! ¡Y los demás, no dejéis que entren en el barco!

Los tiradores del bando regio salieron de la formación cerrada, apuntaron y dispararon. Muchos enemigos cayeron cuando ya estaban a punto de saltar de una nave a la otra. Se habían lanzado los ganchos de abordaje y ya había tres serpientes pegadas al tingladillo de la Soberana. Una de las invasoras era el Espolón y el propio Lars Estig estaba a la cabeza de sus hombres.

Estalló una algarabía de aullidos, rugidos, reniegos, insultos y llamadas al honor y al coraje, y las tropas rebeldes empezaron a pasar a la Soberana. Pero los arqueros del rey no descansaban, no daban abasto contra semejante muchedumbre que llegaba desde todas direcciones. Los del bando rebelde caían con la saeta en el ojo, el cuello o el muslo, pero sus compañeros seguían pasando de una nave a la otra.

—¡Rechazad a los bastardos! —rugió Birger—. ¡Atacadlos en formación, maldita sea!

Sus hombres formaron murallas de escudos que se movían hacia babor y estribor, y hacia la popa. Caminaban por entre los bancos, apartando a patadas las flechas clavadas en el suelo. Chocaron con los invasores con la furia de los desesperados, los empujaron, los ensartaron en sus lanzas, los arrollaron, los estocaron y les dieron de hachazos. Los conquistadores empezaron a retroceder. Aquella ira

postrera y heroica de los vencidos era la carne de la que se nutrían las poesías épicas de los bardos, que tratan sobre el valor de los hombres y obvian las tripas desparramadas, los chorros y cuajarones de sangre, las vísceras rotas, los huesos tronchados, el dolor, el terror, la locura, la maldad de los seres humanos cuando se buscan para darse la muerte. Esto no era ninguna poesía épica, sino la guerra auténtica, en toda su demoniaca y fascinante majestad. Durante unos momentos pareció que lo increíble iba a suceder y que la Hueste Real echaría fuera del barco al enjambre de enemigos que los atacaban desde todas direcciones…

Pero el instante pasó y a los que retrocedían les siguieron nuevas oleadas, una tras otra. Los hombres del rey empezaron a caer a decenas, retrocedieron agarrándose la cara destruida o el cuello rajado y se desplomaron bajo una lluvia de golpes. Los últimos reculaban sin perderle la cara al enemigo, hacia el rey, que estaba en el centro de la Soberana, bajo el caparazón de escoltas fieles hasta la muerte. Apenas quedaban veinte hombres de la Hueste Real con vida y todos juntos formaban el último cuadro alrededor de su señor.

Los invasores se detuvieron entonces, como una masa de hormigas carnívoras que rodearan a una avispa, moribunda pero capaz de dar aún golpes con sus patas. La cubierta estaba llena de cadáveres y de heridos que se arrastraban sobre su propia sangre. Los hombres jadeaban y resollaban como perros agotados. Echaban escupitajos secos. Sus ojos brillaban en la mezcla de sangre y sudor que enmerdaba sus caras.

—¡Matad al tirano! —gritó alguien.

Fue como un estallido de almas, porque los invasores avanzaron todos a la vez para acabar de una vez por todas la faena sucia y trabajosa que todos estos obreros de la muerte ya odiaban. Los últimos de la Hueste Real resistieron durante un poco más, borrachos de orgullo y deber, pero al final fueron también aniquilados, uno tras otro, mientras las lanzas iban y venían y hacían saltar al aire el vino de las arterias.

Sonó un bramido ronco que fue subiendo de intensidad y que estalló en un trueno, un barritar no producto de garganta humana, sino de los pulmones de un dios. Por entre sus últimos guerreros moribundos, Birger II emergió y empezó a repartir golpes de espada tan brutales, tan poderosos, que apartaban a un lado y otro incluso a los hombres que llevaban escudo. Aquel rey titánico le cortó la cabeza a un hombre y a otro le asestó tal revés que incluso rompió las anillas de la cota de malla, le abrió el costado, partió huesos y malogró un pulmón. Algunos casi huyeron al verle avanzar, otros intentaron combatir y le asestaron lanzadas y tajos que él detuvo con el escudo. Profirió un alarido y empujó a las gentes de armas con el escudo,

arrollándolas, echándolas a un lado. Segó una pierna a la altura de la rodilla y luego asestó un tajo descendente que abrió un escudo. El arma quedó encallada en el círculo de madera, él la soltó y golpeó con el borde de su propio escudo. El guerrero rebelde se tambaleó con la cara convertida en un bollo tenebroso. Alguien avanzó y asestó una lanzada al rey en un hombro. La cota no permitió la herida, pero él jadeó y retrocedió un paso. De inmediato avanzó, apartó el astil con su mano y golpeó con el escudo. Desenvainó la daga larga y puntiaguda y la emprendió a cuchilladas contra quienes le rodeaban. Uno acabó con la cara abierta desde la frente a la barbilla. Dos retrocedieron.

De pronto, había un hueco vacío en torno al rey. A sus pies, los hombres agonizaban o estaban ya muertos. Birger levantó un pie y aplastó la cabeza desprotegida de un herido: salió un ojo de la órbita, crujió el hueso y por entre el cuero cabelludo manó la sangre espesa. El Taciturno parecía una criatura mitológica, no solo por su altura y corpulencia increíbles en aquel país de gigantones, sino por sus atavíos guerreros y regios y el aire de violencia que le rodeaba. Los invasores le contemplaban con ojos asombrados.

—¿Quiénes sois vosotros? —les gritó—. ¡Gusanos! ¡Solo sois gusanos! Pequeños carroñeros en el cadáver pútrido del mundo. Hombrecitos sin importancia. Habéis nacido para alimentar a la nada. Sois la carnaza de la nada… ¡La nada! Ninguno de vosotros está a mi altura.

El silencio era espeso. Nadie le entendía, pero había algo subyugador en él. Birger miró alrededor, pareció encontrar algo de su gusto y por tanto tiró la daga. Agarró un hacha pesada y sangrienta, sobre las tablas. Su dueño muerto no protestó. Sopesó el hacha en su mano de nudillos como piedras. Los miró.

—¡Todos vosotros moriréis! ¡Pero yo soy inmortal! —Abrió los brazos y elevó el hacha y el escudo—. Yo, Birger II Magne, Rey de Shakark. Yo soy la Historia.

Caminó y ellos retrocedieron, víctimas de un temor supersticioso. Él tronó una carcajada y siguió caminando. *Solo es un hombre*, decían muchos. *¡Pero es el Rey!*, contestaban otros. Birger cerró contra los primeros con un bramido y un hachazo que abrió una tajadura horrenda en el escudo. Empujó con su propio escudo y siguió dando golpes de hacha a diestro y siniestro, obligando a los guerreros a apartarse.

—¡Yo soy la Historia!

Su hacha se hundió en una boca, emergió ensangrentada y luego golpeó un casco y lanzo al suelo a su dueño.

—¡Yo soy la Historia!

Los hombres, al fin, salieron del trance y se arrojaron como una ola

sobre el monarca. El hacha partió un astil de lanza y abrió el borde de un escudo. Alguien le hirió en un muslo y Birger tuvo que doblar la pierna gruesa, marmórea. Otra lanza picó en su casco. Una espada cayó sobre su hombro izquierdo y lo desbarató. Con una rodilla en tierra, Birger recibía lanzadas en la espalda, el pecho y los hombros. Apenas podía protegerse la cara con el escudo.

—Yo soy… —jadeó. Barrió con su hacha el suelo y partió un tobillo. Un hombre vociferó y trastabilló—. ¡La Historia!

En un acto explosivo salió disparado hacia delante y la mole de su cuerpo los empujó y les hizo retroceder. Daba golpes de hacha ya sin precisión, en un vaivén torpe y sin embargo letal. Fue el ataque último del oso rodeado por los cazadores. Su rugido final. Se desplomó de rodillas. Intentó levantar el escudo y el hacha, pero no lo consiguió. Su cuerpo se negaba a obedecerle. Rabiosos, los guerreros volvieron a golpearle. Las lanzas subían y bajaban una y otra vez, incluso cuando ya llevaba un rato muerto. Le daban patadas y le escupían. Al final, los cuerdos apartaron a los enloquecidos. En el espacio vacío había un titán con la cota rota en mil y un lugares, las piernas rotas, la capa hecha jirones y el rostro irreconocible.

Así murió Birger II el Taciturno, soberano del país de Shakark.

34

Los flecos de la Batalla de Trondam no acabaron de ser cortados hasta entrada la tarde. Algunas naves del bando del Taciturno siguieron el ejemplo de la Soberana, se negaron a rendirse y hubo que someterlas por la fuerza, lo cual llevó su tiempo. Otras —como las del clan Aevar— emprendieron la huida en cuanto las cosas empezaron a ponerse feas y hubo que ir tras ellas, pero habían tomado demasiada ventaja y a los cazadores se les escaparon de manera definitiva. Sin embargo, eso no era tan importante, pues la jornada había arrojado una victoria clara y contundente del bando de Eigil el Niño. La muerte del propio Birger II acabó con cualquier duda y los prisioneros juraron fidelidad a Eigil VIII sobre las mismas cubiertas preñadas de cadáveres y anegadas de sangre. Las serpientes conquistadas quedaron en propiedad de los vencedores y, como se había pactado ya de antemano, un tercio irían a parar al patrimonio del joven rey y el resto se repartirían entre los clanes que lo habían apoyado. El más beneficiado fue el clan Gunthar. Olaf sobrevivió a las terribles heridas y con el tiempo su viejo pero duro organismo se repondría de ellas. Envuelto en vendas, terminó la jornada con una mueca sonriente, no solo por la victoria de su bando, sino también por el buen botín en naves que había conseguido. En el fondo, seguía siendo un pirata. Algunos grandes señores cayeron durante la lucha: entre los seguidores de Birger II murieron Dagmar Bodo —durante el abordaje del Orgullo, efectuado por los Gunthar— y también Balduin Lief, que recibió un flechazo letal en el cuello. Entre los rebeldes cayó Axel Uni cuando lideraba el abordaje de una serpiente enemiga. También perecieron decenas y decenas de hombres comunes que fueron flechados, tajados, alanceados y machacados; de ellos solo se acordarían sus amigos y parientes. Formaban los pedestales de carne anónima sobre los que siempre se alzan los grandes líderes. El sumo sacerdote Grim fue encontrado escondido bajo los tablones de la cubierta, en la bodega de la Soberana. Algo se había roto en su mente tras la derrota del avatar de Mumaga en la lucha contra Darjor. Casi no atinaba a pronunciar palabras ininteligibles. Alguien le agarró del pescuezo, le degolló y luego le tiró al mar. Ocurrió lo mismo con el resto de los magos de Mumaga de la flota de Birger II. Fue el preludio de la ola de venganza y sangre que asoló el país, pues el culto del Dios de las Dos Caras había hecho demasiados enemigos en Shakark. Pero sería el propio rey Eigil VIII, poco después, cuando aún estaba a la

sombra de la regencia de los Nidog, quien salvó la vida de muchos sacerdotes de Mumaga que se pudrían en las mazmorras o bien esperaban el día del ahorcamiento; el Niño proclamó una amnistía para todos los que no hubieran llevado a cabo sacrificios humanos y permitió la libertad religiosa en su nación. Sin embargo, el culto de Mumaga fue languideciendo con los años y al final casi desapareció. Había reinado en épocas remotas y, a pesar de la intentona de Birger II y sobre todo de su esposa la reina Yulene, su tiempo había pasado en el país de Shakark.

La Batalla de Tromdan fue una victoria rotunda de los partidarios de Eigil VIII, pero aún estaba por ver cómo marchaba la guerra en tierra firme. Hasta la mañana siguiente no llegó un mensajero a caballo desde el norte, con más buenas noticias. La segunda columna del ejército del Taciturno, la que había estado asolando el señorío de Gunthar, chocó con el ejército de Gultop Nidog en el prado de Esverige, una zona de lomas suaves, cubiertas de hierba fresca. Allí se enfrentaron los más de nueve mil quinientos guerreros de Birger y los nueve millares de los clanes que apoyaban a Eigil VIII, liderados por el regente Gultop Nidog. El bando del Taciturno había adoptado la formación habitual de barrera de escudos, pero el señor Nidog se decidió por una táctica no revolucionaria, pero sí poco frecuente en Shakark: dispuso a sus hombres en la formación llamada Cabeza de Jabalí, un triángulo de hombres en cuyo vértice de vanguardia se encontrarían los guerreros más duros y poderosos. El ejército rebelde embistió por el centro de la línea enemiga como una cuña arrojada con fuerza. Hubo una refriega encarnizada en ese punto y al final el jabalí rompió el muro de escudos, lo atravesó, y cortó en dos al ejército regio, desbaratando su formación. Después, se extendieron tras la retaguardia enemiga y envolvieron a los contrarios en dos bolsas letales. Los del Taciturno pelearon con furia, pero pronto la mayoría comprendieron que no había posibilidad de triunfo y se rindieron. El señor Nidog había hecho una apuesta peligrosa, una jugada osada que podría haber acabado en desastre, pero le salió bien y por ello la jornada fue suya.

No obstante, pagó un alto precio, porque su propio hijo Orm murió durante la liza. También murieron allí muchos otros hijos, y padres, y hermanos, y amigos, pero las crónicas solo recuerdan el pesar y la zozobra de los poderosos. Sin embargo, los pequeños se sienten hermanados con sus superiores cuando estos también sangran y sufren pérdidas, y entonces el rey o el noble se gana no solo la obediencia, sino el aprecio de súbditos y vasallos. Por el contrario, los Grandes que se mantienen lejos del barro, la sangre y las lágrimas pueden ser o no respetados, pero rara vez son amados.

A Gultop Nidog le acompañaron tres guardianes de Shakark, esos

magos viejos, harapientos, sucios y pestilentes. Uno de ellos era Ulrich el Ciego, el anciano invidente que peleó contra los cambiantes durante la Asamblea de Hombres Libres de Savolina. Y a su vez, en el ejército regio había cinco hechiceros del culto de Mumaga. Unos y otros se mantuvieron lejos del combate, pero lucharon su propia batalla de sortilegios. Los guerreros podían sentir las ondas de la magia cruzar el campo del honor, como vaharadas de aire caliente y terrorífico. Muchos asegurarían después haber visto algo extraño en los cielos: una nube solitaria y oscura, o tal vez una mancha alargada y gigantesca, que se enfrentaba a algo que brillaba, algo diáfano que se parecía a un hombre armado con un martillo, y al que muchos tomaron por el propio Asmund. Los avatares también lucharon en las alturas y los hombres prefirieron no mirar hacia arriba. Era mejor dejar los asuntos de los dioses en manos de los propios dioses. Cuando la batalla terminó también desaparecieron los entes del cielo. Los cinco brujos del Culto de Mumaga estaban muertos en la hierba, blancos y escuálidos, como si algún parásito invisible les hubiera chupado la sangre, y dos de los tres guardianes de Shakark yacían sin vida. Solo quedaba en pie Ulrich el Ciego, débil, trémulo, sudoroso, con más arrugas de sabiduría y pesar en su cara ajada por el tiempo. Echó a andar de manera lenta y achacosa, sin necesidad de que nadie le guiara, y desapareció de la vista de los guerreros. Ninguno de ellos volvió a verle jamás.

Las dos batallas, una en el mar y otra en la tierra, habían sucedido el mismo día y tal vez a la misma hora, como si en todo ello hubiera algo más que la pura casualidad, como si las tejedoras del destino hubieran decidido entrelazar dos hilos de su urdimbre para unirlos en uno solo.

Pero en Trondam el bando vencedor no podía saber de la victoria de Esverige, que acababa de decidir por completo el triunfo de Eigil VIII sobre el ya muerto Birger II. Cuando las serpientes echaron el ancla o fueron varadas en las playas, uno de los muchos que en ese día habían peleado saltó a las olas y echó a andar hacia el interior.

—¡Eh, Skarrion! —le gritó uno de sus compañeros—. ¿Adónde vas? ¡Tenemos que celebrarlo!

Pero él no le contestó. Se había puesto vendajes improvisados sobre las heridas y caminaba un tanto renqueante, con los miembros cansados y exhaustos tras la lucha. Ahora venía ese cansancio pesado y terrible que ajustaba las cuentas con el organismo. No obstante, él caminaba con resolución y no se amilanó ante la cuesta de rocas y tierra que llevaba a las alturas. Caminó por aquellas trochas naturales, se agarró a los mazacotes de piedra que nacían del suelo y a los tallos de la maleza costera. A su espalda se oían los gritos de los hombres y de las gaviotas y sobre todo ello imperaba el murmullo eterno del

mar. A medida que ascendía un peso iba creciendo en el fondo de su pecho, una angustia, un temor que debía apartar de sí paso a paso. Y también crecía un anhelo, una esperanza remota que debía mantener encendida, como han de soplarse los rescoldos de la hoguera cuando se busca el fuego.

Llegó a la cumbre y vio desde lejos el árbol anciano sobre el borde, el árbol desnudo pero orgulloso que lanzaba sus ramas retorcidas hacia los cielos. Un rayo de dolor atravesó su pecho.

Ella no estaba allí.

Aun así, continuó andando hacia el tronco, que se hacía más y más grande, ese tronco negro, el hueso emergido de la carne del barranco. Continuó andando a pesar de que el peso dentro de él crecía y crecía, como un núcleo que empezaba ya a dolerle. Se detuvo a menos de diez pasos del árbol. Miró en todas direcciones. Ella no había venido. Supo que la esperaría y supo también que ella no se presentaría. En realidad, lo había sabido desde el primer momento, lo había sabido incluso desde el instante en que ella le prometió, esa misma mañana, que estaría allí para él cuando todo acabase. Hay esperanzas condenadas a muerte nada más nacer, y sin embargo son tan hermosas que se debe luchar por ellas con todas las fuerzas del cuerpo y de la mente.

Skarrion reconoció ante sí mismo lo que no se había atrevido ni siquiera a pensar: ella no iba a venir.

Algo fue petrificándose en su interior, y luego empezó a romperse con un crujido sutil, íntimo. Quiso odiarla, pero no pudo. No se puede odiar lo que ya ha sido escrito con tinta imborrable, de la primera a la última letra.

Dio un paso, luego otro. Mareado. Miró alrededor y parpadeó, confuso. ¿Qué significado tenían esos hombrecitos lejanos, sus guerras, su dolor y sus mezquindades? ¿Y por qué seguía allí el tapiz del mar y la playa y el cielo y el sol brillante? ¿Por qué todo esto? ¿Para qué?

No podía encontrar la respuesta. Ni siquiera lo intentó.

Fue acercándose al árbol con pasos lentos, arrastrando su bola y su cadena. Al llegar junto al tronco quedó inmóvil. Aún estaba allí la Flecha de Jarle, la flecha de los enamorados que él mismo había labrado con su cuchillo. En un extremo estaba su propio nombre y en el otro…

En el otro había un segundo nombre, tallado con otro cuchillo y con otro tipo de letra: Anelise.

—Anelise… —susurró, y la palabra que la marcaba y definía llenó su boca y ardió en él con un fuego suave y luminoso, y aunque la tristeza no murió, se hizo menos pesada la losa dentro de su pecho. Esa piedra se agrietó, se desmenuzó y se convirtió en lluvia de

arenisca y polvo. Se rompió la cadena que ataba la bola a su tobillo.

Tocó con los dedos el nombre labrado en la madera.

Como un relámpago crudo y nítido volvieron a su cabeza aquellas palabras que ella le dijera cuando estuvieran los dos juntos, tumbados, abrazados después de hacer el amor sobre las redes de pesca de un viejo almacén en el puerto de Savolina, en uno de esos días durante los que se celebraba la Asamblea de Hombres Libres: *Amor mío, cuando todo termine tú me tendrás en tus labios y entonces sabrás que no debes buscarme. No volveremos a vernos jamás. Y sin embargo, siempre que lo desees tus labios volverán a tenerme.*

—Anelise… —pronunció—. Anelise.

Gritaban los hombres y gritaban las gaviotas. Persistían el mar, el cielo, la playa, las nubes y el sol.

EPÍLOGO

Las vidas de los hombres rompen contra las rocas del tiempo como olas primero espumosas y fuertes, luego débiles, verdosas, cargadas con las algas deshilachadas que son los pesares y los recuerdos de cada existencia mortecina. Rompen contra los acantilados del tiempo intentando atravesarlos, pero son ellas, las vidas de los hombres, las que se deshacen con un rugido estruendoso o un siseo tímido. El mar las arrastra de nuevo a su seno infinito y frío, se las lleva para no devolverlas jamás. Y los acantilados siguen allí, negros, gigantescos. Ellos son la última moraleja.

En efecto, todo se lo llevaba el tiempo en sus redes. Atrás quedaron las dos batallas en una: Trondam y Esverige. Atrás quedaron todos los muertos y los llantos de sus familiares y amigos. Los guerreros humildes acabaron en una tumba sencilla y los nobles fueron calcinados sobre piras de madera que lanzaban su aliento humoso a los dioses del cielo. Algunos pidieron la execración del rey Birger II: querían descuartizar sus maltrechos despojos, llevar los miembros hasta diferentes extremos de Shakark y clavar la cabeza en la picota de la plaza mayor de Ludvica. Pero tanto Gultop Nidog como sobre todo su pupilo, Eigil el Niño, se negaron a humillarle una vez muerto. Quizás fuera un usurpador y un tirano, pero fue rey de Shakark, llevó la corona en su cabeza, y por ello fue metido su cuerpo en un nicho del panteón de los reyes, en las honduras del Palacio Real de Ludvica. Esa tumba estaba cerca de la de su esposa Yulene Aevar, tanto, que si los espectros aún estuvieran atados a sus restos putrefactos, quizás pudieran darse la mano para hacer las paces y amarse como nunca lo hicieron en vida, o quizás continuaran atacándose con saña el uno al otro. Materia para los escaldos.

Los clanes que apoyaron a Birger II se rindieron y juraron fidelidad a su nuevo señor. No hubo represalias contra ellos, pero debieron pagar fuertes compensaciones de guerra y además su comportamiento estaría siempre sometido al control no solo del regente, sino sobre todo de los nobles del país que estuvieron en guerra con ellos. Antes de que el otoño empezara a sangrar hojas cobrizas y a cortar las carnes con los primeros vientos helados, se celebró una gran Asamblea de Hombres Libres en la propia capital. Asistieron todos los representantes de los clanes del país, los que apoyaron al nuevo monarca, los que no lo hicieron y los que se mantuvieron en el limbo de la neutralidad. Todos juraron vasallaje a Su Majestad Eigil VIII el

Niño. También prometieron obediencia a Su Alteza la infanta Geirrid y al regente Gultop Nidog. Los dos niños parecían estatuas de porcelana en los grandes sitiales destinados al rey y la reina del país. Aún eran unos mocitos, pero en sus ojos flotaba ya la sabiduría que nace de las dificultades, el sufrimiento, el peligro y la responsabilidad. Los viejos guerreros del país, con muchas cicatrices en el cuerpo y en el alma, comprendieron al verlos que serían buenos gobernantes. Muchos y complicados serían los desafíos a los que tendría que enfrentarse Eigil VIII en el futuro, pues habría de empuñar la espada de la nación contra enemigos tanto internos como externos, y muchas fueron las sagas que se compusieron en su memoria… Pero eso ya no forma parte de este relato. Lo importante es que por el momento había sido reconocido como rey de todo Shakark, sin discusión alguna. El país estaba tranquilo y el oleaje sangriento de la Historia se había convertido en piélago manso, hasta la línea del horizonte.

Como muchos otros clanes, los Gunthar retornaron a su señorío tras la Asamblea de Hombres Libres de Ludvica. Fueron recompensados no solo por su papel fundamental en la batalla de Trondam, sino porque el feudo de Umega había sufrido más que ningún otro la crueldad de las huestes del Taciturno. Olaf Gunthar pudo recuperarse de las heridas de la batalla naval y volvió satisfecho y más rico aún a sus tierras. Le acompañaba su hijo Skarrion, de nuevo admitido en la familia. Su padre no le había vuelto a echar en cara nada de lo que hiciera en el pasado y Skarrion prefirió no menear el tema. Olaf volvió a tratarle con aquel cariño torpe y desmañado suyo, y volvió a reír y a gastarle bromas pesadas, pues el patriarca de los Gunthar era rápido tanto para la furia como para la carcajada. Además, nunca había dejado de amar a su hijo más revoltoso, aunque jamás lo reconocería en voz alta.

Skarrion se despidió en privado de Geirrid y Eigil. En la soledad del despacho el rey y la infanta volvieron a ser niños y los ojos se les hincharon de lágrimas.

—¿Y qué haré ahora sin ti…, sin vos, señor Gunthar? —se quejó Eigil—. Sois mi campeón y protector. ¡No podéis iros!

Skarrion sonrió y le puso a cada uno una mano enorme y callosa en el hombro.

—Majestad y Alteza, ya no me necesitáis. Poseéis el coraje y la sabiduría necesarios para gobernar con justicia y para vencer a todos los enemigos. Lo poco que yo pueda haberos enseñado ya lo tenéis dentro.

—¿Y por qué queréis iros? —preguntó Eigil—. ¿Es que acaso no os gusta la corte? ¿Queréis que cambie algo?

—No, aquí todo es perfecto. Pero mi tierra tira de mí. Quiero estar un tiempo con mi familia y con mis conocidos. Quiero… —Hizo una

pausa—. Ni yo mismo sé lo que quiero, pero deseo pasar lo que resta de año en Macún. Lo necesito.

—Si es así, sea. Pero no quiero que olvidéis jamás que aquí tenéis no solo a vuestro rey, sino a dos buenos amigos: mi hermana y yo.

—Gracias, Majestad y Alteza.

La niña le miró con aquella sabiduría para las cosas del corazón que superaba a la de su hermano.

—Creo muy posible que nunca volvamos a veros, señor Gunthar.

—¿Qué? —exclamó Eigil—. ¿Por qué? Debéis volver a Ludvica el próximo año, en primavera.

Skarrion intercambió una mirada con Geirrid.

—Majestad, vuestra hermana lleva razón. Puede que este sea mi último año en Shakark. O puede que no. Necesito pensarlo y esa es una de las razones de que vuelva a Ludvica. Allí tendré sosiego. Necesito poner en orden mis ideas.

—Está bien —susurró Eigil, mohíno—. No puedo reteneros. Pero sabed que allá donde vayáis, nosotros estaremos con vos. Una pequeña parte de mi hermana y de mí estará con vos, siempre.

—Eso ya lo sé, Majestad y Alteza. Y no concibo honor más grande para mi alma.

—Señor Gunthar —dijo Geirrid—. ¿Hay algo que queráis antes de iros? ¿Una distinción, un título…?

—Sí, Alteza. Deseo pediros algo, mas no para mí, sino para alguien a quien quiero mucho y que ha pasado por dificultades.

—Decid, pues.

Skarrion les habló de su hermana Fulla, les dijo que estaba viva y protegida por su familia en Macún, y les contó que aún pesaba sobre ella una injusta orden de proscripción, promulgada por el anterior rey.

—No os preocupéis por ello —aseguró Eigil—. Yo mismo firmaré el perdón real y por supuesto un documento en el que se hará pública la inocencia de vuestra hermana. Su nombre quedará limpio.

—Os lo agradezco, Majestad.

Hubo algunas últimas palabras de despedida y por último Skarrion se agachó para que los niños le abrazaran por última vez, deshechos en lágrimas.

Skarrion también se despidió de Gultop Nidog y de otros muchos hombres, ya fueran nobles o simples guerreros. Había combatido a su lado y les unía a ellos el hermanamiento de sangre de la guerra.

Fue entonces cuando volvió a Macún, junto a su padre y el resto de los combatientes del inmenso clan. Retornaron en las mismas serpientes que los llevaron hasta Trondam. La flota de los Gunthar había perdido un buen puñado de hombres en la batalla, pero quedó reforzada por muchos barcos tomados al enemigo. Ahora aquella Casa era más rica y poderosa y por ello Gultop Nidog y otros Grandes del

país celebraban que los Gunthar fueran simpatizantes y no enemigos del nuevo rey. Olaf y los suyos se habían convertido en una de las patas que sostenían la gran mesa de Shakark.

Fueron recibidos con alegría por sirvientes y amigos, y por supuesto también por Borgil, Fulla, Audumla, Beini y las respectivas familias de los dos hermanos mayores. Borgil se lanzó sobre su hijo Skarrion, a quien durante tanto tiempo pensó que no volvería a ver, y le cubrió de besos y reproches a partes iguales, sin poder contener las lágrimas. Skarrion también se emocionó al verla. Luego abrazó a Fulla, que también tenía los ojos brillantes y húmedos. Al verla, Skarrion ya no pudo contener el llanto y todos se rieron de él al verle de tal guisa. Aquello fue un auténtico baño de lágrimas. Saludó otra vez a su hermana Audumla y a Beini, que meneó la cabeza sonriendo por un lado, y le dio una palmada tremenda en un hombro.

—¡Menos mal que has vuelto de una pieza! —exclamó—. ¡Si hubieras muerto jamás te lo habría perdonado!

Todos rieron cuando el tremendo Beini le dio su abrazo de oso.

—Bienvenido a casa —le dijo.

También saludaron a Olaf, que estaba muy contento, como un viejo risueño que no parase de gastar bromas del gusto de todos. Miró a su esposa con una sonrisa.

—Y bien, mujer, ya te he traído de vuelta a tu retoño. ¿Vas a seguir enfurruñada conmigo, como una gata con el pelo erizado?

Ella quiso mostrar severidad, pero no lo consiguió y al final también sonrió por entre las lágrimas.

—¡Olaf Gunthar, eres un viejo terco y espantoso! —exclamó, entre carcajadas.

—¡Lo sé, pero aún me quieres! ¡Ven aquí, hermosa mía!

Se abrazaron y se besaron como cuando eran mozos y luego él giró mientras aún la ceñía por el talle y la hizo dar una vuelta, entre alaridos y carcajadas. El banquete de aquella noche estuvo preñado de risas y buenos momentos que atesorarían en sus mentes y que en el futuro calentarían su memoria.

Pero las olas siguen estrellándose contra los acantilados del tiempo. Pasa lo bueno y lo malo, todo pasa, todo es arrastrado al océano verdoso y frío que desconoce límites. Así, los días fueron transcurriendo con mansedumbre, en la rutina maravillosa que solo pueden valorar quienes han vivido tiempos inciertos. El otoño sopló sobre los árboles y los desnudó, sangró los bosques, arrastró las nubes y obligó a los hombres a resguardarse en sus pellizas y mantas. Y al otoño quejica le siguió el invierno glacial de Shakark, un invierno majestuoso, helador, terrible. Las aguas quedaron encerradas en paréntesis de hielo y las cascadas se convirtieron en vómitos paralizados, erizados de puntas blancas. Los ríos y lagos eran espejos

en los que se miraban las damas nubosas de las alturas. Abajo aún había peces que coleteaban en sus honduras frígidas y arriba los niños se deslizaban en la superficie resbaladiza, se caían de culo y soltaban carcajadas y nubecillas de vapor helado. Las personas se metían rápido en las casas, frotándose las manos, y buscaban la amada hoguera, el dios fuego que metía su calor delicioso en los miembros entumecidos. Ya fuese en la choza o la mansión, la vida giraba en torno a la lumbre del hogar. Ante sus llamas los hombres bebían cerveza y hablaban de sus asuntos, las mujeres conversaban, los perros posaban la cabeza sobre una pata y entrecerraban los ojos con su felicidad serena, sabiéndose cerca de sus dueños, los niños jugaban con tabas de hueso, con chinas de río o bien con muñecos de madera, los viejos contaban sus relatos de juventud y los escaldos cantaban acerca de héroes y dioses. Solo quienes han sufrido el mordisco atroz del invierno en las tierras del norte saben lo que es amar de veras el fuego de una chimenea, ese fuego protector, sabio, antiguo. La manta de nieve se extendía sobre los campos y los bosques. La blancura convertía las cabañas en casas de juguete. A veces nevaba con suavidad, pero en ocasiones corría un viento que acuchillaba los cuerpos, que se hundía hasta el alma y que paralizaba la razón. El invierno musitaba cantos suaves y gélidos sobre el país de Shakark, pero a veces su voz era un bramido furioso que movía el ramaje y alzaba el mar en olas que se tragaban los copos de nieve. Los bosques eran lugares en apariencia yermos y hechizados. En ellos todo estaba inmóvil y frígido, todo era o muy negro o muy blanco, todo brillaba, tanto bajo el sol enfermizo o bajo las estrellas y la luna. Los osos y las marmotas se hundían en sus oquedades y buceaban en las aguas de un sueño que duraría toda una estación. Los lobos navegaban la nieve cuando perseguían a sus presas, pues la tragedia de la supervivencia no se detenía ni siquiera en estas épocas de blancura. Los pájaros chirriaban en el aire tenue y gélido. Los peces coleteaban bajo el hielo. Las montañas aún levantaban sus cabezas plateadas.

Pero también las olas del invierno se estrellan y mueren contra los acantilados del tiempo, que no perdonan a nada ni a nadie… El espectro invernal se desvaneció poco a poco. El sol engordaba día tras día y ganaba lustre y brillo, como un joven enamorado. La nieve se deshacía con suavidad y caía en hemorragias pastosas desde las copas de los árboles. Los hielos mostraban una telaraña de grietas cada vez más evidentes y en su agonía sudaban perlas de agua. Sus aristas devenían curvas y sus bordes cortantes se hacían romos. En el mar se desmoronaban castillos translúcidos, entre rugidos largos y profundos. Las ballenas asomaban el lomo por entre el mosaico de hielos flotantes y soltaban sus chorros de vapor, como si ellas también celebraran este amanecer de la naturaleza. La primavera venía cantando y bailando y

agitando su vestido de hierbas y flores. Despertaba a los osos y las marmotas y apartaba a manotazos las últimas masas de nieve. Los vegetales estallaban con alegría rabiosa. Terminaba el imperio de la blancura y empezaba el reinado de los colores vivos. El liquen y el musgo vestían la piedra. Los helechos invadían la fronda. Olía a pino, a enebro, a flores salvajes, a barro húmedo y salvaje. Las aguas se liberaban de sus cadenas y volvían a ser las arterias que alimentaban a los bosques. El invierno había muerto… ¡Loor y gloria al invierno! ¡Bienvenida la primavera!

También había pasado el invierno sobre la fortaleza de los Gunthar, en Ludvica. Allí, Skarrion había hecho honor a lo dicho al rey en el otoño y estuvo silencioso y meditabundo. A veces contemplaba desde las almenas el mundo blanco y lento. También pasaba mucho tiempo sentado frente a la chimenea, permitiendo a las llamas bailar en sus ojos azules. Si el tiempo lo permitía salía a cabalgar o simplemente a caminar, casi siempre solo. Al principio parecía un hombre melancólico y triste, pero poco a poco la luz fue volviendo a su rostro a medida que se le iban cerrando las heridas del alma, pues los pesares también son olas que se deshacen en los acantilados y que dejan un poso de espuma débil, cada vez más débil.

La primavera encendió fuegos en él y volvió a sentirse inquieto. Era un zorro humano que deseaba correr, cazar, ventear el aire, inspeccionarlo todo. Se adiestraba con las armas junto a los compañeros. Había cierto nerviosismo en todo lo que hacía, cierta inquietud.

Sobre todo, iba a los acantilados, a las playas, a la costa. A contemplar el mar inmenso y embriagador.

En una de esas ocasiones se le unió su hermana Fulla. Skarrion se dio cuenta de que ella había cambiado, igual que todos. Las amargas y duras experiencias del año pasado la habían endurecido de un modo que no era abrupto, sino tranquilo. Ya no quedaba nada de aquella niña idealista y soñadora; ni siquiera parecía una adolescente atolondrada. Todo eso también fueron olas —siempre las olas— deshechas en sus rompientes. Había una luz nueva en ella, una antorcha que la iluminaba desde dentro.

Se sentó a su lado, en una piedra. No hicieron falta las palabras porque se conocían muy bien.

—Esta será una de las cosas que más echaré en falta —le dijo ella—. Estos silencios.

Él quiso contradecirla, pero decidió que sería inútil. Sonrió de lado.

—Siempre sabes lo que hay dentro de mí.

—No es difícil conocer a las personas cuando las miras con suficiente atención. Y a ti te quiero mucho, así que nada de lo que te

ocurre me pasa desapercibido. Sigo dándome cuenta de cómo miras al horizonte, cómo buscas cosas en él. —Le miró a los ojos—. Cosas que no encontrarás aquí.

Skarrion la miró con el ceño fruncido. Desvió la vista y se concentró en el mar.

—Lo he intentado, hermana. He intentado con todas mis fuerzas anclar mi alma a esta tierra que quiero tanto.

—El horizonte aún tira de ti.

—Sí. Tengo miedo. Aquí está todo lo que he conocido. Todas las personas de mi vida. Aquí tengo refugio y comodidad. Tengo miedo del horizonte, pero no puedo escapar de su hechizo.

Ella asintió dos veces, despacio, sin decir nada. Levantó las cejas y suspiró.

—Ahora vives en un mundo y te preguntas si es el tuyo. Debes averiguar si es o no es realmente tu mundo.

—¿Y qué es mejor? ¿Buscar otros mundos que a lo mejor solo traen zozobra, confusión y derrotas…, o seguir en el mundo tranquilo y seguro que te legaron tus mayores?

—Yo no te puedo responder a eso, Skarrion. No puedo hacerte el trabajo sucio. Nadie puede, salvo tú. Puedes seguir con lo que tienes ahora o puedes destruir este mundo y crear otro nuevo… Hacerlo resurgir desde las cenizas del antiguo.

—Y no hay seguridad alguna.

—No. Tendrás que saltar al abismo sin saber lo que hay al otro lado.

—Puede que ni siquiera llegue al otro lado y que siga cayendo por un pozo sin fondo.

—Es verdad. Puede que eso ocurra.

—No sé lo que hacer, hermana.

Ella sonrió sin alegría. Su mirada se hundió en el mar.

—Te contaré algo, Skarrion. Yo vivía en un mundo que creía inmutable, un mundo del cual creía conocer todas las reglas y todos los recovecos. Pero ese mundo se rompió en mil pedazos, se disolvió, estalló, ardió… Y yo tuve que cambiar. Ni siquiera sé cómo lo hice, pero lo hice. Pasé de un lado al otro en un solo instante. El mundo anterior desapareció y de la nada forjé otro distinto.

—¿Y eres más feliz ahora?

Fulla suspiró.

—No lo sé. Pero sí sé algo: el mundo en el que vivo ahora no es una mentira. Tiene en sí la fuerza de la verdad. —Le miró otra vez a los ojos—. No es juicioso vivir en la mentira, Skarrion, incluso cuando ni siquiera sabes que es una mentira. Tienes que buscar tu propia verdad.

Skarrion hizo una mueca, como si algo le doliera.

—Ellos nunca me entenderán.

—Cierto. Ellos te quieren, pero no te entienden. Siempre es así. —Fulla le tomó de la mano—. Pero yo sí te entiendo. Y hagas lo que hagas, incluso aunque me partas el corazón marchándote, nunca dejaré de entenderte.

Skarrion apretó fuerte la mano de su hermana. Separaron sus dedos y ella se levantó y se sacudió la falda con las manos para quitarse la tierra y la humedad.

—Te dejo solo, Skarrion. Lo necesitas.

—Fulla.

—¿Qué?

—Gracias —dijo él, mirando hacia el mar.

Ella sonrió. Se fue.

Una semana después, Skarrion les anunció a todos que iba a marcharse de Shakark. Necesitaba salir del país para viajar. Debía recorrer el mundo. Al principio lo tomaron como un capricho o una más de sus locuras. Trataron de convencerle de todas las maneras posibles y a la sorpresa inicial le siguió la tristeza y luego el enfado. No podían comprender por qué no se iba en un barco de la familia a recorrer los mares, como habían hecho los Gunthar desde tiempos remotos; tal vez así se le pasaran las ganas de aventura. Pero él se mantuvo firme en su deseo de viajar sin protectores, amigos ni parientes. Solo en el mundo y solo contra el mundo. Ese era su camino. Además, quería irse cuanto antes, esta misma primavera. Y lo más terrible para ellos es que les advirtió que tal vez nunca regresara. Su madre lloró, su hermano le recriminó su mala conducta, su hermana mayor le recordó los deberes hacia su apellido. Hubo reproches, amenazas, chantajes morales de todo tipo, y mucho enojo. Pero él no cambió su decisión. Aquello era algo que siempre habían intuido en Skarrion, algo que siempre estuvo ahí y que achacaron a sus tonterías juveniles. Ahora, asimilaban que era algo mucho más grande y fuerte. Y tal y como le había advertido Fulla, ninguno de ellos le entendía. No podían comprenderle. Solo ella guardó silencio.

Su padre reaccionó como era previsible, con una ira turbulenta que ahogaba su estupor y su pesar. Le soltó todo tipo de insultos e improperios y estuvo a punto de golpearle, pero Skarrion permaneció firme y no apartó la cara. Olaf le miró con el rostro furibundo e hinchado de sangre; tenía la mano alzada, la mano cerrada en un puño que sin duda rompería la cabeza de su hijo. Pero se contuvo y bajó la mano.

—Así que quieres irte… —gruñó, cansado—. Quieres abandonar a

los tuyos, maldito desagradecido… No somos lo bastante buenos para ti, ¿eh? ¡Pues lárgate! ¡Fuera! ¡Sal de mi casa! ¡Púdrete! ¡Ojalá nunca hubieras nacido en el seno de mi familia! ¡Yo te maldigo!

Un relámpago de dolor pasó por los ojos de Skarrion. Pero siguió inmóvil y, cosa extraña, fue su padre quien se marchó. Olaf dio tal portazo que todos se pusieron rígidos.

Pasaron veinte días antes de que Skarrion se marchara definitivamente. Lo haría en uno de los barcos mercantes de panza redonda que se dirigía a los puertos de Noctumbria. Skarrion llevaba armas, dinero y poco más. Quería empezar de la nada, recorrer el mundo sirviéndose solo de sus manos, su coraje y su entendimiento. En realidad estaba deseoso de empezar. Pero había un dolor gigantesco en su pecho, pues debía despedirse de todas las gentes que amaba y que le amaban. Ahora ya aceptaban su decisión y por tanto su madre y sus hermanos le despidieron con abrazos y lágrimas, con consejos y deseos de ventura. Skarrion y Fulla cruzaron una última mirada que contenía todas las palabras posibles y necesarias en este momento. Los dos sonreían al abrazarse. Skarrion miró alrededor. Entre toda esta muchedumbre de familiares, amigos y sirvientes que ahora le despedían con amor, no estaba su padre. No había vuelto a dirigirle la palabra desde que le maldijera ante todos. Aquello era casi insoportable para Skarrion. Beini le agarró de un hombro.

—No te preocupes tanto por padre. Sabes que en el fondo te quiere y que te lo perdonará todo.

Skarrion asintió y sonrió sin alegría. Si intentaba hablar de este asunto sabría que la voz se le rompería y que se echaría a llorar.

Al final subió al barco y cuando sus pies dejaron de tocar las tablas del embarcadero pensó que esa era la última vez que pisaba Shakark. No era cierto, pero aún no podía saberlo. Quitaron la pasarela, soltaron amarras y el casco se deslizó sobre las olas. Skarrion los miraba con el corazón roto. Pero no podía cambiar nada. No podía hacerlo.

Hubo un tumulto en el puerto, voces, gritos enfurecidos, empujones. Las gentes miraron hacia atrás y Skarrion se acercó a la borda, como muchos otros, para ver qué pasaba allí.

—¡Dejadme pasar, bastardos! ¡Tengo que despedirme de mi hijo! ¡Apartaos!

Skarrion sonrió y los ojos se le hincharon de lágrimas de alegría.

—¡Capitán! —gritó—. ¡Esperad! ¡Acercad la nave al muelle!

Olaf Gunthar bajó del caballo enorme y se abrió paso a empujones por entre la muchedumbre. Corrió por las tablas como un toro furioso, resoplando y bramando, y llegó al borde del atracadero. Lanzaron cabos desde el muelle y tendieron otra vez la pasarela. Olaf Gunthar entró en el barco, sonriendo y jadeando, con el rostro enorme y viejo

hinchado de sangre.

—¿Pero qué te creías, rapaz, que te ibas a ir sin despedirte de tu padre?

Los dos se fundieron en un abrazo. Luego, Olaf le agarró de los hombros con una fuerza atroz. Frunció el ceño.

—¡Estás llorando como una niñita! ¡Vamos, compórtate como un hombre!

Skarrion rio y se limpió la cara.

—Padre, yo…

—¡A callar! Escúchame, pequeño botarate. Mira eso. —Le pasó un brazo por encima de los hombros y le hizo girar para que viera el puerto, el burgo de Macún y el inmenso castillo que lo dominaba todo —. Fíjate en todo eso, hijo mío. Ahí están la riqueza y el poder. La fuerza de los Gunthar. —Clavó sus ojos azules e indómitos en los de su hijo—. Yo lo he levantado todo desde la nada. ¡Todo eso lo adquirí mediante la espada y la astucia, a golpes de coraje! —Inspiró fuerte—. Hubo una época en que no tenía nada y no era nada. Hubo una época en que yo era como tú, hijo mío. Era un caballo joven y desbocado que quería recorrer el mundo entero. Entonces, cada día era un desafío contra el mundo, un juego en el cual lo apostaba todo. No tenía propiedades, ni riqueza, ni gloria, ni renombre. Solo era un desgraciado más. Solo tenía mi espada y un puñado de hombres fieros que me cortarían el cuello si mostraba flaqueza. Y sin embargo… ¡Ah, sin embargo esa fue la época más feliz de mi vida! Libertad, ambición, hambre, juego, peligro… Cada trago de cerveza aguada podía ser el último y por eso sabía mejor que los vinos más caros que ahora duermen en mis bodegas. Las estrellas lucían con más fuerza y el aire que respiraba me parecía más puro y embriagador. Supe lo que era vivir, lo que realmente es vivir. —La sonrisa fue haciéndose tenue, melancólica—. Pero con el tiempo fui enriqueciéndome. Gané tierras, barcos y oro. Me cubrí con un manto de honorabilidad y de respeto. Dejé de ser niño y me hice adulto. Y ese vivir genuino, a veces amargo, pero tan auténtico… Todo eso fue muriendo poco a poco. Yo mismo lo enterré, paletada a paletada. Ya no era un jugador, sino un político. Ya no disfrutaba del juego en sí mismo, sino que vivía para obtener resultados. Perdí algo de mí mismo, perdí… No sé, tal vez cierta inocencia, pues los rufianes y la gentuza poseíamos una extraña inocencia en cuanto al mundo, mientras que a los grandes señores ya ni siquiera les queda eso. Hijo mío, volvería a recorrer el mismo camino mil y una veces. No solo por la riqueza y el poder obtenidos, sino por la gloria de recibir a una esposa como la que tengo y los hijos que ella parió. Pero perdí algo en el camino, algo que ya casi había olvidado por completo… —Le agarró de los hombros—. Hasta que tú me lo has recordado. Tú has destruido al Olaf Gunthar viejo y

responsable y has sacado de la tumba al Olaf Gunthar loco y salvaje de mi juventud. Ahora le veo en ti. ¡Y me alegro! Aunque me rompe el corazón verte partir y aunque no sé qué te deparará el destino, una parte de mí se alegra de que tú también conozcas esa vida.

Sonrió. Los dos se miraron durante muchos latidos. Luego, merced a otro de sus bruscos tirones, Olaf le hizo girar y se lo llevó hasta la punta de la proa.

—¿Lo ves, hijo mío? ¿Puedes sentirlo? ¿Puedes sentir cómo huele el mundo virgen y fértil, ese mundo que ahora te espera para que te lo bebas a tragos largos? Escúchame. Ve ahí fuera y no dejes que nadie te detenga. Haz lo que tengas que hacer y hazlo con todas tus fuerzas. —Levantó el índice—. Pero recuerdas que eres de Shakark y que eres un Gunthar. Eso jamás lo olvides. Los Gunthar tenemos hambre de victoria, de alegrías, de satisfacciones. Los Gunthar lo queremos todo y lo obtenemos todo. Ninguna otra cosa nos conforma. Y sobre todo, no olvides nunca de quién eres hijo.

—Claro que no lo olvidaré, padre.

—Muy bien, muchacho. Ya no tengo más que decirte. Lo demás lo aprenderás todo sobre la marcha.

—Esperad, padre, no os vayáis aún.

—¿Qué quieres ahora?

—Necesito vuestra bendición.

—Muy bien. ¡De rodillas!

Skarrion puso una rodilla en el suelo de la cubierta y bajó la cabeza. Olaf puso su mano en la coronilla y agarró su cráneo con fuerza.

—Tienes mi bendición, Skarrion Gunthar. La bendición de tu padre. ¡En pie!

Skarrion le miró con ojos luminosos y se levantó.

—¡Gracias!

—Debo irme. —Los ojos se le humedecieron, pero continuaba sonriendo—. Ahora tengo que llorar y sufrir mi dolor hasta el fondo, pues no es de hombres alegrarse ni entristecerse a medias. ¡Hay que hacerlo todo por completo, hasta el final! Dame un último abrazo, querido hijo.

Los dos se abrazaron muy fuerte, durante muchos latidos. Luego Olaf Gunthar le dejó, se fue hacia la popa y volvió por la pasarela hasta el muelle. Su mujer le abrazó y los dos se quedaron mirando el barco que se iba y se hacía más y más pequeño.

—¿Crees que estará bien? —le dijo ella, pegada a sus barbas—. No puedo evitar sentir miedo por mi niño querido.

Olaf bufó una risa y se limpió las últimas lágrimas.

—Yo más bien siento miedo por el mundo hacia el que va. —Negó con la cabeza, sin dejar de sonreír—. ¡Demonio de muchacho! Venga,

no tiene sentido seguir aquí. Hay que volver al castillo. —Levantó la mano—. ¡Todos al castillo! La vida tiene que seguir. La vida siempre sigue.

Poco a poco, la muchedumbre fue marchándose del puerto, de vuelta a la comodidad de sus vidas.

En la proa del barco, Skarrion clavaba sus ojos azules en la línea del horizonte. El mar. El sur. Bajo sus pies los tablones y las tracas emitían mil y un quejidos inútiles. Todo se mecía con la ligereza de una navegación tranquila. El aire se achispó y se convirtió en un viento alegre que hinchó la vela y la tornó gloriosa. Las jarcias se tensaron y crujieron. El sol estallaba en mil y un blasones sobre las llanuras del mar. La proa cortaba la superficie y alzaba una espuma que se deshacía en migas de plata. Algo caía en su interior. Algo se desprendía. Se rompieron las últimas cadenas y una oleada de energía y felicidad subió por su garganta y escapó en forma de sonrisa maravillada. Era un momento de dicha que no valoró de ningún modo. Se entregó por completo a él, como los niños se entregan en cuerpo y alma a sus juegos. En el futuro habría momentos terribles y momentos magníficos, pero pertenecían solo a ese lugar remoto: el porvenir.

Ahora, el aire parecía más limpio, el sol brillaba con más alegría y el mar se extendía con orgullo resplandeciente en busca de otras tierras. Otros mundos.

NOTA DEL AUTOR

Sangre en el hielo es el tercer libro de la serie de Skarrion Gunthar. Apareció publicado por primera vez el año 2017, de la mano de la editorial Libros.com. Anteriormente habían sido publicados otros dos libros de Skarrion: *Los guerreros sin rostro* (2003, Timun Mas/Planeta) y *La maza sagrada* (2006, Timun Mas/Planeta). Los tres han sido recuperados para esta nueva edición —autoedición—, cuyo tercer volumen tienes en tus manos.

Si se miran las fechas de edición se comprueba que transcurrió la friolera de nueve años entre *La maza sagrada* y *Sangre en el hielo*. En todo este tiempo no apareció publicado nada del personaje (salvo el relato puntual *El nigromante*, en la antología *Burkran el licántropo*, en 2016, de la mano de Dlorean Ediciones). Es decir, durante nueve años, casi una década, Skarrion Gunthar se mantuvo apartado y en paradero desconocido, no muerto —porque yo siempre supe que volvería—, sino más bien dormido, hibernando tal vez, ahorrando fuerzas para retornar con su energía volcánica habitual. Durante ese largo lapso escribí muchas otras obras, cortas y largas, y casi todas fueron publicadas en distintas editoriales (incluso he recuperado dos, *El Imperio contra Dios* y *El camino del acero,* para autoeditarlas el año 2018). Pertenecían todas a los géneros de Aventura, Terror, Ciencia Ficción y Fantasía, mi senda creativa favorita. Pero ninguna de esas obras estaba protagonizada por Skarrion Gunthar.

¿Por qué tardó tanto en reaparecer el primero de mis hijos literarios? La verdad es que no lo sé con exactitud. Como ya dije en otra ocasión, Skarrion es un personaje caprichoso que tiende a hacer lo que le da la gana, va y viene a su voluntad, así que supongo que durante todo ese lapso estaría ocupado en sus mundos, viviendo sus propias aventuras, y solo dio aldabonazos en la puerta de mi inconsciente de cronista de sus andanzas cuando le apeteció, para que yo narrara una más.

Libros.com es una editorial que publica sus obras mediante crowdfunding (es decir, antes de que aparezca el libro el autor debe conseguir un número determinado de compradores o *mecenas;* si no se consiguen, el libro simplemente no se publica). Al principio tenía pensado intentar el crowdfunding con la novela *Los siete caballeros* (autoeditada en 2018), pero luego decidí escribir una nueva historia de Skarrion. ¿Por qué? No lo sé. Como ya he dicho, el personaje *me lo pidió*. No soy nada hábil con la publicidad de mis obras, mi placer está

en escribirlas y quisiera que ellas solas recorrieran su propio camino, pero con el tiempo he ido dándole más importancia —no mucha, o al menos toda la que mi torpeza de publicista me permite— al dichoso, en ocasiones odioso, a veces incluso vergonzoso, asunto del *marketing*. Tuve que conseguir un número determinado de mecenas en un mes, sobre todo a través de las redes sociales. No tenía ni idea sobre cómo hacerlo, pero de algún modo, a pesar del vértigo y el miedo, a pesar de que casi siempre pensaba que no lo lograría… Lo logré. Aún hoy, agradezco muchísimo a esos ciento y pocos mecenas el que arriesgaran su dinero y su confianza cuando aún no había aparecido la obra. Espero haberlos complacido con la lectura del libro que apoyaron. Y también agradezco a todos aquellos —muchos— que si bien por una razón u otra no pudieron contribuir como mecenas, lo hicieron divulgando el proyecto. Fue una prueba dura, al menos para mí lo fue, pero creo que con Skarrion Gunthar al lado cualquiera puede enfrentarse a las empresas más arriesgadas. También le agradezco a él su apoyo.

El crowdfunding se consiguió y el libro fue publicado de una manera muy correcta y digna. Tuvo su recorrido en ventas durante dos años de edición y cuando ese recorrido llegó a su fin quise que la novela siguiera andando, aunque por otro camino.

El que tú también acabas de recorrer, estimado lector.

En este 2019 me propuse reunir el material de Skarrion Gunthar, disperso y con dos volúmenes en el limbo de los descatalogados; me propuse darle el mejor aspecto que buenamente pudiera y ofrecer los tres libros, de una manera que les hiciera justicia. Espero haberlo conseguido. Han salido a la venta todos a la vez, pues no creo que tenga sentido alargar un año tras otro la publicación de algo que ya está hecho y derecho. De esta manera, si el lector queda satisfecho al leer uno, puede adquirir los otros sin tener que esperar lo que marque ningún plan editorial.

Respecto a esta novela, *Sangre en el hielo*, he mantenido el texto original de la primera edición, con algunas correcciones personales, muy pocas, que se adecúan mejor a mi estilo actual. Es prácticamente el mismo libro, pues no veo justo para los antiguos lectores cambiar nada importante. Mantiene una característica propia de las historias de Skarrion: es una historia autoconclusiva y no hace falta leer ninguna otra para entenderla. Las aventuras de Skarrion no se publican de manera ordenada, según la cronología vital del personaje, sino que aparecen de manera caprichosa, como instantáneas de su vida, sacadas de aquí y allá.

Así pues, si en obras anteriores hemos visto a un Skarrion más maduro, veterano y cínico, en *Sangre en el hielo* tenemos a un joven Skarrion Gunthar que todavía no ha salido de Shakark y que vive

junto a su familia. Quería darle un principio narrativo a la serie y este bien puede serlo. Este Skarrion es un tanto inocente e idealista —aunque nada tonto—, no tan solitario como en el futuro, y mucho más vulnerable emocionalmente. Por otro lado, cobran mayor mayor importancia que en novelas anteriores los secundarios, los cuales a menudo le eclipsan con su propio brillo, tanto los *buenos*, como su padre Olaf o su hermana Fulla, como los *malos*, como el rey Birger el Taciturno o su temible esposa, la reina Yulene Aevar. Si bien las novelas anteriores se centran en Skarrion, *Sangre en el hielo* adopta visos de obra coral, protagonizada por muchos y diferentes personajes. Quizás las siguientes novelas de la serie mantengan esta característica o quizás no… Solo Skarrion lo sabe.

Y otro de los grandes personajes es el propio país de Shakark, helado, salvaje, cruel y hermoso, y sus gentes temibles y maravillosas, mis propios *vikingos*. Para dar cuerpo a Shakark, mi buen amigo y gran dibujante Iván Gil creó el magnífico mapa de Shakark que ya habréis visto. Para él también va mi agradecimiento.

Espero que esta nueva historia de Skarrion Gunthar haya sido de tu agrado y que te haya entretenido, estimado y paciente lector. A partir de ahora ya no hay otras obras antiguas del personaje para reeditar, así que estamos ante una tierra virgen e incógnita que recorrer. Skarrion volverá, eso seguro, siempre vuelve, y con más energía. Habrá nuevas aventuras del personaje y su mundo volverá a conocer su fuerza y su voluntad indómitas. Ya sabes que para ayudarle puedes dejar tu opinión sobre este libro que acabas de leer, y que en tal caso Skarrion alzará su copa de vino, su jarra de cerveza o su cuerno de hidromiel, y brindará por ti.

¡Salve!

SOBRE EL AUTOR

Andrés Díaz Sánchez es un escritor de Fantasía, Terror, Ciencia Ficción y Aventura. Esta es la lista de sus obras publicadas:

LIBROS

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) El camino del acero (2006, Editorial Ábaco. 2010, Equipo Sirius. 2018, autoedición) El Imperio contra Dios (2010, Equipo Sirius. 2018, autoedición) Argar, el hijo del demonio (2013, Dlorean Ediciones) Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones) El laberinto del gusano (2016, Ronin Literario) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com. 2019, autoedición) Los siete caballeros (2018, autoedición)

El niño rey (2018, autoedición)

El rey justiciero (2018, autoedición)

El viejo rey (2018, autoedición)

Serie de Skarrion Gunthar

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta. 2019, autoedición) Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com. 2019, autoedición)

Trilogía La tormenta y el amanecer

El niño rey (2018, autoedición)

El rey justiciero (2018, autoedición)

El viejo rey (2018, autoedición)

Participación en antologías

Planeta Neopulp nº. 1 (2015, Dlorean Ediciones): Hierro y huesos nº. 1 (2016, Saco de Huesos)

Calabazas en el trastero: Casas embrujadas (2017, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Distopías (2018, Saco de Huesos) Calabazas en el trastero: Libros malditos (2018, Saco de Huesos) Sueños de la Gorgona: Ritos de sangre (2018, Saco de Huesos) Cantos de locura y

horror (2018, Wave Books)

COMICS (guion)

El espartano (2004, Aleta Ediciones)